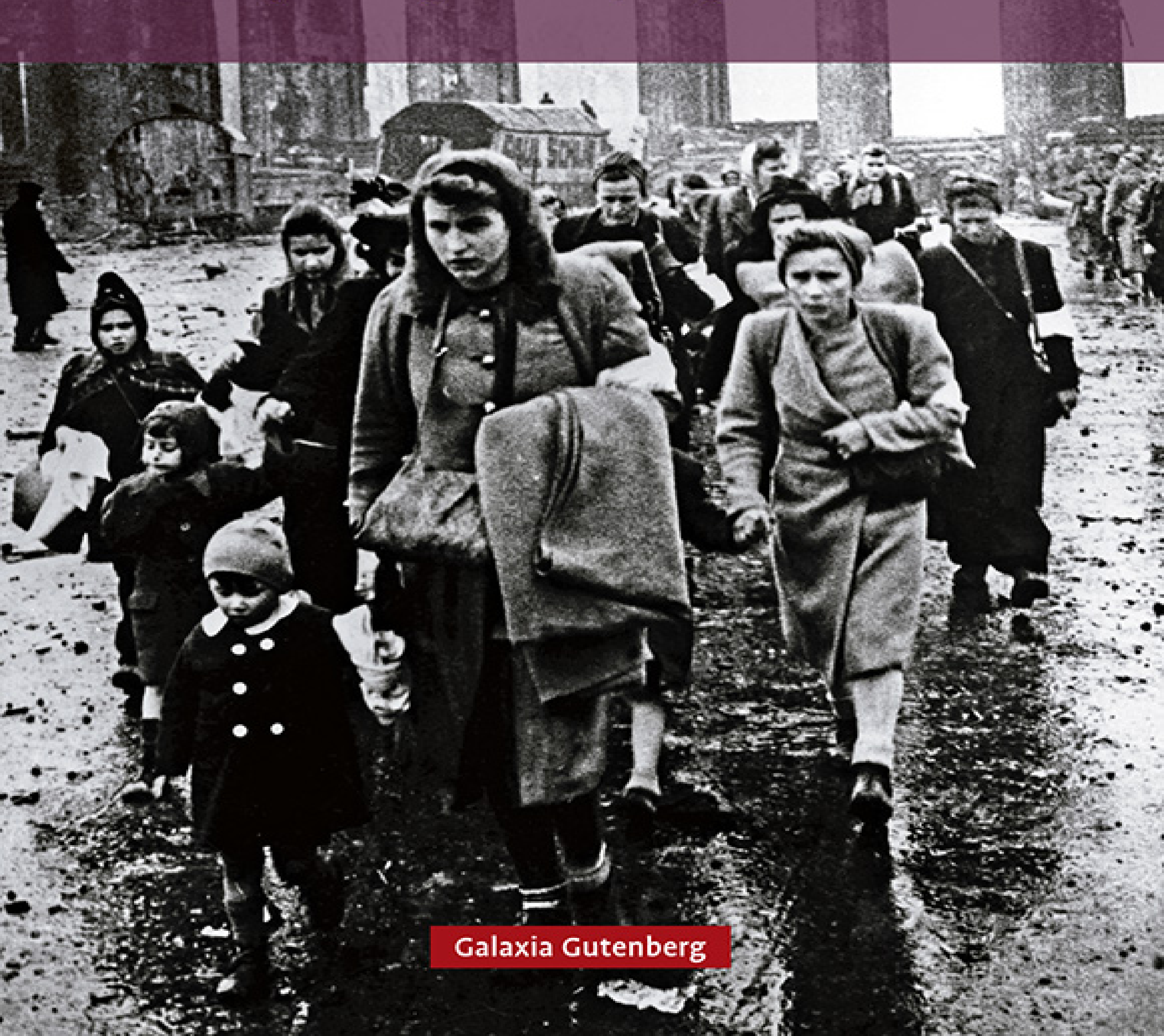
Giles MacDonogh

Después del Reich

Crimen y castigo en la posguerra alemana



Galaxia Gutenberg



Galaxia Gutenberg



Giles MacDonogh (Londres, 1955) se licenció en Historia en Oxford y completó su instrucción académica en la École Pratique des Hautes Études de París, ciudad en la que también estudió Bellas Artes. Ha colaborado en publicaciones tan importantes como *Financial Times*, *The Guardian*, *The Times* y *FT Deutschland*, amén de en muchas otras revistas, y es autor de más de una docena de títulos entre los que cabe destacar *A Good German: Adam von Trott zu Solz*, *Prussia: The Perversion of an Idea*, *Berlin*, *Frederick the Great: A Life in Deed and Letters* y *The Last Kaiser: William the Impetuous*. Hombre de formación multidisciplinar, ha impartido numerosas conferencias sobre distintos temas, ya sea sobre su gran especialidad, la Segunda Guerra Mundial, como sobre su otra gran pasión, el mundo del vino, en torno al cual ha escrito varias obras de referencia (*The Wine and Food of Austria*, *Austria: New Wines from the Old World*, *Portuguese Table Wines*).

Además, es un notorio pintor que sigue la tradición pictórica familiar en su sexta generación consecutiva.

Después del Reich. Crimen y castigo en la posguerra alemana cuenta la historia del amargo viaje hacia la reconstrucción de una Alemania derrotada. El relato de Giles MacDonogh pone al descubierto verdades estremecedoras sobre el trato del que fue objeto la población civil alemana por parte de las fuerzas de ocupación aliadas, incluso muchos años después de finalizada la guerra, haciendo buena la máxima de Heinrich Böll: «El demonio es el dueño absoluto de este mundo, y un cambio de poderes constituye tan sólo un cambio de rango entre demonios».

El 7 de mayo de 1945, con la caída del Tercer Reich, se ponía fin a la Segunda Guerra Mundial. Oficialmente, atrás quedaban casi seis años de devastación que asolaron Europa. Pero para la población civil alemana, el sufrimiento no terminaba ahí. En tanto que culpable, Alemania debía ser castigada. Roosevelt no pudo ser más claro: «Hay que enseñar al pueblo alemán su responsabilidad por la guerra, y durante mucho tiempo deberían tener sólo sopa para desayunar, sopa para comer y sopa para cenar». Más de tres millones de alemanes murieron tras el anuncio oficial del final de la guerra. A los Aliados no les tembló el pulso a la hora de aplicar los mismos métodos de represión nazis: se sucedieron oleadas de pillaje y expolio de las ciudades ocupadas, violaciones masivas –se estima en más de 200.000 los niños nacidos en 1946 producto de esos ultrajes–, se reutilizaron los campos de concentración y exterminio –incluso los más infames: Auschwitz, Sachsenhausen, Buchenwald, Dachau, Bergen-Belsen–, se expulsó a más de 16.000.000 de civiles de sus hogares, apenas se repartieron alimentos entre una población famélica... Como le espetó Patton a uno de sus asistentes al descubrir el horror de Buchenwald: «¿Todavía tenéis problemas para odiarlos?».

Después del Reich pone al descubierto las verdades incómodas de las decisiones políticas que ampararon el horror de una posguerra cruel y vengativa, y desvela por vez primera los testimonios de un período funesto de la historia de Europa, desde la inmediata posguerra hasta la Conferencia de Potsdam y los procesos de Núremberg, en el que ni los Aliados ni los alemanes han querido ahondar, los unos por miedo a desvelar las innumerables infamias cometidas y los otros por temor a ser acusados de victimismo.

GILES MACDONOGH

Después del Reich

Crimen y castigo en la posguerra alemana

Traducción de
José Luis Gil Aristu

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: After the Reich. From the Liberation
of Vienna to the Berlin Airlift
Traducción del inglés: José Luis Gil Aristu

Publicado originalmente en Gran Bretaña en 2007 por John Murray (editor)
una división de Hodder Headline

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición de la obra en Galaxia Gutenberg: 2010
Edición en formato digital: diciembre 2017

Imagen de portada: Berlín. Gente volviendo
a la ciudad bombardeada / akg Images/Album

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17088-43-9

Para Joseph Maximilian Cornelius MacDonogh,
nacido el 8 de diciembre de 2002

Absumet heres Caecuba dignior
servata centum clavibus et mero
tinget pavimentum superbo,
pontificum potiore cenis.

[Tus caldos de las viñas de Cécuba, guardados con cien llaves,
los beberá con más merecimiento tu heredero,
que tintará el suelo con un vino magnífico,
mejor que el de las cenas de los pontífices.]

Índice

Prefacio

Este libro trata de la experiencia de los alemanes en la derrota. Habla de la ocupación que se les impuso tras las criminales campañas de Adolf Hitler. En cierta medida, es un estudio sobre su resignación, sobre su aceptación de cualquier forma de indignidad, al ser conscientes de los grandes males perpetrados por el Estado nacionalsocialista. No todos los alemanes estuvieron, ni mucho menos, implicados en aquellos crímenes, pero al margen de unas pocas excepciones, reconocieron que su sufrimiento era un resultado inevitable de los mismos. No excuso los crímenes cometidos por los nazis, y tampoco dudo ni un momento del terrible deseo de venganza que suscitaron.

Para transmitir el clima del momento he intentado servirme, en la medida de lo posible, de relatos personales. En gran parte provienen de mujeres, lo cual se debe a una razón obvia: los hombres que quedaban no eran muchos. Quienes sobrevivieron se hallaban esparcidos en diversos lugares, desde campos de internamiento hasta minas soviéticas. El tema es tan amplio que he tenido que recurrir al trazo grueso. Algunos aspectos, como la Zona Estadounidense y los comienzos de la Guerra Fría, han sido muy bien tratados. Al fin y al cabo, aquel momento marcó el inicio del siglo de Estados Unidos y el final de su aislamiento. Hay otras partes del relato de las que apenas se ha hablado; por ejemplo, la ocupación francesa. Como mi deseo era ofrecer el estado de ánimo de la vida cotidiana de la época, he estructurado el libro en cuatro partes: la primera contempla el caos que siguió a la conclusión de la guerra en los territorios que eran entonces Alemania y la actitud punitiva de los Aliados; la segunda se centra en la

existencia diaria de alemanes y austriacos; la tercera examina el crimen y el castigo; y la cuarta presenta la cronología y documenta los principales acontecimientos políticos, desde Potsdam hasta la fundación de las dos repúblicas alemanas. El Tratado del Estado Austriaco cae fuera del ámbito del presente libro, pues no se firmó hasta 1955.

Mis «alemanes» son las personas de habla alemana establecidas masivamente en Europa central. He incluido, por tanto, Austria, que hasta su anexión en 1938 se autodenominaba «Austria Germana» y, luego, pasó a formar parte del gran Reich alemán. Menciono el Tirol meridional, en Italia, porque los austriacos lo consideraban parte de su territorio, así como otras comarcas satélite situadas, por ejemplo, en Yugoslavia. He examinado también las penalidades de los llamados alemanes «étnicos», la mayoría de los cuales fueron expulsados de Checoslovaquia, pero también de Hungría y Rumanía. En otras secciones se define «Alemania» por sus fronteras de 1937, y me he referido a ciudades y pueblos por los nombres con que entonces los conocían los alemanes. Siempre que me ha sido posible, he incluido también las denominaciones polacas o checas.

Aunque mi primera intención fue estudiar a las personas de habla alemana mientras sufrieron el castigo que les fue impuesto en su existencia terrenal, no tardé en apercibirme de que era imposible comprender lo que estaba ocurriendo sin referirme a lo que sucedía en el Olimpo del cuartel general del mando aliado y de las fuerzas políticas que lo respaldaban. Tuve que desplazarme de arriba abajo, y viceversa; me vi obligado a examinar el efecto de la ocupación sobre los alemanes, pero también hube de inspeccionar los pisos altos para observar qué hacían los moradores de aquel Olimpo y qué les reservaban. Por lo demás, he intentado centrarme siempre en los alemanes, no en los Aliados.

El libro es fruto de mi larga familiaridad tanto con Alemania como con Austria. Mi interés comenzó durante una breve estancia en Colonia cuando rondaba los quince años y con ocasión de un encuentro con uno de los dos novelistas alemanes cuyas obras han dado color al presente libro más que ninguna otra. Era huésped de la familia Böll, y una tarde vino a tomar el té Heinrich Böll, el futuro premio Nobel. El escritor me inició en el consumo

del Underberg, un licor amargo tremendamente potente, y todavía puedo sentir cómo su ola de fuego me subió del estómago a las mejillas. Discutimos sobre el republicanismo irlandés, del cual se mostraba partidario. No comencé a respetar sus libros y admirar el retrato del soldado que regresa, ofrecido en aquellos cuentos y novelas tempranos, hasta una época muy posterior.

Muchos años después conocí a Ernst Jünger a través de mi amigo el excéntrico hotelero Andreas Kleber, dueño ya entonces de su hotel familiar, el Kleber Post de Saulgau, en Württemberg (que, dicho sea de paso, fue uno de los primeros lugares de reunión del colectivo de autores y críticos conocido como Gruppe 47, entre cuyos objetivos estaba el de revitalizar la literatura alemana de posguerra). Una noche cené allí con Jünger y los dos hablamos para el ZDF, el segundo canal de la televisión alemana, sobre el significado de Prusia. Jünger era un autor de la generación anterior a Böll pero, a pesar de ser mayor que éste, le sobrevivió varias décadas. Cuando lo conocí tenía sólo noventa y siete años, y aún viviría otros seis. La conversación giró una vez más en torno a la bebida: la botella de Pommard que se tomaba todas las noches junto con su mujer (él bebía dos tercios, según me confesó) y su auténtico amor, el Châteauneuf-du-Pape.

Jünger adoptó un tono más grave cuando se quejó de no poder llevar su medalla Pour le Mérite, que ganó en la Gran Guerra cuando lo dieron por muerto en el campo de batalla. Creo que era el último militar superviviente poseedor de aquella distinción. Los Aliados prohibieron enseguida portar condecoraciones y la República Federal había seguido su ejemplo. La guerra no se podía conmemorar de manera oficial, y esto era válido también para los actos de heroísmo. Recordé el monumento a la Primera Guerra Mundial en el pequeño parque berlinés de Friedenau, donde había estado con unos amigos. La inscripción había sido eliminada con un cincel: aquellas cuestiones eran tabú en Alemania, mientras que en Gran Bretaña los monumentos bélicos seguían ocupando el punto focal de cualquier ciudad o aldea. En Alemania ya no había héroes. Los alemanes habían perdido el derecho a tenerlos.

Algunos amigos míos, incluso historiadores con obra publicada, me han dicho a menudo que los alemanes «se merecían lo que tuvieron» en 1945; era un justo castigo por su comportamiento en los territorios ocupados y por el trato dado a los judíos en su propio país. Este libro no pretende excusar a los alemanes, pero no duda en poner en evidencia a los Aliados victoriosos por el modo en que trataron al enemigo en tiempos de paz, pues en la mayoría de los casos no se violó, mató de hambre, torturó o apaleó hasta la muerte a los criminales, sino a mujeres, niños y ancianos. Lo que documento y, a veces, cuestiono aquí es cómo algunos comandantes militares e, incluso, ministros de gobiernos permitieron a mucha gente tomar venganza; y el hecho de que, en muchas ocasiones, al ejercer su venganza, esa gente no mató a los culpables sino a inocentes. Los verdaderos asesinos murieron con demasiada frecuencia en la cama.

Si bien es cierto que algunos ancianos y un gran número de mujeres habían votado por Hitler, debemos recordar una vez más que éste no logró nunca un porcentaje de votos superior al 37,4 % en una elección libre, y que en la última descendió al 33,1 %.[1] Ello significa que, incluso en su momento de máxima popularidad, el 62,6 % del electorado alemán no se sintió motivado por su programa. En aquel momento Hitler no proponía, por supuesto, masacrar a los judíos europeos (un asunto sobre el que sólo se pronunció en público con oscuras alusiones cuya interpretación ha resultado más fácil a posteriori); tampoco mencionó su deseo de enfrentarse a la Rusia soviética y esclavizar a los eslavos; ni dio a entender que acabaría hundiendo el hogar alemán y matando a muchos de sus moradores. De haberlo hecho, tal vez, hubiese obtenido más votos, pero mi opinión es que no. Hacer responsables a todos los alemanes del Hitler relativamente dócil de 1933 equivale a aplicar el arma de la culpa colectiva manejada por los Aliados. La culpa colectiva responsabiliza a todos: mujeres, ancianos y niños, incluidos los recién nacidos; eran alemanes, y como tales, también se les podía masacrar o matar de hambre. De hecho, el propagandista ruso Iliá Ehrenburg exhortó al Ejército Rojo a no salvar «al niño en el vientre de su madre».[2]

Hubo muchos rusos, polacos y checos que no se avergonzaron de pensar de ese modo en los embriagadores días de la liberación. Algunos eran sólo quinceañeros cuando entraron a formar parte de las brigadas policiales organizadas al efecto y es posible que, aún hoy en día, sigan vivos y sanos; pero pienso que pocos de ellos admitirían los terribles actos de violencia que cometieron.

La inclusión de los niños en la culpa colectiva podría aceptarse en función de que iban a crecer hasta ser alemanes, y por tanto, posiblemente, nazis. A continuación tendríamos que determinar, claro está, cuál es la edad a la que un niño se hace alemán y se le pueden achacar los crímenes de su país. Es evidente que no sería a los veintiún años (cuando muchos ya habían ingresado en el ejército) o a los dieciocho (cuando es probable que hubiesen sido llamados a filas y formasen parte del grupo de los combatientes más valerosos e implacables) o a los dieciséis (cuando ya habían sido reclutados en unidades antiaéreas o, como Günter Grass, estaban a punto de ser obligados a ingresar en la SS [Schtzstaffel, escuadrón de defensa]) o incluso a una edad más temprana (en la batalla de Berlín se distinguieron muchachos de las Juventudes Hitlerianas de apenas doce años). En una sociedad adoctrinada, tal vez habría que imponer una línea divisoria para la culpa a los siete años, en cuyo caso deberíamos fijar una fecha en que los niños habían alcanzado dicha edad. Ese año, ¿fue 1933 o 1945, doce años después de la última elección libre?

Es evidente que el auténtico motivo por el que los Aliados impusieron la idea de culpa colectiva fue su utilidad para privar a los alemanes de derechos y de soberanía nacional. Una vez asumida su culpa, podían ser castigados. Quedarían a merced de los Aliados hasta que sus conquistadores hubiesen decidido qué hacer con ellos. Y, entretanto, no podrían protestar por el trato que se les daba.

Está también el asunto de la ley del talión, el «ojo por ojo». Los angloamericanos evitaron exigir reparaciones porque sabían que, en ese caso, tendrían que pagar para dar de comer a los alemanes, mientras que, si les dejaban una base industrial, podrían alimentarse a sí mismos. La doctrina del castigo y la venganza inspirada en el ojo por ojo se remonta a

tiempos muy remotos. Algunos alemanes con conciencia histórica podrían acusar a los franceses por la Guerra de los Treinta Años (que provocó un derramamiento de sangre de escala similar al de la Gran Guerra) o por las ambiciones territoriales de Luis XIV. Otros podrían recordar la invasión napoleónica de Alemania y la ocupación de Prusia. Es famosa la intransigencia de Bismarck en 1871, cuando los franceses pidieron clemencia y él les respondió diciendo que en su país no había un solo árbol que no mostrara las llagas de los años del dominio de Francia. Entonces era otro pie el que calzaba la bota de la opresión militar. En todas aquellas ocasiones se impusieron cesiones territoriales y hubo que pagar dolorosas reparaciones. Alguien tenía que decir basta. La cuestión, sin embargo, volvió a plantearse en Versalles en 1919 y se llegó a la misma paz punitiva. Tras la Segunda Guerra Mundial, una mayoría de personas sensatas comprendieron que un tratado de paz habría sido una farsa. Se dejó que «nuestra conciencia de la civilización» –en una alocución de Churchill– determinara cómo debía tratarse al enemigo.

La Alemania de la posguerra constituye un problema que me ha desazonado durante años, y en este momento resulta difícil saber qué personas me han ayudado a escribir el presente libro. Algunas, quizá la mayoría, ya están muertas. En mi mente destacan ciertos nombres; otros fueron a menudo individuos anónimos que conocí en mis viajes y se desahogaron mientras tomábamos un trago a horas avanzadas de la noche o un segundo vaso durante la comida.

En Londres, mis amigos Karl-Heinz y Angela Bohrer se mostraron perseverantes en el apoyo que me prestaron durante años. Karl-Heinz tuvo la amabilidad de concederme una larga entrevista sobre su niñez en la Alemania de la posguerra. Angela me entregó hace tiempo un ejemplar de las memorias de su madre, Charlotte von der Schulenburg, publicadas en edición privada. También aprendí mucho de los escritos de su tía Tisa von der Schulenburg y de mis encuentros con ella. Nick Jacobs, mi vecino de Kentish Town y dueño de la editorial Libris, especializada en temas alemanes, tuvo la amabilidad de prestarme libros y copiar para mí artículos de interés. En Oxford debo dar las gracias a Sudhir Hazareesingh; a Robert

Gildea, por brindarme algunas sugerencias sobre lecturas referentes a la ocupación francesa de Alemania, y a Blair Worden, por explicarme el papel desempeñado por Hugh Trevor-Roper.

Alemania me ha proporcionado numerosos recuerdos y mucha ayuda, recibidos de mi amiga Ursula Heinzelmann en Berlín, de Gertrud Loewe, y de Eva Raps en Wiesbaden. En las comarcas vinícolas, los viticultores me relataron sus experiencias de los primeros años de la posguerra. En Múnich, el difunto príncipe Franz von Sayn-Wittgenstein me envió sus memorias, publicadas en edición privada; la princesa Daria Fürstin von Thurn und Taxis me hizo llegar las de su tío Willy, no publicadas, y Christiane von Maasburg me dio permiso para citar su tesis de licenciatura sobre Nikolaus von Maasburg. Una amable señora de Hildesheim me narró detalles desgarradores sobre el recorrido que emprendió desde Pomerania cuando era una niña de seis años; el capitán Schmidt, de la policía de fronteras, me contó en Coburg historias no menos conmovedoras sobre su infancia en Silesia; un hombre anónimo de Malbork (Polonia) me informó brevemente de cómo eludió a las autoridades polacas después de la guerra; una mujer de etnia alemana de Opolne se ofreció a rezar por mí si le daba diez marcos; un antiguo policía de Danzig a quien conocí en Titisee-Neustadt me habló de su estancia en un campo de prisioneros norteamericano en Passau, cercado por la división francesa Charlemagne.

En cuanto a Viena, estoy enormemente agradecido sobre todo a mis amigos Christopher Wentworth-Stanley y Sebastian Cody. Christopher encontró para mí bibliografía acerca de Austria en la posguerra y leyó una parte del manuscrito, al igual que el embajador Erwin Matsch. Sebastian tuvo la amabilidad de leer y comentar varios capítulos. Johannes Popper von Podhragy me envió artículos del archivo de su difunto padre. El doctor Wolfgang Mueller me proporcionó una gran ayuda y una útil lista de libros. A orillas del lago Bled, Janez Fajfar me mostró el maravilloso mural del hotel que dirigió durante décadas, situado en el palacio en el que Tito y Stalin se pelearon en 1947. En Praga fui aconsejado por la doctora Anna Bryson, y en Sofía por mi viejo amigo el profesor Evgeni Dainov.

Agradezco también a todos aquellos que me donaron fotografías o me ayudaron a localizarlas: John Aycoth, en Washington; Sebastian Cody y Christopher Wentworth-Stanley, en Viena; lady Antonia Fraser, Livia Gollancz y Dennis Sewell, en Londres; Manfred Pranghofer y Rudi Müller del Museo Oberhaus, en Passau; Bob McCreery y Klaus Mohr, del Sudetendeutsches Archiv, en Múnich; Bengt von zur Mühlen, de Chronos Films, en Berlín; Eva Reinhold-Weisz, de la editorial Böhlau, en Viena; Elisabeth Ruge, de la editorial Berlin, en Berlín; Thomas Urban, del Herder Institut, en Marburgo; la señora C. Skinner, del Eton College, y Manfred Grieger y Ulrike Gutzmann, de la empresa Volkswagen en Viena.

Debo también mi agradecimiento al personal de la Biblioteca Británica y del Instituto Alemán de Historia. En John Murray, doy las gracias a mi editor Roland Philipps, a Caro Westmore y Rowan Yapp, a Douglas Matthews, por confeccionar para mí un índice de nuevo ejemplar, y a Peter James, cuyas preguntas me llevaron a releer mis libros una y otra vez.

Debo dar también las gracias a mi familia por su paciencia, en especial durante los últimos días, cuando mi cuerpo estaba sobrecargado de adrenalina y yo apenas era capaz de pensar o hablar de ninguna otra cosa.

GILES MACDONOGH
Londres, octubre de 2006

Cronología

1945

Febrero	Conferencia de Yalta
30 de marzo	Caída de Danzig
8 de abril	El Ejército Rojo entra en Viena
9 de abril	Caída de Königsberg
13 de abril	Capitulación de Viena
2 de mayo	Caída de Berlín
6 de mayo	Capitulación de Breslau
7 de mayo	Rendición de Alemania
23 de mayo	Detención del gobierno de Dönitz
5 de junio	División de Alemania en zonas
9 de julio	Fijación de las zonas de Austria
17 de julio-2 de agosto	Conferencia de Potsdam
22 de julio	Los Aliados occidentales se instalan en Viena
30 de julio	Primera reunión del Consejo de Control de los Aliados
15 de agosto	Fin de la Segunda Guerra Mundial
Septiembre	Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en Londres
25 de noviembre	Elecciones generales en Austria
Diciembre	Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en Moscú

1946

5 de marzo	Discurso de Churchill sobre el telón de acero
Julio	Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en París
Septiembre	Conferencia de Paz de París
6 de septiembre	Discurso pronunciado por Byrnes en Stuttgart
22 de octubre	Elecciones en Berlín
12 de diciembre	Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en Nueva York

1947

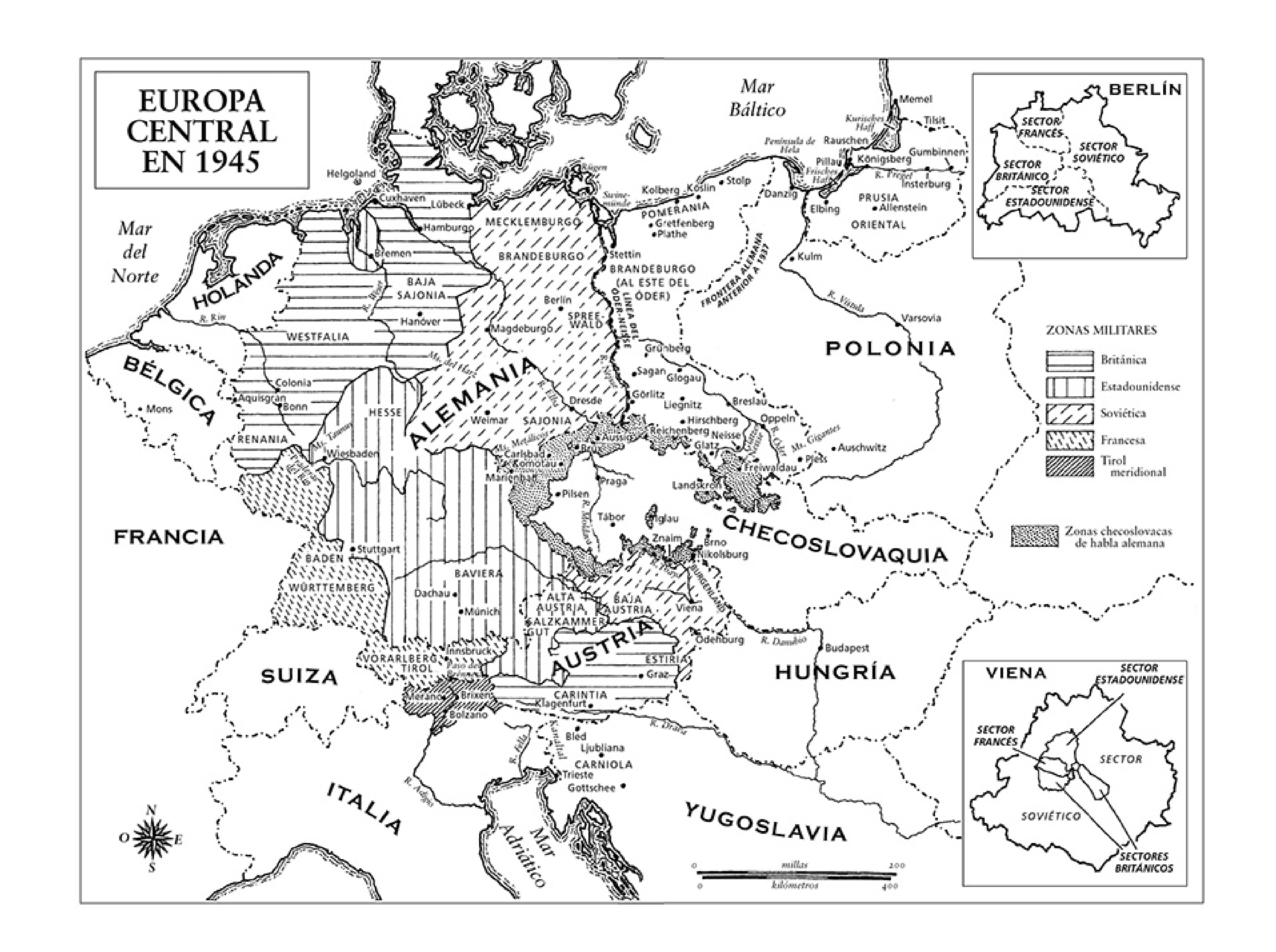
16 de enero	Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en Londres
25 de febrero	La ley 46 del Consejo de Control decreta la abolición de Prusia
Marzo	Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en Moscú
Junio	Robert Schuman, presidente del gobierno francés. Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en París. Conferencia pronunciada por Marshall en Harvard
Noviembre	Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en Londres
6-7 de diciembre	Se celebra en Berlín Este el Congreso del Pueblo para la Unidad

1948

17 de marzo	Pacto de Bruselas y Golpe de Praga
17-18 de marzo	Segundo Congreso del Pueblo para la Unidad en Berlín Este
20 de marzo	Los rusos abandonan el Consejo de Control
31 de marzo-2 de abril	Pequeño bloqueo de Berlín
Abril-junio	Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en Londres
7 de junio	Acuerdo de Londres
17 de junio	Los rusos abandonan la Kommandatura
24 de junio	Bloqueo de la autopista a Berlín
25 de junio	Introducción del marco alemán (D-Mark)
1 de julio	Berlín, aislada de Occidente
27 de julio	La Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de Londres acuerda crear el Estado de Alemania Occidental
9 de septiembre	Demostración ante el Reichstag en Berlín

1949

11-12 de mayo	Reanudación del tráfico a Berlín


EUROPA CENTRAL EN 1945
Mar Báltico
Mar del Norte
HOLANDA
BÉLGICA
FRANCIA
SUIZA
ITALIA
YUGOSLAVIA
HUNGRÍA
CHECOSLOVAQUIA
POLONIA
ALEMANIA
AUSTRIA
Mar Adriático
Helgoland
Cuxhaven
Lübeck
Hamburgo
Bremen
BAJA SAJONIA
Hanover
WESTFALIA
Colonia
Aquisgrán
Bonn
RENANIA
Mons
R. Rin
HESSE
Wiesbaden
MECKLEMBURGO
BRANDEBURGO
Berlín
SPREE-WALD
Magdeburgo
Weimar
SAJONIA
Dresde
Stettin
BRANDEBURGO (AL ESTE DEL ÓDER)
LÍNEA DEL ÓDER-NEISSE
FRONTERA ALEMANA ANTERIOR A 1937
Rügen
Kolberg
Köslin
Stolp
POMERANIA
Gretfenberg
Plathe
Danzig
Península de Hela
Rauschen
Pillau
Königsberg
Memel
Tilsit
Gumbinnen
Insterburg
R. Pregel
Elbing
PRUSIA ORIENTAL
Allenstein
Kulm
R. Vístula
Varsovia
Grünberg
Sagan
Glogau
Görlitz
Liegnitz
Breslau
Hirschberg
Reichenberg
Neisse
Glatz
Oppeln
Auschwitz
Pless
Freiwaldau
Landskron
Aussig
Carlsbad
Komotau
Marienbad
Pilsen
Praga
Tábor
Iglau
Znaim
Brno
Nikolsburg
BURGENLAND
R. Danubio
R. Moldava
R. Elba
R. Oder
Ms. Gigantes
Ms. Metálicos
Ms. del Harz
Ms. Taunus
Stuttgart
BADEN
WÜRTTEMBERG
BAVIERA
Dachau
Múnich
ALTA AUSTRIA
BAJA AUSTRIA
Viena
SALZKAMMERGUT
Odenburg
Budapest
ESTIRIA
Graz
VORARLBERG
TIROL
Innsbruck
Paso del Brennero
Merano
Brixen
Bolzano
CARINTIA
Klagenfurt
R. Drava
Bled
Ljubliana
CARNIOLA
Trieste
Gottschee
Kanaltal
R. Adigio
N
O
E
S
millas
kilómetros
0
200
400
ZONAS MILITARES
Británica
Estadounidense
Soviética
Francesa
Tirol meridional
Zonas checoslovacas de habla alemana
BERLÍN
SECTOR FRANCÉS
SECTOR SOVIÉTICO
SECTOR BRITÁNICO
SECTOR ESTADOUNIDENSE
VIENA
SECTOR ESTADOUNIDENSE
SECTOR FRANCÉS
SECTOR SOVIÉTICO
SECTORES BRITÁNICOS

Introducción

En los años 1945 y 1946 Alemania era un cúmulo de denunciantes, de traficantes de mercado negro, prisioneros, prófugos de la justicia y quejumbrosos incansables. Los Aliados declararon que los alemanes necesitaban ser tratados con vara de hierro. Fue una pura insensatez.

PRÍNCIPE FRANZ VON SAYN-WITTGENSTEIN,
Streifzüge durch die Landschaften meines Lebens,
edición privada, Múnich, 2000, p. 166

La guerra había sido el conflicto más sangriento conocido hasta entonces, en especial para la población civil. Hasta el 7 de mayo de 1945 habían perdido la vida –además de tres millones, aproximadamente, de soldados alemanes– 1.800.000, por lo menos, civiles de esa misma nacionalidad y se habían destruido 3.600.000 viviendas (el 20 % del total), con lo que 7.500.000 personas quedaron sin techo; y el derramamiento de sangre iba a prolongarse mucho más. Los alemanes expulsados de sus hogares ascendieron a 16.500.000, de los que 2.250.000 morirían durante las expulsiones efectuadas desde el sur y el este.[1] [N1]

Aquel momento recibió el nombre de *Stunde Null* («Hora cero»), aunque realmente no lo fue. Alemania estaba destrozada de arriba abajo, pero los recuerdos seguían siendo nítidos; el país tenía un pasado, y había que evaluar y hacer inofensivas a un amplio grupo de personas que habían dado su apoyo al antiguo régimen. Lo cierto es que muchas de ellas habían sido transportadas, como Weimar, a un nuevo mundo posterior al nazismo.[2] Sencillamente, eran demasiadas, y la mayoría había perdido ya su fe en Hitler cuando sus ejércitos fueron derrotados en Stalingrado.

En mayo de 1945, el nacionalsocialismo estaba prácticamente muerto. Aparte de unos pocos ideólogos desesperados, tan inquietos por salvar la piel como por defender sus convicciones, la inmensa mayoría de los alemanes había llegado ya a la conclusión de que el nazismo se había basado en una terrible falacia. La derrota era un asunto importante pero, según señaló pocos años después del final del conflicto el dramaturgo Carl Zuckmayer, los alemanes –incluso quienes habían sido miembros de las Juventudes Hitlerianas y de la Waffen-SS– eran ya conscientes de la «bancarrota moral» del país. Los alemanes derrotados sorprendieron a sus conquistadores por su docilidad. Casi no les opusieron resistencia. Hacían lo que se les decía. Y no hubo prácticamente indicio alguno de los prometidos *Werwölfe*, los «hombres lobo», guerrilleros nazis entrenados para luchar en territorio ocupado.

Los alemanes creyeron hasta cierto punto en la propaganda aliada: rusos, norteamericanos, británicos y franceses habían llegado para «liberarlos». Es posible que los Aliados liberasen a los alemanes de sus grilletes nacionalsocialistas, pero antes les hicieron muchas otras cosas. El novelista y psiquiatra Alfred Döblin recoge una conversación que mantuvo en la Selva Negra con una joven:

> Recibimos a los Aliados con gran alegría –dijo a Döblin–, como libertadores. Y durante la primera semana todo nos hacía felices. Los Aliados tuvieron mucha suerte con nosotros. Luego, comenzaron a requisar habitaciones, hoteles, pisos; no podíamos llevarnos nada. Aquello nos desalentó.

Döblin le dijo que la guerra aún no había concluido. La muchacha le preguntó cuándo terminaría. Y Döblin le respondió:

> Cuando se hayan demolido las ruinas y se hayan limpiado los escombros, y cuando se hayan construido nuevas casas donde todos puedan tener un hogar y salir de sus cobijos y cabañas. Cuando la economía haya despegado una vez más, cuando la política vuelva a ser estable. Señorita E., usted es joven. Vivirá para ver la paz. Más tarde, cuando contemple retrospectivamente este momento, se asombrará de haber sido tan joven como para creer que aquello era la paz.[3]

La derrota era lo que algunos alemanes estaban esperando: satisfacía sus esperanzas más ambicionadas. En su primera y oscura novela *Cruz sin amor*, escrita en los años inmediatamente posteriores a la derrota alemana, Heinrich Böll indaga en los sentimientos de Christoph Bachem, un antinazi que había luchado en el ejército desde el primer día. El hermano de Christoph había resultado herido de un disparo. Era un nazi que acaba arrepintiéndose y salva la vida a Christoph, cuyo mejor amigo ha pasado la guerra en un campo de concentración por culpa de su hermano. Christoph disfruta de una breve estancia con su esposa, Cornelia, antes de perderla para siempre tras desertar y huir al oeste. Christoph se entrega a pensamientos de un nihilismo extremo:

> No –dijo en tono cansado–, no quiero nada más. Es horrible haber sido soldado en una guerra durante seis años deseando siempre la derrota; ver el hundimiento y saber, al mismo tiempo, que sea cual sea el poder que suceda a este Estado y arrebate la vida a su cadáver, será con mucha probabilidad igual de diabólico; el demonio es el dueño absoluto de este mundo, y un cambio de poderes constituye tan sólo un cambio de rango entre demonios; eso es lo que creo con certeza.[N2]

Bachem tampoco tiene fe en los Aliados. Según dice a Cornelia:

> ¿Crees, entonces, que esa gente que está a punto de conquistarnos con sus suelas de goma y su carne enlatada entenderá alguna vez lo que hemos sufrido? ¿Crees que entenderán qué sentimos cuando vemos llover sobre nosotros sus bombas y granadas mientras este Estado diabólico nos cubre, al mismo tiempo, de suciedad; qué significa ser aplastado entre esas dos piedras de molino? Sencillamente, no pueden haber sufrido tanto como nosotros, y desde la muerte de Cristo ha habido en el sufrimiento una jerarquía en la que nos llevaremos la palma sin que el mundo llegue nunca a saber o entender qué sentíamos.[4]

Es posible que los Aliados decidieran calificarse de «libertadores», pero llegaron acompañados por el odio. En el caso de los rusos, franceses, polacos y checos se trataba de algo comprensible. Ser ocupado es ser violado, aunque la ocupación no vaya unida a unas atrocidades continuas. Las atrocidades cometidas por la SS y la Wehrmacht en Polonia y Rusia fueron horrendas, y tampoco faltaron en Francia y Checoslovaquia. Apenas

sorprende que se produjeran actos de venganza. Cualquier hombre de la SS encontrado en el este se exponía a las torturas y la muerte más tremendas. Son cosas que podemos comprender, pero nunca aprobar, desde luego.

Cuando los soviéticos decidieron introducir su propia ideología a medida que avanzaban, los «polacos de Lublin»[N3] (amparados por Moscú, y no por Occidente) y los checos llevaron también a cabo «revoluciones» controladas. A los miembros de las clases medias y altas se les despojó de sus pertenencias de forma implacable. Sus hogares fueron embargados, y ellos mismos apresados, torturados y, en muchos casos, asesinados. En el este prusiano, la vieja nobleza terrateniente de los *Junker* fue barrida sin piedad.

Los franceses expulsaron el odio acumulado con unos pocos actos de espeluznante violencia. En el ejército británico, las muestras de brutalidad flagrante fueron comparativamente excepcionales. Durante unos años, Alemania se convirtió en una colonia más, y el trato con los alemanes pasó a ser una carga echada sobre los hombros del hombre blanco cristiano. Todo volvía a ser como en la India. Los norteamericanos, sin embargo, lo vieron de manera distinta. Aunque tanto ellos como los británicos utilizaron películas y fotografías de los campos de concentración para animar a sus soldados a comportarse con dureza y castigar a los alemanes, aquella táctica tuvo, al parecer, más efecto en los soldados estadounidenses, que se tomaron su cometido con mayor seriedad. Hasta que los políticos decidieron que había que cortejar al pueblo alemán. Ahora debían ganar una guerra de relaciones públicas contra un nuevo enemigo: la Unión Soviética.

A excepción de los campos de la muerte de Polonia, que los alemanes habían clausurado y volado para entonces, los Aliados reutilizaron todos los campos de concentración más infames, junto con los de trabajo: los rusos, Auschwitz-Birkenau,[5] Sachsenhausen y Buchenwald; los norteamericanos, Dachau; y los británicos, Bergen-Belsen; por no mencionar el espeluznante Ebensee, en la región de Salzkammergut, donde los americanos retuvieron a 44.000 hombres de la SS. Ahora juzgamos estos hechos repugnantes, pero había razones logísticas obvias para utilizarlos, además de la comprensible tentación de «restregar las narices de los alemanes en su propia

inmundicia». Europa central era un hervidero de «desplazados» carentes de hogar en proceso de reasentamiento tras la limpieza étnica. También se retuvo en campamentos a millones de prisioneros de guerra. En el este fueron enviados a destacamentos de trabajo y había que alojarlos. A algunos les esperaba una suerte más siniestra. También ellos debían ser puestos a buen recaudo hasta que se decidiera su destino.

El infortunio que padecieron los judíos horrorizó a británicos y norteamericanos y exacerbó su actitud para con la nación conquistada –en especial entre los segundos–, mientras que las autoridades soviéticas no le sacaron un gran partido. La autora anónima de *Una mujer en Berlín*, por ejemplo, se manifestaba sorprendida: «Ningún ruso me ha reprochado hasta ahora la persecución de los alemanes contra los judíos».[6]

Cuando los Aliados invadieron Alemania en la primera mitad de 1945, llegaron allí con objetivos y planes bélicos. Habían ido a la guerra porque las potencias del Eje les habían provocado. Ahora su deseo era aplastar Alemania y sus aliados.

> Su esfuerzo por conseguir la victoria no tenía entre sus objetivos destruir ningún segmento de la población alemana ni un plan para salvar alguna parte de las víctimas de Alemania –ha escrito el historiador Raul Hilberg–. El castigo impuesto a los culpables en la posguerra se debió, en gran medida, a reflexiones posteriores. La liberación de los supervivientes fue casi por entero un subproducto de la victoria. Los Aliados podían armonizar con su esfuerzo de guerra todo tipo de denuncias contra los alemanes, pero no estaban dispuestos a desviarse de sus objetivos militares para liberar a los judíos. En este sentido, la destrucción de los judíos se presentó como un problema que los Aliados no fueron capaces de abordar con eficacia.[7]

Los Aliados necesitaban vencer antes de poder pensar siquiera en arreglar aquel desastre. El primer objetivo de la guerra consistía en imponer seguridad, algo en lo que el Tratado de Versalles de 1919 había fracasado de manera singular. Al principio fue sólo una cuestión británica. Cuando Churchill accedió al poder en 1940, el término «apaciguamiento» era ya una palabra sucia. El «vansittartismo», que consideraba a los alemanes una

tribu de patanes incorregibles desde la época de Tácito hasta el presente, se había convertido en el pensamiento dominante en los círculos del gobierno. Aquella concepción fue desarrollada por el diplomático Robert Vansittart, quien durante una parte de la guerra se dedicó a emitir programas de radio en los que analizaba uno tras otro a distintos alemanes señalando cuán repugnantes eran todos ellos. El «vansittartismo» indujo a los historiadores a rastrear en los archivos nuevas pruebas de la profunda maldad de los alemanes. Y, hasta cierto punto, aún hoy día sigue latente.[8]

La primera directriz «vansittartiana» salida de Whitehall fue la de guardar un «absoluto silencio». El gobierno de Su Majestad no hablaría de los alemanes, al menos oficialmente. Con el tiempo, aquel absoluto silencio dio paso a una «rendición sin condiciones». En esta ocasión no iba a haber paz negociada. La escuela opuesta era la del historiador E. H. Carr, quien pensaba que el único requisito para una Alemania civilizada consistía en hallar al hombre adecuado. En los primeros estudios dedicados a una Alemania de posguerra se habló de reparaciones: en virtud de ellas se despojaría a Alemania de los medios para hacer la guerra. La tarea de planear la ocupación fue encomendada desde el verano de 1943 a Clement Attlee, que llegaría a ser uno de los Tres Grandes de la Conferencia de Potsdam,[9] cuando los conservadores perdieron las elecciones de julio de 1945.

Los Aliados occidentales tendían a estar de acuerdo con lord Vansittart en que la Segunda Guerra Mundial había sido provocada en gran parte por quienes habían perpetrado la Primera, es decir, Prusia. Hubo de pasar mucho tiempo hasta que aceptaron la idea de que el nazismo era un movimiento no prusiano. La Carta Atlántica del 14 de abril de 1941 tenía cierto regusto a los Catorce Puntos formulados veintitrés años antes por Woodrow Wilson. Fue redactada por Churchill y corregida por Roosevelt como expresión de los principios sobre los que debía basarse la paz. El presidente estadounidense añadió los pasajes en que se condenaba la guerra de agresión y exigió el desarme alemán.[10] A la Carta Atlántica le siguió la Declaración de Naciones Unidas, un acuerdo rubricado por veintiséis gobiernos el 1 de enero de 1942 con el fin de respaldar dicha Carta.

La primera reunión entre Churchill y Roosevelt para analizar los objetivos de guerra se celebró en Terranova en agosto de 1941. Churchill era más pragmático que Roosevelt; el dirigente estadounidense se mostró mucho más hostil con los alemanes. Había recibido parte de su educación en Alemania y, al regresar a su hogar, lo hizo con unas opiniones fuertemente antigermánicas. No mostró ningún deseo de reunirse con un miembro de la resistencia alemana que había ido a verlo al comienzo de la guerra.[11] Ambos dirigentes decidieron que, tras el éxito de la campaña, no habría anexiones y no se producirían cambios territoriales que no coincidieran con los deseos libremente expresados por los pueblos afectados. Los elevados principios expresados en aquel momento constituyeron el fundamento de la Carta Atlántica, la *Pax Americana*. Se evitarían futuras guerras impidiendo a Alemania perturbar la paz. Alemania debía ser desmilitarizada, desnazificada y obligada a devolver los territorios que había arrebatado a sus vecinos.[12]

Los emigrantes alemanes y austriacos desempeñaron un importante cometido en la formación del pensamiento norteamericano a partir de 1941. Muchos de ellos trabajaban en la sección de Investigación y Análisis (R&A, en su sigla inglesa) de la Inteligencia Militar u Oficina de Servicios Estratégicos (Office of Strategic Services, OSS). Entre los más destacados se hallaban los historiadores Hajo Holborn y Felix Gilbert, los politólogos Otto Kirchheimer, John Herz y Franz Leopold Neumann, y el filósofo Herbert Marcuse. El más importante fue Franz Neumann, autor de *Behemoth: Pensamiento y acción en el nacional-socialismo*. Neumann abogaba por una reconstrucción radical de Alemania para evitar que se repitieran situaciones como la llegada de Hitler al poder. Un pilar fundamental de su doctrina era la creación de una especie de Unión Europea. Una revolución social debía acabar con la Alemania tradicional.[13] Sólo se presentó una breve oportunidad de hacerlo, y fue cuando los Aliados occidentales intentaron ganarse a los judíos. Esta ocasión coincidió con la celebración de los primeros juicios de Núremberg. Tras la ruptura definitiva entre el Este y el Oeste, los Aliados –en particular los occidentales– se mostraron dispuestos a ocultar bajo la alfombra muchos de

sus planes a fin de cortejar al nuevo aliado alemán y librarse de la ingrata tarea de censurar a sus habitantes por su comportamiento anterior.

En los designios de los Aliados había influido, no obstante, una bibliografía de extensión considerable salida de las plumas de los exiliados. Libros de Hermann Rauschning y Konrad Heiden, además de la obra de Sebastian Haffner *Alemania: Jekyll y Hyde*, instruyeron a los Aliados sobre cómo enfrentarse a la Alemania posterior al nazismo. Había que exterminar por completo el bacilo (por tomar prestado un término utilizado por los propios nazis). Haffner deseaba ver Alemania fragmentada en pequeños Estados, según una solución mucho más extrema de lo que acabaría siendo la República Federal con la creación de regiones autónomas. Para los británicos, el enemigo seguía siendo Prusia. Churchill, por ejemplo, quería que los alemanes meridionales fueran tratados con más benignidad que los «prusianos» del norte: la tiranía nazi y el militarismo prusiano «debían ser destruidos por completo».[14]

En 1943, los Aliados sabían ya que iban a vencer. Stalingrado y el ulterior colapso de la ofensiva de Hitler contra Rusia lo habían dejado suficientemente claro. Los Aliados podían sentarse ahora a decidir qué iban a hacer con Alemania. El plan militar quedó plasmado en la Operación Eclipse. En el invierno de 1943, la Comisión Asesora Europea (European Advisory Commission, EAC, en sus siglas inglesas) se reunió para decidir cómo se administraría Alemania. El 18 de febrero de 1944 se celebró una nueva reunión, y para entonces el pastel se había repartido ya convenientemente: la Rusia soviética recibiría el 40% de la masa territorial de Alemania, el 36 % de su población y el 33 % de su capacidad productiva.[N4] Gran Bretaña y Estados Unidos se quedaron con el resto. Berlín iba a ser dividida igualmente en tres partes.

Stalingrado generó entre los Aliados un nuevo estado de ánimo. Tanto los americanos como los británicos se mostraron entusiasmados con Stalin y con los grandes progresos que estaba realizando. Los estadounidenses se veían repartiéndose el mundo con la Unión Soviética y les inquietaba que los rusos no aprobaran su estrecha relación con los británicos y su imperio, algo ideológicamente inaceptable. A Churchill le preocupaba –y le seguiría

preocupando tras la victoria– que los norteamericanos no se quedaran en Europa y lo dejaran a él frente a los rusos al otro lado de la divisoria ideológica.[15] En la Conferencia de Casablanca de enero de 1943, los Aliados decidieron que Alemania debía rendirse «sin condiciones». El 22 de febrero de 1944, Churchill explicó ante la Cámara de los Comunes el significado de aquella expresión. Los Aliados no mancillarían su «ejército victorioso con acciones inhumanas»: «La rendición incondicional significa que los vencedores tienen carta blanca. [...] Si algo nos constriñe es nuestra propia conciencia de la civilización».[16] Nadie tenía muy claro qué más quería decir aquello, pero fue algo que permitió a Churchill maniobrar con libertad.

El norteamericano que instó a aplicar el máximo castigo a los alemanes fue Henry Morgenthau, secretario del Tesoro de Roosevelt, aunque el texto de su plan fue redactado en gran parte por su ayudante Harry Dexter White.[N5] Morgenthau se sintió «afectado por las atrocidades cometidas contra la raza judía».[17] Defendía una «paz punitiva», lo que implicaba escindir el país en cuatro Estados de naturaleza casi totalmente agraria. Austria se seccionaría en dos. El secretario de Guerra Henry L. Stimson consideraba innecesariamente rigurosa esa idea de «pastoralización», pero «la actitud vindicativa del presidente mantuvo viva la propuesta del Tesoro». Roosevelt tenía un vivo interés en ver a Estados Unidos y Rusia gobernar juntos el mundo.[18]

Alemania debía ser reformada por las «cuatro D»: descentralización, desmilitarización, desnazificación y democracia. El Departamento de Asuntos Civiles del Ministerio de la Guerra de Estados Unidos era el responsable de la planificación para la posguerra. El Plan Morgenthau gustaba también al ejército, en tanto que fomentaba el tipo de caos que convenía a sus objetivos estratégicos; por lo tanto, fue un punto clave en la directiva JCS 1067 de la decisiva Junta de Jefes de Estado Mayor (Joint Chiefs of Staff; JCS) de Estados Unidos. Hubo momentos en que tanto Roosevelt como Churchill flirtearon con aquel plan draconiano. En agosto de 1944, Roosevelt había perdido la paciencia con los alemanes. «Hay que enseñar al pueblo alemán su responsabilidad por la guerra, y durante mucho

tiempo deberían tener sólo sopa para desayunar, sopa para comer y sopa para cenar.» James Byrnes, por aquel entonces su secretario de movilización, añadió: «Aquellas palabras no parecían del presidente Roosevelt. Estaba muy enfadado».[19]

Churchill le hacía el juego en esos momentos. Las ideas de Morgenthau tuvieron su máxima expresión en la actitud de Roosevelt durante la Conferencia de Quebec de agosto de 1943, cuando dio su aprobación a una aniquiladora «paz cartaginesa». Por aquel entonces, el presidente aparentaba que su único deseo era sostener a Gran Bretaña; «impedir que Gran Bretaña se hundiera en una completa bancarrota tras el final de la guerra». La cuenca del Ruhr daría al Reino Unido los medios para sobrevivir.[20]

En Teherán (del 28 de noviembre al 1 de diciembre de 1943), Gran Bretaña accedió a un cambio en las fronteras polacas orientales. Más tarde, Churchill insistió con gran énfasis en que había procurado lo mejor para Polonia, pero el 27 de febrero de 1945 puso sus cartas al descubierto en la Cámara de los Comunes al ofrecer la ciudadanía británica a cualquier polaco que no deseara regresar a su país. Sabía que no iban a recuperar la libertad y ni siquiera la totalidad de su territorio. Roosevelt se mostró más cauteloso en aceptar la exigencia de Stalin de una ratificación del tratado firmado con Hitler: se acercaba un período de elecciones y había muchísimos norteamericanos de origen polaco que se opondrían a ello. Tampoco le entusiasmaba la idea de que Stalin se anexionara los Estados Bálticos.[21]

Roosevelt empezó a dar marcha atrás respecto al Plan Morgenthau después de la reunión de Quebec. Quien le acompañó a la Conferencia de Yalta del 5 al 11 de febrero de 1945 no fue Morgenthau sino el más desapasionado Byrnes. Para entonces, la idea de escindir Alemania en regiones autónomas no gozaba ya de tanta popularidad. Estados Unidos era partidario de un sistema federal. En la Conferencia de Teherán se había apostado por cinco fragmentos; cuando los líderes se reunieron en Moscú, quedaron reducidos a dos. A Harry Truman, vicepresidente y sucesor de Roosevelt, no le entusiasmaba, ni mucho menos, el Plan Morgenthau, que él

tildó de «acto de venganza». «Mi meta es una Alemania unificada con un gobierno centralizado en Berlín.» Morgenthau se sintió personalmente bastante ofendido.[22]

Stalin era también partidario del Plan Morgenthau, pero las trabas que ponía a Occidente experimentaron varias modificaciones: en Teherán se mostró favorable a una Alemania dividida; en Yalta quería la unidad, pero manteniendo zonas aliadas de ocupación; en Potsdam abogó por una única entidad económica. Le atemorizaba que la bestia alemana volviera a alzarse y clamara venganza si no se acababa con ella de manera definitiva. Ansiaba también satisfacer a la opinión pública rusa concediéndole un «juicio final» en que los alemanes sintieran todo el peso de la furia de sus conquistadores. Occidente temía que su intención última fuera extender el comunismo hasta el Rin, o incluso hasta el Atlántico. Pero si iba a exportarlo a Europa central y occidental necesitaría apoyo sobre el terreno: el castigo de los alemanes no podía prolongarse demasiado, pues necesitaba tenerlos de su parte.[23] Stalin temía también a Occidente. Creía que Gran Bretaña y Estados Unidos planeaban una paz por separado con los alemanes y que se servirían del ejército alemán para atacarle. No se convenció de que Occidente no firmaría una paz por separado hasta que los norteamericanos libraron la sangrienta campaña de las Ardenas, que concluyó en enero de 1945.[24]

Francia no se había incorporado aún a la mesa principal y, de momento, las metas francesas eran sutilmente diferentes. Cuando la EAC se reunió en febrero, Francia seguía ocupada por los alemanes. Los franceses redactaron, no obstante, una lista de objetivos de guerra: rendición alemana, retirada de los territorios ocupados, destrucción de la Wehrmacht, ocupación de Alemania por los Aliados, castigo de los criminales de guerra y reparaciones a gran escala, consistentes en particular en carbón y coque.[25] Pocas novedades en comparación con las propuestas de Clemenceau en Versalles. La situación cambió ligeramente en el momento de la liberación. Ahora la principal preocupación de Francia era su reconocimiento como gran potencia. Y para ello se dio prisa en reclutar un ejército. Charles de Gaulle, su líder en el exilio durante los años de la guerra, deseaba apoderarse de cuanto pudiera mientras las circunstancias fuesen favorables.

Las intenciones de los soviéticos han sido objeto de prolongados debates, pues su evidente deseo de imponer el comunismo a todo el continente europeo fue el desencadenante de la Guerra Fría. Desde el final de la guerra se han examinado todas las pruebas documentales existentes; así lo ha hecho, entre otros, el experto en relaciones internacionales Vojtech Mastny. Sabemos, por ejemplo, que un equipo integrado por Maisky, Litvínov y Voroshílov redactó los planes oportunos. El viceministro de Asuntos Exteriores, Maisky, fue el responsable para Alemania y las reparaciones de guerra, mientras que Litvínov asumió los tratados de paz, y Voroshílov los planteamientos militares. Según Mastny, Stalin fue flexible y pragmático, y «procuró no pedir ni demasiado ni demasiado poco».[26] Aunque no hubo un plan general, sí se plantearon unos objetivos de guerra mínimos: Stalin quería mantener las fronteras occidentales de Rusia tal como las había fijado el pacto de 1939 que él mismo había rubricado con Hitler. Ello significaba quedarse con la parte de Polonia situada al este del río Bug, así como con los Estados Bálticos; Stalin no deseaba la reaparición de los pequeños bloques de poder que habían dominado la política de la zona oriental de Centroeuropa en la década de 1930. La Unión Soviética sería la única gran potencia militar en Europa continental –que incluía Francia e Italia–, una política que provocó fricciones con Tito, que ambicionaba ocupar ese estatus.

Stalin deseaba también la implantación de partidos comunistas fuertes en todos los países ocupados por sus ejércitos y ansiaba que dichos partidos desempeñaran funciones importantes y se mostraran activos. Por lo demás, no provocarían revoluciones ni seguirían el modelo soviético. Stalin explicó a Maurice Thorez, el dirigente comunista francés, que iba en busca de amigos. En lo que respecta a Alemania, Stalin se mostraba abierto en todas las cuestiones, excepto en lo referente a Polonia: quería compensar a los polacos con territorio alemán. También intentaba evitar que volviera a crearse una nueva «olla a presión» alemana cercando el país con vecinos hostiles. No obstante, no deseaba dar pábulo a unos deseos de venganza duraderos. Quería reparaciones y dijo a Maisky que se llevara de Alemania todo cuanto pudiese sin matar de hambre a sus habitantes.[27] Era evidente

que había que despojar también al país de su capacidad militar, pero a Stalin le resultaba indiferente la forma que adoptara su régimen: una democracia multipartidista o un partido comunista.

En sus relaciones con los Aliados occidentales, Stalin buscó una *Realpolitik* cooperativa que permitiera la reconstrucción de Alemania. Europa debía dividirse en dos bloques de intereses, controlados por la Unión Soviética y Gran Bretaña. Rusia ampliaría su esfera de influencia hasta incluir Suecia y Turquía, mientras que Gran Bretaña se haría con toda Europa occidental hasta el Rin, así como Grecia. En el centro quedaría una zona neutral compuesta por Alemania, Austria, Italia, Dinamarca y Noruega. Stalin explicó a los exiliados alemanes residentes en Moscú que se había opuesto a reordenar Alemania en varios Estados pequeños. De todos modos, deseaba explotar Europa central para su programa armamentista. El líder soviético no deseaba, indudablemente, la Guerra Fría, aunque su carácter desconfiado y hostil pudo haber contribuido a un empeoramiento de las relaciones. La Unión Soviética se consolidó en Europa oriental como respuesta al Plan Marshall, el programa norteamericano de ayuda económica lanzado en 1947.[28]

La reducción de Alemania a varios Estados fue otro proyecto que no llegó a cristalizar tras la Primera Guerra Mundial. Según hemos señalado, Haffner defendió la idea de la escisión de Alemania en unidades manejables. Los franceses ansiaban apoderarse de las regiones occidentales del país. El 12 de agosto de 1944, De Gaulle propuso una ocupación indefinida de Renania, expresando con ello unos criterios que habían ocupado un lugar preeminente entre las ambiciones francesas sobre Europa central desde la guerra de los Treinta Años. De Gaulle reiteró su determinación en enero de 1946: «Nos quedamos con el Rin».[29] No habría una vuelta a un Reich centralizado. Los rusos se mostraban menos entusiasmados con la idea de fragmentar Alemania y no les impresionaron los proyectos de De Gaulle para Renania, a pesar de que los franceses accedieron a sus caprichos defendiendo la cesión de las regiones alemanas al este del Óder a los polacos y los rusos.[30] En octubre de 1944, De Gaulle reclamó para Francia una zona de ocupación propia. Pensaba conseguir

Renania por las buenas o por las malas y exigió la comarca renana al norte de Alsacia, el Sarre y la orilla occidental del Rin hasta Colonia, así como el Palatinado, Baden y todos los territorios de Hesse. Los británicos le prometieron una parte de su zona.[31]

De Gaulle rechazó la propuesta de Morgenthau de «pastoralizar» Alemania. Pensaba que podría provocar una crisis económica; además, Francia necesitaba los productos de la industria alemana. También debía tener en cuenta el deseo francés de venganza. Una encuesta realizada a comienzos de 1945 mostró que el 76 % de los franceses deseaba la fragmentación de Alemania; el 59 % quería que se deportara a una parte de los alemanes; el 80 % apoyaba la propuesta del general Leclerc de fusilar a cinco alemanes por cada ataque contra miembros del ejército francés; dos tercios estaban a favor de anexionarse el Sarre; el 87 % pensaba que los soviéticos serían capaces de castigar debidamente a los alemanes, mientras que sólo el 9 % confiaba en los norteamericanos.[32] De Gaulle seguía lidiando a favor de sus propuestas de cambios masivos en la configuración de Alemania y, en caso de necesidad, del desplazamiento de enormes contingentes de alemanes. Silesia debía ser entregada a los polacos, mientras que Renania y Westfalia serían administradas por los Aliados. En un primer momento pensó que se podía desplazar a los quince millones de alemanes que vivían en este último territorio, pero luego decidió que el proyecto resultaría «demasiado grandioso».[33]

También estaba en juego una cuestión de imagen. Según lo expresó Georges Bidault, jefe de la organización de la resistencia, los franceses tenían que desempeñar un papel importante en la guerra tras la liberación, pues, de lo contrario, «los alemanes no los verían como conquistadores».[34] Por desgracia, los norteamericanos –y Roosevelt en particular– no estaban dispuestos a equipar al ejército francés para que cumpliera ese importante cometido. A finales de 1944, De Gaulle tendió su mano a Moscú. Stalin logró que, en contrapartida por el tratado franco-soviético, De Gaulle reconociera a sus polacos de Lublin y no al gobierno en el exilio establecido en Londres.

Las zonas de los Aliados se ratificaron en Yalta en febrero de 1945. Francia quedó excluida una vez más. Rusia avanzaba a grandes pasos hacia la victoria bélica. Sus tropas se disponían a cruzar el Óder, mientras que los Aliados occidentales aún no habían atravesado el Rin. Churchill abogó porque se incluyera a los franceses entre las potencias vencedoras. Stalin accedió a regañadientes; no pensaba que hubiesen hecho todo lo posible y, además, en 1940 habían dejado entrar a los alemanes en su país. Francia tendría, quizás, una zona, «pero sólo como un favor, y no porque lo mereciera».[35] Roosevelt envió a París a Harry Hopkins, uno de sus asesores de mayor confianza, con el fin de dorar la píldora:[36] los franceses obtendrían una pequeña zona en el oeste extraída de las porciones británica y norteamericana. Se constituiría un Consejo Aliado de Control para tratar las cuestiones que afectaran a las cuatro zonas. El Consejo se reuniría en Berlín.

En abril de 1945, los Aliados occidentales se lo pensaron mejor. Los norteamericanos habían penetrado profundamente en Sajonia, que había sido asignada a los soviéticos, y los británicos se habían apoderado de una parte considerable de Mecklemburgo. Algunos esperaban que los Aliados occidentales siguieran avanzando, tomaran Berlín y atacaran a la Rusia soviética. Entre quienes abrigaban esas esperanzas se hallaban, sobre todo, el propio Hitler y su ministro de Propaganda, Goebbels. Pero lo cierto fue que los británicos y los norteamericanos no se volvieron contra su aliado ruso... posiblemente *porque* Hitler, Himmler y Goebbels se mostraban tan deseosos de que lo hicieran; no obstante, se aferraron durante un tiempo a su botín, y Churchill, en particular, se empeñó en utilizarlo para obtener a cambio garantías de los soviéticos acerca de sus adquisiciones territoriales. Harry Truman, el nuevo presidente de Estados Unidos –Roosevelt había fallecido en abril–, no estaba, sin embargo, dispuesto a escucharle y los rusos penetraron en Mecklemburgo y Sajonia sin otorgar garantías satisfactorias sobre las fronteras alemanas o el estatuto de Berlín. Stalin se anduvo con rodeos cuanto pudo con el fin de desvalijar Berlín e instalar a sus aduladores en todos los puestos de poder que merecieran la pena.

Los franceses se sentían todavía inquietos por su situación oficial mientras sus tropas penetraban en Alemania con los angloamericanos. Ciento sesenta y cinco mil soldados en armas significaba una carencia de mano de obra en casa. Había que mandar alemanes a Francia para que trabajaran, tal como se había obligado a los franceses a bregar en Alemania. De Gaulle dijo que necesitaba dos millones de alemanes, aunque nunca los obtuvo. Seguía ansiando la anexión de Renania. Según manifestó en un tono patético Maurice Couve de Murville, miembro del gobierno provisional francés, «si no la obtenemos, habremos perdido la guerra».[37] La actitud de Francia provocó fricciones, sobre todo con los norteamericanos. Cuando las tropas francesas ocuparon Stuttgart –destinada a formar parte de la Zona Estadounidense como capital de Württemberg–, los norteamericanos les ordenaron salir. De Gaulle se negó aduciendo que se quedaría hasta que se concretaran las zonas. Los franceses estaban causando también problemas en el Levante, y en una acción aventurada contra los italianos (que habían tomado la Alta Saboya y Niza durante la guerra) ocuparon el Valle de Aosta, de habla francesa. La solución norteamericana consistió en ofrecerles algunos retazos de Baden y Württemberg, mientras ellos se reservaban la parte del león.[38] El 5 de junio, los Aliados occidentales entraron en Berlín en sus zonas y sectores, pero los soviéticos no reconocieron el Sector Francés de la ciudad hasta el 26 de julio, mientras los Tres Grandes deliberaban en Potsdam. Los franceses seguían reclamando una parte mayor de Baden y Württemberg. Se les había concedido a lo largo de la frontera occidental de Alemania un territorio de curiosa orografía con dos grandes protuberancias que sobresalían hacia el este. Fue conocido burlonamente con el nombre de *«the brassière»*, «el sostén».[N6]

Hubo otras naciones que anhelaban participar en la carrera para conseguir su porción de tarta cuando llegara la paz, principalmente los polacos y los checos. Sus esperanzas se cifraban en el tipo de cesiones y anexiones en forma de toma y daca, una práctica que se había convertido en un modus operandi propio del siglo XX. El proceso había comenzado con los movimientos de población de búlgaros y turcos en 1913. En aquella

ocasión 50.000 personas cambiaron de territorio de forma voluntaria. En 1923, el intercambio entre griegos y turcos se caracterizó por una mayor acritud, y las cifras fueron más inquietantes: 400.000 turcos marcharon al este, y 1.300.000 griegos ocuparon su lugar en un territorio que se convertiría en una patria monorracial. En la primavera de 1943, Roosevelt dijo a Anthony Eden, ministro británico de Asuntos Exteriores, que el desplazamiento de alemanes de Prusia oriental sería similar al de los turcos y los griegos. En 1945, Stalin pretendió que se revisara el Tratado de Riga de 1921, que había propiciado la creación de tres Estados Bálticos a partir de antiguos territorios rusos. La expulsión de los alemanes de las tierras situadas al este de los ríos Óder y Neisse se redujo a eso, y a que Roosevelt había estado siempre dispuesto a conceder a Stalin lo que deseara: la cooperación ruso-americana iba a convertirse en la «piedra angular del nuevo orden mundial». Gran Bretaña siguió sus pasos con la esperanza de conservar su condición de gran potencia.[39]

Stalin no estaba dispuesto a renunciar al territorio polaco situado al este del Bug. Con el cheque en blanco obtenido de los rusos en lo referente a sus fronteras occidentales, los polacos ansiaban resarcirse en la medida de lo posible obteniendo territorio alemán. La idea de avanzar hasta el Óder –y aún más allá– se remontaba a los pensadores que habían abogado por la recuperación de la Polonia de la legendaria dinastía Piast –que rigió los destinos del país hasta el siglo XIV–, Roman Dmowski y Jan-Ludwig Popławski.[40] La idea fue ganando atractivo a medida que Alemania penetraba de nuevo en Polonia. Prusia se identificaba con Hitler y, por tanto, debía ser recortada. Berlín se mencionó como el «escenario adecuado para exhibir la muerte de Prusia».[41] En Londres, Władisław Pałucki comenzó a reclamar la línea Óder-Neisse ya en 1942. El hecho de que Stalin adoptara también esa idea en Yalta no debió de sorprender a nadie.

La frontera oriental de Polonia con la Unión Soviética planteaba un problema más peliagudo. En Yalta, Churchill y Roosevelt disintieron ligeramente acerca de la Línea Curzon, propuesta por vez primera en 1920 por el ministro británico de Asuntos Exteriores, lord Curzon. Roosevelt se mantuvo firme en su apoyo a Lvov, una ciudad predominantemente polaca.

Churchill, en cambio, estaba dispuesto a entregarla a los rusos. En cuanto a las fronteras occidentales, Stalin expuso su opinión con suficiente claridad. Cuando los angloamericanos expresaron sus dudas sobre el tamaño de la población alemana que debía ser desalojada, se levantó y declaró con voz apasionada: «Prefiero que la guerra prosiga un poco más, aunque nos cueste sangre, y dar a Polonia compensaciones en el oeste a expensas de los alemanes. [...] Seguiré manteniendo –y pediré a todos mis amigos que me apoyen en ello– [que] estoy a favor de ampliar la frontera occidental polaca hasta el río Neisse». Fue entonces cuando Churchill pronunció la frase sobre la posibilidad de atiborrar la oca polaca hasta hacerla morir de indigestión. Se mencionó la cifra de seis millones de alemanes como el número de desplazados requerido. En privado, Churchill explicó a Byrnes que se acercaría más bien a nueve.[42] También habría que reasentar a algunos polacos de Lvov y de los territorios al este del Bug, aunque su población era mixta: los polacos residían en las ciudades y eran dueños de las fincas más extensas, situación que apenas se daba en Prusia oriental, Pomerania o Baja Silesia.

Edvard Beneš, jefe del gobierno checo en el exilio, había tardado cierto tiempo en recuperarse de la humillación de Múnich.[N7] Llevaba siete años en el exilio. Su plan consistió desde el primer momento en reducir el tamaño de las minorías en la joven república: los húngaros y los alemanes de Bohemia y Moravia. Los alemanes constituían el 23 % de la población de Checoslovaquia. Otra lección que había extraído de la violación infligida a su país era la necesidad de cooperar con los polacos (que se habían apoderado de la región de Teschen mientras los checos se hallaban postrados e indefensos) y de asegurarse el patrocinio de la Unión Soviética. Los polacos podían buscar acomodo en Freistadt (Fryštát), mientras que él expulsaría a dos tercios de los húngaros residentes en Eslovaquia. En cuanto a los alemanes, su «5.º Plan» preveía la cesión de algunas regiones fronterizas con población alemana en su inmensa mayoría. Ello le libraría de un tercio de sus alemanes; otra tercera parte sería expulsada. Beneš mantendría a los judíos, los demócratas y los socialistas.[43]

Más tarde se efectuó una adaptación de aquellos planes. Se redujeron los tres cantones que el dirigente checo estaba dispuesto a ceder a Alemania: Jägerndorf, Reichenberg y Karlsbad. El ajuste fronterizo le dejaría todavía ochocientos mil alemanes. Beneš concluyó que algunos huirían, otros serían expulsados y el resto sería objeto de un «desplazamiento organizado». Cuando llegó la paz, olvidó por completo la idea de perder territorio y, en realidad, reclamó tierras de Alemania, pero los Aliados no atendieron a sus demandas.[44] Beneš se había aferrado durante gran parte de la guerra a la idea de reducir el número de sus súbditos alemanes. Tenía el apoyo de los británicos. El 6 de julio de 1942, el gabinete de guerra dictaminó que los Acuerdos de Múnich no eran válidos y accedió en principio a la idea de un desplazamiento de las poblaciones alemanas de Europa central y suroriental al solar patrio alemán en aquellos casos en que se considerase «necesario y deseable». Diez meses después, Roosevelt acabó aceptando esta opinión, a pesar de que los planificadores militares norteamericanos pensaban que se podía realizar de forma más humanitaria transfiriendo seis pequeños territorios a Alemania. El 12 de diciembre de 1943, Stalin accedió también al desplazamiento después de que los ministros checos Jan Masaryk y Hubert Ripka hablaran con Bogomólov, el embajador soviético ante los regímenes en el exilio.[45]

Austria

Los ejércitos de Hitler entraron en Austria el 12 de marzo de 1938. Los alemanes no tardaron en hacer el país insoportable para ciertos grupos de personas. Los judíos fueron un objetivo obvio, y los nazis implantaron un régimen mucho más radical que el existente en Alemania, al menos hasta noviembre de aquel año, cuando Berlín aumentó la temperatura con la *Reichskristallnacht* (la «Noche de los cristales rotos»), durante la cual bandas de alborotadores destrozaron propiedades judías en toda Alemania. Adolf Eichmann fue puesto al frente de las actividades antisemitas en Austria y desempeñó su cargo con toda la diligencia que Himmler esperaba

de él. Pero su objetivo no se limitó a los judíos: dos transportes ferroviarios llevaron también a Dachau a personalidades destacadas, los *Prominenten:* miembros de la élite gobernante que habían prohibido el NSDAP, el Partido Nazi, o enviado a sus miembros al campo de concentración austriaco de Wöllersdorf, en la Baja Austria. Los dirigentes austriacos habían ejecutado a unos pocos nazis por su participación en el asesinato del canciller Dollfuss cuatro años antes. Había llegado la hora de la venganza nazi. La suerte de la élite austriaca se narra en parte en el libro de Bruno Heilig *Men Crucified* [Hombres crucificados]: ministros, funcionarios civiles y magistrados, la mayoría de ellos de una edad avanzada, fueron aplastados físicamente y golpeados hasta la muerte. Algunos acabaron en Buchenwald; otros, en Mauthausen. Quienes sobrevivieron regresaron como mártires. Nadie les envidió aquel título.

A pesar del trato dado a sus dirigentes políticos, es posible que muchos austriacos de la derecha y de la izquierda se mostraran dispuestos a apoyar a Hitler. El 10 %, quizá, de la población adulta del país ingresó en el NSDAP, pero una cierta torpeza por parte teutona les impidió ganarse a tantos adeptos como hubiesen querido. El plan cuatrienal de Göring se apropió de la industria austriaca, y un número creciente de alemanes apareció pavoneándose en aquel territorio recién adquirido mientras trataban a los austriacos con un desprecio que éstos aún no han olvidado. Y todavía fue peor su propensión a enviarlos a los frentes de guerra más violentos. Los Aliados, sin embargo, consideraban ahora que Austria formaba parte de la Gran Alemania, y ellos seguían todavía en guerra. Los exiliados intentaron guiar sus pasos y alegaron que el caso austriaco era distinto. A muchos dirigentes aliados les resultó difícil aceptar este hecho pero, por razones políticas, acabaron pensando en Austria como en una víctima. Aunque nadie había considerado seriamente la posibilidad de otorgarle un gobierno en el exilio, los Aliados debían pensar que el país tenía una comunidad de exiliados deseosos de reunirse y debatir el futuro de su patria, y si sus deliberaciones causaban problemas a la administración alemana, ello supondría una ventaja adicional.

Había cinco posibles soluciones para una Austria de posguerra. La primera consistía en una simple vuelta al Estado independiente que había sido entre 1918 y 1938. La segunda proponía mantener su unión con Alemania. Una tercera implicaba la creación de algún tipo de Confederación Danubiana basada de manera laxa en los aspectos más aceptables del Imperio austrohúngaro, y la cuarta era la preferida por el Plan Morgenthau: una separación de las provincias austriacas en función de la cual el Vorarlberg pasaría, quizás, a formar parte de Suiza, el Tirol y Salzburgo se unirían a Baviera[N8] (que podría desgajarse entonces de Alemania), y las zonas orientales se unirían a una federación de territorios danubianos. Una quinta posibilidad consistía sencillamente en unir Austria y Baviera y constituir un Estado católico alemán meridional.[46]

Es probable que los Aliados pensaran que un poco de confusión podía resultar beneficiosa; no era rentable dejar que los austriacos sintieran que habían logrado salir indemnes del atolladero. Tendrían que esforzarse en demostrar sus afectos antes de obtener el premio de una independencia renovada. Esta ambivalencia se plasmó en la Declaración de Moscú del 30 de octubre de 1943: «Austria, que fue la primera víctima de la agresión nazi, debe ser liberada del dominio alemán».[47] El *Anschluss*, la anexión llevada a cabo el 15 de marzo de 1938, fue declarado nulo y sin efecto: «A Austria, no obstante, se le recuerda que carga con una responsabilidad ineludible por haber participado en la guerra en el bando de la Alemania de Hitler, y que, en última instancia, se tendrá inevitablemente en cuenta la función que desempeñe en su propia liberación».[48] Más que exonerar a los austriacos del papel que habían representado en el «Movimiento» y en la guerra, se les exhortaba a *rebelarse* contra los alemanes.

Otto de Habsburgo, el pretendiente al trono austrohúngaro, achacó a los rusos el tono reticente de la Declaración, pero es probable que Edvard Beneš hubiera tenido también algo que ver.[49] La Declaración rechazó asimismo la idea de una Federación Danubiana y echó por tierra las esperanzas de una restauración de los Habsburgo. Esto fue obra de Stalin. El propio Otto había marchado a América en 1940 y dejado a su hermano Roberto en Londres para hacer allí campaña en favor de la causa. El

nombre de Otto figuraba en una lista negra de los nazis. Primero fue a Nueva York, y luego a Quebec. Como es natural, esperaba que los Aliados contemplaran favorablemente una restauración de los Habsburgo, pero las posibilidades de esta decisión eran escasas. Otto descubrió que algunas personalidades mostraban una actitud notablemente poco comprensiva hacia Austria. Uno de ellos era Eden, el ministro de Asuntos Exteriores de Churchill, quien al parecer había definido el país con la expresión de «cinco Habsburgos y un centenar de judíos». Otto quería provocar un cambio en la opinión de Roosevelt. Recordemos que, en Quebec, el presidente se sintió entusiasmado con el Plan Morgenthau. Otto afirma que consiguió convencer tanto a Churchill como a Roosevelt.[50]

El 25 de octubre de 1944, los soviéticos pidieron que se acelerase la solución para Austria. Deseaban estipular las condiciones de su futura zona. En ese momento, los franceses no estaban especialmente interesados en Austria ni se les había incluido en el reparto de los despojos. No comenzaron a exigir reparaciones, junto con los rusos, hasta una fecha posterior, cuando localizaron en Austria una parte de su propia industria.[51] En cuanto al territorio, los soviéticos optaron por la región de Burgenland y por la mitad oriental de Estiria, junto con Graz, sede de las principales industrias, muchas de ellas trasladadas desde Alemania hasta una distancia segura, lejos de los bombarderos angloamericanos. Los británicos se tendrían que contentar con la mitad occidental y Carintia; los norteamericanos obtendrían el resto. La tarta Sacher vienesa se cortaría en tres pedazos, pero Rusia se quedaría con el Distrito I del centro urbano, el III y las zonas del norte lindantes con el Danubio. Ya para entonces tenían la intención de controlar el tráfico fluvial. Los demás trozos de la tarta serían para los angloamericanos.[52]

Entretanto, algunos grupos de exiliados austriacos se reunieron para debatir el futuro. En Gran Bretaña su número ascendía a 30.000, judíos en un 90 %.[53] El Centro Austriaco se hallaba en Westbourne Terrace, en Paddington, y disponía de restaurante, biblioteca y sala de lectura propios, además de un periódico, el *Zeitspiegel*. Antes de que se conociera plenamente el horror, e incluso en una fecha tan tardía como el mes de abril

de 1945, se realizó entre los emigrantes una activa campaña para hacer regresar a los judíos. Aquel mes apareció el folleto *Vom Ghetto zur Freiheit. Die Zukunft der Juden im befreiten Österreich* [Del gueto a la libertad. El futuro de los judíos en la Austria liberada]. En él se pedía el castigo de quienes habían cometido crímenes contra los judíos y la restitución de sus propiedades.[54]

Las agrupaciones de austriacos en el exilio comenzaron a planificar una Austria sin nazis e independiente antes, incluso, del inicio de la guerra. En junio de 1939, un grupo de debate se bautizó a sí mismo con el nombre «Das kommende Österreich» (La Austria venidera). Los exiliados en Gran Bretaña no fueron los únicos en mantener esa clase de debates. Uno de los personajes más influyentes fue Ernst Fischer, que dirigía el Grupo Comunista austriaco en Moscú. En el año 1944 publicó *El renacimiento de mi país*, en el que abogaba por un divorcio económico total entre Austria y Alemania una vez finalizada la contienda y proponía alianzas con Checoslovaquia y Yugoslavia.[55] Con la instauración del gobierno provisional en otoño de 1945, Fischer fue nombrado ministro de Educación.[56]

F. C. West, presidente del Centro Austriaco, planteó la cuestión que se insinuaba con más intensidad en las mentes de la mayoría de los exiliados cuando pronunció su conferencia: «Zurück oder nicht zurück – das ist keine Frage» (Volver o no volver: ésa no es la cuestión). La mayoría de los judíos abrigaba ciertas reservas, estimuladas activamente por los grupos sionistas. Willi Scholz (que no era judío) se esforzó por asegurarles que la nueva Austria no sólo les daría la bienvenida sino que, además, los necesitaba («Österreichische Juden, geht nach Österreich zurück!» [¡Judíos austriacos, regresad a Austria!]).[57] En 1941, el Free Austrian Movement (FAM, que en marzo de 1944 se convirtió en FAWM, o Free Austrian World Movement) fue fundado como el portavoz político del Centro. Estaba dominado por comunistas y monárquicos, e incluso los socialdemócratas le retiraron muy pronto su apoyo.[58]

La organización Young Austria, con su lema «Jugend voran» (La juventud por delante), fue un movimiento dinámico para quienes tenían

menos de veinticinco años. En su mayor apogeo tuvo un millar de miembros, cien de los cuales lucharon en las fuerzas armadas británicas.[59] Judíos, socialdemócratas y comunistas se afiliaron a ella. Los comunistas fueron declarados ilegales por el canciller Dollfuss en febrero de 1934 y habían sido empujados al exilio antes, incluso, que los judíos. El mayor partido austriaco antes del *Anschluss* era el de los *Christlichsozialen*, los Cristianos Sociales, pero en la colonia de exiliados no tenían prácticamente representación. Solían ser antisemitas, y la numerosa presencia de judíos les habría provocado rechazo. Los monárquicos, que apoyaban la candidatura de Otto de Habsburgo, eran influyentes hasta cierto punto, pero esta influencia se ejercía entre los gentiles y no entre los judíos.[60]

Otto de Habsburgo había intentado reclutar un batallón en Estados Unidos en 1942, y la recreación de una Austria independiente en la posguerra daba motivos de esperanza a los monárquicos.[61] Legitimistas como el barón Leopold Popper von Podhragy presionaban para que se crease un Comité Nacional y una fuerza de combate austriaca. Los legitimistas solían ser aristócratas (los nobles tuvieron una numerosa representación en los tempranos grupos de resistencia austriacos) y fueron de los primeros en enfrentarse a los nazis, que los trataban con un desprecio que era mutuo. El Foreign Office británico adoptó una tibia postura respecto a la creación de una fuerza de combate austriaca. La respuesta del ministro Eden se limitó a insistir en la eliminación de la influencia alemana; además, no creía contar con cuadros apropiados entre los treinta mil austriacos residentes en Londres.[62] Un año después, el Foreign Office pudo aludir a las malas experiencias vividas en Estados Unidos como razón para no reclutar un batallón de esas características. Un documento fechado el 15 de marzo de 1943 muestra el grado de división existente entre los austriacos londinenses.[63]

Los dirigentes de la socialdemocracia austriaca Viktor Adler y Otto Bauer se vieron obligados a huir de París a Nueva York. Al principio, el pacto Mólotov-Ribbentrop había supuesto un obstáculo previsible para su funcionamiento, pero la situación cambió tras la invasión de la Unión Soviética por Hitler y la constitución de la alianza ruso-británica, con lo que

ser de izquierdas pasó a ser de nuevo una postura respetable. Los socialdemócratas habían adoptado tradicionalmente la tesis de que Austria era incapaz de mantener una existencia plenamente independiente y habían empañado su imagen al apoyar la unión con Alemania.[64] Al principio, la Young Austria abogaba por la liberación de «Alemania»: «Ohne ein freies demokratisches Deutschland – kein unabhängiges Österreich» (Sin una Alemania libre y democrática no habrá una Austria independiente). Alentaban un levantamiento mundial masivo para derrocar a los nazis recurriendo a la violencia. Lo más importante era conseguir que las autoridades británicas les reconocieran su derecho a luchar, su derecho a poseer, como los polacos y los checos, sus propias unidades de combate.[65] Los comunistas eran poderosos entre bastidores en casi todas las organizaciones británicas. Su plan consistía en que la Rusia soviética fuese el fundamento de un sistema de seguridad que impidiera futuras guerras y protegiera de la agresión alemana a los Estados más pequeños del sudeste europeo.[66] Hacia el final de la guerra aparecieron un cúmulo de publicaciones que describían la forma política de la nueva Austria, aunque se evitaba mencionar la palabra «república» para no asustar a los monárquicos, expuestos a la persecución nazi desde 1942.[67] No deseaban el enfrentamiento hasta que Hitler hubiese sido derrotado.

El periodista comunista Alfred Klahr fue un importante teórico de una nueva Austria divorciada de Alemania. Klahr abogaba por reescribir la historia austriaca reciente para hacer hincapié en la unidad y la resistencia contra Hitler. Para limitar el número de los traidores a un simple puñado de colaboradores de alto rango fue necesario caminar con pies de plomo al tratar sobre el Ständesstadt, o Estado Corporativo, que en 1934 sustituyó en Austria al gobierno democrático. Alemania no podía presentarse como víctima, ya que no disponía de esa carta.[68] Una de las tácticas utilizadas consistió en describir Austria como una entidad culturalmente distinta de Alemania, lo que significaba centrarse en los escritores antialemanes, como Grillparzer. La música era también un factor de suma relevancia: Austria podía afirmar su mayor estatus internacional; que músicos procedentes de todo el mundo habían vivido en Viena; que el Beethoven de la *Novena*

sinfonía y la versión musicada de la *Oda a la Alegría* eran una plasmación vienesa. El Wagner nacionalista y antisemita se presentó como un fenómeno puramente alemán.

El 19 de febrero de 1942, Churchill prometió liberar Austria del «yugo prusiano». En realidad, se había pasado de la raya y el Foreign Office desautorizó su discurso, pero tuvo un efecto estimulante sobre los círculos del exilio. Finalmente, la independencia de Austria se convirtió en un objetivo de guerra; así lo reconocieron el secretario para las Colonias, lord Cranborne, ante la Cámara de los Lores en mayo de 1942, y Eden en la de los Comunes en el mes de septiembre. Los exiliados austriacos, más ansiosos que nunca por echar las culpas a los *Piefkes*, los *Preussen* o los *Nazipreussen*[N9] bebieron a tragos aquel razonamiento. Alegaban que los austriacos que ostentaban posiciones de poder eran unos oportunistas desnaturalizados: los auténticos austriacos no tenían nada que ver con el régimen.[69] Cualquier pequeño acto de resistencia o no cooperación era considerado un triunfo. Cuando regresaron a Austria tras la guerra, tuvieron que admitir que habían vivido en las nubes.[70]

Los exiliados no lograron convencer a los funcionarios del Foreign Office. En noviembre de 1942, Roger Makins habló como la voz de su amo y arrojó dudas sobre la importancia de un grupo compuesto principalmente por judíos y realistas, mientras que otros apuntaban a la influencia comunista y se mostraban escépticos sobre si los austriacos aceptarían las decisiones de dicho grupo. La presencia de tantos judíos en el comité no podía dejar de dañar su credibilidad.[71] Por otra parte, se obtuvieron algunos progresos por mediación de ciertas personas, como sir Geoffrey Mander, que se habían constituido en defensores suyos en Gran Bretaña, y en el Parlamento se alzaron voces favorables a la creación de unidades de combate austriacas en los ejércitos de los Aliados.[72]

A partir de junio de 1944, los exiliados austriacos se vieron reflejados en el ejemplo de los franceses, a quienes se otorgó rápidamente el derecho a organizar su país en la retaguardia y eludir la amenaza de la ocupación y de un gobierno militar. Los exiliados se engañaban a sí mismos al establecer esa comparación, pero ello no les impidió soñar.

Las probabilidades de convencer a los judíos no politizados, que constituían el grueso de los exiliados, de que Austria era inocente como un cordero eran aún exiguas, pues muchos de ellos habían sido testigos del salvajismo de la población gentil austriaca en 1938. Tampoco se dejaron persuadir por los intentos de «relativizar» las atrocidades perpetradas contra los judíos incluyéndolas en un cúmulo de otras más como medio para centrar la atención en la monstruosidad general de los alemanes. También dudaban del escenario dibujado por el Centro Austriaco, que representaba a los judíos como austriacos leales. Su ideal habría sido un levantamiento popular contra los nazis. En el momento en que todo estaba a punto de concluir tuvieron éxito y se desató un motín a pequeña escala cuando los rusos asomaban por la frontera. Hitler envió al austriaco Ernst Kaltenbrunner, jefe del SD, el *Sicherheitsdienst* (Servicio de Seguridad) de la SS, para aplastarlo, y tres oficiales fueron ahorcados públicamente en Florisdorf.[73]

La Rusia soviética se aferró a la idea de una Austria independiente dentro de sus fronteras de 1938, pero la potencia de Europa central iba a ser Checoslovaquia. Austria tenía que ser «neutralizada», y negarle asimismo cualquier forma de confederación con sus vecinos, pues los rusos temían un resurgimiento de un imperio católico o austrohúngaro. Tampoco iba a haber uniones larvadas del tipo de la OTAN o la Unión Europea; a cambio, Austria no sería transferida al campo comunista. Se trazó también el mapa de las zonas: los soviéticos deseaban la industria (en particular, la armamentista) ubicada en el este. El este contaba también con los nudos ferroviarios planeados para sus proyectados satélites de Hungría, Checoslovaquia y Yugoslavia.[74]

Los Aliados fueron cómplices del mito de Austria como víctima,[75] pero esa complicidad estuvo dictada en gran parte por su propia conveniencia. Para los judíos, la «liberación» fue el momento de la verdad. Los marxistas no habían conseguido abordar la cuestión del genocidio, pues tales cuestiones no tenían nada que ver con la lucha de clases. Cuando se enfrentaron a los hechos se quedaron sin habla. El *Anschluss* y la guerra fortalecieron no obstante el sentimiento austriaco de independencia, que en

la década de 1930 se hallaba, en el mejor de los casos, a medio camino de su formación. Ahora todos los austriacos aceptaban la idea de un Estado independiente y rechazaban la noción de una Gran Alemania. Esta actitud sigue tiñendo aún hoy las mentes austriacas, hasta el punto de que el flirteo con Alemania iniciado con los antisemitas pangermanistas como Schönerer y Lueger y que alcanzó su culminación en el período de entreguerras ha caído prácticamente en el olvido. Cuando el Ejército Rojo se presentó ante las puertas de Viena, ese flirteo fue relegado a lo más recóndito de la memoria colectiva austriaca.

N1. Gerhard Ziemer da una cifra de 2.280.000; Alfred de Zayas, de 2.211.000. Salvo indicación contraria, todas las notas son del autor.

N2. Böll basó en cierta medida la historia de su libro en su propia familia. Siendo un adolescente tuve el privilegio de conocer a sus dos hermanos. Uno se había disparado en el pie para evitar combatir en la guerra de Hitler.

N3. También llamado Comité polaco de Liberación Nacional o Comité de Lublin. Coordinaba los distintos grupos opositores y de la resistencia en territorio polaco frente al ocupante alemán. *(N. del E.)*

N4. En esta fase, la porción soviética incluía Alemania oriental en sus fronteras de 1937. Una gran parte de este territorio fue segregada más tarde y concedida a Polonia.

N5. Se trata de una cuestión discutida. Michael Balfour sostiene que Morgenthau escribió el primer borrador: Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control in Germany and Austria 1945-1946*, Oxford, 1956, p. 20, n. 3.

N6. Se trataba del término angloamericano; en francés, *brassière* designa una prenda infantil y no tiene protuberancias.

N7. Alusión a los acuerdos de 1938 rubricados por Reino Unido, Francia, Italia y Alemania para solucionar la crisis de los Sudetes, y que perjudicaron los intereses de Checoslovaquia. *(N. del E.)*

N8. Baviera se consideró una vez más la parte más inocua de Alemania. El monstruo era siempre Prusia.

N9. Sobrenombres despectivos hacia los alemanes. *Piefke* proviene del músico militar prusiano Johan Gottfried Piefke, autor de una pieza para conmemorar la derrota de los austriacos por el ejército prusiano en 1866, y que dio origen al Imperio alemán. *(N. del E.)*

PRIMERA PARTE

El caos

1
La caída de Viena

14 de abril de 1945

Una vista espeluznante desde el Graben: ha desaparecido el maravilloso tejado de la catedral, en pronunciada pendiente y con su dibujo del águila, y la torre inacabada de la izquierda ha quedado destruida por el fuego. Los pináculos y gabletes ofrecen un aspecto lamentable y aparecen ennegrecidos contra el fondo del cielo. Sólo la torre, símbolo de mi amada ciudad, permanece aún en pie.

JOSEF SCHÖNER, *Wiener Tagebuch 1944/1945*,
Viena, Colonia y Weimar, 1992, p. 160

A medida que los rusos se acercaban a la antigua capital habsburguesa, el Centro Austriaco y la BBC intentaban ahuyentar conjuntamente los temores de la población. El Centro Austriaco llegó incluso a hacer hincapié en la fama de buen comportamiento del Ejército Rojo. El III Frente ucraniano, que marchaba desde la ciudad húngara de Koszeg a las órdenes del mariscal Tolbujin, cruzó la frontera el 29 de marzo de 1945, día de Jueves Santo, en Klostermarienberg, en el sur de la región de Burgenland, y avanzó hacia Rechnitz. Graz se encuentra al final del valle del Raab pero, como era de prever, el Ejército Rojo giró a la derecha en dirección a Viena. El 1 de abril dio comienzo la batalla por Wiener Neustadt. La capital cedió tras una semana de lucha, y el 8 de abril el Ejército Rojo entró en la «Fortaleza de Viena», según la denominación hitleriana. El Centro Austriaco estaba exultante: el periódico *Zeitspiegel* describió el recibimiento fraternal dado a los conquistadores, mientras las banderas roja de los rusos y roja, blanca y

roja de Austria ondeaban expuestas de manera destacada. Habían perdido una vez más el contacto con la realidad.

Las mujeres de Viena no manifestaron tanto entusiasmo, por decirlo de la manera más suave. Joseph Goebbels había expuesto con suficiente claridad lo que les iba a ocurrir. Algunos desdeñaron sus advertencias como «propaganda para sembrar el terror», pero la triste verdad era que el Ejército Rojo violaba dondequiera que se presentaba. Sus soldados violaron incluso a rusas y ucranianas. Las violaciones peores y más graves fueron perpetradas contra las mujeres del enemigo, primero las húngaras, y luego las alemanas. A las búlgaras, sin embargo, se les ahorraron los excesos más penosos, posiblemente porque rusos y búlgaros se tenían afecto mutuo. El Ejército Rojo violó también a mujeres yugoslavas, a pesar de que se hallaban en su mismo bando. No era probable que perdonasen a las vienesas por el mero hecho de que la Declaración de Moscú las había calificado de «víctimas del fascismo».

Se ha discutido mucho el porqué los rusos violaron y asesinaron a tantas mujeres durante su marcha hacia el río Elba. Es indudable que fueron azuzados por Ehrenburg y otros propagandistas soviéticos que veían en la violación una expresión del odio y, por tanto, un acto apropiado para fortalecer la moral. A los soldados soviéticos se les habían mostrado además fotografías de las víctimas de los nazis en el campo de Majdanek, donde los muertos habían sido identificados simplemente como «ciudadanos soviéticos». Los alemanes habían estado en Rusia, habían quemado sus ciudades y sus pueblos y se habían presentado como un *Herrenvolk,* una nación de señores.[N1] Para ellos, los eslavos pertenecían a una raza inferior y no eran mejores que siervos.[N2] En aquellas circunstancias, la violación debió de parecer a los rusos una forma de venganza irresistible contra aquellas mujeres «superiores» y la mejor manera de humillarlas, a ellas y a sus hombres. Al parecer, los peores delincuentes eran los soldados de Bielorrusia y Ucrania, territorios invadidos por los alemanes. La probabilidad de violar era mucho menor entre los viejos soldados y entre quienes poseían formación universitaria. Cuanto más alto era el nivel de vida con que se topaban los soldados rusos,

tanto mayor era el número de violaciones que perpetraban. Les asqueaban la opulencia, las casas confortables y las despensas bien provistas con que se encontraban y que tanto contrastaban con la pobreza conocida por ellos en su país.[1] Las casas señoriales y los castillos se prestaban especialmente a suscitar esa repugnancia.

Los comandantes solían hacer la vista gorda ante las violaciones. Cuando el intelectual judío ucraniano Lev Kópelev intentó intervenir para salvar a una alemana de un grupo de soldados entregados al pillaje, fue acusado de «humanismo burgués» y condenado a nueve años de presidio.[2] No se aplicaron castigos hasta mucho tiempo después. El motivo de que los generales rusos aceptaran una falta de disciplina tan atroz era que la violación se excusaba en las esferas más altas. Stalin comentó al dirigente comunista yugoslavo Milovan Djilas: «¿No puede entender que un soldado que ha atravesado miles de kilómetros entre sangre y fuego se divierta con una mujer o se apropie de alguna insignificancia?».[3] A la aprobación semioficial de aquellos actos se añadía la hambruna sexual del Ejército Rojo. Sus soldados llevaban cuatro años combatiendo, y en la mayoría de los casos ni siquiera habían disfrutado de un permiso por motivos familiares. Las violaciones empeoraron a partir del 23 de junio de 1945, cuando muchas mujeres soldados fueron enviadas de vuelta a Rusia, y se convirtieron en práctica cotidiana en pueblos remotos del Burgenland y la Baja Austria, donde continuaron hasta finales de 1946 o principios de 1947.[4]

Los alemanes habían empezado a retirarse el 6 de abril de 1945 y se llevaron consigo a la mayoría de los policías. En cualquier caso, la policía estaba formada por soldados entrados en años, no aptos, en general, para servir en el frente. La auténtica policía vienesa había sido incorporada a la SS y enviada a Rusia. La desaparición de aquel cuerpo de policía sustitutivo expuso a la ciudad a peligros aún mayores cuando comenzó el saqueo. Posteriormente, los rusos formaron una brigada auxiliar provista de brazaletes, pero para entonces el daño ya estaba hecho. Sin embargo, no era sólo que se hubiese esfumado la policía; los nazis prudentes habían

abandonado también la ciudad dejando sus hogares a merced de los desvalijadores.[5]

El Ejército Rojo apareció pisando los talones a los alemanes en retirada. Los vieneses ignoraban qué estaba ocurriendo. La radio había dejado de funcionar y los últimos periódicos aparecieron el 7 de abril; el día 8 se imprimieron algunos pero no fueron distribuidos. El colapso informativo fue completo hasta que las comunicaciones se restablecieron el día 15 con la publicación del *Neues Österreich*, respaldado por los comunistas. Sólo quedaba la «radio macuto» (en alemán *Mundfunk*, «radio de boca», una paronomasia de *Rundfunk*, «emisora de radio», con el significado de «rumores» o comunicación «boca a boca»).[6] «En el Distrito VII, el Ejército Rojo ocupó la gigantesca panificadora Anker, en el barrio de Favoriten, dejando a la ciudad sin su fuente principal de suministro de pan. Durante los diez días siguientes, los vieneses vieron reducida su ración diaria de pan a 250 gramos. La situación fue incluso a peor: los ciudadanos tuvieron que apañárselas con una ración semanal de entre 500 gramos y un kilo. Una rebanada de pan se consideraba un regalo.[7]»

El 8 de abril corrió el rumor de que los rusos habían llegado al Zentralfriedhof, el cementerio principal. Aquel día, el economista Eugen Margarétha seguía viviendo de su bien provista despensa: se había dado un banquetazo dominical con una «maravillosa» sopa de patata con tropezones de verdura y carne, un sencillo escalope de cerdo, que resultó un poco demasiado salado, y *risibisi,*[N3] al que su mujer no había puesto sal, para compensar lo ocurrido con el cerdo. Hubo un postre de nata y café turco. A continuación, el hombre de la casa se fumó un puro suizo *cheroot.*[8] Margarétha vivía en la Bossigasse, en el barrio de Sankt Veit de la lujosa zona suburbana de Hietzing, en cuyo centro había todavía unidades activas de la SS. Al día siguiente se fijó en un ruso que arañaba la puerta de enfrente. Luego escuchó el sonido de las culatas de unos fusiles que golpeaban en su propia puerta. Franek, el mayordomo, de lengua checa, fue enviado a negociar con ellos. Una tropa de rusos entró en la casa portando sus pesadas ametralladoras. Los soldados desaparecieron en la bodega y, a

continuación, subieron a la vivienda, donde tomaron posiciones y dispararon desde las ventanas contra los SS.

Margarétha anotó en su diario que eran unos «buenos chicos». Un suboficial ruso dio a Franek cinco puros después de que éste le hubiera asegurado que los dueños de la casa no eran *germanski* sino checos. A uno de los soldados le encantó el reloj de Franek. El mayordomo alegó que era un hombre pobre y sólo tenía uno. Otro soldado le espetó a su camarada que se lo devolviera. La mayor parte de los disparos procedían de los rusos. Los hombres de la SS sólo abrían fuego ocasionalmente. Cuando los rusos se hubieron marchado, Margarétha subió al piso de arriba y descubrió que habían roto unos veinte cristales de las ventanas. Se habían servido comida y cigarrillos. También habían destrozado su preciosa máquina de escribir y habían estropeado el aparato de radio y la báscula del baño. El espejo del tocador de uno de los dormitorios había sido hecho añicos con una bayoneta. Los soldados habían cortado los cables del teléfono, que habían roto igualmente en pedazos. Hacía seis semanas que no funcionaba. Se habían llevado dos bicicletas. «En conjunto, los soldados no eran salvajes sino disciplinados. [...] En realidad, podían haber ocurrido cosas mucho peores.» Más tarde, Margarétha logró sustituir algunos de los cristales rotos por vidrios de su colección de cuadros y de su «certificado conmemorativo» de la Gran Guerra.[9] En otros lugares, los soldados de la primera oleada del Ejército Rojo se mostraron considerados al advertir a los civiles austriacos sobre las tropas de ocupación que les seguían, y les aconsejaron que enterraran sus objetos de valor.[10]

Los vieneses recibieron al Ejército Rojo con cierta inocencia. Iba a ser su primera experiencia de ocupación desde los tiempos de Napoleón. En el distrito de Josefstadt los rusos fueron saludados «con alegría y amabilidad por mujeres y muchachas que a veces los besaban o abrazaban, un gesto de cordialidad malinterpretado a menudo».[11] Josef Schöner había sido miembro del cuerpo diplomático austriaco antes de marzo de 1939, pero su aversión hacia los nazis le llevó a retirarse. La nueva plantilla mantuvo a escasos miembros de la élite austriaca: en el Ministerio de Asuntos Exteriores tan sólo el 10 % de los funcionarios siguió sirviendo bajo los

nazis. Schöner sobrevivió trabajando para sus padres, dueños de varios restaurantes y cafeterías de la ciudad, que habían cometido el error de solicitar el ingreso en el Partido Nacionalsocialista. Schöner no lo hizo. Acabada la guerra fue embajador en Bonn y, finalmente, en Londres.

El 10 de abril, Schöner observó en la Siebensterngasse, una calle del Distrito VII, a un par de rusos tocados con gorros de piel; el ejército alemán se estaba replegando del centro. Se fijó en el comportamiento de los vieneses, que intentaban hablar con los recién llegados sirviéndose de cualquier lengua eslava que conocieran, generalmente el checo, y les ofrecían cigarrillos, que los rusos rechazaban. «El anhelo de paz está tan extendido que nadie cree que vaya a haber en Viena una resistencia prolongada.»[12] Schöner se sintió sorprendido por el aspecto de los rusos. Muchos de ellos portaban espadas, pero ninguno parecía tener vaina. Los vieneses se mostraban notablemente cómodos: «Por todas partes se ven rostros alegres y expresiones cálidas; no hay ni un atisbo de temor o duelo». Los rusos preguntaban si las casas de la calle ocultaban a soldados o alemanes. Los vieneses respondían con el orgullo de los liberados: «No, sólo austriacos».[13]

El saqueo de una zona concreta solía iniciarse en cuanto se despejaban las dudas de que el ejército alemán la había abandonado. Margarétha pensaba que había comenzado en Penzing, en el Distrito XIV, y que se había extendido al vecino Hietzing, donde la «chusma» vació los ultramarinos Meinl y las tiendas de moda Wallace y Oser. Un vecino, el ingeniero Kienast, se quejó de que le habían robado su reloj de oro, dándole a cambio otro de peor calidad.[14] Se veían relativamente pocos hombres austriacos: los de veinte a cincuenta años se hallaban, en general, ausentes, y en la ciudad había una enorme cantidad de obreros extranjeros reclutados por la organización de trabajo de Hitler para permitir a todos los buenos alemanes ir a la guerra. Se sospechaba que desempeñaban un papel principal en el pillaje. En Favoriten o en Florisdorf, en la orilla norte del Danubio, era más probable oír francés o griego que alemán. A partir del 9 de abril, los trabajadores extranjeros iban armados y eran a veces identificables por sus brazaletes. El comunista Franz Honner calculó que,

en abril de 1945, ascendían a setecientas mil en la ciudad de Viena y que la mayor parte de los saqueos se debían a ellos, aunque sin descartar a la población vienesa. Los extranjeros formaban, junto con nativos austriacos, la «chusma» que había perpetrado «diversos actos de violencia». A veces vaciaban los establecimientos; en otros casos eran más selectivos. Un edificio utilizado por las Juventudes Hitlerianas fue despojado hasta de su ornamentación. El veterano político socialista Adolf Schärf[N4] procuró señalar que los saqueadores eran a menudo gente de buena posición, «personas que en la vida cotidiana se preciaban, incluso, de sus títulos nobiliarios».[15]

Schöner lo observó por primera vez en los grandes almacenes Herzmansky, en la Mariahilferstrasse. Y pensó que los vieneses eran más dignos de reproche. Se les unieron unos pocos trabajadores extranjeros que ya se habían dedicado a desvalijar las zonas suburbanas de la periferia.[16] Schöner miraba asqueado cómo salían volando del edificio fardos de tela, trajes y vestidos de mujer. Un hombre no sintió el menor pudor en probarse en la entrada de una casa un traje robado. El día anterior, aquella misma banda había atacado los establecimientos de comestibles del Gürtel, el cinturón de ronda que rodeaba los *Bezirke*, «distritos», del centro. «Por tanto, no fueron los rusos, sino los propios y amables vieneses.»[17] Las grandes tiendas de vinos de Döbling y Heiligenstadt eran una bendición para rusos y saqueadores. Los rusos vaciaron el gran tonel de Klosterneuburg y luego, cuando ya no les proporcionó más desahogo, lo rociaron con disparos de ametralladora.[18] Se vio a gente que sacaba vino de Heiligenstadt en grandes recipientes.[19]

Schärf estaba ingresado en el hospital cuando cayó la ciudad. Los pacientes habían sido trasladados a los sótanos y él pudo observar durante aquellos días la mendacidad de sus conciudadanos. Uno de sus compañeros era un carnicero de Ottakring que más tarde hizo correr el rumor de que había sido un miembro destacado de la resistencia y había disparado contra los SS desde los bajos de un coche. La verdad era que en aquel momento guardaba cama, como Schärf. En el hospital se produjo una discreta «revolución»: se retiraron las fotografías de Hitler de las paredes y se

procedió a la detención del equipo administrativo. El personal militar se había deshecho de sus uniformes y había huido. El 10 de abril apareció en el patio un soldado ruso. La guerra había concluido.[20]

Schärf marchó a casa del brazo de su hija. Todas las joyerías de la Alserstrasse habían sido desvalijadas. Se impuso un toque de queda que comenzaba a las ocho de la tarde. Nadie sabía con seguridad si Viena había caído. La mañana del día 9, los rusos habían avanzado hasta el Gürtel. Al caer la tarde, los soldados alemanes abandonaron el centro de la ciudad. Su salida dio paso a los movimientos de resistencia surgidos de la clandestinidad que portaban brazaletes de franjas roja, blanca y roja. Los más activos habían sido los miembros del pequeño grupo encabezado por el comandante Carl Szokoll, tres de los cuales habían sido ahorcados poco antes de que el Ejército Rojo ocupara la ciudad. A Szokoll se le atribuye el mérito de haber salvado Viena de la «orden neroniana» de Hitler, que exigió la destrucción de la ciudad, aunque, en realidad, el ejército alemán no estaba en condiciones de cumplirla. Según el chiste del general de la SS Sepp Dietrich, su VI Ejército de Tanques se llamaba así... porque sólo tenía seis tanques. La mayoría de los soldados no disponían de más munición que unas pocas balas.[21]

La resistencia estableció su cuartel general en el palacio Auersperg. La bandera austriaca roja, blanca y roja ondeó en el ayuntamiento sin tejado. En el hogar de los Schöner se comió «al mediodía con una sensación de alegría y se brindó por nuestra amada Austria». Aquella tarde, el grueso principal de las tropas del Ejército Rojo entró en la ciudad siguiendo al grupo de avanzada. La visión de los soldados volvió a ser un espectáculo notable. Llegaban en todo tipo de transportes, en coches de caballo y en carros de dos ruedas. Llevaban acordeones y saludaban a la gente con la mano al pasar. Los vieneses ondeaban sus pañuelos y se quitaban el sombrero. Los rusos gritaban y lanzaban besos a las mujeres.[22]

Schöner y los demás vieneses estaban dispuestos a conceder a los rusos el beneficio de la duda: «El miedo a las violaciones, reiteradamente prometidas por la propaganda, no parece ser tan grande entre las vienesas». Schöner probó a abrirse paso hacia el centro de la ciudad –el Distrito I–,

pero al ver la ronda interior, al fondo de la Burggasse, cubierta por los escombros de la guerra, decidió desistir. Los rusos habían comenzado ya a robar bicicletas. Unos soldados del Ejército Rojo detuvieron a Schöner frente al Centro de Exposiciones (los antiguos establos y escuela de equitación de la monarquía) y lo obligaron junto con otros a excavar una sepultura para uno de sus camaradas muertos. Los soldados habían encontrado a un cabo alemán en el complejo de edificios y lo habían fusilado. Uno de los que cavaban con él se quejó de que los rusos le habían robado su reloj de oro y un abrigo de cuero.[23] Aquellas cuadrillas de trabajo se habían convertido en un riesgo. Johann Böhm fue nombrado secretario de Estado para asuntos sociales en los vertiginosos días que siguieron a la llegada de los rusos. Detenido en la calle por un soldado, le mostró un documento que certificaba su nuevo rango. «Papier nix gut!» (¡Papeles no buenos!), dijo el ruso en un alemán deficiente. Y fue enviado a trabajar. Los ciudadanos más avisados encontraron medios para disuadir a los rusos. Algunos se ponían un brazo bueno en cabestrillo, mientras que otros llegaban al extremo de hacérselo escayolar.[24]

El nazismo se había convertido en un producto exclusivamente alemán, y los nazis eran, por tanto, alemanes nativos u honorarios. Al verse amenazados de saqueo, los vieneses habían dirigido a los soldados hacia los hogares de los Pg.[N5] Se había abierto la veda contra los nazis, y muchos de los que se quedaron en la ciudad intentaron deshacerse de cualquier prueba que los incriminara. Un gran número de ellos se suicidó, como el vendedor de carbón cuya tienda se hallaba en el mismo edificio que la vivienda de la tía de Margarétha; o como los Böhm-Bawerk, amigos del banquero Josef Joham. El marido había huido; su mujer, su hermana y su hija se quitaron la vida. Los rusos fusilaron a un vecino, Christopher Bauer, hijo de un conocido arquitecto, probablemente porque creían que era nazi. Su madre tuvo que sepultarlo en el jardín. La dirección política estatal, la GPU u órgano de seguridad sacó violentamente de la casa de al lado a otro vecino apellidado Hackmüller. Se suponía que había sido secretario del *Gauleiter* Baldur von Schirach.[25] Schöner dejaba prudentemente su reloj de pulsera en casa y salía a pasear ataviado con una curiosa combinación de prendas

destinada a alejar cualquier sospecha de pertenencia a la burguesía: pantalones de esquiar, botas de montaña claveteadas y un sombrero de Estiria. Más tarde añadió a su indumentaria un viejo abrigo confeccionado en la década de 1920 y procuró dejar la corbata en casa. También era arriesgado llevar gafas. Los rusos consideraban fascistas o *burschuy* a quienes las llevaban, y se metían con ellos.[26]

El sombrero de Estiria era entre los austriacos un símbolo informal de la resistencia, o más bien el emblema de un orgullo nacional resurgente. Cuando Schöner llegó al palacio Auersperg descubrió que muchos de los hombres allí presentes, si no la mayoría, portaban esa clase de sombrero. El palacio Auersperg era propiedad de la princesa Agathe Croy y estaba abarrotado de miembros de la antigua nobleza. El líder de la resistencia, Willy, príncipe de Thurn und Taxis, era primo suyo, y Nikolaus von Maasburg estaba emparentado con los Croy por matrimonio. En el edificio, que durante los salvajes días de la liberación sirvió de refugio para mujeres muy adineradas, había muchos *G'schaftlhuber* y *Adabeis*.[N6] Era también el cuartel general del O5,[N7] que se había convertido en el grupo más importante de la resistencia. El lugar estaba envuelto en una atmósfera de irrealidad. Raoul Bumballa, el jefe del O5, entregó carteras ministeriales a diversos aristócratas y recibía a los rusos como si fuera ya el jefe del Estado.[27]

La auténtica aristocracia de la resistencia en aquel palacio eran los «Dachauer», los miembros de la élite gobernante anterior a 1938 enviados en masa a Dachau. Muchos de ellos seguían todavía allí, si es que no habían muerto a consecuencia del trato recibido. Schöner conoció en el Auersperg al comandante Stillfried, que había sido comandante del campo de Wöllersdorf. Su tarea había consistido en castigar tanto a izquierdistas como a nazis, y por este segundo motivo fue enviado también a Dachau; el guardabosques se había convertido en cazador furtivo.[28] Schöner debió de haberse sentido también incómodo al ver el gran número de comunistas y socialistas que salían de la clandestinidad. Un oficial ruso se mostraba incrédulo ante la visión de los príncipes y barones de la resistencia: «Imaginaba a los antifascistas de manera algo distinta». Más tarde, aquellos

hombres reconocieron su error: deberían haber elegido a dirigentes más verosímiles. Maasburg fue arrestado posteriormente cuando intentaba establecer contacto con algunos nazis tibios, pero consiguió escapar a Occidente.[29]

Si los austriacos de clase media se vestían con ropas curiosas, aquello no era nada comparado con la indumentaria de los rusos. Los raros oficiales que llevaban hombreras de opereta recordaban a Schöner a los serbios de la Primera Guerra Mundial. Muchos portaban además algún trofeo, como puñales de la SA o la SS. Del resto no se podía decir que vistiera uniforme. «Un hermoso material humano –escribía Schöner–, muchos altos y rubios (¡“teutónicos”!), y entre ellos una multitud de rostros mongoloides.» Margarétha se fijó también en su pelo rubio y sus ojos azules. Eran gente vigorosa de entre dieciocho y veinte años, seguidos por unos cuantos muchachos de catorce y quince. Por lo demás, el componente mongoloide no sobrepasaba, según sus cálculos, de un mero 2 %.[30]

Los vieneses estaban disfrutando todavía de su luna de miel con el Ejército Rojo. El padre de Schöner dio a un soldado una botella de vino de la bodega del restaurante. El soldado se ofreció a pagarla. Aquella noche, Schöner se acostó henchido de optimismo: «Que Dios nos dé una noche pacífica y un futuro mejor». La noche transcurrió confortablemente, pero el padre de Schöner había cometido un error fatal al dar una bebida al soldado porque, a continuación, sus camaradas volvieron por más. En Hietzing, algunas vecinas de Eugen Margarétha expresaron su preocupación sobre lo que podría ocurrir con su «inocencia» si los soldados bebían vino.[31] Adolf Schärf tuvo el mismo pensamiento: «La gran provisión de vino y aguardiente existente en Viena, sobre todo en las comarcas de viñedos, fue probablemente una de las causas de las violaciones sufridas por las mujeres cuando se produjeron». Lo cierto es que algunos de los casos más graves se dieron en las grandes bodegas de Döbling, donde se elabora el vino espumoso austriaco, el *Sekt*, y en el «pueblo» vitivinícola de Grinzing.[32]

Al mediodía, los Schöner se sentaron a la mesa para tomar una comida consistente en *gulasch*, patatas y lombarda, y Josef intentó consolar a su madre. En la Mariahilferstrasse ardía el hotel Windsor. No había agua para

sofocar las llamas. Schöner hizo otro intento de llegar al centro. En el Ring vio que el comerciante Kasimir (que en 1938 había robado a los judíos sus colecciones de arte) había sido desvalijado a su vez. El objetivo de Schöner era el tenebroso hotel Astoria de la Kärntnerstrasse, cuyo restaurante había sido concedido en franquicia a su tía de sesenta y siete años. En el vestíbulo, un ruso le ofreció vino: «Austria, jarashó!» (¡Austria, bien!).[33] El hotel seguía funcionando, aunque un obús había impactado en el tercer piso. Su tía parecía mantener el control. Estaba dando de comer a los rusos, mientras los oficiales practicaban los modales del viejo mundo. Hasta entonces habían dejado en paz a las camareras, pero un teniente primero había hecho proposiciones a la tía Mili y le había pedido que subiera a su habitación.[34]

Los combates continuaban en las zonas de la ciudad contiguas al Danubio. Los rusos estaban al otro lado del canal en Leopoldstradt –en el Distrito II–, lo que explicaba los terribles daños causados a los muelles, pues ambos bandos seguían lanzando fuego de artillería. El día 10, los rusos entraron en el Prater y ocuparon el hipódromo sin hallar resistencia. Los alemanes no fueron expulsados de Leopoldstradt hasta el 13. Un día después fueron expulsados de Brigittenau y la ciudad quedó por fin en paz.[35] Schöner podía, no obstante, llegar libremente a pie hasta la catedral. En la esquina de la plaza Stock-im-Eisen ardía la casa Haas. Nadie intentaba sofocar las llamas. A su alrededor había soldados mirando. No se sabía quién había provocado el incendio, si los obuses alemanes o los saqueadores vieneses. Una tercera posibilidad eran los rusos.[N8] En aquellos momentos era común acusar a los *Werwölfe:* aquellos malditos nazis destruían la capital austriaca por venganza. Más tarde, Schöner pensó que podían haber sido los saqueadores con sus velas. Las instalaciones del vendedor de comestibles finos Wild, en el Neue Markt, habían sido asaltadas por ladrones. Margarétha había oído que un general ruso había amenazado con fusilar a cualquiera que encontraran saqueando, pero aquello no parecía disuadir a los ladrones. Un soldado ofreció aguardiente a Schöner en la calle Marco-d’Aviano. El soldado le dijo que Stalin había ordenado que «Austria no debía ser tratada como territorio enemigo sino

como país liberado. A nosotros nos iría mucho mejor que a los húngaros o a los alemanes; nadie iba a ser fusilado». Cuando Schöner regresó a casa se encontró con un carro frente a ella. Unos soldados rusos vaciaban de aguardiente y *Sekt* la bodega del restaurante. Dos vieneses se hallaban a su lado observando la escena con «un placer maligno».[36]

Era el momento de saldar cuentas. En la fábrica donde había trabajado Margarétha, los obreros extranjeros pedían la cabeza del patrón, que había desaparecido prudentemente. Uno de los cocineros de los Schöner había regresado del barrio suburbano de Oberlaa. Contó que las mujeres habían sido violadas allí varias veces. «El capítulo de las violaciones, que anteriormente –e incluso al comienzo de la ocupación– habíamos atribuido con ligereza a la propaganda alemana, se había convertido en una cruda realidad.» Las víctimas daban ahora parte a los médicos. Ninguna edad ni condición social ofrecían protección. Se decía que los rusos habían violado a mujeres de hasta ochenta años. Según una información de Ober Sankt Veit que llegó a oídos de Schöner, una mujer se había quejado al comandante ruso, y éste se le había reído a la cara. En general, los oficiales excusaban a sus hombres alegando su «prolongada abstinencia». Ni siquiera las «primeras víctimas» gozaban de inmunidad: los austriacos no iban a disfrutar del sabor de la liberación.[37]

Los rusos habían localizado las abundantes reservas de alcohol de la bodega de los Schöner y los golpes en su puerta eran incesantes. Agradecían a Dios que su antigua casa vienesa tuviera una puerta maciza. Las mujeres estaban aterradas, como es natural. «Nadie pensaba en dormir.» El 12 de abril, Schöner descubrió que los rusos habían saqueado su cafetería Fenstergucker, situada frente al famoso hotel Sacher. Antes de prenderle fuego se habían llevado todo el vino y el aguardiente. Había informaciones sobre pillaje y violaciones en todas partes, hasta el punto de que la gente se vio obligada a aceptar que Goebbels la había preparado mal para la verdad. Sin embargo, la revelación más espantosa era aún más difícil de admitir: en casi todos los casos de violación o saqueo, los rusos habían sido guiados hacia sus presas por trabajadores extranjeros o por los propios vieneses. Las víctimas elegidas pertenecían a la clase media. Se produjeron también las

consecuencias predecibles: algunas mujeres se suicidaban tras los ultrajes; muchas contraían enfermedades venéreas; otras quedaban embarazadas y tenían que abortar. Médicos que en el pasado se habían negado a interrumpir embarazos, estaban ahora dispuestos a dejar de lado sus objeciones morales. Las únicas mujeres que no querían ni oír hablar de ello eran las monjas, que aguardaban impasibles su suerte en un hospital vienés. Las mujeres respondían al peligro vistiéndose de forma descuidada: «Ninguna mujer va elegante; la mayoría renuncian a los sombreros y las medias. De noche, las calles son mucho más seguras que las casas...».[38]

Los *Adabeis*, los famosos papanatas vieneses, se habían reunido ante la casa de los Schöner en la Siebenstergasse para observar el espectáculo. «La escena de nuestro desvalijamiento atrae a cientos de espectadores, que intentan constantemente abrirse paso hasta la casa para echar una mano.» Lo hacían con la esperanza de recibir unas migajas de la mesa de los rusos. «En el vestíbulo hay fragmentos de unas docenas de botellas de champán Veuve Cliquot y de Lanson.» Un croata intentó robar el reloj de Josef, pero estaba tan borracho que no podía tenerse en pie y tuvo que aferrase al cuello de Schöner. Los rusos llegaban acompañados de algunas mujeres que los guiaban hacia las cosechas más añejas. Su consejo era recompensado con algunas tabletas de chocolate de cobertura para hacer a la taza. Los saqueadores encontraron doscientas botellas más. «Otro grupo está sentado en torno a la mesa del patio trasegando nuestro viejo burdeos en tazas de café.» Los padres de Josef se quejaron a un teniente primero, cuya respuesta fue repartir algunas de las botellas entre la multitud de espectadores. Los Schöner se unieron a la cola y fueron recompensados con unas pocas botellas de su propio vino. Para colmo, un miembro de la resistencia fue a visitar al padre de los Schöner y le acusó de emborrachar a los rusos, poniendo así en peligro a las mujeres de la ciudad.[39]

En Hietzing, los Margarétha fueron más afortunados. El economista gastrónomo cambiaba «vino de la liberación» por endivias. Colgaron de su casa un cartel en alemán y en cirílico que decía: «Civiles desarmados». Unos rusos llegaron por el sendero del jardín pidiendo bebida. La mujer de Margarétha les dio agua. Más tarde, Franek instaló un bufé para distribuir

agua entre los sedientos rusos, aunque seguramente no era eso lo que querían. Los soldados acampaban en el jardín, y cuando llegaba la hora de la comida tomaban la sopa en sus cascos, que cumplían una segunda función como escudilla de campaña. Los cascos no estaban forrados, y los soldados llevaban debajo gorros de lana o piel. Cortaban la carne con la bayoneta. Margarétha seguía considerándolos amables, aunque solían guardar las distancias con los austriacos.[40]

A pesar de todo, también fue víctima del saqueo, aunque no de manera grave. Al volver de hacer sus tratos con el hortelano, halló la puerta de la casa abierta de par en par. Los soldados habían puesto a Franek contra la pared. Los tres relojes del criado habían desaparecido. Los rusos estaban en el piso de arriba, donde habían provocado un tremendo desorden. Tras arramblar con una botella de brandy alemán, no habían tocado el coñac húngaro Dreher. Se habían apropiado del anillo de bodas de su mujer, dos cámaras (luego se deshicieron de una, que Margarétha encontró en el jardín del vecino) y de un broche, que devolvieron a continuación. Otros rusos vinieron para llevarse el coche, pero Margarétha logró convencerles de que la Wehrmacht se lo había requisado hacía un año. «Uno se siente impotente ante esa clase de agresiones», reflexionaba. Frente al café Gröpl, en Hietzing, apareció una nota en la que se decía que todos los alemanes de edades comprendidas entre dieciséis y sesenta años debían presentarse ante los rusos.[41]

Alemanes y rusos seguían combatiendo en las afueras, en las zonas industriales de las orillas del Danubio. El 12 de abril, el mariscal Tolbujin hizo pública una proclama: los rusos no luchaban contra el pueblo austriaco; su objetivo era devolver el país a su situación anterior a 1938. Los nazis corrientes, decía el documento, no serían perseguidos; se respetaría la propiedad privada.[42] Entretanto, la ciudad estaba organizando una forma de gobierno. Schöner oyó el rumor de que Schärf había sido nombrado alcalde. Dos hombres con brazaletes de color rojo, blanco y rojo habían ido, de hecho, a ver a Schärf para comunicarle que se le necesitaba urgentemente en el palacio Auersperg. Al llegar allí, encontró el edificio rebosante de una «actividad febril». El hombre que se hallaba al frente era

Raoul Bumballa, jefe del grupo de la resistencia O5. A los rusos les resultaba difícil cuantificar el número de resistentes: disolvieron el grupo O5 y enviaron a varios opositores de Hitler a la Unión Soviética.

Se había llegado a la conclusión de que Tolbujin no podía reinstaurar la Austria de 1938 sin recuperar a los «austrofascistas». Los hombres del palacio Auersperg querían retroceder en el tiempo, a 1933. No se ofreció a Schärf el cargo de alcalde –que acabó en manos del general Körner, un socialista que hablaba ruso–, y sí, en cambio, el puesto inferior de alcalde del distrito de Josefstadt, que se negó a aceptar.[43] Körner supo quiénes eran los auténticos amos cuando intentó tomar posesión del ayuntamiento el 18 de abril y encontró el camino bloqueado: los rusos estaban registrando el enorme edificio en busca de armas. El alcalde fue obligado a sentarse en el banco de un parque hasta que hubieron acabado.[44]

Los «moscovitas» –Ernst Fischer, Johann Koplenig, Franz Honner y Friedl Fuernberg– habían hecho también las maletas. Durante los últimos años habían vivido en el hotel Lux de Moscú con los privilegiados comunistas alemanes. Honner era un antiguo preso del campo de Wöllersdorf. Se había marchado pronto para reclutar dos batallones de la «libertad» y formar la División Verde, integrada por unos dos mil efectivos, que había hecho campaña en Yugoslavia junto con los partisanos de Tito. Era un antiguo minero y zapatero de Grünbach que había combatido en la guerra civil española. Fischer era el intelectual y el poeta –el equivalente austriaco de Johannes R. Becher, el posterior comisario cultural de la zona rusa en Alemania–, hijo de un coronel y patriota acérrimo. Fischer esperaba que Stalin les permitiera a él y a sus compañeros comunistas desempeñar un cometido relevante. Al parecer, se enfureció al oír que los rusos habían escogido al antiguo canciller Karl Renner e iban a permitir que otros partidos, como los odiados socialistas,[N9] coexistieran con ellos.[45] A los Aliados occidentales se les esperaba con entusiasmo, e incluso se rumoreaba que llegarían a Viena como muy pronto el 22 de abril. Schöner había oído que los americanos estaban ya en las cercanías de Mauer tras haber sobrevolado Baden-bei-Wien.[46]

Los rusos llegaron a Linz el 13 de abril: «La ciudad donde se había criado el Führer fue evacuada sin lucha». Los Schöner habían conseguido enterrar en el jardín parte de las existencias de su bodega. Cerrar la puerta ya no servía para mantener fuera a los rusos, pues reventaban las ventanas. La primera oleada llegó con una pistolera vienesa que los condujo a la bodega, donde encontraron más vino y rompieron de paso algunas botellas *Doppler* de dos litros. La siguiente entró por otra ventana al grito de: «Vinó!». Los rusos se habían presentado en los bancos y obligado a los empleados a abrir las cajas fuertes. Uno de ellos dio a Schöner un billete de mil marcos del Reich a cambio de un cigarrillo liado a mano. Cuando la familia se quedó finalmente sin vino, los rusos se llevaron huevos, pan y mantequilla.[47]

Todavía había momentos emocionantes. En uno de sus paseos por la ciudad, Schöner se sintió impresionado al ver a una mujer soldado del Ejército Rojo dirigir el tráfico en la Wiedner Hauptstrasse vestida con una falda muy corta. También Margarétha había admirado a aquellas mujeres, sobre todo a las rubias. El tráfico en cuestión estaba formado por carros rusos cargados de botín que circulaban por el Rennweg. Vacas y potros marchaban atados detrás de los vehículos cargados de altas pilas de maletas, balalaikas, máquinas de coser, radios y gramófonos: «Era la representación de una caravana de gitanos». Los rusos habían robado incluso neumáticos y motores de coches. Según iba caminando, Schöner presenció en la Wollzeile cómo se desollaba un caballo. La plaza de la catedral de San Esteban había ardido por entero desde la casa Haas hasta la Rotenturmstrasse. El fuego había destruido el interior del hotel Bristol, junto a la Ópera. No había camiones de bomberos para apagar las llamas. Cuando los vieneses encontraron una bomba, resultó tan poco potente que el agua apenas llegaba al primer piso.[48] El palacio del cardenal Innitzer había sido desvalijado y el primado había huido. Schöner se descubrió al ver la catedral desprovista de su tejado. Había sido incendiada tras la marcha de los alemanes. «Es una visión que le encoge el corazón a cualquiera.[49]»

El palacio Auersperg se había convertido en el lugar donde competir por el poder en el gobierno provisional. No todos los pretendientes eran personas respetables. Según Schöner, Vinzenz Schumy había nadado a favor de la corriente tras el *Anschluss* y se hallaba más o menos comprometido; sin embargo, también él anhelaba una cartera ministerial. Schöner pensaba que el palacio estaba lleno de espías nazis. Antiguos Pg buscaban a víctimas de los nazis con la esperanza de que les dieran buenas referencias una vez iniciada la caza de brujas. Margarétha había sido despedido de su trabajo y su hijo se había casado con una Mautner-Markov, miembro de una destacada familia de origen judío ennoblecida. Schöner volvió a su antiguo puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El edificio había resultado muy dañado durante el bombardeo, pero aún seguía en funcionamiento. Las señales de que la vida volvía a la normalidad iban en aumento.[50]

Margarétha fue obligado a incorporarse a una cuadrilla de trabajo y tuvo que limpiar de obstáculos las calles y reparar los puentes junto con los demás hombres. El primer período no fue tan malo. Trabajaba el día entero y no lo encontraba más fatigoso que cuatro horas de labor en el huerto. Llegó a la conclusión de que los rusos eran más amables con los obreros civiles de lo que nunca lo habían sido los nazis. Pero la situación empeoró. Mientras trabajaba cerca de casa, su mujer le llevó un tentempié consistente en un par de bocadillos. El pan tenía ya dos días y para tragarlo tuvo que beber una gran cantidad de café negro. La cuadrilla trabajó en esa ocasión veinticuatro horas. Cuando le permitieron irse, durmió diez horas seguidas.[51]

Concluidas las hostilidades, y tras la marcha de los nazis, Margarétha y su esposa se unieron a la resistencia. Es probable que esto significara, simplemente, que pudieron demostrar su hostilidad hacia los nazis durante todo el Tercer Reich. Una vez estampada su firma en el registro se les proveyó de brazaletes de color rojo, blanco y rojo. Eugen tuvo la oportunidad de participar en política en el naciente Partido Popular Austriaco (ÖVP, según su sigla alemana), de orientación cristianodemócrata. El partido se formó con una base amplia: los empleados y los obreros se

pusieron a las órdenes de Leopold Kunschak y Lois Weinberger; la liga de campesinos estaba dirigida por Leopold Figl y Schumy, y la clase media, por Julius Raab. De momento, lo respetable era situarse a la izquierda. El «Movimiento de Liberación» estaba constituido en un 50 % por socialistas, en un 40 % por comunistas y el 10 % restante por partidos «burgueses».[52] Schärf fue uno de los que promovieron la restauración de los socialistas austriacos. En su sesión del 14 de abril rechazaron la idea de denominar a su grupo Partido Socialdemócrata, y optaron, en cambio, por el nombre de Partido Socialista Austriaco (SPÖ, según su sigla alemana). Con ello se esperaba que la gente olvidase que había aprobado el *Anschluss*. Al cabo de muy poco tiempo rechazó las iniciativas de fusión con los comunistas respaldadas por los soviéticos. Fischer había regresado de Moscú con instrucciones de evitar, de momento, el marxismo-leninismo. El acento se pondría en Austria: «Hay que dar su auténtico valor al glorioso pasado austriaco. [...] La *Marcha Radetzky* debe convertirse en un himno nacional cantado en las escuelas».[53]

El economista Margarétha se dio cuenta de que la mayoría de las tiendas del Distrito I estaban cerradas, y en sus postigos rezaba escrita la leyenda: «No hay género». Los trabajadores extranjeros se desplazaban sin impedimentos con sus carros repletos de botín. El edificio del Parlamento y el del Ministerio de Justicia habían sido pasto de las llamas.[54] Schöner reanudó sus paseos. En el Distrito XVIII se detuvo para admirar en la Heldenplatz una tumba rusa reciente engalanada con flores. Rusos borrachos aporreaban las puertas de la Burggasse, pero como los vieneses conocían ya aquel juego nadie les abría. Se formaban largas colas delante de las carnicerías y las panaderías; la carne había desaparecido casi por completo y el pan era una rareza. Uno o dos días después, a los austriacos la boca se les hizo agua al ver un centenar de vacas húngaras de extraña cornamenta que soldados del Ejército Rojo arreaban por el centro de la ciudad.

Los vieneses salían a los bosques con cochecitos y carretillas para recoger leña, setas o cangrejos de río. El café Fenstergucker había sido saqueado de nuevo, pero los asaltantes no se habían llevado el aguardiente.

Schöner llegó a la conclusión de que los ladrones eran vieneses: los rusos no habrían dejado el alcohol, y además había desaparecido cierta cantidad de un té exquisito. En general, esa clase de razones ayudaba a identificar la naturaleza del asaltante. Los rusos querían bebida, oro o relojes. Cuando desaparecía alguna otra cosa, los autores del pillaje eran civiles. En el hotel Astoria, las persecuciones nocturnas tras las camareras sacaban de quicio a la tía Mili. El Astoria fue más afortunado que el Metropol, que quedó reducido a cenizas el día 19. Había dejado de ser un hotel en 1938, cuando se convirtió en cuartel general de la Gestapo,[55] así que nadie lamentó su desaparición.

El 20 de abril, el aniversario de Hitler, el conde Albert Mensdorff, de ochenta y tres años, se presentó en el Ministerio de Asuntos Exteriores para ofrecer sus servicios. Había sido embajador austrohúngaro en Londres en 1914. Schöner recordaba cómo dos años antes había formulado opiniones declaradamente pronazis en el Jockey Club.[N10] El conde murió de inanición el 15 de junio de 1945. El Ministerio austriaco de Asuntos Exteriores estaba listo para actuar, aunque no existía la certeza de que los rusos permitieran a sus funcionarios tomar ninguna iniciativa. El ayuntamiento había dado un pase a Schöner, pero otro diplomático que había presentado el suyo a un centinela del Ejército Rojo había sido arrojado brutalmente al canal.[56]

Al día siguiente, Schöner se enteró de que los norteamericanos habían llegado a Pilsen, en Checoslovaquia. Todo el mundo aguardaba expectante la presencia de los Aliados occidentales. Estaban hartos de los rusos, que sin duda pretendían instalar a Karl Renner en el puesto de canciller, cuando aún todo el mundo recordaba la carta abierta en la que había prometido su apoyo al *Anschluss* en 1938. El 23 de abril, la noticia de la detención de Franz von Papen, el antiguo embajador alemán en Austria, fue motivo de júbilo. Había estado en Viena en 1938: «Se merecía que le hicieran algo en nombre de Austria», escribió Schöner.[57]

La rehabilitación de Renner fue idea de Stalin, quien, cierto día en que se discutía sobre Austria, preguntó: «¿Dónde está ahora Renner, aquel socialdemócrata que había sido discípulo de Kautsky? Durante años fue uno de los dirigentes de la socialdemocracia austriaca y, si mal no recuerdo,

ocupó la presidencia del último Parlamento del país».[58] En ese momento nadie conocía la respuesta, pero en cuanto amainó la tormenta los rusos fueron en busca de aquel veterano socialista que había traído la Primera República. Lo consideraban el tipo de ideólogo blando que permitiría a sus hombres moverse con seguridad entre bastidores. No confiaban en él y eran conscientes de que había expresado su apoyo al *Anschluss*. Lo encontraron el 3 de abril, cuando, por azar, protestó ante el comandante ruso del pueblo de Gloggnitz, en la Baja Austria, por el comportamiento de las tropas soviéticas. Gloggnitz lindaba con Wiener Neustadt, donde el Ejército Rojo se había topado por primera vez con una fuerte resistencia. Los rusos lo recogieron junto con su familia y los instalaron en el cercano castillo de Eichbüchl.[59] Renner se dedicó a colmar de alabanzas el sistema soviético y afirmar que la «liberación» traída por los rusos era todo lo que éstos –y él mismo– habían soñado. A partir de ese momento, los socialdemócratas –junto con el Partido Comunista, por supuesto– podrían proporcionar la necesaria seguridad política.[60] Su condición de marioneta inspiraba desconfianza en Occidente, y Renner se hizo el inocente cuando los norteamericanos le preguntaron más tarde por el papel que habían desempeñado los rusos en su nombramiento. Él insistió en que los rusos no se habían inmiscuido en sus decisiones, pero el agente norteamericano que lo visitó en agosto de 1945 se dio perfecta cuenta de la presencia del capitán ruso en la entrevista.[61]

El 23 de abril se celebró una reunión en el hogar vienés de Renner en la Wenzgasse, en el barrio de Hietzing. Se planteó la idea de distribuir libremente las carteras ministeriales entre los tres partidos interesados: socialistas, comunistas y conservadores. Renner hizo su primer intento de crear un gabinete el día 24. La elección del moscovita Honner para el cargo de ministro del Interior y jefe de la policía fue controvertida. Sin embargo, una práctica común de los estalinistas consistía en situar a un comunista en ese puesto. El nombramiento del banquero Josef Joham para Hacienda también fue polémico, pero en otro sentido: durante su etapa en el Credit Anstalt había mostrado una actitud amigable con los nazis. El doctor Gerö fue nombrado ministro de Justicia. Schöner observó que era *Mischling,*

«mestizo»: tenía sangre judía. Ernst Fischer, el otro moscovita, obtendría también un cargo.[62]

Schöner no se sintió del todo descontento con el nombramiento de Honner. Se trataba de un «puesto ingrato y difícil», y, con suerte, el ministro acabaría siendo impopular. Los rusos insistían en que se reabrieran teatros y cines. Debido a los daños de la guerra, la mayoría de las grandes instituciones culturales vienesas tuvieron que apañarse con los espacios que pudieron encontrar. El Burgtheater celebraba sus actuaciones en el Ronacher.[N11] La Ópera había sido destruida durante los bombardeos. Klemens Krauss fue nombrado primer director en medio de una decepción generalizada. Krauss había mancillado su expediente en 1934 al emigrar a Alemania en la época del asesinato de Dollfuss por los nazis, y tan escandalosa conducta no había caído en el olvido. Apareció el primer periódico posterior al nazismo, pero también causó desilusión, pues su aspecto era muy parecido al del *Völkische Beobachter* de Goebbels: escasez de noticias y mucha propaganda. Nadie se sorprendió de que su director fuera el comunista Fischer.[63]

A Schöner le llegaron noticias de la existencia de un nuevo Andreas Hofer[N12] que luchaba en el Tirol contra los nazis. Aquel hombre decía llamarse Plattner. Al parecer, fue flor de un día, aunque era cierto que los tiroleses estaban expulsando a los nazis antes de la llegada de los norteamericanos. La imagen de Austria como «víctima» e Italia como antigua potencia del Eje favorecía que «todo el mundo esperase la devolución del Tirol meridional a Austria». Tanto Schöner como Margarétha oyeron el rumor de que el antiguo canciller Kurt von Schuschnigg había sido envenenado en el campo de concentración de Sachsenhausen. En realidad, estaba de camino al Tirol meridional.[N13] El 26 de abril se constituyó un gobierno provisional presidido por Karl Renner.

Fue un intento de alcanzar un equilibrio entre los socialcristianos, los socialistas y los comunistas, pero bajo el influjo de socialistas moderados como Renner y su vicencanciller Adolf Schärf. Entre los comunistas, Fischer obtuvo la importante cartera de «ilustración, educación y cultura popular» y Honner fue nombrado ministro del Interior. El ministro

cristianodemócrata Kunschak era un notorio antisemita, motivo por el cual los judíos que integraban la mayoría del Centro Austriaco se mostraran reacios a volver a la patria.[64] Margarétha oyó hablar de ello cuando una muchacha le entregó un ejemplar de *Neues Österreich*, el periódico auspiciado por los soviéticos, que contenía los detalles del gabinete de Renner y su proclama. Margarétha juzgó esta última «excelente, una auténtica obra maestra», en tanto declaraba que Austria regresaría a la Constitución de 1920. El *Anschluss*, decía la proclama, había sido impuesto a Austria y, por tanto, era nulo y carente de valor. A continuación, Margarétha se dirigió al Naschmarkt, donde pudo comprar unos preciosos tubérculos comestibles.[65]

El viernes 27 de abril, los representantes de los partidos políticos autorizados firmaron una declaración de independencia de Alemania. Los soviéticos reconocieron el régimen de Renner, pero sólo hasta el Danubio, pues las tropas de Tolbujin seguían luchando en el Weinviertel. La Segunda República había nacido bajo la égida del Ejército Rojo. Aquella tarde, Schöner cambió su viejo abrigo y los pantalones de esquiar por una camisa de seda y un traje negro. La Filarmónica de Viena iba a interpretar su primer concierto desde la liberación. A las cuatro de la tarde se celebró una función privada en la Gran Sala de Conciertos, pues el edificio de la Musikverein había resultado dañado. El público ocupó sólo tres cuartas partes de la sala, pero se había congregado un número considerable de *Adabeis* para observar la llegada de altos funcionarios, comunistas y oficiales del Ejército Rojo. La orquesta recibió una cálida ovación; los aplausos destinados a Krauss fueron perceptiblemente menores, y algunos llegaron incluso a abuchearlo. El programa estaba integrado por la *Inacabada* de Schubert, *Leonor 3* de Beethoven y la *Quinta sinfonía* de Chaikovski: «Un tributo al espíritu inmortal de Viena y la gran época clásica de la música vienesa y al genio musical de Rusia». La Filarmónica tocó a Schubert «con alma», pero fueron mejores con Beethoven. Chaikovski fue «interpretado con brillantez».

En el intermedio, el teniente de alcalde, el comunista Steinhardt, pronunció un discurso en el que dio las gracias al Ejército Rojo por haberlos

liberado de la «plaga parda». Hubo una clamorosa ovación. Acto seguido anunció un programa de acontecimientos culturales: el 30 de abril, la compañía del Burgtheater iba a ofrecer una representación de *Sappho*, y la Ópera del Estado interpretaría *Las bodas de Fígaro* en la Volksoper. En el Teatro de la Academia se pondría en escena *Das Mäd aus der Vorstadt* de Nestroy. De momento se hacía hincapié, evidentemente, en la «cultura austriaca». Los teatros Raimund y Josefstadt[N14] abrirían al mismo tiempo con nueve salas de cine. En realidad, esto significaba la proyección de un montón de películas soviéticas sin subtítulos.[66]

Los Aliados occidentales no aparecieron en la frontera austriaca hasta finales de abril. Los norteamericanos tomaron Innsbruck, Salzburgo y Linz; los británicos subieron a través de Italia el día 28 y penetraron en Carintia y Estiria antes de encontrarse con las fuerzas soviéticas. Aquel mismo día, Joham, el compañero de viaje de los nazis, fue rechazado como miembro del gobierno provisional. Por los altavoces se oyó la marcha patriótica «O Du, mein Österreich». Si bien los rusos se mantuvieron al margen y dieron su bendición tácita al régimen que ellos habían auspiciado, los británicos, sin embargo, vieron confirmados sus peores temores y se negaron a reconocer el gobierno de Renner. Los norteamericanos siguieron sus pasos. Renner respondió aclamando a Stalin como «el mayor comandante militar de todos los tiempos». Más tarde, Schöner se encontró con un amigo que acababa de regresar de Weidling, en la conurbación de Viena. En su casa de campo se habían producido casos constantes de violación. Una muchacha de diecisiete años que había intentado defenderse había sido asesinada a tiros. «Las cosas están mucho peor en la periferia que en el interior de la ciudad.»[67]

El día 29 volvieron a funcionar los tranvías. Renner apareció en el Ministerio de Asuntos Exteriores acompañado por dos oficiales rusos y ataviado con cuello duro, corbata con un alfiler de perla, polainas grises y un viejo sombrero marrón. Llevaba una perilla gris teñida de nicotina por su dieta diaria de puros[68] y exhibía una pequeña barriga. Estaba dispuesto a enfrentarse a sus detractores. No negó haberse mostrado favorable al *Anschluss*, pero sí haber deseado la unión con los nazis. Tenía un gran

interés en hacer patente su desprecio por los austrofascistas del Estado Corporativo. Dijo a los diplomáticos que los simpatizantes de Dollfuss estaban tan fuera de lugar en la nueva Austria como los nazis. Hizo saber que deseaba la exclusión de los austrofascistas de las elecciones durante diez años. En realidad, resultó fácil reponer los ministerios con funcionarios sin mácula: su único cometido era volver a nombrar a quienes habían sido retirados prematuramente en la época del Estado Corporativo.[69] La mayoría de ellos eran, por supuesto, socialistas, además de los antiguos internos del campo de Wöllersdorf.

El Primero de Mayo se organizó un gran desfile en honor a los rusos. Se habían confeccionado banderas austriacas sin la vieja esvástica, y las mujeres habían preparado pañuelos de cabeza con el mismo material. La gente portaba claveles rojos y se saludaban con la palabra «Freiheit» (libertad), en vez de con el habitual «Grüss Gott!» (buenos días). Los rusos regalaron a la ciudad toneladas de provisiones. Los vieneses dijeron que, para empezar, se trataba de comida que les había sido saqueada.[70] Se estimaba que el donativo alcanzaría para un mes. Representaba una ración diaria de 1.620 calorías para los obreros que realizaban trabajos duros, 970 para los empleados y 833 para los niños.[71] Los franceses llegaron aquel mismo día a Bregenz, a orillas del lago de Constanza. El 6 de mayo se habían instalado en una pequeña parte de la zona que les había sido asignada: el Tirol superior. Cuando se produjo la capitulación alemana, el 8 de mayo, Austria se hallaba ocupada en su totalidad. Por si alguien lo olvidaba, los franceses colocaron para sus propios soldados señales indicadoras en las que se leía: «Ici Autriche, pays ami» (Esto es Austria, un país amigo).[72]

Los Aliados occidentales se hallaban aún lejos de Viena. Corrían rumores de que los norteamericanos estaban poniendo las cosas difíciles a Austria, contrariados por el patrocinio de Stalin a los polacos de Lublin. El 3 de mayo circuló una historia sobre la partición de Viena. Al parecer, los británicos recibirían el Distrito I. Por vez primera los vieneses oían decir que Francia obtendría también una porción de la tarta. A Schöner le contaron más tarde que los franceses recibirían el centro de Viena así como

el Distrito VII, donde él residía. El nuevo jefe comunista de la policía, Hautmann, publicó un decreto según el cual se ordenaba salir de Viena a todos los extranjeros y trabajadores forzosos. Tenían que reunirse en Wiener Neustadt hasta que se pudiese disponer de transporte para ellos. Los Schöner perdieron a sus dos criadas ucranianas y a un cocinero italiano.[73]

El Führer se había suicidado el 30 de abril, pero la Wehrmacht y la SS seguían luchando. Schöner constató aterrado que los austriacos se hallaban entre los más empecinados. «Al final es evidente, una vez más, que, en el caso de ser nazis, los austriacos son los partidarios más incondicionales de Hitler. Los generales alemanes del Reich capitulan; los Löhr y los Rendulic[N15] siguen combatiendo en el sur y en el norte.»[74]

Los británicos y los yugoslavos habían acabado enfrentándose por Trieste, que los primeros ansiaban entregar a los italianos. Entretanto, los rusos habían iniciado la deportación de quinientos austriacos de Floridsdorf, en las afueras de la ciudad. Se pensaba que el mariscal de campo Alexander se hallaba en Viena, en el hotel Imperial, y el 6 de mayo, la SS y la Wehrmacht seguían resistiendo entre Stockerau, Tull y Korneuburg, en la Baja Austria. El ejército del general Vlásov abandonaba sus posiciones en Praga y se dirigía al sur, hacia la Baja Austria. Daba la impresión de que los combates podían recrudecerse de nuevo. Vlásov y sus cosacos habían luchado junto con la SS y el general no deseaba ser capturado por el Ejército Rojo, que lo habría ejecutado de inmediato por traidor. Su marcha coincidió con la sublevación de Praga, instigada por los soviéticos. El día 7, Schöner oyó un rumor distorsionado según el cual el sucesor de Hitler, el almirante Dönitz, se había rendido sin condiciones en Copenhague. Eisenhower dijo que la guerra había acabado pero que todavía se podía oír fuego de fusilería. Margarétha llegó a la conclusión de que se trataba del ejército de Vlásov, que se abría paso luchando para llegar hasta los Aliados occidentales.[75] La tregua se declaró a las dos de la tarde de aquel día, pero ya no quedaba champán para celebrarla. Lo suplieron con albóndigas y, en la cena, «con *gulash*, ¡como en tiempos de paz!».[76]

N1. El vicecomandante soviético en Alemania, Sokolovski, mencionó expresamente el término *Herrenvolk* para justificar las violaciones. (Véase Norman M. Naimark, *The Russians in Germany – A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*, Cambridge, Massachusetts y Londres, 1995, p. 79.)

N2. En febrero de 1943, Hitler pasó en coche por delante de un grupo de operarios eslavos que trabajaban en la carretera a las afueras de Zaporozhe. Lleno de odio, comentó: «¡Es totalmente justo obligar a los eslavos, esos robots, a realizar esta clase de tareas! ¡De no ser por ello no tendrían derecho a disfrutar de un lugar al sol!». Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), *The Hitler Book*, Giles MacDonogh (trad.), Londres, 2005, p. 102.

N3. Variante popular vienesa de un plato veneciano, el *risibisi* (arroz con guisantes). El autor lo conoció de niño en el Distrito II, en uno de los pocos hogares judíos que habían sobrevivido.

N4. Schärf había sido víctima del Estado Corporativo de Dollfuss, que lo internó en un campo de concentración en Wöllersdorf, y luego, nuevamente, de los nazis, bajo los cuales sufrió varios meses de cautiverio tras el *Anschluss*.

N5. Sigla de *Parteigenosse*, «camarada del Partido», o miembro del Partido Nazi (NSDAP).

N6. *G'schaftlhuber*, «metomentodo»; *Adabei*, de *auch dabei*, «(estar) también presente», en referencia a alguien que no quiere perderse ningún acontecimiento.

N7. La O5 la quinta letra del alfabeto = Oe, es decir: Ö (por «Österreich», Austria).

N8. Según el parecer del príncipe Willy von Thurn und Taxis («Memoiren», manuscrito no publicado, p. 25).

N9. Los socialistas habían apoyado el *Anschluss*, la anexión a Alemania; los comunistas, no.

N10. Actualmente parece increíble que expresara tales opiniones en una de las instituciones británicas de mayor solera, máxime en plena contienda.

N11. Como si el Royal National Theatre actuara en un teatro de variedades.

N12. El posadero tirolés Andreas Hofer había luchado contra Napoleón y había sido fusilado por los franceses en 1810.

N13. Véanse pp. 140-142.

N14. Josefstadt es el barrio donde la Anna Schmidt de *El tercer hombre* trabaja como *soubrette*.

N15. El coronel general Alexander Löhr, natural de Rumanía, fue entregado por los británicos a los yugoslavos y ejecutado más tarde por haber ordenado el bombardeo de Belgrado. El coronel general Lothar Rendulic, nacido en Wiener Neustadt, fue condenado a veinticinco años por crímenes de guerra. Quedó en libertad el año 1951.

2

Tiempos violentos: un cuadro de la Europa central liberada en 1945

El 8 de mayo, Alemania se había rendido sin condiciones y había sido ocupada por las potencias vencedoras. Todos habían quedado libres de la tiranía nacionalsocialista. Aquellos cuyas vidas estaban amenazadas por el régimen se vieron, por fin, a salvo. Sin embargo, para muchos otros, la desgracia y el peligro de muerte no habían desaparecido. Con el final de la guerra, el sufrimiento no había hecho más que empezar para un número incontable de personas.

RICHARD VON WEIZSÄCKER,
Cuatro épocas. Recuerdos de un siglo de historia alemana,
Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1999

La liberación que llegó del este

Todo lo que valía para Viena se podía aplicar también, en mayor o menor medida, a cualquier ciudad grande o pequeña de Alemania y de Austria: si no habían sido arrasadas, habían quedado, al menos, parcialmente destruidas. Muchas pequeñas ciudades y pueblos fueron también reducidos a montones de escombros, víctimas del avance aliado, y el proceso continuó hasta que los Aliados creyeron haber sometido por completo al enemigo. Junto con la terrible pérdida de vidas humanas se perdieron también para siempre grandes tesoros, y ciudades que habían sido la gloria de Centroeuropa habían dejado de existir.

Las *Residenzen*, las capitales de las antiguas cortes, fueron víctimas de la ira de la guerra: Dresde había quedado hecha trizas como un regalo del día de San Valentín al Ejército Rojo; en Múnich, la destrucción de tantos monumentos culturales indujo a Richard Strauss a componer su obra más

conmovedora, *Die Metamorphosen;* y la perla barroca de Würzburg, el equivalente de Dresde en el oeste, había sido reducida a escombros por las fuerzas aéreas estadounidenses en los últimos días de la guerra. Las capitales güelfas de Hanóver y Brunswick habían sufrido la pérdida de sus palacios;[N1] Bayreuth fue víctima de su culto a Wagner; dos tercios de Weimar quedaron arrasados a causa de su vinculación con Goethe y Schiller. Kassel resultó tan gravemente dañada que las ruinas fueron aplanadas por las excavadoras. La falta de cualquier infraestructura anterior obligó al ejército estadounidense a instalar su cuartel general en la ciudad balneario de Wiesbaden, que había salido de la guerra sólo ligeramente magullada, pues el mal tiempo había obligado a la aviación a soltar el grueso de su cargamento de bombas en los bosques de las afueras.

No todas las joyas de Alemania habían sido residencia de cortes pequeñas. Estaba por ejemplo Hildesheim, cuyas casas de madera ardieron durante dos semanas hasta que se pudieron sofocar las llamas, y donde las dos mayores iglesias carolingias se desvanecieron en humo. Hamburgo había sido el campo de pruebas para las armas británicas y estadounidenses de destrucción masiva de 1943: en dos días de bombardeos murieron cincuenta mil personas. El antiguo centro de Fráncfort del Meno desapareció; unas cuantas fachadas de su Römerberg recordaban la gloria de tiempos pasados. De los centros de las antiguas ciudades romanas de Colonia y Tréveris, o de Aquisgrán, la capital de Carlomagno, cuyo baptisterio aparecía a cielo abierto, no quedaba gran cosa; las ciudades bávaras de Augsburgo y Ratisbona habían sido pulverizadas. Leipzig, la capital del comercio librero alemán, se hallaba seriamente maltrecha; Breslau siguió ardiendo mucho tiempo después del final de la guerra mientras los rusos encendían hogueras en sus ruinas. Los centros medievales de Stettin y Danzig habían sido arrasados por la artillería soviética. La lista es interminable.

Los habitantes de la Alemania urbana estaban muertos o habían sido dispersados. Los supervivientes se dirigieron, en su mayor parte, al oeste, con la esperanza de encontrarse con los Aliados occidentales, quienes –según creían– los tratarían con mayor imparcialidad que el Ejército Rojo.

Sólo unas pocas almas valientes se aventuraron hacia el este. Una de ellas fue Ursula von Kardorff, que emprendió un viaje a Berlín en septiembre de 1945 y enumeró las ciudades arrasadas a medida que pasaba por ellas:

> Darmstadt, Mannheim, Hanau... un paisaje de cráteres que provocan una extrema tristeza. Añadid a todo ello los campos de prisioneros cercados con alambre de espino y sus torretas de vigilancia, las ruinas, y los puentes y viaductos de la autopista volados. Una tierra quemada, tal como Hitler la había soñado para su pueblo.[1]

Prusia oriental

Prusia oriental fue la primera región alemana que recibió la visita del Ejército Rojo, y hasta cierto punto fue la peor tratada. La primera incursión, realizada en Nemmersdorf el día 21 de octubre de 1944, sería un anticipo de lo que iba a ocurrir. En el curso de una sola noche, el Ejército Rojo mató a setenta y dos mujeres y a un hombre. La mayoría de las mujeres habían sido violadas, la de más edad tenía ochenta y cuatro años. Algunas de las víctimas habían sido crucificadas. El *Gauleiter* Koch se negó a permitir la huida de la población. Hitler deseaba que Prusia demostrara la capacidad de resistencia del pueblo alemán. Aquel otoño, los habitantes de Prusia oriental observaron la marcha de las aves: «¡Sí, ahora os vais! ¿Y nosotros? ¿Qué será de nosotros y de nuestra tierra?».[2]

Luego, en enero de 1945, comenzó la ofensiva soviética. El día 17, los rusos atravesaron las líneas alemanas. Insterburg fue la primera en caer, seguida de Tilsit y Gumbinnen. Koch, que había sido nombrado comisario para la Defensa del Reich, dio al fin permiso a la población civil para marcharse. Sin embargo, el Ejército Rojo llegó a Elbing, a orillas del Báltico, casi simultáneamente, separando así Prusia del Reich. Los prusianos orientales recurrieron a todos los medios imaginables para abandonar su asediado territorio y llegar a la orilla occidental del Vístula, que consideraban una zona segura. Pero los trenes se encontraron con el avance ruso y fueron detenidos en sus vías. Los pasajeros se congelaban en

medio de unas temperaturas glaciales y los muertos eran arrojados por las ventanillas.[3]

A los barcos no les fue mejor. A medida que dejaban el puerto de Pillau, a las afueras de Königsberg, eran echados a pique. Cientos de miles de refugiados marcharon en caravana por el hielo que cubría los mares interiores del Frisches y el Kurisches Haff en carros pesadamente cargados y se dirigieron hacia Danzig. Los rusos les advirtieron de que el 15 de febrero dispararían contra el hielo desde sus barcos de guerra. Los proyectiles alcanzaron a personas y caballos. En los lugares donde el hielo se hizo añicos, los integrantes de la caravana tendieron puentes provisionales y perseveraron en su propósito. La noche era oscura como la pez. Sólo podían oír «disparos, gritos y alaridos». Cuando amaneció constataron todo aquel horror: cadáveres de hombres y caballos amontonados y, de vez en cuando, el chasis de un carro que sobresalía del hielo. Quienes lograron llegar a la estrecha franja de tierra que separa los lagos de Curlandia (Kurisches Haff) y del Vístula (Frisches Haff) tuvieron la posibilidad de dirigirse al norte, para embarcarse en Pillau, o al sur, hacia Danzig.[4]

Una familia que dejó un relato de la travesía se encaminó hacia el sur, a Stutthof, lugar donde estaba el campo de concentración tristemente famoso situado al este de Danzig. La carretera a Danzig había sido bloqueada; una de las caballerías se puso de parto mientras los rusos seguían bombardeando a los refugiados desde el mar. La familia tuvo la fortuna de llegar al cabo de Hela. Desde allí fueron enviados en barco a Jutlandia. No volvieron a ver Alemania hasta que fueron repatriados de Dinamarca en noviembre de 1948.[5] El 26 de enero de 1945, el lazo se estrechó en torno a Königsberg. La carretera que llevaba al mar y a Pillau no tardó mucho en quedar cortada. La ciudad resistió hasta el 9 de abril. La primera noticia de la caída de Königsberg le llegó al cirujano Hans Lehndorff cuando unos soldados rusos asaltaron su hospital y robaron los relojes a sus pacientes, golpeando a todo aquel que se interpusiera en su camino. La siguiente presa fueron las plumas estilográficas. Los enfermos y heridos fueron arrojados de sus camas, se les arrancaron las vendas de las heridas y se quemaron

documentos a fin de tener luz suficiente para perpetrar los robos. Todas las provisiones del hospital fueron consumidas o desperdiciadas en cuestión de horas.[6] Uno de los asaltantes, «un tipo realmente joven, estalló de pronto en lágrimas pues todavía no había encontrado un reloj. Levantó tres dedos. Iba a fusilar a tres personas si no conseguía uno enseguida». Y le consiguieron un reloj de pulsera.[7]

El general Lasch[N2] capituló al día siguiente, y enjambres de soldados atacaron a la población según salía de las madrigueras que habían sido su hogar durante el largo asedio. Los soldados golpeaban, robaban y desnudaban a la gente, y, si eran mujeres, las violaban. Por todas partes podían oírse los gritos de las mujeres: «Schiess doch!», gritaban (¡Vamos, dispara!). Las enfermeras del hospital fueron violadas por «niños sedientos de sangre» que no tenían más de dieciséis años. El piadoso Lehndorff podía sentir cómo las mujeres entregaban su alma. «¿No es cada una de sus palabras una acusación contra mí? ¿No hay posibilidad de arrojarse en medio y encontrar así una muerte honorable?»[8] Algunas mujeres reían de forma histérica. Uno de los conquistadores fue Aleksandr Solzhenitsyn, que escribió sobre las violaciones en un poema titulado *Noches de Prusia:*

> La hijita yace muerta sobre el colchón.
> ¡Cuántos se han acostado en él!
> ¿Un pelotón, quizás una compañía?
> Una muchacha se ha vuelto mujer,
> y una mujer se ha convertido en cadáver.[9]

Búnkeres y refugios eran calcinados, sin más, con los lanzallamas. Un gran número de habitantes de Königsberg se quitó la vida para eludir la indignidad de la venganza soviética. Aquella noche, el cirujano echó una mirada al patio del hospital y lo vio lleno de caballos y carromatos. Podía haberse tratado de cualquier lugar del Asia profunda.[10]

Lehndorff se sintió conmovido por la ayuda que le prestaron los trabajadores forzosos franceses. También ellos fueron víctimas de la rapiña del Ejército Rojo. «Adieu, Docteur!», gritó un francés mientras Lehndorff lograba escapar de un soldado ruso que portaba un subfusil, furioso porque

el cirujano le había apartado de su camino con un empujón, haciéndole caer de espaldas. Lehndorff se quitó la bata blanca y el soldado no lo reconoció. Esta clase de episodios no facilitaban la tarea de tratar a enfermos y heridos. Los instrumentos eran hurtados de la mesa de operaciones. El personal vio un rayo de esperanza cuando recibió la visita de un comandante ruso que quería que le extirparan una verruga. Cuando el equipo del hospital se la hubo quitado, éste les concedió protección durante un tiempo.[11]

Lo peor llegaría cuando los rusos encontraran alcohol. El 11 de abril localizaron la destilería Menthal de Königsberg. A continuación incendiaron los sectores de la ciudad que no habían sufrido daños. La irritación del Ejército Rojo se agravó debido a la sífilis y la gonorrea. Los soldados acudían corriendo a los hospitales y exigían tratamiento a punta de fusil. Sin embargo, en sus salvajes orgías habían hecho añicos la farmacia. El propio Lehndorff no pudo menos de sentir un soplo de alegría ante el mal ajeno.[12] Aunque no duró mucho. Su amiga del alma –designada simplemente con el nombre de «Doktora»– fue arrancada por la fuerza de la mesa de operaciones y violada. Lehndorff no se encontraba allí en aquel momento y al principio no se percató del cambio que ella había sufrido. La doctora se hallaba de pie junto a la mesa vendando heridas, como siempre: «¡Pero aquellos ojos! Una espina se clavó en lo que quedaba de mi alma». Poco después acudió a verlo vestida con su ropa de deporte desgarrada. Iba buscando su Biblia. La doctora había separado algunas píldoras por si las necesitaba. El horror aún no se le había atenuado, y todavía tuvo que repeler otros tres ataques. Lehndorff se sintió aliviado cuando, finalmente, ella estalló en lágrimas: «Me alegra que por fin haya cedido».[13]

La ciudad ardía. Terminada la diversión, los ciudadanos que aún permanecían en la ciudad fueron obligados a marchar hacia los campos de prisioneros. A los que eran demasiado viejos o estaban demasiado enfermos se les ejecutaba en el acto, en sus camas o en las cunetas. El 12 de abril, Lehndorff fue a su vez obligado a salir a pie de la ciudad. Mientras caminaba, los rusos vitoreaban y gritaban: «Guítler kaput!» (¡Se acabó Hitler!). La marcha se prolongó durante veinticinco kilómetros. Las mujeres eran sacadas de la columna a la fuerza con la ayuda de auxiliares polacos

entre gritos de: «Davái, sudá!» (¡Vamos, aquí!). Antes de dejar el hospital, Lehndorff encontró a una paciente con una herida en la cabeza que había sido violada un sinnúmero de veces sin llegar siquiera a ser consciente de ello.[14]

Tuvieron que marchar hasta los campos de prisioneros, algunos de los cuales se hallaban en la propia Königsberg. Ante la promesa de recibir un trato mejor, algunos alemanes actuaron como Kapos –prisioneros que habían ascendido trabajosamente hasta ocupar puestos de confianza–, golpeando en nombre de sus amos soviéticos. Se decía que varios de ellos eran comunistas convencidos de que había llegado su momento.[15] Pero si habían esperado convertirse en dueños de la ciudad tras el derrocamiento de los nazis, estaban en un error. Königsberg había sido otorgada a la URSS, y estaba siendo administrada como una ciudad soviética. La población alemana sería, en el mejor de los casos, deportada; y en el peor, exterminada. De los pocos edificios que se habían salvado de la incursión aérea británica de agosto de 1944 o no habían sido ocupados por departamentos políticos soviéticos –como la Kommandatura, o mando militar, en la Ziethenstrasse, y el antiguo cuartel general de la Gestapo– no quedó piedra sobre piedra. En el emplazamiento de la antigua capital de los caballeros de la Orden Teutónica se construiría una ciudad soviética.

Los rusos esperaban encontrar en el devastado Castillo Real el Salón de Ámbar de Tsárskoye Seló. Los invasores alemanes lo habían embalado y enviado a un lugar secreto de Alemania.[N3] Más tarde se exhibió en el castillo de Königsberg, donde Marianne Günther lo vio el 15 de marzo de 1943. Al parecer, en su celo por incendiar la ciudad, los rusos redujeron el salón a cenizas; luego, para encubrir la destrucción gratuita provocada por sus propios hombres, acusaron a los alemanes de ocultarlo.[16]

Se calcula que el 9 de abril aún permanecían en Königsberg 110.000 alemanes. Cuando los soviéticos realizaron un censo el mes de junio, quedaban 73.000. El conde Plettenberg afirmó que los rusos habían descuartizado a miembros de las Juventudes Hitlerianas atándolos a caballos por sus extremidades, pero ante la ausencia de otros informes hay que descartar que en Königsberg se hubiesen producido actos de ese tipo.[17]

No obstante, «una persona valía menos que el reloj que llevaba», según sostenía un habitante de la ciudad.[18]

Hubo gente que realizó valerosos esfuerzos por preservar la vida en contra de todas las probabilidades. El profesor Wilhelm Starlinger dirigió un hospital para alemanes en la Ziegelstrasse antes de ser deportado a Siberia. Hasta la clausura del centro, en 1947, trató a 13.200 pacientes, de los que fallecieron en torno al 15 %, principalmente de tifus o malaria. Otros eran atendidos en la Barmherzigkeit –las Hijas de la Caridad–, un edificio destruido por los bombardeos y administrado por el profesor Arthur Böttner. Sus ayudantes eran Lehndorff y el higienista Hans Schubert. Ambos dejaron testimonios escritos de sus experiencias en Königsberg. El de Lehndorff es, probablemente, el relato de sufrimiento más conmovedor que se haya escrito nunca.

Los habitantes de los pueblos de Prusia oriental no tuvieron mejor suerte que quienes vivían en las ciudades. Un testigo que logró llegar a Occidente contó la historia de una pobre muchacha de un pueblo violada por los integrantes de un escuadrón de tanquistas desde las ocho de la tarde hasta las nueve de la mañana. Un hombre fue abatido a tiros y arrojado a los cerdos como comida.[19] Otra mujer intentó tomar el último tren que partía de Mohringen, pero el convoy descarriló y los pasajeros continuaron a pie para acabar cayendo en manos de los rusos. La mujer describe cómo los soldados entraron en una granja y encontraron una Cruz de Hierro de segunda clase. El propietario de la condecoración y su esposa fueron sacados de la casa y ejecutados de un disparo en la nuca. La propia narradora fue violada unas veinte veces la noche de su captura, pero aún le quedaban cosas peores por sufrir. Fue sacada por dos oficiales y siete hombres, de quienes sospechaba que habían desertado o se habían apartado temporalmente de su unidad. Los soldados la alojaron junto con otras ocho mujeres, incluida una muchacha de catorce años, en una casa del bosque, donde las violaron a lo largo de una semana. Su terrible experiencia no concluyó hasta que la GPU encontró la casa. La mujer fue trasladada entonces a Insterburg y enviada más allá de Stalingrado, al nordeste de los Urales. Estuvo en un vagón durante tres semanas con otras cincuenta

mujeres. Durante todo aquel trayecto sólo tomó dos comidas calientes. Sus guardianes les daban arenques salados. Tenían tanta sed que lamían el vaho condensado en los cristales de las ventanillas. Para cuando llegaron a su destino, cinco mujeres habían fallecido. Sufrieron tifus, disentería y erisipela facial. En agosto de 1945 fue devuelta a Alemania.[20]

Christel Beckmann llegó a Mecklemburgo, y a finales de 1945 envió desde allí a la maestra Marianne Günther noticias sobre el minúsculo pueblo de Gertlauken:

> Hildegard Schustereit fue arrastrada fuera con las demás chicas y murió en los Urales. En el pueblo han perdido la vida casi todos. Mi prima Ingrid Iwahn está también muerta, así como la tía y el tío Matschull, mi compañera de clase Lotte Jakobeit y su madre, Lies Wallat, y Eva Gronwald. Siegfried Schwarm ha muerto también, y su madre lo enterró en la cuneta. El señor Von Kohs fue ejecutado; la señora Von Kohs regresó al pueblo y falleció de tifus. Sus hijos han sido repartidos: la pequeña Franka se ha ido con la señora Kather; uno de los chicos está con la señora Schwarm, y el otro con la señora Fröse. Mi querida prima Herta fue violada incontables veces, lo mismo que las demás mujeres. Los rusos se portaron mal en Mecklemburgo, pero eso no fue nada comparado con lo que hicieron en nuestro pueblo. No hay actividad en las granjas. La tierra está cubierta de cardos y zarzas. Todos tienen que trabajar en Deimehöh; también Gertrud Beckmann y mi prima Herta. En cuanto a animales, sólo tienen perros, gatos, ratones y ratas; no hay vacas, cerdos ni gallinas. Todos han perdido sus cosas: la última cama, la ropa, el calzado, todo; sólo les quedan los harapos que llevan sobre sus cuerpos.[21]

Pomerania

La guerra había concluido mucho antes para los Krockow en Glowitz, en la Pomerania oriental. Los rusos entraron en marzo y anunciaron su llegada incendiando la casa señorial. En aquel momento nadie podía entender por qué tenían que destruir un edificio útil. Atribuyeron la cólera de los rusos a un retrato de un antepasado que aparecía esplendoroso con su uniforme de coronel de los húsares, lo que pudo haber llevado a los invasores a pensar en Hermann Göring. Sin embargo, era más probable que la casa solariega suscitara en los rusos un odio de clase y que éstos rindieran cuentas desde los elegantes parterres mientras aquel símbolo de la odiada *Junkertum* era

pasto de las llamas. Los *Junker* no corrieron en conjunto una suerte mejor. Incluso un adversario implacable de los nazis como Eberhard von Braunschweig fue sacado de casa con su familia y fusilado.[22]

Los refugiados y los rusos habían llegado infectados de enfermedades venéreas y de otros tipos (disentería, fiebres tifoideas y tifus exantemático). Ni siquiera los animales se libraron: las vacas sufrieron fiebre aftosa, los cerdos erisipela, y los caballos muermo. No es que importara mucho. La llegada de los rusos había marcado el inicio de auténticas hecatombes en todas las granjas. Los animales fueron muertos y puestos en salazón. Nadie sabía cuándo volverían a disponer de comida. Las granjas y las casas fueron despojadas de todo objeto de valor. Se dictó, incluso, una orden según la cual todos los instrumentos musicales debían entregarse en las estaciones ferroviarias. Y allí se quedaron, sufriendo las inclemencias del tiempo, hasta que los niños comenzaron a llevarse todo lo que aún funcionaba.

Para protegerse de los rusos, las mujeres se cubrían de ceniza a fin de parecer viejas, caminaban renqueantes apoyándose en muletas o se pintaban manchas rojas para simular enfermedades. En un pueblo cerca de Greifenberg, en el oeste de Pomerania oriental, la mujer del señor, Käthe von Normann, tuvo la precaución de quitarse su incisivo postizo para parecer más vieja y se vistió de campesina. Las demás mujeres adoptaron el mismo atuendo. Pero era raro que funcionase: los rusos no se mostraban, de todos modos, demasiado selectivos, y, por edad, las víctimas iban desde niñas pequeñas hasta bisabuelas. Otras mujeres optaban por retener a sus hijos consigo. Libussa von Krockow acababa de dar a luz, y el bebé que llevaba al pecho sirvió para desincentivar los ataques de los rusos. A los rusos solían encantarles los niños alemanes y los abrazaban y les daban besos y comida.

Käthe von Normann vio por primera vez a los rusos el 5 de marzo. Un oficial le pidió su reloj de oro diciéndole que el suyo había quedado destrozado tras ser herido en la mano. La señora Von Normann intentó asegurarse de que era cierto, pero el soldado ocultó la mano. Su siguiente necesidad fue un caballo de carreras. Sacaron fuera el caballo de la dueña, y ésta comenzó a llorar. «¿Por qué llorar mujer?», preguntó el oficial en un

alemán vacilante. «Por un animal, hay guerra, y por gente.» Poco después, el caballo regresó por su propio pie tras haber derribado a su jinete ruso.[23]

Los siguientes visitantes fueron una pareja de soldados mugrientos que pedían calzado. Philipp von Normann se vio obligado a entregarles el suyo. Cuando vieron a su mujer, uno de los hombres pronunció las terribles palabras: «¡Ven aquí, mujer!». Käthe von Normann no sabía qué quería y corrió a esconderse entre sollozos tras su marido. El hombre volvió a vociferarle que se acercara, pero su compañero comenzó a gritarle y ambos se marcharon. El señor Von Normann tuvo que explicar a su mujer de qué se trataba: «Es posible que tenga que protegerte y me maten de un tiro». Los Von Normann reunieron a la familia en una habitación y se prepararon para el asedio.[24]

Los rusos se trasladaron a la casa junto con un intérprete que les aconsejó encerrarse de noche. Aquella velada no pudieron hacer nada para impedir que los rusos robaran la vajilla de plata y se marcharan con ella pasando por encima de los niños dormidos. Su siguiente hallazgo fue el aguardiente. La madre de la señora Von Neumann fue obligada a probar antes cada una de las botellas por si estaban envenenadas. Ella les respondió con unas pocas frases pronunciadas en un polaco deficiente que no produjo ningún efecto en los rusos. Los soldados se bebieron tres de las cuatro botellas y cayeron dormidos; los Normann podían escuchar aliviados sus ronquidos. La madre de Käthe había preparado, realmente, un veneno, pero para su propia familia. Philipp von Normann se negó a dar su aprobación al suicidio: «Sigue siendo un pecado, y aunque podamos justificarlo para nosotros, los tres niños tienen derecho a vivir. No podemos justificarlo ante Dios».[25] La aurora tardó una eternidad en llegar. Mientras el señor Von Normann salía al patio, su mujer fue a la cocina, donde encontró a unas mujeres soldado rusas con el pelo revuelto que se estaban lavando. Los inquilinos habían dado con una reserva de unos tres mil huevos destinados al hospital militar; los baños ofrecían un aspecto imposible de olvidar.

Los rusos eran cada vez más audaces en sus demandas. Philipp perdió su reloj de pulsera, su alianza y su sello. Luego, fue sometido a interrogatorio. Aunque no había sido miembro del Partido Nazi (los

trabajadores polacos de la finca así lo confirmaron), su cartilla militar bastó para condenarlo. Fue sacado de la casa tras abrazar a su mujer y a sus hijos: «¡Que Dios te proteja!». El mes de mayo murió de disentería en Schwiebus, en un campo de prisioneros ruso.[26]

Luego, le llegó el turno a Käthe von Normann. Le dijeron que fuera con los soldados. La señora Von Normann mandó buscar a un trabajador que pudiera traducir sus palabras; dijo que sólo iría con sus hijos; de lo contrario, podían fusilar a los cuatro en el acto. Los rusos se lo pensaron mejor: ella y su familia tenían cinco minutos para hacer las maletas y salir de la casa. Poco después, Käthe von Normann vio llegar al general ruso.

Mientras las mujeres de la finca se marchaban en masa para hallar un refugio, los rusos volvieron en busca de armas y relojes. Vieron a la señora Westphal e intentaron sacarla de su casa. Su hijo de diez años la defendió con un hacha hasta que, finalmente, los rusos desistieron y se limitaron a robarle un puchero de manteca. Las mujeres se dirigieron hacia un refugio relativamente seguro en los bosques, a pesar de que el tiempo era gélido y nevaba. Al final encontraron alojamiento en una de las muchas granjas abandonadas por los alemanes que huían al otro lado del Óder. De los pueblos vecinos les llegaban noticias que empezaban a ser habituales: una mujer había sido violada veinte veces, y no era la única. La señora Von Normann observaba a su hijo. «No llora, pero mientras viva no olvidaré nunca la mirada de indescriptible sufrimiento en los ojos de mi pequeño de diez años.»[27]

El 12 de marzo, Käthe von Normann oyó rumores de que unidades polacas habían ocupado algunos pueblos de la región. Y extrajo una conclusión equivocada: pensó que querrían ver las granjas funcionando de nuevo bajo sus hacendosos dueños alemanes. Al igual que los demás, no imaginaba que su tierra había sido prometida ya a los polacos.

El 30 de marzo, el Primer Ejército polaco del general Berling izó su bandera en el ayuntamiento de Danzig. Los combates habían concluido y la gente iba saliendo poco a poco de los sótanos donde había vivido durante el bombardeo de la artillería rusa. Los Aliados occidentales fueron informados del nombramiento de un *wojewoda*, o gobernador provincial. Los

norteamericanos no se percataron hasta más tarde de que todo aquello formaba parte de una política de hechos consumados y que Danzig iba a ser incorporada a un Estado polaco desplazado hacia el oeste para permitir a los soviéticos permanecer en el mismo territorio sobre el que habían negociado con Ribbentrop en 1939.[28]

Los soviéticos estimaron en 39.000 los cadáveres que yacían en la ciudad. Habían capturado a 10.000 soldados alemanes. Otros resistían en el extremo de la península de Hela, donde el general Von Sauken estaba realizando una notable tarea para transportar a ciudadanos y tropas a Schleswig-Holstein. Así fue como 1.200.000 personas escaparon del Ejército Rojo antes de que Sauken capitulara el 9 de mayo. No todos sobrevivieron al traslado en barco. Dos de las cuatro gabarras con prisioneros del campo de concentración de Stutthof, en la desembocadura del Vístula, no lograron salir: una fue hundida por los SS; la otra fue bombardeada por la RAF, la aviación británica. Las dos que arribaron a Neustadt, al norte de Lübeck, fueron incendiadas por los SS y miembros de la Marina.[29] Los rusos no se preocuparon, en realidad, de Stutthof hasta el 9 de mayo, más de un mes después de la caída de Danzig. Stutthof era sólo uno de los dos mil campos de concentración, de muy diversas dimensiones, liberados por los Aliados entre el otoño de 1944 y finales de la primavera de 1945. La mayoría de los prisioneros de Stutthof eran mujeres, casi todas judías. Alrededor de tres mil fueron fusiladas o arrojadas en enero a las aguas heladas del golfo.[30]

También se evacuaron las prisiones de Alemania. Daba la impresión de que, una vez más, los nazis no querían que el mundo conociera los crímenes que habían estado perpetrando. En noviembre vaciaron las prisiones de la orilla izquierda del Rin. Un mes más tarde desalojaron las mazmorras de Königsberg. Los internos fueron trasladados a instituciones penales de Alemania central. Se clasificó a los presos en tres grupos: los que podían ser liberados; los capacitados para su envío a formaciones del ejército, y los que no iban a quedar libres bajo ninguna circunstancia. Este último grupo estaba formado en gran parte por tipos raciales que eran anatema para los nazis: judíos y «semijudíos», en su mayoría, pero también gitanos, polacos

y checos. En esta categoría se incluía asimismo a los criminales de la peor calaña: asesinos y psicópatas. En caso de necesidad podían ser fusilados.[31]

Las marchas se efectuaron durante un invierno ferozmente frío, y muchos perdieron la vida. No obstante, la tasa de muertos no fue tan elevada como en otros traslados a pie efectuados tras el fin del exterminio y el cierre de los campos de concentración. Se ha calculado que hubo cincuenta y dos de esas «marchas de la muerte»; en ellas se vieron implicadas 69.000 personas, de las que pereció el 59 %.[32] Las prisioneras resultaron ser más frágiles, y muchas fueron violadas por los soldados alemanes en retirada o capturadas y muertas por el Ejército Rojo. Los guardianes de las prisiones que acompañaban las marchas no eran tan brutales como los de los campos de concentración, y un tercio de los convictos logró escapar. La vigilancia fue más rigurosa en el caso de los «NN», o presos en misiones *Nacht und Nebel* (Noche y Niebla), personas secuestradas y nunca sometidas a un juicio formal. En el mejor de los casos debían ser trasladados a un campo de concentración, y en el peor, fusilados.[33]

En Danzig se volvió a abrir la veda para los soldados rusos, que violaron, asesinaron y saquearon. Se violó a mujeres de entre doce y setenta y cinco años; los chicos que intentaban rescatar a sus madres eran abatidos a tiros sin piedad. Los rusos profanaron la antigua catedral de Oliva y violaron a las Hijas de la Caridad. Más tarde incendiaron el edificio. En los hospitales, enfermeras y médicas sufrieron las mismas atrocidades a manos de los soldados, que se bebían el alcohol quirúrgico. Se violaba a las enfermeras en las salas de operaciones sobre los cuerpos de pacientes inconscientes, y también a las mujeres ingresadas en la sección de maternidad. Los médicos que intentaban impedir aquellos actos eran fusilados sin más contemplaciones. El comportamiento de los polacos era tan brutal como el de los rusos. En consecuencia, muchos habitantes de Danzig se quitaron la vida.[34] Los hombres fueron conducidos a centros de reunión, apaleados y arrojados al campo de concentración de Matzkau, desde donde se enviaban diariamente a Rusia contingentes de entre ochocientas y mil personas.

La escena es conocida por la novela *El tambor de hojalata*, de Günter Grass, publicada en 1959. Grass era natural de Danzig, y aunque en el momento de la caída de la ciudad servía en la Waffen-SS, habla del asunto con autoridad. Cuando los rusos irrumpieron en la tienda de ultramarinos de su «supuesto» padre, violaron a la viuda Greff mientras jugaban con el pequeño Kurt. Los violadores y los amantes de los niños constituyen dos tópicos de la invasión. No todos los soldados del Ejército Rojo se mostraron benévolos con los niños, ni mucho menos, como tampoco todos fueron unos violadores. Es sabido que el padre de Oskar Mazerath, el protagonista de la novela, se traga su insignia de miembro del Partido Nazi para ocultarla y muere ahogado en el intento, en una vigorosa metáfora de Alemania en la hora de su derrota.[35] Grass volvió sobre el tema en su novela *A paso de cangrejo*, publicada en 2002, en la que trata del hundimiento del *Wilhelm Gustloff* a finales de enero de 1945. El barco estaba siendo utilizado para evacuar a la población alemana. Unas nueve mil personas, la mayoría niños, murieron en las gélidas aguas. Fue la peor tragedia marítima de todos los tiempos.[36]

Silesia

Durante su avance en territorio de la Silesia alemana, el Ejército Rojo liberó los campos de concentración de Auschwitz. La visión a la que se enfrentaron los soldados exacerbó, sin duda, su determinación en el trato dado a los alemanes. Los rusos llegaron pisando los talones a los SS en retirada, que se habían afanado en destruir las pruebas de lo sucedido allí. También habían sido destruidos veintinueve de los treinta y cinco almacenes, aunque en los seis restantes había pruebas más que suficientes para condenarlos: 368.280 trajes de hombre, 836.255 abrigos y vestidos de mujer y 5.525 pares de zapatos femeninos. En la curtiduría encontraron siete toneladas de pelo humano. Siete mil internos habían sobrevivido para darles la bienvenida. Sus lugares fueron ocupados por prisioneros de guerra alemanes y civiles silesios.

Las demás víctimas del terror nazi habían sido obligadas a marchar a toda prisa hacia el Reich a los campos de carácter más político en territorio de Alemania y Austria. Mauthausen, que no había sido anteriormente un campo de concentración para judíos, pasó a serlo de repente; Sachsenhausen, Ravensbrück y Buchenwald se transformaron de manera similar. Belsen se llenó hasta los topes, abarrotado de prisioneros judíos, muchos de ellos con tifus. Otros campos repoblados de ese modo fueron Dora Mittelbau, Gross Rosen y Flossenbürg. Miles de presos murieron en el trayecto.[37]

Los rusos llegaron a la antigua frontera de Silesia en la temprana fecha del 19 de enero de 1945. El *Gauleiter* había proclamado: «No cruzarán la frontera silesia». Al día siguiente autorizó la salida de setecientos mil habitantes de Breslau, la mayoría mujeres y niños que partieron con destino a Alemania con temperaturas de veinte grados bajo cero.[38] Algunos llegaron a Dresde y estaban acampados en sus calles cuando los angloamericanos destruyeron la ciudad. Otros fueron a Berlín, donde murieron calcinados durante las grandes incursiones aéreas de febrero. Breslau, la capital de la Baja Silesia, fue cercada el 16 de febrero y capituló finalmente el 6 de mayo. El día anterior, el mariscal de campo Ferdinand Schörner, el último favorito de Hitler, sacó sus tropas dejando al comandante de la guarnición, el general Niehoff, para que acudiera a Villa Colonia a firmar la capitulación. Los soldados de Niehoff fueron trasladados cautivos al este. La ciudad había sido una de las *Kesseln* de Hitler, las fortalezas que debían ser defendidas hasta la última gota de sangre alemana. Había sufrido horriblemente, al igual que sus habitantes, quienes en aquel momento colgaron banderas blancas de las ventanas y se prepararon para soportar una dura prueba.

Quienes escaparon de Breslau cruzaron el río Neisse en Görlitz. Las condiciones eran allí tan malas que la localidad ha sido calificada como «la peor ciudad de Alemania» en aquella época. En un incidente atroz, treinta mujeres fueron llevadas a un establo y violadas. Una de ellas se negó y fue asesinada de un disparo. Aquella atrocidad llegó a los oídos del comandante soviético local, quien, acto seguido, acudió al establo y fusiló a cuatro de

sus hombres. En otro incidente, ocho soldados rusos murieron tras haber bebido alcohol metílico. Cuarenta más quedaron ciegos.[39]

Aparte de ir a la caza de mujeres para violarlas, los rusos estaban ansiosos por liquidar a los principales nazis de Breslau. El 7 de mayo, el Ejército Rojo comenzó a provocar deliberadamente incendios entre las ruinas. Lo que quedaba de la ciudad fue sometido a saqueo. La biblioteca de la universidad, la Leopoldina, para la que Brahms creó su famosa *Obertura del Festival Académico*, fue pasto de las llamas el 10 de mayo; el día 15 le llegó el turno al museo de la ciudad. Aquel mismo día las torres gemelas Santa María Magdalena, una de las grandes iglesias góticas de la ciudad construidas de ladrillo, volaron por los aires. Unidades rivales luchaban por los restos de provisiones dejados por los alemanes. «La idea de que Breslau había sido completamente destruida durante el asedio fue una ficción de la posguerra.»[40]

La ocupación se atuvo al modelo habitual de las tres oleadas: en primer lugar el bombardeo y la llegada de los ejércitos; éstos fueron sustituidos por la segunda fuerza, que tomó posesión del territorio y de todo lo que en él había, incluidas las mujeres; al final aparecieron los polacos. El último fragmento de Silesia arrebatado a los alemanes fue el condado de Glatz y los Montes Gigantes, que no cayeron en manos del Ejército Rojo hasta después del alto el fuego, por lo que sus pintorescos pueblos y la ciudad de Glatz se libraron de la destrucción.[41] Una vez calmadas la furia y la lujuria iniciales, los ejércitos soviéticos se dedicaron al desmontaje. El 1 de julio desmantelaron la central eléctrica de Kraftborn. Le siguieron las principales fábricas, y tras ellas las farolas de las calles, los tendidos eléctricos y los trenes de carga. La soldadesca siguió robando relojes de pulsera, marcos de ventana, carretillas y bicicletas. También se llevaban todos los pianos que podían encontrar.

En la ciudad de Steinau, en la Baja Silesia, una madre de dos hijos pequeños describió con franqueza la prueba que hubo de soportar a manos del Ejército Rojo: «Un joven ruso vino a por mí pistola en mano. Debo admitir que estaba tan asustada (y no sólo por la pistola) que no pude retener la orina. Eso no le molestó lo más mínimo. Una se acostumbra

bastante pronto y constata que no vale la pena luchar».[42] Más tarde, acompañada de su hermana, que se hallaba en avanzado estado de gestación, acudió a ver a un médico ruso creyendo que sería un hombre civilizado. Ambas fueron violadas por el médico y por un teniente, a pesar de que ella misma estaba menstruando. Tampoco esto los disuadió.[43]

Los soldados violaban a todas las mujeres que encontraban; una niña de doce años se quejó del terrible desgarro que le habían provocado. En otra ocasión en que todos los supervivientes de Steinau se habían refugiado en un sótano y las mujeres fueron amenazadas con ser sometidas a una violación en grupo, aquella misma madre dio a sus hijas café mezclado con veneno. Pero la dosis no fue lo bastante fuerte para causarles daño. La mujer pensó que actuaba correctamente: «Sólo puedo asegurar a la gente que una madre nunca se siente tan santa como en un momento así». Cuando, según sus temores, iba a ser violada por todo un pelotón, recordó la palabra rusa que significa «niño». El grupo de violadores se puso en pie y la condujo fuera del cuarto ante la mirada de las que esperaban su turno. La mujer de Steinau repitió la historia –contada a menudo– de que los rusos trataban a los pequeños con amabilidad. Había visto como un tanque llegaba hasta la altura de un niño en medio de una carretera y el conductor saltaba fuera del blindado, recogía al chico y lo depositaba en la acera.[44]

La paz llegó a Europa dos días después de que los rusos tomaran Breslau. Los habitantes de la ciudad apenas se enteraron de la noticia. Los ciudadanos alemanes que quedaban se hallaban muy lejos de la línea del frente. Su destino estaba ya casi decidido: a menos que los Aliados occidentales consiguieran sacar un conejo de la chistera en la Conferencia de Paz, la segunda ciudad de Prusia correspondería a Polonia, y ellos serían trasladados al oeste.

Brandeburgo

De camino a la capital alemana, el Ejército Rojo se encontró con la muerte en todas sus variantes. En la cárcel de Sonnenburg –«la Sonne», como la

llamaban los internos– descubrieron que ochocientos presos, en su mayoría extranjeros, habían sido masacrados en una fecha tan reciente como el 30 de enero de 1945; sus carceleros consideraron que no merecía la pena repatriarlos al otro lado del Óder.[45] El 20 de abril, fecha del cumpleaños de Hitler, fueron ejecutados los últimos prisioneros en Brandeburgo-Görden. Los rusos liberaron la prisión una semana después. Acompañados por soldados polacos, el azar les llevó a toparse con el campo de concentración de Sachsenhausen según marchaban para sitiar Berlín. El campo se hallaba en Oranienburg, y la caída de este antiguo municipio real hizo comprender claramente a Hitler que sus días estaban contados.

De los cincuenta mil prisioneros que había llegado a albergar Sachsenhausen sólo quedaban cinco mil. El resto había sido sacado de allí en las «marchas de la muerte».[46] Como en la mayoría de los campos de concentración, cierto número de presos de Sachsenhausen había sido trasladado a otros campos de menores dimensiones, en este caso a los de Lieberose y Schwarzheide, en la Marca de Brandeburgo. Ése había sido el destino de muchos judíos trasladados a Sachsenhausen desde Eslovaquia y Auschwitz. A medida que los rusos se acercaban a la Marca, se obligó a los presos a emprender la marcha desde los campos hacia la costa. Muchos fueron golpeados hasta morir o ejecutados en el camino. Los administradores del campo, incluido el tristemente famoso *Obersturmbannführer* Höss, huyeron también de su cuartel general de Ravensbrück para refugiarse en la relativa seguridad de Flensburg al amparo de su jefe Himmler. Éste aconsejó a Höss que salvara el pellejo pasando a Dinamarca. Höss recibió documentación falsa a nombre de Franz Lang, marinero de primera, pero fue capturado y ahorcado por sus actos.[47]

A mediados de mayo, la autora y periodista Margret Boveri consiguió llegar por fin a su casa de campo de Teupitz, en el bosque del Spree. Ella y la señora Becker emprendieron un viaje espeluznante en bicicleta eludiendo –unas veces con suerte, y otras no tanto– a los soldados soviéticos que deseaban apropiarse de sus valiosos vehículos. Les pareció de mal agüero que los nombres de las localidades aparecieran tachados y escritos de nuevo

con caracteres cirílicos, pues lo consideraron un signo de que Alemania oriental iba a ser incorporada al imperio soviético.

> El lugar daba la sensación de estar muerto, a pesar de que, por fuera, la mayoría de las casas parecían no haber sufrido daño [en la plaza yacían unos pocos cadáveres uniformados, rígidos como muñecos gigantes]; la casa tras la cual amarrábamos la barca en nuestros viajes a la pequeña ciudad estaba completamente destrozada, lo mismo que la propiedad vecina. En Kohlgarten (nuestra península) hablé sólo con un hombre, que me dijo: «Mi hijo ha muerto y mi mujer está en el hospital». En mi casa encontré la habitual escena de destrucción: todo estaba hecho añicos, roto y desvalijado, y las tres barcas habían desaparecido. Se habían llevado toda la ropa, al igual que los comestibles, hasta el último grano de sal, afanados, por supuesto, por nuestros queridos compatriotas. Mis carpetas de archivo estaban esparcidas por todas partes. Habían derramado la pintura destinada a pintar la casa y todo estaba embadurnado con ella. En los parterres de flores habían pastado vacas y caballos, y por primera vez encontramos trazas de estiércol auténtico.[48]

El castillo había sufrido los peores efectos de la destrucción: los señores habían huido o se les daba por muertos, y los rusos habían convertido el edificio en hospital, a pesar de lo cual pasaban la noche vociferando, armando gresca y haciendo sonar el gramófono. Las dos mujeres regresaron a Berlín. La señora Becker, de normal una mujer resistente, estalló en lágrimas al ver a civiles alemanes conducidos al cautiverio. Quienes se quedaban rezagados o daban traspiés eran golpeados con látigos.[49] Ruth Friedrich y su amigo Frank, médico de profesión, emprendieron viaje a Brandeburgo en busca de comida. Durante el trayecto, hicieron un alto en una posada rural. Al final salió una mujer que se cubría la cabeza hasta la frente con un pañuelo, el recurso habitual para ocultar su edad a los violadores. Pudieron ver algo de paja sucia esparcida por el suelo, pero nada más. Preguntaron a la campesina si tenía comida y ella les respondió que se la habían robado toda. «¿Rusos o alemanes?», inquirió Frank. «Ladrones», afirmó la mujer sin inmutarse. Los dos amigos se encontraron con una caravana que marchaba por la carretera. Aquellos desgraciados tenían entre doce y treinta años. Uno de los niños dijo a Ruth Friedrich: «Vamos a morir todos... ¿Por qué no? La muerte no es lo peor».[50]

La liberación que llegó del oeste

Renania

Renania fue la primera región de Alemania liberada desde el oeste; y Aquisgrán, la primera ciudad. El lugar donde fue coronado Carlomagno había sido vapuleado despiadadamente por los bombarderos angloamericanos hasta el punto de que era poco lo que quedaba de él. De las quince mil viviendas de la ciudad sólo estaba más o menos intacta una quinta parte. La administración establecida por los norteamericanos calculó que podía hacer habitables las propiedades dañadas en el plazo de un año, pero la reconstrucción de la ciudad requeriría dos décadas.[51]

Uno de los primeros norteamericanos que entró en Aquisgrán fue Saul Padover, que trabajaba entonces para la División de Guerra Psicológica. Saul seguía a las tropas y entrevistaba a alemanes para recopilar un informe sobre su afiliación al nazismo. Sus memorias sobre la campaña nos ofrecen una multiplicidad de instantáneas, pero muchas de ellas están teñidas por la propaganda antialemana que iba tramando a medida que avanzaba en su trabajo. En Jülich encontró a dos flamencos que habían vivido a sus anchas en un refugio antiaéreo. Creían ser los únicos civiles que quedaban en la ciudad destruida por los bombardeos y habían acumulado enormes reservas de champán y coñac, latas de comida, huevos y pollo. En sus «momentos soporíferos» leían libros de viajes o novelas románticas.[52]

Padover estaba sumamente interesado en registrar la turbia moral de los supervivientes alemanes. Wiesbaden «se hallaba abarrotada de civiles alemanes, la mayoría de los cuales iban vestidos con ropas vistosas. Abundaban las chicas guapas, que nos dedicaban sonrisas generosas e incitantes».[N4] Los estadounidenses habían entrado en la ciudad balneario el 28 de marzo de 1945, y sus defensores habían arrojado prudentemente las armas a cualquier superficie de agua que pudieron encontrar. Los soldados cercaron el centro de la ciudad con alambre de espino y se asentaron en el hotel Rose. La desnazificación comenzó el 10 de abril, día en que se pidió a

todos los Pg y hombres de la SA que se presentaran ante las autoridades estadounidenses.[53]

Missy Vassiltchikov logró que la asignaran a un convoy de niños procedentes de Bremen que regresaban a casa. Habían sido enviados a Austria tras la destrucción de la ciudad por los bombardeos. Era la primera vez que Missy, nacida en Rusia, veía su patria de adopción después de un año. El tren atravesó Múnich en medio de la noche. Todo lo que quedaba de la estación era «un enorme esqueleto de hierro». La joven tuvo una visión fugaz de Núremberg, Bamberga y Würzburg. Presentaban un aspecto muy similar: ruinas. Después de tomar un tren en Fulda, llegó finalmente a Hanau, Fráncfort y Geisenheim consiguiendo que los maquinistas la llevaran gratis. Intentaba reunirse con los Metternich en su casa destruida por las bombas en medio de los viñedos del castillo de Johannisberg, en el Rheingau. Su hermana Tatiana estaba casada con el príncipe Paul von Metternich. «Me costó bastante tiempo llegar al arruinado castillo, que ofrecía también una perspectiva lamentable. Lo único que queda en pie es una de las torres de acceso.»[54]

Los estadounidenses se habían trasladado a la vecina hacienda de Mumm. Su comportamiento dejaba mucho que desear: arrojaban por las ventanas los muebles y la porcelana y regalaban a las *Fräulein* los vestidos del guardarropa. Brat von Mumm acababa de ser liberado de un campo de prisioneros de guerra situado cerca de Reims. Había sido arrestado en la empresa champañera de la que se había hecho cargo en 1940 tras el avance alemán. La firma había sido confiscada ya en 1914 por el Estado francés como un *bien d'ennemi*. Von Mumm ocupaba otra vivienda, pues su casa había sido declarada de acceso prohibido. No había mucho que comer, pero el vino era un consuelo. El mayordomo sirvió a Missy vinos exquisitos susurrándole al oído cada una de las distintas cosechas.[55]

Elena Skriabina era otra rusa, aunque no de tanta alcurnia como Missy; estaba emparentada con el compositor Skriabin. En Rusia, los nazis la habían obligado a ingresar en el servicio de trabajo y la habían enviado como obrera a una fábrica de Bendorf, en las afueras de Coblenza, donde, al parecer, recibió un buen trato. Cuando los estadounidenses llegaron en abril,

las muchachas rusas temieron lo peor. Los soldados aporreaban las puertas. Cuando sus llamadas no tenían éxito, intentaban atraer a las mujeres apartándolas de sus amigos y las desvalijaban de sus exiguas pertenencias. Como ocurría con los rusos en la otra parte del país, el alcohol solía incrementar el peligro: «Los americanos encontraron abundantes reservas de vino del Rin que llevaban años guardadas en las bodegas [...] agarraban unas curdas espantosas». Más tarde, Elena confirmó que los norteamericanos «habían vaciado» a su paso «todas las bodegas».[56]

Antes de marcharse, un amable doctor estadounidense llevó a las rusas un pan «como algodón», que –para su evidente sorpresa– resultó ser «perfectamente comestible».[57] Coblenza y sus alrededores habían sido escogidos por varias naciones antes de que la zona acabara siendo francesa. Primero llegaron los rusos desde el campo de concentración de la localidad e intentaron estrangular al gerente de la fábrica. Hicieron trizas todo lo que hallaron a su paso. En junio, la zona fue ocupada por tropas belgas. El 2 de julio, unos desazonados alemanes declararon «con horror que iban a ser ocupados por los franceses».[58]

Carl Zuckmayer era renano de nacimiento. Tras huir de Alemania después de que los nazis quemaran sus libros, había adquirido la ciudadanía estadounidense en 1939. La visión de las cuatro paredes desnudas y quemadas[N5] de la casa de sus padres en la ciudad catedralicia de Maguncia le hizo comprender el grado de destrucción y tomar conciencia de la enormidad de la tarea que quedaba por hacer. Alemania seguía ofreciendo un cúmulo de contrastes:

> Desde la visión de la casa de los Tejones[N6] destruida hasta el salón completamente intacto de la granja de Weismühl, desde Heidelberg hasta el Teatro Alemán, desde el parque urbano de Schöneberg hasta la Rimergasse, desde la primera noche en Zúrich hasta los festejos matinales en Viena, desde las atrocidades y obscenidades de nuestros «intelectuales», etcétera... ¿cómo puede un corazón soportar todo esto?[59]

Aquel invierno, Zuckmayer prestó oídos al alma alemana entre las ruinas. Fue a Fráncfort del Meno y contempló los restos de la Römerberg, el

centro medieval de la ciudad. Una mujer lo descubrió observando boquiabierto a causa del asombro la amplitud del daño y le dijo en un dialecto que conocía de su niñez: «Sí, eso es justamente lo que queríamos, y eso es lo que hemos conseguido».[60]

Karl-Heinz Bohrer tenía diez años cuando las tropas estadounidenses llegaron al pueblo donde vivía en la casa de vacaciones de sus abuelos cerca del puente de Remagen. La Wehrmacht no había conseguido volarlo, como es bien sabido, y los americanos lograron establecer una impresionante cabeza de puente en la orilla este del Rin antes de que aquella estructura se viniera abajo. A los chicos alemanes les habían enseñado que los americanos eran unos cobardes que guerreaban arrojando bombas. Karl-Heinz había visto sobre la nieve el cuerpo de un aviador negro con el vientre abierto. Los estadounidenses lo tuvieron prisionero brevemente por cubrirse con un casco de acero para llevar un poco de leche al otro lado de un prado peligroso. El pueblo fue sometido a registro en busca de armas. Entretanto, los ancianos y los muchachos fueron alineados contra un muro con las manos en alto. Karl-Heinz no consideró aquella experiencia aterradora sino más bien excitante. El primer indicio de la llegada de la paz fue el silencio. La guerra se había ido a otra parte, más allá del Rin, hacia el centro de Alemania. Donde se encontraba él, había concluido.

Baviera

El escritor prusiano oriental Ernst Wiechert había estado esperando aquel momento. Había sufrido a manos de los nazis, que lo habían encerrado en Buchenwald. Ahora podía experimentar un breve instante de felicidad: «El paciente había sido más fuerte que los fuertes». Las tropas estadounidenses atravesaron el pueblo. De pronto estaban allí, y al momento siguiente ya se habían ido. Pero «con el polvo levantado tras sus vehículos se hundió una era; una era de maldad, de oscuridad y violencia sanguinaria, y ya no teníamos que pensar en el pasado sino en el porvenir...».[61] Wiechert se sintió como nuevo ante la idea de que la guillotina cesaría en su cruenta

actividad, de que las mazmorras se pudrirían, de que la muerte dejaría de realizar sus visitas nocturnas a mujeres y niños refugiados en los sótanos. Su deseo no iba a hacerse realidad de inmediato.

Una vez que Wiechert explicó a los soldados quién era, éstos lo trataron con amabilidad. El oficial al mando envió a una pareja de hombres a guardar su casa y uno de ellos mató un ciervo para él; «para que no pase hambre», le dijo. Era un mundo de humanidad que los alemanes habían olvidado durante los doce años anteriores. Pero no todos los Aliados resultaron ser unos caballeros tan perfectos y bondadosos. Cuando al cabo de cuatro días llegaron los franceses, entraron por sorpresa en la casa mientras los guardias no estaban de servicio, encerraron a los Wiechert en la cocina y robaron todos los objetos de valor: la vajilla de plata, joyas, relojes y máquinas de escribir.[62]

Wiechert era una celebridad y en esos momentos recibía visitas del mundillo literario uniformado: el «capitán» Auden, uno de los yernos de Thomas Mann, Golo, el hijo de Thomas Mann, y el pastor Niemöller (otro alemán que había sufrido bajo los nazis) y su esposa, además de numerosos periodistas. Wiechert, sin embargo, no estaba contento con los suyos. Su actitud abiertamente contraria a los nazis y el trato privilegiado que le habían dado los americanos suscitó la envidia de sus paisanos. Sus escritos fueron objeto de desaprobación, y aquel hombre que había preferido el exilio interior y criticado a quienes se habían marchado se vio obligado a huir a Suiza en un momento en que otros exiliados ponían rumbo a casa.

El judío Victor Klemperer había logrado escapar milagrosamente de las cenizas de Dresde. Se había mantenido callado en un pequeño pueblo de Baviera hasta que acabó la guerra. El 11 de mayo expresó también su conmoción ante la actitud alemana respecto al pasado inmediatamente reciente.

> La gente carece por completo de historia en todos los sentidos. Por la noche llegó una mujer [...] joven y bastante inteligente. Al parecer, era originaria de Múnich y había ido allí en bicicleta para pasar un día. [...] Le pregunté si había oído algo sobre Hitler y los demás grandes personajes del NSDAP; me dijo que *no*, que no había tenido tiempo de preguntar por eso; en otras palabras,

aquello había dejado de interesarle. El Tercer Reich está ya prácticamente olvidado, todos se habían opuesto a él; «siempre» se habían opuesto.[63]

Como es natural, Klemperer veía las cosas desde su propia perspectiva. Como muchos otros alemanes, la mujer muniquesa había perdido, evidentemente, la fe en el nazismo algún tiempo antes; ahora, una vez detenida la maquinaria del horror, podía respirar con libertad.

Los judíos prisioneros en una dependencia externa de Dachau no podían dar fe a sus ojos cuando vieron unos tanques americanos con banderas blancas. Se preguntaban si no serían imaginaciones suyas. Al principio pensaron que podía tratarse de una estratagema alemana. Una vez que controlaron sus temores, se echaron a la calle, donde les esperaban los estadounidenses. Mientras se acercaban, se arreglaban sus uniformes.[64]

El 26 de abril los franceses llegaron a Jettingen, una pequeña ciudad bastante antigua llena de casas con entramado de madera. Ursula von Kardorff, ex periodista y descendiente de una vieja familia de la nobleza prusiana, se había mantenido en contacto con numerosos miembros de la oposición a Hitler y se había refugiado allí tras haber huido de Berlín en febrero. En su decisión de marchar a Jettingen había influido el hecho de que era la localidad natal de Claus Schenk von Stauffenberg, el hombre que había colocado la bomba en la Wolfsschanze con motivo de la Conspiración de julio de 1944 contra Hitler. De pronto, la calle mayor se llenó de hombres con uniformes de color caqui. Al día siguiente requisaron educadamente su habitación del hotel Adler y desalojaron a sus amigos del castillo, aunque el oficial al mando dijo que podían guardar los objetos de valor en el comedor y llevarse la llave.

Los buenos modales se acabaron al día siguiente, cuando «dos tipos desagradables» se presentaron en sus habitaciones en busca de huevos y «aguardiente». Ursula von Kardorff se mostró firme con ellos. «Wir die besten Soldaten!» (¡Nosotros los mejores soldados del mundo!), le gritaron. «No lo creo», les respondió. Más tarde tuvo una disputa feroz con un oficial gaullista que, no obstante, le ofreció un café. El oficial le dijo que los berlineses iban a correr la misma suerte que los rusos bajo la ocupación

alemana: «Me enfadé. Le dije que el destino de los alemanes no sería tan fácil de manejar. Yo no había arriesgado la vida luchando durante doce años contra los nazis para que se me achacaran todos los crímenes cometidos por la SS. Mis dos hermanos habían combatido en Rusia y uno había muerto allí, y nunca se comportaron como lo hacían ahora los franceses en [el castillo de] Klingenburg [en Jettingen]».[65] El capitán francés se sintió impresionado. El saqueo cesó, y Ursula von Kardorff pudo permitirse ciertos deseos acariciados desde hacía tiempo, como el de arrojar al río Mindel una colección de insignias del Partido.

> Nos hemos librado de los nazis, ya no hay una Gestapo que nos dé órdenes, nos moleste, nos detenga, nos torture o nos persiga. No podemos ponderar lo suficiente nuestra buena fortuna por todo esto; pero ni siquiera ahora somos libres; todavía debemos obedecer y someternos al toque de queda y cumplir las órdenes escritas en los carteles.[66]

El otro ejército ocupante (los estadounidenses, llegados a continuación de los franceses) planteó pocos problemas en un primer momento. Ursula von Kardorff ocultó la identidad de su amigo Wilhelm Bürklin, coronel de Estado Mayor. Para los Aliados occidentales, un oficial de Estado Mayor era un objeto todavía más incitante que un nazi de alto rango. Bürklin había aprendido a mantener la boca cerrada cuando se hallaba presente algún americano. Los soldados de Estados Unidos llevaban chocolate a las mujeres y les hablaban de política en un «inglés fabulosamente malo». Su amiga Erna Bähr le lavó la chaqueta del uniforme a uno de ellos y recibió a cambio varios paquetes de té y jabón. Más tarde les llegaron también unos cubos llenos de bazofia de la cantina militar. Se los habían ofrecido a una elegante berlinesa conocida suya para que diera de comer a su perro lobo; a ellas les daban lo que el animal rechazaba. Una vez que se prestaron a lavar y planchar las guerreras de los uniformes de los americanos, las mujeres fueron objeto de un trato inaudito: café auténtico, ensalada y un pudin de chocolate como no lo habían comido en años.[67]

A diferencia de algunos, Ursula von Kardorff vivió en relativa calma aquellos primeros momentos de la ocupación. Había encontrado paz

después de la lucha y sus repercusiones, que habían llevado a muchos de sus amigos a morir ahorcados en la prisión de Plötzensee tras el fallido atentado a Hitler en julio de 1944. Los Aliados se mostraron, al menos, corteses con aquella mujer, miembro de la antigua clase gobernante, que contó con el consuelo del vino en su «pequeña y cálida isla en medio del caos».[68]

No todos habían sido tan afortunados. Cuando las mujeres visitaron un castillo de los Stauffenberg que, al parecer, había sido incendiado, el administrador las paseó por la propiedad saqueada y sin ventanas y se detuvo para mostrarles la cama donde su hija había sido violada por unos soldados americanos y los orificios de las balas en la pared. «En cierto modo, el saqueo hace que no me sienta demasiado desdichada, pues demuestra que los soldados serán siempre soldados y que los otros no son, por tanto, necesariamente mejores que nosotros.»[69]

Una de la amigas de Ursula von Kardorff era la condesa Alexandrine von Üxküll-Gyllenbrand, hermana de la madre de los hermanos Stauffenberg. La SS se había llevado a los hijos de Claus y Berthold tras la detención de sus padres y les habían dado nombres e identidades nuevos. Un prisionero de guerra francés había puesto en conocimiento de Ursula que los niños se hallaban en Bad Sachsa. Las dos mujeres fueron en bicicleta a conseguir un salvoconducto para la condesa de Üxküll con el fin de que pudiera ir a recoger a los niños. Pedalearon hasta Günzburg para ver al comandante estadounidense de la plaza, el capitán Herrell. Mientras aguardaban, dos soldados les hicieron proposiciones deshonestas. Herrell no había oído hablar del conde de Stauffenberg, pero examinó a las mujeres para descubrir si eran «alemanas buenas». Las mujeres aprobaron el examen, y los hijos de Stauffenberg fueron recuperados en junio.

La noche del 1 de mayo, Ursula von Kardorff y sus amigas escucharon a escondidas una alocución en su aparato de radio. Hitler había muerto.

> Éste es el momento que había esperado tan ardientemente durante los últimos años y por el que recé e imploré. ¿Y ahora? Mientras se interpretaba el himno nacional, ahora mismo, me puse tensa como no lo había estado desde hacía años. ¿Es sentimentalismo? La muerte de Jürgen, la deportación de los judíos, nuestro país profanado... Fritzi Schulenburg, Halem, Hassell, Leber,

> Haeften, Stauffenberg... Mutius, Mandelsloh, Wolf Schulenburg, Raschke, los tres hermanos Schweinitz, los tres hermanos Lehndorff, Veltheim... todos han perdido la vida aquí o fuera de aquí pero ¿por Alemania?[N7]
>
> Sin embargo, lo conseguiremos. Trabajaremos, seremos felices con nuestra modesta suerte; y confiaremos en Dios. Tal vez un día vuelva a haber una Alemania nueva y admirable. La muerte de tantos por las balas o la horca, ¿ha sido en vano? ¿O había un propósito más profundo?[70]

Los americanos liberaron el terrible campo de concentración de Flossenbürg el 26 de abril. Sólo quedaban dos mil prisioneros medio muertos de hambre para darles la bienvenida. Otros quince mil habían sido obligados a emprender la marcha y muchos de ellos murieron de un disparo durante el trayecto.[71] Los estadounidenses no llegaron a Dachau hasta el 29 y se sintieron horrorizados por lo que vieron. Dachau había sido el primer campo de concentración, un lugar enorme y centro de 240 filiales, algunas de las cuales funcionaban desde hacía apenas un mes, mientras que otras llevaban años en activo.

Buchenwald había sido construido en torno al roble de Goethe; Dachau se había levantado en una antigua colonia para artistas –famosa por la difusa luz que se alzaba de la llanura pantanosa–, el Barbizon bávaro, en la que no faltaba un castillo. Dachau reunía toda la gama de prisioneros, a excepción de los judíos, que habían sido enviados al este cuando se crearon «instalaciones» ex profeso para ellos en el territorio oriental. Al final de la guerra habían regresado y sumaban en torno a una tercera parte de los internos.[N8] En esencia, había en Dachau dos campos: uno de trabajo, con prisioneros comparativamente sanos, y otra sección más siniestra, el denominado «Campo pequeño», que alojaba a los andrajosos transferidos.

Dachau fue liberado por el 157 Regimiento de Infantería de la 45.ª División de Estados Unidos, así como por las divisiones 222 y 42, que convergieron en la localidad para tomar un puente que las llevaría hasta su presa: Múnich. Deseaban rescatar a los *Prominenten*, los rehenes de la SS que habían sido alojados en el «Edificio Especial», pero ya habían salido de allí.[N9] Se habían propuesto varios planes para matar a los prisioneros, ya fuera bombardeando el campo o bien envenenándoles la sopa, pero por fortuna resultaron irrealizables en medio del caos del momento.[72]

Hubo un amago de resistencia por parte de las unidades de la SS que custodiaban el campo, pero no tardó en ser reprimida; luego, los estadounidenses encontraron vagones de carga que contenían hasta dos mil cadáveres del «Campo pequeño». Se produjeron las habituales escenas de repugnancia y náuseas ante la vista y el olor de vivos y muertos. Según las descripciones ofrecidas por los americanos, las ordenadas pilas de cuerpos parecían «cargas de leña».

Se dijo que un hombre de la SS dirigió brevemente su subfusil contra los prisioneros que salían de sus cabañas para observar la llegada de los norteamericanos. Este gesto desató la ira de los conquistadores, que dispararon contra todos los que defendían el complejo, hicieron bajar a los guardias de las torres de vigilancia y a continuación los mataron. Reunieron a 122 presos. Un soldado americano acribilló el grupo con su ametralladora, y cuando se disponía a matar a los tres que seguían en pie –dos con las manos en alto y el otro con los brazos cruzados en actitud desafiante–,[N10] llegó un oficial y le dio una patada en la cabeza. «La violencia de Dachau consiguió implicar a todos, incluso a los libertadores.»[73]

Al principio, los prisioneros se permitieron un juego inocente obligando a los guardianes a bailar al son de su música. Gritaban: «Mützen ab!» (¡Descubrirse!). Y los hombres de la SS tenían que quitarse la gorra. Luego, los americanos colaboraron y secundaron a los prisioneros en su venganza. Un soldado prestó a un interno una bayoneta para que decapitara a un guardián. Encontraron a un Kapo que yacía desnudo con el cuerpo lleno de cortes y un disparo en la cabeza. Le habían restregado las heridas con sal. A otro lo golpearon con palas hasta matarlo. A otros guardias les dispararon a las piernas para inmovilizarlos. Informes posteriores corrieron un tupido velo sobre lo ocurrido en aquellos momentos, aunque se sabe con certeza que algunos de los alemanes fueron descuartizados. Al parecer, otros cuarenta guardias y Kapos murieron de ese modo.[74]

Una vez que se hubo derramado sangre suficiente para satisfacer a ocupantes y residentes, se enseñó el campo a los libertadores. Una sección importante de la gira fueron los crematorios y la cámara de gas, aunque nunca se supo con certeza si esta última se había llegado a utilizar. El

método normal de ejecución era el *Genickschuss* –el tiro en la nuca–, y el campo disponía de una zona habilitada donde se efectuaban las matanzas.[75] Para gasear a los prisioneros de Dachau, el método habitual consistía en trasladarlos a Hartheim, en Austria, al otro lado de la frontera. Así fue como murieron más de tres mil reclusos.[76]

Los prisioneros fueron trasladados a los barracones de los SS, pero siguieron muriendo a puñados. Sólo en mayo fallecieron 2.266.[77] Más tarde, tropas estadounidenses interceptaron una partida de tres mil prisioneros de la cárcel de Straubing que habían sido enviados a Dachau pero que se habían visto obligados a regresar cuando sus guardianes se enteraron de la liberación del campo.[78]

Sobre las grandes y pequeñas ciudades destruidas por los bombardeos se cernía un desastre humanitario. En Bayreuth, por ejemplo, el agua estaba contaminada y las alcantarillas rotas. El tifus y la difteria se propagaron por la localidad. No quedaban medicamentos para hacer frente a la epidemia.[79]

Holstein y Hanóver

Alemania capituló sin condiciones el 8 de mayo de 1945, pero no era del todo cierto que los Aliados fuesen el único poder del país. De momento, el almirante Dönitz, sucesor de Hitler y elegido por éste, siguió ostentando la parafernalia de la autoridad en Flensburg, en la costa de Schleswig-Holstein, a pesar de hallarse cercado por las tropas que comandaba el mariscal de campo Montgomery. En su testamento político Hitler había determinado la distribución de las carteras ministeriales, pero Dönitz rompió la lista y nombró su propio gobierno de tecnócratas. Speer fue uno de los dos únicos supervivientes de la antigua élite; los demás habían sido, en el mejor de los casos, ministros de importancia secundaria: Stuckart, Backe, Seldte y Dorpmüller. Dönitz intentó desvincular su régimen del Partido. Para el cargo de ministro de Asuntos Exteriores y canciller eligió al ministro de Hacienda de Hitler, el conde Lutz Schwerin von Krosigk, un hombre de fuertes convicciones antibolcheviques, como su superior. A

Dönitz le agradaba la idea de un retorno al pensamiento político del bienio 1933-1934, cuando aún vivía el presidente Hindenburg. Contaría con un canciller activo y él mismo sería un presidente que pisaría el freno.[80] Sin embargo, Schwerin von Krosigk se negó a ser canciller alegando que le desagradaba el nombre. Y se convirtió, en cambio, en «ministro principal».[81]

Los alemanes deponían sus armas en todas partes. En Italia, Kesselring se rindió el 2 de mayo. Dönitz se hallaba en ese momento en Plön, mientras el ejército británico avanzaba con rapidez sobre él. Su gobierno decidió trasladarse a la costa del Báltico y a Flensburg. Dönitz y Schwerin von Krosigk rechazaron a los nazis de peor calaña cuando se presentaron en busca de algún cargo. Alfred Rosenberg, el ideólogo del Partido, fue uno de ellos. Se consoló dándose a la bebida y fue visto cerca del cuartel general de Dönitz borracho como una cuba.[82] Himmler fue a verle los días 3, 4 y 6, pero Dönitz consideró que era un lastre político y lo puso en la calle.[83] Cuando el almirante Von Friedeburg regresó de Reims, trajo consigo algunas fotografías de las atrocidades alemanas que habían circulado durante la firma de la paz.[84]

Churchill toleró el gobierno de Dönitz durante un tiempo, hasta que los soviéticos empezaron a clamar por su eliminación. Era de la opinión de que los alemanes podían cuidar de sí mismos hasta cierto punto. *Pravda* publicó una campaña organizada por Stalin. Los rusos exigían que se pusiera fin a la «camarilla militarista fascista» creada en torno a Dönitz.[85] Radio Moscú dio, incluso, a entender que Dönitz intentaba chantajear a Occidente. El 18 de mayo, los Aliados comenzaron a mostrarse severos con el almirante. Dos días después, *Pravda*, *Izvestia* y *Krásnaya Zvezda* exigieron la deposición inmediata de Dönitz, quien había solicitado a Occidente lanzar una cruzada conjunta contra los bolcheviques; los soviéticos, como es natural, se habían enterado de ello. También sabían que los británicos se habían limitado a depositar las armas alemanas a cierta distancia de los hombres a los que habían capturado. Churchill debió de haber contemplado aquellas opciones. Aunque los rusos no le convencieron, sí lo hizo Eisenhower cuando ordenó detener a Dönitz.[86] Los americanos no estaban dispuestos a trabajar con los

restos del régimen de Hitler; había que tener en cuenta, además, la directiva JCS 1067, el documento de la Junta de Jefes de Estado Mayor que establecía que no se permitiría continuar en el cargo a ningún nazi.[87]

The Times sostenía que el nuevo gobierno alemán estaba formado únicamente por Dönitz, Schwerin von Krosigk y un micrófono, y que este último era el miembro más importante.[88] El almirante Dönitz no era popular entre los alemanes –Margret Boveri lo calificaba de *Obertrottel*, «archiidiota»–, pero mucha gente podía ver algunas buenas cualidades en Schwerin von Krosigk, que había formado parte del gabinete constituido por Franz von Papen en 1932, y parecía no sólo moderado sino inteligente para los tiempos y las circunstancias que corrían. La idea dejó helado al SHAEF (Supreme Headquarters Allied Expeditionary Force; Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada). Si Dönitz y el gobierno de Flensburg tenían algún cometido, era únicamente el de desarmar, disolver y dar de comer a la Wehrmacht.

El gobierno de Dönitz debió de haberse sentido sumamente seguro del afecto británico cuando, el 11 de mayo, el mariscal de campo Busch pronunció una alocución por Radio Flensburg para anunciar que estaba al mando en Schleswig-Holstein «con el consentimiento de los británicos».[89] Los Aliados habían recurrido a diversos oficiales militares de alto rango para ayudarles a poner fin a las actividades de la Wehrmacht y sus órganos,[90] pero la directiva JCS 1067 era taxativa al respecto: ningún nazi seguiría ocupando cargo alguno. La declaración radiada de Busch provocó la cólera de los demás Aliados, que sospechaban que Montgomery había reconocido el gobierno de Dönitz.[91]

Pero no lo sospechaban tan sólo el resto de los Aliados: el *Daily Mail* británico estaba escandalizado por aquella «misteriosa actitud». Busch había levantado la liebre y Dönitz había sellado su destino.[92] Dönitz se estaba dando, además, aires de grandeza. Los soldados británicos tenían que saludar a los oficiales alemanes de alto rango, cosa que molestaba a muchos.[93] Al día siguiente, Churchill envió a Truman su telegrama sobre el «telón de acero». Al premier le inquietaba lo que podría ocurrir si Estados Unidos trasladaba sus fuerzas al Pacífico y él se quedaba solo con los

franceses para enfrentarse a los rusos. La deducción era clara: podría necesitar ayuda de los alemanes.[94] Había un millón de soldados alemanes rumiando su situación en Schleswig-Holstein: les habían arrebatado las armas, pero no las habían llevado lejos.

Sir Bernard Montgomery acababa de regresar del frente ruso en Wismar. Dio órdenes de no destruir las armas alemanas, «no fuera que se pudieran necesitar por alguna razón».[95] La visión de los rusos de cerca confirmó, quizá, sus peores temores. A los rusos, por otra parte, no les agradó saber que «los criminales de Flensburg», el sucesor designado por Hitler y sus ministros, se movían libremente por las calles de aquella pequeña ciudad portuaria.[96] El 13 de mayo, la Comisión de Control de los Aliados fue allí en busca del jefe del Alto Mando de las Fuerzas Armadas Alemanas (Oberkommando der Wehrmacht, OKW), el mariscal de campo Keitel, y lo puso en cautividad. Dönitz consideró prudente retirar un busto de Hitler de su despacho. También ordenó prescindir del saludo hitleriano, pero no aceptó la petición de los Aliados para que los alemanes dejaran de portar sus medallas. Al almirante Von Friedeburg le inquietaba lo que fueran a hacer los Aliados, pero Dönitz le aseguró que respetarían la Convención de Ginebra.[97]

El 17 de mayo, un oficial soviético se unió al equipo aliado del barco de pasajeros *Patria*, del SHAEF, y Dönitz fue invitado a comparecer ante ellos en el puerto de Flensburg. Se le recibió con pompa y mantuvo una entrevista con Bob Murphy, asesor político del SHAEF. Dönitz volvió sobre su tema favorito: la bolchevización de Europa y lo necesarios que eran los alemanes para impedirla. La preocupación de los Aliados era más que evidente, pero les fastidiaba que la propuesta viniera de él, como tampoco les habría gustado oírla de boca de Himmler. Albert Speer había decidido desertar. Renunció a su cargo en el gobierno de Dönitz y se retiró con su familia al entorno indudablemente palaciego del castillo de Glücksburg.[98]

El día siguiente –18 de mayo– los Aliados devolvieron la visita a la sede del régimen de Dönitz en los cuarteles de Mürwik. Su delegación estaba encabezada por el general de brigada británico E. J. Foord y por el comandante general de las fuerzas estadounidenses Lowell Rooks. El 22 de

mayo se requirió la asistencia de Dönitz a bordo del *Patria,* a las 9.45 de la mañana siguiente. Los generales aliados habían recibido órdenes de Eisenhower. Si Dönitz creía que disfrutaba de algún derecho de inmunidad como jefe de Estado no tardó en llevarse un chasco. El general Lucius Clay, de la Comisión de Control de los Aliados, había manifestado que Dönitz formaba parte de la lista de criminales de guerra y sería tratado como un prisionero de guerra. Los Aliados despidieron a los alemanes diciéndoles: «¡Hagan las maletas!».[99] Clay dejó claro que todos los criminales de guerra pagarían por sus actos con «sus vidas, su libertad, su sudor y su sangre».[100]

Tres batallones de soldados británicos al mando del general de brigada Churcher rodearon el cuartel general del gobierno en las instalaciones de Mürwik y, finalmente, lo asaltaron blandiendo metralletas y granadas. Acababa de comenzar la reunión del gabinete del ministro principal: «Hände hoch! Ausziehen!» (¡Manos arriba! ¡Quítense la ropa!). Los participantes –Dönitz, Jodl y los demás–, junto con sus secretarias, fueron colocados contra una pared y registrados tras ser desnudados. Se dice que Schwerin von Krosigk se encontró con que un soldado británico le tiraba de los pantalones y le decía: «Bitte (Por favor); please?», aunque resulta difícil creer que tuvieran algún problema para comunicarse con alguien que había sido merecedor de una beca Rhodes, que permitían estudiar en la Universidad de Oxford.[101]

El ministro principal cuenta la historia de manera diferente: «Como no dejaban nada sin registrar, se me subió la sangre a la cabeza. El general Von Trotha, que se hallaba de pie junto a mí, se percató de que estaba a punto de darme la vuelta y liarme a puñetazos, y me susurró: “Siga sonriendo”». Schwerin von Krosigk pensaba que Trotha le había salvado la vida.[102] Algunas fuentes sostienen que los hombres fueron obligados a desnudarse, al igual que las secretarias que los británicos encontraron en las demás oficinas. Otras dan a entender que el examen se limitó a las zonas por debajo de la cintura.[103]

Un sargento británico provisto de guantes quirúrgicos cacheó los anos y demás orificios de ministros, funcionarios y secretarias. Speer había sido sacado del castillo de Glücksburg y sometido a la misma vejación. Lo

atribuyó a que Himmler se había escapado (mordiendo una cápsula de cianuro) de la red tendida por los británicos y éstos estaban decididos a que no volviera a suceder algo parecido, pero Himmler murió aquel mismo día.[104] La idea de humillar a los prisioneros no debió de ser tampoco ajena a sus intenciones. El almirante Von Friedeburg se envenenó en un lavabo para eludir la deshonra, al igual que la secretaria de Dönitz. Unos soldados rasos expoliaron el cadáver de Friedeburg.[105]

La única persona a la que se dejó en paz fue el subjefe de operaciones del OKW; calzaba unas botas tan ajustadas que los soldados británicos no pudieron sacárselas. El capitán al mando de la operación se enfureció tanto que arrancó la *Ritterkreuz* (Cruz de caballero) del cuello del oficial alemán y la pisoteó.[106] Relojes y anillos se esfumaron en los bolsillos de los soldados. El equipaje de Dönitz fue desvalijado y alguien le hurtó su bastón de mariscal incrustado de joyas. Schwerin von Krosigk se quejó también de que le habían robado. Durante tres cuartos de hora se tomaron fotografías y películas documentales de los alemanes mientras se hallaban en el patio con unos soldados de infantería que les apuntaban con sus armas. Las fotografías se publicaron en la prensa británica y mostraban a hombres y mujeres en *déshabillé*. Los pies de foto daban a entender que el *Herrenvolk* (el «Pueblo de Señores») había sido pillado en paños menores. La verdad era que no les habían dado tiempo a cubrirse tras los cacheos.[107] Cuando Churchill oyó contar la historia se sintió escandalizado y escribió a Montgomery una carta de protesta. El gobierno de Flensburg había durado tres semanas.[108]

Charlotte von der Schulenburg supo que la guerra había acabado cuando vio un jeep británico en Testorf, donde se había refugiado tras huir de Mecklemburgo. El este de Holstein se iba a convertir en un enorme campo de detención para soldados alemanes capturados. El caos reinó hasta septiembre, cuando se restableció el correo y Charlotte pudo ponerse en contacto con otras personas que se hallaban en su misma situación. Supo que su madre y su hermana seguían vivas en la zona rusa y fue a Bremen en

bicicleta para ver a Mausi Lehndorff, miembro del aristocrático clan de Prusia oriental, cuyo marido había sido otra de las víctimas de Hitler tras la fallida conspiración de julio. Le preocupaba cómo iban a sobrevivir ella y sus hijos. Lo había perdido todo en el este. Más tarde, recibió una carta de uno de los primos de su difunto marido, Jonny von der Schulenburg, que vivía en Hehlen del Weser en el castillo de origen de la familia. La invitaba a instalarse allí y a llevar a sus hijos con ella. Mausi no estaba del todo convencida: había oído que a los Schulenburg de Hehlen «hätten nicht alle Tassen im Schrank» (coloquialmente, «les faltaba algún tornillo») y fue a inspeccionar la casa con la condesa Marion Dönhoff, la futura directora del semanario *Die Zeit*.

Ambas mujeres emprendieron la marcha hacia las ruinas de Hamburgo. Un autobús las llevó a Hanóver, donde pudieron tomar un tren en dirección a Hameln. Todos los puentes del Weser estaban hundidos y no había trenes que partieran en aquella dirección. Entonces, Charlotte vio a dos hombres, uno de ellos con un abrigo militar de cuero, que esperaban en un carro bajo con ruedas de goma tirado por un caballo de color castaño. Eran Mathias von der Schulenburg y su primo Jonny, el propietario del castillo de Hehlen. La casa estaba abarrotada de antiguos prisioneros de guerra alemanes a quienes Jonny había invitado a vivir con él y a beberse el contenido de la bodega.

La casa se parecía a tantas otras que habían sido ocupadas por soldados. En algunos lugares, los cables de la electricidad habían sido arrancados y las ventanas hechas añicos; los libros de la biblioteca aparecían desparramados por el suelo, y había botellas vacías por todas partes. Al día siguiente, Jonny llevó a Charlotte de vuelta a Hanóver en un Fiat Topolino sin puertas que conducía sentado sobre un tambaleante taburete de ordeñar. Los criados solían tener que empujarlo para que arrancara. A veces hacía falta un caballo. Aquel otoño, Mausi se trasladó a Hehlen con sus seis hijos y las escasas pertenencias que había podido llevarse del castillo familiar de Trebbow, en Mecklemburgo. Su viaje al castillo constituyó en sí mismo toda una aventura.

En Hamburgo fueron arrestados acusados de violar el toque de queda y pasaron varios días en unos barracones con otros prisioneros de guerra que compartieron sus exiguas raciones con los niños. A éstos les encantó el pan blanco inglés y el sucedáneo de miel. Unos personajes antediluvianos que hablaban un idioma ininteligible subieron al autobús para que los llevaran gratis a Bremen; finalmente se los quitaron de encima cerca de Bergen-Belsen. En Celle encontraron alojamiento en un campamento de la Cruz Roja instalado en un gimnasio. El encuentro con Jonny –una aparición en traje blanco de lino– se produjo en las ruinas de Hanóver.

A Charlotte y sus hijos les asignaron una torre y una cocina en las dependencias del servicio para que pudieran vivir independientes de los sectores del castillo que llevaban un estilo de vida más desenfrenado. Una piedra preciosa bastó para adquirir una estufa en el mercado negro. Con el permiso de Jonny se llevaron muebles de otras partes de la casa. Cuando Charlotte hubo acabado, su habitación de la torre era tan preciosa que los visitantes la comparaban con el dormitorio de la Mariscala en el Acto I de la ópera *Der Rosenkavalier*.

En 1946, toda la población de un pueblo evacuado de la Baja Silesia fue alojada en un ala trasera del castillo. Los hombres encontraron trabajo en la localidad, y de las ventanas sobresalían tubos de estufa tras la instalación de cocinas en sus habitaciones. El puente y el patio eran un hervidero de mujeres y niños ataviados con los tradicionales pañuelos de cabeza. Aquellas Navidades, Charlotte organizó en el castillo un auto navideño cuyos papeles fueron interpretados por sus hijos y por los silesios. Fue la primera prueba de ecumenismo que vivía el pueblo en la posguerra, pues los silesios eran todos católicos, y los de Hanóver luteranos del primero al último. Al castillo acudían soldados británicos para cazar, y pagaban el disfrute con cigarrillos y alcohol, para mayor deleite de Jonny. Las fiestas que se celebraban en el castillo no habían perdido un ápice de su ritmo desenfrenado, y en ellas Jonny conducía su moto por el gran salón y lanzaba botellas contra los retratos de sus antepasados.[109]

En el caos de la Alemania de 1945 era difícil saber si el escritor Ernst Jünger había sobrevivido. Muchos de sus amigos y admiradores habían

perecido en los patíbulos hitlerianos. Otros –tanto soldados como civiles– habían caído víctimas de las bombas y las balas. Jünger, sin embargo, estaba en su hogar de Kirchhorst, cerca de Celle, en Hanóver. Contempló con actitud distanciada el avance de las tropas estadounidenses, que pasaron dejándolo literalmente de lado. Los soldados negros del ejército de Estados Unidos fueron motivo de un sinfín de habladurías. Un niño de nueve años dijo a Jünger: «Me da miedo», refiriéndose a un soldado negro. Los negros fueron acusados de perpetrar varias violaciones; en un caso, la víctima fue una muchacha de catorce años del pueblo de Altwarmbuch.[110]

Americanos y polacos registraron la casa de Jünger, pero él había escondido prudentemente algunos objetos que podían incriminarle, como sus armas (en el estanque) y su rifle de caza (bajo tierra), y puso a buen recaudo su colección de vino de Borgoña en un lugar donde nadie lo pudiera encontrar: «Sería un delito dejar que un néctar como aquél cayera en manos de unos hombres de Kentucky».[111] Para su desgracia, algunos soldados americanos se alojaron en su casa. Las habituales pandillas de desplazados robaban y asesinaban en busca de alcohol, carne y bicicletas, pero Jünger los tenía alojados en la planta baja para protegerlo: «En el piso inferior se encuentra el campamento de Wallenstein:[N11] unos altavoces transmiten noticias de victoria, unas patrullas traen prisioneros que han descubierto en la ciénaga». Jünger iba leyendo lentamente páginas de la Biblia y, cuando quería un descanso, volvía a Rückert y a otros poetas. Le alivió oír que no se permitía a los americanos hablar con los alemanes.

El orden se desmoronaba a su alrededor y los Aliados apenas hacían nada por restablecerlo mientras avanzaban hacia Berlín. El 28 de abril, el dueño de una finca vecina fue asesinado por unos desplazados que buscaban benceno. Antes lo habían torturado. Otro habitante del lugar había sido atado a un coche y arrastrado por la carretera. Los pueblos estaban llenos de soldados negros borrachos con mujeres del brazo en busca de camas. Los desplazados solían visitar las casas donde no había hombres y «banqueteaban como los pretendientes de Penélope». Las muertes de Mussolini y de Hitler le sugirieron más referencias clásicas: «Estamos

viviendo en la época de la caída de Galba, Otón y Vitelio, repitiendo aquellos sucesos en todos sus detalles...».[112]

Sin embargo, algunas situaciones no se daban en las vidas de los últimos emperadores augustos. El 4 de mayo desayunó acompañado por dos prisioneros del cercano campo de Belsen y se sintió fascinado por sus rostros amarillos y su piel apergaminada. Uno de ellos había ocupado uno de los mejores puestos del campo: era Kapo de cocina, y si había algo que comer, él era el primero en tomarlo. El 6 de mayo, Jünger recibió la visita de seis judíos del campo. El más joven era un muchacho de once años. El escritor observó que el niño devoraba un cuadro con sus ojos. No sólo ansiaban comida. Luego, el niño se quedó arrobado al ver el gato de Jünger.[113]

El novelista anotaba sosegadamente los relatos que le llevaban los refugiados. Una mujer del este le contó que algunos prusianos prósperos se habían suicidado en masa. Durante su marcha solían mirar por las ventanas de las casas señoriales y veían «un festejo de cadáveres sentados en torno a una mesa cubierta con un paño».[114] Dos periodistas americanos fueron a ver a Jünger; el día anterior habían visitado un «campo de concentración en las afueras de Weimar». Jünger no había oído nada sobre Buchenwald. Le hablaron del crematorio y del cartel que decía: «Lávense las manos. La limpieza es preceptiva en esta habitación». El trabajo de los periodistas consistía en «confeccionar una especie de inventario espiritual en nuestra escombrera». Al marcharse le dieron parte de su comida.

Para la única hija del káiser, Victoria Luisa, la guerra terminó el día del aniversario de Hitler, el 20 de abril. Estaba viviendo con su marido, el duque de Braunschweig, en Blanckenburg, en las montañas del Harz, cuando llegaron las tropas estadounidenses. Poco después de la visita de los americanos al castillo, pasaron también los británicos. Se interesaron por unas cajas depositadas en el sótano. Tras marcharse éstos, regresaron los americanos para llevárselas, les dio igual que les dijeran que ya las habían reclamado los británicos. Uno de los soldados que fue por ellas se había criado en Potsdam, donde había jugado al golf con Guillermo, el príncipe

heredero, y había estado presente en el arresto de su hermano nazi, Auwi, en Fráncfort.

Victoria Luisa se sintió muy impresionada con la llegada de los negros: *niggers*, según se los llamaba despectivamente. En su informe aparecen como gente amable y alegre que vociferaba al personal del servicio de la princesa: «Nosotros somos esclavos, ¡ahora lo sois vosotros!». En reglas generales, el comportamiento de los líneas fue correcto, pero los británicos que los liberaron dejaron una mala impresión. El coronel ordenó al duque y a la duquesa que se presentaran ante él, no se puso en pie cuando entraron en la habitación, y amenazó con fusilarlos por haber ocultado armas. Victoria Luisa comentó que no era pertinente fusilar a un príncipe de la casa real de Hanóver, ¡que era la de Gran Bretaña! Los estadounidenses habían guardado bajo llave las armas en cuestión en un ala de la casa, y las llaves habían sido entregadas al puesto de mando.[115]

Un buen día, la princesa Victoria Luisa abrió la puerta y se encontró con su hermano Óscar de pie ante ella. Había dejado su casa de Potsdam y había marchado a pie en busca de un lugar seguro. Estaba «al límite de sus fuerzas. Había atravesado penosamente las líneas de avance de las fuerzas estadounidenses, campos y espesuras, yendo de escondite en escondite con un temor constante a ser hecho prisionero». El príncipe Óscar había comenzado la guerra como comandante de regimiento y alguien había propuesto, incluso, que se le concediera una división, hasta que Hitler echó por tierra la propuesta. No quería héroes entre los príncipes. El hijo mayor de Óscar fue el primer Hohenzollern muerto en combate, en 1939. Al año siguiente, la demostración masiva de simpatía realista con motivo del entierro de Guillermo, el hijo mayor del príncipe heredero, en Potsdam, llevó a Hitler a tomar la decisión de echar a los príncipes de las fuerzas armadas.[116]

Los británicos vivieron su primera experiencia de un campo de concentración nazi cerca de Celle, según avanzaban hacia el Elba, en la segunda semana de abril de 1945. La 11.ª División acorazada progresaba hacia sus objetivos militares cuando sus tropas de avanzada se toparon con un Mercedes del Estado Mayor que transportaba a dos coroneles de la

Wehrmacht. Habían venido para ofrecerles el campo de Bergen-Belsen donde, según sus palabras, los internados morían de tifus. Aquello ocurrió tres días antes de que los británicos entraran en el campo y, como es natural, les horrorizó lo que vieron.[117]

Belsen no era un campo de exterminio como Auschwitz, Treblinka o Majdanek. Había sido creado en la tardía fecha de 1943 para albergar a «judíos de intercambio»: judíos con pasaportes no alemanes susceptibles, según creía Himmler, de ser canjeados por dinero o por alemanes nacionales cautivos de los Aliados. La idea de vender judíos a Occidente se remontaba a la malograda Conferencia de Evian de 1938.[N12] Las condiciones de vida en Belsen habían sido de las mejores hasta el final de la guerra, cuando los SS comenzaron a sacar a los internos de los campos de concentración del este para impedir que cayeran en manos del Ejército Rojo en su avance. Había que destruir el mayor número de pruebas posible de la Solución Final. Hitler se enfureció con Himmler cuando, el 13 o 14 de abril, se enteró de que los americanos habían liberado Buchenwald y los veinte mil prisioneros que los SS no habían logrado evacuar o fusilar. Hitler había ladrado por teléfono al jefe de la SS: «¡Asegúrate de que tu gente no se vuelva sentimental!».[118]

Se procedió al traslado a Belsen de un elevado número de antiguos prisioneros de los campos orientales. No eran sólo judíos. Las estimaciones acerca del número de judíos internados en Belsen en el momento de la liberación varían, pero en el caso más extremo no superaban con mucho la mitad del total. Había prisioneros de toda Europa, además de los reclusos habituales de los campos de concentración: presos políticos, «elementos antisociales» y delincuentes –incluidos los homosexuales– que habían violado el Artículo 175 del Código Legal prusiano. Además de que la comida y los suministros médicos eran insuficientes para ellos, los prisioneros trajeron consigo el tifus. La falta de alimentos había derivado en brotes de canibalismo. En el momento en que los británicos decidieron entrar, el tifus había alcanzado proporciones epidémicas. A lo largo de las semanas siguientes moriría una cuarta parte de los sesenta mil residentes. Se pensaba que la mayoría de los fallecimientos correspondía a la nula

respuesta a los cuidados médicos, pero algunos murieron porque los británicos no supieron cómo tratarlos y alimentarlos.[119] A posteriori resulta fácil acusarlos de negligencia, pero lo cierto es que todavía tenían por delante objetivos militares. La guerra estaba aún por ganar, y era perentorio y necesario impedir que el Ejército Rojo se apoderara de toda Alemania. Himmler, consciente de que muchos británicos deseaban seguir adelante y luchar contra los rusos, esperaba que, al negociar el intercambio de judíos con el conde Bernadotte, se contara con él para combatir el bolchevismo.

Los esqueletos vivientes de Belsen se vengaron de los odiados Kapos arrojando a unos ciento cincuenta desde las ventanas de un primer piso ante la mirada de los británicos.[120]

Baden y Württemberg

La ciudad universitaria de Heidelberg, en Baden, fue liberada por tropas estadounidenses el 30 de marzo. El filósofo Karl Jaspers registró el acontecimiento en su diario. Había sido retirado de la docencia por su negativa a divorciarse de su esposa judía Gertrud –o Trudlein–, y ambos habían pasado los últimos años con un miedo atroz a ser deportados al este.

> No tenemos electricidad, ni agua, ni gas. Intentamos proveernos por nuestra cuenta. Durante un tiempo nos apañaremos con un hornillo de alcohol. El agua se puede tomar de la fuente de la Klingentor. Los jóvenes están de un humor excelente. Para ellos es extraordinariamente divertido vivir como los indios. [...]
>
> [...] Los americanos han llegado esta mañana a la Neuenheimerstrasse, han encontrado todos los puentes destruidos y se han detenido ante ellos con los tanques. Tras descubrir el cobertizo para las barcas cerca del puente nuevo, tomaron los botes de remos, atravesaron el río y desembarcaron en el colegio de enseñanza secundaria, donde se han apostado. Deben de haber llegado remontando aguas arriba por el Neckar.
>
> La señora Von Jaffe vino a felicitarnos porque nuestra Trudlein se halla por fin libre: fue un momento sin palabras. Es un milagro que sigamos vivos.[121]

Jaspers disfrutó evidentemente del espectáculo de la renqueante resistencia alemana. Todo ello ocurría poco antes de que los americanos lo

escogieran como representante de la «otra Alemania» y le hicieran responsable de la universidad. Jaspers no sentía hacia los libertadores ninguno de los recelos que experimentaban otros alemanes; cuando pronunció el discurso principal con motivo de la reapertura de algunos departamentos de la universidad el 15 de agosto, se demoró en la experiencia de la liberación. Es sumamente probable que su actitud hacia los americanos fuera de sincera gratitud.[122]

El final de la guerra encontró a Richard von Weizsäcker, futuro alcalde de Berlín y presidente de la República Federal, en una granja avícola próxima a Lindau, en el lago de Constanza, propiedad de la familia y abarrotada de parientes, casi todos mujeres. Una de ellas era su hermana, refugiada de Prusia oriental, cuyo marido había sido dado por desaparecido desde 1944 y no regresaría nunca; estaba también su tía Olympia, de Breslau, con sus dos hijas (sus dos hijos habían muerto y su marido había sido internado, al igual que su hermano, el físico Carl Friedrich). Durante el verano se unió a ellos otra pareja, los suegros de su hermana: Siegfried Eulenburg, de ochenta años (que había mandado una compañía de infantería en la Gran Guerra), y su mujer. Habían llegado desde sus fincas de Prusia oriental en un viejo landó tirado por tres caballos.[123]

La pequeña ciudad de Pforzheim estaba prácticamente destruida a causa de los bombardeos. El novelista y psiquiatra Alfred Döblin observaba con gran interés como trepaba la gente a lo alto de los montones de escombros. «¿Qué buscaban allí? ¿Querían excavar para encontrar alguna cosa? Llevaban flores en las manos. Sobre los montones levantaban cruces y signos. Eran tumbas. Depositaban las flores, se arrodillaban y rezaban.»[124] Otro escritor, Ernst Jünger, presenció las escenas de Pforzheim aquel mismo año. También él vio las murallas de escombros, las cruces blancas y las flores para quienes habían sido enterrados vivos.[125]

Baden fue otro de los objetivos de las fuerzas francesas, cuya conducta se descontroló en la Selva Negra. Oficialmente se suponía que los franceses seguirían la estela de las tropas estadounidenses, pero el comandante Lattre de Tassigny desobedeció las órdenes respaldado por De Gaulle, quien le había dicho: «Debes cruzar el Rin aunque a los americanos no les guste. [...]

Karlsruhe y Stuttgart te están esperando».[126] El II Cuerpo de Ejército francés había tomado Espira antes de avanzar hacia Karlsruhe. El 12 de abril alcanzó Baden-Baden para entrar luego en la Selva Negra y dirigirse hacia Freudenstadt. Otro ejército francés se uniría a él tras liberar Estrasburgo. No es fácil saber si el comandante francés se sintió influenciado de algún modo por el nombre de la localidad, pero Freudenstadt (que significa «Ciudad de la alegría»), la llamada «perla de la Selva Negra», fue sometida a tres días de asesinatos, saqueos, incendios y violaciones.

Se había informado de la presencia de una banda de *Werwölfe*, guerrilleros nazis a las órdenes de un tal Hans Zöberlein, quien había matado recientemente a civiles alemanes que, según él, habían perdido algo de su celo nacionalsocialista. No obstante, la pequeña ciudad se hallaba indefensa y estaba llena de hospitales, aunque es posible que los franceses no lo supieran; o, quizá, la propia ausencia de soldados les dio la idea de vengarse de los incontables actos de barbarie que cometieron los alemanes durante la ocupación de Francia.[127] Uno de los oficiales franceses dijo, supuestamente: «Somos los vengadores, la SS del ejército francés».[128]

El 17 de abril bombardearon la ciudad con fuego de artillería, destruyendo el centro histórico. Las unidades que entraron en Freudenstadt estaban compuestas por soldados franceses de la 5.ª División acorazada, miembros de la Legión Extranjera y tropas marroquíes y argelinas de la 2.ª División marroquí y la 3.ª argelina de infantería. Se cuenta que algunos obreros polacos de la localidad se unieron a ellos. Los franceses dejaron claro desde el principio que la población recibiría el castigo que se merecía. Habría tres días de saqueo. Un sargento dijo que se eximiría a la tropa de la disciplina, y un furriel añadió: «Ninguna mujer quedará intacta en las noches siguientes».[129]

A los pacientes les robaron los relojes en los hospitales, y un francés al que encontraron ingresado en uno de ellos fue muerto a tiros en su cama. Las casas que permanecían indemnes fueron destruidas una tras otra con benceno: 649 de ellas quedaron reducidas a cenizas. Se había abierto la veda contra cualquier mujer de entre dieciséis y ochenta años. Al parecer,

quienes peor se comportaron fueron los marroquíes.[130] Todo el que intentaba interponerse en su camino era abatido a tiros. Una de las víctimas fue una robusta conductora de camión llamada Sofie Hengher, que intentó impedir que los soldados agredieran a sus hijos. Tras el paso de los franceses se presentaron en el hospital de la localidad unas seiscientas mujeres. El 10% de las examinadas estaban embarazadas. Setenta personas fueron asesinadas. Freudenstadt fue, sin duda, el ejemplo más destacado de una quiebra de la disciplina en el ejército francés, pero hubo otros, y los franceses no se privaron de amenazar con aplicar un trato similar a Königsfeld y a la ciudad universitaria de Tubinga.

Se cree que el comportamiento de algunos soldados franceses en Stuttgart, donde se violó a más de tres mil mujeres y a ocho hombres, incrementó la furia de los americanos porque habían rebasado sus líneas.[N13] Otras quinientas mujeres fueron violadas en Vaihingen, donde el ejército francés encontró un gran número de muertos y moribundos en un campo de concentración satélite. Los habitantes del cercano pueblo de Neuenbürg fueron expulsados de sus casas para dejar sitio a los enfermos y a la guarnición francesa.[131] En todos esos casos se culpó a los marroquíes.[132] El general norteamericano Devers redactó una carta de protesta a De Lattre. Freudenstadt no había contribuido a dar buena fama al ejército francés.[133] Más tarde, los alemanes quisieron saber quién había permitido aquellos desmanes a los soldados. Al parecer, el hombre que estaba al mando en Freudenstadt era un tipo moreno de aspecto meridional llamado comandante Deleuze, pero también se mencionó a un tal capitán De l’Estrange, así como a un comandante apellidado Chapigneulles y a su ayudante, Poncet de Lorena, famoso por sus palizas. Las torturas eran aplicadas por un tal Guyot y por un supuesto ex jesuita llamado Pinson. La prensa británica achacó las atrocidades al comandante De Castries, vástago de una de las familias francesas más antiguas.

Los franceses se atrincheraron en Stuttgart y se negaron a moverse de allí. El 13 de mayo celebraron un provocador festejo en honor de Juana de Arco.[134] Hasta la antigua ciudad universitaria de Tubinga había sólo un salto. La 5.ª División de tanques llegó el 19 de abril. Tubinga se había

salvado declarándose ciudad hospital, pero aun así hubo violaciones y pillaje hasta que los franceses se calmaron. Uno de los primeros en enfrentarse a los franceses en el ayuntamiento fue el profesor de Derecho Carlo Schmid. Su madre era una catalana nacida cerca de Perpiñán y el perfecto francés del jurista debió de haber dado a los invasores la sensación de hallarse en casa. Es probable que apenas hablara sobre su etapa en la administración de Lille durante la guerra. El día 23 fue denunciado, sin embargo, como miembro de los *Werwölfe* y encerrado durante dos días en un retrete. Los franceses registraron su casa y encontraron los textos de sus traducciones de Baudelaire.[135]

El 9 de noviembre de aquel año, un francés regresó a su hogar alemán. Era el aniversario del *Putsch* de la Cervecería de Múnich en 1923 –el fallido golpe de Estado de miembros del Partido Nazi– y de la Noche de los Cristales Rotos. Alfred Döblin había dejado Alemania el 3 de marzo de 1933 y, tras una huida angustiosa, pasó varios años en Hollywood. Su barco atracó en Le Havre. Desde la cubierta, Döblin observó a «un grupo de hombres, con la misma vestimenta, que desaparecieron en la bodega del barco; luego reaparecieron arrastrando barriles y cajas. [...] Eran prisioneros de guerra alemanes. Así es como volví a verlos».[136]

Döblin había adquirido la ciudadanía francesa tras salir de Alemania. Uno de sus hijos había muerto combatiendo en los Vosgos. Tras visitar a sus amigos, cruzó el Rin en Estrasburgo. En las aguas del río «yacía un elefante despellejado: era el puente del ferrocarril hecho pedazos». Ahora se encontraba en Alemania.

> Se pueden ver los campos, bien trazados en un país ordenado. Los prados estaban limpios, y los senderos barridos. Los bosques alemanes, tan encomiados, se hallaban desnudos; unos pocos conservaban todavía el follaje abigarrado del otoño [...]. Pero de pronto todo se volvió más evidente; montones de escombros, agujeros, cráteres de granadas o de bombas, los restos de las traseras de las casas y, luego, una vez más, los árboles frutales, desnudos de hojas y sujetos con rodrigones. Un molino intacto, pero las casas vecinas en ruinas. –Su tren atravesó la Selva Negra–. Luego, veo vuestra amargura, y observo que todavía no habéis aprendido de las enseñanzas recibidas. No es fácil. Me gustaría ayudar.[137]

La Alta Austria

Cuando los americanos entraron en territorio austriaco pudieron formarse una idea más completa de los campos nazis de la muerte. Durante los últimos meses de la guerra se había transportado también a judíos de Auschwitz y Gross Rosen a Mauthausen, en la Alta Austria. Un gran número de ellos murió o fue asesinado en el camino. Hasta entonces, Mauthausen había sido un campo para delincuentes y presos políticos,[N14] y muchos austriacos hostiles al nazismo habían sido enviados allí desde Dachau. Exceptuando Stutthof, que siguió pudriéndose con el consentimiento de los rusos hasta el 9 de mayo, Mauthausen fue el último gran campo de concentración liberado; su liberación se produjo el 5 de mayo con la entrada de tropas estadounidenses.[138] La visión más atroz de Mauthausen fue la de la cantera de la muerte, donde perdieron la vida innumerables presos. La llamaban *Wiener Graben*, por el nombre del paseo de Viena, pues la piedra extraída de ella se empleaba para pavimentar las calles de la capital.[139]

A los americanos les esperaba un comité perfectamente formado compuesto por Hans von Becker, del Frente Patriótico, los comunistas Ludwig Soswinski y Heinz Duermayer –que había combatido en España y fue luego jefe de la policía de Viena–, Hans Maršálek, de los checos vieneses, Bruno Schmitz, hijo del alcalde de la ciudad, y el antiguo ministro de Justicia, el barón Hammerstein-Equord. El campo de concentración había formado, una vez más, a los cuadros de la posterior vida política austriaca.[140]

El día 5 los americanos liberaron asimismo el campo de Gusen. Formaba parte del complejo más amplio de Mauthausen, que contaba con unos cincuenta campos satélites, incluido el de Ebensee. El número de internos oscilaba entre los ocho y los diez mil, entre ellos unos mil doscientos judíos alojados en unas instalaciones aparte. Un grupo de alrededor de tres mil prisioneros estaba formado por «haraganes». Los americanos encontraron pruebas de que se había asesinado a internos

mediante la utilización de gas: cierto número de rusos víctimas del tifus habían sido encerrados en sus chozas, a cuyo interior se habían arrojado luego latas de gas.[141]

La tercera gran conmoción para las fuerzas estadounidenses fue Hartheim, que había sido utilizado principalmente para exterminar a enfermos mentales. Algunas de las víctimas habían estado alojadas en Niedernhart, cerca de Linz, pero las habían trasladado a Hartheim para asesinarlas. Los americanos redactaron un informe sobre las actividades llevadas a cabo en Hartheim y hallaron pruebas de que los pacientes mentales se enfrentaron a menudo a sus guardianes tras llegar al castillo, y de que los nazis sufrieron lesiones leves a causa de los enfrentamientos.[142]

Tirol

Los Aliados realizaron un descubrimiento espectacular: la localización de un puñado de *Prominenten* en el castillo de Itter, cerca de Kitzbühel. Allí habían sido recluidos, entre otros, los presidentes franceses Reynaud y Daladier, los generales Weygand y Gamelin, así como el dirigente sindical Léon Jouhaux, Michel Clemenceau, hijo del estadista, la estrella de tenis Jean Borotra, el político y miembro de la resistencia coronel De la Rocque, y madame Alfred Cailliau, hermana de Charles de Gaulle. El piquete de la Luftwaffe que custodiaba a los franceses había huido ante la llegada de los Aliados, pero se temía que algunos miembros locales de la SS causaran daño a los prisioneros o intentaran utilizarlos como moneda de canje para asegurarse una salida segura de Austria. El 5 de mayo el castillo fue atacado, de hecho, por una unidad de la SS que hizo saltar por los aires un tanque americano. Los prisioneros ayudaron a defender el edificio. Un austriaco, el comandante Gangl, falleció en el ataque.[143]

Una de las liberaciones más extrañas se produjo en el Tirol meridional, italiano desde 1919 pero cuya población era en gran parte de habla alemana. El 24 de abril, un camión –uno entre varios– salió del campo de concentración de Dachau con dirección a Múnich. En él iba el antiguo

oficial de la Abwehr –el servicio de inteligencia militar alemán– y abogado muniqués Josef *Ochsensepp*[N15] Müller. Müller observó a los demás, apiñados en la parte trasera del camión: había algunos húngaros, como el ex primer ministro Miklós Kállay y su ministro del Interior, el barón Peter von Schell; el ministro holandés doctor Van Dyck; el mariscal de campo griego Pagagos y su oficial de Estado Mayor; los generales alemanes Halder y Thomas; el ex presidente del Banco del Reich, Schacht; el sobrino de Stalin, Kokorin; el general Piotr Priválov, y ocho oficiales de las fuerzas aéreas británicas.

Los camiones dejaron atrás Múnich y se dirigieron hacia el sur; cruzaron la frontera austriaca cerca de Kufstein antes de continuar hacia Innsbruck y hasta el campo de concentración de Rosenheim, donde se hizo bajar a los prisioneros de los vehículos. En total, los camiones transportaban a 136 personas de diecisiete nacionalidades. Había catorce británicos, entre ellos un capitán apellidado Churchill, aunque sin parentesco con el premier, y un tal «Wadim Greenwich» de la Oficina de Control de Pasaportes –es decir, del MI6–, así como sus colegas del incidente de Venlo de 1939, Stevens y Payne Best;[N16] los rusos eran cinco; entre los franceses se hallaban el ex primer ministro Léon Blum y su esposa, Gabriel Piquet, obispo de Clermont-Ferrand, el príncipe Xavier de Borbón Parma y el escritor Joseph Joos; entre los polacos había un tal Zamoyski; los checos eran cuatro; los griegos aportaban a su mariscal de campo y nada menos que a cuatro comandantes generales; estaban también el ministro holandés y seis daneses, un noruego, un sueco, un suizo, un letón y cuatro italianos, incluido el partisano Garibaldi –descendiente del líder del Risorgimento– y su jefe de Estado Mayor, Ferrero; en el grupo húngaro se encontraban no sólo el primer ministro, sino también el hijo del almirante Horthy y su secretaria; los austriacos tenían al antiguo canciller Schuschnigg y su esposa, además del alcalde de Viena anterior al *Anschluss*, Schmitz, así como el escritor Konrad Praxmarer. La delegación más numerosa provenía, naturalmente, de Alemania: el secretario de Estado Pünder, el príncipe Felipe de Hesse, Halder y su esposa, el ex gobernador militar de Bélgica, general Von Falkenhausen, el pastor Martin Niemöller, el príncipe Federico

Leopoldo de Prusia, Fabian von Schlabrendorff y Fritz Thyssen. Otro grupo estaba compuesto por *Sippen*, es decir, parientes de los conjurados del 20 de julio: varios Goerdeler, Stauffenberg, Hammerstein, Lüttwitz, Plettenberg y un Gisevius (Hans Bernd había conseguido huir), junto con parientes de Jakob Kaiser, Isa Vermehren y Fey Pirzio-Biroli, la hija de Ulrich von Hassell, ex embajador en Roma, que había sido ahorcado.[144]

Aquellos hombres y mujeres eran rehenes de la SS, *Prominenten* que serían ejecutados o canjeados a cambio de liberaciones cuando los Aliados estrecharan el cerco sobre Alemania. En Rosenheim, los *Prominenten* austriacos se sintieron especialmente horrorizados al ver a guardias austriacos de la SS apalear sin piedad a miembros del movimiento tirolés de liberación. Los austriacos habían vivido en cautividad desde marzo de 1938. A Schuschnigg le resultaba «difícil mantener el control de sí mismo», pero fue un placer volver a ver a Schmitz y encontrarse con los dos «santos» del transporte: Niemöller y Piquet.[145]

Después de tres días en Rosenheim, los prisioneros fueron trasladados en autobuses al paso del Brennero. Integraban la guardia treinta hombres de la SS, más o menos dóciles, a las órdenes del *Obersturmführer* Stiller, además de otra veintena de «tipos siniestros» fuertemente armados capitaneados por el *Untersturmführer* Bader. Bader tenía órdenes de liquidar a los prisioneros. Müller era uno de los que iban a morir. Los hombres de la SS mostraron a Schuschnigg la lista, en la que aparecían claramente escritos su nombre y el de su esposa.[146] Los autobuses se adentraron en territorio italiano bajo una lluvia torrencial y cruzaron Bruneck y el Pustertal antes de detenerse a la entrada del pueblo de Niederdorf. Stiller permitió a algunos de los prisioneros ir con él al pueblo, donde Müller no tardó en encontrarse con un general de la Wehrmacht de uniforme completo. Esto suscitó en los prisioneros la esperanza de que los hombres de la SS respondieran ante un oficial superior, por lo que volvieron a recoger a Falkenhausen: al fin y al cabo, también era general. Entretanto, Müller se puso a gritar: «¡Schuschnigg viene conmigo! ¡Schuschnigg viene conmigo!», a sabiendas de que los tiroleses del sur sentían afecto por el antiguo dirigente austriaco.[147]

El general tenía consigo pocos soldados, pero el coronel Bogislaw von Bonin, uno de los «prisioneros de honor», consiguió comunicarse con el general Heinrich von Vietinghoff en Bolzano. Cuando informó al comandante de la plaza de la presencia de los *Prominenten*, Vietinghoff envió soldados para protegerlos. Sin embargo, no se les esperaba antes del amanecer, y los hombres de Bader estaban sedientos de sangre. Los prisioneros llegaron a un hotel de la plaza del mercado, donde la señora Heiss, directora del hotel Elefant de Brixen, los agasajó con *Kaiserschmarrn*[N17] (una gran amenaza después de lo que habían comido en los diversos campos de concentración). Bader, no obstante, no había bajado la guardia: «Müller, raus!» (¡Müller, afuera!). Sin embargo, el coronel Von Bonin, al que se le había permitido marchar al cautiverio con su pistola, desenfundó y apuntó con ella al hombre de la SS: Ich zähle bis drei, bei zwei sind Sie eine Leiche!» (¡Contaré hasta tres. A la de dos será usted un cadáver!). Los hombres de Bader captaron la intención.[148]

Para entonces, Sante Garibaldi había establecido contacto con los partisanos del lugar. Quisieron colgar a Stiller de una ventana del hotel, pero Müller los disuadió. A él, en cambio, lo hicieron miembro de su División Trentina. Ello implicaba comer un trozo de carne cruda de águila, definitivamente menos sabrosa que los *Kaiserschmarrn*. El domingo 30 de abril los prisioneros fueron rescatados finalmente por soldados de la Wehrmacht a las órdenes del capitán Von Alvensleben. El 4 de mayo fueron liberados por los americanos, que los llevaron a su cuartel general de Caserta, y de allí a Capri.

Zonas en disputa

Turingia

Aunque en Yalta se había tomado otra decisión, Turingia fue liberada por fuerzas estadounidenses. Fue allí, y no en Baviera, donde se encontraron cara a cara con los horrores del Tercer Reich. No era, ni mucho menos, la

primera vez que se habían enfrentado a pruebas de la barbarie nazi. Durante su avance a través de Alsacia habían pasado por el campo de concentración de Natzwiller, pero los nazis habían evacuado los edificios. Cuando los franceses lo liberaron, en 1944, llevaba dos meses vacío. En septiembre de 1944, periodistas estadounidenses habían volado también a Lublin, en Polonia, donde se les habló de un almacén que contenía ochocientos mil zapatos, pero eso no los preparó para lo que iban a ver en la aletargada Turingia.[149] Nordhausen-Dora fue el primer lugar donde se toparon con víctimas judías, que trabajaban en la fabricación del cohete V2. El campo era una de las muchas dependencias de Buchenwald. Entre los libertadores se hallaba un judío americano a quien le repelió la visión de sus camaradas: «Estas personas son algo distinto –escribió–. Yo no soy uno de ellos».[150] Había unos doce mil viviendo en túneles, de los cuales morían a diario entre 40 y 75. Los americanos encontraron tres mil cadáveres, así como setecientas personas sujetas a la vida por un hilo. Muchos de los soldados sintieron náuseas. Los alemanes fueron desalojados de sus pisos[N18] en aquella pequeña ciudad para permitir la instalación de clínicas, y se echó mano de unos dos mil habitantes de la localidad para que dieran sepultura a los muertos en largas zanjas.[151]

Pero Nordhausen fue un juego de niños comparado con Ohrdruf. En este pueblo próximo a Gotha se encontraba otra dependencia del campo de concentración más famoso de Buchenwald. Se trataba de un campo de trabajo que alojaba a unos diez mil esclavos. Uno de los libertadores fue el reportero de guerra norteamericano Mayer Levin. El primer indicio de que se había topado con un campo de concentración fue el hallazgo de unos individuos esqueléticos que marchaban hacia ellos por la carretera. Les dijeron que eran polacos y pidieron a los soldados que entraran en la localidad y rescataran a los internados en el campo. Hablaban de cuevas profundas y de escuadrones de la muerte. Los americanos temían un ataque y esperaron a que amaneciera. Cuando por fin llegaron al campo encontraron montones de cadáveres con uniformes listados. Cada uno de ellos tenía un orificio en el cráneo, señal inequívoca de que habían sido

ejecutados de un solo tiro en la nuca. En otro lugar había una partida de cadáveres de prisioneros desnudos, planos y amarillos como tablas.[152]

Muchos soldados curtidos vomitaron al contemplar aquellas escenas, pero sobre todo al toparse con aquel olor nauseabundo. Los supervivientes apenas podían considerarse seres humanos. Se comportaban como animales, se limitaban a agarrar la comida que se les ofrecía y, sin ningún indicio de bondad o amistad, salían corriendo con ella hacia algún rincón y arremetían contra cualquiera que se les acercase. Los nazis les habían arrebatado su posesión más preciosa: la dignidad.[153] El 12 de abril, el campo recibió la visita de los tres máximos comandantes del ejército: Eisenhower, Patton y Bradley. Este último recordaba: «El olor a muerte nos envolvió antes de que atravesáramos el cercado». Les mostraron los cadáveres de 3.200 hombres desnudos y escuálidos. Patton sintió náuseas.[154] Fue un mal presagio: el presidente Roosevelt murió aquel mismo día. Patton le espetó a un ayudante: «¿Todavía tenéis problemas para odiarlos?». Eisenhower ordenó a todas las unidades que no se hallasen en la línea del frente que visitaran Ohrdruf: «Se nos ha dicho que los soldados de Estados Unidos no saben por quién combaten. Ahora, al menos, sabrán *contra* quién lo hacen».[155]

Ohrdruf sirvió para establecer una norma de actuación y confirmar un trato sin miramientos para todos los alemanes. Weimar, la ciudad más famosa de aquella región de colinas, fue tomada el día 12. Buchenwald se hallaba tan cerca de Weimar que sus viejos árboles habían sido visitados por Goethe en sus paseos diarios, pero los habitantes de la ciudad insistían en su desconocimiento de lo que ocurría tras el alambre de espino. Esto era verdad hasta cierto punto, pues en los alrededores de la localidad se utilizaban prisioneros para realizar labores de ínfima categoría y algunos de ellos habían trabajado en la construcción de la nueva plaza Adolf Hitler, entre la ciudad antigua y la estación ferroviaria, donde a menudo hallaron la muerte. Y aunque no tuvieran un conocimiento claro del alcance de la brutalidad, sabían perfectamente que los prisioneros eran objeto de abusos y malos tratos. Buchenwald vivió su época más moderada en los primeros años de la década de 1940. Los judíos fueron enviados al este, y los internos

–en especial los «verdes», o delincuentes– solían cuidar de sí mismos. El comandante Koch resultó ser un hombre corrupto y fue ejecutado por los nazis; su mujer era la tristemente famosa Ilse, «la Bestia de Buchenwald». A Saul Padover le mostraron la famosa colección de pantallas de lámparas y trofeos confeccionados con piel y órganos humanos reunida supuestamente por Ilse Koch. También vio un fichero en el que aparecían debidamente registradas las causas de defunción; todas las víctimas morían de dos afecciones: cardiopatía o neumonía.[156]

El lugar funcionaba como centro de distribución de mano de obra, y muchos prisioneros franceses y belgas fueron llevados allí. Los casos más lamentables eran encerrados en el Campo Pequeño, donde se les dejaba morir en su propia mugre. En los últimos diez meses el campo se había llenado con unos veinte mil internos procedentes del este, lo que elevó la cifra de internos a cuarenta y cinco o cincuenta mil. Otros veinte mil fueron transferidos a otros campos, como Flossenbürg, Theresienstadt y Dachau. Entretanto, los prisioneros comunistas conspiraron para adueñarse de las instalaciones. Poco antes de que llegaran los americanos se había dado orden de matar a los prisioneros, pero Himmler no había conseguido sacarlos de allí. Todavía esperaba utilizar a los judíos para salvar su propia piel. Al parecer, Hitler había ordenado a Himmler acabar con la vida de todos los presos en Alemania... y un cúmulo de pruebas demostraba que algunos de sus hombres se habían tomado en serio aquellas órdenes.[157]

Los prisioneros que Himmler no consiguió matar huyeron del campo tras la liberación y se lanzaron al saqueo de Weimar. Hitler se enfureció al enterarse de ello y renovó las órdenes de acabar con todos los internados en campos de concentración. Era el principio del fin de las relaciones de Hitler con su jefe de la SS.[158] Algunos dirigentes de aquella sublevación a pequeña escala vagaban por la zona cuando llegaron los americanos el 11 de abril. Padover trató con desprecio a los comunistas alemanes. No eran auténticos prisioneros, pues formaban la aristocracia del campo y miraban a los demás por encima del hombro. «Su condición de alemanes les había hecho acreedores de ciertos privilegios por parte de la SS.» Algunos prisioneros habían clavado a varios guardias en el suelo con estacas. Unos ochenta

fueron masacrados, «a veces con la ayuda y el estímulo de los soldados americanos», que, a tenor de un informe, no movieron un dedo mientras un prisionero golpeó hasta la muerte a un soldado alemán con un palo de más de un metro de largo.[159]

Los Aliados no se dieron prisa en liberar el Campo Pequeño. El hedor era atroz. Cuando por fin se decidieron a hacerlo, encontraron a varios niños, incluido uno de tres años. Los internos fallecían en grandes cantidades incluso después de que los americanos comenzaran a alimentarlos. Los libertadores aprendieron que sólo eran capaces de actuar si reprimían todas sus emociones. El 16 de abril, George Patton resolvió que los habitantes de Weimar debían conocer lo que había estado sucediendo en Ettersberg. Sus hombres obligaron a unos mil ciudadanos a formar en la Paulinenstrasse y los llevaron andando hasta el campo de concentración, a un kilómetro de distancia. Entre ellos se encontraban algunos peces gordos nazis de la ciudad. Los americanos portaban cámaras para filmar sus reacciones; querían conseguir todo el efecto propagandístico posible, y las noticias de la inspección del lugar se difundieron hasta Viena.[160] De camino al campo abundaron las conversaciones entretenidas, en particular entre mujeres y chicas, vestidas con sus mejores galas. No daban muestras de saber con qué iban a encontrarse.

Su buen humor se desvaneció en cuanto vieron los montones de cuerpos cubiertos de cal viva. Las mujeres comenzaron a sollozar y a desmayarse. Los hombres se tapaban la cara y volvían la cabeza. Muchos se apiñaban en busca de consuelo. El escritor húngaro Imre Kertész fue uno de los internos que se habían salvado de la orden de Hitler de asesinar a los últimos habitantes del campo de concentración. Kertész, que entonces tenía quince años, recuerda la escena: los americanos le habían dado goma de mascar, a la que daba vueltas entre sus mandíbulas mientras miraba perezosamente desde las cabañas de aislamiento de los enfermos de tifus hacia las fosas comunes abiertas a cierta distancia. De pronto se percató

> de aquella sociedad de señoras y caballeros. El viento agitaba los abrigos. Había vistosos sombreros de señora y trajes negros. Detrás del grupo aparecían unos pocos uniformes

> americanos. Llegaron a la fosa común y enmudecieron, congregándose lentamente en torno al hoyo. Los caballeros se quitaron el sombrero uno tras otro. Se sacaron pañuelos. Uno o dos minutos de calma muda y, luego, la vida volvió a aquel aturdido retrato de grupo. Las cabezas se volvieron hacia los oficiales americanos. La gente levantaba los brazos y los extendía a la altura de los hombros, para dejarlos caer a continuación hasta los muslos y volver a levantarlos. Movían repetidamente las cabezas en ademán de negación... no sabían nada de todo aquello. Nadie sabía nada.[161]

El mensaje transmitido aquel domingo en la iglesia durante la homilía pronunciada por el superintendente Kuda fue que los ciudadanos de Weimar no sabían nada; era la iglesia donde en otros tiempos había oficiado el filósofo ilustrado Herder, y de la que Goethe y Schiller habían sido feligreses en el pasado. «En Buchenwald han salido a la luz sucesos sobre los que nosotros no sabíamos absolutamente nada hasta ahora. [...] Por tanto, debemos confesar ante Dios que no hemos desempeñado ningún cometido en esta atrocidad.»[162] El 1 de mayo los americanos nombraron alcalde a Fritz Behr, uno de los supervivientes de Buchenwald.

Sajonia

A medida que iban avanzando, las tropas estadounidenses encontraban pruebas crecientes de la existencia de bandas de desplazados que aterrorizaban el país en ausencia de representantes de la ley nazis. En Brunswick había muchas mujeres tentadoras que esperaban a Padover para llevárselo a sus guaridas. «Vivo sola; ¿te gustaría hacerme una visita?.»[163] Mecklemburgo fue tomado en un primer momento por los Aliados occidentales, lo mismo que la Baja Sajonia. Fueron los americanos quienes cruzaron las montañas del Harz y se apoderaron de las ruinas de Halberstadt y Magdeburgo, reducidas recientemente a cenizas por las fuerzas aéreas inglesas y estadounidenses.

En Magdeburgo, Padover y sus hombres mantuvieron una curiosa conversación con un chico de diez años que iba en un patinete. El muchacho les explicó que su madre era maestra y que su padre había caído

en Rusia. Padover inició su habitual interrogatorio bromeando, pero es probable que se sintiera sorprendido por la respuesta a su pregunta: «¿Qué piensas del Führer?», pues el chico le dijo: «Der Führer kann mir den Arsch lecken» (El Führer me puede chupar el culo). Los americanos supusieron que no era consciente de que habían sido ellos y los ingleses quienes habían arrasado su ciudad, pero el muchacho tenía preparada una respuesta: «El Führer os obligó a hacerlo... y está alargando la guerra cuando todo el mundo sabe que la situación es desesperada». Luego, les dijo que quería ir a Estados Unidos y alistarse en la «Luftwaffe americana». Después volvería y bombardearía Alemania. Ellos le preguntaron por qué quería bombardear su patria: «¡Oh...!, en ese momento serán los rusos quienes estén aquí».[164]

Los habitantes de Gernrode dispusieron de varios días para estudiar de cerca a los americanos. Cuando los rusos llegaron en el mes de julio, compararon el Ejército Rojo con los negros de Estados Unidos. Éstos se mostraban «menos como vencedores, y más como compañeros en el padecimiento de agresiones y humillaciones».[165] Las tropas estadounidenses descubrieron nuevas pruebas de las órdenes impartidas por Hitler en el último suspiro para exterminar a los internos en los campos de concentración y a quienes trabajaban en ellos como esclavos. En Gardelegen habían encerrado a los hombres en un establo al que habían prendido fuego. En Wolfsburg, donde se hallaba la gran fábrica de la Volkswagen, los prisioneros lograron liberarse en el último momento y se habían hecho con armas de sus guardianes. Algunos murieron tras comer harina cruda impulsados por la desesperación; otros habían saqueado una destilería de vermut y habían pillado una borrachera monumental. Pesaban tan poco y estaban tan débiles que cuando disparaban sus armas caían de espaldas. Aun así, consiguieron matar a varios civiles alemanes, incluido un alcalde.[166]

En Thekla, un suburbio de Leipzig, se había producido otro baño de sangre. El lugar había sido un campo de trabajo para prisioneros políticos. En el momento de marcharse, los SS mataron a tiros e incineraron a los hombres, algunos de los cuales fueron quemados vivos. Se produjeron los casos habituales de violencia contra los habitantes del lugar, pero en Thekla

los alemanes se prestaron a colaborar y demostraron sentirse horrorizados por la masacre. Según el testimonio de un soldado estadounidense, «noventa y nueve de cada cien alemanes parecen respirar como nosotros, reaccionar ante las mismas emociones y ser perfectamente humanos y sensibles».[167]

Marianne Günther trabajaba como maestra en Penig, cerca de Chemnitz, junto a la frontera checa, cuando aquella pequeña ciudad fue tomada por las fuerzas aliadas el 15 de abril. Las tropas de Estados Unidos hallaron también allí un campo de concentración atestado de famélicas judías húngaras e impusieron de inmediato un toque de queda. Polacos y rusos sometidos a trabajos forzados recorrían las calles entregándose a una furia incontrolada. Un mes más tarde, Marianne Günther pudo continuar su diario; sus ilusiones habían quedado hechas añicos:

> No quiero ni creer las monstruosidades de las que hemos oído hablar acerca de los campos de concentración. Las atrocidades son mucho peores de lo que había imaginado. ¿Quién pudo haber planeado esos actos demoníacos? [...] ¡Y ahora, las espantosas historias que nos llegan de Bohemia! Los horrores comenzaron el 8 de mayo, al concluir la guerra. Toda una nación [se ha vuelto] loca y homicida, [la gente] asesina a mujeres inocentes, asesina a niños. Se puede ver el terror en los rostros de los refugiados.[168]

Antes de llegar a Sajonia había trabajado en la escuela de Gertlauken, un pueblo excepcionalmente tranquilo de Prusia oriental del que salió ante el avance ruso. Poco a poco, según le llegaba alguna que otra carta, fue enterándose del destino de sus alumnos y compañeros. Christel Beckmann, de quince años, había logrado llegar hasta Danzig recorriendo la Nehrung helada y marchando luego a pie a través de Pomerania hasta Mecklemburgo, donde ella y su familia creyeron hallar una relativa seguridad. Luego, el 3 de mayo, llegaron los rusos. La muchacha escribió:

> Durante cuatro semanas nos cobijamos en el pajar y allí nos quedamos. Teníamos un aspecto horrible. La cara de Herta estaba cubierta de escaras. Por la noche oíamos los gritos y gemidos de las mujeres del pueblo. Ningún hombre podía proteger a su esposa pues, de haberlo intentado, lo habrían apaleado hasta dejarlo medio muerto; y las mujeres tenían que obedecer, pues las amenazaban a punta de fusil. Casi nos volvemos locas...[169]

Mecklemburgo

Tisa, la hermana de Fritz-Dietlof von der Schulenburg, fue liberada también por los americanos. Estaba viviendo en Mecklemburgo, en la gran casa solariega de su primer marido junto con otros ciento veinte refugiados. El ejército alemán quería también la casa para alojar a los soldados que retrocedían ante el avance ruso. Durante varios días estuvo en el aire si sus libertadores serían los americanos o los rusos. Luego aparecieron seis jeeps estadounidenses: «Éramos libres».[170] Libres, pero no exentos de preocupaciones. «Las zonas rurales fueron invadidas por oleadas de prisioneros de guerra liberados y trabajadores polacos. Irrumpían en las granjas y casas de campo, se entregaban a la rapiña, apaleaban a los dueños y los expulsaban.»[171] La Zona Rusa comenzaba a sólo ocho kilómetros de distancia. «A veces nos hacían visitas breves, robaban y saqueaban a su paso.»[172] Como si los polacos y los rusos no fueran suficientes, Tisa fue amenazada por los alemanes que permanecían en la finca, que consideraban una vergüenza que confraternizara con franceses sometidos hasta entonces a trabajos forzados.[173]

Los americanos pasaron también por el campo de tránsito de Woebbelin, cerca del palacio del Gran Duque en Ludwigslust. Judíos, polacos, húngaros, rusos y europeos occidentales habían acabado allí después de ser trasladados desde sus campos de concentración originales. Nadie los había alimentado y se dieron casos de canibalismo. Era difícil que los soldados pudieran haberles ayudado dándoles caramelos, pero se pensó en ello. El comandante estadounidense aplicó la norma habitual de responsabilizar a los habitantes de la localidad. Todos los ciudadanos de Ludwigslust de más de diez años tuvieron que ir a ver a los muertos. Las fotografías muestran zanjas llenas de cadáveres que se extendían a lo largo y a lo ancho ante las puertas del palacio.[174]

Los estadounidenses dieron paso a los británicos. Tisa no tardó en oír rumores de que se iban a reajustar las zonas y que los rusos ocuparían la de Mecklemburgo, donde ella residía. Una vez que tuvo confirmación de la

noticia, enganchó un carromato –un antiguo furgón de comunicaciones del ejército– y se aprestó a huir. Cierto día recibió la visita de un oficial polaco que llegó con un ramo de rosas. Quería darle las gracias por la manera como había tratado a los polacos y a otros prisioneros. «¡Pero márchese! Están llegando los rusos.»[175] Tisa no necesitó más estímulos. En cuanto recibió los documentos apropiados, condujo su caravana hasta Lübeck, en la Zona Británica.

Mecklemburgo oriental había sido tomado por los rusos. En Carwitz y Feldberg, donde vivía la familia del escritor Rudolf Ditzen (Hans Fallada), los *Honoratioren* –la élite de la localidad– se habían suicidado. El farmacéutico mató antes a sus hijos. Hubo violaciones de las que no se libró Suse, la esposa de Ditzen.[176] En septiembre, Ursula von Kardorff encontró por fin a su madre, Ina, de quien se habían tenido noticias por última vez en su finca de Böhlendorf, en Mecklemburgo. Había llegado a Berlín relatando las historias habituales. Ella y su marido, el pintor Konrad von Kardorff, eran ancianos y no estaban preparados para huir ante el avance ruso. Konrad falleció en marzo y se libró de la amarga experiencia que padeció el resto de su familia. Habían vivido con modestia, habían sacrificado unos pocos animales y bebido unas pocas botellas de la colección de vinos que guardaban en la bodega y habían despreciado a quienes se habían marchado a toda prisa.

Los Kardorff se quedaron, incluso, tras la caída de Stettin. Esperaban ser conquistados por los ingleses, «unos tipos caballerosos y una especie de primos». Largas hileras de refugiados de Prusia oriental y Pomerania pasaron por delante de sus puertas pero, a pesar de los ruegos de sus parientes, ellos no se movieron. Luego, una mañana de mayo, los cosacos aparecieron en el horizonte: «Llegaron en masa, con tanques, en motocicletas, a pie, a caballo, e incluso en trineos tirados por reatas de cuatro perros». Irrumpieron en la bodega de vinos preservada con tanta prudencia y, luego, comenzó la destrucción de muebles y cuadros. La tía May y el tío Willi se suicidaron. Según le dijo May a Ina: «Los Kardorff han tenido su casa aquí desde hace quinientos años, ¿qué podríamos hacer en otro lugar? Pienso que Dios se apiadará de nosotros». Egon, tío de

Ursula, antiguo comandante de un regimiento de caballería, vio los cadáveres en el bosque y fue a casa de Ina. «Tengo que dejarte. No puedo soportar una vida así y temo a la muerte.» Marchó hasta la tumba de sus padres en el bosque, donde había sido enterrado también el padre de Ursula, e ingirió un veneno.

La madre de Ursula se había quedado sola. Metió algunas cosas en una mochila y echó a andar. En los pueblos de la comarca se repetía la misma escena: soldados borrachos, aristócratas muertos. Una mujer había matado ella sola a tiros a quince miembros de su familia y se había suicidado arrojándose al agua. A Ina von Kardorff le robaron el reloj junto con sus últimas pertenencias. Unos artesanos y la esposa de un pastor le dieron alojamiento hasta que se le ordenó marchar de nuevo.

Llegó a Güstrow y encontró una habitación abuhardillada en casa de la mujer de un panadero. Pintó cuadros e impartió lecciones de dibujo, cosió e hizo labores de bordado. Ayudó, incluso, a un pintor a realizar un retrato de Stalin. Estaba rodeada de enfermos y moribundos y de todo tipo de dolencias. Por la noche se practicaban registros domiciliarios y podía oír los gritos de las mujeres seguidos de disparos. Los domingos, el pastor leía en la iglesia largas listas de muertos. Ina habló también a Ursula de rusos buenos y generosos que daban cosas a la gente. Algunos incluso iban a la iglesia.[177]

Los *Werwölfe*

La resistencia clandestina a la ocupación se agotó enseguida o no consiguió materializarse en absoluto. Los *Werwölfe*, constituidos en octubre de 1944 para hacer la vida imposible a los Aliados, realizaron alguna que otra acción cobarde, como el asesinato de Franz Oppenhoff –el alcalde de Aquisgrán nombrado por los norteamericanos–, perpetrado en marzo de 1945. A raíz de aquel hecho, se desvanecieron. La muerte de Oppenhoff sigue siendo un acto controvertido: Goebbels se sintió complacido, como es natural, y calificó de partisanos a quienes la habían ejecutado, pero el dato de que no

tuviera un conocimiento previo daría a entender que el alcalde no fue asesinado por órdenes directas de Berlín. Otra versión apunta a que murió en un ajuste de cuentas de significado puramente local.[178] No obstante, es posible que quienes lo perpetraron fueran miembros de un comando asesino de la SS y no los *Werwölfe*. En Austria, Franz Fehrer había recibido el encargo de entrenar a los *Werwölfe* en la localidad de Wiener Neustadt, pero cuando las tropas extranjeras cruzaron la frontera austriaca, el *Gauleiter* Eigruber dio órdenes de interrumpir la instrucción y no atacar a las fuerzas estadounidenses. La OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos de Estados Unidos, llegó a la conclusión de que en julio de 1945 no quedaban ya en Austria células activas de *Werwölfe.*[179] El dramaturgo Carl Zuckmayer afirmó que el espíritu de los *Werwölfe* se había derrumbado al mismo tiempo que Alemania sin dejar ningún rastro. Lo cierto es que, a comienzos de julio de 1945, el general estadounidense Lucius Clay no pudo encontrar signos de que se estuviera intentando formar un «movimiento nazi clandestino».[180]

Hubo, no obstante, algunos incidentes muy aislados. En Glowitz, en Pomerania, un guarda forestal apellidado Drambusch, un nazi fanático, se retiró a los bosques, donde se construyó una cabaña y planeó reclutar a otras personas en su lucha contra los conquistadores. Nadie le escuchó y, más tarde, los rusos dieron con él y lo abatieron a tiros. Murió poco después en Stolp a causa de las heridas recibidas.[181] Goebbels había armado mucha bulla hablando de la resistencia alemana, y en mayo hubo aún cierto nerviosismo a causa de los *Werwölfe*, aprovechado por los rusos como excusa para masacrar a algunos jóvenes con los que se topaban. Los checos se mostraron aún menos considerados que los rusos. El doctor E. Siegel oyó hablar de la llegada a la Pequeña Fortaleza de Theresienstadt (la actual Terezin, en la República Checa) de veintiún hombres acusados de pertenecer a los *Werwölfe*. Fueron conducidos al paredón. Durante la noche, el doctor escuchó los habituales gritos y restallidos de látigos. Más tarde oyó decir que unos prisioneros habían limpiado la puerta de acceso de sangre, sesos, dientes y pelo y habían tenido que esparcir arena nueva. Los

hombres fueron registrados oficialmente como «muertos en el momento de llegar».[182]

La acusación de pertenecer a los *Werwölfe* podía sellar el destino de una persona, y debieron de darse muchos casos en que algunos individuos procuraron vengarse de esa manera. En la localidad de Dalliendorf, en Mecklemburgo, en la SBZ (Sowjetische Besatzungszone, «Zona de Ocupación Soviética»), Paul Schröder, de veintiséis años, había salido de un campo de concentración en el que portaba el triángulo verde de delincuente, pero no tardó en modificar su historial para hacerse pasar por un ex miembro del Partido Comunista. Contó a las autoridades que una tal señora Westphal, propietaria de una finca del pueblo, así como dos hombres llamados Holst y Redicke, eran *Werwölfe*. Los tres fueron fusilados el 2 de julio de 1945. Cuando se supo que Schröder había mentido, lo fusilaron también a él.[183]

Al principio, cuando los soldados curtidos en la batalla veían a los miembros más enclenques de los ejércitos aliados e imaginaban lo fácil que sería imponerse a ellos, se produjeron algunos actos de bravuconería.[184] Sin embargo, en general, los soldados aliados constituían más bien un peligro para sí mismos, según descubrió el escritor James Stern, un inglés con uniforme de Estados Unidos, cuando el azar le llevó a toparse con un cementerio americano al volver de Bamberga a su domicilio de Núremberg en el verano de 1945. Hacía dos meses que había concluido la guerra, pero el encargado del cementerio le contó que seguían llegando cadáveres a una media de trece diarios. Stern no podía dar crédito a sus palabras, pero al parecer, la causa principal eran las borracheras y la imprudencia en la conducción, además de los suicidios.[185]

Osamentas ilustres

La llegada de los Aliados, y del Ejército Rojo en particular, marcó el inicio de varios desplazamientos extravagantes: el traslado de osamentas de antiguos panteones para evitar su profanación. Los primeros en emprender

el viaje fueron restos mortales de fechas relativamente recientes: los de Hindenburg y su esposa, sepultados en el Monumento de Tannenberg en 1934.[N19] El ejército alemán en retirada exhumó el cadáver de Hindenburg en enero de 1945 e hizo volar el monumento por los aires antes de marcharse. Los cadáveres fueron transportados a través del Báltico a bordo del crucero *Emden*.

Una vez desembarcados, los restos de los Hindenburg fueron trasladados a Potsdam y depositados en la reserva de caza cercana al cuartel general Kurfürst de la Luftwaffe. Allí se unieron a los de los refugiados regios que habían sido exhumados del panteón de la Iglesia de la Guarnición: Federico el Grande y su austero padre, Federico Guillermo I, sacados de la cripta una noche de febrero a la luz de unas velas. Al mismo tiempo, unos oficiales de la Wehrmacht habían retirado todos los estandartes capturados. La Iglesia de la Guarnición fue destruida el 14 de abril de 1945, y los restos mortales eludieron, por tanto, el bombardeo y la posterior tormenta de fuego.[186]

En el momento de la incursión aérea de los Aliados, los Hindenburg, Federico Guillermo y Federico el Grande habían salido ya de Potsdam.[N20] El domingo 11 de marzo, el capitán Wilfried Seegebarth recibió órdenes de trasladarlos a una mina de sal de Turingia junto con los estandartes y demás objetos preciosos asociados al hijo más famoso de Prusia: instrumentos musicales, tapices y la biblioteca de Federico el Grande. Al final de la tarde del día 13, el transporte había llegado a Bernterode, en Turingia. Los ataúdes fueron depositados en la mina y ocultados detrás de bloques de sal. Todos los que habían participado en la acción juraron guardar el secreto.

El 27 de abril, soldados americanos llegaron a la mina y hallaron los ataúdes. Al dejar Turingia en función de las decisiones fijadas en Yalta y como preparación para el encuentro de Potsdam, se llevaron consigo los cadáveres y los transportaron a la ciudad universitaria de Marburgo, donde en un primer momento fueron instalados en la bodega del castillo antes de trasladarlos al sótano del archivo municipal.

El 21 de agosto de 1946, los cuerpos de los reyes recibieron nueva sepultura en secreto en la iglesia de Santa Isabel de Marburgo. Los de los

Hindenburg se unieron a ellos pocos días después. El pastor accedió a alojar los cadáveres presionado por los americanos y por Oskar von Hindenburg, hijo del presidente, que había estado al mando de los campos de prisioneros de guerra durante la contienda y, tras comparecer ante un tribunal como criminal de guerra, había quedado en libertad con una multa.[187] El día 21, los cuerpos reales recibieron finalmente sepultura en nichos de la iglesia en presencia del príncipe Luis Fernando de Prusia –el hijo superviviente de más edad del príncipe heredero– y de su esposa, la princesa Kira.[N21] Federico el Grande había sido objeto de un hurto en algún punto del viaje: su Orden del Águila Negra había sido sustraída, probablemente por un soldado de las tropas estadounidenses. Aún hoy se puede ver dónde se hallaba por el retazo de azul prusia en forma de estrella que mantiene su color puro sobre la desvaída guerrera del uniforme.[N22]

N1. El palacio de Braunschweig fue derribado y en su lugar se construyó un centro comercial.

N2. Lasch fue condenado a muerte *in absentia* y su familia, detenida. El *Gauleiter* Koch huyó de Pillau tras haber arengado a la población para que se mantuviera firme.

N3. Lo irónico del caso era que el Salón había sido realizado para el Palacio Real de Berlín –otra víctima de la guerra– y para el primer rey de Prusia, el derrochador Federico I. Su austero hijo Federico Guillermo entregó el aposento a Pedro el Grande a cambio de un escuadrón de soldados de gran talla, un bien que valoraba más que el ámbar.

N4. El atractivo sexual de los conquistadores para las mujeres de los derrotados debió de haber captado la atención de aquel «psicólogo». El remilgado Helmuth James von Moltke se había escandalizado al visitar París en agosto de 1940 y ver como las mujeres «hacían realmente cola para llevarse a algún soldado alemán a la cama». (*Letters to Freya*, Londres, 1991, p. 97.)

N5. Maguncia fue bombardeada durante la guerra en una fecha temprana y la hierba crecía ya entre las ruinas.

N6. Zuckmayer llamaba a sus padres «los Tejones».

N7. Jürgen von Kardorff había caído en la campaña de Rusia en 1943; el conde Fritz-Dietlof von der Schulenburg murió también junto con Nikolaus von Halem, Ulrich von Hassell, Julius Leber, Werner von Haeften y Claus von Stauffenberg a consecuencia del papel que todos ellos desempeñaron en el atentado del 20 de julio de 1944; Bernhard von Mutius, Dietrich von Mandelsloh, el conde Wolf Werner von der Schulenburg, Martin Raschke y Josias y Werner von Veltheim habían muerto combatiendo en el frente. Los Lehndorff y los Schweinitz eran familias de la

nobleza prusiana. Sobre el conde Heinrich von Lehndorff-Steinort, véase p. 260; los demás perdieron la vida, como es de suponer, en la guerra de Hitler.

N8. Los internos eran reconocibles por los triángulos de color que portaban. Los primeros presos de campos de concentración fueron políticos; llevaban triángulos rojos. Los grupos de asociales, léase borrachos, mendigos y «vagos», llevaban triángulos negros. Los delincuentes profesionales, verdes. Los Testigos de Jehová, de color lila. Los emigrantes que habían regresado, azules. Los homosexuales, de color rosa. (Debemos recordar que la homosexualidad fue asimismo ilegal en Gran Bretaña hasta la década de 1960.) Los judíos llevaban dos triángulos cosidos juntos en forma de estrella de David; uno de ellos era amarillo, y el otro del color del delito que había constituido el pretexto para encarcelarlos. (Véase Bruno Heilig, *Men Crucified*, Londres, 1941, pp. 73-74.) El contingente principal de Dachau estaba constituido por 44.401 «rojos». Había 22.100 judíos, 1.066 «negros», 759 «verdes», 126 hombres de la Wehrmacht, 110 «rosas», incluido uno reincorporado tras haber sido absuelto, 85 «lilas», y 16 «azules».

N9. Véanse pp. 142-143.

N10. Existe una fotografía de la escena.

N11. Alusión al drama de Schiller del mismo título.

N12. Celebrada bajo los auspicios de Roosevelt, el objetivo de la conferencia era discutir la problemática de los refugiados judíos víctimas de la represión del régimen nazi. *(N. del E.)*

N13. R. F. Keeling (*Gruesome Harvest*, Chicago, 1947, pp. 56-57) sitúa la cifra oficial en 1.198, pero según los alemanes, se acercó más a cinco mil.

N14. En 1939 había unos tres mil prisioneros. Algo menos de un millar eran «verdes», o delincuentes, y 688, presos políticos. También había 930 «asociales», 143 Testigos de Jehová y 51 homosexuales. (Robert H. Abzug, *Inside the Vicious Heart*, Nueva York y Oxford, 1985, p. 106.)

N15. Literalmente, «Pepe *el Boyero*». De muchacho, Müller había cuidado las vacas de la granja de sus padres en Baviera.

N16. El incidente de Venlo (por la ciudad holandesa donde ocurrió) fue uno de los mayores fracasos del MI6. La Abwehr, el servicio de Inteligencia alemán, engañó a miembros de MI6 enviando a supuestos conspiradores para tramar un complot contra el régimen nazi. Stevens y Best fueron capturados y buena parte de la red de espionaje inglesa desmantelada. *(N. del E.)*

N17. Una tortilla troceada rellena de uvas, plato favorito del emperador Francisco José, de donde le viene el nombre.

N18. No debía de quedar gran cosa de la localidad, pues los Aliados la habían bombardeado sin tregua. Cuando la visité, a comienzos de la década de 1990, sólo subsistía una estrecha franja de casas antiguas.

N19. El monumento fue construido en 1927 para conmemorar la victoria alemana sobre los rusos en 1914 (aunque, en realidad, se había producido en otro lugar). Para compensar la rotunda derrota

infligida a los Caballeros Teutónicos por los polacos en 1410, se consideró que el triunfo se había obtenido en Tannenberg.

N20. Hindenburg y su esposa salieron definitivamente; Federico Guillermo y su hijo regresaron, después de mucha polémica, en 1991. Como los restos de la Iglesia de la Guarnición habían sido dinamitados en la década de 1960, Federico Guillermo fue sepultado de nuevo en la Friedenskirche. Federico el Grande logró satisfacer finalmente su primer deseo y fue enterrado en la terraza de Sanssouci, cerca de sus perros.

N21. Los dos monarcas fueron trasladados una vez más en 1952. Su destino fue el castillo de los Hohenzollern, cerca de Hechingen, en Württemberg. Fue allí donde el ataúd de Federico el Grande se desbarató y hubo que hacer uno nuevo.

N22. Información obtenida del príncipe Guillermo de Hohenzollern-Sigmaringen el 14 de mayo de 1996. El príncipe dijo al autor que se había percatado del robo en 1952, con motivo del cambio de ataúd.

3

Berlín

> Mientras pasaba ayer por la zona que rodea el Tiergarten pensé para mis adentros: algún día se hablará de mayo de 1945 de la misma manera como se describe el saqueo de Roma. La situación era, por supuesto, distinta de la de 1527, pues Berlín estaba ya medio en ruinas; pero de no haber sido por la demencia de sus defensores no se habría convertido en el campo de batalla que acabó siendo. Sólo ahora, al observar lo que se están llevando los rusos, podemos ver lo ricos que éramos.
>
> MARGRET BOVERI, *Tage des Überlebens*,
> Fráncfort del Meno, 1996, pp. 140-141

Los huesos no escaseaban en Berlín el 2 de mayo de 1945, cuando el general Wiedling firmó el alto el fuego en la ciudad. Los rusos habían concluido sus acciones con un día de retraso: abrigaban la esperanza de derrotar a los alemanes para el Primero de Mayo, si no en esa misma fecha;[1] de todos modos, el enemigo había recibido una soberana paliza. De las 150.000 viviendas del centro de la ciudad sólo quedaron indemnes 18.000, y 32.000 resultaron completamente destruidas. Después de que Goebbels hubiera incitado a los berlineses a combatir hasta el final, su delegado Fritzsche les dijo que se detuvieran: 134.000 soldados depusieron las armas.[2] Ruth Friedrich, que había sido miembro de un grupo de resistencia poco significado, pensaba que el Tercer Reich se había desvanecido como un espectro. La muerte de Hitler y Goebbels fueron para ella motivo de regocijo: «¡Al infierno el Führer y canciller del Reich! *Tempi passati!* Ya no nos interesáis».[3]

Los berlineses podían imaginar que todo había acabado, pero sabían qué les aguardaba. Lo único que Goebbels no había mencionado eran las

muestras ocasionales de amabilidad. Charlottenburg, el barrio donde vivía la periodista Margret Boveri, era una zona rica, y fue una de las últimas en rendirse. Margret se percató del cambio de la situación cuando se aventuró a salir a la calle para conseguir su último cuarto de libra de mantequilla y encontró a algunos rusos husmeando en las colas. La mayoría de los berlineses había considerado prudente portar brazaletes blancos. Por primera vez se quejaban abiertamente del Partido. Cuando regresó a casa se encontró con que unos soldados alemanes habían irrumpido en el sótano de un vecino para robar ropa de civil. Su intención era marchar hacia el oeste: nadie deseaba ser capturado por los rusos.[N1]

Los rusos registraban la ciudad examinando palmo a palmo su nueva presa. El edificio del Reichstag, impotente y en ruinas, se convirtió en el símbolo de la victoria rusa. Había dejado de actuar como asamblea democrática poco después del acceso de Hitler al poder. El mariscal Zhúkov añadió su firma a las demás inscritas en los muros de piedra del interior.[N2] [4] El periodista Konstantín Símonov se paseó alrededor del Tiergarten. Echó una ojeada al interior del zoológico para ver los animales escuálidos que yacían junto a los cuerpos de los hombres de la SS y se fue caminando hasta la enorme torre antiaérea que había combatido hasta el último momento. En su interior se habían organizado orgías alcohólicas mientras se desarrollaba el último acto. Había cadáveres de suicidas por todas partes. En un cubículo encontró a un general de la SS muerto con la guerrera desabrochada y una botella de champán entre las piernas. Se había suicidado junto con su amante, que yacía a su lado vestida con un hermoso conjunto de blusa y falda de color blanco. Siguió hasta la cancillería del Reich, donde agentes del Servicio de Inteligencia Militar Soviético, la Smersh, habían identificado ya los cadáveres de Goebbels, su mujer y sus hijos. Hitler y Eva Braun no habían aparecido todavía.[5] Schwerin von Krosigk habló por la radio: «El mundo sólo puede ser pacificado si se impide que lo anegue la ola bolchevique».[6]

Los rusos estaban borrachos, y no sólo de victoria. «Voiná kaputt!» (¡Se acabó la guerra!), y: «Guítler durak!» (¡Hitler es un idiota!). El terror comenzó calladamente en Charlottenburg, el barrio de Margret Boveri. «Ich

Pistol!», clamaban los soldados. «Du Papier!», con lo que querían decir que tenían pistolas y que ningún documento iba a servirles de nada a los alemanes que quisieran apoyarse en su condición de propietarios o en su virtud. «En esta ciudad no hay nada de su propiedad, si quieren tomarlo», informaba otra mujer que vivía cerca de Neukölln, en el sur.[7] Al principio, los soldados rusos buscaban relojes de pulsera. Al grito de «Uhri! Uhri!»,[N3] se apoderaban de ellos, desechando a veces alguna adquisición anterior que, sencillamente, se había parado y necesitaba que le diesen cuerda. La Autora Anónima de *Una mujer en Berlín* vio a muchos soldados del Ejército Rojo con todo un rosario de relojes en sus brazos «a los que daban cuerda continuamente, comparándolos y corrigiendo la hora, movidos por un placer infantil y furtivo».[8] Para los rusos, Berlín –incluso en su estado ruinoso– era la representación de la elegancia. Pensaban que la luz estaba atrapada en las bombillas y las desenroscaban para enviarlas a casa. Se sentían fascinados por los retretes con cisterna, y, según se dice, los utilizaban para lavar las patatas en su interior. Ciertos objetos pequeños, como los mecheros, no les resultaban sólo novedosos, sino absolutamente encantadores.[9]

Algunos berlineses salieron bien parados de aquella experiencia. Un residente de Charlottenburg fue detenido y despojado de su elegante chaqueta de cuero. A cambio de ella, el asaltante ruso le arrojó encima su propia cazadora. Su abatimiento inicial por aquel trueque no tardó en transformarse en júbilo: en los bolsillos de la prenda del soldado encontró dos relojes y dos joyas, entre ellas un anillo de gran valor.

Ruth Friedrich observó como un soldado de Mongolia que había trabado amistad con ella vaciaba sus bolsillos de relojes de pulsera, encendedores, anillos de oro y collares de plata, «igual que un niño, calificándolos de "trofeos"».[10]

Margret Boveri comentó que los hombres del Ejército Rojo

> eran como niños encantados con sus relojes nuevos. Uno de ellos fijaba la mirada en su reloj de pulsera y, a continuación, sacaba otro de bolsillo y se lo llevaba a la oreja; nosotros en cambio, que nos habíamos quedado sin reloj, sólo podíamos adivinar la hora. Ellos bailaban y tocaban armónicas y acordeones [...] y luego hacían sonar antiguos discos alemanes en un gramófono

alemán robado. La escena del patio recordaba a la descripción de los cosacos en *Recuerdos de un anciano*.[N4 11]

La Autora Anónima vio como sus libertadores desechaban una colección de discos clásicos de 78 revoluciones, incluidos el *Lohengrin* y la *Novena* de Beethoven, y se quedaban, en cambio, con la grabación de la melodía de un anuncio de una tienda de ropa de la cadena C&A de Spittalmarkt.[12]

Nicolas Nabokov guardaba un recuerdo nítido del Berlín de aquellas fechas:

> Frente al [hotel] Adlon había dos camiones aparcados. El primero contenía una montaña de instrumentos de metal: tubas, trompetas y trombones cubiertos con pesadas alfombras de Bujara. En lo alto de las alfombras se sientan tres soldados de rasgos mongoloides y gesto huraño. Sus uniformes están hechos jirones. Comen pan. El segundo camión se apoya a medias sobre tres ruedas bloqueando el tráfico. Contiene miles de máquinas de escribir sin funda, y en medio de ellas muge una vaca.[13]

Los gramófonos eran el placer particular de los rusos. Los hacían sonar ininterrumpidamente hasta que se estropeaban; luego, tenían que hurtar otro nuevo. La incapacidad de los rusos para dominar cualquier aparato constituía «un capítulo inagotable».[14] Robaban todas las bicicletas que podían encontrar. La Autora Anónima vio como las llevaban a una calle próxima al Hasenheide donde practicaban montándose en ellas. Se sentaban «rígidos sobre los sillines, como chimpancés del zoológico».[15] A menudo se caían antes de dominar el uso de aquel animal de dos ruedas. Muchas bicicletas se rompían en el intento y los restos quedaban esparcidos por la calle. Los amigos de Ruth Friedrich recogían las piezas y recomponían vehículos nuevos a partir de ellas.[16] La mayoría de los rusos «tenían una naturaleza bondadosa, como los niños. Algunos, sin embargo, eran sádicos».[17]

Más tarde se pusieron a buscar todas las reservas de comida que los berlineses habían acumulado con tanto esmero y liberaron cualquier alcohol del que pudieron echar mano. Una vez borrachos, eran todavía más difíciles

de controlar. Luego, se divertían incendiando edificios. Destruían lo que no robaban: antigüedades e instrumentos musicales de valor, vestidos elegantes y obras de arte. Requisaban los pisos para los oficiales y expulsaban a sus ocupantes blandiendo cuchillos y pistolas. Pero aquel primer día, los residentes de Charlottenburg temieron más a lo que pudieran hacer los norteamericanos; se les consideraba más proclives a la venganza que los rusos.[18]

Seguidamente, las violaciones y las matanzas comenzaron en serio. En una estimación a la baja, el número de berlinesas violadas se sitúa en veinte mil.[19] Todo comenzó en Neukölln a las seis de la tarde del 27 de abril. En el sótano de la Autora Anónima asaltaron en primer lugar a la esposa del dueño de la destilería, pues parecía prometerles dos placeres; le siguió la mujer del panadero. La Autora Anónima pensaba que las más gordas corrían mayor peligro, pues, para un ruso, la gordura era signo de buena salud. Los violadores dejaban para el final a las berlinesas escuálidas y medio muertas de hambre.[20] Los padres inquietos ocultaban a sus hijas aún vírgenes en desvanes y armarios y debajo de los sofás. La Autora Anónima describió la trastornadora experiencia de la violación. El sentimiento era más bien de parálisis que de asco. Lo que sintió fue un frío extremo, «la columna vertebral parece congelada, un mareo helado me rodea la nuca [...]. Es como hundirse atravesando el suelo». Cuando su agresor la dejó, le arrojó un paquete de tabaco.[21]

Margret Boveri se encontró cara a cara con todo aquello cuando fue a visitar a unos amigos que vivían en el elegante distrito de Dahlem, en el suroeste de la ciudad. Habían sido liberados unos días antes. Los peores casos afectaban a niñas muy pequeñas o a señoras ancianas, y las víctimas solían ser asesinadas tras la violación. A veces ellas mismas se quitaban la vida. En una ocasión, los soldados violaron a las enfermeras de un hospital militar y les contagiaron la sífilis al mismo tiempo.[22] Se rumoreaba que la dureza de las violaciones se debía a que los rusos habían enviado unidades integradas por delincuentes –como las empleadas por los nazis durante la sublevación de Varsovia–, pero más tarde se reveló la falsedad de aquel rumor. Si bien a los violadores se les amenazaba con penas horribles, la

perspectiva de satisfacer su lujuria resultaba ser más poderosa que el temor a los castigos.

La Autora Anónima, que hablaba un ruso rudimentario y podía entender algunas de las conversaciones mantenidas entre los conquistadores, supo con claridad que los rusos habían recibido algún tipo de orden. Un oficial reprendió a un soldado con las palabras: «Ukas Stalina» (Son órdenes de Stalin), pero el hombre le respondió diciendo que los alemanes habían violado a su hermana. Más tarde, mientras la Autora Anónima era violada por dos rusos, una mujer soldado interrumpió a sus camaradas. Al ver lo que hacían se limitó a reír. La Autora Anónima se quejó de inmediato a otro oficial, pero éste se desentendió de ella. Le dijo que no le habían causado ningún daño y que, además, todos sus hombres estaban sanos.[23]

Ruth Friedrich se libró de ser violada debido, en gran parte, a que su amante, el director Leo Borchard, hablaba ruso con fluidez. En cierto momento visitó a una amiga que había sido violada por siete soldados, «uno tras otro, como bestias». «Necesitamos suicidarnos [...], es indudable que no podemos vivir así», le dijo su amiga.[24] Frank, un amigo de Ruth, intentó explicar la necesidad de mujeres que sentían los rusos: la euforia de la victoria se manifestaba en la carne de las mujeres de Berlín; los rusos tomaban posesión física del suelo alemán poco a poco, y consumían físicamente carne alemana noche tras noche.[25]

El método de suicidio preferido era el veneno, y era motivo de discusión la manera mejor y menos dolorosa de quitarse la vida. Los debates habían comenzado antes de la llegada de los rusos. Había sido un tema favorito de conversación entre Hitler y sus secretarias mientras tomaban el té por la noche.[26] Al parecer, las berlinesas andaban escasas de comida pero estaban bien provistas de venenos. Hubo casos de suicidio masivo por envenenamiento. El actor Paul Bildt y unas veinte personas más se dieron muerte de ese modo, aunque él volvió en sí y vivió doce años más. Su hija fue uno de los muertos. La Autora Anónima, en un nuevo testimonio de la incidencia de los suicidios entre los miembros de la nobleza, en especial entre quienes vivían en fincas aisladas en la Marca de Brandeburgo, cita varios casos que muestran hasta dónde podían llegar las familias antiguas

para proteger la dignidad de sus hijas: la muerte era preferible a la deshonra.

En otros lugares, las violaciones no tardaron en convertirse en rutina, y cuando no iban acompañadas de violencia podían acabar siendo motivo de chanza. Surgió una especie de humor negro sintetizado en la expresión: «Besser ein Iwan auf den Bauch als ein Ami auf den Kopf!» (¡Mejor un Iván en el vientre que un americano en la cabeza!); era un modo de expresar que las violaciones eran preferibles a los bombardeos. Una amiga de la Autora Anónima, viuda, tenía más de cincuenta años cuando fue violada por un muchacho imberbe, que a continuación le dedicó un cumplido diciéndole que estaba considerablemente más dura que las ucranianas. Ella se sintió orgullosa de la observación y la repitió a otras mujeres.[27] Una periodista conocida de Margret Boveri fue capaz, por ejemplo, de tomarse su violación a la ligera, a pesar de haber llorado en el momento de la agresión: «Vista en retrospectiva, la historia resultaba muy cómica, con la cantimplora y demás objetos del equipo que obstaculizaban el acto, la inexperiencia del joven y la rapidez con que fue consumado».[28] Margret comentaba: «Hasta ahora, la gente de clase media nunca había hablado con tanta franqueza sobre sexo. ¿Se sienten realmente solidarias con las víctimas, o se trata de simple excitación erótica? En nuestra ciudad, huérfana de hombres, hay un gran anhelo de amor y existen muchas maneras inconscientes de compensarlo».[29] Su amiga Elsbeth, víctima también de un violador salvaje que no sólo le había fracturado el cráneo sino que le había arrancado casi todos los dientes, perdió sus remilgos de clase media con aquella experiencia. Estos asuntos se debatían abiertamente por primera vez: «Naturalmente, hay mucho de lo que reírse».[30]

Por un giro atroz del humor negro de la época, los niños berlineses solían practicar el juego de «Frau, komm mit!» (¡Mujer, ven conmigo!), en el que los chicos desempeñaban el papel de los soldados, y las chicas el de sus víctimas. En tiempos normales, los niños habían imitado el «Zurücktreten, Zug fährt ab!» (¡Échense atrás! ¡El tren va a efectuar su salida!), frase que oían cada vez que tomaban la U-Bahn o la S-Bahn, la red del metro berlinés. Durante la guerra, el equivalente había sido la expresión:

«Achtung! Achtung! Schwacher Kampfverband über Perleberg in Richtung auf die Reichshauptstadt» (¡Atención, atención! Una unidad de combate ligera sobrevuela Perleberg en dirección a la capital del Reich).[N5] [31]

Muy pocas mujeres se libraron de las violaciones, aunque el suizo Max Schnetzer informó sobre zonas que no fueron afectadas, «como en una tormenta que sólo destruye parte de la cosecha».[32] Una conocida de Margret Boveri que se negó a acceder fue abatida a tiros. Otra, a la que milagrosamente dejaron en paz, explicaba su caso diciendo a la Autora Anónima que a los rusos no les gustaban las mujeres con gafas. La presencia de niños de muy poca edad enfriaba en ciertos casos el ardor de los rusos. Los sentimientos de los rusos hacia los niños eran bien conocidos, según hemos visto. También se evitaba a las mujeres embarazadas. Los rusos eran «tremendamente normales», y la Autora Anónima no podía imaginar ni un solo caso en que solicitaran a un varón. En su bloque de pisos vivía una lesbiana que se vestía de hombre y nunca fue acosada.[33]

Los hombres no servían de mucho. En algunos casos decían a sus mujeres que actuaran con serenidad para no poner en peligro sus vidas. Algunos, con actitud caballerosa, aunque ineficaz, intentaban interponerse entre los violadores y sus esposas, como un ario que había protegido a su mujer judía a lo largo de la guerra y murió desangrado mientras la violaban.[34] Se traficaba con estrellas de David, que se vendían a quinientos marcos del Reich, pero en definitiva a los rusos les preocupaba muy poco que la mujer fuera judía o que la casa que saqueaban tuviera un dueño judío. Al fin y al cabo, no habían ido a la guerra para proteger a los judíos.[35]

A veces, la presencia de un marido resultaba disuasoria, pero constituía un riesgo, en especial si el soldado estaba borracho.[36] Leo Borchard, que hablaba ruso, consiguió salvar a una muchacha diciendo que era hija suya. Estaba bebiendo aguardiente con los rusos y, de ese modo, pudo proteger a las mujeres de su cuadrilla, mientras en los sótanos «las víctimas chillaban como cochinillos empalados».[37] Los hombres tienen mala prensa en los relatos contemporáneos, pero el hecho de ver u oír cómo se violaba a la mujer amada y ser incapaz de impedirlo debió de ser una experiencia

castradora. Un hombre que había presenciado cómo su mujer reía, bebía y dormía con los rusos, la mató y luego se suicidó de un disparo. Otros se atormentaban con reproches por su pasividad en el momento de la agresión. Las mujeres se lamentaban de que sus maridos las desdeñaban después de la experiencia, pero a su vez muchas mujeres se volvieron frígidas tras haber sido violadas y rechazaban a sus maridos y amantes. El hecho de que las víctimas hablaran con otras mujeres sobre sus experiencias mientras sus maridos podían escucharlas no facilitaba, seguramente, las cosas.[38]

Las berlinesas perspicaces pronto aprendieron que era más inteligente ceder y recibir a los rusos de uno en uno que tener que soportar el horror de una cuadrilla de violadores. Las más inteligentes encontraban un oficial –un «lobo» para protegerlas de otros lobos, y del máximo rango posible en la jerarquía militar– y se convertían en su sombra inseparable. A cambio de favores sexuales, podía impedir cualquier agresión de la soldadesca corriente. Esto es lo que ocurrió en Klein Machnow con una joven de dieciocho años que había sido violada sesenta veces. Encontró a un capitán y la dejaron en paz.[39] La berlinesa Anónima hizo lo mismo. Tras unas contadas grescas con varios soldados, encontró a un teniente comprensivo y, finalmente, a un comandante que quería más compañía que sexo. La autora describió la sensación de dicha al estar acostada a su lado sin ningún temor. Cuando más tarde le plantearon la pregunta habitual sobre el número de veces que lo había hecho, no pudo concretar con certeza: «No tengo ni idea. Me tuve que abrir camino a lo largo de la jerarquía hasta llegar a un comandante».[40]

Incluso aquellas que, al volver la vista atrás, bromeaban sobre las violaciones acabaron con los nervios destrozados por las agresiones nocturnas. Según descubrió Margret Boveri, la mayoría de los violadores de Charlottenburg eran simples soldados que dormían a la intemperie en el parque. El comportamiento de quienes habían sido alojados adecuadamente era mucho mejor. Margret recurrió a los somníferos para pasar la noche y no se despertaba cuando los rusos llamaban a su puerta. Sólo oía las lúgubres noticias por la mañana de boca de los vecinos.

Las violaciones continuaron todo el tiempo que los rusos tuvieron Berlín para su uso y disfrute, pero se redujeron acusadamente a partir del 4 de mayo. Una vez satisfecha la lujuria inicial, algunos rusos, al menos, buscaron mayores refinamientos. La señora Zetterberg, la hermosa periodista amiga de Margret Boveri, fue internada en un hospital durante un tiempo después de una sesión de dos horas con un chófer ebrio. Otra conocida sufrió una agresión especialmente desagradable. Margret nos ahorra los detalles, pero nos recuerda el verso de la emperatriz Teodora, quien lamentaba que Dios le hubiese dado sólo cuatro vías para satisfacer su lujuria.[N6] [41]

Aunque muchas berlinesas no se vieron forzadas hasta el extremo de quitarse la vida, las violaciones tuvieron consecuencias inevitables en forma de enfermedades y embarazos. El 18 de agosto, Ruth Friedrich observó que al cabo de seis meses habría una epidemia de bebés «que no sabrán quiénes son sus padres, que serán producto de la violencia, concebidos en el miedo y paridos con horror. ¿Se les permitirá vivir?». Algunos de esos niños no deseados eran depositados en un hospicio de Wilmersdorf. En 1946 se calculaba que uno de cada seis niños nacidos fuera del matrimonio tenían padres rusos.[42] Por aquellas fechas, la vida de una mujer consistía en parte en afrontar la sífilis y la gonorrea sin antibióticos. El 10 % de las víctimas de violación acababan contagiadas, y los antibióticos costaban el equivalente a dos libras de café.[43] Al final, los rusos decidieron tratar ellos mismos a la población local. La mayoría de los nacimientos de niños rusos no deseados fueron abortados, aunque corrió el rumor de que Stalin había prohibido a las mujeres deshacerse de sus hijos porque deseaba ver un cambio en la composición racial. El aborto era un acto violento que solía realizarse sin anestesia y tenía un coste aproximado de mil marcos. Muchas mujeres se lo practicaban a sí mismas con consecuencias inevitables. Aunque la incidencia de abortos resultó masiva, se calcula que llegaron a ver la luz del día entre 150.000 y 200.000 «bebés rusos».[44]

A pesar del terror y las violaciones, en ocasiones también se producían episodios de afecto entre los conquistadores y las mujeres de Berlín, desprotegidas en buena medida durante aquellos primeros días. Margret

Boveri cuenta la historia de una cena improvisada en la que unos soldados rusos, a quienes ella y sus amigas habían ofrecido una comida a base de nabos, les devolvieron el favor y se presentaron llevando vino normal y espumoso, pan y otros comestibles e informaron a las mujeres sobre la probable partición del país en zonas de ocupación. Estas muestras de generosidad fueron una experiencia común. Según la Autora Anónima, «les encanta representar el papel de Papá Noel».[45]

La amenaza diaria de violación no desapareció hasta la llegada de los Aliados occidentales en julio, y cuando las autoridades soviéticas constataron que influía negativamente en sus posibilidades de éxito político entre la población civil. Cuando se celebraron la primeras elecciones libres, se vio con claridad que el Ejército Rojo no había conquistado los «corazones y las mentes» y que los berlineses, al igual que los vieneses, deseaban cualquier cosa menos un régimen comunista de inspiración moscovita.[46]

En el momento de su regreso, en el mes de septiembre, Ursula von Kardorff calificó Berlín de «ciudad carente de erotismo». «Las mujeres de más de treinta años parecen viejas, frustradas y tristes. El maquillaje apenas disimula. El grito de "Mujer, ven aquí", que había resonado por toda la ciudad cuando los vencedores reclamaban su derecho a violar, saquear y disparar, sigue resonando en todos los oídos.» Ursula escuchó su dosis correspondiente de historias de violación, como la de una muchacha de su clase social forzada por cinco rusos y abandonada por su prometido, miembro de la nobleza; y la de una amiga de Zehlendorf, que se ocultó de los rusos tras un montón de carbón pero que fue delatada por otra que intentaba proteger a su hija. La amiga de Ursula fue violada por veintitrés soldados y a continuación hubo que practicarle una sutura. Nunca más pudo imaginarse manteniendo relaciones sexuales con un hombre. Ursula escuchó otra anécdota acerca de una chica que había tomado como amante a un soldado inglés. Cierto día señaló a un soldado alemán vestido con harapos, le acusó de «haber prolongado la guerra» y lo abofeteó. El soldado inglés dio unos cigarrillos al soldado y abandonó a la chica de inmediato.[47]

Los soviéticos toman el control

La paz llegó oficialmente a Berlín el 8 de mayo. A pesar del terror de las dos semanas anteriores, Ruth Friedrich seguía mostrándose optimista: «¡Estamos libres de bombas, libres de apagones, libres de la Gestapo y libres de los nazis...!, *pax nobiscum*».[48] Había costado cierto tiempo conseguir que los demás Aliados –el británico Tedder, el estadounidense Spaatz y el francés Lattre de Tassigny– firmaran el documento de rendición.[N7] Llegaron con una banda de periodistas acreditados. El mariscal Zhúkov asistía en representación del Ejército Rojo. Los representantes del bando alemán fueron el mariscal de campo Keitel, el almirante Von Friedeburg y el general de aviación Stumpff. Aquélla fue la última intervención pública de Keitel antes de los juicios de Núremberg.

El acto se celebró en el cuartel general soviético, una antigua escuela de ingenieros militares de Karlshorst, al este de la ciudad. A las 22 horas –medianoche en Rusia– se permitió la entrada de la delegación alemana. Keitel, con aspecto de Boris Karloff, entregó un documento firmado por Dönitz que confirmaba la rendición incondicional acordada en Reims el día anterior. Se dice que, al firmar el documento de los Aliados, Keitel tembló y se le cayó el monóculo. Los alemanes fueron despachados de nuevo antes de que se ofreciera una cena a los plenipotenciarios de los Aliados. Para entonces era ya la una de la madrugada, hora de Rusia. La fiesta y el baile continuaron hasta el amanecer. Los generales bailaron, y Zhúkov interpretó una danza rusa. Hubo cuatro horas de brindis, y muchos militares acabaron, literalmente, bajo la mesa.[49] Cuando la celebración llegaba a su fin hubo un intenso cañoneo, que algunos berlineses malinterpretaron e imaginaron que la guerra volvía a empezar.[50] Los soviéticos sabían dónde encontrar vino: se habían localizado 65.000 botellas de clarete, junto con otras más, para esa finalidad. Las habían tomado de un sector tapiado de los sótanos del mejor hotel de Berlín, el Adlon. El destino del hotel quedó sellado con el descubrimiento de la bodega. Unos camiones rusos acudieron para llevarse

su contenido y pronto estalló un incendio que destruiría uno de los pocos edificios de su calle que habían sobrevivido al conflicto.[51]

Los exiliados «moscovitas» regresaron en tres oleadas: en primer lugar el grupo de Ulbricht, que llegó el 27 de abril siguiendo al 1.er Frente Bielorruso; luego, el de Ackermann, llegado a continuación, el 1 de mayo, tras los pasos del 2.º Frente Bielorruso; y en tercer lugar, los hombres de Gustav Sobottka, que aterrizaron en Mecklemburgo el 6 de mayo. El grupo de Ulbricht representaba la élite de los moscovitas. Habían sido alojados en el hotel Lux de Moscú. Diez de ellos fueron devueltos a Alemania en vuelo aéreo cuando los rusos avanzaban sobre su presa. Aterrizaron en Bruchmühle, a treinta kilómetros al este de Berlín. En la hermosa mañana primaveral del 1 de mayo, cuando el Ejército Rojo concluyó sus operaciones en la capital, una alemana les habló de las violaciones generalizadas que habían acompañado al avance soviético. Los moscovitas desestimaron sus afirmaciones calificándolas de fantasía.[52] Más tarde, Walter Ulbricht admitió que tales hechos podían haber ocurrido, pero no estaba dispuesto a debatir el asunto: «Cualquier concesión ante estas emociones está, sencillamente, fuera de lugar desde nuestro punto de vista».[53] Ulbricht no aclaró si quería decir que aquellas cuestiones eran triviales o si no tenía poder suficiente para enfrentarse a las autoridades soviéticas.

Ulbricht puso de relieve ante sus colegas cuál era la tarea que tenían por delante. Debían crear células: «Nuestra labor será la creación de instituciones alemanas para el autogobierno en Berlín». El grupo se dirigió a la capital. Ante sus ojos apareció un «cuadro infernal». Observaron que las mujeres reunidas en torno a las bombas de agua con sus brazaletes blancos y rojos confirmaban su carácter pacífico y su amistad con la Unión Soviética. Ninguno llegó a dudar en absoluto de que el rojo había sido tomado de la sobreabundancia de banderas con esvástica.[54] A los moscovitas se les había encomendado la tarea de encontrar medios de proveer de alimentos a los supervivientes: se trataba de un cometido propagandístico, pues había que ganar sus corazones y sus mentes. Las raciones previstas para los alemanes eran similares a las que se

suministraban en la URSS: de trescientos a seiscientos gramos diarios de pan.[55] No sólo querían saber dónde conseguir comida y agua, sino que, además, Ulbricht ansiaba obtener información sobre los lugares de la ciudad donde se habían ocultado sus camaradas.[56]

Hasta 1933, los comunistas habían competido por la supremacía en el país. En noviembre de 1932, en las últimas elecciones libres celebradas en la Alemania de Weimar, habían conseguido cien escaños frente a los 196 de los nazis. Algunos se habían pasado luego al NSDAP convirtiéndose en «nazis bistec»: pardos por fuera y rojos por dentro. Otros se habían limitado a guardar las formas. Otros más habían pasado a la clandestinidad, y muchos acabaron en campos de concentración. Según Ulbricht, estos hombres proporcionarían el material que necesitaba para constituir su administración. Algunos comunistas eran claramente unos rebeldes primarios. Deseaban trasladar el día de descanso al viernes y sustituir el saludo: «Guten Tag!» (¡Buenos días!) por la expresión: «Rote Front» (Frente Rojo). Los moscovitas eran, en general, más urbanos. Algunos llevaban años viviendo en la capital rusa y habían adquirido la ciudadanía soviética. Varios de ellos, como Markus Wolf, el posterior jefe de espionaje, habían estudiado en Moscú. Hans Klering, el actor nombrado para dirigir los estudios cinematográficos de la DEFA, vivía en Rusia desde hacía catorce años y estaba casado con una soviética. El coronel ruso Aleksandr Dymshits dijo: «Es realmente un actor soviético».[57]

Los moscovitas fueron colocados estratégicamente en todos los cuerpos de la administración. Al frente de ellos ponían a un «idiota inocuo» con la garantía de que daría el visto bueno a las decisiones que tomara el comandante ruso. Así, la persona elegida para el cargo de alcalde de Berlín fue el arquitecto doctor Arthur Werner, de sesenta y ocho años de edad, «quien, entre toses y sorbetones, apenas fue capaz de pronunciar su discurso plagado de citas de Goethe durante los cinco minutos que duró la reunión de la corporación municipal». Como los rusos controlaban la ciudad desde mayo, los Aliados no intervinieron en los nombramientos y tuvieron que aceptar la política de los hechos consumados impuesta por los soviéticos. Los comunistas ocuparon cien de los doscientos treinta escaños del concejo

berlinés.[58] Se siguió la misma pauta que en Viena, sólo que un poco más acentuada.

El programa de los moscovitas se puso de manifiesto tras la deserción del más joven del grupo, Wolfgang Leonhard. En su libro *Child of the Revolution* [Hijo de la revolución], Leonhard reprodujo la esencia del estilo de gobierno de Ulbricht. Éste determinaba cómo tenían que ser las cosas. Como Berlín no podía ser abiertamente comunista, Ulbricht optó por no colocar a comunistas en los cargos altos. Podían hacerlo, quizás, en Winding o en Friedrichshain, pues ambas zonas habían sido siempre «rojas».

> En los sectores de clase obrera, los alcaldes deberán ser, por norma, socialdemócratas, y en los distritos de clase media –Zehlendorf, Wilmersdorf, Charlottenburg, etcétera– necesitamos hombres de origen burgués, antiguos miembros del Zentrum [un partido católico], del Partido Demócrata o del Partido del Pueblo Alemán. Es preferible que posean un doctorado y un pasado antifascista y estén dispuestos a colaborar con nosotros...

También se atendía a los colegas de los alcaldes:

> El primer teniente de alcalde, el jefe de personal y de la administración y el encargado de la educación deben ser de los nuestros. Tenéis que encontrar también un camarada que sea totalmente de fiar. Él será quien se encargue de la policía [...] tiene que parecer demócrata, pero todo lo verdaderamente importante debe estar en nuestras manos.[59]

Ulbricht se hallaba tras la designación del doctor Werner. Cuando dio a conocer su nombre por primera vez, sus colegas moscovitas –Maron, Gyptner y Winzer– no se mostraron muy entusiasmados. Werner era demasiado anciano y se sospechaba que no «estaba del todo bien de la cabeza». «¿Qué importa? –replicó Ulbricht–. Nuestro hombre será el teniente de alcalde.» De ese modo, el acomodaticio Werner pasó a ser el primer alcalde de Berlín, con Karl Maron como su segundo, aunque con una extrema reticencia por su parte, pues ansiaba ser el mandamás.[60]

Mientras los rusos consolidaban su poder en Berlín antes de la llegada de los Aliados occidentales, Zhúkov autorizaba, el 12 de junio, la formación de partidos burgueses antifascistas como la conservadora CDU (Unión

Demócrata Cristiana) y el LPD (Partido Liberal Democrático). Desde un punto de vista político, los británicos y los americanos iban irremediablemente a la zaga. Los británicos hicieron su primera demostración de fuerza cuando, el 17 de agosto, intervinieron para recortar el poder político de los guardas de bloques de viviendas y de calles, comunistas que habían heredado ese cometido de los nazis. Cuatro días después, los estadounidenses abolieron por completo aquellos cargos cuya única finalidad real había sido el espionaje y la denuncia.

Los moscovitas se dispusieron a eliminar a los odiados socialistas, que habían dominado Berlín durante la mayor parte de la República de Weimar. La respuesta fue la fusión: el SED (Partido Socialista Unificado de Alemania) se formó con la anuencia de Otto Grotewohl, el líder del SPD –Partido Socialdemócrata de Alemania– en la Zona de Ocupación Soviética. Grotewohl se había visto cada vez más comprometido: se había ido con una nueva mujer, ex miembro del Bund Deutscher Mädel (el BDM, versión femenina de las Juventudes Hitlerianas) y Pg (*Parteigenosse*, camarada del Partido Nazi); los rusos estaban al corriente de ello. Las primeras elecciones locales se celebraron en la primera mitad de septiembre de 1945, bajo el férreo control de las autoridades soviéticas, y debieron de parecerse a la última puñalada cínica asestada por Hitler a la democracia en la primavera de 1933.

A los partidos burgueses se les permitió presentar candidatos únicamente en determinadas circunscripciones. La CDU contó con menos del 20 % de los presentados por el SED, y el LPD, con poco más del 10 %. Los resultados no sorprendieron a nadie: el SED ganó con un total del 57,1 % de los votos, más de la mitad de los cuales los había obtenido en Brandeburgo y Mecklemburgo, antiguos bastiones de las fuerzas reaccionarias.[61] Kurt Schumacher, que lideraba el Partido Socialista en las zonas occidentales de Alemania, se indignó al saber que los soviéticos habían castrado el SPD; los socialistas no fueron vencidos tampoco en los sectores occidentales de Berlín. En marzo de 1946, la llamada a unirse al SED recibió el rechazo del 82,2 % de los socialistas, que no fueron consultados en el este. Los socialdemócratas alemanes habían rechazado un sistema pensado para

Alemania y dado los primeros pasos hacia la creación de un Estado al margen de la Zona de Ocupación Soviética.[62]

Dado que casi todos los hombres de edad apropiada habían muerto o se hallaban en paradero desconocido o internados en campos de prisioneros, los Aliados crearon una gerontocracia echando mano de políticos contrastados y confirmados en la República de Weimar que se habían mostrado impotentes durante el período nazi. Las cabezas de la CDU en Berlín, por ejemplo, eran Schiffer y Külz. Este último era un ambicioso anciano de setenta años, mientras que Schiffer le superaba en más de diez y había sido contemporáneo del político liberal Friedrich Naumann, fallecido en 1919. Andreas Hermes, creador de la CDU en la Zona Soviética, era un brioso personaje de sesenta y siete años de edad que había sido ministro en el lejano 1920. Tras ser detenido a raíz del atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944, había sido puesto en libertad.

Wolfgang Leonhard había recibido las instrucciones correspondientes. Su manera de elegir al alcalde del distrito municipal berlinés de clase media de Wilmersdorf constituye un buen ejemplo. Leonhard encontró en la calle a un hombre que había sido internado en un campo de concentración tras la Conspiración de julio. Quiso nombrarlo alcalde de distrito, pero él se negó. El hombre de la calle conocía a otra persona, un tal doctor Willenbucher, que encajaba perfectamente en la descripción dada por Ulbricht a sus lugartenientes. Willenbucher era el típico personaje apabullado que había salido de un agujero después del 2 de mayo, pero al ser convocado para presentarse ante Ulbricht y recibir la confirmación de su nombramiento apareció vistiendo un traje negro y se mantuvo en posición erguida: «Ya no iba inclinado, y en su porte se observaba una nueva dignidad». Ulbricht abrió la botella de vodka para celebrar su nombramiento.[63] En Berlín-Zehlendorf, el primer alcalde tras el nazismo fue Werner Witgenstein, un hombre con visión de futuro que deseaba convertir el distrito en un centro del arte y la cultura. La política cultural se hallaba en manos de un tal Rühmann, un actor con aptitudes muy corrientes que, como es natural, hizo hincapié en el cine y el teatro. Un tal Glum (ex director de la Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft) intentó poner en marcha una universidad, difícil

tarea en un momento en que los libros eran sistemáticamente incautados y llevados a Rusia.

Las autoridades de la Zona de Ocupación Soviética actuaron mucho mejor cuando se trató de reclutar a talentos berlineses que habían destacado antes de la guerra para ayudar en ámbitos concretos. Así, el ex ministro de Alimentación fue el responsable del aprovisionamiento de comestibles; el prestigioso cirujano Sauerbruch recibió la cartera de Salud; y al arquitecto Hans Scharoun se le asignó la de la Construcción. En las primeras semanas de junio llegó una nueva remesa de moscovitas integrada por el pacato Wilhelm Pieck, Fred Oelssner, Paul Wandel, el poeta expresionista Johannes R. Becher, Edwin Hörnle y Marthe Arendsee. Los antiguos exiliados llevaban una vida comunal en el número 80 de la Prinzenallee, bullente de actividad.[64] Su destino definitivo fue el 76-79 de la Wallstrasse. Su llegada dio pie a la refundación del KPD, el Partido Comunista de Alemania, con la excepción de que ahora sería «antifa», es decir, antifascista, y no marxista. De los dieciséis miembros fundadores reunidos el 12 de junio, trece eran moscovitas.[65]

Los berlineses disponían de muy poca información. En torno a las hermosas bombas de agua de la época guillermina que se alzaban en cualquier parte de la ciudad se intercambiaban retazos de rumores cuando la gente acudía a coger agua para lavar y cocinar. Los soviéticos siguieron siendo, no obstante, los únicos custodios de Berlín durante un par de meses más alegando que los documentos no explicaban con claridad cómo iban a acceder los Aliados occidentales por tierra hasta sus sectores de la ciudad desde las zonas occidentales, a pesar de que sí se habían fijado las rutas aéreas (un detalle que resultaría ventajoso para Occidente durante el puente aéreo de 1948-1949).[N8] [66]

Los soviéticos dividieron el mundo que ellos habían conquistado en dos categorías: nazis y no nazis. De pronto, el número de personas dispuestas a admitir que habían formado parte de los nueve millones de hitlerianos comenzó a reducirse. En Wannsee, por ejemplo, el primer censo de la posguerra acreditó la existencia de sólo ochenta miembros. En julio, esta cifra se había elevado a mil, debido en gran parte a las denuncias.[67] Los

camaradas del Partido se hallaban en desventaja dentro de una situación que era ya desesperada: no recibían víveres y tenían que dedicar la jornada al *Schippen*, la labor de desescombro y desmantelamiento de las industrias para su transporte a Rusia. Los sospechosos políticos tenían que reunirse en las oficinas de empleo a las siete de la mañana. Se enviaban cuadrillas para desescombrar, sepultar cadáveres, limpiar calles y alcantarillas y preparar ladrillos para la reconstrucción.[68] Corría el rumor de que los denominados *Alte Kämpfer* –«Viejos luchadores», las personas que ingresaron en el Partido antes, incluso, de que Hitler llegara al poder– recibían el peor trato y tenían que realizar las tareas más extenuantes a cambio de pan y agua.

Trabajaban duro. Margret Boveri contó que los montones de escombros, resultado de cuatro años de bombardeo, habían sido retirados de las calles diez días después de la caída de Berlín. Las mujeres realizaron, una vez más, el mayor esfuerzo. Las «desescombradoras» formaban cadenas con cestos que llenaban de ladrillos rotos y mortero. Los pocos hombres que intervenían en la limpieza sólo trabajaban cuando el supervisor ruso cumplía su cometido de vigilar. Los rusos se apresuraron en crear una infraestructura en Berlín. Se establecieron instituciones financieras y culturales. Se organizaron encuentros deportivos.[69] El horario se hizo coincidir con el de Moscú, por lo que a medianoche aún había luz diurna. El 13 de mayo volvió a funcionar una línea de autobús, y el 14 partió el primer metro desde la caída de Berlín. Los aeródromos fueron pavimentados de nuevo y puestos en funcionamiento.[70] Las autoridades soviéticas trataron con consideración a los peticionarios que acudían a ellas con el deseo de crear empresas de servicios esenciales. Se animó a los panaderos a volver al trabajo y se les prometió harina para que pudieran realizar su labor. El 16 de mayo, la Autora Anónima de *Una mujer en Berlín* fue adscrita a un oficial ruso que había sido enviado para volver a poner en funcionamiento el sistema bancario. De pronto, el oficial comenzó a hablarle en francés, y ella se dio cuenta de que se trataba de un *Biwsche,* un superviviente del antiguo régimen anterior a 1917.[71]

Las autoridades soviéticas se mostraban severas con los Pg. Antes de la llegada de los Aliados occidentales, clausuraron 1.400 tiendas propiedad de

miembros del Partido Nazi y pusieron en la calle a unos doce mil funcionarios. Los secuestros al estilo *Nacht und Nebel* (Noche y Niebla) retiraron de la vida pública a cerca de 5.500 berlineses, muchos de ellos trabajadores de la prensa y policías. Incluso antiguos miembros de la resistencia, como Alexander Werth, que había sido encarcelado por los nazis y que trabajó con Adam von Trott en el departamento de Información del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, emprendieron también la senda del cautiverio; lo mismo ocurrió con Horst von Einsiedel, miembro del Círculo de Kreisau formado en torno a Helmuth James von Moltke y que moriría en un campo soviético de prisioneros en 1947. Otro de ellos fue un barón anónimo de la región del Báltico que había trabajado en la Abwehr –el servicio de Inteligencia Militar del almirante Canaris–, que fue secuestrado en el Sector Británico. A veces los soviéticos detenían a sus propios hombres, como en el caso de Makar Ivánov, un intelectual que tenía contactos con los británicos a través de Leo Borchard.[72] La policía de la Zona de Ocupación Soviética estaba dirigida por Paul Markgraf, ex coronel de la Wehrmacht que había sido capturado en Stalingrado y que abrazó el comunismo mientras era prisionero de los rusos.[73] Corrían rumores que rayaban en la exageración: se decía que el actor Heinrich George había sido fusilado, y su colega Gustaf Gründgens arrestado. George había sido *Intendant* del teatro Schiller y, en cuanto tal, compañero de viaje de los nazis. Vivió todavía otros dieciocho meses, al cabo de los cuales falleció por el trato recibido en el campo de concentración de Sachsenhausen tras la liberación. La matanza había continuado bajo la égida de unos nuevos señores.

Gründgens también había sido recluido, pero salió mejor parado que George. Había dirigido el Teatro del Estado durante el Tercer Reich, pero se sirvió de su posición para proteger a varias personas que habían tenido problemas con el régimen. Los rusos lo soltaron al cabo de poco tiempo. El peligro radicaba en las denuncias. Los rusos animaban a la gente a denunciar para salvar su piel. Los soviéticos se mostraban especialmente deseosos de descubrir el paradero de las principales autoridades del Ministerio de Propaganda nazi. Era inútil alegar inocencia. Quien no podía

proporcionar una respuesta era detenido y ya no se volvía a oír hablar de él. El Ministerio de Propaganda de Goebbels (el «ProMi») había sido responsable de organizaciones aparentemente inocentes como el Club de Prensa Extranjera, pero por lo que respecta a los rusos, cualquier persona que llevara su marca se exponía a una detención arbitraria. Trabajar para el Club de Prensa, así como para el Departamento de Prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores –la organización de Ribbentrop que rivalizaba con el Departamento de Información oficial–, había tenido sus ventajas: los periodistas percibían raciones mayores. De ello no se deducía necesariamente que las personas que realizaban tareas de importancia relativamente secundaria dentro de esas organizaciones fuesen miembros del Partido, aunque muchos lo eran.

Un pequeño número de judíos habían vivido la guerra indemnes: eran los llamados *U-Booten*, o «submarinos». Uno de ellos, con quien Margret Boveri se encontró yendo en bicicleta, resultó ser un rabino que había vivido en una paz relativa bajo nombre supuesto. También supo del caso de la señora Nerwig, judía pura cuyo marido ario había muerto en 1939 pero que se había casado *pro forma* con un inglés, Mr. Lind, y había logrado así sobrevivir a la guerra. Su hijo Klaus fue eximido del servicio militar por su condición de *Mischling* («mestizo») y obligado a incorporarse a la organización Todt para trabajos de construcción, donde habría muerto, sin duda alguna, de no haber huido en el momento apropiado. El muchacho era fuerte y rubio y los rusos se negaron a creer que no fuera un hombre de la SS camuflado. La madre respondió empujando sobre el sofá al oficial que estaba al mando. De ese modo, Klaus pudo sobrevivir.

George Clare, un judío vienés que vestía uniforme británico, encontró a otra judía que había sobrevivido a la guerra porque su marido ario se había negado a divorciarse de ella. El marido había sido director de un colegio berlinés de segunda enseñanza. Los nazis lo expulsaron del cargo y se vio obligado a trabajar como viajante de comercio. A continuación llegaron los rusos, él se negó a entregarles su bicicleta y fue abatido a tiros.[74] Más tarde, los rusos se aplicaron con sumo interés a utilizar a todos los judíos que pudieron encontrar para cubrir puestos relevantes en la ciudad. El

maquinista Walter Besser fue colocado al frente de un hospital. A los últimos judíos berlineses se les alojó en el Hospital Judío de la Iranische Strasse. Entre ellos había unos veinte informantes que habían sido protegidos por la Gestapo, así como otros ochocientos «judíos privilegiados» casados con mujeres gentiles. En una fecha tan temprana como el 6 de mayo, el rabino Kahane ofició un servicio religioso en el hospital, y cinco días después se celebró el sabbat en el cementerio judío de Weissensee.[75] El 21 de junio tuvo lugar una velada cultural judía en la sinagoga de la Levetzow Strasse. Aquel mes, las autoridades soviéticas nombraron al dentista Moritz Blum primer jefe del Consejo de Gobierno Judío, con sede en las ruinas de la antigua sinagoga de la Oranienburger Strasse.

Subsistencia

La comida constituía una obsesión para todos los berlineses. Tras haber sido expulsadas del alojamiento donde habían pasado las últimas semanas de la guerra, Ruth Friedrich y sus amigas se trasladaron a una casa abandonada con la esperanza de encontrar comida. Todo lo que había allí eran unas cebollas. Más tarde encontraron un escondrijo con polvos para hacer sorbetes, gominolas y cubitos de caldo. Su amigo mongol no se sintió impresionado cuando acudió a visitarlas. No obstante, con la ayuda de los rusos, mataron una vaca. Mientras troceaban el animal en piezas manejables observaron estupefactas a gente que salía de agujeros practicados en el suelo llevando cubos en las manos y suplicando por una tajada de aquella carne sangrante. «¡Dadme el hígado...! ¡Dadme la lengua!», gritaban.[76]

Los rusos suministraron algo de comida desde el primer momento. Había cantinas fijas y móviles que servían sopa caliente. En tres meses repartieron en Berlín 188.000 toneladas de alimentos. Las panaderías comenzaron a trabajar el 9 de mayo. Fabricaban un producto negro y húmedo, pero parecía pan. Las cartillas de racionamiento se introdujeron el 17 de ese mismo mes. Estaban clasificadas del I al V. Más tarde se imprimió

una cartilla con el número VI. Las mayores raciones se destinaban a los obreros, que tenían derecho a la cartilla I: 600 gramos de pan, 30 de manteca y 100 de carne; los nazis y las amas de casa recibían la «cartilla del hambre», la número V, lo que significaba 300 gramos de pan, 7 de manteca y 20 de carne. Ruth Friedrich conoció a una mujer que tenía la cartilla V. Su marido había sido Pg, y ella tenía cinco hijos. Cuando recibieron las provisiones yacía postrada en cama, pues estaba demasiado famélica para mantenerse en pie. Sólo pesaba 40 kilos.[77]

Margret Boveri enumera el contenido de su despensa y los festines ocasionales que se permitió durante aquellos días de escasez. Una visita por sorpresa de Elvira von Zitzewitz sirvió de pretexto para sacar algunas de sus mejores provisiones: sopa hecha de caldo preparado con los pulmones de un caballo sacrificado en la calle en los últimos estertores de la guerra; a continuación, patatas hervidas con su piel; restos de un poco de *pasta e piselli;* y, para acabar, un postre hecho de «polvos para budín» y un poco de compota de cerezas que había empezado a fermentar: «¡Un manjar de dioses!».[78] Muchos berlineses cultivaban patatas entre las ruinas. Otros tenían en sus ventanas tiestos con perifollo y borraja.[79] Los habitantes de Charlottenburg dispusieron, al parecer, de la mejor selección de carne de caballo. Cuando, el 17 de mayo, Ruth Friedrich bajó por la Chaussee (la actual Strasse des 17 Juni), la calle apestaba a cadáveres de caballos en descomposición. Los huesos se recogían limpios de carne.[80]

La situación sólo podía empeorar. La escasez de leche empujó a las madres de Neukölln a acudir a la comandancia rusa, o Kommandatura. Decían que, sin leche, sus hijos morirían. Los soviéticos respondieron que no había diferencia alguna entre morir en ese momento o al cabo de un año. A finales de junio, los rusos se llevaron las noventa vacas de la granja modelo de Dahlem. Aunque, de todos modos, habían reservado aquella leche sobre todo para su propio consumo, verlas partir en dirección a Rusia minó la moral de la población. Los animales padecían glosopeda y era dudoso que pudieran finalizar el trayecto con vida.[81] No obstante, los rusos insistieron desde el principio en que su intención era alimentar a los berlineses; crearon una estructura política y estimularon la actividad

cultural. No trataron a los alemanes como éstos habían prometido tratarlos a ellos. Los alemanes no iban a ser exterminados.

Quienes no se oponían a los soldados rusos que se entregaban al pillaje podían salir considerablemente mejor librados. Tras la ya acostumbrada visita de una pandilla de rusos, la Autora Anónima enumeró los beneficios obtenidos. Tenía pan, arenques (los habían cortado sobre una mesa de caoba), carne enlatada y los restos de una pieza de tocino, todo obsequio de sus visitantes. Cuando los rusos se marcharon, sólo se llevaron el alcohol: «Hace años que no he comido tan bien», concluía. Más tarde llegó un ruso con dos rodaballos. Pero aún fue más sorprendente una visita posterior, en la que uno de sus admiradores le llevó una botella de tokay.[82]

A mediados de junio los precios de los comestibles en el mercado «libre» eran astronómicos: las fresas (entonces de temporada) costaban 7,50 marcos la libra; un colinabo, 50 peniques, pero había que hacer cola durante cuatro horas para conseguir uno, y cabía la posibilidad de que la tienda hubiera agotado sus existencias. En el mercado negro, una libra de carne alcanzaba los cien marcos, y en julio el precio de una lata de kilo de grasa de carne había subido a quinientos. En la Keithstrasse se podían canjear con los rusos relojes y joyas por comida.[83] El alimento básico durante la guerra habían sido las patatas. Margret Boveri había conseguido su última remesa en octubre de 1944 y la había estirado hasta mediados de julio; para entonces tenían un intenso color azul por dentro. De vez en cuando, ella y sus amigas hallaban por casualidad algún fruto caído de un árbol de un parque o de un huerto. El 18 de julio redactó una lista de lo que había podido conseguir aquel mes hasta el momento: dos colinabos, una pequeña lechuga, 250 gramos de grosellas, 600 gramos de azúcar «y 300 gramos de carne a cambio de cupones por valor de 500. No hay patatas ni manteca. Tampoco hay sal ni vinagre. Ahora, sin embargo, puedo hacer cola para comprar pan». Al acabar el mes, las promesas habían sido cuantiosas, pero lo obtenido poco: nada de manteca, carne, frutas, verduras, vinagre, sucedáneo de café o sal en todo el mes, sólo una parte de las patatas, 620 gramos de azúcar, 600 de harina y siete cubitos de caldo.[84]

Los berlineses se sentían totalmente apartados del mundo exterior. No había transporte (todas las bicicletas y coches eran susceptibles de ser requisados) y tampoco teléfono. Entretanto, los rusos arrancaban una línea férrea de cada vía doble y se la llevaban a Rusia. Quienes conservaban ilegalmente sus aparatos de radio debían hacerse a la idea de disponer de un suministro de energía sumamente irregular. A la larga, el efecto fue un cambio en las características de Berlín, que dejó de ser la fuente de energía industrial que había sido desde el siglo XIX para convertirse a finales del XX en una ciudad sin industrias.

Para la dignidad de los nuevos siervos, en especial para las mujeres, había dos cosas importantes: la peluquería y las flores. Margret Boveri se enorgullecía de los arreglos florales que ella misma había creado en su casa derruida por los bombardeos. Durante las incursiones aéreas sobre Berlín, en las torres de la defensa antiaérea había peluqueros listos para acicalar a las mujeres hasta el toque de sirena que anunciaba el final del ataque. El combustible era otro de los problemas. Con el tiempo, los parques de Berlín –el Tiergarten y el extenso Grunewald– acabarían despojados de su flora. El Grunewald había quedado limpio de ramas caídas ya en el verano de 1945, mientras que otros buscaban vigas ennegrecidas en los edificios incendiados.[85] La electricidad se restableció, no obstante, el 25 de julio, y el 5 de agosto comenzó a funcionar un servicio postal limitado. Berlín dejó de estar aislada del resto de Alemania. Pero el martirio no había concluido. Tras las plagas de los asesinatos, las violaciones y la hambruna llegó la enfermedad: a mediados de junio morían diariamente cien berlineses de tifus y paratifus transmitidos por piojos humanos, y a los berlineses se les prohibía la entrada en las instalaciones requisadas por los Aliados occidentales.[86]

La llegada de los Aliados occidentales

Todo el mundo aguardaba a los Aliados occidentales con la esperanza de que su llegada mejoraría la situación. Stalin, sin embargo, intentaba ganar

tiempo para poder sacar de la ciudad todos los materiales valiosos y consolidar a comunistas de confianza en cualquier puesto de poder. De haber tenido capacidad para incumplir el trato que permitía la entrada de británicos y norteamericanos, lo habría hecho. El permiso soviético para que los Aliados occidentales avanzaran hasta Berlín dependía de la retirada de éstos a las líneas de demarcación trazadas en Yalta. Los angloamericanos tenían que retroceder hasta el otro lado del Elba.[87]

El 2 de junio, el teniente general Lucius Clay, jefe de la delegación estadounidense en Berlín, todavía aguardaba instrucciones. El primer intento de los estadounidenses de llegar a Berlín fue un completo fracaso. El 17 de junio, el coronel Frank Howley se puso en marcha con un grupo de reconocimiento compuesto por quinientos hombres en cien vehículos. Iba bien preparado. Tras él había dejado un equipo de dos mil berlinesas con formación universitaria que debían ser sus secretarias en la ciudad, y tras comprar un Horch Roadmaster –el mejor coche de Alemania–, lo había decorado con la bandera estadounidense. Al cruzar el Elba en Dessau en su Horch, las autoridades soviéticas insistieron en que redujera su convoy y continuara con sólo treinta y siete oficiales en cincuenta vehículos. El convoy, escribió Howley más tarde, llegó con una escolta soviética a «Babelsburg [sic]... una especie de Hollywood alemán» próximo a Potsdam, donde se le obligó a detenerse y regresar, finalmente, al oeste. A Howley se le permitió ir a ver el futuro aeropuerto americano de Tempelhof. Nadie más fue autorizado a salir de los coches.[88]

Howley volvió visiblemente enojado a un palacio cercano a Halle. «Caballeros –dijo a sus oficiales–, nunca conseguiremos ir a Berlín.»[89] El 29 de junio, Clay y su homólogo británico, el general sir Ronald Weeks, junto con los asesores civiles Robert Murphy y sir William Strang, aterrizaron en Berlín para debatir planes con el mariscal Gueorgui Konstantínovich Zhúkov. En aquella reunión se fijaron las precarias líneas terrestres que se convertirían en las rutas de acceso de los Aliados a la ciudad hasta 1989. El 1 de julio, Howley realizó otro intento de llegar a Berlín acompañado de 85 oficiales y 136 soldados. Esta vez lo consiguió, aunque los rusos no le recibieron ni mucho menos con los brazos abiertos

cuando comenzó a izar la bandera de las barras y estrellas en el Sector Estadounidense.

Howley afirma que los americanos celebraron su llegada con una pelea a puñetazos con los rusos en un restaurante: un comandante polaco americano derribó, al parecer, a seis de sus aliados rusos.[90] Era evidente que las actitudes habían comenzado a cambiar: los alemanes no parecían ser, después de todo, unos desalmados, y los rusos no eran exactamente el tipo de gente que uno querría tener como aliada. Resumiendo sus sentimientos iniciales acerca de ellos en 1945, Howley recordaría que los había considerado unos «tipos grandotes y divertidos que tocaban la balalaika, trasegaban cantidades prodigiosas de vodka y disfrutaban montando grescas en el cuarto de estar».[91]

También los británicos realizaron un intento el 1 de julio, pero se les informó de que el puente de Magdeburgo estaba cerrado. Encontraron otro y se colaron en Berlín, pero su entrada en toda regla se retrasó todavía hasta el día 4. Algunos oficiales recordaban más tarde la conmoción que les produjo ver los lagos de los prósperos barrios occidentales llenos de cadáveres de mujeres que se habían suicidado tras ser violadas. Faltaban todavía varias semanas para que los angloamericanos lograran imponer una verdadera presencia militar, a pesar de que Ruth Friedrich sostiene que vio a un estadounidense en la Schlosstrasse de Steglitz el día 3 de julio.[92]

La fuerza principal angloamericana llegó el viernes, 6 de julio, tras haber retirado sus tropas de las comarcas en disputa de Sajonia, Turingia y Mecklemburgo (para gran desilusión de sus habitantes). El Consejo de Control había sido creado en noviembre de 1944, y su sede iba a ser un Berlín «ocupado de manera conjunta». De momento, nadie sabía cómo iba a gestionarse la situación. ¿Habría controles entre los sectores? ¿Se iban a entregar pasaportes a los berlineses?[93] Se acordó que la presidencia de la Kommandatura fuese rotatoria. Al parecer, Zhúkov informó a los norteamericanos de que no garantizaría víveres a los berlineses, pero los asistentes a las conferencias de los Aliados estuvieron bien atendidos. El mariscal soviético afirmó que el número de oficiales presentes en las reuniones en que los rusos actuaron como anfitriones se multiplicó por dos

debido a las cantidades de caviar y vodka ofrecidas. Aquellos festines se conocían, al parecer, con el término eufemístico de «té».[94]

Howley cuenta que los americanos se mostraron muy preocupados por el mal trato dado por los rusos a las berlinesas... olvidando oportunamente los numerosos casos de violaciones perpetradas por soldados estadounidenses. Un general ruso excusó a sus paisanos admitiendo que las violaciones no habían contribuido a la buena fama de su país, no sin antes recordar que aquello no era nada en comparación con lo que los alemanes habían hecho en su tierra. Como los rusos habían tenido Berlín en exclusiva para ellos durante dos meses, mantenían en el Sector Estadounidense garitos que se resistían a entregar. En una de sus expediciones, varios marineros rusos dieron muerte a una muchacha. Los americanos presentaron una queja, pero el comandante ruso les dijo que en Berlín no había marineros rusos: tenían que haber sido unos bellacos alemanes vestidos con uniformes rusos robados. El clima se enrareció. Los americanos decidieron, con actitud justiciera, que estaban autorizados a disparar a matar cuando hubiera de por medio alguna mujer. Los rusos, en un cambio de estrategia, excusaron su comportamiento diciendo que aquellos hombres estaban borrachos o eran desertores. En un tiroteo producido en una estación ferroviaria murieron algunos rusos, ante lo cual los soviéticos presentaron una queja. Citaron el caso de un sargento británico que le había roto los dientes a un ruso y lo había arrojado al otro lado de la línea de demarcación. Según ellos, se trataba de un escarmiento adecuado; en cambio, disparar era un acto reprobable. Howley afirmó que los disparos cesaron cuando los rusos pusieron fin a las violaciones y saqueos.[95]

En Berlín, los rusos recibieron las zonas más populosas de la clase obrera, situadas en el este, mientras que los Aliados occidentales asumieron el control de los distritos más ricos del oeste. Había enclaves y exclaves: la emisora de radio se hallaba en el Sector Británico, pero estaba en manos soviéticas; y el pueblo de Steinstücken quedaba incluido en Berlín. Hubo otras anomalías que persistieron hasta 1989: a los soviéticos se les permitiría cuidar de su monumento en memoria de la guerra situado en el

Tiergarten, y cada uno de los ejércitos tenía derecho a controlar a los demás, lo que implicaba la concesión de pases a una o dos personas privilegiadas de los servicios de inteligencia, que gozaban de permiso para deambular por un sector o zona occidental u oriental.

Los americanos resultaron decepcionantes. Los berlineses tenían la sensación de que no sabían por qué estaban allí. Margret Boveri, que había trabajado como periodista en la Unión Soviética y había sido internada por los rusos al comienzo de la guerra, descubrió que muchos hablaban menos inglés que ella. Era mejor conversar en español. A veces resultaba útil tener nociones de francés. Otras mujeres se sintieron aliviadas en un primer momento porque podían dormir en paz, sin que las molestaran las intrusiones de los rusos; pero aunque esto era cierto en líneas generales, hubo excepciones por ambas partes. Margret Boveri narra el caso de los miembros de una familia propietaria de una finca en las afueras de Berlín que se hallaban paseando cuando llegaron los rusos y corrieron de vuelta a casa petrificados ante el temor de lo que los soldados pudieran hacer a sus hijas y sus amigas. Para su sorpresa se encontraron con que los rusos no habían tocado nada y se habían mostrado excepcionalmente corteses. Sin embargo, cuando llegaron los americanos, una de las muchachas fue violada con tanta brutalidad que tardó años en recuperarse de la conmoción. Margret Boveri pensaba, no obstante, que, en general, cualquier ejército de ocupación que controlara un determinado sector era el peor para los berlineses concernidos. Todos envidiaban a los soldados de sus vecinos. Los estadounidenses eran especialmente ingenuos. A la doctora Hussels, médica jefe de Zehlendorf, le pidieron que les proporcionara 2.500 camas. Al preguntarles ella dónde pensaban que podría encontrarlas, el oficial le respondió que en los hospitales. Hussels tuvo que informarle de que ya se las habían llevado los rusos.[96]

Nada suscitaba mayor interés que saber qué se podría entresacar de los cubos de basura de los americanos. Margret Boveri trabajaba para la editorial Ullstein, donde se encontró con la reseña de un libro de Estados Unidos en el que se decía que el norteamericano medio desechaba más de lo que consumía un civil ruso. Los americanos tenían por norma no dar nada y

tirarlo todo. Así pues, las alemanas que trabajaban para ellos estaban fantásticamente bien alimentadas, pero en cambio no podían llevarse nada para sus familias o sus hijos. Una mujer que había dejado unas cortezas de queso en el alféizar de una ventana para llevárselas a casa se ganó una tremenda regañina. Al acabar la jornada se arrojaba incluso por la fregadera el café no consumido. A los americanos les indignaba que los famélicos berlineses se atrevieran a servirse de lo que ellos comían. El coronel Frank Howley había llegado a Berlín con dos jabalíes domesticados adoptados por el ejército durante su avance hacia el este. Cuando un alemán pretendió comerse uno de ellos fue brutalmente derribado a golpes. No obstante, los oficiales compañeros de Howley convencieron a éste de que los jabalíes causaban más molestias de lo que valían, y los americanos se zamparon los dos.[97]

Elsbeth, la amiga de Margret Boveri, encontró con su perro salchicha *Batzi* un auténtico tesoro abandonado en Grunewald: pan de una blancura que los berlineses no habían visto en años, paquetes de mantequilla y margarina, y cebollas que no estaban podridas; como los americanos descubrieron que alguien había saqueado sus restos, a continuación tuvieron más cuidado. Sin embargo, todavía habría nuevos hallazgos, y Elsbeth consiguió vivir durante cinco días de un pastel de arroz que había birlado de una incineradora. Ese pastel fue toda una epopeya. Días después, Margret Boveri seguía cantando aún sus alabanzas. A continuación le dieron unos huesos de pollo y disfrutó del placer de preparar una sopa con un poco más de sustancia que el caldo de verduras que consumía habitualmente. Sin embargo, el deleite supremo lo alcanzó cuando la señorita Roscies encontró un bizcocho comido a medias y un plato de una especie de «budín de pan blanco de tapioca» con medio limón exprimido: «Un limón de verdad, crecido en un árbol». La ingestión de aquel botín ocupa un largo párrafo de su relato.[98]

A pesar de los espléndidos hallazgos en los cubos de basura, en la tercera semana de julio seguía reinando una considerable escasez. Hasta entonces no habían tenido carne en todo el mes; era la sexta semana sin manteca, y probablemente la vigésima quinta sin leche ni huevos. Margret

Boveri se consolaba recogiendo algunas flores espléndidas y colocándolas en su habitación, aireada pero destrozada. En 1950, Howley afirmó, no obstante, que los americanos se preocupaban todo el tiempo por la subsistencia de los berlineses. Criticaba las hogazas de centeno rusas que requerían hasta 100 kilos de harina para elaborar 145 de pan. Además, eran demasiado húmedas, decía, y se pudrían.[N9] En cierto modo Howley resulta poco convincente, al menos a la luz de los acontecimientos posteriores, cuando refiere una conversación con el coronel francés Dalade en la que le pregunta si la comida puede ser un arma política y el francés le responde: «¡Por supuesto!». Howley y los americanos estaban absolutamente decididos a ganarse los corazones y las mentes y empezaron a enseñar a los niños de Berlín a jugar al béisbol y al baloncesto.[99]

El rechazo a contemplar con afecto a los famélicos berlineses formaba parte de la misma línea de conducta que prohibía confraternizar o ser sociable con el enemigo. Al principio, la confraternización se castigaba con seis meses de cárcel. Los soldados tenían prohibido dar la mano a los alemanes o hacerles regalos y debían tratarlos como a una raza conquistada. Pero los estadounidenses no tardaron en lanzarse a perseguir *Fräuleins;* además, se producían algunas situaciones curiosas. La señora Solf, por ejemplo, esposa de un ex ministro de Asuntos Exteriores a la que los nazis habían condenado a muerte por mantener un salón de opositores y había pasado un año en el campo de concentración de Ravensbrück, comenzó a recibir visitas de los británicos y los americanos, y aunque sólo era piel y huesos, ellos no le llevaban nada de comer.[100] Las medidas de los angloamericanos sobre la confraternización contrastaban vivamente con las de los rusos, que consentían el contacto con la población civil de manera informal como recompensa para unos y castigo para otros. Algunos berlineses creían que los criterios de los rusos eran más amables que el ostracismo decretado por los angloamericanos. Algunos llegaron incluso a decir que las berlinesas se habían sentido confortadas por sus atenciones, pues llevaban mucho tiempo sin mantener relaciones con sus propios hombres.

El hecho de tratar a los berlineses como un pueblo conquistado generó cierta simpatía por los antiguos nazis. Como no había que hacer distinciones entre alemanes buenos y malos, los buenos alemanes comenzaron a colaborar con los malos. En algunos casos sólo se había producido un cambio de nombres. El *Blockwart*, el chivato residente de la época nazi, había resurgido brevemente en forma de *Hausobmann*, de camarada. Margret Boveri apareció con el cuestionario de desnazificación, el *Fragebogen*, en la mano, paralizada de angustia ante la idea de que las autoridades pudieran descubrir que había sido una Pg. Friedrich fue asediada por antiguos nazis que le pedían testimonios de que habían ayudado a algún judío.[101] En el caso de personas que se habían afiliado al Partido por rutina, de manera oficiosa y sólo de puertas afuera, hasta los propios antinazis se mostraban dispuestos a ayudarlas.

Peor que la prohibición de confraternizar fue la requisa de viviendas en los elegantes barrios suburbanos del oeste, como Zehlendorf o Dahlem. Aquellos distritos configuraban el Sector Estadounidense y eran la zona donde se hallaban las villas más confortables. Las autoridades de Estados Unidos requisaron brevemente como club de oficiales el Titania Palast, hasta que Leo Borchard consiguió que lo devolvieran. Los moscovitas ocuparon grandes casas en un Pankow intacto en su mayor parte, mientras que los oficiales soviéticos de alto rango se instalaron en Karlshorst. En total hubo que poner a disposición de los ocupantes unos tres mil pisos y casas. Según escribió Ruth Friedrich, «quienes se vieron obligados a desalojar su vivienda tuvieron que hacerlo sin remedio, ya fueran antinazis o pronazis, ricos o pobres».[102]

En el otoño de 1945, el espacio vital de los berlineses quedó reducido a menos de diez metros cuadrados por persona.[103] Los franceses habían aparecido finalmente el 23 de julio, tras habérseles asignado un retazo del Sector Británico en Reinickendorf y Wedding, y encontraron para sí unas pocas villas encantadoras en Frohnau, Wittenau y Tegel. Los británicos fueron quienes salieron peor parados, pues en Wilmersdorf y Spandau escaseaban las residencias palaciegas. La incautación de casas por los Aliados provocó agudos sufrimientos entre la población afectada. Ni

siquiera los judíos, que habían regresado de los campos de concentración, salieron indemnes, y fueron desalojados a punta de pistola. A las víctimas expropiadas se les concedían unas pocas horas para empaquetar sus pertenencias. En consecuencia, se vieron obligadas a encontrar un espacio en el piso de algún amigo, hasta que también éste era requisado por otro oficial de la guarnición. Entretanto, mujeres que en el pasado habían llevado en Alemania una vida de privilegio luchaban por encontrar un puesto de criada o señora de la limpieza para los invasores. Una berlinesa que había sido arrojada a patadas de su casa comentaba amargamente que, al principio, las mujeres habían sido violadas por los rusos, y luego tuvieron que servir de putas a los americanos.[104] A pesar de sus aires de superioridad, los americanos deseaban ser saludados como liberadores y les contrariaba que no se les tratara de ese modo. Su actitud fría contrastaba intensamente con la de los rusos.

En un sermón pronunciado en Dahlem el mes de julio, el teólogo antinazi Otto Dibelius llamó la atención sobre las cifras de mortalidad en Berlín. En épocas normales, el índice diario rondaba los doscientos fallecimientos; durante la guerra había subido a cerca de doscientos cincuenta a consecuencia de los bombardeos; ahora, las estimaciones daban una cifra en torno a mil, y eso en una ciudad mucho más reducida. La hambruna se agravaba. La población, sobre todo la masculina, caía como moscas. La masacre final y las elevadas tasas de mortalidad tras el cese de las hostilidades significaban que quedaban muchísimos muertos por enterrar. No había un lugar donde depositarlos y tampoco ataúdes, y los Aliados no iban a ayudarles. Las familias habían sepultado a sus difuntos en las ruinas o los habían depositado en panteones. Los berlineses recurrieron a armarios de madera de gran tamaño o se limitaron a envolver los cadáveres en mantas para caballos atadas con una cuerda. Ruth Friedrich cuenta haber visto un caso así: un paquete con dos pies amarillos como de madera que asomaban por un extremo.[105] Había cementerios provisionales por toda la ciudad. Delante del cine situado frente a la vivienda de la Autora Anónima había un conjunto de cruces. La primera persona enterrada allí había sido una muchacha que había saltado de la ventana de un tercer piso

para evitar ser violada. Poco después comenzaron a aparecer nuevas cruces.[106] Cuando le preguntaron por la hambruna, el general ruso Gorbátov dijo que se debía a los nazis, que habían saboteado los suministros.[107]

El final de la luna de miel

Al principio existió cierto sentimiento comunitario entre los Aliados victoriosos. Frank Howley, a quien agradaba pensar que había entendido desde el primer momento la mala fe de los rusos, cita una frase ingenua de su oficial superior, el general Clay: «Me gusta Sokolovski [el vicecomandante soviético]; nunca me mentiría».[108] Los Aliados no tardaron en enfrentarse, y ese enfrentamiento no sólo provocó fricciones entre los soldados sino que fue también causa de peligro para los alemanes que demostraban demasiadas simpatías hacia uno u otro de sus conquistadores. Un alemán que trabajase para los rusos corría el riesgo de ser acosado o apresado por los americanos. Y los alemanes que unieron su suerte a la de los americanos debían tener cuidado cuando entraban en el Sector Ruso.

El 23 de agosto se produjo una tragedia que puso de relieve las volubles relaciones entre los Aliados y la dificultad de reinstaurar la cultura en la despedazada ciudad. Leo Borchard, el primer director de la Filarmónica de Berlín durante la posguerra, murió por los disparos de un centinela estadounidense demasiado diligente. Wilhelm Furtwängler, director titular de la orquesta, había huido a Suiza al final de la guerra, y las potencias occidentales lo habían expulsado de la escena. Su delito consistía en haber actuado ante Hitler, tanto en Berlín como en Bayreuth, a pesar de su temprana oposición a la política cultural del Tercer Reich. Durante la guera, Borchard había formado parte de un grupo clandestino de resistencia llamado Onkel Emil (Tío Emil). Borchard había conseguido fascinar a las autoridades soviéticas al hablar su idioma (había nacido en San Petersburgo). Tras haber obtenido la confianza de los rusos, el 12 de mayo atravesó Berlín en bicicleta junto con sus amigos para echar un vistazo a la

sala de conciertos de la Filarmónica. Iba a ganarle por la mano a Furtwängler y aprovecharse de su exilio en Suiza para dirigir la Filarmónica de Berlín. Ruth Friedrich se preguntó si Furtwängler se habría presentado en la sala de conciertos de aquella guisa. «Entre los palcos destrozados aparecía una truculenta naturaleza muerta»: en el lugar donde Bruno Walter (y Furtwängler, en fechas más recientes) habían dirigido anteriormente la orquesta yacía un caballo sin vida.[109]

Borchard sabía cómo tratar con los soviéticos. Consiguió raciones más abundantes para los músicos de la Filarmónica: «Cuando el estómago ruge, no se puede tocar la trompeta».[110] El 26 de mayo interpretó a Mozart, la *Cuarta* de Chaikovski y la música incidental de Mendelssohn *Sueño de una noche de verano* para un público de berlineses famélicos y harapientos.[111] Antes de su muerte, dirigió la orquesta en veintidós ocasiones. Aquel fatídico jueves, él y su pareja, Ruth Friedrich, habían sido invitados a cenar con un coronel británico amante de la música. Habían disfrutado de un auténtico festín: sándwiches de pan con carne de verdad y whisky. Hablaron apasionadamente sobre Bach hasta el punto de que se les pasó la hora del toque de queda, que entraba en vigor a las 23 h. El coronel decidió conducirlos a casa en persona. La noche anterior había habido un tiroteo entre soldados rusos y estadounidenses, y estos últimos habían dado orden de detener cualquier vehículo que se dirigiera al sector oriental. Debido a la intensidad de los faros, el centinela no se percató de que el vehículo era británico e indicó al coronel que se detuviera cuando pasaba bajo el puente del S-Bahn, el tren suburbano, hacia la Bundesplatz. Su intención fue apuntar a los neumáticos, pero el disparo atravesó la cabeza de Borchard, que murió al instante.[112]

Otoño de 1945

En septiembre, los berlineses se habían acostumbrado ya a las condiciones imperantes en su ciudad, pero para otros, en especial para quienes habían disfrutado de una prosperidad relativa en el sudoeste, supusieron una

auténtica conmoción. Ursula von Kardorff consiguió regresar finalmente a Berlín al comienzo del otoño tras haberse puesto en camino en febrero. Los alimentos escaseaban, y la gente ofrecía el aspecto de estar medio loca a consecuencia de sus vivencias desde la conquista rusa. Ursula se quedó en casa de su amiga Bärchen en la plaza Savigny, en una habitación sin pared exterior. Los berlineses conocían a esa clase de edificios con la denominación de *Sperlings-Lust*, el «Placer de los gorriones», pues uno podía lanzarse al vacío desde ellos en cualquier momento. Ursula salió a pasear por la Kurfürstendamm. La prohibición de confraternizar no se observaba con estricto rigor y pudo ver a muchachas alemanas elegantemente vestidas arremolinándose en torno a los soldados americanos, británicos y franceses. Se tocaba jazz en establecimientos que ofrecían bebidas calientes pero no comida sólida.

Ursula von Kardorff tomó prestada una bicicleta para echar un vistazo al centro de la ciudad. La Wilhelmstrasse había desaparecido; el Ministerio de Asuntos Exteriores apenas era una ruina. Sólo el Ministerio de Propaganda permanecía indemne. En la Pariser Platz, el hotel Adlon era un cascarón quemado. Su propia casa se había hundido. En la plaza se alzaba una enorme estatua de Stalin.

Las dos garitas que flanqueaban la Puerta de Brandeburgo eran un montón de escombros. Soldados de las cuatro potencias paseaban por los alrededores añadiendo una apariencia viva al paisaje de ruinas. En torno al edificio del Reichstag había surgido un mercado negro. Había tumbas rusas en la plaza Ranke, y en las aceras tanques abandonados que servían como columnas publicitarias donde se anunciaban escuelas de baile, nuevos teatros y periódicos; en ellos jugaban pilluelos que recordaban los cuadros de Heinrich Zille. El hospital Franziskus era el único edificio no dañado, y las monjas ataviadas con sus hábitos parecían seres intemporales, como si hubiesen surgido de algún lugar de la meseta castellana. Cerca de allí, el Tiergarten era un caos ennegrecido más parecido a un campo de batalla que a un jardín paisajista.

La señorita Von Kardorff fue a visitar a un antiguo colega de la *Deutsche Allgemeine Zeitung* (DAZ), Ludwig Fiedler, que le narró una

historia típica. Al final de la guerra había sido reclutado para la Volkssturm, o milicia popular, como cualquier otro hombre de entre quince y sesenta años. Este resto último de material humano recibió el encargo de defender Alemania en una guerra a ultranza. En las ruinas del bar Gruban und Suchay se había topado con un oficial ruso que estaba a punto de dispararle. Fiedler sacó un aguardiente «repugnantemente dulce» y el ruso y él se sentaron en medio del combate y se emborracharon. El ruso estaba tan aturdido que comenzó a besar a su enemigo alemán; luego quiso matarlo, y a continuación se sintió tan borracho que se olvidó de todo.[113]

Cierto día, Ursula von Kardorff fue a visitar a su tía Kathinka, la mujer del político Siegfried von Kardorff-Oheimb. Vivía en una distinguida villa próxima al Tiergarten que, milagrosamente, había conservado buena parte de su contenido, aunque también había perdido una sección de sus muros. Ambas marcharon al cercano Esplanade, el único gran hotel que había sobrevivido parcialmente a la guerra. Sólo quedaba en pie uno de los comedores. Tuvieron que abonar un depósito de ochenta marcos por los cuchillos y los tenedores, pues muchos de ellos habían sido robados. La sopa de patata que consumieron les costó tanto como toda una comida en el pasado.

Después de comer fueron al Sector Ruso, pues la tía Kathinka quería visitar a su amigo Friedrich Ebert, el corpulento y alcohólico hijo del primer presidente de la República de Weimar, y «una especie de *Gauleiter* de Brandeburgo» al servicio de los rusos. Presentaba un aspecto sucio y hambriento. Dijo que sentía envidia de Ursula von Kardorff, pues iba a regresar a Jettingen, «pero amo tanto esta ciudad que quiero ayudarla».[114]

En Berlín, todos estaban en tensión. Personas que apenas se conocían se abordaban encantadas de ver que su interlocutor había sobrevivido. Todo el mundo se tuteaba, cuando en círculos como el de Ursula von Kardorff se había mantenido en el pasado un estilo de trato estrictamente formal. El tema de todas las conversaciones era quién había sobrevivido. Fulano se había suicidado; no: había sido detenido por la Gestapo, o por la GPU, o quizá se había trasladado a la Zona Británica. Otro había sido abatido por los disparos de los SS por haber sacado la bandera blanca con diez minutos

de antelación. Un tercero había sido liquidado por un ruso borracho por no haber podido proporcionarle alcohol. Un cuarto había pasado varios días con la GPU y, luego, lo habían soltado.

Ursula oyó contar historias que le helaron la sangre; por ejemplo, sobre Gerhard Starke, la persona de contacto entre su periódico y el SD, el Partido Demócrata Suizo, un hombre que les había quitado de encima a las autoridades. Había sido detenido por los rusos y sentenciado a morir de un tiro en la cabeza. Sus captores le hicieron arrodillarse, levantarse, volver a arrodillarse y levantarse de nuevo hasta que, finalmente, lo llevaron ante una puerta y la abrieron. Pudo largarse aprovechando la oportunidad.

El anciano conde Hardenberg, que se había disparado un tiro en el estómago después de la Conspiración de julio de 1944, había conseguido escapar del campo de concentración de Oranienburg, donde se hallaba detenido. A pesar de sus terribles heridas, había huido y se había escondido en el bosque, mientras los guardias mataban por puro rencor a todo aquel que pudiera haber sido un elemento aprovechable para una nueva Alemania. Era un milagro: toda la familia había sobrevivido, incluso el hijo, a quien se había castigado enviándolo a Curlandia, donde, debido a la terquedad de Hitler, muchas divisiones se mantuvieron inactivas hasta que fueron capturadas por el Ejército Rojo y conducidas al cautiverio. También él había aprovechado su oportunidad de escapar.[115]

En otro momento, los intentos de Ursula von Kardorff de ponerse a escribir se vieron interrumpidos por la llegada de una de las primas de Bärchen con cuatro niñas. Había llegado de Polonia. Su hijo pequeño había muerto durante el trayecto: «Parecía un angelito, un angelito», repetía la madre de forma mecánica. La mujer llevaba la cabeza rapada y tenía un aspecto demacrado y famélico. Las niñas que habían sobrevivido estaban cubiertas de pus y piojos. Bärchen las lavó, cepilló, despiojó y vendó a una tras otra.

Renée Bédarida era una antigua miembro de la *résistance* enviada a trabajar en la administración del Sector Francés. El 15 de octubre expuso a una amiga residente en Francia algunas de sus primeras impresiones sobre la ciudad. Los berlineses eran «sucios, iban mal vestidos y cargaban

siempre con una bolsa de patatas o un fardo de leña...». El canal que corre a lo largo de la Charlottenburg Chaussee «apestaba a cadáveres»; ella, no obstante, pensaba que los alemanes recibían más carne que los franceses, a pesar de que le impresionó ver a niños que mendigaban pan y chicle.[116]

Renée acudió a los mercados negros del Tiergarten y la Alexanderplatz.[N10] Con cinco cigarrillos se conseguía un rollo de negativos para una cámara o una cruz de hierro. Uno de los teatros de ópera estaba aún en pie y Renée fue a ver una representación de *Rigoletto*. Le extrañó encontrarse con berlinesas vestidas con sus mejores galas: «¿Cómo pueden atreverse estas mujeres a caminar por Berlín ataviadas de ese modo?». Acompañada de otra administrativa francesa, observó la llegada de prisioneros de guerra alemanes a la estación de Stettin: «Nos sentimos desarmadas; la tentación de despreciarlos u odiarlos se hacía imposible ante la visión de aquella gente abatida; también ellos eran víctimas de la locura de Hitler».[117]

Renée vivía en Frohnau, en el Sector Francés. Aquel distrito berlinés sobrevivió a la guerra más o menos indemne, pero la requisa de casas y habitaciones había provocado resentimiento. Los franceses eran un grupo de personas raras y suspicaces compuesto por antiguos miembros de la resistencia, funcionarios en comisión de servicio, «hombres de Vichy que esperaban que Francia se olvidase de ellos y que se habían trasladado al otro lado del Rin para limpiar su hoja de servicios, aventureros y especuladores». Los franceses perpetraron algunos actos de rencor infantil: en el Tiergarten mutilaron inscripciones de la Siegessäule –la Columna de la Victoria– que conmemoraba el triunfo alemán en la guerra francoprusiana y la decoraron con la bandera tricolor de Francia. En Schwanenwerder encontraron un fragmento del palacio de las Tullerías, incendiado en 1871 por los revolucionarios de la Comuna de París, y retiraron una placa que hablaba en tono sublime del destino de las naciones.[118] Los propios alemanes no perdieron mucho tiempo con los franceses; se percataron de que eran conquistadores de segunda división.[119]

Libussa von Krockow llegó de Pomerania en febrero de 1946. Habían transcurrido dos años desde que marchó allí a controlar las emisiones de la

BBC para la oficina de investigación de Ribbentrop. Reconoció los alojamientos trogloditas de los berlineses por los tubos de las estufas que emergían del suelo. Iba tan astrosa que la criada de un amigo de su madre le ofreció cincuenta peniques y le dio con la puerta en las narices. Su cuerpo acabó derrumbándose tras la prueba sufrida y pasó una semana enferma.[120]

Primavera de 1946

El tren militar dejó a George Clare en Berlín en la primavera de 1946. El invierno había sido criminal, y los alojamientos eran de pésima calidad. A medida que aumentaba el frío, la falta de servicios públicos se hizo más patente. Los berlineses recogían madera de las ruinas y compraban velas en el mercado negro. Escarbaban en busca de carbón. La mortalidad infantil alcanzó unos índices del 80 y el 90 %. Como las ventanas no tenían cristales, el viento frío atravesaba aullando los edificios dañados. Los berlineses, no obstante, acudían en tropel a ver *Macbeth* en una sala con temperaturas bajo cero. Lady Macbeth tiritaba de frío en el escenario. En Navidad no hubo calor, ni regalos, ni árbol.[121]

La primavera trajo consigo algo parecido a la normalidad: se organizaron excursiones a los huertos de cerezos de Werder. Un ruso se desnudó y se lanzó a las aguas del Havel, presentando esta vez sus excusas: hacía «mucho calor».[122] Las actitudes hacia los conquistadores parecían haber cambiado. Clare, que llevaba uniforme del Reino Unido, dice que los británicos, los *tommies*, eran los más apreciados: transmitían aún una sensación de juego limpio. Les seguían los estadounidenses, *die Amis*. Eran más duros y toscos, y la gente temía de manera especial a la Policía Militar. A los franceses se les seguía tratando como una especie de chiste: como conquistadores que no habían tomado parte en la conquista. *Iwan* –el soldado ruso– era ahora objeto del desprecio universal.[123]

Los recién llegados no se limitaban tan sólo a los soldados de refresco enviados para sustituir a las guarniciones de los Aliados; poco a poco regresaban también los exiliados para ver la ciudad que habían amado en

otros tiempos. Transcurrido, incluso, más de un año desde el cese de las hostilidades, las condiciones reinantes en el Berlín de la posguerra tuvieron el poder de conmocionar a Carl Zuckmayer. En una carta escrita a su esposa Alice el 24 de noviembre, Zuckmayer hablaba de la «imposibilidad de recrear la ciudad, que resultaba *casi* indescriptible».[124] El 19 de julio de 1947 aterrizaron en Berlín unos exiliados de muy distinta categoría: siete antiguos nazis. Los criminales de guerra que habían escapado de la horca en Núremberg fueron trasladados en avión a Spandau. Speer miraba excitado por la ventanilla del Dakota cuando tomó tierra. Pudo discernir los restos de sus propias aportaciones a la ciudad:

> El eje este-oeste, que rematé para el quincuagésimo cumpleaños de Hitler. A continuación vi el estadio olímpico, con su césped bien cuidado, por supuesto, y, finalmente, la Cancillería diseñada por mí. Todavía estaba allí. Aunque dañada por varios disparos directos. Los árboles del Tiergarten habían sido talados sin excepción, por lo que al principio pensé que se trataba de un aeródromo. El Grunewald y los lagos del Havel se hallaban intactos y tan hermosos como siempre.[125]

Habrían de transcurrir veinte años hasta que se le permitiese verlos otra vez.

N1. La gente llevaba varios días haciéndolo, a pesar de los métodos draconianos empleados por el Partido para disuadir a soldados y civiles de abandonar la ciudad.

N2. Cuando el arquitecto británico lord Foster adaptó el edificio para el Bundestag, se conservaron los grafiti más decentes; las obscenidades, en cambio, fueron eliminadas. (Visitas del autor al edificio del Reichstag, véase *Financial Times*, 9 de agosto de 2002 y 2 de septiembre de 2004.)

N3. De la palabra alemana *Uhr*, «reloj».

N4. Se trata casi con seguridad de una referencia a *Los cosacos* de Tolstói.

N5. James Stern se encontró con un eco de aquel entretenimiento en Núremberg, destruida por los bombardeos. Stern observó a dos chicos que jugaban en la arena. Habían levantado un castillo. De pronto, uno de ellos comenzó a imitar el gemido de una sirena, mientras exclamaba: «Ich bin ein Amerikaner!» (¡Soy un americano!). El otro saltó encima con una lata llena de arena diciendo: «Ich

bin ein Engländer!» (¡Soy un inglés!). Ambos agitaban los brazos y gritaban. «Bum, bum, bum!», mientras lanzaban la arena contra el castillo.

N6. Procopio sólo habla de tres vías: «Y aunque utilizaba tres aberturas, solía criticar a la naturaleza rezongando porque no había hecho mayores de lo normal los orificios de sus pezones para poder idear otra variante de coito en esa zona de su cuerpo». (*La historia secreta*, G. A. Williamson [trad.], Londres, 1990, p. 41.)

N7. Kay Summersby, la amante de Eisenhower, se encontraba allí y entrevió a las soldados rusas con sus faldas hasta las rodillas: «Ninguna chica británica, americana o francesa se dejaría ver ni muerta con aquellos uniformes». (*Eisenhower was my Boss*, Watford, 1949, p. 224.)

N8. Véase capítulo 20.

N9. Howley debía de estar confundido: en nuestros tiempos más prósperos, un kilo de harina de centeno requeriría 700 ml de agua para la elaboración de 1,6 kilos de *Landbrot* («pan campesino») alemán de centeno, que tiene, por tanto, más de una tercera parte de agua y puede conservarse perfectamente una semana.

N10. En Adviento surgió en las ruinas del Schloss un destartalado mercadillo de Navidad. Fue un símbolo estimulante de la vuelta a la normalidad.

4

Las expulsiones de Checoslovaquia, Hungría y Yugoslavia

> El 4 de mayo reinaba una calma absoluta. Los tres días de luto público por la muerte de Hitler decretados por el secretario de Estado Frank transcurrieron en todas partes sin incidentes. Nunca podíamos haber supuesto o esperado que los checos, que durante el curso de la guerra jamás se habían atrevido a oponer la menor resistencia abierta a las fuerzas armadas alemanas, se lanzaran tras la rendición a una orgía de horror sin precedentes contra gente indefensa de la que no se libraron ni soldados heridos e impotentes ni mujeres ni niños.
>
> «H. K.», 21 de junio de 1947. Citado en Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung der Sudetendeutschen*, Múnich, 1951, p. 18

La región denominada Sudetenland –el «territorio de los Sudetes»– y su población alemana habían sido una de las causas de la guerra. Hitler había asumido las quejas de los alemanes de los Sudetes de Bohemia y Moravia liderados por Konrad Henlein. Los malos tratos de los que habían sido víctimas dieron lugar a los Acuerdos de Múnich de septiembre de 1938, por los que se cedía a Alemania una gran parte de la región fronteriza, dejando indefenso el resto del país. En la primavera de 1939 tanques alemanes irrumpían en Praga.

Es cierto que los alemanes de los Sudetes tenían motivos de queja. Las ciudades y pueblos de aquellos antiguos súbditos de la corona austriaca formaban un extenso anillo en torno a las tierras checas. También constituían un amplio porcentaje de las poblaciones de Praga y Brno (Brünn), Iglau y Zwittau. En Eslovaquia residían los *Insel und Streudeutsche* (alemanes en islas demográficas y dispersos); había comunidades alemanas en los Cárpatos, más una colonia equivalente a poco

menos de un tercio de la población de la ciudad de Pressburg, o Bratislava. En Troppau estaban totalmente mezclados con los eslavos y hablaban su propio dialecto, denominado *Slonzakisch*, pero en la mayoría de las comarcas mantenían una orgullosa separación. Consideraban que habían sido engañados por el Tratado de Saint-Germain-en-Laye de octubre de 1919, cuando los Aliados les denegaron finalmente el derecho a la «autodeterminación» prometido en los Catorce Puntos del presidente Woodrow Wilson.[1] Beneš, el representante de Checoslovaquia, había proclamado que su Estado sería la «nueva Suiza», con derechos para las minorías garantizados por un sistema cantonal. Nunca se llegó a ello.[2] Todos los hablantes de lengua alemana (incluidos los judíos) quedaron sometidos a la influencia del nuevo Estado, que los desvinculó de *su* capital, Viena: de sus negocios, de su gobierno y de sus amigos y parientes.[3]

Occidente había otorgado al dirigente de los checos el territorio histórico checo de Bohemia y Moravia, junto con Eslovaquia. Durante siglos, sin embargo, un ingente número de alemanes se había asentado en tierras checas, como lo habían hecho los húngaros en el este eslovaco. Los checos se convirtieron en señores y dueños políticos del nuevo Estado, aunque sólo sumaban el 51 % de la población.[N1] Los alemanes constituían casi una cuarta parte, pero no era de esperar que los eslovacos eslavos tomaran partido por ellos, por lo que siempre serían dos contra uno. El conflicto estaba «programado de antemano».[4] Hubo incluso intentos de fragmentar los territorios alemanes instalando colonias checas.[N2] [5]

Según se apresuraron a señalar los alemanes en sus protestas, el número de sus residentes en Bohemia y Moravia superaba a toda la población de Noruega y era casi la misma que la de los daneses o los finlandeses. Tenían sus propias organizaciones políticas: el SdP (Sudetendeutsche Partei; Partido de los alemanes de los Sudetes) de Henlein representaba al 68 % de los alemanes y era el principal partido del Estado checoslovaco. Había también un Partido Socialista de los Sudetes, que cooperaba con los checos. Aunque los alemanes no habían podido tener ningún peso político hasta fechas recientes, habían encabezado el reparto en la vida social y financiera, a pesar de que muchos alemanes habían resultado duramente afectados por

la Depresión. Los checos trabajaban como empleados en sus negocios o en sus granjas. La nobleza y los magnates de la industria eran de habla alemana, al igual que muchos abogados y médicos. En 1945 hubo numerosos casos de jornaleros que se apropiaron de granjas alemanas, de médicos auxiliares que se quedaron con la consulta de un alemán y de empresarios de segunda fila que adquirieron negocios alemanes, repitiendo en cierta medida el proceso de 1938, cuando los alemanes fueron de nuevo los mandamases. Hubo casos de puro oportunismo: checos que hasta entonces se habían movido en círculos alemanes, que se habían casado con alemanas o tenían hijos que hablaban alemán, se convirtieron de pronto en apóstoles del nacionalismo checo y se lanzaron a la caza de quienes habían sido sus antiguos amigos. Cuando los comunistas tomaron el poder en 1948, los que se habían aprovechado de la Revolución en mayo de 1945 perdieron la mayor parte de lo que habían ganado.

Los sucesos de septiembre de 1938 y la ocupación del resto de Checoslovaquia habían provocado entre los checos un gran resentimiento contra la minoría alemana. La región de habla alemana pasó a formar parte del Reich, y sus habitantes se hicieron alemanes; este cambio de nacionalidad resultó fatal en 1945. Las regiones anteriormente resentidas fueron asignadas a la comarca alemana más próxima; un Reichsgau denominado Sudetenland incluyó las importantes ciudades de Troppau, Aussig, Eger y Reichenberg; la región en torno a Hultschin fue anexionada a Oppeln, en la Baja Silesia; el norte de Bohemia, a la Baja Baviera; el sur de Bohemia, al nuevo Reichsgau austriaco (subdivisión administrativa) del Bajo Danubio; el sur de Moravia, al Reichsgau de nueva formación del Bajo Danubio; y Teschen, a los sectores polacos reconquistados de la Baja Silesia, agrupados en torno a Katowice.[6] En las restantes zonas del «Protectorado», la ciudadanía se otorgaba según criterios raciales: los alemanes étnicos fueron adscritos al Reich. Para muchos germanohablantes el cambio fue el equivalente a la firma de una sentencia de muerte.[7]

El hecho de haber aplicado el derecho alemán bastaba para que un abogado fuese condenado a la pena capital.[8] Los checos no habían recibido a Hitler con los brazos abiertos, como los austriacos, e incluso algunos

miembros de la población de habla alemana –socialistas, judíos y un gran número de alemanes del Reich que habían buscado refugio en Praga– se habían mostrado extremadamente preocupados. Al invertirse la marea en el curso de la guerra, los checos aguardaron ansiosos el momento en que podrían resolver de una vez por todas el «problema alemán».

Cuando Beneš consideró que la victoria era indiscutible, dejó Londres para ir a Moscú. Antes de llegar allí dijo a Philip Nicols, embajador británico ante el gobierno checo en el exilio, que iba a necesitar transferir la población alemana y despojarla de su ciudadanía, pues de lo contrario «se producirían tumultos, luchas y masacres de alemanes». Mólotov le aseguró que las expulsiones serían una «nimiedad». Beneš obtuvo de Stalin las garantías necesarias: «Esta vez destruiremos a los alemanes de modo que nunca podrán volver a atacar a los eslavos». También aseguró a los checos residentes en Moscú que no se inmiscuiría en los asuntos internos de una nación eslava, lo que, en retrospectiva, nos da una idea bastante clara de hasta qué punto se podía confiar en su palabra.[9]

El regreso de Beneš

Beneš dejó Moscú el último día de marzo de 1945. El 1 de abril estaba en Ucrania. Su destino era Košice, en Eslovaquia, donde permaneció treinta y tres días mientras rusos y americanos dividían el país y los checos se alzaban tras su estela. Las tropas de Patton avanzaron con rapidez tras el ejército del mariscal de campo Schörner, compuesto por un total de ochocientos mil hombres. El 4 de mayo cruzaron los puertos de montaña procedentes de Alemania para ocupar las posiciones que se les habían asignado previamente a lo largo de la línea Carlsbad-Pilsen-Budweis. Al general estadounidense se le había dicho que no podía entrar en Praga, por lo que se detuvo en Beraun. Los checos querían llevarse el honor de haber liberado la capital. La noche del 8 de mayo, el Ejército Rojo formó un escudo protector en torno a la ciudad, permitiendo que el levantamiento siguiera su curso.[10]

El Ejército Rojo llegó a Brno el 6 de mayo. El día anterior, Beneš había oído que Praga se había alzado contra los alemanes y se trasladó a Bratislava. El avance de los rusos fue la señal para que la mayor parte de las divisiones de Vlásov se dirigieran al sur, al interior de Austria;[N3] los cosacos se sentían indecisos ante la perspectiva de ser capturados por el Ejército Rojo, aunque algunos entraron en Praga y la liberaron, efectivamente, antes de que llegaran las fuerzas regulares rusas.[11] En Praga, la resistencia formó el ČNR (Česka národní rada; Consejo Nacional Checo). Los primeros tanques del Ejército Rojo entraron en la ciudad el día 9 y las operaciones militares concluyeron dos días después con la retirada de Schörner. Beneš no efectuó su entrada triunfal hasta el 16. Su excusa por haber llegado con tanta lentitud fue su propia seguridad, dada la presencia de francotiradores alemanes.[12]

Beneš enseñó sus cartas por primera vez en sus Estatutos de Košice[N4] del 5 de abril de 1945: «¡Ay, ay, ay, tres veces ay para los alemanes!, ¡vamos a liquidaros!», exclamó en una emisión de radio. A continuación publicó sus famosos decretos. El número cinco, por ejemplo, declaraba que los alemanes y los húngaros no eran políticamente de fiar y que, por tanto, sus propiedades debían pasar a manos del Estado checo. El Programa de Košice desencadenó una «tormenta de represalias, venganza y odio. [...] Allí donde aparecían, las tropas del ejército del general checo Svoboda –que luchaba al lado de los rusos– y los Guardias Revolucionarios (Národní vybor) no preguntaban quién era culpable y quién inocente; sólo buscaban alemanes».[13]

El 12 de mayo, Beneš repitió sus amenazas en Brno: «Hemos decidido [...] que tenemos que liquidar el problema alemán en nuestra república de una vez por todas».[14] El 19 de junio se dictó el primero de los «Decretos de castigo»: «Los criminales y traidores nazis y quienes les apoyaron [serían juzgados ante] tribunales populares extraordinarios». Se trataba de unos tribunales primitivos. Diez minutos bastaban para juzgar a una persona y mandarla a prisión por un período de quince años. Hubo 475 sentencias capitales «oficiales». Para los implicados en la masacre de Lidice –originada a raíz del asesinato del protector suplente Reinhard Heydrich,

planeado por los británicos– se promulgaron treinta penas de muerte.[15] Un tribunal nacional examinaría los crímenes de guerra. El 21 de junio se publicó el siguiente decreto: todas las personas de nacionalidad alemana o húngara, traidores o *Quislings* perderían sus tierras. Alemania tendría que abonar reparaciones de guerra. No se compensaría la pérdida de la ciudadanía o propiedades. La última medida fue el denominado «Pequeño Decreto», del 27 de octubre, que establecía el castigo para quienes habían ofendido el honor nacional.[16] El 6 de agosto, Beneš había pronunciado en la Universidad de Praga un discurso que tuvo un eco especial para los alemanes, sobre todo porque aquella institución se consideraba la sede del saber más antigua de Alemania. Beneš se había blindado contra cualquier petición de humanidad: «Sabemos que la sociedad liberal es un anacronismo en la teoría y en la práctica».[17] Ochocientos mil alemanes habían sido expulsados ya del país.

Para la aplicación de los diversos decretos de Beneš se dispuso de «voluntarios judiciales» y un Comité Central de Investigación (Ústřední vyšetřujicí vybor). Entre sus miembros había un número considerable de antiguos prisioneros de campos de concentración, varios de ellos supervivientes de Dachau y Buchenwald. Muchos de sus acólitos eran simples jóvenes inmaduros.[18] Los afectados coincidían en que los de dieciséis a veinticinco años eran los peores.[19] En septiembre habían hecho alrededor de 100.000 prisioneros: 89.263 de habla alemana, 10.006 checos y 328 de otras procedencias. Habían soltado a 1.094 checos y a 613 alemanes antifascistas. El decreto más pernicioso fue el «Pequeño», utilizado para «saldar diversas cuentas personales», aunque el proceso se había iniciado mucho antes. El propio Beneš no fue inmune a esa actitud y se desquitó vengándose de varios checos. Sus apologistas admiten la existencia de un deseo popular de represalia;[20] sin embargo, el «deber del gobierno» era «modificar aquel turbulento estado de ánimo».

En cambio, lo que hicieron muchos políticos, incluido Beneš, fue explotarlo. En palabras de otro historiador, las atrocidades «no fueron impulsadas desde arriba, pero es difícil que pudieran haber persistido durante los meses del verano sin la tolerancia de las autoridades de

Praga».[21] Al final, incluso los británicos (instigadores de la purga) protestaron ante Beneš por los «excesos», y mientras los Tres Grandes se reunían en Potsdam la presión se redujo ostensiblemente.[22] La expulsión de los alemanes era una medida apropiada para conseguir votos, pero no para granjearse amigos, con la posible excepción de los polacos. Volviendo la vista atrás resulta difícil hallar circunstancias atenuantes que excusen a Beneš, si se exceptúa que era una persona anciana y enferma y pensaba poder derrotar a los comunistas desencadenando el terror por cuenta propia.[23]

Venganza

Checos y eslovacos habían sido humillados por los alemanes durante siete años. Según la opinión nazi más extrema, *todos* los eslavos eran *Untermenschen* (infrahumanos), y el régimen alemán los trató como ciudadanos de segunda. Como en otros territorios eslavos, se elaboraron planes para «germanizar» algunas zonas del país, en parte, sin duda, como respuesta a la frialdad mostrada hacia los alemanes después de 1919, que habían visto, por ejemplo, cómo se reducía su población de un 60 a un 20% en la ciudad de Brno. En Znaim, el número de alemanes disminuyó también a partir de 1918, aunque se había incrementado bruscamente desde 1938. Se había creado una Sociedad Territorial bohemia y morava para encontrar zonas de asentamiento para alemanes. La sociedad gestionaba una granja modelo. Durante el Protectorado se confiscaron 16.000 propiedades agrícolas que sumaban un total de 550.000 hectáreas. Unos setenta mil checos perdieron sus hogares. A comienzos de abril de 1945 se organizaron caravanas para evacuar a los colonos germanos y devolverlos al territorio de los Sudetes.[24] El número de alemanes había aumentado aún más debido a las evacuaciones y al avance inexorable del Ejército Rojo. En la región habían buscado refugio 600.000 evacuados y alrededor de 100.000 alemanes de Eslovaquia, junto con 1.600.000 silesios.[25] Algunos alemanes de Eslovaquia se habían marchado ya a la Baja Austria.[26]

La resistencia había sido eliminada en el otoño de 1941 y fue incapaz de recomponerse hasta 1943 y 1944, cuando se produjo un levantamiento en Eslovaquia. La brutalidad nazi fue comedida: aparte de la masacre de Lidice , no hubo atrocidades llamativas.[27] El país apenas se vio afectado por los bombardeos aéreos que llevaron el terror al resto de Europa.[28] Los franceses corrieron una suerte bastante peor y su actitud hacia los alemanes derrotados fue más digna, pero también hay que decir que éstos no consideraban a los franceses inferiores desde un punto de vista racial.

La clave para entender la gravedad de la respuesta de la posguerra es la revolución. Había que vengar todo lo ocurrido desde la Batalla de la Montaña Blanca, librada en 1620, cuando las tropas imperiales exterminaron a la nobleza bohemia nativa. Los alemanes seguían siendo los señores, y los checos, los criados; la nobleza era en su totalidad de habla alemana o húngara y gravitaba en torno a Viena o Budapest. La vieja Universidad de Praga era también alemana, y había institutos de segunda enseñanza y escuelas profesionales alemanes. Los checos veían con malos ojos estas instituciones, pues las suyas habían sido clausuradas durante el Protectorado. Es significativo que en mayo se transformaran en campos de concentración «sin control» o no oficiales. Brno tenía también su Technische Hochschule (Escuela Superior Técnica) e instituciones, tiendas y bares alemanes. Con el apoyo del Ejército Rojo y la certeza de que los Aliados occidentales harían la vista gorda ante todo lo que ocurriese, los checos aprovecharon la ocasión para llevar a cabo una limpieza étnica espectacular.

Se adoptaron medidas que imitaban conscientemente las tomadas por los alemanes contra los judíos: sólo podían salir a la calle en determinados momentos del día; estaban obligados a portar brazaletes blancos que, a veces, tenían estampada una «N», de la palabra checa *Ňemec*, «alemán»;[29] se les prohibía utilizar el transporte público o caminar por las aceras; no podían mandar cartas ni ir al cine, al teatro o al bar; tenían restringidos los horarios para comprar comida, y no podían poseer joyas, oro, plata, piedras preciosas, aparatos de radio o cámaras. Se les proporcionaron cartillas de racionamiento, pero no se les permitía adquirir carne, huevos, leche, queso

o fruta. Los alemanes debían estar también dispuestos a trabajar como esclavos en granjas, en fábricas o en minas.

Hubo dos oleadas de atrocidades: la de los libertadores rusos, que violaron y saquearon, y la de los partisanos checos que llegaron tras ellos. Como en otros lugares, los rusos tenían carta blanca. Los checos eran menos proclives a cometer delitos sexuales, pero a menudo fueron acusados de actuar como ojeadores para sus amigos soviéticos. No obstante, hay información sobre varios casos en que los rusos pusieron freno a los peores excesos de los checos.[30] Las atrocidades cometidas por los checos en las semanas y meses siguientes estuvieron encabezadas por la RG (Revolučni Garda) y por la policía especial o SNB (Sbor Národní Bezpečnosti), que vestían pantalones militares alemanes y camisas de la SA, así como por el ejército o por bandas de civiles entregados al pillaje o la violencia sádica. Los informes parecen relatos de los episodios más atroces del Terror durante la Revolución francesa.

En el caso de los alemanes prósperos, presentar una apariencia llamativa era signo patente de latrocinio. Los partisanos checos se llevaban todo lo que les resultaba atrayente, lo amontonaban en un camión y luego desaparecían en el Protectorado. A veces se trasladaban, sencillamente, a una casa, se apropiaban de las posesiones del anterior dueño y se vestían con las ropas de los alemanes expulsados. El tren a Praga y al norte se conocía con el nombre de «Expreso de Alaska», en alusión a la fiebre del oro, y quienes lo tomaban eran *zlatokopci*, o «buscadores de oro».[31] Una vez pasados los días del caos, la nueva República Checa comenzó a regular el saqueo para que el botín pasara a manos del Estado. En 1947, los expulsados estimaron en 19.440 millones de dólares el valor de los efectos robados.[32]

Praga

Al finalizar la guerra, Praga contaba con unos cuarenta y dos mil alemanes nacidos en la ciudad, además de otros doscientos mil alemanes del «Reich»,

aproximadamente, que trabajaban en diversos departamentos y ministerios, así como un contingente de refugiados.[33] Las calles de Praga estaban muy habituadas a oír hablar alemán; muchos judíos de Praga se comunicaban en ese idioma. En cuanto concluyó la batalla de Praga, las unidades de partisanos checos comenzaron a practicar detenciones masivas de civiles alemanes e internarlos en diversos lugares de la ciudad. La mañana del 5 de mayo de 1945 fue bastante tranquila. Aún paseaban por las calles alemanes uniformados. Los ánimos cambiaron a las once. De pronto se produjo un gran griterío y la gente comenzó a ondear banderas checas. Se entregaron armas en la estación ferroviaria de Buben. Aparecieron algunas unidades del ejército de Vlásov. Hubo disparos a un tren hospital. Los insurgentes capturaron la emisora de radio y comenzaron a emitir la consigna: «¡Muerte a todos los alemanes! ¡Muerte a todos los ocupantes!». No habría piedad para ancianos, mujeres o niños, ni siquiera para los perros alemanes: el de Margarete Schell fue apedreado por unos niños checos y hubo que rematarlo de un disparo. Era el primer día de la revolución.[34]

Fue también el día en que Margarete Schell fue detenida por un «repugnante carnicero» conocido suyo. Los miembros de la RG contaban con la ayuda de personas que conocían a los alemanes y podían mostrarles dónde vivían. Margarete era muy conocida como locutora de Radio Praga y actriz. Fue encarcelada en un sótano y, luego, trasladada al campo de concentración de Hagibor. Hasta marzo de 1946 no emprendió el camino a la libertad, en Alemania, en un vagón de mercancías. Al haber nacido en Praga, no sabía cómo responder a la «pregunta de Gretchen»:[N5] «¿Por qué admites que eres alemana?», pues era alemana de *Praga*. Es indudable que hubo alemanes de Praga que consideraron más prudente no decirlo, y algunos de ellos evitaron, probablemente, ser denunciados. Otro truco consistía en presentarse como austriaco. El embajador de Austria compareció en la prisión provisional para súbditos de su país con la intención de rescatarlos, pero su intercesión sólo supuso una escasa ayuda para los cuarenta mil austriacos que vivían aterrorizados fuera de la capital.[35]

Muchos de los alemanes más notables de la ciudad perdieron la vida durante aquella sangría. El profesor Albrecht, último rector de la universidad alemana, fue detenido en el Instituto de Neurología y Psiquiatría. Tras recibir una paliza fue ahorcado fuera del manicomio. El director del Instituto de Dermatología corrió una suerte similar. Hans Wagner, un médico alemán nacido en Praga y adscrito al ejército alemán, vio por última vez a su antiguo colega, el profesor Maximilian Watzka, decano de la facultad alemana de Medicina, en la prisión de Pankrác. Los nobles de habla alemana fueron también blanco de las redadas: Alexander Thurn und Taxis fue arrojado con su familia a un campo de concentración. Él y dos de sus hijos tuvieron que ver cómo su esposa, su madre y la gobernanta eran violadas reiteradamente. Cuando acabó la «partida», el aristócrata fue enviado a Auschwitz, gestionado ahora por rusos y polacos.[36]

El mediodía del 8 de mayo, cuando el ejército alemán comenzó a salir de la ciudad, se declaró una tregua. No se había llegado a ningún acuerdo propicio entre el Consejo Nacional Checo y la Wehrmacht para el transporte de soldados enfermos y heridos, y unos cincuenta mil quedaron abandonados. El Ejército Rojo apareció finalmente en Praga el día 9; se instruyó a los alemanes a que se inclinaran cuando vieran un vehículo soviético.[37] K. F., licenciado en Física, que había sido apresado el día 5, fue sacado de la cárcel y obligado a retirar las barricadas levantadas por los checos cuando se sublevaron contra la guarnición y que impedían a los rusos circular por las calles con sus tanques.[38] Los alemanes fueron golpeados hasta sangrar con barras de hierro y tubos de plomo por una muchedumbre de civiles y se les obligó a descalzarse y correr sobre cristales rotos. Las barricadas mayores tenían de dos y medio a tres metros de altura y estaban formadas por adoquines, barras de hierro y alambre de espino. Los alemanes tenían que desmontar los obstáculos y volver a pavimentar las calles.

También se obligó a algunas mujeres a retirar las barricadas. Helene Bugner fue golpeada primero por el portero de su bloque de pisos; luego, un tal profesor Zelenka la sacó por la fuerza junto con otras veinte más para

que limpiaran las calles. «¡Aquí os traigo unas cerdas alemanas!», dijo el profesor. Les cortaron el pelo con bayonetas y les quitaron el calzado y las medias. Las palizas causaron la muerte tanto a hombres como a mujeres. Una gran multitud de checos presenciaba la escena y vitoreaba cuando una mujer era golpeada o se derrumbaba. Al concluir su labor tuvieron que pisotear una enorme fotografía de Hitler y escupir sobre ella. Cuando la llevaron a trabajar en las barricadas, Margarete Schell vio cómo se obligaba a la gente a comer retazos de aquellas fotos.[39] Mientras las sacaban, una mujer oyó a un checo decir a otro: «No las golpeéis en la cabeza, no sea que mueran de inmediato. Que su sufrimiento se prolongue y con la mayor intensidad». Los hijos de Helene Bugner no la reconocieron cuando aquella misma noche regresó a casa.

Marianne Klaus vio con vida a su marido por última vez el día 9. Al día siguiente recibió su cadáver; la policía había golpeado a aquel hombre de sesenta y seis años hasta matarlo. Aquel mismo día, Marianne vio a dos hombres de la SS padecer un destino similar: les dieron patadas en el estómago hasta que la sangre les brotó a chorros; una mujer auxiliar de la Wehrmacht fue lapidada y ahorcada; otro miembro de la SS fue colgado de una farola por los pies y quemado.[40] Muchos testigos dieron fe de como se colgó y quemó a alemanes como «antorchas vivientes», y no sólo a soldados sino también a chicos y chicas jóvenes. La mayoría eran miembros de la SS, pero como los checos no se mostraban demasiado meticulosos al observar los uniformes, varios soldados de la Wehrmacht murieron también de esa manera. Aquel salvajismo fue, en parte, la respuesta a un rumor de que los alemanes habían estado matando rehenes. Se dice que el día en que Beneš llegó por fin a Praga se repitieron estos actos y hubo una quema de alemanes colgados en fila de las farolas.[41]

El Ministerio de Educación, la cárcel militar, la Escuela de Equitación, el Estadio de Deportes y la Bolsa se reservaron para prisioneros alemanes. La escuela Scharnhorst fue el escenario de una masacre perpetrada la noche del día 5. Grupos de alemanes –hombres, mujeres y niños, incluidos bebés– fueron sacados de diez en diez al patio y fusilados. Los demás tuvieron que desnudar los cadáveres y sepultarlos. Alfred Gebauer vio como se obligaba

a empleadas de la SS a rodar desnudas en una charca de agua antes de golpearlas con las culatas de los fusiles hasta que perdían el conocimiento. En el campo de fútbol de Strahov había de diez mil a quince mil alemanes. Allí, los checos organizaron un juego en el que cinco mil prisioneros tenían que correr para salvar la vida mientras los guardias les disparaban con ametralladoras. Algunos murieron acribillados a tiros en las letrinas. Los cadáveres no se retiraron, y quienes las utilizaron más tarde tuvieron que defecar sobre sus paisanos muertos. Lo normal era matar a todos los hombres de la SS, en general de un tiro en la nuca o en el estómago. Incluso después del 16 de mayo, cuando se suponía que se había restablecido el orden, morían a diario de doce a veinte personas, que eran sacadas del estadio en un carro para el transporte de estiércol. La mayoría habían sido torturadas previamente. Muchas fueron sepultadas en fosas comunes en la prisión de Pankrác, donde un destacamento de sesenta presos se ocupaba de enterrar los cadáveres. Otra cárcel improvisada fue un hotel construido en lo alto de las colinas. Había sido el burdel de la Wehrmacht. Varios alemanes fueron encerrados en el sótano, y las prostitutas y sus chulos se entregaron a una nueva orgía de sadismo y perversidad. Los alemanes y las alemanas tenían que desnudarse para recibir su castigo. Uno de ellos fue el profesor Walter Dick, jefe de una sección del hospital de Bulovka. Sus torturadores le hicieron enloquecer y se ahorcó con una cadena.

Uno de los testigos, demasiado enfermo para trabajar, fue enviado al campo de concentración hospital de Motol, donde había una «bodega» reservada a miembros de la SS. Alojaba de ochenta a cien hombres que eran sacados cada día para recibir palizas. Una variante local consistía en que un hombre golpeara a otro. En este caso debían abofetearse. A menudo eran desnudados antes de ser torturados, y luego, una vez que los guardias se habían cansado de la diversión, los arrojaban literalmente por las escaleras hasta su celda. El sótano de los SS albergaba a varios muchachos de las Juventudes Hitlerianas de catorce años. Cuando se consideraba que estaba lleno, los guardias disparaban al azar a través de los barrotes para hacer sitio. Gebauer declaró bajo juramento que también se maltrató a colaboradores checos, en especial a las mujeres que habían tenido amantes

alemanes. Miles de alemanes fueron enterrados en el cementerio de Wokowitz.[42]

Algunos alemanes de Bohemia evitaron la detención colaborando con las autoridades rusas y checas. Hans Wagner señaló a un tal doctor Rein, de Postelberg, un médico de prisiones especialmente cruel. Los rusos querían a las mejores mujeres. En el sótano donde se hallaba presa Margarete Schell, un médico regordete –probablemente judío– se presentó para trasladar a algunas mujeres a un lugar seguro antes de que los rusos hicieran su ronda. Una de ellas quiso llevarse a sus hijos: «Kinder hier lassen, Kindern tun sie nichts», le dijo el médico (Dejar niños aquí; ellos no hacen nada a niños). Cuando regresaron, los rusos se habían llevado a cuatro muchachas, que regresaron exhaustas por la mañana.[43] Pero también hubo numerosos actos de amabilidad por parte de los checos. Algunos arriesgaron sus vidas para proteger a amigos y conocidos. «Hansi» Thurn und Taxis se salvó huyendo a Austria por intercesión de un general checo. Al principio tuvo la ayuda de un ruso condenado a trabajos forzados en su finca.[44]

Un oficial alemán herido se encontraba en el cine Oko desde el 6 de mayo. Tras haber ayudado aquel día a desmontar las barricadas, fue devuelto a su prisión temporal. Aquella noche no hubo paz: los rusos y los checos acudieron en busca de mujeres. Los hombres que intentaban protegerlas eran golpeados, los niños que no querían soltarse de las faldas de sus madres eran arrastrados con ellas y obligados a mirar. Varias mujeres intentaron suicidarse. El oficial siguió recluido en el cine hasta Pentecostés. Aquel día, los gritos de los alemanes torturados que llegaban de la Escuela de Equitación se mezclaban con las voces de quienes asistían a misa en el edificio contiguo y «rezaban pidiendo compasión y amor al prójimo».[45]

Después de Pentecostés, el oficial fue trasladado a la Escuela de Scharnhorst. Sobre la puerta del edificio había una inscripción ominosa que decía: «Koncentrační Tabor» (Campo de concentración). «En aquel lugar se intentó superar todo lo que se había aprendido en los campos de concentración.» Las salas de cine eran muy populares como «campos de concentración». El Slavia, en la calle Řipská, fue utilizado también para albergar de quinientos a setecientos presos.[46] El físico K. F. fue llevado

también allí y torturado. El día 10, lo sacaron a la plaza Wenceslaus y lo empujaron hacia tres cuerpos desnudos que colgaban por los pies de una valla publicitaria. Habían sido impregnados de petróleo y quemados y tenían las caras hundidas a puñetazos y sin dientes, sus bocas apenas eran unos orificios sanguinolentos. Fue obligado, junto con otros, a arrastrar los cadáveres hasta la escuela.

Una vez que hubieron depositado los cuerpos, uno de los checos dijo al licenciado en Física: «To jsou přece vaší bratrí, ted' je políbejte!» (Ahí tienes a tus hermanos; ¡vamos... dales un beso!). Apenas se había limpiado la sangre de la boca, fue conducido al «sótano de la muerte» para recibir una paliza asesina. Liquidaban a los jóvenes alemanes de uno en uno. El licenciado era el cuarto de la fila. Tras el segundo asesinato se abrió una puerta y entró un checo. El licenciado supo más tarde que se trataba del sobrino del ministro Stránský. Les preguntó quiénes eran y dejó salir al licenciado y a un miembro de las Juventudes Hitlerianas de diecisiete años por ser los dos que hablaban checo. En general, el conocimiento del checo resultaba útil, pero nadie gozaba de inmunidad: antiguos oficiales del ejército, oficiales de policía y judíos de habla alemana eran encarcelados, aunque acabaran de salir de campos de concentración nazis. El sobrino del ministro esbozó una sonrisa burlona cuando les dijo que eran los únicos que habían salido vivos del sótano.[47]

Anna Seidel, de sesenta y siete años, era viuda de un ingeniero y vivía en Smíchow, un distrito de Praga. El día 9 fue arrestada con otras tres mujeres, dos de ellas de su misma edad. Les robaron y les propinaron una paliza monumental; les cortaron el pelo, les pintaron la frente con cruces gamadas y las pasearon por las calles sobre un camión haciéndoles gritar: «My jsme Hitler-kurvy!» (¡Somos putas de Hitler!). Si no gritaban lo bastante alto, las golpeaban de nuevo. Después de pasar cuatro semanas en Pankrác fueron trasladadas a Theresienstadt, donde permanecieron un año. Helene Bugner fue conducida a Hagibor, considerado uno de los campos mejores. De allí marchó a Kolin, donde las mujeres más jóvenes fueron violadas por los rusos, algunas de ellas hasta cuarenta y cinco veces en una noche. Una mujer checa que trabajaba para la Cruz Roja actuaba como

ojeadora. Las mujeres volvían de esas sesiones nocturnas vapuleadas con saña por sus violadores. Helene Bugner fue eximida de realizar trabajos agrícolas al cabo de tres meses, a raíz de una protesta de los británicos, en cuya legación había trabajado como secretaria durante doce años.[48]

Hans Wagner se presentó ante el comandante ruso para solicitar más camas para enfermos y heridos. Tuvo la precaución de acudir con un colega checo, el doctor Dobbel. El general ruso Górdov no tenía el menor interés en acceder a su demanda: «¡Si no tenéis espacio para vuestros heridos, arrojadlos al Moldava, donde hay sitio de sobra para ellos!».[49] Wagner salió a dar un paseo al atardecer del día 14. Del letrero del famoso restaurante U Svatého Havla colgaban los restos carbonizados de un soldado alemán atado por los tobillos. A su hombro derecho le faltaba el brazo. Wagner concluyó que se lo habían amputado. En todas partes observó señales de que los comunistas habían tomado el poder al amparo del Ejército Rojo, su libertador. Tras echar una ojeada al Elekra, el café de su familia, marchó hacia la estación del tren. Una mujer rubia estaba siendo atacada por una muchedumbre. Gritaba en un checo perfecto, pero en un momento fue rodeada y despojada de su ropa. Se acercó un carro tirado por cuatro caballos y ataron cada una de las extremidades de la mujer a uno de ellos. Los animales fueron arreados en direcciones opuestas.

Con el restablecimiento del gobierno se cerraron los campos de concentración improvisados en los cines y escuelas de Praga y los presos fueron trasladados a campos de verdad. Una mujer que había estado en el cine Slavia y afirmaba que se había librado de ser linchada gracias a una tormenta con truenos casi milagrosa fue conducida a la estación central, en una especie de marcha de la muerte durante la cual se golpeó a un gran número de alemanes de Bohemia hasta matarlos entre los aplausos de la multitud. Los introdujeron por la fuerza en unos vagones de carbón, donde les volvieron a robar una última vez y, luego, se los llevaron. Otros soportaron la marcha de la muerte hasta Theresienstadt. Se calcula que sólo un 10% de los que salieron de Praga sobrevivió.[50] Modřany fue otro campo de concentración checo de triste fama ocupado en su mayor parte por alemanes de Praga; otro de esos campos fue Bystřice, adonde fue a parar

Margarete Schell el 28 de julio. Los prisioneros fueron recibidos con una demostración de brutalidad. Todos los que tenían algún título profesional eran seleccionados para recibir una paliza suplementaria. A ella la azotaron. Margarete empezó a desesperar: «Nunca saldremos de aquí; es la última estación».[51]

Lentamente, el mundo exterior empezó a tener noticias de la suerte sufrida por los alemanes de Praga. Los austriacos, ocupados en intentar demostrar a los Aliados que nunca habían sentido ningún afecto por Alemania y los nazis, tenían sus propios problemas. En Viena, el antiguo diplomático Josef Schöner recibió el 18 de mayo la visita de un checo de Praga que le informó engañosamente de que todos los alemanes habían sido internados o estaban trabajando en la reconstrucción. Los hablantes de lengua alemana estaban acabados; se habían defendido encarnizadamente durante el alzamiento, en particular las mujeres, mientras que los rusos habían saqueado la ciudad, lo mismo que Viena. También se habían entregado sin trabas al pillaje en Bratislava, donde se había dado una elevada incidencia de casos de violación, «por lo que las primeras muestras de júbilo por la liberación habían disminuido considerablemente».[52]

Muchos alemanes pasaron un largo período en la prisión de Pankrác. Wagner afirmaba que uno de los placeres especiales que se ofrecían a los jerifaltes rusos era el de llevarlos a la prisión para que presenciaran cómo se golpeaba a un alemán hasta la muerte. Otro consistía en arrojar a un preso desde el antepecho de un segundo piso y disparar contra él mientras caía al suelo en picado. Algunos muchachos de Reichenberg fueron acusados de pertenecer a los *Werwölfe*. Se les obligaba a luchar entre sí hasta que sangraban, y luego tenían que lamerse la sangre. Cuando vomitaban a consecuencia de ello, también tenían que lamer los vómitos. Una vez que habían limpiado la mugre, se les desnudaba y azotaba con látigos hasta que la piel les colgaba de la carne. Luego los arrojaban a un sótano. Quienes no morían a causa de sus heridas eran ahorcados más tarde.[53]

Las víctimas de aquellas masacres no fueron sólo los alemanes de Praga sino también los refugiados de Bohemia y Moravia orientales. Wagner vio a un lastimoso grupo de ancianos, mujeres y niños de Ohlau. Intentó darles

leche, pero la RG hizo añicos las botellas que llevaba en las manos y amenazó con fusilar a los niños que intentaran lamerla de la acera. La condena internacional tuvo escaso efecto. En los días «revolucionarios», la Cruz Roja Internacional (CRI) temía demasiado a los rusos para actuar. La CRI realizó una inspección en abril de 1946 en el campo de concentración de Prosecnice. Nada más concluir la visita, el trato a los prisioneros empeoró.[54]

Landskron

Las masacres no se limitaron, ni mucho menos, a la capital. En cuanto los rusos liberaban una ciudad o un pueblo, acto seguido llegaban los partisanos para administrar justicia revolucionaria. Los objetivos principales eran los miembros del Partido Nazi, del Partido de los alemanes de los Sudetes o de las organizaciones que, según Beneš, habían colaborado con los nazis para imponer su tiranía. Los partisanos prestaban también oídos a las denuncias de los checos locales antes de lanzar sus ataques. Los ricos eran especialmente vulnerables. También corrían peligro los médicos, los propietarios de tiendas de ultramarinos, los carniceros y los dueños de bares, y cualquiera que pudiese haberse negado a conceder un crédito o servir aguardiente. En muchos lugares se consideró culpables a todos los alemanes. En otros, la acción estuvo influenciada por alguna atrocidad cometida por éstos. En Littau, cerca de Iglau –la bolsa de ciudadanos de lengua alemana situada al sur de Praga–, los SS habían reducido a cenizas el pueblo checo de Javorička en marzo de 1945. Los partisanos respondieron llevando a los alemanes a una casa de guardabosques y al castillo y asesinándolos.[55]

En Landskron, los combates cesaron el 9 de mayo. Los libertadores rusos estaban interesados sobre todo en las mujeres de la localidad, a las que persiguieron hasta bien entrada la noche. Los checos eran pocos, y su principal preocupación fue proteger sus propiedades del saqueo. Esta situación idílica cambió el día 17 con la llegada de algunos camiones

cargados de partisanos checos armados. Todos los varones alemanes que vivían en la ciudad fueron llevados a la plaza mayor. A primeras horas de la tarde había más de mil. Los checos se divirtieron obligándoles a realizar ejercicios consistentes en echar cuerpo a tierra y levantarse, mientras paseaban entre ellos, les escupían y les daban patadas en las ingles y las espinillas. Quienes se caían durante aquellos ejercicios humillantes eran llevados a un tanque de agua y sumergidos. Se disparaba contra todo el que intentaba emerger. Mientras tanto se formó un «tribunal popular» con un jurado compuesto por checos del lugar. Se obligaba a los alemanes a ir a gatas hasta el estrado. La mayoría de los hombres tenían que atravesar un recorrido de cincuenta a sesenta metros formado por dos filas de personas que los maltrataban. Muchos caían y eran destrozados a golpes. Al día siguiente se volvió a reunir a los supervivientes. Un hombre fue colgado de una farola. El tribunal sólo levantó la sesión cuando una mujer aterrorizada prendió fuego a su casa provocando el pánico entre la multitud. Se había dado muerte a veinticuatro alemanes. Un número aún mayor se suicidó.

La marcha de la muerte de Brno

Brno era otro enclave alemán. Antes de la Gran Guerra se consideraba un «suburbio de Viena».[56] Tras la emigración de la posguerra seguían viviendo aún sesenta mil alemanes, y había muchos más entre esta ciudad y la frontera. Los rusos llegaron a Brno el 25 de abril. A continuación se produjeron las ya habituales escenas de violaciones y violencia. A la mañana siguiente, todos los alemanes tuvieron que presentarse a trabajar. Los partisanos checos establecieron su cuartel general en el colegio universitario de Kaunitz, donde se golpeó y torturó a los alemanes más prominentes de la ciudad. A veces se les obligaba a marchar a cuatro patas y a ladrar como perros. Cuando los checos hubieron acabado con ellos, los llevaron al hospital, donde fueron arrojados a un sótano. Una enfermera de la Cruz Roja examinó a un alemán con unas heridas indescriptibles en los

genitales. Antes de morir pudo explicar su delito: había vendido verdura a la Gestapo.[57]

La marcha de la muerte de Brno comenzó a las 21 horas del 30 de mayo. Era la festividad de Corpus Christi, fecha en que normalmente se realizaban procesiones solemnes, y los alemanes, católicos en su mayoría, no pudieron menos de establecer comparaciones. Las veinticinco mil personas de la marcha dispusieron de quince minutos para hacer un paquete con sus escasas pertenencias y reunirse en el jardín del convento, donde pasaron la noche. Al amanecer se les obligó a salir al patio, donde les despojaron de sus objetos de valor antes de emprender la marcha hacia el campo de concentración de Raigern en medio de una pertinaz lluvia. Entre los que formaban la procesión había residentes del asilo de ancianos, enfermos de los hospitales y la clínica infantil y una inglesa que se había casado con un nazi de la localidad. Su caso despertó, naturalmente, el interés de la corresponsal del *Daily Mail*, Rhona Churchill, que publicó en el diario una crónica el 30 de mayo.[58]

Los rezagados eran golpeados con porras y látigos, y quienes no lograban levantarse eran abatidos a tiros y sus cadáveres despojados de sus ropas y pertenencias. Los supervivientes fueron cacheados desnudos antes de ser introducidos en un campo de concentración en Pohrlitz, a mitad de camino de la frontera con Austria.[59] La enfermera de la Cruz Roja afirmó que para entonces habían muerto ya mil personas. Según otra, el campo se cobró 1.700 vidas más. Una madre cuenta que dos de sus tres hijos murieron durante la marcha.[60] Los integrantes de la marcha fueron alojados en una fábrica de coches. Los guardias violaron a las mujeres jóvenes. Quienes todavía eran capaces de caminar fueron espoleados hasta la frontera a la mañana siguiente, dejando tras de sí a unos seis mil compañeros que fueron arrojados a unos silos de grano. La enfermera de la Cruz Roja se quedó con ellos y sus informes no constituyen una lectura agradable. Es posible que algunas de las atrocidades cometidas hayan sido exageradas posteriormente, pero las pruebas que las corroboran son más que suficientes para demostrar que los checos se comportaron con una crueldad inhumana.

El campo de Pohrlitz fue evacuado el día 18 de junio. Allí murieron diariamente de sesenta a setenta personas, sobre todo de tifus. La alimentación consistía en pan duro y nabos podridos. Los rusos se presentaban todas las noches a las 19.30 h, se quedaban hasta las dos de la madrugada y violaban a las mujeres, hasta a las de más de setenta años. Cuando la enfermera de la Cruz Roja intentó proteger a una niña de once, se la llevaron también a ella para que «sufriera las consecuencias» y fue violada por cinco soldados. Otro testigo dijo que la más joven de las violadas tenía siete años, y la mayor ochenta. Algunas de las más sanas escaparon y marcharon por su cuenta hasta la frontera. El deseo evidente de los checos era que Brno quedara libre de alemanes a tiempo para la visita prevista de cinco días que iba a realizar Beneš en julio. El caso es que los checos no lograron detener a todos los alemanes, mientras que otros que se habían derrumbado durante la marcha fueron devueltos a la ciudad. Cuando llegó Beneš fueron llevados a la fuerza a unas dunas de arena sin comida ni agua. Muchos murieron; otros enloquecieron.[61]

Los primeros en salir de Pohrlitz fueron los enfermos, a quienes sacaron de allí y abandonaron en los pantanos del río Thaya, en la frontera con Austria. Nadie sabía que se encontraban en aquel lugar, y según la enfermera de la Cruz Roja murieron de hambre. Los cadáveres fueron fotografiados y mostrados en los noticiarios cinematográficos de Gran Bretaña y Estados Unidos. Los checos se defendieron aduciendo que habían sido asesinados por los austriacos. Se perpetró otra masacre en Nikolsburg, donde los cuerpos de 614 hombres fueron arrojados a una fosa común.[62]

Iglau y Kladno

La bolsa de habitantes de lengua alemana en torno a Iglau (Jihlava), en Moravia occidental, era también un asunto delicado para los checos. La caída de la ciudad el 5 de mayo derivó en un suicidio masivo de alemanes; nada menos que mil doscientos se quitaron la vida, y hasta Navidad el número de muertos ascendió probablemente a dos mil. Entre seis mil y siete

mil alemanes fueron trasladados a los campos de concentración de Helenental y Altenberg. Cuando se cerró Helenental, los internos del campo fueron desvalijados y conducidos en masa al sur, hacia la frontera austriaca. Se estima en unas trescientas cincuenta las personas que perdieron la vida en el camino. En Stannern fueron retenidos en otro campo, en el que fallecieron varios centenares más.[63]

Los alemanes de Kladno sufrieron toda la crudeza de la revolución a partir del 5 de mayo. Al padre de Erika Griessmann lo sacaron de la ciudad y nunca regresó. Ella misma recibió una paliza por negarse a decir a la RG dónde estaban enterradas las joyas de la familia. Pocos días después vio como unos alemanes eran cazados como liebres en un campo y ametrallados por los partisanos. Los miembros de su familia fueron expulsados de su casa el día 9 y se les obligó a pasar entre dos filas de personas a lo largo de su calle mientras la multitud arremetía contra ellos. Erika reconoció a algunos vecinos que, asomados a la ventana, lloraban al verlos.

Se unieron a un grupo de refugiados. Los checos habían arrojado granadas en medio de ellos y muchos estaban cubiertos de sangre. Erika, que entonces tenía diecisiete años, oyó por segunda vez que ella y las alemanas de aspecto más agraciado serían violadas por los rusos. Al parecer, eran las primeras candidatas. Sin embargo, no fue así. Erika se desmayó y la arrastraron por los pelos hasta un coche. Se despertó en un sofá atada de pies y manos. Cinco oficiales soviéticos de alto rango le preguntaron si tenía hambre y adónde quería ir. Les dijo que quería estar con su madre. Los rusos la llevaron al campo de fútbol, donde la encontró junto con su hermano menor.

Tras haber amenazado con fusilarlos a todos, los checos llevaron a los alemanes a Masshaupt, donde tuvieron que permanecer de pie en una zanja mientras una muchedumbre les escupía y apedreaba. Fueron devueltos al campo de fútbol en un camión. Allí donde se mirase había soldados alemanes caídos con heridas de bala en el estómago y en la cabeza. El grupo de Erika fue desnudado y cacheado y llevado luego a unos

barracones. Por todas partes aparecían cadáveres, incluso de niños pequeños cuyos padres los habían degollado para salvarlos de ulteriores torturas.

El día 10 se prepararon para la partida. Ante las puertas de los barracones se había congregado una multitud que los abucheaba. Un checo leyó un discurso: todos los alemanes eran criminales. Y una vez más se lanzaron contra los refugiados granadas de mano que provocaron otro baño de sangre. Apareció un sacerdote checo para administrar los últimos sacramentos, pero muchos de los moribundos rechazaron su bendición. Erika y su madre lograron llegar hasta una ambulancia y alguien dio a la joven una cofia de enfermera de la Cruz Roja. Cuando los alemanes heridos partieron para Kladno les acompañaron centinelas rusos. Uno de ellos se dio cuenta de que Erika no era enfermera y le exigió que le acompañara. Los heridos de la ambulancia se pusieron de parte de ella. Luego, el ruso les pidió que le entregaran a Erika o sus relojes. Los soldados alemanes, gravemente heridos, dieron al ruso sus relojes de pulsera y sus anillos comprando de ese modo la libertad de Erika, que consiguió llegar así a un lugar relativamente seguro en la zona ocupada por los americanos.[64]

La Zona Estadounidense

Los libertadores de Checoslovaquia occidental no fueron los rusos sino los americanos. Sin embargo no se inmiscuyeron en las actividades de los partisanos checos, sin que importara lo que los alemanes de Bohemia hubiesen deseado creer. Lo más que puede decirse es que las expulsiones de su zona fueron en general más humanas que las realizadas al este de la línea de demarcación.[65] Los estadounidenses abandonaron finalmente la zona en diciembre de 1945.

Una mujer informa, no obstante, de que los americanos la ayudaron a cruzar la frontera; otra fue devuelta a Brno desde Alemania por ser de nacionalidad checa y, en cuanto alemana, tuvo que sufrir las consecuencias. En la cárcel de Bory, en Pilsen, las torturas cesaron cuando los americanos realizaron una inspección; sin embargo se reanudaron al día siguiente. El 10

de octubre de 1945, el escritor Ernst Jünger recibió una carta de su amiga Sophie Dorothea Podewils. Sophie había estado en la cárcel de Pilsen. «Lo ocurrido en la parte alemana de Checoslovaquia, y también en la húngara, es una tragedia comparable únicamente a lo que los judíos tuvieron que soportar aquí.»[66]

En Mies, cerca de Marienbad, partisanos checos y soldados estadounidenses registraron juntos casas alemanas. Más tarde, los partisanos fusilaron a veinticinco alemanes en su campamento. Elbogen (Habartov) era la sede de la Comisión de Control, que concedía a los checos el permiso para pasar a otras zonas de los Aliados; sin embargo, sus decisiones no siempre eran respetadas por los partisanos.[67] Franz Weinhand fue capturado por la milicia en Gfell y trasladado al castillo de Elbogen. Él y sus compañeros alemanes gritaban tan alto mientras los azotaban que comenzaron a irritar a los centinelas norteamericanos situados a un centenar de metros de distancia. Uno de ellos abrió fuego con su ametralladora contra la ventana. Dos días después, miembros de la comisión estadounidense llegaron al castillo y tomaron fotografías de los cuerpos desnudos de los alemanes. Weinhand y los demás no se atrevieron a pronunciar palabra por temor a las represalias. Al cabo de cuatro semanas, los americanos se llevaron a los presos políticos a Landshut, en Baviera. En septiembre fueron devueltos a Checoslovaquia.[68]

En Schlakenwerth, un relojero alemán apellidado Müller fue torturado hasta morir. Era originario de la localidad turística de Sankt Joachimsthal (Jáchymov), donde el señor Steinfelsner, propietario de una serrería, fue ahorcado delante del ayuntamiento en presencia de los habitantes de la ciudad. El cuerpo estuvo colgando allí hasta que unos soldados estadounidenses de paso por la ciudad obligaron a los partisanos a descolgarlo.[69] En Bischofsteinitz (Domažlice) se produjeron las escenas habituales tras la detención de los varones de la localidad. Treinta y tres de ellos fueron sacados del grupo y masacrados. En Blatna, tras la partida de los americanos, se afeitó la cabeza a una muchacha que había coqueteado con ellos. Los americanos estuvieron también en Chodau (Chodov), donde

el equipaje de los alemanes que se iban de la ciudad era desvalijado casi tan sistemáticamente como en Polonia, al otro lado de la frontera.[70]

Había checos que trabajaban y vivían en zonas alemanas, y alemanes en las ciudades situadas en medio de comarcas mayoritariamente checas. České Budějovice, o Budweis, en el sudoeste de Checoslovaquia, se hallaba en el corazón de las tierras checas. Los alemanes habían dominado la ciudad hasta el siglo XIX. En 1945 aún permanecía en ella una minoría activa a la que se obligó a trabajar en las minas. La mayoría de las atrocidades se cometieron en torno a la Bolsa. Un gran número de mujeres checas vitoreaba mientras los alemanes eran apaleados hasta desangrarse. El sacerdote Joseph Seidl fue uno de ellos, aunque el único delito que había cometido, al parecer, era ser alemán. Las camas del hospital militar fueron tomadas por los checos. Un soldado gravemente herido recibió una inyección letal. Miembros de la SS de entre dieciocho y veintiún años fueron arrastrados al patio y muertos a golpes. En Pilsen, otra ciudad mayoritariamente checa, Franz Wagner, antiguo comunista que había pasado una temporada en Dachau, sufrió robos y palizas antes de ser expulsado del país.[71]

Freudenthal, Freiwaldau y Bilin

Según numerosos informes, los checos odiaban particularmente a los alemanes propietarios de bares y médicos. Es posible que los dueños de los bares miraran por encima del hombro a los clientes checos y que los médicos se negaran a tratarlos o fueran sospechosos de estar implicados en el genocidio nazi. Carl Gregor practicaba la medicina general en Freudenthal (Bruntál), en el sector nororiental de las tierras checas. Tras llevarlo al campo de concentración de esa localidad lo acusaron de haber asesinado a 150 extranjeros. Gregor consideró ridícula la acusación y fue torturado por dieciocho hombres, que le golpearon con tanta saña que le arrancaron la piel de las nalgas.

En Freudenthal, todos los presos estaban obligados a presenciar las ejecuciones, que se realizaban en el bloque de los barracones. Como sabía checo y eslovaco, Gregor debía traducir las órdenes dadas por el comandante. En cierta ocasión, veinte hombres tuvieron que cavar su propia tumba e introducirse luego en ella. Murieron de un tiro en la nuca. A uno hubo que dispararle tres veces, pero todavía estaba vivo cuando los prisioneros cubrieron la sepultura. La excusa para esta matanza fue un accidente con una granada que acabó con la vida de un ruso. Los checos dijeron luego a los rusos que la muerte se había debido a una bomba de relojería colocada por alemanes y exigieron que se fusilara en represalia a cien rehenes. Los rusos sólo les permitieron matar a una veintena.[72]

En Freiwaldau (Jeseník), los internos del campo fueron llevados andando hasta la frontera y obligados a entrar en Alemania. Aquella dura prueba se prolongó durante setenta y dos horas, mientras los alemanes eran golpeados con látigos y con las culatas de las pistolas.[73] Alfred Latzel era propietario de una gran azucarera y una granja. El 20 de junio fue desposeído de sus propiedades y se le advirtió que tendría problemas si se quedaba en Checoslovaquia. En el convencimiento de que no había hecho nada malo, decidió plantar cara. La policía local lo sometió a un breve interrogatorio al final del cual fue entregado al campo de Jauernig II, un antiguo campo del RAD (Reichsarbeitsdienst, el «Servicio de Trabajo del Reich»). Latzel se enteró mucho después de que había sido encarcelado por haber denunciado supuestamente a comunistas durante el Tercer Reich. Él siempre lo negó. En Jauernig, el carcelero era un comunista alemán. Los denunciantes alemanes se hallaban también presentes en las sesiones de tortura e incitaban a los torturadores.

Al cabo de cuatro días, Latzel fue trasladado a unos barracones del servicio de trabajo de otro campo situado en Adelsdorf, unas antiguas instalaciones para prisioneros de guerra. Allí, su suegro, el hacendado doctor Erich Lundwall, era el representante de los presos. Los guardias partisanos vestían antiguos uniformes de la SS, aunque portaban estrellas rojas en las gorras, junto con las siglas KTOF (Koncentrační Tábor Okres Frývaldov [Zona del campo de concentración de Freiwaldau]). Esa misma

leyenda colgaba sobre la puerta del campo, pero posteriormente fue cambiada primero por la de «Campo de internamiento» y, luego, por la de «Punto de reunión para internos». La reestructuración de los campos de Freiwaldau por las autoridades de Praga no fue bien aceptada por los guardias partisanos. Durante el período de los campos improvisados, los partisanos no sólo tuvieron el poder sino que, al parecer, hicieron acopio de grandes cantidades de objetos de valor y alimentos y bebidas, una parte de los cuales estaba destinada a los prisioneros. Los guardas propinaban palizas a los recién llegados golpeándolos con látigos y con las culatas de los fusiles. Latzel describe el caso de dos muchachos de quince o dieciséis años que intentaron escapar y fueron devueltos al campo por sus padres comunistas. Tras haberles marcado las nalgas con cruces gamadas, los torturaron lentamente hasta casi matarlos. Finalmente fueron fusilados frente a dos prisioneros seleccionados de cada uno de los barracones. Un verdulero nazi fue escogido para recibir un castigo especial. Acabó desvaneciéndose y se dio por supuesto que lo habían matado. Los guardias disfrutaron también azotando a un hombre de setenta años, el cual después de cada latigazo tenía que decir: «Děkuji!» (¡Gracias!).[74]

Una vez que la gendarmería oficial se hizo cargo de los campos, la brutalidad se moderó, aunque nunca cesó por completo. Al burgués Latzel se le encomendó fuera del campo una tarea poco habitual. Aró los campos y trabajó en los bosques y las fábricas; saqueó granjas e instalaciones industriales y desmontó maquinaria. Nada de todo aquello se anotó en un inventario. La comida mejoró con el tiempo. A una dieta de sopa de patatas deshidratadas y agua se le añadieron algunas exquisiteces inauditas: verduras y cebada perlada, y una vez a la semana carne. De vez en cuando había mermelada, y en Navidad pasteles. Al final recibieron incluso la visita de un sacerdote, aunque se le prohibió que pronunciara un sermón. También se permitió la actuación de actores aficionados, así como la de espectáculos de cabaret. Se publicó alguna propaganda antinazi liviana y un obituario del Tercer Reich que pretendía ser chistoso. El nazi Karl Froning lo consideró de mal gusto y estúpido. Cuando les mostraron películas de las víctimas de los nazis creyeron que eran falsificadas (una reacción bastante común en

aquellas fechas): «La mayoría de nosotros hemos visto suficientes atrocidades de este tipo y las hemos sufrido en nuestros propios cuerpos».

En la comarca de Freiwaldau, en Thomasdorf, se levantó un tercer campo de concentración para hombres; y un cuarto, Biberteich, albergaba a unas trescientas mujeres. Karl Schneider pasó catorce extenuantes meses y medio en Thomasdorf tras ser acusado de haber disparado contra un checo. Fue torturado y recibió la paliza habitual propinada por otro prisionero, Franz Schubert, de Niklasdorf. Schubert no le atizó con suficiente violencia, por lo que le asestaron un golpe tan fuerte que cayó muerto en el acto. Aquella misma noche, los checos mataron a otras dos personas después de torturarlas durante varias horas. Uno era un joven de quince o dieciséis años. El comandante recibía a los recién llegados con los acostumbrados aplastamientos de cabezas y extremidades. Cuando veía a alguien sangrar profusamente, comentaba: «¡La sangre alemana no es sangre, es mierda de cerdo!». El comandante se llamaba Wiesner, lo que hace pensar que por sus venas corría algo de esa sangre que no era tal.

Karl Froning, Pg y miembro de la SS, había sido el administrador de Thomasdorf en los días en que albergaba a prisioneros rusos. Al parecer le había ido razonablemente bien en comparación con otros, posiblemente porque el apasionamiento de los checos se había agotado parcialmente cuando llegó al campo en el mes de julio. Froning recordaba las clases de checo recibidas a la intemperie y pensadas para humillar a los alemanes, que se habían negado siempre a aprender aquel idioma. Las manifestaciones de violencia no eran, sin embargo, desconocidas, y los guardias sentían una particular animosidad contra un médico de Freiwaldau, el doctor Pawlowsky, a quien se obligaba no sólo a acostarse sobre sus propios excrementos sino también a comérselos. Al final se desplomó ante sus torturadores y murió. Froning calculó que en cuatro semanas había fallecido, por una u otra causa, alrededor del 10 % de los doscientos internos.[75]

En Bilin (Bilina), al noroeste de Praga, los prisioneros tuvieron la buena fortuna de ser trasladados directamente a la frontera sin pasar por un campo checo. Anton Watzke vio, no obstante, a lo largo del camino escenas atroces

en las que la soldadesca checa daba muerte a mujeres alemanas. Se llegó, incluso, a abatir a tiros al sacerdote. En otro caso, el testigo Adolf Aust recordaba haber visto disparar contra un hombre que se había detenido para hacer sus necesidades.[76]

Brüx, Saaz, Komotau, Aussig y Teschen

La ciudad de Teschen (Děčín), en el norte, fue liberada el 10 de mayo; sus libertadores fueron los polacos. Durante cinco días violaron, saquearon, quemaron y mataron. Un tendero fue conducido al depósito del agua y arrojado en él. Le dispararon y fallaron. Finalmente, uno de los polacos lo sacó felicitándole por haberlo hecho bien: había salvado la vida. Se cuenta que los polacos mataron a docenas de prisioneros de guerra; los demás fueron trasladados al campo de concentración de Jaworczno, donde los mandaron a trabajar a las minas. Otros alemanes de la región de los Sudetes fueron deportados a Glatz, en Silesia, que había sido otorgada a Polonia. Allí volvieron a padecer más sufrimientos hasta que fueron expulsados de nuevo con los alemanes de Silesia, en esta ocasión al nuevo «Reich» empequeñecido.

Según Franz Limpächer, en su pueblo de Kleinbocken había sólo un checo: Stanislaus Mikesch, que se había mudado allí procedente de Kladno y se había casado con una muchacha alemana, convirtiéndose en un gran entusiasta de Hitler. Tras la llegada de los polacos reapareció portando gran cantidad de estrellas rojas y proclamando que, a partir de aquel momento, era el nuevo comisario. Acto seguido confiscó las pertenencias de su vecino. De Praga, Tábor y Pardubice llegaron más checos que se apoderaron de las casas de los alemanes.[77]

Cerca de allí, en la pequeña ciudad de Brüx (Most), el doctor Carl Grimm fue asignado a la policía checa como médico para atender a los alemanes. Según manifestó, Brüx tenía treinta mil habitantes, dos tercios de los cuales eran alemanes. Algunas de las peores violaciones fueron cometidas por desplazados rusos llevados allí para trabajar en la presa de la

localidad. El trabajo de Grimm consistía, en parte, en certificar las causas de defunción y, por tanto, tomó nota del número de suicidios de los meses de mayo, junio y julio. En ese período álgido se quitaban la vida diariamente unos dieciséis alemanes, a menudo familias enteras. Los que podían matarse de un disparo o inhalando gas eran los menos, pues los alemanes habían sido obligados a entregar sus armas y se les había cortado el suministro de gas. La mayoría se colgaban de cualquier soporte conveniente que podían encontrar para tal fin. Según Grimm, la cifra total de suicidios se situó entre seiscientos y setecientos, en torno a un 3% de la población alemana de la localidad.

La colaboración de Grimm con la policía local aplazó su encarcelamiento. Los demás hombres de Brüx fueron trasladados a un campo de concentración en Striemitz, a media hora de camino a pie, mientras que a las mujeres se las condujo a la fábrica de vidrio del propio Brüx; mil de ellas fueron finalmente obligadas a marchar desde allí hasta la frontera alemana en Deutschneudorf. A algunos hombres se les hizo trabajar en las minas en tareas de hidrogenación. Otros fueron transferidos al campo de concentración 28 de Maltheuern.[78] Los alemanes que trabajaban en la industria pesada a menudo recibieron protección de los rusos que requisaban las fábricas. Cuando éstas fueron entregadas a los checos, a los alemanes que trabajaban en ellas se les internó en el campo 27. Se fusiló a los directores de minas alemanes, pues durante la guerra se había condenado a los checos a trabajos forzados.

Los propietarios de viviendas quedaron, sencillamente, a merced de los checos, que aparecían ante sus puertas y los obligaban a salir. No se les permitía llevarse nada consigo, aparte de una maleta con treinta kilos de contenido (que, de todos modos, les robaban). Los checos estaban protegidos por soldados que, a continuación, se llevaban a los alemanes a «campos de evacuación» como Negerdörfel, en Brüx, que había sido anteriormente un cuartel de las fuerzas antiaéreas. Algunos fueron enviados rápidamente a Alemania por invalidez. Los peores tratos se reservaban, naturalmente, para antiguos nazis y para los propietarios de edificios importantes o casas imponentes, que eran conducidos a los campos 27 y 28

o encerrados en barracones, en el cuartel general de la policía, en los juzgados de la localidad o en el campo de concentración de Striemitz. Los hombres tenían que boxear también allí entre ellos ante la presencia de los guardias, quienes debían asegurarse de que golpeaban con fuerza.

En Brüx, el terror comenzó tarde, el 1 de agosto. Los alemanes que aún quedaban fueron detenidos, golpeados y obligados a marchar hasta el campo 28. Grimm aporta una lista completa de los campos del municipio de Brüx: los campos 17/18 y 31/32, próximos a Maltheuern; el de Rössel y el 37, cerca de la propia Brüx; los 22/25, en Niedergeorgenthal; y los 33/34, en Rosenthal. Estos campos proporcionaban operarios para las tareas de hidrogenación, que normalmente daban empleo a 35.000 obreros. Hubo también campos para las minas, que ocuparon a otros 25.000, pero Grimm no conocía sus nombres. Según sus estimaciones, en aquella parte de Checoslovaquia había en total unos treinta campos de concentración. Durante la guerra, la mano de obra de las minas y las presas estaba integrada por trabajadores extranjeros: holandeses, franceses, italianos, croatas, búlgaros, polacos, ucranianos y rusos. Ahora, tuvieron que ser sustituidos por alemanes.

El propio Grimm estuvo en el Tabor (Campo) 28,[N6] con una población fluctuante que oscilaba entre 500 y 1.400 almas. Los internos no provenían sólo de ciudades y pueblos de la región de los Sudetes: había también alemanes procedentes del Reich y alemanes de Hungría. El campo estaba formado por barracones de madera con unos treinta hombres por celda. La furia de los rusos y los checos no había amainado. Para propiciar el mantenimiento de la salud se fusiló a quince hombres afectados de tuberculosis. Las palizas eran una práctica obvia, y el trabajo resultaba suficientemente extenuante: dieciocho horas diarias en las labores de hidrogenación, y seis de sueño. El lugar de trabajo distaba dos horas de camino, al que había que sumar otras dos de penoso esfuerzo para regresar. La marcha formaba parte de la humillación planeada. La encabezaban dos «bufones de la corte», uno de los cuales se tocaba con un sombrero de copa, y el otro con una *Pickelhaube* prusiana (un casco de coracero rematado por una punta). Los prisioneros, que lucían en la espalda cruces gamadas

blancas amén de la inscripción «KT 28», tenían que cantar canciones alemanas nacionalistas. Uno de los bufones tuvo un triste final cuando el *Kadle* (comandante) Vlasak intentó atravesarle en broma el sombrero de copa de un disparo y le dio en la cabeza por error. Cuando lo llevaban en el ataúd, al ver que aún estaba vivo, le dispararon otras dos balas al corazón.

Al *Kadle* Karel Vlasak le gustaba que le llamaran «Tgyr» (Tigre). Los prisioneros le habían puesto su propio nombre: «La bestia del 28». Se paseaba por el campo con un revólver en una mano y una *nagaika*, o «látigo de nueve colas», en la otra. Uno de sus placeres consistía en golpear a los presos con el antebrazo. Cuando caían al suelo, como les ocurría a muchos, solía asestarles patadas en el estómago y los testículos. Sus compatriotas jaleaban aquel entretenimiento. Eduard Kaltofen cuenta cómo golpeó a un soldado mutilado hasta matarlo con su propia muleta. En otra ocasión, cuatro hombres tuvieron que preparar sus ataúdes antes de morir de un tiro en la nuca. Vlasak fue detenido posteriormente, pero no por su conducta con los prisioneros, sino porque les había robado algunas pertenencias y no las había entregado a las autoridades superiores.[79]

La ocupación de Saaz (Žatec), la famosa ciudad del lúpulo, y la cercana Postelberg (Postoloprty) tuvo características similares. El 9 de mayo, los soldados rusos libertadores violaron y mataron a tiros a unos pocos habitantes, alemanes en su inmensa mayoría. Algunos alemanes se suicidaron ahorcándose o envenenándose, otros desaparecieron. Los rusos fueron reemplazados el 2 de junio por soldados checos a las órdenes del general Svoboda. Entretanto, los habitantes de la localidad habían rezado para que una intervención angloamericana impusiera algún tipo de división equitativa entre checos y alemanes. Pero nunca ocurrió. El día 3 se decidió limpiar Saaz de sus alemanes. Antes de la guerra, la ciudad tenía unos dieciséis mil habitantes. Cinco mil hombres y muchachos fueron reunidos en la plaza del mercado. Cualquier persona que los checos consideraran extraña era golpeada salvajemente. Luego se les obligó a marchar hasta Postelberg, a quince kilómetros de allí, cuya población había sido ya evacuada. El trayecto duró dos horas. Cuando un hombre se derrumbaba era liquidado a tiros: los chicos en presencia de sus padres, y éstos delante de

sus hijos. Los varones de Saaz fueron instalados en un antiguo cuartel. Y otros ciento cincuenta hombres fueron confinados en la prisión de esta localidad, donde se les sometió a una brutalidad más sofisticada. Al final del día se les trasladó a Postelberg. Detrás quedaron tan sólo las mujeres, presas de la angustia.[80]

Al día siguiente se produjo una masacre a pequeña escala en el cuartel de Postelberg. Se formó un destacamento para enterrar a los muertos en zanjas abiertas en una gravera que a partir de ese momento servirían como letrinas para el campo de concentración. A los hombres les robaron luego todos los objetos de valor que llevaban consigo. Más tarde, un destacamento buscó entre los prisioneros médicos, farmacéuticos, sacerdotes, miembros de profesiones importantes, especialistas en trabajos útiles, semijudíos, hombres casados con mujeres judías y antiguos internos de campos de concentración alemanes. Todos ellos fueron trasladados al campo de Saaz.

La gente corriente pasó la noche en las cuadras. A la mañana se abrieron las puertas al grito de: «Rychle, rychle!» (¡Deprisa, deprisa!). Quienes se demoraban eran abatidos a disparos. Los muertos y los heridos fueron arrojados a las letrinas, y los demás sometidos a una criba política. Todos los miembros de la SS, la SA, organizaciones nazis, la Wehrmacht y el Partido Nacionalsocialista tenían que dar un paso al frente. Los fusilamientos prosiguieron todo el día y toda la noche. Cinco muchachos de unos quince años que habían intentado escapar fueron azotados con látigos hasta sangrar y ejecutados en presencia de los demás.

A los supervivientes, en un número cercano a 275, se les amontonó de nuevo en los establos. Pasaron cuatro días hasta que se les dio algo de pan; algunos habían enloquecido para entonces. Cuando por fin se abrieron las puertas, uno de los hombres salió semidesnudo y contoneándose como un bailarín de ballet. Un capitán alemán pidió al líder de los torturadores, el capitán de policía Marek, el derecho a morir como un soldado. Marek lo obligó a arrodillarse para dispararle en la nuca. Abrió fuego y falló. El oficial alemán se volvió y le dijo: «¡Dispare mejor!». Marek efectuó dos nuevos intentos para acabar con él.[81]

Para el antiguo soldado Ottokar Kremen, de Komotau (Chomutov), los rusos eran pura dulzura y delicadeza comparados con los checos. El 7 de mayo, al volver del ejército, encontró la ciudad ocupada por soldados rusos, que le aseguraron que no se quedarían mucho tiempo y le permitieron llevarse algo de ropa. Al descubrir que le habían robado la bicicleta mientras estaba dentro de casa, el comandante ruso requisó una motocicleta de otro ruso y se la entregó junto con un salvoconducto escrito en lengua rusa. Kremen marchó luego a casa de su cuñada en el cercano pueblo de Gersdorf. No fue el único que encontró en los soldados rusos más comprensión que en los checos. El doctor Siegel, de Theresienstadt, dijo que los rusos solían ser «notablemente más amables». Un médico ruso curó las heridas de los destinados a destacamentos de trabajo y ayudó a otros a huir. Siegel solía decir a las muchachas que querían evitar la desgracia de las violaciones nocturnas que se hicieran amigas de un ruso y se marcharan con él.[82]

Casi un mes más tarde, a comienzos de junio, los checos llegaron a Gersdorf y arrestaron a Kremen. Lo interrogaron y le preguntaron si había estado en la SS, en la SA o en el Partido, supuestos que él negó. Los checos le quitaron la motocicleta y todo lo demás que pudieron encontrar y lo llevaron a un bar, donde tuvo que boxear con otros alemanes. Luego fue conducido al antiguo hotel Weimar de Komotau, donde lo encerraron con otras dieciséis personas, entre ellas un chico de once años que fue fusilado luego junto con su padre, propietario de la fundición local de campanas. A continuación los llevaron del hotel prisión al campo de concentración instalado en la antigua granja estatal de Komotau. Mientras salían, un checo sostenía un busto de Adolf Hitler y se les dijo que saludaran. Kremen oyó como un checo comentaba a otro que quien hiciera el llamado saludo hitleriano sería fusilado. Kremen se lo contó a los demás y nadie levantó el brazo. En el campo tuvieron que desnudarse. Se llevaron en un carro todas las prendas de buena calidad y les dieron harapos que habían pertenecido a personas muertas, con frecuencia cubiertos de sangre. Kremen fue conducido a una gran habitación junto con otros 78 hombres. Se les

obligaba a hacer instrucción todos los días, y ni los octogenarios quedaban exentos. Quien no marchaba debidamente recibía una paliza.

A Kremen le resultó útil su conocimiento de la lengua checa. Logró encargarse de la instrucción y, a petición propia, enseñó checo a los prisioneros, lo que significaba que podían sentarse durante un tiempo. Los miembros de la SS y la SA fueron seleccionados posteriormente, golpeados y fusilados. Los demás tuvieron que limpiar el patio y esparcir arena sobre la sangre. A los supervivientes se les trasladó luego al tristemente famoso campo de concentración de Maltheuern, que había sido anteriormente un campo para prisioneros de guerra franceses. Sin embargo, Kremen y unos pocos más evitaron el traslado y se les instaló en la vieja fábrica de vidrio; el grupo estaba formado por él, un médico apellidado Lockwenz, un ingeniero, un austriaco de quien se sabía que se había portado bien con los checos, un yugoslavo, un capitán de Estado Mayor del ejército checo y un cartero local. Los austriacos y los yugoslavos fueron devueltos a su país. Entretanto, la fábrica de vidrio volvió a llenarse con más alemanes, con lo que el número de internos ascendió en total a trescientos sesenta hombres y ocho mujeres. Entre ellos había un número considerable de próceres de la localidad: directores de las industrias locales, como el salchichero que fue golpeado posteriormente hasta morir, un sacerdote y un guardabosques, que también pereció. Los pusieron a trabajar en el ferrocarril, con Kremen como intérprete. Mientras estaba trabajando, Kremen conoció a un joven ferroviario checo a quien se había ofrecido un piso de tres habitaciones en Komotau. Él lo había rechazado porque no quería ocupar una vivienda ajena. «¿Adónde nos llevará todo esto? –dijo–. No voy a quedarme con ninguno de esos pisos, pues todos han sido robados».[83]

En el campo, las palizas y las torturas estaban a la orden del día. Había un letón que sólo podía hacerse entender a duras penas, pues sus conocimientos de alemán y checo eran escasos. Afirmaba que su afiliación a la SS había sido un accidente. Lo fusilaron. Un coronel alemán que había servido en el ejército checo hasta 1924 murió de una paliza. Un geómetra con un apellido que sonaba a polaco padeció también una muerte horrenda. Entre los checos y los polacos apenas existía ningún afecto desde 1938, año

en que los segundos aprovecharon la oportunidad de la derrota diplomática checa para introducirse en la zona de Teschen y apropiársela.

Kremen había tenido la fortuna de no encontrarse en Komotau cuando estalló la revolución en la localidad. Todos los hombres de entre trece y sesenta y cinco años habían sido obligados a congregarse en la plaza. Había un total de entre cinco y seis mil. Se acordonó la zona. Los hombres tuvieron que quitarse las prendas superiores para ver si llevaban las marcas habituales de los SS. Los que eran descubiertos con un tatuaje eran desnudados y recibían una tremenda paliza. Un muchacho rubio optó por pelear. Le abrieron las piernas y le destrozaron los genitales antes de matarlo a golpes.

A los supervivientes se los obligó a marchar a través de Görkau, Eisenberg y Kunesdorf. De camino pasaron ante un oficial medio muerto amarrado a un poste de telégrafos. Antes de trasladarse a Brüx y Maltheuern, donde les dieron de comer por primera vez en cuatro días, pasaron tres noches en Gebirgsneudorf. Los alemanes trabajaban en la central hidroeléctrica. La fecha del aniversario de la masacre de Lidice, el comandante del campo mató personalmente al óptico de Komotau y a sus dos hijos junto con otro muchacho mientras las víctimas presenciaban la muerte de sus compañeros. Se obligaba a los alemanes a enfrentarse a golpes. Su calvario concluyó cuando, en un número aproximado entre doscientos cincuenta y trescientos, fueron enviados a Alemania en agosto de 1945.[84]

Los checos se entregaron a una pequeña orgía de fusilamientos en la pequeña localidad de Duppau, cerca de Kaaden (Kadan). Primero mataron a tiros al soldado Franz Weis y arrojaron su cadáver a la plaza del pueblo; poco después les llegó el turno a otros dos hombres de la SS, Josef Wagner y Franz Mahr, que habían sido licenciados del ejército por invalidez. Andreas Draht, director del colegio de secundaria, y los profesores adjuntos Damian Hotek, Franz Wensich y Rudolf Neudörfl fueron los siguientes. Luego, los checos dirigieron su atención al jefe de correos Karl Schuh. Los hombres que realizaron esa pequeña masacre fueron el capitán Baxa y el teniente Tichý. En el cercano pueblo de Totzau mataron a treinta y cuatro alemanes

porque les habían encontrado armas, a pesar de que, al parecer, el mando del ejército estadounidense de Karlsbad les había concedido permiso para tenerlas. En otro lugar mataron a tiros a la mujer del constructor de tejados Holzknecht por haber mirado por la ventana en un mal momento. En Podersheim asesinaron al granjero Stengl, y otros ocho alemanes fueron masacrados en el cementerio judío: ninguno estaba relacionado con los nazis, según el testigo Eduard Grimm. Josef Jugl fue acusado de ser un *Werwolf* y trasladado al campo de concentración de Kaaden. Durante el trayecto, el guardia checo se compadeció de él. «La prisión de Kaaden, mala –le comentó–. Tú aún joven.» Le dijo que se largara, y Jugl lo hizo.[85]

El 30 de julio hubo una explosión en Aussig (Ustí nad Labem). Los guardas de Svoboda habían llegado a la ciudad aquella noche y obligado a los alemanes a portar brazaletes blancos y caminar por los canales de desagüe. Se presentaron unos trescientos jóvenes de Praga. Hacia las tres y media de la madrugada, el testigo ocular oyó un estrépito tremendo y pensó que se había caído un armario. Se subió al tejado y vio nubes de humo que ascendían de algún punto detrás de Marienberg: se trataba de un enorme depósito de municiones lleno de armas tomadas a los alemanes, a quienes más tarde se acusó de haberlo saboteado. El testigo salió a la calle. Por suerte no llevaba el brazalete, pues la explosión fue también la señal para atacar a los alemanes con cualquier arma que se tuviera al alcance. Tal como dijo, al parecer, el comandante de la ciudad: «Ahora empezaremos a hacer la revolución contra los alemanes». El testigo vio a hombres y mujeres con coches de niños arrojados al Elba desde el puente, a veinte metros de altura, y tiroteados luego por los guardas de la SNB, que disparaban contra ellos con ametralladoras. Los que lograban llegar a la orilla eran golpeados con barras de hierro. Al final, unos soldados rusos consiguieron desalojar las calles y se dictó un toque de queda. Habían sido asesinadas de cuatrocientas a mil personas.[86]

Los antifascistas no gozaban necesariamente de ninguna ventaja. Según dijo un checo a Herbert Schernstein: «Ňěmec jest ňěmec» (Un alemán es un alemán). Schernstein acababa de regresar a su ciudad tras haber pasado siete años en campos de concentración por comunista. Había sobrellevado

Theresienstadt, Sachsenhausen y Ravensbrück. A su amigo Willi Krebs, que había sido fundador del Partido Comunista en Prödlitz, le habían robado la tienda.[87] Cerca de Aussig se hallaban los campos de concentración de Lerchenfeld y Schöbritz. Heinrich Michel estaba trabajando como policía para un tal Douda, recién nombrado director de la policía, cuando fue detenido el 16 de mayo. Douda pertenecía al grupo de los moscovitas y había sido empleado del gimnasio local. Había marchado a Rusia en 1938 y, por tanto, gozaba de plena confianza ante el nuevo régimen. Tras insultar a Michel lo había arrojado a una celda de la prisión del juzgado con un pintor, un armero, un abogado y otras personas. Al segundo día, la celda comenzó a estar abarrotada. Un hombre trajo consigo un «hedor bestial». Pronto supieron a qué se debía: rezumaba excrementos desde las perneras del pantalón hasta el cuello. Cuando lo desvistieron, no encontraron ni una parte apreciable de su cuerpo que no estuviera cubierta de sangre. Había sido capturado cuando intentaba escapar y había sufrido las consecuencias.

Tras beber tres cuartos de una botella de aguardiente, el teniente comandante decidió mostrarles cómo había que tratar a un hombre de la SS. Se procedió a abrir de par en par las puertas de las celdas, incluida la de los miembros de la SS. El teniente escogió a Willi Künstner, miembro honorario de la SS y jefe de personal de la empresa Schicht, una de las principales de Aussig. Künstner recibió tal paliza que acabó en el hospital, donde falleció sin recuperar la conciencia. La cárcel del juzgado era la suministradora de los campos de concentración de la localidad. Michel fue trasladado a Lerchenfeld, donde lo designaron Kapo. El campo, en otro tiempo un campamento de la Luftwaffe que había estado a cargo de los húngaros y había sido destruido por los rusos durante su avance, lo dirigía un tal comandante Vrša. Todos los recién llegados tenían que cantar el himno de Alemania y canciones de la SS mientras desfilaba ante ellos una fotografía de Hitler. Luego, se les obligaba a pasar entre dos filas de hombres que formaban un pasillo de entre cuarenta y cincuenta metros de largo mientras eran azotados con látigos de piel de buey. Los hombres de la SA recibían veinticinco latigazos adicionales en las nalgas.

Con el tiempo, la población del campo de Lerchenfeld aumentó hasta 3.500 internos. El propio Michel fue gravemente golpeado por un guarda checo. Cuando le preguntó por qué lo había maltratado de aquel modo, el guarda le dijo que lo hacía porque en cierta ocasión, cuando tenía doce años, lo había denunciado por robar un pastel. Cuando los rusos tomaron el control de Lerchenfeld en octubre, los internos fueron trasladados a Schöbritz. Como tuvieron que construir el campo ellos mismos, pasaron la primera noche a la intemperie. En Böhmisch Leipa (la actual Česka Lipa en checo) se levantó un campo para unos mil doscientos alemanes. En medio de la brutalidad de la toma del poder por los checos, los taberneros de la zona salieron, al parecer, mal librados, mientras que al *Landrat*, o concejal local, le aplastaron la cara contra sus propios excrementos hasta que murió por esta y otras palizas. En el curso de doce meses perdieron la vida 251 prisioneros.

Theresienstadt

El campo de concentración más infausto de Checoslovaquia era el de Theresienstadt. Los nazis lo consideraban un campo ejemplar, hasta el punto de que se había exigido a los internos comprar un espacio para vivir en un «gueto modélico». Muchos de los judíos más famosos o de mayor talento de Alemania, Austria o Checoslovaquia habían sido confinados en aquella ciudad amurallada del siglo XVIII. Murieron en grandes cantidades por abandono o al ser enviados de allí a Auschwitz o a Treblinka.

El 5 de mayo de 1945, la Cruz Roja se hizo cargo de Theresienstadt. Su comandante, Karl Rahm, intentó huir, y el último administrador judío (los judíos tenían su propia corporación de gobierno) presentó su renuncia.[88] Una epidemia de tifus mantuvo de momento a los prisioneros en el gueto. Los checos planearon una nueva utilidad para la ciudadela: llenarla de alemanes. Algunos fueron puestos a trabajar al cuidado de los judíos enfermos. El 24 de mayo se efectuó una entrega de seiscientos alemanes de Praga de ambos sexos, incluidas algunas enfermeras de la Cruz Roja

procedentes de las clínicas de la ciudad. Los alemanes fueron trasladados a la Pequeña Fortaleza, a un kilómetro, aproximadamente, de la ciudad fortificada. La historia del recinto era larga y tenebrosa. Fue en ese lugar donde los asesinos del archiduque Francisco Fernando –Princip y Čabrinović– murieron en 1918. Eran demasiado jóvenes para ser ejecutados y sucumbieron a la tuberculosis.[89] En la época nazi, la Pequeña Fortaleza había estado destinada en gran parte a presos políticos. Los SS disfrutaban allí de lugares de esparcimiento, incluida una piscina y un cine. En 1943, la Pequeña Fortaleza fue ampliada con la construcción de un cuarto patio, que fue el destino final de los seiscientos alemanes.

Los prisioneros estaban separados en cuatro grupos: hombres, jóvenes, niños y mujeres. Se accedía a través de una arcada cubierta de hierba. Una vez en el interior del oscuro túnel que conducía a las celdas, los miembros de la RG la emprendían contra los hombres con sus porras golpeándolos hasta derribarlos. Quien no lograba ponerse en pie era *fertiggemacht* (rematado). En el patio, tenían que pasar entre dos filas de personas que los apaleaban. Quienes caían al suelo eran agredidos en persona por el comandante del campo, Alois Pruša, que les golpeaba los riñones; de vez en cuando el comandante recibía la ayuda de su hija Sonja, una muchacha de unos veinte años. Otra fuente atestigua que tenía dos hijas igualmente brutales. Una de ellas se ufanaba de haber matado a dieciocho alemanes con sus propias manos. El salvajismo de Pruša se podría explicar por el hecho de haber estado detenido en Theresienstadt por los nazis. Otro interno, Eduard Fitsch, sostenía que todos los guardas eran antiguos prisioneros de campos de concentración.

Las personas «rematadas» exhalaban su último suspiro en una celda designada especialmente para ellas. En las primeras horas murieron entre cincuenta y nueve y setenta de los seiscientos alemanes. Doscientos más sucumbieron durante los días siguientes. Pruša y su ayudante, Tomeš, no daban muchas esperanzas a los supervivientes: quienes entraban en la Pequeña Fortaleza nunca saldrían de ella. Todos sus documentos, fotografías y otros objetos –no valiosos– fueron arrojados a un montón y quemados. El hombre al mando del cuarto patio era un polaco llamado

Alfred Kling. Afirmaba ser especialista en matar, y por el número de golpes podía determinar cuánto tiempo sobreviviría la víctima a su paliza. Decía: «En dos meses os hemos reducido a un estado para el que la Gestapo habría necesitado cinco años».[90]

El doctor E. Siegel, especialista en medicina general que hablaba checo y trabajaba para la Cruz Roja, fue sometido a toda aquella ceremonia iniciática. No sólo lo golpearon, sino que intentaron dislocarle el brazo y romperle los huesos. Le introdujeron una porra en la boca para dejarlo sin dientes y se le dijo que confesara que había sido miembro de la SA, acusación que siguió negando. Cuando acabaron con él, lo arrojaron sobre un suelo de cemento en medio de un charco con su propia sangre. Allí estuvo tirado durante tres días hasta que un «colega» checo fue a visitarlo, lo levantó por los pelos y volvió a arrojarlo al suelo. Sin embargo, no llegó a morir.[91]

Siegel había sido designado médico del campo, aunque, de momento, poco podía hacer. A consecuencia de la tortura padecida no podía permanecer ni de pie ni sentado. Tenía que sujetarse la cabeza con la mano izquierda pues, de lo contrario, aquélla se le caía sobre el pecho a causa de las lesiones de los músculos de su cuello. Sólo tenía visión en su ojo izquierdo cuando miraba de frente, y apenas podía oír a consecuencia de los golpes recibidos en los oídos. Padecía del corazón, y otro médico consiguió administrarle unas inyecciones. Según Siegel, los medicamentos no escaseaban, los había a montones en el antiguo gueto.

En cuanto fue capaz de volver a andar, se le ordenó que acabara con la vida de varios prisioneros supuestamente ancianos encerrados en la celda 50 para evitar prolongar su penosa agonía. Siegel intentó eludir la orden de administrarles inyecciones letales, e incluso llegó a ocultar la sustancia venenosa. En el relato que escribió más tarde dice que le salvó la visita al campo de un médico checo que propuso la creación de una sala para enfermos de tifus. Siegel fue puesto al frente de ella. La sala se instaló el 6 de junio en el antiguo cine de la SS. Siegel tuvo posteriormente la oportunidad de echar una ojeada a la celda 50 en una de sus rondas. Descubrió que la edad de sus ocupantes oscilaba entre los dieciséis y los

dieciocho años, y al parecer eran miembros de la SS. A muchos de ellos les habían amputado recientemente las piernas o tenían las articulaciones dislocadas. Se les habían desprendido los vendajes y sus muñones estaban infectados. Se hallaban tan apiñados en la celda que sus cuerpos se tocaban unos con otros. Suplicaban que les cambiaran de ropa, pero los guardias prohibieron a Siegel tocarlos o mencionar que los había visto si no quería que lo encerraran con ellos. Siegel dijo que aquellos desgraciados muchachos eran el orgullo y la alegría de Pruša, quien, al verlos, solía saltar literalmente a su alrededor como un payaso... aunque procuraba mostrarlos únicamente a sus amigos personales, y no a las autoridades de Praga.

Los niños de menos de doce años, un centenar aproximadamente, disponían de un edificio especial. Al principio fue utilizado con fines propagandísticos, pues había un patio para que pudieran jugar y un lugar donde colgar su colada. Los checos llevaron a periodistas al campo para que vieran a los niños y observaran el buen trato que se les daba. Éste era un claro ejemplo de como la historia se obstina en repetirse: existía una famosa película producida por los nazis en Theresienstadt y realizada para mostrar al mundo exterior el grado de humanidad reinante en aquel lugar. Sin embargo, al comenzar el invierno, los niños no se sentían tan dichosos, pues aquellos alojamientos apenas los protegían del frío, incluso nada en absoluto.

Pruša sostuvo que todos los internos en el campo eran miembros de la SS o de la Gestapo. Cuando los rusos expresaron sus dudas sobre varios muchachos de doce a catorce años, replicó que habían sido arrestados por ser hijos de hombres de la SS o de la Gestapo y que uno de ellos había llegado a matar con sus propias manos a once checos. El ministro checo del Interior repitió una historia similar: Theresienstadt sólo albergaba, según él, a miembros de la SS, a pesar de que la mitad de los internos eran mujeres cuyas edades oscilaban entre la de algunos bebés y la de una anciana de noventa y dos años. Había también varios ciegos que habían sido conducidos a la Pequeña Fortaleza desde Aussig tras la masacre perpetrada en esta localidad. Aquella barbarie cesó en gran parte cuando Pruša fue sustituido por un comandante apellidado Kálal, quien si bien no tenía

tiempo para dedicárselo a los alemanes, al menos sentía el desagrado de un soldado cabal ante la tortura.[92]

Pankrác

Una noche de septiembre se ofreció en Pankrác (Pankratz) una pequeña actuación que distrajo a Hans Wagner de sus padecimientos: unas ejecuciones públicas. Fuera de la prisión se levantó un patíbulo. Los niños se habían subido a los coches para disfrutar de una mejor vista de los ahorcamientos, y se congregó una muchedumbre estimada en unas cincuenta mil personas. La gente vitoreaba después de cada ejecución.

El primero fue el profesor Josef Pfitzner. Le siguió un tal Schmidt, de Berlín, *Gruppenführer* de la SS. A continuación le tocó el turno al abogado Franz Schicketanz, que había preparado el expediente en favor de los alemanes de la región de los Sudetes que se presentó al mediador británico lord Runciman en 1938. Luego le llegó la vez al doctor Blasch-towitschka, del Tribunal Especial Alemán. Su padre, presidente del Senado de Praga, murió de hambre unos días después. Entre las demás víctimas de la jornada se encontraban el doctor Franz Wabra, jefe de una sección de medicina interna del hospital de Beraun, y un oficial de seguros apellidado Straněk. Los checos mataron a algunos de sus propios colaboradores: el general Blaha, fundador de la Sociedad para la Amistad entre Checos y Alemanes, junto con su presidente Richtrmoc y su director ejecutivo, el comandante Mohapl. Los dos primeros fueron condenados a muerte. Mohapl fue sentenciado a veinte años de cárcel.

El inquilino más eminente de Pankrác era Karl-Hermann Frank. Wagner lo vio realizando ejercicios en el patio cada tarde. El antiguo Protector del Reich había sido entregado por los estadounidenses y colgado públicamente el 22 de mayo de 1946. A comienzos de 1947 se ahorcó a otro grupo de checos alemanes: Ernst Kundt, Hans Krebs y Hans Wesen. El destacado médico Karl Feitenhansl fue sentenciado a cadena perpetua. Las causas

contra Rudolf Jung y el doctor Rosche se desestimaron, en tanto que ambos habían muerto ya de hambre en prisión.

En Pankrác hubo también judíos alemanes. El doctor Karl Loewenstein, otrora importante hombre de negocios berlinés y antiguo oficial de la Marina, había estado al frente de la policía del gueto de Theresienstadt. Los checos le acusaron de colaboracionismo y de ayudar a la deportación de dos policías judíos a Auschwitz. Loewenstein permaneció quince meses en prisión. Se le presentó como el «típico oficial prusiano» que cumplía con su deber con celo inflexible. A pesar de las cartas de protesta enviadas por el dirigente judío Leo Baeck desde Londres y por otras personas, siguió preso en Pankrác. Compartía celda con otros alemanes, principalmente hombres de la SS. La comida allí era tan escasa que los prisioneros se alimentaban de hierba y cáscaras de huevo. En marzo de 1946, los checos decidieron finalmente que las acusaciones carecían de fundamento: Loewenstein era, sencillamente, un rigorista que había contribuido más a aliviar los sufrimientos de los judíos que a agravarlos. Salió de Pankrác, pero no fue liberado. De allí pasó al campo de Leitmeritz (Litoměřice), donde se vio rodeado de nuevo por miembros de la raza que lo había encerrado en un primer momento y había masacrado a sus amigos y parientes. No fue liberado de su cautiverio checo hasta enero de 1947.[93]

Tortura

La tortura parece haber constituido la norma. En Praga, Johann Schöninger, que había residido en Londres antes de la guerra, fue golpeado con barras de hierro y le clavaron clavos en los pies. Su ayudante, Schubert, fue apaleado hasta morir. En la localidad de Domeschau, a Johann Rösner le metieron bajo las uñas de los dedos de las manos cerillas encendidas. En Komotau la tortura fue, al parecer, similar a la del potro. A un hombre de la Waffen-SS le maltrataron de tal manera los genitales que el pene se le hinchó hasta adquirir un grosor de ocho a nueve centímetros y los testículos se le infectaron. Tenía toda la zona en torno al ano purulenta y hedionda. En

Theresienstadt, una mujer observó como otra, que había sido miembro de la SS, era obligada a sentarse con las piernas abiertas sobre un puñal de la SS: «Aún puedo oír sus gritos». Los principales torturadores de la Pequeña Fortaleza fueron dos guardas apellidados Truka y Valchař. Los guardas empleaban diversos instrumentos para golpear y azotar a sus víctimas: varillas de acero revestidas de cuero, tubos de gaita, porras de goma, barras de hierro y tablones de madera. En Klattau (Klatovy) torturaron a un hombre colocándole entre los dedos de los pies virutas de madera impregnadas de benceno y prendiéndoles fuego, hasta el punto de quemarle los órganos sexuales. Siegel pensaba que recibían órdenes superiores, dada la similitud de los métodos utilizados en todos los campos checos.[94]

Las actividades de los torturadores checos fueron llevadas por primera vez ante un tribunal en la propia Alemania con el proceso contra Jan Kouril, uno de los guardianes más brutales del Colegio de Kaunitz. Kouril había sido posteriormente comandante auxiliar del campo de Kleidova. Cometió el error de intentar vender empastes de oro a un dentista alemán en Múnich. El dentista lo reconoció como uno de sus torturadores, y un tribunal de Karlsruhe juzgó y sentenció a Kouril a quince años de prisión. Durante el juicio, el sepulturero del Colegio de Kaunitz presentó pruebas de que se habían retirado 1.800 cuerpos, incluidos los cadáveres de 250 soldados. Kouril no pudo encontrar ni un solo testigo en su defensa, mientras que la acusación presentó doscientos.[95]

En junio de 1945 se dictó una ley para acabar con las palizas en los campos de concentración. Aunque no siempre fue observada, mitigó parcialmente los sufrimientos. Los checos castigaron también a comandantes y guardianes que se habían extralimitado en sus funciones. Según todos los testimonios, ello tuvo menos que ver con los prisioneros que con la práctica de apropiarse de sus pertenencias. El doctor Siegel relata, por ejemplo, que algunos «monstruos», como Pruša y sus dos hijas, al igual que Kling y Tomeš y otros de Theresienstadt, fueron juzgados en Leitmeritz.[96]

Expulsiones

El final de aquella pesadilla fue el comienzo de otra: la marcha a Alemania o Austria. El artículo 13 de los Acuerdos de Potsdam sancionó las deportaciones, aunque se estipuló que la expulsión de poblaciones civiles debía efectuarse de la manera más humana posible. Hans Freund marchó a Dresde en medio del calor abrasador de junio de 1945. No disponían de agua, y un número incontable de alemanes ancianos murieron.[97]

El traslado fue relativamente cómodo para Margarete Schell, que se encontró en el mismo tren que su madre y su padrastro. Margarete llegó a Hesse como «una mendicante sin techo y como una delincuente, ¡pero libre!». Sólo se les permitió cargar con treinta kilos de pertenencias (que más tarde se incrementaron a cincuenta y luego, a setenta) y se les asignó un tren de mercancías numerado. En cada vagón había una pequeña estufa para calentarse, pero sin espacio suficiente para poder tumbarse. Hasta el último momento les inquietó la posibilidad de que los americanos no les dejaran entrar. Al fin y al cabo eran checos y no alemanes del «Reich».[98]

Las expulsiones no afectaron a todos los alemanes. Algunos se quedaron pudriéndose en prisiones checas. El suegro de Alfred Latzel, por ejemplo, fue condenado a dieciocho años de cárcel por un Tribunal Popular de Troppau; la sentencia debería cumplirse en Hohenstadt, un castillo medieval que en otros tiempos había sido la prisión más temida del Imperio austrohúngaro, y que durante la guerra se había utilizado para alojar a prisioneros checos y polacos enfermos de tuberculosis. El índice de mortalidad había sido alarmantemente elevado.

Otros alemanes fueron retenidos después de 1946 para trabajar en las minas o en los bosques. Los Tribunales Populares recordaban dolorosamente a otros homólogos de la Alemania nazi: los juicios eran sumarísimos, las condenas a muerte, abundantes, y se dictaban penas de cárcel a perpetuidad; en otros casos, el inculpado era condenado a cinco o diez años de trabajo en las minas. Max Griehsel había trabajado en la

oficina principal de la DAF, la organización nazi de trabajos forzados. Fue sentenciado a cinco años. El juicio apenas duró diez minutos.[99]

Los comunistas de la región de los Sudetes, que nunca habían apoyado a Henlein y habían sufrido el dominio nazi, no corrieron mejor suerte. Al igual que la nueva Polonia, Checoslovaquia no estaba dispuesta a soportar la existencia de minorías (a excepción de los eslovacos). El número de comunistas expulsados rondó los diez mil. Aquel acto constituyó un raro ejemplo de deportación en la que se cumplieron las normas establecidas en Potsdam. Fue ordenada y relativamente humana.[100] Sin embargo, los primeros envíos organizados de alemanes no comunistas efectuados en el verano de 1946 no lo fueron tanto: las fotografías muestran a algunos de los 586.000 alemanes de Bohemia encerrados en furgones como sardinas en lata.[101]

El comportamiento de los checos y los húngaros fue motivo de nuevas frustraciones para el general Lucius Clay, que en febrero de 1947 se quejó de la definición de «alemán», sobre todo porque varios checos puros buscaron refugio en Occidente con el fin de huir de la sombra comunista que se extendía sobre su país. Las expulsiones se suspendieron durante un tiempo. Cuando en 1948 se produjo el golpe comunista instigado por los soviéticos, muchos checos siguieron la senda de los alemanes hacia el otro lado de la frontera y se convirtieron a su vez en refugiados. Según se apresuró a señalar Clay, no «eran queridos en Alemania» debido a las expulsiones.[102] Desde Hungría llegaron «suabos», circunstancia esta que le dejó perplejo.[N7]

El proceso se reanudó el 1 de septiembre de 1947, a un ritmo de veinte trenes llegados mensualmente de Checoslovaquia.[103] Al concluir las expulsiones oficiales, los americanos constataron que habían recibido 1.445.049 alemanes checos para asentarse en su zona, 53.187 de los cuales eran antifascistas; los rusos habían acogido a 786.485, cifra que incluía 42.987 antifascistas. El resto fue llegando paulatinamente, pues muchos seguían retenidos para trabajar en las minas. En 1950, los checos admitieron que tenían 165.117 personas de habla alemana, pero la cifra probablemente se situaba entre 210.000 y 250.000. Las expulsiones habían provocado una

crisis económica en Checoslovaquia. A pesar de las ventajas concedidas a los checos, pueblos enteros permanecían vacíos, y los campos no se cultivaban por falta de mano de obra.[104] Se estima en casi un cuarto de millón el número de alemanes de Bohemia y Moravia que murieron a manos de los checos.[105]

Los húngaros comenzaron a expulsar a sus suabos el 1 de noviembre de 1946. Los alemanes se hallaban diseminados por todo el país, y al principio nadie los consideró sospechosos. Muchos fueron llevados por la fuerza a Rusia para trabajar en Siberia junto con otros húngaros, ya que los rusos no podían percibir fácilmente la diferencia. Luego, el primer ministro Béla Miklos decidió sacrificar a los alemanes en interés de un mejor trato para Hungría. Pensaba distanciarse de su antiguo aliado alemán. Se impuso asimismo una reforma agraria de gran alcance, y los alemanes fueron internados, tal como habían propuesto los propios rusos en la primavera de 1945.[106]

En mayo de 1945, las autoridades de Hungría identificaron entre 200.000 y 250.000 alemanes que deseaban expulsar. Se les permitiría llevarse consigo hasta cien kilos de equipaje. Los estadounidenses les habían asignado una zona próxima a Württemberg. El proceso continuó hasta agosto de 1946, cuando los húngaros comenzaron a desinteresarse y algunos alemanes salieron de sus escondrijos.[N8] En cualquier caso, no se había desterrado a todos.[107] El terrible invierno indujo a Clay a suspender el proceso hasta la primavera. Ciento sesenta y ocho mil se habían asentado ya en la Zona Estadounidense. Se conocieron informaciones sobre su lamentable situación. Según el periodista James K. Pollack, también a ellos les habían robado sus anillos de matrimonio y llegaban con lo puesto.[108] El número de refugiados en la Zona Estadounidense iba a ser un problema. Clay deseaba enviar a algunos de vuelta al otro lado de la frontera de los ríos Óder-Neisse, pero se trataba de un proceso imposible. En 1946, el general estadounidense había suspendido durante seis meses la recepción de alemanes étnicos en la Zona Estadounidense, pues no creía que las expulsiones se ajustasen a la demanda de reasentamiento «humano y ordenado» planteada en Potsdam. La decisión era un arma de doble filo, ya

que prolongaba las penalidades de los desgraciados que se hallaban atrapados en el este.[109]

Rumanía estaba también dispuesta a expulsar a su comunidad germana, de seiscientos años de antigüedad (en 1930 había 745.421 alemanes de nacionalidad rumana). Las modificaciones de fronteras establecidas en los llamados Arbitrajes de Viena habían desplazado a algunos alemanes hacia Hungría, pero todavía quedaba más de medio millón, la mayoría de ellos en el Banato y en Siebenbürgen (Transilvania). En Braşov, o Kronstadt, una de las ciudades del país situada en la vertiente occidental de los Cárpatos, constituían una ligera mayoría. Hitler había trazado sus propios planes para trasladarlos al Reich, proyecto que encontró eco en las medidas adoptadas por la República Federal después de la guerra. Los rumanos se comportaron con sus alemanes con menor dureza que otros países de Europa central, aunque los internaron brevemente; en conjunto, recibieron un buen trato.[110]

Hubo también expulsiones importantes en Yugoslavia, donde el censo de 1921 incluía a más de medio millón de alemanes. Muchos residían en Carniola, que contenía la bolsa de habla alemana de Gottschee. Los 35.000 habitantes de esta localidad habían sido víctimas de la alianza de Hitler con Mussolini, que dio pie a la anexión de la mitad occidental de Eslovenia por Italia en 1941. En el invierno de 1941-1942 habían sido reasentados en Estiria Inferior y en Carintia como ejemplo de «racionalización étnica». Los alemanes que se quedaron en sus lugares de origen en 1945 fueron trasladados a campos de concentración como los de Gakavo, Kruševlje y Jarek (este último acogió a la mayoría de los alemanes de la región de Batschka), mientras que Rudolfsgnad y Molidorf se reservaron principalmente para los alemanes del Banato de Yugoslavia. En Rudolfsgnad fallecieron de tifus casi dos tercios de los aproximadamente treinta mil internos. Otros seis mil más murieron en Jarek.[111]

Los checos siguen negando haber cometido cualquier injusticia contra los alemanes de Bohemia tras la guerra, pero utilizan el término *odsun*, «hacer desaparecer por ensalmo», para describir la limpieza étnica realizada en su país en aquellas fechas. No hubo intercambio sino expulsión «sin paliativos».[112] La expulsión no se describe como un acto de venganza sino

como una «necesidad histórica». En aquel momento se alzaron unas pocas voces contra el proceso, sobre todo por parte de dos periódicos católicos, *Obzory* y *Lidové Listy*, y de la periodista Helena Kozeluhová, a quien se acabó exigiendo que emigrara.[113] Luego llegaron los comunistas, y, con una breve interrupción durante la Primavera de Praga, el silencio oficial sobre el asunto fue absoluto. Sin embargo, algunos exiliados del comunismo lo mencionaron. Uno de ellos fue el antiguo ministro Jaroslav Stránský, tío de uno de los torturadores de Praga, que había huido a Londres. Las culpas se atribuyeron a los comunistas.[114]

N1. En los territorios checos occidentales, los alemanes constituían algo más de un tercio de la población en el censo de 1930, del que dos terceras partes aproximadamente residían en Bohemia, y el resto en Moravia. En el conjunto de Checoslovaquia sumaban el 22,53 % de la población, mientras que checos y eslovacos representaban el 66,24 % en conjunto. Había una significativa minoría húngara en Eslovaquia. De esos 3.318.445, 3.231.688 poseían la nacionalidad checa. (Theodor Schieder [ed.], *Tschechoslowakei*, Berlín, 1957, p. 7.)

N2. La población alemana se hallaba en descenso. En 1920 constituía el 23,64 %. Las ciudades del núcleo alemán habían visto crecer las comunidades checas, que en Aussig habían pasado del 10 % en 1910 a un tercio del total en 1930, y en Brüx de un 20 a un 33 %; en Reichenberg, el número de alemanes había descendido en un 10 %; en Troppau, los checos habían constituido el 10 %, y en ese momento sumaban un tercio; y así en otras partes. (Theodor Schieder [ed.], *Tschechoslowakei, op. cit.*, p. 10.)

N3. Véanse pp. 84-85.

N4. Kaschauer en alemán, gentilicio de Kaschau, el nombre de Košice en ese idioma.

N5. De la Primera parte del *Fausto* de Goethe. Gretchen (Margarita) plantea a Fausto la pregunta más temida por éste: si cree en Dios.

N6. No confundir con la ciudad de Tábor.

N7. El término húngaro «suabo» designa aquí a los alemanes étnicos. En el año 1910 constituían casi el 10 % de la población, pero el censo de 1941 contempla sólo un 4,8 % (719.449 personas). Los grupos principales eran los suabos del Banato y los alemanes de Batschka y las regiones balcánicas, así como los alemanes de la parte oriental del Neusiedlersee, en torno a Ödenburg (Sopron) y la llamada Turquía suaba.

N8. Se mantuvieron apartados en pequeñas comunidades como la de Villany, en la frontera meridional, y raramente se atrevían a hablar alemán. Según la experiencia del autor, en la actualidad

muchos de sus hijos sólo poseen un conocimiento rudimentario del idioma.

5

¡Vuelta al Reich!
Los territorios recuperados en el este prusiano

La recomendación de que la expulsión de las personas de habla alemana de Polonia, Bohemia, Hungría y Rumanía –unos doce millones en total– y su reasentamiento en las superpobladas ruinas de Alemania occidental se llevara a cabo de manera «ordenada y humana» recordaba en parte a las demandas de la Santa Inquisición de que se diera muerte a las víctimas con «la mayor delicadeza posible y sin derramamiento de sangre».

GOLO MANN,
The History of Germany since 1789,
Harmondsworth, 1987, p. 812

Aunque las expulsiones de Checoslovaquia y el destierro de las comunidades alemanas de otras zonas de Europa central supusieron el traslado de enormes contingentes de personas, comparados con las deportaciones llevadas a cabo *dentro* de las fronteras de Alemania anteriores a 1937 no fueron más que una gota de agua en el océano. Los alemanes llevaban cientos de años viviendo al este del río Óder, a veces en regiones como Pomerania, Prusia oriental y Baja Silesia, donde la población era casi exclusivamente teutónica, o en zonas de población mixta, como la Gran Polonia, Prusia occidental y Alta Silesia. En Yalta se decidió adjudicar estas regiones a Polonia, con la excepción de Prusia oriental, que fue escindida entre rusos y polacos. Los habitantes de estas comarcas se enfrentaron a un destino incierto: la expulsión mediante marchas de la muerte. Era el fin de una antigua civilización compuesta de robustos campesinos, comerciantes y académicos alemanes instalados en sus propios

barrios y universidades, de nobles germanos que mantenían su cultura en tierras eslavas.[N1]

Algunos historiadores alemanes se afanan en señalar a modo de disculpa que los nazis habían sentado un precedente para las terribles deportaciones que siguieron a la derrota de Alemania. Los judíos europeos habían sido «transferidos» al denominado Gobierno General (el Estado marioneta instituido por los alemanes en Polonia) o a los Estados Bálticos, donde fueron liquidados. En dos ejemplos de pragmatismo, Hitler había animado, en un caso, a la población de los Estados Bálticos a «volver al Reich» con el fin de dejar a Stalin las manos libres y, en otro, había transferido asimismo a los habitantes del Tirol meridional y a los alemanes de Gottschee, en Eslovenia, para permitir a Mussolini que consolidara su territorio. Polonia iba a ser germanizada parcialmente, sobre todo en la cuenca del Warthe y en Danzig y Prusia occidental. Se reasentó a más de un millón de polacos.[1]

Los nazis aspiraban a la «creación de una población alemana racial, espiritual, nacional y políticamente unificada»: quienes no pudiesen ser germanizados debían ser «barridos sin compasión». Los nazis utilizaban el repugnante lenguaje del Tratado de Versalles de 1919, adalid de los Estados nacionales. La idea había adquirido una dudosa respetabilidad con el intercambio de poblaciones efectuado en 1913 entre Bulgaria y Turquía. Churchill expresó su aprobación en la Cámara de los Comunes en diciembre de 1944 diciendo que la expulsión de los alemanes era un medio satisfactorio y duradero de garantizar la paz.[2] La Conferencia de San Francisco, celebrada a finales de 1944, dejó claro que los alemanes expulsados quedaban excluidos de la ayuda internacional. No se iba a permitir la intromisión de nadie.[3]

Todos los regímenes de la nueva Europa central instituidos tras la Primera Guerra Mundial habían anhelado la pureza racial y perseguido hasta cierto punto a sus minorías.[N2] Pueblos enteros habían sido vaciados de alemanes en Prusia occidental a raíz del Tratado de Versalles.[N3] Es posible que, como la mitad de Prusia oriental estaba en ese momento en poder soviético, no se hiciera esfuerzo alguno por mantener vivo a ningún

alemán. Existen semejanzas sorprendentes entre la manera como se manejó a la población de Prusia oriental y la deliberada matanza por hambre de los *kulaks* ucranianos a comienzos de la década de 1930. Las raciones que recibían los prusianos orientales no contenían calorías suficientes para permitirles seguir con vida. Eran notablemente menores que las ya lamentables cantidades de comida distribuidas entre los berlineses.[4]

Las penalidades soportadas por los prusianos orientales se iban a prolongar hasta 1948, cuando los trenes llevaron a Berlín a los últimos restos harapientos de su población. La mayoría intentaría olvidar el sufrimiento padecido aquellos años, no sólo la brutalidad y las violaciones, sino también las pestes, la enfermedad y las alimañas que habían soportado a diario. Privados de jabón, eran víctimas tanto de los piojos como de sus conquistadores soviéticos, y los piojos transmitían el tifus. Como no disponían de agua, los habitantes de Königsberg bebían de pozos infectados y cráteres abiertos por las bombas y se alimentaban de gorriones y ratones, cuando podían, o de peladuras de patatas y restos de las cocinas de los rusos, huesos de buey hervidos y cuero de ganado vacuno, goma de pegar y carroñas de animales muertos y enterrados.

El conde Lehndorff se despertó en una prisión soviética el 12 de abril de 1945, día en que cumplía treinta y cinco años. Una de sus compañeras de cautiverio que rodeaban el puchero de patatas tenía un trozo de tocino que compartió con él. A pesar del frío gélido de una primavera de Prusia oriental, aquel gesto representó la calma tras la tormenta. El conde habló con un intérprete polaco que llevaba dos años en Königsberg y se había ganado la vida bastante bien. Según le informó, Lehndorff sería enviado a Moscú o a Odessa para trabajar en un hospital ruso.[5] Sin embargo, al cabo de unas horas aquel trato de guante de seda cayó en el olvido. Lehndorff supo que había sido clasificado como «peligroso». Las mujeres fueron sacadas para ser violadas, y los hombres se amontonaron unos sobre otros en un agujero abierto en el suelo. Hacía un frío glacial, y todavía quedaba bastante nieve por los alrededores. «Si tienes la ropa húmeda, el frío es mucho peor que el hambre, así que procuras dentro de lo posible no moverte.» El único consuelo ante el espectáculo generalizado de edificios

en llamas era que suscitaba la idea de calor. Los animales habían sido llevados a otra parte o muertos. Sólo unos pocos perros medio locos deambulaban por el lugar.[6]

Los hombres fueron obligados a ponerse en pie y a marchar por carretera hasta Rauschen junto con las mujeres. La localidad había sido en tiempos mejores un centro turístico muy popular para los habitantes de Königsberg. Hans Lehndorff se aprovechó de la despreocupación de los guardas rusos y huyó a los bosques. Tras quitarse de encima a sus perseguidores se sentó y disfrutó de un momento de reflexión. Menos de un año antes se había encontrado con su primo Heinrich Lehndorff, quien había intentado convencerle para que se uniera a la oposición contra Hitler. El conde Heinrich Lehndorff había sido arrestado tras la Conspiración de julio, pero al igual que Hans había escapado de sus guardianes –en su caso, la Gestapo– y emprendido la huida. Sin embargo, acabó siendo traicionado y ahorcado junto con los demás conjurados en la prisión berlinesa de Plötzensee.[7]

También Hans Lehndorff fue capturado y lo encerraron en un establo junto con varios ancianos, mujeres y niños. Eran los restos de los habitantes de los pueblos situados en un radio de veinte kilómetros. Llevaban el calzado destrozado y las ropas hechas harapos y estaban cubiertos de mugre. Muchos de los niños más pequeños habían muerto, pero no había tiempo de apiadarse por su suerte; Lehndorff pensaba que el duelo llegaría quizás años después. Entretanto, cuidaban lo mejor que podían de sus vástagos supervivientes. Las mujeres seguían siendo presa de los rusos, que las separaban de sus hijos y las violaban en alguna casa al borde del camino. Los soviéticos trasladaban a los alemanes. En la carretera a Rauschen, Lehndorff encontró a una mujer que llevaba en una carretilla a un hombre ciego y entrado en años. Al anciano no le gustaban los rusos que había en Rauschen; quería ir a Königsberg. Lehndorff no tuvo el valor de decirle que allí las cosas estaban aún peor.[8]

Era el 20 de abril, quincuagésimo sexto y último cumpleaños del Führer. Pillau aún no había caído y estaba siendo sometida a un intenso bombardeo de artillería. Lehndorff fue trasladado a Rauschen. Los prisioneros fueron

alojados en un taller de reparación de motores de donde los sacaban para interrogarlos. El día 21, los rusos le dijeron: «¡Vete a casa!». Pero no se dejó engañar: sólo era cuestión de tiempo que volvieran a detenerlo. Además, ¿dónde estaba su casa? Lehndorff marchó a Palmnicken con un muchacho de quince años llamado Helmut. Al día siguiente lo detuvieron de nuevo.

Tras conducirlo al campo de concentración de Rothenstein, un antiguo cuartel que había salido indemne de la guerra, lo dejaron en una sala donde había otras tres mil personas. Supo que la ración diaria consistía en un vaso de copos de avena y una rebanada de pan. No había agua. Tampoco letrinas. Su vecino le hizo un poco de sitio y le dio dos granos de café. Para su alivio, alguien lo reconoció, fueron a buscarlo y lo condujeron al edificio de los médicos, donde le atendió la enfermera, quien le aclaró el misterio de la organización de los lavabos: era un espacio entre dos bloques de barracones. Se había declarado un brote de disentería y muchos presos se derrumbaban e incluso morían mientras estaban acuclillados en el callejón. Lehndorff se permitió una vez más una reflexión: «¡Haber vivido toda una vida para acabar palmándola en este lugar, en medio de la mierda, literalmente!».[9]

Los muertos eran sacados fuera y depositados delante del puesto de guardia. Cuando los rusos comenzaron a preocuparse ante la posibilidad de contagiarse ellos mismos con aquella infección que había diezmado a los prisioneros, destinaron una zona del campo a los enfermos. La primera noche bajo las nuevas circunstancias fallecieron 36 personas. Una fue hallada sin vida sentada sobre un balde. Los demás prisioneros se arrojaban sobre los muertos para despojarlos de sus ropas, por lo que resultaba difícil determinar su identidad.[10] El día en que Hitler se suicidó, Lehndorff atendió a una interna que dio a luz gemelos: «La vida sigue, según se dice con tanto acierto». Los recién nacidos murieron más tarde de hipotermia.[11]

Los rusos iban entresacando a los nazis por medio de interrogatorios. Los peces gordos habían huido por Pillau o se habían suicidado; lo que quedaba era, claramente, la morralla. Las confesiones se arrancaban a golpes, y muchos hombres murieron. Los Pg que sobrevivieron fueron

trasladados a campos de tránsito en Gumbinnen o Insterburg antes de ser conducidos finalmente a la Unión Soviética. Alguien informó a Lehndorff de que varios antiguos «señores» habían sido encerrados en un cuarto húmedo del campo de concentración y acabarían aniquilados si alguien no hacía algo por ellos. Lehndorff no les tenía ningún afecto: «Que los empleen para cubrir huecos de ventana o que encuentren para ellos algún fin útil en un horno». Le impresionó más la valentía de las mujeres: «Siempre es asombroso cuánto puede soportar una persona». Aquel día se enteró de que la guerra había concluido.[12]

En el campo de Rothenstein se impuso la monotonía del trabajo diario. Lehndorff volvía a ser médico, un hombre a quien se necesitaba. La gente lista no mata al doctor. Una mujer rusa acudió para recibir tratamiento. También ella había sido violada y le habían contagiado una enfermedad venérea. En agradecimiento, le llevó algo de comida: margarina para la sopa de patatas. Otra mujer que él trató –de nombre Wanda– había sido violada 128 veces. También le llevaron a un anciano tan cubierto de piojos que parecía un hormiguero. Resultó ser el director de los ferrocarriles de la localidad. Falleció al cabo de una hora.[13]

A comienzos de junio, Lehndorff recibió por sorpresa una visita de la «Doktora».[N4] Seguía ejerciendo sus funciones en el hospital alemán de Königsberg y había hecho planes para sacar a su amigo de Rothenstein a fin de que volviera a trabajar con ella. Un millar de alemanes estaban siendo tratados en el antiguo departamento de Hacienda de Königsberg. La clínica psiquiátrica había sido destinada a los apestados. Cuando estalló la epidemia de tifus, se trasladó a las víctimas a los hospitales de la Yorckstrasse y al Elisabeth. Había dos mil afectados, a razón de dos por cama; cuatro, si eran niños.[14]

La doctora le llevó galletas de trigo. Tres días después volvió con la mochila de Lehndorff llena de productos similares. Entre ellos había una pistola con cinco balas que él escondió con gran cuidado. A partir de entonces, la doctora se presentó casi a diario.[15] Un día, el comandante le permitió salir, y él se lanzó a la búsqueda de medicinas. «La ciudad es realmente fantástica. La mirada no intenta ya reconstruirla sino que se deja,

más bien, abrumar, arrastrada por el paisaje completamente transformado.» Lehndorff encontró las copas con ribete rojo en las que había bebido su último coñac Martell. Cuando el coche ruso lo llevó de vuelta al campamento, vio sobre las murallas de la ciudad a la doctora, que recogía flores para él.[16]

A mediados de junio, Lehndorff fue puesto en libertad gracias a la intervención de la doctora y se le permitió trabajar con ella en el hospital alemán. El departamento de Hacienda era uno de los pocos edificios no dañados de la ciudad. Había comida, si se podía llamar así, consistente en una sopa de guisantes gris típica de Prusia oriental.[17] El verano fue ligeramente mejor; se podían recoger hierbas y dientes de león en las cunetas, espigar granos de centeno de los campos y pescar algo en el estanque de la ciudad lleno de malezas. El idilio no duró mucho. Se hace difícil, una vez más, no dejarse llevar por la impresión de que los rusos esperaban que los alemanes murieran para librarse así de la responsabilidad de alimentarlos y repatriarlos, aunque los niños podían disponer de un poco de manteca. El hospital alemán de Lehndorff debía abandonar las instalaciones del departamento de Hacienda. Tenían veinticuatro horas para trasladar a 1.500 pacientes a la antigua Barmherzigkeit, el hospital de las Hijas de la Caridad.

El principal problema era la hambruna. Lehndorff veía constantemente a pacientes con edema, esqueléticos de cintura para arriba y con las piernas hinchadas a causa de la retención de líquidos. La única solución era amputárselas, pero ¿cómo iban a vivir los alemanes en la Königsberg de la posguerra sin piernas? ¿No era mejor dejarles morir? «La hambruna desemboca en una muerte sorprendente. No hay lucha. El paciente da la impresión de estar ya muerto.» Le llevaron una mujer que había estado postrada diez días en una huerta comiendo grosellas negras sin madurar. Se encontraba completamente congestionada. Mientras Lehndorff trataba de salvar su vida, la mujer estuvo a punto de morir. Las grosellas negras habían sido una bendición aquel verano, crecían en abundancia en las parcelas existentes tras las casas en ruinas.[18] El hospital logró comprar de alguna manera tres vacas que suministraban leche, preciosa sobre todo para los

niños. Sin embargo, no tardaron en descubrir que la mejor vaca lechera había sido degollada. Más tarde encontraron la ubre del animal flotando en una olla de sopa. El hospital recibía oficialmente 35 kilos diarios de carne, pero los rusos interpretaban que aquella cantidad incluía cabezas y patas, pezuñas y cuernos. Uno de los destinatarios de aquella valiosa carne era la madre superiora, en estado de agonía, que había pasado por situaciones execrables mientras las monjas de su congregación eran presa constante de los rusos.[19]

En las casas en ruinas abundaban los libros y la literatura era consuelo de muchos, pero la comida era casi inexistente. Se informó sobre diversos casos de canibalismo, gente que se alimentaba de la carne de sus hijos muertos. De setenta y tres mil ciudadanos de Königsberg vivos en junio de 1945 solamente veinticinco mil superaron la experiencia.[20] Hermann Matzkowski, un harinero comunista al que los rusos habían colocado al frente de la alcaldía del barrio suburbano de Ponarth, informó de que, durante el mes de mayo, quince mil habitantes de Königsberg habían desaparecido o muerto en la prisión principal. El 20 de junio, un millar de personas fueron decapitadas en su presencia.[21]

Lehndorff y la doctora realizaron una expedición al barrio suburbano de Preyl. No tenían zapatos y caminaban descalzos. Por el camino recogieron acianos, el símbolo floral de Prusia. Los rusos complementaban su dieta diaria pescando en el extenso estanque del castillo, que aprovisionaba de agua a la ciudad. Más tarde, Lehndorff vio a dos chicos que nadaban en él. Al pensar en su estado de malnutrición le extrañó su energía. Cuando les dijo que evitaran tragar agua, le respondieron con toda naturalidad: «¡Qué más da que muramos!; ¡nadie va a salir vivo de aquí!».[22]

Al llegar a su destino encontraron el hogar de los parientes de la doctora incendiado. Ella se echó a llorar. Hicieron autoestop hasta el distrito suburbano de Juditten, donde se hallaba la casa de la doctora. Había alemanes viviendo en ella. Cuando la doctora intentó entrar, la atacaron. La amante de Lehndorff estaba perdiendo la voluntad de vivir; descubrió que se hallaba infestada de piojos, una indignidad definitiva. Cuando Lehndorff acudió a verla por la mañana había ingerido veneno. Le sorprendió no sentir

ninguna emoción. También él tendría que encontrar un momento más apropiado para el duelo.[23]

Llegó el otoño de 1945. Corrían rumores de que los habitantes de Königsberg iban a ser enviados al oeste bajo el control de supervisores occidentales; los primeros serían los enfermos de tifus. Las esperanzas aumentaron durante un tiempo. La noticia provocó una caída de los precios de la ropa de invierno, pues los residentes en la ciudad pensaban que podrían hallarse fuera antes que el tiempo comenzara a empeorar. Una chaqueta de lana podía obtenerse por seis patatas; un abrigo, por una lata de carne. No obstante, había que ser precavido, pues los defraudadores habían encontrado el modo de sustituir los contenidos de las latas por arcilla y hojas. Mientras tanto, el maíz maduro se pudría en los campos porque no había nadie para cosecharlo.[24]

Los habitantes de los pueblos no corrieron mejor suerte que los de Königsberg. La distinguida periodista y condesa Marion Dönhoff era hija de uno de los grandes magnates de la región. El hogar familiar, Friedrichstein, era el Versalles local. En 1945 fue reducido a cenizas. En 1947, la condesa Dönhoff recibió su última carta de casa. En ella le describían lo ocurrido en su pueblo con la llegada de los rusos. Aparecieron un martes, prendieron fuego a varias casas y mataron a tiros a dos viejos cocheros y al campanero que convocaba a los trabajadores a las tareas de los campos. La corresponsal de Marion Dönhoff escribía:

> Pocos días después dispararon y dieron muerte a Magda Bohaim, Lotte Plitt y su hijo y la abuela Plitt; en Wittgirren mataron a cinco trabajadores de la finca y a la mujer del guardabosques Schmidt, cuya agonía duró ocho días y debió de haber sufrido terriblemente. Luego, el viejo Plitt se ahorcó. En febrero comenzaron los traslados a los Urales. Mi marido se fue con ellos; también marchó Dreier, el tabernero, y su hija Ulla, las dos hijas de Stellmacher, las señoras Jung, Krüschmann y Oltermann, las cuatro chicas de Marx, Christel y Herta, Heinze y la hija del herrero. Karl Marx [sic] me ha enviado noticias hace unos meses de que mi marido y la mayoría de los demás murieron en los Urales. Puedes ver cómo ha llegado la muerte a nuestro pequeño pueblo. Al principio murieron todos los muchachos en el frente, y ahora los viejos y hasta las chicas.[25]

El tifus había segado incontables vidas entre los habitantes de la localidad. La enfermera Hedy, que los había cuidado durante la epidemia, llevaba enferma dos semanas. Todos tuvieron que mudarse en varias ocasiones, pues cada vez eran más los edificios requisados por el Ejército Rojo. La corresponsal de Marion Dönhoff había vivido en el molino hasta que a su inquilino, el *Oberinspektor* (administrador principal de la finca), le habían disparado un tiro en el estómago; ella había regresado al pueblo temiendo por su vida. La corresponsal llevó al hospital al herido en una carretilla.

> Las mujeres de Wittgirren me echaron una mano, pues no era tarea fácil mover a aquel hombre anciano y corpulento que padecía terribles dolores. Nos esforzamos durante cuatro horas. Al llegar a los límites [de la parroquia] nos pidió que paráramos, diciendo: «Mujeres, dejadme ver una vez más mi hermoso Quittainen».[N5]

Para cuando llegaron al hospital, había muerto.[26]

El medio para sobrevivir consistía en trabajar para los conquistadores. La informante de Marion Dönhoff fue una de los que lo hicieron. El único rayo de luz en medio de su esclavitud fue la visión de la hija de dos años de la enfermera Hedy mientras aguardaba el permiso para marchar a la nueva Alemania al otro lado del Óder. Las autoridades soviéticas estaban repoblando gradualmente su nuevo territorio, pero era necesario realizar unas cuantas tareas serviles. Había un poco de trabajo en los hospitales y en las fábricas; además, un industrial de la confección y un panadero requerían de vez en cuando mano de obra. Los alemanes trabajaron en las centrales eléctricas y en los talleres de carpintería hasta que fueron sustituidos por rusos. Un hombre se ganaba la vida vendiendo libros que había recogido de la basura. Varios sacerdotes y pastores siguieron prestando sus servicios en Königsberg, pues su labor –en especial con los niños huérfanos– era tolerada por los rusos. Nueve clérigos murieron de hambre o de disentería; tres fueron asesinados.

El 4 de julio de 1946, Königsberg perdió su antiguo nombre. Se convirtió en Kaliningrado. Con el cambio de nomenclatura llegaron

médicos rusos para sustituir a los alemanes que trabajaban en los hospitales, y los obreros rusos ocuparon el lugar de los alemanes en las fábricas. Se podían conseguir unos pocos rublos enseñando a los rusos a hablar alemán o a tocar el piano. Reinaba una especie de calma en medio de la cual los alemanes podían leer su propia prensa, escuchar emisiones de radio en su idioma y enviar a sus hijos a sus propias escuelas. En el hospital Yorck se formó, incluso, un coro alemán integrado por médicos, enfermeras y demás personal.

Esta situación se prolongó hasta el comienzo de la repatriación, en el verano de 1947. Los transportes partieron en serie el 22 de octubre de aquel año. El 10 de septiembre, Ruth Friedrich anotó la llegada a Berlín de seis mil ciudadanos de Königsberg, gente que había vivido de carroña y desperdicios y que eran «más bien ganado que seres humanos, más muertos que vivos». Su llegada a la capital fue seguida por la de los últimos restos de la población alemana de Breslau.[27] Al final no quedó ningún alemán en la que había sido la ciudad de Königsberg. Había concluido una historia de setecientos años.[N6]

Vida rural

Hans Lehndorff había salido de Königsberg dos años antes de que los transportes trasladaran a los restantes alemanes, pues había oído rumores de que iban a detenerlo. Aunque éstos no eran ciertos, había tomado una decisión prudente: los días 6 y 7 de noviembre de 1945 los rusos celebraron su propia Revolución apaleando a los alemanes hasta sangrar y volviendo a violar a las mujeres. Una de las víctimas fue la madre del comandante Matzkowski, de setenta y un años. Las únicas mujeres que se libraron fueron las embarazadas de niños rusos.[28] Mientras Lehndorff huía por las calles devastadas vio a soldados rusos que expulsaban a los alemanes de sus casas cerca de la puerta de Friedland. A partir de ese momento tuvieron que vivir en los huertos. Lehndorff ansiaba llegar a la mitad polaca de Prusia oriental para tener noticias de la suerte que había corrido su familia, en

especial su madre, hija del influyente político de derechas Elard von Oldenburg-Januschau. En Hanshagen lo alojaron dos ancianas que le revelaron dónde tenían ocultas sus gallinas. Lehndorff no había visto una gallina desde hacía seis meses. Las ancianas lo acostaron y le dieron de comer setas silvestres. Más tarde encontró él mismo algunas de la especie *boletus* en el bosque y las comió crudas con azúcar.[29]

Lehndorff se dirigió a Ponarien, en las proximidades de Allenstein, donde habían vivido algunos de sus parientes. Cerca de su finca se topó con un criado llamado Preuss que lo puso en antecedentes sobre los ya habituales relatos de violaciones, asesinatos y suicidios. Unos polacos se habían trasladado a la gran casa, pero Lehndorff encontró a su tía, la señora Von Stein, que vivía en la barraca del jardinero. Al principio había salido de la casa para dejársela al comandante ruso, que luego había marchado hacia el frente de guerra en el oeste. Encontrar a la hermana de su madre le produjo una gran alegría. «Después de todo lo ocurrido, volver a ver ahora a una persona que forma parte de mi vida es como un anticipo de nuestro reencuentro en el cielo.»[30] Lehndorff recibió noticias sobre sus primos: dos hijas de la señora Von Stein habían sido internadas con su padre; los hijos habían estado en el frente, y ella no había tenido noticias suyas. Las mujeres, incluida su tía, habían acordado una suerte de modus vivendi con los polacos. Trabajaban como labradoras en los campos y recibían como pago diario medio litro de leche desnatada. Las mujeres llevaron a casa dos cestas de patatas, que seleccionaron por variedades para hacer la dieta menos monótona. Los muebles de la gran mansión fueron hechos astillas poco a poco para alimentar el fuego.[31]

Lehndorff juzgó acertado quedarse allí de momento. Había oído hablar de los riesgos de la deportación a Alemania, de la brutalidad de los guardas polacos y de las bandas de merodeadores que robaban a los refugiados en los trenes. En noviembre de 1945 comenzaron a llegar de Estados Unidos los paquetes de la organización CARE (Cooperative of American Remittances to Europe; Cooperativa de envíos americanos a Europa), que proporcionaron algo de comida adicional a los famélicos alemanes.[N7] La

pequeña comunidad alemana de Ponarien logró sobrevivir con todo aquel sustento y con lo que Lehndorff pudo recoger de pacientes agradecidos.

Danzig había sido una de las primeras ciudades alemanas en caer. El 3 de mayo se liberó a los alemanes recluidos en cárceles y campos de concentración y desfilaron por la «Avenida de la Victoria». Todos los hombres de entre dieciséis o diecisiete y cincuenta y cinco años fueron obligados a ir a trabajar a Rusia. Las mujeres salieron a observar la partida de sus conciudadanos y esparcieron por las calles flores de primavera. Muchos de los hombres (y unas pocas mujeres) cuyo destino era Gleiwitz (Gliwice), en Silesia, y Rudlo, cerca de Stalino, morirían antes de llegar. Sus cadáveres fueron desnudados y sepultados en los márgenes de la carretera. La mayoría de los hombres de Gleiwitz fueron enviados a trabajar en las minas. Los más afortunados pudieron regresar en octubre a una ciudad despoblada de alemanes. Muchos no consiguieron volver. Más de un centenar murió.[32]

En el gran campo de Laband, en Silesia, había de treinta mil a cincuenta mil hombres, la mayoría de los cuales fueron deportados a Rusia para trabajar en las minas de Siberia. A finales de 1946 eran pocos los que habían regresado. Los más afortunados eludieron las minas y trabajaron, en cambio, en grandes *koljoses*.[33] En Gleiwitz, el padre de Hans-Günther Nieusela fue enviado a Kazajstán y no regresó hasta 1948.[34] A las mujeres alemanas y polacas se las reclutó para limpiar las calles de escombros. Se apartaban los ladrillos reutilizables, práctica que sirvió de modelo para otras ciudades alemanas. Incluso los judíos de Stutthof tuvieron que dedicarse a la restauración de las bellas fachadas de Danzig. La ciudad había sido destruida en más de un 60%.

A finales de mayo se reunió una Comisión Especial para «polonizar» los topónimos del distrito. Langfuhr –«larga avenida»– fue traducida de alguna manera por Wrzeszcz, «(tú) chillas». Los nombres de lugar se modificaron unos dos meses antes de que los dirigentes aliados se reunieran en Potsdam. Era evidente que la conferencia no alteraría la situación de hecho.

La mayoría de los *Junker*, la vieja nobleza terrateniente, vivían en enormes casas solariegas, aunque modestas, y cultivaban sus propias haciendas. Las familias de magnates y propietarios absentistas eran relativamente escasas. Los principales eran los condes de Hochberg o los príncipes de Pless, que vivían en Fürstenstein, en la Alta Silesia, y eran dueños de una parte considerable de las minas de carbón. Sus propiedades habían sido divididas entre Alemania y Polonia tras la Primera Guerra Mundial, y en las décadas de 1920 y 1930 una larga disputa legal había arrebatado al último príncipe –Hansel Pless– la mayor parte de sus ingresos. Durante la guerra, el castillo estuvo habitado por el amante de Magda Goebbels, el *Gauleiter* Karl Hanke, quien, en cuanto los rusos aparecieron en el horizonte, se llevó de allí todos los objetos de valor que pudo encontrar.

Los rusos llegaron el 5 de mayo. Más tarde, el último morador del castillo regresó para observar el escenario:

> Llegué sigilosamente a Fürstenstein para ver qué había sucedido. [...] Todo estaba roto o había sido saqueado; nuestros aposentos habían sido vaciados, y todas las ventanas reventadas. Los rusos habían expulsado a los moradores, lo que permitió el pillaje de Fürstenstein; no parecía que allí hubiesen vivido seres humanos; era indescriptible. Las hermosas fuentes de las terrazas estaban destrozadas; la fuente de Donatello, derribada. La biblioteca fue cargada y transportada a Moscú. Los libros más valiosos, incluido el *Sachsenspiegel* [un código legal del siglo XIII], habían sido escondidos y tapiados, pero los encontraron y los quemaron. También ardió el viejo castillo.
>
> El mausoleo de la familia tampoco se libró del saqueo; los sarcófagos fueron allanados y su contenido esparcido por todas partes. Nos habíamos apresurado a sepultar a la princesa Daisy fuera de la bóveda, pero la desenterraron y robaron lo que llevaba. Scholz había plantado unas flores tan bellas sobre su tumba que atraían la atención. Nos apresuramos a dar de nuevo sepultura a la Fürstin [princesa]... Pero habían roto el mausoleo y no pudimos volver a cerrarlo. Comenzó entonces una procesión de gente que iba al mausoleo. Todos querían ver cómo era por dentro, pero muchos se asustaban y salían corriendo, pues el contenido de los ataúdes estaba tirado por el suelo. No pudimos encontrar el esqueleto de una Fürstin, de soltera Kleist; sólo apareció su cabeza. Andersek, que trabajaba en la cuadra, mató a su familia y se suicidó con un arma de fuego. Los mozos del establo sepultaron sus cuerpos detrás del corral de las cabras de Kummer.[35]

Así los polacos se marcharon con las joyas de la difunta princesa.

A Käthe von Normann le llegó el rumor de que Berlín y Stettin habían caído el 5 de mayo y que Hitler y Goebbels se habían suicidado. Al día siguiente recibió la noticia de que Alemania había depuesto las armas. Los franceses alojados en la misma casa lo celebraron con café de cebada y rompieron a cantar. Se habían desatado los rumores. Al día siguiente oyó decir que Pomerania seguiría siendo Alemania hasta Stolp, en el este, y que su familia tenía alguna posibilidad de quedarse en la finca de Barkow. La inseguridad supuso que mucha gente que había huido ante la aparición de los rusos reemprendiera el viaje de vuelta. Más de un millón de personas actuaron de esa manera, para acabar siendo expulsadas definitivamente.[36] El día 8 de mayo un policía polaco confirmó las noticias. Aquella noche, los Normann cantaron a coro la pieza de Lutero: *Nun danket alle Gott!* (¡Dad ahora todos gracias a Dios!). Desde la época de Federico el Grande había sido el himno nacional no oficial de Prusia.

Según había descubierto Lehndorff, los franceses se mostraban en general más comprensivos con los derrotados alemanes, a pesar de las humillaciones de que habían sido objeto durante la guerra: «Su opinión de los rusos y los polacos es tan mala como la nuestra». Uno de ellos, un hombre alto, rubio y joven, regaló a la señora Von Normann algunas prendas de vestir de las que tenía gran necesidad. El francés quería a cambio un mendrugo de pan, pero ella sólo tenía para darle un poco de mantequilla y una salchicha de hígado. Él le dijo que los franceses habían estado ocultando a unos cuantos nobles alemanes entre sus filas. La señora Von Normann pensó que también él podría haber sido alemán.[37]

La gran ciudad de Breslau no cedió hasta el día 6. La guerra terminó oficialmente dos días después. El 9 llegó un grupo de trece polacos reclamando la ciudad para su país. Se trasladaron a una casa de la Blücherstrasse y colocaron un águila polaca sobre la puerta. El día 10 se les unieron nuevos zapadores polacos junto con un grupo de hombres de la Oficina de Seguridad Pública de Polonia.[38]

El 13 de mayo, una delegación de «Polacos de Lublin» encabezada por Bolesław Drobner viajó a Sagan, en Silesia, para informar a sus patronos

soviéticos. Edward Ochab había sido nombrado ya plenipotenciario para lo que se designó con la eufemística expresión de «Territorios Recuperados». El grupo estaba formado tanto por moscovitas como por los comunistas alemanes que habían aterrizado en las afueras de Berlín cuando el Ejército Rojo tomó la ciudad. Asumieron el poder sin ningún apoyo popular; su mandato se basaba únicamente en el patrocinio soviético. Su reivindicación de una gran parte de los Territorios Recuperados derivaba únicamente de la política soviética.[39]

Rusos y polacos se repartieron los despojos; los mejores bocados fueron, naturalmente, para los primeros, lo que dio como resultado alguna que otra pelea por el botín.[40] Entretanto, el Ejército Rojo continuaba su rapiña sin considerar siquiera la posibilidad de dejar algún equipamiento útil para el Estado marioneta que estaba instalando en Polonia. En algunos casos, polacos y alemanes hicieron causa común para preservar algo que, de lo contrario, habría ido a parar al Este.[41] Los polacos se pelearon también con los checos sobre la bolsa de Teschen, en Silesia.

Mil cabezas de ganado marcharon al este en Neustadt, en la Alta Silesia, y para alimentar a los habitantes de la localidad se dejaron tan sólo en torno a una veintena. Se confiscó la cosecha de 1945.[42] Hacía ya meses que las ciudades y pueblos de la región eran atravesados por caravanas que avanzaban en desorden. Al principio estaban constituidas por alemanes procedentes del Gobierno General que habían huido ante el avance ruso. Ahora se les unían los propios silesios. Algunos habitantes de la Alta Silesia huyeron al territorio de los Sudetes, como el doctor Theofil Peters, de Pitschen, que llegó a Leitmeritz antes de que los checos lo expulsaran. Pudo haber sido peor: para no escaldarse, se había arrojado al fuego.[43]

En un momento posterior del mes de mayo, Käthe von Normann oyó que británicos y americanos estaban liberando ya a prisioneros de guerra. La noticia no era cierta, pero le hizo abrigar la esperanza de que su marido pudiera haber regresado. La ausencia de hombres constituía una tortura para las mujeres en más de un sentido. Por la noche eran víctimas de las bandas de rusos, que, aunque no lograran su presa en forma de carne femenina, comida u objetos de valor, acababan con cualquier esperanza de poder

dormir. Cuando los soldados llevaban unos días en un lugar, las agresiones cesaban, pero el problema se reproducía con la llegada de nuevos acuartelados. Cuando la señora Von Normann decidió marchar a la ciudad de Plathe para recibir tratamiento por su septicemia, supo que los médicos alemanes habían sido sustituidos por otros rusos y polacos, a quienes no se permitía tratar a pacientes alemanes. Käthe von Normann encontró en su propio piso a una médico compatriota en un estado penoso; tenía una hija de tres años y se hallaba embarazada de un bebé ruso.

Cerca de Stolp, en Pomerania oriental, los Krockow y los Puttkamer estaban menos informados que los Normann. El primer indicio de que la guerra había concluido les llegó dos semanas más tarde, en Pentecostés. Los rusos desfilaban por los pueblos vociferando al aire gritos de «Voiná kaputt! Voiná kaputt!» (¡La guerra está liquidada, la guerra está liquidada!). Nadie podía asegurar si era cierto o no. No disponían de periódicos ni de receptores de radio. Y aunque hubiesen tenido una radio escondida, no había electricidad para hacerla funcionar.

La nobleza rural de Pomerania había oído hablar mucho de la «Rússkaya kultura», que decretaba la limpieza y el orden en los pueblos y ciudades al otro lado de la línea Óder-Neisse. Había que restregar los cerdos hasta hacerlos brillar. Todos los pomeranos, de cualquier clase social, fueron puestos a trabajar limpiando pocilgas y ordeñando vacas (hasta que estos animales, como muchas otras cosas, marcharon al este), y a veces se ganaban un mendrugo de pan por sus esfuerzos. Käthe von Normann, esposa de un caballero, tuvo que aprender a ordeñar vacas, aunque se vio obligada a admitir que era menos competente que la más humilde de las muchachas campesinas.[44] Muchas vacas estaban enfermas de glosopeda y tenían mal aspecto. Cuando se llevaron el ganado a Rusia, la señora Von Normann se sintió liberada de la tarea de cuidarlo y obtener leche y mantequilla. En Ermland, donde Lehndorff se había refugiado, había unas pocas gallinas bien escondidas y alguna que otra oveja de leche y un cerdo ocultos en un sótano, pero la situación era muy similar.[45]

Sin embargo, la relación formal entre la esposa del señor y las mujeres campesinas se mantuvo de momento, a pesar de que una y otras se hallaban

en el mismo barco, presas de rusos y polacos (y cuando no eran importunadas sexualmente, las obligaban a trabajar como si fueran sus esclavas). Käthe von Normann consideró inapropiado que una de sus antiguas trabajadoras se dirigiera a ella llamándola «gnädige Frau», y no «Frau von Normann». Pensaba que el empleo de la fórmula «distinguida señora» era estúpido cuando ambas estaban ordeñando vacas, dando de comer a los cerdos o limpiando juntas el estiércol de las pocilgas. Pero las viejas formas de cortesía tardan en morir. Aunque la señora Von Normann acabó siendo expulsada de la hacienda familiar y tuvo que irse empujando sus escasas pertenencias en una carreta hacia un campo de tránsito, le espetó al cochero de sus vecinos aristócratas más próximos que «comunicara a las dos hijas del barón que se nos ha dicho a todos que salgamos de Barkow».[46]

El sexo masculino había quedado reducido a viejos y muchachos. Todavía en mayo, unos pocos terratenientes ancianos seguían viviendo en sus casas, protegidos a menudo de los rusos por sus antiguos trabajadores. La medida más prudente consistía en mantenerse alejado de la casa solariega o de sus ruinas y disfrazarse lo mejor posible de campesino. Se habían llevado todos los aperos y maquinaria agrícola. Los campos estaban baldíos por falta de herramientas para cultivarlos. Entre Dangeröse y Stolp, las vías del tren habían sido arrancadas y no se podía acceder a la capital de la provincia. Lehndorff realizó un viaje que le supuso una frustración parecida cuando intentó llegar a la ciudad de Allenstein. Los rusos se habían llevado ya uno de los tendidos de los raíles.[47]

Los suicidios continuaban. En el pueblo de Horst, Käthe von Normann oyó que Christel M., de dieciséis años, había sido violada reiteradamente por los rusos. Al día siguiente se ahogó en el lago Stau. En Ermland, una mujer respondió al rapto de su hija por los rusos revelando dónde se ocultaban todas las muchachas escondidas en el pueblo.[48] La angustia de la señora Von Normann aún fue mayor cuando oyó decir a su hijo Henning de ocho años que Christel había hecho lo correcto. Leni S. se envenenó junto con su «precioso» hijo, pero un médico ruso la devolvió a la vida, aunque

no a su vástago. Käthe von Normann se preguntaba si realmente le había hecho un favor.[49]

La muerte podía llegar en cualquier momento. Dos ancianos, marido y mujer, del pueblo de Krockow fueron arrojados a un estanque helado y obligados a permanecer en él hasta que se ahogaron; un hombre fue atado a un arado y arrastrado hasta que se derrumbó; a continuación lo remataron con un subfusil. Los nobles eran a menudo los primeros objetivos: los rusos mataron a la madre y al hermano del conde Lehndorff en cuanto éstos supieron dónde se hallaban. Al señor de Grumbkow, Herr Von Livonius, le cortaron los brazos y las piernas y lo arrojaron a una cochiquera para que lo devoraran los cerdos. El barón Von Senfft, vecino de la señora Von Normann, fue hallado en junio en un pantano; había muerto de una paliza. Llevaba todavía su abrigo y sus zapatos. Sus hijas huérfanas habían visitado a Käthe justo el día anterior. Vivían en la casa del cochero y trabajaban en la huerta. La señora Von Thadden-Trieglaff, de la familia de los amigos pietistas de Bismarck, seguía viviendo sin embargo en el pueblo de Vahnerow sin sufrir ningún daño. Ella y sus hijas habitaban en un ala de la casa solariega, mientras que los rusos ocupaban el resto con sus vacas.

Otra señorita Von Thadden, junto con una muchacha apellidada Seckendorff, le transmitió a Käthe von Normann noticias sobre la suerte corrida por otros *Junker* locales. Los miembros de la familia Von Marwitz, de Rützncw, cuyo origen se remontaba a los tiempos de Federico el Grande, habían visto su casa solariega reducida a cenizas y su padre fusilado en Greifenberg. La señora Von der Marwitz había sido obligada a trabajar con las vacas y su estado era lamentable: solamente pesaba 35 kilos. Los Blanckenburg contaban una historia similar sobre sí mismos. La propiedad había dejado de tener cualquier significado real. Lehndorff no se indignó al ver sobre las barrigas de sus pacientes camisas adornadas con los monogramas de familiares suyos. Después de tratar al comandante polaco, éste lo mandó a casa montado en un caballo con un valioso paquete que contenía dinero, pan blanco, huevos, medias y una camisa que llevaba las iniciales de su tío.[50]

Las mujeres, los niños y los escasos hombres que quedaban se reunían los siete días de la semana a las seis de la mañana al toque de una campana. Como pago de sus tareas recibían un poco de leche desnatada y 250 gramos de maíz por cabeza (150 gramos para los que no trabajaban y para los niños) para hacer tortas. Era mucho menos de lo que tenían los berlineses, pero en su caso no había por allí occidentales que controlaran el desarrollo de todo, y tampoco una guerra de propaganda que ganar. Era imposible conseguir carne, mantequilla, requesón o verduras, pero estaban en el campo y la dieta podía complementarse con algún que otro jabalí o ciervo, con peces de los numerosos lagos y con setas. Lehndorff encontró, incluso, algunas colmenillas.[51]

Trabajando para los polacos

También apareció la milicia polaca, un cruce entre milicia popular y fuerza policial. Según diversas informaciones, la integraban muchachos de diecinueve o veinte años que habían estado en el «servicio de trabajo» alemán o habían sido internos de campos de concentración o partisanos.[52] Su deseo de venganza los hacía aún más feroces que los rusos.[53] Se encargaron de capturar alemanes arrebatándoselos a aquéllos. Las mujeres y los niños fueron trasladados a Alemania, mientras que todos los hombres que quedaban eran obligados a trabajar.[54] Las tiendas de Glowitz, la ciudad natal de Käthe, estaban ahora en manos de polacos y no aceptaban marcos sino złotys. La gente de los pueblos empezó a experimentar la sensación de estar viviendo en una versión especular del Gobierno General nazi. Todavía en octubre, los habitantes de Pomerania oriental desconocían si su «zona» era alemana o polaca.

La fe estaba muy arraigada en la antigua Prusia oriental, en especial entre la pequeña nobleza pomerana y prusiana, donde había una tradición de pietismo ejemplificada en los diarios del conde Lehndorff. El diario de Käthe von Normann nos muestra a una mujer profundamente religiosa que reúne a su alrededor a sus hijos para las oraciones diarias y canta himnos

con ellos. El padre desaparecido es recordado cada noche en sus plegarias. Aparte de los merodeadores rusos, el hambre y las penalidades derivadas del trabajo forzoso, los Normann parecían sufrir sobre todo por la falta de calzado. Los rusos se habían llevado todo el que tenían, y los pies de los niños estaban en edad de crecimiento. Dos pares de calcetines sustituían a los zapatos, pero estaban destrozados y sucios, insuficientes para proteger de las continuas lluvias primaverales de Pomerania.

Muchos polacos asentados en tierra alemana eran también refugiados expulsados de sus hogares al este del Bug, una zona que iba a ser territorio soviético. En mayo se reabrieron en Breslau oficinas para hallar viviendas para los expulsados. El 6 de julio, once días antes del comienzo de la Conferencia de Potsdam, se expulsó de la ciudad a los primeros ochocientos alemanes.[55] De momento, los alemanes limpiaban escombros, sepultaban cadáveres y retiraban minas. Las autoridades soviéticas mostraban escasa consideración hacia los polacos, incluidos aquellos que habían sido trabajadores esclavos bajo los nazis. Para algunos su destino fue las minas de Waldenburg.[56]

La Conferencia de Potsdam, celebrada aquel verano, resultó profundamente decepcionante para los alemanes abandonados como náufragos al este de los ríos Óder y Neisse. Los Aliados occidentales hicieron la vista gorda con los polacos que recomponían su territorio. Al principio, los alemanes recibieron con agrado la noticia de que los polacos iban a ser sus dueños: «A partir de ahora serán los católicos polacos quienes se encarguen del gobierno, en vez de los rusos "ateos"».[57] Pero el nivel de «polonización» dejó consternados a todos los alemanes. En las ciudades germánicas surgieron grupos «antifascistas» para ayudar en las labores de desnazificación, pero acabaron descubriendo que los polacos deseaban expulsarlos también a ellos.[58] Había que encontrar nuevos topónimos. A partir de ese momento, Breslau pasó a ser Wrocław; lo mismo que «Gdansk», un nombre tan desconocido que resultaba nuevo incluso para los nacionalistas polacos más fanáticos. El 15 de mayo, el obispo de Katowice, Stanisław Abramski, visitó a los sacerdotes del capítulo catedralicio de Breslau para comunicarles que Polonia no iba a tolerar minorías raciales.[N8]

«Breslau y Stettin van a ser totalmente polacas; la comunidad polaca de Lvov será expulsada, junto con su universidad, y trasladada a Breslau; y la de Wilna a Stettin con la suya.»[59]

Cada una de las bellas iglesias medievales de ladrillo rojo de Breslau adoptaría las tradiciones de otra iglesia de Lvov. En total, cuatro millones y medio de polacos étnicos serían reasentados de ese modo. Monseñor Hlond, cardenal primado de Polonia, llegó a Breslau el 12 de agosto de 1945 para informar a los clérigos católicos alemanes de que no eran bienvenidos. Cuando el padre Helmut Richter recibió una carta pastoral el 11 de octubre de 1945, la mitad estaba redactada en polaco, una lengua que no leía. El latín habría constituido una opción más obvia. El 30 de junio de 1946, el padre Joachim Konrad pronunció el último sermón en alemán en la Elisabethkirche, poniendo fin al capítulo germánico de la historia de Breslau. La jerarquía católica (tanto en Polonia como en el Vaticano) se comportó de un modo especialmente cobarde: la Iglesia había olvidado su carácter universal.[60]

En julio de 1945 se dijo ya a los miembros alemanes del clero de Danzig que también ellos debían marcharse. Las misas se celebraban en latín, por lo que, de momento, la persecución no era evidente dentro de las iglesias. No obstante, se informó al obispo de que todos los alemanes tenían que salir de Danzig, pues la milicia polaca iba calle por calle sacando de sus casas a los últimos alemanes. El obispo objetó que la orden se refería a los alemanes del Reich y no a los de Danzig, pero lo pusieron en su sitio: la norma incluía también a los alemanes de Danzig.[61]

Los monjes del monasterio benedictino de Grüssau no corrieron mejor suerte. El imponente edificio barroco había sido una de las escalas favoritas de Federico el Grande durante la Guerra de los Siete Años. En 1810, los monjes habían sido expulsados, pero una comunidad religiosa procedente de Praga se había instalado en los edificios después de que, en 1919, el gobierno checo ordenara la disolución de las abadías en su nuevo Estado. Los nazis los habían expulsado a su vez, y los monjes se habían refugiado en un convento cercano. Ahora les llegaba el turno a los polacos. Como los

benedictinos eran «alemanes», sólo se permitió permanecer a un monje, que era originario del Tirol meridional.[62]

A fines de 1945 seguía habiendo en Breslau trescientos mil alemanes. Superaban en una proporción de cinco a uno a los polacos introducidos en la ciudad. Nueve meses más tarde, la relación se había invertido. En marzo de 1947, los alemanes sumaban menos del 10 % de la población. Como todas las carreteras de Silesia conducían a Breslau, la esperanza de evitar aquella ciudad en ruinas era escasa, y la llegada de más alemanes desamparados se consideró un nuevo pretexto para el saqueo.[63] Mientras los políticos incluían la ciudad en sus regateos en Potsdam, los alemanes morían a un ritmo de entre trescientos y cuatrocientos diarios. Algunas de esas muertes eran suicidios, pero sabemos que la cifra habría sido significativamente superior si los alemanes hubiesen podido disponer de gas para sus cocinas. Unos pocos meses después de la caída de la ciudad, la mortalidad infantil había alcanzado el 90%. Los rusos y los polacos habían sido claros en manifestar que no estaban en condiciones de alimentar a los alemanes pero, de todos modos, se les servían pequeñas porciones: las raciones para los alemanes estaban entre la mitad y un tercio de lo que se daba a los demás. El tipo de cambio entre el złoty y el marco del Reich comenzó en una posición de paridad, pero luego fue elevado a dos marcos. En el mejor de los casos, el cambio estaba sometido al capricho. En verano, los polacos mantenían un mercado negro en la ciudad, y los alemanes podían cambiar por comida sus últimas prendas de vestir. Un buen traje, por ejemplo, podía proporcionar entre medio kilo y dos kilos de mantequilla.[64]

Los alemanes tenían que dejar sitio a los polacos que iban llegando. Aquellos tiempos vividos entre las ruinas eran apasionantes para los niños que gozaban de buena salud. Friedhelm Mondwurf, de doce años, solía, por ejemplo, cantar para los soldados rusos y luego mendigar comida. Sus padres se sintieron consternados al verlo llegar a casa con un saco lleno de *jleb* –pan negro de centeno–, pero también supieron apreciar las ventajas. El muchacho solía acudir asimismo al viejo huerto, que había sido minado, y recogía las frutas de los árboles de la familia, a pesar de que la zona estaba atestada de cadáveres de soldados.[65] Volvió a tomar cuerpo el antiguo

desprecio hacia los polacos. El sacerdote de Alterode, una localidad cercana a Breslau, expresó la opinión de que «los polacos están sometidos, con pocas excepciones, al demonio de la bebida».[66] Cuando los polacos de Ucrania y Galitzia llegaron a Gleiwitz y echaron a patadas a los alemanes de sus confortables hogares, Hans-Günther Nieusela comentó que preferían casas con baño, pues «les gusta tener en ellas sus cabras y sus aves de corral».[67]

A medida que llegaban los polacos, los alemanes eran expulsados y reinstalados en los sótanos de casas en ruinas que eran auténticos guetos en todo excepto en el nombre. El tifus y la difteria causaban estragos entre la población infantil. Las medicinas para hacer frente a la epidemia eran prohibitivamente caras para los alemanes. El padre Helmut Richter informó de que una médica polaca (que, en realidad, era sólo enfermera) inyectaba ácido fénico a los pacientes de tifus. Cuando le preguntaron por qué lo hacía, dijo que de todos modos iban a morir.[68]

La Silesia rural

Todas las pequeñas ciudades silesias experimentaron situaciones idénticas con mayor o menor grado de brutalidad. En las zonas católicas de la Alta Silesia, las iglesias y sus ministros fueron un blanco obvio. En Preussisch-Kramen, unos polacos irrumpieron en la iglesia y forzaron el sagrario. Derribaron a tiros la paloma colocada sobre el altar y decapitaron los santos. En junio de 1948 deportaron al sacerdote, pero los habitantes del pueblo tenían una apariencia evidentemente polaca y, de momento, se les permitió quedarse.[69] En Ritterswalde, cerca de Neisse, dispararon contra el sacerdote junto al altar de su iglesia, pero no llegaron a matarlo. Otros dieciséis sacerdotes de Silesia murieron en actos de violencia.[70]

El caso de Klosterbruck, en el distrito de Oppeln, está especialmente bien documentado. Los rusos llegaron el 21 de enero de 1945. Los sacerdotes y monjas de la localidad se habían refugiado en la capilla del convento junto con una joven y su hijo. Fuera, en las calles, se

desarrollaban las escenas de violación y saqueo. Cualquier mujer que se negara a acostarse con un ruso era muerta a tiros. El sacerdote de cuyo relato disponemos despreciaba a los conquistadores rusos. «Volved a Rusia –escribió–, y sentaos fuera de vuestras chozas de ramas y barro, mascad pipas de girasol y volveréis a ser gente afable.»[71] Algunos no eran tan malos: un oficial musulmán, «un buen tipo», les llevó un cubo de sopa y algo de azúcar; antes habían matado sus cerdos; pero luego, un oficial enloquecido de mayor edad se llevó a una monja detrás del altar e intentó violarla. Fue interrumpido por otro más joven que detuvo a aquel hombre y ordenó a unos soldados que lo arrojaran a la calle como un saco de harina. En la puerta de la capilla se apostó a un guardia. El Miércoles de Ceniza de aquel año, las chicas prestaron especial atención a la práctica religiosa de cubrirse de ceniza. Querían parecer viejas y feas.

Esto no ayudó a las monjas, que volvieron a ser entonces víctimas de las atenciones de los rusos. Al comienzo de la cuaresma, cuatro de ellas fueron sacadas fuera y violadas. Los polacos llegaron el 14 de marzo y prohibieron el uso del alemán. «¡Satanás ha vuelto! –escribía el sacerdote–. El nuevo Satanás parece casi más peligroso. Afirma ser católico y no deja de hablar de Czestochowa (la llamada capital espiritual de Polonia).»[72] Tres días después, todas las monjas indemnes hasta entonces fueron violadas, incluida una de ochenta años. Para algunas de ellas, la nueva experiencia iba unida a otro inconveniente: la enfermedad venérea. Los rusos proclamaban ufanos que ya no había vírgenes en Klosterbruck. Las aflicciones de las monjas resultaban especialmente mortificantes por el hecho de que los nuevos médicos polacos se negaban a tratar a alemanes. Sus tormentos concluyeron en parte al ser expulsadas el 25 de mayo.[73]

Los polacos de Ucrania llegaron tras los pasos de la milicia. Habían sido expulsados por los rusos. El sacerdote los juzgaba «buena gente». La Alta Silesia se consideró un caso especial, pues tenía una población mixta de alemanes y polacos y era casi enteramente católica. Para los polacos constituía un artículo de fe que todos eran polacos y que en muchos casos sólo fingían ser alemanes. Se trataba de una inversión evidente de los principios nazis, que habían hecho hincapié en la «germanidad» de la Alta

Silesia a expensas de los polacos. El *Wasserpolnisch* –el dialecto local– había estado prohibido desde la década de 1930. En consecuencia, los niños ya no lo entendían.[74] Tras la prohibición de hablar alemán, era útil para la gente saber polaco. Según informaba Ursula Pechtel: «Una sola palabra en alemán habría bastado para arrojarnos a un campo polaco de exterminio».[75]

En Schönkirch, cerca de Oppeln, la parte más alemana de la Alta Silesia, los rusos se pasaban el día pidiendo «vodka», «cebula» (cebollas), «ogorki» (pepinillos) y «panienka» (chicas). No tenían una preferencia clara, con tal de que las mujeres en cuestión llegaran «davái, davái» (deprisa). Los habitantes de la localidad se pusieron astutamente a la tarea de destilar vodka. Con una o dos botellas podían recuperar una vaca robada; con dos o tres, un caballo. Que, por supuesto, les volvían a robar de nuevo.[76] En Hindenburg, los polacos llegaron trayendo consigo a la ciudad el antiguo nombre de «Zaborze» y procedieron a despojarla de todo lo que habían dejado los rusos. Su celo superó incluso el de sus patronos. Muchos alemanes fingían ser polacos para seguir en sus propiedades. En algunas ciudades, como en Schönwald, la expulsión se llevó a cabo en tres oleadas: a finales de octubre de 1945, en junio de 1946, y en mayo de 1947.[77]

En Pitschen, Theofil Peters constató, lo mismo que Hans Lehndorff, que ser médico podía salvarle la vida o, al menos, posponer la muerte. Los rusos se sentían agradecidos por los servicios que les prestaba y le llevaron una botella de aguardiente. Sin embargo, el 2 de octubre de 1945 fue expulsado junto con los demás. Un miembro de la milicia llegó a su puerta y le dijo: «Será usted expulsado en función de los Acuerdos de Potsdam». Se le confiscaron sus instrumentos médicos «como propiedad del Estado polaco». Peters fue introducido en un vagón de mercancías y le arrebataron sus últimas pertenencias. Suplicó que le dejaran su estetoscopio, pero no le escucharon. «¡Ya no necesitas un estetoscopio para Hitler, cerdo alemán!», le espetó el miliciano al tiempo que le propinaba un puñetazo en la cara.[78]

Peters pasó doce días en el tren recorriendo Silesia. Doce personas murieron en su vagón. Los cuerpos eran descargados en la parada siguiente. Finalmente, la odisea concluyó a unos doce kilómetros de Görlitz, la ciudad fronteriza con Alemania. Sin embargo, la gente estaba demasiado débil para

caminar y los hombres de la milicia, ataviados con uniformes usados de la SS, se ensañaron con ellos. Dos mil alemanes tuvieron que formar para ser cacheados por última vez. A Peters le asignaron la tarea de cargar los muertos en un carro tirado por perros y llevarlos a Neisse. «En la Polonia comunista –le dijeron– nadie muere de hambre.»[79]

A los naturales de la Alta Silesia, clasificados oficialmente como «autóctonos», se les dio la posibilidad de «optar» por Polonia. Esto tenía sus ventajas: los tíos de Irene Zelder, residentes en Ratibor, le dijeron que «habían "optado" por Polonia para poder vivir, pues era la única manera de obtener cartillas de racionamiento».[80] Pero también tenía sus desventajas: quien optase por Polonia no podía «ir al Reich». Muchos alemanes quedaron atrapados en Polonia y, por tanto, les fue imposible reunirse con sus familias. Así les sucedió a las dos hermanas de Hans-Günther Nieusela, que no lograron marchar hasta 1955.[81] Uno de los habitantes de la Alta Silesia a quien no se le concedió esa oportunidad fue Carl Ulitzka, el «Rey de la Alta Silesia», que había pasado gran parte de la guerra en Dachau. Fue expulsado por los polacos porque, en 1919, había encabezado la resistencia a la anexión polaca después del Tratado de Versalles. La milicia se vengó con brutalidad de cualquier sospechoso de haber obstaculizado sus intentos de anexionarse la Alta Silesia en 1919.[82]

El hecho de optar por Silesia no protegía necesariamente a la gente de los rusos. Como ocurría en la Alemania reducida, el trayecto más peligroso para una mujer era el que debía realizar hasta la bomba para proveerse de agua. Los rusos estaban a la espera, ocultándose en las sombras, listos para abalanzarse sobre ellas. Irene Zelder tuvo una desagradable experiencia con un ruso poco después de su regreso a Ratibor, pero consiguió llegar a casa y cerrar la puerta con llave tras abandonar su cubo en la calle. El ruso aporreó la puerta con la culata de su fusil mientras gritaba: «Vodka! Panienka!», pero acabó desistiendo al ver que nadie le hacía caso.[83] Las violaciones aumentaron en el período que va desde mediados de marzo a mediados de mayo de 1945. Las muchachas estaban, en general, más seguras en los pueblos que en las ciudades, donde también el tifus causaba estragos y acabó con un número considerable de alemanes.[84]

Neisse –«la Roma silesia»– había sido destruida en un 80 % por la artillería. Cuando llegaron los rusos, saquearon las principales iglesias de la ciudad y, a tenor del testimonio de un sacerdote, violaron a algunas monjas hasta cincuenta veces. A mediados de junio comenzaron las expulsiones, pero algunos ciudadanos fueron encerrados en una lúgubre fortaleza construida en tiempos de Federico el Grande.[85] La fortaleza de Neisse fue uno de los seis campos de concentración gestionados por los polacos en Silesia. Los otros se hallaban en Breslau (prisión de Kletschkau), Glatz, Lamsdorf, Trebnitz y Wünschelburg. Lamsdorf (llamado ahora Łambinowice), entre Oppeln y Neisse, fue el de peor fama. Heinz Esser, que trabajaba como médico no oficial, lo calificó de «campo de exterminio». En él se produjeron un total de 6.488 muertes violentas, 828 de ellas de niños. Muchos de los que no murieron por las palizas fallecieron por enfermedad, hambruna o frío o por una combinación de estas tres causas. El sacerdote que dejó el relato contaba que el «comandante» era un joven de dieciocho años. Su edad era, evidentemente, lo único tierno que había en él.[86] Esser no da ninguna indicación acerca de la edad de aquel hombre, pero apunta que se llamaba Cesaro Gimborski,[N9] y añade que le auxiliaban unos cincuenta miembros de la milicia. El más brutal era Jusek, ayudante del verdugo, un joven de diecisiete años que asesinaba «por encargo», hasta que también él fue brutalmente muerto por los suyos.[87]

La ferocidad de los guardianes se puede explicar por la educación que habían recibido; de algunos, al menos, consta que habían sido liberados recientemente de campos de concentración alemanes. Sus métodos recordaban, sin duda, a los de Dachau o Buchenwald.[88] Se realizaban «ejercicios matutinos» durante los cuales muchos de los presos de más edad y medio muertos de hambre se derrumbaban. Los hombres eran golpeados a muerte por nimiedades: un maestro, por llevar gafas; un comandante, por su alta estatura, con lo que, por tanto, cumplía las condiciones para haber sido miembro de la SS. Hombres y mujeres eran desnudados y obligados a realizar actos de sadismo con los demás o a comer excrementos; las muchachas tenían que sujetar billetes de banco ardiendo entre las piernas.

En el campo había muchos niños pequeños. Algunos de ellos fueron sacados más tarde y entregados a padres adoptivos polacos.[89]

La comida era casi inexistente. Esser dice que se les daban tres o cuatro patatas diarias, a lo sumo entre 200 y 250 calorías. Se acordaba en concreto de un día, justo el 8 de junio de 1946, en que la cifra ascendió a 530 debido al escaso número de internos en el campamento.[90] Ursula Pechtel, de Hindenburg, en la Alta Silesia, tuvo la mala fortuna de ser trasladada a Auschwitz. Trabajó en la fábrica del consorcio químico IG Farben desmontando maquinaria para los rusos. Eran ferozmente apaleados por los guardianes, y por la noche se mandaba a las mujeres con los oficiales para que les sirvieran de entretenimiento. Max Marek había estado en el campo de Neu-Schönau, cerca de Zittau, antes de ser enviado también al campo de trabajo de Jawiszowice, próximo a Auschwitz. Los nazis le habían impuesto el nombre de Jawischowitz: era uno de los satélites de Auschwitz y había sido construido en 1942 para prestar servicio a las minas de Brzeszcze.[91]

En Beuthen se supo de algunos casos excepcionales de amabilidad por parte de los conquistadores. Los rusos solían dar comida a los niños y los llevaban incluso en sus camiones. Se produjeron las habituales escenas de humor negro en que los rusos aprendían a ir en bicicleta y, cuando se caían, la emprendían con aquella máquina inanimada. En Beuthen, un ruso manifestó su asombro porque los alemanes habían ido a la guerra. «¿Por qué vosotros guerra? En Alemania, de todo. En vuestro país podéis robar en una casa más que en un pueblo entero en el nuestro.»[92]

En Pomerania oriental, Libussa von Krockow no fue consciente al principio de las incursiones de los polacos. Sólo se dio cuenta de ellas cuando pidió permiso al comandante ruso para mudarse a la casa del hortelano, en la finca de la familia, después de que el palacio hubiera sido reducido a cenizas. El comandante le dijo que se presentara ante el «comandante» polaco. Los únicos polacos que había visto hasta entonces eran prisioneros de guerra o trabajadores forzosos empleados en las granjas. Ahora las granjas estaban siendo transferidas a los polacos, por lo que los criados se convertían en dueños, y los dueños en criados. Ermland se hallaba en la antigua frontera «occidental» de Prusia, y allí había habido

siempre más polacos. Los alemanes eran católicos que hablaban un polaco rudimentario; esperaban poder permanecer en sus casas escondiéndose como los avestruces.

Käthe von Normann consideró más amables a los polacos. Sus unidades militares habían combatido de hecho con los rusos cerca de la pequeña ciudad de Plathe, y unos oficiales la habían mantenido informada sobre lo que ocurría en el campo ruso. Los polacos capturaron a los últimos hombres, a todos cuantos habían ostentado una pizca de autoridad en los viejos tiempos y a cualquier noble que los rusos hubieran pasado por alto. Jesko von Puttkamer fue llevado a Stolp y arrojado a la antigua prisión de la Gestapo, con diez o veinte personas por celda, sólo dos camas y prácticamente sin comida. Su nuera tenía que caminar treinta kilómetros para llevarle algún que otro mendrugo, hasta que fue trasladado a Danzig, fuera de su alcance.

La comida, que nunca había sido abundante, se redujo a nada. La gente sobrevivía robando en las huertas. Las patatas, introducidas en Pomerania por Federico el Grande, pasaron a ser una exquisitez. La señora Von Normann tenía que suministrar leche, mantequilla y huevos al comandante y a la guarnición; lo que quedara era para los alemanes. Pero por lo general, no quedaba casi nada. Aun así, con aquella exigua cantidad de mantequilla, leche, huevos y trigo podía considerarse afortunada en comparación con los alemanes de las ciudades. En otoño cesaron las míseras entregas de leche a las madres con niños de pecho. Los alemanes que violaban la ley intentando vender algún producto eran condenados al cepo. Se animaba a los polacos a que les escupieran pero, en general, lanzaban la saliva al suelo.

Marchas

Silesia iba a quedar libre de alemanes, lo que significaba que éstos debían reunir lo que pudiesen transportar y ponerse en marcha hacia el oeste. El 5 de octubre de 1945, el general Clay recibió informes clasificados sobre las penalidades de los refugiados alemanes procedentes del este de la línea

Óder-Neisse y del territorio de los Sudetes. Clay observó que la cifra de nueve millones se quedaba corta; es probable que fueran más bien diez millones. Según sus propias estimaciones habían sido deportados ya entre el 65 y el 70 % de ese contingente. Tres quintas partes se habían instalado en Sajonia, una sexta parte en Brandeburgo y otra en Mecklemburgo. «Es indudable que un gran número de refugiados ha muerto ya de hambre, congelación y enfermedad.» Muchos fueron «deportados a la fuerza... otros huyeron por miedo». Todos convergían en Berlín, donde había unos cuarenta y cinco campamentos. Las masas que llamaban a las puertas de la antigua capital ascendían a entre quinientas y seiscientas mil personas al mes. Y más del 40 % eran niños, «muchos de ellos huérfanos».[93]

A partir del 20 de febrero de 1946, los británicos exigieron (y los polacos estuvieron de acuerdo con la demanda) que los deportados fueran conducidos a puntos de reunión y que se dispusieran trenes y barcos para recogerlos en momentos establecidos. Se debía fijar de antemano el tamaño y peso del equipaje. Se permitiría llevar comida para el viaje y dinero. Los polacos proporcionarían desinfectante. Los alemanes gravemente enfermos y las embarazadas no podían ser desplazados; en el caso de éstas, tenían que quedarse si les faltaba menos de seis semanas para dar a luz. Si uno de los miembros de la familia enfermaba, todos los demás debían quedarse con el enfermo hasta que mejorase. La propuesta fue magnánima, pero sumamente ineficaz. A finales de diciembre de 1946, el secretario de Estado responsable para Asuntos Alemanes y Austriacos, John Hynd, tuvo que admitir ante la Cámara de los Comunes que en fechas recientes habían llegado a Berlín veinte trenes sin calefacción. En uno de ellos se hallaron veinte cadáveres y ciento sesenta personas con síntomas evidentes de congelación.[94]

Había llegado la hora de partir, pero la decisión de emprender la marcha hacia el oeste no era fácil. La gente corría el riesgo de perder todas sus pertenencias, padecer malos tratos y morir. Quienes estaban más expuestos a ello eran los niños pequeños, que con frecuencia fallecían en el trayecto. Ya en la tercera semana de marzo de 1945, Käthe von Normann había visto como una marcha acababa en desastre cuando los rusos dispararon contra

sus integrantes y los obligaron a regresar al pueblo. En mayo se devolvió a sus localidades de origen incluso a alemanes que habían recorrido un trecho considerable en su avance hacia el oeste. La señora Von Normann recibió en Whitsun a una nueva familia que le robó el jabón que le quedaba. Se preguntaba si también ella podría regresar a su casa solariega. Finalmente fue enviada de vuelta a Barkow, pero sólo después de que una de sus compatriotas alemanas la denunciara a la milicia. Nunca llegó a saber cuál había sido su delito. En Barkow tuvo la ventaja de encontrarse entre su propia gente, y los dos trabajadores polacos de la finca, encargados ahora de gestionarla, cuidaron de ella y de sus hijos.

Los Puttkamer-Krockow decidieron marchar a Stolp, la capital de provincia, para ver si había algún medio legal de escapar. Hicieron a pie los diez kilómetros en una mañana. El cartel indicador de la ciudad había sido tachado, pues se le había asignado ya un nombre polaco: Słupsk. A primera vista poco había cambiado en la Bismarckplatz, excepto que el Canciller de Hierro había sido derribado de su pedestal y decapitado. El interior de la ciudad antigua ofrecía, sin embargo, un escenario de desolación: había escombros por todas partes, y la catedral gótica había sido vaciada por dentro. No había habido bombardeo. Los causantes del destrozo de Stolp habían sido los rusos. Encontraron a una persona que representaba la autoridad. Para ir al «Reich» necesitaban permiso de su alcalde polaco y un certificado de que no existían cargos conocidos contra ellos. Sólo podían transportar una maleta y provisiones para tres días. Transcurrió cierto tiempo hasta que les concedieron el permiso. Aún habrían de pasar otro invierno en la nueva Polonia. Las noches eran largas y no había luz, pero tampoco había libros que leer. Se entretenían rememorando relatos épicos, pero evitaban tocar la poesía patriótica prusiana: en aquellos momentos, carecía de sentido celebrar victorias como la de la Batalla de Sedan.

Las noticias llegaban en forma de ecos curiosos que podían guardar alguna relación con la verdad... en caso de que alguien los hubiese sabido interpretar. El 27 de mayo de 1945 oyeron contar en Barkow que los Aliados se habían enfrentado y que tropas estadounidenses habían desembarcado en Stettin y Danzig. El inevitable conflicto entre los Aliados

seguía siendo vivamente deseado en Pomerania, como lo había ansiado Goebbels en Berlín en los últimos días de la guerra. El 12 de marzo de 1946, Lehndorff oyó decir que los rusos se disponían a entrar en guerra. Stalin había pronunciado un discurso crítico contra Gran Bretaña.[95] Un mes después circularon entre la policía polaca rumores que dibujaban un cuadro más exacto de su destino. Las ciudades de Greifenberg y Plathe tenían que ser evacuadas, y Cammin había sido ya vaciada de alemanes. Los habitantes de Greifenberg fueron expulsados, de hecho, con sólo quince kilos de equipaje y abandonados en los bosques de Cammin, donde hubieron de buscarse la vida durante varios días antes de ser capturados de nuevo.

Las expulsiones de Silesia se realizaban ahora a un gran ritmo. Según lo expresó el obispo de Katowice: «Cuanto antes se marchen por propia voluntad, mejor para ellos».[96] Sin embargo, la libre voluntad poco tenía que ver con todo aquel proceso. Silesia iba a quedar oficialmente libre de alemanes en junio de 1946. En realidad, los polacos deseaban quedarse un poco más con aquellos industriosos artesanos.[97] Masas de civiles fueron obligadas a punta de fusil a salir de sus casas de las antiguas ciudades alemanas de Görlitz, Glogau, Sagan y Liegnitz a finales de aquella primavera. Se pusieron en funcionamiento todos los recursos de locomoción: los cochecitos de niños eran un medio muy popular para transportar lo más necesario. Un testigo vio un carro tirado por seis niños y una mujer embarazada que empujaba desde atrás. El destino era el Neisse de Lusacia, que constituía la nueva frontera de hecho. La ciudad de Forst servía de punto de reunión para el transbordo. Los alemanes eran retenidos allí hasta que los polacos conseguían despojarles de lo poco que aún tenían.[98] Las autoridades de Görlitz en el bando alemán intentaban desesperadamente sacarlos de la ciudad, pues no tenían víveres para sus propios habitantes, lo cual exacerbaba la desdicha de los expulsados. Entretanto, los guardas de frontera polacos peinaban las columnas en busca de muchachas, que pretendidamente iban a ser retenidas para ayudar en la recolección. Mientras aguardaban junto al río, los alemanes dejaban mensajes en los árboles para indicar a los amigos y a los familiares hacia dónde se dirigían y a quién habían perdido.[99]

Grünberg, en la Baja Silesia, padeció debido a las reservas de alcohol existentes en la ciudad. No sólo había sido el centro de la pequeña zona vitivinícola de Silesia, sino que, además, los nazis la habían convertido en su bodega de vinos –normales y espumosos– y coñac, que habían transportado allí desde Hamburgo, Bremen, el Rin y el Mosela. La brutalidad fomentada por el contenido de las bodegas llevó a familias enteras al suicidio. Un sacerdote calculó que una cuarta parte de la población había muerto de ese modo. Los polacos llegaron el 12 de mayo de 1945. El 24 de junio, la población restante fue informada de que disponía de seis horas para hacer las maletas.[100] En junio y julio de aquel año fueron expulsados un total de 405.401 alemanes. Las últimas expulsiones oficiales se produjeron en 1950, cuando 1.329 alemanes fueron obligados a salir de Swinemünde.[101]

Mientras el hedor a muerte y brutalidad invadía las regiones germanas al este del Óder, hubo un viejo alemán a quien se permitió vivir en su hogar sin ser molestado. Los nuevos señores polaco-soviéticos de Silesia mostraron una notable reticencia a expulsar al dramaturgo Gerhart Hauptmann, distinguido con el premio Nobel, que había vivido desde el año 1902 en la villa palaciega de Wiesenstein, en el pequeño pueblo de Agnetendorf, en los Montes Gigantes. Los Montes Gigantes (Riesengebirge)[N10] habían sido el «refugio de Alemania frente a las incursiones aéreas», y el Ministerio de Asuntos Exteriores había sido evacuado a un centro turístico de esquí de aquellas montañas. El anciano vivía sus últimos días rodeado de las obras de arte que había coleccionado con el paso de los años: el busto de Goethe de David d'Angers ocupaba un lugar de honor en la Sala del Paraíso, decorada con murales de Johannes Avenarius.[N11] Hauptmann se paseaba con una levita en cuya solapa llevaba prendida su medalla de la orden Pour le Mérite.[102] Se hallaba en Dresde el día de San Valentín y las explosiones de las bombas le habían causado una grave conmoción. Meses más tarde aún no se había restablecido.[103]

El amanuense de Hauptmann, el escritor Gerhart Pohl, fue a ver al comandante soviético de la cercana localidad de Hirschberg. Las calles estaban engalanadas con carteles que repetían las consoladoras palabras de

Stalin: «Los Hitler vienen y van...». Pohl explicó que Hauptmann estaba viviendo en su vieja casa en lo alto de las montañas. El oficial manifestó su sorpresa. «¿Hauptmann, el autor de *Los tejedores*?» La primera edición completa de las obras de Hauptmann en ruso se había publicado ya en 1902. Según dijo un comandante ruso a Pohl (con cierto grado de exageración, en cualquier caso), «todos los escolares de la Unión Soviética conocen al autor de *Los tejedores*». Las visitas de oficiales soviéticos aficionados a la literatura comenzaron poco después. Hauptmann los trató con paciencia y los halagó con su admiración por Tolstói y Gorki.[104]

Un profesor polaco fue a verlo de parte del Ministerio de Arte y Cultura de Varsovia. Era de Galitzia y hablaba alemán con fluidez, con cierto acento austriaco (Galitzia había formado parte del Imperio austrohúngaro hasta 1918). El profesor dirigió estas palabras a Hauptmann: «El destino de Alemania es duro, pero no del todo inmerecido. Piense en los horrores perpetrados contra mi pueblo. Se trata de actos innegables...». El profesor regresó a su ministerio para organizar la protección de Hauptmann. Los papeles llegaron el 7 de agosto, cinco días después de la conclusión de la Conferencia de Potsdam.[105]

Durante un tiempo, la presencia de Hauptmann cohesionó a los habitantes de la cercana colonia de artistas de Schreiberhau, donde los alemanes sobrevivían gracias a la venta de sus pertenencias a los polacos. Ruth Storm vendió su abrigo de piel de potro por quinientos złotys y se hizo con dos kilos de tocino, una libra de mantequilla y una salchicha ahumada. Suponía que los dejarían en paz porque Hauptmann recibía visitas de periodistas extranjeros.[106] Fue un respiro breve. Cierto día, Pohl reconoció en la calle a uno de sus antiguos profesores en la figura de un anciano vestido con un albornoz. Era Eugen Kühnemann, el biógrafo de Schiller. Le habían robado todo lo que tenía y luego lo habían echado de su casa.[107]

Hauptmann siguió viviendo en la villa de Wiesenstein con los documentos polacos que lo protegían. No se permitía a nadie entrar en la casa o en su terreno so pena de castigo. Aunque esto no siempre detenía a la gente. Unos soldados rusos armados hasta las cejas explicaron que no tenían intención de causar ningún daño. «Wir nicht machen bum-bum...

Nicht machen zapzerap, bloss mal gucken. Du erlauben, bitte?» (Nosotros no hacer bum-bum... Nosotros no robar, sólo mirar. ¿Tú permitir, por favor?.)[108] Unos falsos periodistas lograron entrar en cierta ocasión y recorrieron la vivienda metiéndose pequeños objetos en los bolsillos. «De pronto se encontraron ante un anciano [...] en la habitación Biedermeyer... "¡Acérquense, caballeros! Su juventud alegra mi viejo corazón. ¿Querían visitar mi casa en una hora poco habitual? Sus deseos se han hecho realidad. ¿En qué puedo ayudarles?".» Pohl pretendía que se aclarase la situación de Hauptmann en medio de aquel acoso, y como muchos otros silesios quería saber qué les iba a deparar el futuro. Decidió viajar a Berlín para visitar a Johannes R. Becher. El futuro ministro de Cultura de Alemania oriental fumó nerviosamente un cigarrillo detrás de otro mientras Pohl intentaba hacerle concretar. Mencionó el acuerdo de Potsdam según el cual Silesia permanecería bajo administración polaca hasta la firma del tratado de paz. ¿Significaba eso que volvería a formar parte de Alemania? «Mann, verlassen Sie sich darauf nicht!» (¡No confíe en ello, amigo!)[109]

Becher accedió a visitar a Hauptmann en la villa de Wiesenstein. Quería ganarlo para su Alianza Cultural y en pro de la renovación literaria de Alemania. No fue fácil llegar hasta allí. No había trenes, y Becher y su amigo ruso Grigori Weiss tuvieron que salir en dos coches seguidos por un camión que transportaba comida y gasolina. Tardaron dos días en llegar a Agnetendorf. Hauptmann dijo al poeta: «Soy un hombre viejo y ya no tengo ambiciones, pero el destino de Alemania nos preocupa a todos».[110] En cualquier caso le prometió su ayuda: «Le secundaré... Es mi deber hacia la nación. Junto con mi pueblo, dedicaré por entero mis últimas fuerzas a la renovación nacional de Alemania».[111]

Sin embargo, se opuso a cualquier iniciativa de que lo trasladaran al otro lado de la frontera; deseaba morir en Silesia. La principal preocupación era la disminución de las reservas de brandy en la Casa Wiesenstein. El anciano estaba acostumbrado a tomar todos los días una copa salvadora, y en aquel momento apenas quedaban unas gotas en la última botella. Becher y Weiss decidieron hacer un último favor a Hauptmann y se dirigieron a Liegnitz para ver al comandante soviético. Aquel ruso conocía también, por

supuesto, a Hauptmann por su fama: «Al anochecer regresamos a Agnetendorf con un coche lleno de comida y veinte botellas del mejor coñac [sic] del Cáucaso».[112] Hauptmann falleció finalmente el 6 de junio, tres días después de pronunciar sus últimas palabras: «Bin – ich – noch – in – meinem – Hause?» (¿Estoy aún en mi casa?). Los polacos preservaron la residencia de aquel gran hombre convirtiéndola en un asilo para niños. Su cadáver fue expulsado junto con los vivos y los moribundos. En contra de sus deseos recibió sepultura en Hiddensee, en la costa del Báltico.[113]

Campos de tránsito

Los Normann recibieron la orden de ponerse en marcha el 29 de junio de 1946. Barkow iba a ser evacuado en dos horas. Sus doscientos habitantes, aproximadamente, tenían que hacer un equipaje para un par de semanas. Acompañados por soldados y policías polacos llegaron hasta Plathe bajo un sol abrasador. La primera parada sería Wollin, donde se detendrían en un campo hasta realizar el transbordo a la otra orilla del Óder.

Wollin era uno de los campos de tránsito dispuestos a lo largo y ancho de la nueva Polonia. Una vez recibida la notificación, los alemanes debían reunirse en la plaza de su ciudad o pueblo con una maleta. A algunos polacos les preocupaba lo que el mundo exterior pudiera pensar de ellos: se pidió a Lehndorff que hablara a los cuatrocientos alemanes de su campo para explicarles que el trato que recibían se debía a órdenes llegadas de arriba, imitando de ese modo lo que los alemanes habían hecho a los polacos.[114] Los campos para los habitantes de Breslau se hallaban en la estación de Friburgo y en Kohlfurt. Una vez que las vías estuvieron preparadas para ellos, se colocó a los alemanes en vagones cerrados para su transporte al oeste. Para quienes vivían en el interior del país, el viaje al campo de tránsito constituyó en sí mismo una dura prueba. El carro de la señora Von Normann perdió una rueda en el siguiente pueblo, pero Käthe tuvo la fortuna de contar con la ayuda de Dombrowski, el viejo policía de la localidad polaca, a cuya esposa había protegido de los SS. Dombrowski

cargó las pertenencias de Käthe von Normann en su bicicleta. En términos generales, la veintena de soldados que acompañaba al grupo de refugiados no se mostró demasiado cruel.

Las continuas disputas entre rusos y polacos obstaculizaban las marchas de este tipo. Cuando el grupo de la señora Von Normann llegó al pueblo de Trieglaff, la guarnición rusa les ordenó regresar a Barkow bloqueando la carretera con hombres que blandían ametralladoras. Cayó la noche, y los refugiados se sentaron juntos en la carretera. Luego, llegó la orden de volver. Todo había sido inútil.

De vuelta al Reich

La decisión de los Krockow de marcharse estuvo motivada por una intempestiva incursión de una banda de rusos que pedían «Uri!». Pero todos los relojes habían desaparecido meses antes. Sin embargo, un miembro de la familia se dejó llevar por el pánico: sabía dónde había un reloj. Se hallaba en el desván. Había pertenecido a Robert von Puttkamer, abuelo de Libussa von Krockow, ministro del Interior y hombre de derechas cuya destitución, en 1889, había sido el único acto positivo del denominado imperio liberal de Victoria (Vicky), la esposa inglesa del emperador Federico III. El reloj era un regalo del emperador Guillermo I y tenía la firma imperial grabada en la tapa. La pérdida de este último contacto con un pasado más glorioso les indujo a emprender el viaje. Libussa iría por delante para comprobar el estado del país.[115]

El 20 de noviembre de 1945, el Consejo Aliado de Control había resuelto los detalles más delicados del Acuerdo de Potsdam. Las deportaciones «ordenadas y humanitarias» seguirían su curso. La primera fase afectaba a tres millones y medio de alemanes del este. Millón y medio irían a la Zona Británica, y los otros dos millones a la Soviética. Dos millones y medio más provenían de Checoslovaquia, medio millón de Hungría, y 150.000 de Austria. Éstos iban a ser acogidos en la Zona Soviética (750.000), la Estadounidense (2.250.000) y la Francesa (150.000).

Un año después, la Zona Británica había aumentado en 3.100.000 personas, la Estadounidense en 2.700.000 y la Rusa en 3.600.000. La población de Berlín había tenido un crecimiento de 100.000 habitantes, y la Zona Francesa había recibido 60.000. La población de Alemania en su condición de Estado reducido había crecido un 16,5 %.[116]

A mediados del invierno de 1946, Stolp disponía de una oficina propiamente dicha con la palabra «Emigración» escrita en alemán sobre la puerta y un funcionario que hablaba el idioma sin rastro de acento. Había que rellenar formularios utilizando para ello los nuevos topónimos polacos: Rumbske (que, de todos modos, era eslavo) se había convertido en Rumsko; Pommern (Pomerania), en Pomorze. El solicitante debía jurar que se marchaba por libre voluntad y que no volvería so pena de castigo. El certificado costaba 150 złotys. Era el equivalente a dos sueldos mensuales de Lehndorff, una vez que los polacos comenzaron a pagarle sus servicios. Un kilo de tocino costaba cuatrocientos złotys, y medio kilo de azúcar, noventa.[117]

Parecía engañosamente sencillo: un tren partía aquella misma mañana a las 10.14 y llegaba a Stettin a las 14 h. De allí a Berlín se tardaba sólo una o dos horas. El billete costaba otros ciento cincuenta złotys. Libussa había gastado ya la mitad de su dinero. La llevaron a un vagón de ganado, se abrió la puerta, la metieron dentro de un empujón y la puerta se cerró de golpe. En medio de la oscuridad comenzó a distinguir las siluetas de otros refugiados: mujeres, niños y ancianos. El tren se detenía en las principales ciudades: Schlawe, Köslin, Belgard. En cada parada, la puerta se abría y nuevos refugiados se apretujaban en aquel espacio abarrotado. Había anochecido ya. Luego, el tren se detuvo. Sonó un disparo. Y después se oyeron más.

> Abrieron la puerta de par en par... gritos de terror, linternas parpadeantes, una horda que hizo su aparición: figuras feroces atisbadas confusamente en medio del caos y la confusión, hombres, pero también jóvenes y mujeres, unas mujeres salvajes, quizá las peores de todos, que chillaban, babeaban, golpeaban y rapiñaban. Más tiros de pistola por encima de nuestras cabezas y que sonaban como cañonazos en aquel espacio reducido, aturdimiento, cuchillos y hachas, puños, patadas, pies que pisoteaban los cuerpos, y siempre aquel griterío y los llantos de miedo y dolor.

> A maletas y baúles, cajas y paquetes, les salieron alas y volaron por los aires y a través de la puerta. La horda los siguió y la puerta se cerró de golpe.[118]

Los bandidos habían realizado su labor en cuestión de minutos, cinco como máximo; pero sólo era el primer asalto. En cierto momento, los milicianos abrieron la puerta y fingieron preocupación. Cuando los alemanes les dijeron que habían sido atacados, rompieron a reír. Como ya no tenían maletas, la siguiente oleada fue a por la ropa con que se cubrían, despojándolos de abrigos, chaquetas y vestidos. Libussa perdió su preciosa mochila en el segundo asalto, sus złotys en el tercero, y sus botas en el cuarto. El tren se detuvo en Stargard. Y eso por no hablar del horario: los viajeros llegaron a Scheune, cerca de Stettin, en mitad de la noche.

Stettin, situada en la orilla izquierda del Óder, había sido adjudicada a Polonia, aunque muchos la veían, quizá, como un puerto seguro. Pero no lo era, ni mucho menos. Después de que el tren cambiara de vía unas cuantas veces, se abrieron las puertas y se ordenó a los refugiados que salieran. Guardias armados con subfusiles les mandaron formar en columnas de a dos. Nevaba intensamente. Cuatrocientas personas tuvieron que marchar hasta una antigua azucarera mientras eran golpeadas con las culatas de los fusiles para que se movieran más deprisa. Una muchacha que entendía el polaco le dijo a Libussa que todo el que fuera descubierto con cartas se arriesgaba a ser castigado como espía. Libussa rompió las suyas y las arrojó a un seto. Los polacos no querían que el mundo supiera cómo se vivía en los Territorios Recuperados. La azucarera sólo ofrecía un suelo de cemento y unas ventanas con cristales rotos, además de un par de cubos llenos para las necesidades físicas. Amaneció; siguieron esperando; el sol se puso. Los polacos «necesitaban el abrigo de la oscuridad para poner en práctica sus intenciones».[119] Los alemanes fueron sacados de dos en dos. Les volvieron a golpear con las culatas de los fusiles hasta que llegaron a una sala iluminada con velas. Detrás de una mesa había un funcionario sentado. Tenía delante un libro y una pila de objetos valiosos. Les dijeron que se desnudaran y dejaran la ropa junto a dos hombres preparados con cuchillos

para descubrir cualquier objeto de valor oculto. Libussa perdió sus últimos dos mil marcos del Reich.

Se vistieron tomando prendas de la pila y considerándose afortunados si encontraban alguna propia. Luego tuvieron que firmar en el libro que habían depositado su dinero y objetos de valor mediante un procedimiento legal. Libussa consiguió robar algo mientras la atención del funcionario de la mesa se dirigía a dos mujeres que se desnudaban en el extremo más alejado de la habitación. Al marcharse, otros milicianos los examinaban a la luz de una linterna para evaluarlos. Temiendo lo peor, Libussa se escapó por una ventana y se ocultó en un tanque destrozado hasta que amaneció. Luego vio a sus compañeros de viaje salir de la azucarera y se unió a ellos mientras marchaban de vuelta a las vías del tren. Les habían robado todo excepto unos pocos harapos. Las mujeres sollozaban histéricamente. Vieron un tren, y un conductor alemán con pinta anticuada ataviado con uniforme y gorra les dijo: «Todo va bien, todo va bien, todo va a ir bien... Suban al tren, por favor, todos arriba; vamos a salir enseguida, camino de casa».[120] Los refugiados confesaron que ya no tenían dinero para los billetes. El conductor les aseguró que esta vez el viaje era gratis. El tren los llevó a Angermünde, donde todos tuvieron que bajarse. Un ruso dio a Libussa un trozo de pan. Luego se preparó un nuevo tren para llevarlos a Berlín.

La experiencia de Libussa von Krockow no fue la peor. A menudo, los refugiados iban tan apretados en los vagones que no podían moverse para defecar y salían de ellos cubiertos de excrementos. Muchos fallecían antes de llegar a su destino.[121] Durante los meses de invierno, los expulsados, casi desnudos, morían literalmente congelados. Las mujeres enloquecían al ver morir a sus hijos y tenían que ser atadas con cuerdas para impedirles que arañaran a los demás pasajeros. Cuando llegaban a lo que quedaba de Alemania, intentaban sacar los cadáveres de sus hijos; se negaban a creer que estaban muertos.[122] Una alemana contó que su bebé había sido lanzado contra una pared cuando se interpuso entre ella y su violador. A los niños les habían robado los pañales y se les había dejado morir congelados.[123]

Libussa no había pasado por suficientes penalidades. A finales de marzo de 1946 decidió volver junto con su amiga Otti von Veltheim y rescatar a

los restantes miembros de su familia. Tras cruzar la Zona Soviética llegaron a la relativa seguridad de Zehlendorf, en el Sector Estadounidense de Berlín. Cerca de la antigua estación de Stettin encontraron a una chica originaria de Prusia oriental que tenía en su poder un impresionante documento en ruso que le permitía ir a «casa», aunque no se determinaba dónde se hallaba esa «casa». Les costó un paquete de Lucky. En la estación de tren de Angermünde no había ya más rusos simpáticos; sólo rusos con ideas de violación. Libussa y su amiga volvieron a escapar. Encontraron a un amable comandante ruso que les aseguró: «Polacos, malos. Muy, muy malos. Pero rusos buenos. Preguntar sólo a rusos. Rusos siempre ayudan contra polacos».[124]

Tras mostrarse inicialmente reticentes a permitirles viajar, Libussa y su amiga se ganaron a los ferroviarios alemanes que debían conducir el tren hasta Stettin. Había una posibilidad de engañar a los polacos. Cocieron en el vapor de la locomotora patatas robadas a los rusos, y al cabo de una o dos horas los semáforos se pusieron en verde y el tren partió. Los rusos probaron suerte con las muchachas, pero aceptaron su rechazo con suficiente hombría y siguieron protegiéndolas de los polacos hasta que el tren llegó al puerto de Stettin y la azucarera. El teniente ruso las escoltó incluso por delante de los guardas polacos apostados fuera del puerto libre antes de dejar que se las compusieran sin ayuda de nadie en la ciudad bombardeada.

Stettin aún no estaba limpia de alemanes, que eran fácilmente reconocibles por los andrajos que les servían de ropa y por sus miradas furtivas. Libussa y Otti encontraron a una vieja dama que les ofreció una habitación, y a un supuesto conde Heinrich Kinsky, de Praga, que trabajaba como camionero para los polacos. Unos prisioneros de guerra alemanes que estaban acondicionando el edificio para las autoridades polacas les proporcionaron muebles, combustible y ropa de cama. Sin embargo, a la mañana siguiente el conde desapareció para no volver nunca más. Las dos mujeres encontraron un guía menos fabuloso en un funcionario polaco del ferrocarril; era natural de Posen, había combatido en el ejército alemán en la Primera Guerra Mundial y formado parte de la resistencia polaca en la

Segunda. Les consiguió billetes para Stolp y les proporcionó un par de periódicos polacos a modo de camuflaje.

El viaje transcurrió relativamente sin percances, excepto por un par de episodios tensos. Cuando llegaron los miembros de la milicia, fingieron dormir. El primer momento de tensión se produjo cuando encendieron sus cigarrillos Lucky y su aroma nada familiar pareció suscitar sospechas entre sus compañeros de viaje polacos. Uno fue comprado con un cigarrillo. El viaje a Stolp, que los Ferrocarriles Reales Prusianos efectuaban en sólo tres horas y media, les costaba casi diez a las nuevas autoridades polacas. Cuando el tren alcanzó las afueras de la ciudad, las dos mujeres se lanzaron hacia la puerta con evidente nerviosismo. Uno de los pasajeros les dijo en alemán: «¡Pruebe por el otro lado, Fräulein!». Las mujeres se quedaron heladas, pero los polacos del vagón rompieron a reír y les dijeron a coro: «Auf Wiedersehen!».[125]

Libussa esperó al verano para llevar al «Reich» al resto de la familia. Para entonces había llegado un nuevo administrador, que se había instalado en la casa señorial de Zipkow. Las mujeres lo consideraron un hombre cortés; además, hablaba un alemán excelente. En realidad, muchos objetos de su oficina les resultaban familiares: el escritorio provenía de la casa de Libussa, y en la pared colgaba un retrato de uno de los Puttkamer de Glowitz. El polaco afirmó que el motivo por el que lo había colgado allí era que algunos de sus antepasados eran Puttkamer. También Lehndorff había conseguido impresionar a los funcionarios polacos diciendo que su familia se apellidaba antiguamente Mgowski, y le proporcionaron un pasaporte con ese apellido.[126]

El simpático –y aristocrático– funcionario polaco tenía amigos en los ferrocarriles de Stolp. Las actitudes estaban cambiando en Polonia. Se había instalado un campamento en Neu Torney, cerca de Stettin, para tramitar la situación de los refugiados. Los ataques en los trenes habían cesado por completo, según les dijo. Los alemanes de Pomerania iban a ser trasladados a las zonas Británica o Soviética; la mayoría querían ir a la segunda. Las autoridades británicas se sentían horrorizadas por el estado físico de los alemanes cuando llegaban al final de su viaje. En abril de 1946 elevaron

una protesta formal y comenzaron a negarse a aceptar refugiados en aquellas condiciones. En diciembre dejaron de recibirlos.

Para entonces habían sido trasladados pueblos enteros. Todos tenían que esperar en puntos de reunión hasta que llegaba la orden de subir al tren. El que tomaron Libussa y su familia tardó dos días y dos noches en recorrer los 237 kilómetros que le separaban de Stettin. Se les permitió bajar en las estaciones y, en realidad, no se produjeron ataques. El viaje finalizó en un campamento para desplazados. Allí, Libussa encontró a su amiga Otti y sus parientes, uno de los cuales había perdido ya la razón. Pasaron tres semanas en el campamento.

Cuando, a mediados de marzo de 1946, Käthe von Normann oyó que su deportación era inminente supo que había llegado el momento de hacer las maletas y ocultar los últimos objetos de valor que le quedaban. Colgaron cojines de las mochilas para poder viajar con mayor comodidad en los vagones de ganado y encontraron un cubo para las largas horas que iban a pasar en el tren. Käthe ocultó un alfiler de oro en una caja de cerillas, envolvió anillos en lana, cosió collares dentro de bolsas o los escondió en la comida. Enrolló un collar de perlas entre copos de avena y cosió un anillo de boda en la ropa de uno de sus hijos.

Se marcharon el día de Viernes Santo. Caminaron hasta Greifenberg, donde fueron llevados a un campamento al lado de las vías. El tren partió el domingo de Pascua con unos veinte refugiados por vagón. Alguien tuvo la feliz idea de asegurar las puertas con alambre desde dentro para impedir que los bandidos las abrieran. Resultó una medida prudente, pues hubo intentos de forzarla cuando el tren reducía la marcha. Los guardias polacos les obligaron a cantar. Comenzaron con *Eine feste Burg ist unser Gott* (Nuestro señor es nuestra fortaleza). Llegaron a Kreckow, un suburbio de Stettin, desde donde había una caminata de dos kilómetros hasta el campamento. Fueron conducidos por miembros de la milicia que les amenazaban con porras de goma. Todos fueron golpeados al día siguiente de camino a la inspección de equipajes: «Los niños estaban fuera de sí a causa del terror».[127] En el mostrador, el polaco no llegó a encontrar las joyas que le quedaban a Käthe von Normann. Parecía más interesado en el

tocino que llevaban otros. Hans Lehndorff, que salió en mayo de 1947, vivió, al parecer, una situación razonablemente más llevadera, o tal vez le pareció que aquello no era nada en comparación con todo lo que había soportado los dos años anteriores.

Käthe von Normann había sufrido mucho, sin embargo es posible que quienes más padecieran fueran los prusianos orientales. En 1945 había salido un transporte abarrotado con 4.500 personas en 45 vagones de ganado. En el de los testigos había 116 hombres, mujeres y niños. El tren tardó once días en llegar a la nueva frontera alemana. Durante ese tiempo hubo robos y más robos, y cada día morían dos o tres personas. Los polacos no sólo los despojaron de sus pertenencias, sino que también se llevaban a las chicas jóvenes.[128] Un tercio de los alemanes de Prusia oriental murió antes de llegar a su patria. El 28 de octubre de 1948 se realizó una encuesta entre muchachas jóvenes de Prusia oriental en el campo de Rüdersdorf. Eran 1.600, la mayoría de procedencia rural que habían sido llevadas a Rusia antes de ser devueltas a Alemania. Entre el 50 y el 60 % habían muerto durante el trayecto, y desde entonces habían fallecido otras más. Su media de edad era de 19,7 años, y su peso, de 45,38 kilos. La mayoría ya no tenían el período; el 48% habían sido violadas (un 20% más de diez veces, y un 4% más de cien).[129]

Aquella noche, de vuelta en el tren, unos saqueadores atacaron a los Normann y a los demás impotentes refugiados para robarles las maletas. Esperaron dos días y, a continuación, les hicieron volver a pie a la estación y los introdujeron en vagones de ganado. El tren partió en dirección a Scheune, donde Libussa von Krockow había vivido terribles experiencias. Desde allí, el tren las llevó directamente a Pöppendorf, en las proximidades de Lübeck, en la Zona Británica, que fue también el destino principal para los silesios que se dirigían al oeste.[130]

La búsqueda de objetos de valor no fue tampoco tan draconiana como lo había sido previamente. Al cruzar la frontera por segunda y última vez, Libussa había conseguido ocultar algunos bienes de la familia en un falso fondo del cochecito de su hija. Los efectos de la comida del campamento en el estómago del bebé habían sido tan terribles que el funcionario renunció a

cachearla. Fue una alegría que el tren los llevara a Lübeck, en la Zona Británica. Al llegar allí se encontraron con que se habían instalado mesas bajo los árboles y se servía sopa caliente a los adultos y gachas y leche caliente a los niños, a los que a continuación les dieron un plátano. Un niño, receloso ante aquella novedad, lo rechazó: «El campesino no come lo que no conoce».[131]

Fue el mismo trato que recibió Käthe von Normann. Después de todo lo que había vivido, la señora Von Normann no sabía qué decir. Un oficial británico pasó entre las mesas ofreciéndoles repetir. Las mujeres estaban tan desacostumbradas a este tipo de atenciones que rompían a llorar e intentaban besarle la mano. Sin embargo, lo que les proporcionaba tanto alivio no era lo satisfactorio de la comida sino la sensación de seguridad:

> Volvíamos a ser seres humanos y nos trataban como a tales. ¿Quién puede comprender este sentimiento? Para ser sinceros, sólo aquellos que hubiesen pasado por los muchos meses de horror y sufrimiento que nosotros habíamos soportado y de los que ahora, por fin, habíamos escapado.[132]

N1. La cifra de expulsados se eleva a 16.500.000 personas: 9.300.000 dentro de las fronteras del Reich de 1937, y 7.200.000 fuera de las mismas. Entre ellos había 2.382.000 prusianos orientales, 1.822.000 pomeranos orientales, y 614.000 brandeburgueses del este del Óder; 4.469.000 silesios, 240.000 habitantes de Memel y los Estados Bálticos, 373.000 de Danzig, 1.293.000 residentes en Polonia, 3.493.000 en Checoslovaquia, 601.000 en Hungría, 509.000 en Yugoslavia y 785.000 en Rumanía. Los rusos no habían planeado exportar a sus 1.800.000 alemanes del Volga, pero sí iban a reasentarlos.

N2. Acabada la Segunda Guerra Mundial, los polacos exigieron el regreso de sus paisanos de la región del Ruhr, muchos de los cuales vivían allí desde hacía varias generaciones.

N3. Firmado el 28 de junio de 1919 en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles, el tratado puso fin oficialmente a la guerra entre Alemania y los Aliados. Una de las disposiciones más relevantes del mismo, además de la asunción de culpa de Alemania en la contienda, fue que, en tanto culpable, debía hacer importantes concesiones territoriales. *(N. del E.)*

N4. Véanse pp. 93-94.

N5. Pueblo cercano a Preussisch Holland. El castillo construido por Jean de Bodt sobrevivió y fue, incluso, restaurado en la década de 1980.

N6. No obstante, cuando el autor visitó la ciudad en 1992, un minúsculo grupo de alemanes había logrado de alguna manera restablecerse en Kaliningrado y tenía, incluso, iglesia y pastor propios. Constituían, como es natural, una de las primeras paradas de los *Heimatgruppen* (expatriados) que deseaban visitar la ciudad donde habían nacido y crecido.

N7. Véase p. 564.

N8. Esto sólo era verdad hasta cierto punto: medio millón de alemanes, en su mayoría católicos, permanecieron en la Alta Silesia porque los polacos se negaron a reconocer su nacionalidad, y hubo también autóctonos en Prusia oriental. La mayoría se marcharon antes de la década de 1980. En torno de Olszstyn quedan todavía treinta mil.

N9. En la década de 1960 se intentó, sin éxito, procesar a Gimborski.

N10. Los Montes Gigantes [sic] superan los 1.600 metros.

N11. Avenarius (1887-1954) fue un pintor expresionista famoso por sus ilustraciones para las obras de Hauptmann.

Segunda parte

Las zonas de los Aliados

Prólogo

Alemania fue dividida formalmente en zonas el 5 de junio de 1945. Habían sido trazadas, por supuesto, con torpeza, y algunas industrias resultaron inviables debido sobre todo a ese motivo. Las hilaturas se encontraban en la Westfalia británica, pero las tejedurías en la Sajonia rusa; las cámaras fotográficas se fabricaban en la Zona Estadounidense, pero el cristal óptico procedía de la Soviética, y los obturadores, de la Francesa; los americanos tenían el 68 % de la industria automovilística, mientras que los rusos disponían de todo el caolín necesario para proveer a las diversas manufacturas de porcelana que eran el orgullo de las antiguas *Residenzen* alemanas.[1] Eran partes de Alemania muy diferentes. Entre los Aliados occidentales circulaba el chiste de que los americanos habían obtenido el paisaje, los franceses los vinos y los británicos las ruinas.[2]

Los Aliados se asentaron en sus zonas ofreciendo a sus vecinos mayor o menor grado de cooperación. Los angloamericanos cooperaron razonablemente bien y, por su condición de compañeros de armas, llegaron a crear una Bizona a finales de 1946 mediante la unión de sus correspondientes sectores. El espacio se convirtió en una Trizona cuando los franceses accedieron finalmente a fusionarse. Los franceses consideraban su trozo del pastel alemán de manera distinta: casi como un feudo conquistado. Los rusos no iban a tolerar, como es natural, ninguna injerencia en el suyo, y sus intenciones eran más parecidas a las de los franceses. Toda la concordia existente se mostraba en las reuniones del ACC (Allied Control Council; Consejo Aliado de Control) en Berlín, la primera de las cuales se celebró el 30 de julio de 1945 y publicó su declaración

inicial exactamente al cabo de un mes. El ACC se reunía tres veces al mes, los días 10, 20 y 30, y congregaba a los cuatro «elementos», según la denominación por la que eran conocidos, en el antiguo Kammergericht, situado en el Sector Estadounidense. Durante el Tercer Reich, el Kammergericht había sido la sede del tristemente famoso Volksgericht, o Tribunal del Pueblo, que había juzgado los delitos contra el Estado y había dictado un número incontable de penas de muerte.

Después de Potsdam, la Kommandatura se estableció en la berlinesa Luisenstrasse. El término fue la única palabra rusa digerible para los Aliados. Todos tenían claro que los soviéticos eran los primeros en un orden de precedencia: las banderas de los Aliados occidentales ocupaban un segundo lugar bajo una estrella gigante con la hoz y el martillo. El comandante ruso era el general Gorbátov, pero quien participaba en las reuniones era el jefe de Estado Mayor de Zhúkov, el general Sokolovski. El representante británico era el general Lyne. Las tareas preparatorias del ACC eran realizadas por los subgobernadores militares, o DMG (Deputy Military Governor), que dejaban a los gobernadores propiamente dichos las negociaciones con sus gobiernos. Cada reunión era presidida por una potencia distinta, que suministraba también el «ligero refrigerio» tomado a continuación. Los refrigerios eran, en general, ligeros, excepto cuando los rusos ejercían de anfitriones. Los primeros DMG británicos fueron los generales sir Ronald Weeks (que se retiró por motivos de salud en agosto de 1945) y sir Brian Robertson. Los franceses enviaron al general Koeltz, a quien le siguió el general Noiret. El gobernador Pierre Koenig iba a Berlín «lo menos posible».[3] El general Lucius Clay era el emisario estadounidense. Los DMG regulaban también el trabajo de las 175 comisiones, y solían pasar media semana en Berlín y los fines de semana en su zona. Para los soviéticos, la situación era, por supuesto, diferente: Berlín se hallaba *en* su zona.

6

La vida en la Zona Soviética

Die Preise hoch
Die Läden fest geschlossen.
Die Not marchiert mit ruhig festen Schritt.
Es hungern nur die kleinen Volksgenossen,
Die grossen hungern nur im Geiste mit.
Komm, Wilhelm Pieck, sei unser Gast
Und geb, was Du uns versprochen hast.
Nicht nur Rüben, Kraut und Kohl
Sondern was Du isst, und Herr Grotewohl.

Los precios altos,
las tiendas bien cerradas.
El hambre marcha con paso firme y sereno.
El pequeño camarada es el único que pasa hambre,
los grandes hambrean con él sólo en espíritu.
Ven, Wilhelm Pieck, y sé nuestro invitado;
y danos lo que nos prometiste.
No sólo nabos, grelos y berzas
sino lo que coméis tú y el señor Grotewohl.

Canción popular.
Citada en Norman M. Naimark,
The Russians in Germany – A history of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949.
Cambridge, Massachusetts y Londres, 1995, pp. 389-390

Los rusos crearon su zona de ocupación o SVAG (Soviétskaya Voénnaia Administratsia v Guermanii; Administración Soviética de Guerra en Alemania) el 9 de junio de 1945. Las autoridades soviéticas podían congratularse, incluso después de haber cedido una gran parte de su zona a

los polacos: habían salido muy favorecidos. Controlaban casi una cuarta parte de la base industrial de la Alemania de antes de la guerra; el 50 % de la producción de herramientas del país en el año 1936, el 82 % de la manufactura de aparatos para oficinas, el 68 % de la maquinaria textil y el 25 % de la producción automovilística. Controlaban el 24 % de la población, pero –¡ay!– sólo el 2,2 % del carbón. Éste era el escollo surgido en Potsdam, escollo que impidió limar las diferencias entre los Aliados.[1]

El 27 de julio, las autoridades soviéticas instauraron calladamente un régimen civil en su zona nombrando a civiles alemanes para ocupar carteras ministeriales en Transporte, Hacienda e Industria. Stalin tuvo cuidado de no ir demasiado lejos y granjearse la hostilidad de sus nuevos súbditos. Había que conquistar corazones y mentes desde el primer momento. El líder ruso había instado a sus sátrapas que debían crear frentes nacionales con partidos burgueses, aunque su propio sistema sólo permitiera un Estado de partido único. En Alemania, los comunistas tenían que hablar de «democracia», no de socialismo. Stalin era pragmático respecto a la creación de regímenes satélites en Alemania o en Austria: tal vez apareciesen con el tiempo. Sin embargo, se sentía desgarrado entre la idea de crear un Estado satélite en Alemania del Este y su deseo de poner sus manos en el Ruhr. Sobrestimó a los «antifascistas» y subestimó el atractivo de la Bizona. Contuvo a Tito y también a los comunistas griegos, de quienes pensaba que podrían hacer peligrar sus buenas relaciones con Occidente. Pero no hizo lo mismo con Polonia, que deseaba controlar sin intromisiones de sus aliados en la guerra.[2]

El mariscal Zhúkov fue puesto al frente de la administración en Karlshorst –«el Kremlin de Berlín»– secundado por sus ayudantes Sokolovski y Serov. La propaganda se encomendó a S. I. Tulpánov (el Coronel o el Tulipán), aunque se había formado como economista (era la versión rusa del subgobernador militar británico Ronald Weeks). Los rusos se instalaron cómodamente en la antigua escuela de ingenieros militares. El oficial de inteligencia Gregori Klímov dice que su superior, el general Shabalin, tenía una mesa «del tamaño de un campo de fútbol».[N1] A Zhúkov le gustaba considerarse amigo de los alemanes; a diferencia de muchos

comunistas germanos no intentó negar las violaciones. Las achacaba a la desmoralización de sus tropas y las consideraba actos muy diferentes de los crímenes que los SS habían perpetrado en Rusia.[3] En la primavera de 1946, Zhúkov fue sustituido por Sokolovski: un comandante de guerra por un general chupatintas. El comandante soviético tenía mucho menos poder que Lucius Clay y debía soportar los antojos de Stalin, que era una persona «opaca»: sus directrices políticas podían interpretarse de diversas maneras. No era fácil saber cuándo intervendría ni de qué modo. Otro problema que debía tener en cuenta el comandante eran las actividades de las organizaciones de los servicios secretos, la NKVD/MVD, la GPU y la Smersh, independientes del control del gobernador militar. Sobre la Smersh, por ejemplo, recaía la tarea de investigar a los empleados civiles alemanes.[4]

La Zona de Ocupación Soviética (Sovietische Besatzungszone; SBZ) tenía un cúmulo de órganos confusos, entre ellos la GlavPurkka, encargada de la reeducación política, que gestionaba la prensa y se introducía en los campos de prisioneros de guerra para convencer a los soldados de la necesidad del socialismo.[5] Bajo la norma de Stalin de «divide y vencerás» era siempre difícil saber quién tenía el control. Había, por ejemplo, setenta mil *demontazhniki*. Klímov se encontró con algunos extraños soldados rusos que llevaban uniformes fantasiosos y supo que eran «desmanteladores»: «Iban todos vestidos como coroneles y tenientes coroneles, pero no habían estado en el ejército en su vida».[6] Las diferentes Kommandaturas de Berlín, Dresde, Halle y Leipzig reflejaban los puntos de vista de sus generales al mando y solían estar enfrentadas entre sí. El mando de Turingia, por ejemplo, era duro, mientras que el de Sajonia era liberal. Los generales podían ser destituidos y caer en desgracia acusados de conducta degenerada, lo que venía a significar que tenían amantes. Desde mediados de 1947 se estableció como norma que quien fuera descubierto viviendo con una alemana sería devuelto a casa. Para entonces todos los oficiales judíos habían regresado a Rusia, pues su presencia se había considerado inapropiada.[7]

El coronel general Nikolái Bersarin tenía para los berlineses cierta condición de héroe, a la que contribuyó sin duda su muerte prematura en un

accidente de moto a la edad de cuarenta y un años. Se le atribuía haber hecho todo lo posible para promover la reconstrucción de la ciudad. Puso la producción de cemento de las Rüdersdorfer Kalkwerke a disposición de Hans Scharoun como regalo personal y proporcionó a este arquitecto un considerable patrocinio. También puso al cirujano Ferdinand Sauerbruch, internacionalmente famoso, al frente de la sanidad, a Furtwängler al mando de las actividades musicales, y a Eduard Spranger al frente de la universidad. Más tarde, los americanos detuvieron y encarcelaron durante un tiempo a Spranger en la prisión de Wannsee. No era la primera ocasión en que probaba la dieta de los calabozos –había estado encerrado después de la Conspiración del 20 de julio–, pero esta vez nadie pudo ver un buen motivo para su arresto, a no ser, posiblemente, por el hecho de que a los estadounidenses les molestaban sus intentos de revitalizar la vida universitaria en el Sector Soviético. A Bersarin le apasionaban los trotones y abrió de nuevo el hipódromo de Karlshorst para su deporte favorito. Antes de 1945, Karlshorst había sido famoso por sus carreras de obstáculos. Al fallecer Bersarin aparecieron por toda la ciudad banderas rojas a media asta. Ruth Friedrich oyó hablar de su muerte a un vendedor de papel de la Potsdamer Platz. Al volver a casa, Leo Borchard le dijo que su fallecimiento constituía una desgracia personal: «Promovió el arte como ningún otro». Su motocicleta chocó contra un camión del ejército. El conductor del vehículo se suicidó de un disparo.[8]

Durante los primeros tiempos se consideró que judíos y comunistas eran los administradores más fiables. Los nombramientos solían ser caprichosos. Los rusos encontraban a una persona aparentemente no corrompida y le decían: «¡Ahora eres alcalde!».[9] Pero no siempre resultaba fácil saber quién era honesto, y se colocó en puestos de autoridad a muchos delincuentes y ladrones. En varios casos se nombró a escritores para el cargo de alcaldes de los municipios donde vivían, aunque no fueran necesariamente comunistas. Rudolf Ditzen (más conocido como Hans Fallada, autor de la popular novela *Pequeño hombre, ¿y ahora qué?*) estuvo dieciocho meses al frente de la localidad de Feldberg, en Mecklemburgo. Su ex esposa había sido violada por los rusos, pero él dijo a sus ciudadanos: «Los rusos han

venido como amigos vuestros». Günther Weisenborn fue nombrado alcalde de Luckau tras salir de la cárcel local,[10] mientras que otro escritor, Hans Lorbeer, fue regidor de Pieskeritz. Cuando Margret Boveri llegó a Teupitz, en el Spreewald, a comienzos de mayo, se encontró con que los rusos habían dejado al señor Susmann al cargo de la ciudad. Susmann estaba por encima de toda sospecha, pues era judío y comunista, pero no había impedido que los rusos le robaran la bicicleta a Margret –tres veces– a pesar de disponer de un documento oficial en el que constaba que la necesitaba para su trabajo.[11]

Después de Potsdam, las antipatías entre el Oeste y el Este se hicieron más evidentes. Los británicos se quejaban de que los rusos habían robado la mitad de las vías del ferrocarril que llevaba a Hamburgo y exigieron que se devolviera el segundo tendido. En venganza, los rusos saquearon los trenes y sellaron la frontera tan herméticamente que cruzarla de forma ilegal comportaba una multa de cien mil RM (marcos del Reich).

Una vez pasada la tormenta, los títeres de los rusos estuvieron listos para aplicar la reforma agraria, en gran parte por propia iniciativa. La reforma se introdujo en otoño, y se parcelaron las grandes fincas. Wolfgang Leonhard acompañó al dirigente comunista alemán Walter Ulbricht en un viaje por el país para sondear la opinión popular. Hicieron un alto en un pequeño pueblo y Ulbricht se dirigió a los habitantes. Los campesinos respondieron con el silencio.[12] Algunas de las reformas entraban al parecer en conflicto con las instrucciones impartidas por Stalin para jugar la carta comunista con moderación, pero resultaron populares entre muchos alemanes que se habían educado en la creencia de que los *Junker* eran la encarnación del diablo y querían tener su porción de tierra. Los rusos fueron especialmente duros con la nobleza, cuyas casas solariegas incendiaron y a cuyos moradores violaron o mataron. Margret Boveri dio por supuesto que la antigua clase de los *Junker* se había extinguido y lo lamentó, pues «entre ellos había mucha gente decente». Elvira von Zitzewitz, que pertenecía a una de las familias prusianas más antiguas, le dijo que sus padres habían sido exterminados en Templin, y otros conocidos suyos berlineses contaban historias similares.[13] Aunque no es exacto que fueran exterminados, les

había tocado sufrir. Según un estudio realizado sobre algo menos de nueve mil *Junker*, cinco mil habían muerto luchando en la guerra, y otros mil quinientos habían sido asesinados en otras circunstancias en 1945. Cincuenta y ocho habían perdido la vida tras la Conspiración del 20 de julio, por lo que en mayo de 1945 quedaban sólo algo más de dos mil, de los que otros quinientos murieron en prisión y un número igual se suicidó. En torno al 15 % sobrevivió y marchó a Occidente. Familias enteras recurrieron al suicidio. En Mecklemburgo, que tenía fama de ser la región más feudal de Alemania, treinta familias nobles eligieron esa vía de autodestrucción.[14]

Ser propietario de una gran extensión de tierra podía llevar a la persona en cuestión a uno de los campos soviéticos más inmundos de la isla de Rügen. La intención original era desalojar del este del Elba a los restos de la nobleza cuyas tierras se encontraban al oeste de los ríos Óder y Neisse, pero es posible que los rusos estuvieran pensando vagamente en la necesidad de hallar espacio para los refugiados orientales. Según la terminología oficial de Alemania del Este, esta gente no eran *Flüchtlinge* (refugiados) sino *Umsiedler* (reasentados). La primera ley agraria, que fue aprobada el 3 de octubre de 1945, fue una excusa para el saqueo: se requisarían todas las fincas de más de cien hectáreas. De ese modo, otras siete mil personas se quedaron de una tacada sin hogar.[15] En 1946, se puso más o menos fin a la existencia física de lo que quedaba, de forma que el *Schloss* (el castillo o palacio) o la *Herrenhaus* (casa señorial), situados en el centro del antiguo pueblo feudal, desaparecieron del mapa, a menos que se les pudiese encontrar algún otro uso como club de los funcionarios del Partido o de la policía secreta, como sanatorio mental o como internado para niños discapacitados.[16]

Según ha escrito un historiador reciente, los *Junker* desempeñaron «un papel fundamental en la demonología del régimen nazi». Los rusos los equipararon a los nazis, y sus marionetas alemanas se aseguraron de que la reforma agraria encabezara su programa. Wilhelm Pieck, secretario general del Partido Comunista, acuñó la frase «Junkerland in Bauernhand» (Tierra de nobles en manos campesinas).[17] En 1947 había 477.000 campesinos

labrando las nuevas granjas koljosianas.[18] Algunos se negaron a prestar atención a las señales. Uno de ellos fue Hans-Hasso von Veltheim, un intelectual cosmopolita con amigos en altos cargos por todo el mundo. Hans-Hasso vivía en su casa de campo de Ostrau, cerca de Halle. Los primeros en «liberarlo» fueron los americanos, que pusieron una guardia de honor en sus tierras. Cuando fueron relevados por el ejército soviético, éste concedió también a Veltheim el honor de una guardia y le ofreció una cátedra en la Universidad de Halle, que Hans-Hasso no aceptó. Se había negado a creer que se hallase en peligro, hasta que las autoridades se apoderaron de sus tierras. Luego, muy enfermo, decidió que había llegado el momento de huir al oeste antes que acabar muriendo en prisión como otros terratenientes. Vio como una turbamulta fustigada por los rusos talaba los viejos árboles de su parque y abría los ataúdes de sus antepasados para colgar sus esqueletos de las ramas.[19] Quienes amagaron con oponerse a la incautación de todos sus bienes materiales, como la Gran Duquesa de Weimar, fueron amenazados por los rusos. Al príncipe Günter von Schönburg-Waldenburg, tío de Franz Sayn-Wittgenstein, no sólo le robaron sino que lo mandaron a Rügen. Muchos murieron de hambre y a causa de la brutalidad del trato. Cuando el príncipe Günter escapó por fin a Occidente inició una nueva vida como profesor de idiomas.[20] Una vez que los nobles dejaban sus casas, éstas eran engalanadas con pancartas festivas con el lema: «Junkerland in Bauernhand».[21]

Las autoridades soviéticas no eran meramente destructivas, y tampoco eran unos meros ladrones y violadores. El dinero se reintrodujo ya el 8 de mayo y –al menos en teoría– los soldados soviéticos debían dejar de saquear y pagar lo que compraban.[22] El trabajo de desescombro en las grandes y pequeñas ciudades podía ser un castigo, pero tenía sentido: las comunicaciones no podían restablecerse mientras no se retiraran los ladrillos y el mortero hechos añicos. En los nueve primeros meses de la ocupación de Berlín, los soviéticos restauraron unos doscientos mil hogares. Para ello contaron con el apoyo y la ayuda de Scharoun. Restablecieron las líneas del tranvía, y el suburbano volvió a funcionar ya el 30 de mayo.

Los rusos comenzaron a promocionar las artes en Berlín aquel mismo mes mediante la creación de una Kammer der Kunstschaffenden, o Academia de Creadores de Arte, presidida por Paul Wegener, el actor, director y estrella de *Der Golem*. La Academia tenía departamentos encargados de la música, la escritura, el teatro y el cine. Disponía de su propio «alto tribunal», con poderes para rehabilitar a los nacionalsocialistas.[23]

Scharoun hizo cuanto pudo por preservar algunos de los monumentos destrozados de la ciudad, como el Schloss y el Reichstag.[24] Durante un tiempo, el futuro de los monumentos prusianos dañados pendió de un hilo. El Schloss de Berlín, cuyas partes más antiguas databan del siglo XV y que fue remodelado por el arquitecto barroco Andreas Schlüter, había resultado gravemente dañado por los proyectiles durante el avance ruso. Muchas de sus secciones podían ser restauradas, pero pronto se planteó el debate de si era deseable preservar reliquias del pasado militarista de Prusia. De momento, la Sala Blanca del Schloss fue reparada y utilizada para exposiciones; entre ellas, la más recordada fue *Berlin Plant* (Berlín planifica), inaugurada el 22 de agosto de 1946 y organizada por el propio Scharoun, y que marcó el rumbo hacia la reconstrucción de la ciudad. La exposición abogaba también por el mantenimiento de las fachadas modernizadas del Schloss. Tres meses más tarde fue sustituida por otra titulada *Pintura francesa moderna*. Sirvió para mostrar a los berlineses el tipo de cuadros que les habían sido negados por los nazis como «degenerados». El 21 de diciembre, una exposición organizada por Ludwig Justi, en otro tiempo director vanguardista de la Galería Nacional, mostró los contenidos de algunos museos berlineses. Otros muchos estaban a punto de viajar al este, a Rusia. La última exposición organizada en las ruinas del Palacio Real conmemoró la Revolución de 1848.[25] Scharoun defendió que se mantuviera, al menos, el patio del Schloss, construido por Schlüter. Al final, el SED, el partido gobernante, no sólo se opuso a las restauraciones sino que, de hecho, destruyó los monumentos, comenzando por el Palacio Real berlinés en el año 1950 y continuando con el de Potsdam diez años

más tarde. Los restos de la Iglesia de la Guarnición de Potsdam fueron derribados en 1968.[26]

La preservación de los monumentos nazis constituía también una cuestión peliaguda. Speer se había sentido complacido al observar que su Nueva Cancillería seguía todavía en pie. Sin embargo, estaba condenada: como todos los edificios que habían sobrevivido en la parte occidental de la Wilhelmstrasse, fue demolido para facilitar a los soviéticos patrullar su sector. Una fotografía tomada en abril de 1949 muestra el derrumbamiento de un ala de aquella gigantesca concepción de Speer. La piedra se utilizó para levantar el descomunal monumento soviético del parque de Treptow.[27] En aras de la «seguridad», los rusos demolieron todo lo que quedaba en su lado de las plazas Potsdam y Leipzig.

Por lo demás, el desmantelamiento se cobró también su tributo. Antes de que los Aliados occidentales se establecieran en Berlín, más de cien empresas fueron despachadas al este. Berlín perdió en torno al 85 % de su capacidad industrial, incluidas marcas de tanto peso como Siemens, AEG, Osram y Borsig. En nombre del desmantelamiento, los rusos se llevaron una porción muy considerable de la base industrial de la que había sido una de las comarcas más desarrolladas de Alemania. En otoño de 1945 habían desmantelado ya un total de 4.339 de las 17.024 principales instalaciones de su zona.[28]

Fritz Löwenthal era otro moscovita que había regresado a la SBZ en 1946. Por su condición de abogado comunista fue colocado al frente de una comisión legal. Huyó a Occidente el 25 de mayo de 1947 llevándose consigo un grueso expediente en el que se detallaban los delitos y la corrupción de la Zona Soviética. Su informe constituye un alegato contra las autoridades soviéticas y una justificación de la huida de aquel joven idealista. Algunos nazis estaban ocupando subrepticiamente posiciones de autoridad, y todo tipo de personajes inadecuados conseguían parcelas de poder adulando a los gobernantes soviéticos.

El juez local de Lieberose, por ejemplo, resultó ser un antiguo cocinero apellidado Bütter. El 3 de enero de 1946 fue entregado a la policía de Potsdam acusado de fraude. Una semana después lo encontraron ahorcado en su celda, pero el estado del cadáver contradecía el aparente suicidio: le habían destrozado la cabeza a golpes para impedirle que confesara en el juicio.[29] En Forst del Neisse florecía el contrabando en la nueva frontera con Polonia. Estaban implicados en él alemanes, polacos y rusos, y la necesidad de impedir que los militares metieran la nariz en aquel comercio tuvo como resultado un asesinato, por lo menos. En otras partes de Alemania, oficiales soviéticos corruptos vendían grano a los alemanes. Otra alemana que consiguió engatusar a los soviéticos haciéndoles creer que era antifascista fue Sonja Kloss, la alcaldesa de Kolberg bei Storkau, que resultó ser una antigua intérprete de la SS que protegía a su amante, en otros tiempos un hombre importante de la SS.[30]

Todos corrían peligro de ser denunciados, pues la mayoría guardaba un cadáver en el armario. Los moscovitas y otros que habían cooperado con las autoridades soviéticas en Rusia se hallaban en general por encima de toda sospecha. En la somnolienta ciudad de Ruppin, en la Marca de Brandeburgo, el concejal Dietrich había denunciado al maestro Schulze de Gransee acusándolo de haber sido un importante dirigente de las Juventudes Hitlerianas y de seducir a chicos jóvenes. Dietrich debía agradecer su posición de poder al hecho de haber formado parte del comité del movimiento de Alemania Libre en sus días de prisionero de guerra en Rusia.[31] En Oranienburg, el dictador local era el juez principal, un tal Fandrich, que descubrió a un antiguo pagador de la Wehrmacht que se ocultaba en su parroquia e hizo que lo encerraran en el campo de concentración de Sachsenhausen, «recuperado por los rusos». No se sabe si volvió a salir de él. Fandrich, que empleó a su hijo como espía, no era lo que parecía: no era jurista, ni siquiera alemán. Hablaba ruso con fluidez y había luchado en el Ejército Imperial ruso durante la Primera Guerra Mundial. Más tarde vivió como comerciante en Varsovia. Como muchas personas que alcanzaron poder en Alemania a raíz de la guerra, Fandrich había estado internado en un campo de concentración, concretamente en

Sachsenhausen, donde llevaba el brazalete verde de los delincuentes. Su posición en la Zona Soviética le permitió amasar abundantes tesoros entregados por quienes no querían que su pasado fuera examinado en detalle. A los que no se mostraban tan considerados les imponía sentencias de cárcel. En enero de 1947 se mostró demasiado confiado respecto a su posición ante los rusos. Se dictó contra él una orden de arresto y, aunque se le concedió tiempo para huir, creyó que no corría peligro. Más tarde fue llevado a juicio y condenado a cinco años de cárcel.[32]

De manera similar, muchos criminales se hicieron pasar por «víctimas del fascismo». Es el caso de Werner Stahlberg, que si bien había sido liberado de la prisión de Brandeburgo no era más que un delincuente común. Una banda encabezada por un alemán báltico apellidado Schröder y que hablaba ruso cometió 78 robos utilizando una «limusina azul». Su gente robaba objetos de valor incluso a los pacientes de los hospitales. Schröder había comenzado su trayectoria delictiva cuando detuvieron a su amigo y protector, el doctor Werner Zahn, alcalde de Potsdam. Zahn era otro estafador que se había inventado un doctorado. Antes de la guerra había vendido entradas de cine.[33]

Löwenthal destapó la corrupción imperante en Turingia. La localidad goetheana de Ilmenau[N2] se hallaba en manos de Paul Flieder, un antiguo comunista que, no obstante, había alcanzado un alto rango en la SS. Con su llegada al ayuntamiento, cincuenta y un antiguos nazis encontraron un empleo bien remunerado. En Weissensee, cerca de Erfurt, el poder se hallaba en manos de un tal Hitkamp, otra pretendida «víctima del fascismo» que lideraba una banda de saqueadores, efectuaba registros domiciliarios y confiscaba propiedades ajenas. En Eisenach, un hombre apellidado Kirchner, oficial de la policía criminal, resultó haber sido condenado en nueve ocasiones, mientras que Reinhold Lettau, el director de la policía que lo contrató, era un antiguo nazi. Quienes tuvieran problemas con los soviéticos podían acabar siendo víctimas de sentencias rigurosas y asesinatos totalmente arbitrarios. El Tribunal Militar de Turingia acusó a un hombre de haber sido amigo íntimo del antiguo *Gauleiter* Sauckel basándose en una circular encontrada en su vivienda. En realidad no era

más que el tesorero del Partido en su localidad. Fue juzgado por oficiales rusos en un cine y sentenciado a morir en la horca. La sentencia fue conmutada por Stalin: en vez de ahorcarlo, lo fusilaron.[34]

En Sajonia, Karl Keller, alcalde de Zschieschen, fue otro «verde» que había pasado ocho años en un campo de concentración y podía presumir de 32 delitos de robo y fraude. Fue uno de los afortunados que salieron libres: la población reclusa –con muchos detenidos después de la guerra– se moría. Al ser informado del hecho, el comandante soviético, el teniente coronel Yakúpov, se desentendió del asunto calificándolo de «lloriqueo humanitario». Otro oficial ruso recibió quejas por la llegada de alemanes desnudos desde el otro lado de la frontera checa. Tras quitarles sus prendas, les habían obligado a cruzarla. El oficial dijo que lo más que podía hacer era encerrarlos en una celda. No tenía ropa para darles. Algunos oficiales rusos se daban la buena vida. De un comandante apellidado Astáfiev se dijo que vivía en unas condiciones desconocidas por los cortesanos zaristas o por los boyardos: tenía una mujer para ponerle los calcetines por la mañana y otra que le llevaba la bata por la noche.[35] Cuando, en marzo de 1947, las autoridades soviéticas impusieron una reforma agraria en Sajonia, se nacionalizaron trescientas mil hectáreas, pero a los campesinos sólo se les entregaron cincuenta mil. El resto quedó en manos del Estado. La vida de una persona valía entonces poco en Sajonia. El día 16 de febrero de 1946 los rusos decidieron que la informante Helene Mader ya había dejado de serles útil y su asesino, Zimmermann, recibió el espléndido pago de quinientos cigarrillos.[36]

En Niegripp, cerca de Burg, una ciudad a orillas del Elba en el nuevo Estado de Sachsen-Anhalt, Josef Conrad había sido considerado un preso político todo el tiempo que pasó en un campo de concentración. Los rusos se sintieron encantados con sus credenciales y lo nombraron alcalde, además de jefe de la policía. Le dieron también un arma y le dijeron que capturara a antiguos Pg y los liquidara. Conrad contrató a un camarero con un historial de robos llamado Walter Kraft, y ambos mataron de sendos tiros en la nuca a un maestro apellidado Seewald, al tesorero Dehne, al

terrateniente Fabian y al labrador Helmrich, cuyos cadáveres desaparecieron.[37]

La provincia rural de Mecklemburgo había estado considerada en el pasado como la comarca más reaccionaria de Alemania. A partir de 1945 fue la más «bolchevizada», según Fritz Löwenthal. El jefe del gobierno militar, el general I. I. Fediunski, arremetió contra los alemanes por su falta de eficiencia. A su juicio eran unos «haraganes». El coronel Serebrienski, un comandante soviético local, fue calificado por él de «apuntador del teatro de Schwerin, una edición de bolsillo del mundo teatral moscovita». Todo pasaba por las manos del coronel, y es probable que fuera el causante de la desaparición de Willi Jesse, secretario provincial del SED de Mecklemburgo. Durante su mandato se postergó a los habitantes de Mecklemburgo pertenecientes a la clase media. En la escuela no se les permitía ir más allá del noveno curso o ingresar en la universidad. Bajo su reinado prosperaron algunos naturales de la zona, como el tristemente famoso Wilhelm Stange, concejal de Usedom, que aprovechó su cargo para enriquecerse.

No todos los presuntos comunistas eran unos sinvergüenzas, pero no escaseaban los que en 1945 salieron de algún escondrijo para afirmar que habían sido perseguidos por el régimen de Hitler y, en consecuencia, exigían algún privilegio. El moscovita Ackermann observaba con ironía: «Ahora resulta que en la Unión Soviética había menos bolcheviques que en la Alemania hitleriana». Estos antiguos comunistas, en especial los que habían combatido en España o habían estado en campos de concentración, o ambas cosas, sentían celos de los oficiales de la Wehrmacht a quienes se habían otorgado puestos de autoridad bajo los rusos.[39]

Aunque las violaciones de alemanas habían descendido en el verano de 1945, no habían cesado por completo. En el mes de junio, cuando volvieron a trazarse las líneas de ocupación, hubo un nuevo brote de violaciones incontroladas. Los rusos se trasladaron a sectores de Sajonia y Turingia donde hasta entonces las mujeres habían llevado una vida relativamente segura. En Zerbst, la ciudad donde había nacido Catalina, la gran reina de Rusia, se cometieron un centenar de violaciones, y se habló de cifras

similares en Halle y Weimar. En Weimar, un teniente ruso entró en una barbería y, a continuación, violó a la cajera delante de los clientes. Hubo que encontrar a otros dos oficiales rusos para «poder dominar a aquel animal».[40] A pesar de la posibilidad de abortar, nacieron muchos niños de padre ruso. En Estados Unidos, Ralph Keeling, del Institute of American Economics de Chicago, arremetió contra los bastardos ruso-alemanes e imaginó unas «hordas bolchevizadas eslavo-mongólicas».[41] Aparte de los soldados, había en Alemania unos dos millones de ex prisioneros de guerra y trabajadores forzosos procedentes de Rusia que se habían agrupado en bandas y se dedicaban a robar y violar por toda Europa central.[42]

La auténtica seguridad sólo se logró cuando el Ejército Rojo fue acuartelado en 1947-1948. Pero incluso más tarde, los rusos se apropiaron de zonas urbanas enteras y expulsaron a sus habitantes. No obstante, desde mediados de 1945, los rusos que eran descubiertos violando a una mujer se exponían a sufrir un castigo, e incluso ser condenados a muerte. Algunos eran ejecutados en el acto de un disparo, con lo que la víctima sufría un trauma añadido a la agresión sexual. El verano de 1945 se introdujo una escala de condenas: diez días por libertinaje y cuatro años por violación con agravantes. Sin embargo, ningún alemán podía denunciar un delito. Cuando un grupo de alemanes jóvenes impidió una violación golpeando al culpable, fueron detenidos y acusados de ser *Werwölfe*. A los soldados rusos no se les aplicó una medida realmente disuasoria hasta 1949, mediante penas de diez a quince años de cárcel por violación simple, y de diez a veinte por violar a una niña o participar en violaciones en grupo o con circunstancias agravantes.[43] A los alemanes del este se les permitió tener su propia policía, pero al principio estuvo integrada por hombres cuyas únicas armas eran simples garrotes y, además, no se les animaba a intervenir cuando el delito era cometido por un soldado soviético. A mediados de 1946 se les proporcionó un número reducido de pistolas.

La otra pesadilla constante en la Zona Soviética era que los saqueos parecían no tener fin. En Karlshorst se toleraba el hurto hasta ciertos límites y en función del rango. Un soldado raso podía robar un reloj de pulsera; un suboficial, un acordeón. Pero ¡ay de aquel que se llevara algo más de lo

debido! Era inútil robar coches –«no se puede esconder un coche»– y, además, se lo habría apropiado algún oficial de grado superior.[44] Se hurtaban algunos productos selectos, en especial si podían consumirse en el acto. Un oficial del Ministerio de Interior ruso, por ejemplo, presumía de tener algunos de los mejores vinos de la bodega de Göring.[45]

Peor que el traslado a gran escala de la base industrial del país fue el secuestro de hombres y mujeres para desarrollar la industria en la Unión Soviética. Algunos de los científicos más prominentes se habían rendido a los occidentales; los científicos que habían creado los proyectiles V1 y V2 en Peenemünde se entregaron, por ejemplo, a los americanos en Baviera. Los rusos encontraron también a algunas personas útiles y se mostraron dispuestos a correr un tupido velo sobre su pasado nazi si el científico en cuestión accedía a trabajar para ellos. También los atraían con la promesa de una vivienda mejor. A los técnicos que trabajaban en la fábrica de armas de Oberspree se les ofrecieron casas en Hirschgarten, cerca de Köpenick.[46]

Al principio los rusos consiguieron atraer con éxito a algunos científicos. Los alemanes se mostraron menos entusiastas cuando comenzaron las redadas dos días después de las malogradas elecciones del 20 de octubre de 1946, en las que el SED recibió un severo correctivo en las urnas. A las tres de la madrugada llegaron los soldados para deportar a todos los electricistas, mecánicos e ingenieros más destacados. A aquellos hombres y mujeres se les entregaba la notificación siguiente:

> Por orden del Alto Mando ruso, ha sido usted movilizado para trabajar en la Unión Soviética. Tiene que marchar de inmediato con su familia. Sus muebles y pertenencias personales serán trasladados a su nueva residencia. La duración de su estancia no superará los cinco años.[47]

Dado el alcance y la magnitud de la operación, los rusos no la habían concluido aún a las cinco de la tarde. Uno de los lugares acordonados por ellos aquella mañana fue Hirschgarten.

Los rusos consiguieron llevarse a un grupo selecto de trabajadores especializados de GEMA (que manufacturaba telémetros y visores), ETEM (equipos de guiado), AEG Kabelwerk (transmisores de radio), OKG-4 (pilotos

automáticos), y Askania (radares). Algunos alemanes se negaron a irse. En Halle hubo que someterlos a golpes, literalmente. Se prepararon 92 trenes especiales para transportar a unos cinco mil hombres, mujeres y niños. Algunos regresaron, realmente, a los cinco años; otros, en 1953. Unos pocos se quedaron hasta enero de 1958, tras la puesta en órbita del primer Sputnik. Los padres de los programas de misiles tanto americanos como rusos fueron científicos alemanes.[48] Las autoridades de la SBZ no aprobaban necesariamente el secuestro de aquellos trabajadores fundamentales, pero no tenían control sobre los militares. Se realizó un intento de interrumpir el desmantelamiento de las manufacturas de óptica Zeiss y Schott, pero fue en vano.[49]

Los rusos capturaron también a Walter Riedel, de la fábrica de vidrio que llevaba su nombre en Checoslovaquia. Riedel había inventado la fibra de vidrio y trabajaba con lentes y vidrio prismático. Sus tubos de rayos catódicos de gran tamaño fueron utilizados por la Luftwaffe como dispositivos de control. Los rusos consideraban a Riedel un científico de primer nivel, y una vez acabada la guerra le «invitaron» a ir a Rusia. Riedel trabajó en un laboratorio durante una década, hasta que le permitieron regresar. Su empresa había sido confiscada por los checos. Su hijo Claus había evitado ser detenido en Austria, y con la ayuda de la familia Swarowski consiguió poner en marcha de nuevo el negocio familiar en la localidad tirolesa de Kufstein.[50]

Hasta 1946 era teóricamente imposible entrar en la Zona Soviética sin un «Pasaporte interzonal». Se trataba de un acto arriesgado, en especial por el peligro de ser detenido o, en el caso de una mujer, violada por los guardias de la frontera. A pesar de ello, muchas personas se arriesgaron a cruzar la «frontera verde» para ponerse en contacto con sus familias. Margret Boveri realizó la travesía hasta su Franconia natal, y Ursula von Kardorff lo consiguió desde Berlín, a pesar de que unos guardias rusos la tirotearan en la frontera. Algunos guardias eran más accesibles y existía la posibilidad de comprarlos con botellas de aguardiente. La primera aparición del dominio ruso en el este causó verdadera impresión. Los alemanes que querían viajar tuvieron que acostumbrarse a ir sentados en los techos de los

trenes, mientras que los rusos, con sus uniformes limpios, ocupaban los vagones medio vacíos. En los túneles hubo que aprender a tumbarse y agachar la cabeza. Las indicaciones de las estaciones estaban escritas en caracteres cirílicos, y las gorras de los policías se adornaban con la estrella roja.

En los Erzgebirge (los Montes Metálicos), en la frontera checa, se pudo experimentar la vida del Gulag. Aquella comarca era otra de las zonas de Alemania asignadas en origen a los soldados de Patton. Los estadounidenses se retiraron a Mulde el 12 de mayo, y los rusos ocuparon su lugar con lentitud y no llegaron hasta finales de junio. Los rusos se enteraron de que en la región había mineral de uranio. Fue un descubrimiento importante, pues «el Kremlin necesita urgentemente bombas atómicas para su política de paz». En un primer momento se obligó a trabajar en las minas a diez mil hombres y mujeres, y más tarde a veinte mil; muchos de ellos eran alemanes étnicos de Hungría conducidos al trabajo entre patadas y golpes y al grito de: «Davái! Davái!» (¡Vamos, vamos!). Algunas mujeres fueron tratadas a latigazos.

A comienzos de 1947 se aisló toda la mitad occidental de la región y fue el destino de un número mayor de trabajadores forzosos. La cifra de entre veinte mil y treinta mil sajones se consideró insuficiente y se abrieron oficinas de reclutamiento en toda la SBZ para conseguir los setenta y cinco mil hombres que los rusos estimaban necesarios. Prisioneros de guerra que regresaban del este eran enviados directamente a los Erzgebirge, donde vivían en barracones provisionales y tiendas de campaña similares a los lugares que habían dejado. Los campamentos se hallaban a gran distancia de las minas, y los trabajadores tenían que levantarse a las tres de la madrugada para iniciar la marcha de tres horas hasta la bocamina. El trabajo exponía a los hombres a sustancias cancerígenas, y se cree que veinte mil personas murieron prematuramente a causa del trabajo en las minas. De hecho, en una semana perdieron la vida ocho hombres. Sin embargo, los soviéticos obtuvieron resultados esperanzadores: el 23 de agosto de 1949 consiguieron hacer estallar su primera bomba utilizando uranio de las minas de Wismut.[51]

En mayo de 1945, la purga y la recomposición de las fuerzas de la policía constituían el apartado crucial del programa. Al principio el cuerpo policial estuvo dominado por miembros desarmados del Partido Socialista, pues los Aliados habían estipulado que no se proporcionase armas a los alemanes. Esto implicaba que fueran vulnerables a las bandas de delincuentes armados. K-5 fue el nombre de la policía política que asumió algunas de las funciones de la Gestapo y que, con el tiempo, acabaría convirtiéndose en el Ministerio de Seguridad del Estado, o «Stasi». Su responsable fue Erich Mielke, un comunista que había huido a Moscú tras haber matado a un policía. En septiembre de 1947 había ya ochenta mil policías en la SBZ.[52] Si la Stasi de Mielke iba a ser la recreación de la Gestapo, los comunistas no tardaron en desempolvar otra institución nazi para ponerla de nuevo en funcionamiento: las Juventudes Hitlerianas. Un joven Erich Honecker recibió el encargo de formar la FDJ, o Freie Deutsche Jugend (Juventud Libre Alemana).

Los numerosos campos y prisiones eran todavía más siniestros. Algunos, como Sachsenhausen y Buchenwald, habían sido tomados, sencillamente, de la época nazi. El general ruso Dratvin justificaba los hechos a unos visitantes británicos de la siguiente manera: «Los campos [nazis] han sido liquidados, pero los edificios están siendo utilizados para albergar a criminales fascistas que han cometido crímenes contra nuestro país».[53] A los campos tradicionales nazis se les sumaron nuevas creaciones como Hohenschönhausen, en Berlín, situado también en un gueto residencial soviético. Allí vivía Otto Grotewohl, dirigente del SPD en la Zona Soviética, rodeado de rusos y alambre de espino. Otros campos eran Jamlitz, cerca de Lieberose, en la Uckermark, Forst en Lausitz, Roitzsch-Bitterfeld, Fráncfort del Óder, Ketschendorf cerca de Beeskow en la Marca, Neubrandenburg, Mühlberg del Óder, Bautzen, Altenhain (utilizado para desertores rusos y ex miembros del ejército de Vlásov), Stern-Buchholz cerca de Schwerin, y el antiguo campo de prisioneros de guerra de Torgau, convertido en cárcel para presos políticos. Los casos más graves eran trasladados a la Unión Soviética.

Los campos nuevos (y los viejos) se denominaron «Spetzlager», o «campos especiales». En las navidades de 1946 había quince mil prisioneros en Buchenwald y unos dieciséis mil en Sachsenhausen. Sachsenhausen, o Spetzlager n.º 7, se cerró a comienzos de la década de 1950. Más tarde fueron descubiertas allí cincuenta fosas comunes que, al parecer, habían sido cavadas después de la guerra y que contenían doce mil quinientos cadáveres. La mayoría de los muertos habían fallecido de hambre o enfermedad; cada día del invierno de 1946-1947 perdían la vida de treinta y cinco a cuarenta internos. La muerte afectaba primero a las personas de más de sesenta años, que perecían de hidropesía. Tras sucumbir éstos, les llegaba la vez a los de cincuenta. En el invierno de 1946-1947 murieron a puñados incluso los cuadragenarios. El Campo 3 (Hohenschönhausen) albergaba a unos tres mil prisioneros, Fürstenwalde a unos seis mil, y el Campo 4 (Bautzen), a cerca de dieciocho mil. Según estimaciones rusas, de los 122.671 alemanes que pasaron por los campos murieron 42.889, es decir, más de un tercio. Sólo fueron fusilados 756.[54]

Las cifras alemanas se elevan a 240.000: el doble, aproximadamente, que el cómputo ruso. De este número murió también una cantidad superior: 95.643, más del 40 %. Según estos cálculos revisados, Sachsenhausen albergó sesenta mil prisioneros, de los que perdieron la vida poco más de la mitad; en Buchenwald, algo más de treinta mil, de los que poco menos de la mitad no sobrevivieron a la experiencia; y otros treinta mil en Bautzen, donde fallecieron 16.700.[55] Cualquier sospechoso de simpatías nazis se exponía a ser encarcelado, y numerosos monárquicos y conservadores fueron igualmente arrojados a los centros de internamiento. Los principales empresarios azucareros –doce en total– fueron enviados a un campo de concentración. Uno de ellos sobrevivió. Una cantidad considerable de jóvenes que habían pertenecido a las Juventudes Hitlerianas o a su equivalente femenino, el BDM, fueron enviados a algún campo. El destino de los principales terratenientes y *Junker* fue Rügen.[56] A los riesgos de morir en los campos de concentración rusos se sumaban los secuestros al estilo *Nacht und Nebel*, que para noviembre de 1947 habían costado la vida de otros 5.431 alemanes, de los que 1.255 fueron jóvenes.[57]

A pesar de todos sus peligros, la Zona Soviética, como la República Democrática, su sucesora, ofrecía una especie de normalidad cotidiana, siempre y cuando el ciudadano no fuese demasiado exigente. Hubo momentos en que los habitantes de la SBZ estuvieron mejor alimentados que los alemanes occidentales, pero esto no les impedía quejarse, como en esta parodia del himno nacional alemán *Deutschland über alles* (Alemania por encima de todo):

Deutschland, Deutschland,
ohne alles,
Ohne Butter, ohne Fett,
Und das bischen Marmelade
Frisst uns die Verwaltung weg
Hände falten, Köpfe sinken,
Immer an die Einheit denken.

Alemania, Alemania, a falta de todo, sin mantequilla ni manteca, y la escasa mermelada nos la devora la administración.

Cruzad las manos, inclinad la cabeza, pensad siempre en la unidad.

Cultura

En la Zona Soviética surgieron dos personajes heroicos que propiciaron un breve florecimiento de las artes después de mayo de 1945: Johannes R. Becher y el coronel Aleksandr Dymshitz, historiador del arte. Becher se hallaba inmediatamente detrás de la línea del frente, dispuesto a aplicar unas directrices elaboradas en Moscú pero que no respondían, una vez más, a planteamientos exclusivamente marxistas-leninistas. El 30 de abril de 1945 Ulbricht hizo ya pública una lista de escritores a quienes se invitaba gustosamente a publicar en la Zona Soviética. Todos eran exiliados del nazismo: Anna Seghers, Lion Feuchtwanger, Thomas y Heinrich Mann, Arnold Zweig y Bertolt Brecht.[58]

Los rusos promovieron activamente no sólo el teatro, el ballet, la ópera y el cine socialistas, sino también las artes burguesas, en sintonía con el programa de Anton Ackermann redactado en Moscú el mes de junio, según el cual el sistema soviético era inadecuado para Alemania; se necesitaba, en cambio, una reorganización en función de amplios principios de carácter antifascista y democrático. El programa tenía que ponerse en marcha antes

de que los Aliados occidentales llegaran para la Conferencia de Potsdam. Durante los tres primeros años de la posguerra no se celebraron en la capital unas verdaderas secciones culturales, y la Unión Soviética siguió llevando la voz cantante en asuntos de cultura.[59] Becher regresó a Berlín el 11 de junio de 1945, después de doce años y tres meses de exilio. Ulbricht había aprobado su función; era «necesario para trabajar entre los intelectuales».[60]

Becher encontró intacta, aunque no del todo habitable, su casa de Zehlendorf, y se fue a vivir a Dahlem, en el hogar del banquero nazi Emil Georg von Strauss. Inmediatamente comenzó a invitar a antiguos amigos para organizar debates, volviendo a poner en marcha la vida intelectual en la ciudad. Aquel grupo se convertiría en el comité directivo del Kulturbund zur demokratischen Erneuerung Deutschlands (Alianza cultural para la renovación democrática de Alemania). Se pretendía que funcionase en las cuatro zonas. Becher puso por escrito sus pensamientos en una carta a su mujer, Lily, a quien había dejado en Moscú.

> Es, realmente, como para ponerse a dar gritos [...] y Berlín es Berlín. A pesar de todo, no vuelve uno a un lugar extraño. Los niños cantan en alemán, las madres hablan en alemán, y los árboles de las calles y el verde de los balcones; ¡me encuentro *rebosante de alegría*, queridísima, y lo único que me mortifica es que no estés aquí, a mi lado![61]

El 3 de julio, la Alianza celebró una fiesta para mil quinientas personas en la sala de la Casa de la Radio, en la Masurenallee. Becher habló a los invitados: «Tenemos en nuestra historia suficientes, y más que suficientes, tragedias alemanas; ahora queremos acabar definitivamente con las tragedias alemanas...». Durante los dos años siguientes avanzó un gran trecho hacia la creación de esa renovación, hasta que la Guerra Fría hizo que los escritores burgueses no fueran bien recibidos en la SBZ.

Mientras los Aliados se disponían a celebrar su conferencia en Potsdam, los rusos volvieron a abrir el teatro Variété, y en un cine situado justo enfrente se proyectaba la película *Dr. Mamlock*. Donde no existían edificios específicos, los rusos recurrieron a las instalaciones municipales para ofrecer teatro y cine. En la berlinesa Frankfurter Allee se había erigido un

arco de triunfo que más tarde se convertiría en uno de los escaparates de la arquitectura estalinista. Como parte de los actos festivos, Wilhelm Furtwängler ofreció un concierto en el que se interpretó música de Mendelssohn.[N3] Todos estos acontecimientos tuvieron la aprobación cordial de Bersarin aunque fueron pocos los berlineses que se enteraron. De momento no había periódicos, y las noticias se transmitían de boca a oreja.

El mandamás de las iniciativas culturales soviéticas era el coronel Serguéi Tulpánov, jefe del Departamento Político de la Administración Militar Soviética. Tulpánov quería demostrar que los rusos no eran tan bárbaros como había parecido dar a entender el mes de mayo de 1945.[62] Procuraban cuidar de los artistas alemanes y mostrarles respeto, mientras que los Aliados occidentales ponían reparos, los trataban como nazis impenitentes y se negaban a darles la mano. Tulpánov era un tipo enorme, con aspecto de oso, al que George Clare comparaba con Hermann Göring, muchas de cuyas oficinas culturales habían sido ocupadas por el coronel ruso. Para abril de 1946 habían abierto sus puertas en la SBZ más de cien teatros que representaban obras clásicas como *Natán el Sabio* de Lessing, el *Tartufo* de Molière, y composiciones de Offenbach, así como piezas rusas. Tulpánov estaba secundado por Dymshitz. El propio Dymshitz era quien se hallaba detrás de Die Möwe (La Gaviota), el club de artistas y escritores inaugurado en el antiguo palacio Bülow, en el Sector Soviético, que proporcionaba a los berlineses del mundo literario y artístico comida decente, comodidad y descanso. Más tarde ocuparon las instalaciones del antiguo Club Berlin, convertido por Becher en una colonia de artistas con suelos de parqué arrancados de la Cancillería de Hitler. Allí los autores comían sin someterse al racionamiento y estaban a resguardo del frío.[63]

Dymshitz era un hombre de exquisita cultura y origen judío natural de San Petersburgo. Había crecido en una casa donde había un piano Steinway y una biblioteca. Hablaba alemán, francés e inglés desde la niñez y había asistido a la Escuela Reformista Alemana, la mejor de la ciudad antes de la Gran Guerra. Más tarde, en la década de 1920, durante sus años de estudiante, se aficionó a la vanguardia. Tenía pocas relaciones con los angloamericanos, pero contaba con cierto apoyo por parte del especialista

cultural francés Félix Lusset. Cuando los angloamericanos declararon ilegal en sus sectores el Kulturbund de Becher, Lusset se negó a seguir su ejemplo.[64]

Tulpánov, al igual que Göring, era capaz de tolerar la sátira, con tal de que le resultara divertida. Disfrutaba con las interpretaciones de Günter Neumann, que estaba revitalizando el cabaret berlinés en el Ulenspiegel. El Ulenspiegel, como la Schaubühne en Múnich, era un escenario donde estaba permitido chancearse de los Aliados. Incluso los nazis habían tolerado hasta cierto punto ese tipo de sátira. Según lo expresó George Clare, Neumann arremetía contra todos los Aliados, pero sin «rastro de autocompasión germánica». Se burlaba de la confraternización y de la desesperación a la que se veían abocadas las muchachas alemanas a causa del hambre:

> Johnny me tomó como una dama
> y negociamos –sin tapujos–
> dos libras de café para que yo lo hiciera,
> y botes de zumo de frutas para que lo repitiera.
> Nos calentamos hasta abrasarnos la piel
> por un par de latas de carne en conserva,
> pero por una barra de chocolate Hershey
> fui más allá de cualquier límite.

Por aquellas fechas, Carl Zuckmayer admiraba la aportación de los rusos a las artes. El teatro más prestigioso del Sector Soviético era el Admiralspalast, que había sobrevivido indemne a los bombardeos y alojaba ahora la Ópera del Estado. A Zuckmayer, los cantantes le parecieron menos impresionantes que sus homólogos de Nueva York, pero por otra parte le impresionó sobremanera el talento de los jóvenes directores y artistas que preparaban las actuaciones.[65] De entre los Aliados occidentales, sólo el director estadounidense de teatro Benno Frank estaba a su altura. Frank había sido un destacado actor y director judío alemán antes de 1933. Su homólogo británico era Pat Lynch, un hombre de Cork y antiguo maestro de escuela primaria que profesaba pasión por Wagner. Los occidentales no

aprendieron de sus errores hasta más tarde, momento en que comenzaron a abrir cines y teatros en sus sectores.[66]

La oficina de Becher como presidente de la Alianza Cultural estaba en la Schlüterstrasse 45, al lado de la Kurfürstendamm, en la Zona Británica. El presidente honorario era Hauptmann. Al morir éste, y cuando los polacos lograron al fin deshacerse de su cadáver, Becher, Tulpánov y Pieck viajaron a Stralsund, en la costa del Báltico. Becher pronunció el discurso fúnebre ante el ataúd del escritor finado: «¡Que tu cuerpo sea enterrado antes de la salida del sol, según tus deseos, para convertirse en símbolo de la promesa alemana! ¡Que tu muerte sea un punto de inflexión!».[67] El edificio de la Schlüterstrasse 45 tenía una interesante historia.[N4] La asociación cultural nazi RKK, o Reichskulturkammer, se había trasladado allí tras haber sido expulsada a bombazos de sus instalaciones en el centro de la ciudad. El edificio contenía todavía todos los archivos relacionados con la actividad artística en el Tercer Reich, y guardaba en el sótano la colección pictórica de la comunidad judía. Ahora se había convertido en punto de reunión para los famélicos artistas de la ocupación que acudían a Becher en demanda de protección y cartillas de racionamiento.[68] En tiempos de Becher, el edificio albergaba la «Spruchkammer», una especie de alto tribunal donde un jurado constituido por las cuatro potencias comprobaba la fiabilidad de los artistas alemanes. Estaba presidido por el comandante británico Kaye Sely (Karl Seltz, durante su época de Múnich).

El éxito de Becher fue tan grande en aquellos momentos que el propio Thomas Mann accedió a acudir a él para pedirle un favor: quería que intercediera por Hans von Rohrscheidt, uno de los parientes de su esposa, que estaba siendo tratado con dureza por las autoridades soviéticas. A cambio, Becher pretendía que Mann hiciera valer su influencia y consiguiera para sus escritores paquetes de la asociación de ayuda americana CARE. Becher intentaba hacerles volver a casa: Döblin había regresado (se hallaba en Baden-Baden trabajando para los franceses), pero Anna Seghers, los Mann, Herzfeld y Feuchtwanger aún dudaban. Era la época de la divulgadísima disputa entre Thomas Mann y dos autores que habían permanecido en Alemania: Walter von Molo y Franz Thiess. Thiess

había manifestado su parecer en tanto que era natural haber optado por quedarse en Alemania, y observó que había sido más duro que disfrutar de una cómoda vida en el exilio, como Mann. Klaus, el hijo de Mann, calificó a Thiess de «repulsivo»: había llegado a un acuerdo con los nazis y había amasado un dineral escribiendo guiones. Becher intentó calmar las aguas agitadas enviando otra invitación: «¡Vuelva a casa, le esperamos!». El 22 de noviembre de 1945 dirigió un llamamiento a los emigrados. No compartía la opinión de Mann de que los libros publicados durante el Tercer Reich careciesen de valor y se negó a que sus escritos aparecieran en un volumen de literatura del exilio. No veía virtud alguna en el exilio: se trataba de una «amarga necesidad», y nada más. Su actitud lo convirtió en un personaje impopular a ojos de aquellos que habían salido de los campos de concentración.[69]

Con Becher al timón y con el respaldo de Tulpánov, al menos de momento, la Zona Soviética adoptó una actitud pragmática respecto a la desnazificación de las artes. Zhúkov no creía que Hauptmann se hubiera opuesto a los nazis, pero le había otorgado toda su protección, manteniendo alejados de él tanto a sus soldados como a los polacos mientras el escritor prolongaba sus últimos días. Los americanos se la tenían jurada a Furtwängler, que había sido consejero del Estado de Prusia –un cargo meramente honorario concedido a unos pocos personajes ilustres de la vida cultural e intelectual que no se apartaban de la línea marcada– en tiempos del nazismo.[N5]

Al finalizar la guerra Furtwängler se refugió en Suiza, debido en parte a que temía por su seguridad. Había mantenido relaciones estrechas con algunos de los hombres ejecutados tras la Conspiración de julio. Al terminar la guerra, los suizos le atacaron y él huyó a Austria en otoño de 1945. Los rusos lo llamaron en febrero de 1946 para que ocupara su antiguo puesto en la Filarmónica de Berlín. Hasta entonces, las riendas las habían llevado Leo Borchard y el temperamental Sergiu Celibidache, de treinta y tres años.

«Celi» se había hecho cargo de la Filarmónica seis días después de la muerte de Borchard. Era aun menos famoso que su predecesor: un rumano

desconocido llegado a Berlín a mediados de la década de 1930 para estudiar composición con Heinz Tiessen. Antes de ser relevado de su cargo a causa de la llegada triunfal de Furtwängler, Celi dirigió la BPO no menos de 108 veces. Los Aliados lo consideraban «políticamente virgen», y mientras se entablaban furiosas controversias sobre todos los demás directores, contaminados en cierta medida por el nazismo, no había nada que alegar contra él.[70]

Como la Philharmonie había quedado destruida, Celi interpretaba en el Titania Palast, en Berliner-Steglitz,[N6] en el Theater des Westens junto al Zoo, en la Emisora de Radio y otros edificios intactos de Dahlem, Tegel y Wedding. También actuó en otras ciudades alemanas en sustitución de Furtwängler, que fue objeto de ataques especialmente mezquinos por parte de algunos funcionarios aliados, sobre todo estadounidenses. Antes de que Furtwängler pudiera dirigir en las zonas de los Aliados occidentales debía obtener un *Persilschein* –el certificado de limpieza política– en Viena, Wiesbaden y Berlín. Viena le planteó pocos problemas, pero en el cuartel general estadounidense de Wiesbaden se mostraban reacios a exonerarlo. De Estados Unidos llegaba un clamor persistente, en especial de la hija de Thomas Mann, Erika. Furtwängler no pudo presentarse ante el alto tribunal de Berlín hasta diciembre de 1946. Finalmente fue absuelto en abril de 1947. Durante ese tiempo, Celibidache lo sustituyó, pero según la viuda de Furtwängler, las relaciones entre ambos fueron siempre buenas.[71]

Furtwängler regresó a Berlín el 10 de marzo de 1946 en un avión ruso y aterrizó en el aeródromo de Adlershof, en la Zona Soviética. Fue recibido por Becher con pompa y boato. Los rusos le proporcionaron la Fasanerie, su antigua residencia graciosamente concedida, en el parque Sans Souci de Potsdam. Le estaba esperando su fiel ama de llaves, al igual que su piano. Los occidentales se opusieron, sin embargo, a que dirigiera, y hubo que descartar su aparición en el concierto de la Emisora de Radio. Aquel día, la orquesta fue dirigida por Celibidache.

Furtwängler había sido exonerado ya por un tribunal de desnazificación en Austria y pensaba que en Berlín se le concedería el perdón de manera automática. Sin embargo, los americanos, en la persona del general

McClure, no estaban dispuestos a ceder tan fácilmente y recordaron a los demás Aliados que Furtwängler necesitaba su permiso para dirigir en la Philharmonie, que se hallaba en su sector, y que todos los consejeros del Estado de Prusia habían sido marginados de la vida pública en función de la Directiva n.º 24 del Consejo de Control. Esto no impresionó mucho a los rusos, que ofrecieron a Furtwängler dirigir la Lindenoper, situada en su territorio, y hasta promovieron una campaña de prensa para hacerle volver, adornando su periódico *Berliner Zeitung* el 16 de febrero de 1946 con el siguiente titular: «Berlín llama a Wilhelm Furtwängler». El director se negó a ser cortejado. Consciente de que si aceptaba decía adiós para siempre a la BPO, declinó la oferta.[72]

Furtwängler no había sido nunca un Pg, pero había un cúmulo de directores que sí lo fueron: Karajan, Knappertsbusch, Krauss y el primer director de la Ópera de la Ciudad de Berlín, el austriaco Leopold Ludwig. Ludwig había negado su pertenencia al Partido en el *Fragebogen* (el Cuestionario) y había sido sentenciado a un año de prisión por el gobierno militar británico. Ludwig no era sólo un Pg, sino que, al igual que Karajan, se había inscrito en Austria, donde la afiliación era ilegal.[73] Knappertsbusch había sido en realidad protegido de Eva Braun, que se sentía atraída por la «belleza juvenil» del director. Hitler no lo había tenido en gran estima y afirmaba que no era «mejor que un director de banda militar». Al Führer tampoco le gustaba Karajan, pues no utilizaba partitura y se le escapaban los errores de los cantantes. De no haber sido porque era un protegido de Göring, lo habría relegado. Así era el Tercer Reich.[74]

Los rusos dejaron de aparentar que se tomaban en serio la desnazificación en las artes escénicas. El civilizado capitán Alexander Gouliga fue sustituido por un vociferante subteniente, que, al parecer, ni siquiera hablaba alemán. Los expertos culturales aliados celebraron su última reunión con Gouliga en la Casa de la Cultura Soviética, donde se había preparado un espléndido festín: dos viejos camareros alemanes con bigotes hitlerianos, «que parecían un par de *Gauleiter* recién liberados de un campo de internamiento ruso», sirvieron copas de champán de Crimea. El vino espumoso dio paso al vodka y la cerveza. A las ensaladas les

siguieron pescado ahumado y caviar, caviar con huevos rellenos, carnes frías y salchichas; y esto eran sólo los *zakuski*, los entremeses. El festín se redondeó con *borsch*, filete *stroganoff* y crema de naranja.[75]

Por lo que respecta a la ópera, tanto la Städtische Oper como la Lindenoper habían tenido que mudarse debido a los daños provocados por los bombardeos. La Ópera de la Ciudad de Berlín tenía ahora su sede en el Theater des Westens, mientras que la Lindenoper se hallaba en el Admiralspalast, en la Friedrichstrasse. Aunque el primero se encontraba en el Sector Británico, los públicos de ambas óperas eran principalmente rusos. Los alemanes corrientes no tenían acceso a ninguna de las dos. La noche en que George Clare asistió al Theater des Westens en 1946 había allí un puñado de oficiales británicos y dos NCO (suboficiales estadounidenses), junto con un «surtido» de americanos y una pequeña «manada» de franceses. El resto del público estaba compuesto por rusos y sus esposas. Los soviéticos permitían a sus oficiales traerse de la Unión Soviética a sus mujeres y sus hijos, cosa prohibida de momento entre los Aliados occidentales (de ahí su necesidad de confraternización).[76]

La música ejercía, como siempre, un efecto poderoso sobre los berlineses, que habían desafiado las bombas para escuchar las actuaciones de la BPO durante la guerra. Margret Boveri recordaba su primer concierto tras la guerra. Había oído una obra coral de Bruckner en una «sala ruinosa de [Berlín]-Zehlendorf», que provocó en ella ríos de lágrimas suscitadas por años de emociones reprimidas y ocultas.[77] Cuando al cabo de dos años de pruebas Furtwängler recibió, por fin, su *Persilschein* el 30 de abril de 1947 y pudo dirigir «su» orquesta una vez más el domingo de Pentecostés (25 de mayo), el público aplaudió durante quince minutos, haciéndole volver al escenario dieciséis veces. Había ofrecido un programa únicamente con música de Beethoven: la obertura *Egmont* y las Sinfonías *Quinta* y *Sexta*. Erika Mann lo puso de vuelta y media: no se trataba de la antigua Filarmónica sino de la versión purgada que había sobrevivido al Tercer Reich, e incluso ésta había ensayado poco. El director respondió al padre de Erika señalando con modestia que una ovación de quince minutos no era un hecho insólito para Beethoven en Berlín.[78] Un judío que se colocó

incondicionalmente de parte de Furtwängler durante toda la crisis fue Yehudi Menuhin. Menuhin, que el 28 de septiembre de 1947 interpretó con el director el concierto para violín de Beethoven, estaba impaciente por romper el boicot a Furtwängler en Estados Unidos, de modo que le tendió la mano efusivamente y, en consecuencia, fue tratado en su país como un traidor.[79]

Brecht, Eisler y Heinrich Mann observaban el curso de los acontecimientos desde sus lugares de exilio, pero el teatro prosperaba. Muchas salas habían salido indemnes de los bombardeos angloamericanos, y Berlín estuvo en condiciones de poner obras en escena desde el primer momento. Hilde Spiel se sintió impresionada:

> Lo único que queda es el mundo del teatro. Sólo en él siguen [los berlineses] comiendo y bebiendo; en él aman sin preocupaciones y mueren sin causa, presumen, canturrean, seducen y ríen. Sólo en él se pavonean los porteros y titilan los cirios en candelabros ornamentados; sólo en él se encienden puros y corre el vino.[80]

En el teatro Hebbel se interpretó desde el 8 de agosto de 1945 la *Ópera de tres peniques*. A los pocos días, Ruth Friedrich fue andando hasta «Saarlandstrasse, alias Stresemannstrasse, alias Königsgrätzerstrasse» –la letanía de nombres purgados no incluía el último: Hermann-Göring-Strasse–, se encontró con una cola enorme y se dio cuenta de que la «ópera del mendigo» era correcta y apropiada para los berlineses. El verso: «Primero la jala, luego la moral» parecía especialmente oportuno para Ursula von Kardorff cuando llegó a la capital a comienzos de octubre.[81] El teatro Hebbel honró también a los poetas y escritores de la «época del sistema», según la expresión despectiva con que Hitler denominaba el período de Weimar: Toller, Tucholsky, Brecht, Heinrich Mann, Erich Mühsam, Lion Feuchtwanger, Leonhard Frank y Ludwig Rubener.[82] El Hebbel, sin embargo, no era lo que parecía: se hallaba en el Sector Estadounidense. Brecht no era totalmente puro para los rusos. La idea de «primero la jala, luego la moral» no les iba bien; ellos defendían lo contrario. Tampoco encajaba con la idea de culpa colectiva. Brecht tuvo que

esperar hasta que se produjo su reconciliación con las autoridades soviéticas.[83]

El hombre más famoso del mundo teatral berlinés, Gustav Gründgens, era otro consejero de Estado y estaba sufriendo la misma proscripción generalizada que afectaba a Furtwängler. Los rusos, una vez más, no se dieron por enterados y lo reinstalaron en el poder como *Intendant* del Teatro Alemán. Podía pensarse que Gründgens ya había sufrido suficiente. Lo habían detenido como *Generalintendant* del Teatro del Estado Prusiano debido –según se decía– a la creencia de sus captores rusos de que su rango era militar, y había pasado nueve meses en campos soviéticos. Sus colegas habían persuadido finalmente a Bersarin de que Gründgens no era militar, pero entonces la dificultad estuvo en dar con su paradero: los rusos no tenían registros fiables de las personas internadas en sus campos y gulags. Una vez libre, se convirtió en una criatura de los rusos y se benefició de su protección hasta el punto de desnazificarlo ellos mismos el 27 de abril de 1946 y declararlo incontaminado. Gründgens regresó al trabajo, a pesar de todos los intentos de los Aliados por impedírselo. Disfrutó de su primer papel en la sátira de Carl Sternheim *Der Snob*. Fue una gran ocasión: «Todo un acontecimiento; con mucho, el más importante de la vida social y cultural de los primeros tiempos del Berlín de la posguerra». A pesar de la pobreza que hacía estragos por todas partes, los revendedores sacaron hasta mil reichsmark por una localidad.[84]

Becher quería convertir la Zona Soviética en un refugio para todos los escritores. A los autores se les daban cartillas de racionamiento de la Clase I. Rescató a Rudolf Ditzen, intentó desengancharlo del alcohol, que lo estaba matando, y le suministró un tema para una novela a fin de que pudiese comenzar a trabajar de nuevo. La joven esposa de Ditzen era adicta a la morfina, que le proporcionaba otro escritor, el poeta y médico Gottfried Benn, que al igual que Ditzen-Fallada no había intentado emigrar después de 1933.[85] Se encontró un alojamiento para los Ditzen en el enclave soviético de Pankow, y hasta les llevaron pequeños presentes y una oca en Navidad, todo lo cual no logró impedir que un Ditzen borracho tuviera un

altercado con Pieck, el presidente del Partido Comunista, en un cóctel celebrado aquel mes.

La rehabilitación de escritores como Ditzen en la Zona Soviética desembocó en un choque con los angloamericanos y con la directiva JCS 1067. Ditzen-Fallada no estaba limpio como una patena y había ganado un buen pellizco bajo los nazis. Los desnazificadores británicos se lo habían olido, y la prensa occidental puso reparos. En Múnich, el escritor Hans Habe calificó una de sus novelas de literatura fascista. Esto le causó dificultades para obtener una licencia al otro lado del Elba y reanudar los contactos con sus editores del extranjero.[86] Al principio, los rusos contemplaron también con sorprendente benevolencia lo que se publicaba en su zona. Durante más de cuarenta años, la editorial Aufbau fue un faro –unas veces brillante, otras mortecino– desde sus antiguos locales de la sede del banco Delbrück, Schickler & Co., en la Französischestrasse.[N7] La editorial se fundó el 16 de agosto de 1945 bajo el manto protector de Becher, quien había planeado nuevas publicaciones ya durante su exilio. Becher, menos doctrinario que la mayoría de sus colegas, creía que los alemanes debían admitir la existencia de una culpa colectiva, pero interpretaba de manera menos literal el canon soviético. Se aseguró de que la editorial obtuviera de las autoridades soviéticas la licencia necesaria. La dirección de la casa editora fue asumida en 1947 por Erich Wendt, otro moscovita y ex miembro del Partido Comunista.

En abril de 1946 Becher fue elegido para formar parte del comité del SED, pero algunas personas del Kremlin berlinés no creían que fuera, en absoluto, marxista-leninista. Lo cierto es que no aparecía en todas las reuniones. «Tulip» lo había abandonado. Según lo expresó Tulpánov con gran tacto tras la muerte de Becher, en Berlín «no quedaba nada de la modestia de los años de la guerra. Él se encontraba en su casa, perfectamente acomodado, y expresaba con toda naturalidad la opinión de que sabía mejor que nosotros cómo poner orden en el hogar alemán».[87] Becher seguía contando con la protección de Vladímir Semiónov y Dymshitz. Este último dijo a Tulpánov que la Alianza Cultural no había sido concebida para ser una organización ideológica. Tulpánov dejó de

entrometerse de momento, pero al lado del poeta se colocó en la organización a Alexander como jefe de la «división ideológica» para que lo vigilara. La SBZ se aseguró de que la editorial pudiera echar mano de las reservas de papel y de cartón para las tapas de los libros. Fue Dymshitz, una vez más, quien refrenó al censor, el capitán Filíppov. En el período 1945-1946, sólo un libro tuvo problemas con las autoridades rusas: la obra de Günther Weisenborn *Berliner Requiem*. En este caso, ni siquiera la intercesión de Becher pudo convencer a los soviéticos para que permitieran publicar una obra centrada en las penalidades de los berlineses durante los primeros tiempos de la posguerra.[88]

Las primeras publicaciones de la editorial Aufbau fueron el *Manifest des Kulturbundes zur demokratischen Erneuerung Deutschlands* [Manifiesto de la Alianza Cultural para la renovación democrática de Alemania] y el primer número de la publicación periódica cultural y política *Aufbau*. Ninguna de las dos fue concebida para oponerse a los ideales de la Zona Soviética o irritar al censor, el capitán Filíppov. Un año después, la Alianza Cultural publicaba su propio semanario, *Sonntags*, con una tirada de doscientos mil ejemplares. La casa Aufbau, sin embargo, no fue sólo una editorial para la publicación de textos radicales: antes de acabar el año había sacado once libros, entre ellos obras de Georg Lukács, Max Hermann-Neisse, Theodor Pliever –cuya novela documental *Stalingrad* logró vender 177.000 ejemplares, sin contar las ventas bajo licencia a librerías de Alemania occidental– y Heinrich Heine, autores todos ellos que gozaban de la distinción de haber sido prohibidos por los nazis. Heine era el único autor muerto, y el más eminente de todos.[89]

Becher llegó a la conclusión de que Aufbau no debía ser la editorial del exilio, así que en 1946 cambió sus planes para incluir autores que habían permanecido en Alemania durante los años nazis pero que no habían sido manchados por el nazismo. Entre ellos se contaban Ernst Wiechert, Hans Fallada, Gerhart Hauptmann y Ernst Niekisch. Cuando Alemania se polarizó al estallar la Guerra Fría, algunos de los autores no comunistas fueron sacados de la lista, mientras que otros decidieron retirarse ellos mismos.

Las autoridades rusas introdujeron formalmente la censura en enero de 1947, pero aquel año Aufbau siguió imprimiendo obras de autores no comunistas como Egon Erwin Kisch y Lion Feuchtwanger, así como *LTI*, el estudio de Victor Klemperer sobre el abuso de la lengua por los nazis. La editorial Aufbau no siguió una línea totalmente ideológica hasta que los Aliados occidentales impusieron la reforma monetaria. Entre otras cosas, aquella iniciativa significó una grave pérdida de ingresos para la editorial de Alemania del Este. A partir de 1948, el volumen de las ediciones se redujo notablemente. Muchos autores de Aufbau pertenecían también a la Alianza Cultural. Otros de sus miembros eran Anna Seghers, Ricarda Huch y los pintores Otto Nagel y Karl Hofer.

Uno de los proyectos de Becher fue la creación de una nueva colonia de artistas en el centro turístico marítimo de Ahrenshoop como Academia de Verano de la Alianza Cultural a orillas del Báltico. Se expulsó a los nazis que habían estado viviendo allí y se creó una residencia para niños con el fin de que las obligaciones familiares no agobiaran a los autores. Becher quería formar una nueva élite intelectual antifascista.[90] Su deseo de «hacer alemanes a partir de alemanes» volviéndolos a familiarizar con su arte y su literatura –prohibida en parte bajo los nazis– dio paso, tristemente, a una propaganda más descaradamente soviética a partir del año 1947, y Becher fue incapaz de contener la marea ideológica. Las representaciones de obras de Schiller y Mozart fueron sustituidas por otras de Pushkin y Gógol, Chéjov, Rimski-Kórsakov, Chaikovski y Chopin. Se trataba de una situación que, de por sí, resultaba tolerable, pero que no tardó en ser igualmente relegada en favor de obras modernas que hacían hincapié en el valor de la cultura soviética y la maldad de su equivalente occidental. Las obras de teatro debían mostrar la Unión Soviética bajo una luz favorable. El propio Becher resultó sospechoso durante un tiempo, hasta que salvó la piel escribiendo unos cuantos encomios poéticos al «gran Stalin». Los dramas llevados a escena a partir de 1947 fueron en todos los aspectos tan tediosos como las obras americanas representadas en la Zona Estadounidense.[91]

Los días 21 y 22 de mayo de 1946 la Alianza Cultural celebró un congreso al que asistió Tulpánov. Becher volvió a navegar con viento en

popa. En un discurso criticó las posiciones soviéticas: «El desmantelamiento y la reparación hacen que la mayoría de la gente dude de si podrá llevar una existencia soportable». Pidió que se otorgara más responsabilidad a los alemanes para gobernar sus vidas. El discurso no cayó bien.[92] Becher siguió adelante sin tenerlo en cuenta. El primer congreso de escritores alemanes se celebró en el teatro Hebbel (en la Zona Estadounidense) a comienzos de octubre. Contó con la asistencia de 250 escritores, incluida Ricarda Huch, pero algunos de los más ilustres seguían sin dejarse captar: no hubo señales de los Mann, de Brecht o de Feuchtwanger. Becher apeló a la unidad, sin la cual no habría paz. Una Alemania escindida no sería una Alemania pacificada. Becher mostró sus cartas de idealista partidario de una Alemania unida. El congreso fue el primero y el último de su tipo.[93] Dos años después, la Alianza Cultural celebró un congreso que reunió a artistas y escritores del Este y del Oeste con el objetivo de denunciar la América maccarthista.[94] Los Aliados occidentales habían repudiado ya a Becher, y a finales de año lo desalojaron de la Schlüterstrasse.

La unidad se agrietaba, y muchos de los escritores que habían hallado cierto confort en la Zona Soviética habían optado por abandonarla: Pliever marchó a Múnich; Ricarda Huch, a Fráncfort del Meno. Becher fue acusado injustamente de haber respaldado el secuestro del periodista Dieter Friede. Tuvo que defender cada vez más el sistema. Cuando Eugen Kogon (que había estado recluido en Buchenwald) comparó los campos rusos con los nazis, Becher le dijo que la comparación era absurda. Los Aliados occidentales le denegaron un pase para viajar por sus zonas. Al acabar el año, Pieck describía a Becher como un «ignorante en política». Becher presentó la dimisión en diciembre. Su última carta concluía con un patético: «Mit sozialistischem Gruss!» (¡Con un saludo socialista!),[95] un desafortunado recordatorio de la fórmula nazi. Había sido doblegado; fue una de las primeras grandes bajas de la Guerra Fría.

N1. Comparar con la oficina de Eisenhower, p. 350.

N2. El poeta paseó por los bosques próximos, pues la ciudad pertenecía a Weimar. Fue allí donde escribió el poema *Über allen Gipfeln*.

N3. Leo Borchard había sacado la música de Mendelssohn del baúl. Véanse pp. 195-196.

N4. Y también un futuro; en la actualidad es el popular hotel Bogota.

N5. El proceso de humillación del gran director fue admirablemente dramatizado en la obra de teatro de Ronald Harwood *Taking Sides*.

N6. Cine modernista construido en la década de 1920. Aún sigue donde estaba, aunque fue considerablemente modificado en la década de 1960.

N7. De donde fue desalojada cuando el edificio volvió a manos de sus primeros dueños en 1995.

7

La vida en la Zona Estadounidense

Nos mandan comida para pollos y esperan que les digamos: «Gracias».

JOHANNES SEMLER. Citado en Volker Hentschel, *Ludwig Erhard, ein Politikerleben*, Múnich y Landsberg am Lech, 1996, p. 51

El gobierno militar estadounidense de Fráncfort del Meno se alojaba en la zona urbana «de los conquistadores», en uno de los rascacielos de color arena situados más allá de la estación central; había sido el cuartel general de la empresa IG Farben y parecía un oasis en medio de los escombros. Para acercarse a él se necesitaba un pase especial, y si el visitante era lo bastante afortunado para descubrir una manera de entrar, lo encontraba lleno de lo que el novelista John Dos Passos calificaba de «coroneles pollos»,[N1] o chupatintas.

Dos Passos almorzó allí en noviembre de 1945. Una camarera alemana los llamó a la mesa. Dos Passos comió filete de venado y bebió un borgoña de primera calidad,[1] un menú muy diferente del soportado por los siervos que se arremolinaban en el exterior del local recogiendo ramas en cochecitos de niños para calentar sus cocinas. Estos últimos llamaban aquel lugar «IG Farben Haus» y lo eludían dando un rodeo. Los visitantes podían atisbar de vez en cuando al propio dios de la guerra, el general Eisenhower, acompañado de su amante irlandesa, Kay Summersby. Con cierta exageración, excusada por el paso del tiempo, Summersby escribió que el edificio de IG Farben constituía «una pequeña ciudad en sí misma. Era muy elegante, con una gran cantidad de mármol y fuentes y jardines interiores,

grandes escalinatas de formas curvadas y oficinas muy lujosas; en la de Ike habrían cabido varias pistas de tenis.[N2] En nuestros despachos se colocaban cada día ramos de flores frescas».[2]

El ruso Gregori Klímov tenía motivos para visitar el cuartel general estadounidense, donde deseaba hablar con Clay. Le llamó la atención la actitud desaliñada de los soldados negros, que mascaban chicle a dos carrillos. «Los reclutas se desperezaban cuan largos eran con los pies sobre la mesa, mientras los generales corrían de un lado a otro como chicos de los recados.» Al final encontró a un «soldadito narigudo» que resultó ser Clay («No era un general, era una bomba atómica»).[3] A James Stern le sorprendió la encantadora «americanidad» de todo aquello, sobre todo el casino de oficiales, donde éstos picaban de la ensalada y bebían agua helada. Los americanos que echaban de menos su país podían aliviar también su morriña con helados. Los amigos de Stern en Fráncfort se sintieron poco impresionados por la autoridad que los vigilaba atiborrándolos con el pan de la democracia. «Das Pharisäer Ghetto» (El gueto de los fariseos), así lo denominaban.[4]

Antes de dejar Fráncfort, Dos Passos tuvo la oportunidad de echar una ojeada y asistir a una reunión local del gobierno militar estadounidense. «Fráncfort se parece menos a una ciudad que un montón de huesos y cráneos aplastados a un novillo Hereford premiado en una feria de ganado.» Sin embargo, daba la impresión de que la gente se afanaba en las calles ejerciendo algún tipo de actividad. «Se comportan de una manera tremendamente parecida a las hormigas cuando das una patada a un hormiguero.» En la reunión, Dos Passos escuchó los informes presentados. Fráncfort estaba recibiendo dos mil nuevos residentes por semana; se arreglaban pisos para ellos; se había detenido a cinco individuos que practicaban el mercado negro; y estaba llegando pescado de Bremen...[5]

Los grandes generales de campo estadounidenses de la Segunda Guerra Mundial habían sido Eisenhower, Bradley y Patton. Patton arrebataba la imaginación no sólo de los norteamericanos sino también de los alemanes, a quien consideraban una especie de Rommel estadounidense. Había resultado difícil impedirle que tomara Praga antes de que llegase el Ejército

Rojo; la excusa que se adujo fue la sublevación de los checos. Patton afirmaba, aunque era improbable, que los rusos la paralizarían –«¡Esos patriotas necesitan nuestra ayuda!»–, cuando lo cierto era que los propios rusos se la habían sacado de la manga. Lo que Patton quería decir en realidad es que deseaba tomar Praga para Occidente. No era amigo de los rusos. En cierta ocasión en que un ruso acudió a él quejándose por una nimiedad, Patton gritó: «¡Llevaos de aquí a este hijo de puta!». Descalificó al mariscal Zhúkov llamándolo personaje de «ópera bufa cubierto de medallas», y se mostró excepcionalmente orgulloso al anunciar que había emborrachado a un general ruso hasta hacerle caer redondo bajo la mesa. En este sentido, sus opiniones eran similares a las de Mark Clark, o incluso a las de Lucius Clay. «¡Hasta el Óder!», proclamaba.[6]

Su actitud hacia los alemanes equivale a una metáfora de la ocupación estadounidense. Al principio era la rudeza personificada. Es bien conocido cómo demostró su actitud –y algo más–: orinando en el Rin el 24 de marzo de 1945 («Llevo un tiempo aguardando ilusionado este momento»),[7] y tras vomitar en Ohrdruf no sólo ordenó que los habitantes de la localidad fueran castigados por lo ocurrido en los campos de concentración de los alrededores sino que quiso que los soldados de tropa estadounidenses vieran dichos campos. Su actitud comenzó, no obstante, a cambiar, y experimentó un vuelco más rápido y mayor que el de cualquiera de sus colegas. Al igual que Clay, rechazó de plano la orden de no confraternizar y estableció claramente una diferencia entre alemanes y nazis: «Todos los nazis son malos, pero no todos los alemanes son nazis».[8]

Fue nombrado gobernador militar de Baviera e instaló su cuartel general en la antigua escuela de formación de oficiales de la SS en Bad Tölz. El 22 de septiembre manchó su hoja de servicios al nombrar a nazis para el desempeño de funciones administrativas en su mando bávaro y pasar por alto su condición criminal, haciendo caso omiso de la directiva JCS 1067. Luego se retractó un tanto diciendo que los empleaba porque necesitaba reservar a sus propios hombres para el combate y porque aún no habían encontrado a nadie mejor.[9] Una semana después, Eisenhower lo relevó del mando.[10] Es posible que Patton pensara que las autoridades estaban

demostrando una dureza ridícula con los Pg del montón, pero en él había también algo más siniestro. Era propenso a hacer declaraciones antisemitas. Morgenthau y Baruch practicaban, según él, una «venganza semítica contra Alemania», mientras que los desplazados judíos eran seres despreciables o «inferiores a los animales».[11]

En septiembre visitó en Garmisch-Partenkirchen el Campo n.º 8, que, según se decía, alojaba entre sus casi cinco mil internos a la «crema» de la SS negra, miembros de las unidades Totenkopf, que habían actuado en los campos de concentración, incluidos guardas de Dachau y Buchenwald (los que no habían sido asesinados durante la liberación de los prisioneros). Según le comunicaron, algunas de aquellas personas no eran ni siquiera Pg, y mucho menos criminales. En ese momento se oyó a Patton declarar en tono de frustración: «Internar a estas personas es, simplemente, una locura».[12] Y no hay duda de que era lo que pensaba. En otra ocasión dijo: «Hemos destruido lo que podría haber sido una buena raza... [y la hemos sustituido por] salvajes mongoles. Toda Europa será comunista».[13] Su actitud conciliadora con los prisioneros de la SS debió de haber provocado el rumor según el cual había dicho a los comandantes del campo que se comportaran con mayor decencia con sus cautivos. Pocos meses después de su destitución resultó herido en un accidente mientras iba a una cacería de faisanes cerca de Mannheim. Falleció en Heidelberg el 21 de diciembre de 1945.[14] Algunas teorías han hablado de conspiración.[15]

Tras la vuelta de Eisenhower a Estados Unidos, el general Joseph T. McNarney fue nombrado comandante en jefe estadounidense. Tuvo como segundo en el mando a Lucius B. Clay. Éste, que en la primavera de 1947 sustituyó a McNarney en el cargo de comandante del Mando Europeo, fue un ejemplo de una de las mayores virtudes de Westpoint, algo que ni Sandhurst ni Woolwich han sido nunca capaces de producir: oficiales políticos sagaces. Era un sureño que había pasado varios años sin ascender más allá del rango de teniente primero del cuerpo de ingenieros. No entró en acción en la Primera Guerra Mundial y nunca tuvo mando sobre nada con mayor capacidad de fuego que una mesa de despacho. Sin embargo, formó parte del puñado de figuras destacadas del período inmediato de la

posguerra. Junto con su asesor político Robert Murphy se negó a hacer concesiones cuando sus superiores políticos se mostraron dispuestos a retirarse en todos los frentes.

Para el 26 de abril de 1945, Clay había abandonado cualquier sentimiento favorable a Morgenthau que pudiese haber abrigado y estaba ya ansioso por relanzar la industria alemana.[16] Su gurú era James Byrnes, y debió de haber lamentado profundamente su marcha para ocupar el cargo de Secretario de Estado (ministro de Asuntos Exteriores) en enero de 1947. Tres meses después, Clay confirmó en una carta que se consideraba discípulo suyo. El discurso pronunciado por Byrnes en Stuttgart, en el que anunciaba un nuevo trato para Alemania, le sirvió de modelo:

> Cada palabra dicha por usted en Stuttgart pasó a formar parte de mi «Biblia» para Alemania. [...] Fue un documento vivo de esperanza. No soy proalemán, pero espero de todo corazón que en nuestra guerra política con la URSS no olvidemos que aquí, en Alemania, tenemos a setenta millones de seres humanos de los que acordarnos.[17]

Clay se dio cuenta de que su función consistía en hacer propaganda a favor de Occidente. Según dijo en Washington al general Draper, «nuestra propuesta es atacar al comunismo y al Estado policial ante el pueblo alemán, mientras que hasta ahora hemos limitado nuestros esfuerzos a mostrar las ventajas de la democracia. [...] Nuestros objetivos políticos son promover la democracia, lo que debe significar oponernos al comunismo».[18]

Al principio se crearon administraciones civiles de una manera caprichosa, similar a la de los rusos. Los soldados que ocupaban una pequeña ciudad o un pueblo buscaban a alguien no contaminado por el nazismo. En la ciudad natal del escritor Ernst von Salomon preguntaron al párroco, quien les dio a entender que el alcalde anterior a 1933 había realizado un buen trabajo. Sin embargo, el antiguo alcalde confesó que, luego, se había afiliado al Partido. Los americanos hicieron la vista gorda y le pidieron que nombrara a siete concejales. Él fue franco al decirles que le resultaría harto difícil hallar a siete hombres decentes que no hubieran sido

miembros del Partido, por lo que al final la localidad tuvo un ayuntamiento con más nazis que durante el Tercer Reich.[19]

Estados Unidos contaba con un numeroso cuerpo de lingüistas constituido por germanoamericanos del Medio Oeste o por judíos alemanes o austriacos –llegados a menudo al país en fechas tardías–, checos, polacos y otros eslavos bien formados que se habían instalado últimamente en el otro lado del Atlántico, o soldados que, sencillamente, habían aprendido el idioma. Había escritores alemanes con uniforme estadounidense, como Klaus Mann, Hans Habe, Stefan Heym y Georg Stefan Troller, la mayoría de los cuales trabajaban en las secciones de espionaje o propaganda. Saul Padover, cuya tarea consistía en entrevistar a prisioneros para el Departamento de Guerra Psicológica, había pasado sus primeros años junto al Elba. Padover pensaba que su colega Joe era natural de Nebraska –aunque su alemán fluido debería haberle hecho sospechar otra cosa–, pero cuando llegaron a Baviera, Joe se mostró súbitamente meditabundo. Dijo que sus padres vivían cerca de allí. Se dirigieron en coche hasta su pueblo y entraron en la casa. Joe palmeó a un hombre sentado en una silla haciendo que la pipa se le cayera de la boca y le preguntó si sabía quién era. El hombre hizo un intento, se equivocó y volvió a probar. Esta vez reconoció a su hijo, que los había dejado cuando tenía doce años, luego se volvió hacia su mujer, que estaba haciendo punto, y le dijo: «Hör mal Du... onser Sepp ist hier, doss is onser Sepp!» (¡Oye tú, nuestro Sepp está aquí; es nuestro Sepp!).[20]

Los lingüistas estadounidenses no eran siempre políticamente fiables: en torno al 70 % de los que formaban parte del ejército de Estados Unidos tenían parientes alemanes, como el Joe-Sepp de Padover. El abogado austriaco Diewald, amigo de Salomon, se enteró asombrado de que el comandante local americano era chino, pero su sorpresa fue brutal cuando descubrió que aquel hombre no sólo hablaba un alemán perfecto, sino que era un gran admirador de la «As-As», según llamaba a la SS.[21] La desconfianza y el hecho de que muchos fueran americanos FOB (*fresh-off-boat*, «recién desembarcados») significó que sólo 65 de un contingente de 1.500 exiliados figuraran en el gobierno militar, pero aun así eran más que

los de la Zona de Ocupación Soviética, mientras que los británicos no creían en la posibilidad de convertir a los oprimidos en vencedores.[22]

James Stern llegó a Alemania en la primavera de 1945. Cuando su avión tomaba tierra, atisbó Coblenza y el Deutsches Eck, el punto de confluencia del Rin y el Mosela. Stern se sintió consternado ante aquel primer redescubrimiento del país que había conocido por vez primera siendo un adolescente estudiante de alemán:

> Varios tramos de un puente derruido asomaban sobre el agua color de barro, y un castillo aparecía colgado en lo alto de las colinas aterrazadas con viñedos. Luego, el avión descendió y vimos debajo hileras de casas incendiadas, sólo los caparazones de los edificios, sin tejados ni habitaciones; mirando por entre sus cuatro paredes se veían las plantas bajas, donde no había nada o, si acaso, un montículo de ladrillos rotos, astillas de muebles y basura.[23]

Carl Zuckmayer, exiliado de su tierra natal, regresó en el otoño de 1946, justo antes del invierno glacial. Había emigrado a Suiza después de que los nazis prohibieran sus obras. En 1939 adquirió la ciudadanía americana. Al acabar la contienda vivía en una granja de Vermont y estaba poniendo al servicio de la Oficina de Guerra su conocimiento sobre la vida alemana. En julio de 1946 fue nombrado jefe de la unidad europea del Departamento de Asuntos Civiles. Renunció a su puesto en mayo de 1947, profundamente decepcionado por todo lo que había visto a lo largo de un invierno en su tierra natal.[24] Transcurridos dieciocho meses de ocupación, Zuckmayer consideraba que sus antiguos paisanos veían a los americanos con sentimientos encontrados. Había «un punto de odio, cierta desilusión y una pizca de reconocimiento razonable y agradecido». El odio que pudiera existir se daba, sobre todo –según pensaba–, en los corazones de algunos alemanes estúpidos, hombres y mujeres que se habían negado a responsabilizarse de lo ocurrido.[25] Las actitudes alemanas ante los americanos estaban teñidas por la falta de contacto; y la falta de contacto significaba falta de influencia. Los americanos tendían a vivir en sus propias instalaciones o a requisar amplios sectores de las zonas suburbanas de lo que quedaba de la clase media en las ciudades más grandes. Tal fue el caso de Wiesbaden, donde se trasladaron a los barrios elegantes de las

colinas que dominaban la ciudad. Aquellas instalaciones solían estar cercadas por alambre de espino, lo que las convertía en pequeñas fortalezas anunciadas por la inscripción: «Prohibida la entrada a los alemanes», una indicación que evocaba de manera consciente o inconsciente la reciente exclusión de los judíos en Alemania. Los americanos compraban en sus propias tiendas, asistían a sus propias escuelas y pasaban las veladas en sus propios clubes. Cuando querían conocer las noticias, las leían en el *Stars and Stripes*, el diario oficial de las Fuerzas Armadas estadounidenses.

Zuckmayer creía en la importancia de que los americanos salieran a conocer a los alemanes, en especial a los jóvenes. Pensaba que un gran número de muchachos alemanes eran reticentes a entablar contacto con americanos, pero tenía esperanzas con las chicas. Con ese pensamiento no se refería a la confraternización, sino a un contacto beneficioso mediante grupos de debate que podían reunirse los domingos. El grupo más peligroso de alemanes era el formado por quienes habían sido tratados con mayor injusticia: aquellos que seguían sin casa o no tenían trabajo y los que pasaban la jornada inactivos, metiéndose en líos o buscando algo que robar.[26]

Si bien la Zona Estadounidense había sido fijada mucho antes del final de la contienda, el 12 de diciembre de 1945 Estados Unidos incrementó las dimensiones de sus posesiones en Alemania al hacerse cargo de la bolsa de Bremen, controlada hasta entonces por los británicos. Los estadounidenses necesitaban un puerto para descargar los suministros destinados a sus fuerzas. Una pésima noticia para la famosa Rathauskeller, la bodega del ayuntamiento, ya que las tropas estadounidenses no renunciaron a su derecho a saquear las existencias de vino. La historia oficial no permite esclarecer si los británicos habían echado ya mano previamente a la colección de vinos alemanes más famosa del mundo. Cerca de cien mil botellas fueron objeto de pillaje antes de que se dictara orden de entregar otras trescientas mil al ejército estadounidense. En adelante no se permitió a los civiles alemanes utilizar la bodega, que se convirtió en un casino de oficiales. Los oficiales americanos podían comprar vino, pero nadie repuso las existencias de la bodega, y como a muchos de los soldados de Estados

Unidos no les entusiasmaba el vino alemán, corrió el whisky bajo las antiguas bóvedas.

Es posible que los americanos se bebieran muchas añadas del siglo XIX, pero dejaron en paz las dos más famosas: el tonel del siglo XVII de vino rosado del Rheingau y los doce barriles del mosela Apostel del siglo XVIII, que permanecieron sellados y, al parecer, intactos. El 15 de octubre de 1948 la bodega fue devuelta al ayuntamiento de la ciudad en una ceremonia solemne a la que asistieron el alcalde Wilhelm Kaisen y el jefe de los militares estadounidenses, Thomas Dunn. Hubo numerosos brindis, por lo que, al final, es posible que no resultara tan solemne. Todos los Aliados echaron mano del vino. Para los propietarios de fincas y bodegas prestigiosas, lo importante era proteger las botellas de mayor valor. En las bodegas Maximin Grünhaus, a orillas del río Ruwer, por ejemplo, la abuela del actual dueño solía encontrar una excusa para visitar el edificio confiscado por los americanos. Era una mujer corpulenta que acostumbraba a vestirse para la ocasión con faldas de mucho vuelo. Una vez que había logrado acceder a las amplias bodegas que habían pertenecido antes a un monasterio, solía escoger algunas botellas de los mejores caldos y colgárselas con cuerdas debajo de la ropa, transportándolas así a un lugar seguro.[27]

La cesión de Bremen fue un ejemplo de cooperación angloamericana. En general, británicos y americanos trabajaron juntos desde el principio, aunque estos últimos solían mirar a los británicos por encima del hombro, y viceversa. John Dos Passos cita el caso de un hombre que necesitaba un repuesto para su Opel. Le habían dicho que debía obtenerlo en la Zona Británica, algo que en principio no constituía ningún problema («mantenemos una buena cooperación en ese tipo de cosas»). Alguien hizo una pregunta acerca de los franceses: «Si alguien conoce la manera de sacar algo de la Zona Francesa, no me lo ha explicado». Finalmente se mencionó a los rusos. «No hablamos de la Zona Soviética», fue la respuesta.[28]

Una gran parte de la industria alemana había logrado sobrevivir debido a un planteamiento inteligente y a una reubicación astuta. Clay situó la cifra

entre un 25 y un 30%, pero no pensaba que la economía estuviese lista para volver a funcionar en junio de 1945.[29]

Los americanos habían conservado su riqueza a lo largo de la guerra y se manifestaban contrarios a la idea de un desmantelamiento industrial. Clay entendió demasiado bien el significado de aquello para el país:

> La sustracción de materiales, ganado y maquinaria agrícola requeridos para mantener un mínimo de economía en Alemania y cuya falta tendría como consecuencia un aumento de las importaciones a Alemania iría contra la capacidad de este país para pagar reparaciones, y llevaría inevitablemente a apelar a Estados Unidos en demanda de ayuda.[30]

Zuckmayer pudo presenciar los primeros pasos dados para recomponer una vida profesional en medio de las ruinas. Conoció a un joven dentista y sintió curiosidad por saber cómo pensaba ejercer su profesión en una ciudad derruida. El dentista instaló la consulta en una zona cubierta por montones de escombros. La planta baja estaba llena de cascotes de mampostería, pero se había construido una escalera de emergencia para dar acceso al primer piso, y en el segundo vivía una docena de familias con sus realquilados en unas pocas habitaciones rehabilitadas. Desde allí, otra escalera abierta le condujo hasta las restantes habitaciones de la vivienda, donde cuatro dentistas habían instalado sus consultas. Sólo se podían calentar dos de los cuartos, y las horas de cirugía dental estaban limitadas por los caprichos de la red eléctrica, que se activaba e interrumpía con una regularidad angustiosa. Durante las horas de funcionamiento, la consulta era invadida por pacientes que malvivían entre los escombros de los alrededores. Las enfermeras eran contratadas a veces como criadas y a veces como albañiles que ayudaban a hacer habitables las demás dependencias. Estaban pálidas y delgadas, pero no parecían agotadas. Cuando vieron a Zuckmayer no le pidieron cigarrillos ni comida; querían libros. Los propios dentistas habían sufrido tragedias personales: sus familias habían muerto durante las incursiones de los Aliados. Uno había perdido una pierna. Otro esperaba casarse con su prometida, que iba a llegar a Berlín andando desde Prusia oriental. Su padre había sido muerto, y su madre se había suicidado.[31] Los

demás no habían empezado a conocer hasta entonces la historia completa de lo que les había sucedido. Estaba, por ejemplo, el caso de una mujer de la limpieza que trabajaba en el alojamiento berlinés de Zuckmayer. Se trataba, en realidad, de la esposa de un pastor, pero el clérigo había sido movilizado por la Volkssturm (la milicia popular) en los últimos días de la guerra y había desaparecido. La mujer tenía tres hijos, dos muchachos de diez años cumplidos y un bebé nacido hacia el final de la guerra, y tenía que trabajar para que pudieran subsistir. Siempre había insistido en que su marido regresaría. Luego llegaron noticias de que su cadáver había sido hallado en la Grossbeerenstrasse, en el barrio de Glienicke, en el extremo norte de la ciudad, donde lo habían identificado sin lugar a dudas. Había yacido diecinueve meses entre las ruinas. Los hijos mayores se enteraron de que su padre estaba muerto. En cierta ocasión, su madre oyó rezar a uno de ellos: «Señor, haznos leales y valientes como él hasta el final». Desde la pensión de Zuckmayer hasta el lugar donde el marido de aquella mujer había encontrado la muerte había dos horas de trayecto, pero ella insistió en ir allí y hacerlo a pie. Hasta aquel momento había tenido un comportamiento estoico respecto a su destino pero ahora, finalmente, consciente de lo desesperado de su situación, se derrumbó: quería marcharse de Alemania, «este maldito país». Luego, recuperó la compostura y emprendió la caminata hasta Glienicke.[32]

Los soldados estadounidenses habían recibido una buena dosis de propaganda en su país y durante su avance. Habían bebido hasta el fondo en las películas de Frank Capra y leído los artículos de Emil Ludwig, Louis Nizer y Siegrid Schultz; habían escuchado a Dorothy Thompson. Les habían provisto de ejemplares de la *Pocket Guide to Germany*. Desde el primer momento en que pisaron tierra alemana esperaban ser atacados por los *Werwölfe*. Los alemanes les ponían nerviosos, tanto daba que fueran civiles como militares. A pesar de ello, encuestas realizadas en Estados Unidos demostraban bien a las claras que los americanos eran más antijaponeses que antialemanes: una parte considerable de la población estadounidense estaba integrada por germanoamericanos.[33]

La orden que prohibía confraternizar contribuyó a la brutalidad de los americanos en su trato con los alemanes conquistados. La opinión pública era favorable al castigo, y Eisenhower había dejado claro que no iba a permitir que sus soldados se alojaran con familias alemanas, ni que se celebraran matrimonios mixtos, servicios religiosos comunes o visitas a hogares alemanes, que no se bebería con alemanes, ni se les iba a dar la mano, ni jugar, intercambiar regalos o bailar con ellos, como tampoco asistir a sus teatros, tabernas u hoteles. Cualquier transgresión de las normas se castigaría con una multa de sesenta y cinco dólares o la comparecencia ante un tribunal militar.[34]

La propaganda había enseñado a los soldados que los alemanes –en particular los soldados de Alemania– eran infrahumanos. En el otoño de 1944, los americanos redujeron a cenizas el pueblo de Wallenberg porque habían encontrado resistencia. En la primavera del año siguiente liberaron su primer campo de concentración en Ohrdruf. Eisenhower captó de inmediato la importancia del campo para elevar la moral de sus tropas y ordenó visitarlo. También se distribuyeron entre los soldados fotografías de los campos.

Los alemanes no debían ser tratados mejor que los perros. En realidad, en algunos casos, los perros ocupaban un lugar prioritario. Una tal señora Sachse habló a Salomon de un momento potencialmente peligroso que había vivido cuando su hija de cuatro años había oído que la mascota de un oficial respondía al nombre de *Hitler*. «Todos los perros se llaman *Hitler*», le dijo el militar. La niña, desconcertada, le respondió: «¡El mío se llama *Ami* [americano]!». La madre se llevó a la niña a rastras antes de que el americano pudiera responder.[35]

Salomon ofrece una descripción muy colorista del destino de su *Wehrpass* –el documento que demostraba que se hallaba oficialmente exento del servicio militar– a manos de un soldado americano. En su pueblo del sur de Alemania se había colocado un puesto de centinela en una tienda de campaña:

> Cierto día, según me acercaba a la tienda, vi a un hombre sentado en una silla. [...] Automáticamente me llevé la mano al bolsillo del pecho. Los ojos de aquel hombre sentado fuera de la tienda estaban clavados en una chica regordeta apoyada en una valla mientras silbaba una melodía de las que los americanos llaman *long-haired* (tonadas de dibujos animados). Aquel tipo con su uniforme del ejército estadounidense bien ajustado me llamó la atención porque en el antebrazo izquierdo llevaba no menos de tres relojes de pulsera, mientras que sus solapas estaban decoradas con un gran número de esos pequeños broches que tienen piedras de colores brillantes como las que los campesinos o las criadas jóvenes llevan en esta parte del mundo. Al aproximarme a él me dijo con una inclinación de la cabeza que me acercara, sin apartar apenas la vista de la chica regordeta. Tomó mi *Wehrpass* con gesto pausado y satisfecho, lo rompió en cuatro trozos y a continuación arrojó los pedazos a la alcantarilla. Mientras lo hacía no dejó de silbar su tonadilla ni un solo momento.[36]

James Stern se encontró cerca de Kempten, en el Allgäu, con una mujer de Fráncfort en sus últimas semanas de embarazo. Iba andando a casa procedente de Roma, donde los fascistas habían fusilado, supuestamente, a su marido. Stern le preguntó si había hecho todo el trayecto a pie desde Italia. Ella le dijo que tenía una bicicleta, pero que se la había robado un soldado americano junto con su equipaje. El inglés Stern se negó a creer aquella historia, ya que a su juicio los norteamericanos no se portaban así. Debía de haber sido un alemán con un uniforme también robado.[37] El miedo de los americanos a los *Werwölfe* se manifestaba en el trato que daban a la población civil. Baviera fue, según se dice, la comarca donde peor se comportaron. La periodista Margret Boveri, de madre americana, pensaba que los estadounidenses eran especialmente ignorantes de Alemania, sentimiento que ella misma vio confirmado durante el tiempo en que estuvo internada al otro lado del Atlántico. Para bien o para mal, los americanos no se habían tomado el tiempo o la molestia de estudiar el nacionalsocialismo.[38]

Las autoridades estadounidenses siguieron intentando impedir a sus soldados escuchar los cantos de sirena de los alemanes. Cuando sus tropas entraron en Fráncfort se les prohibió hablar con los ciento seis judíos que aún quedaban. Antes de la guerra vivían cuarenta mil en aquella ciudad. La Emisora de las Fuerzas Estadounidenses emitía proclamas contra la confraternización: «Unas chicas guapas pueden sabotear una victoria de los

Aliados». Unas mujeres alemanas de Stolberg fueron llevadas a juicio por haber intentado atraer a soldados estadounidenses, aunque el juicio se convirtió en una farsa. La primera abolladura en la coraza de las medidas americanas contrarias a la confraternización se produjo al relajarse la norma referente a los niños. La siguiente excepción afectó a los contactos públicos con alemanes. La prohibición se derogó enteramente el 1 de octubre de 1945. Las últimas piedras del edificio fueron los interdictos concernientes al alojamiento y a los matrimonios con personas de nacionalidad alemana.[39]

Las mujeres alemanas trataban con frialdad a sus hombres: al estar desnutridos, cubiertos de harapos y sin dinero y ser moralmente sospechosos no tenían el encanto heroico de los conquistadores. Carl Zuckmayer conversó con dos bellas camareras que habían trabajado en un casino militar americano de Berlín. Ninguna quería tener nada que ver con jóvenes alemanes. Según una de ellas, «son demasiado blandos, han dejado de ser hombres. En el pasado alardearon demasiado». La otra describió a los alemanes como tipos «despreciables».

Ahora, los americanos lo eran todo, y los alemanes nada. Los nativos del país contratados por las guarniciones aliadas sucumbían a veces a la tentación de mostrarse altivos y prepotentes con sus paisanos menos afortunados. Entre los peores se hallaban los camareros y camareras que trabajaban en los casinos militares. Desde su punto de vista, el primer requisito para formar parte de la raza humana era el derecho a comprar en una cantina americana o británica. Los seres auténticamente superiores se adornaban con las estrellas de oficial de un ejército extranjero. Zuckmayer se interesó, como es natural, por este fenómeno. Como autor de la exitosa obra de teatro *Der Hauptmann von Köpenick* [El capitán de Köpenick] había investigado el viejo respeto alemán, o más bien prusiano, por los uniformes, convirtiendo al teniente de la reserva en una metáfora del arribista en la sociedad guillermina. Zuckmayer no se dejó impresionar por aquellos hipócritas que mascaban chicle y dijo que creía que un miembro no reformado de las Juventudes Hitlerianas constituía un material mejor para la nueva Alemania que un pelotillero que hacía chocar sus talones al ver a un sargento o un capitán estadounidense.[40] En Heidelberg descubrió

que en la pensión no había sitio para su conductor, pues era un alemán que trabajaba para el gobierno militar. El hostelero alemán dijo al escritor que su chófer tenía que dormir en el coche, ya que no le estaba permitido dar cama a alemanes.[41]

En las horas de asueto iban a un club nocturno llamado Feminina, en las ruinas de la Tauentzienstrasse, en el nuevo Berlín occidental. Había allí prostitutas que servían a los soldados aliados; tampoco las camareras del casino de oficiales se mostraban reacias a vender su cuerpo. En el Feminina, las chicas conocían a los hombres apropiados, que luego las llevaban a un club nocturno «negro» y estaban dispuestos a pagar unos cientos de marcos por una botella de champán. Una de esas chicas solía llevar a sus hombres a casa, al piso que compartía con sus padres. Su padre era funcionario. Zuckmayer se mostró muy interesado en saber si estaban enterados de la vida que llevaba su hija: «Por supuesto; es inevitable, ya que nuestros cuartos están demasiado cerca uno del otro. Pero los viejos no dicen nada; al fin y al cabo, pago mi parte del alquiler». El dramaturgo reflexionó al respecto; después de la Primera Guerra Mundial los padres habrían echado a su hija a la calle o se habrían suicidado de vergüenza. En cambio, ahora se limitaban a mirar hacia otro lado y aparentar que no se enteraban.[42]

Como es comprensible, hubo civiles que en la primavera de 1945, durante la conquista de Alemania, murieron por disparos deliberados o accidentales. Esto ocurrió sobre todo en el este, pero fue también una incidencia relativamente frecuente en el oeste, y las víctimas no siempre eran alemanas: hubo ocasiones en que los soldados llegaron también a matar a algunos pobres trabajadores extranjeros. El hecho de dar alojamiento a soldados constituía igualmente una situación angustiosa para familias que ya acogían refugiados de las ciudades devastadas. Los ejércitos invasores parecían implacables. Las fuerzas armadas alemanas consideraban que el comportamiento de las tropas francesas desmerecía del que habían tenido las suyas en la Francia ocupada.[43]

Cuando Margret Boveri llegó por fin a Bamberga tras su larga marcha el 2 de septiembre de 1945, experimentó una sensación de alivio al encontrar

la ciudad con escasos daños visibles. Sólo los puentes estaban hundidos. También se podía obtener comida: pan, mantequilla, queso y sopa de caldo de carne. Por otra parte, los estadounidenses circulaban por allí alardeando de su fuerza. Había guardias armados por todas partes.

Carl Zuckmayer llegó rápidamente a la conclusión de que la actitud americana era un completo desatino. En su informe a la Oficina de Guerra de Estados Unidos abogó porque se eximiera al ejército de las tareas de propaganda y las asumiera al Departamento de Estado. El problema radicaba en que él y sus compañeros de emigración alemanes y austriacos de izquierda estaban resultando cada vez más sospechosos de comunismo, y en consecuencia las autoridades estadounidenses tendían a relegarlos tanto a ellos como sus sugerencias.[44] Entre el grupo de los emigrados a Estados Unidos circulaban también las murmuraciones; los Mann se recluían en su rincón y contemplaban con desdén los esfuerzos de otros por restablecer la cultura en Alemania. Según Zuckmayer, Thomas Mann no era el peor de ellos, pero estaba muy sometido a la influencia de su exaltada hija Erika.

Con el tiempo, sin embargo, los americanos empezaron a hacer caso omiso de las prohibiciones de confraternizar. Los soldados estadounidenses sentían afecto por los alemanes, cuyas vidas y valores juzgaban similares a los suyos. Como dijo un soldado: «¡Vaya por Dios! Esta gente es más limpia y mucho más amable que los gabachos...». El sentimiento de que el contacto con los nativos podía tener su lado agradable aumentó cuando los militares estadounidenses comenzaron a acostarse con mujeres alemanas. La revista *Life* propuso una variante de la vieja historia sobre las circunstancias inapropiadas para hablar de ciertos temas: «Cuando se confraterniza, no se habla de política».[45]

Las medidas americanas para la vida práctica cambiaron con las nuevas directrices dictadas desde Washington. El 6 de septiembre de 1946, James Byrnes pronunció en Stuttgart el discurso, ahora famoso, en el que anunció un giro completo en la actitud de Estados Unidos hacia los alemanes conquistados. Los rusos eran en ese momento el principal enemigo. Atendiendo a los consejos de George Kennan, embajador en Moscú, y Clifford Clark, asesor especial del presidente, que seguía llamando la

atención sobre los deseos expansionistas de la Rusia soviética, Truman decidió luchar contra la amenaza creciente de la tiranía comunista. El discurso pronunciado por el presidente el 12 de marzo de 1947 marcó el inicio «oficial» de la Guerra Fría.[N3] La expresión estaba tomada del título de un libro publicado aquel mismo año por Walter Lippmann.[N4] El 7 de julio, George Marshall, sucesor de Byrnes en el cargo de secretario de Estado, sustituyó la controvertida directiva JCS 1067 del 17 de julio de 1945, que prohibía la confraternización, por la directiva JCS 1779, que abogaba por crear una «Alemania estable y productiva». El Plan Morgenthau había sido enterrado.

Casi todos los emigrados se sintieron decepcionados por la posición estadounidense. Marxistas como Franz Neumann consideraron que los americanos no habían logrado exterminar el espectro del nacionalsocialismo y nunca conseguirían implantar una democracia estable. John Herz, que trabajaba con Neumann en la OSS, se mostró igualmente crítico:

> [Una política] demasiado ambiciosa, pues comenzó con la idea disparatada de poner en evidencia a todos los alemanes mediante el *Fragebogen* [Cuestionario], y no lo bastante concienzuda, porque, al mismo tiempo, nos contentamos con habilitar al alcalde y al cura –que eran, sin duda, nazis– y permitirles salir indemnes.

Herz había propugnado la redacción de listas de alemanes que con toda seguridad fueran antinazis en un 95 o en un 100 %.[46]

Otros exiliados atacaron con más dureza las medidas de los americanos. Volkmar von Zühlsdorff emigró a Austria en 1933, y más tarde se fue a Estados Unidos. Marchó con el príncipe Hubertus zu Löwenstein, que dirigía en Brandeburgo un grupo de jóvenes republicanos de la organización socialdemócrata Reichsbanner, que prometía defender la República de Weimar de sus enemigos. Zühlsdorff deseaba colaborar en la reconstrucción de Alemania y expresó su indignación en su correspondencia con su compañero de exilio, el novelista austriaco Hermann Broch. Para Zühlsdorff, la Declaración de Potsdam era un crimen basado en el Pacto Ribbentrop-Mólotov y en la cuarta partición de Polonia acordada entre

nazis y soviéticos: «Cercenar regiones extensas puramente alemanas es un delito no menor que la anterior anexión de Checoslovaquia. La expulsión total de la población alemana es un crimen internacional grave». Broch no era contrario a estas opiniones, pero señaló que una protesta contra Potsdam suponía la guerra con Rusia. Aquel crimen nunca pudo repararse. Zühlsdorff pensaba que el nazismo había muerto en 1945 y que los alemanes estaban preparados para un cambio radical. Sin embargo, habían sido sometidos a la «propaganda del odio». Lo que necesitaban era «liberación, razón, paz y derechos humanos».[47]

Durante su estancia en Berlín como periodista, Dorothy Thompson había mantenido una estrecha relación con Helmuth von Moltke, miembro opositor al régimen nazi ajusticiado en la horca en enero de 1945. Conocía bien Alemania y a su gente, era un opositor a ultranza de la idea de culpa colectiva y después de la guerra siguió presionando para que se adoptaran medidas razonables. Sus opiniones guardaban numerosas similitudes con las del escritor Ernst Jünger en su ensayo *La paz*. Nada más acabar la guerra recorrió Europa central con su marido, el pintor Maximilian Kopf, nacido en Praga. Se sintió especialmente conmocionada por su visita a Dachau, donde pudo conocer la casa del comandante del campo y ver que poseía una edición de la obras de Goethe, que amaba a los niños, la música, el arte y la literatura y llevaba, en todo el sentido de la expresión, una vida familiar normal.[48]

Los rusos vinculaban la distribución de comida al trabajo, estimulando para ello las tareas de desescombro. En la Zona Estadounidense nadie trabajaba porque no había nada que comprar. Sin embargo, esta situación no tardó en invertirse, y los rusos quedaron por detrás. Los rusos eran también tristemente famosos por tener los dedos largos –los relojes de pulsera corrían siempre peligro–, pero los franceses y los americanos no se resistían demasiado a la tentación de robar algún recuerdo curioso o incluso algún que otro reloj. Los estadounidenses perpetraron el robo oficial a gran escala de especialistas en ciencia y equipamiento científico. Este latrocinio recibió la aprobación oficial con el nombre de Operación Paperclip (Sujetapapeles). Durante los pocos meses en que ocupó la ciudad de Jena, famosa por sus

lentes, el AMG (American Military Government; gobierno militar Estadounidense) arrambló con ochenta científicos entre los días 22 y 25 de junio y los obligó a marchar a las zonas de ocupación de Estados Unidos en el oeste, consideradas más seguras.[49]

Los angloamericanos no desdeñaron del todo el saqueo. Margret Boveri juzgaba injusta la fama de los rusos. Es verdad que habían hurtado, y mucho, pero los Aliados occidentales robaron objetos de mayor valor. Los británicos se quedaron con las mejores editoriales. Fueron «los más callados, los más rápidos y los más enterados».[50] A veces pagaban. James Stern relata una visita a un mercado negro de Kempten donde fue recibido por un pequeño estraperlista sucio y grasiento que intentó venderle vino dulce Mavrodaphne. «No somos damiselas... queremos vino de verdad», dijo Stern con firmeza. Pero a través de una puerta abierta vio algo más interesante: unas cajas de vino del Palatinado de 1939. Un segundo hombre le dijo que habían sido encargadas por el gobierno militar, pero treinta marcos bastaron, y el inglés marchó de allí con un par de cajas.[51] Entre americanos y rusos había también cierto trapicheo. James Stern se enteró de la existencia de intercambios de piedras preciosas por cajas de coñac o cigarrillos americanos.[52]

Tampoco todas las violaciones fueron cometidas por los rusos. Salomon afirma que, en su ciudad natal, media docena de mujeres fueron violadas cuando los americanos se apoderaron de la localidad y de sus habitantes. Su acusación no es baladí: las cifras lo confirman. Las acusaciones de violación en el ejército de Estados Unidos aumentaron de manera constante de 18, en enero de 1945, a 31, en el mes de febrero, hasta llegar a las cifras exorbitantes de 402 en marzo y de 501 en abril, una vez que había aplastado toda resistencia militar. Con la paz, las violaciones decrecieron: hubo 241 notificaciones en mayo, 63 en junio y 45 en cada uno de los meses posteriores. De un cuarto a la mitad de las mismas acabaron en juicio, y de un tercio a la mitad de los procesos judiciales, en condena. Los estadounidenses ejecutaron a varios de sus soldados en una proporción mayor que la de cualquier otra potencia ocupante.[53]

Uno de los motivos del menor número de denuncias por violación era que los encuentros sexuales acostumbraban a efectuarse por consenso. Las jóvenes alemanas solían acostarse a cambio de comida o tabaco. No se cortejaba a las alemanas con flores: una cesta de comida era mejor ofrenda. Los americanos resultaban atractivos para las alemanas porque no habían padecido del mismo modo las privaciones de la guerra. Los lisiados eran pocos; y los hombres, más altos y más atléticos. De vez en cuando, los alemanes la emprendían contra sus mujeres, que los rechazaban en favor de los ocupantes. No es difícil imaginar el sentimiento de impotencia de los escasos jóvenes alemanes que veían acudir a su chica a la guarnición estadounidense atendiendo a la promesa de caramelos o cigarrillos. Zuckmayer creía que esto y la brutal confiscación de propiedades por los militares había fomentado la corriente impopular hacia los americanos. El autor alude a un incidente ocurrido en Harlaching, un suburbio de Múnich, en el gélido diciembre de 1946.

Sin embargo, el odio al conquistador no tenía resonancias políticas y nadie lo explotó políticamente, y si se escuchaban quejas sobre el comportamiento de los *Amis*, siempre había quien se apresuraba a recordar al descontento que en la Zona Soviética corría el riesgo de ser fusilado, que en la Británica estaría peor alimentado, y que en la Francesa había más corrupción. La Zona Estadounidense era también el lugar donde resultaba más fácil conseguir cigarrillos.[54] Las relaciones tenían como resultado natural el nacimiento de niños. Se calcula que en la Zona Estadounidense nacieron bajo el gobierno militar noventa y cuatro mil *Besatzungskinder*, «niños de la ocupación». Los alemanes bromeaban diciendo que en la siguiente guerra los estadounidenses no necesitarían mandar soldados, sino sólo uniformes. Aquellos niños –deseados o no– eran a menudo motivo de angustia, pues no se dictaban órdenes de paternidad contra los soldados americanos. La situación debió de aliviarse en diciembre de 1946, cuando se autorizaron finalmente los matrimonios mixtos. Los soldados americanos se apresuraron a mostrar su entusiasmo. El número de esposas de soldados llevadas de Alemania a Estados Unidos rondó las catorce mil, cifra únicamente superada por el Reino Unido, que vio como treinta y cinco mil

muchachas «británicas» se marchaban con las tropas estadounidenses. Para Ruth Friedrich y sus amigas, estas esposas alemanas eran «ratas que abandonaban el barco que se hunde».[55]

En las fuerzas de ocupación había cuarenta y dos mil negros americanos que sentían una especial fascinación por las Fräulein, mujeres más dispuestas a acostarse con ellos que las de su país. Según ha escrito un autor, fueron «confraternizadores tempranos y entusiastas».[56] Durante los primeros años de la ocupación nacieron entre dos y tres mil niños mestizos, entre un 2 y un 3 % de todos los *Besatzungskinder*. En Bendorf, junto al Rin, la rusa Elena Skriabina encontró diez bebés «medio negros» que habían sido ofrecidos en adopción: «Estos soldados están encantados de salir con chicas alemanas, que se ofrecen a cambio de todo tipo de artículos escasos, como café, chocolate, etcétera». El único problema era que el nacimiento del bebé de color causaba un gran disgusto en la familia de la muchacha, motivo por el cual se daba en adopción.[57] Otro problema eran las enfermedades venéreas. Una fuente estadounidense informaba de que más de las tres cuartas partes de los soldados negros estaban infectados. Las relaciones entre soldados negros y chicas alemanas eran causa de roces con los nativos, y también con los soldados americanos blancos. La consecuencia era «una fuerte animosidad entre los varones alemanes. Muchos de nuestros soldados [de Estados Unidos] tienen sentimientos casi igual de violentos sobre este asunto».[58] En Asperg, en Baviera, se produjo un incidente en un baile al desatarse una pelea. Un soldado blanco resultó muerto y otros cuatro, heridos. A consecuencia de lo ocurrido, tres negros fueron sentenciados a muerte.[59]

La tolerancia racial de los alemanes sorprendió gratamente a los negros estadounidenses. Un músico negro fue a visitar a Leo Borchard en Berlín y le habló de Bach. Al despedirle, Borchard le dio una partitura. El músico dijo a Borchard: «Somos el pueblo más despreciado de la Tierra. Se nos desprecia aún más profundamente que a los judíos... o que a los alemanes». Según él, la gente no iba a sus conciertos para oírle tocar, sino atraídos por la novedad de que un negro interpretara música clásica.[60]

Con el tiempo y con el creciente malestar entre los Aliados occidentales y los rusos, los americanos intentaron ganarse los corazones y las mentes de los alemanes conquistados. El abandono de unas medidas que prohibían la confraternización supuso un elemento clave para animar activamente a los militares estadounidenses a que cuidaran de los vulnerables alemanes y reservaran su cólera para los culpables más obvios. En Bad Kissingen, por ejemplo, el príncipe Luis Fernando de Prusia pudo unirse a un capitán llamado Merle Potter para crear en 1946 el primer Club Germanoamericano. Luis Fernando era nieto de aquel famoso militarista, el emperador Guillermo II, que, sin duda, no habría superado la prueba del *Fragebogen.*[61]

Vida política

Mientras que los británicos estaban muy interesados en que se otorgase a los alemanes una Constitución buena y viable que les impidiera ir por mal camino en el futuro, los americanos estaban obsesionados con la necesidad de imponer su propio estilo de gobierno: todo alemán debía convertirse en un buen demócrata. Una vez que los alemanes abrazaran la democracia, no volverían a sentirse tentados por el totalitarismo. El hecho de haberla tenido ya y de que fracasara espectacularmente en 1929, al parecer era algo que aún no entendían personas como «el Profesor», colega de James Stern.[62] Esta actitud llevó a un cúmulo de situaciones absurdas en el intento de los americanos de imponer el juego limpio en la prensa autorizada por ellos: el *Rhein-Neckar-Zeitung* tenía que ofrecer artículos editoriales de los cuatro principales partidos políticos, incluidos los comunistas. Una de las personas activas y emprendedoras de la política bávara en la posguerra fue Josef *Ochsensepp* Müller. Müller había regresado de Capri a mediados de junio de 1945 tras haber establecido con los americanos una buena relación. Las autoridades estadounidenses le permitieron crear en Múnich una base para políticos antinazis que constituiría el núcleo de un nuevo partido político. Se reunían los miércoles, y los americanos enviaron en calidad de

observador a las reuniones a Dany Weiss, un judío que había perdido a toda su familia en el este. Se trataba de crear un partido que superara las líneas divisorias entre cristianos y no fuera enteramente católico, como el antiguo Partido de Centro.[N5] Müller reclutó también a la figura política más destacada de Franconia, Adam Stegerwald, y al sindicalista Franz Wegner.[63]

Las concepciones de Müller se hacían eco de las de Jakob Kaiser en Berlín: Alemania necesitaba aprender de los primeros cristianos. Si se seguían sus enseñanzas, no habría necesidad de comunismo ni socialismo. Se trataba de una idea que había desarrollado en el hotel Paradiso de Capri durante las conversaciones mantenidas con Dale Clark, oficial de la Marina estadounidense y mormón confeso. De aquellos debates al sol nació la Christlich-Sozial Union (Unión Socialcristiana), o CSU.[64] No fue difícil relegar a unos pocos monárquicos, cuyo dirigente, el conde Eugen Quadt-Isny, había cometido la insensatez de dejarse fotografiar con el uniforme de la SS y en compañía de las principales «bestias» nazis tras la disolución de su propio partido, el Bayrische Volkspartei (Partido Popular Bávaro), o BVP.[65] Los americanos legalizaron la CSU el 8 de enero de 1946.

También insistieron en que la desnazificación se llevara a cabo con una dureza ausente en las otras zonas. Fritz Schäffer, ex jefe del BVP y que había estado preso en el campo de concentración de Dachau, fue su primer candidato para el cargo de primer ministro de Baviera. Luego cayó en desgracia ante los americanos por no haber perseguido a antiguos nazis con el grado de entusiasmo debido, a pesar de que el 3 de octubre de 1945 ya tenían encarcelados a cuarenta y seis mil. Clay lo consideró insuficientemente liberal e hizo que lo despidieran.[66] Pero ni siquiera Müller, interno en los campos de Flossenbürg y Dachau, que había estado a punto de morir fusilado y había sido testigo de cómo se golpeaba, torturaba y asesinaba a sus amigos más íntimos por su oposición al nazismo, gozaba de inmunidad. En cuanto miembro del servicio de inteligencia militar había pertenecido a una organización «mancillada». Baviera creó unos tribunales especiales, o *Spruchkammern*, por iniciativa de su nuevo primer ministro, el «reemigrado» doctor Wilhelm Hoegner, y su «ministro especial» para la

desnazificación. Los tribunales especiales estaban formados por jueces no profesionales que constituían un fiel reflejo de la representación de los partidos en el *Landtag*, o Parlamento local. La opinión de Müller al respecto se resumía en un chiste que corría por entonces de boca en boca: un antiguo barrendero pasa por delante de un hombre que está limpiando mal las aceras de su antiguo tramo. Mientras contempla al nuevo limpiador, éste exclama dirigiéndose a él: «¡Me obligan a limpiar las calles porque estuve en el Partido!». El antiguo barrendero le responde: «¡A mí no me lo permiten porque también estuve en el Partido!».[67]

Ludwig Erhard fue un personaje destacado que formó parte del gobierno de Hoegner. Era natural de Fürth, en Franconia, lo que hacía de él una especie de bávaro. Tras una accidentada carrera académica como economista se encontraba sin empleo cuando aparecieron los americanos y le requirieron para que prestara sus servicios en su localidad de origen. No tenía antecedentes nazis y era popular entre los americanos. En octubre, tras la caída del gobierno de Schäffer, fue nombrado ministro de Comercio. No era miembro de ningún partido, y su carrera en el gobierno bávaro concluyó al cabo de poco más de un año. Erhard se retiró a la vida académica como profesor de economía en la Universidad de Múnich.[68]

Los americanos lo repescaron en otoño de 1947 para convertirlo en uno de los siete miembros del Consejo Económico. Erhard presidió la Comisión Especial de Moneda y Crédito. Alemania tenía que estabilizar de alguna manera su divisa, que carecía de credibilidad. El marco del Reich, que aún seguía circulando, provocaba una terrible inflación. La idea de Erhard era que la cantidad de dinero en circulación debía reflejar la cantidad de bienes ofrecidos en el mercado. De ese modo se podría conseguir una estabilidad de los precios y que hubiese oferta de productos.[69] Los planteamientos de Erhard fueron la base del Plan de Homburg para una economía de mercado, hecho público el 18 de abril de 1948. El propio Erhard pasó a ocupar la jefatura de la administración económica en la Bizona después del divulgadísimo patinazo de Johannes Semler, que calificó la ayuda alimentaria americana de «comida para pollos».[70]

Cultura

La cultura fue un medio de volver a inculcar nociones de civilización en los renegados alemanes, pero al principio se utilizó también como arma de castigo. La Ópera del Festival de Bayreuth, uno de los templos supremos del arte alemán, fue seleccionada para recibir un trato especial. Al fin y al cabo, como desde el punto de vista estadounidense Richard Wagner era un nazi prototípico, su música fue prohibida, su casa destruida por las bombas y su nuera amenazada con un campo de trabajo. Dadas las circunstancias, lo natural fue dar a los habitantes de Bayreuth un poco de cultura auténtica y democrática: espectáculos de variedades y revistas para las tropas en el mismo edificio donde –el verano anterior– unos soldados cansados e inválidos habían presenciado el *Sigfrido* o *El ocaso de los dioses*.

Cuando las autoridades estadounidenses pusieron en escena una ópera escogieron *El murciélago*, de Johann Strauss. Entretanto, el restaurante del Festival preparaba de doce mil a quince mil donuts diarios. Un programa para el 12 de diciembre de 1945 anunciaba que la Orquesta Sinfónica de Bayreuth iba a interpretar «La música que a usted le gusta escuchar», dirigida por el anciano compositor de operetas Paul Lincke, autor, entre otras canciones, de *Berliner Luft* [El aire de Berlín], compuesta antes de la Gran Guerra. Sin embargo, no todos los americanos mostraban indiferencia por el legado de los Wagner. El crítico Joseph Wechsberg logró entrar en el edificio de la Ópera y, al ver que estaba montado el escenario para *Los maestros cantores*, se sentó en la silla de Hans Sachs y cantó el monólogo «Wahn» (Delirio) ante un público de una persona: el carpintero, que había salido a escuchar.[71]

Wieland Wagner esperaba reclutar a Toscanini para que acudiera en ayuda del teatro y del legado de su abuelo. El director italiano había tenido veleidades antifascistas y gozaba de buena consideración en Estados Unidos. El teatro de la Ópera era un «santuario desprotegido».[72] En cuanto a la casa de Wagner, la Wahnfried, el edificio en ruinas era un telón de fondo para bailes y festejos estivales de los estadounidenses. Según

informaciones, los soldados de Estados Unidos habían bailado el *jitterbug* sobre la tumba de Wagner.[73] Con el tiempo, resultó evidente que el legado de Wagner podía salvarse con tal de que se purgaran sus coqueteos con el nazismo. Oskar Meyer, el nuevo alcalde de Bayreuth, garantizó la puesta en escena de algunas óperas serias no wagnerianas bajo aquel sagrado techo, a pesar de que quería enviar a Winifred Wagner a un campo de trabajo para cinco años. Los tres hijos que se habían quedado en Alemania estaban infectados de nazismo en mayor o menor grado. Sólo quedaba el emigrado Friedelind.

Aunque los americanos no eran tan activos como los rusos en el fomento de la cultura, su zona no fue un yermo total. El príncipe Franz Sayn-Wittgenstein recordaba haber visto *Como gustéis* interpretado por la Shakespeare Company –la precursora de la Royal Shakespeare Company– en Wiesbaden. Más tarde asistió a la obra de Carl Zuckmayer, *Des Teufels General* [El general del diablo], basada en la vida del general Udet, de la Luftwaffe, que se suicidó en 1941. Sayn-Wittgenstein se enfureció tanto al presenciar la escena en la que el general es interpelado por un oficial de la SS que se puso en pie y gritó: «Hauen Sie doch dem Schwein eine in die Fresse!» (¡Dele un guantazo en la jeta a ese cerdo!). Su vecino de butaca intentó calmarlo diciéndole en el dialecto local: «Ei, beruhige Se sich! Es ist nur auf der Biehne!» (¡Vamos, cálmese, sólo es teatro!).[74]

El trabajo de Zuckmayer consistía en parte en informar sobre la situación del teatro en la Zona Estadounidense. Le impresionó la situación que encontró en Berlín:

> Por la seriedad, pasión y entusiasmo con que se interpretan obras teatrales en esta ciudad subalimentada y yerta de frío, la intensidad con que se lucha por él, se presencia, se ama, se habla y se critica –en toda la gama de espectáculos y proyectos teatrales y operísticos, incluido también, gracias a Dios, el cabaret libre–, [la vida cultural de Berlín] revela una vitalidad espiritual, intelectual y física que no podrían aplastar la privación de libertad sufrida por el pueblo durante doce años, las consecuencias de un hundimiento sin parangón ni la división de [Alemania] en cuatro zonas.

No sólo parecía que los berlineses vivían el teatro y lo respiraban, sino también que estaban dispuestos a renunciar a sus míseros recursos para asistir a una función. En el oeste se podía ver gente con capacidad para reservar algo de dinero, pero en el nordeste el 20% de la población asistía a las representaciones aunque la entrada les costase tanto como lo que pagarían por una pequeña cantidad de manteca de cerdo o unos gramos de mantequilla en el mercado negro.[75]

Inspeccionar el teatro significaba trabar relación con el actor y director Benno Frank, jefe de la sección de música, teatro y cine del Departamento de Control de la Información. Su ayudante era Eric Clarke, que en la vida civil había sido administrador de la Ópera Metropolitana de Nueva York. Uno de los planes –de muy poco éxito– era hacer que compañías alemanas interpretaran obras americanas traducidas al alemán y consideradas de valor propagandístico, pero que no proponían ninguna crítica a la vida americana. Algunas de ellas, como las de Thornton Wilder, eran de indudable interés; otras no tanto, como *The Adding Machine* de Elmer Rice, *Three Men on a Horse* de John C. Holm y George Abbott, *On Borrowed Time* de Paul Osborn, *Biography* de Samuel Behrman, *The Time of your Life* de William Saroyan, *Life with Father* de Clarence Day y *Watch on the Rhine* de Lillian Hellman. Esta última provocó protestas en Viena al ser puesta en escena por Ernst Lothar, con su mujer, Adrienne Gessner, en un papel protagonista. Era una obra sobre la oposición a Hitler, pero el público se dio cuenta de que la autora se sentía insegura en aquel terreno.

La torpeza de la política teatral de los Aliados desembocó en una conferencia celebrada en Stuttgart a finales de febrero de 1947, en la que se decidió conceder al teatro alemán una mayor libertad de elección en cuanto a las obras que iban a representarse, así como la posibilidad de dirigirlas como quisiese. En Stuttgart, no lejos de la pequeña ciudad universitaria de Tubinga, situada en la Zona Francesa, se había dado una cooperación afortunada entre franceses y americanos. Newell Jenkins, el clarividente oficial estadounidense para asuntos teatrales de Baden-Württemberg, había estimulado esos intercambios. Jenkins y William Dubensky lograron también «liberar» los teatros de Stuttgart y Wiesbaden, que habían sido

incautados por el ejército de Estados Unidos, y recuperarlos para su uso original. También se habían producido intercambios exitosos entre americanos y rusos en Berlín pero, una vez más, gracias a la intervención de Dymshitz. En el Sector Estadounidense la institución puntera era el teatro Hebbel, mientras que los rusos fomentaban las actuaciones en la Volksbühne, en su propio sector.

Los teatros de la Zona Estadounidense padecían el problema físico habitual: el 60 % habían sido destruidos durante los bombardeos. A la falta de instalaciones se sumaba una apremiante escasez de actores y directores, muchos de los cuales habían puesto pies en polvorosa en 1933 o habían muerto en los campos de concentración. El teatro tenía, no obstante, su mejor representación en la Zona Estadounidense. Los Aliados occidentales controlaban el 70 % de las salas, y en la Bizona los americanos aventajaban a los británicos por seis a cuatro. Se requería un poco de inventiva. En Múnich, el teatro había sido destruido, y las actuaciones se celebraban en el Patio de la Fuente de la residencia real, muy dañada. Una sección floreciente de la vida teatral muniquesa era el cabaret Schaubühne, dirigido por Erich Kästner, autor de la novela *Florian*, de ambiente berlinés. Los americanos lo hicieron director de su *Neue Zeitung*.[76]

Zuckmayer presentó también un informe sobre la industria cinematográfica en la Zona Estadounidense. Al parecer, Alemania se había convertido en un vertedero para Hollywood, y no se hacía lo suficiente para ayudar a revitalizar la industria cinematográfica alemana, que había estado controlada por Goebbels durante los años del nazismo y, como es natural, había sido utilizada sobre todo para fines propagandísticos. Los alemanes se bebían a tragos las películas de las que se habían visto privados durante el Tercer Reich; es decir, todos los alemanes a excepción de los gerifaltes, que habían seguido viéndolas en salas de cine domésticas construidas ex profeso para ellos.[N6] Las películas alemanas estaban sometidas a censura debido, a veces, a un exceso de celo por parte de las autoridades estadounidenses. Un ejemplo de ello fue una película sobre la vida de Louis Pasteur. La obra mostraba a un grupo de refugiados rusos a los que se inyectaba la vacuna contra la rabia. Los americanos pensaron que recordaría

a la gente los experimentos realizados en los campos de concentración y censuraron la escena. Este tipo de películas realizadas bajo los auspicios de los americanos estaban a menudo tan teñidas de propaganda como las del doctor Goebbels. Familiarizaban al público alemán con los problemas a los que se enfrentaban los judíos al llegar a Palestina, o con las condiciones de vida de los desplazados. Zuckmayer pensaba que debían patrocinar una película sobre la oposición alemana.[77]

Carl Zuckmayer presenció en Heidelberg una representación de su obra más popular, *Der Hauptmann von Köpenick*, y le sorprendió encontrarse con un pequeño grupo de jóvenes que silbaron. Acabada la representación, requirió a uno de ellos para que explicara su comportamiento. La obra había sido especialmente despreciada por los nazis porque se burlaba del respeto prusiano hacia los uniformes del ejército. Zuckmayer descubrió que la mayoría de quienes habían silbado eran antiguos oficiales y estudiantes y no patanes corrientes y molientes. Habían acudido al teatro para expresar su desaprobación ante unas obras que devaluaban la «cultura» alemana.

El cometido de Zuckmayer era promocionar la cultura y la democracia americanas, e invitó a los reventadores a que fueran a verle y discutieran con él qué era lo que tanto les molestaba en su obra. En Baviera se comprometió a hablar a algunos de los alumnos mayores de un instituto de segunda enseñanza sobre las ventajas de la democracia. No obstante, tuvo la precaución de no presentar su charla como tal, por temor a que los chicos lo vieran como un simple transmisor de propaganda americana. Los muchachos no se dejaban engañar, ni mucho menos, por las declaraciones de benevolencia desinteresada realizadas por los americanos. Deseaban saber por qué se habían clausurado la mitad de los seminarios de la Universidad de Múnich. También le revelaron que algunos chicos habían sido amenazados con que les darían su merecido y serían objeto de exclusión y violencia física una vez concluida la ocupación.[78] El autor tuvo que eludir la pregunta del millón[N7] en sus numerosas apariciones en el estrado. Los alemanes eran muy conscientes de la postura adoptada por Thomas Mann y de la actitud intransigentemente antialemana de su hija Erika.

Zuckmayer demostró ser un crítico implacable de las medidas tomadas por los americanos hasta que un ataque cardiaco refrenó sus impulsos en diciembre de 1948. Siempre se había negado categóricamente a ir a Alemania para mangonear a los alemanes haciéndose pasar por oficial estadounidense. Deseaba llevarles libros, en especial aquellos que (como el suyo) habían estado prohibidos desde 1933. Tenía la convicción de que el amor era un sentimiento más intenso que el odio y que los alemanes necesitaban ser estimulados y no fustigados. Intentó realizar una película sobre los juicios de Núremberg, pero su proyecto se frustró por obra de Stuart Schulberg, jefe de la sección de cinematografía de la ICD (Information Control Division; Departamento de Control de la Información) de Berlín. No había considerado correcto el modo en que se habían desarrollado los procesos y creía que los verdaderos juicios habían tenido lugar en los corazones de los alemanes.[79]

Los libros despertaban tanto entusiasmo, al menos, como el teatro, y los dramaturgos sostenían que bastaba que se diera papel suficiente a los editores para vender al momento todo lo que produjeran. Los americanos se apercibieron de ello y, con la denominación de Amerika Häuser (Casas de América), crearon 26 bibliotecas y 137 salas de lectura. En Berlín-Zehlendorf, Zuckmayer descubrió al editor Peter Suhrkamp, que había dirigido la ilustre casa Fischer antes de la guerra y en 1950 fundaría en Fráncfort del Meno la editorial Suhrkamp, una de las más influyentes de la Alemania de posguerra. Suhrkamp había obtenido permiso para trasladarse de Potsdam, en la Zona Soviética, y se instaló en condiciones de relativa comodidad, aunque el gélido invierno de 1946-1947 le afectó con tanta dureza como a cualquier otro, en especial después de que se congelaran sus pipas. La guerra fue para Suhrkamp cualquier cosa menos una época fácil. Por su oposición a Hitler había estado en contacto con el llamado Círculo Solf, reunido en torno a Hanna Solf, viuda del último ministro imperial Wilhelm Solf, y había sido denunciado por el doctor Reckzeh, el mismo suizo cuyo testimonio había tenido como resultado que todos ellos acabaran en el campo de concentración de Ravensbrück y que dos del grupo –la enfermera de la Cruz Roja Elisabeth von Thadden y el diplomático Otto

Kiep– fueran ejecutados. Peter Suhrkamp había sido maltratado en el campo, donde sufrió lesiones graves en la espalda, así como una inflamación casi mortal de los pulmones y de la pleura.[80]

La Zona Estadounidense fue también la anfitriona silenciosa (o casi) del Grupo 47, la primera escuela literaria alemana de la posguerra. El grupo nació de una idea de Hans Werner Richter, cuyos intentos de crear una revista, *Der Skorpion*, fueron acogotados por los censores americanos. El objetivo era dar la espalda a todo lo que los nazis pudieran haberles enseñado: se puso de moda el existencialismo, y el nombre de Sartre fue un tema central en sus debates. El realismo mágico asomó su cabeza en los escritos de Wolfdietrich Schnurre. Una de las personas que demostraron tempranamente dinamismo e iniciativa fue Nikolaus Sombart, hijo del famoso sociólogo Werner Sombart. Los miembros del grupo se reunían cada seis meses en diversos lugares bucólicos de la zona para leer las obras que estaban creando. El grupo comenzó a atraer muy pronto a los grandes nombres de la literatura alemana de la posguerra: Alfred Andersch, Martin Walser, Günter Grass y Heinrich Böll.[81]

Tal vez no resulte sorprendente que una persona concreta de las que vestían uniforme militar estadounidense tuviera un gran interés en descubrir fragmentos ilustres de la cultura alemana. Aquella persona era W. H. Auden. Una noche, James Stern volvió a casa para escuchar una interpretación de música de Beethoven en la *gute Stube*, «la sala de estar» de la vivienda que compartía con el poeta británico en Núremberg. El músico era un tal Ledenfels, en otro tiempo el intérprete más famoso de la ciudad. Auden lo había encontrado en algún lugar durante una de sus salidas.[82]

N1. No confundir con el coronel Harlan Sanders, famoso por su empresa Kentucky Fried Chicken (el Pollo Frito de Kentucky). El coronel Sanders era un «Kentucky Colonel», rango meramente honorífico compartido por el autor del presente libro.

N2. En su libro anterior y más respetuoso, *Eisenhower was my Boss* (p. 235), dice que la oficina tenía «la capacidad de un auditorio».

N3. O uno de ellos. Véase capítulo 19.

N4. *The Cold War: A Study in US Foreign Policy*.

N5. No está claro que se considere realmente a la CSU como algo distinto de una fuerza católica bávara.

N6. Eran populares entre los altos personajes del Partido; Martin Bormann tenía una en su casa de Berchtesgaden, y Goebbels disponía de otra en su hogar berlinés.

N7. En el caso de Zuckmayer, la pregunta era si seguía siendo alemán y si pensaba volver a vivir en Alemania.

8

La vida en la Zona Británica

Ningún alemán es *persona grata* para el gobierno militar.

Un oficial británico. Citado en Charles Williams, *Adenauer*, Londres, 2000, p. 296

Gobierno militar británico

Al «elemento» británico de la ocupación de Alemania se le exigió gestionar la administración de veintitrés millones de almas. Desde un punto de vista formal, su gobernador era un secretario de Estado: el canciller del ducado de Lancaster, responsable de asuntos alemanes y austriacos por su condición de director de la Oficina de Control para Alemania y Austria (la COGA, según sus siglas inglesas). Al principio, esta oficina dependía del Departamento de Asuntos Civiles del Ministerio de la Guerra, pues el Foreign Office, el Ministerio de Asuntos Exteriores del Reino Unido, se había desentendido de ella. Más tarde, cuando lord Pakenham fue nombrado secretario de Estado, se le asignó un despacho en el Foreign Office, lo que lo situó más cerca del ministro de Asuntos Exteriores, Ernest Bevin, al menos físicamente. El primero en ocupar aquel puesto ministerial fue John Hynd, antiguo funcionario de los ferrocarriles y sindicalista, que sólo era miembro del Parlamento desde 1944. Al parecer, su elección se debió al hecho de que había aprendido alemán por su cuenta. Por razones obvias, su departamento se denominó «Hyndquarters» (cuarteles de Hynd, o, por homofonía, cuartos traseros).[1]

Hynd fue jubilado y sustituido por lord Pakenham, ex profesor de Oxford, que llegaría a hacerse famoso como conde de Longford por sus campañas contra la pornografía y en favor de los presos. El editor británico de izquierda Victor Gollancz consideraba a Hynd un buen tipo: «En la vida pública de Berlín no hay una persona más benévola», pero es evidente que pensaba también que su benevolencia de nada servía cuando los de arriba se negaban a modificar la política británica.[2] Gollancz se interesó menos por Frank Pakenham, quien, a tenor de sus palabras, había pronunciado en la Cámara de los Lores un discurso que fue «un modelo de debilidad y futilidad».[3] El verdadero problema no era la calidad de las personas designadas por el gobierno para ocuparse de Alemania, sino el grado de poder que se les concedía para que las cosas funcionaran bien.

Según su propia versión, breve y en la que se subestimaba, Pakenham atribuía su nombramiento al hecho de ser católico y a que una mayoría de alemanes de la Zona Británica compartían su religión. Pero es improbable que eso fuera cierto: aunque en Renania hay una mayoría de católicos, éstos no sobreabundan en los bastiones luteranos de Baja Sajonia o Schleswig-Holstein. Pakenham fue nombrado en la primavera de 1947: «Me sentí imbuido de un apasionado deseo cristiano de ver que se hacía justicia a aquella gente quebrantada». Cuando le llevaron a una escuela de Düsseldorf, donde algunos de los tres millones de niños de la zona desfallecían de hambre, él les dijo: «No creáis nunca que el mundo entero está contra vosotros, tenéis toda la razón para sentiros orgullosos de ser alemanes». Pakenham afirmó más tarde que el gobierno le había parado los pies después de aquello, pero él, no obstante, visitó Alemania veintiséis veces durante el período en que fue responsable.[4] Sin embargo, no convenció a todo el mundo de que sus intenciones hacia Alemania eran benévolas. Franz Sayn-Wittgenstein se sintió indignado por una conversación que mantuvo con él en Fráncfort durante la cual ensalzó, al parecer, las virtudes del Plan Morgenthau.[5]

Si Hynd y Pakenham carecían de auténtico poder, es obvio que éste se hallaba en manos del ministro de Asuntos Exteriores, Bevin, y de su viceministro Hector McNeil, secretario de Estado. En las alturas había

poquísima simpatía por los alemanes. El primer ministro, Clement Attlee, era muy franco al respecto: le desagradaba aquella gente, pero él y su esposa habían tenido en otros tiempos una encantadora criada alemana. Bevin no había perdonado a los socialistas alemanes que hubiesen votado a favor de la concesión de créditos de guerra en 1914: «Intento ser bueno, pero los odio de verdad», decía.[6] El primer gobernador militar fue sir Bernard (más tarde vizconde) Montgomery, que tuvo como segundo al general Weeks. Éste instituyó –deliberadamente o no– el precedente de situar a hombres con experiencia industrial en puestos de poder de la Alemania ocupada. Aparte de un expediente distinguido en la Primera Guerra Mundial, sólo había sido militar a tiempo parcial y en 1939 había ascendido hasta la presidencia de la empresa vidriera Pilkington. Durante la Segunda Guerra Mundial había sido nombrado para un cargo en el Cuartel General, del que llegó a ser segundo jefe en 1942, «un puesto único para un ciudadano soldado».[7] Es improbable que su doble experiencia se pasara por alto en el momento de su elección. La actitud de Gran Bretaña hacia la Alemania de la posguerra fue en cierta medida un reflejo de su propia penuria. Antes de otorgar la independencia a Alemania, los británicos deseaban una recuperación económica lo más rápida posible.[8]

Montgomery fue sustituido en 1946 por el antiguo jefe del Mando de Cazas, el mariscal de la RAF sir Sholto Douglas. Douglas había sido jefe de las Fuerzas Británicas de Ocupación (BAFO, en sus siglas en inglés). Al igual que Weeks, era un hombre con formación universitaria y había cantado en el Bach Choir antes de la guerra. También había estado en la industria bélica tras haber dejado la RAF durante el período de entreguerras para trabajar en la Handley Page. Douglas presidió el desmantelamiento de la Luftwaffe y supervisó la entrada de los británicos en Berlín. Expresó su deseo de reinstaurar la «vida normal» en Alemania, y aunque una de sus primeras obligaciones fue aprobar las sentencias de Núremberg, tuvo serias dudas.[9] Renunció en octubre de 1947 por el asunto Bückenburg.[N1]

Su sucesor fue el general sir Brian Robertson, cuyo padre, sir William, había sido gobernador militar en Alemania en 1918. Robertson había nacido en Simla y descendía por parte de madre de un antiguo linaje de soldados

del ejército de la India. La India y el Raj fueron en cierta medida una inspiración para los británicos en Alemania. El sentimiento británico de superioridad innata sobre su antiguo enemigo no dejó de influir en los alemanes, que se quejaban de que habían hecho de ellos un *Kolonialvolk*, un pueblo colonial, como los indios. Al principio, algunos alemanes habían accedido a adoptar un papel servil, probablemente porque creían que de ese modo recibirían un trato mejor. Algunos políticos de Hanóver hicieron algún intento en favor de la reinstauración del antiguo reino, separado de Gran Bretaña tras el acceso al trono de la reina Victoria.[N2] De ese modo, Hanóver formaría parte del Imperio británico y no de una Alemania derrotada.[10] Antes de matricularse en la Real Academia Militar de Woolwich, Robertson había estudiado en el mismo colegio que Weeks, la Charterhouse School (Colegio de la Cartuja).[N3] Fue oficial del cuerpo Real de Ingenieros, antecedentes que compartía con Clay. Sin embargo, a diferencia de éste, había servido en la Primera Guerra Mundial, obteniendo una Cruz Militar y una Orden por Servicios Distinguidos. Durante el período de entreguerras se había dado de baja en el ejército para ocupar el cargo de director gerente de Dunlop en Sudáfrica y había trabado amistad con Jan Smuts. Su cometido en la Segunda Guerra Mundial fue en gran parte de carácter administrativo. Llegó a ser subgobernador militar, cargo en el que sucedió a Weeks. Tras la creación del gobierno de Bonn en 1949 permaneció un año más en el país como comisionado del Reino Unido. Bevin tuvo una excelente relación profesional con Robertson, que lo mantenía al corriente de la situación mediante una correspondencia semanal. La historia oficial dice de Robertson que fue un intérprete «firme y compasivo» de las directrices británicas.[11]

Montgomery, Douglas y Robertson tenían poder de vida y muerte sin injerencias de Westminster. Gobernaban con la ayuda de la Comisión de Control de Alemania (CCG, según sus siglas en inglés), conocida en broma como «Charlie Chaplin Grenadiers» (Granaderos de Charlie Chaplin) o «Complet Chaos Guaranteed» (Caos Total Garantizado). La CCG contaba con un equipo gigantesco integrado por casi veinticinco mil personas, cinco veces más que el contingente estadounidense, y, según se dice, era venal y

estaba excesivamente bien pagada y plagada de escándalos. Los oficiales británicos que servían en la Alemania ocupada eran enviados a Bletchley para realizar un curso. Allí, según George Clare, se impartían conferencias superficiales sobre historia alemana y se daban clases sobre los cometidos de la CCG. Los futuros oficiales eran un grupo heterogéneo que incluía a numerosas mujeres que hablaban un alemán excelente. Sólo una quinta parte de los reclutados se ocupaba de la administración de Alemania; el resto estaba formado por oficiales de alta graduación que servían en su «abultada burocracia».[12] En abril de 1946 se les unieron sus esposas y familias, hinchando aún más el presupuesto y motivando la confiscación de más viviendas no dañadas. En Münster sólo habían quedado intactas 1.050 casas de un total de 33.737. Los ocupantes requisaron de inmediato 445, más del 40 %.[13] Tras la independencia de la India, los alemanes temieron que les llegarían todos los hombres que habían trabajado anteriormente en el Servicio Civil Indio, algunos de los cuales habrían podido aportar, de hecho, una mejora. En la CCG hubo algunos administradores capaces, como el banquero sir Vaughan Berry, en Hamburgo, que había estudiado en Alemania y en consecuencia conocía el país y a sus habitantes.[14]

Victor Gollancz se opuso a la mentalidad de *Herrenvolk* (Pueblo de señores) que percibía entre los oficiales británicos y al contraste observado por él entre el alojamiento y la comida de los casinos de oficiales y los miserables tugurios de muertos de hambre del resto de la gente. Gran parte de Alemania era inhabitable. El gobernador tenía un cuartel general modesto en Bad Oeynhausen –cuyos habitantes habían sido desalojados en su totalidad de aquella ciudad balneario para habilitar espacio a los británicos–, y una casa de campo en Melle. Pero había planes para construir algo más grandioso en Hamburgo. Las nuevas instalaciones iban a ser un enorme cuartel general militar y social para rivalizar, supuestamente, con el que tenían los soviéticos en Karlshorst o con su homólogo americano de Fráncfort. El complejo incluiría hoteles y clubes, así como alojamientos para oficiales casados y solteros. Se calcula que, de haberse llevado a cabo el plan, 38.200 alemanes habrían perdido sus hogares. El gobernador del distrito, Vaughan Berry, se opuso con vehemencia al proyecto, que, dada la

situación de las finanzas británicas en aquel momento, debió de parecerle un estrambótico castillo en el aire.[15]

En el fondo, los británicos creían más en la reeducación que en la desnazificación, y la historia de la reanudación de las actividades escolares y universitarias en la zona fue uno de sus grandes timbres de gloria. Robert Birley se tomó un par de años sabáticos entre sus rectorados en la Charterhouse y, luego, en Eton para reorganizar los centros de enseñanza no universitarios en la Zona Británica. Por su condición de historiador era muy consciente de la inexistencia de un precedente para la situación en que se hallaban los Aliados en Alemania: «Hemos ocupado un país sin gobierno, y nuestras fuerzas de ocupación han tenido que impedir desde el primer momento la reactivación de un peligro militar y reconstruir, además, una comunidad».[16] Birley se sintió, evidentemente, consternado por el ateísmo del Estado nazi. Había estado en Brno, donde pudo visitar la capilla de la fortaleza de Spielberg que domina la ciudad, y que la SS había consagrado al paganismo. Sobre el altar se había levantado una gigantesca cruz gamada que contenía un ejemplar de *Mein Kampf*, y la pared estaba decorada por un águila inmensa en lugar del retablo. Los británicos necesitaban cambiar las mentes y opiniones de la gente que había hecho tales cosas y había experimentado «un total hundimiento moral». Birley, sin embargo, hizo hincapié en que aquel mal de los alemanes no era un fenómeno aislado sino una manifestación más de la «enfermedad de la civilización occidental».[17]

Nada era fácil: las tres «R» (reeducación, restablecimiento y reorganización de las actividades escolares) quedaban por detrás de las tres «C» (comida, combustible y calzado) y de las tres «P» (en inglés: *pens*, *pencils* y *paper*, «plumas, lapiceros y papel»). Birley pensaba que lo más importante de todo era el calzado.[18] Se animó cuando vio el deseo de los alemanes de seguir adelante. En ciudades arrasadas por los bombardeos vio a jóvenes con veintitrés años cumplidos que intentaban aprobar su *Abitur* (bachillerato) para ingresar en una universidad. Había numerosos «Peter Pan», absolutamente ignorantes de todo aquello que no les habían contado sus instructores nacionalsocialistas. Muchos habían servido en la Wehrmacht y hasta 1947 se les prohibió acceder a una formación superior.

Aun así, los británicos se vieron obligados a imponer un númerus clausus hasta 1949. La falta de plazas estaba relacionada con la destrucción de los edificios por los bombardeos y el lento proceso de cribar a todos los profesores universitarios mediante la Agencia de Salud Pública (es posible que el nombre fuera un eco no intencionado del Terror durante la Revolución francesa).[19]

Birley pretendía restablecer el amor a la libertad y la disposición a aceptar responsabilidades personales. Pensaba que los hombres más importantes para esa tarea eran los filósofos, y se refirió a la espléndida labor llevada a cabo en St. Michael's House, en Hamburgo. Tal vez se tratara de una coincidencia, pero lo cierto es que en el preciso momento en que se permitió a los hombres de la Wehrmacht ingresar en las universidades, el decano de la Facultad de Filosofía de la de Colonia hizo un llamamiento a los que habían emigrado para que regresaran al departamento.[20] Sin embargo, quienes intentaron reformar las mentes alemanas no fueron tanto filósofos cuanto historiadores como Birley y Michael Balfour, que había sido amigo del difunto Helmuth James von Moltke, de Kreisau. En 1946, Balfour fue nombrado director de los Servicios de Información de la Zona Británica, y expuso claramente la necesidad de actuar con rapidez: «No vamos a estar en Alemania para siempre».[21] En realidad, sólo estuvo un año.

Uno de los mayores logros británicos en el terreno de la reeducación fue Wilton Park, en Buckinghamshire, un antiguo campo para prisioneros de guerra destinado más tarde a residencia, donde se impartían cursos a alemanes y bajo la dirección de Heinz Koeppler, un alemán que en 1933 había dejado su país para estudiar en Oxford y no había regresado. El estilo de funcionamiento calcaba el que se aplicaba en Oxford y Cambridge, algo completamente nuevo, incluso para los estudiantes más privilegiados de las universidades alemanas. Se les servía en las mesas y se les permitía discutir con libertad cualquier tema. La idea era preparar gente para la vida pública y crear una nueva élite no nazi. Entre quienes hablaron a los estudiantes hubo también algunos alemanes «respetables», como el socialista Kurt

Schumacher, el obispo Dibelius, el pastor Niemöller y el arzobispo Frings.[22]

Otro historiador distinguido, A. G. Dickens, experto en la Reforma, dirigía el periódico *Lübecker Nachrichtenblatt* con la ayuda del inevitable judío vienés.[23] Con la excepción de estos especialistas en historia, no había muchos que hablaran alemán. Otro proveedor de civilización británica era el British Council. Sus planteamientos bienintencionados y torpes aparecen caricaturizados en *El tercer hombre* en el personaje encarnado por Wilfrid Hyde White. El guión de la película fue escrito por Graham Greene, cuyo hermano Hugh Carlton Greene dirigía la emisora NWDR en la Alemania ocupada y que formuló una opinión totalmente opuesta a la de Vansittart y más cercana a la de Balfour: «Estoy aquí para hacerme superfluo». También él defendía la opinión de que los alemanes sólo necesitaban reeducarse. Kaye Sely y George Clare entrevistaban a candidatos alemanes a la desnazificación en la oficina de Greene mientras éste permanecía sentado en el sofá para asegurarse de que recibían un trato correcto. Greene se reservó para sí un pequeño lujo: un coche magnífico, el Maibach Tourer que había pertenecido anteriormente a Karl Wolff, jefe de Estado Mayor de Himmler.[24] Greene sustituyó a Rex Palmer en el cargo de controlador de emisiones de radio en la Zona Británica. Palmer había sido un desastre; antes de la guerra, había dirigido una emisora de radio para un público infantil, y eso se notaba.

Los británicos necesitaban hacer inventario de su zona. Asumían el control de las tierras de Schleswig-Holstein –dedicadas a la agricultura y despobladas en gran parte–, de las comarcas industriales y ganaderas de Baja Sajonia y de la región industrializada, pero también de un alto nivel cultural, del Rin y el Ruhr. La zona se había visto gravemente afectada por los bombardeos. Colonia estaba destruida en un 66 %, y Düsseldorf en un pasmoso 93 %. Aquisgrán fue descrita como un «fantástico y apestoso montón de ruinas». Los británicos reordenaron sus dominios creando el *Land* de Renania-Westfalia mediante la fusión de dos *Länder*. Los franceses respondieron con la Ordenanza 57, que dio a luz el *Land* de Renania-Palatinado en agosto de 1946. Como es natural, hubo recelos sobre los

auténticos motivos de los franceses. La gente sospechaba que estaban intentando crear Estados alemanes independientes para, luego, anexionarlos a Francia.[25]

El destino más brillante era Berlín. El tren militar llevaba a los soldados a la estación de Charlottenburg, la antesala a la ciudad si no eran lo bastante afortunados como para volar a Gatow. Los soldados británicos destinados en Berlín portaban un distintivo en la manga. Consistía en un círculo negro con un borde rojo, «un agujero séptico del culo», según lo llamaban. El cuartel general de la CCG en Berlín se hallaba en la Lancaster House, en la Fehrbelliner Platz. George Clare lo describió como «un edificio gris de cemento de forma cóncava», ejemplo del estilo arquitectónico de Albert Speer. Bajo la CCG había destacamentos en cada municipio bajo control británico, además de un cuartel y un casino de oficiales. Los casinos estaban diseminados por todo el Sector Británico. Cuando George Clare volvió a aparecer con atuendo de oficial en su segunda gira de servicio, se le asignó uno situado en la Breitenbach Platz; era amplio y carecía de distinción social, con ciertas semejanzas a una Lyons Corner House. El gobierno militar británico era un gran edificio amarillo situado en la Theodor Heuss Platz. Se trataba de la antigua Adolf Hitler Platz del barrio de Charlottenburg, cuyo nombre había sido sustituido por el de Reichskanzlerplatz (Plaza del canciller del Reich), hasta que alguien se percató de que también Hitler había sido canciller. En el otro lado de la plaza se encontraba el Marlborough Club, donde los oficiales podían comportarse como caballeros. Para los demás grados estaba el Winston Club.[26]

Para poder acceder al cuartel general del gobierno militar, los alemanes debían contar con un permiso que no se expedía a antiguos *Parteigenosse*, los Pg, miembros del Partido Nacionalsocialista. Las normas sólo se quebrantaban si la persona en cuestión tenía interés para los británicos, es decir, si era un científico, un político de antes de 1933 o un especialista técnico. Un editor alemán en busca de permiso para lanzar una publicación (como Rudolf Augstein en el caso de la revista *Der Spiegel*) o un empresario interesado en poner en escena una representación teatral tenían

que presentar su petición en la Unidad de Control de Berlín, en la cercana Klaus Groth Strasse. La senda hacia la redención era, en todos los casos, el *Fragebogen*. Había que cumplimentar los formularios y comprobar cualquier posible afiliación a organizaciones nazis. Con el tiempo, los nazis irrelevantes dejaron de verse en aprietos. Por lo que respecta a los soldados, los miembros de la Wehrmacht que no languidecían ya en algún campo de prisioneros no tenían problemas. Los de la SS se dividían en grises y negros. Los negros (pertenecientes a la organización Totenkopf) eran internados; los grises (de la Waffen-SS) quedaban en libertad. Pero al final, las autoridades británicas se dieron cuenta de que separar a los negros de los grises no era pan comido.[27]

La vida de los interrogadores estaba llena de sorpresas inesperadas: había jóvenes encantadores que, tras un examen más atento, resultaban haber sido nazis inveterados; y repulsivos militaristas prusianos que, según se acababa sabiendo, eran todo lo contrario. Clare recibió la visita de la viuda del general Carl-Heinrich von Stülpnagel, que quería reunirse con su hija en la Zona Británica. Clare acabó recordando que aquel general era el que el 20 de julio de 1944 había encerrado en París a los miembros de la SS y la Gestapo y que, al intentar suicidarse tras el fracaso de la conspiración, sólo había logrado quedarse ciego y fue truculentamente ahorcado con los demás conjurados. La viuda de Stülpnagel no quiso oír hablar de presentar una alegación especial: su marido era sólo un alemán que había hecho su trabajo.[28]

A pesar del carácter arrogante de las formas que adoptaban, los británicos tenían fama de ser más decentes que los demás Aliados, pero eso no significaba que fueran inmaculados. Len Carpenter, un prisionero de guerra evadido que se había ocultado en Berlín en el Neue Westend hasta la llegada de los Aliados, tuvo éxito en los negocios como comerciante en el mercado negro y proxeneta (gratuito, según asegura él mismo) para las fuerzas de ocupación británicas.[29] En noviembre de 1947 Speer hizo una descripción de uno de los guardias de Spandau que había llegado borracho al trabajo: «Presumió ante sus compañeros de las enormes cantidades de cerveza que había bebido y aludió a cierta agradable compañía». La fiesta

había finalizado sólo tres horas antes. Speer le prestó su cama para que pudiera dormir la mona y patrulló por el corredor por si aparecía algún oficial superior. Horas más tarde, el hombre se mantenía aún inseguro sobre sus pies.[30]

Una de las instrucciones más extrañas dadas al ejército británico que ocupaba Alemania fue la de castigar con saña su territorio. Tal fue el caso de la isla de Helgoland, que, tras ser británica durante la mayor parte del siglo XIX, había sido adquirida por el emperador alemán en 1890 mediante una acción que siempre consideró su primer triunfo en política exterior.[31] La isla había sido fuertemente guarnecida durante el Reich del Káiser, y en la época nazi, además de estar erizada de cañones, disponía también de una dársena para submarinos. La RAF destruyó la mayor parte de las defensas, así como el pueblo, en una incursión aérea realizada el 18-19 de abril de 1945. El 11 de mayo, la Armada Real inglesa penetró en aguas del Báltico para comprobar qué quedaba en pie. A pesar del vapuleo que había sufrido la isla durante la guerra, los refugios de los submarinos no habían resultado dañados, al igual que la red de túneles subterráneos y los trenes diésel que los recorrían.[32]

En Potsdam se acordó que Alemania fuese completamente desarmada, y todas las fortificaciones alemanas destruidas. Para los británicos, esto se refería ante todo a los fuertes navales de las islas de Frisia y Helgoland. El Alto Mando británico calculó que necesitaría 48.400 horas de mano de obra y 730 toneladas de explosivos[33] y comenzó a preparar la operación Big Bang. Cuando se llevó a cabo dos años más tarde, el 8 de abril de 1948, se produjo un caso literal de exterminio. Tras haber llegado, al parecer, a la conclusión de que los cálculos anteriores se habían quedado demasiado cortos, los británicos hicieron estallar unas siete mil toneladas de munición en lo que se describió como la «mayor explosión no nuclear de la historia». Una inmensa «coliflor» ascendió 2.500 metros desde las catacumbas, situadas a 55 metros por debajo de la superficie de la roca. Sin embargo, una vez se disipó el humo, se vio que, en vez de erradicar aquella odiada isla, sólo se había destruido un mero 14% de su superficie.[34]

La RAF y las fuerzas aéreas estadounidenses con base en Gran Bretaña siguieron utilizando la isla como campo de bombardeo. Se hicieron preparativos para comprobar allí la bomba atómica británica y se realizaron pruebas con armas químicas.[35] La idea de emplear la isla para experimentos nucleares se desestimó finalmente por consideración hacia los habitantes de la localidad de Cuxhaven, situada a sólo cincuenta kilómetros de distancia. Los pescadores alemanes que hasta entonces capturaban langostas en aguas de las islas pudieron, por fin, regresar a sus hogares en 1952, debido en gran parte a una campaña lanzada por el joven estudiante de teología René Leudesdorff.[36] La RAF se mostró muy reacia a entregar su juguete.

Muchos alemanes –sobre todo alemanas– trabajaron para los Aliados. La escultora, y más tarde monja, Tisa von der Schulenburg había huido de su Mecklemburgo natal dejando tras de sí la ancestral casa solariega de Tressow y el castillo de Trebbow, donde había vivido con su marido, C. U. von Barner. Tisa se instaló en Lübeck, en la Zona Británica, y se puso a trabajar como secretaria de Heinz Biel, el oficial con sangre inglesa para asuntos industriales del gobierno militar. Soportó inacabables quejas y solicitudes, atendió a los desposeídos que intentaban recuperar sus posesiones y oyó las peticiones para relanzar negocios locales, desde el mazapán Niederegger y la mermelada Schwartauer hasta la empresa aeronáutica Dornier y las manufacturas de porcelana Villeroy y Boch.

Su jefe no la impresionaba. De haber sido alemán puro, pensaba Tisa, se habría apresurado a afiliarse al Partido Nazi. Tisa era del mismo parecer que otros muchos alemanes con respecto al *Fragebogen*. Se sentía furiosa. Había huido enfrentándose a su padre, aristócrata y nazi, se había casado con un judío y había marchado a Inglaterra antes de la guerra para convertirse en artista.[37] Más tarde dejó aquel país para servir como trabajadora social en un depósito militar británico en Glinde, cerca de Hamburgo, donde malvivían dos mil civiles alemanes, «desechos y restos procedentes de todos los partidos y provincias. Un antiguo abogado importante y un hombre que había sido cónsul en Australia trabajaban hombro con hombro con comerciantes y obreros; se trataba tan sólo de la supervivencia, de conseguir algún ingreso y pan». La única pregunta que

hacían era: «¿Cómo puedo sobrevivir?».[38] Los británicos prometieron darle rango de oficial y Tisa hubo de rendir cuentas al comandante de las instalaciones. Aquellas navidades, los británicos intentaron insuflar un poco de espíritu festivo en el depósito: «Los ingleses [sic] no lograban entender que no teníamos deseo de bailar; que no teníamos ningún deseo, ni de bailar ni de cantar». Los soldados alimentaban a centenares de niños. Uno de los sargentos dijo a Tisa: «Los chavales muerden las naranjas y se las comen con piel y todo, como si fueran manzanas». Tisa concluía, y no sin razón, que aquellos niños nunca habían visto una naranja.

La situación se deterioró aquel invierno debido al clima. La zona no había sido nunca autosuficiente. Ya antes de la guerra, sólo había producido la mitad de los alimentos que necesitaba.[39] Dos obreros murieron congelados por falta de ropa de cama caliente. Tisa consiguió encontrar doscientas mantas para dos mil personas, pero este hallazgo iba a provocar más problemas de los que solucionó. A mediodía, los trabajadores recibían una sopa aguada y maloliente. Al cabo de una hora volvían a estar hambrientos. Cien de ellos padecían hidropesía, y algunos hombres apenas pesaban cincuenta kilos. Un oficial británico les permitió llevarse los restos del casino, a pesar de ser absolutamente ilegal. Se hicieron con una cocina, leche y patatas y, con el tiempo, pudieron ofrecer una comida suplementaria al mediodía. Los hombres comenzaron a ganar peso de nuevo. Ya habían dejado atrás lo peor.

A veces recorrían a pie los catorce kilómetros que los separaban de Billstedt, donde había trenes que partían hacia Hamburgo. Los tranvías los llevaban a través de enormes extensiones de ruinas. Cuatro años después de la guerra, la visión de Hamburgo indujo todavía al diplomático estadounidense George Kennan a reflexionar si todo aquello había merecido la pena:

> Aquí tuve por primera vez la convicción inquebrantable de que ninguna ventaja militar momentánea [...] podía haber justificado aquella destrucción tremenda y desconsiderada de vidas civiles y objetos de valor material acumulados laboriosamente por manos humanas con el paso de los siglos para fines que nada tenían que ver con la guerra.[40]

Aquel paisaje desolado conmocionó a Victor Gollancz durante su estancia en Hamburgo. Visitó los casinos de oficiales británicos y se maravilló de la abundancia de los menús; fue al ayuntamiento y bebió botellas raras de «espléndido vino blanco del Rin» que un portero cuidadoso había rescatado de manos de los nazis.[41] En un tugurio conoció el espíritu estoico de los alemanes del norte, que lograban sobrevivir a duras penas bajo un cuadro con la siguiente leyenda: «Lerne leiden ohne zu klagen» (Aprende a sufrir sin quejarte). Mostraba un retrato del emperador Federico, muerto de cáncer de garganta a los noventa y nueve días de subir al trono.[42]

Los británicos no actuaron con franqueza en el tema del desmantelamiento. En teoría no querían verse implicados, pero en la Zona Británica se practicó al servicio de Estados clientes. Algunas instalaciones industriales alemanas fueron transportadas a Grecia y Yugoslavia, que recibieron equipamiento de la empresa Krupp.[43] El desmantelamiento estuvo controlado por el acuerdo firmado por los Aliados el 24 de enero de 1946, que creó la Agencia Interaliada de Reparaciones (IARA, según sus siglas inglesas). Estados Unidos había puesto fin seis meses antes al Acuerdo de Préstamo y Arriendo y presentó a Gran Bretaña una factura colosal que debía abonar a tocateja. La prensa británica era contraria al desmantelamiento, y los americanos se escandalizaban con cualquier intento de llevarse una instalación fabril. Algunos de esos actos podían considerarse «botín», actividad que no era controlada por la IARA, y otros casos podían excusarse por la necesidad de desmantelar plantas de guerra de la Categoría I (así fue como consiguieron llevarse a su país instalaciones navales muy necesarias allí).[44]

Los soviéticos ansiaban desesperadamente echar mano de lo que quedaba del Ruhr. Se suponía que los británicos entregarían el 10 % de lo que se produjese. Aquellas entregas cesaron a partir de 1948. La empresa Krupp de Essen era propiedad de *todos* los Aliados, pero Clay en particular tenía un gran interés en excluir a los soviéticos. Algunas partes del imperio de los Krupp habían ido a parar a manos de los polacos en Silesia y de los rusos en Magdeburgo. Aviones de propulsión a chorro, túneles de viento y

otros elementos interesantes de equipamiento militar fueron sacados del país con una rapidez inaudita. En otros casos la Categoría I se amplió hasta incluir factorías que podrían haber competido más tarde con las industrias británicas. Los alemanes se dieron cuenta de la estrategia y sospecharon que estaban siendo testigos de la aplicación del Plan Morgenthau. Esto desembocó en ataques a los funcionarios de la CCG. En una o dos ocasiones, los británicos pusieron en funcionamiento algún sector valioso de la industria alemana. Uno de estos casos fue el de la Volkswagen, en Wolfsburg. Los nazis habían pretendido que todo alemán respetable fuera propietario de un «Coche del Pueblo», o «Kraft durch Freude Auto» (Automóvil de la Fuerza por la Alegría), y con esa finalidad se les descontaba parte de su sueldo, pero en el momento de iniciarse las hostilidades sólo se habían construido dos, y la fábrica retomó la producción de material de guerra. Los británicos relanzaron el proyecto guiados por el comandante Ivan Hirst, y antes de octubre de 1946 construyeron diez mil «escarabajos», en gran parte para sus propias necesidades. El coche se convirtió en «las ruedas de la ocupación británica».[45]

Gollancz fue testigo del desmantelamiento en la cuenca del Ruhr y en los muelles de Hamburgo. El traslado de la empresa Hoechst de Dortmund amenazó con arruinar lo que quedaba de la ciudad. En Hamburgo habían sido voladas secciones extensas de los astilleros Bloem y Voss. Aquella actitud miope destruyó arbitrariamente unas propiedades útiles y dejó sin posibilidades de trabajo a gente que se moría de hambre. A pesar de las afirmaciones de Hynd, los alemanes estaban siendo expulsados de sus hogares. Había una terrible falta de espacio: en Düsseldorf, el hogar medio era de 3,2 m^2. Los británicos se pavoneaban entretanto causando una fea impresión (aunque no obligaban a los alemanes a caminar por la calzada, como los franceses). «Lo cierto es que hoy, en Alemania, hay dos mundos, el de los conquistados y el de los conquistadores. Ambos se encuentran en la periferia, pero sus corazones laten en un aislamiento inhumano.»[46]

Charlotte, la hermana de Tisa von der Schulenburg, encontró un momento para regresar a la casa familiar de su difunto marido en Trebbow,

cuando los británicos mantenían todavía sus territorios más occidentales de Mecklemburgo. Se presentó al oficial al mando, a quien encontró mirando al lago en una de las habitaciones para invitados. Sobre su cabeza colgaba un retrato de la propia Charlotte con sus hijos. La mujer mostró el pasaporte que había obtenido en Plön: «¡Ah!, la señora del retrato», respondió el oficial con laconismo. Los refugiados y los soldados lo habían cambiado todo de sitio, nada parecía estar ya en el lugar debido. A Charlotte no le permitieron llevarse las camas de los niños, pero encontró la porcelana de la familia –Meisen, Nymphenburg y Schlaggenwald– y sirviéndose de una artimaña logró reclutar a unos soldados para que la sacaran al camión del que se había apoderado. Charlotte encontró en la casa del guardabosques las camas que andaba buscando, así como el sillón de brazos de Fritz-Dietlof. Pudo rescatar una máquina de escribir, un gramófono y parte de la ropa blanca. Aquella noche, ella y los niños comieron una sopa frugal en finísimos platos de porcelana china. Al día siguiente, 28 de junio, los británicos cedieron su posición a los rusos.[47]

Karl-Heinz Bohrer, que por aquel entonces tenía diez años, no había visto gran cosa de los ejércitos de ocupación hasta que fue «liberado» por tropas estadounidenses en Remagen. Al final de 1945 fue llevado a Colonia para visitar a su madre separada y al médico con el que vivía. Había salido de la ciudad renana en 1943. Ahora, Colonia estaba completamente transformada. En el centro no quedaba ni un solo edificio intacto. Como no había dónde alojarse, se fue a vivir al sur de Westfalia. De pronto, se percató de la presencia de los británicos, que habían marcado ya con su impronta la vida alemana de la misma manera que las demás potencias ocupantes. Bohrer recuerda el placer que le producían las sardinas en lata, el pan blanco y el té negro. El ejército británico le pareció más profesional y «más militar» que el americano. Sus soldados eran tranquilos, a diferencia de los americanos, más ruidosos; creyó que no tenía nada más que temer. En la escuela aprendió inglés.

En el invierno de 1946-1947, Karl-Heinz fue al cine por primera vez con su abuelo irlandés. Vio el *Enrique V* de Laurence Olivier en inglés con subtítulos en alemán. Lloró de felicidad al acabar la película y tuvieron que

llevarle tres veces. Se enamoró de la lengua inglesa, que se había convertido en un factor importante para reconciliarse con la ocupación. Al volver la vista atrás, consideró que los británicos habían aplicado en su zona unas medidas culturales comprensivas pero poco brillantes.[48] Desde su punto de vista –el de una persona que crecía en el oeste–, se estaba formando una nueva ortodoxia. La época estaba configurada intelectualmente por Jaspers, Habermas («La historia de Alemania comienza en Auschwitz») y el profesor Heimpel de Gotinga. Hartwig von Hentig y Georg Picht eran pedagogos influyentes. Se discutía mucho sobre educación y se invocaban los escritos de Schiller. Los alemanes no iban a volver a caer en la misma confusión. Los nazis fueron apartados temporalmente de las universidades pero, por lo demás, aquellas instituciones siguieron sin experimentar cambios hasta 1968. Para Bohrer, la figura política más destacada de la época era Carlo Schmid. El territorio que iba a convertirse en Alemania occidental intentaba identificarse con Occidente.

Los comienzos de Alemania occidental en la Zona Británica

En Renania, los hombres de Hitler habían forzado a retirarse a Konrad Adenauer, antiguo alcalde de Colonia. Pasó a una situación prolongada de permiso con sueldo y se opuso a todos los intentos de involucrarlo. Desconfió de la Conspiración de julio contra Hitler pero, de todos modos, fue encarcelado. En los últimos meses de la guerra, los nazis actuaron con conocimiento de sus actos y ejecutaron a unas cinco mil personas que podían haber constituido el armazón de una Alemania posthitleriana. Muy pocos de los asesinados estaban directamente en connivencia con los conjurados. El baño de sangre pretendía crear un vacío político.

La proximidad entre Colonia y Francia supuso que Adenauer fuera liberado bastante antes que cualquier otro político de Berlín. Los tanques americanos fueron vistos ya en su pueblo de Rhöndorf el 15 de marzo de

1945. Al día siguiente, dos oficiales estadounidenses se presentaron ante la puerta de Adenauer para pedirle que volviera a ocupar el cargo de alcalde de Colonia. Para su sorpresa, Adenauer se negó: tenía tres hijos en la guerra y temía represalias. Debió de haber tenido en cuenta la suerte que corrió el alcalde de Aquisgrán (que había sido asesinado). Sin embargo es posible que, en el fondo de su alma, estuviera pensando ya en un cargo más alto: el de líder alemán de la posguerra.[49] Adenauer fue sometido a ciertas presiones destinadas a hacerle cambiar de parecer. Uno de los que querían que aceptara la oferta era Josef Frings, primado de Alemania y arzobispo de Colonia. Frings estaba interesado en la idea de reconstruir la ciudad, cuyo centro medieval había sido hecho añicos por la incursión de mil bombarderos. Adenauer, siempre cauto, accedió a dirigir Colonia una vez concluidas las hostilidades, y asumió su antiguo cargo el 3 de mayo. En sus primeras declaraciones intentaba todavía hacer de Prusia el chivo expiatorio del fracaso de la democracia alemana, a pesar de que en 1917 había sido elegido alcalde de Colonia y miembro de la Herrenhaus (Cámara Alta) por su condición de prusiano.

Le halagó que los americanos lo tuvieran, al parecer, en tanta estima y lo hubieran situado en cabeza de su «lista blanca», aunque –según ha señalado un biógrafo reciente– este hecho pudo haber tenido cierta relación con que su apellido comenzaba por A.[50] Pasado un tiempo, los americanos no le resultaron tan atrayentes: los consideraba infantiles y se sintió aliviado cuando, el 21 de junio, la autoridad sobre la región pasó a manos británicas. Su alivio fue, sin embargo, prematuro, en tanto que no iban a repetirse las actitudes más corteses de 1918. La prohibición de confraternizar aún seguía vigente, la desnazificación se presagiaba, y –según dijo un oficial británico– ningún alemán era *persona grata* para el gobierno militar.[51] Más aún: los británicos fueron los Aliados que menos prisa se dieron en permitir a los alemanes expresarse políticamente. Montgomery prometió restablecer la política de partidos el 6 de agosto de 1945, pero los partidos no se legalizaron hasta el 29 de septiembre.[52]

Es posible que los franceses comenzaran siendo los más pobres y peor considerados de los Aliados vencedores, pero resultó que sus planes de

atomizar Alemania coincidieron con la solución dada finalmente al problema. Su propuesta para Renania tenía posibilidades de hacerse realidad: allí podían erigir un Estado católico, de libre mercado, antiprusiano, federalista y dominado por las clases medias altas renanas. La división de Europa y Alemania en función de líneas ideológicas no era ni más ni menos que un fundamento sobre el que poder construir. El Estado alemán se formaría en el oeste y actuaría como esponja capaz de absorber las demás partes de Alemania en una fecha posterior. Wilhelm Hausenstern, embajador en París en la época de la fundación de la República Federal, resumió estas ideas: «Adenauer concibió la República Federal en el eje del Rin, o, incluso, del bajo Rin». El Rin era el centro natural de la nueva Europa, el vínculo entre Alemania y Europa occidental. Era una amalgama de «catolicismo y liberalismo, Europa septentrional y meridional, estilo de vida francés y virtud prusiana».[53]

El alcalde deseaba reajustar el equilibrio, sobre todo firmando una especie de concordato con los franceses. Prusia había representado un papel meramente marginal en el Sacro Imperio Romano, y Adenauer decidió en ese momento insertar su visión de la Europa de Carlomagno en la piedra angular del futuro de Alemania. Prusia se había convertido para él en un monstruo al que atribuía todos los vicios de los nazis, a pesar de que Prusia (que equivalía a dos tercios de la Alemania de la preguerra) tenía una escasa representación en la Alemania nazi, y de que la mayoría de los dirigentes del movimiento procedían del sur y el oeste católicos. Uno de los más mordaces –Joseph Goebbels– era un hombre de su amada Renania. Adenauer entonaba una melodía que resultaba atrayente para los miembros del Consejo de Control: también ellos estaban ansiosos por hacer de Prusia la oveja negra que había descarriado a Alemania. En cualquier caso, era una argumentación conveniente, pues gran parte de los territorios centrales de Prusia se habían perdido y pasado a manos de Polonia y Rusia en Potsdam. Es evidente que, si tenía que hacerlo, Adenauer podía cargar las tintas. Pero no lo necesitó. El 25 de febrero de 1947, el Consejo de Control hizo pública su Ley n.º 46: «El Estado prusiano, que desde fechas tempranas ha sustentado el militarismo y la reacción en Alemania, ha dejado de existir de

facto». Las instancias e instituciones que aún quedaban de él fueron abolidas en «interés de la preservación de la paz y la seguridad de los pueblos y con el deseo de asegurar una más amplia reconstrucción de la vida política de Alemania sobre una base democrática».[54]

Parecía existir una posibilidad de acuerdo entre Adenauer y los Aliados, pero los británicos la frustraban una y otra vez. Fue entonces cuando dirigió su atención hacia los franceses. También ellos eran, quizá, víctimas de los Aliados en tanto que su vanidad había resultado igualmente herida. Si no llega a ser por De Gaulle, también ellos tendrían que haber soportado la ignominia de ser gobernados por un régimen militar desde Londres. La Conferencia de Yalta había recortado un pequeño rincón de Alemania para que fuera gobernado desde París, y Adenauer depositó sus esperanzas en que se ampliase hasta abarcar Colonia, pues De Gaulle estaba maniobrando para conseguir una porción mayor del pastel. En verano y otoño mantuvo varias reuniones con los franceses organizadas por su amigo, el «tío Toni» Weiss, funcionario del consulado suizo. La idea era una cooperación germano-francesa en Renania, y Adenauer propuso que Alemania se dividiera en tres pequeños Estados semiautónomos. Como es natural, él asumiría el gobierno del que tendría su centro en Renania.[55]

Los tejemanejes nada diplomáticos de Weiss provocaron irritación en Berna, y los devaneos de Adenauer molestaron a los británicos. Es posible que apenas tuvieran noticias de sus reuniones con los franceses, pero sabían que estaba manteniendo conversaciones con políticos en Bad Godesberg y en Königswinter dirigidas a la creación de un partido político, la Unión Demócrata Cristiana (CDU según sus siglas en alemán) de la derecha alemana de la posguerra. Su adversario era el jefe del gobierno militar británico en la provincia de Renania del Norte, el general de brigada John Barraclough, que consideraba a Adenauer una persona poco fiable desde un punto de vista político. Barraclough era un soldado duro, pero no un astuto analista en política. El 6 de octubre, Adenauer fue llamado a comparecer ante él y otros dos oficiales en Colonia y se le negó el derecho a tomar asiento en su presencia. Los militares le leyeron un documento por el cual se le destituía de su cargo. Sería excluido de toda actividad política y se le

exigía abandonar Colonia cuanto antes. Esto puso fin temporalmente a sus escarceos con la CDU, de la que era un líder obvio. Adenauer se sintió burdamente injuriado.[56]

Es evidente que los británicos creían que Adenauer era un incompetente. Colonia iba a la zaga del resto de Renania del Norte en lo relativo a las tareas de desescombro y saneamiento de la ciudad. Según lo expresó el director del gobierno militar, el general Gerald Templer, «la ciudad se hallaba en una situación terriblemente caótica; no había agua ni servicio de alcantarillado ni luz ni comida. Apestaba a cadáveres».[57] La decisión de echar a Adenauer fue lamentada casi de inmediato. En Berlín, Noël (más tarde lord) Annan, entonces coronel destinado a la sección política del Consejo de Control, vio que se había cometido una pifia espantosa, y tanto él como el capitán Michael Thomas[N4] se mostraron sumamente interesados en limar asperezas. Temiendo, quizá, ser desairado, Barraclough no se mostró dispuesto a rehabilitar a Adenauer en su puesto, pero muy poco después los británicos le dieron la oportunidad de volver a dedicarse a la política, aunque sólo dentro de los límites de la ciudad de Colonia. Durante la crisis, Annan fue a ver a Adenauer, que se hallaba muy afectado, y sacó a relucir el tema de la actitud del político hacia Gran Bretaña. Adenauer le respondió que no era antibritánico, pero que «tenía dificultades para ver a Gran Bretaña como un Estado europeo».[58] Como consecuencia de la entrevista se revocó la orden de prohibir a Adenauer el ejercicio de la actividad política y se le permitió ir y venir a Colonia a su libre albedrío. A partir de ese momento pudo desempeñar su cometido en la fundación de la CDU.

Adenauer tenía de momento varios rivales. Algunos de los participantes en la Conspiración de julio habían sobrevivido y gozaban de popularidad entre los alemanes y, lo que es más importante, entre los Aliados. Jakob Kaiser, dirigente de los sindicatos cristianos, que basaba su «socialismo cristiano» en el Sermón de la Montaña,[59] Andreas Hermes, el antiguo político y ministro del Partido del Centro, y Herbert Blankenhorn –más tarde asesor de Adenuaer en política exterior– habían formado parte del Círculo de Kreisau, reunido en torno a Helmuth James von Moltke, quien

había esperado con ilusión el amanecer de una nueva Europa. Aquellas personas habían debatido en el castillo de Moltke, en la localidad silesia de Kreisau, el abandono de las ideas de hegemonía con el fin de desenterrar las raíces de la guerra. Alemania había sido contemplada ya en 1942 como un contrapeso europeo frente a Estados Unidos.[60] La derecha francesa se había escorado también hacia la idea de una Europa unida durante los años del colaboracionismo; había reconocido la ocupación como un hecho consumado.

Sin embargo, las opiniones de Kaiser no se impusieron en aquella CDU incipiente, pues consideraba a los franceses como el enemigo. Éstos se opusieron sistemáticamente a la unidad de Alemania, que contemplaban como un intento de restablecer el ponzoñoso Reich. Adenauer, en cambio, consideró desde el primer momento la posibilidad de trabajar con los franceses.[61] Kurt Schumacher, jefe del SPD, el Partido Socialdemócrata de Alemania, en la Zona Británica pensaba también que los franceses eran el enemigo, pero por diferentes motivos: según él deseaban sangrar a Alemania privándola de sus recursos.[62] Andreas Hermes se encontraba en una posición incómoda como dirigente del naciente partido en la Zona Soviética. La tarea de Adenauer consistió en hacer valer su autoridad en la Zona Británica y tomar el control del partido.

Hermes fue expulsado de Berlín por su franca oposición a las medidas de los soviéticos sobre la reforma agraria. Esto significó que el principal rival de Adenauer en Berlín fuera Kaiser, quien apostó en la capital del Reich por el caballo equivocado; el resultado fue que iba a quedar marginado y prácticamente eliminado de la política alemana de la posguerra. Adenauer no era reacio a recurrir a falsedades para hundir a sus enemigos políticos. Afirmó que Kaiser había mantenido conversaciones con funcionarios soviéticos y antiguos generales de la Wehrmacht, lo cual bastó para desacreditarlo en el partido. La posición de Adenauer se vio afianzada con la detención de seiscientos miembros del partido en la Zona Soviética en agosto de 1947.[63] Al final le fue muy fácil hacerse con la presidencia de la CDU en la Zona Británica y ver como se desvanecía cualquier posible competencia por parte de Hermes.

En la izquierda, el rival de Adenauer era Schumacher, veterano de la Primera Guerra Mundial y político socialista de primera línea. Schumacher había nacido en Culm, en Prusia oriental, y era el arquetipo del protestante prusiano. Su mentalidad contrastaba con la de Adenauer. No tenía nada de la calidez propia de Renania. Como buen hijo de Culm, estaba siempre en las almenas, a la expectativa, vigilando la llegada del enemigo. Había perdido un brazo luchando por Alemania para acabar siendo recompensado con nueve años, nueve meses y nueve días de internamiento en los campos de concentración de Hitler, con una estancia de ocho años en Dachau. Sus sólidos principios y su experiencia durante el Tercer Reich hacían de él uno de los poquísimos políticos alemanes provisto de unas credenciales democráticas sin tacha.[64] Al principio se sintió muy solo: todos sus compañeros, los combatientes, habían muerto. Los campos de concentración, los bombardeos y la Conspiración del 20 de julio «se habían tragado a muchos de nosotros».[65]

Pronto se le vio como un dirigente potencial en la Alemania de la posguerra, pero se quedó en el camino cuando Alemania occidental se desplazó hacia la derecha. Como líder del SPD en las zonas occidentales podía haber esperado ser bien acogido por el Partido Laborista, entonces en el poder en Gran Bretaña, pero los socialistas británicos no le impresionaron. Éstos, no obstante, se sintieron responsables de él. Cuando llegó a Berlín, en febrero de 1946, vio atendidas todas sus necesidades: «El visitante de Hanóver viajó en un avión británico, durmió en una cama británica, tuvo a su disposición un coche británico con escolta británica y, durante su estancia en Berlín, estuvo acompañado por un oficial británico con un revólver listo para disparar». Más tarde Adenauer se sirvió de este apadrinamiento británico para sugerir que Schumacher era una marioneta del Partido Laborista.[66]

El SPD estaba escindido en dos. El líder de la Zona Soviética, Otto Grotewohl, estaba llevando su facción al nuevo bando comunista-socialista, o SED, el Partido Socialista Unificado de Alemania. Schumacher no estaba dispuesto a seguir por aquella vía. Había visto como los comunistas hundían el Parlamento en 1932 (en el llamado *Preussenschlag*), que hizo

naufragar al gobierno del Estado prusiano y abrió las puertas al nazismo. Su amigo del alma en Berlín era Gustav Dahrendorff, otro «rojo» que había pasado una temporada en un campo de concentración y era un opositor acérrimo al SED. Los británicos habían estado cubriendo sus apuestas. En un escenario cortejaban a Grotewohl, o «Jugo» (*der junge Gott*, «el joven Dios», por su físico imponente y su aspecto llamativo). Los rusos recurrían al palo y la zanahoria para ganarse a los socialistas. Ralf Dahrendorf, el hijo de Gustav, años más tarde lord en Gran Bretaña, recordaba la zanahoria: llegaba en forma de *payoks*, paquetes de comida en Navidad.[67]

Aquel invierno Schumacher mantuvo conversaciones en Berlín con Hynd y también con los asesores políticos sir William Strang y Christopher Steel, así como con Clay y Murphy. Los británicos pensaban que los rusos podrían secuestrarlo. Se trataba, evidentemente, de un hombre que inspiraba sentimientos protectores. Dachau lo había arruinado físicamente, un hecho al que se sumó su huelga de hambre en el campo de concentración. Sus ayudantes peinaban el mercado negro en busca de leche y mantequilla, en el convencimiento de que aliviaría su delicado estómago. Sin embargo Schumacher se hacía un flaco favor con su propia dieta de tabaco y café negro.[68] Aquella austeridad no era del gusto de todos. Al igual que muchos prusianos, Schumacher carecía de encanto. Y aquí era donde entraba Carlo Schmid, quien desplegaba los modales que le faltaban a Schumacher y podía hacer del SPD un partido respetable en los salones de aquella sociedad alemana venida a menos. Schmid, que era medio francés, se hallaba, según se creía, como en su casa en cualquier parte: hablando de Baudelaire, escribiendo poesía, abordando asuntos legales como profesor de jurisprudencia o comiendo con los antiguos soberanos de Württemberg en la porcelana china más delicada.[69]

Aunque Schumacher aceptara el ofrecimiento británico de protección, ello no era óbice para sentirse dolido con los Aliados, cuya reputación no era ni mucho menos intachable desde su punto de vista. Consideraba una abominación la idea de culpa colectiva. Schumacher desahogó su cólera en una carta a Hans Vogel:

> No puedes imaginar el efecto espantoso que ha tenido en los alemanes opuestos al nazismo la campaña propagandística para imponer a nuestros compatriotas la «culpa colectiva». Los hombres y mujeres de nuestro país que arriesgaron tanto en la lucha contra el nazismo y el mundo de los grandes negocios antes incluso de 1933, y que tras la toma del poder, en un momento en que las actuales potencias vencedoras seguían firmando tratados con el régimen de Hitler, trabajaban en la clandestinidad y eran encarcelados y recluidos en campos de concentración, ¿deben reconocerse culpables? No tienen que hacerlo de ninguna manera y bajo ninguna circunstancia.

Schumacher se sentía personalmente difamado por la noción de culpa colectiva.[70]

Adenauer y Schumacher se profesaban una aversión mutua. El protestante prusiano era partidario de una administración central; el católico renano, de un Estado federal. Les resultaba difícil hablarse. Michael Thomas lo atribuyó a su respectivo modo de vida: Adenauer era un burgués *(gutbürgerlich)*, mientras que Schumacher trabajaba desde un edificio bombardeado y, no obstante, su conversación estaba teñida de chispa e ironía. Los británicos reunieron a ambos en Hamburgo en marzo de 1946 para comunicarles sus planes de fusionar los estados de Renania del Norte y Westfalia en respuesta a la decisión de los rusos de instaurar en su zona un Estado de partido único. Adenauer recordaba que sir Sholto Douglas apareció «entre redobles de tambor y toques de trompeta». Una imagen muy colonial: los alemanes podían hablar, pero los británicos conservaban todo el poder en sus manos.[71] Como jefe de la administración nombraron a Rudolf Amelunxen, un amigo de Adenauer de sus años de escuela. Adenauer mantuvo una actitud distante, lo mismo que cuando se pidió a la CDU que formara parte del grupo gobernante en el *Landtag*. En realidad, el nuevo *Land* de Renania del Norte-Westfalia era el sueño de Adenauer: uno de los tres Estados semiindependientes imaginados por él para Alemania. Él se quedaría con los restos germanooccidentales de su detestada Prusia, y el centro de gravedad de Alemania se desplazaría varios cientos de kilómetros hacia el oeste. Schumacher estaba horrorizado.

Adenauer no había sido escogido. Los británicos miraban por encima del hombro a varios políticos alemanes de la posguerra. Uno de ellos era

Karl Arnold, alcalde de Düsseldorff. El único situado por delante de él en la CDU era Adenauer. Arnold había sido designado también para el cargo de primer ministro de Renania del Norte-Westfalia, pero no logró hacerse con el puesto más alto a causa de su excesiva modestia y creer que su tiempo había pasado. Victor Gollancz dijo de él que era «uno de la mejor media docena de alemanes que he conocido».[72] George Clare había dispuesto encontrarse con él en su club de oficiales de Berlín, pero el mayordomo del casino le informó de que los alemanes tenían prohibido el acceso. Y no sólo no le permitieron entrar, sino que lo dejaron fuera a merced del frío. Esto ocurría en marzo de 1947, unos dieciocho meses después de la restauración del Estado alemán.[73]

Cultura

La gestión británica de las artes estuvo estrechamente ligada a la eliminación de las malas hierbas nazis; un objetivo admirable en sí mismo, pero que tenía poco que ver con el fomento de la actividad cultural. Por otra parte, era cada vez más evidente que los británicos sólo pescaban en sus redes los peces pequeños, y las protestas en Gran Bretaña iban en aumento. Las quejas por las medidas de desnazificación acabaron difundiéndose entre los alemanes, que veían irritados como los peces gordos del Partido quedaban libres, mientras las autoridades seguían hostigando a miembros de base que no habían cometido ninguna monstruosidad.[74]

Los británicos hicieron bien unas cuantas cosas, pero con desgana. Contaban con su versión particular del club cultural ruso Die Möwe (La Gaviota). Se trataba de una villa confiscada de la Branitzerplatz, en Neu Westend, donde podían agasajar con un whisky a la gente del cine y del teatro. El club tenía su propia castellana en la persona de Else Bongers, antigua bailarina que había sufrido bajo los nazis.[75] Los británicos patrocinaban también actuaciones de la Orquesta Filarmónica de Berlín y óperas en la Volksoper, situada en su sector. Como había ocurrido con Margret Boveri, el primer concierto ofrecido tras la guerra fue un

acontecimiento memorable para Victoria Luisa, la hija del Káiser. En su caso, la princesa escuchó a la Filarmónica de Berlín en Celle. Dirigía Celibidache. Como no había otro espacio disponible, utilizaron la escuela de equitación del criadero de la ciudad, y el podio se colocó en el mismo lugar donde en otros tiempos se había entrenado a los famosos sementales de Celle, mientras que las sillas se dispusieron en la arena. La música «nos rescató de la oscuridad de nuestra vida cotidiana y nos elevó hasta la esfera de lo puro y lo bello. Fue como una redención». El propio Wilhelm Furtwängler no podría haberlo expresado mejor.[76]

N1. Véase p. 588.

N2. En función de la Ley Sálica, las mujeres no podían heredar el trono de Hanóver.

N3. Podría haber motivos para pensar en la existencia de una mafia «cartujana» en el corazón del gobierno militar británico. Robert Birley había sido rector de la Charterhouse desde 1935.

N4. Antes Ulrich Holländer, hijo del escritor berlinés Felix Holländer. Como refugiado judío había servido en el Cuerpo de Zapadores británico.

9

La vida en la Zona Francesa

> Cuando por fin reaparecieron, sus rostros parecían tan blancos como los papeles que llevaban en las manos, y se habían quedado sin habla. Habían pasado aquella media hora discutiendo con tres pequeños burócratas obstinados y desinteresados, medio dormidos ya a causa del vino. Aquellos hombres habían examinado cuidadosamente, o habían fingido hacerlo, todos sus documentos y, luego, insistieron en que debían rellenar un fajo de formularios. Sólo después de haberlos leído atentamente, comprobado y vuelto a comprobar se concedió permiso a cuatro estadounidenses a ocupar dos habitaciones en Stuttgart durante la noche.
>
> JAMES STERN, *The Hidden Damage*,
> Londres, 1990, pp. 104-105

Las medidas adoptadas por Francia para Alemania se parecían sospechosamente a un regreso a los tiempos del cardenal Richelieu y la guerra de los Treinta Años. A los franceses les resultaba sumamente indiferente la cuestión de si un alemán era o no nazi o si necesitaba una cura; bastaba con que fuera alemán.[1] Deseaban la fragmentación del enemigo que durante el último siglo había invadido su territorio en tres ocasiones. El hombre que nombraron para imponer su voluntad en el terreno fue un héroe de las guerras de África, el general Pierre Koenig, un Escipión Africano. Pero a diferencia de Escipión Koenig era cualquier cosa menos un patricio. Su adjunto civil no podía haber sido más distinto de él: Émile Laffon era un abogado brillante, miembro de la resistencia e íntimo de De Gaulle, a pesar de su condición de socialista.[2]

Los franceses no eran ajenos al tipo de comportamiento asociado más a menudo con los rusos. James Stern escuchó en Seldau (Baviera) el testimonio de una amiga semijudía sobre unos hechos acaecidos incluso tras

los escándalos de Freudenstadt, Stuttgart y Vaihingen. Su marido se hallaba fuera, trabajando en su hospital de Múnich, cuando los marroquíes franceses llegaron a la casa de su granja. Dejaron en paz a la mujer –«no la tocaron de milagro»–, pero la vivienda fue totalmente saqueada, y la mayor parte del mobiliario destrozado. Los soldados dieron muerte al ganado y robaron todo lo que se pudieron llevar.[3]

Al principio, los franceses fueron enormemente impopulares en Alemania a causa de su insistencia en presentarse como conquistadores. Por lo que respecta a las atrocidades cometidas, se adherían al principio de «no disculparse nunca ni dar nunca explicaciones». Se sentían agraviados: las migajas que habían recibido del plato de los angloamericanos seguían teniendo poco sentido. Controlaban el 64 % de Baden,[4] más la *Residenz* de Baden-Baden, aunque no la capital: Karlsruhe. En Württemberg era suyo Hohenzollern, el antiguo y minúsculo territorio de los primos católicos de los soberanos de Prusia y Alemania. Era significativo que Sigmaringen, la capital –que difícilmente merece un calificativo tan grandioso–, hubiese sido la última sede del gobierno de Vichy, con Pétain y Laval. Los franceses ejercían la autoridad en Sigmaringen pero no en la codiciada Stuttgart, y contaban con extensas porciones de Renania, incluida Maguncia, pero no con Colonia o Fráncfort.

En julio de 1945 tomaron posesión formal de la «Brassière». A diferencia de los estadounidenses, que requisaron zonas enteras y las segregaron de la población alemana, los franceses confiscaron buenas casas y villas, pero no levantaron vallas. En Baden-Baden instalaron sus cuerpos administrativos en los mejores hoteles de la ciudad balneario.[5] El cuartel general militar se hallaba en Freudenstadt. La elección de aquel lugar respondía a una decisión sumamente extraña, pero acorde, quizá, con su control de Sigmaringen: los franceses fueron los mejores guardianes de sus propios secretos. Siguieron proclamando su contrariedad e intentaron permutar su porción de Württemberg por el resto de Baden, lo que les habría aportado no sólo una ciudad de cierta relevancia como Karlsruhe, sino también un territorio contiguo a su frontera. Pero los americanos no se

avinieron a aceptar el trato;[6] querían la totalidad de la autopista que iba de Karlsruhe a Múnich pasando por Stuttgart.

Proporcionalmente hablando, la densidad de los franceses era la mayor entre los ocupantes occidentales: contaban con dieciocho hombres por cada mil alemanes, mientras que los británicos tenían diez, y los americanos tres. Acometieron la labor de desnazificación, reeducación política y castigo a los criminales de guerra asegurando al mismo tiempo a la población que tendría un «nivel de vida soportable».[7] También castigaron a algunos de los violadores de Freudenstadt y Stuttgart. A los habitantes de esas localidades no se les dijo nada, pero sí se informó a los soldados de que no se tolerarían actos semejantes y se dictaron sentencias de muerte.[8] Aquel buen trato y aquella firmeza tenían como objetivo ocultar un propósito más tenebroso: los franceses no habían olvidado su objetivo de seccionar partes de Alemania occidental, como las comarcas del Rin, el Ruhr y el Sarre, y deseaban estimular sobre todo la lealtad local. Se sintieron frustrados en sus intentos de arrebatar la cuenca del Ruhr a los británicos. Entretanto, transfirieron a Francia todos los recursos que pudieron y se apoderaron de toda la mano de obra disponible en una versión propia del STO, el *service de travail obligatoire*, por el que se había obligado a los franceses a trabajar para los nazis.

El ejemplo soviético de crueldad para con los alemanes fue uno de los motivos del trato más suave que éstos recibieron en la ZOF, o Zone d'Occupation Française. Hubo un conflicto entre las dos tendencias de la administración en Baden-Baden, también llamado «Pequeño Vichy» por los comunistas, quienes, con aquella expresión, aludían asimismo al hecho de que aún quedaban unos cuantos hombres de Vichy –que también era una ciudad balneario– escondidos en la Alemania ocupada. El jefe militar, Pierre Koenig, quería a toda costa mostrarse duro, mientras que su homólogo civil, Émile Laffon, entendía la ocupación como reforma; esta diferencia de planteamiento desembocaba en frecuentes enfrentamientos. Los franceses se llevaron todo cuanto pudieron: de 1945 a 1947 salieron con destino a Francia entre el 45 y el 47 % de las exportaciones de la ZOF. Su venta allí aportó a la ZOF unos saneados beneficios de ocho millones de

dólares, mientras los alemanes estaban sujetos a gravosos impuestos, un racionamiento estricto y una congelación salarial. Por otra parte, los habitantes de la ZOF podían presumir de algunas ventajas sobre, por ejemplo, los de Brandeburgo o Turingia: tenían prensa libre, elecciones democráticas y el derecho a una educación que hacía hincapié en los logros culturales franceses y europeos.[9]

Los alemanes no se mostraron del todo conformes con el dominio francés, debido especialmente a la insistencia de los supuestos conquistadores en su «derecho al pillaje» y a su opinión de que «le boche payera» (el teutón lo pagará). El semifrancés Carlo Schmid, profesor de Derecho en Tubinga, sabía cómo marear la perdiz. No tardó en ser nombrado jefe de la Unión Democrática en la ZOF, y cuando se constituyeron gobiernos en las provincias francesas accedió al cargo de primer ministro de Württemberg-Hohenzollern.[10] Schmid era un político excepcional, padre de la Ley Básica (la Constitución alemana), y no un títere francés. En el SPD parecía federalista, pero cuando se le retaba a definirse se mostraba bastante vago al respecto.[11] Luchó por los derechos de los alemanes: «La democracia sin soberanía es una contradicción en los términos», decía a sus oyentes. También clamó contra el terrible desmantelamiento practicado en la zona. No era una voz en el desierto. En octubre de 1947, por ejemplo, se desataron fuertes protestas motivadas por la interrupción del servicio eléctrico en el hospital de Tuttlingen entre las siete y media de la mañana y el mediodía, y entre las cuatro y las ocho de la tarde, aduciendo que se realizaban operaciones quirúrgicas y nacían niños. El 21 de junio de aquel año, el ministro de Economía de Baden, el doctor Lais, se había quejado «ante Dios y la humanidad» porque se estaban desmontando más máquinas para llevarlas a Francia.[12] «Las confiscaciones sin permiso» se elevaron a una cantidad situada entre los cincuenta y los setenta millones de marcos del Reich de antes de la guerra. Ludwig Erhard calculó en 180 millones de marcos el valor de la maquinaria trasladada al oeste sólo en el bienio 1945-1946.[13]

A veces, los franceses se mostraban más prácticos que los estadounidenses. Éstos habían confiscado la empresa IG Farben y proscrito a

sus directores, mientras que los franceses permitieron que la BASF mantuviera su sede en Ludwigshafen. Por otro lado, no se anduvieron con remilgos para embolsarse una industria de producción de cloro en Rheinfelden, otra de viscosa en Rottweil, las minas de Preussag o el grupo químico Rhodia de Friburgo de Brisgovia y entregarlos a empresas francesas. En Friedrichshafen arramblaron con todo el material útil de la factoría Zeppelin, y lo mismo hicieron con la Dornier en Maybach.[14] Clay manifestó su contrariedad porque los franceses «vivían del país» en Baden-Württemberg, pero hasta cierto punto se trataba de la expresión de una actitud más tradicional en relación con la guerra y la conquista en la que el egoísmo sin tapujos desempeñaba una función importante.[15]

Los franceses consiguieron además captar unos pocos científicos previamente escogidos por ellos para su programa de misiles. En las afueras de Biberach, en su zona, se había instalado un instituto de investigación. El señuelo del que se sirvieron los franceses para inducir a los alemanes a trabajar para ellos fue la promesa de unas excelentes condiciones laborales. Les proponían vivir en Alemania y trabajar en Francia. Allí se hallaban Kehl, frente a Estrasburgo, y Neuf Brisach, que miraba a Alt Breisach al otro lado del Rin. Uno de los científicos, Helmut von Zborowski, inventó el *coleopter*, un aparato pionero de despegue y aterrizaje vertical.[16]

Si uno lee el relato de Elena Skriabina sobre la vida cerca de Coblenza, en la Zona Francesa, podría creer que todo era encantador y luminoso. Los franceses no habían estado presentes en Yalta y no habían prometido entregar a personas de nacionalidad rusa. En un castillo próximo se había instalado una comisión soviética para la repatriación de ciudadanos rusos, pero Elena se libró de las consecuencias de la Operación Keelhaul, lo que probablemente le salvó la vida. Hablaba francés desde su niñez y eso le ganó, evidentemente, las simpatías de los oficiales de la guarnición. Los franceses llegaron a comienzos de julio de 1945, y unos días después ella ayudó a su cocinero a conseguir carne de ternera para las celebraciones del 14 de julio. Los rusos, como es natural, salieron mejor parados que los alemanes, a quienes se capturaba para la realización de trabajos penosos en Francia, aunque no todos los alemanes, ni mucho menos, sufrieron esos

padecimientos, y a los soldados que regresaban se les permitió volver a sus hogares.[17]

Cuando Karl-Heinz Bohrer acudió a la escuela en la Selva Negra, se topó de frente con la vida en la Zona Francesa. Al principio, los franceses eran la potencia ocupante que suscitaba mayor repulsa. Actuaban como mandamases prohibiendo a los alemanes marchar por la acera en la ciudad universitaria de Friburgo. Karl-Heinz oyó hablar de las atrocidades cometidas por las tropas marroquíes. La gente de la zona se mofaba de sus uniformes de opereta. Los franceses deseaban vengarse de la ocupación alemana, y a los alemanes les fastidiaba la imposición política de la «victoria» francesa. No obstante, estas actitudes cambiaron con el tiempo. A juicio de Karl-Heinz, los años siguientes se caracterizaron por un despertar a la política y al erotismo. Leyó el libro de Eugen Kogon, *Der SS-Staat*, que fue prácticamente el primero escrito en alemán que analizaba la maquinaria del terror hitleriano. Descubrió la cultura francesa, sobre todo en la pequeña sala de cine cercana a la escuela de su minúsculo pueblo de Bickendorf; vio *La Belle et la bête*, *Les Enfants du paradis*, *La Mort de Danton* y *Sous les toits de Paris*. Francia –y en especial París– se puso de moda entre sus vecinos. Desapareció la antipatía hacia todo lo francés. Los chicos llevaban boina y colgaban carteles franceses en sus dormitorios. Ansiaban ser aceptados por los franceses.[18] Pero el cambio se hizo esperar. Paul Falkenburger, un francés que daba clases en la Universidad de Friburgo, recuerda que hasta 1947 no se produjo ningún encuentro entre jóvenes alemanes y franceses, y que el primero se celebró en el lago Titi, en la Selva Negra.[19]

Las boinas fueron un símbolo muy marcado de la juventud alemana de la posguerra. Ruth Friedrich las vio brotar como setas en Berlín: «Todo el que creía que tenía algo que decir llevaba una boina negra. Nunca ha habido tantas boinas en la ciudad. Son los gorros frigios de las primeras semanas de la posguerra en Berlín».[20]

Los franceses obtuvieron el Sarre en la Conferencia de las cuatro potencias celebrada en París en abril de 1946.[N1] Eran de nuevo quienes más ansiaban regresar a la *Kleinstaaterei* –el sistema de Estados pequeños e impotentes que había sido Alemania hasta 1806–, y por eso mismo se mostraron reacios a unirse a la Bizona. Las actitudes de los franceses hacia Alemania cambiaron radicalmente tras el final de la guerra. Al principio sólo deseaban exprimir el país, pero pronto advirtieron las ventajas de cortejar a los derrotados alemanes. El presidente De Gaulle lo hizo ya en octubre de 1945, cuando visitó la ZOF y planteó la necesidad de volver a la vida normal, de reconstruir la economía. Los alemanes y los franceses tenían que trabajar juntos «porque somos europeos y occidentales».[21] La razón de todo ello eran, por supuesto, las rencillas entre De Gaulle y Moscú. Los dirigentes soviéticos se habían mostrado fríos con él, y De Gaulle no podía confiar ya en los rusos para salirse con la suya.

De Gaulle seguía insistiendo en que los organismos centrales tuvieran opción de veto en el Consejo de Control. A Koenig le encantaba el papel de opositor a cualquier intento de unificación de Alemania, con lo que se eliminaba toda posibilidad de crear un sistema ferroviario o unos sindicatos centralizados. Koenig se enfrentó a Clay, que estaba sumamente interesado en el restablecimiento de la soberanía alemana para que las tropas estadounidenses pudieran volver a casa. En este punto, los franceses se convirtieron en aliados inconscientes de los británicos, que temían precisamente eso: la marcha de los americanos. Clay se sintió tentado de seguir sin Francia, que estaba dividiendo Alemania de manera deliberada.

El día de Año Nuevo de 1946, De Gaulle insistió en que Alemania debía ser recreada como una confederación y no como un Reich. A medida que el barómetro se hundía, los franceses se mostraron más implacables que nunca en sus demandas de carbón. En la cuenca del Ruhr, la producción había descendido a un 12% del nivel alcanzado en 1943. En junio de 1945, el comandante británico Montgomery había insistido en que el carbón debía quedarse en Alemania «para impedir [...] agitaciones y disturbios».[22] En la Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores (CFM; Conference of Foreign Ministers) celebrada en Moscú el mes de diciembre, los franceses

plantearon una vez más sus demandas de carbón. Exigían envíos anuales de veinte millones de toneladas a partir de 1947. Volvieron a echar por tierra la idea de crear organismos centrales al rechazar la propuesta de una corporación central encargada de supervisar las finanzas. Koenig estaba dispuesto a aceptar una comisión alemana de expertos con tal de que no interviniera al oeste del Rin (sector que los franceses esperaban obtener para sí). Clay pudo ocultar a duras penas su irritación en el Consejo de Control.[23] Se sospechaba que había interrumpido intencionadamente los envíos de trigo a la ZOF.[24] Más tarde propuso abiertamente suspender las entregas. Clay tardó en darse cuenta de que el verdadero peligro para la paz provenía de Moscú y no de París.

La disputa respecto a los organismos centrales se saldó finalmente a favor de la tesis francesa, cuando, al estallar la Guerra Fría, los británicos vieron por fin la posibilidad de que unas corporaciones centralizadas con sede en Berlín pudieran caer en manos de los soviéticos. Los franceses, no obstante, siguieron en desacuerdo con la política angloamericana. Defendían que la economía alemana debía estar al servicio de sus necesidades, mientras que los rusos querían refrenarla; por su parte, Londres y Washington pensaban que debía permitirse a Alemania disfrutar de un nivel razonable de actividad industrial. Para ello, Clay puso fin al desmantelamiento de los centros industriales de su zona en mayo de 1946.[25]

Francia tuvo oportunidad de lucirse en julio y septiembre de ese mismo año. Primero, con la Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores celebrada en París y, luego, en la misma ciudad, con la muy jaleada Conferencia de Paz... que no llegó a serlo. El clima ya no era el mismo entre los Aliados tras el discurso que Churchill había pronunciado en Fulton aquel mes de marzo. La belicosidad del ex premier británico fue impopular en un primer momento: sus oyentes estadounidenses pensaban que se estaba comportando como un imperialista. Ahora le tocaba al ministro soviético de Asuntos Exteriores intentar seducir a los alemanes. En julio formuló una crítica a los Aliados occidentales interpretando la idea acariciada por los franceses de segregar la cuenca del Ruhr como una «agrarización» en el sentido del descabellado Plan Morgenthau. Esa clase de medidas

únicamente servirían para alimentar un espíritu de venganza. Los Aliados necesitaban hacer de Alemania un Estado pacífico y democrático.[26]

En 1946 entró en escena la figura excepcional de la Francia de su tiempo: Robert Schuman, el apóstol de la reconciliación entre alemanes y franceses.[27] Schuman parecía casi destinado a representar ese papel. Había nacido en Luxemburgo en 1886 y, tras escolarizarse allí antes de asistir a cuatro universidades alemanas, había concluido los estudios de abogado en Metz, en la Lorena alemana, en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Acabada la guerra, fue el representante en París de una circunscripción electoral lorenesa, tras la devolución de la provincia a Francia. En 1946 fue nombrado ministro de Hacienda bajo la presidencia de Bidault, y poco después asumió la cartera de Asuntos Exteriores. A partir de noviembre de 1947 ejerció durante nueve meses la presidencia del Consejo, el cargo de primer ministro. Su mandato coincidió con el primer período del bloqueo de Berlín.[N2]

Al principio, la postura de Schuman se alineó con la de De Gaulle. Ambicionaba apoderarse de la cuenca del Ruhr y se oponía a la unidad de Alemania, insistiendo en la necesidad de un Estado alemán federal. Una Alemania segmentada era menos peligrosa. Sin embargo, percibía claramente la necesidad de que Alemania volviera a desempeñar su función en el concierto de las naciones como un socio en igualdad de condiciones. Con tal que aceptara su estructura «inocua» de carácter federal, Schuman estaba dispuesto a liberarla de sus trabas. Sabía también que las naciones europeas por separado tenían pocas posibilidades de competir con los grandes bloques de poder: Estados Unidos, el imperio soviético en Europa del Este, y el Imperio británico. Para poder tener éxito necesitaban federarse. El primer paso hacia la Unión Europea se daría en 1949 con la creación del Consejo de Europa en Estrasburgo, ciudad en cuya universidad había presentado Schuman su tesis doctoral.[28]

Los angloamericanos avanzaban hacia la Bizona: la fusión de sus territorios, que, a juicio de los británicos, supondría un recorte en los costes. Los ministros prosoviéticos del gabinete francés mantuvieron a Francia fuera de aquel acuerdo. La Conferencia de Paz de París se celebró en el

Palacio de Luxemburgo, pero aunque se anunció como una asamblea del nivel de la Conferencia de Versalles tras la Primera Guerra Mundial, en realidad sólo estaba autorizada a abordar asuntos marginales, como la resolución de cuestiones fronterizas en Italia y el este de Europa.

En septiembre de 1946 le tocó a James Byrnes amonestar a los rusos en Stuttgart. Según el Secretario de Estado norteamericano, Alemania era una unidad económica, y el objetivo planteado era la revitalización económica y el autogobierno democrático. Las tropas de Estados Unidos permanecerían en Alemania hasta que se considerase segura. A la alocución de Byrnes le siguió el discurso de Bevin en la Cámara de los Comunes, en el que aludió a la presencia de ministros del Partido Comunista francés en el gobierno de Francia. Nadie se podía apropiar de la región del Ruhr, y Gran Bretaña y Estados Unidos tenían el firme propósito de crear la Bizona. El general William Draper, asesor económico estadounidense, propuso que los franceses se incorporaran a una Trizona como medio de provocar a Rusia, pero los franceses optaron por seguir manteniéndose al margen, imponiendo incluso una barrera aduanera en torno a su zona del Sarre en diciembre de 1946, para mayor exasperación de Clay.[29]

Los franceses habían rebajado sus demandas de carbón alemán. Ahora situaron sus necesidades en medio millón de toneladas mensuales para 1947, para posteriormente elevarlas a un millón. Se temía que la economía alemana pudiera alcanzar a la francesa. No obstante, los envíos se fijaron en función de los rendimientos de las minas: con una producción diaria de 280.000 toneladas se podía exportar el 21 %. Esta proporción aumentaría hasta un 25 % sólo cuando la producción superara las 370.000 toneladas.[30] Las demandas francesas seguían irritando a Clay. El 6 de febrero de 1949 escribió: «A veces me pregunto quién conquistó Alemania, quién paga la factura y por qué». El mes siguiente tuvo, sin embargo, una fructífera reunión con Schuman y expresó su interés por el proyecto del ministro francés para una Unión de Europa occidental.[31]

Cultura

Los comentarios persistentes de De Gaulle sobre Renania hacían pensar a la mayoría de los alemanes que deseaba anexionarla a Francia. El general, sin embargo, insistió en que la política francesa se interesaba únicamente por la seguridad, y que Renania tenía que ser una zona de amortiguación. Aunque las intenciones francesas se contemplaban en general con suspicacia, sus medidas culturales constituyeron un éxito asombroso atribuible en gran parte a Raymond Schmittlein, director de cultura en Baden-Baden. Schmittlein había nacido en Roubaix, en el norte de Francia, pero su madre era alsaciana y él tenía primos al otro lado del Rin. Era catedrático de alemán y había estudiado en la Universidad Humboldt de Berlín, donde conoció a su mujer. Había ejercido la docencia en la Universidad de Kaunas y había sido director del Instituto Francés de Riga. Era gaullista. Su solución para la desnazificación consistía en apartar a la gente de una ideología peligrosa por medio de la cultura.[32]

El famoso novelista de Weimar Alfred Döblin reapareció en Alemania vistiendo uniforme francés y fue censor literario en Baden-Baden. Según su propio testimonio, le pusieron delante montañas de libros escritos durante la guerra o inmediatamente después. Döblin pensaba que la represión no había obrado milagros en favor de las letras alemanas. Sin pretender hacer un juego de palabras (pues la primera novela de éxito de Günter Grass, *El tambor de hojalata*, no se publicó hasta 1959), escribió: «Al principio, lo único que creció en aquel suelo fue hierba *[Grass]* y maleza».[33] Döblin fundó una revista literaria y formó parte de la delegación que inauguró la nueva Universidad de Maguncia. El viaje a la ceremonia inaugural fue toda una aventura. Conforme se acercaban a la ciudad catedralicia, Döblin vio las fábricas en ruinas «como si hubieran sido derribadas por un terremoto», y luego el centro urbano: «Pero ¿dónde estaba Maguncia? Todo lo que uno podía ver eran ruinas, gente sin rostro, vigas dobladas, fachadas vacías: eso era Maguncia».[34] En los antiguos cuarteles, que eran ahora la universidad, el autor alemán observó a civiles y militares que hojeaban las transcripciones traducidas de los discursos de aquella mañana. Había uniformes británicos y estadounidenses entreverados en las filas. Una orquesta empezó a interpretar la obertura de *La flauta mágica*. Entraron

unos hombres con togas y birretes negros. Döblin recordó una graduación en un instituto de enseñanza media de Estados Unidos. El presidente del *Land* pronunció un discurso en el que definía la nueva universidad como la clave para el renacimiento material y cultural de la región.[35]

Aparte de los invitados de las zonas angloamericanas, los franceses se mantenían culturalmente al margen. En Fráncfort no se podían obtener periódicos de Maguncia, y viceversa.[36] El arte, la literatura y la arquitectura franceses siguieron siendo populares hasta las décadas de 1960 y 1970 a pesar de los vapuleos sufridos por los alemanes durante los primeros años de la ocupación, y los franceses no sintieron ningún empacho en exportar su talento. En Maguncia, el arquitecto francés Marcel Lods, discípulo de Le Corbusier, trazó los planos para la reconstrucción de la ciudad. La cultura francesa se mantuvo como un legado de la ocupación. Lo demás ha sido olvidado.

N1. En 1946 se celebraron dos Conferencias de París, una del 25 de abril al 12 de julio, con el objetivo de trazar el mapa político de Europa tras la guerra, y la segunda del 29 de julio al 15 de octubre, sobre los tratados de paz con los aliados de Alemania. *(N. de E.)*

N2. Véase capítulo 20.

10

Zonas y sectores de Austria

¡El 8 de mayo!

El día y la hora en que todas las campanas de Viena proclamaron la paz y el fin de la Segunda Guerra Mundial. Estaba tumbado sobre un frigorífico volcado, sin lavarme ni afeitarme, cubierto de suciedad con mi «uniforme de partisano» en una carbonera de la Plösslgasse, en el Distrito IV. La puerta del sótano estaba guardada por un soldado del Ejército Rojo que sólo hablaba un rudimentario alemán vulgar y que tocaba hasta el hastío los primeros compases de los *Remeros del Volga*, pues era evidentemente incapaz de interpretar el resto.

CARL SZOKOLL, *Die Rettung Wiens*,
Viena, 2001, p. 380

Viena

El 9 de mayo de 1945, el cardenal Innitzer celebró la misa por el nuevo gobierno de Karl Renner, respaldado por los soviéticos. Todas las campanas de la ciudad capaces de hacerlo repicaron en conmemoración del fin de la guerra en Europa. Viena seguía siendo una ciudad triste y devastada. Más de ochenta mil hogares habían sido destruidos total o parcialmente, y treinta y cinco mil personas no tenían dónde vivir. En general, no había gas, electricidad ni teléfono. Extensos sectores del Distrito I habían quedado convertidos en ruinas durante los últimos meses de la guerra y debido al saqueo incontrolado que siguió a la liberación. La Kärntnerstrasse, una calle comercial, fue una de las más afectadas. El comandante francés, teniente general Émile-Marie Béthouart, la describía como un montón de ruinas. En un extremo se encontraba la Ópera, derruida por dentro, y en otro la catedral –la Steffl–, sin tejado.[1]

A diferencia de Berlín, Viena era todavía reconocible bajo el polvo y los escombros. El novelista John Dos Passos llegó a finales de 1945 y hubo de admitir que la ciudad

> presenta todavía el aire y las maneras de una metrópoli. [...] Viena es una vieja reina de comedia musical que agoniza en un asilo para pobres y todavía puede formar con sus labios agrietados la sonrisa de suficiencia de una mujer a quien los hombres han amado, mientras el médico hace su ronda en la sala de enfermos.[2]

Los rusos seguían representando el verdadero poder en la ciudad, y a los austriacos se les encomendaban tareas de recadero. Cuando el conde Alfred Sturgkh apareció con cuarenta y cinco minutos de retraso en una reunión en la Cámara de Comercio fue porque había tenido que descargar una remesa de patatas de un camión.[3] Todo era posible: en Hietzing se expulsaba a la gente de sus casas para beneficio de la guarnición rusa. Los Margarétha tuvieron que trasladarse al ático a fin de dejar sitio a un general. De momento vivía con ellos un cortés coronel que les llevaba flores y vino e iba al ballet.[4] Los antiguos nazis estaban proscritos. La mayoría de los Pg, los *Parteigenossen*, intentaban ocultar su pasado; algunos trataron de esconderse, otros se suicidaron, como el profesor Scherber, el dermatólogo amigo de Josef Schöner, y su esposa, procedentes de Komotau en la Bohemia alemana. En aquellos momentos en que a la gente de habla alemana se la masacraba impunemente no tenía sentido volver a casa.[5]

El cauteloso Eugen Margarétha consideraba un error no matizar en el caso de los nazis.

> Por más justa que pueda ser la medida, es posible que el trato resulte duro en algunos casos individuales de tipos que en sí mismos son decentes; [...] gente que trabaja con dedicación en su terreno y personas indispensables se verán excluidas de la actividad económica.

Era necesario prestarse cierto apoyo mutuo. El verdulero de Margarétha, que tenía un puesto en el Naschmarkt, quería que le firmara una declaración en la que se decía que había sido una buena persona... a pesar de su afiliación al Partido. Margarétha recibió una lechuga por las molestias.[6]

Sentía pocas simpatías por la mayoría de los nazis austriacos, quienes ahora afirmaban que se les había obligado a ingresar en el Partido y forzado a «¡torturar a cientos de miles de personas hasta la muerte, a gasearlas o asesinarlas de una u otra manera! No soy vengativo, pero no tengo paciencia cuando veo y oigo a estos individuos que ahora se presentan como corderos inocentes».[7]

Pero la moneda tenía otra cara. Como muy bien sabían los alemanes, los campos de concentración no sólo habían alojado a prisioneros políticos y a judíos o gitanos inocentes, sino que habían sido utilizados también para delincuentes habituales. Ahora, todos los antiguos internos en los campos podían saltarse la cola del racionamiento y obtener pisos y otras ventajas. En Viena se pusieron a su disposición dieciocho mil viviendas, a las que también tenían acceso aquellos que habían sido desalojados por los bombardeos o se habían quedado sin hogar. La oficina de Margarétha recibió la visita de una pareja de ex internos «que ahora dominan la situación y andan exigiendo trabajos, alojamiento, ropa, etcétera». Eran «delincuentes comunes. Ahora se puede ver la diferencia entre esta clase de gente y los pobres diablos».[8]

Los niveles de subsistencia se habían reducido casi a nada. En Viena había un millón y medio de personas, y unos cuarenta camiones para transportar provisiones a la ciudad. El racionamiento se reintrodujo el 6 de mayo, y el 1 de junio las autoridades rusas fijaron la ración diaria. A los ciudadanos se les asignarían 250 a 300 gramos de pan diarios, más 50 de manteca y 20 de azúcar. La situación empeoró con la llegada en tromba de los refugiados del otro lado de la frontera checa. A los bohemios y moravos famélicos no les disgustaba la idea de atracar las casas del Weinviertel, en el nordeste, con la esperanza de hallar comida. Los vieneses aguardaban impacientes el auxilio de los Aliados occidentales.[9]

Pero éstos avanzaban con lentitud. El 11 de mayo se dijo que los americanos estaban en Amstetten y que los rusos habían llegado a Graz. Más tarde, tropas estadounidenses tomaron Klagenfurt, en Carintia. Los británicos tenían que lidiar con cambios imprevistos en sus planes para Austria, pues, en su ausencia, los partisanos de Tito habían entrado en

Carintia y habían manifestado sus intenciones de tomar para Yugoslavia una parte del territorio asignado a la Zona Británica. Los ánimos estaban muy abatidos en Viena el 16 de mayo, pues se demoraba el momento de ver las tropas occidentales en la ciudad.[10]

Tras un mes de pillaje y violaciones se necesitaba a los Aliados occidentales para elevar la tónica de la ocupación. Los vieneses se percataban de que también podría haber desventajas: los occidentales intentarían controlar la administración hasta el menor detalle, mientras que los rusos practicaban una «liberalidad asiática» unida a una incuria que permitía a los habitantes de su zona ir a su aire.[11] Ésta era, evidentemente, la versión preparada para Austria. En Alemania, los soviéticos no se comportaban así. Al fin y al cabo, los austriacos no eran el enemigo. Los rusos, por ejemplo, apenas estaban interesados en los Pg austriacos. Era posible que los Aliados occidentales ahondaran un poco más. Algunos mantenían que los soviéticos estaban más interesados en eliminar la oposición, pues les impedía ejercer el poder en la zona sin complicaciones.[12]

En aquella situación, el 3 de junio llegó una avanzadilla de Aliados occidentales compuesta por sólo 186 personas en 140 vehículos. El mariscal de campo Alexander se negó a ir y delegó en su lugar al general de división Winterton. El general Flory representaba a los estadounidenses, y el general Cherrière, a los franceses. Los vieneses los localizaron en la Lainzerstrasse y los cubrieron de flores. Fueron recibidos con júbilo, pero los occidentales no se percataron de aquella efusividad: la norma de no confraternizar aún seguía vigente. La noticia comenzó a perder fuerza; se decía que los Aliados iban a tratar a los austriacos de manera «distinta» pero no necesariamente mejor. Los rusos habían reservado once villas para uso de los Aliados occidentales, cuya visita tenía como objeto determinar la partición del país. Pero aunque los rusos los agasajaron con caviar, se mostraron hostiles cuando hubo que enseñarles los aeropuertos.[N1] Se exigió a los occidentales que se marcharan el día 10, pero no lo hicieron hasta el 13. Los rusos deseaban vivamente llegar a un acuerdo: estaban hartos de asumir los costes del aprovisionamiento de la capital austriaca.[13]

Austria se encontraba ahora con nuevos problemas: un sinnúmero de personas convergía desde diversas partes a aquel país empobrecido. Unos cien mil alemanes de Praga, Brno y el sur de Moravia afluían desde el otro lado de la frontera checa, donde sus torturadores les pisaban los talones. Aquella situación se hallaba en boca de todos aquel mes de junio. Austria no disponía de guardafronteras para rechazarlos; los rusos no hacían nada, y no tenían comida para alimentarlos. En Krems, en la Baja Austria, los refugiados estaban profundamente disgustados.[14]

Renner era favorable a que se les dejase entrar, aunque sólo el 20 % tenía algún derecho a la ciudadanía austriaca.[N2] Él mismo era natural de Moravia, de las afueras de Nikolsburg,[N3] donde muchos alemanes de la localidad habían sido masacrados.[15] El resto, decía Schöner, eran alemanes del Reich o checos de habla alemana. El ministro comunista del Interior, Honner, quiso expulsarlos, al igual que los rusos cuando se dieron cuenta de que tenían otras trescientas mil bocas que alimentar. La cuestión era adónde podían enviarlos. Los checos sostenían que abandonaban su país por voluntad propia, como los que dejaban Polonia.[16]

Por lo que respecta a los checos de habla alemana, su actitud era menos la de «sálvese quien pueda» que la de «a nosotros ya nos han podido salvar» (y los demás que se vayan al infierno). Margarétha, futuro presidente del Banco Nacional, disponía de un informe completo sobre la expulsión redactado por el doctor Dyszkant, que había visitado Brno y Praga. Los alemanes, «pero también los austriacos, estaban siendo expulsados y en la carretera de Brno a Viena se podían ver columnas inacabables de refugiados en condiciones sumamente lamentables que cogían cerezas de los árboles, su único alimento. En Praga no se oía hablar ya ni una palabra de alemán».[17]

A cambio de los «austriacos étnicos», los austriacos querían que desaparecieran del país todas las personas de nacionalidad alemana que quedaban en él. En 1945 eran 346.000. Al cabo de diez años, esa cifra se había reducido a 18.600. Eran «tratados sin ninguna consideración, despojados de sus bienes, examinados a fondo y expulsados».[18] El nuevo ministro de Asuntos Exteriores, el doctor Karl Gruber, fue uno de sus

críticos más elocuentes. Habían vuelto a afirmar su superioridad sobre los «desidiosos» austriacos. Gruber clamaba venganza: «Los austriacos habían soportado con dificultad y mucha rabia los largos años de actitud paternalista y entrometida de los prusianos». Gruber añadía que, según él, muchos alemanes habían venido a Austria para escapar de las consecuencias de sus actos en su país. Esta afirmación tenía, posiblemente, una parte considerable de razón, pero recordaba peligrosamente al familiar juego de despistar a los Aliados.[19]

Lejos de mostrar simpatía hacia sus hermanos y hermanas alemanes étnicos de Checoslovaquia, Hungría y Yugoslavia, los austriacos comenzaron a dar muestras de cierta agresividad con el fin de exigir territorios para su martirizado Estado. Estas demandas no provenían del gobierno federal, pero contaban con el respaldo de Gruber, en especial por su condición de gobernador del Tirol. Si los polacos podían poseer algo más de tierra, ¿por qué no los austriacos? El recién creado Burgenland seguía aspirando a la ciudad de Ödenburg (Sopron en húngaro), que había sido concedida a Hungría por el tratado de Saint-Germain y no había sido recuperada con el resto del Burgenland debido a un «plebiscito falsificado»;[20] Josef Rehrl, gobernador de Salzburgo, dirigió un llamamiento para desgajar de Baviera Berchtesgaden y la comarca de su entorno –a pesar de su pasado ignominioso–, así como el Rupertiwinkel, que había sido enajenado al arzobispado de Salzburgo en 1809.

Cuando no se dedicaban a planear una fusión con Suiza (de la que también se habló en el Tirol), los habitantes del Vorarlberg contemplaban la posibilidad de hacerse con el Kleine Walsertal, en cuyos pastos se elaboraban algunos de los mejores quesos de la denominación Bergkäse; los tiroleses querían hacerse con sus hermanos y hermanas del sur; la Alta y la Baja Austria contemplaba con envidia Moravia y Bohemia meridionales, a pesar de las avalanchas de odiados refugiados de habla alemana y de ciertas noticias de que los checos estaban purgando la región de teutones; finalmente, se llegó incluso a debatir en Estiria y Carintia sobre una posible revisión de las fronteras, no sólo para mantener a raya a los yugoslavos, deseosos de arrebatar algunas zonas de Austria donde había poblaciones

eslovenas. Los carintios llegaron a mencionar el Kanaltal y Gottschee,[N4] donde había grupos dispersos de alemanes que habían llegado desde su patria y se sentían inseguros en el mundo de la posguerra.[21] Renner dio luz verde al Foreign Office para que echara un jarro de agua fría sobre esas reclamaciones territoriales; Gruber, sin embargo, habló, incluso, de «reparaciones».[22] La historia de que los alemanes les ofrecieron devolverles los huesos de Adolf Hitler constituye una posible respuesta a esas demandas.

Margarétha, que no recogió en su diario la muerte de Hitler, se refirió al presuntuoso egoísmo de los vieneses en su entrada del 14 de agosto:

> Los vieneses no sienten ningún interés por la bomba atómica ni por la participación de los rusos en la guerra [de Asia]... ni por la rendición japonesa; lo único que les interesa son las cuestiones siguientes: ¿cuándo se pondrá fin a las insoportables líneas de demarcación dentro de Austria? ¿Cuándo nos libraremos de los rusos? ¿Cuándo estarán por fin listas las líneas del tranvía? ¿Cuándo vamos a tener carne, y cuándo, finalmente, algo de tabaco? ¿Cuándo dispondremos de carbón y leña para la calefacción; y cuándo de gas? ¿Cuándo habrá vidrio para los cristales de las ventanas? Las elecciones no les interesan a los vieneses en absoluto...[23]

En Londres, las ambiciones territoriales de Austria fueron desestimadas de plano. La Comisión Asesora Europea se limitó a la tarea de dividir Austria en cuatro zonas de ocupación. El acceso a Viena desde las zonas occidentales se retrasó, no obstante, hasta junio. Entretanto, algunos grupos políticos del exilio siguieron presionando a los Aliados, que, a su vez, les prestaron escasa atención. Tras el regreso de Otto de Habsburgo a Europa en 1944, Londres fue el centro de la agitación legitimista. El aspirante al trono no había tenido un éxito fulgurante. Su campaña de agitación en Estados Unidos había disgustado a los gobiernos en el exilio, y en abril de 1943 el Departamento de Estado americano tuvo que hacer pública una declaración en la que exponía su nulo deseo de restablecer a los Habsburgo.[24] Uno de los dirigentes monárquicos era el aristócrata judío barón Leopold Popper von Podhragy. En junio, Podhragy escribió con el seudónimo «Florian George» un panfleto en el que atacaba a Renner y que se titulaba *Un experimento en socialismo*.[25]

Renner se había puesto a sí mismo al descubierto: era el «vicario de Bray» austriaco, un adulador de los comunistas que había iniciado su carrera como pangermanista y discípulo de aquel Schönerer antisemita que había ejercido una influencia determinante en Adolf Hitler. En 1918, cuando Austria fue despojada de sus Estados súbditos, Renner había ambicionado su unión con el Reich alemán. Su sentimiento en este punto era muy similar al del resto de sus paisanos en aquel momento. También había estado implicado en los levantamientos socialistas de 1919, 1927 y 1934. Podhragy era favorable a Dollfuss, el canciller austriaco abatido a tiros por los nazis y que, a su vez, había reprimido brutalmente la sublevación socialista. Dollfuss había desguazado asimismo la democracia en Austria instaurando el Estado Corporativo. En la Austria de Dollfuss, la prensa estaba censurada y las detenciones eran arbitrarias.[26] Podhragy podía haberse hallado en lo cierto al sospechar que tanto Dollfuss como su sucesor, Schuschnigg, tenían inclinaciones monárquicas. En el año 1938, Renner había apoyado públicamente el *Anschluss* con Alemania, mientras que otros «austrogermánicos» se habían mostrado más reticentes con los nazis.

Renner había sido muy claro al exponer sus razones en apoyo del *Anschluss* y había instado a los austriacos a hacer lo mismo. En un artículo publicado en Londres en mayo de 1938 había acusado a Dollfuss de «monarquismo y clericalismo medieval». La «Austrogermania», un término acuñado por él, era, y seguía siendo, según su opinión, parte integrante de la República Alemana.[27]

Después de abril de 1945 no renunció a estas ideas y su interés en hacer desaparecer toda la parafernalia del Estado Corporativo se mantuvo inalterable. Además, se había convertido en una marioneta de los rusos. Los servicios secretos estadounidenses informaron de que era casi imposible situar a alguien cerca de él, pues siempre estaba flanqueado por guardaespaldas rusos.[28]

Siete años de dominio alemán habían generado no pocos cambios. Si en 1938 la mayoría de los austriacos estaba dispuesta a apoyar algún tipo de vínculo con Alemania –no necesariamente con los nazis–, en 1945 nadie

habría admitido abiertamente una proclividad pangermánica. El comportamiento de los alemanes en Austria inmediatamente después del *Anschluss* –la deportación de un gran número de ministros y funcionarios del gobierno a Dachau, la brutal venganza contra cualquiera que hubiese intervenido en la represión de los nazis durante el período en que fueron ilegales, la confiscación de más de la mitad de las bases de la industria austriaca,[29] [N5] la deportación de los judíos (aunque muchos austriacos no sólo se mostraron indiferentes en este punto sino que lo secundaron de manera activa), las privaciones debidas a la guerra, las muertes de allegados y parientes, y, finalmente, el delito capital de la derrota– había servido para cortar de raíz cualquier vínculo de afecto que pudiera haber unido a los dos pueblos situados a ambas orillas del Inn. Si después de 1945 había austriacos partidarios de Alemania, mantuvieron la boca cerrada o buscaron alguna otra escapatoria.

Las autoridades soviéticas practicaban su juego habitual y retrasaban la entrada de los Aliados occidentales. Según lo expuso el comandante estadounidense, el general Mark Clark, con el lenguaje implacable de la Guerra Fría de 1950: «En aquellos momentos estaban ocupadas en saquear Austria y no querían ser molestadas».[30] El 4 de julio de 1945, los Aliados se volvieron a reunir para decidir la forma del Consejo de Control. Las misiones occidentales estuvieron presididas por los subgobernadores militares: el general Winterton por Gran Bretaña, el general Grienther por Estados Unidos, y el general P. R. P. Cherrière por Francia. El comandante ruso se encontraba, supuestamente, enfermo,[N6] y la Unión Soviética estuvo representada por el coronel general A. S. Zheltov, un comisario político que ocupaba un alto rango en la NKVD y era famoso por su actitud completamente negativa.[31] En realidad, Tolbujin había caído en desgracia y fue sustituido por Kóniev el 7 de julio. Stalin estaba furioso con él porque había permitido que el Ejército Rojo ofreciera una imagen desfavorable de la Unión Soviética.[32] Fischer iba a la búsqueda de un SED al estilo de Alemania: un frente unido de comunistas y socialistas. Le habían inspirado las elecciones celebradas en Francia, que habían permitido el regreso de los comunistas como el mayor partido del país. Schärf temía que si los Aliados

occidentales no llegaban pronto, se produciría un golpe de Estado comunista.[33]

Las zonas no se fijaron definitivamente hasta el 9 de julio. La Unión Soviética se aferró a sus bastiones en el este: el Burgenland –abolido por los nazis y recreado por los rusos– y la Austria Baja y Alta al norte del Danubio. Estados Unidos se encontraba frente a ellos al otro lado del Danubio en la Alta Austria y había ocupado también el Salzkammergut. Gran Bretaña había echado el ancla en el sur, con Carintia, Estiria y el Tirol oriental. Francia se quedó con el resto del Tirol y el Vorarlberg. Esto supuso algunos ajustes de líneas de demarcación, como había ocurrido en Alemania. Los rusos habían ocupado la mitad oriental de Estiria. Margarétha expresaba, probablemente, la opinión de la mayoría de los vieneses cuando exponía su desencanto por la ocupación. La porción rusa del pastel «significaba que los rusos sangrarán aún más el territorio en torno a Viena y nosotros no recibiremos patatas ni fruta ni leche ni huevos...».[34]

La ciudad fue dividida en cuatro sectores, como Berlín, con el acuerdo de los Aliados. La diferencia radicaba en que el Distrito I, que cubría la ciudad medieval, bordeada por la famosa Ringstrasse, era gestionado por las cuatro potencias (una función asumida por un vencedor distinto cada mes). El mando estaba representado por cuatro generales que tenían el poder supremo en su sector correspondiente y administraban en común el Distrito I. Había comisarios políticos, cuya presidencia estaba sujeta también a un cambio mensual. El Distrito I era patrullado por los famosos «cuatro en un jeep»: un Policía Militar de cada una de las potencias ocupantes.

Al margen del Distrito I, los Aliados tenían sus sectores, cada uno de los cuales incluía una porción de la ciudad situada en el interior del cinturón de ronda, así como algunas zonas suburbanas. Los rusos tenían el antiguo barrio judío en el Distrito II y Florisdorf, a orillas del Danubio, lo que les ayudaba a mantener el control de la vía fluvial, Wieden y Favoriten; los americanos recibieron Neubau, Alsergrund, Josefstadt, Hernals, Währing y Döbling con sus viñedos; los franceses controlaban Mariahilf, con su famosa calle comercial, Penzing, Fünfhaus y Ottakring. Sus oficinas se

hallaban en la antigua Academia Militar. El general Béthouart se alojaba en la villa de la señora Petznek, en Hütteldorf. La señora Petznek era la única hija de Rodolfo, el príncipe heredero; tras su matrimonio con un príncipe de la familia Windischgraetz, se había casado con un político socialista. Los rusos habían ocupado la villa antes que el general francés y se habían llevado gran parte del mobiliario y arrancado las coronas de los libros de la biblioteca. Los británicos controlaban la Landstrasse, con sus importantes comunicaciones con el aeropuerto de Schwechat, y los barrios de Margarethen, Simmering y Hietzing.

Los Aliados eran los custodios de la soberanía de Austria. Según el Acuerdo de Londres, redactado en enero de 1944 por la Comisión Asesora Europea, seguirían ejerciendo el poder ejecutivo hasta que se restableciera la independencia mediante un Tratado de Estado. El gobierno austriaco tenía que someter sus propuestas a las cuatro potencias, cuyas decisiones debían ser unánimes. La Unión Soviética rechazó la propuesta de garantizar la soberanía de Austria diez años, como había sugerido el secretario de Estado americano Byrnes en febrero de 1946, con el apoyo de los británicos. El pretexto de los rusos era que el país había sido insuficientemente purgado de nazis, aunque ellos se mostraban muy lentos en la persecución de los culpables.[35]

Las potencias occidentales nunca habían confiado en Renner. Su principal rival era Leopold Figl, ex interno en Dachau, que fue el primero en abogar por una vuelta a la Constitución federal de 1929. Figl, descrito por Mark Clark en tono condescendiente como «un hombrecillo valiente y competente»,[36] fue la primera gran figura política de la Segunda República austriaca. Era un viticultor de la Baja Austria y había presidido la *Bauernbund*, o Unión Campesina, hasta 1938. Había recibido una educación política severa pero eficaz en Dachau, donde pasó sesenta y dos meses cautivo de los nazis junto con otros varios personajes políticos relevantes de la Austria de la posguerra. Su tozudez de campesino resultó ser un patrimonio valioso cuando tuvo que tratar con Kóniev; se le podía ver a menudo saliendo a trompicones del hotel Imperial (requisado por el comandante ruso), repleto de vodka tras alguna negociación peliaguda. Otro

septembrista fue el doctor Karl Gruber, ministro austriaco de Asuntos Exteriores sólo de facto, pues Austria no tenía oficialmente derecho a gestionar su propia política exterior.

Figl fue liberado el 6 de abril de 1945. El 17 llegó al Imperial para hacer las paces con los conquistadores.[37] Salió de allí con el nombramiento para el cargo de *Landeshauptmann*, o gobernador, de Baja Austria. Los rusos no sentían un especial aprecio por Figl y su conservador ÖVP,[38] pero como estaban cubriendo sus apuestas a la espera de que Austria cayese dentro del bloque comunista, respaldaban mientras tanto un sistema multipartidista. Sin embargo, aunque sólo fuera para asegurarse de que los austriacos no iban a tenerlo tan fácil, atendieron también a las demandas yugoslavas de reparaciones y modificaciones de fronteras.

Tras sentarse a la mesa de Viena, los estadounidenses captaron la situación política. Renner se había mudado de su antigua casa y ocupaba el local donde hubiera una emisora de radio de la SS en la Himmelstrasse, en Grinzing. Los americanos conocían su pasado pangermanista y su apoyo al *Anschluss*. Sus ataques persistentes contra Dollfuss habían irritado a Figl, quien insistía en que, en el fondo, el canciller asesinado había sido un demócrata.[39] La situación no era obvia: algunos socialistas, como Renner, habían conseguido no acabar en un campo de concentración durante los años nazis, mientras que los dirigentes del Estado Corporativo –que podían haber simpatizado con Hitler de haber jugado bien sus bazas– habían pasado largas temporadas, y a veces fatales, en Dachau y Mauthausen. La OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos, no recomendó al gobierno estadounidense reconocer el régimen de Renner hasta el 6 de septiembre.

Los británicos se hacían también los duros. El 26 de septiembre manifestaron a los americanos que no estaban dispuestos a reconocer a Renner porque los comunistas lo tenían en un puño.[40] Pensaban que los comunistas deseaban extender su influencia sobre toda Austria. El apuesto asesor político británico Jack Nicholls (conocido por sacar de contrabando en el maletero de su coche a mujeres que corrían peligro a manos de los rusos) había expresado también sus dudas sobre el engreimiento de Renner. Con el tiempo, los británicos siguieron la estela de Clark, que defendía la

postura de darle tiempo para que limpiase sus establos y formara un gobierno más representativo.[41]

Los británicos se mostraron obstinados respecto a su entrada en Viena, pues los rusos les habían vuelto a ganar por la mano. Habían dejado que Churchill resolviera el asunto en Potsdam, pero éste no lo había hecho. Su negativa a marchar a su sector era «casi destructiva».[42] El resultado fue que Stalin accedió a alimentar de momento a la población vienesa, aunque no se trataba, ni mucho menos, de una solución humanitaria, a menos que se pudiera confiar en que los rusos iban a hacerlo de manera apropiada. Lo cierto es que Austria, sumida en la pobreza, estaba alimentando a un gran número de extranjeros. Dentro de sus fronteras de antes de 1938 había alrededor de un millón de refugiados y unos trescientos cincuenta mil soldados. El grueso de este contingente estaba formado por rusos, aunque también había cincuenta mil estadounidenses, sesenta y cinco mil británicos y cuarenta mil franceses. La cifra se redujo a un total de sesenta y cinco mil soldados a finales de 1946.

La reunión de los vencedores en Potsdam en el verano de 1945 no consiguió resolver la cuestión austriaca. No obstante, hubo acuerdo sobre un punto: que dada su condición de «víctima», Austria no tendría que abonar reparaciones. Los franceses cuestionaron esta resolución enviando a su país partes valiosas de la industria austriaca hallada en su zona, pero los rusos lo abordaron de una mejor manera. El día en que se inauguró la conferencia, el *Daily Telegraph* informó sobre la hipocresía del comportamiento soviético. Los rusos habían sacado ya de la ciudad toda la maquinaria, coches, autobuses y ganado: «Austria es libre, pero ha sido desvalijada de todo lo necesario para sustentar o reconstruir su vida». Durante seis semanas no se habían suministrado víveres a la ciudad, y la mitad de los recién nacidos había muerto. Los cadáveres de los defensores de Viena yacían aún bajo las ruinas de los edificios por los que habían combatido.[43] [N7]

Los Aliados habían nombrado a sus propios altos comisarios para gobernar sus zonas. Aquellos hombres presidían varias comisiones encargadas de resolver problemas particulares, como la desnazificación, la

devolución de propiedades confiscadas, los desplazados, los prisioneros de guerra, los asuntos militares y el desarme. Una vez reconocido el gobierno de Austria tras las elecciones de 1945, los altos comisarios de los Aliados tuvieron el rango de ministros en sus respectivos gobiernos.

En realidad, a pesar de los informes publicados en la prensa británica, hubo al principio un pequeño grado de cooperación entre los Aliados occidentales y Rusia, y algunos «activos alemanes» fueron bien gestionados, mientras que otros se devolvieron a sus propietarios originales. En un primer momento, los Aliados administraron conjuntamente la industria petrolera del país, y el mariscal Tolbujin fue partidario de no sacar de Austria más que la industria pesada.[44]

Llegado el verano, incluso las zonas más acérrimamente comunistas de la ciudad, en el distrito de Heiligenstadt, estaban hartas de sus libertadores soviéticos. A su vez, el Ejército Rojo consideraba increíble que los comunistas austriacos hubieran conseguido instalarse con tanta comodidad en bloques de pisos como fortalezas, con sus cortinas de encaje y sofás mullidos, asociados habitualmente a la burguesía. Una vez que se les cayó la venda de los ojos, se produjeron frecuentes escenas de violación y pillaje.[45] El 22 de julio de 1945 se vieron en Mauer treinta coches estadounidenses.[46] Tres días más tarde, un suboficial de intendencia británico fue a visitar al economista Eugen Margarétha y le preguntó cortésmente si tenía alguna habitación libre. Los Margarétha le ofrecieron dos en la planta baja. Se esperaba a los ingleses al día siguiente. Pero también esto resultó ser otro rumor optimista. El 5 de agosto aún no se habían presentado. Finalmente, el día 12 llegó un capitán de los Coldstream Guards, «una persona encantadora y elegantemente vestida», que se apiadó de ellos y les llevó bocadillos y cerveza. A final de mes se restableció el suministro eléctrico y el frigorífico de los Margarétha volvió a funcionar provocando un gran júbilo en la casa.[47]

El mundo estaba en paz desde el día 15. El 19, la antigua capital del gran Imperio habsburgués, ahora hecha trizas, contó con un nuevo monumento. En la plaza Schwarzenberg, en el centro de la ciudad, se erigió una elevada columna rematada con la figura de un soldado del Ejército

Rojo con casco dorado. El evasivo Margarétha, remiso a hablar sobre lo que habían estado haciendo los rusos desde su llegada aquella primavera, dijo que ya se le daba el sobrenombre de «El monumento al saqueador anónimo». La mayoría de sus compatriotas la conocían como «El padre desconocido» o, más vulgar, «El violador desconocido». Los rusos levantaron su monumento seis días antes de que los demás comandantes aliados se trasladaran a sus alojamientos.[48]

Kóniev les había pedido que fueran a Viena el 23 de agosto para admirar al «Padre desconocido», pero antes había previsto devolver al general Clark su gesto de hospitalidad, así que le pidió que le hiciera una visita en su cuartel general de Baden, en la antigua capital de verano. En 1945, la ciudad se convirtió en cuartel general del ejército soviético, y oficiales y civiles rusos se trasladaron a las residencias vacacionales a las que los relatos de Arthur Schnitzler habían conferido una dudosa reputación. Los rusos se habían quedado con la mayor parte de la pequeña localidad balneario y habían cercado sus instalaciones con alambre de espino. Pidieron a Clark que pasara revista a las tropas y, luego, volvieron a llevarlo al cuartel general a beber vodka. Caía la tarde. Los rusos estaban «obviamente dispuestos a pasarla bebiendo. Mi grupo fue agasajado con vodka, y había más licores sobre la mesa cuando llegamos a casa de los Kóniev para cenar hacia las cinco». Clark llegó a la conclusión de que los rusos querían que acabase como una cuba.

Como no podía ser menos, Clark se ofendió al ver que Kóniev respondía a sus tragos de vodka con unos sorbos de vino blanco y se quejó a su homólogo ruso diciéndole que quería beber lo mismo que él: «Verá, sólo tengo un estómago para darlo por mi país». A las diez acabaron de cenar y se dirigieron a la Ópera de Baden para presenciar una actuación de danzas rusas. Clark tenía problemas para mantenerse despierto. A las danzas les siguió una película de propaganda. Luego, Zhéltov insistió en volver a cenar antes de acostarse. Clark llegó a su catre a las cuatro o las cinco de la madrugada. Zhéltov le dijo que volviera a las ocho para ir a nadar. Clark pidió a su ordenanza negro que le despertara a las siete y media de la

mañana. Al ver a su comandante, el ordenanza le preguntó: «Jefe, ¿bebió usted también algo de esa gasolina?».[49]

Clark no tenía nada personal contra Kóniev, y al principio la relación fue bastante cordial. Los rigores de la Guerra Fría no comenzaron hasta el año siguiente, pero en su autobiografía Clark da la impresión de que estuvieron presentes desde el principio. El general estadounidense cita un ejemplo de su entendimiento mutuo cuando expuso al ruso su opinión sobre Fischer: «No me gusta porque es un comunista». Kóniev se mostró impertérrito y, por lo que parece, respondió: «Eso está bien; a mí no me gusta porque es un comunista austriaco».[50]

Martin Herz, oficial estadounidense de los servicios de inteligencia, que entrevistó a Fischer en agosto, le entendió mejor. Fischer era un comunista pragmático. A diferencia de Ulbricht en Berlín, admitía que los rusos habían violado mujeres durante la ocupación y que entre los policías de emergencia nombrados por ellos había «muchos delincuentes de lo más abyecto de la población». Ellos habían sido responsables, en parte, del pillaje. Fischer no era partidario de proscribir a medio millón de nazis austriacos. La cifra era, sencillamente, demasiado grande e incluía, sin duda, a muchos adheridos y miembros nominales del Partido: «Declararlos ilegales y convertirlos en parias no sólo sería poco sensato sino también injusto». Admitía con franqueza que el nacionalsocialismo «era una máquina de terror que trabajaba con una precisión mortal y exigía una aceptación nominal de personas que sólo se plegaron a él a fin de poder vivir». Había que permitir a los nazis corrientes redimirse por sí mismos.[51]

Clark hizo un pequeño regalo a los vieneses antes de regresar a su pabellón de caza de Hinterstoder. En una mina del Salzkammergut, los americanos habían descubierto la corona y demás insignias reales del emperador Carlomagno. Ahora deseaban devolverlas al lugar que les correspondía. Por desgracia, eso significaba depositarlas en el Hofburg, el palacio imperial, situado en el centro de Viena y ocupado por los rusos. Renner se oponía firmemente a que los americanos dejaran aquellos objetos en un lugar al alcance de los rusos, así que los guardaron en los sótanos del

banco que les servía de cuartel general.[52] Los norteamericanos lo habían acondicionado como si se tratara del propio Pentágono.[53]

Kóniev fue quien puso fin a la intransigencia de los británicos. El 27 de agosto anunció que el 1 de septiembre retiraría su mando sobre los sectores de Viena, y que a partir de esa fecha esas zonas quedarían «sin dueños». La jugada funcionó, y americanos, británicos y franceses ocuparon sus posiciones a primeros de mes.[54] Ahora podían contemplar de cerca la ciudad de Viena, coto exclusivo de los rusos desde comienzos de abril. Herz observó que doscientos mil vieneses comían en las cocinas gratuitas instaladas por los rusos.[N8] Era difícil no reconocer cierto mérito a los comunistas austriacos. No estaban contaminados por su pasado austriaco, sino sólo por su estancia en Moscú y por la incertidumbre acerca de las instrucciones que habían recibido. Los socialistas, en cambio, estaban comprometidos por su apoyo a la fusión con Alemania, y los conservadores porque habían formado parte integrante del antidemocrático Estado Corporativo. Los comunistas contaban con un «Programa Inmediato», que exigía una purga de los nazis, comisiones tripartidistas para arrancar las malas hierbas fascistas de la administración, una reforma administrativa, la nacionalización de la industria y una política exterior democrática. No se pretendía que fuese un programa revolucionario.[55]

La primera reunión de los altos comisarios se celebró en los aposentos de Kóniev, en el hotel Imperial, el 11 de septiembre. En opinión de Clark resultó un caos. Fue la primera oportunidad que tuvo Béthouart de encontrarse con el carismático general estadounidense, y llegó a la conclusión de que parecía un indio sioux. La agenda se basó en el acuerdo entre las cuatro potencias decidido en Londres antes del final de la guerra. Los rusos sabían exactamente qué querían: controlar el Danubio, los grandes campos petrolíferos de Zistersdorf, en el Weinviertel oriental, y la «cesta de pan» austriaca de Burgenland. Ya controlaban la mayor parte de las infraestructuras: el control de las líneas ferroviarias, carreteras, aeropuertos y líneas telefónicas. Todas las llamadas internacionales pasaban por Viena, lo cual atribuía a los rusos la oportunidad de escucharlas e intervenirlas. De manera similar, la RAVAG, la cadena de radio austriaca,

tenía su sede en la Zona Soviética. Las fuerzas rusas supervisaban así partes importantes de la infraestructura económica austriaca, y no sólo en el este del país sino en toda la nación.[56]

A partir del 20 de octubre de 1945, los Aliados occidentales consideraron prudente trasladar las reuniones a la vuelta de la esquina, a la Cámara de Industria de la Schwarzenbergplatz (denominada, de momento, Josef-Stalin Platz). Eso significó la expulsión de los Margarétha, que encontraron nuevos locales y fueron ayudados a mudarse por conductores negros americanos y trabajadores forzosos nazis, tan debilitados por el hambre que apenas podían transportar los archivadores. Las sesiones de los Aliados se celebraban una vez al mes y se caracterizaban por su rigidez. El alto comisario británico se negó a comparecer porque los soviéticos no permitían a Occidente llevar provisiones a la famélica población. Luego se sirvió un té y se intentó romper el hielo. Kóniev habló con Béthouart sobre Balzac, a quien había leído en ruso.[57]

Es posible que su interés por la literatura francesa le llevara a invitar a los generales Béthouart y Cherrière, junto con el administrador civil Alain de Monticault, a un almuerzo en su villa de Baden. Volvió a correr el vodka. Y, una vez más, Kóniev tenía una finalidad ulterior: deseaba proponer una alianza con los franceses que sirviera a los intereses de ambos en el Consejo.[58] Los comunistas seguían siendo un poder con el que había que contar en la política francesa, y de entre todos los Aliados occidentales, con quienes mejor se entendían los rusos era con los franceses.

Todas las recepciones principales para conmemorar festividades soviéticas importantes se celebraban en el palacio Hofburg. Los festejos eran tan espléndidos como los que ofrecía la embajada rusa de Berlín. Había vodka y caviar en abundancia y los rusos parecían más vistosos en sus trajes de etiqueta del Ejército Rojo que los Aliados occidentales con sus uniformes de color caqui.[59] En cierto modo, el estilo y la destreza para agasajar con una calidad imperial podría explicar el trato cortés que se otorgaba a la antigua casa gobernante austriaca. A Hubert Salvator, sobrino de Francisco José, se le dijo que los rusos respetarían sus propiedades y a su

persona, y se le excusó del deber de alojar oficiales. Béthouart cuenta que los rusos le ayudaban a exponer sus reliquias en las fiestas de guardar.

El cuartel general británico se hallaba en el palacio de Schönbrunn, donde el comandante general, sir Richard McCreery, ocupaba la habitación que había alojado a Napoleón, hecho que irritó considerablemente al general francés Lattre de Tassigny. McCreery, que había servido en el ejército británico en Italia, mantuvo unas relaciones tensas con Kóniev desde el primer momento. Poco después de haberse trasladado a una villa cercana al palacio en Hietzing, los soviéticos secuestraron a su jardinero, a quien nunca más se volvió a ver.[60]

A cada una de las cuatro potencias se le asignó un hotel donde alojar a sus huéspedes. Los rusos se quedaron el Grand, frente al Imperial, donde el comandante tenía sus aposentos. También había sido el favorito de Hitler en sus visitas a Viena. El retrato del emperador Francisco José había sido sustituido por otro de Stalin. Los americanos se apropiaron del Bristol, más pequeño pero de mayor grandiosidad. Los franceses ocuparon el Kummer, en la Mariahilferstrasse, y sólo posteriormente se mudaron al hotel de France, más impresionante, en el Ring. Los británicos estaban en el Sacher, detrás de la Ópera. Todos los Aliados occidentales patrocinaban sus propios periódicos, que se unieron en ese momento a la prensa rusa, muy propagandística, compuesta por *Neues Österreich*, *Arbeiterzeitung*, *Österreichische Zeitung* y *Kleine Volksblatt*. Los americanos lanzaron el *Wiener Kurier*, los británicos *Die Weltpresse*, y los franceses *Die Welt am Montag*.

Clark fue asumiendo gradualmente el papel de incitador del oso ruso, que en Alemania representaba Clay. Creía que los americanos «estaban vendiendo Austria a lo largo del curso del Danubio».[61] Cuando los rusos reclamaron para sí todo el transporte fluvial, Clark señaló que las gabarras, esenciales para la navegación por el río, se hallaban en Linz, en la Zona Estadounidense. Linz estaba en la frontera con la Zona Soviética, por lo que Clark ordenó llevarlas aguas arriba hasta Passau, en la Zona Estadounidense de Alemania. Se filtró que entre ellas había gabarras de Yugoslavia, y los yugoslavos comenzaron a quejarse. Sin embargo, Clark no accedió a

entregar las embarcaciones yugoslavas hasta haber recibido una orden directa del secretario de Estado.[62]

La escena política comenzaba a moverse y parecía esperanzadora para Austria. El 11 de septiembre, el Consejo Aliado dio su beneplácito para el restablecimiento de los tres principales partidos políticos: el popular, el socialista y el comunista. El 24 de septiembre, Renner rehízo obsequiosamente su gabinete para incluir a Figl, lo que llevó a los Aliados occidentales a reconocer su gobierno el 20 de octubre. Renner captó la insinuación y renunció tras las elecciones, celebradas el 25 de noviembre, convirtiéndose finalmente en presidente federal unos días antes de Navidad, cuando los diputados lo promocionaron mediante una votación por unanimidad. El 3 de diciembre, Figl ocupó su puesto.

Los resultados de las primeras elecciones libres desde el año 1930 se hicieron públicos el 2 de diciembre. La participación fue del 95 %. Margarétha, que era uno de los fundadores del ÖVP, las calificó de «espléndidas», y con buenos motivos: las esperanzas comunistas quedaron hechas trizas, y su partido encabezó la lista con algo más de 1.600.000 votos, lo que representaba casi la mitad del electorado. El SPÖ (el Partido Socialista de Austria) obtuvo 1.434.898 votos. Los comunistas, el KPÖ, quedaron muy rezagados en el escrutinio, con 174.255, un 5,5 %. Incluso en la «Viena roja» sólo fueron la tercera fuerza más votada, con seis escaños en la asamblea regional. El SPÖ salió mejor librado, con cincuenta y ocho; el ÖVP obtuvo treinta y seis. Los comunistas sólo consiguieron cuatro escaños en el Parlamento federal. Al parecer, su ruina fue el voto femenino.

Las mujeres componían en ese momento el 64 % del electorado, y habían sufrido demasiado a manos del Ejército Rojo. El ÖVP hizo campaña con carteles que mostraban la peor imagen de los rusos: «Ur-Wiener und Wiener ohne Uhr, wählt ÖVP!».[N9] Otra estratagema consistió en colocar carteles que decían a los austriacos: «Todos los que amáis al Ejército Rojo: ¡votad al KPÖ!».[63] En el electorado faltaban alrededor de un cuarto de millón de austriacos muertos, unos seiscientos mil prisioneros de guerra, medio millón de nazis y varios otros indeseables políticos. Los antiguos nazis no habrían ayudado mucho a la izquierda. Su medio millón de votos

habría ido a parar, probablemente, al Partido Popular. Margarétha pensaba que aquel mensaje constituiría un alivio en el país y en el extranjero.[64] Tenía razón. Los americanos informaron de que Austria era por fin consciente del significado de la democracia. El gobierno de Figl obtuvo el reconocimiento el 7 de diciembre de 1946.[65]

Los vieneses pasaban frío y hambre. Los grandes cafés habían sido tomados por los americanos. Margarétha y su esposa vivieron unas Navidades modestas: el plato de la fiesta fue pescado con pimientos de lata. El capitán británico obsequió amablemente a Eugen con una docena de puros habanos; éste, a cambio, le regaló al oficial de los Coldstream Guards una botellita de coñac.[66] Figl, sin embargo, inició su mandato con ganas de lucha. En medio de un aplauso atronador exigió la apertura de las líneas de demarcación entre las zonas, el restablecimiento de la unidad de Austria, la devolución del Tirol meridional y el fin de la amenaza yugoslava a Carintia. Según él, Austria nunca había sido un segundo Estado alemán.[67]

Los comunistas se sintieron amargamente decepcionados por los resultados de las elecciones, aunque se les aseguró la concesión de una cartera ministerial, que fue asignada a Karl Altmann. Según su periódico *Österreichische Zeitung*, controlado por los soviéticos, «hemos perdido una batalla pero nos hallamos al comienzo del combate por Austria, en el que obtendremos la victoria».[68] Su incapacidad para granjearse el cariño del pueblo austriaco pudo haber sido el motivo de la marcha de Kóniev, que fue sustituido por Vladímir Kurásov a mediados de 1946. Tal como había ocurrido a raíz de las elecciones celebradas en Berlín en 1946, los rusos empezaron a mostrar las uñas causando dificultades a los Aliados siempre que podían por alguna nimiedad. Por lo que respecta a los austriacos, no habían aprendido nada: los partidarios del ÖVP eran fascistas disimulados que engañaban a la población ciñéndose la corona del martirio (Dachau y Mauthausen), mientras que los miembros del SPÖ estaban contaminados por su complicidad en el *Anschluss*.

Era evidente que no se podía confiar en que Austria se gobernase por sí sola.[69]

Alimentando a los austriacos

Cuando Dos Passos visitó Viena a finales de 1945 pudo echar un rápido vistazo por cortesía de la sección de relaciones públicas del ejército estadounidense. Asistió a misa en la capilla del Hofburg y observó como los «galones de oro» de las fuerzas armadas estadounidenses, británicas y francesas escuchaban a Schubert. Los famosos cafés, sucios y sin calefacción, «mantenían una patética farsa de servicio», que proporcionaba el habitual vaso de agua, pero no de crema, aunque todavía tenían las jarras. El escritor se armó de valor y preguntó al camarero qué había en el café. «Secreto de la casa», le respondió. Dos Passos quiso saber también qué comían los vieneses. «Pan y guisantes secos», fue la respuesta.[70]

Había llegado el invierno, las provisiones se hallaban en el punto más bajo y no había combustible para caldear casas y pisos. Los Aliados dieron permiso para talar un gran número de árboles. La alimentación de Viena siguió siendo un motivo de queja para los occidentales. Los soviéticos se habían ido apoderando de las tierras cultivables y las carreteras que conducían a la capital. Antes de la guerra, su zona había producido el 65 % de los artículos de alimentación de Viena. Clark dijo que los americanos se proponían proporcionar a los austriacos 1.550 calorías (según él, un americano medio disponía de 3.000), pero admitía que los británicos tenían problemas para llegar a esa cifra.[71] Tal como estaban las cosas, la dieta variaba considerablemente en el territorio de Austria. En Viena, en el mes de mayo, los ciudadanos consumían unas ridículas 833 calorías, complementadas, probablemente, con frutas y verduras frescas. En la Zona Estadounidense no había mucho más, y los franceses se lamentaban de carecer de medios para dar de comer a los habitantes del Vorarlberg y el Tirol.

La desesperación llevó al gobierno austriaco a moderar la salida de alemanes y conceder la ciudadanía a uno de ellos, el químico Friedrich Bergius, distinguido con el premio Nobel, que había intentado extraer azúcar de la corteza de los árboles. Bergius prometía también elaborar carne

a partir de la madera, proyecto desestimado en la actualidad como pura alquimia. La ciudadanía concedida a Bergius resulta tanto más escandalosa porque había colaborado plenamente con IG Farben durante la guerra y había trabajado por la victoria de los nazis. Bergius huyó a Buenos Aires, donde murió en 1949.[72]

Para recibir ayuda extranjera, Austria tenía que demostrar que había sido enemiga declarada de Hitler. Al principio fueron los rusos quienes causaron problemas al acusar a los austriacos de no haber intentado librarse de él de manera activa. Tras la guerra fue Yugoslavia la que vetó que Austria recibiera ayuda de la UNRRA (United Nations Relief and Rehabilitation Administration; Administración de las Naciones Unidas para Ayuda y Rehabilitación). La ayuda no llegó hasta marzo de 1946. En diciembre del año anterior, el Foreign Office había estado ultimando un acuerdo entre las cuatro potencias para la administración de Austria. El acuerdo garantizaría a los austriacos cierto grado de autogobierno, pero los controlaría mediante vetos. Los Aliados –en particular los británicos y los franceses– deseaban ir reduciendo sus actuaciones en Austria por la sencilla razón de su altísimo coste.

El acuerdo llevaba tiempo en fase de elaboración. Al principio, los británicos optaron por no comentar el borrador a los otros tres Aliados; luego, los americanos se opusieron a él. Cuando por fin se rubricó el 28 de junio de 1946, se suponía que tendría una duración de seis meses, pero en realidad sobrevivió hasta la promulgación del Tratado del Estado Austriaco, el 27 de julio de 1955.[73] Los gobiernos austriacos, tanto el federal como el de los distintos Estados, alcanzaron un mayor grado de libertad y pudieron servirse de un poder casi absoluto para gestionar sus cámaras. El gobierno militar de los Aliados fue desguazado y sustituido por unas «misiones de control». Es evidente que los rusos asumieron el inicio de una nueva era, según se deduce, quizá, de la retirada de Kóniev y su sustitución por Kurásov. Sin embargo, Zhéltov, la pesadilla de Clark, se quedó en Austria.

Los Aliados occidentales hicieron cuanto pudieron por administrar Austria con la ayuda de antinazis, al menos en apariencia. Ulrich Ilg, que había sido ministro en la Primera República de entreguerras, fue un caso

típico entre los designados: la gerontocracia había regresado al poder de manera muy similar a como lo había hecho en Berlín. Los franceses lo colocaron al frente del Vorarlberg. Los británicos trabajaron también para redactar de nuevo el derecho austriaco. El BALU (British Austrian Legal Unit; Grupo Legal Británico-Austriaco) fue una contribución importante a la reimplantación de una Austria no nazi. Aquella corporación se había formado en 1943 sacando a varios juristas austriacos del ejército británico y poniéndolos a trabajar en la Oficina de Guerra. En 1945 fueron enviados a Viena, donde formaron parte del departamento legal de la Comisión de Control a las órdenes del jurista Claud Schuster. Nacido en Gran Bretaña pero de origen judío alemán, Schuster contaba con la ayuda de George Bryant, antes Breuer.

El BALU estaba dirigido propiamente por el teniente coronel vienés Wolf Lasky, que había trabajado en el ayuntamiento hasta 1938, y que en ese momento reclamaba derechos de autor por los libros de textos legales vendidos durante el interregno nazi. Los austriacos se asustaron y lo nombraron magistrado, de modo que ahora disfrutaba de la curiosa posición de ser juez tanto en Austria como en Gran Bretaña. Nunca ejerció en Austria y no tenía ningún deseo de instalarse allí una vez concluida su labor. Más tarde trabajó como asesor legal de los británicos en Alemania.[74] La división legal británica aconsejó que en líneas generales se aceptaran las leyes aprobadas por el Parlamento austriaco.[75]

En marzo de 1947, una encuesta realizada entre los austriacos indicó la popularidad de los Aliados; al parecer, los soviéticos no fueron mencionados. Los británicos eran muy apreciados, pero a los franceses se les consideraba unos «rusos perfumados». Mark Clark era objeto señalado de veneración por su actitud dura con los soviéticos. Figl llegó al extremo de llamarlo «héroe legendario nacional». Dos Passos contaba que solía pasear por las calles de Viena acompañado únicamente por un intérprete en un tiempo en que, de noche, la ciudad se hallaba «como en la Edad Media». La gente salía a la calle por su cuenta y riesgo.[76] La violencia era cosa de los rusos o de las bandas de desplazados. Los austriacos expresaban sus opiniones sobre los distintos grupos de desplazados, cuyos campamentos se

hallaban dispersos por su territorio: los judíos eran los menos apreciados, seguidos de los polacos, los yugoslavos y los rusos. Muy pocos de ellos se habían convertido en bandidos sin ley que buscaban vengarse por la indignidad de la vida que habían llevado como internados en los campos de concentración o en calidad de trabajadores forzosos. Los alemanes étnicos de Checoslovaquia, Hungría y los Balcanes eran quienes despertaban mayores simpatías.[77]

Con poca comida y combustible, Austria tenía que alimentar a 600.000 bocas adicionales. Había unos 170.000 «suabos del Danubio», 151.000 alemanes de los Sudetes y 15.000 de Hungría, además de 15.000 alemanes de Transilvania y del Banato y 170.000 judíos. Las cifras no empezaron a reducirse hasta después de 1949. Los americanos dejaron a los desplazados al cuidado de los austriacos, pero los británicos pensaron que estarían mejor bajo su propia autoridad. Los Aliados utilizaron los campamentos del RAD, el Servicio de Trabajo del Reich, que habían construido los nazis para los trabajadores voluntarios y forzados.[78]

Un caudal constante de alemanes de Bohemia y Moravia llegaba a Austria. Los rusos tenían un campamento para ellos en Melk, a orillas del Danubio, pero estaba sobresaturado y acabó convirtiéndose en una carga para todas las zonas aliadas. La respuesta consistió en exigir la expulsión de los alemanes del Reich. Gruber se mostró especialmente vociferante al hablar de este asunto. Mediante un argumento sumamente insidioso se consiguió que el término «alemán» fuera sinónimo de «nazi». La expulsión de los alemanes de Austria purgaría el cuerpo del país de su antiguo mal. El día 1 de noviembre de 1945, los americanos dejaron de darles sus cartillas de racionamiento en Salzburgo. Austria procuró festejar su pasado antialemán: se publicaron, por ejemplo, libros que mostraban con qué gallardía se había opuesto Austria a Prusia en la guerra de los Siete Años.

En marzo de 1947 hubo marchas motivadas por la hambruna en Viena y en la Baja Austria. Los manifestantes gritaban: «¡Abajo el régimen de hambre de Figl! ¡Queremos nuevas elecciones! ¡Estamos hambrientos!». Los comunistas orquestaron una sentada ante la oficina del canciller. La policía vienesa se sentía demasiado aterrada ante los soviéticos como para

inmiscuirse. Los soviéticos se negaron, incluso, a permitir que intervinieran las patrullas aliadas de «cuatro en un jeep». Las demostraciones se sumaron a la incapacidad de Gruber y los austriacos para avanzar en Moscú hacia la independencia.[79]

Los activos alemanes

La restitución de las propiedades robadas constituía una de las tareas del Consejo de Control. Los distintos Aliados presentaban demandas sobre bienes pertenecientes a su propia gente. Los franceses, por ejemplo, estaban muy interesados en encontrar la biblioteca del antiguo primer ministro Léon Blum, que se había perdido en Austria. Había sido vista por última vez en Carintia, pero nunca fue hallada. En cuanto a las propiedades judías robadas, la restitución se efectuó sólo en ciertos casos, mientras que en otros las adjudicaciones fueron únicamente parciales.[80]

La restitución se complicó debido a diversos factores. Uno fue el palmario desinterés de las autoridades soviéticas por la suerte de los judíos, pues estaban decididas a arramblar con la mayor cantidad posible de bienes y dinero. El 27 de junio de 1946 los rusos se incautaron de todos los activos «alemanes» de su zona contraviniendo el Acuerdo de Potsdam. Aquel acto fue una prolongación de otras medidas similares adoptadas en Hungría, Rumanía, Bulgaria y Finlandia. Cuando Occidente protestó, los rusos, en contradicción con el espíritu de la Declaración de Moscú, dijeron que los austriacos habían «luchado con Alemania».

Los activos alemanes sumaban alrededor de una quinta parte de la industria austriaca: más del 62 % del capital alemán depositado en el extranjero. Las sumas totales para otros países –Finlandia, Polonia, Hungría, Rumanía, Bulgaria y Yugoslavia– ascendían a 188 millones de dólares, mientras que en el caso de Austria la cifra alcanzaba la pasmosa cantidad de 1.500 millones.[81] Algunos de esos activos no tenían vínculo alguno con los alemanes. Otros eran negocios constituidos y desarrollados legítimamente por ellos. Los rusos interpretaron estos asuntos con manga

ancha. De las 120 industrias incautadas en su zona, sólo 47 eran realmente «alemanas»; y de las 76 propiedades agrarias de las que se adueñaron los rusos, solamente una había estado anteriormente en manos alemanas. Los soviéticos declararon su intención de apoderarse, por ejemplo, de veintisiete mil hectáreas de la hacienda de los Esterházy en Burgenland, que difícilmente podía calificarse de alemana y que habría dado de comer (según estimaciones estadounidenses) a entre ochenta mil y cien mil personas. También tenían en su poder el 72 % de los pozos petrolíferos de Austria y la mitad de la capacidad de refino del país.[82]

La decisión de la Rusia soviética de apropiarse de todas las posesiones de los alemanes incluía las empresas que éstos habían arrebatado a los judíos austriacos, obligados a exiliarse o asesinados en campos de concentración. Los rusos rapiñaron también un cúmulo de efectos robados por los alemanes al gobierno austriaco o a ciudadanos extranjeros, y utilizaron las demandas de compensación planteadas por algunas familias judías muy ricas, como los Rothschild, para justificar sus actos, pues afirmaban que, si esas demandas prosperaban, los americanos hundirían en la miseria a los austriacos. En cambio adoptaron una actitud mucho más justa al optar por repartir sus despojos con la gente de su zona. Confiscaron los pozos de petróleo, a pesar de que la mayor parte del capital social había estado antes de la guerra en manos británicas y estadounidenses. Su argumento era que los intereses extranjeros habían sido vendidos legítimamente a los alemanes en 1938 y que los angloamericanos no tenían ningún derecho a reclamar su devolución.[83]

Los rusos se apropiaron de los barcos que hallaron en el Danubio. Algunas compañías incautadas fueron, sencillamente, desposeídas de cualquier objeto de valor que pudiera ser enviado a Rusia. Otras fueron gestionadas con beneficios, como la USIA (Upravleinie Soviétskovo Imushchestva v Avstrii; Administración de la Propiedad Soviética en Austria), empresa creada por los rusos para administrar sus despojos. En 1949, la USIA gestionaba 250 fábricas con cincuenta mil trabajadores y controlaba un tercio de la producción industrial de la Zona Soviética. Estas fábricas manufacturaban todas las locomotoras y turbinas de Austria, la

mitad del vidrio de la nación, combustibles y productos farmacéuticos, y alrededor del 40 % del hierro de las cuencas mineras. Igualmente poseían 157.000 hectáreas de tierra. Los rusos siguieron explotando Austria por mediación de la USIA a lo largo de una década, y se calcula que los beneficios obtenidos durante aquel período superaron los mil millones de dólares. Los Aliados occidentales protestaron pero, como nadie quería la guerra, sus quejas no pasaron de ser pura palabrería.

Rusia también estaba sumamente interesada en echar mano a los activos alemanes en el oeste, aunque esta intención se quedó en nada. No toda la industria se ubicaba en el este. La VÖEST (Vereinigte Österreichische Eisen und Stahlwerke; Fundiciones austriacas reunidas del hierro y del acero) había sido originariamente la Hermann-Göring-Werke, con sede en Linz. Tras las resoluciones de Potsdam sobre las propiedades alemanas, aquellas enormes acerías, de las más modernas de Europa, fueron adjudicadas al Estado austriaco. Visto el comportamiento de los soviéticos en el este, los Aliados occidentales renunciaron a su derecho a obtener reparaciones; en el caso francés, con cierta renuencia.[84]

La confiscación de los campos petrolíferos de Zistersdorf dio lugar a un acto de resistencia por parte de Renner, que se negó a firmar el acuerdo.[85] Los rusos lo amenazaron con denunciarlo a Kóniev, pero Renner debía de saber que tenía el respaldo de los Aliados occidentales, y de Clark en particular, quien –como Clay al norte del Inn– pudo darse cuenta del valor propagandístico de dejar al descubierto las malas artes de los soviéticos en este y en otros casos. Clark afirma también haber frustrado un intento soviético de apoderarse del edificio del Ministerio del Interior.

Cultura

Cuando Carl Zuckmayer regresó a Austria fue consciente de la dificultad de distinguir entre el país «liberado» y el país «ocupado». A pesar de estar controlada por cuatro potencias, Austria tenía su propia administración, y los permisos para poner en escena obras de teatro eran una mera

formalidad. Pese a ello, las autoridades estadounidenses impusieron varias obras dramáticas propias a Ernst Lothar, autor de la novela *El ángel del trombón*, que tuvo un éxito extraordinario y describía el auge del nazismo en Austria. El nombramiento de Ernst Lothar (antes Müller) –que había vivido varios años al otro lado del Atlántico con su esposa la actriz Adrienne Gessner– para el puesto de director de las actividades teatrales en Viena fue una excelente decisión de los americanos, quienes le encomendaron asimismo la tarea de desnazificar el teatro vienés. Como es natural, se mostró implacable. Había dicho a Zuckmayer que, durante quince años, los alemanes no deberían sentir ningún «orgullo». Zuckmayer comentó a su mujer, Alice: «¡Suerte que su único destino es Austria, y además para ocupar un puesto claramente secundario!».[86]

Zuckmayer llegó a la conclusión de que la industria cinematográfica de Austria se hallaba en un estado de «confusión irremediable». Los americanos habían asumido el control de los estudios de Sievering, en las afueras de Viena. Algunos de los viejos talentos, como el cantante y actor Willi Forst, que había dirigido *Wiener Mädeln* [Chicas de Viena] durante el nazismo –pero que nunca la había estrenado porque, según decía, la reservaba para una Austria no nazi–,[87] rondaban aún por allí. El compositor Egon Wellesz no regresó hasta el año 1948, y sólo para una visita. Cuando le preguntaron por qué había tardado tanto en volver, respondió que nadie se lo había pedido. Según ha afirmado Franz Adler, su biógrafo, Wellesz era «discípulo y confidente de Guido Adler, y habría sido un sucesor ejemplar suyo en la Universidad de Viena, donde había enseñado antes de la guerra; sin embargo, después de 1945 nadie llegó siquiera a mencionar esa idea».[88] Con perdón del alcalde de Viena, Theodor Körner, mucha gente creía que la raza seguía constituyendo una desventaja en Austria. Todavía en abril de 1948, Alfred Rosenzweig podía escribir a Ernst Krenek en Estados Unidos que el director judío Otto Klemperer le había manifestado su imposibilidad de conseguir trabajo en Viena o Salzburgo, y añadió: «Nazis como el señor Böhm y el *Oberstandartenführer* Karajan y otros similares, tienen mucho quehacer...». Esto ocurría a pesar de las intromisiones de los Aliados en

asuntos culturales, mientras los soviéticos controlaban el mundo musical de Viena y los angloamericanos convertían Salzburgo en su buque insignia.[89]

Richard McCreery se ganó un lugar en los corazones de los vieneses chapados a la antigua al recuperar las carreras sin obstáculos en las pistas de Freudenau, en el Prater, a pesar de hallarse en el Sector Soviético. Su iniciativa permitió la reanudación de las funciones del elitista Jockey Club, a pesar de que el edificio del club, frente al museo Albertina, había sido destruido en las últimas semanas de la guerra por un impacto directo. Los británicos habían comenzado a organizar carreras de caballos en el parque de Schönbrunn, ubicado en su propio sector. Todo ello ocurrió no mucho antes de que pidieran a los soviéticos permiso para utilizar la antigua pista del Prater. McCreery encomendó las tareas organizativas a su veterinario jefe, el coronel Glynn Lloyd. El 27 de octubre de 1945 se programaron seis actos. En marzo del año siguiente se hallaron fondos para otorgar premios. Las carreras comenzaron a disputarse el 14 de abril de 1946.[90]

Como los rusos habían gobernado Viena meses antes de la llegada de los Aliados occidentales, habían podido elegir los edificios. Los franceses querían un palacio para su Institut Français. Se les ofreció el Palais Coburg, la magnífica residencia de los duques de Coburgo, que dominaba el Stadtpark desde su bastión de la muralla de la ciudad antigua. Por varias razones, los franceses lo consideraban demasiado lejano y aspiraban tener, en cambio, el palacio Lobkowitz, que había sido en otros tiempos la embajada francesa y se hallaba al otro lado del Albertina, en una ubicación mucho más céntrica. Béthouart logró arrebatárselo a los soviéticos durante una recepción para conmemorar el vigésimo octavo aniversario del Ejército Rojo. Los rusos recibieron a cambio –y destrozaron– el Palais Coburg.

Una vez que los franceses entraron en posesión de su territorio cultural, pudieron ofrecer conciertos y exposiciones. Músicos como Jacques Thibaud y Ginette Neveu interpretaron en sus salones, donde también dieron charlas el arquitecto Le Corbusier y el artista Jean Lurçat. La compañía de la Ópera de París representó *Pelléas et Mélisande* en el Theater an der Wien, pues la Staatsoper había sido destruida por los bombardeos. El 24 de marzo de 1947, la Comédie Française puso en escena el *Tartufo*, y la compañía de

Louis Jouvet *L'École des femmes*. Los vieneses pudieron disfrutar asimismo de los manieristas franceses, la moda de Hermès, los Nabis, el cubismo y otras exposiciones, mientras que los tesoros de los museos de Viena se expusieron en el Petit Palais de París.

La Zona Soviética

La Unión Soviética había estado siempre a favor de ocupar el este de Austria, más industrializado. Sin embargo, el 29 de marzo de 1945, cuando sus tropas comenzaban a cruzar la frontera desde Hungría, puso también el ojo en las regiones meridionales de Estiria y Carintia. Gran parte de la industria alemana había sido trasladada allí durante los bombardeos aéreos angloamericanos, y la promesa de pillaje prometía ser generosa. Si se llevaran también esa porción, los soviéticos debilitarían a los británicos y reforzarían su influencia sobre Yugoslavia. Lo cierto es que los rusos consiguieron tomar la mayor parte de Estiria antes de que llegaran los británicos y apoderarse en Graz de cuanto quisieron. Su llegada, además de ser la señal para que los partisanos de Tito entraran en Carintia, hizo que el Primer Ejército búlgaro avanzara hasta ocupar posiciones en la región vinícola de Estiria Meridional, en torno a las pequeñas ciudades de Leibnitz, Radkersburg y Wildon.[91]

Al hallarse temporalmente Estiria en la Zona Soviética, la práctica totalidad de los viñedos austriacos había caído en manos rusas. Los viticultores salvaron lo que pudieron al acercarse los soviéticos. En Gols, en Burgenland, la familia Stiegelmar depositó las botellas en el pozo; en Strass, en el Strassertal (Baja Austria), los Osberger recurrieron a la artimaña de construir un falso muro para salvar sus vinos más excepcionales. En Kloster Und, cerca de Krems, los Salomon depositaron muestras de sus mejores añadas en toneles vacíos, con la esperanza de que los rusos desistieran al escuchar un sonido hueco cuando golpearan las cubas.[92]

Las fuerzas de ocupación rusas seguían comportándose de forma salvaje e incontrolada. El Ejército Rojo celebró el día de la victoria en Europa con un nuevo estallido de saqueos, durante los cuales perdieron la vida cuarenta y cuatro personas. Las violaciones formaron parte de la vida cotidiana hasta 1947, y muchas mujeres se contagiaron de enfermedades venéreas sin medios para tratarlas. Burgenland sufrió las devastaciones de los soldados rusos más que cualquier otra región del este de Austria. En Mattersburg, los campesinos apostaron guardias para advertir a las mujeres cuando los rusos se hallaban a punto de aparecer entre ellos. No obstante, hubo momentos en que la gente tuvo motivos para darles las gracias. Las tropas soviéticas fueron, por ejemplo, las que construyeron el puente de pontones en Mautern, sobre el Danubio, después de que hubieran sido volados otros pasos; ello permitió el restablecimiento de las comunicaciones entre Mautern y las ciudades gemelas de Krems y Stein. El puente aún sigue allí, y los habitantes del lugar lo denominan «el regalo ruso».

Las zonas de los Aliados constituían unidades independientes y no era fácil desplazarse de una a otra; el paso de las de los Aliados occidentales a la soviética rayaba casi en lo imposible. Schärf sostenía que era más fácil ir del Marchfeld, en el nordeste de Viena, a Brno, en Checoslovaquia, que llegar a Salzburgo, en la Zona Estadounidense. Desde Salzburgo era sencillo viajar a Múnich, pero mucho más complicado hacerlo a Viena. Se trataba, hasta cierto punto, de algo intencionado: Stalin deseaba una zona de separación que protegiera a sus Estados satélites de Hungría, Checoslovaquia y Yugoslavia, y quería mantener alejados a sus aliados occidentales.[93] Los rusos retenían en Austria oriental un ejército inmenso con un cuartel general cuya base se hallaba en Baden. El mando se extendía sin interrupción hasta Rumanía, incluyendo Hungría.

El campo de concentración de Mauthausen se hallaba cerca de Linz, en la Zona Soviética. Muchos deportados franceses habían muerto allí, y Béthouart acompañó a varias peregrinaciones integradas por las desconsoladas familias de los difuntos. El 20 de junio de 1947 acudió con Figl y el ministro de Educación, Hurdes; ambos habían sido prisioneros en Mauthausen. Los rusos persiguieron a los nazis con notoria desgana y

delegaron oficialmente en las autoridades civiles austriacas la caza de los criminales de guerra, aunque siempre estuvieron dispuestos a acusar a los demás Aliados de darles acogida. En marzo de 1947 afirmaron que los británicos estaban protegiendo a nazis en Carintia, y siguieron apoyando las reivindicaciones de los yugoslavos sobre una parte del territorio de esta provincia meridional.[94] Los norteamericanos mantenían un registro de la actividad soviética contra los nazis: en Krems, los rusos capturaron a 440 nazis y pusieron a antiguos nazis a realizar trabajos de desescombro en Gmünd y en Wiener Neustadt.[N10] La mitad de Wiener Neustadt había quedado destruida, y hubo brotes de tifus exantemático.[95]

Zona Británica

La Zona Británica de ocupación fue problemática desde el principio. Los rusos habían establecido sus campamentos en Estiria y estaban vaciando la región de todo equipamiento valioso; los búlgaros se habían atrincherado entre los viñedos de Estiria meridional, y los yugoslavos habían tomado partes extensas de Carintia. Mientras los búlgaros eran fáciles de controlar, los rusos y los yugoslavos constituían una pesadilla. Al principio, estos últimos tomaron la capital de Carintia, Klagenfurt, e izaron sus banderas en la ciudad. Cuando el gobernador local se negó a ondear una bandera yugoslava, fue sustituido por un personaje más sumiso. Unos carteles anunciaban que, ahora, Carintia formaba parte de Yugoslavia.[N11] Se formaron a toda prisa «concejos nacionales» ocupados por yugoslavos y miembros de la minoría eslava. Los británicos se sentían impotentes. Estaban en Villach, la segunda ciudad de la región, y eran cuarenta y siete en total: veinte oficiales y veintisiete administradores. Incluso tras la llegada de las fuerzas británicas seguía habiendo más partisanos que *tommies*. «Quedaba excluido imponerse a tiros», aunque los yugoslavos no tenían armas pesadas.[96]

Se produjo al menos un episodio de vis cómica sobre el que informaron los primeros oficiales que aparecieron en Villach. Uno de ellos se hallaba de

reconocimiento en el bosque poco después de la llegada de las fuerzas británicas y se topó con una mujer con uniforme de la Luftwaffe que le explicó que su unidad se había quedado sin provisiones. El oficial británico la siguió hasta un amplio búnker subterráneo donde se encontraban varias mujeres manejando clavijas telefónicas. El búnker resultó ser la principal central telefónica militar del sur de Austria. «Estaban perfectamente al corriente de lo que sucedía y habían supuesto que, antes o después, alguien pasaría por allí y les daría alguna orden.»[97]

Carintia, y no Estiria, fue el eje de los objetivos de los británicos en política exterior en aquella región. Su meta era impedir que Trieste cayera en malas manos... es decir, en las de Tito. Al acabar la guerra se envió a los neozelandeses a tomar el puerto y mantener fuera a los yugoslavos. Trieste se otorgaría a Italia en 1947; hasta entonces se necesitaba para aprovisionar a las guarniciones de los británicos y demás Aliados occidentales. El encargado de convencer a los yugoslavos de que debían retirarse fue el mariscal de campo Alexander. Al negarse éstos, los británicos imprimieron carteles en los que se acusaba a Tito de utilizar métodos similares a los de Hitler. Edward Stettinius, predecesor de Byrnes en el cargo de secretario de Estado estadounidense, amenazó con retirar la ayuda a Yugoslavia. Alexander recurrió a una argumentación tópica en aquellos días y aseguró a Tito que los ajustes territoriales se dejarían para que los decidiera la «conferencia de paz». Los yugoslavos accedieron por fin a irse el 21 de mayo.

Los británicos, en bancarrota, sometidos a unas exigencias excesivas y tambaleándose por los golpes que les había asestado la guerra, se mostraron reticentes a cargar con Austria. A partir de 1943 buscaron una solución que conllevara la independencia de aquel país.[98] En octubre de 1948, la presencia británica se había reducido a siete mil soldados y mil civiles. En marzo de aquel año, Bevin había expuesto claramente que «era imposible defender Austria».[99] La Zona Británica estaba compuesta por Estiria, Carintia y una pequeña parte del Tirol oriental en torno a la ciudad de Lienz. Estiria planteaba a los nuevos dueños el problema de qué hacer con las amplias simpatías hacia los nazis; Carintia, a su vez, constituía un

interrogante distinto: cómo manejar la enorme minoría eslovena. Además de esas cuestiones, estaba el acuciante Acuerdo de Yalta. Los británicos, como los americanos, habían accedido a deportar a cualquier ciudadano ruso que se hallara en sus zonas de ocupación. También habían dicho a Tito que enviarían de vuelta a los yugoslavos que se habían opuesto a él.

Estiria lo había pasado mal bajo los rusos. Al principio, los habitantes de la región se mostraron simplemente agradecidos de que la guerra hubiese concluido. El futuro gobernador, el agricultor Anton Pirchegger, aludió a la piedad típica de los austriacos provincianos para comentar aquella etapa: «Christus lebt und wird wieder regieren» (Cristo vive y volverá a gobernar). Una semana más tarde los rusos llamaban a su puerta exigiendo aguardiente.[100] No fueron, ni mucho menos, bien recibidos. Durante su mandato, los rusos habían violado al menos a diez mil mujeres y se llevaron por la fuerza a trabajar a Siberia a unos quinientos hombres de edades comprendidas entre los quince y los sesenta y un años. Un testigo presencial recordaba las terribles escenas de pillaje y decía que había oído a un suboficial ruso que hablaba alemán pronunciar como justificación la palabra «Vergeltung!» (¡Revancha!).[101]

Mientras los rusos se apoderaban de todo cuanto les atraía, los británicos permanecían en Bruck-an-der-Mur a la espera de que llegara la noche del 22 al 23 de julio, cuando el Ejército Rojo se retiró para ser sustituido por la 46.ª División del V Ejército. El gobernador militar, coronel Alexander Wilkinson, un australiano formado en Oxford, instaló su comandancia militar en Graz, una pequeña ciudad que había manifestado un afecto notorio e indebido por el Führer. El 24 de julio, el general McCreery hizo pública una proclama desde el ayuntamiento. El régimen británico fue estricto; Wilkinson expresó cierto escepticismo anglosajón al decir a sus compañeros de oficialidad que, «de todos modos, algunos austriacos fueron unos nazis bastante tibios».[102] Se confiscaron las casas de todos los nazis que habían huido de la ciudad y los británicos prosiguieron el proceso de desnazificación de los centros docentes. Los rusos habían iniciado aquel proceso con suma parsimonia, mientras que los hombres de Wilkinson

retiraron en total a unos cuatrocientos maestros de un colectivo formado por 3.130 personas.

El objetivo prioritario era dotar a la zona de un liderazgo político estable. En mayo se había nombrado para el cargo de gobernador de Carintia a Reinhold Machold, un político de partido del agrado de los rusos, y varios grupos de sedicentes miembros de la resistencia competían por obtener reconocimiento. Los británicos «liberaron a [los carintios] de sus libertadores». Wilkinson los disolvió. A partir de ese momento, Estiria tendría partidos políticos, y no opúsculos de resistencia. El 25 de noviembre depuso a Machold y nombró a Pirchinger, del ÖVP.[103] Desde entonces, siempre había un observador británico presente en las sesiones de la asamblea provincial, o *Landtag*, y todas las medidas adoptadas por ella debían ser aprobadas. En cierto modo, era más una ocupación que una liberación.[104] Se pretendía reinstaurar el derecho austriaco vigente hasta el 13 de marzo de 1938, pero al ponerse en entredicho esa fecha (ya que el Estado Corporativo había realizado unos cuantos actos discutibles, como el de introducir la ley racial en 1935), se tomó como fuente de autoridad legal la Constitución de 1929. Se impuso a los austriacos el toque de queda. El 1 de agosto, Estiria recibió a su propio juez supremo en la persona del jurista y teniente coronel H. Montgomery Hyde.[105]

Los británicos se mostraron a veces autoritarios y arrogantes, lo que indujo al menos a un austriaco a no tener ninguna duda sobre cuál era, en realidad, la «nación de señores».[106] Un antiguo suboficial británico que entró en la zona procedente de Italia recuerda haber pensado que el término adecuado no era la palabra «liberación»: «A nuestro parecer, los austriacos eran un tipo de alemanes sólo ligeramente distintos».[107] No obstante, la llegada de los británicos causó un considerable alivio, pues los rusos habían esquilmado la provincia. Pero la situación era difícil. Para exponer el punto de vista británico se lanzó un periódico local, el *Neue Steirische Zeitung*. No había comida, y tampoco transporte para llevar pan a las zonas suburbanas y los pueblos de la periferia. El verano fue tan caluroso que la leche se agriaba en los carros que salían de las lecherías. La carne y la manteca escaseaban y no había azúcar. Las patatas se entregaban a razón de

un kilo por semana. Quien tuviera algo para intercambiar podía obtener un suplemento a aquella exigua dieta en el mercado negro del Volksgarten. Las autoridades británicas intentaron acabar con él en varias ocasiones.[108] También hubo cierta anarquía en una provincia normalmente mortecina. Desde el final de la guerra se habían cometido más de doscientos asesinatos, alrededor de una cuarta parte por obra de los rusos en incidentes relacionados con violaciones. El historiador Donald Cameron Watt sirvió en el FSS (Field Security Service; Servicio de Seguridad sobre el Terreno). Durante su estancia en la unidad comprobó noventa y dos peticiones de mujeres de la región que esperaban casarse con un soldado británico, investigó un robo de productos farmacéuticos como el de *El tercer hombre* y estudió el enconado problema de la trata de blancas en los campamentos de desplazados.[109]

Alan Pryce-Jones, por aquel entonces oficial del servicio de inteligencia del ejército británico, resumió con desenfado el carácter de la administración en la Zona Británica. Austria, dijo, estaba dividida en ocho zonas, cada una de las cuales era un estado autónomo. Cuatro de ellas eran civiles; otras cuatro estaban gestionadas por el ejército. «En el fondo hay un noveno estado, Austria, cuya principal función consiste en que se hable de él en las reuniones.»[110] El gobierno de la Zona Británica formaba parte del «cuarto trasero» de John Hynd (Hyndquarters). John Mair, que prestó servicio en la Comisión Austriaca, se apresura a señalar la enorme diferencia de escala existente entre dicha comisión y el Consejo de Control de Alemania.[111] Hynd fue sumamente comprensivo pero, al igual que en Alemania, manifiestamente impotente cuando se trataba de cambiar la línea de gobierno. En un plano subalterno tuvo el apoyo de sir Henry Mack, así como el de Peter Wilkinson, M. F. Cullis y N. J. A. Cheetham.[112] McCreery regresó a Gran Bretaña en abril de 1946 y fue sustituido por el general sir James Steele.

El Festival de Graz era un poco menos espectacular que el de Salzburgo, pero tenía una sólida tradición. Los británicos procuraron reactivarlo en 1945, y aquel año Karl Böhm actuó como director y los habitantes de la ciudad pudieron oír las voces de Julius Patzak y Elisabeth

Schwarzkopf. Al año siguiente, la potencia ocupante le dio al festival un marcado color británico y llevó a sir Malcolm Sargent para que dirigiera la *Segunda sinfonía* de Elgar.[113]

Cosacos y *domobranci*

En Carintia, los británicos se enfrentaron a un espinoso problema: el de los refugiados, derivado de la Conferencia de los Tres Grandes celebrada en Yalta. Los partisanos de Tito habían luchado contra los croatas y los *domobranci*, la guardia nacional de Eslovenia apoyada por alemanes e italianos. En ambos casos, su catolicismo motivaba una alergia patente a la ideología propuesta por Tito, por lo que consideraban el fascismo como un mal menor. Al terminar la guerra, tanto los croatas como los *domobranci* temían justificadamente posibles represalias. Se produjo la habitual avalancha de denuncias, y los más prudentes huyeron con sus familias al norte, al otro lado de la restablecida frontera austriaca, a través del paso de Ljubelj hasta Viktring, cerca de Klagenfurt.[114] Según una fuente, marcharon primero a Hollenburg, a orillas del Drau, donde se unieron a varios hombres de la Waffen-SS.[115] Los partisanos de Tito habían cruzado también la frontera con el objeto de hacer valer su reivindicación sobre zonas extensas de Carintia.

Los *domobranci* se toparon por primera vez con unos desaliñados soldados británicos que no tardaron en dar muestras de tener los dedos largos, conducta asociada muy a menudo con el Ejército Rojo, y les robaron los relojes de pulsera.[116] Los británicos se debatían entre su simpatía por los eslovenos y sus familias y su alianza militar con los partisanos de Tito, que en esos momentos estaban revelando su auténtico carácter violando y saqueando en torno a Klagenfurt.[117] Los *domobranci* pensaban que los británicos iban a desplegarlos de nuevo para luchar contra los comunistas. No estaban al tanto de los acuerdos secretos de Yalta. Para su desgracia, la Guerra Fría aún no había empezado.[118] El 19 de mayo de 1945, los británicos y los hombres de Tito acordaron repatriar a todas las personas de

nacionalidad yugoslava. No se harían distingos. Los yugoslavos no eran populares entre los británicos y nadie estaba dispuesto a jugarse el cuello por ellos.[119]

En función de los Acuerdos de Yalta, los británicos tenían que resolver en Austria la cuestión de los cuarenta y cinco mil cosacos requeridos por el Ejército Rojo, así como la de los catorce mil serbios y croatas reclamados por Tito. Los cosacos habían sido reclutados por los alemanes en el sur de Rusia entre los prisioneros de guerra, a quienes se habían unido algunos antiguos oficiales zaristas y sus familias. Estos últimos sumaban unas tres mil personas. Algunos de ellos no eran ciudadanos soviéticos y, por tanto, no estaban incluidos en el Acuerdo de Yalta. En tanto que prisioneros de guerra gozaban de protección según la Convención de Ginebra, que no se aplicó en su caso.[120] A ello se añadía que la mayoría de los cosacos había combatido en la SS. Su última misión fue luchar con el ejército de Schörner cerca de Praga. Había sesenta mil en la Zona Británica: «Vestían uniformes alemanes, portaban armas alemanas, estaban a las órdenes de generales alemanes y formaban parte integrante de las fuerzas armadas alemanas». Había, sin embargo, un factor que complicaba la cuestión humanitaria: «Con ellos había unas pocas mujeres y niños».[121]

El mariscal Tolbujin había solicitado la devolución de los rusos, y los británicos se avinieron a ello. Hombres de las divisiones 46.ª y 78.ª a las órdenes del V Cuerpo del ejército se ocuparon de las deportaciones, tras una breve visita del ministro residente Harold Macmillan al cuartel general, realizada el 13 de mayo. El 1 de junio fueron sacados de sus campamentos de Spittal, Judenburg y Lienz, atraídos con falsos pretextos.[122] Cuando descubrieron lo que iba a ocurrirles, se negaron a obedecer, lo que desembocó en algunas desagradables escenas. Las mujeres y los niños dijeron que preferían ser fusilados allí y entregados luego a los soviéticos. Algunas se ataron sus hijos a la espalda y saltaron al río Drau en busca de la muerte. Los soldados británicos utilizaron las culatas de sus fusiles y las empuñaduras de sus bayonetas y los mangos de sus hachas para obligarlos a subir a los camiones que debían llevarlos a la frontera. Cuando un suboficial fue mordido, los soldados británicos golpearon a algunos cosacos

hasta dejarlos sin sentido. Los miembros del regimiento de infantería de Argyll fueron especialmente brutales, incluso con las mujeres y los niños.[123] Los británicos «devolvieron» también a unos novecientos oficiales alemanes, incluido su comandante, el general Helmuth von Pannwitz, que fue fusilado en una ejecución pública en la Plaza Roja de Moscú. Los británicos fueron obligados a emplear tácticas arteras para expulsar tanto a los cosacos como a los *domobranci*, lo que les causó una considerable aflicción.

En cualquier caso, los británicos se encontraron en Carintia en una posición difícil. Todos los Aliados habían confirmado que Austria mantendría las fronteras anteriores a 1938. Por otro lado, parece ser que Tito se había echado atrás en el asunto de la repatriación de los *domobranci*, pero los británicos continuaron con ella de todos modos.[124] Se dice que los comandantes de los Ejércitos V y VIII actuaron en este caso por propia iniciativa ante el temor de provocar un conflicto armado con los partisanos locales.

Nigel Nicolson, oficial de los servicios británicos de inteligencia, resumió a posteriori la cuestión con una fría claridad: «Había mucha gente que pensaba: "Bueno, son tantos los millones de jóvenes que han muerto en esta guerra... ¿Qué importan treinta mil más?"».[125] Nadie, incluido Nicolson, conocía el número preciso de cosacos presentes en la Zona Británica. Sólo cuando llegó el momento de introducir a empujones a los miembros de la guardia nacional en vagones de ganado recordó Nicolson a los prisioneros enviados a campos de concentración alemanes. En realidad se les dijo que iban a ser trasladados a campamentos instalados en Italia, pero al parecer no lo creyeron. Los británicos sacaron tanques para asegurarse de que no hubiera problemas y registraron las mochilas de los hombres: sus últimas cámaras fotográficas, navajas, plumas estilográficas y otros objetos de valor desaparecieron en los bolsillos de los *tommies*. Los oficiales sentían asco. Se dice que los Guardias Galeses, a quienes se había encomendado la tarea de obligar a los doce mil hombres a regresar para encontrarse con la muerte, estuvieron a punto de amotinarse. Más tarde, se encubrió todo el asunto.[126]

La Zona Estadounidense

Cuando los americanos penetraron en Austria en la primavera de 1945, consideraron que el país era menos una tierra «liberada» que «una parte de Alemania». Salzburgo, por ejemplo, se entregó sin lucha el 3 de mayo, pero los americanos no iban a tolerar ninguna bandera con los colores rojo, blanco y rojo. Las quejas de los austriacos por el trato recibido no suscitaron en ellos simpatía alguna, y los americanos desdeñaron las noticias sobre violaciones generalizadas tachándolas de «propaganda nazi». Los austriacos eran un «pueblo enemigo» y sólo podían culparse a sí mismos.[127] El famoso aviador Charles Lindbergh anotó en su diario que los soldados estadounidenses hacían una interesante interpretación de la palabra «liberación»; para ellos significaba apropiarse de todo lo posible sin pagar por ello: cámaras fotográficas, armas, objetos de arte, «e, incluso, mujeres».[128]

Entre sus filas había buenas personas. Paul Sweet era profesor de historia en la OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos de Estados Unidos. El 27 de junio escribió que un gobierno militar contradecía la idea de un país liberado: «Cuanto antes devolvamos Austria a los austriacos, tanto mejor». La OSS se tomó más en serio que otros la Declaración de Moscú. Sweet bosquejó los motivos de la presencia estadounidense: desmovilizar, proteger a los desplazados y detener a los nazis. Debía existir un mínimo de supervisión. Austria era necesaria para estabilizar Europa central.[129] Unos pocos meses en el desempeño de sus funciones bastaron para que cambiara de parecer. En una carta a su mujer dijo que los austriacos estaban «moral y políticamente en bancarrota. Lo único sobre lo que parecen tener una opinión firme es que Estados Unidos debe cortar lazos con los rusos, y cuanto antes mejor».[130]

Una de las situaciones más curiosas con que se encontraron los americanos en la Alta Austria fue la del gobierno provisional instituido por Ernst Kaltenbrunner, jefe de la RSHA –la Oficina Central de Seguridad del Reich–, y la policía nazi, como alternativa a Renner. Kaltenbrunner había

reunido a varios magnates de la industria y recabado el apoyo de Edmund Horst-Glaisenau, ministro de Schuschnigg, y de Andreas Rohracher, arzobispo de Salzburgo. Se habían mantenido conversaciones con el alcalde de Linz, Franz Langoth, y con el *Gauleiter* del Tirol, Franz Hofer. Se había sacado de su retiro a algunos socialistas cristianos, como Karl Seitz, ex alcalde de Viena, y a Richard Schmitz, su sucesor en el Estado Corporativo. Por desgracia, Schmitz había muerto tras su internamiento en Dachau. También salió a relucir el nombre de Figl. Los americanos no quisieron saber nada del gobierno alternativo. Kaltenbrunner fue ahorcado.[131]

Como resultado de la numerosa presencia de alemanes y austriacos en Estados Unidos, la Zona Estadounidense contó con excelentes asesores en un segundo nivel. Ningún otro aliado disponía de lingüistas y especialistas de aquella categoría, con un conocimiento de primera mano de los territorios conquistados. Uno de esos especialistas era Martin Herz, cuyo padre había emigrado de Moravia a Estados Unidos pero había regresado a Viena, razón por la que su hijo pasó los años de escolarización en la ciudad. Herz se implicó a fondo en la planificación de Austria durante la posguerra. Algunas cuestiones le parecían necias o absurdas: la prohibición de confraternizar fue una de ellas. Según Herz, era «de mal gusto» e «ineficaz». Sobre el tema de la «liberación» de Austria, opinaba que se trataba de una «ficción psicológicamente razonable y eficaz».[132]

Si bien el comandante estadounidense Mark Clark ha pasado a los anales de la Guerra Fría como uno de sus actores más señalados, no se peleó con los rusos ni abandonó la idea de cooperación hasta comienzos de 1946.[133] Restableció el Festival de Salzburgo en agosto de 1945, y su homólogo francés, el general Béthouart, contribuyó a que participaran el cuarteto Clave y el pianista Jacques Février. Clark tenía la esperanza de dar una lección a McCreery y Kóniev y conseguir que los británicos accedieran a ir a Viena, pero éstos se mantuvieron tan obstinados como siempre, y Kóniev se rajó.[134] El estadounidense agasajó con estilo a sus invitados alojándolos en su cuartel general del castillo de Klessheim (que Béthouart llamaba «Schloss Claessens»), como lo había hecho Hitler antes de él. Le agradaba Klessheim y no se engañaba acerca de su anterior función como

alojamiento para los huéspedes que visitaban Berchtesgaden. Había sido «maravillosamente modernizado y amueblado con tesoros de arte, la mayoría de ellos robados en Francia».[135] El festival fue un medio útil para reunir a los Aliados e impresionarlos con la hospitalidad americana. Clark los invitó a todos el 19 de agosto. Kóniev mandó en su lugar a Zhéltov, la pesadilla del estadounidense. Zhéltov quería ver qué había quedado de Berchtesgaden, y ambos visitaron la residencia en uno de los coches de Hitler.[136]

Clark tenía varios asuntos que debatir entre concierto y concierto. Antes de volver a conceder la independencia a Austria estimaba conveniente celebrar conversaciones sobre los desplazados, el aprovisionamiento de víveres (una cuestión especialmente espinosa), las elecciones libres y los activos alemanes.[137] Se informó de la existencia de fallos en el programa estadounidense de desnazificación.[138] Con el tiempo, los americanos llegaron a la conclusión de que no era tan fácil como había parecido al principio. Muchas de las personas que, a su juicio, estaban por encima de toda sospecha eran meros delincuentes comunes.[139] En el Salzkammergut, Clark se sirvió de un intérprete alemán que afirmaba haber sido un personaje relevante de la resistencia contra Hitler. Cuando el alemán supo que Clark pretendía instalar su residencia en Viena, le ofreció su piso en la capital. Clark dice que los vieneses lo miraron con suspicacia al verlo sentado con él en su vehículo oficial del Estado Mayor. Se pidió a los servicios de contraespionaje que lo investigaran. Y se supo que no había sido un oponente del régimen sino un nazi importante cuyo nombre estaba incluido en la lista de personas buscadas por los propios americanos.[140] Clark nos cuenta que frustró los intentos de los rusos de reclamar a sus ciudadanos de los campamentos para desplazados sitos en la Zona Estadounidense. En un determinado momento, unos soldados soviéticos con uniformes robados del ejército estadounidense hicieron una redada. Clark les tendió una trampa y los pilló con las manos en la masa. En la Zona Estadounidense había unos setecientos cincuenta mil desplazados, no todos rusos, ni mucho menos.[141] Clark no era, en absoluto, franco al hablar de la

limitadísima protección que los americanos dieron a los rusos en sus zonas de Austria o Alemania.

En su relato, Clark recurrió considerablemente a la retórica de la Guerra Fría para narrar su estancia en Austria, pero su misión había concluido en gran parte antes de que se tomaran las grandes decisiones. A partir de 1947 se idearon la Doctrina Truman y el Plan Marshall para contener la marea del comunismo mediante un empleo generoso del palo y la zanahoria, sobre todo en los aspectos económicos. El Consejo de Seguridad Nacional de Washington se fundó también en esas fechas, y el hombre que puso en vigor toda la gama de opciones de la Guerra Fría fue el general Geoffrey Keyes, sucesor de Clark. Según observó, «Praga se halla al oeste de Viena». Estados Unidos necesitaba armarse para la Guerra Fría, para la gran «vuelta atrás»: la recuperación de Europa de manos de los soviéticos.[142]

Las autoridades estadounidenses no se apresuraron en crear en su zona una estructura política propiamente dicha. En octubre aún no se había nombrado un gobernador para la Alta Austria.[143] Tenían que abordar el caso de la industria austriaca. Algunas de las mayores empresas habían contado con instalaciones por todo el país y ahora estaban divididas entre las zonas de los Aliados. Uno de esos casos era el del fabricante de motores Steyr. La sede de la administración estaba en Linz, en la Zona Estadounidense, pero la mayoría de los talleres se ubicaban en la Zona Soviética, con la excepción de la fábrica de bicicletas y motocicletas, con sede en Graz (que sería más tarde Zona Británica). La factoría de Graz construía también motores para tanques y componentes de aviones, que, como es natural, interesaban al Ejército Rojo. Los rusos se aseguraron de llevárselo todo antes de que los británicos llegaran en julio.[144]

Otro negocio industrial eran las Hermann-Göring-Werke, un enorme conglomerado de empresas confiscadas establecidas en Linz, capital de la provincia natal de Hitler. El administrador de los talleres era Hans Malzacher, antiguo Pg, pero los norteamericanos se vieron obligados a admitir que Malzacher gozaba de una enorme popularidad no sólo entre personas como el gobernador Eigl y el alcalde Koref, sino también entre los

comunistas de la localidad. La solución práctica consistió en hacer una excepción y dejarlo en su puesto.[145]

La Zona Francesa

La Zona Francesa, que abarcaba el Vorarlberg y la mayor parte del Tirol, fue gobernada en origen desde el cuartel general francés de Lindau, a orillas del lago de Constanza, en Württemberg. A pesar de las vallas publicitarias instaladas por el general Béthouart con el fin de divulgar la confraternización, austriacos y alemanes seguían abrigando temor y rencor contra los franceses y sus tropas coloniales, en particular contra las marroquíes.[146] Los franceses tenían los habituales problemas lingüísticos, dado que muy pocos de ellos hablaban alemán, pero lograron encontrar unos cuantos refugiados y judíos alemanes y austriacos en su Legión Extranjera.[147]

Los principales problemas a los que se enfrentaron los franceses fueron los suscitados por su actitud hacia el gobierno de Renner, la forma de la Constitución tras unas elecciones libres, la ratificación de dicha Constitución, la revisión de las leyes nazis, la reorganización de la administración tras la necesaria purga de los funcionarios nazis, y la manera de resolver la situación de los miles de refugiados, prisioneros de guerra y nazis austriacos.[148] La figura que surgió como dirigente político claro en el Tirol fue Karl Gruber, a quien se atribuía haber organizado en la región una célula de oposición militar a los alemanes. El 1 de mayo de 1945 consiguió apresar en Innsbruck a los miembros de varias organizaciones nazis. Cuando los estadounidenses entraron allí el 3 de mayo se les ofreció la rara visión de una ciudad austriaca engalanada con banderas de color rojo, blanco y rojo. Las calles estaban repletas de «combatientes de la resistencia», a menudo armados hasta los dientes.[149]

Los franceses planeaban también reabrir las escuelas y universidades de su zona a tiempo para el nuevo año académico, que comenzaría aquel otoño. Pero antes había que purgar los claustros de nazis y retirar de las

bibliotecas los textos nacionalsocialistas. La Universidad de Innsbruck se hallaba en un estado calamitoso: todas las ventanas habían sido reventadas, y la Facultad de Teología cerrada por orden de Hitler. Los franceses prometieron también restablecer las libertades individual, política, de reunión y de prensa.

Los franceses se mostraron reacios a dejar en libertad a todos sus prisioneros de guerra; querían utilizarlos como mano de obra esclava, como habían hecho en otras partes.[150] Por lo demás, la persecución de los nazis fue poco activa. Paul Sweet visitó el Vorarlberg en junio de 1945 y descubrió que nadie observaba la prohibición de confraternizar: «Todo parece muy normal».[151] En vez de encerrarlos, se adscribió a los nazis a unidades del ejército en calidad de auxiliares sin armas. Los desplazados que se dedicaban al merodeo constituían un problema, en especial los rusos. El robo y el asesinato tampoco eran realidades desconocidas. Los franceses ejecutaron en el Vorarlberg a dos personas halladas culpables de asesinato y robo.[152]

Dos dificultades con que tuvieron que lidiar los franceses en fechas tempranas fueron la llegada del archiduque Otto y la cuestión del Tirol meridional. Otto era el hijo mayor del emperador Carlos, que había fallecido poco después de abdicar, en 1918. Otto había contado durante la guerra con un pequeño séquito de emigrados, y en ese momento vislumbró una oportunidad de restauración de los Habsburgo. Llegó al Tirol en septiembre de 1945 y volvió a marcharse a comienzos de 1946. El Tirol meridional había sido otorgado a Italia en 1918 como recompensa por luchar en el bando aliado. Como Italia había combatido en el lado incorrecto durante la mayor parte de la Segunda Guerra Mundial, algunos naturales del Tirol meridional contemplaban con cierto optimismo la posibilidad de volver a la soberanía austriaca.

Los americanos retiraron sus tropas del Tirol el 7 de julio para dar paso a los franceses. Cuando Béthouart llegó a Innsbruck el 18 encontró una petición del doctor Gruber que aludía a una «herida sangrante» infligida al Tirol por la pérdida de la zona meridional de la región. El 4 de septiembre se celebró en Innsbruck una manifestación en la que participaron de

veinticinco a treinta mil personas, doce mil de ellas en traje local.[153] El archiduque Otto llegó el 10 de septiembre. Béthouart informó de su presencia tanto a sus superiores como al gobierno provisional de Viena. Según él, Renner sentía cierta nostalgia de los grandes días del imperio y se limitó a sacudir la cabeza exclamando: «¡Oh! ¡Con tal de que no se meta en política...!». No obstante, Renner presionó a Béthouart para que expulsara a Otto, posiblemente porque había oído que el archiduque había estado conspirando con Gruber a fin de convencer a los Aliados occidentales para que se negaran a reconocer su régimen. Béthouart respondió que no iba a actuar de recadero para Renner. Otto siguió intrigando, mientras sus dos hermanos, Carlos Luis y Roberto, estaban en el Sector Francés de Viena coqueteando con los monárquicos de la Liga Federal de Austriacos. Al final, los Aliados, a excepción de los franceses, expresaron su deseo de un restablecimiento de la antigua proscripción de los Habsburgo. Otto recibió delegaciones durante el tiempo en que estuvo delante de las narices de los franceses. Al final, el gobierno provisional resolvió la cuestión reinstaurando la interdicción de los Habsburgo impuesta en 1918. Para entonces, Otto se había marchado por voluntad propia.[154]

La primera tanda de nazis en el Tirol había sido eliminada por los americanos cuando conquistaron la región. Se habían ocupado de los casos más infames. El 16 de mayo de 1945 se procedió a la suspensión de todos los ayuntamientos del Vorarlberg, pues estaban integrados por nazis hasta su último concejal. Los franceses nombraron concejales nuevos hasta febrero de 1947, fecha en que volvieron a celebrarse elecciones municipales. Hubo que despedir a la mitad de los magistrados por su pertenencia al Partido, lo mismo que a siete profesores universitarios.

En Potsdam se había decidido que todos los alemanes que habían entrado en Austria después del *Anschluss* debían ser repatriados junto con los nazis alemanes. Los franceses acometieron la tarea con celo. Enlazando con la práctica de las expulsiones de alsacianos partidarios de Alemania realizadas después de 1918, accedieron a que los alemanes llevaran una única maleta con un peso máximo de treinta kilos. Al principio los alemanes fueron expulsados sin contemplaciones, pero el ritmo se redujo en

1946 tras las protestas de las autoridades británicas y americanas en Alemania, alegando que no podían acogerlos a todos. Los franceses demostraron su parcialidad al liberar a todos los prisioneros de guerra austriacos.[155] Las minorías alemanas de Rumanía y Yugoslavia no habían sido incluidas en las conversaciones de Potsdam y, como es natural, tendían a ir a Austria por su condición de antiguos súbditos del emperador austriaco. De momento, fueron trasladados a campamentos para desplazados.

A finales de 1947 había en Austria cuatrocientos mil desplazados, más de los existentes en 1945. Los tiroleses del sur habían encontrado su hogar en el norte de la provincia, en el Tirol austriaco. Muchos habían huido de los soviéticos, y el Ejército Rojo mantenía en las zonas de los Aliados occidentales grupos reducidos cuya tarea consistía, en parte, en rastrear a sus paisanos y repatriarlos. Al principio, los británicos se habían negado a tolerar la presencia de oficiales soviéticos en sus campamentos, pero los rusos les habían hecho la vida difícil en Viena y tuvieron que ceder. Los franceses se negaron a acceder a las demandas de los rusos para que entregaran a sus refugiados.

El compromiso político francés con su zona del Tirol-Vorarlberg no tardó en perder potencia. Al principio, el gobernador, M. Voizard, dirigía un equipo de 1.600 personas; un año más tarde, esa cifra se había reducido a menos de la mitad, y al final de la década, únicamente quedaban 93. En 1945 había 34 oficinas sólo en el Tirol; en 1948, apenas once. Antes de marcharse, los franceses realizaron su propia campaña de desmantelamiento llevándose 3.000 máquinas-herramienta y 2.700 toneladas de diversos metales para compensar las 35.000 máquinas que los alemanes habían sustraído de Francia; el mayor botín fue el equipo de pruebas para motores a reacción de Kramsach y el túnel de viento de Oetztal, que los franceses volvieron a montar en Modane. Parte de la maquinaria francesa había ido a parar a Kapfenberg, en la Zona Británica. Los británicos ayudaron a desmantelarla y embalarla para su devolución a Alsacia.[156]

N1. Al final, los norteamericanos recibieron Tulln y los franceses Götzendorf; a los británicos se les asignó el uso parcial de Schwechat, en la actualidad, el principal aeropuerto de la ciudad. Británicos y franceses acabaron compartiendo Schwechat.

N2. Todos habían sido ciudadanos austrohúngaros hasta 1918.

N3. Schärf era también natural de Nikolsburg.

N4. El Kanaltal es el valle que sigue el curso del río Fella en los alrededores de Tarvisio; en cuanto al Gottschee, véase p. 754.

N5. Una gran parte debió de haber sido anteriormente de propiedad judía.

N6. Clark informa de que se trataba de Kóniev, pero éste aún no había sido nombrado.

N7. Se calcula que quedaban nueve mil cadáveres por enterrar. (Adolf Schärf, *Österreichs Wiederaufrichtung im Jahr 1945*, Viena, 1960, p. 24.)

N8. Estos establecimientos pervivieron hasta la década de 1960 y proporcionaron a los vieneses una comida sana a precios subvencionados.

N9. «¡Vieneses de siempre *(Ur-)* y vieneses sin reloj *(Uhr)*, votad al ÖVP!» La gracia de la frase está en la paronomasia entre *«Ur-»* y *«Uhr»*.

N10. Cuando, en *El tercer hombre*, Holly Martins va al Distrito II ruso a sacar a su amigo Harry Lime, se puede ver a unos hombres retirando escombros junto al Reichsbrücke. No se dice si eran nazis.

N11. El plebiscito celebrado el 10 de octubre de 1920, a raíz del Tratado de Saint-Germain, había concedido la región a Austria.

11

La vida en las cuatro zonas

En la actualidad, Alemania está dividida en cuatro zonas, en cada una de las cuales hay dos mundos: un ejército de ocupación y un pueblo conquistado.

Los primeros no están allí únicamente para supervisar y controlar, sino que deben ejercer alguna influencia; se supone que su función es atajar el espíritu de agresión y nacionalismo y acabar con él antes de señalar el camino hacia el autogobierno democrático; la civilización debe sanar el país destrozado y convulso.

La primera pregunta que se me ocurre es: ¿qué saben uno del otro esos dos mundos? ¿Cómo se perciben mutuamente? ¿Cuál es su verdadera relación?

Nadie espera, naturalmente, que un ejército de ocupación se convierta en objeto de amor y adoración; y por otra parte, un pueblo conquistado cuyos dirigentes desencadenaron, sin duda, la guerra, no puede esperar ser tratado de inmediato con simpatía y confianza.

Pero la tarea de introducir un cambio de orientación e, incluso, una administración bien gestionada requiere un clima de confianza y respeto por ambas partes.

CARL ZUCKMAYER, *Deutschlandbericht für das Kriegsministerium der Vereinigten Staaten von Amerika*, Gotinga, 2004, p. 71

Los niños

Por su condición de judío vienés que regresaba a Europa central vestido con uniforme británico, George Clare se armó de valor para no sentir piedad por los conquistados. En la ciudad ferroviaria de Hamm, en Westfalia, un enjambre de niños que aparecieron bajo las ventanillas del tren puso a prueba su temple: «¡Eh, *tommy*...! Por favor, *tommy*, ¿tienes algo? ¿Chocolate, bocatas, caramelos?». Clare observó el «maná de Gran Bretaña» que se arrojaba a aquellos críos: huevos duros, dulces, bocadillos, tabletas de chocolate, naranjas, manzanas y hasta latas de sardinas. Los

niños se peleaban para acceder al botín mientras los soldados disfrutaban del espectáculo, como «si lanzaran cacahuetes a los monos del zoo». Clare volvió a su compartimento en busca de las raciones que llevaba en el petate. Saltó del tren. Los cuatro niños más próximos a la puerta salieron corriendo. «Hier bleiben!», gritó Clare (¡Quietos aquí!). Los niños se volvieron, curiosos al oír a un *tommy* hablar alemán. Clare repartió sus raciones entre los cuatro. Se preguntó si algún alemán había hecho algo semejante en el gueto de Varsovia, y, no obstante, pensó que estaba actuando correctamente: «No podía odiar a todos los alemanes de la misma manera que los nazis habían condenado a todos los judíos. No; ni odiaba a los alemanes ni sentía piedad por ellos... exceptuando a los niños».[1]

Muchos niños alemanes se habían vuelto montaraces. Habían perdido a uno de sus padres o a ambos o, sencillamente, habían sido separados de ellos. En las grandes ciudades vivían, como los demás, en agujeros excavados en el suelo, mendigando o escarbando en la basura en busca de comida. Al menos un juez del Tribunal Supremo de Gran Bretaña comenzó su vida de ese modo, hasta que fue rescatado por un soldado británico que se lo llevó a su país y lo mandó a la escuela. James Stern recordaba la visión de aquellos granujas vestidos de harapos, «o, más bien, perfectamente camuflados de roña de la cabeza a los pies, de modo que, hasta que no se movían, no podías saber que estaban allí». Al acercarse un adulto, en especial un soldado extranjero, se dispersaban como conejos y desaparecían en sus cavidades. Cuando volvían a salir, husmeaban y miraban alrededor. «Y, luego, podías ver que llevaban piedras o palos o barras de hierro, y que tenían los dientes negros y rotos, o que no los tenían; que a uno le faltaba un brazo y otro andaba con una muleta, y que la única zona limpia de sus cuerpos era el blanco de los ojos.» Sin embargo, cuando Stern les miraba a los ojos, dejaba de verlos como conejos: eran cachorros de leopardo famélicos y enfermos, «cuyo único enemigo era el ser humano».[2]

Algunos de aquellos niños tenían hogar pero, no obstante, salían de cacería en manada, hurtando lo que podían a los conquistadores. Cuando el comandante de Stern fue alertado de que le habían robado algo de su bien

provista despensa, llegó a la conclusión de que los culpables eran unos niños. Los supuestos delincuentes fueron perseguidos hasta un montón de estiércol, donde tenían su campamento, y amenazados a punta de pistola. El más pequeño debía de tener unos cinco años. La única prueba que se halló fue una botella que contenía un poco de gasolina rosácea: la gasolina americana estaba teñida de aquel color. Fue suficiente para declararlos culpables. El comandante ordenó realizar un registro en las viviendas de sus padres. Se inspeccionaron los pisos, y al menos uno de los chicos recibió un tortazo de su padre, pero no se encontró ningún contrabando, y se desestimó la causa contra los muchachos.[3]

No sólo los niños de clase obrera se dedicaban a delinquir de aquel modo. Zuckmayer conoció a una tal señora Doris von M., antigua actriz casada con un anciano noble prusiano, que regentaba una pensión para los americanos que llegaban de visita a Berlín. «¡Mi hijo roba! –le dijo al dramaturgo–. Y no sabemos qué hacer.» Su hijo y sus amigos, educados en un colegio privado, robaban para comerciar, unas veces por placer, otras por deporte: «El único mandamiento verdadero es el undécimo: no dejarte pillar». El chico se llamaba Jürgen. Un día volvió con una libra de azúcar que había adquirido a cambio de cigarrillos robados del bolsillo de un maestro. También tenía algo de chocolate birlado a una enfermera estadounidense. Muy ufano, entregó aquellos objetos preciosos a sus padres creyendo que había hecho algo útil y estaba contribuyendo a la economía familiar. Tenía dos cigarrillos rateados para su padre y se sintió decepcionado al ver que no le daba las gracias. Jürgen no era religioso: «El Señor cuida de los yanquis porque pueden ofrecerle cosas. Los ivanes no lo necesitan, porque adoran el vodka. Los alemanes son demasiado pobres tanto para una cosa como para la otra».

Los padres de Jürgen se mostraron rigurosos con sus robos, pero no siempre era así. Otros aceptaban gustosos una carretilla llena de carbón robado o una libra de tocino.[4] Muchos alemanes más indigentes apenas podrían haber salido adelante sin una ayudita de sus hijos, en especial si eran adolescentes. El relato de Heinrich Böll «Lohengrins Tod» («La muerte de Lohengrin»), escrito en 1950, trata de un muchacho al que unos

soldados luxemburgueses disparan mientras roba carbón de un tren; el chico cae y sufre lesiones terribles. En el hospital, los soldados preguntan si se debe informar a sus padres y acaban descubriendo que su madre ha muerto y que el cabeza de familia es su hermano mayor. Robar carbón casi no se consideraba un pecado: al fin y al cabo, el doctor Frings[N1] había absuelto desde el púlpito a quienes lo hacían.[5]

Los niños constituían un considerable problema para las autoridades aliadas. Su cifra superaba en Alemania los quince millones. De los nacidos después de 1930, alrededor de un millón doscientos cincuenta mil habían perdido a un progenitor en la guerra, y doscientos cincuenta mil a ambos. Una tercera parte no tenía ya contacto con sus padres, pues estaban recluidos en campos para prisioneros de guerra, mientras que otro millón y medio eran refugiados llegados del este, de los que algo menos de la mitad malvivían en campamentos provisionales. En el caso de un muchacho detenido por hurto en Múnich en 1946 se supo que su madre había muerto en Essen en una incursión aérea en 1943, que su padre se hallaba desaparecido en Rusia, y que él había sido alojado con una tía en Dortmund, pero lo habían evacuado a Prusia oriental. Luego se trasladó a Danzig, donde se le instruyó en el manejo de una batería antiaérea y fue capturado por el Ejército Rojo. Los rusos lo habían soltado. El muchacho había marchado a Berlín, pero no logró localizar al pariente que buscaba. Finalmente se fue a Baviera en busca de comida. Muchas niñas recurrieron a la prostitución para sobrevivir. También había muchachos que realizaban servicios de ese tipo para soldados de los Aliados. En Fráncfort, su cliente más destacado fue un comandante estadounidense de infausta memoria conocido con el nombre de «Tante Anne» (la tía Ana).[6]

Algunos maestros estadounidenses pensaban que la medida apropiada consistía en organizar a los niños en clubes deportivos y enseñarles democracia al mismo tiempo. Se creía que el béisbol y el fútbol podrían inculcar a los pequeños alemanes cierto sentimiento de juego limpio. La vida deportiva era una práctica inútil para muchos de ellos, pero el jazz y el baile solían tener éxito donde fallaba el béisbol: el *jitterbug* y el *boogie-woogie* gozaban de popularidad entre la juventud alemana, lo mismo que

Louis Armstrong y Duke Ellington. Los intentos de extender la reeducación musical hasta Samuel Barber y Aaron Copland resultaron menos afortunados. Los alemanes tenían una tradición musical propia. En Compiègne, cerca de París, se organizó un campamento para formar a maestros alemanes.[7] Los americanos cometieron el error de intentar reunir a niños alemanes de forma gregaria en un remedo de campamentos de verano. La *Volksgemeinchaft,* la Comunidad del Pueblo de Hitler, había hecho hincapié en lo comunitario por encima de lo individual, y los jóvenes alemanes que pensaban correctamente no querían saber nada de aquella idea estadounidense. Se resistían a cualquier planteamiento cuyo fin último fuera «agruparlos de nuevo como un rebaño».

Yella Lepman, escritora judía nacida en Stuttgart que regresó a Alemania en 1945 vistiendo uniforme estadounidense, fue una persona con visión de futuro. A partir de 1946, Yella organizó en Múnich una biblioteca infantil internacional que dirigió hasta 1957. En diciembre de 1945 se presentó ante unos incrédulos generales de las tropas estadounidenses y les pidió cajas de libros para los niños alemanes. Se mantuvo firme en sus planteamientos y acabó obteniendo la bendición de los militares para importar unos cuantos. En sus memorias describe el aspecto de unos pequeños cuando se topó con ellos por primera vez y los vio jugando en los cráteres abiertos por las bombas delante de la estación en ruinas. Muchos no tenían calzado y correteaban en calcetines o descalzos. Era difícil descubrir la diferencia entre chicos y chicas;

> de vez en cuando intentaban mendigar; un niño de diez años con una sola pierna, que seguramente había perdido la otra durante una noche de bombardeo, salta como un pájaro lisiado en torno a la cantina de los americanos juntando las manos en gesto de súplica. A veces, un soldado blanco o negro se apiada del niño y le lanza algo: un trozo de chocolate mordido sacado de su envoltorio, un bocadillo robado, unos pocos cigarrillos para trapichear; todo ello provoca un revuelo salvaje, en ocasiones una pelea, una enganchada.[8]

Los paquetes de la organización CARE, la Cooperativa de envíos americanos a Europa, fueron la salvación de algunos alemanes sufrientes, como Charlotte von der Schulenburg. Tras la reforma monetaria de 1948

que abolió el inflacionario marco del Reich, Charlotte cambió el café de los paquetes por marcos alemanes. También recibía ropa usada de familias inglesas y americanas que habían oído hablar de sus dificultades. La llegada de los paquetes era siempre motivo de fiesta, y Klara, la doncella, llevaba orgullosa a los niños al pueblo tras ponerlos de tiros largos con unas galas un tanto ajadas. Los cuellos eran de un blanco deslumbrante, y las cintas para el pelo estaban recién planchadas.

El médico suizo Albert von Erlach fundó otra organización caritativa para las familias de los conjurados de la Conspiración de julio. El dinero se gastó en ofrecer a los hijos de los conspiradores unas vacaciones con una familia suiza. Charlotte vistió a dos de sus hijas con su mejor ropa informal y unos zuecos y las llevó a un tren de la Cruz Roja en Hanóver, donde las dejó al cuidado de unas enfermeras inglesas. El tren partió con los pequeños de las familias Schulenburg, Schwerin y Kleist. Regresaron pasados tres meses. Una de las niñas Schulenburg había ganado siete kilos y medio. Iba elegantemente vestida con un traje de franela gris y calzaba unos maravillosos zapatos. La otra tenía las mejillas rollizas y un espléndido abriguito. Las dos exclamaron al ver a su madre: «¡Te hemos traído medias de seda y Nescafé!». Al año siguiente, otros dos hijos suyos marcharon y se atiborraron de naranjas, chocolate y otras delicias con las que los alemanes sólo podían soñar. A Charlotte se le partía el corazón al quedarse tanto tiempo sin sus niños, pero tuvo que reconocer las ventajas.[9]

Las artes

La literatura alemana estaba lista para florecer a partir de 1945, una vez eliminadas las presiones del nazismo y cuando Goebbels dejó de meter las narices en ella. Thomas Mann había adoptado una actitud característicamente desdeñosa e imponente ante cualquier revuelo literario producido entre los años 1933 y 1945: «[Los libros] hieden a sangre y vergüenza; habría que hacer con ellos pasta de papel». De haber sido así, se habría impuesto una forma de censura tan eficaz como la que llegaron a

aplicar los nazis.[10] Los comentarios de Mann estuvieron motivados por una invitación a regresar a Alemania que había cursado el autor Walter von Molo en el verano de 1945.

> Por favor, venga pronto... fíjese en las caras surcadas por la aflicción, fíjese en la tristeza indecible de los ojos de muchos que no tomaron parte en la glorificación del lado tenebroso de nuestra naturaleza, que no pudieron abandonar sus hogares, pues estamos hablando de muchos millones de personas para quienes no había otro lugar en la Tierra que su propio país, que se estaba transformando gradualmente en un inmenso campo de concentración en el que sólo habría distintos grados de presos y guardianes.

La rígida postura de Mann no lo hizo popular en Alemania, y Hans Habe, que había regresado a su país enfundado en un uniforme militar estadounidense y comenzado a censurar a sus antiguos compatriotas, fue descalificado como un «chico de Morgenthau».[11]

El ensayo de Ernst Jünger titulado *La paz* fue una de las obras más importantes de literatura clandestina escritas durante la guerra, y siguió circulando ilegalmente después de la paz. Había sido redactada en 1941 y revisada en 1943, cuando su autor estaba protegido por el mando del ejército, sobre todo en París. Al año siguiente, Jünger sufrió una tragedia personal al morir su hijo Ernst cerca de Carrara, en Italia. Fritz-Dietlof von der Schulenburg fue quien llevó de vuelta a Alemania un ejemplar del texto y lo hizo circular entre la oposición. En marzo de 1945 se hicieron más copias, que fueron distribuidas en el sur de Alemania. Los Aliados, sin embargo, se negaron a conceder permiso para imprimir el libro. En 1948 se publicó en París, Ámsterdam y Nueva York, y en 1949 en Zúrich y Viena.[12] El 30 de agosto de 1945, Jünger recibió una visita en Kirschhorst:

> Por la tarde llegó Axel von dem Bussche-Streithorst, un comandante joven gravemente mutilado. Traía consigo una copia de mi tratado sobre la paz. Tuve la impresión de que era el más conocido de mis escritos... aunque ninguna editorial lo ha imprimido, ningún librero lo ha vendido y ningún periódico ha publicado una reseña. Toda la fama del libro reposa en unas cuantas copias entregadas por mí.[13]

La paz, escrito en el estilo místico de Jünger, es una obra de gran clarividencia que aboga por una paz honesta y viable. Enseguida se ve con claridad el porqué no agradó a los Aliados: cuestionaba sus actos –y su paz– antes incluso de que hubieran formulado sus condiciones. Para Jünger, la sangre de los soldados muertos era la semilla que produciría el grano tras la paz, y ese grano tenían que compartirlo todos: conquistadores y conquistados. Debía ser una paz en la que ganaran todos los bandos. El odio era un grano de mala calidad. «El buen grano, que ha sido objeto de una molienda tan fina, nunca debería ser dilapidado; tiene que proporcionarnos pan por mucho tiempo.»[14] Jünger no excusaba a ningún bando. Hablaba de los actos de exterminio perpetrados por los alemanes, «en los que se mató a la gente como a alimañas» o «se les dio caza como si fueran lobos». «Rumores tenebrosos han hablado de horribles festejos donde matones y torturadores [...] se enfangaban en la sangre de sus víctimas.» Durante un futuro previsible, esos «pozos de muerte» seguirán estando presentes en las mentes de los seres humanos, «son los verdaderos monumentos a esta guerra, como los de Douaumont y Langemarck».[N2] «Nadie puede eximirse de la culpa.»[15] Jünger se presenta como el soldado «decente», el hombre que respeta a su enemigo, pues «nadie puede ser un héroe para su enemigo si no le otorga su reconocimiento».[16] Para terminar, Jünger prevenía contra una paz meramente técnica y no creativa. Un arreglo de esas características significaría que «la tiranía fuese en aumento, y con ella el miedo; que la oscuridad se extendiese aún más y que, al cabo de poco, se abriesen nuevos frentes, a su vez fuente de nuevos conflictos».[17]

Jünger tenía sus admiradores, aunque no era habitual encontrarlos entre las fuerzas de ocupación. También estaba expuesto a los ataques de los exiliados. Era el escritor alemán más importante que se quedó en el país, pero no escribió en alabanza de los nazis, y cuando éstos le ofrecieron un escaño en su desvirtuado Reichstag, les dijo que prefería escribir un buen poema antes que representar a sesenta mil idiotas. Su libro *Sobre los acantilados de mármol* se consideró un ataque valiente contra la dictadura y consoló a muchos opositores del régimen. Klaus Mann arremetió, no obstante, contra él en *Auf der Suche nach einem Weg* [En busca de un

camino], calificándolo de «fullero que intenta confundir a la gente haciéndole creer que la barbarie es una nueva manera de pensar».[18]

Como cualquier personaje de la vida pública, artistas y escritores tenían que rellenar el *Fragebogen*, el Cuestionario, respondiendo a sus 133 preguntas para determinar el grado de colaboración con el régimen. Ernst von Salomon parodió el bienintencionado y torpe planteamiento de los Aliados en su libro de éxito *Der Fragebogen*, escrito en 1951. Salomon resultaba, naturalmente, sospechoso para los Aliados, pues había participado en el asesinato del ministro judío de Asuntos Exteriores Walther Rathenau en 1922. Salomon tenía en aquel momento diecinueve años y era un prusiano orgulloso, un matón derechista. Al concluir la Gran Guerra estudiaba en una academia de cadetes y lamentó que se le hubiera negado la oportunidad de intervenir en la contienda y servir a su rey y emperador como lo habían hecho antes de él incontables aristócratas de Prusia. En la década de 1920 entró y salió de la cárcel en varias ocasiones, pero su primer libro, *Die Geächteten* [Los proscritos], de 1930, lo situó en un primer plano del mundo literario. Salomon se convirtió en escritor y guionista de éxito y en uno de los autores preferidos del editor Ernst Rohwohlt.

Ernst von Salomon era un monárquico prusiano, no un nazi, pero el tono de sus libros resultó atractivo para quienes gobernaron el país después de 1933. Él no obstante se desentendió de todos sus intentos de cortejarlo. Cuando los interrogadores americanos le preguntaron por qué no emprendió una posible carrera de gran éxito en el Partido, respondió con franqueza que había ganado tres veces más como guionista de lo que habría ganado como *Gauleiter*.[19] *Der Fragebogen* fue un éxito enorme del que se vendió un cuarto de millón de ejemplares en la naciente República Federal. Tras haber sido castigados y humillados con tanta severidad por los Aliados, muchos alemanes disfrutaron con el belicoso tratamiento dado en el libro a lo que Salomon consideraba hipocresía americana. Algunos liberales, tanto de Alemania como del extranjero, no estuvieron tan seguros. El académico de Oxford Goronwy Rees, que prologó la edición inglesa, previno a los lectores contra el desenfado del lenguaje del autor, pero se mostró de acuerdo con la afirmación indignada de Salomon cuando decía que «ser

acusado de nacionalsocialismo no equivalía necesariamente a ser reo de un delito».[20]

Lo que más molestó a otras personas fue la ausencia de una disculpa por las acciones de los nazis, por no hablar de los momentos más escabrosos de la juventud del autor (a pesar de que ya había pagado su deuda), y por su deseo de hacer de Hanns Ludin, dirigente de la SA y embajador nazi en Eslovaquia, un hombre decente y un mártir de sus principios. A pesar de su rango diplomático, Ludin fue ahorcado, o más bien estrangulado, por los checos en enero de 1948. Tardó veinte minutos en morir.[21]

No obstante, aunque algunas artes iban a conocer un florecimiento, otras padecieron por el acoso de la desnazificación. Esto afectó en particular a la música y a los dos máximos compositores alemanes que no habían emigrado: Richard Strauss y Hans Pfitzner. Ambos habían sido miembros de la Cámara de Cultura del Reich, una institución nazi, y cumplían las condiciones para ser internados en función de la directiva JCS 1067. Pfitzner, de setenta y seis años, fue enviado en 1945 al campo de Garmisch-Partenkirchen, justo enfrente de la villa de Strauss, y se le prohibió seguir componiendo. La prohibición se derogó al año siguiente, pero Pfitzner tuvo que comparecer en 1947 ante la Spruchkammer, el tribunal de desnazificación. El compositor falleció en 1949, el mismo año que Strauss.

Strauss logró evitar la reclusión. Nunca había sido nazi, y el 1 de mayo de 1945 describió el Tercer Reich como «doce años de imperio de la bestialidad, la ignorancia y el analfabetismo que provocaron la destrucción de dos mil años de civilización alemana». Luego, Klaus Mann, el hijo de Thomas Mann, se presentó en su casa y lo engatusó para que dijera el tipo de cosas que podían hacer creer a los americanos que era un nazi impenitente. Pero no todos los americanos lo rechazaron, y es muy conocido que el oboísta y soldado estadounidense John de Lancie le encargó una de sus grandes obras tardías, el *Concierto para Oboe* de 1945. La desnazificación pendió también sobre Strauss como una amenaza, pero el compositor consiguió trasladarse a Suiza. En 1947 realizó una gira por Gran Bretaña, aunque su música seguía estando prohibida en Alemania.

Finalmente fue absuelto en junio de 1948. Para entonces había adquirido la nacionalidad austriaca.[22]

Las artes plásticas se vieron también obstaculizadas por la supuesta necesidad de evitar todo aquello que se hubiera practicado bajo los nazis: la representatividad perdió vigencia en las artes figurativas. Los miembros de la vieja generación que siguieron luchando lo hicieron con mucha menos convicción, como pudo verse claramente en la escasa calidad de las obras tardías de Dix y Grosz. Una excepción fueron, quizá, las obras «no pintadas» del artista de derechas Nolde, que se había recluido en el «exilio interior» después de que los nazis calificaran su pintura de degenerada. Los artistas nazis, como por ejemplo el escultor Breker, no tuvieron a partir de entonces un público apreciable. Los artistas del futuro fueron del tipo de Beuys o Baselitz, que puso literalmente del revés la tradición establecida.

La prensa

Los nuevos periódicos aparecidos después de la guerra en Berlín eran hojas propagandísticas editadas por el ejército ruso, como las *Nachrichten für die deutsche Bevölkerung*. El primer periódico propiamente dicho, el *Tägliche Rundschau*, que salió a la venta el 15 de mayo de 1945, fue editado por la SBZ, la Zona de Ocupación Soviética. El periódico se revisaba atentamente con la esperanza de que proporcionase algunas claves sobre lo que planeaban los rusos. El siguiente fue el *Berliner Zeitung*, que apareció una semana después. Al principio fue también un producto soviético, pero los rusos lo entregaron al ayuntamiento y Rudolf Hernnstadt, un periodista judío que había gozado de buena reputación antes de la guerra, se ocupó de su edición. El primer periódico para Berlín fue el *Deutsche Volkszeitung*, editado por uno de los moscovitas. Le siguió el socialista *Das Volk*.

La experiencia y el idioma hicieron de los *Remigranten*, los emigrantes retornados alemanes y austriacos, unas personas de valor inestimable para el control y la edición de la nueva prensa. Bernhard Menne se convirtió en el primer director de *Welt am Sonntag*, mientras que Erich Brost fue su

homólogo en el *Kölnischen Kurier*. El vienés E. H. Pollitzer –o Pollitt– fue director del *Lübecker Post*. Al principio trabajó a las órdenes del historiador A. G. Dickens, hasta que se le permitió dirigir su propia publicación. Otros alemanes que volvieron al país acabaron siendo periodistas destacados. Leo Felix, que se había presentado con el nombre de Felix Field durante la guerra, trabajó para varios periódicos. Peter de (o «von») Mendelssohn era el equivalente británico de un moscovita: había emigrado a Gran Bretaña y servido en su ejército, amén de colaborar con los británicos en determinar las credenciales de los periodistas alemanes después de la guerra.[23] Fue director del ambicioso *Neue Zeit*, de Ullstein. Al final, el proyecto se quedó en nada, y el primer periódico libre de la propaganda aliada fue el *Tagesspiegel*.

Durante un tiempo, los americanos establecieron su propia «metrópoli de la prensa» en la pequeña ciudad de Bad Nauheim. Fue la sede de dos nuevas publicaciones: la *Frankfurter Presse* y el *Frankfurter Rundschau*. El primer número del *Allgemeine Zeitung* –que acabaría convirtiéndose en el famoso *Frankfurter Allgemeine Zeitung (FAZ)*– vio la luz el 7 de agosto de 1945, tras la interrupción de la Conferencia de Potsdam. El director tenía órdenes americanas de no imprimir noticias sobre la discordia entre los Aliados. Más tarde, Peter de Mendelssohn dirigió también este medio hasta su regreso a Londres. La *Frankfurter Presse* tuvo un buen arranque, con la carta de Walter von Molo a Thomas Mann y una obra teatral de Alfred Kerr. Los demócratas liberales tenían su voz en *Der Morgen*. En septiembre, los periódicos brotaron como las setas. Entre 1945 y 1948 se fundaron ciento cincuenta.[24]

Los americanos tuvieron un éxito considerable con el *Neue Zeitung* y el vistoso *Heute*, publicado en Múnich. Erich Kästner dirigió el periódico *Neue Zeitung*, controlado por el comandante Hans Wallenberg, antiguo editor de Ullstein emigrado en 1937. Wallenberg era un anticomunista convencido que dejó *Neue Zeitung* a fin de trabajar en Hamburgo para Springer. En su momento, el periódico fue un soplo de aire fresco, pues sus adictos admiraban la calidad de la escritura e ignoraban su contenido propagandístico. En 1947 vendía ochocientos mil ejemplares, y Wallenberg

creía que podía llegar con facilidad al millón y medio. Según Zuckmayer, los americanos podían sentirse realmente orgullosos de lo que habían logrado con el *Neue Zeitung.*[25] Otro destacado «emigrante retornado del exilio» fue Hans (Janos) Habe, hijo del magnate vienés de la prensa Imre Bekessy.[26] Habe dirigió varios periódicos al servicio de los americanos y tuvo que ocuparse de alguna que otra voz disidente que éstos querían proscribir. Una de ellas fue el periódico *Der Ruf*, que tachaba la ocupación de «anacrónica, colonialista e inhumana». Habe acudió a Thomas Mann en busca de apoyo: «Estos jóvenes odian a sus padres; pero aún odian más a los enemigos de sus padres».[27]

Los americanos consiguieron crear también emisoras de radio con una clara función propagandística. Una de ellas fue Radio Liberty, que empezó sus emisiones el 12 de agosto de 1946. Otra fue la RIAS (Radio in American Sector), que tuvo su momento de gloria durante el bloqueo de Berlín emitiendo desde furgonetas. Clay creía que la RIAS realizaba una labor fundamental de propaganda y que los americanos debían concederle fondos para que continuara.[28]

En el verano de 1947, Tisa von der Schulenburg encontró trabajo en Hamburgo como periodista. Fue a visitar a Martin Beheim-Schwarzbach, que trabajaba en aquella ciudad en las oficinas de *Die Welt* y había sido compañero de partidas de ajedrez del primer marido de Tisa, Fritz Hess. En la reunión asistió también el director, Julius Hollos. Ella les comentó que quería trabajar en el *Süddeutsche Zeitung* como ilustradora. «¿Por qué no se viene con nosotros?», le dijeron. Fue contratada como escritora e ilustradora por trescientos RM mensuales.[29] Tisa centró su atención en la cuenca del Ruhr, donde dibujó a los mineros como hiciera en la década de 1930 con los pozos del condado de Durham. Todo el mundo sospechaba de ella. Los británicos la consideraban una agitadora comunista, y los mineros que se trataba de una espía británica. Cuando en 1948 intentó cubrir los Juegos Olímpicos de Londres para *Die Welt*, los británicos se negaron a proporcionarle documentación. Desesperada, tomó los hábitos.[30]

Los periódicos cuyos antiguos dueños habían sido judíos estaban relativamente libres de injerencias por parte de los Aliados. Tal fue el caso

de la familia Ullstein en Berlín, propietaria del *Berliner Zeitung*, el *Berliner Morgenpost* y el *Berliner Abendpost*. Algunos Ullstein habían huido a Estados Unidos y otros a Londres, donde crearon una Ullstein Ltd. El cabeza de familia, Hermann Ullstein, había fallecido en el otoño de 1944. El único Ullstein que quedaba en Alemania era Heinz, que conservó la vida gracias a su esposa aria. Como la mayoría de los judíos casados con cristianas, realizó trabajos penosos para la organización Todt, pero huyó en el momento oportuno y sobrevivió a la masacre de otros muchos. Reapareció a tiempo para salvar la maquinaria de la imprenta, desmantelada ya por los rusos pero que aún no había sido transportada.

Axel Springer fue una creación de la Zona Británica. El semanario alemán *Der Spiegel*, de gran éxito, comenzó su andadura como *Diese Woche*, publicación cuyo progenitor fue el comandante Chaloner, de veintiún años, miembro del Consejo de Información de Hanóver. Cuando la línea editorial se descontroló, se ofreció la publicación a los alemanes y a Springer. Éste obtuvo su primera licencia del comandante William Barnetson, quien posteriormente presidió la agencia Reuters. A pesar de la oposición de algunos administradores británicos, Springer se convirtió rápidamente en el primer magnate de la prensa alemana.[31]

Actitudes ante la Conspiración del 20 de julio

Para designar a las víctimas del nacionalsocialismo, los Aliados crearon una expresión que debería haberles garantizado ciertos privilegios, aunque en la práctica fueron escasos, al menos en un primer momento. Se las denominó «Opfer des Faschismus» (Víctimas del fascismo), u OdF. Greta, la viuda del poeta Adam Kuckhoff, ejecutado como miembro de la Orquesta Roja,[N3] de inspiración comunista, y la condesa Marion Yorck, cuyo marido fue ahorcado como resultado de las represalias tras la Conspiración del 20 de julio, deberían haber recibido raciones más abundantes, al menos en teoría. Las OdF tenían su propia organización de ayuda. No era la única: había una

corporación rival, la VVN, o Vereinigung der Verfolgten des Naziregimes (Unión de Perseguidos por el Régimen Nazi).

Mientras formaba parte de una unidad que investigaba la naturaleza del nazismo, el poeta W. H. Auden oyó hablar por vez primera de la historia de los Scholl y de su intento conmovedor, pero en definitiva inútil, de oponerse a Hitler: «Quienes condenan a los alemanes por su falta de oposición [...] deberían haber pasado aquí seis meses durante la guerra».[32] Hans y Sophie Scholl, Alexander Schmorrell, Christoph Probst, el conde Willi y el profesor Kurt Huber habían tenido la audacia de imprimir pasquines en los que atacaban a Hitler y la guerra y sembrarlos por las aulas de la Universidad de Múnich. En Hamburgo se constituyó también una rama de aquel movimiento denominado «Weisse Rose» (La Rosa Blanca). Todos los muniqueses –y otras ocho personas en Hamburgo– murieron decapitados por sus actividades.[33]

Auden y sus amigos fueron a ver a la familia de «Schurik» Schmorrell para conocer la historia de primera mano. El momento en que el padre, la madre y la hermana del joven estudiante de medicina repitieron el relato de su detención y ejecución resultó desgarrador y emocionante. La hermana, Natascha, había sido torturada y había perdido un ojo. Sin embargo, esto no la protegió del ejército de ocupación estadounidense. James Stern supo más tarde que los Schmorrell –el padre, la madre y la hermana de un héroe de la resistencia– habían sido echados a patadas de su casa para alojar a unos soldados y a sus familias.[34]

Por más que Stern deseara negar la idea de unos «alemanes buenos», el asunto ejercía sobre él una especie de fascinación. Incitado por las averiguaciones de Auden acerca de la Rosa Blanca, fue a visitar al príncipe Fugger von Glött en su gran palacio cerca de Memmingen. El príncipe había sido designado para el puesto de gobernador de Baviera en el caso de que Hitler muriera el 20 de julio de 1944, pues tenía vínculos con dos sacerdotes jesuitas que habían participado en los debates de la oposición. Von Glött había sido detenido tras el fracaso de la Conspiración y era uno de sus escasos supervivientes. Mientras contaba su aterrador relato, Stern empezó a ver claro.

Hugh Carleton Greene, de la BBC, emitió en fechas tempranas un programa favorable dedicado a la Conspiración con motivo de su primer aniversario, el 20 de julio de 1945. Greene había trabajado en Alemania como periodista antes de la guerra, y durante el conflicto fue oficial del servicio de inteligencia. Tras el fin de las hostilidades, dirigió el servicio de la BBC en lengua alemana, y en calidad de oficial de control para los medios de comunicación influyó de manera importante en la reconstrucción intelectual de Alemania. Ursula von Kardorff, que había mantenido estrechas relaciones con muchos de los conjurados, calificó el programa de «muy justo; nadie podría haberlo hecho mejor». Gracias a él se enteró de la triste noticia de la muerte de Nikolaus von Halem.[35]

Las actitudes de los alemanes respecto a sus congéneres eran más complejas. Hasta mayo de 1945, aquellas personas habían sido unos traidores; ahora, los alemanes corrientes debían acostumbrarse a la idea de que, en realidad, eran unos héroes. Esto no constituía un problema para quienes habían vivido en el entorno del círculo de los conjurados. Ursula von Kardorff tenía un especial interés en conocer el destino de Fritz-Dietlof von der Schulenburg. La BBC y la emisora de los Aliados en Calais habían hecho correr la voz de que seguía vivo. Su esposa Charlotte mantenía también la esperanza. Nada más acabar la guerra se había presentado en Plön ante el oficial británico al mando para preguntarle si había algo de cierto en las informaciones de la radio. El oficial de enlace judío que la recibió le prometió que investigaría el asunto. El oficial apareció más tarde en Testorf, donde vivía Charlotte. Su marido había sido ahorcado en agosto de 1944.[36] Tisa, la hermana de Fritz-Dietlof, se hallaba también en Lübeck. El día de la emisión del programa de Greene había sufrido un ataque de nervios:

> El recuerdo del año pasado. Todas las lágrimas que no logré derramar por la muerte de Fritzi brotaron inesperadamente en un diluvio incontenible; me sentía indefensa. Todos mis hermanos habían muerto. Mi familia se había perdido.[37]

La mente del exiliado Carl Zuckmayer estaba totalmente abierta al reconocimiento de la oposición alemana a Hitler. Zuckmayer había coincidido en Heidelberg con Carlo Mierendorff, uno de los principales conjurados, fallecido durante un bombardeo en una incursión de los Aliados en Leipzig en diciembre de 1943. También había sido amigo de Helmuth James von Moltke, sobrino nieto de Moltke *el Mayor*, jefe del Estado Mayor prusiano en las guerras de Bismarck, y sobrino de Moltke *el Menor*, quien siendo jefe de Estado Mayor frustró el avance alemán en 1914. La casa solariega de Helmuth James en Kreisau (un regalo del monarca en agradecimiento al anciano Moltke) había sido utilizada por algunos miembros de la oposición –los integrantes del Círculo de Kreisau– para celebrar reuniones y debates.

Zuckmayer creía que los de Kreisau eran el vivero perfecto para la nueva Alemania, pero no tardó en percatarse de cuán exhaustiva había sido la purga realizada tras el 20 de julio. No sólo habían muerto Mierendorff y Moltke, sino también sus amigos, el sindicalista Wilhelm Leuschner y el socialista Theodor Haubach. Algunos, no obstante, habían sobrevivido, y Zuckmayer pensó que debían ser honrados y recibir promesas de apoyo.[38] Muchos de sus nombres –«los soldados de a pie», «los guerreros desconocidos de la resistencia»– ni siquiera habían aparecido en la prensa. Zuckmayer cita el caso de una viuda cuyo marido había sido detenido en junio de 1941. Más de un año después, un vecino atrajo su atención hacia una noticia que aparecía en una sección de anuncios. En ella se informaba a la esposa y al resto del mundo de que aquel hombre había sido ejecutado por alta traición. La viuda había trabajado como limpiadora en una oficina de correos, pero cuando Zuckmayer la encontró no tenía trabajo ni ahorros. Subsistía gracias a una modesta suma de las OdF. Estaba amargada, pues los nazis habían hecho más por su propia gente. De hecho, los jueces que sentenciaron a su marido recibían pensiones, lo mismo que sus viudas, mientras que ella vivía sola y desamparada; su único placer había sido su aparato de radio, pero los nazis se lo habían quitado. Estaba resignada a su suerte: nada podía devolverle a su marido.[39]

Uno de los que sobrevivieron a la purga general fue el poeta y escritor Günther Weisenborn. Había estado comprometido con Harro Schulze-Boysen y la Orquesta Roja. La Gestapo no tenía pruebas en su contra y pudo salvar la vida. Fue condenado a cadena perpetua. Su joven esposa se había esforzado por mantener el contacto con él en la cárcel de Luckau; cuando descubrió que formaba parte de un destacamento de trabajo enviado fuera de la prisión, decidió viajar en los trenes que transportaban a los prisioneros para poder verlo. Había musicado unos textos de su esposo y los había interpretado, de modo que, para atraer su atención, silbó una de aquellas melodías. Cierto día oyó la misma tonada dentro del vagón de los presos y supo que Günther era consciente de que su esposa se hallaba cerca de él. Cuando llegaron los rusos, liberaron a los prisioneros de sus suplicios, pero les asignaron de inmediato funciones dentro de la zona. Entretanto, la batalla de Berlín estaba en plena actividad y la mujer no pudo dar con el modo de llegar hasta él. Los rusos lo eximieron finalmente de su tarea y él marchó en bicicleta a Berlín. Su antigua casa había sido destruida por las bombas, y no tenía ninguna pista que le llevara al paradero de su esposa. Más tarde, cuando atravesaba un barrio suburbano que le resultaba desconocido, vio acercarse otra bicicleta: era ella. «Se habían encontrado en medio del caos.»[40]

Los judíos en Alemania y Austria

Alemania y Austria habían perdido por diversas razones a los judíos, que habían constituido una parte notable de sus poblaciones. En 1933 había en Alemania alrededor de cuatrocientos cincuenta mil judíos. Dos tercios emigraron, y el tercio restante pereció en campos de concentración y en guetos. En Austria, la cifra original rondaba los ciento ochenta mil, casi todos residentes en Viena. También aquí se marcharon dos terceras partes, pero los sesenta y cinco mil restantes perdieron la vida. De los que se salvaron, gracias a haber emigrado a tiempo, sólo regresó un porcentaje minúsculo. La mayoría debieron de sentirse poco dispuestos a encontrarse

cara a cara con los asesinos de sus amigos y parientes. Pero en Alemania y Austria hubo judíos después de 1945: eran soldados y desplazados.

El antisemitismo oficial de los años del nazismo no había sido, ni mucho menos, del agrado de todos los alemanes. Ursula von Kardorff, cuando vio un convoy de vehículos adornados con la estrella de David (pertenecían a la Brigada de Infantería Judía) a la cabeza de una partida de prisioneros de guerra, calificó la situación de «justicia divina» y recordó el momento en que, tres años antes, había visto a judíos que portaban la misma estrella sobrecogidos de miedo en las callejas de Berlín mientras los soldados alemanes presumían con sus elegantes uniformes engalanados con condecoraciones.[41]

En el verano de 1945, los judíos tenían en Alemania sus propias unidades de combate. En la Brigada –una fuerza de intervención propiamente dicha– se alistaron hasta treinta y cinco mil judíos procedentes de Palestina. Durante gran parte de la guerra, los británicos sólo habían permitido a los judíos alemanes y austriacos prestar servicio sin armas en el cuerpo de zapadores, lo que provocó que muchos se sintieran profundamente agraviados. Cuando los antiguos judíos alemanes y austriacos llegaron a Alemania en 1945 conocieron lo sucedido con sus parientes y correligionarios que habían permanecido en el país. Habían temido lo peor, pero pocos de ellos podían haber imaginado que el horror alcanzara tan altas cotas. Seguían vistiendo uniforme, y casi ninguno pudo hacer gran cosa para ayudar en aquellas circunstancias. Una excepción fue el capitán Horwell, que llegó a ser subcomandante de Bergen-Belsen tras la liberación y pudo ayudar a los diez mil que habían sobrevivido.[42]

Muchos judíos alemanes o austriacos se habían distinguido en la lucha e iban a desempeñar funciones importantes bajo la ocupación. Uno de los que tuvieron un papel político significativo en el ejército británico fue Michael Alexander Thomas. El día D, Thomas era oficial de enlace entre los británicos y los polacos. Era muy temido por su equipo, al que insistía en que debían ducharse y lavarse los dientes a diario. Aquel rigor le valió el apodo de «el Barón Prusiano».[43] En Alemania fue nombrado oficial político y trabó contactos firmes con destacados políticos socialistas como Karl

Severing y Rudolf Petersen en Hamburgo. Thomas impidió que el general Templer prohibiera a los alemanes llevar uniformes militares indicándole que no tenían otra ropa que ponerse. Templer juzgó inoportuno aquel consejo. Thomas dejó el ejército debido a la falta de sensibilidad de su superior inmediato, el teniente coronel Pearson, que se refería a él llamándole «chico judío».

Thomas no fue el único judío de alto rango como oficial político. En Schleswig-Holstein, el comandante Lyndon fue jefe del Departamento Político. Otros judíos desempeñaron también funciones importantes en departamentos de información, es decir, de propaganda y desnazificación. Dos comandantes, Calmon y Kendal (nacido Knobloch), comenzaron sirviendo en Austria hasta que se les asignó la tarea de encontrar criminales de guerra. El comandante Linford fue segundo secretario de la Comisión de Control de los Aliados en Austria y actuó como enlace ante los demás Aliados. Su homólogo en Berlín era el capitán Lederer. Kaye Sely fue jefe del control de información, primero en Hamburgo y luego en Berlín. Muchos de estos judíos eran académicos uniformados. El distinguido historiador de Alemania F. L. Carsten era hijo de un médico berlinés que había anglicizado su nombre propio (Franz) por el de Francis. Hizo la guerra en la Ejecutiva de Guerra Política, y durante la ocupación desempeñó un cometido importante como autor de un manual que explicaba a las fuerzas británicas qué era Alemania.[44]

Muchos judíos hablaban alemán, aunque solían negarse a utilizarlo entre ellos, pues habían llegado a la conclusión de que de un modo u otro el idioma estaba contaminado. Hasta los polacos recurrían a soldados judíos como intérpretes con los alemanes de los denominados «territorios recuperados».[45] Cuando George Clare fue a Berlín en 1946 para trabajar en tareas de desnazificación, se encontró con que todos sus compañeros eran judíos o medio judíos alemanes o austriacos, excepto los rusos. Sely procedía de Múnich. El norteamericano Ralph Brown era berlinés.[46] El papel de los judíos en el ejército británico fue, a veces, motivo de preocupación. Kaye Sely mostró a George Clare una carta de la «Seguridad Pública» en la que se les acusaba de un celo excesivo en la desnazificación

y citaba el hecho de que la mayoría de quienes la dirigían eran antiguos judíos alemanes y austriacos que podrían estar actuando por venganza.[47] En el ejército estadounidense hubo bastantes más judíos que en el británico. Los americanos estaban mucho más dispuestos a encomendar cometidos a los refugiados. Los británicos, en cambio, fueron más reacios a servirse de ellos.

La mayoría de los judíos empleados durante la ocupación trabajaban como intérpretes, y, para formarlos, se creó una escuela especial en Bruselas. Un austriaco, el comandante Reitlinger, que había estado en la SOE (Special Operations Executive; Dirección de Operaciones Especiales) durante la guerra, fue en Viena los ojos y los oídos del general McCreery. Un vienés, el sargento R. Rawdon, actuó como intérprete para los primeros soldados británicos que entraron en Berlín, una unidad de la Policía Militar. No obstante, los judíos no fueron las únicas personas utilizadas para compensar las insuficiencias lingüísticas de las fuerzas británicas. Los británicos y los americanos se sirvieron, de hecho, de miembros de la organización nazi Concordia Bureau y de los British Free Corps, el variopinto grupo dirigido por John Amery, hijo de Leo Amery, secretario de Estado para las Colonias, hasta que se dieron cuenta de con quién estaban tratando. Una vez que se les abrieron los ojos, los traidores fueron devueltos a Gran Bretaña y juzgados.[48]

El destino de los judíos desplazados

Los supervivientes judíos que habían puesto rumbo a Alemania con la esperanza de llegar a Occidente o a Palestina fueron enviados de nuevo a campamentos para desplazados cercados con alambre de espino. Muchos niños nacieron en cautividad. Los supervivientes judíos se hallaban en un dilema: tras haber vuelto a sentirse humanos y haber podido empezar a pensar de nuevo en las necesidades básicas de alimentación y vestido, necesitaban decidir cuál sería su futuro y dónde se haría realidad. ¿Podían regresar a sus antiguos hogares de Polonia y Hungría? Estos países habían

quedado más o menos despojados de judíos. En ellos no había ya amigos o parientes que les dieran la bienvenida, y cualquier lugar adonde fuesen se les recordaría la magnitud de su tragedia. Además, pensaban con desagrado en el vecindario gentil que quizá les mirase de arriba abajo contemplándolos con una sonrisa burlona que les diría: «¿Cómo? ¿Todavía estáis vivos?».[49]

Aquellos judíos, conocidos como los *she'erit Hapletah*, o «el resto de los rescatados», siguieron afluyendo a Alemania. Ello se debió en parte a un repunte de la violencia antisemita en la nueva Polonia, donde en 1945 murieron de mil quinientos a dos mil judíos en pogromos en Kielce y otras localidades. La Alemania ocupada se consideraba el lugar más seguro. Unos doscientos setenta mil judíos llegaron allí una vez finalizada la guerra y buscaron refugio en los campamentos para desplazados. Aquel período previo al momento en que encontrarían nuevos hogares en Palestina y otros lugares ha sido designado con la expresión de «la horrible secuela del Holocausto».[50]

Los británicos veían con suspicacia la afluencia de judíos a Alemania. Pensaban, quizá correctamente, que intentaban utilizar el país como trampolín hacia su destino final: Palestina. El teniente general sir Frederick Morgan, jefe de operaciones de la UNRRA, la Administración de las Naciones Unidas para Ayuda y Rehabilitación en Alemania, intuía que tras la llegada de tantos judíos «bien vestidos, bien alimentados y de mejillas sonrosadas», que parecían tener «mucho dinero», se hallaba una organización secreta. Los británicos comenzaron a prohibir a los recién llegados el ingreso en los campamentos para refugiados y a impedir a los judíos marchar hacia el sur a través de Austria. También introdujeron medidas de trabajo obligatorio para los residentes de los campamentos.[51]

En su mayor auge hubo 184 campamentos diseminados por toda Alemania: 11 en la Zona Francesa, 22 en la Británica y 151 en la Estadounidense. Uno de los más famosos se hallaba en Landsberg, en Baviera, donde tenía su sede el *Landsberger Caytung,* el periódico judío de más éxito en aquel momento. La publicación ofrecía consejos prácticos a los judíos e informaba sobre los juicios de Núremberg.[52] La palabra

Caytung (periódico) era una muestra del yiddish germanizado que se hablaba en los campos. El *Katzet* era el «campo de concentración», por la sigla alemana KZ.

Una de las facetas desafortunadas de la vida de los judíos en los campamentos para desplazados fue que a menudo compartían techo con sus antiguos torturadores –húngaros, ucranianos, lituanos y polacos–, que habían trabajado voluntariamente en los campos de concentración y que en ese momento eran prácticamente apátridas. En dichos campamentos formaban un núcleo de gente violenta y criminal. No era raro que los Aliados designaran a antiguos nazis como guardias; para colmo, estaban armados. La presencia de aquellos centinelas y de las cercas de alambre de espino en torno a los barracones daba a los nuevos alojamientos de los judíos un aspecto similar al de los campos de concentración de los que acababan de salir.[53]

La preponderancia de campamentos para judíos desplazados en la Zona Estadounidense no era accidental: los judíos querían ir a Estados Unidos y calificaban de hostil la política británica en Palestina. Gran Bretaña fue hasta 1949 el principal enemigo de los judíos.[54] De enero a abril de 1946, las admisiones en los campamentos americanos rondaron la cifra de tres mil diarias, mientras que otras dos mil personas, aproximadamente, ingresaban en los instalados en la Zona Estadounidense de Austria. En abril había tres mil judíos en Berlín y mil seiscientos en la Zona Francesa, quince mil seiscientos en la Británica y cincuenta y cuatro mil en la Estadounidense. En la zona ocupada por los estadounidenses en Austria había seis veces más judíos que en la Británica. A finales de año, la cifra de judíos establecidos en los territorios de Alemania y Austria controlados por los Aliados occidentales era de doscientos cuatro mil, el 90 % en las Zonas Estadounidenses. Sin embargo, los americanos no siempre mostraron una mayor consideración que los británicos en el trato dado a los judíos. El general Patton expresó la opinión de que eran «más abyectos que animales».[55]

Los americanos gastaban quinientos millones de dólares al año en los campamentos. Se desató un cierto debate sobre la pertenencia de los judíos.

Era muy poco probable que quisieran ser alemanes, y la mayoría de los Estados del este tampoco los reconocían como propios. Eran apátridas a todos los efectos. A medida que su número crecía, los americanos permitieron la entrada de unos pocos a Estados Unidos y ampliaron ligeramente las cuotas en diciembre de 1945. Los dominios británicos, que ya en 1938 se habían mostrado excesivamente parcos para incrementar su hospitalidad, siguieron cerrándoles la puerta. Son conocidos los casos de judíos que intentaban burlar el bloqueo para llegar a Palestina y eran detenidos en Chipre e internados en campos para desplazados. La creación del Estado judío en mayo de 1948 provocó que entraran en tropel por vía marítima.[56]

Los campamentos para desplazados en Alemania parecían pueblos donde se hablaba yiddish. El idioma adquirió una importancia inmensa antes del desarrollo del hebreo bajo los auspicios del nuevo Estado de Israel. El alemán había caído claramente en desuso, a menos que no hubiera otra alternativa. A partir de 1949, el Estado de Israel prohibiría tanto el alemán como la música alemana. También se paralizó el movimiento asimilacionista anterior a la guerra: Adolf Hitler había enseñado categóricamente a los judíos que no eran deseados.[57] Tras el Tercer Reich era difícil ver algo más parecido a los *shtetlach* que los campamentos para desplazados. De hecho, han sido definidos como la última reminiscencia del *shtetl.*[58] Los judíos permanecían en ellos hasta que podían encontrar un medio de viajar a Palestina o a Estados Unidos. La cuota americana de entrada siguió siendo muy rigurosa hasta 1950.

Carl Zuckmayer creía que los campamentos para desplazados judíos mantenían vivo el antisemitismo. Como los judíos eran gente ajena o extranjeros, la palabra *Ausländer* (extranjero) había acabado siendo en algunas partes del país sinónima de judío. Una niñita que vivía cerca de su casa en el Salzkammergut le dijo: «Mami ha salido de compras porque quería hacer un pastel para ti. Como necesitaba harina, ha ido a la tienda de los extranjeros». Esto significaba a menudo ir a un campamento para desplazados, donde quienes eran lo bastante afortunados para tener coche propio solían encontrar gasolina.

Los campamentos para judíos estaban comparativamente bien provistos, y los excedentes se vendían a buen precio. Zuckmayer oyó decir que los alemanes refunfuñaban porque los judíos se enriquecían aprovechándose de su hambre. En un rincón oscuro de la estación central de Múnich vio a un judío con caftán, barba larga y rizos, «una figura apenas vista en esta parte de Alemania, aunque quizá sí en la Leopoldstadt de Viena, en Bratislava, Łódź o Varsovia».[N4] Tenía una mesa, una silla y una caja registradora, y unos tipos desaliñados le mostraban objetos que llevaban en los bolsillos. Una mujer dijo a Zuckmayer que se trataba de un gran mercado de joyas. Los últimos restos de la herencia familiar se transformaban en carne, manteca o café. Algunas de las perlas eran, obviamente, robadas.[59]

En aquellos momentos había aún en Austria veintinueve mil judíos en campamentos americanos. Se les daban mejores raciones que a los demás desplazados y, a diferencia de ellos, se les eximía del trabajo. Decir que aquella situación provocaba resentimiento constituye un eufemismo, en especial si se tiene en cuenta que los judíos ocupaban una posición destacada en el mercado negro. Un informe de los Aliados presentó una estadística según la cual el 71 % de los austriacos no tenían sentimientos de culpa por la Segunda Guerra Mundial. Por lo demás, también los judíos se quejaban. «Mientras no se nos devuelven nuestros bienes, se nos trata como a mendigos. Una vez que los hemos recuperado, nadie se acuerda de que lo fuimos.»[60]

El resentimiento hacia los judíos y sus abundantes raciones fueron la causa de un pequeño motín en Bad Ischl, en el Salzkammergut, en el verano de 1947. El problema fue la cuota de leche. Unos manifestantes indignados rodearon el hotel que servía de campamento para judíos desplazados y lo apedrearon: «¡Abajo los sucios judíos! ¡Ahorcad a los judíos!», gritaban. Las autoridades estadounidenses actuaron con firmeza y uno de los alborotadores fue condenado a quince años de prisión. La sentencia fue rebajada más tarde por el general Keyes.[61]

En Alemania, quince mil judíos habían sobrevivido al genocidio. Uno de ellos fue Victor Klemperer, que regresó a su casa de Dresde, dañada pero habitable, soñando con buenos vinos, comidas y viajes en su coche, visitas

al mar y películas. Sobre todo apreciaba el hecho de la vida en bruto, de la «simple supervivencia».[62] Formaba parte del 3 % de judíos alemanes que debían su supervivencia al hecho de tener una esposa aria. Los judíos solían conseguir los mejores empleos en la Zona Soviética. Un antiguo «submarino», el maquinista Walter Besser, fue puesto al frente de un hospital en 1945. Algunos dirigentes judíos salieron del cautiverio de los campos de concentración para fundar periódicos. Josef Rosensaft había estado en Bergen-Belsen, donde, acabada la guerra, se casó con la médico del campo, Hadassah Bimko. Fundó el primer periódico en yiddish de la Zona Británica, *Undzer Sztyme* (Nuestra voz) en la localidad de Belsen. Otro fue Zalman Grinberg, médico procedente de Kaunas, que fundó el periódico *Undzer Weg* (Nuestro camino), también en yiddish, aparecido en octubre de 1945. En la Zona Británica, Hans Frey lanzó el *Jüdisches Gemeindeblatt für die Nord-Rhein Provinz in Westfalen*. Entre 1945 y 1948 aparecieron en Alemania más de doscientas publicaciones –libros y periódicos– en yiddish.[63]

Los campamentos estaban formados casi siempre por barracones, además de algunos edificios genuinos cuyos ocupantes alemanes habían sido desalojados previamente. Unos cuantos se hallaban cerca o incluso dentro de antiguos campos de concentración como Bergen-Belsen y Landsberg. Dos campamentos de instrucción para judíos estaban ubicados en propiedades que habían pertenecido a Julius Streicher y Hermann Göring. Los desplazados judíos del Sector Estadounidense de Berlín se alojaban incluso en la Villa Minou, donde, en las primeras semanas de 1942, se había celebrado la tristemente célebre Conferencia de Wannsee: entre sus paredes se trató el desarrollo de la Solución Final.[64]

En general, los campamentos no eran tan desalentadores como podría parecer desde fuera. Tenían sus propias escuelas e impartían cursos de historia judía, hebreo, sionismo y geografía de Palestina; este hecho atestigua una vez más el abandono de la asimilación y la adhesión al sionismo en la mayoría de los casos. Se formaron partidos políticos, se representaron obras de teatro de clásicos yiddish y se ofrecieron conciertos. Grupos de cantantes como los Happy Boys interpretaban canciones en

yiddish. Asimismo, también se asignaron a los campos rabinos americanos para que se ocuparan del bienestar espiritual de los residentes.[65]

Bergen-Belsen fue uno de los campamentos más famosos para desplazados. Una vez que los británicos lograron reducir el índice de mortalidad, se pudo introducir en él cierto grado de comodidad, sobre todo cuando se sacó a los internos de los antiguos edificios para trasladarlos a los barracones bien equipados de los SS. El traslado fue bastante lento. Al principio, los testigos se sentían horrorizados al ver el grado de deshumanización de los ex prisioneros. Muchos de los judíos eran mujeres. El propio general Dempsey, comandante del II Ejército británico, recordaba haber visto a una de ellas «totalmente desnuda lavándose con jabón de munición en el agua de un depósito en el que flotaban los restos de un niño».[66]

Al menos en teoría, los franceses, holandeses, rusos y polacos de Belsen tenían un sitio adonde ir. Pero los judíos no deseaban regresar, sino seguir adelante. Una vez conocida la enormidad de sus padecimientos, recibieron un trato especial. El rabino británico reverendo Leslie Hardman llegó a Belsen poco después de su liberación. El viernes 20 de abril celebró el primer oficio religioso judío recitando el *Kiddush* al aire libre. Luego se quedó, con cierta aprensión, para comer un poco de *gefilte fisch* con los prisioneros. A la mañana siguiente se despertó con unos dolores espantosos y tuvo que guardar cama durante cuarenta y ocho horas.[67] Durante la convalecencia, Hardman fue testigo de la existencia de cierto antisemitismo tradicional en el cuerpo de oficiales británico. Uno de los militares exclamó: «¡Malditos judíos! ¡Lo tienen merecido!». No obstante, lo que observó en general en ellos fue más bien el efecto deshumanizador de la guerra: habían visto demasiados horrores para ser siquiera capaces de reaccionar.[68]

En el caso de las mujeres, el proceso de recuperación consistió en parte en que comenzaran a mostrar cierto interés por su aspecto físico. Una de las preguntas que éstas planteaban reiteradamente a los médicos que trabajaban en Belsen era si recobrarían su belleza.[69] A algunas les costaría mucho tiempo: las humillaciones, que habían formado parte de las medidas

aplicadas por sus torturadores nazis, habían calado muy hondo en ellas. Un miembro de la Cruz Roja recordaba haber preguntado a una cómo se llamaba y de dónde era. «Yo... –titubeó–, no nombre, sólo número, no país, sólo judía, ¿entiende usted? Sólo soy una perra.»[70] Los baños se contemplaban con suspicacia. Algunas mujeres que habían estado en campos de exterminio tenían pavor a los trayectos al bloque de las duchas. La situación mejoró ostensiblemente cuando se encontró ropa femenina usada para sustituir el atuendo carcelario, y alguna descubrió un tesoro escondido de lápices de labios. En palabras de uno de los altos oficiales médicos, «fue una ocurrencia genial, de una brillantez pura y genuina». Las mujeres se sintieron entusiasmadas. El mismo oficial contaba que había visto sobre una losa a una mujer muerta que seguía aferrando su pintalabios.[71]

En junio, la situación en Belsen había cambiado radicalmente. Cuando llegaron los cámaras, las instalaciones le recordaron a una mujer de la Cruz Roja «un campamento de vacaciones para gente corriente».[72] Los internos querían información sobre el sionismo y Palestina. Paradójicamente, Hitler había hecho de ellos mejores judíos: la asimilación era letra muerta. Hasta los ateos más contumaces estaban sumamente interesados en adquirir conocimientos sobre una religión que no se profesaba desde hacía una generación.[73] Se ofrecieron conciertos para infundir algo de moral, y los campamentos recibieron la visita de músicos de la talla de Yehudi Menuhin y Benjamin Britten. Las mujeres de Belsen volvieron a descubrir a los hombres. Los bailes se popularizaron, aunque las mujeres aún eran poco más que esqueletos. Los campos no sólo fueron fértiles en el ámbito de la cultura: también fueron productivos en vidas humanas. A resultas de los experimentos genéticos realizados en los campos de concentración, muchas judías temieron haber quedado estériles. Pero no fue así. En 1946, la UNRRA informó de la existencia de entre ocho y diez mil embarazos en los campamentos para judíos, lo que les otorgó el índice de natalidad más elevado del mundo.[74]

Los casos de antisemitismo fueron relativamente raros, aunque hay constancia de que un tendero judío fue amenazado en Staubing, y de que los

habitantes de la localidad de Deggendorf acusaron a los judíos que vivían en su antiguo campo de concentración de perpetrar robos a mano armada. En Múnich, la Mühlstrasse tenía su dotación de tiendas judías e, incluso, un restaurante kosher.[75] Los campos contaban con florecientes mercados negros; en uno de ellos, cerca de Stuttgart, la policía efectuó una redada, en el curso de la cual murió un judío durante una reyerta por unos huevos conseguidos de estraperlo. A raíz de aquel suceso, se prohibió a la policía entrar en los campamentos.[76]

Hubo algún que otro caso de furia dirigida contra los alemanes, pero fueron casos excepcionales. El máximo acto de ilegalidad cometido por judíos en la Alemania de la posguerra fue el intento de dar muerte a un elevado número de prisioneros de guerra en Núremberg. Abba Kovner, que había encabezado una sublevación armada en el gueto de Vilna, fundó el grupo Nakom (Venganza) y concibió la idea de envenenar el agua potable de la ciudad. Un miembro del grupo encontró trabajo en el servicio de aguas, pero David Ben-Gurion se negó a permitirle seguir adelante con el plan. Como alternativa decidieron actuar en el campo donde estaban internados doce mil prisioneros de guerra, muchos de ellos antiguos miembros de la SS o nazis, y lograron envenenar el pan. Los presos sufrieron dolores terribles pero ninguno de ellos murió. Los autores del delito huyeron a Palestina y frustraron todos los intentos de que fueran juzgados en Alemania.[77]

La vida posterior de los judíos alemanes fue la historia de un largo desvanecerse. Durante una década, siguieron llevando una oscura existencia detrás de las alambradas. Los últimos campamentos para desplazados judíos se clausuraron en 1957.

N1. Véanse pp. 554-555.

N2. La batalla de Douaumont fue una de las más sangrientas de la campaña de Verdún; la localidad de Langemarck, junto a Ypres, fue testigo de la matanza de la flor y nata de la juventud alemana en octubre y noviembre de 1914.

N3. Red de espionaje creada durante la Segunda Guerra Mundial auspiciada por la Unión Soviética. Ejerció un papel clave en desmantelar la estrategia alemana en la batalla de Stalingrado. La red berlinesa de la Orquesta Roja cayó en agosto de 1942, y la mayoría de sus miembros fueron arrestados y ejecutados. *(N. del E.)*

N4. Zuckmayer exagera. Tipos como ésos se podían ver, sin duda, en la berlinesa Sophienstrasse después de 1918.

Tercera parte

Crimen y castigo

12

La culpa

> Sufrimos la falsa indignación de otros lémures que llegaron al lugar de las mentiras para desenterrar a los muertos y exponer los cadáveres descompuestos; para medirlos, contarlos y fotografiarlos, tal como se proponían. Representaron el papel del acusador, sólo para conseguir para sí el derecho a una venganza rastrera y satisfacerse, luego, con unas orgías similares... La mano que quiera ayudar al ser humano en todo esto y guiarlo en su ceguera debe hallarse libre de pecado y de actos de violencia.
>
> ERNST JÜNGER,
> *Der Friede (La paz)*, Viena, 1949, p. 21

¿Cómo íbamos a saberlo?

> Los Aliados han dejado de amenazarnos con bombas; ahora nos hablan como una niñera que nos pone nerviosos con su índice huesudo y su chillona voz de solterona. Una tiene la sensación de encontrarse en un aula donde se nos regaña de tal modo que hasta el alumno de mejor comportamiento se volverá rebelde al cabo de un rato.[1]

Muchos alemanes reaccionaron con incredulidad ante las revelaciones de los Aliados. Ursula von Kardorff conoció a una nazi convencida que descalificó sus programas de radio como si fueran otras tantas mentiras. Sencillamente, se negaba a creer aquellas historias atroces. Cuando se les mostraron fotografías de montañas de cadáveres en Dachau, dijeron que eran de personas muertas tras la incursión de los bombaderos aliados sobre Dresde. Tal era el efecto de la propaganda de Goebbels.[2] Käthe von Normann atisbó a comprender la verdad cuando un judío polaco contó que sólo había evitado el destino de veintitrés miembros de su familia porque lo habían encarcelado en un campo para prisioneros de guerra en Siberia.

Käthe anotó en su diario: «¡Qué caos se ha provocado con esa doctrina engañosa!», y maldijo a Hitler por no haber firmado la paz.[3]

En el curso de sus entrevistas en Múnich, James Stern descubrió que a las preguntas sobre los campos de concentración se ofrecían respuestas diversas. Un hombre de clase obrera le preguntó por el trato a los americanos de origen alemán. Stern respondió: «Con una extraordinaria imparcialidad», juicio que, según sabemos ahora, no era cierto. Cuando se le expusieron las atrocidades de los campos alemanes, la respuesta del hombre fue comedida: de ser ciertas, habrían sido «die grösste Schweinerei, die es gibt!» (¡la mayor indecencia que se haya cometido!). Un joven médico de buena familia con quien habló Stern se refirió al trato dado a los judíos como una *Kulturschande* («una vergüenza para nuestra cultura»), pero pensaba que la brutalidad de la ocupación alemana de Rusia no había sido mayor que la que los americanos infligieron al ocupar Múnich.[4]

Carl Zuckmayer pensaba que eran relativamente pocos los *Ewiggestrige* («anclados en el pasado») que creían que su situación actual era achacable exclusivamente a los Aliados y que los alemanes no habían hecho nada para merecerla. Eran raros los alemanes que, incluso en la seguridad de sus hogares destrozados o en el rincón de una taberna escasamente iluminada y fría, lamentaron el ahorcamiento de los acusados de Núremberg. La mayoría, sin embargo, habría rechazado por radical la acusación de «culpa colectiva», basándose en que poco era lo que podría haber hecho un individuo para detener el belicismo de Hitler y sus matanzas, aun cuando fuera plenamente consciente de lo que estaba sucediendo. El concepto de «culpa colectiva» cambió, además, de significado con la apertura de los campos de concentración. Al principio, los alemanes eran culpables de haber iniciado una guerra agresiva, como habían hecho sus padres en 1914. Pero ahora, todos ellos habían cometido, propiciado o instigado un asesinato masivo. Ernst Jünger creía reconocer un plan en los Aliados: «La tesis de la culpa colectiva tiene dos madejas entreveradas. Para unos significa: "Debo expiar la culpa de mi hermano"; para los vencedores constituye un motivo práctico en apoyo de su pillaje indiscriminado».[5]

Algunos, sin embargo, como el filósofo Karl Jaspers, estaban dispuestos a admitir la acusación menos grave de «responsabilidad general».[6]

Jaspers, profesor en Heidelberg, era entonces la voz respetada de la filosofía alemana de la posguerra. En su conferencia ensayo «La cuestión de la culpa alemana», pronunciada después de la guerra en la Facultad de Medicina, abordó el tema de la complicidad de los alemanes. Los médicos habían intervenido de manera destacada en actos de atrocidad contra los judíos. Jaspers defendió el mal necesario que representaba la presencia de los Aliados: «Impiden que nos volvamos engreídos y nos enseñan modestia».[7] El mundo entero levantaba su dedo acusador contra Alemania. No sólo los vencedores, sino también algunos alemanes que habían optado por el exilio. Pero es posible que quienes vivían en Alemania considerasen que tenían otras cosas en que pensar. «El horizonte se ha estrechado. La gente no quiere oír hablar de culpa o del pasado. No les preocupa el juicio de la historia; todo lo que quieren es que cese el sufrimiento...»[8] Jaspers advertía, sin embargo, que «nuestro deber, el deber de todos los alemanes, es examinar claramente la cuestión de la culpa y entender sus consecuencias».[9]

Jaspers había vivido la guerra en Alemania.

> Bajo el régimen nazi, Alemania era una prisión. La culpa de haber ido a parar a ella es una culpa política. Sin embargo, una vez que se cerraron las puertas, dejó de ser posible una huida desde dentro. Cualquier responsabilidad, cualquier culpa atribuida a los encarcelados –donde quiera que surja– debe inducirnos a plantear la cuestión de si había algo que los prisioneros pudieran hacer.

En una conferencia pronunciada el 15 de agosto, Jaspers volvió sobre el tema, pero se mostró benévolo con Alemania y los alemanes:

> Miles de alemanes buscaron la muerte o fueron asesinados en cualquier caso por su oposición al régimen. La mayoría permanece en el anonimato. Nosotros, los supervivientes, no buscamos la muerte. No salimos a las calles cuando nuestros amigos eran llevados lejos, y tampoco gritamos, hasta que también nos destruyeron a nosotros. Preferimos seguir vivos por la débil razón, si bien justificada, de que nuestra muerte no habría aportado tampoco ninguna ayuda. Nuestra culpa es estar vivos. Y sabemos ante Dios cuán profundamente nos humilla.[10]

«La cuestión de la culpa alemana» ayudó a definir una forma de ortodoxia durante los primeros años de la República Federal, aunque su propio autor consideraba ese ensayo el «escrito peor entendido de sus obras completas». Entre los estudiantes de Jaspers, una de sus alumnas predilectas había sido Hanna Arendt, que había pasado los años de la guerra en la seguridad de Estados Unidos. También ella abordó la cuestión de la culpa en su escrito *Culpa organizada y responsabilidad universal*. Al igual que Jaspers, creía que de nada servía juzgar a todos los alemanes con el mismo rasero. «Si todos son culpables, nadie puede ser juzgado en última instancia.» Era un eco de la postura del propio Jaspers cuando afirmaba que «culpabilizar de un crimen a toda una nación va en contra de cualquier razonamiento sensato. El criminal es siempre un individuo». «La *culpa colectiva de una nación* o de un grupo nacional *no puede existir, por tanto*, y, si exceptuamos la responsabilidad política, no hay culpa criminal, moral ni metafísica.»[11] Joseph Frings, arzobispo de Colonia, adoptó una postura similar. En relación con la guerra, «el Führer tomó esas decisiones por su cuenta, y, a lo sumo, consultó a sus asesores más próximos». En cuanto a las atrocidades cometidas, mantenía que la mayoría de la gente había tenido noticia de ellas después de la guerra, a través de la BBC: «El pueblo alemán es más víctima que autor de esas atrocidades».[12]

Gertrud, la esposa de Jaspers, era judía, y aunque estaba protegida hasta cierto punto por su matrimonio con aquel destacado intelectual, al final de la guerra vivía oculta. Jaspers, no obstante, consideró que la mayoría de sus compatriotas no eran malvados:

> Las generalizaciones sobre la mentalidad y el comportamiento de millones de alemanes en la era nazi están condenadas a tener aplicación limitada; aparte, quizá, de la que sostiene que, para la gran masa de la población, los colores metafóricos que habremos de buscar no son tanto un blanco o un negro nítidos cuanto unos matices de gris variados y jaspeados.[13]

Zuckmayer fue también bastante indulgente. Creía que el contingente de nazis –los «negros»– que quedaban en la sociedad alemana se situaba en torno al 20 %. Los «blancos» estaban representados por una cifra similar,

mientras que los alemanes «grises» o compañeros de viaje sumaban el 60 %. Alrededor de un 40 % de los «grises» eran de un matiz aceptable, mientras que otro 20 % eran de color gris oscuro, con tendencia al negro. Según Zuckmayer, aquellos porcentajes serían aplicables a la mayoría de los países, y Alemania no era peor que ellos. Reflexionando sobre aquella época, el crítico literario Karl-Heinz Bohrer estima que, en 1945, el 70 % de los alemanes eran «nacionalistas», lo que significa que hacían causa común con los nazis, aunque sostuviesen que no los aprobaban.[14]

Por cada alemán corriente que había oído contar historias «del este» –transmitidas por parientes que estaban en el ejército y habían sido testigos de las atrocidades– había otro que realmente no sabía nada. Una de las que sólo sospechaban que se habían estado cometiendo actos terribles era Gertrud Jaspers, que podría haber experimentado aquellos horrores en su propia persona si las autoridades hubiesen logrado arrancarla del abrigo protector de su marido. Las revelaciones de los Aliados le causaron una profunda conmoción; pintaban un cuadro que nunca habría imaginado.[15]

Reeducación por medio de la propaganda

James Stern se dio de bruces con la campaña americana de propaganda nada más llegar a Bad Nauheim, donde observó a grupos de alemanes apiñados frente a un cartel. Al principio guardaban silencio; luego, empezaron a mover la cabeza y a marcharse de allí, pero no les sirvió de nada: el cartel estaba por todas partes. En él se leía: «¿Quién es culpable?». Bajo aquellas palabras había fotografías que mostraban esqueletos humanos, huesos calcinados, presos con uniforme colgando de la horca y niños muertos de hambre. Aquel cartel podía verse en toda la zona.

Ningún alemán lo comentaba, según Stern. Algunos se lamentaban, uno o dos contenían un sollozo, pero en general lo contemplaban en silencio antes de alejarse. Un segundo cartel de la serie respondía a la pregunta planteada por el primero: «¡Esta ciudad es culpable! ¡Vosotros sois culpables!».[16] Otros cuentan que, a pesar de los carteles de propaganda, la

Solución Final apenas fue tema de conversación en las décadas de 1940 y 1950, posiblemente porque las imágenes de niños masacrados suscitaban recuerdos de los bombardeos aliados, aún recientes en la memoria de los alemanes. Los Aliados occidentales abandonaron la persecución de su presa tras la primera campaña. Esta actitud habría coincidido con la disminución de su entusiasmo por los juicios y la desnazificación. En 1948 se había reducido a nada.[17]

La película de propaganda más famosa fue la representada por las secuencias de Movietone rodadas en Belsen por el famoso cámara británico Paul Wyand. Todavía hoy sigue siendo el relato más vigoroso sobre los abusos cometidos contra la vida y la dignidad humanas en los campos de concentración nazis. Wyand llegó a Belsen el 23 de abril de 1945. No está claro si la película se concibió en su origen como una obra de propaganda o si Wyand y su equipo estaban allí para grabar a los británicos en su labor de salvar vidas humanas. Wyand entrevistó a cierto número de internos y guardias. Estos últimos fueron humillados y obligados a posar delante de montones de cadáveres. El doctor Fritz Klein, que había participado en las selecciones practicadas en Auschwitz, llevaba una semana enterrando cadáveres. Wyand trabajaba con un intérprete polaco. Klein, que estaba ya medio loco por la tarea que le habían obligado a realizar, respondió incorrectamente a una pregunta. Cuando el intérprete se lo transmitió a Wyand, los británicos lo golpearon con las culatas de los fusiles. Klein fue filmado luego en una fosa llena de cadáveres. A veces la película producía el efecto contrario. A la gente le resultaba difícil de soportar. Alfred Karzin la vio en un cine de la plaza londinense de Piccadilly: «Muchos se reían».[18]

La utilización de unas imágenes tan atroces ha suscitado no pocas dudas, pero un escritor ha comentado con acierto que, si no dispusiéramos de ese material gráfico, la matanza nos parecería inconcebible y resultaría fácil perdonarla. Hay, por ejemplo, pocas fotos reveladoras de los campos soviéticos o del destino sufrido por sus víctimas.[19] En Estados Unidos, las reacciones fueron variadas. Uno de los destinatarios obvios era la numerosa población americana de origen alemán residente en el Medio Oeste. Joseph Pulitzer, de St. Louis, fue uno de ellos. Insistió en que el auditorio Kiel [sic]

de su ciudad se adornara con murales de fotografías tomadas en los campos. Otros, como James Agee, que escribió en el *Nation* el 19 de mayo de 1945, no estaban convencidos. Agee se negó a mirar las fotografías y cuestionó su función propagandística dirigida a preparar a la población norteamericana para digerir una «paz sumamente dura con Alemania». Las fotografías provocaron también la protesta de Milton Mayer en el *Progressive*, donde habló de una paz cartaginesa y dijo que la «venganza no resucitará a los muertos torturados».[20]

Entretanto, los campos de concentración se habían ido convirtiendo en objeto de una curiosidad macabra. Los prisioneros seguían muriendo en enormes cantidades (a un ritmo de doscientos al día en Mauthausen), mientras periodistas, congresistas, senadores y soldados desfilaban en torno a sus barracones. En Buchenwald, las giras comenzaban por el gancho de hierro del crematorio, después de lo cual los visitantes contemplaban la macabra colección de pantallas para lámparas confeccionadas con piel tatuada, cabezas reducidas de tamaño u órganos conservados en formol, reunidos supuestamente por Ilse Koch. Se dejaron cadáveres en el suelo durante varios días para que los vieran los visitantes. Una gira por un campo de concentración pasó a ser parte del «ritual de exorcismo y revelación en la Alemania ocupada de finales de abril y comienzos de mayo de 1945». Una reacción típica fue la de John Vorys, miembro de la Cámara de Representantes, que visitó el campo pequeño de Buchenwald y vio unas figuras que parecían ser «monos abstraídos. Muchos eran catedráticos, médicos, escritores o generales... Habían conservado el ánimo y no se habían hundido mentalmente hasta el nivel bestial de la existencia que les había tocado vivir».[21]

El Ministerio de Información, como llamaban los británicos a su Ministerio de Propaganda, estaba sumamente interesado en sacar el máximo provecho a las posibilidades que le ofrecía Belsen. Llevaron allí a los alcaldes de Celle y otras localidades y les mostraron la fosa llena de cadáveres. Hombres y mujeres de la SS estaban de pie al otro lado de la trinchera y un oficial que hablaba alemán leyó en alto una acusación. Los

cámaras de Wyand registraron el momento. Uno de los alcaldes lloraba, otro vomitó.[22]

El *Fragebogen* y la desnazificación

El *Fragebogen*

Los americanos estaban empeñados en purgar el cuerpo político alemán del mal del nazismo. Su programa para Alemania se levantó sobre el granítico fundamento de la directiva JCS 1067, cuya cláusula n.º 6 consideraba que la desnazificación era el principal requisito como medida de castigo. Aunque el documento había sido redactado por la Junta de Jefes de Estado Mayor en tiempo de guerra, había obtenido el apoyo de Roosevelt, quien se regodeaba en sus sentimientos de germanofobia. Los británicos fueron, como siempre, a la zaga de los americanos, mientras que los franceses y los rusos siguieron su propio camino.[23] Concebida con el deseo de imponer una «paz punitiva», la JCS 1067 fue el último hijo legítimo de Morgenthau y sobrevivió hasta mucho después de que Truman abandonara formalmente el plan de su ministro. Su propuesta consistía en derribar más que en reconstruir, y en ayudar a los alemanes sólo cuando fuera necesario para evitar enfermedades o desórdenes. La directiva JCS 1067 fue responsable del inhumano planteamiento de los estadounidenses, e influyó, hasta cierto punto, en los británicos durante los primeros meses de la ocupación. No obstante, hubo modificaciones, pues permitió cierta actividad industrial en la nación conquistada. Entregarse a los americanos –como se esforzaban en hacer la mayoría de los alemanes– era un «billete de lotería». En el mejor de los casos, el que se entregaba podía ser liberado antes que los demás prisioneros de guerra; y en el peor, podía hallar la muerte en uno de los «campos de las praderas del Rin», los *Reinwiesenlager*. Las medidas recogidas en la JCS 1067 fueron revocadas en gran parte por el general Clay, en su papel de «casi un soberano independiente» en su casa alemana. Clay aceptó rápidamente la idea de que la mejor manera de tener éxito en la

misión que tenía encomendada consistía en permitir a los alemanes gobernarse a sí mismos.[24]

Los principales instrumentos de desnazificación fueron los *Fragebogen*, los cuestionarios que constituyeron asimismo los primeros intentos de los americanos de cuantificar el nacionalsocialismo y excluir a antiguos nazis de la vida pública. Un autor estadounidense cuestionó el fundamento legal de la desnazificación calificándola de «concepto jurisprudencial nazi o comunista».[25] Se imprimieron nada menos que trece millones de formularios, que fueron entregados a quienes tenían un pasado turbio o a alemanes que buscaban empleo. La cifra correspondía aproximadamente a la del número de Pg, los «miembros del Partido». Ursula von Kardorff fue sometida a un prototipo de *Fragebogen* en la temprana fecha del 7 de mayo de 1945, el día de la capitulación alemana. El capitán Herrell, comandante en Günzburg, sacó algo que parecía un libro: quería saber si las mujeres habían estado en el Partido o en la *Frauenschaft* (la liga de mujeres nazis). Ursula ignoraba que hubiera tantas organizaciones y el oficial le recordó a la Gestapo.[26]

Margret Boveri tuvo su primer atisbo del formulario el 5 de junio de 1945, y consideró el sistema de investigación de antecedentes de sus nuevos señores mucho más complicado que el de los nazis. El cuestionario constaba de 12 páginas y 133 preguntas. Había sido entregado a una multitud de médicos para determinar si habían pertenecido a organizaciones nazis. En ese caso, se les prohibía ejercer. Ruth Friedrich vio el formulario por las mismas fechas. Planteaba varias preguntas a las que no pudo responder con seguridad: qué había votado en 1932, y el número de sus cuentas bancaria y postal, así como las de sus parientes próximos: «¿Se supone que una comete perjurio por el hecho de tener mala memoria?».[27]

Algunos de los torturadores aliados se solidarizaban con el orgullo herido de los alemanes. Stern leyó detenidamente el *Fragebogen* y le sorprendió su «peculiar alemán». Se «preguntó cómo diablos [...] respondería [él] a algunas de aquellas cuestiones vagas, varias de las cuales eran de un humor no intencionado». Los Aliados deseaban saber, por ejemplo, si los bombardeos habían afectado a la salud, el trabajo o el sueño

del entrevistado. Se pedía información sobre reclamaciones a compañías de seguros y demandas de indemnización, junto con otras preguntas sobre alcantarillado, electricidad y desagües. En una casa de la Planett Strasse, en Múnich, Stern entrevistó a una adolescente de trece años y a un anciano de ochenta y ocho que estaba «bastante gagá». Un hombre ciego llegó a la entrevista acompañado de su esposa casi completamente sorda, afección que compartía con su marido. Stern descubrió que muchos alemanes habían quedado temporalmente sordos por los bombardeos. Los nombres se habían extraído de forma aleatoria, «al estilo Gallup»,[28] en honor al matemático estadounidense del mismo nombre. La idea de que se iba a interrogar de ese modo a todos los alemanes, incluidos quienes habían estado confinados en campos de concentración, provocó otro acceso de furia en Kurt Schumacher: «Queremos un examen justo y objetivo de los hechos», dijo en Kiel en el otoño de 1945.[29]

Ursula von Kardorff tuvo que esperar hasta finales de julio. Se sintió indignada por las 148 [sic] preguntas planteadas en el cuestionario: cuánto pesaba, qué cicatrices y rasgos distintivos tenía, cuál era su religión (y si había abandonado la iglesia), sus títulos de nobleza y sus ingresos, y si había trabajado en territorio ocupado. La pregunta sobre las cicatrices debía determinar si alguien había pertenecido a una de las infames hermandades de duelistas, aunque habían sido prohibidas por Hitler. Ursula consideró especialmente absurda la pregunta acerca de su voto; en primer lugar, porque era fácil mentir, y en segundo, porque los alemanes estaban oyendo cómo se les decía que el voto secreto era una de las claves de la democracia. Al final, los alemanes encontraron tan cómico el formulario que el buen humor empezó a reinar entre ellos: «En el pasado, lo que causaba problemas era tener una abuela judía; ahora, tener una aristócrata. ¿Y qué tiene que ver el color de mis ojos con mis opiniones políticas?».[30]

No había escapatoria. Jünger llegó a su casa a comienzos de septiembre de 1945 para encontrarse con un formulario sobre su escritorio. Estaba marcado con la siguiente advertencia: «La información falsa tendrá como consecuencia una acción procesal por parte de los tribunales del gobierno militar».[31] De haber sabido que al obispo Klemens August, conde Von

Galen –cuyos sermones habían sido lanzados desde aviones británicos como material de propaganda–, se le exigió también cumplimentar el formulario, se habría sentido aliviado.[32] En el mundo literario de Jünger, todos los que no se habían marchado e instalado en el extranjero, como el famoso Thomas Mann, fueron tratados por los Aliados occidentales con la máxima suspicacia. Uno de esos casos fue el de Erich Kästner, el autor de *Emilio y los detectives*. Se le había prohibido escribir durante el Tercer Reich, pero esto no inmutó a los interrogadores.[33] Uno de los casos más extravagantes de la insistencia americana en el *Fragebogen* se produjo cuando se requirió a Emmy Göring que lo cumplimentara. Ella, su hija y su hermana se encontraban en ese momento recluidas en la cárcel de Straubing. Su marido estaba a la espera de ser juzgado en Núremberg.

> Una de las preguntas era:
>
> –¿Tuvo usted en el Partido un pariente o un amigo íntimo con un alto cargo en el Tercer Reich?
>
> –Sí, mi marido, Hermann Göring –escribí.
>
> –¿Qué puesto ocupó?
>
> –No estuvo en la SS, sino en la SA. Fue mariscal del Reich, montero mayor, comandante en jefe de la Luftwaffe...
>
> Intenté recordar los demás títulos y acabé sollozando.
>
> –¿Por qué solloza usted así? –me preguntó un americano.
>
> –Ya no logro recordar los títulos de mi marido.
>
> –No se preocupe. Escriba solamente: Hermann Göring. Tenemos suficiente información sobre él.[34]

La naturaleza de las preguntas del formulario daba una idea clara del tipo de cosas (además del nazismo) que desagradaban al gobierno militar de los Aliados. Entre ellas, ¿en algún momento había esperado el entrevistado la victoria alemana? Margret Boveri se apresuró en señalar que en otros países la esperanza de una derrota habría sido interpretada normalmente como traición. A partir de mayo de 1945 era un grave error creer en la victoria alemana, pero ¿había sido tan malo en 1939 o en 1940? Aquello le recordó el razonamiento de Talleyrand según el cual la traición era cuestión de fechas.[35]

La pregunta 18, referente a la nobleza, indignó a Ursula von Kardorff. El capitán de Jettingen le mostró un memorando en el que se instruía a los soldados estadounidenses cómo debían husmear para dar con un malvado *Junker:* había que averiguar si tenía en su finca una destilería de aguardiente de patata. El formulario requería que se declarase si el interrogado, su mujer, su padre, su madre, el padre y la madre de su mujer o algunos de sus abuelos habían pertenecido a la aristocracia. La antigüedad del linaje era claramente sinónimo de poca fiabilidad política, y se acusaba a los *Junker* en particular de haber contribuido al ascenso de Hitler al poder. Sin embargo, una elevada proporción de las personas que habían dado pasos reales para acabar con Hitler y su régimen –en especial el 20 de julio de 1944– eran nobles, sobre todo *Junker*. En el invierno de 1945-1946, la suposición de que aristocracia y nazis actuaban en cierto modo en connivencia contribuyó a la falta de «combustible». Según relató un interrogador a John Dos Passos, la pregunta 18 había dejado sin trabajo a todos los silvicultores: «Son gente "von" tal y "von" cual, nazis de alto nivel; todos sin excepción». El *Fragebogen* era la autoridad absoluta, la prueba definitiva. Otro oficial dijo a Dos Passos: «Se trata del *Fragebogen*. El *Fragebogen* es lo mejor de Alemania... Si lo superan, pueden tener el trabajo que quieran».[36]

La pregunta 25 se refería a la afiliación a alguna fraternidad estudiantil. Es posible que el autor del *Fragebogen* no estuviera al corriente de que las famosas *Burschenschaften*, las asociaciones de estudiantes, habían sido suspendidas a finales de 1935 y no se restablecieron hasta después de 1945. El primer clavo de su ataúd lo puso un estudiante borracho de Heidelberg que había llamado a casa del ayudante de Hitler para pedirle que preguntara al Führer cuál era la mejor manera de comer espárragos. Hitler no lo consideró divertido. A partir de entonces, este tipo de bromas se conocieron con el nombre de *Spargelessen*, o «Comida de espárragos» y, además, todas las reuniones secretas de antiguos miembros de las fraternidades se convirtieron de hecho en actos de oposición. Más tarde, resultaron ser terreno de reclutamiento para la Conspiración de julio.[37]

A los Aliados les obsesionaba acabar con el «militarismo», y cualquier vinculación con las fuerzas armadas se utilizaba en contra del peticionario. Corría un chiste según el cual una de las preguntas del formulario era: «¿Jugó usted de niño con soldados de juguete? Y en tal caso, ¿de qué regimiento eran?».[38] La auténtica pregunta 32 se extralimitaba ampliamente: pretendía averiguar si el solicitante había sido miembro del Estado Mayor. Los oficiales alemanes del Estado Mayor, con bandas de color carmín en los pantalones, eran los intelectuales del ejército. En 1939 su número ascendía a 824, 600 de los cuales servían en puestos de Estado Mayor. De ellos, 359 habían muerto antes de 1945: 149 habían perdido la vida en acciones de combate, 10 habían fallecido por causas naturales y 143 se hallaban en paradero desconocido. Había habido 16 suicidios, la mayoría a raíz de la Conspiración de julio, mientras que otros 24 habían sido ejecutados por su participación en la conjura. En total se arrestó a unos sesenta oficiales de Estado Mayor –es decir, un 10 %– a consecuencia del atentado contra Hitler. Entre sus apellidos se encontraban el de Stauffenberg y el del coronel Merzt von Quirnheim, muertos ambos aquella misma noche junto con el coronel general Beck. Otros militares ajusticiados fueron el mariscal de campo Von Witzleben y los generales Von Stülpnagel, Olbricht y Hoepner. Algunos oficiales de Estado Mayor, como los antiguos jefes de ejército Hammerstein y Fritsch, se habían opuesto también a Hitler y sus planes de guerra.[39] Los oficiales de Estado Mayor estaban expuestos a detención inmediata. Se les consideraba símbolo del militarismo alemán, y los Aliados occidentales no querían que sus conocimientos profesionales se pusieran a disposición de los soviéticos. El 22 de junio, Radio Hamburgo emitió un discurso de Bernard Montgomery en el que se decía que todos los oficiales de Estado Mayor serían encarcelados de por vida en campos especiales fuera de Alemania.[40]

El problema seguía siendo que un alemán no podía reintegrarse a la vida normal mientras su cuestionario, debidamente cumplimentado, no hubiese sido entregado y comprobado. Hasta entonces se hallaba en una especie de purgatorio que lo dejaba fuera de la ley. Si uno quería seguir adelante, tenía que afrontar la «inquisición» y rellenar el formulario, con sus «preguntas a

veces estúpidas», pues de lo contrario se quedaba sin trabajo y sin los cupones de racionamiento. Y si alguien no se andaba con cuidado, se exponía a ser declarado además criminal de guerra.[41]

Desnazificación

La norma seguida por los americanos consistía en localizar a los alemanes menos censurables y darles trabajo; no obstante, un celo insuficiente en desnazificar podía hacer que rodasen cabezas importantes. La pertenencia a cualquier institución afiliada al Partido Nazi bastaba para excluir a una persona de su cargo. Fritz Schäffer, nombrado por los americanos presidente de Baviera, era un conocido antinazi, pero los estadounidenses lo destituyeron de su cargo porque no odiaba a todos los nazis y permitió que algunos de ellos figuraran en su gobierno. Otra persona que cayó en desgracia fue el general Patton, que tuvo la osadía –en realidad, la insensatez– de decir: «Eso del nazismo es como una campaña electoral entre demócratas y republicanos», y fue relevado del mando. En otras ocasiones, la actitud de Patton se había caracterizado por un atractivo pragmatismo: «Necesitamos a esos alemanes», dijo. Una frase que acabó siendo profética.[42] El futuro presidente alemán Theodor Heuss instó a actuar con contención. A su juicio, los americanos actuaban con demasiado rigor ya que sólo del 10 al 15 % de los nazis eran peligrosos de algún modo: «Sólo quien ha vivido doce años bajo el terror nazi puede juzgar la enormidad de la presión y el grado de heroísmo y penetración política requerido para oponerse a él».[43] Había que eliminar cualquier atisbo de lo que había sido Alemania en los doce años precedentes. En un ayuntamiento, Dos Passos observó los huecos donde habían colgado las fotografías de los anteriores alcaldes. Al preguntar el motivo, le dijeron que portaban las *Geflügel* (las «gallinas»): la insignia del Partido Nazi.[44]

Las potencias del este y el oeste no alcanzaron un consenso general sobre la manera correcta de desnazificar Alemania, y hasta los propios Aliados occidentales tuvieron sus disputas. Los británicos se mostraban

tibios, pero en su sector de Berlín hicieron cierto alarde de fuerza. Una de las primeras experiencias de George Clare en la ciudad fue la de hacer de intérprete para un oficial británico decidido a mantener en su puesto a un jefe de bomberos a pesar de su pasado nazi. Quería bomberos eficientes y le importaba un comino el pasado de aquel hombre. El único problema era que los demás bomberos eran socialdemócratas que habían sido perseguidos por los nazis y no toleraban tenerlo entre ellos.[45] En la cuenca del Ruhr, todos los ingenieros de minas fueron despedidos por nazis. Más tarde se produjeron explosiones que se cobraron cientos de vidas –incluidas las de algunos británicos–, y el general Templer llegó a la conclusión de que el gobierno militar había sido estúpido.[46]

Es posible que los nazis berlineses temieran al departamento de Clare pero, en general, nadie se quejó demasiado de los británicos, y los visitantes de su zona decían haber observado pintadas pronazis que no habían visto en otras partes. La actitud británica era, supuestamente, la de no alterar la situación existente y recurrir a la reeducación siempre que fuera posible. Al juzgar el pasado, hubo algunos que no consideraron un éxito los resultados obtenidos.[47] Sin embargo, las cifras no apoyan siempre ese juicio. En septiembre de 1946 había 66.500 nazis internados en la Zona Estadounidense, y 70.000 en la Británica.[48] Sólo en Renania del Norte-Westfalia se examinaron dos millones y medio de casos. La criba fue muy fina, y muchos de aquellos hombres, y algunas mujeres, permanecieron años encerrados a cal y canto y en condiciones terribles. En general, sin embargo, se acabó liberándolos o imponiéndoles un castigo nimio. Los británicos tenían en su país sus propios problemas de los que preocuparse. La desnazificación no fue, ni mucho menos, su máxima prioridad. Alrededor del 80 % de los nazis quedaron libres sin cargos. Para entonces, los americanos habían perdido su entusiasmo, y sólo había doscientos trabajando para la Seguridad Pública auxiliados por una treintena de extranjeros. No podían esperar ser capaces de cribar las pruebas y, además, no contaron con ningún tipo de cooperación por parte de los rusos.[49]

Éstos creían firmemente en la culpa colectiva; cualquier alemán era susceptible de ser castigado, incluso con la pena de muerte. Los rusos

obligaron a los alemanes a trabajar mientras les suministraban lo mínimo posible para subsistir. Investigaron medio millón de casos en su zona –alrededor de un 3 % de la población–, y, al igual que en Austria, no se permitió a los Pg votar en las diversas elecciones celebradas en 1946. En 1948, ellos también habían perdido interés y pusieron fin a las purgas.[50] La actitud francesa se situó en un punto intermedio entre la de los británicos y la de los rusos: no se trataba tanto de una cuestión de culpabilidad, sino de saber si «un individuo concreto debía desempeñar o no una función en la vida pública».[51]

Uno de los problemas a los que se enfrentaban los Aliados era la magnitud del trabajo que les esperaba. Al cabo de un tiempo vieron con claridad que, al tener entre ellos a doce millones de Pg, deberían atemperar su furia original, y una gran cantidad de peces chicos tendrían que volver a nadar en libertad. Los alemanes, por su parte, estaban más acostumbrados a los métodos utilizados por la Gestapo o la NKVD y daban por supuesto que, una vez cazados, se les aplicaría un fuerte castigo. A su vez, los tribunales militares de los Aliados estaban desbordados por los casos de nazis a la espera de conocer su suerte.[52]

La desnazificación fue una realidad insoslayable para todos los alemanes, incluidos los que habían muerto ahorcados por su participación en la conjura para matar a Hitler. En 1949, Charlotte von der Schulenburg aún no había recibido su pensión de viudedad y tenía dificultades para proveer las necesidades de los hijos de su matrimonio con Fritz-Dietlof. El problema era que su marido había sido un miembro del Partido, pues se había afiliado en 1932, un dato «claramente más importante que todos sus actos posteriores».[53] Cuatro años después de acabada la guerra, Charlotte tuvo que acudir a un tribunal de Hanóver para litigar por los derechos de su marido.

Charlotte estaba sentada en un banco fuera de la sala de audiencia esperando a que se viera su caso. A su lado había judíos y gitanos tratando de lograr que se les reconociera su estatus de víctimas del Estado nazi. Charlotte defendió con valentía la memoria de su esposo aferrándose a varios telegramas de Annedore Leber y Gustav Dahrendorf, pero el

problema radicaba en que la mujer de un burócrata prusiano que había sido condenado a muerte de la misma manera que un asesino corriente no podía esperar una pensión. Hubo que cambiar la ley para que Charlotte pudiera obtener aquella satisfacción, pero no recibió ningún dinero hasta 1952. Lo consiguió por su condición de viuda de un *Regierungspräsident* –presidente de un distrito administrativo– del Tercer Reich.[54]

Por aquellas fechas circulaba el siguiente chiste (una variante del cual se sigue contando todavía en Viena): un hombre entra en una comisaría y dice al oficial que desea registrarse como nazi. El policía le responde que debería haberlo hecho año y medio antes. El hombre le replica: «¡Hace dieciocho meses yo no era nazi!».

Dos Passos cita una entrevista con un teniente estadounidense cuya tarea consistía en interrogar a nazis:

> Mi familia es judía... así que no piense usted que no estoy resentido contra los teutones. Soy partidario de fusilar a los criminales de guerra cuando podamos demostrar que son culpables y terminar con este asunto. Pero por amor de Dios, dígame, ¿qué estamos haciendo? –El teniente continuó–: El odio es como un fuego. Hay que apagarlo. He trabajado para la Comisión de Crímenes de Guerra interrogando a oficiales alemanes, y cuando me los encuentro medio muertos de hambre allí, en nuestras propias jaulas para prisioneros de guerra, y veo que se les trata como no se trataría ni a un perro, me planteo algunas preguntas... La brutalidad es más contagiosa que el tifus, y endiabladamente más difícil de eliminar... –El teniente mencionó a Patton y su costumbre de meter la pata, pero se mostró claramente de acuerdo con él–. Todas esas directrices para no tratar con miramientos a los alemanes han abierto las puertas de par en par a las tendencias criminales que llevamos dentro.[55]

El odio de los americanos a los alemanes seguía asombrando a mucha gente. Dos Passos se encontró en Berlín con un europeo del este que le habló en francés y le preguntó: «¿Por qué sentís los americanos ese deseo de venganza? Lo puedo entender en los rusos, que han sufrido horribles heridas, pero vuestras ciudades no han sido arrasadas, vuestras mujeres y niños no han muerto de hambre ni han sido asesinados». Dos Passos no supo qué responder.[56]

Para Zuckmayer, las medidas de desnazificación se basaban en un error fundamental: no lograban que la gente creyera en un Estado sometido a la ley, pues no establecían diferencias entre inocentes y culpables. La liberación ideal debería haberse producido mediante una revolución en el seno de la propia Alemania. No iba a ser posible limpiar el país llevando a los tribunales a un gran número de sus ciudadanos. Los casos eran demasiados, y los testigos poco fiables en muchas ocasiones, pues sabían que ellos mismos iban a ser examinados con microscopio y lo más importante era negarlo todo. Los acusados estaban protegidos (había pruebas de nepotismo e intimidación). Las denuncias se realizaban a menudo por pura perversidad, y los jueces y abogados libres de culpa eran demasiado pocos.

Los propios tribunales cargaban con una tarea irrealizable. En un distrito bávaro le contaron a Zuckmayer que había 11.850 antiguos nazis a la espera de ser examinados por la Spruchkammer. El presidente del tribunal estimó entre once y doce años el tiempo necesario para realizar aquel trabajo. En Stuttgart, el número de casos rondaba los ochenta mil. Zuckmayer observó cierto peligro de «renazificación», pues los sospechosos se veían obligados a esperar para que se revisaran sus casos. Zuckmayer era partidario de una amplia amnistía para la gente de poca monta no implicada en delitos concretos más allá del oportunismo o el compromiso ideológico.

Zuckmayer cuenta el caso de un proceso de menor importancia: una comadrona logró que enviaran a su marido dos años a Dachau por haber mantenido relaciones con una joven de la fábrica donde trabajaba. Después de los hechos, él tiró por la ventana un busto de Adolf; la mujer amaba a Hitler y eso le había permitido denunciar a su marido. Cuando se juzgó el caso de la comadrona, el marido alegó circunstancias atenuantes. Dijo que su mujer había ayudado a personas no arias, las había asistido en el parto sin poner trabas e incluso se había negado a cobrarles en algunos casos. Era una buena comadrona y realizaba un servicio a la sociedad. Si había delinquido, lo había hecho por pasión. Además, ya había sufrido suficiente castigo, pues había perdido al hombre al que amaba a causa del busto de

Hitler. El juez aceptó las alegaciones, la dejó marchar con una multa y le permitió seguir trabajando de comadrona.[57]

Franz von Papen, antiguo canciller que había sido ministro y embajador nazi, nunca se afilió al Partido y fue absuelto en el juicio de Núremberg. Se había previsto un nuevo juicio contra él en enero de 1947. Von Papen iba a enfrentarse a un tribunal compuesto por siete jueces: dos abogados socialdemócratas y cinco miembros de partidos democráticos. Entre ellos había dos judíos. El ministro de desnazificación de Baviera pidió al tribunal que sentenciara a Papen a diez años de trabajos forzados aduciendo que se había aprovechado del nazismo. Papen fue condenado a ocho años. Se le confiscaron sus propiedades y se le privó de derechos civiles.[58] Schacht, que fue juzgado en Núremberg junto con Papen, eludió cualquier responsabilidad por los crímenes del Tercer Reich sirviéndose de una artimaña ingeniosa. Durante el proceso se presentó un documento escrito en el momento de la absorción del Banco Nacional Austriaco por el Banco del Reich, del que era presidente. Se trataba de un himno en alabanza del Führer por la gracia de Dios escrito por el propio Schacht. Se pidió al banquero que lo comentara: ¿qué opinaba de él? «¡Me parece excelente!», dijo Schacht. Y contó al tribunal que se trataba de una ingeniosa «tapadera» *(Tarnung)*.[59]

Las esposas de los dirigentes nazis fueron sometidas, como era de prever, a un juicio humillante. Tras salir de la prisión de Straubing, Emmy Göring vivió en un barracón cerca del castillo de su marido en la localidad de Veldenstein, en Franconia. Padecía ciática y tenía fiebre alta. No obstante, fue encerrada durante dos semanas en una cárcel infestada de ratas junto con las esposas de Hess, Funk y Baldur von Schirach. En cambio, a las de Speer, Dönitz, Neurath y Raeder se les ahorró aquella indignidad, aunque la esposa de Speer, Margarete, mantuvo con Hitler una relación más estrecha que cualquiera de las demás a excepción de Henriette von Schirach, que era hija de su fotógrafo de corte, Heinrich Hoffmann, un gran bebedor. Lo cierto es que la señora Göring consiguió presentar un buen número de testimonios de judíos a quienes había ayudado a lo largo de los años, aunque decepcionó al presidente del tribunal al no denunciar a su

marido muerto. Fue clasificada en el «Grupo 2» y se le permitió regresar a su guarida.[60]

Otro caso destacado fue el de Winifred, la nuera inglesa de Richard Wagner. No hay duda de que «Winnie» estaba loca por su «Wolf» –como ella y sus cuatro hijos llamaban a Hitler–, pero el Führer la había evitado desde 1940. Uno de sus nietos ha llegado incluso a decir que había querido casarse con Hitler, y que si éste la hubiera tenido a su lado no habría habido guerra.[61] Hitler se alejó de Bayreuth, aunque siguió viendo a tres de los cuatro hijos de la familia Wagner (la mayor, Friedelind, emigró a Suiza y a Estados Unidos, donde atizó las llamas contra su madre) y eximió al primogénito, Wieland, del servicio militar en cuanto heredero de Bayreuth.

Todos los Wagner tuvieron que dar explicaciones. Bodo Lafferenz, el marido de Verena, había estado al frente de la organización nazi recreativa «Kraft durch Freude» (Fuerza a través de la alegría) y había ocupado en cuanto tal una posición destacada en la SS. Fue enviado a un campo de internamiento en Friburgo. Wolfgang no había sido miembro del Partido y pudo escudarse en este dato, a pesar de que había sido agasajado por Hitler y había mantenido con él una relación tan estrecha como los demás. Wieland, miembro del Partido, se había esfumado ante la llegada de los americanos, ocultándose en la Zona Francesa hasta que pasara el peligro. Había sido administrador del «campo de concentración» de la localidad, una sucursal externa del de Flossenbürg, de peor fama. En él se albergaba a unas pocas docenas de internos que realizaban investigación tecnológica para la SS. En sus años restantes, Wieland nunca mencionó su proximidad al régimen y se presentó como el héroe de una revolución cultural y de denuncia llevada a cabo en Bayreuth. Su intención era limpiar las óperas de su abuelo de toda la parafernalia nacionalista; en cuanto tal, constituye un ejemplo importante de purga cultural y artística tras la Segunda Guerra Mundial. La Spruchkammer calificó a Wieland de «compañero de viaje». Pero quien pagó las consecuencias fue su madre.

Los americanos entraron en Bayreuth tras haber reducido a escombros un tercio de la ciudad, incluida buena parte de la casa de Wagner, la Wahnfried, aunque no la de su hijo Siegfried, conocida con el nombre de

Führerbau (el «edificio del Führer»), pues se cedía a Hitler para que la utilizara durante sus visitas al festival. Los americanos se trasladaron al teatro de ópera de la Colina Verde y causaron estragos interpretando jazz en pianos de Wagner y Liszt. Winifred insistió en que la mayor parte de los daños habían sido provocados por soldados estadounidenses «de color», que saquearon el teatro y dispararon contra los decorados con sus revólveres. También se divirtieron vistiéndose con ropajes de las óperas. Según otra versión, los trajes fueron sustraídos por refugiados alemanes, y en varios kilómetros a la redonda se pudo ver a gente que escapaba de Bayreuth ataviada como personajes de óperas wagnerianas. Las autoridades estadounidenses prohibieron rápidamente la interpretación de música de Wagner.[62]

Winifred adoptó el papel de nazi impenitente, aunque había intercedido en numerosas ocasiones ante el Partido para salvar vidas de judíos y otras personas caídas en desgracia ante el régimen. Klaus, el hijo de Thomas Mann, y Curt Riess, que trabajaba como periodista para *Stars and Stripes*, el periódico del ejército de Estados Unidos, fueron casi los primeros «americanos» recibidos por Winifred. Aquellos dos alemanes con uniforme aliado se habían acostumbrado a oír que nadie se había enterado de las atrocidades perpetradas por el régimen y que todos se habían opuesto a Hitler y se sentían orgullosos de tener una abuela «no aria». Winifred les dejó, por tanto, sorprendidos. En primer lugar insistió en hablar en inglés a aquellos flamantes americanos, y demostró un dominio del idioma muy superior al de ellos. No se anduvo con tapujos sobre su amistad con Hitler. Elogió su encanto, su sentido del humor y su buena presencia. Aquello le salía del alma, aunque más tarde admitió que no había podido resistirse a la tentación de irritar a aquellos alemanes ataviados con ropas prestadas. Mann se retiró herido en sus sentimientos.

La entrevista aportó una nueva fama a Winifred Wagner. En su casa de Fichtelgebirge aparecieron más periodistas. Algunos querían saber si se había acostado con Hitler. Les dijo que no. Les contó que Hitler había sido engañado por Bormann. Era evidente que Winifred poseía un encanto «absurdo y disparatado» y que había visto lo suficiente del Tercer Reich y

de sus engreídas autoridades para saber cómo tratar a unos pocos interrogadores del ejército. Con el tiempo se ganó a los conquistadores. Una de las razones fue su dominio del inglés, que hizo de ella una importante fuente de información para las fuerzas ocupantes.[63]

Entretanto, Thomas Mann había sopesado la situación desde su exilio en Estados Unidos y hecho públicos sus motivos para no regresar a Alemania. Atacó a quienes habían seguido llevando una vida de artistas bajo Hitler. Uno de los que se sintieron acusados fue Emil Preetorius, que había dibujado algunos de los decorados más famosos para Bayreuth y cuyas opiniones antinazis, además de su amistad con judíos, no sólo habían sido muy conocidas sino que le habían puesto en peligro. Mann no dio crédito a la idea de «exilio interior» tal como la exponían Preetorius y otros. El mensaje de Preetorius a Mann venía a decir: «Querido amigo, no tiene usted ni idea de la brujería del terror». Fue un argumento expuesto con energía por Furtwängler cuando preguntó a Mann si, en su opinión, se tendría que haber privado a los alemanes del consuelo de Beethoven durante los años del Tercer Reich.[64]

La humillación de Furtwängler comenzó el 11 de diciembre de 1946 en la Spruchkammer de la Schlüterstrasse de Berlín. El tribunal estaba presidido por el comandante británico Kaye Sely en su condición de jefe de la Sección de Inteligencia del Control de Servicios de Información. Su actitud ante la desnazificación era, en general, más indulgente que la de la mayoría de los gentiles, pero esto no iba a ser de mucha ayuda para Furtwängler. La primera sesión de la Spruchkammer duró cinco horas, tras las cuales se levantó la sesión para poder convocar a más testigos. Heinz Tietjen, que había abandonado a su suerte a su amante Winifred Wagner, volvió a representar un papel discutible. En este caso procuró encubrir sus intrigas en la Lindenoper. Estaba harto del vanidoso Furtwängler y había intentado promocionar a Karajan, igualmente vanidoso pero con más ambición. En su campaña para desacreditar al anciano director se convirtió en una marioneta de Goebbels.[65] Furtwängler manifestó entretanto su asombro al verse tratado de aquel modo, habida cuenta de que era el único

miembro de los círculos musicales influyentes que se había opuesto activamente a Hitler.[N1]

En palabras que recuerdan a Dietrich Bonhoeffer, Furtwängler dijo: «Para trabajar contra el régimen hay que trabajar en él. [...] La emigración podría haber sido, en cualquier caso, una solución más cómoda». Los Aliados occidentales tenían mucha basura para arrojarla contra el director. Gran parte de aquella basura giraba en torno al crítico Edwin von der Nüll, que había formulado comparaciones entre Furtwängler y Karajan nada halagüeñas para el primero, quien se las había ingeniado para que el crítico fuera enviado al frente, donde perdió la vida. Nüll había sido un peón de Goebbels. La defensa de Furtwängler cojeó, y la conclusión de la jornada fue derivar el caso a la Kommandatura de los Aliados. Quienes esperaban ver al día siguiente a Furtwängler dirigiendo la *Heroica* iban a sentirse decepcionados.[66]

Entre bastidores se escuchaba el constante clamor de los emigrados, empeñados en ver al director como el mascarón cultural de proa de los nazis. Erika Mann ocupaba un lugar prominente en aquel grupo. Toscanini, el antiguo rival de Furtwängler, desempeñó también un papel destacado en la función. El destino de Furtwängler había quedado sellado para muchos judíos estadounidenses cuando en 1936 se le ofreció el puesto de primer director de la Filarmónica de Nueva York y él, en cambio, prefirió dirigir la Ópera del Estado de Berlín. Una vez más había sido víctima de las intrigas nazis. Se habían filtrado noticias a la prensa con el fin de comprometerle ante los neoyorquinos.[67]

Los americanos se pusieron en cabeza en las tareas de desnazificación al llevar 169.282 casos a los tribunales. Los rusos y los franceses rondaron el 10 % de esa cantidad, con 18.328 y 17.353 casos respectivamente.[68] Los británicos mostraron, al parecer, escaso interés por el asunto dentro de su zona y sólo trataron poco más del 1 % de los casos estadounidenses, quedándose en 2.296. El general Lucius Clay creía firmemente en aquella práctica y pensaba que los Aliados lo estaban haciendo bien. El 5 de julio

de 1945 informó de que la desnazificación estaba prácticamente concluida en las ciudades de Aquisgrán y de Colonia, «liberadas» en fecha temprana. Sin embargo, en Baviera y Württemberg avanzaba muy despacio. En marzo de 1948, los rusos consideraron importante liberar de sus campos a treinta y cinco mil nazis de escasa relevancia.[69]

Clay había cazado hasta entonces a setenta y cinco mil nazis. Ciertas organizaciones estaban especialmente abarrotadas de ellos. Según sus cálculos, la administración de policía era nazi en un cien por cien; la «Kripo», o policía criminal, en un 60%; y los demás órganos de seguridad, en un 40 %.[N2] En el mundo bancario de Fráncfort, la mitad de los empleados eran nazis, lo que suponía un total de 326 personas. Por otro lado, la docilidad de los alemanes en la posguerra sorprendió a Clay lo mismo que a todo el mundo: las «masas alemanas parecen completamente apolíticas, apáticas e interesadas principalmente en los problemas cotidianos de la comida, el vestido y la vivienda». No se comportaban, en absoluto, como se había esperado de ellas:

> No se ha manifestado ningún sentimiento general de culpa por la guerra o de repugnancia hacia la doctrina o el régimen nazis. Los alemanes culpan a los nazis de la pérdida de la guerra, afirman desconocer los crímenes del régimen y se desentienden del apoyo que le prestaron, considerándolo circunstancial e inevitable.[70]

Clay seguía cazando nazis. En otoño de 1945 tenía a unos ochenta mil en la carcel, además del mismo número de hombres de la Waffen-SS y «Schupos», miembros de la policía de seguridad, que fueron internados con los prisioneros de guerra. Por otra parte había puesto en la calle a unos setenta y cinco mil alemanes por su pasado nazi y había echado de instituciones financieras a otros nueve mil quinientos.[71] El 8 de diciembre, la cifra de nazis presos en la Zona Estadounidense había ascendido a noventa mil y las estimaciones a finales de año preveían alcanzar los cien mil. Otros veinticinco mil miembros de organizaciones paramilitares fueron alojados con los prisioneros de guerra.[72] No está claro si se había liberado o no a la mayoría de los miembros de la SS. Es indudable que para el verano

de 1948 se había puesto en libertad a gran parte de los nazis. Clay admitió tener en aquel momento cinco mil presos, mientras que otros veinticinco mil aguardaban juicio fuera de los campos. Todos ellos eran casos muy comprometidos. En septiembre de 1947 dirigió su atención a los científicos alemanes que habían sido trasladados a Estados Unidos en la Operación Paperclip para que trabajaran en la bomba atómica y en el programa de cohetes. En su opinión, no habría que haberlos eximido de procesamiento.[73]

El 13 de mayo se aprobó la Orden IV del Consejo de Control, según la cual todo escrito de carácter nazi o militarista debía ser confiscado. Clay no se sintió impresionado. Según él mismo confesaba, se había dedicado a prohibir y confiscar esa clase de libros desde su llegada a Alemania. Tenía un especial interés en sustituir los libros de texto de la época del Tercer Reich. Se trataba de una medida comprensible, pero que llevada al extremo podía conducir a situaciones absurdas y a escenas que recordaban las quemas de libros por los nazis, cuando los ayuntamientos locales, en un exceso de celo, decidieron expurgar las colecciones de sus bibliotecas.[N3] Además, favoreció la confusa idea –imperante en el seno del Consejo de Control– de que nazismo y «prusianismo» estaban íntimamente relacionados.[74]

Clay jugó a aquel juego mientras tuvo las riendas. En el año 1948 la Guerra Fría ya estaba próxima, y la directiva JCS 1067 fue sustituida por la menos rigurosa JCS 1779 que abogaba por la unidad económica y el autogobierno. Clay fue sustituido por su segundo, John McCloy. Los tiempos habían cambiado y el antiguo banquero estaba más interesado en tender un puente hacia los alemanes. Su esposa Ellen resultó útil en todo aquello: era alemana, y prima lejana de la segunda mujer de Adenauer.[75] El propio McCloy hizo su viaje a Canosa: había visitado a Frings y prometido al prelado que revisaría las sentencias dictadas contra criminales de guerra alemanes. Los americanos comenzaron a liberarlos a puñados en 1949 en aras de las buenas relaciones con el gobierno de Adenauer.[76]

Vista como ejercicio de castigo contra unos criminales, la desnazificación fue una farsa. Varios Pg insignificantes fueron tratados con la máxima crueldad, mientras que los peces gordos quedaron indemnes. La

mayoría de los encausados de menor relevancia no tenían, en cualquier caso, un compromiso ideológico. Algunos de los peores asesinos, los que habían enviado a la muerte a miles de personas, los que llevaron a cabo las ejecuciones en el este como miembros de unidades de la policía, o los que manejaron los trenes que condujeron a los judíos a los campos de la muerte en el Gobierno General, no recibieron ningún castigo; se retiraron de la policía o del trabajo como ferroviarios sin que ninguno fuera llamado a rendir cuentas y murieron en la cama.

Nazis en los bosques austriacos

En Berlín, el vienés George Clare mantenía vigilado a Herbert von Karajan. Era muy consciente del pasado nazi del director. El empresario de espectáculos Walter Legge fue a verlo en la Schlütterstrasse para interesarse por su situación, pues quería saber si se le permitía dar conciertos en Gran Bretaña. Había sido desnazificado en Viena pero, según le comentó el comandante británico Kaye Sely, «nunca tenemos en cuenta las desnazificaciones austriacas». Sely envió más tarde a Clare a investigar y le dio la dirección del oficial británico encargado del teatro y la música, Peter Joseph Schnabel, conocido también con el nombre de MacSchnabel por sus modales de dandy y porque anteriormente había realizado la labor de enseñar a esquiar a los Cameron Highlanders, un regimiento de infantería escocés.

Clare se alojó en el hotel Park, en Hietzing, a un tiro de piedra del Cuartel General del ejército británico en Schönbrunn, donde sus padres asesinados habían pasado la luna de miel, y se reunió con Schnabel en la cafetería Demel, junto al Hofburg. Aquel judío austriaco estaba realizando una ronda por las mesas y besando las manos de las damas de la localidad. Clare cayó enseguida en la cuenta de que, en Viena, los especialistas culturales de los Aliados habían echado raíces en el terreno con más firmeza que los de Berlín: allí estaban Schnabel y «George», el francés, cuyo acento danubiano lo delataba. «Uno de los nuestros» era también el

capitán estadounidense Häussermann, sustituto de Ernst Lothar (otro más). Finalmente, la representante rusa llegó tarde y a toda prisa a la reunión portando un paquete. Llevaba en la mano una «dulce» excusa: una tarta Sacher. Se llamaba Lily Wichmann y también era vienesa.

La desnazificación no constituía un tema importante para ninguno de ellos. Para empezar, Austria había tenido su propio gobierno desde el principio, un raro privilegio concedido a la «primera víctima». Los ejércitos de ocupación estaban allí para pasárselo bien, y eso significaba música. Según Clare, habría sido una vergüenza encerrar a unos músicos respetables. Clare se fijó en un antiguo cabo del cuerpo de zapadores que había ascendido al rango de teniente coronel. El coronel le invitó al club de oficiales británicos en el palacio Kinsky. Clare se escandalizó al ver hasta qué punto los austriacos habían enterrado el pasado. El *Hochdeutsch* puro, el alemán no dialectal, ya no estaba de moda: todo el mundo se esforzaba en lo posible por hablar en un cantarín dialecto austriaco, los hombres llevaban sombreros y trajes de Estiria, y las mujeres el *dirndl*, para confirmar las diferencias culturales con que uno se topaba tras cruzar el pequeño río Inn.[77]

Quedaba, no obstante, el problema de qué hacer con los nazis, que contradecían tan abiertamente aquella pose austriaca. El gobierno de Figl redactó una ley sobre nacionalsocialistas que fue aprobada por el Parlamento federal el 24 de julio de 1946 en la creencia de que estaba en sintonía con las demandas de desnazificación planteadas por los Aliados. Pero nada más lejos: los rusos, en particular, la encontraban demasiado indulgente, y los americanos querían que se procesara automáticamente a todas las personas desde el nivel de *Untersturmführer*, es decir, teniente segundo de la SS. Los Aliados introdujeron unos doscientos cambios. El embajador estadounidense Erhardt llegó incluso a proponer la creación de «campos de concentración» para nazis,[78] como los que ya existían en la Zona Británica.[N4] La ley se adoptó finalmente el 7 de febrero de 1947. Según ella había que clasificar a los nazis en dos grupos en función del poder que ostentaban durante el Tercer Reich. Había una jurisdicción especial para los criminales. Las categorías eran similares a las utilizadas en

Alemania en la Zona Estadounidense: «incriminados», «ligeramente incriminados», «no incriminados». De los más de medio millón de nazis austriacos, algo menos del 10 % entraban en la primera categoría. Se suponía que los 470.000 de la segunda serían amnistiados y recuperarían el derecho a voto para las siguientes elecciones.[79]

Se crearon «tribunales populares» especiales[N5] *–nomen est omen–* para juzgar a los nazis. El primer caso se vio el 14 de agosto de 1945: cuatro hombres de la SA fueron acusados de la masacre de 102 judíos en Engerau. A finales de año se habían dictado siete sentencias capitales. Fue una cifra moderada. Siempre que era posible, las culpas se atribuían a los alemanes. El 30 de agosto, William Donovan, el jefe de la OSS, Oficina de Servicios Estratégicos, recibió un informe en el que se decía que se había identificado a 63.000 de los cerca de 67.000 nazis de Viena. Gran parte de ellos afirmaban haber sido obligados a afiliarse al Partido y querían que sus nombres se retiraran del registro. Unos cinco mil ochocientos «nazis peligrosos» de la ciudad habían sido encerrados en la cárcel, pero otros diez mil estaban en libertad.[80]

Una vez concluido el recuento, el registro recogía un total de 536.000 nombres, y 100.000 de ellos se habían mostrado tan entusiastas que se habían apuntado antes de 1938, cuando el Partido era todavía una organización ilegal. En Austria, la desnazificación funcionó sólo a medias. La persecución de los nazis se encomendó desde el principio al gobierno austriaco, si bien bajo la mirada de la Oficina de los Aliados. Los americanos se enorgullecían de ser los «más rigurosos», aunque las pruebas no apuntan necesariamente en esa dirección. En octubre recibieron severas críticas cuando se informó de que se había visto al antiguo *Gauleiter* Scheel paseando por las calles de Salzburgo. También se mostraron muy aplicados en eliminar del ÖVP a los «austrofascistas» de Dollfuss. Y criticaron a los británicos por considerarlos los más «blandos». También esto es engañoso.[81]

El 26 de febrero comenzó en Viena el juicio contra Guido Schmidt, ministro de Asuntos Exteriores del canciller Schuschnigg. Fue el momento de revisar el comportamiento del Estado Corporativo y de dirimir quién fue

el responsable del *Anschluss*. Schmidt había vuelto de Núremberg, donde había comparecido como testigo de la acusación en el caso contra Arthur Seyss-Inquart, sucesor de Schuschnigg.[82] [N6] El juicio duró 107 días, pero no logró probar que Schmidt hubiese actuado a espaldas de su canciller. Los ex internos de Dachau hicieron numerosos gestos de desaprobación, pues Schmidt no había sido encerrado como ellos en un campo de concentración. Aunque los nazis lo habían marginado de la política, fue nombrado, no obstante, director de las Hermann-Göring-Werke. El tribunal lo absolvió.

La eficacia de los tribunales variaba de zona a zona. La OSS informó de un juicio celebrado en Viena a cuatro criminales y asesinos de judíos: tres fueron declarados culpables y sentenciados a morir en la horca.[83] Las sentencias capitales eran conmutadas a menudo, como en Alemania. Los tribunales dictaron diez sentencias de muerte y treinta y cuatro de cadena perpetua, además de otros 13.600 veredictos de culpabilidad. Los castigos para los principales culpables fueron sobre todo de carácter económico: hasta el 40 % de sus propiedades, más un 10 % de recargo fiscal durante varios años. 42.000 personas de Austria recibieron este trato, y a otras 481.000 se les impusieron penas más leves. Los castigos fueron bastante nimios, sin embargo entre 72.000 y 100.000 empleados del gobierno perdieron su trabajo. Esta penalización no fue al parecer sistemática, ni mucho menos, y 40.000 funcionarios nazis siguieron en sus puestos en el Tirol y el Vorarlberg.[84] Los nazis fueron excluidos también del ejercicio de cierto número de profesiones, como las de periodista, catedrático universitario y médico; no podían votar ni presentarse como candidatos en las elecciones.

Algunos comandantes aliados consideraron excesiva tal medida. El francés Béthouart, por ejemplo, la juzgaba cruel para los Pg de poca monta; además, eliminaba del mundo laboral a especialistas valiosos, a la vez que «cerraba la puerta a la reconciliación nacional».[85] Béthouart no alude a los judíos austriacos, a quienes se había robado y asesinado y que contemplaban con recelo un Estado que no había procurado su regreso de manera activa. A excepción de los principales activistas, eran pocos los que pensaban siquiera en regresar.[86] Tras los engaños habituales durante los

años de la guerra, ahora se sabía con claridad que la mayoría de los austriacos habían participado en su expropiación. No obstante, Béthouart presionó en favor de la moderación y sacó adelante una ley que amnistiaba a los nazis más recientes.

Béthouart no fue el único que se olvidó de los judíos. De los ciento veinte mil, aproximadamente, que habían conseguido huir de Austria tras el *Anschluss*, sólo ocho mil quinientos habían regresado hasta marzo de 1947. Con el tiempo, la cifra no sólo no aumentaría sino que se reduciría. En Austria había otros judíos: unos cuarenta y dos mil desplazados, en su mayoría residentes en la Zona Estadounidense. Los americanos se aseguraron de que recibiesen raciones más abundantes que los demás, alrededor de 2.000 calorías, frente a las 1.550 habituales. Se decía que el antisemitismo austriaco era la razón de que tantos judíos se mostraran reacios a volver. Al alcalde de Viena, Theodor Körner, le molestaba aquella acusación y explicó que había cursado una invitación a los artistas judíos para que regresaran. Con una falta de lógica fascinante dijo: «Los austriacos son cosmopolitas y, por tanto, no son antisemitas». La idea de un antisemitismo austriaco equivalía, según él, «a una mentira deliberada o a un parloteo insensato».[87]

Los británicos abordaron el problema nazi en Austria de una manera marcadamente distinta de como lo hicieron en la Zona Británica de Alemania, donde la desnazificación fue, en el mejor de los casos, apática. El equipo que debía aplicarla era el FSS, que tenía órdenes de identificar y arrestar a todos cuantos aparecieran en la listas preparadas previamente por los Aliados y que dependía del Cuerpo de Inteligencia en el Reino Unido. Un antiguo miembro del servicio describía aquella fuerza calificándola de «servicio secreto en uniforme».[88] Algunos abogados nazis –26 en Carintia y 76 en Estiria– fueron inhabilitados para ejercer su profesión.[89] El FSS debía enfrentarse también a bandoleros, bandas de miembros no alemanes de la SS y *chétniks* que aterrorizaban granjas aisladas próximas a la frontera yugoslava. En la zona fronteriza de Carintia tuvo que desempeñar un cometido más estratégico: controlar una franja de veinte kilómetros de ancho accesible únicamente a los residentes. Además de servir para

defender la región contra Tito, aquel sector tenía también la función de mantener a los yugoslavos lejos de Venezia-Giulia. Los que se dedicaban a la caza de criminales de guerra trabajaban con listas redactadas por el Comité de Austria para la Investigación de Atrocidades.[90]

En la Zona Británica, los tribunales examinaron los expedientes de 31.517 nazis, de los que sólo 2.623 resultaron absueltos. Los británicos mantenían tres campos de internamiento para nazis en Wolfsberg, Weissenheim y Wetzelsdorf. El primero de ellos se convirtió –junto con Glasenbach, en la Zona Estadounidense– en sinónimo de trato riguroso aplicado a los prisioneros políticos. Los altos tribunales vieron alrededor de otro centenar de casos más e impusieron 53 sentencias de muerte, de las que se aplicaron 42.[91] Las principales atrocidades cometidas en Estiria tuvieron que ver con las marchas de la muerte a Mauthausen al final de la guerra, que motivaron en 1946 varios procesos relevantes. El juicio de Eisenerz vio el caso de los guardias de la SS que mataron a 162 judíos húngaros en el pueblo así llamado porque no estaban en condiciones de marchar hasta Mauthausen. Diez de los dieciocho acusados fueron sentenciados a muerte y fusilados el 21 de junio.[92]

Los fusilamientos fueron sustituidos por la horca después de que se levantara en el tribunal provincial, el 24 de septiembre de 1946, un patíbulo en el que el verdugo británico Albert Pierrepoint ajustició a ocho reos. Los británicos le habían presentado a un tal señor Zaglauer y a sus dos ayudantes para que aprendieran a hacer los nudos. Pierrepoint expresó su confianza en estos verdugos, a los que, seguidamente, se les consideró «plenamente competentes desde un punto de vista oficial para realizar ejecuciones por sí mismos siguiendo los procedimientos aprobados por los británicos».[93] Los Tribunales Populares sustituyeron a los británicos. En Austria dictaron en conjunto 43 sentencias capitales. Viena ocupó, como es natural, el primer puesto con 28, pero Graz se situó en segundo lugar con 12; Linz, en la Zona Estadounidense, sólo impuso tres; Innsbruck, en la Francesa, ninguna.[94]

El caso Soucek, visto por el Tribunal Popular, juzgó a un grupo importante de neonazis. El tribunal asumió también el juicio de Johann

Stelzl, jefe de la Gestapo en Leoben, y de todos los responsables del programa de eutanasia aplicado en el manicomio de Klagenfurt. Cuatro hombres fueron condenados a muerte. A veces las condenas dictadas parecían leves: el principal culpable del caso de asesinato de los judíos de Strem, en el que se demostró que los acusados habían dado muerte a cincuenta judíos, fue condenado a veinte años de cárcel.[95] Al año siguiente, el 27 de febrero de 1948, el general ruso Kurásov propuso una amnistía más amplia. Dos meses después, la propuesta tuvo como consecuencia la ley de amnistía del 21 de abril, que borró 487.000 nombres de los 524.000 incluidos en las listas originales. Esta medida añadió medio millón de electores al censo, la mayoría de ellos gente de derechas.

Una vez que los antiguos nazis fueron devueltos al redil de la Constitución, apareció en escena un nuevo partido con el disfraz de Unión de Independientes. Los políticos antinazis intentaron proscribir a los Independientes en las zonas occidentales. Los soviéticos, sin embargo, se negaron a seguir sus pasos, y los Independientes lograron el 12 % de los votos en la elecciones del 9 de octubre de 1949. El ÖVP volvió a encabezar los comicios.

Castigo por hambre

Una vez decidido que todos los alemanes eran culpables, la siguiente tarea consistía en castigarlos. A pesar de las raciones que les habían distribuido los rusos en Berlín con fines propagandísticos, la Conferencia de Potsdam resolvió que no debían sobrealimentarlos. Se rechazaron las peticiones de la Cruz Roja para llevar provisiones a la ciudad, y en el invierno de 1945 se resolvió devolver los donativos con la recomendación de que se usaran en otras partes de Europa desgarradas por la guerra (una resolución dictada a pesar de que las aportaciones de irlandeses y suizos se habían recogido pensando específicamente en Alemania). Los primeros donativos permitidos llegaron a la Zona Estadounidense en marzo de 1946, gracias

hasta cierto punto a la intervención de intelectuales británicos de la talla de Bertrand Russell y Victor Gollancz.

Gollancz había publicado a mediados de 1946 una obra polémica titulada *The Ethics of Starvation* [La ética de la hambruna].[96] Por su condición de judío cuya familia se había trasladado a Gran Bretaña procedente de Alemania, Gollancz no tenía ningún motivo para amar a los alemanes. A lo que se oponía era al trato inhumano y nada ético que se daba a los civiles alemanes:

> Soy judío, y a veces me preguntan por qué, en cuanto tal, me preocupo por el pueblo en cuyo nombre se han cometido contra mi raza infamias cuyo recuerdo me temo que, tal vez, no perezca jamás... aunque yo desearía que no fuese así. A veces, esa pregunta me la plantean, lamento decirlo, judíos como yo que han olvidado las enseñanzas de los profetas, si es que las han conocido alguna vez... Es realmente cierto que me siento llamado a ayudar a los alemanes que sufren precisamente porque soy judío, pero no, ni mucho menos, por la razón que la gente imagina... Se trata de una cuestión [...] de simple y llano sentido común no desviado por ese sentimentalismo que tergiversa el juicio y corrompe el espíritu de tantas personas. En mi opinión hay tres proposiciones evidentes por sí mismas. La primera es que nada puede salvar al mundo si no es un acto general de arrepentimiento, en lugar de la actual insistencia farisaica en la maldad de los demás, pues todos hemos pecado y seguimos pecando de la manera más horrible. La segunda es que lo que nos hace buenos es el buen trato, y no el maltrato. Y la tercera –por caer en el odioso lenguaje colectivo tan de moda en la actualidad–, que a menos que tratemos bien a quien nos ha tratado mal, no llegaremos a ninguna parte, o, más bien, esa actitud dará mayores bríos al mal y conducirá directamente a la aniquilación de la humanidad.[97]

A pesar de la gran injusticia cometida contra su pueblo, Gollancz no podía aprobar otro crimen: «El hecho cierto es que [...] estamos matando de hambre a los alemanes. Y los estamos matando no deliberadamente, en el sentido de desear decididamente que mueran, sino de un modo voluntario, en el sentido de que preferimos su muerte a nuestra propia incomodidad».[98] En las cartas a su esposa, Gollancz se siente conmocionado una y otra vez por el hecho de que aquellos niños que padecían podrían haber sido sus propios hijos.

A partir de informes de prensa, Gollancz preparó una acusación escalofriante: siete de cada diez personas de la ciudad de Hamburgo, entonces en manos de los británicos, no tenían pan dos semanas al mes.

Gollancz citaba la cifra de la UNRRA para la subsistencia diaria: 2.650 calorías. El mínimo necesario para subsistir era de dos mil. En marzo de 1946, la media para la Zona Británica había fluctuado entre 1.050 y 1.591. Se componía de cuatro rebanadas y media de pan seco, tres patatas de tamaño mediano, tres cucharadas de harina de avena, medio vaso de leche desnatada, un trozo de carne y una porción minúscula de manteca. Esos niveles bastaban para sobrevivir acostado, pero impedían realizar cualquier trabajo. A finales de febrero, las raciones fueron recortadas hasta suponer 1.014 calorías para aquellas personas que no realizaban trabajos exigentes, es decir, las mujeres. La mortalidad infantil era diez veces superior a la de 1944. En Dortmund murieron 46 niños de un total de 257 nacidos el mes de febrero de 1946.[99]

Políticos y militares –como sir Bernard Montgomery– insistían en que no se enviara comida desde Gran Bretaña. La hambruna era un castigo. Montgomery dijo que tres cuartas partes de los alemanes seguían siendo nazis, aunque no reveló la fuente de su información. Los alemanes sólo podían culparse a sí mismos, y debían continuar ocupando el último lugar en la cola. Los economistas y el ministro de Hacienda inglés, Hugh Dalton, sostenían que el coste de la ocupación equivalía a pagar reparaciones a los alemanes.[100] Gran Bretaña, sin embargo, se estaba recuperando de la escasez de recursos de los años de la guerra. El ministro de Alimentación, John Strachey, había anunciado con orgullo que el consumo de carne se situaba en el 98 % de los niveles de la época de preguerra y que los británicos consumían un 50 % más de pescado.[101] Según escribió Gollancz con clarividencia, a Alemania se le había arrebatado en el este, en los pastos de Pomerania y Prusia oriental, la cesta del pan con su lechera.[102] Entretanto, las autoridades británicas en Alemania proponían recortar las raciones hasta las mil calorías. Los franceses se situaban ya en las 950, mientras que los americanos, con 1.270, no eran un dechado de generosidad. Gollancz observó que los prisioneros de Belsen tenían 800, lo cual no era mucho menos.[103] Alfred Döblin expresó sus sospechas en Baden-Baden: si los alemanes tuvieran realmente tan poca comida, estarían muertos. Pensaba que la mayoría se las apañaba para complementar su dieta

recurriendo al mercado negro.[104] Esto, sin embargo, no constituía una ayuda para los ancianos y los enfermos.

A la *Ethics of Starvation* de Gollancz le siguió en enero de 1947 otro folleto del mismo autor. *In Darkest Germany* [En la Alemania más tenebrosa] fue el resultado de una gira de seis semanas por la Zona Británica realizada por el autor entre octubre y noviembre de 1946, justo antes de las heladas. Está compuesto por dieciocho cartas y artículos escritos por Gollancz para fustigar al gobierno. El autor lamentaba no haber podido llegar a Berlín. Por otra parte, daba a entender que su logro había sido ligeramente superior al de Hynd, que el año anterior no había pasado en Alemania, según admitía él mismo, más de veintiocho días.[105]

Gollancz había ido a Alemania con la «actitud de un escéptico». No obstante, se hizo acompañar de un fotógrafo y, para disipar cualquier sarcasmo sobre la veracidad de sus reportajes, respaldó cada una de sus afirmaciones con una foto. La mayoría de las fotografías incluían la figura de un anciano de aspecto benévolo vestido con un abrigo oscuro y tocado con sombrero tras unos niños desnudos y desnutridos sosteniendo una muestra especialmente atroz de zapato infantil o consolando a un comunista minusválido en su pútrido tugurio. Su intención era mostrar que había visto todo aquello con sus propios ojos, sin fiarse de lo que pudieran haberle contado.[106] Los edemas por hambre no se limitaban a la nueva colonia rusa de Prusia oriental. Según Gollancz afectaban a cien mil personas. En el hospital fue testigo de algunos casos elocuentes de pacientes con las características piernas hinchadas a causa de la retención de líquidos. Su fotógrafo tomó una imagen de un hombre moribundo que sufría ya los estertores de la muerte. Otro tenía un escroto que le colgaba un tercio de la distancia que lo separaba del suelo. En el último instante, Gollancz retiró esta fotografía del texto final.[107] El porcentaje de casos de tuberculosis superaba entre cuatro y cinco veces el de 1939. Los hospitales no disponían de penicilina, pues los alemanes no tenían dinero para pagarla.[108] *El tercer hombre* lo decía todo.

Gollancz se interesó también por la ropa. En el escrito *In Darkest Germany* reproduce una colección espeluznante de calzados (la palabra

«zapatos» apenas sirve para designarlos). Un niño le dijo que no podría ir a la escuela al día siguiente porque su padre necesitaba utilizar sus zapatos. Cuando llovía, el número de casos de absentismo era aterrador. En tres escuelas que visitó examinó los pies de todos los niños. En una de ellas, los zapatos de 34 de los 38 niños estaban destrozados; en la siguiente, 15 de 37; y en la última, 34 de 53. El problema era que, aunque la gente tuviese marcos del Reich, no podía utilizar aquella moneda para comprar ropa: se necesitaban cupones o *Bezugmarke*. Y aunque uno dispusiera de los precisos *Bezugmarke*, existía la posibilidad de que no hubiese zapatos en los comercios. En Düsseldorf faltaban los pañales. Gelsenkirchen tenía 260.000 habitantes; el mes de junio se hallaban a la venta los siguientes artículos adquiribles con *Bezugmarke:* 56 chaquetas de punto, 49 vestidos de mujer, 21 pares de pantalones bombachos, 4 pañales, 3 bombachos para bebés, 3 sábanas de goma, 7 kilos de lana para hacer punto y 21 toallas pequeñas. Aquel mes hubo 182 nacimientos.[109] Había otras carencias importantes: en Hamburgo, a pesar de los terribles índices de mortalidad infantil, apenas se disponía de anticonceptivos.

Los bombardeos de Hamburgo habían provocado una carencia irremediable de alojamientos y obligado a 77.000 personas a habitar en búnkeres y sótanos. Gollancz calculaba que una cuarta parte vivía en condiciones parecidas a las de los cuadros más desgarradores de Honoré Daumier. Para ser ecuánime en sus ideas marchó a Belsen, desde donde escribió a su esposa: «No olvido ni un solo segundo la otra cara de la moneda».[110] La localidad prusiana de Jülich había sufrido el peor bombardeo de Alemania: la pequeña ciudad había quedado arrasada en un 93%. Dada la desolación que lo rodeaba, Gollancz oyó atónito que todavía vivían en ella siete mil de los once mil habitantes que tenía. Su presencia se hacía notar por los tubos de estufa que asomaban del suelo y los túneles que desaparecían al pie de las ruinas. Sin embargo, «a pesar de todo», el alcalde de la ciudad, un hombre del SPD, seguía hablando de «liberación».[111]

Aparte del problema humanitario, la incapacidad de alimentar a los alemanes, en especial durante el cruel invierno de 1946-1947, pudo haber provocado la aparición de abundante propaganda hostil. Carl Zuckmayer

informó sobre conversaciones escuchadas al azar en las colas para comprar pan en la Zona Estadounidense:

> Sí, Hitler era malo, nuestra guerra fue injusta, pero ahora ellos están cometiendo con nosotros la misma injusticia; son iguales, no hay diferencia; quieren esclavizar a Alemania lo mismo que Hitler quiso esclavizar a los polacos; ahora, los judíos somos *nosotros*, somos la «raza inferior» y nos dejan morir deliberadamente de hambre; ¿no ve usted que su plan es ése? Arrasan con todas nuestras fuentes de ingresos y nos dejan morir lentamente; las cámaras de gas funcionaban más deprisa...[112]

Gollancz lo había advertido antes de que comenzaran las heladas. «La juventud está siendo envenenada y renazificada: estamos a punto de perder la paz...», escribió al director del periódico liberal *News Chronicle.*[113] El problema tenía implicaciones aún más amplias: «Me habría gustado escribir sobre el declive general de la moralidad pública a consecuencia del impacto de una desesperación creciente y de la crisis económica en la que los sectores del mercado negro y gris invaden el legítimo...». Gollancz pensaba que la juventud alemana carecía totalmente de moralidad y que la actitud displicente de las autoridades británicas no ayudaba a mejorar la situación. Los británicos publicaban solamente una revista mensual para jóvenes, frente a nueve en la Zona de Estados Unidos, la mayoría de las cuales de aparición bisemanal.[114]

Clay se sentía hondamente preocupado por la falta de medios de subsistencia. En febrero de 1946 observó que la gente consumía mil calorías en la Zona Británica, lo que «apenas servía para mantenerse con vida». Ernst Jünger, que al parecer recibía con regularidad donativos de comida de sus admiradores, informaba en marzo de que las raciones se habían reducido a la mitad. «Es una sentencia de muerte para muchos que hasta ahora sólo han podido mantenerse a flote con el máximo esfuerzo, sobre todo los niños, los ancianos y los refugiados.»[115] La Zona Estadounidense había llegado a las 1.550 calorías, una cifra que había descendido a 1.313 el 18 de marzo. Los alemanes estaban mejor alimentados en la Zona Soviética. La llegada de la primavera trajo consigo un ligero aumento de las calorías aportadas por los americanos: únicamente

1.275. Nadie podía vivir *ni* trabajar si no tenía acceso a los suministros del mercado negro. Clay reservó una vez más algunos de sus comentarios más amargos para los franceses, que en enero de 1946 se dirigieron a él solicitando trigo. Sin trigo, el cómputo de calorías en su zona descendería de 1.380 a 1.145. Clay pensaba que no disponían de él porque se lo habían llevado todo a Francia. La falta de trigo y la necesidad de hacer pan había obligado también a los franceses a cerrar las fábricas de cerveza. En febrero de aquel año, Clay dio órdenes de reabrirlas en la Zona Estadounidense.[116] El 26 de mayo de 1946 habló de un «desastre nutricional». Debido a su carácter de eterno propagandista, pensaba que aquella situación «podría retrasar gravemente la recuperación de Europa occidental y afectar probablemente a su desarrollo político». Los niños alemanes menores de seis años padecían una elevada incidencia de casos de raquitismo, y los de edades comprendidas entre seis y dieciocho mostraban a menudo atrofia en su desarrollo.[117]

Al principio, muchos alemanes estaban dispuestos a ver en los Aliados ángeles libertadores, pero no tardaron en decepcionarse al comprobar la llegada de unos soldados demasiado humanos cargados de propaganda y odio hacia la población civil. La retórica de altos vuelos de la Carta del Atlántico parecía ahora tan farisaica como los Catorce Puntos de Woodrow Wilson.[118] El peligro de hambre y hambruna sólo cedió lentamente. Gollancz confiaba en la idea de cooperación angloamericana, pero incluso con la creación de la Bizona, las raciones eran lastimosamente reducidas. Con la llegada de los primeros fríos, el 14 de octubre de 1946, la ingesta diaria era de sólo 1.550 calorías.[119]

Abundaban anécdotas como las repetidas en París durante la Comuna: los perros y los gatos no estaban a salvo de los hambrientos alemanes, que comían ratas y ranas, que, junto con los caracoles, permitían hacer una sopa que llenaba la barriga. El caballo era un plato relativamente común, pues era frecuente que estos animales murieran en las cunetas y la gente los despedazara con cuchillos afilados. Los alemanes descubrieron las virtudes nutritivas de ciertas plantas. Las ortigas fueron un recurso obvio. Se hacía harina de brotes, escaramujos y anea (junco de esteras). Las bellotas, los

dientes de león y las raíces de altramuz se molían para hacer café. En Austria aún se afirma que su afición por la flor y el fruto del saúco se remonta a esa época.[120] Las setas silvestres eran una bendición en la temporada: evitaban los gruñidos del estómago, pero más tarde torturaban a quien las consumía por su carácter indigesto. La situación no se había remediado aún en el invierno de 1948: los alemanes aún tenían que enfrentarse a raciones escasas. Aquel invierno, los americanos los abastecieron de maíz. Ya hemos visto que los alemanes no se dejaron impresionar: *Hühnerfutter* («comida de pollos»), lo llamó alguien. A los alemanes no les sugería nada agradable la imagen de unos «alegres gigantes verdes», como la mascota del Jolly Great Giant de la marca americana de productos alimenticios.

El campo debería haber tenido un uso que no se le daba. Al acabar la guerra, Alemania se vio afectada por una plaga de jabalíes que, a su manera, eran tan aterradores como las bandas de merodeadores compuestas por desplazados del este de Europa. Los jabalíes devoraban las patatas y otros cultivos. Los agricultores se armaron de arcos y flechas, pues se les había obligado a entregar sus armas de fuego. La mayoría no tenían modo de darles muerte, y los animales acababan siendo víctimas de los soldados aliados, que los cazaban por deporte y no por hambre.[121]

La situación se agravó aún más debido a los fallos en el aprovisionamiento. Las patatas enviadas desde Baviera en el invierno de 1946-1947 llegaron heladas. Quienes no tenían nada para comerciar ni capacidad para entregarse al pillaje lo pasaron peor: de los 700 internos del manicomio de Grafenberg, junto a Düsseldorf, murieron 160. En el peor momento de aquel invierno, la ingesta diaria en Renania del Norte-Westfalia, en la Zona Británica, ascendía a 865 calorías. Se propagaron rumores de que los habitantes de Oldenburg pensaban que los Aliados almacenaban comida preparándose para una nueva guerra; también se decía que esperaban la muerte de todos los alemanes, lo cual les ahorraría el gasto de alimentarlos. Se organizaron trenes especiales de acaparadores que iban en busca de cualquier cosa que pudieran hallar en el campo, bien recurriendo al trueque o bien robándolo de los huertos. Cuando el

raquitismo se expandió en la Zona Británica, las autoridades reaccionaron distribuyendo Vigantol y vitamina D_2. En Berlín, la tuberculosis causaba en esos momentos una de cada diez muertes.[122]

La dieta Hoover, introducida en el verano de 1947 –una comida de 350 calorías para niños–, supuso cierto alivio. Tras la gira que el ex presidente Hoover realizó por Alemania, declaró que su situación alimentaria era la peor de Europa, y que su dieta aportaba a los alemanes la cifra más baja de calorías desde hacía un siglo. Hoover propuso enviar el excedente de la producción estadounidense de patatas. De pronto, la comida escolar pasó a ser el equivalente de un banquete. Los alemanes aprendieron a amar los cacahuetes y la soja. A comienzos de 1948 hubo en la Bizona una huelga general de veinticuatro horas en protesta contra la falta de alimentos.[123]

El 17 de junio de 1948, Carl Zuckmayer, a quien se había unido su esposa Alice, fue testigo de una gran manifestación desde la habitación de su hotel de Múnich. Los manifestantes eran varios miles de estudiantes veinteañeros que coreaban a través de sus megáfonos: «¡No queremos ser tiranizados por el hambre!», y: «¡No hemos sido colonizados!». Portaban calaveras o ropas blancas pintadas con esqueletos y arrastraban tras de sí ataúdes y lápidas mortuorias. Uno tenía una cesta de pan que sólo contenía una corteza; otros transportaban símbolos de la miseria, el hambre y la muerte. Aquel día, otras ciudades universitarias presenciaron protestas similares: tres años después del fin de la guerra, la gente se moría aún de hambre y su apetito intelectual seguía todavía insatisfecho.

Los Zuckmayer pensaron que todo aquello recordaba horriblemente otras manifestaciones que ellos mismos habían presenciado en la ciudad que había sido testigo del nacimiento del nazismo. En 1933 se habían visto cercados por una jauría de brutales estudiantes nazis. Habían tenido la suerte de salir con vida; y, sin embargo, aquellos estudiantes de 1948 estaban bien educados y eran sumamente inteligentes. Uno de los organizadores era un pariente cercano del círculo de los Scholl, la Rosa Blanca. El matrimonio Zuckmayer observó a miembros armados de la Policía Militar avanzar hacia ellos desde la Casa de las Artes de los nazis, en aquel entonces un casino de oficiales estadounidenses. Carl se dio cuenta

de que la única manera de que los alemanes volvieran a ser personas decentes consistía en tratarlos con amabilidad.[124]

Fringsen

La falta de comida no era la única causa de muerte: también el frío extremo. Las existencias de carbón se terminaron en el invierno de 1945-1946. Joseph Frings, arzobispo de Colonia, se dirigió al «pueblo de Renania» en su homilía de Año Nuevo:

> Vivimos una época en que debemos agenciarnos por nuestra propia cuenta las pequeñas cosas necesarias para conservarnos con vida y mantener la salud, en caso de que no nos sea posible obtenerlas mediante nuestro trabajo o pidiéndolas. [...] Creo, no obstante, que en un gran número de casos las cosas han ido mucho más lejos, y cuando ocurre algo así sólo hay una solución: devolver de inmediato cualquier propiedad a la que no tengamos derecho, pues, de lo contrario, Dios no nos perdonará.[125]

La gente estaba demasiado bien dispuesta a interpretar aquel sermón: si uno va a perder la vida muriéndose de frío, ¡que arramble con lo que necesite! Nadie prestó mucha atención a la segunda parte del párrafo ni, en realidad, a la esencia del sermón. La historia del perdón otorgado por el primado en casos de hurto se difundió como un reguero de pólvora: la iglesia aprobaba el robo de carbón. En febrero de 1947, el asalto de un tren en Núremberg obligó a la policía a realizar varios disparos de advertencia. El 26 del mismo mes se informó de 305 muertes por hipotermia en las zonas occidentales; los hospitales habían recibido 1.155 casos, y 49.300 personas habían sido tratadas de los efectos del frío.[126] Desde Año Nuevo hasta marzo se habían realizado diecisiete mil detenciones por robo de carbón.[127]

Frings obtuvo el reconocimiento que merecía una vez acabada la guerra. Fue el único eclesiástico que dio origen a un verbo en alemán: *fringsen:* «agenciarse algo» –sobre todo carbón de los Aliados– cuando los soldados no miran. Era una expresión similar a *zapp-zarapp:* arramblar con algo al

estilo ruso. Frings era más hombre del pueblo que los demás eclesiásticos que habían conseguido sus laureles oponiéndose a la política de Hitler. Había sido objeto de las críticas junto con los mejores de ellos. En junio de 1943, una bomba había hecho saltar por los aires el refugio donde se encontraba, matando a dos monjas e hiriendo a otras cinco. Frings se remangó y ayudó a rescatar a los heridos. Su propia casa familiar había sido destruida y en ella había muerto una de sus hermanas; un hermano perdió la vida durante un ataque aéreo contra Magdeburgo; otro falleció en un campo ruso.[128]

Frings había sido nombrado arzobispo de Colonia en mayo de 1942, tras la muerte de su predecesor, Schulte, en el curso de otra incursión aérea. Los nazis habían expresado ya su opinión sobre Frings al atacarlo en su parroquia, y Peter Winkelnkemper, el alcalde «pardo» de Colonia, había arrojado un cenicero contra el sacerdote dejándole una cicatriz de recuerdo en la cara. Debido, quizás, a que había sido testigo del sufrimiento provocado por ambos bandos en el conflicto, Frings pudo hablar en favor de las víctimas. Primero se enfrentó a los nazis; luego, a los Aliados, rechazando la idea de «culpa colectiva». Desde su púlpito hizo un llamamiento a los conquistadores en favor de la justicia y el amor cristiano; exigió la liberación de los prisioneros de guerra, habló en alto contra la hambruna y contra las expulsiones en el este y pidió que se procediera con justicia en la desnazificación. También abogó por las vidas de quienes habían sido condenados a muerte por los tribunales de los Aliados.[129]

En la Navidad de 1945 lo explicó con claridad a sus feligreses. La guerra había concluido, pero la situación del momento era de sufrimiento generalizado:

> Considero mi deber aliviar vuestro dolor lo mejor que pueda [...] mediante la palabra y la escritura. Siempre he dejado bien claro que la nación no es culpable en conjunto y que muchos miles de niños, ancianos y madres son completamente inocentes; y ellos son quienes soportan ahora los mayores sufrimientos en medio de esta desgracia general.[130]

Confraternización

Según hemos señalado anteriormente, no se iba a poder hablar con los alemanes conquistados. La «confraternización» fue prohibida antes de que los Aliados occidentales llegaran a Alemania. La interdicción se había impuesto por primera vez tras la Gran Guerra, pero entonces la ocupación de Alemania se limitó a algunos distritos occidentales. Después de la Segunda Guerra Mundial se mantuvo vigente en algunas zonas hasta octubre de 1945, aunque se demostró una medida absolutamente ineficaz.[131]

Se decía a los soldados que no se dejaran conmover por el hambre de un «niño alemán de pelo rubio... pues allí acechaba el nazi». En el periódico *Stars and Stripes* se repetían consignas útiles a los soldados estadounidenses: «Los soldados prudentes no confraternizan». Una ilustración mostraba a una guapa muchacha alemana: «No hagas como Sansón con Dalila, porque te cortará el pelo a la altura del cuello». O sencillamente: «¡Todo alemán es un Hitler de corazón, cuerpo y espíritu!».[132] Los británicos mostraban una crueldad similar. La orden que prohibía confraternizar se presentó a las fuerzas británicas en marzo de 1945. En su proclama a los alemanes, Bernard Montgomery les pedía que dijeran a sus niños «por qué los soldados británicos no sonríen». Muy pronto, sin embargo, Montgomery se dio cuenta de que la prohibición era impracticable con los niños y eximió a los que tuvieran menos de ocho años. El 12 de junio, los soldados pudieron dirigirse a todos los niños. Los británicos abolieron por entero la prohibición en septiembre, pero los alemanes tuvieron que ceder el paso a los soldados británicos en las aceras hasta el mes siguiente.[133]

En algunos barrios, la prohibición de confraternizar fue una fuente de profunda frustración para los alemanes. Ursula von Kardorff oyó hablar de ella el 11 de junio. Los soldados comenzaron a gritar a las mujeres: «Nos gustaría hablar con vosotras, pero no nos lo permiten. Lo ha dicho Eisenhower». Arthur Radley, un oficial británico de servicio en Austria, consideraba ridículo todo aquello, pero la interdicción trajo consigo un beneficio inesperado. Su regimiento tenía un sargento a quien todos odiaban, pero no podían dar con el modo de librarse de él. Un día, mientras

se dirigían a Estiria, una muchacha le preguntó la hora y él le respondió. El sargento fue llevado ante un tribunal militar y degradado a soldado raso. Luego, lo trasladaron a otro regimiento. «Mucha gente pudo volver a respirar.»[134]

El 29 de junio, Clay informaba de que la prohibición era «sumamente impopular». Se trataba sobre todo de un «problema entre chicos y chicas». «La única confraternización que interesa a los soldados es salir con alguna guapa muchacha alemana de las que se dejan ver mucho.» Clay consideraba que todo ello era una mala propaganda: quienes tenían que ganarse los corazones y las mentes debían ser los soldados americanos, y no las chicas alemanas.[135] Además, no servía de nada; al cabo de un mes de la llegada de los Aliados occidentales, lo normal era tener una amante alemana. Lo que hacían los soldados cuando estaban a solas era confraternizar. Para George Clare, que acuñó una metáfora mixta bastante tiempo después de los hechos, los soldados británicos estaban «consolidando las relaciones anglogermanas desde la base». Su casino de oficiales, un piso de gran tamaño confiscado en Berlín, era el «salón de las libertades»: nadie entraba nunca a un dormitorio sin haber llamado antes a la puerta. Existía la posibilidad de que dentro hubiera alguna «Veronika». Otros iban a casa de la chica, con su familia. Uno de los amigos de Clare compartía un dormitorio con una mujer y su madre, que se limitaba a darse la vuelta y ponerse a dormir.[136]

Ni los soldados aliados ni las alemanas estaban dispuestos a cooperar con la prohibición. El problema era, en parte, la escasez de miembros del sexo opuesto. La mayoría de los alemanes de entre dieciséis y sesenta años se hallaban fuera, y quienes no se habían ido solían ser inválidos o lisiados. Las mujeres de entre veinte y cuarenta años superaban a los hombres en una proporción de 160 a 100. Margret Boveri contó el caso de cuatro mujeres que acosaron a un joven alemán de veinte años en el barrio berlinés de Neukölln y recordaba los problemas que había supuesto para su generación la pérdida de dos millones de hombres jóvenes en la Gran Guerra. A diferencia de los viejos que tenían a su alrededor, los conquistadores parecían saludables y ufanos, lo cual actuaba como una especie de

afrodisíaco. En cuanto a las mujeres, su virtud se había visto comprometida por dos cosas: la experiencia de la violación, agravada a menudo por la violencia, la enfermedad o el embarazo, y la del hambre. «Anita», la mujer con quien confraternizó Clare, tuvo la fortuna de haber sido violada una sola vez. Había intentado escabullirse señalándose la ingle y diciendo «¡Yo, enferma!». Pero el ruso conocía el truco y respondió: «¡Yo, condón!».[137] Clare no tardó en enterarse de que la mayoría de sus camaradas de armas, si no todos, habían adoptado alguna *Fräulein*, y que ciertas noches en que los hombres no regresaban a sus alojamientos se denominaban «noches de *Fräulein*».[138]

El acceso a los corazones de las berlinesas pasaba, al parecer, por ganarse sus estómagos. Los suboficiales británicos del Winston Club llenaban sus morrales con rollitos de carne y queso, bollos y pasteles. Un morral repleto de comida de las cantinas de las fuerzas armadas británicas tenía el poder adquisitivo de dos cigarrillos. Se podía alimentar a una *Fräulein* y su familia con cuatro cigarrillos Gold Flakes o Players. A los soldados británicos se les asignaba una ración de doscientos cigarrillos por semana, lo que los convertía en los dueños del país con todos los derechos señoriales.[139] La moralidad era laxa, y la prostitución extendida. Tanto los Aliados como las autoridades alemanas hacían la vista gorda. En Núremberg, uno de los compañeros de James Stern entrevistó a una prostituta. Dijo que la mayoría de sus clientes eran soldados alemanes tristes que buscaban compañía, pero también soldados americanos, «tanto blancos como de color». El gobierno militar de los Aliados procuró no inmiscuirse, pero las prostitutas debían registrarse y acudir a un médico una vez por semana.[140]

Todo aquello se desarrollaba, en general, de un modo completamente informal. Las mujeres alemanas estaban dispuestas a practicar el sexo con los americanos por motivos que iban desde el compañerismo hasta la necesidad de protección, cigarrillos, comida o medias. En Núremberg había un bosque que Stern denominaba el «Bosquecillo de la Concepción». Entre las seis de la tarde y el toque de queda se llenaba de soldados americanos y chicas alemanas. Cuando la confraternización aún estaba oficialmente

prohibida, debían tener cuidado con la Policía Militar. No obstante, había numerosos desplazados –alemanes, húngaros, checos, italianos, letones o polacos– que actuaban como auxiliares de las fuerzas estadounidenses y no tenían ningún miedo a la policía. También ellos se aprovechaban de las chicas alemanas.[141]

N1. Se olvidaba de Erich Kleiber.

N2. Las cifras de Clay parecen moderadas, pues la policía de la nación había sido *gleichgeschaltet*, o «incorporada», a la SS.

N3. Véase p. 760.

N4. Véase p. 543.

N5. El *Volksgerichthof* («Tribunal popular») de la época nazi había juzgado a los enemigos del Estado. No había posibilidad de apelación y eran frecuentes las sentencias de muerte.

N6. Véase capítulo 16.

13

El mercado negro

Íbamos a los cuarteles [de los americanos] con viejas monedas de marcos del Reich, que sólo tenían valor por su contenido en plata –se suponía que ya no las teníamos–, y con insignias del Partido –todas de la época de Hitler, insignias de las Juventudes Hitlerianas–, y conseguíamos cigarrillos, que cambiábamos a los granjeros por comida.

Citado en PETRA GOEDDE, *GIs and Germans*, New Haven y Londres, 2003, p. 90

Cigarrillos y paquetes de CARE

Como un cigarrillo valía más que un billete de cien marcos, hasta los viejos aristócratas estaban encantados de hacer un poco de dinero pasando de contrabando cigarrillos por la Frontera Verde (la frontera libre de patrullas). Un cigarrillo americano tenía el valor de un billete de tren de cercanías, y un paquete constituía un soborno importante. En octubre de 1945, un cigarrillo equivalía a 115 gramos de pan. En un campo para prisioneros de guerra podía costar hasta ciento veinte marcos.[1] Los alemanes más desahogados todavía disponían de joyas, relojes de pulsera o cámaras fotográficas. Franz Sayn-Wittgenstein recordaba haber vendido a un estraperlista una porcelana de Meissen dañada por un número considerable de cigarrillos. La pieza fue restaurada y vendida a la esposa de un general estadounidense. La mujer la colocó demasiado cerca del fuego y la parte restaurada no tardó en desgajarse.[2]

La importancia del comercio de cigarrillos se pone de manifiesto en la literatura de la época. El relato de Heinrich Böll «Kumpel mit dem langen

Haar» [El colega del pelo largo] describe una redada en un mercado negro. El personaje central ve llegar a una estación un jeep lleno de policías militares que, acto seguido, acordonan la zona y comienzan a registrar a la gente.

> Todo sucedió increíblemente rápido. Yo estaba justo fuera del cordón y encendí un cigarrillo. Todo se desarrolló con mucha calma. Montones de cigarrillos fueron a parar al suelo. Una lástima..., pensé, e hice un cálculo involuntario de cuánto dinero había tirado por tierra en ese momento. El furgón policial se llenó rápidamente con su presa...

El hombre evita prudentemente ir a su guarida. Entra en la estación y camina hasta el bar, donde entrega doscientos cigarrillos a Fritz, el camarero, y se guarda el dinero en el bolsillo trasero del pantalón. «Me había quedado sin mercancía, con sólo un paquete para mí.» El estraperlista pide un tazón de caldo de carne y un trozo de pan. El pequeño Mausbach llega a su lado sin resuello.

> «Escucha –tartamudea–, tienes que largarte... han registrado tu habitación y encontrado la cocaína... ¡Joder!» Casi se ahoga. Le di una palmada en la espalda para tranquilizarlo y le pasé veinte marcos... Una pena..., pensé otra vez, ocho mil marcos que se han hecho humo... Uno no está seguro en ningún lado.[3]

Una manera de sobrevivir consistía en practicar el contrabando de la Zona Soviética a Occidente. Libussa von Krockow comerciaba con cigarrillos americanos en la Zona Soviética y conseguía en Chemnitz medias de nailon, que luego trapicheaba con un zapatero de Holstein por un par de zapatos. En 1946, al comienzo de aquel invierno asesino, se interrumpió el contrabando.[4] En la primavera de 1947, Clay tomó una decisión para acabar con el empleo de cigarrillos como divisa: prohibir su importación. Pensó en traer, a cambio, tabaco a Alemania, en el convencimiento de que un aumento de la oferta provocaría una caída de los precios. Clay hubo de admitir que era improbable acabar con el valor de los Lucky Strike, pues antes de la guerra existía ya un mercado negro de cigarrillos americanos.[5] Los rumores sobre la reforma monetaria corrieron

seis meses antes de que los Aliados tomaran esta medida. Hasta entonces, el trapicheo seguía siendo el medio que permitía a la gente llevar una vida normal. Una mujer que quería, por ejemplo, que le lavaran el pelo tenía que aportar el jabón, una toalla y cinco trozos de leña. La leña era un bien importante, sobre todo en invierno, y Ruth Friedrich vio consternada que alguien se había llevado de la tumba de su amigo unas ramas de pino que ella había puesto allí siguiendo una antigua tradición de Prusia de origen probablemente pagano.[6]

Los Aliados que trabajaban en Alemania hacían sus compras con «marcos de la ocupación», «una divisa con un aspecto todavía más espurio que el de los billetes de un millón y mil millones de marcos del período de la inflación que siguió a la Primera Guerra Mundial».[7] Los cigarrillos eran uno de los medios utilizados por los Aliados en Alemania para conseguir sus deseos; otro era la goma de mascar. Una generación de alemanes se volvió adicta al chicle porque los soldados americanos lo daban a los niños, hasta el punto de que, hoy en día, no hay un lugar de Europa donde la goma de mascar tenga tanta aceptación como en Alemania. El propio Stern, antiguo alumno de Eton, no tenía inconveniente en utilizar el chicle como medio para llegar a los corazones de los niños.[8] Otro producto importante era el jabón. Los prisioneros liberados de los campos estadounidenses atesoraban jabón, que podían cambiar por comida o cigarrillos. Los antiguos prisioneros de guerra de los campos británicos no disponían de esa divisa. Una pastilla de jabón tenía el valor monetario de entre cincuenta y ochenta marcos. El más apreciado era el Palmolive.

Durante el invierno de 1946-1947 murieron sesenta mil alemanes, principalmente ancianos, de frío y de hambre. El CRALOG (Council of Relief Agencies Licensed to Operate in Germany; Consejo de organismos de ayuda autorizados para actuar en Alemania) fue una manifestación del cambio de actitud de los Aliados. Hasta comienzos de 1947 había distribuido treinta mil toneladas de comida. En abril de 1946 se le unió la CARE, la Cooperativa de envíos americanos hacia Europa. Fue el comienzo de los famosos paquetes CARE: sólo en 1946 se entregaron 1,9 millones de

ellos. Después del invierno, Clay pidió ayuda a Washington. A su juicio, no se podía instaurar la democracia a una población que se moría de hambre.[9]

En una Alemania donde había «calorías, pero no comida»,[10] había que encontrar siempre algo para complementar las escasas raciones que proporcionaban los Aliados. Y eso significaba acudir al mercado negro. «Quien quisiera vivir necesitaba contactos con el mercado negro, bien como vendedor, bien como comprador.»[11] El mercado negro no constituía ninguna novedad: surge donde hay racionamiento. Floreció durante el Tercer Reich a pesar de algunos castigos draconianos, y lo practicaron desde el *Junker* convertido en caso ejemplar y al que se condenó a cuatro meses de cárcel por negarse a entregar a la cooperativa la leche de su propiedad, hasta los 5.142 estraperlistas ejecutados por comercio ilegal.[12]

El mercado negro solía tener su sede en las estaciones centrales. En un notable número de casos eran las únicas construcciones de los centros urbanos escasamente dañadas. El ambiente de aquellas estaciones aparece reflejado en los primeros relatos de Böll. Otro hombre con visión para los detalles fue Zuckmayer, aunque con una importante salvedad: Zuckmayer señala que las anécdotas del hombre de la calle suelen dar una idea falsa de cómo piensa un país, en tanto que los más estúpidos son los más bocazas, y las personas más inteligentes piensan un poco antes de hablar, o en caso contrario se muerden la lengua.[13] La estación ferroviaria era el punto de llegada y de partida, un lugar de paso:

> En Alemania se observa [...] un incesante deambular de un lado para otro, a tientas y sin rumbo; un hormiguero furioso, el zumbido constante de enjambres de abejas silvestres; un eterno ir y venir, vagabundeos, corridas y zigzagueos; el restregar y crujir de millones de suelas inquietas. Éste es el espíritu del «Mercado negro», o de la «Frontera Verde» [la frontera no patrullada]; es el mundo y la zona fronteriza de quienes carecen de hogar, de los expulsados, de las masas desgajadas, del viajero furtivo, de la juventud consagrada al merodeo.

Las estaciones de tren eran los centros de su universo, abiertos día y noche. «Las estaciones no son sólo unas míseras salas de espera para

viajeros extenuados y exhaustos; son también el hogar de quienes carecen de él.»[14] En el sector norte de la estación de Fráncfort había un barracón gestionado por la Cruz Roja que servía de sala para madres viajeras; allí podían cambiar a sus bebés, recibir un poco de comida en forma de copos de avena, gachas, leche desnatada o sopa caliente. No hacían falta cupones. Las madres desesperadas solían dejar a sus hijos en el barracón a sabiendas de que era difícil que la Cruz Roja los arrojara a la calle. Se rumoreaba que al otro lado del Rin, en la Zona Francesa, había un mercado de bebés.[15]

Es evidente que Zuckmayer disfrutó con el curioso desfile de personajes con todo tipo de atuendos imaginables: un hombre en traje tirolés, con las rodillas expuestas al aire gélido y a la gélida intemperie que se rascaba la barba hirsuta con un lado de la caja de su cítara; otro, cubierto con una piel de oveja yugoslava; hombres vestidos con toda clase de uniformes militares y un montón de chaquetas negras adornadas con la borrosa inscripción «PW», es decir, «Prisoner of War». También había mujeres vestidas de manera abigarrada, con una capa de seda raída y unos pantalones de esquiar que habían conocido días mejores.

Para comprar comida o bebida había que hacer largas colas. Con suerte, presentando un cupón se podía conseguir un vaso de cerveza aguada o una taza de caldo de carne de vaca. Pero aun así, la taza o la copa sólo se entregaban previo pago de una fianza de diez marcos. La mayoría, sin embargo, estaba allí para comerciar. Zuckmayer comparaba las estaciones con Times Square un sábado por la noche. Moviéndose entre las masas se podían escuchar las ofertas de mantequilla, manteca para untar, harina, cigarrillos –los mejores eran los Chesterfield y los Lucky– o piedras preciosas, café, chocolate o jabón. También se comerciaba con documentación, a menudo en andenes concretos y especializados. Se podían poner nombres nuevos a los pasaportes. La mayoría iba allí por objetos muy triviales que creía necesitar, como, por ejemplo, tabaco. Por una caja de bizcochos de chocolate con nueces se podía conseguir otra de jabón para lavar llena de tabaco seco o cigarrillos sin consistencia liados con colillas y conocidos como *Besen*, «escobas». Unos prismáticos de teatro daban de sí

un kilo de guisantes deshidratados y una corteza de tocino. En otra ocasión se cambió una cámara fotográfica por una oca.[16]

Periódicamente se efectuaban *Razzien*, «redadas», y los comerciantes se dispersaban al llegar la policía. Había redadas pequeñas y grandes. Las primeras las practicaba la policía alemana, que se tomaba su trabajo en serio. Se dedicaban a capturar prostitutas y llevarlas a alguna clínica para someterlas a revisión. A continuación se las soltaba con un «certificado de cacería» –un certificado de buena salud– y regresaban directamente a la estación. La Policía Militar extranjera se ocupaba de las redadas importantes. Los detenidos pasaban una noche en los calabozos. En Berlín eran los de la comisaría de policía de la «Alex», la Alexanderplatz. Dado que muchos alemanes se hallaban en prisión por motivos triviales, no se consideraba una desgracia ser arrestado y castigado de ese modo.[17] Ernst Jünger, que se encontraba en Tubinga para dar una conferencia a los estudiantes, fue arrestado en una ocasión. Uno de los que iban con él en el coche fue descubierto con una cantidad sospechosa de cigarrillos, por lo que lo pusieron contra una pared, y cuando el jefe del distrito local intervino, los policías obligaron también a Jünger a unirse a él.[18]

En el invierno de 1946-1947, algunos estraperlistas habían comenzado a presentarse como «hombres de negocios». Un joven llamado Dieter se llevó a Zuckmayer a tomar un trago en su bar favorito, que resultó hallarse junto a la estación de Fráncfort. Tuvieron que atravesar un patio trasero lúgubre y ruinoso. El bar había sido decorado con flores de pega, y un conjunto de tres hombres tocaba falsa música *swing*. Se vendía un aguardiente nefasto y cigarrillos americanos a precios exorbitantes. En el mostrador había un cartel donde se decía que no estaba permitido el acceso de menores, pero Zuckmayer vio un gran número de chicos y chicas muy jóvenes. También oyó a un muchacho suplicar a una joven que se acostara con él. El chico no podía tener más de quince años y aún tenía voz de niño. El objeto de sus atenciones era una muchacha fornida con chaqueta Manchester y pantalones de hombre.

–¿No vas a venir conmigo esta noche? Me lo habías prometido.

–Déjame en paz. Hoy lo he hecho ya cinco veces.

–¡Pero me lo prometiste! –suplicaba el chico.

–Déjame en paz. ¿Crees que lo hago por gusto?

–Tengo una tableta de chocolate Hershey.

El muchacho estaba a punto de echarse a llorar.

–¡Y dale! Necesito un cartón de tabaco. Y un vestido nuevo.

Al «hombre de negocios» de Zuckmayer no le gustaba que se pusiera fin a aquel filibusterismo, pero era inevitable la llegada de una economía basada en el dinero. Los demás muchachos que estaban «en el negocio» tenían buen aspecto, eran fuertes y estaban en forma; no era el caso de las chicas, que solían vivir casi siempre de sus cuerpos. Los engaños también estaban a la orden del día. A algunos hombres que iban a las ruinas con las chicas les daban una paliza y les birlaban la cartera.[19] Dieter vivía con una muchacha que ejercía la prostitución para los oficiales y soldados de la guarnición. Estaba muy interesado en que Zuckmayer no pensara mal de ella por ganarse su dinero de aquel modo. Era muy legal, a pesar de todo, y Dieter creía que podrían salir juntos del arroyo. «¿Quién es capaz de atravesar estos tiempos y mantenerse completamente limpio?.»[20]

En Berlín, el mercado negro más famoso desarrollaba su actividad en torno al edificio en ruinas del Reichstag y llegaba hasta la Puerta de Brandeburgo, aunque es probable que esta zona fuera una sección distinta. El principal negocio era el de los cigarrillos, y la policía practicaba las redadas habituales. Un efecto de la nueva divisa fue el incremento del precio del metal, y el edificio de Paul Wallot fue despojado de todos sus elementos metálicos para conseguir dinero en efectivo. Aquella subida de los precios fue una sentencia de muerte para varias esculturas, que fueron derribadas y vendidas como chatarra.[21] El legendario mercado negro de Múnich se hallaba en la Möhlstrasse, en Bogenhausen. Allí se podía conseguir de todo si se tenía dinero, cigarrillos o algo para cambiar: «Harina y alfombras, coñac francés, naranjas españolas, tarros de plata y cigarrillos, ropa inglesa y cámaras alemanas». Los comerciantes eran judíos orientales, griegos, húngaros, checos y polacos. También se trapicheaba en el Viktualienmarkt, en el centro de la ciudad, donde los negocios se efectuaban principalmente en el bar Stadt Kempten. La propia cervecería

Hofbräuhaus fue en su momento un mercado negro. Los comerciantes utilizaban recursos ingeniosos para pasar cigarrillos; incluso había coches con doble fondo, como en las películas de James Bond, que podía llenarse con cartones de tabaco.[22]

La situación en Baden, en la Alemania controlada por los franceses, da una idea de los precios a finales de 1946: 1.200 litros de mosto de vino en fermentación, más 200 litros de mosto dulce, más unas barricas de vino viejo se cambiaban por 7 neumáticos de coche; 6.000 kilos de patatas, por 12 pares de pantalones de trabajo y 4 mandiles; 3 piedras de mechero por 5 huevos; 6 botellas de schnapps por 3 camisas de hombre; un reloj de pulsera por 2 kilos de mantequilla; 30 litros de vino por 80 rábanos; 2 pantalones de señora por 2 pieles de ternera; un reloj de cuco con esfera de cerámica por 1.000 cigarrillos; un cerdo de 500 kilos por 200 litros de vino; 2 pares de medias de señora por libra y media de mantequilla.[23]

Abundaban las coplillas:

Der Schmuck hat man als Butter aufgegessen,
die Meissner Tassen trägt man jetzt als Schuh.
So wächst dem Eigner, was er einst besessen
von Grund auf umgewandelt wieder zu[N1]*...*

En este punto, al menos, el país se hallaba en la «hora cero», en situación de tábula rasa. Los tesoros familiares que no habían sido destruidos por las bombas, o robados o destrozados por los rusos, se comían. El doctor Strüder, médico de la ciudad de Fráncfort, señaló que el mercado negro tenía su vertiente favorable: ofrecía la posibilidad de disponer de raciones complementarias. Otra solución –también ilegal– consistía en acaparar (en alemán, *hamstern*, «actuar como los hámsters»). Trenes especiales transportaban a la gente de las ciudades, grandes y pequeñas, a las zonas rurales para comerciar con granjeros y pequeños agricultores. Si no encontraban a nadie, los «hámsters» arramblaban con lo que podían. Los agricultores no se fiaban del dinero, así que los trueques se realizaban con bienes u objetos útiles. Otra actividad significativa en las

zonas rurales era la destilación ilegal. Una botella de aguardiente era un artículo comerciable y un medio excelente de convertir unos cuantos manzanos en una empresa lucrativa. Los agricultores de la Baja Austria evitaban llevar su vino a Viena, pues solían ser atracados por soldados rusos. Preferían que sus posibles clientes acudieran a ellos por su cuenta y riesgo.[24]

Como es natural, el mercado negro alimentaba también la delincuencia. El comprador tenía que precaverse de los alimentos falsificados. A veces las latas se llenaban con porquerías y los incautos se exponían a regresar a casa y encontrarse con que todo lo que habían comprado estaba podrido. Muchos alemanes que trabajaban en el mercado negro eran ex internos de campos de concentración –«verdes», o delincuentes habituales– con querencia a hacer exhibición de su riqueza en uno o dos bares destacados, como el Queen, en Colonia, bebiendo café auténtico y comiendo menús que no se abonaban con cupones. Las fortunas de varios hombres de negocios de Alemania occidental se fundaron en el mercado negro de la posguerra.

El mercado negro era también territorio propio de los desplazados. Mientras aguardaban la repatriación, muchos recurrieron a la delincuencia. Los desplazados de Europa occidental tenían en general buena prensa, pero los demás eran temidos por los alemanes. James Stern fue testigo en Darmstadt de una escena desagradable cuando el coche en que viajaba chocó con un ciclista alemán que llevaba una pata de palo. Alrededor del herido se congregó una multitud de desplazados polacos que esperaban, evidentemente, que los americanos le dieran una paliza o algo peor, y se sintieron decepcionados cuando, en vez de ello, llevaron al hombre a su casa. Bandas incontroladas de desplazados sin ley se habían convertido en los nuevos bandoleros de la Alemania de la posguerra. Otro hombre entrevistado por Stern, un abogado, estaba obsesionado por el riesgo de ser asaltado por bandas de desplazados polacos. Hasta entonces, le habían robado tres bicicletas en un suburbio de Múnich, y un polaco le había disparado en el centro de la ciudad. Desplazados rusos habían atacado a un matrimonio vecino suyo y matado a la mujer para, posteriormente, robarles sus bicicletas.

Según había observado Jünger en su pueblo, cercano a Celle, los peores desplazados pululaban por los alrededores de Hanóver. El escritor y periodista Leonard Mosely admitió que la mayoría de los coches habían sido robados por los propios Aliados, pero había desplazados que comenzaron imponiendo en Herford un reinado de terror «de pillaje y alcohol». En Hanóver actuaron varios días sin control.[25] Durante una gira por Hesse en el invierno de 1945, John Dos Passos oyó hablar de que unos desplazados habían asesinado a un alemán para llevarse su ropa la noche anterior. Los desplazados formaban bandas de salteadores, responsables de varios actos atroces en Alemania y en Austria. Cerca de Stuttgart hubo ataques nocturnos contra granjas aisladas. El 10 de noviembre de 1945, en Spitalmühle, cerca de Margröningen, un molinero y los suyos huyeron al sótano en busca de seguridad, pero los intrusos mataron a los seis miembros de la familia disparándoles a la cabeza.[26] En cierta ocasión se llamó al ejército estadounidense para que se enfrentara a una banda de desplazados polacos, y tuvo que acabar empleando tanques en una redada de doce horas de duración en Wildflecken, cerca de Fulda.[27]

De momento, nadie parecía tener un plan para los trabajadores extranjeros, a los que podía verse en las carreteras que partían de las principales ciudades intentando hallar algún medio de volver a su país. La excepción eran los rusos, la mayoría de los cuales habrían hecho cualquier cosa para quedarse en Alemania o marchar a América o Australia. Elena Skriabina, designada para visitar algunos campos rusos, informó de que a todos los internados les impulsaba un mismo sentimiento: alejarse lo más posible de la Unión Soviética.[28]

Los soldados rusos vendían parte de sus excedentes en relojes de pulsera y cambiaban marcos alemanes por dólares, mientras que los americanos compraban porcelana de Meissen con sus raciones del ejército.[29] Un soldado ruso recordaba haberse encontrado con un negro americano que intentó venderle primero una pistola Colt, y luego un jeep. En otras partes, los negros vendían cigarrillos, chocolate y jabón.[30] El contrabando de coches a la Unión Soviética cesó cuando las autoridades rusas impusieron en 1946 unos aranceles exorbitantes. Los americanos

utilizaban el tren interzonal que cubría el trayecto de Osnabrück a Berlín, motivo por el cual se le conocía con el nombre de «Expreso de las medias de seda».[31] Los británicos recibían cincuenta cigarrillos gratis por semana y podían comprar otros doscientos a un precio libre de impuestos. Los vendían por marcos, que luego cambiaban a libras esterlinas a razón de cuarenta marcos del Reich por libra. En el mercado negro se podía obtener de todo para mejorar la calidad de vida. Había drogas como cocaína, morfina y opio, penicilina para quienes padecían enfermedades venéreas, y quinina para provocar abortos. También había anticonceptivos.[32]

El caso de Werner Gladow, el «Al Capone de la Alexanderplatz», constituye un sorprendente ejemplo de criminalidad que tuvo sus orígenes en el mercado negro. Gladow había nacido en mayo de 1931 y era hijo de un carnicero. Era demasiado joven para haber vivido la guerra como soldado y sólo conoció el caos y la depravación que provocaron los bombardeos de los Aliados. A los dieciséis años inició una modesta carrera como delincuente en el mercado negro de Berlín. Fue detenido y encarcelado en dos ocasiones. En abril de 1948 se graduó profesionalmente y traspasó los límites del pequeño trapicheo adentrándose en la delincuencia propiamente dicha, cuando rompió el escaparate de una tienda de aparatos fotográficos en la Rankenstrasse y robó lo que, según él, era una cámara. El propietario salió en su persecución, pero Gladow le disparó en una pierna. Gladow y su banda robaron un coche y se dirigieron al Sector Soviético. Cuando la Volkspolizei –los agentes de la Policía Popular, o «Vopos»– rodeó el coche, Gladow disparó contra ella y los malhechores huyeron.

Gladow convirtió su panda de colegas en una banda propiamente dicha, que en su máximo apogeo se amplió hasta veintisiete miembros. Todos tenían apodos. El de Gladow era Doktorchen (Doctorcito). Actuaba en función de los soplos que le daba Gustav Völpel, verdugo en ambas partes de Berlín entre 1946 y 1948. La banda obtuvo su primer botín cuando atracó al cajero de un parque de atracciones de Prenzlauer Berg. Gladow estaba convencido de que el modo de alcanzar el éxito consistía en poseer una potencia de fuego superior, que les resultó útil para robar en varias joyerías y realizar un atraco a mano armada en la Tauschzentrale[N2] de la

Frankfurter Allee. Ante la negativa del director de la Tauschzentrale de revelar dónde había escondido los ingresos del día, Gladow lo torturó hasta que entregó seis mil marcos del Reich. Para entonces, la banda se había quedado sin munición. La solución consistió en asaltar a ocho Vopos en enero de 1949 y robarles las armas. Los ataques de la banda de Gladow fueron cada vez más violentos. Durante el atraco a una joyería dispararon varias veces contra un hombre. La gente que presenció los hechos apedreó indignada a los gánsteres, que lograron escapar sin que la policía hallara su rastro. Una de las razones que hacían tan difícil su localización era la disposición de Berlín y sus sectores. Como en la Viena de *El tercer hombre*, la colaboración entre las policías del este y el oeste era inexistente. Berlín era un paraíso para delincuentes como Gladow.

En mayo de 1949, la banda disparó contra el conductor de un BMW y lo mató, robándole luego el coche. En esa ocasión, la policía dio con las huellas de los gánsteres y se dirigió a Friedrichshain, en el Sector Soviético, para detener a Gladow. Tras un tiroteo en el que Gladow fue herido dos veces, lo arrestaron y lo acusaron de 352 delitos, incluidos dos asesinatos y quince intentos de asesinato. Sentado en el banquillo de los acusados, se mostró tan petulante como siempre. Todos los intentos de rebajar la sentencia acogiéndose a su edad fueron rechazados, y Gladow fue decapitado en Fráncfort del Óder el 5 de diciembre de 1950.[33]

N1. Nos hemos comido las joyas en forma de mantequilla, / llevamos las tazas de Meissner por calzado. / Así, el propietario vuelve a recuperar sus antiguas pertenencias / transformadas de los pies a la cabeza.

N2. La Tauschzentrale era una especie de casa de empeños para el intercambio de objetos por dinero o comida: una versión oficial del mercado negro establecida en las cuatro zonas. Se esperaba que su presencia contribuyera a acabar poco a poco con dicho mercado. Por desgracia, sin embargo, la Tauschzentrale nunca llegó a vender comida ni la aceptó como pago de otros objetos.

14

Dedos largos

> A veces afanaba algo, por supuesto; carbón, y ese tipo de cosas. También leña. Hace poco robé incluso una rebanada de pan de una panadería. Fue realmente rápido y sencillo. Agarré, sin más, el pan y me fui andando. Salí tranquilo y no eché a correr hasta que llegué a la esquina. Uno no tiene ya el valor necesario.
>
> HEINRICH BÖLL, «Geschäft ist Geschäft», en *Wanderer, kommst du nach Spal... Erzählungen*, Múnich, 1997, p. 171

El robo no se limitaba ya a los hurtos de la soldadesca, los desplazados o los famélicos alemanes. Gobiernos enteros contribuyeron a saquear Alemania de todo aquello que les apetecía. Podía tratarse de cualquier cosa, como el yate de Göring, el *Karin II*, que acabó en manos de la familia real británica. Una de las prioridades de los soviéticos fue apoderarse de todas las obras de arte importantes que hallaron en la capital. Se trató de una operación planeada al detalle y no de una ocurrencia particular. El máximo ladrón de obras de arte de todos los tiempos fue probablemente Napoleón Bonaparte, y los museos franceses de provincias siguen almacenando obras pictóricas obtenidas durante sus campañas. Los nazis saquearon también objetos de arte a su paso, pero en comparación con el Ejército Rojo resultaron ser unos aficionados. En un primer momento se planeó exponer las obras de arte robadas por las tropas soviéticas en un enorme museo de trofeos de guerra (el equivalente al museo de Hitler en Linz). Sin embargo, debido a un cambio en la opinión pública los rusos decidieron ocultar aquellas obras de arte en galerías especiales cerradas y repartidas por toda la Unión Soviética. Muchas de ellas permanecen escondidas hasta hoy.[N1]

En virtud de una forma de actuar propiamente soviética, muchas de esas obras de arte fueron destruidas durante los combates, y otras tantas desaparecieron por negligencia durante los primeros días de la ocupación. El pillaje no se limitó, ni mucho menos, a Berlín; y dentro de su zona y en los antiguos territorios alemanes cedidos a Rusia y Polonia, los soviéticos consiguieron llevarse unos dos millones y medio de objetos de arte, incluidos ochocientos mil cuadros. Algunos habían sido robados por los nazis.

Especialistas en arte viajaban con el Ejército Rojo a medida que éste conquistaba Alemania y se apoderaban de cualquier objeto de valor. Pero no siempre resultaba tan fácil, pues lo más frecuente era que la soldadesca destruyera las obras de arte en vez de preservarlas. Fiódor Chotinski, por ejemplo, se topó con su primer botín al entrar en una de las casas de un tal conde Pourtalès el 10 de marzo de 1945. Su entusiasmo se mitigó, no obstante, cuando, durante los días siguientes, los soldados hicieron añicos gran parte de la porcelana, derribaron las estatuas y arrancaron los ojos de los retratos pintados al estilo de Rembrandt y Greuze. Y aunque se apostaran soldados para vigilar una colección, los especialistas se encontraban con que al volver, los guardias habían dormido sobre los tapices y utilizado la porcelana para cocinar.[1]

La némesis de esta campaña rusa de obtención de trofeos era el departamento MFAA (Monuments, Fine Arts and Archives; Monumentos, Bellas Artes y Archivos) del ejército de Estados Unidos, que también se llevó obras de arte, incluidos doscientos lienzos encontrados en Berlín, y las puso bajo «custodia». Los americanos planearon en principio embarcar con destino a su país un gran porcentaje de los tesoros artísticos de Alemania. Era una medida apoyada calurosamente por Clay, que deseaba «guardarlos en fideicomiso para el pueblo alemán». En todo aquello había, no obstante, algo más. En la preocupación de Clay por las obras de arte latía un componente de «obtención de trofeos»: el «público americano tiene derecho a ver esos objetos artísticos». Clay se opuso a la devolución de obras del museo berlinés Kaiser Friedrich[N2] hasta que se pudiera encontrar un lugar

donde exponerlas. Al final, el presidente Truman intervino y prometió devolverlas a Alemania.[2]

Esta decisión se debió en parte al capitán Walter Farmer, autor del «Manifiesto de Wiesbaden», que animaba a ministros, senadores y conservadores de museos a protestar contra los criterios oficiales. Las obras de arte que ya habían sido llevadas a Estados Unidos fueron devueltas a Alemania una vez que Clay aprobó oficialmente su restitución en marzo de 1948. Las colecciones prusianas fueron entregadas a Hesse, pues el Estado de Prusia había sido abolido recientemente por la tristemente famosa Ley n.º 46 de febrero de 1947 dictada por el Consejo de Control. La antigua Colección Prusiana del museo Kaiser Friedrich halló un hogar temporal en Wiesbaden. En ella se incluía el famoso busto de la reina Nefertiti. Una gran parte de los tesoros berlineses encontraron cobijo en las torres almenadas de defensa antiaérea, que fueron el regalo más llamativo del nacionalsocialismo a la capital. En una de ellas, la Torre del Zoo, historiadores del arte soviéticos uniformados descubrieron las piezas de oro de Heinrich Schliemann: los tesoros de Troya, protegidos día y noche por el director del Museo de Antigüedades, el doctor Wilhelm Unverzagt. Éste había logrado impedir que los soldados encontraran las codiciadas piezas de oro hasta el 1 de mayo, fecha en que apareció un oficial de rango superior. Entonces dio a conocer los contenidos de las cajas. El oficial apostó centinelas. Pocos días después, el general Bersarin realizó una visita a la torre y aseguró a Unverzagt que los tesoros serían trasladados a un lugar seguro. A finales de mayo, el oro de Schliemann fue cargado en un camión del ejército hacia su destino final: Leningrado.

Unverzagt tenía una última tarea que realizar: supervisar el inventario a medida que las cajas se llenaban con otros tesoros que eran retirados de la torre. El primer convoy partió el 13 de mayo. El 19, el trabajo estaba prácticamente concluido. El 21 supo que los camiones se dirigían al cuartel general del ejército soviético en Karlshorst. La rapidez era fundamental: los Aliados occidentales eran esperados en Berlín de un momento a otro y las autoridades soviéticas no deseaban que los británicos o los americanos las llamaran al orden. Al fin y al cabo, la Torre del Zoo recaería en el Sector

Británico. Los historiadores del arte tuvieron que convencer a los generales de la trascendencia de lo que estaban haciendo. Muchos de aquellos oficiales de alto rango eran *demontázhniki*, sumamente interesados en utilizar sus camiones y vagones de tren para trasladar fábricas enteras junto con cualquier maquinaria pesada que sirviese para reconstruir la economía soviética.[3] Aún había otro problema: la torre antiaérea estaba bajo el control de la Smersh –el Servicio de Inteligencia Militar–, y los especialistas culturales no tenían autorización para retirar de ella ningún objeto. Tenían que ganarse al mariscal Zhúkov, algo que lograron enviando a Andréi Belokopitov –en la vida civil era el director del Teatro de los Artistas de Moscú– a que se entrevistara con él. Zhúkov pensó que la visita guardaría relación con el teatro y recibió cordialmente a Belokopitov. Cuando supo que se refería al tesoro de la torre antiaérea, se enfadó. No obstante, Belokopitov dijo al mariscal: «Si esta colección cae en manos de los americanos, lamentará el error».

Zhúkov mandó llamar a su ayudante, Antipenko. Pasarían por encima de la Smersh: los especialistas culturales disponían de veinticuatro horas para vaciar la Torre del Zoo. Belokopitov terció en la conversación: veinticuatro horas era un plazo demasiado corto, y el tamaño de los objetos demasiado grande. Zhúkov concedió a los especialistas cuarenta y ocho horas y los despidió. Ellos reclutaron entonces un destacamento de unos trescientos zapadores expertos que se dispusieron a desmontar el Altar de Pérgamo. Cargaron también siete mil vasijas griegas, mil ochocientas estatuas, nueve mil piedras preciosas antiguas, seis mil quinientas figuras de terracota y miles de objetos de menor valía. El trabajo más importante estaba concluido a primeros de junio. Cuando llegaron los americanos, les dijeron que el Altar había sido retirado sin daños, pero que algunos relieves egipcios y esculturas romanas se habían hecho añicos, y que un gong chino de bronce había desaparecido rodando escaleras abajo.[4] La pieza del botín de mayor tamaño transportada a Rusia fue el friso del Altar de Pérgamo, un regalo del emperador otomano al emperador Guillermo II como muestra de gratitud por la ayuda de Alemania en la excavación del yacimiento. El Museo de Pérgamo se había construido en torno a él.

La máxima tragedia del saqueo de Berlín fue el incendio en la Torre de Control del parque de Friedrichshain. Aquella enorme construcción de hormigón había sido abandonada por sus defensores el 2 de mayo, y durante los tres días siguientes varios trabajadores extranjeros la registraron en busca, sobre todo, de comida. Sin embargo, había servido como depósito temporal de antigüedades clásicas de los museos de Berlín y cuadros de la galería de pintura. En ella se almacenaban 8.500 objetos de las colecciones de arte clásico, así como 1.500 piezas de vidrio. De los 411 lienzos, 160 eran de maestros italianos –una cuarta parte de la colección–, e incluían obras de Fra Angelico y Luca Signorelli. La escultura italiana estaba representada por la *Virgen con el Niño* de Donatello. Había obras de gran tamaño de Rubens, además de pinturas de Chardin, Zurbarán, Murillo y Reynolds. Una de las obras alemanas más famosas era la *Tafelrunde* de Menzel.

Durante la noche del 5 al 6 de mayo se desató en la Torre de Control un incendio que destruyó algunas de las obras de arte almacenadas en el primer piso. En un principio se atribuyó la autoría del mismo a unos alemanes que buscaban comida, y alguien formuló la teoría aún más disparatada de que los *Werwölfe* habían provocado el incendio. Aun así, fue imposible convencer a los rusos para que la vigilaran, y en algún momento entre los días 7 y 15 se declaró otro incendio que destruyó todo lo que quedaba. El segundo fuego pudo haber sido provocado por ladrones a la caza de obras de arte valiosas, ya que algunos objetos y, al menos, un cuadro aparecieron más tarde en el mercado. Ante la falta de luz en la torre, cabe suponer que prendieron fuego a unos periódicos para ver mejor. Cuando los historiadores de arte visitaron el lugar unos días más tarde, descubrieron que los trabajadores forzosos habían rebuscado ya entre los escombros y se habían llevado fragmentos de vidrio y cerámica. Al contacto con el aire, el mármol se desintegró en las manos de los desesperados especialistas.[5]

A comienzos de julio, los rusos echaron una nueva ojeada a la Torre de Control de Friedrichshain. Se decidió cribar las ruinas para ver si había algo que mereciese la pena recuperar. Los soviéticos llenaron quince baúles de antigüedades hechas pedazos. Uno de los arqueólogos se entusiasmó al ver

una vasija de forma extraña que encontró enterrada en las cenizas, pero tras quitarle el polvo descubrió que tenía entre las manos el proyectil de un lanzagranadas que no había estallado. Los especialistas rusos sabían de la importancia de retirar todos los objetos recuperables de la Torre de Control antes del otoño, pues el aire húmedo destruiría los que quedaran. El gobernador militar de Berlín, el coronel general Gorbátov, escribió a Zhúkov para decírselo, pero los trabajos no comenzaron hasta diciembre. En marzo de 1946 se habían desenterrado unos diez mil objetos, e incluso los americanos de la MFAA consiguieron recuperar unos pocos. En la torre no había, al parecer, ninguna seguridad, o casi ninguna.[6] De los sótanos de la Nueva Ceca se sacaron más antigüedades que habían estado tiradas en charcos de agua, en muchos casos gravemente dañadas. De la Isla de los Museos, los rusos seleccionaron cincuenta y cuatro lienzos de los sótanos, entre otros el *Mayo* de Goya y *Cristo en la cruz* de Ghirlandaio. Todos los tesoros saqueados fueron llevados al castillo de Tresckow, en Friedrichsfelde, o al antiguo matadero para ser enviados a Rusia.

La suerte corrida por Hitler siguió preocupando a los rusos durante muchos meses: ¿había muerto realmente? También los británicos habían iniciado una investigación en la que el historiador Hugh Trevor-Roper recompuso sus últimos días. Los rusos tenían la ventaja de hallarse en posesión de la Cancillería, el búnker y –aunque al principio no lo tuvieron claro– sus huesos. Trevor-Roper no tuvo acceso a ello, aunque el cuadro que dibujó fue esencialmente correcto.[7]

Entretanto, las autoridades soviéticas no estaban de acuerdo respecto a los huesos. Zhúkov había informado a Stalin de que Hitler se había suicidado el 30 de abril. Su cadáver y el de su flamante esposa Eva Braun habían sido desenterrados en el jardín, en el lugar señalado por el almirante Voss. Como los soldados de la Smersh no estaban seguros de tener los cuerpos auténticos, volvieron a enterrarlos, para exhumarlos finalmente el 5 de mayo, fecha en que fueron enviados junto con los cadáveres de los hijos de Goebbels, el del jefe de Estado Mayor, general Krebs, y una pareja de perros, al cuartel general soviético de Berlín-Buch como trofeos importantes. Las autopsias se practicaron al día siguiente. Los oficiales,

preocupados al encontrarse con unas pruebas contradictorias, se mostraron reacios a enviar un informe final sobre la causa de la muerte de Hitler. Las autoridades soviéticas prefirieron la versión de que había ingerido un veneno, una manera cobarde de dejar la vida. Dispararse un tiro era una muerte más valiente, más propia de un soldado.

Cuando, en 1946, los soviéticos lanzaron la Operación Mito para determinar el orden real de los acontecimientos que desembocaron en la muerte de Hitler, se trasladó a Berlín y al búnker a algunos miembros del equipo personal de Hitler para que indicaran los detalles precisos del suicidio y la posterior quema de los cadáveres en el jardín. Los huesos se conservaron de momento en Magdeburgo.[8] Los objetos de la colección personal de Hitler fueron de especial relevancia. Como Stalin quería que sus mejores especialistas se ocuparan de examinar los huesos de Hitler, se dispuso un avión para ellos. El cráneo del Führer se introdujo finalmente en una bolsa de papel y se depositó en los Archivos del Estado. Los cuadros de su colección particular se trasladaron al Matadero.[9] La zona en torno a la Cancillería siguió siendo una zona vedada para los berlineses. Cuando Ruth Friedrich metió la nariz en el patio de honor de la Cancillería en el mes de mayo, vio a un soldado soviético cómodamente arrellanado en un sillón con una ametralladora cruzada sobre sus rodillas.[10]

En el castillo de Sophienhof, cerca de Berlín, unos soldados rusos destruyeron el archivo completo de Wilhelm von Humboldt. Parte de la colección de armas medievales alojada en el Arsenal de Berlín fue destruida cumpliendo órdenes dictadas por las autoridades militares soviéticas. En el Karinhall, la casa que Göring se había construido en el emplazamiento del pabellón de caza del emperador en el Schorfheide, los rusos se entregaron a una orgía de destrucción e hicieron añicos esculturas de Pigalle, Houdon y Boizo utilizándolas para practicar el tiro al blanco. Los cuadros de Emil Nolde –a quien los nazis habían prohibido pintar– escondidos en el hospital de Teupitz fueron pasto de las llamas.[11]

No todo acabó reducido a escombros. En Silesia, unos oficiales rusos se apoderaron encantados de un sinnúmero de aparatos de radio. En las villas de los silesios prósperos se encontraron bibliotecas bien provistas, de las

que se seleccionaron cuarenta mil libros de arte, que fueron enviados al museo Pushkin. En Gleiwitz causó conmoción la apropiación de un considerable número de violines Stradivarius y Amati, hasta que se comprobó que eran falsificaciones. Sin embargo la riqueza de Silesia no radicaba tanto en sus objetos de arte cuanto en la fertilidad de su suelo. Tras localizar una figura de Georg Kolbe, se quedaron con ella. Mientras registraban una finca en busca de botín, los expertos soviéticos en arte encontraron a un grupo de soldados que se disponían a ahorcar a un mono. El animal había sido acusado de levantar la zarpa en ademán de saludo cuando gritaron en broma: «Heil Hitler!». No habían caído en la cuenta de la ironía que suponía la respuesta del simio. Los historiadores del arte rescataron al animal y lo convirtieron en su mascota.[12]

A algunos oficiales soviéticos –en particular el teniente Yevgueni Ludshuveit– se les atribuyó el mérito de haber salvado los palacios de Sanssouci (el de la ciudad había sido destruido en abril por las bombas británicas). La colección de arte de Federico el Grande, sin embargo, marchó rumbo al este y se cree que un oficial ruso rajó con un sable el retrato de Guillermo II pintado por Philip de László.[13] Los rusos consagraron casi todas sus energías en llevarse lo mejor de las colecciones que encontraban a su paso. En el antiguo monasterio cisterciense de Lehnin hallaron almacenadas algunas obras de arte y organizaron su traslado. El primer palacio de Federico el Grande, el castillo de Rheinsberg, fue despojado de sus últimos contenidos, incluidos los dinteles pintados de las puertas. Víktor Lázarev, profesor de historia del arte de la Universidad de Moscú, fue, sin embargo, uno de los que procuraron respetar, en la medida de lo posible, el conjunto arquitectónico. En Potsdam abogó por dejar en su sitio los cuadros, las esculturas, los candelabros y los tapices siempre que hubieran sido concebidos como parte de la obra de arte en conjunto. Para la evacuación de aquellas obras de arte se emplearon nada menos que sesenta mil prisioneros de guerra, que las cargaron en noventa mil vagones de tren.[14]

Berlín no era el único lugar donde abundaban los tesoros artísticos. Los rusos tenían el mando en Sajonia y en gran parte de Turingia, por no

mencionar Pomerania y la próspera ciudad portuaria de Danzig. Los príncipes electores y reyes de Sajonia habían sido grandes coleccionistas, y la Galería de Dresde pasaba por ser uno de los principales museos de arte del mundo. Una parte de la colección había sido almacenada en una cantera en Grosscotta, cerca de Pirna. Entre los cuadros se hallaba la *Madonna de la Sixtina* de Rafael. La historiadora de arte Natalia Sokolova fue la primera que vio los cuadros cuando un alemán abrió la puerta de acceso al depósito.

> En el túnel había un sencillo vagón de mercancías. El alemán me pasó la vela. [Leonid] Rabínovich encendió una lámpara eléctrica. En aquella penumbra se entreveían los marcos dorados de los cuadros, apretadamente embalados. Dirigimos nuestras luces hacia ellos y sentí que me había puesto mortalmente pálida. Delante de mí pude contemplar en toda su envergadura el águila que alzaba en sus garras el *Ganimedes* de Rembrandt. Rabínovich movió con cuidado el cuadro hacia la derecha y apareció otro más.
>
> «¿Lo ve usted?», susurró. «Maravilloso», dijo el alemán. [...] Tenía delante de mí a la *Venus dormida* de Giorgione. [...] A continuación venía el *Autorretrato con Saskia*, de Rembrandt, y un pequeño paisaje plateado de Watteau, una vista de *Dresde* de Canaletto, el *Retrato de mujer vestida de blanco* de Tiziano...

Las condiciones en la cantera eran horribles: hacía frío y había humedad. «Los alemanes habían perdido cualquier derecho moral [sobre los cuadros]. Ahora pertenecían al Ejército Rojo.» Existía el temor de que tuvieran que pelear por ellos con los americanos si no se los llevaban lo antes posible a su punto de recogida en el castillo de Pillnitz. El mariscal Kóniev fue a inspeccionar el botín. También él se sintió impresionado y telegrafió a Stalin para decirle que se había hallado el tesoro.[15]

En el castillo de Weesenstein había un nuevo botín. Allí, los rusos encontraron la colección Koenig, adquirida por el príncipe Juan Jorge de Sajonia, y cuarenta y cinco grabados de Rembrandt que habían pertenecido al industrial y banquero vienés Rudolf Gutmann y estaban reservados para el museo del Führer en Linz. Sólo uno de los grabados había sido sacado de la colección: se pensó que *La novia judía* representaba un asunto demasiado espinoso.[16]

En Pockau-Lengefeld, junto a la frontera checa, en la fortaleza de Königstein se encontraron más cuadros procedentes de la Galería de

Dresde, junto con algunos maestros modernos en una casa de Barnitz. En Meissen se dieron órdenes de reiniciar la producción de la famosa porcelana, cosa que, sin embargo, no fue posible, pues los *demontázhniki* habían arramblado con todo el equipo. Los contenidos del Museo de la Porcelana, así como algunos cuadros valiosos, se hallaban almacenados en el antiguo castillo levantado en lo alto de la colina. En la misma Sajonia, las colecciones más valiosas de Leipzig habían sido depositadas también en salas acorazadas de bancos. En octubre se encontró en el sótano del Friedrich-Tröndlin-Ring casi un centenar de cuadros. Treinta más se hallaron en un banco de la Otto-Schill-Strasse. Los rusos sólo se llevaron un 10%, pero esta fracción sumó, no obstante, más de un centenar de cuadros. Otros cincuenta y dos procedían de Reinhardsbrunn, el palacio de caza de los Coburgo, y del palacio de Dessau. A las pinturas había que sumar bibliotecas enteras de Friedenstein, Gotha y Leipzig que fueron llevadas a la Academia de Ciencias de Moscú junto con las bibliotecas universitarias de Leipzig y Halle.[17]

A comienzos de mayo se había emprendido una búsqueda de los tesoros de Danzig, desaparecidos sin dejar rastro tras el bombardeo artillero de los rusos contra la ciudad vieja. La cacería comenzó en el Arsenal, donde, para localizar su presa, la Brigada del Trofeo tuvo que afrontar el hedor de los cadáveres en descomposición. Al cabo de dos días encontraron el escondite y desenterraron tesoros del ayuntamiento y el museo. Las mejores piezas marcharon a Rusia, y unos cuantos restos fueron entregados al nuevo director polaco del museo. En las ruinas del famoso Artushof buscaron en vano el relieve del San Jorge del siglo XV, ya que había sido destruido por el fuego que siguió al ataque de la artillería. No obstante, en las ruinas de un banco desenterraron la colección de monedas de Marienburg, la fortaleza de los reyes teutónicos.[18]

Las fuerzas soviéticas perpetraron todo tipo de robos. El más común era el pillaje subsiguiente a su llegada, que nunca ha sido evaluado con exactitud. Si se piensa en que casi todas las máquinas de coser, los gramófonos y los aparatos de radio se enviaron al este, sólo cabe describirlo como un saqueo de dimensiones pasmosas. Los batallones del trofeo

llegaban pisando los talones a los soldados, que pescaban todo lo que les llamaba la atención. Hasta el 2 de agosto de 1945 se habían apoderado de 1.280.000 toneladas de material y 3.600.000 de equipamiento. Así esperaban compensar las pérdidas sufridas en la guerra. Oficialmente, afirmaban que los alemanes habían destruido bienes de equipo por valor de 168.000 millones de dólares, pero esta cifra debía de incluir también objetos destruidos por ellos mismos en su retirada.[19]

Los rusos no siempre eran los primeros en llegar. El historiador de arte Paul Ortwin Rave guió a la MFAA hasta Ransbach, donde habían almacenado su vestuario el Teatro y la Ópera del Estado de Berlín, y encontraron los restos de una orgía organizada por trabajadores y prisioneros rusos y polacos; en cuanto sus guardianes alemanes se hubieron marchado, abrieron las cajas y se vistieron con trajes de *Aida* y *Lohengrin*. También dieron con un alijo oculto de champán y coñac. Tras emborracharse, abrieron otras cajas que contenían cuadros de Durero y Holbein, pero al ver las imágenes de los santos huyeron movidos por un temor sagrado. Los americanos se llevaron la presa a Fráncfort, en su zona. Ellos fueron quienes localizaron el tesoro guardado en la mina de sal de Altaussee, y también partes de la colección de Göring, entre ellas las dieciséis cajas que se había llevado el mariscal del Reich con cuadros guardados en el monasterio benedictino de Monte Cassino y que los alemanes habían puesto a salvo antes de que los británicos destruyeran el edificio.[20]

Franz Sayn-Wittgenstein recordaba algunos casos de la codicia de los americanos. Mientras se hallaba en Büdingen, la mansión familiar de su mujer, el gobernador estadounidense de Hesse, Newman, dio órdenes de que se requisaran la plata y los muebles del palacio. Le engañaron engatusándolo con piezas de vajilla y cubertería, que fueron devueltas más tarde. En junio de 1946, Clay rechazó una acusación de pillaje lanzada contra algunos de sus soldados, a quienes se achacaba el robo de seis cuadros.[21] Más fácil de verificar fue la sustracción de las Biblias de Quedlinburg por soldados estadounidenses en Turingia.[22] El comandante de Büdingen era un tal capitán Robinson, que se llevó cinco cuadros de la

Galería Städel de Fráncfort. «Robinson demostró que no era más que un ladrón corriente.» La pista de los cuadros se siguió hasta Holanda, desde donde, con toda probabilidad, fueron embarcados a Estados Unidos. Muchos años después salieron a la venta y la Städel pudo volver a comprarlos.[23] La mayoría de los casos de latrocinio estadounidense se limitaron a pequeños hurtos o al deseo de obtener recuerdos, aunque de vez en cuando se saqueaba alguna tienda en busca de ciertos objetos, como cámaras fotográficas. Los soldados de Estados Unidos sentían por los objetos nazis una pasión sólo igualada por la soldadesca soviética; en este sentido, a medida que avanzaban a través de Alemania, destrozaban los cuarteles de la SS en busca de banderas y esvásticas. Hubo también un caso célebre en el que se juzgó a dos oficiales del Cuerpo Femenino del Ejército por haber robado a la princesa María de Hesse joyas por valor de un millón y medio de dólares, una suma fantástica para la época.[24]

El capitán Frank M. Dunbaugh se llevó los cincuenta mil soldaditos de latón y plomo que constituían el orgullo del Hirtenmuseum de Hersbruck, en Franconia. Representaban los ejércitos que habían ido a la guerra en 1914. En un intento de devolver los soldaditos a su lugar, la ciudad se puso en contacto con el presidente Eisenhower, quien prometió darle su apoyo. Unas quinientas figuras fueron descubiertas en Texas. Cuando se pidió a Dunbaugh una excusa por haberlas «liberado», respondió que lo había hecho para «quitar cualquier encanto posible a la máquina de guerra hitleriana». El robo quedaba justificado así por la directiva JCS 1067. En 1958 se localizaron otros veinte mil soldaditos, que finalmente fueron enviados de vuelta a Hersbruck. El intento de obligar a los americanos a compensar al museo por el resto cayó en saco roto.[25]

No todos los americanos eran ladrones. En Wiesbaden organizaron un Centro de Recogida de cuadros y libros de judíos sustraídos por los nazis. Estaba dirigido por Theodor «Ted» Heinrich, más tarde profesor de arte en la Universidad de Toronto. Los judíos supervivientes podían apuntarse para recuperar allí sus pertenencias. Los americanos encontraron también un caballo rucio muy apreciado que había pertenecido a la reina Guillermina de Holanda y que había sido requisado por los alemanes durante la

ocupación del país. En medio de la confusión del final de la guerra, el caballo había sido entregado a un circo. Los americanos devolvieron el animal a su dueña, quien ordenó ensillarlo para que participara en un desfile. Cuando la música comenzó a sonar, el caballo se enderezó sobre sus patas traseras y empezó a bailar, un truco que había aprendido en el circo. Aquello no divirtió a su majestad, y el caballo fue jubilado.[26] La reina Guillermina podía dar las gracias porque el animal no había acabado devorado por alemanes o desplazados hambrientos. En Múnich, Carl Zuckmayer contaba que unos polacos, tras robar el único cerdo funambulista del mundo, orgullo en otros tiempos del circo ambulante de Althof, lo descuartizaron y se lo comieron. Cuando el dueño intentó impedir que los polacos dieran muerte a su amado cerdo, estuvo a punto de perder también él la vida. Althof había asegurado el cerdo en el extranjero y, al parecer, no recibió compensación por su pérdida.[27]

También los británicos perpetraron algunos actos de latrocinio. En la residencia de los Krupp, la Villa Hügel, una investigación realizada en 1952 dio a conocer que durante la ocupación se habían sustraído bienes por valor de dos millones de marcos. Gran parte de esas propiedades fueron halladas posteriormente en Holanda, donde aguardaban para cruzar el Canal de la Mancha. El máximo escándalo referente a la Zona Británica fue el uso del palacio de Bückeburg, de la familia Schaumburg-Lippe, por la RAF. El iniciador de aquella actividad fue el mariscal de las fuerzas aéreas sir Arthur Coningham, a quien el historiador de arte Ellis Waterhouse comparó con Göring por su codicia. Coningham se llevó del palacio y repartió enormes cantidades de objetos valiosos de plata, muebles y *objets d'art* cuyo rastro se perdió en gran parte en fechas posteriores. El caso motivó la dimisión del gobernador militar, sir Sholto Douglas, mariscal de la RAF.[28]

Los británicos iban a la zaga de rusos y estadounidenses en cuanto al hurto de obras de arte, pero tuvieron su propio modelo de robo organizado en la T-Force, que intentaba encontrar cualquier maravilla industrial ideada bajo el poder nazi y llevársela a Gran Bretaña. Los rusos y los estadounidenses fueron culpables por igual en este terreno pero, a juicio de George Clare, «preferían los inventores a los inventos», mientras que los

británicos andaban escasos de dinero para dar de comer a sus especialistas. En Cuxhaven, sin embargo, aprendieron cuanto pudieron sobre el funcionamiento de las V2 y arramblaron con todo el equipamiento naval alemán que pudieron encontrar. Uno de los objetos que vio Clare en los talleres Askania mientras trabajaba allí en calidad de intérprete fue un prototipo de magnetófono.[29] En enero de 1947, los británicos lanzaron la Operación Matchbox (Caja de cerillas) para atraer a su zona a científicos alemanes, pero su eficacia aún fue menor si cabe que la de los franceses; los americanos se llevaron la mejor tajada.[30] Según dijo un estadounidense, «los británicos y los rusos han agarrado a unos pocos científicos alemanes [...] pero es indudable que nosotros hemos capturado a los mejores».[31]

Los Aliados se apoderaron de hombres y mujeres que por algún motivo consideraban útiles para sus proyectos. So pretexto de acusarlos de haber intentado desarrollar la bomba atómica, la guerra bacteriana, viajes espaciales y misiles guiados, los británicos y los americanos arrestaron a varios físicos nucleares y los llevaron a Inglaterra en una iniciativa ideada como una especie de empresa conjunta.[32] Entre ellos se encontraban Carl Friedrich von Weizsäcker, Otto Hahn, Werner Heisenberg y Max von Laue. Con la excepción de Heisenberg, se les encontró en Hechingen (Württemberg), donde habían estado trabajando con pilas de uranio extraído de las minas de Joachimsthal, en los Sudetes. Heisenberg fue descubierto en el chalé de esquí que su familia tenía en la Alta Baviera. Otros, como Richard Kuhn y Wolfgang Gertner, fueron capturados en Heidelberg. Los británicos atraparon a algunos peces chicos en Hamburgo.

Una vez reunido el equipo, Francia fue el primer destino de sus integrantes. Al principio los llevaron a Reims y Versalles, y luego los alojaron en una villa del suburbio parisino de Le Vésinet. Finalmente se les trasladó a Farm Hall, cerca de Cambridge, donde se descubrió que no tenían nada en común excepto el título de doctor, «con el que puntillosamente se trataban entre ellos».[33] Una vez que los angloamericanos aprendieron todo lo posible sobre el programa nazi para la creación de la bomba atómica, los científicos fueron liberados en Hamburgo y Gotinga, no sin antes advertirles de que no se extraviaran en la Zona Soviética, incluso por su

propia seguridad. Los rusos estaban muy interesados en secuestrar o, simplemente, atraer a científicos y técnicos que pudieran serles útiles. El físico Gustav Herz, distinguido con el premio Nobel, fue enviado a Rusia para que ayudara a los soviéticos a desarrollar armas nucleares. El 21 de octubre, un gran número de trabajadores especializados, técnicos y científicos fueron sacados del país en tren. Las potencias occidentales formularon una débil protesta que los rusos se limitaron a ignorar.[34]

N1. En 1999 un vicedirector del Hermitage de San Petersburgo dijo al autor que los cuadros seguían allí y que estaban en el museo desde el día en que habían llegado desde Alemania. Su devolución no formaba parte de los planes rusos.

N2. El actual Bode-Museum. Se hallaba en el Sector Soviético.

15

«¿Dónde están nuestros hombres?»

> Lo único que sé con seguridad es que los prisioneros de guerra están muriendo de hambre y que en el campo donde tienen que dormir hay una humedad infernal.
>
> ERNST VON SALOMON, *The Answers*, Londres, 1954, p. 423

La condición legal de los prisioneros de guerra alemanes

La historia de los prisioneros de guerra alemanes es confusa, sobre todo porque Occidente, al actuar de forma inhumana, perdió la autoridad moral conseguida al emprender una cruzada ética contra los nazis, pero también porque la República Federal Alemana permitió que quedara envuelta en tinieblas.

Al final de la guerra fueron capturados alrededor de ocho millones de soldados alemanes, que, añadidos a los apresados antes de mayo de 1945, sumaban un total de unos once millones. Eso significaba que todas las familias de Alemania estaban afectadas de un modo u otro y que las mujeres se preguntaban: «¿Dónde están nuestros hombres?».[1] Los Aliados occidentales capturaron a más de siete millones y medio aproximadamente, mientras que el resto cayó en manos del Ejército Rojo. Unos cinco de los once millones fueron liberados al cabo de un año. Sin embargo, un millón y medio nunca regresó a casa, lo que dio lugar a diversas historias sobre su final. Algunos autores han afirmado que murieron en cautividad y que se trató de una medida deliberada aplicada por los Aliados. Las cifras

existentes hablan de «desaparecidos». La Cruz Roja eleva su número a 1.086.000. Un cómputo más fiable sería el de 1.300.000 en el este (incluidas Yugoslavia, Checoslovaquia y Polonia) y unos de cien mil en el oeste.[2]

Los suizos se habían responsabilizado de los prisioneros de guerra alemanes hasta el 8 de mayo de 1945, fecha en que hicieron las maletas, pues los Aliados habían decidido que el Imperio alemán había dejado de existir. El ejército alemán se había «rendido sin condiciones», y los nuevos prisioneros quedaban ahora a merced de sus captores, sin posibilidad de recurrir a la protección de un Estado neutral. Para describir a los soldados recién capturados se crearon dos nuevas expresiones, ajenas a la Convención de Ginebra: «Surrendered Enemy Persons» (SEP; Personas enemigas rendidas) y «Disarmed Enemy Persons» (DEP; Personas enemigas desarmadas). La condición legal de prisionero de guerra, tal como había sido regulada por las convenciones de Ginebra y La Haya, incluía a los 4.200.000 hombres atrapados en la red con anterioridad. Los 3.400.000 restantes apresados en el oeste eran SEP o DEP y no tenían derecho al mismo nivel de prestaciones en cuanto a alojamiento y subsistencia.[3] La Unión Soviética no había rubricado la Convención de Ginebra, por lo que la Cruz Roja nunca tuvo ningún tipo de jurisdicción en aquel país; los cautivos no eran prisioneros de guerra... ni pertenecían a ninguna otra categoría, puestos a ello. Su destino fue objeto a menudo de una total indiferencia por parte de las autoridades soviéticas. El cambio de terminología es significativo. Aquellos hombres habían sido despojados de su condición de combatientes, lo que los exponía a posibles procesos judiciales, medida descartada por las convenciones de Ginebra y de La Haya. Esto presagiaba una forma novedosa de explotación de unas personas a las que se iba a obligar a trabajar. Con la excepción de los americanos, el resto de los Aliados previeron un uso prolongado de mano de obra esclava alemana. La Cruz Roja Internacional tenía derecho a inspeccionar los campos de prisioneros de guerra, mientras que el alambre de espino que cercaba a los SEP o los DEP era impenetrable.[4]

La idea de utilizar a los prisioneros de guerra como esclavos se expuso por vez primera en Moscú en 1943. Los británicos fueron los autores de la propuesta. En Yalta se decidió que a aquellos hombres podía obligárseles a reparar los daños causados a los Aliados en Alemania. Tendrían que ser una «fuerza de trabajo» y serían retenidos por un período indefinido. En ese momento quedó absolutamente claro que debía modificarse su condición legal para eludir de ese modo la Convención de Ginebra. Los británicos fueron de nuevo los más entusiastas; la propuesta se expuso antes de que se conociera todo el horror de los campos de concentración. Además, tendría una ventaja añadida: los británicos podían rehuir otra de las estipulaciones de la Convención, a saber, la exigencia de proporcionarles de dos mil a tres mil calorías diarias. Los británicos se habrían encontrado desde el primer día de paz con enormes problemas para suministrarles esas cantidades, cuyo nivel cayó durante la mayor parte del tiempo por debajo de las 1.500 calorías. Los americanos, más prósperos, se mostraban partidarios de llevar a cabo una rápida desmovilización y atenerse a la Convención de Ginebra.[5] Tampoco había precedentes para el duro trato aplicado a los oficiales de alta graduación. En opinión de los Aliados, los generales alemanes eran cómplices de crímenes de guerra y, en consecuencia, habían perdido sus privilegios habituales. Esto se decidió antes de que se demostrara cualquier crimen. Se levantaron campos para generales en el sur de Gales y en Rusia, y se rumoreó que existía un tercero en las proximidades de Núremberg,[N1] muy cerca del edificio del tribunal.[6] Sin embargo, no se les trató tan mal como a los militares de menor graduación. En Gales, los generales alemanes disfrutaban de unos pocos privilegios, y en la Rusia soviética se les eximió de trabajar.

Fue indignante que los Aliados conspiraran para despojar a los prisioneros de su condición legal. Incluso puede calificarse de escándalo la muerte de un millón y medio debido al mal trato que recibieron. La actitud de los rusos es comprensible, aunque imperdonable: los alemanes habían dado muerte sistemáticamente a tres millones de sus prisioneros rusos.[N2] Pero esto no se puede afirmar de los prisioneros de guerra occidentales. De hecho, el juicio de Malmedy contra los acusados de haber masacrado a

soldados estadounidenses durante la batalla de las Ardenas así como la búsqueda de los asesinos de los cincuenta aviadores británicos que habían intervenido en la gran evasión de un campo de prisioneros de guerra en Silesia, son ejemplos evidentes de lo insólito que era que los alemanes maltrataran a prisioneros americanos y británicos. El hecho de que los estadounidenses procesaran de forma tan implacable a los autores de la muerte de un centenar, aproximadamente, de soldados, mientras permitían que cuarenta mil soldados alemanes murieran de hambre y abandono en los lodazales del Rin, fue un acto inconcebible de hipocresía.

En algunas partes de Europa, la visión de un prisionero de guerra alemán se convirtió en un hecho cotidiano. En Gran Bretaña, aquellas figuras astrosas solían dar pie a actos de generosidad, a pesar de que sólo unos pocos meses antes las ciudades británicas estaban siendo destruidas por las bombas alemanas. En Francia y otros lugares, los trabajadores esclavos alemanes provocaban a veces una reacción muy distinta. La gente no les lanzaba dinero sino ladrillos, piedras y –al menos en un caso– granadas de mano. Los horrores de la guerra estaban aún frescos en el pensamiento de la gente. Muchos habían sido heridos física o emocionalmente. «¿Qué importaba el hambre, el sufrimiento, la enfermedad o la muerte de un prisionero de guerra alemán?» En Rusia, este sentimiento debió de hallarse especialmente extendido.[7]

Otra novedad fue la cesión de prisioneros a terceras potencias. Los angloamericanos entregaron alrededor de un millón de soldados alemanes a los franceses para que ayudaran a reconstruir su país. Los belgas recibieron treinta mil de los americanos, y otros treinta y cuatro mil de los británicos; los holandeses obtuvieron diez mil, y los luxemburgueses cinco mil.[8] La Unión Soviética entregó unos ochenta mil alemanes a los polacos, que condenaron a la horca a algunos de ellos hasta la tardía fecha de 1953. Los alemanes trabajaron en las minas, molinos y fábricas de Europa; construyeron carreteras y realizaron trabajos domésticos en Francia, Polonia y Yugoslavia. En Gran Bretaña cosecharon patatas y nabos. Hubo soldados alemanes presos en unos veinte países de todo el mundo.

Los que quedaron en suelo alemán después del verano de 1945 fueron tan sólo una pequeña parte de la cifra total de prisioneros de guerra. Los americanos, por ejemplo, emplearon sus campos de Alemania para presos políticos y para quienes estaban a la espera de juicio o desnazificación; como los británicos y los rusos, que solían utilizar los antiguos campos de concentración para albergar a los prisioneros. Los soldados de Estados Unidos disponían habitualmente de un alojamiento aceptable en los barracones vecinos de la SS. Cualquier intento de alimentar a los presos por parte de la población civil alemana podía ser castigado con la pena de muerte. La cifra de soldados alemanes que murieron de hambre sigue siendo un enigma. La gente no tardó en comparar las condiciones existentes en los campos americanos y franceses con las de los campos de concentración nazis. El psicoanalista Alexander Mitscherlich, que atendió a antiguos prisioneros de guerra, supo que éstos tendían a compararse con las víctimas de Hitler y a acusar a los Aliados de hipocresía cuando hablaban de las atrocidades que habían cometido los alemanes.[9]

El 10 de diciembre de 1946, el diligente cardenal Frings (que había recibido el capelo cardenalicio el año anterior) entregó en Berlín una petición al Consejo de Control. Diez millones de personas habían solicitado la liberación de los prisioneros de guerra, los *Kriegsgefangene*. En la Conferencia de Moscú de 1947 se decidió que los Aliados enviarían a todos los prisioneros a su país a finales de 1948. En ese momento, los soviéticos reconocieron que retenían a 890.532 (aunque la cifra auténtica se hallaba quizá más cerca de los tres millones), y los franceses a 631.483; había 435.295 bajo control británico, 300.000 en los Balcanes, 54.000 en Bélgica, 30.976 en poder de los americanos y 10.000 en Holanda.[10] A mediados de 1948, el número de prisioneros de guerra que aún no habían regresado rondaba el millón. El retorno fue acordado por los Aliados occidentales, los checos y los yugoslavos (que seguidamente incumplieron el acuerdo), pero no por los rusos y los polacos. Aquella fecha de Navidad de 1948 determinó la categoría de los prisioneros desde el punto de vista de los alemanes: un *Spätheimkehrer* («retornado tardío») era la persona liberada entre 1949 y 1950. Un *Spätestheimkehrer* («retornado de último momento») habría

regresado entre 1950 y 1956.[11] En 1979 se creía que aún quedaban 72.000 prisioneros vivos detenidos, principalmente por los rusos.[12]

Adenauer fue el primer político alemán que planteó abiertamente el problema, en 1950. En un discurso ante el Bundestag pidió que se pusiera fin al cruel trato dado por Francia a sus prisioneros de guerra alemanes, y consiguió, de hecho, que todos regresaran a casa. El canciller alemán nombró también en particular a los yugoslavos y añadió que era horrible que varios cientos de miles de hombres, mujeres y niños alemanes siguieran todavía en Rusia y Polonia cinco años y medio después del fin de los combates. No se le ocurría ninguna situación histórica equiparable a aquella «fría crueldad». Pero ni siquiera sus duras palabras lograron la entrega de todos los prisioneros. Hubo que esperar a la visita de Adenauer a Moscú a finales de 1956 para que la casi totalidad de los últimos supervivientes volvieran a casa.[13]

Los sucesores de Adenauer fueron más pusilánimes. En 1957, la República Federal encargó un estudio académico de amplio alcance sobre el trato dado a los prisioneros de guerra alemanes. El proyecto incluyó 15 estudios distintos en 22 volúmenes. La obra estuvo concluida a mediados de la década de 1970. Sin embargo, Bonn había cambiado de parecer para entonces. Era el tiempo de la *Ostpolitik* de Willy Brandt –un intento de darse la mano a través del telón de acero–, la etapa en que Occidente reconoció por primera vez la línea Óder-Neisse. Se temía que la publicación de una obra de aquel tipo alterara las relaciones con Rusia y Polonia. En los textos no se citaron nombres, y una gran parte del material fue devuelto a los archivos. Los libros se publicaron sin armar revuelo, y únicamente para «uso oficial». Sólo se imprimieron 431 ejemplares: 391 para la República Federal y 40 para el extranjero. La República Federal de Alemania dejó claro a todos los destinatarios que debían poner dificultades para acceder a los libros.[14] [N3]

Este apocamiento por parte del gobierno de Bonn añadió leña al fuego. En 1989, el periodista canadiense James Bacque publicó *Other Losses* [Otras pérdidas], donde afirmaba que los franceses y los americanos habían dado muerte a un millón de prisioneros de guerra. La obra recibió el

calificativo de «especulación monstruosa»[15] y fue desacreditada por un historiador estadounidense que la consideró una «tesis absurda».[16] El libro de Bacque reprodujo algunos dibujos evocadores de los *Rheinwiesenlager* («Campos de las praderas del Rin») y afirmó que en Rheinberg morían a diario de treinta a cuarenta alemanes, un dato que probablemente era cierto.[17] [N4] El problema radicaba en parte en el escaso cuidado que prestaban los Aliados occidentales al registro de los prisioneros y en la destrucción de los archivos de la Wehrmacht. El traslado de prisioneros de guerra de una nación a otra con frecuencia conllevaba un doble recuento. La cifra final de muertes jamás se conocerá, pero desde la publicación del libro de Bacque se ha demostrado que el autor interpretó erróneamente la expresión «other losses» [otras pérdidas] de las estadísticas de los Aliados en el sentido de «muertes», cuando en realidad se trataba de una referencia indirecta a los prisioneros que por algún motivo no resultaban ya de interés para los estadísticos: fallecidos, sí, pero también desertores, miembros de la milicia popular creada en los últimos días del Reich y otras categorías de personas que fueron liberadas sin haber obtenido una absolución formal.[18]

La pista falsa ofrecida por Bacque tuvo, sin embargo, un resultado positivo en tanto indicaba que los rusos no fueron los únicos que dieron muerte a prisioneros de guerra. Ellos siguieron siendo los peores y ocuparon el primer puesto, pero ¿quiénes fueron los segundos? Los yugoslavos acabaron nada menos que con la vida de ochenta mil prisioneros de guerra, lo cual, habida cuenta de su cifra de partida, los sitúa forzosamente en segundo lugar. De los alemanes detenidos por los franceses murió alrededor de un 2,5 %, cifra proporcionalmente superior a la que se cobraron los americanos.

Los campos estadounidenses

Los americanos cumplieron su promesa de liberar pronto a los prisioneros. La idea del trabajo esclavo no gozaba de popularidad entre sus sindicatos. Los hombres y mujeres de más de cincuenta años fueron liberados en junio,

y a finales de julio de 1945 los americanos soltaron a bombo y platillos a dos millones de presos. Algunos regresaron a sus casas triunfalmente, como los doce mil prisioneros llegados de Austria.[19] La realidad para otro millón y medio de personas fue, sin embargo, algo muy distinto a lo que uno entiende por libertad, pues no tardaron en ser «prestados» a otras potencias, como Francia y el Reino Unido.[20] Los americanos ofrecieron incluso algunos a los rusos, quienes los rechazaron, pues ya tenían bastantes.[21] Se retuvo a muchos miembros de la SS para que colaboraran en investigaciones ulteriores. Más tarde se permitió volver a casa a los «grises», o miembros de la Waffen-SS, mientras que los de las unidades de «negros», o Totenkopf, fueron llevados a juicio. El número de muertes en el continente americano fue bajo: 491, entre ellas 72 suicidios, 7 asesinatos, 14 ejecuciones y 70 accidentes mortales.[22]

Los primeros *Kriegsgefangene* habían sido enviados a Estados Unidos durante la guerra. Uno de ellos era Kurt Glaser, que estuvo en un gran campo para prisioneros en Texas. Los internos trabajaban en las fábricas cercanas, donde su condición era similar a la de los negros locales. La comida era correcta, y, al hallarse en Estados Unidos, a menudo se les proyectaban películas. No mucho tiempo después de la guerra, un hombre que hablaba alemán con acento de Fráncfort fue a interrogar a Glaser. Le preguntó cómo le había ido con el nacionalsocialismo. Glaser respondió: «Nicht schlecht» (No mal). Seguidamente vio al interrogador trazar un círculo en torno a la palabra «Nazi» en su cuestionario. Los «nazis» inveterados como Glaser tuvieron una nueva dieta de propaganda. Se le obligó a ver una película titulada *Deutschland, erwache!* («¡Despierta, Alemania!», título de una antigua canción nazi). Trataba de Belsen y Buchenwald. Glaser fue embarcado con destino a Gran Bretaña en julio de 1946.[23]

Otro informe relata una historia similar de un prisionero amante de las letras en un campo estadounidense. Las noticias que le llegaron el 6 de mayo de 1945 le llevaron a citar unas líneas de Thomas Mann:

> El destino del nacionalsocialismo, el monstruo más repulsivo de nuestro tiempo, se ha cumplido. Si su agonía se hubiera limitado a él y no hubiese afectado al mismo tiempo a una nación grande y desafortunada, que ahora hace penitencia por haberse dejado fascinar, podríamos observar, quizá, la catástrofe con fría satisfacción en nombre del derecho y la necesidad.[24]

Cuando no trabajaba junto con negros sureños, la vida de nuestro prisionero estaba sometida a una dieta de películas. El 9 de mayo pudo ver las celebraciones que señalaron el final de la guerra mientras su estómago rugía. El consumo de los internos era de 2.000 calorías diarias, aunque el de las cuadrillas de trabajo iba de 3.500 a 4.000. Al cabo de unos pocos meses aprendería a apreciar lo que había tenido. En vez de la dieta cinematográfica habitual de westerns rodados en Hollywood, el prisionero tuvo que ver cada vez más escritos de propaganda. Conoció nuevos nombres además del de Dachau (Buchenwald le resultaba desconocido). Y llegó a la conclusión de que todo aquello era «una *Kulturschande* de primera categoría, pero ¿qué puedo hacer yo? Soy alemán y comparto la culpa». El prisionero fue obligado a contemplar las fotografías de «sus» víctimas bajo la atenta vigilancia de un guardia con una porra. Mientras hojeaba las pruebas del crimen alemán pensó que necesitaba poner expresión de «conciencia de culpa». Luego, firmó en una lista donde se consignaba, a pesar de todo, que sí había tenido conocimiento de Buchenwald:[25] [N5] cualquier cosa con tal de quitárselos de encima.

Los campos estadounidenses de peor fama para prisioneros de guerra fueron los llamados *Rheinwiesenlager*. Cuando se clausuraron, algunos de los prisioneros fueron transferidos al campo de Mons, en Bélgica y pudieron hablar a sus compatriotas de sus condiciones de vida. Habían sido trasladados a áreas extensas y abiertas a las orillas del Rin descritas como «zonas de concentración», o PWTE (Prisoner of War Temporary Enclosures; Recintos temporales para prisioneros de guerra).[26] Los americanos les habían quemado el equipo de campaña, de modo que no tenían nada con qué protegerse de la inclemencia de los elementos. Los meses de abril y mayo de 1945 fueron especialmente fríos y húmedos y nevó mucho. Los soldados se vieron obligados a soportarlo a la intemperie, sin tiendas:

> Muchos excavaban agujeros en la tierra con una cuchara o una lata, o con lo que tuvieran a mano, pero la lluvia constante reblandecía el terreno, los fosos se derrumbaban cada noche y las personas que habían buscado protegerse de los elementos quedaban sepultadas. No pasaba una sola noche que no fuera testigo de la muerte de varios hombres en las praderas.[27]

Los prisioneros de Mons tuvieron conocimiento de los dos campos más infames: el de Rheinberg y el de Büderich. En su momento álgido, el primero acogió a noventa mil hombres. Büderich, con setenta y siete mil, era un poco más pequeño. Si se suman los doce campos instalados junto al Rin y el Nahe entre mayo y julio de 1945, el número de internos rondó el millón de hombres. Los campos se extendían desde Düsseldorf, en el norte, hasta Mannheim, en el sur, con una concentración máxima entre Coblenza y Maguncia. En Bad Kreuznach, a orillas del Nahe, se dijo a veces que el campo estaba ubicado en el Galgenberg, o «Monte de la horca», aunque lo más probable era que se hallara entre la línea del ferrocarril y el río. El campo de Remagen ocupaba una extensión de cinco por cuatro kilómetros a orillas del río. Los campos de Remagen y Sinzig acogían de dos mil a cuatrocientos mil prisioneros. Los americanos abandonaron los campos en julio. Gran Bretaña recibió Rheinberg, Büderich y Wickramberg, y los franceses Bad-Kreuznach-Bretzenheim, Sinzig, Andernach y Coblenza. Los demás siguieron, en cualquier caso, en la Zona Estadounidense.[28]

Para recibir sus raciones, los hombres debían recorrer un pasillo embarrado y resbaladizo. Se les arrojaban dos latas. Los que se caían al intentar atraparlas eran golpeados con porras. Alguien a quien pillaron robando comida fue obligado a comer hasta vomitar. En otra ocasión, el ratero tuvo que comer todo lo que había robado cubierto de azúcar. Los prisioneros evaluaban los méritos de los distintos Aliados: «En general, era mejor estar con los ingleses». Ello les garantizaba un «trato más correcto».[29]

Los campos de las Praderas del Rin estuvieron en funcionamiento de febrero a julio, y las peores atrocidades concluyeron con la guerra, en el mes de mayo. Las latas, conseguidas con grandes esfuerzos, no bastaban (para los prisioneros se trataba de «campos de hambre»). El escritor John

Dos Passos, a quien mostraron los campos en una gira, llegó a la conclusión de que se estaba dejando morir de hambre a los alemanes deliberadamente. Los guardas les robaban también sistemáticamente sus relojes, sus cámaras y cualquier recuerdo nazi del que se encapricharan. En el momento de llegar se les quitaba todo cuanto llevaban encima. En aquellas circunstancias los prisioneros demostraron su capacidad para buscar recursos. Los DEP –como se les llamaba allí– tenían prohibido escribir cartas pero, no obstante, se desarrolló un servicio postal. Un prisionero cortaba el alambre y escapaba con el correo. Recogía suministros y volvía a introducirse a través de la alambrada.[30]

Ha sido difícil hacer una estimación fiable del número de alemanes que murieron en el barro del Rin. Las cifras estadounidenses no cuentan siquiera las sepulturas de los cementerios locales. Los americanos admiten 2.310 hasta finales de mayo, y 5.912 hasta julio. El cómputo alemán asciende a 32.000. Las tumbas indican que unos dos mil prisioneros murieron a la sombra de los viñedos de Bad Kreuznach; los americanos admiten sólo algo más de la mitad de esa cifra. En Rheinberg, donde 140.000 alemanes vivieron apretujados en mil hectáreas de lodazal durante los meses en que estuvo abierto el campo, los cálculos oficiales dan razón de 438 muertes. Ahora, tras el descubrimiento de fosas comunes dentro del campo, la cifra real puede situarse entre dos y tres mil. Hoy en día, sin embargo, se cree que el número total de muertos en las Praderas del Rin ascendió a cuarenta mil.[31]

El cuadro se complica por el hecho de que los americanos pudieron haber liberado pronto a todos sus prisioneros de la Wehrmacht –o habérselos prestado a otros–, pero esta norma no se aplicó a los miembros de la SS y a los prisioneros políticos. Éstos entraban en la categoría de AA (Automatic Arrests; Detenciones automáticas). Un prisionero de guerra o un DEP podía ser liberado y detenido de nuevo automáticamente si resultaba sospechoso de ser nazi o miembro de la SS. Los estadounidenses mantuvieron campos para un millón y medio de esta categoría de personas.[32] Además de los AA estaban los ST (Security Threats; Amenazas para la seguridad), pertenecientes a la Gestapo o al *Sicherheitsdienst*, los BL

(Black-Listed; incluidos en Listas Negras) y los WC (War Criminals; Criminales de guerra).[33] En Ebensee (Austria), una de las dependencias más aterradoras de Mauthausen en fechas no tan lejanas, se hallaban 44.000 hombres de la SS cercados por alambre de espino y vigilados por antiguos internos polacos de campos de concentración.[34]

Los americanos creían tener argumentos para procesar al escritor Ernst von Salomon, quien nos cuenta cómo se sentía uno al ser acusado. Fueron a buscarlo a las seis de la mañana a su casa de Siegsdorf, cerca de Salzburgo, donde vivía con su amante Ille Gotthelft. Dos hombres, apellidados Murphy y Sullivan, le comunicaron que iba a ser interrogado al otro lado de la frontera, en Kitzbühel. Según le comentaron, aquello se debía a su condición de «nazi importante». Cuando Ille protestó alegando que era judía, se la llevaron también consigo. Aunque aquellos dos hombres no supieran en el momento de su llegada quién era Salomon, podrían haberlo deducido cuando pasaron entre los libros de su despacho de trabajo. Evidentemente, daban por supuesto que sólo un nazi podía haber estado implicado en la muerte del judío Walther Rathenau, ministro de Asuntos Exteriores, en 1922. Las protestas de la amante del escritor debieron de juzgarlas, en el mejor de los casos, no pertinentes; y en el peor, una mentira. Ille Gotthelft tuvo que sufrir por su temeridad y no fue liberada hasta que estuvo a las puertas de la muerte por una enfermedad.

Cuando llegaron a Kitzbühel, los encerraron en el calabozo de la localidad. Salomon adoptó una actitud filosófica. En sus años mozos había visto varias cárceles por dentro, pero le preocupaba la suerte de su amante, que había logrado sobrevivir al Tercer Reich sin ser encarcelada y ahora estaba siendo sometida por los norteamericanos a aquella indignidad. La prisión de Kitzbühel estaba llena de funcionarios del Partido a quienes se apaleaba habitualmente durante los interrogatorios hasta causarles hematomas. Si Salomon estaba en lo cierto, existía la norma de darles una soberana paliza antes de devolverlos a sus celdas. El escritor no fue interrogado en la prisión sino trasladado al cuartel general del ejército de Estados Unidos en la ciudad. «En ese momento descubrí –dice Salomon– que se trataba de una operación americana al estilo de la Gestapo.»[35] Fue

interrogado por una persona que hablaba alemán y que le reveló que sus padres eran artistas en Dresde y miembros del Partido. Se negaba a creer que Salomon no lo había sido. Lo sabía todo sobre el asesinato de Rathenau: «¡Ha tenido suerte al no haber intentado ocultarlo!». «Mi querido señor, he escrito libros *así* de gordos sobre ese asunto.»[36]

Las respuestas de Salomon no fueron suficientemente satisfactorias. En consecuencia, tanto Ille como él fueron introducidos en un camión y conducidos a un campo de internamiento que Salomon llama «Natternberg», situado en la Baja Baviera. De camino allí recogieron a otros «nazis importantes», como un tal señor Allin, arrestado por haber afirmado en una conversación privada con un amigo en un café de Kufstein que Polonia había iniciado la guerra.[37] Cuando llegaron al campo, atravesaron las puertas entre gritos de: «Mak snell» [sic] por: «Mach schnell», «¡Deprisa!», y se les obligó a formar. Tras pronunciar sus nombres, se les arrojaba de uno en uno a un barracón, se les golpeaba con las culatas de los fusiles y, después de ser desnudados, se les propinaban patadas y puñetazos en la ingle mientras unos soldados estadounidenses luchaban en el exterior por hacerse un sitio en las ventanas. Ni el hecho de ser un autor aclamado internacionalmente le libró de recibir un mejor trato. El oficial sentado a la mesa, el teniente «Baybee», le gritó: «¡Eres un nazi!». Salomon volvió a negarlo. Y lo golpearon hasta hacerle saltar varios dientes.[38]

Su amante fue llamada al barracón. Desde el lugar donde se hallaba, Salomon podía ver cómo los soldados se empujaban unos a otros para disfrutar de un sitio en la ventana. La habían obligado a desnudarse y sometido a un cacheo íntimo para asegurarse de que no ocultaba nada. La paliza era el preludio de una dolorosa experiencia que a veces se prolongaba durante meses, y en algunos casos años. No había excepciones, ni siquiera los generales eran inmunes, aunque un *Standartenführer* de la SS que había «resuelto el problema judío» en Hungría con singular eficiencia fue tratado con respeto y eximido de las palizas habituales. Se sabía que el maltrato físico cesaba una vez que un prisionero era clasificado como «criminal de guerra». Las altas autoridades judiciales habrían podido

enterarse de cualquier paliza. Esa clase de trato más severo se reservaba para aquellos a quienes los americanos consideraban gente sin importancia o indefensa, no para Göring o Ribbentrop. En torno al tribunal de Núremberg pululaban demasiados periodistas.

El trato era menos brutal en el caso de los soldados rasos, aunque podía ser igualmente funesto. Hans Johnert fue hecho prisionero por un soldado estadounidense el 9 de abril de 1945. El soldado le quitó el reloj y le tiró el plato: «Kriegst du alles neu!» (¡Ya te darán otros nuevos!). Fue llevado a la ciudad balneario bávara de Bad Kissingen y le dieron una lata de alubias con tropezones de carne. Luego lo trasladaron a los cuarteles de zapadores de Worms, donde le desaparecieron los guantes. Había allí de treinta mil a cuarenta mil prisioneros sentados en el patio empujándose para hacerse un hueco. Al no tener protección contra la lluvia, se congelaban. De Worms partieron a Francia. Cuando su convoy pisó suelo francés, los civiles les lanzaron piedras y trozos de carbón. Un guardia negro tuvo que efectuar varios disparos para mantenerlos a raya.[39]

Volviendo a Natternberg, ya entre rejas, la violencia se redujo pero no desapareció. Un día memorable, los prisioneros tuvieron que recorrer un pasillo de dos filas de hombres que los golpeaban (un castigo que, en su tiempo, le había valido a Prusia una mala reputación). Los prisioneros eran llamados por orden alfabético. Los americanos formaban dos filas, y los hombres corrían entre ellas mientras les llovían los golpes de las porras de goma. Salomon observó que los mayores recibían las peores palizas porque se movían más despacio. La persona más temida por su brutalidad fue nuevamente un sargento polaco que se hallaba en medio de una de las filas. Cuando se llamó a la letra L, le tocó el turno a Hanns Ludin, embajador de Hitler en Eslovaquia. Ludin estaba resuelto a beber el cáliz hasta las heces y caminó despacio entre las filas.

> Cuando llegó a la altura del sargento polaco, perdió uno de sus zuecos. Dio media vuelta, y con el pie descalzo pescó el zueco que había perdido. El sargento corrió tras él golpeándolo y se le escapó la porra de goma. Ludin se agachó, la recogió y se la entregó.[40]

El maltrato físico a los internos no concluyó hasta que el general Patton envió a un coronel a inspeccionar el campo. A continuación, los prisioneros recibieron raciones adecuadas y tratamiento médico. La violencia anterior era atribuible a la directiva JCS 1067, y en última instancia a Morgenthau.[41]

El escritor registra un cúmulo de casos de robos y afirma que los americanos tenían un interés especial por la porcelana. «Baybee» ordenaba que le llevaran mujeres a su barracón, a las que sobornaba con comida, bebida y cigarrillos para que se acostaran con él. La vida en el campo tenía una faceta más ligera que se desarrolló con el tiempo: cabarets, conciertos, actuaciones de ópera, conferencias abstrusas y hasta teatro. El director de las obras teatrales era Salomon. El prisionero más destacado era el conde Lutz Schwerin von Krosigk. Había sido trasladado desde Hersbruck. Schwerin von Krosigk llevaba mucho tiempo encarcelado desde que salió de Flensburg, y aún iba a seguir en prisión durante un largo período.

De Mondorf les Bains había sido trasladado a Oberursel, un lugar que los prisioneros denominaban «Alaska» debido a lo frío e inhóspito del lugar. Allí había conocido a la piloto Hanna Reitsch, así como a Percy Schramm, el historiador militar. Los internos recibían el nombre de «ghandis» por su aspecto escuálido. Durante su primera estancia en Langwasser, en Núremberg, Von Krosigk mantuvo una relación de amistad con el general austriaco Glaise von Horstenau hasta que éste se suicidó. Luego llegó a Plattling, donde se hallaba Salomon en aquel momento, y al que pudo ponerle al corrriente del trato que le habían dispensado los británicos en Flensburg.[42] Salomon, como es obvio, admiraba al igual que otros muchos a Schwerin von Krosigk. El antiguo ministro se convirtió en un apologista del régimen en una serie de conferencias pronunciadas ante otros prisioneros.

> Hablaba como un profesor de historia, con una voz reposada, agradable, cuidadosa y muy educada, y cada una de sus frases era redonda y meditada. Cubría toda aquella desdichada historia desde el día en que entró a formar parte del gabinete de Brüning[N6] como ministro hasta el atroz final.[43]

De Plattling, Schwerin von Krosigk fue trasladado a Ludwigsburg, donde volvió a relacionarse con su primo Bodo von Alvensleben, quien fuera presidente del Herrenklub de Berlín. El Herrenklub era el club más aristocrático de la ciudad, y Franz von Papen había sido miembro del mismo. Fue en el Herrenklub donde se decidió que Hitler fuera canciller: aquellos distinguidos caballeros pensaban que podrían controlarlo. Alvensleben bromeaba diciendo que debía su internamiento en Ludwigsburg a que era abuelo de Hitler: él había dado paso a Von Papen, que a su vez había dado paso a Hitler. La siguiente estación de Schwerin von Krosigk fue Dachau, antes de ser devuelto a Alaska. Durante su estancia en Dachau supo que los polacos habían exigido su extradición pues, siendo ministro de Hacienda, había introducido los impuestos del Reich en Polonia.[44] A continuación, los americanos lo trasladaron a Núremberg para someterlo a juicio.

Otro alemán distinguido que languidecía en un campo para prisioneros de guerra era Carl Schmitt (que no debe confundirse con el político conservador de la posguerra Carlo Schmid), conocido en otros tiempos como «el máximo jurista del Tercer Reich», aunque cayó en desgracia antes de la guerra y de la puesta en práctica de la Solución Final. Los americanos lo habían encerrado y ardían en deseos de procesarlo en Núremberg. Schmitt fue interrogado y no fue liberado hasta 1947.[45]

El final de la prueba a la que fue sometido Salomon fue el campo de Langwasser, ubicado en los edificios inconclusos de la Conferencia del Partido Nazi en Núremberg. Los prisioneros fueron trasladados a golpes de Plattling al tren. Salomon se protegió con un fardo de mantas, pero hubo quien no fue tan afortunado:

> Delante de mí cayó un anciano; le quitaron la gorra de la cabeza y reconocí a aquel hombre mayor de pelo blanco, director de la orquesta de Bayreuth: el profesor Reinhardt. Los americanos lo golpeaban, pero otros dos soldados se adelantaron y le ayudaron a ponerse de pie. «Eso significa que entre ellos hay individuos decentes», pensé para mí. Luego vi que los dos soldados de buen corazón cortaban la cuerda con la que el profesor había atado su violín en lo alto de su paquete. La carretera tenía varios kilómetros.[46]

Franz von Papen fue otro de los internos en Langwasser. Tras haber sido sentenciado a ocho años de trabajos forzados, marchó directamente del tribunal a un hospital de Fürth. Cuando el hospital se cerró, fue enviado a Garmisch-Partenkirchen y, luego, a Rastisbona. Mientras estaba allí fue atacado en el lavadero por un hombre de la SS que lo golpeó hasta hacerle sangrar, fracturándole la nariz y la mandíbula y abriéndole los labios y las cejas. Un cirujano, también prisionero, le suturó las heridas. Papen sostiene haber sido seleccionado para recibir un trato especial. Para entonces se había convencido de cuál era el mejor modo de salir: solicitar una reducción de condena en vez de un nuevo juicio, que podría haber durado años.[47]

Una vez en Langwasser, los prisioneros volvieron a pasar hambre. Cerca había una cocina del ejército, y cuando el viento soplaba en la dirección correcta llegaba un delicioso aroma a frutos secos. De vez en cuando, los cocineros pasaban algo de tapadillo; eran «soldados negros, muchachos de buen carácter, con quienes los SS se llevaban muy bien. "Tú, de segunda clase; yo, de segunda clase", solían decir, y nos daban comida siempre que se atrevían a hacerlo». Albert Speer dio fe de la especial amabilidad de los guardias negros estadounidenses en Núremberg.[48] Langwasser acogía a todos los nazis y generales importantes a la espera de ser juzgados en Núremberg. Firmaban en un «libro de oro» procedente del teatro de la localidad. Salomon se fijó en algunos otros nombres: Schwerin von Krosigk, que había escrito algo en latín o griego, y los mariscales de campo Von Manstein («El Reich debe perdurar para nosotros...») y Von Brauchitsch («Que el Sol brille en tu corazón, tanto si nieva como si graniza...»). Fue la señal para la liberación de Salomon. La orden iba encabezada con la siguiente frase: «Asunto: Liberación de detenidos por error».[49]

Los campos descritos por Salomon no eran un producto de su imaginación. En la primavera de 1946, la antigua sucursal del campo de concentración de Plattling albergaba a 2.786 internos y 1.464 extranjeros de once nacionalidades; Langwasser era mucho mayor: 11.761 alemanes y 1.389 extranjeros del mismo número de países. Salomon decidió disimular por alguna razón el nombre de su primer campo. Es casi seguro que se

trataba de Auerbach, en un extremo de Deggendorf, que acogía a 10.488 prisioneros y 238 extranjeros, además de tener una sección para mujeres.[50] Otro campo tristemente famoso fue Zuffenhausen, cerca de Ludwigsburg, en Württemberg. Otto Kumm, el último comandante del *Leibstandarte* Adolf Hitler, recordaba las condiciones reinantes: no había una comida digna de tal nombre, las camas eran tablones, «algunos de nosotros estábamos tan desnutridos que apenas podíamos ponernos de pie». Durante meses, la comida consistió en una sopa de nabos, y la cena en media patata. «Recogían deliberadamente comida en montones fuera de la alambrada y la quemaban una vez al mes ante nuestros ojos.»[51]

El largo brazo del castigo americano no perdonaba a nadie, ni siquiera a los príncipes. Uno de los que se quebraron anímicamente en unas instalaciones estadounidenses fue Augustus William, o «Auwi», el hijo nazi del emperador. Había sido retenido como prisionero en la casa a la que se había retirado su abuela, la emperatriz Victoria de Gran Bretaña, en Kronberg, cerca de Fráncfort del Meno. Auwi se hallaba en un estado lamentable, pero no había medicamentos para tratarlo. Los americanos lo arrastraron por treinta y tres campos y prisiones, donde durmió en el suelo, y le denegaron incluso una Biblia para leer. Su hermana, la princesa Victoria, lo visitó en un campo próximo a Stuttgart. Lo encontró sentado frente a un barracón, extremadamente delgado. Victoria consiguió visitarlo otra vez con motivo de un robo perpetrado en Kronberg –una parte del botín había sido descubierta en Estados Unidos–, ya que se requería a Auwi para que hiciera una declaración de los objetos que faltaban. Tras ser liberado pasó una breve temporada en Langenburg, uno de los castillos propiedad de los Hohenlohe, y, a falta de otro lugar donde sepultar a un príncipe prusiano, fue enterrado allí, en el mausoleo de la familia Hohenlohe.[52]

Otro prisionero prominente de los americanos fue el príncipe Felipe de Hesse. Felipe había sufrido ya considerablemente. Hitler había ordenado su arresto tras la caída de Mussolini en 1943 y fue encarcelado en Flossenbürg, en el Bajo Palatinado. Su esposa, Mafalda, hija del rey de Italia, fue enviada a Buchenwald, donde murió a causa de las heridas sufridas en una incursión aérea de los Aliados. Felipe fue liberado en el Tirol meridional junto con

otros prisioneros importantes en abril de 1945, pero los americanos no habían acabado aún con él. Había sido miembro del Partido Nazi y de la SA en fechas tempranas y presidente nazi de Hesse-Nassau. Antes de soltarlo, el día de Año Nuevo de 1948, lo arrastraron por otros veinte campos y prisiones. Falleció en Roma en 1980.[53]

El príncipe Franz zu Sayn-Wittgenstein, historiador de arte, se refugió en el palacio de su cuñado, el príncipe Ysenburg, en Budingen (Hesse). Había sido soldado raso, posiblemente porque su madre se casó en segundas nupcias con el banquero judío Richard Merton. Al final, desertó y se deshizo de su uniforme. El príncipe Ysenburg había sido un Pg y fue encarcelado en la escuela, desde donde se le envió en un principio a barrer las calles. No obstante, los americanos decidieron infligirle un trato más duro y lo encerraron en la prisión de Butzbach, y, luego, en un campo de Schwarzenborn, cerca de Kassel. Sayn-Wittgenstein fue recluido también en un antiguo campo polaco próximo a Hirzenhain, donde había hombres y mujeres. A los hombres se les obligaba a acampar a la intemperie, mientras que las mujeres ocupaban las celdas. Se le permitió visitar a su esposa, que se encontraba allí con él. Dormir era impensable, el lugar estaba infestado de insectos. Desde aquel campo fue trasladado a otro para prisioneros de guerra cerca de Giessen. Los dos mil soldados allí recluidos fueron absueltos para ir a trabajar a Francia como mano de obra esclava, aunque su número iba en aumento hasta rondar los ocho mil internos. Si bien Sayn-Wittgenstein tenía la compañía del príncipe Huberto de Prusia, de aquella época de reclusión recordaba sobre todo el tedio. Un oficial estadounidense que se había enamorado de su cuñada intercedió por él y ordenó su puesta en libertad, así como la del príncipe Ysenburg, tal vez en un alarde de generosidad.[54]

Dachau solía utilizarse en general, aunque no exclusivamente, para miembros de la SS. Fue también el principal campo de estancia y tránsito para los prisioneros bajo tutela americana. Uno de los internos más peculiares fue Paul Schmidt, intérprete de Hitler. En un primer momento había sido trasladado a Augsburgo, pero era tan valioso en tanto que testigo de los acontecimientos ocurridos entre 1933 y 1945 que lo liberaban

constantemente para que compareciera en los juicios. Fue trasladado a París para la vista del juicio contra Philippe Pétain y pudo disfrutar de los cafés de los Campos Elíseos y de una comida en Fouquet's antes de regresar a una celda en Mannheim. Fue, qué duda cabe, un testigo clave en los juicios de Núremberg y actuó como intérprete para los psicoanalistas estadounidenses en su tarea de evaluar las personalidades de los criminales de guerra. Estuvo lo bastante cerca del patíbulo como para escuchar los «golpes sordos» de los hombres que lo levantaban. Paul Schmidt fue liberado en 1948, coincidiendo con una amnistía general para internos de menor relevancia que llevaban dos años en prisión.[55]

Algunos tipos duros sospechosos de haber cometido importantes crímenes de guerra fueron encerrados en la antigua penitenciaría de la hermosa ciudad de Schwäbisch Hall, cerca de Stuttgart. Allí se sometía a los presos a métodos de interrogatorio especialmente desagradables. Entre aquellos individuos se hallaban los comandantes de la SS Sepp Dietrich, Fritz Kraemer y Hermann Priess, que negaron haber dado órdenes de fusilar a prisioneros de guerra. Al final se acusó a setenta y cuatro miembros de la SS de la masacre de soldados americanos en Malmedy; sin embargo, muchas de sus confesiones fueron retiradas posteriormente porque, según dijeron, se habían obtenido bajo tortura.[56] Uno de los últimos en desmoronarse fue el oficial de la SS Jochen Peiper, un gran aficionado a mascar puros, sospechoso de ser el principal responsable de la masacre. Para obtener las confesiones, los americanos utilizaron métodos similares a los empleados por la SS en Dachau; uno de ellos consistía en mantener al preso incomunicado durante largos períodos. En Oberursel, Peiper estuvo solo durante siete semanas mientras sus guardianes lo sometían a condiciones extremas de calor y frío. En Zuffenhausen lo habían tenido otras cinco semanas en un sótano oscuro. Los prisioneros eran objeto de juicios simulados parecidos a sesiones del Ku Klux Klan. Aunque todavía eran peores las ejecuciones fingidas: se sacaba a los hombres de la celda cubiertos con una capucha mientras los guardias les decían que se aproximaban al patíbulo. Los prisioneros eran levantados físicamente del suelo para hacerles creer que estaban a punto de balancearse de una soga.

Había otros métodos de tortura más convencionales: las patadas en las ingles, la privación de sueño y comida, y palizas salvajes. Cuando los americanos crearon una comisión de investigación de los métodos utilizados por sus interrogadores, descubrieron que, de 139 casos examinados, 137 «habían acabado con los testículos destrozados por las patadas que les había propinado el equipo americano de Investigación de Crímenes de Guerra». Era un indicio de lo que sucedía cuando alguien no respondía satisfactoriamente a las preguntas de los investigadores.[57] Los gritos de los prisioneros de Schwäbisch Hall podían oírse por toda aquella pequeña ciudad rural. No todos los torturadores eran de nacionalidad estadounidense: también había guardas polacos vengativos como los que Salomon menciona en su testimonio. El arzobispo de Colonia, el cardenal Joseph Frings, llevaba una lista de informes sobre la brutalidad de los americanos.[58]

El salvajismo de los interrogadores de Schwäbisch Hall acabó llegando a oídos de Clay. Los acusados fueron Harry Thon, Bruno Jacobs, Frank Steiner y Joseph Kirschbaum, todos ellos con apellidos alemanes o judío-alemanes. Es sumamente probable que todos hablaran también alemán con fluidez, imprescindible para ser interrogadores eficaces. La persona que ejercía el mando era William Perl, un psicólogo checo formado en Viena. Perl era quien organizaba los simulacros de juicio. Thon era un refugiado alemán «excitable y sin formación».[59] Clay presentó unas débiles excusas que equivalían a una admisión de culpabilidad: «Por desgracia, en el ardor de los momentos posteriores a la guerra recurrimos, para obtener pruebas, a medidas que no habríamos utilizado una vez extinguido dicho ardor». Por otro lado, consideró que la acusación de «crueldad increíble» formulada por el sargento Bersin, uno de los hombres de la SS, transmitía una imagen distorsionada. Clay rechazó las demandas de los prisioneros del caso Malmedy, pues no halló pruebas de malos tratos.[60]

Los campos británicos

En mayo de 1945, los británicos tenían 2.500.000 prisioneros, además de 500.000 heridos y un número creciente de refugiados del este. El cautiverio era connatural en aquellos días. Andrew Gibson, oficial de los Guardas Galeses, relata escenas de camaradería báquica en el Tirol meridional al final de la guerra en las que guardianes y paracaidistas alemanes celebraron una fiesta que se prolongó una noche entera con vino, intercambio de cigarrillos y fotos de grupo.[61] Mientras huían de Mecklemburgo, Charlotte von der Schulenburg y sus hijos se encontraron en medio de un inmenso campo para prisioneros de guerra al este de Holstein, conocido como el «Kraal». Los prisioneros vivían en pajares y establos y recibían de sus captores provisiones muy escasas. Charlotte se acordaba del ruido monótono de los soldados que aplastaban grano con unas piedras para hacer gachas, y al menos eran una especie de alimento. También recordaba la extraordinaria actividad cultural que había en aquel lugar. Entre los miles de presos había actores, músicos, poetas y directores de teatro. Se interpretaba música de cámara y se representaban obras teatrales en los pajares. Un poeta leía sus escritos ante cientos de soldados cautivos, unas veces bajo un árbol de extensas ramas, y otras de pie sobre un montón de estiércol en medio del patio.[62]

Los prisioneros se mezclaban libremente con los refugiados y se ayudaban unos a otros. Organizaban su vida juntos y buscaban avena y herraduras para los caballos, cortaban leña para calentarse y destilaban aguardiente a escondidas. Una noche, recordaba Charlotte von der Schulenburg, mataron una vaca. El animal fue despiezado y distribuido, y a continuación se eliminó cualquier rastro del acto, de modo que cuando los gendarmes acudieron el día siguiente en busca de los culpables no hallaron nada. La preocupación de alimentar a sus seis hijos fue beneficiosa para Charlotte: le impidió sentirse abrumada por la pena tras la muerte de su marido.[63]

Algunos soldados con hogares adonde ir fueron puestos paulatinamente en libertad. Sólo quedaron las personas originarias de Prusia oriental, Pomerania y Mecklemburgo, que no tenían manera de saber qué les había ocurrido a sus seres queridos. Se rumoreaba que los oficiales de alta

graduación iban a ser enviados a un campo de Bélgica.[N7] Como la condesa había aprendido a echar las cartas, los generales solían llevarle provisiones de sus exiguas reservas para conocer algo más sobre su destino.[64] No todos los naturales de las comarcas situadas al este del Elba se contentaban con esperar la llegada de noticias. Un día, Charlotte se ocultó entre la paja en la trasera de un camión que se dirigía hacia la mansión de los Schulenburg en Tressow (Mecklemburgo). Quería hacerse con algunas provisiones para sus niños, y los británicos seguían teniendo el control del sector occidental del Gran Ducado hasta el lago Schwerin. Al cabo de un rato se dio cuenta de que no estaba sola. Oyó un crujido en la paja y, al darse la vuelta, vio asomarse a un hombre con aspecto de tratante de ganado. Era un Von Wedel, de linaje prusiano antiguo, como los Schulenburg: escapaba del campo porque quería localizar a su familia en el este.[65]

La actitud de los Aliados se endureció, sin embargo, debido en parte a que habían presenciado o se les había obligado a presenciar las barbaridades que habían cometido los alemanes, y en parte también a que se habían percatado de que podían utilizar a los hombres como mano de obra esclava. En Bergen-Belsen suministraron a los miembros de la SS raciones de hambre y les obligaron a transportar a los muertos sin guantes. Se trataba de que «trabajaran hasta la muerte». Y lo consiguieron en veinte de cincuenta casos, hasta que intervino una autoridad superior. Se retiró a los hombres de la SS, y se asignó ese trabajo a prisioneros de guerra alemanes corrientes.[66]

Los británicos organizaron un gran número de campos en la propia Gran Bretaña e Irlanda del Norte. Había también campos llenos de rusos que habían combatido junto con los alemanes (por ejemplo, en Malton, Yorkshire, donde se aliviaban bebiendo alcohol metílico). La cifra máxima se alcanzó en el tercer cuarto de 1946, cuando hubo 391.880 prisioneros trabajando en Gran Bretaña.[67] En 1948, un año antes de su supresión, el total de campos ascendía a seiscientos. El régimen de vida no era demasiado duro, y, en términos porcentuales, la cifra de hombres que murieron bajo custodia británica –1.254– es llamativamente inferior a la de los demás Aliados.[68] En un primer momento, los prisioneros eran trasladados a «jaulas» colocadas en hipódromos o campos de fútbol para ser

interrogados por la Sección de Interrogación de Prisioneros de Guerra, cuya tarea consistía en preguntar a los prisioneros del campo y asignarles grados: A, que significaba «blanco», o libre de nazismo; B, «gris», o ligeramente teñido; C era «negro»: nazi. Luego eran adjudicados a campos, en ocasiones un simple conjunto de tiendas de campaña, barracones Nissen o, con un poco de suerte, algún caserón destartalado.

Mansiones rurales como Crewe Hall, en Cheshire, Grizedale Hall, en Lancashire, Sudeley Castle, en Gloucestershire, y Sunlaws, propiedad del duque de Roxburghe, en los Borders, estaban abarrotadas de prisioneros. El coronel Wedgwood elevó una protesta en la Cámara de los Comunes por la utilización de aquel tipo de alojamientos de lujo y preguntó en un tono burlón por qué no se les había ocurrido pensar en el hotel Ritz. No todos los alemanes prisioneros de guerra habían recibido tan buen trato; también se utilizó la prisión londinense de Wormwood Scrubs como alojamiento. Los encargados de custodiarlos en Bourton-on-the-Hill, Watton in Caithness, Moreton-in-Marsh, Cattistock, Tiveton, Cheltenham y Kempton Park eran soldados del cuerpo de zapadores judíos.

Los principales jefes de la aviación estaban alojados en un campo a las afueras de Londres. Para preparar los alegatos de la acusación en los juicios de Núremberg se colocaron micrófonos ocultos con el fin de escuchar las conversaciones entre Milch, Bodenschatz, Koller y Galland. Los británicos querían información sobre Göring, así que instalaron aparatos de escucha, el mismo método que había sido utilizado por la Forschungsamt (Oficina de Información) del mariscal del Reich o la NKVD de Stalin. De ese modo, los británicos se enteraron de que los generales de Göring no tenían a su jefe en gran estima. Era «desagradecido» y se pintaba las uñas de color malva. Galland, sin embargo, corrigió a sus camaradas: no era pintura sino barniz transparente. El 5 de julio de 1945 se introdujo entre ellos como *agent provocateur* al comandante estadounidense Emery, quien dijo a los generales que Göring había mancillado sus nombres en su prisión de Luxemburgo. Los pilotos se tragaron el anzuelo y comenzaron a contar historias sobre lo corrupto que había sido Göring.[69]

En Escocia, el Campo 21, situado en Comrie, se utilizó para albergar a cuatro mil nazis recalcitrantes: tripulaciones de submarinos y efectivos de la Waffen-SS que lincharon al sargento Wolfgang Rosterg de forma horripilante. Rosterg había expresado sus dudas sobre la victoria final de Alemania y amenazado con revelar un complot para sublevarse contra los guardias. Fue ahorcado en las letrinas. También persiguieron y golpearon a Gerhard Rettig hasta matarlo. Cinco de los asesinos fueron ahorcados en la prisión londinense de Pentonville el 6 de octubre de 1946, y otros dos ejecutados al mes siguiente. Fue necesaria la intervención de Herbert Sulzbach, antiguo oficial prusiano condecorado con la Cruz de Hierro, para mostrarles el error de su comportamiento. Sulzbach había escrito un libro sobre la guerra de trincheras –una obra de referencia en su campo–, pero cuando los nazis llegaron al poder lo internaron en un campo de concentración por judío. Una vez más, los beneficios para Inglaterra fueron pérdidas para Alemania. Tras salir de Comrie, Sulzbach marchó a Haltwhistle. Era un campo progresista, con su propio periódico, orquesta, teatro y universidad, que organizaba exposiciones de obras de arte de los presos. Sulzbach entabló relaciones amistosas con muchos prisioneros, unos contactos que continuaron tras su liberación. Se le consideraba un apóstol de las ideas democráticas y un confesor político.[70] El campo para jóvenes de Cambridge contaba con un personaje similar en la persona del capitán de zapadores Starbroke, que parecía una «caricatura de *Der Stürmer* [la publicación antisemita]», pero era tal el respeto que le profesaban los prisioneros que lo trataban como si fuera de porcelana.[71]

El antiguo comandante en jefe del ejército Walther von Brauchitsch estaba recluido en el Campo (especial) n.º 11 de Island Farm, en Bridgend –el llamado campo de los generales alemanes–, en el sur de Gales. En sus diversas comparecencias ante el tribunal se había mostrado reticente, y negó haber recibido un pago en metálico de Hitler al divorciarse y contraer segundas nupcias con una mujer nazi. También afirmó que no había tenido conocimiento de los planes de emprender una guerra agresiva, del mismo modo que tampoco se había enterado de la asesina «Orden sobre los Comisarios», según la cual se exigía fusilar a los oficiales políticos

soviéticos. De Bridgend fue trasladado al penoso Münsterlager a la espera de ser juzgado por un tribunal británico, pero murió antes de que se viera su caso.[72] En un determinado momento llegó a haber en el campo no menos de 186 alemanes con rango de general o equivalente. Uno de ellos fue el teniente general Hans von Ravenstein, que había sido hecho prisionero en Tobruk. En la primavera de 1946 fue transferido a Bridgend desde un campo-prisión canadiense. Antes de ser liberado pasó más de dos años en el campo inglés. Nadie tenía nada malo que decir de él. No le gustaba Bridgend; aquel hombre condecorado en la Gran Guerra con la orden Pour le Mérite miraba por encima del hombro a varios militares nombrados por Hitler, que no tenían tan buenos modales como, quizás, había esperado de ellos.[73]

Los generales de Bridgend estaban alojados en cuartos lo bastante amplios como para que cupiera en ellos una cama de 1,85 metros. Los mariscales de campo eran los únicos a quienes se les permitía tener un cuarto de estar aparte. Ravenstein tenía amistad con una familia de los Hermanos de Plymouth que lo sacaba en sus salidas a la campiña, aunque no se le permitía llevar dinero. El mariscal de campo Gerd von Rundstedt era uno de los internos de Bridgend que disponía de dos habitaciones. Ravenstein lo admiraba, pero cuando se le pedía que justificara sus errores u omisiones, solía escudarse alegando órdenes superiores.[74] El general de blindados Hans-Jürgen von Arnim había estado también cautivo en Gran Bretaña desde mayo de 1943. En aquel momento era el segundo preso de mayor rango de Inglaterra después de Rudolf Hess. Estaba alojado en una «bella» mansión de Hampshire y se le consentían ciertos privilegios de acuerdo a su alto rango. No fue liberado hasta 1947. Para entonces, la reforma agraria en el este soviético había liquidado sus propiedades. Murió en una digna pobreza en 1962.[75]

Algunos de los prisioneros de guerra alemanes habían llegado a Gran Bretaña desde campos de Estados Unidos y se hallaban allí oficialmente en calidad de «préstamo». Eran conocidos por el nombre de *Amerikafahrer* (Viajeros de América), y en total sumaban 123.000.[76] Formaban brigadas de trabajo, y una de sus primeras tareas fue construir un campamento para

el desfile del Día de la Victoria.[77] Uno de los *Amerikafahrer* fue Kurt Glaser, cuyo transporte llegó a Liverpool en julio de 1946. En un primer momento lo trasladaron a Wollaton Park, cerca de Nottingham, donde vivió en un barracón con otros cincuenta hombres a la sombra del castillo. Un oficial fue a verlo y le hizo seis preguntas sobre nacionalsocialismo similares a las que le habían planteado en Texas y que le habían procurado el calificativo de nazi. Trabajó para un granjero de Nottinghamshire y recolectó nabos y patatas. Su siguiente destino fue Revesby, en Lincolnshire, donde volvió a hacer faenas agrícolas. Un oficial de inteligencia británico le informó de que estaba trabajando para dar de comer a sus compatriotas alemanes, pues la producción de la Zona no bastaba para alimentarlos. En septiembre escuchó el discurso que James Byrnes había pronunciado en Stuttgart. Cuando supo que los americanos habían liberado a todos sus prisioneros de guerra, Glaser no pudo dar crédito a sus oídos. En Gran Bretaña aún había 355.000 presos alemanes. En general eran tratados, no obstante, con mucha amabilidad, y cuando Glaser salió a dar un paseo por los terrenos del castillo de Nottingham, perfectamente cuidados, se le acercó un hombre y le dio un florín. Poco después fue devuelto a Alemania, a Dachau, como todos los *Amerikafahrer*, para ser liberado.[78]

El prisionero amante de la literatura que se había sentido hambriento con las dos mil calorías que recibía en Estados Unidos comenzó a comprender el significado real de la palabra hambre cuando llegó al campo de Sudbury, en las cercanías de Derby. Como de costumbre, pasó por varios campos diferentes –Pendleford Hall, en Wolverhampton; Halfpenny Green, en Staffordshire–, probablemente en función de las demandas de la agricultura local. Entretanto, le rugía el estómago.[79] El alimento intelectual se lo proporcionaba un tal doctor R, un «emigrante nacionalizado» que hablaba a los presos sobre los juicios de Núremberg. El 1 de octubre se enteraron de las ejecuciones tras las sentencias que había dictado el Tribunal Militar Internacional.[80] Para entonces habían sido clasificados según sus niveles de fiabilidad política. La incertidumbre sobre su futuro tuvo consecuencias: 219 se suicidaron.[81]

Los prisioneros comenzaron a recibir un poco de dinero –dos chelines diarios– por su trabajo. Los británicos se mostraron sorprendentemente generosos con sus antiguos enemigos. Una mujer dio a nuestro hombre dos naranjas y una manzana, a pesar de la dificultad de conseguir aquella fruta. Pronto se autorizó a los presos a caminar fuera de sus campos si se mantenían dentro de unos límites establecidos en ocho kilómetros. El prisionero admiraba la arquitectura gótica inglesa y disfrutó visitando las iglesias rurales. Los pubs no le estaban permitidos, pero él logró entrar en uno. Fue «saludado desde todas partes con alegría y amistad». Y salió más rico de lo que había entrado: los hombres le llevaron bebida y se efectuó una colecta. Le dieron cinco chelines.[82]

El prisionero regresó a Alemania durante el cruel invierno de 1947 y vio a otros que habían sido liberados en la Unión Soviética e iban cubiertos de harapos: «Nos avergüenza tener ropa caliente de invierno». El trato dado a los prisioneros alemanes seguía preocupando a Frings, que en febrero de 1946 aprovechó un viaje a Roma con motivo de la entrega del capelo cardenalicio como pretexto para reunirse con soldados alemanes encarcelados en Italia, acompañado por los cardenales Innitzer de Viena y Faulhaber de Múnich. Frings visitó Gran Bretaña en septiembre de aquel año y acudió a no menos de doce campos que albergaban a un total de veinte mil hombres. Más tarde habló en la catedral de Westminster ante una congregación de tres mil católicos británicos y pidió la liberación de los detenidos. En 1947 realizó una misión similar en Canadá para intentar lograr la liberación de los alemanes internados en campos canadienses.[83]

Los peces gordos podían efectuar de vez en cuando una visita a Londres para ser interrogados en los calabozos para prisioneros de guerra del distrito londinense instalados en el Centro Específico de Interrogatorios de los Servicios Conjuntos, en el elegante entorno de los jardines del palacio de Kensington.[N8] Fue allí donde el teniente coronel Alexander Paterson Scotland dirigió un equipo de oficiales y suboficiales de habla alemana cuya tarea consistía en recopilar informes que se entregaban a los tribunales que juzgaban crímenes de guerra. Su principal incumbencia eran los crímenes cometidos contra ciudadanos de nacionalidad británica, sobre todo

prisioneros de guerra. La Gran Escapada, en concreto la matanza de cincuenta aviadores que habían huido del *Stalag* Luft III en Sagan (Silesia), figuraba en un lugar destacado. Trece hombres de la Gestapo fueron llevados finalmente ante la justicia y ahorcados en las mazmorras de Hameln en 1948. El caso no se cerró realmente hasta 1964.[84]

Los investigadores, cuya sede se hallaba en los jardines del palacio de Kensington, se ocuparon también de varias matanzas atroces llevadas a cabo en Francia por unidades de la SS. Una fue la ejecución, el 27 de mayo de 1940, de 97 soldados del 2.º Batallón del Royal Norfolk Regiment en el pueblo que llevaba el nombre asombrosamente inapropiado de Le Paradis. La responsabilidad del crimen se atribuyó al comandante de una compañía de la División Totenkopf de la SS, Fritz Knoechlein, que había aprendido a odiar cualquier forma de humanidad no nazi en la dura escuela de Dachau: ser guarda en Dachau o en alguno de los demás campos de concentración requería dar pruebas de desprecio al prójimo. Knoechlein había asimilado bien la lección. Murió en la horca.[85]

Los alemanes se quejaron del trato que recibían de manos de Scotland y su equipo, pero las palizas eran, al parecer, suaves en comparación con las propinadas por los americanos. El oficial de la SS Otto Baum aseguró haber sido abofeteado y amenazado con ser extraditado a la Unión Soviética. Scotland negó encarecidamente los cargos, que podían haber sido presentados ante los tribunales para intentar demostrar que se habían obtenido confesiones por la fuerza. Los presos se guardaban varios ases en la manga, y la acusación de tortura era sólo uno de ellos. Otro consistía en achacarlo todo a alguien que hubiese fallecido o se hallase cautivo en la Unión Soviética, donde no existía ninguna posibilidad de corroborar la historia (en cualquier caso, era bastante probable que la persona en cuestión muriera, si es que no lo había hecho ya). No obstante, parece fuera de duda que Scotland golpeó y maltrató a los prisioneros. Él mismo lo admitió en su autobiografía, aunque los pasajes pertinentes fueron eliminados a petición del MI5.[86]

Los hombres de Scotland investigaban una gran matanza de soldados británicos llevada a cabo en Dunkerque durante la evacuación de la Fuerza

Expedicionaria Británica. La orden de matar a un centenar de hombres pertenecientes en su mayoría a los Royal Warwicks la dictó, probablemente, el futuro jefe de brigada de la SS Wilhelm Mohnke después de que los británicos hubieran propinado una paliza a sus hombres durante una acción de retaguardia. Con motivo de la investigación, el equipo de Scotland consiguió que compareciera Sepp Dietrich, comandante del *Leibstandarte* Adolf Hitler, que se hallaba bajo custodia estadounidense. Scotland se sorprendió al encontrarse con que el antiguo cochero que se había convertido en el favorito de Hitler era un hombre roto. Era rechoncho y calvo, «de modales toscos y lenguaje grosero».[87] Es evidente que Scotland se había creído lo que había escuchado sobre aquel superhombre de la SS. No logró obtener una confesión de Dietrich ni de ningún otro miembro de la SS y llegó a la conclusión de que se tomaban muy en serio su juramento de lealtad.

Los británicos regentaban también prisiones propias en Alemania y Bélgica. El campo belga se consideraba especialmente penoso, y, según informes, las condiciones en que vivían sus 130.000 prisioneros no eran «mucho mejores que las de Belsen».[88] Quienes aguardaban a ser juzgados por crímenes de guerra estaban alojados en la antigua localidad prusiana de Minden o en el Münsterlager, donde las condiciones eran escandalosamente pésimas. Cuando en abril de 1947 se inspeccionó el campo, se descubrió que en todo el lugar sólo funcionaban cinco bombillas. No había combustible ni colchones de paja y tampoco comida, aparte de la «sopa de agua». El campo estaba vigilado en su mayoría por antiguos nazis prisioneros de guerra. Los internos no veían a ningún oficial británico, y era raro divisar, incluso, a algún suboficial. La higiene constituía asimismo una pesadilla: había dos lavaderos para quinientos hombres, sin jabón y sin toallas.[89]

Los funcionarios civiles británicos demostraban escasa preocupación por las muertes de alemanes en sus campos. Con O'Neill, del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, resumió un documento escrito por Hynd en julio de 1946 en el que se decía que unas pocas muertes adicionales serían algo bueno, pues nadie necesitaba más alemanes. Se debatió la propuesta de

entregar los prisioneros a los rusos, aduciendo que sabrían cómo tratarlos: los rusos no se mostrarían estúpidamente sentimentales y acabarían con ellos.[90]

Los británicos gestionaban también sus propios Campos de Internamiento Civiles para presos políticos que no habían sido cribados o acusados y que alojaban incluso a jóvenes de dieciséis años. Cuando en la Cámara de los Comunes se formularon preguntas sobre los campos, Norman Hulbert, comandante de ala, los denominó «campos de concentración», que era su «única definición correcta y apropiada». Allí era donde los británicos llevaban a cabo su caprichosa desnazificación. Cualquiera podía haber ido a parar a ellos: la condición de *Junker*, el hecho de pertenecer a la nobleza prusiana o de los territorios al este del Elba, exigía la «detención discrecional». Cualquiera que tuviese un «von» precediendo a sus apellidos debía andarse con ojo. Los británicos barajaron la posibilidad de sacar a los presos fuera de tierra firme; tal vez así serían menos las personas que pudieran verlos. Se propuso crear un «Alcatraz» para diez mil prisioneros, pero la propuesta nunca llegó a materializarse, pues la RAF utilizaba las islas disponibles para prácticas de bombardeo. Cuando se abrió el nuevo campo Adelheide, sólo había 473 presos, pero 13 de ellos tenían más de sesenta años y otros 136, más de cincuenta.[91]

Una vez declarados culpables de crímenes de guerra, los alemanes podían terminar en Werl, cerca de Dortmund. El corredor de la muerte se hallaba en Hameln, la pequeña ciudad del flautista. Las ejecuciones resultaban muy exigentes para el verdugo británico Albert Pierrepoint, en tanto que no podía estar en todas partes a un mismo tiempo. Colgar a seis presos por parejas le exigía siete horas. En un momento determinado, los británicos dictaron entre treinta y cincuenta penas de muerte al mes, aunque un tercio de ellas eran anuladas por decisión judicial.[92] Se propuso que los británicos recuperaran la guillotina por ser un método de ejecución más rápido. Los soldados habían sido muy claros en cuanto a que les desagradaba formar pelotones de fusilamiento.[93] En Bad Nenndorf, cerca de Hanóver, el Centro Específico de Interrogatorios de los Servicios Conjuntos n.º 74 disponía también de unas instalaciones para

interrogatorios donde además se torturaba. El centro de la ciudad estaba cerrado con alambre de espino. En la cámara de tortura –el antiguo cuarto de las bombas–, los presos eran golpeados, privados de sueño y amenazados de ejecución o de intervenciones quirúrgicas innecesarias. Nada menos que 372 hombres y 44 mujeres pasaron por Bad Nenndorf antes de su clausura en julio de 1947.

Al principio se trataba de hombres de la SS y Pg, así como de industriales y «plutócratas» que habían hecho fortuna en el Tercer Reich. Los británicos temían también a los *Werwölfe* y sometieron a interrogatorio a varios dirigentes de las Juventudes Hitlerianas. Más tarde, también la emprendieron con alemanes que habían sido «devueltos» por los soviéticos y espiaban en la Zona Británica. El comandante del campo era el coronel Robin Stephens, oficial del MI5. Su equipo estaba formado por doce británicos –incluidos algunos lingüistas civiles–, un polaco, un holandés y seis judíos alemanes; asimismo contaba con la colaboración de unos soldados jóvenes, algunos de ellos presentes en la liberación de Belsen que no sentían ningún afecto por los alemanes. Otros habían cometido faltas disciplinarias o agresiones o habían desertado y estaban sufriendo castigo.

Las actividades de Bad Nenndorf acabaron llegando a oídos del premier británico, y sir Sholto Douglas ordenó emprender una investigación por malos tratos contra prisioneros de guerra. El 8 de junio de 1948 inició sus sesiones en Hamburgo un tribunal militar en el que se juzgó a Stephens y a un judío nacido en Alemania, el teniente Richard Langham. La corte marcial se trasladó a Londres y celebró la vista a puerta cerrada. Los oficiales fueron absueltos. En círculos gubernamentales cundió la alarma ante la posibilidad de que la población se enterara de que los británicos mantenían en Alemania varias delegaciones del Centro Específico de Interrogatorios de los Servicios Conjuntos y de que Bad Nenndorf se convirtiera en un lema de protesta. Lord Pakenham expresó su preocupación por la acusación de que los británicos trataban a los prisioneros de una manera que «recordaba los campos de concentración alemanes». Bad Nenndorf se clausuró tras el juicio militar, pero los interrogatorios prosiguieron en la base británica de Gütersloh. Cuando

Pakenham lo supo se quejó a Robertson. El comandante militar no se dio, al parecer, por aludido.[94]

Casi todos los hombres que no eran sospechosos de haber cometido grandes crímenes fueron enviados, sin embargo, a casa en la Navidad de 1948... es decir, si es que tenían casa adonde ir o si sabían dónde localizar a sus familias.

El trato dado a los cosacos y a los civiles rusos en Alemania

El mariscal Zhúkov planteó ya la cuestión del regreso de los prisioneros de guerra rusos el 5 de junio de 1945, con motivo de la reunión de los comandantes de los Aliados en Berlín. Se había acordado la entrega de aquellos soldados a los rusos. La mayoría de los hombres eran cosacos y ucranianos que habían combatido en unidades alemanas, principalmente en la SS. Algunos eran también trabajadores forzados y rusos blancos que habían quedado atrapados en la zona de guerra.[95] No tenían por qué ser rusos, pues los soviéticos actuaban también en nombre de sus clientes. El personaje de Anna Schmidt en *El tercer hombre* pertenece a esa categoría. Ella es de Checoslovaquia, y su amante, Harry Lime, le ha conseguido documentación. Las autoridades soviéticas permiten a Lime seguir escondido en su sector mientras continúe informándoles de casos como el de Anna.

En la película, el comandante Calloway se muestra reacio a entregarla a Brodsky, pues la considera un caso insignificante. En Austria, los británicos cooperaban con la NKVD cuando se trataba de rusos que habían luchado en unidades de la SS, aunque no les cabía la menor duda de que llevaban a los presos a una muerte segura.[N9] Los angloamericanos tenían ciento cincuenta mil prisioneros rusos. Más de una quinta parte fueron devueltos a los soviéticos y, probablemente, liquidados. Los rusos se enfurecieron al no recibir la totalidad de los presos. Uno de los episodios más trágicos fue la entrega de la legión rusa de Vlásov a los soviéticos al otro lado de la

frontera el 24 de febrero de 1946. Los rusos estaban alojados en Plattling. Presentían su destino, así que una noche se amotinaron y los hombres del cercano Natternberg pudieron oír el sonido de los disparos. Fueron capturados y enviados a la frontera checa. Una vez liquidados los rusos, Salomon y los demás hombres de Natternberg fueron trasladados a Plattling junto con los internos en el campo de Hersbruck y en el de los testigos de los juicios de Núremberg, además de los hombres de la SS apresados en Dachau.[96]

Salomon sólo supo la historia completa más tarde. Cierto día, un funcionario soviético había llegado a Plattling para pedir las fichas de los presos. Cuando los prisioneros de guerra rusos se enteraron de lo que iba a ocurrir se amotinaron. Un oficial estadounidense de alto rango los había apaciguado con la promesa de que no serían entregados y que se les reasentaría[N10] en el sur de Europa... la misma mentira que habían utilizado los Guardas Galeses en Carintia. A continuación entraron los tanques. Los guardianes estadounidenses, equipados con porras de goma, se presentaron en los barracones de los rusos en medio de la noche, los sacaron a golpes de sus literas –«Mak snell, mak snell»– y los introdujeron en unos camiones dispuestos con el fin de trasladarlos. A continuación se les condujo a Zwiesel, cerca de la frontera. Más tarde, los guardias estadounidenses dijeron que se podían ver cadáveres que colgaban de los árboles más allá de las líneas rusas. Aunque se desconoce el número preciso de soldados rusos muertos, varias estimaciones citan entre trescientos y tres mil.[97]

Los campos franceses

Un total de 1.065.000 prisioneros de guerra alemanes fueron asignados a los franceses. Alrededor de una cuarta parte –237.000– habían sido capturados en Francia. El resto fue un «préstamo» americano. El trato que se les dio fue especialmente brutal,[98] debido probablemente a que muchos civiles franceses tenían aún vivo el recuerdo de su internamiento en Alemania y tampoco se habían recuperado de la humillación de la ocupación. A

comienzos de noviembre de 1944 había 920.000 *poilus* en campos alemanes para prisioneros de guerra.[99] Ahora tenían la oportunidad de vengarse. Muy poco después de concluir la guerra, la Cruz Roja informó de la existencia en Francia de doscientos mil prisioneros a punto de morir de hambre. Estados Unidos trató el informe con cierto escepticismo, pero puso fin a los transportes y, en 1946, envió de vuelta a Estados Unidos a ciento treinta mil de los casos más graves: su estado era tal que incluso les impedía trabajar. Los americanos compensaron a los franceses con otros cien mil *Amerikafahrer*, pero procuraron enviar provisiones para que no volviera a ocurrir lo mismo. Los franceses no recibieron los prisioneros hasta que accedieron a respetar la Convención de Ginebra. Pero aquel buen comportamiento no duró mucho.[100] Cuando los americanos presionaron a los franceses para que liberaran a sus presos, éstos se quejaron de que ni los americanos ni los británicos habían perdido tantos trabajadores como ellos en la guerra y que los esclavos alemanes eran «indispensables para la reconstrucción de su país». Francia se quedó con aquellos hombres hasta finales de 1948, fecha en que regresaron a casa los últimos 23.609. Un intento de dar carácter de voluntariedad al trabajo resultó fallido.[101] La desatención y la brutalidad se cobraron su tributo: en Francia murieron oficialmente 21.886 prisioneros de guerra alemanes, o 24.178 hombres de las potencias del Eje.[102]

Salomon cita el caso de un anciano historiador alemán de Alsacia que murió de hambre en una «mazmorra» francesa.[103] En otro campo del Sarthe, los prisioneros tenían que sobrevivir con novecientas calorías diarias. En el hospital de la prisión fallecían a diario doce prisioneros de guerra por término medio. El Campo 404 de Septèmes, cerca de Marsella, fue establecido por los americanos y gestionado en parte por *Jabos* (guardas yugoslavos) despiadados. Era un lugar gigantesco, con 25 sectores-jaula distintos abarrotados de tiendas de campaña. Las construcciones sólidas llegaron más tarde. Sin embargo, en febrero de 1946 Septèmes fue entregado a los franceses como parte de las medidas de préstamo de los Aliados. Los alemanes se sintieron traicionados. Hubo «escenas indescriptibles» de pánico y varios suicidios y lesiones autoinfligidas.

Además, los alemanes podían enfrentarse a la pesadilla[N11] de que sus nuevos captores eran tropas coloniales.[104]

La marcha de los cautivos alemanes a través de Francia ofreció a la población francesa la oportunidad de expresar a los *Landser* (soldados y suboficiales alemanes) qué pensaban de ellos. Una mujer que desatendió la orden de dejar de apedrear a los prisioneros recibió un disparo de un soldado negro estadounidense. «Quedó tumbada en la calle. Nadie le prestó atención...»[105] A otro preso, que fue trasladado a un campo cerca de Annecy para trabajar en las canteras, le dijeron que los franceses recibían un marco por cada preso tomado de los americanos. Mientras los conducían en marcha a través de Francia, un soldado francés se pavoneó ante unas niñas que miraban desde la acera dándole al preso una patada en el trasero. El robo de relojes de pulsera era tan común en el oeste como por parte del Ejército Rojo.[106] Un alemán habla de un brigada que le mostró su reloj y no tardó en perderlo. El prisionero, no obstante, no recibió un mal trato. Tras su paso por las canteras, pudo trabajar en el campo, y los granjeros lo alimentaron bien, excepto uno, que aquella Navidad preparó un «gato asado» en salsa de nata. El preso comió parte de la salsa pero rechazó el gato.[107]

El 22 de julio de 1946, Hans Johnert supo que Estados Unidos no tenía ya prisioneros de guerra. Todos habían sido entregados en préstamo. Poco después de su «repatriación» fue trasladado a Pont d'Ain, cerca de Bourg-en-Bresse. Los alemanes eran mano de obra para la comunidad local. Trabajaban en las granjas y las canteras. Servían a distintos amos; unos eran amables, otros no. El 9 de diciembre, unos franceses disfrazados de alemanes lanzaron granadas contra los prisioneros de guerra, matando a dos e hiriendo a muchos más. Johnert fue enviado a casa en la primavera de 1947.[108] Otro prisionero anónimo se encontró con que los americanos lo habían entregado a los franceses. En un primer momento fue destinado a un campo de tiendas de campaña a las afueras de la ciudad bretona de Rennes, donde los presos dormían sobre la tierra húmeda. Los americanos eran de gatillo especialmente fácil, y un hombre fue muerto, sin más, por correr a recoger una colilla que un guardia había arrojado. Cualquier prisionero

culpable de robo era enterrado hasta el cuello en un agujero cavado en el suelo. A los que intentaban huir se les castigaba con treinta días de reclusión. *«Vae victis!»* (¡Ay de los vencidos!), concluye el prisionero.[109]

El 24 de junio de 1945, el prisionero de Rennes supo que los franceses asumirían el control del campo. A pesar de la dureza con que habían sido tratados por los americanos, la idea no le resultó agradable: él la calificaba de «moderno tráfico de esclavos». Si acaso, los franceses eran aún más rápidos disparando que los americanos. Poco después de hacerse con el control del campo mataron a tiros a tres alemanes, a dos de ellos de un disparo en la cabeza: «¡Comprad peines, gentuza, os esperan unos tiempos piojosos!». Los disparos siguieron siendo frecuentes a lo largo de toda la noche. El mal aprovisionamiento conllevaba un aumento considerable de la mortandad entre la población reclusa. Dos hombres fallecieron de este modo en los barracones, pero el prisionero añadía que en la enfermería del campo morían a diario alrededor de veinte. «La muerte. ¿Quién podría saber algo acerca de ella o creer en ella? Los muertos no hablan.» Este índice de mortalidad coincidía con las cifras conocidas para Francia en 1945.[110]

Una noche, un guarda borracho disparó contra un grupo de prisioneros. No acertó a los alemanes, pero sí a un guardia estadounidense negro apostado fuera del perímetro, al que mató de inmediato. El vino tinto era responsable de las andanadas de piedras lanzadas por los guardias contra los prisioneros a los gritos de «Vive la France!», «Vive De Gaulle!» y «Boches!». Al menos uno de los guardias era alsaciano. Los alemanes se vengaban de él insultándole a sus espaldas, gritándole: *«Wackes».*[N12] El 8 de agosto, ocho hombres más murieron de hambre en la enfermería. Por lo demás, la mayoría de los que fallecían de hambre se hallaba en los barracones, no en la enfermería. Cuando aquel agosto llegaron los paquetes de la Cruz Roja, los hombres se sintieron felices como niños. Pero la llegada de comida no logró impedir, sin embargo, que otros diez hombres fallecieran el día 22. Uno de los amigos del prisionero se cortó las muñecas cuando el guardia le descubrió en la axila el revelador tatuaje con su grupo sanguíneo. Para entonces, el escándalo de los campos había llegado a la

prensa francesa: los periodistas los comparaban con Buchenwald. En el *Figaro*, un escritor reconocía que los alemanes habían cometido crímenes execrables, pero «esos horrores no deberían convertirse en una competición deportiva en la que nos esforzamos por superar a los nazis. [...] Debemos juzgar al enemigo, pero tenemos el deber de no parecernos a él».[111]

El prisionero se prestó voluntario para formar parte de una cuadrilla de trabajo con la que salió de allí para desactivar minas en la costa bretona; era una flagrante violación de la Convención de Ginebra, pero él se sintió feliz de hacer cualquier cosa que le permitiera escapar de la desdicha del campo y alimentarse, posiblemente, un poco mejor. Mientras se apuntaba, se produjo una nueva avalancha de robos, realizados esta vez tanto por guardias como por civiles. Los hombres recibieron golpes y patadas y perdieron sus relojes, anillos y zapatos, incluso los pantalones.[112]

Bélgica

Gran Bretaña y Estados Unidos donaron a Bélgica más de sesenta mil de sus prisioneros de guerra. Un soldado alemán que acabó en un campo cerca de Mons, en el sur del país, había sido capturado en el Tirol meridional. En el aeropuerto fue atracado por un soldado estadounidense. Mientras viajaba a través de Alemania pudo arrojar una carta en la estación de Günzburg. Un gesto del jefe de estación le indicó que se encargaría de ella. En Mannheim se encontraron con unos soldados que habían sido enviados desde el lago de Constanza. «Nos informaron de que los *Franzmann* [“franchutes”, en la jerga militar] se lo estaban llevando todo.»[113]

Los americanos los dejaron en el campo de Erbisoeuil con otros treinta mil. Antes de quitárselos de encima, les robaron los relojes de pulsera. Lo que no se llevaron ellos se lo llevaron los belgas, añadiendo que lo recuperarían cuando fueran liberados: «Aquella gente era la peor que habíamos encontrado hasta entonces». Se procedió al registro de los prisioneros. Cuando éstos presentaron sus cartillas militares, los belgas se sintieron estupefactos al ver que no se trataba de hombres de la SS... aunque

eso no les impidió robarles plumas, dinero y ropa. Una vez que los alemanes fueron admitidos en el campo, resultó evidente que los guardias querían verlos como los perpetradores de actos brutales en campos de concentración: «También vosotros hacíais esto en los campos de concentración...», les espetaban. Cuando los hombres intentaban dejar sus barracones para orinar o defecar, los guardias gritaban: «¡Vosotros, cerdos alemanes, adentro!; ¡así era en el campo de concentración!». En cierta ocasión uno de ellos se arriesgó y le dispararon. Evitaban el problema orinando por la ventana.[114] Los prisioneros no podían entender por qué habían sido enviados al campo: «Los belgas no nos quieren en absoluto; además, les aterra el desempleo y amenazan con ir a la huelga».[115]

Al prisionero lo mandaron a trabajar a las minas. El trabajo era sólo para los *Landser,* ya que los oficiales estaban eximidos. El primer ministro belga Achille van Acher le había dado cierta esperanza al afirmar que serían enviados a casa en la primavera de 1947. No sólo el trabajo era agotador, sino también las cartas que de vez en cuando llegaban del hogar y dibujaban un cuadro preocupante de la vida de los seres queridos. Los prisioneros oían hablar de violaciones en la Zona Soviética, del robo de todas sus pertenencias y de la penuria de sus familias; la desesperación por volver a casa significaba que los intentos de escapar eran frecuentes. No obstante, vivir en las zonas británica o soviética tenía ciertas ventajas. No es difícil ver que la experiencia con los americanos había amargado al prisionero:

> En las zonas inglesa [sic] o rusa, las mujeres obtienen al menos un poco de apoyo, pero con los yanquis y su democracia total, todo el mundo tiene que tirar adelante en la vida lo mejor que puede.[116]

Las estadísticas oficiales de muertes bajo custodia en los países del Benelux recogen 450 en Bélgica, 210 en Holanda y 15 en Luxemburgo.[117]

Los campos soviéticos

Los rusos no hacían, al parecer, distinción entre prisioneros de guerra y civiles, y tanto unos como otros se exponían a ser arrestados y enviados a trabajar a la Unión Soviética o a pudrirse en los campos. El 29 de junio de 1945, la Unión Soviética tenía, según se dijo, entre cuatro y cinco millones de alemanes dentro de sus fronteras para ayudar a reconstruir sus ciudades.[118] La detención de prisioneros de guerra alemanes y de otras potencias del Eje en Rusia estuvo marcada por un componente de insensibilidad y caos. Una cifra ingente de alemanes –no sólo soldados, sino también civiles de edades comprendidas entre dieciséis y sesenta años, incluidos científicos y técnicos– marcharon al este. Los registros que certificaban su identidad eran inadecuados, y era evidente que las autoridades soviéticas contemplaban con absoluta indiferencia que vivieran o hubiesen muerto. Lo cierto es que murieron 1.094.250 soldados, la mitad de ellos antes de abril de 1945.[119] A veces se trataba de inmensas mayorías: de los 90.000 prisioneros tomados en Stalingrado, sólo regresaron 5.000. En 1950, la cifra se había reducido considerablemente. A comienzos de aquel año seguía habiendo en Rusia 46.841 prisioneros de guerra; al final del mismo, su número había descendido a 28.711.[120] Era, más o menos, la cifra de los procesados por crímenes de guerra. Todos habían recibido condenas de veinticinco años de cárcel.

El 31 de mayo de 1945, Margret Boveri hizo una lista de compañeros periodistas de quienes sabía que habían sido detenidos por los rusos: Molkenthin, que no era miembro del Partido pero había ingresado en la SS para guardarse las espaldas y era un reportero inofensivo; Scharp, obligado a afiliarse al Partido en Praga en 1939; Sprang, un nazi auténtico; Wirths, un conocido antinazi, a quien los rusos se negaron a creer, pues era subdirector de *Das Reich;* John Brech, redactor de economía del mismo periódico, un antinazi que había sido obligado a ingresar en el Partido en 1938; un número incontable de personas de la DNB (Deutsche Nachrichten Büro; Oficina Alemana de Noticias, la agencia de prensa oficial), entre ellas algunos antinazis; Seibert, del *Völkische Beobachter*. Todos los demás habían huido a tiempo. Los realmente importantes se habían esfumado, como es natural, sin dejar rastro, pero los rusos eran demasiado estúpidos

para saberlo. El trato que se daba a los peces chicos no era excesivamente malo. La comida era correcta, y los interrogatorios corteses; lo más insoportable eran las condiciones de vida. Los banqueros conocidos de Margret salieron al cabo de dos o tres semanas. Tres chicas del Ministerio de Asuntos Exteriores estuvieron encerradas tres días, durante los cuales las golpearon y les arrancaron el pelo. Como fueron incapaces de decir a los rusos dónde se hallaban los jefazos, las soltaron. Los soviéticos detuvieron e interrogaron siguiendo los mismos métodos incluso a hombres y mujeres que habían participado en la Conspiración de julio.

Las cosas empeoraron cuando se obligó a los prisioneros a marchar a pie hacia su cautiverio. Algunos lograron escapar. Los rusos reaccionaban deteniendo en el siguiente pueblo a otras tantas personas; de esa manera se aseguraban de entregar el mismo número de internos que el recogido en la documentación. Se les requisaban pisos y muebles. Los presos sin importancia llevados a Polonia podían aparecer finalmente en la Zona Soviética. Jesko von Puttkamer, padrastro de Libussa von Krockow, cuya única actividad se había limitado a dirigir el Volkssturm en la Segunda Guerra Mundial, al parecer se hallaba en la prisión de Danzig. En la primavera de 1947, su familia recibió un mensaje donde se decía que se encontraba en un campo para prisioneros de guerra, en Leipzig. Libussa sabía cómo atravesar la Frontera Verde y se puso en camino hacia allí. Encontró el campo en un suburbio de la ciudad y habló con un prisionero a través del alambre de espino. Aquella misma noche volvió con una palanca. Al amanecer, su padrastro estaba libre.[121]

Las autoridades soviéticas no hacían distinciones: detenían tanto a monárquicos como a nazis. Hermine de Reuss, segunda mujer del emperador, podría haber sido calificada bajo ambos parámetros. Había coqueteado con los nazis antes de la Segunda Guerra Mundial dañando así la reputación de la familia de su marido. Tras la muerte del emperador en el año 1941 se había retirado al palacio de Saabor en Turingia. Al acabar la guerra se había refugiado cerca de allí con su hermana, la princesa Ida zu Stolberg-Rossla. El duque de Braunschweig, casado con Victoria Luisa, la hija del emperador, fue a Turingia para prevenirla sobre los rusos. Ella

repuso que como los ocupantes de Turingia eran los americanos no tenía motivos para mudarse, y se mantuvo terca cuando el duque le dijo: «Piensa tan sólo en quién eres; no debes caer en manos rusas». Hermine le replicó: «No tengo motivos para reprocharme nada. Me quedaré aquí». No la avisaron de la retirada de los americanos en julio, y los rusos no tardaron en llegar para detenerla. Tras un largo período sin noticias, reapareció en Fráncfort del Óder, donde permaneció bajo arresto domiciliario en las afueras de la ciudad. Falleció en agosto de 1947 de un ataque al corazón provocado por la «incertidumbre y por un profundo sufrimiento mental».[122]

Los rusos estaban muy interesados en echar mano a los principales comandantes que habían operado en su territorio, tanto si habían participado en las atrocidades cometidas como si no. Uno de los generales al que se atribuía un comportamiento humanitario era el mariscal de campo Ewald von Kleist. Hitler lo había destituido al mismo tiempo que a Erich von Manstein. Eran oficiales inteligentes, pero no nacionalsocialistas.[123] Kleist se retiró a sus propiedades de Silesia, y ante el avance del Ejército Rojo se trasladó a Baviera, donde fue detenido por los americanos, que lo entregaron a los yugoslavos en 1946 (Kleist había desempeñado una función importante en la invasión de Yugoslavia en 1941). En nueve años, el antiguo comandante del ejército estuvo encarcelado en no menos de veintisiete prisiones. Los yugoslavos lo juzgaron y lo condenaron a quince años como criminal de guerra. Al cabo de dos fue extraditado a Rusia, donde se le acusó –una amarga ironía– de «haber alienado a la población de la Unión Soviética con su actitud bondadosa y amable». En marzo de 1954 llegó al final de su calvario en el campo de Vladímir, donde se le permitió finalmente entablar contacto con su familia. Falleció en octubre de aquel mismo año de «arteriosclerosis e hipertensión generalizadas».[124]

El mariscal de campo Friedrich Paulus, vencido en Stalingrado, tuvo el dudoso honor de hallarse entre los cinco mil soldados, aproximadamente, que regresaron a Alemania, pero esto no ocurrió hasta noviembre de 1954, cuando ya había cumplido once años de condena. El trato que recibió no fue malo. Estuvo detenido en Moscú bajo arresto domiciliario, y a partir del 20 de julio de 1944, una vez que comenzó a cooperar con las autoridades

soviéticas, se le concedieron algunos privilegios. Ofreció pruebas a la acusación en Núremberg pero, incluso tras su liberación, no se le permitió unirse a su familia en Occidente y murió en Dresde, en 1957, de una afección neuromotriz.

Aunque los prisioneros de guerra alemanes llevaban una dura existencia en los campos rusos, unos pocos pudieron afirmar que las autoridades soviéticas les habían salvado la vida. Los Aliados occidentales habían cursado una orden de busca y captura sobre el *Brigadeführer* de la SS Wilhelm Mohnke, que dirigió la defensa del distrito del gobierno en Berlín en abril de 1945, por haber ordenado la ejecución de prisioneros de guerra desarmados. Fue hecho prisionero el 2 de mayo, y de haber caído en manos de los británicos o los americanos sin lugar a dudas habría sido ahorcado. Pero el caso es que fue liberado por los soviéticos en 1955, cuando los angloamericanos habían dejado ya de interesarse en llevar a los tribunales a criminales de guerra alemanes, y murió en la cama cuarenta y seis años más tarde.[125]

Los diez años que Mohnke pasó en cautividad tuvieron sus cosas buenas y sus cosas malas. Comenzaron con una comida notable en la Belle Alliance Strasse de Berlín. Tras su rendición, a Mohnke y a otros doce oficiales de la SS se les condujo a un edificio de cuatro plantas, invitados a un auténtico festín ruso, con caviar y vodka. Los alemanes no lograron devorar el ágape con el mismo placer que los rusos. La cena concluyó a las 22.30 y los alemanes fueron encerrados. Al día siguiente, Mohnke y Rattenhuber, del Servicio de Seguridad, Baur, el piloto de Hitler, y Günsche, su primer guardaespaldas, fueron llevados a un campamento de tránsito para oficiales alemanes de alto rango en Strausberg. El 9 de mayo los trasladaron de nuevo, esta vez a Rusia.[126]

Las autoridades soviéticas se negaron a extraditar a Mohnke o a dar ningún tipo de información sobre su paradero. Con el tiempo se vino abajo cualquier apariencia de cooperación en estos asuntos. Se dice que una de las razones de los británicos para juzgar a Manstein fue que no deseaban entregarlo a los soviéticos. Mohnke fue trasladado a la cárcel de Butirka y, finalmente, a Lubianka, donde paseaba por las galerías con el almirante

Erich Raeder y el mariscal de campo Ferdinand Schörner. Durante su estancia fue golpeado y torturado por agentes del servicio secreto soviético. Los interrogatorios de la NKVD no eran más benignos que los realizados por los americanos. Baur, por ejemplo, fue privado de sueño veintiuna noches seguidas.

Todas estas personas eran nazis de relevancia, pero hubo muchos hombres en los campos rusos que no tenían ninguna relación especial con el régimen. Heinz Pust fue un prisionero de guerra alemán típico cautivo de los soviéticos. Lo apresaron en Checoslovaquia como soldado del gran ejército de Schörner. El 9 de mayo de 1945 había oído a los soldados soviéticos disparar al aire. Hasta entonces no se había dado cuenta de que los alemanes estaban perdiendo la guerra, y mucho menos de que se estaban rindiendo. Le dieron documentación para regresar a casa, pero unos partisanos lo atraparon cuando se escondía en el bosque y lo encerraron en una escuela. Recibió un trato correcto después de que un policía local decidiera dar a los partisanos una lección sobre las leyes de la guerra. El 16 de mayo lo entregaron al Ejército Rojo.

Fue trasladado a Gueorguievski, en Rusia, junto con varios soldados húngaros. En el campo, la disciplina tendía a relajarse, hasta el punto de que a veces se podía entrar y salir de él a voluntad. La comida era mala, y los hombres padecían hambre. Dos o tres veces al día había *kasha*, «gachas». Disponían de 17 gramos de azúcar y 5 de tabaco, que liaban con periódicos viejos. Para complementar aquel suministro había una ración diaria de 300 a 600 gramos de pan húmedo y 17 gramos de manteca o carne. A veces les daban una sopa hecha a base de verduras podridas. Los prisioneros extendían el azúcar sobre el pan para hacerse la ilusión de comer un pastel. Pust recibió su primer paquete de casa en el año 1950 o 1951.[127]

En la Conferencia de Moscú celebrada en marzo de 1947, Mólotov afirmó que había 890.532 prisioneros alemanes cautivos de los rusos. El anuncio supuso una terrible decepción: sólo seguía con vida un tercio de los alemanes desaparecidos.[128] Pust oyó decir que todos los prisioneros de guerra serían liberados a finales de 1948, «pero el año 1948 vino y se fue sin que nadie de nuestro campo constatara ninguna aceleración en el

proceso».[129] Es posible que Clay no creyera a los rusos, pero podía darse cuenta de que disponía de un garrote para golpear al enemigo cuando exigió que se adoptara una postura de mayor dureza: «Digamos la verdad acerca de Moscú». (Lo cierto es que tenían dos millones de prisioneros de guerra.) Según explicó al senador Kenneth Keating: «No debemos ser los primeros en ponernos nerviosos en esta guerra de nervios».[130]

Los rusos no celebraron juicios hasta 1949. La mayoría de los presos importantes recibieron una misma condena: veinte años de trabajos forzados. El 6 de diciembre de 1949, Pust fue acusado de crímenes de guerra. En Moscú fue puesto bajo «custodia para investigación». Los hombres eran juzgados por tandas. El proceso apenas duraba de quince a veinte minutos. Todos fueron condenados a veinte años, incluso –al parecer– un conductor berlinés de autobuses cuyo mayor delito era que había sido capturado vestido con su uniforme. A partir de ese momento, la detención de Pust adquirió por primera vez rango oficial. En Rostov del Don le afeitaron la cabeza y le tomaron una fotografía y las huellas dactilares.[131]

Los generales y oficiales de Estado Mayor estaban eximidos de trabajar, pero eso no siempre significaba una vida más llevadera, así que muchos se prestaron voluntarios, sencillamente para tener algo que hacer. Fueron enviados al campo de los generales en Vóikova, donde había 186 comandantes alemanes de alto rango; allí pelaban patatas, cuidaban la huerta, daban de comer a los conejos y recogían la cosecha. Aunque los oficiales podían llevar una vida indolente, las posibilidades de salir de allí eran escasas. Cuanto más alto fuese su rango, menos probable era el indulto: en 1947, los oficiales representaban el 7 % de los presos retenidos, pero en 1949, el porcentaje había ascendido al 36 %.[132] Hasta la muerte de Stalin, en 1953, no hubo esperanzas de suspensión de las penas. Tras la visita del canciller Adenauer en 1955, aparecieron en el campamento tres generales rusos para notificarles que estaban libres. Mohnke y sus camaradas fueron agasajados entonces por sus captores soviéticos con un segundo festín.

Pust fue uno de los veintisiete mil prisioneros de guerra que supieron que no serían liberados hasta 1974, pero a pesar de aquel veredicto cruel, los presos comenzaron a salir por lotes con mayor regularidad. Los primeros en marchar fueron los húngaros y los rumanos, probablemente porque sus países eran para entonces satélites de la Unión Soviética. Los libros eran fundamentales. Un camarada de armas había dado a Pust un ejemplar de la primera parte del *Fausto*, y ahora la sabía de memoria. En el campo aparecieron algunos libros publicados por la editorial Aufbau;[N13] eran traducciones de Gorki y Tolstói al alemán, así como literatura alemana aceptable: Plivier, Heinrich Mann y Arnold Zweig. La situación duró tanto como Stalin; luego, Pust volvió a casa.

Otto Engelbert vivió una experiencia distinta de la de Pust. Se apuntó voluntario para asistir a la escuela antifascista de Talizy: libertad a cambio de adoctrinamiento político. Marchó allí en noviembre de 1945. La localidad de Talizy había sido construida durante la Primera Guerra Mundial como colonia penitenciaria. La zona era rica en turba, que se utilizaba como combustible en las centrales eléctricas locales. Los prisioneros eran evaluados a su llegada mediante preguntas sobre su postura respecto a Prusia oriental y Silesia y acerca de lo que pensaban sobre la línea Óder-Neisse. Luego pasaban a la siguiente fase: cursos de historia según la dialéctica marxista. Se les daban clases sobre los motivos para la derrota de Hitler; las fuentes del poder victorioso de la URSS; las primeras fases del desarrollo del capitalismo industrial de Alemania (1500-1815); los fundamentos del capitalismo; la Revolución de 1848; la creación de Prusia-Alemania; la Prusia reaccionaria y el militarismo prusiano; el imperialismo; el desarrollo del movimiento obrero; la Revolución de Noviembre, etcétera.[133] Cuando Engelbert concluyó el curso, pronunció un juramento de combatir el hitlerismo. La recompensa fue un auténtico festín. Se mató un cerdo y hubo comida, pasteles y té, vino y aguardiente. A los intelectuales, sin embargo, no se les liberó. Engelbert fue enviado de vuelta a Alemania para difundir la palabra.[134]

Las prisiones de Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia

Polonia era, sin lugar a dudas, un auténtico cliente de la Unión Soviética y retenía a decenas de miles de soldados alemanes. Esta situación preocupaba a Clay en el verano de 1948: «Siempre he presionado para forzar el regreso de los prisioneros de guerra alemanes». Los informes que recibía le decían que, cuando ya habían transcurrido más de tres años desde el cese de las hostilidades, todavía quedaban cuarenta mil. Aquel año había llegado a la Zona Estadounidense la mísera cifra de veintiuno. Las organizaciones alemanas dedicadas a seguir su rastro habían informado al comandante estadounidense de que «creían, además, que los prisioneros de guerra estaban recibiendo un pésimo trato».[135] En las minas de Neuhammer, en Silesia, el índice de mortalidad era del 15%, con un total de 5.400 muertes. El campo de Jaworzno se cobró las vidas de 1.817 militares y civiles. Se habla de un total de 4.500 muertos en los campos, pero la cifra es sospechosamente baja.[136] En Varsovia, los alemanes reconstruyeron el centro histórico, recuperando los edificios destruidos por la guerra relámpago de 1939 y la devastación generalizada del corazón histórico de la ciudad tras el levantamiento de Varsovia. En 1950 quedaban aún en Polonia 4.240 prisioneros de guerra alemanes.[137] Uno que nunca regresó fue el *Gauleiter* Koch, que vivió en una cárcel polaca hasta una edad notablemente avanzada.

En 1950 aún había 600 alemanes trabajando duramente en las minas de uranio de Joachimstal, en Checoslovaquia, para abastecer el programa ruso de fabricación de bombas atómicas.[138] Los checos afirmaron que, de los 25.000 prisioneros de guerra que tenían, se había dado muerte a 1.250.[139] Los yugoslavos estuvieron en el bando de los más draconianos. La cifra oficial de prisioneros de guerra muertos bajo su custodia se sitúa en 6.215, pero este número se considera, «con mucho, demasiado bajo»: un cálculo de 80.000 se acercaría más a la verdad.[140] Una de las tareas más livianas que se vieron obligados a realizar los prisioneros fue la construcción y

decoración del nuevo palacio de verano de Tito y posterior residencia de invitados a orillas del lago Bled. Se llamó a un pintor para que decorara una habitación en forma de doble cubo en la primera planta con escenas espeluznantes que representaban combates entre las fuerzas de Tito y de Hitler. Los prisioneros de guerra alemanes representaron todos los papeles, desde los de hombres masacrados que cubrían el campo de batalla hasta los de guerreros yugoslavos que los atravesaban con sus bayonetas.[141] El lote final de 1.300 alemanes fue enviado a casa en 1949.[142]

El retorno del guerrero

Una vez liberado, el regreso al hogar del prisionero de guerra podía resultar agridulce. Ruth Friedrich se sintió horrorizada al observar en el Sector Estadounidense de Berlín el retorno de los guerreros alemanes. «¡Oh, Dios mío! ¡Qué mala puede ser la desdicha!»

Los harapos que cubrían a los alemanes contrastaban con los elegantes uniformes de los americanos que paseaban por Steglitz el 30 de julio de 1945. Unos no tenían brazos, a otros les faltaban las piernas; mostraban síntomas de enfermedad y pestilencia; se sentían abandonados y perdidos.[143] La experiencia de los soldados al regresar constituye el trasfondo de algunos de los primeros relatos del novelista Heinrich Böll, y fue el tema de la obra de teatro *Draussen vor der Tür* [Fuera, delante de la puerta], del escritor Wolfgang Borchert.

Borchert y Böll vivieron aquella época y hablaban por experiencia. Borchert, aspirante a actor y combatiente en el frente del este, había sido herido y enviado de vuelta a Alemania, pero seguidamente fue obligado a reincorporarse a filas sin haberse restablecido por completo. La enfermedad que contrajo por el mal tratamiento recibido en el hospital acabaría con su vida a los veintiséis años. *Draussen vor der Tür* se estrenó el 21 de noviembre de 1947, al día siguiente de su muerte. Más tarde se filmó con el título de *Liebe 1947*.

En la obra, el suboficial Beckmann regresa de Siberia y encuentra a su mujer en la cama con otro hombre. Intenta ahogarse en el Elba, pero el río lo expulsa. Pasa a ser uno más de la masa de alemanes repudiados, cuya derrota y complicidad en el crimen los ha hecho repulsivos incluso para sus propias mujeres: «Vuestra Alemania está fuera, en la noche lluviosa, en la calle».[144] Beckmann es responsable de una pequeña masacre sufrida por sus hombres y quiere liberarse de ella. Con la esperanza de traspasarle la responsabilidad, va a ver a su coronel. Éste es un hombre próspero que no quiere saber nada del asunto. Beckmann busca a sus padres. Están muertos. Han sido nazis y, como tales, arrojados a la calle al final de la guerra: también ellos están «fuera, delante de la puerta». Prefirieron la muerte a la desnazificación. Al principio, se topa con un Dios lúgubre, pero no consigue volver a encontrarlo: «¿Dónde está ese anciano que se llama Dios a sí mismo?». A Beckmann se le despide con portazos cuando busca trabajo, mujeres y humanidad:

> ¡Así es la vida! Hay un hombre, y ese hombre vuelve a Alemania. ¡Tiene hambre y cojea! ¡Un hombre vuelve a Alemania! Vuelve a casa, y allí está su cama ocupada. Una puerta se cierra de golpe, y él se queda fuera.[145]

Hay un tema recurrente en la literatura de Böll. En *Die Botschaft* [La noticia], un soldado devuelve los efectos de un compañero muerto a su viuda. Al llegar, la ve riéndose con otro hombre. Deja en el suelo el anillo de matrimonio, el reloj y la cartilla militar del soldado y unas pocas fotografías manoseadas. La mujer tiene que sentarse; «y constaté que la guerra nunca acabará mientras alguien sangre por una herida causada por ella». La viuda quiere saber si su marido murió en el este. No, dice el portador de la noticia. «No..., en el oeste, en un campo para prisioneros de guerra donde había más de cien mil...

»–¿Y cuándo...?

»–En julio de 1945 –dije en voz baja.»

Una diferencia entre los prisioneros de los campos británicos y los que estaban cautivos en los americanos era que los británicos permitían a los

alemanes portar sus distintivos de rango y los americanos no. En el relato de Böll titulado «Cuando acabó la guerra», el pequeño literato se afana en volver a coser el galón en su uniforme mientras los soldados se dirigen hacia Bonn y la libertad en octubre de 1945. El narrador cuenta cómo fue tratado por los británicos y por los americanos. Había sido capturado por estos últimos en abril. El cabo le pregunta: «¿De las Juventudes Hitlerianas, de la SA o del Partido?», a lo que él le responde: «De nada». Entonces el americano le increpa y acusa a su abuela de diversas prácticas sexuales que el cautivo no logra entender, pues su inglés no es lo bastante bueno.

Cuando más tarde un cabo inglés le pide la documentación, el alemán le dice que no tiene ningún papel. Había vendido su cartilla militar por un par de cigarrillos. El inglés lo cachea y le encuentra un diario que ha escrito durante el cautiverio: cien páginas de letra apretada formadas con bolsas de papel grapadas. El cabo, furioso, las arroja a las letrinas. Se supone que nadie sabía qué estaba pasando.

N1. En Langwasser, casi con seguridad. Véase p. 608.

N2. Los rusos eran muy capaces de hacer lo mismo: en Katyn asesinaron a la gran mayoría del cuerpo de oficiales polaco.

N3. En la British Library, por ejemplo, los libros se conservan bajo el código «Cup», reservado normalmente a material pornográfico, y quienes los utilizan deben sentarse a una mesa especial donde pueden ser vigilados con mayor atención.

N4. Sobre los *Rheinwiesenlager* y Rheinberg, véanse pp. 600-602.

N5. Un método muy nacionalsocialista, dicho sea de paso, para impedir que alguien eludiera tomar una decisión difícil.

N6. Schwerin von Krosigk fue director ministerial –o secretario de Estado– en el gobierno de Brüning. Formó parte del gabinete durante el mandato de Papen.

N7. Véase p. 622.

N8. El MI5 tenía otro centro de interrogatorios en Latchmere House, en el Londres suburbano (el Campo 020). Estuvo bajo el mando del coronel Robin Stephens hasta el traslado de éste a Bad Nenndorf.

N9. Véanse pp. 464-467.

N10. El verbo «reasentar» tenía un significado especialmente mortífero cuando los nazis lo aplicaban a los judíos.

N11. Esta circunstancia se remontaba a la Primera Guerra Mundial. Entre los alemanes y los soldados negros estadounidenses había, en general, cierta simpatía. Véanse pp. 370-371.

N12. La palabra *Wackes*, que significa «imbécil», fue responsable del denominado Incidente Zabern en 1913, cuando el trato dado a los alsacianos por el ejército alemán desembocó en manifestaciones de masas y provocó una moción de censura contra el canciller alemán en el Reichstag.

N13. Véase p. 344.

16

Los juicios

> Habíamos jugado, todos nosotros, y habíamos perdido: habíamos perdido Alemania, la buena fama de nuestro país y una parte considerable de nuestra integridad personal. Existía la posibilidad de mostrar un poco de dignidad, un poco de hombría o de coraje y de dejar claro que, después de todo aquello de lo que se nos acusaba, al menos no éramos también cobardes.
>
> ALBERT SPEER, *Spandau: The Secret Diaries*, Londres, 1976, p. 14

La decisión de los Aliados de procesar a los dirigentes nazis tenía un precedente. El artículo 227 del Tratado de Versalles, de 1919, estipulaba que se juzgara a los principales «criminales de guerra» alemanes, empezando por el emperador, quien, según declaró Lloyd George, merecía ser colgado. Pedía la extradición de hasta mil alemanes, pero acabó siendo un fiasco: ni Holanda –donde se había garantizado asilo a Guillermo II– ni una Alemania no ocupada en gran parte iban a acceder a entregar a los acusados. En una muestra de buena voluntad, los propios alemanes organizaron un juicio en Leipzig. Se declaró culpables a trece hombres, pero debido a su consideración de héroes en Alemania todos lograron eludir la condena.[1]

En sus varias reuniones, los Aliados de la Segunda Guerra Mundial estuvieron de acuerdo en la necesidad de liquidar a los nazis más prominentes. La cuestión era cómo. ¿Debían ser objeto de una ejecución sumaria, había que someterlos a un consejo de guerra, o acaso los vencedores debían arriesgarse a emprender un proceso contra ellos?[2] Cuando, en octubre de 1943, se discutió en Moscú el destino de los

«criminales de guerra», el secretario de Estado estadounidense, Cordell Hull, se mostró partidario de celebrar un consejo de guerra. La delegación soviética no pudo estar más de acuerdo; en palabras de su juez en los juicios de Núremberg, el general Yona Nikítchenko, los acusados eran «criminales de guerra [...] que ya han sido declarados culpables». Los británicos y Anthony Eden fueron quienes recordaron a la conferencia las «formas legales». Si bien la importancia de la forma legal era evidente, todos sabían a quiénes querían eliminar. El fiscal británico, el ministro de Justicia sir David Maxwell Fyfe, lo resumió en pocas palabras: «Nuestra tarea [...] consiste en hacer que se juzgue y condene a los nazis más destacados y se ejecute a muchos de ellos». El superior de Hull, el presidente Roosevelt, era favorable a su fusilamiento y nombró un juez para que contemplara esa posibilidad. Sin embargo, los asesores del presidente le recordaron a Roosevelt la ilegalidad del procedimiento. Estados Unidos tomó otro rumbo y pidió un juicio, y la Unión Soviética se sumó a su demanda. Para entonces los británicos habían cambiado de opinión y estaban a favor ¡de una ejecución sumaria![3]

Si iban a celebrarse juicios, tenía que existir una legislación en función de la cual serían juzgados; según la arcana máxima: *nulla poena sine lege* («no hay castigo sin una ley»), citada también como: *nullum crimen sine lege*. Los Aliados debían inventar un cuerpo legal que criminalizase los delitos nazis, con vigencia retroactiva para cubrir el período en cuestión. Sería un código legal basado en la fusión de dos convenciones: la Convención de La Haya sobre la guerra en tierra, de 1907, y la Convención de Ginebra de 1928, en la que había participado Alemania (pero no la Rusia Soviética). Se argumentó que la Convención de La Haya se había limitado a enmarcar unas leyes y usos existentes desde hacía siglos, pero había sido recopilada en un momento en que se desconocía, por ejemplo, la guerra aérea y en que no se tenían en cuenta los ejércitos de guerrilla. Algunas cuestiones se mostraron con una claridad cristalina: el artículo 23 de la Convención de Ginebra estipulaba que era ilegal matar o herir a un soldado que había depuesto las armas. También era ilegal negar cuartel. Los soldados alemanes llevaban los Diez Mandamientos impresos en sus

cartillas militares. Se suponía, correctamente, que quienes habían liquidado a prisioneros de guerra sabían que habían actuado incorrectamente, y hubo casos en que sus compañeros de armas les hicieron el vacío por ello considerándolos unos parias.

El resultado de aquella fusión fueron los «Principios de Núremberg». Estos Principios fueron la base del Royal Warrant (Mandato Real) del 18 de junio de 1945, utilizado por los tribunales militares de la Zona Británica. Los británicos definieron el «crimen de guerra» como la violación de las leyes y usos de la guerra. Stalin empleó todos los medios a su alcance contra los ejércitos invasores, y no se atuvo al guión. A los soldados alemanes les aterraba con razón caer vivos en manos del enemigo. Cuando las tropas alemanas eran masacradas en retaguardia, tomaban salvajes represalias contra la población civil de la Unión Soviética. Esas medidas hicieron perder amigos a los ejércitos alemanes desde la época de la guerra franco-prusiana, pero eran un «uso» aceptado, permitido por el artículo 453 del Código Británico de Justicia Militar. Según lo expuso Reginald Paget, diputado laborista y consejero del rey, «era realmente irracional esperar que los alemanes combatieran contra aquellos practicantes de lucha libre ateniéndose a las reglas del marqués de Queensberry».[4] Los americanos fueron aún más implacables:

> Un tiro merecía la destrucción de un pueblo. Veréis los resultados reflejados en algunos montones de ruinas en Baviera y Franconia. A medida que avanzaban, si se disparaba un tiro desde un pueblo, los soldados se detenían o lo evacuaban y llamaban a la aviación. Los montones de escombros dispersos en esta comarca rural relativamente indemne son muy llamativos. El resultado fue que apenas hubo bajas entre los americanos.[5]

Los alemanes debían ser juzgados por su comportamiento en territorio extranjero. Esta norma se insertó a instancias de rusos y franceses. En ella se incluía el trato dado a los civiles: asesinatos, abusos, deportaciones, trabajo esclavo, el asesinato de prisioneros de guerra, la muerte de rehenes, el pillaje de la propiedad pública o privada, «la destrucción gratuita de ciudades y pueblos o la devastación no justificada por una necesidad militar».[6] La palabra «genocidio» fue un neologismo para designar un

crimen relativamente nuevo. En los primeros procesos, la aniquilación de los judíos europeos figuró sólo como una pequeña parte de los cargos contra los alemanes. La matanza de judíos alemanes y austriacos en el territorio del Gran Reich alemán no quedaba automáticamente cubierta, pues, en teoría, un Estado soberano tenía derecho legal a deshacerse de sus ciudadanos como creyera conveniente. Por otra parte, había un acuerdo para acabar con la vida de Julius Streicher, razón por la cual hubo que forzar un poco las sutilezas legales ya que, en realidad, no era culpable de ningún otro delito que hubiese llamado la atención de los Aliados.[7] La persecución de los judíos alemanes y austriacos en sus propios países quedó, por tanto, vagamente incluida bajo la disposición de «agresión y preparación para una guerra injusta».

Los rusos apenas se interesaron por la masacre de los judíos, a pesar de que los nazis exterminaron a medio millón de los suyos. La razón de ello fue el antisemitismo galopante que ellos mismos habían experimentado tras la guerra como reacción contra el auge del sionismo. Por otra parte, cuando hubo que desbaratar la firmeza de los acusados, la acusación consideró cada vez más útil la Solución Final. Las filmaciones de los campos de concentración tuvieron un efecto aleccionador incluso sobre actores de la talla de Göring y Hess. En el momento de iniciarse los procesos no había ya ningún alemán antisemita. Según afirmó con mucha expresividad un comentarista posterior,

> apenas hubo un acusado que no pudiera presentar pruebas de haber ayudado a algún profesor de física semijudío o de haber utilizado su influencia para permitir que el director judío de una orquesta sinfónica siguiera en su puesto un poco más, o de haber intervenido en favor de algún matrimonio mixto en algún problema de vivienda.[8]

Al principio, los grupos judíos presentaron pocas solicitudes de condena. Henry Morgenthau fue una voz en el desierto, y Truman, a su vez, quiso mantenerlo en esa situación. Más tarde dimitió enfurruñado. Zalman Grinberg, presidente de los judíos liberados en la Zona Estadounidense, acusó a los Aliados de falta de interés, y se preguntó si habría sido así en el

caso de que otra raza hubiera sido víctima de una purga similar. Morgenthau siguió lanzando rayos y truenos, lo mismo que el consejero presidencial Bernard Baruch y el columnista Walter Winchell, pero no se les prestó mucha atención. Por otra parte, la enormidad de los crímenes cometidos por los alemanes incitó a los americanos a solicitar los castigos más severos en la primavera de 1945. Joseph Pulitzer, del *St Louis Post-Despatch*, defendía que era necesario fusilar a 150.000 nazis. El congresista Dewey Short, de Missouri, abogó porque se llevaran a cabo ejecuciones masivas de miembros de la SS y la OKW, el Alto mando del ejército alemán.[9]

La hipocresía de los Principios de Núremberg alarmó a no poca gente. Uno de ellos fue el jurista indio Rahabinode Pal, juez en los procesos de Tokio, que disintió de los fallos y consideró que las sentencias dictadas eran regresivas, «una farsa de utilización del procedimiento legal para satisfacer una sed de venganza». Al mariscal de campo lord Montgomery tampoco le gustó el contenido de los juicios, que «han convertido en crimen librar una guerra sin éxito, lo que llevaría a que los generales del bando derrotado fueran juzgados y ahorcados después de los hechos». Montgomery entendía que si los alemanes hubiesen ganado la guerra, él mismo podría haber sido juzgado.[N1] Poco después de que un tribunal militar británico, que celebraba sus sesiones en un edificio llamado apropiadamente Curio-Haus («Casa de Curión»), condenara al mariscal de campo Erich von Manstein a dieciocho años de cárcel, estalló la guerra de Corea y la prensa alemana informó encantada de que el ejército estadounidense estaba siendo acusado de las mismas atrocidades que se achacaban al mariscal de campo.[10]

Muchos fueron los observadores contemporáneos que estuvieron de acuerdo con las tesis de Pal y creyeron que las docenas de juicios celebrados tras el final de la guerra no fueron sino simples ejemplos de la justicia del vencedor. Entre estas voces discordantes había militares, juristas y jueces. Los soviéticos, que enviaron a un general como fiscal de los principales procesos de Núremberg (un hombre que había participado en juicios amañados en la década de 1930 y que más tarde fue director del campo de concentración de Sachsenhausen en los primeros años en que estuvo gestionado por los soviéticos) y a un oficial de menor graduación

como juez, recordaron constantemente a los Aliados occidentales que el objetivo del tribunal era castigar al enemigo derrotado. No obstante, la actitud de los soviéticos fue en algunos sentidos la más indulgente, pues entre todas las naciones que habían derrotado a la Alemania nazi, ellos habían cometido atrocidades a una escala similar más probablemente que cualquier otra.

El consejero real británico Reginald Paget fue una de las voces más estentóreas en alzarse contra los procesos. Accedió a dirigir gratis el equipo de la defensa del mariscal de campo Von Manstein y describió el Mandato Real como «un simple ejercicio del poder del vencedor sobre el vencido». En lo que a él le concernía, en un tribunal inglés ninguna de las acusaciones habrían estado garantizadas, y todas habrían sido anuladas por el Tribunal de Apelación. En opinión de Paget, el conquistador no tenía derecho a imponer una forma de juicio que él mismo «calificaría de inadecuada para sus propios ciudadanos».[11]

Y, sin embargo, había que hacer algo. Los alemanes habían cometido actos terribles. Afirmar que lo que hicieron no era en absoluto ilegal porque obedecían órdenes superiores o estaban llevando a cabo planes secretos del Estado no era, sencillamente, una explicación suficientemente buena: no todos los alemanes habían permanecido sentados a la espera de que se les transmitieran órdenes homicidas; muchos habían actuado por iniciativa propia. Los juicios tenían también la ventaja añadida de registrar las acciones del régimen nazi al proporcionar bajo juramento un cúmulo de pruebas sobre los actos del Estado. Además, tendrían el efecto de asignar culpabilidades. El fiscal estadounidense Robert H. Jackson, miembro del Tribunal Supremo de Estados Unidos, fue muy claro al respecto: no estaban juzgando al pueblo alemán, sino sólo a quienes se sentaban en el banquillo. Aunque hubo muchos que condenaron los procesos en aquel momento, se estableció un precedente para juzgar crímenes de guerra y contra la humanidad, y hoy en día son escasas las protestas contra la jurisdicción universal. Clay fue consciente de que los tribunales estaban creando algo. En una carta del 17 de octubre al coronel Telford Taylor, sucesor de Jackson, decía:

> En Núremberg no estamos actuando contra unos individuos concretos, sino creando un procedimiento para el futuro. La historia no va a distinguir entre un Von Rundstedt y un Von Leeb.[12]

Los Principios de Núremberg implicaban que cualquier oficial que recibiese una orden que *posteriormente* pudiera interpretarse como criminal, debía negarse a ejecutarla, aunque –según señaló Paget– el código militar, tanto el británico como el estadounidense, permitía esgrimir el cumplimiento de órdenes superiores como defensa en casos de acciones «criminales».[13] Para un oficial, esa negativa significaba en la realidad renunciar a su rango. En la Alemania nazi, la respuesta habría sido una corte marcial y el pelotón de fusilamiento. El coronel general Beck renunció, de hecho, al mando en 1938 y animó a otros generales a seguir su ejemplo (ninguno lo hizo), pero aquel suceso no tuvo lugar en tiempo de guerra. Beck fue uno de los agitadores que apoyaron las diversas conspiraciones militares y civiles para deponer o asesinar a Hitler entre 1938 y el 20 de julio de 1944, fecha en que lo pagó con su vida.

Pensar que los generales gozaban de autoridad absoluta en sus ámbitos de mando equivalía también a no entender la naturaleza del régimen de Hitler. El Führer, al igual que Stalin, era un firme seguidor de la máxima *divide et impera*. Él era el único que había tenido un poder sin cortapisas; sus subordinados debían pelearse para ocupar posiciones en un escalafón inferior a él. En el campo de batalla, esa pelea se convirtió en una lucha por el control entre la SS y la Wehrmacht. La SS daba cuenta a Himmler, quien respondía ante Hitler. La Waffen-SS tenía la ventaja de contar con mejores pertrechos, mientras que el ejército tradicional solía realizar sus campañas bajo la dirección de generales experimentados, la mayoría de los cuales procedían del cuerpo tradicional de oficiales prusianos. El SD era el responsable del trabajo sucio en la retaguardia. También él rendía cuentas a Himmler, pero era el mando general el que tomaba las decisiones de sus actuaciones en el terreno de la Wehrmacht, lo cual –como era frecuente en el Estado hitleriano– suponía hacer a los generales tradicionales *cómplices*

de las acciones del SD al cooperar con él o acceder a asumir sus funciones capturando a comisarios, partisanos o judíos.

Paget señaló que los «usos» no se consideraban vinculantes en el Código de Justicia Militar británico, y que los «beligerantes podían no tenerlos en cuenta». El Mandato Real, que había adquirido forma en los Principios de Núremberg, presentaba otros aspectos sospechosos: no se permitía al acusado conocer los cargos ni las pruebas que se aducían en su contra; éste no podía recusar la autoridad o la jurisdicción del tribunal; no podía insistir en ser juzgado por sus pares, y, en general, estaba sujeto al juicio de quienes tenían un rango inferior y, por tanto, una responsabilidad disminuida. El Mandato Real no tenía en cuenta las normas sobre pruebas y testimonios por referencia, admitidas desde antiguo. No sólo se daba crédito a las declaraciones de testigos de oídas, sino que, además, no se convocaba a los testigos, que no podían ser preguntados de nuevo. Tampoco existía el derecho a apelar.[14]

Paget explicó, además, con claridad que los acusados seguían siendo prisioneros de guerra, pues Gran Bretaña no había puesto fin a las hostilidades, y en cuanto tales podían solicitar un trato especial. Los prisioneros de guerra tenían derechos en la legislación internacional: el captor debía tratarlos tan bien como a sus propias tropas y someterlos a las mismas leyes que aplicaría a sus propios hombres.[15]

Interrogatorios

Antes de que los criminales de guerra alemanes pudieran ser llevados a juicio había que detenerlos e interrogarlos. Los británicos, por ejemplo, disponían de un grupo notable de cazadores de nazis. Entre ellos había hombres que más tarde se hicieron famosos en otros ámbitos, como Robert Maxwell[16] y el historiador Hugh Trevor-Roper. Los interrogatorios y los detalles acumulados sobre crímenes nazis tenían otra función: podían ser utilizados contra la población alemana. En aquellos momentos, Trevor-Roper estaba recopilando su informe para los servicios secretos británicos.

El informe fue publicado con el título *Los últimos días de Hitler* y se consideró una excelente propaganda a favor de la causa de los Aliados. Trevor-Roper no necesitaba que le animaran a denigrar a los dirigentes nazis y mostrar a los alemanes como unos necios por haberlos seguido.[N2]

Maxwell era un judío checo, y muchos de los contratados para encontrar a los nazis eran judíos de Alemania y Austria. Podían interrogar a los alemanes en su propio idioma, y en muchos casos sentían una motivación auténtica por su labor. Uno de ellos era Peter A. Alexander, antiguo empleado de banca originario de Viena. El comandante Frederick Warner (antes Manfred Werner, de Hamburgo) y el teniente coronel Bryant (Breuer) formaban parte de un equipo de ochenta hombres que detuvieron, entre muchos otros, al jefe de la Gestapo de Bremen, el doctor Schweder. Lo pusieron en manos de un grupo de oficiales de la RAF. Schweder pensó que lo tratarían con relativa amabilidad, pero no fue así, y los oficiales organizaron un juicio farsa según la mejor tradición de la Gestapo, de modo que Schweder creyó que ya había llegado su hora. Cuando Warner regresó, se sintió muy contento de verlo.[17]

Peter Jackson (apellidado anteriormente Jacobus) fue el responsable de la detención de Rudolf Höss, el comandante de Auschwitz, cuyo rastro siguió hasta la cocina de una granja donde se ocultaba. Sus oficiales superiores sabían que la madre de Jackson había sido asesinada en Auschwitz pero, aun así, creían que era el único hombre apropiado para interrogar al prisionero. Jackson sólo pudo superar la repugnancia que sentía hacia Höss bebiendo grandes cantidades de whisky. Al parecer estuvo borracho una semana.[18]

El antiguo zapador Anton Freud fue el hombre que capturó al doctor Tesch, que había fabricado el gas para las «duchas» de Auschwitz. El equipo de Freud apresó también a Oswald Pohl, adjunto de Himmler, que fue entregado en Núremberg y condenado a muerte. Fred Pelican (nacido en Polonia y cuyo nombre original era Friedrich Pelikan) fue quien cazó a Hans Esser, el dirigente nazi de la localidad silesia de Neuss. El sargento de aviación Wieselmann participó en la búsqueda de los autores de la muerte de los cincuenta aviadores británicos fusilados tras la Gran Escapada. Un tal

sargento Portman trabajó en el informe concerniente a la muerte de siete mil judíos que habían perecido mientras eran trasladados de un campo de concentración a otro.

Un nazi que interesó de manera especial a los británicos fue William Joyce, el fascista de padre irlandés nacido en Estados Unidos y conocido por todo el mundo como «Lord Haw-Haw». Había huido de Hamburgo y vivía con su mujer en una posada cerca de la frontera danesa. El 28 de mayo de 1945, dos oficiales británicos estaban en el bosque del lugar buscando leña para el fuego. Joyce, enfrascado en la misma tarea, no pudo resistirse a echarles una mano y les gritó en francés indicándoles dónde podrían encontrar algunos leños. Luego, repitió para sí en inglés: «Aquí hay algunos más». Los oficiales reconocieron su voz al instante: «¿No será usted por casualidad William Joyce?». El aludido se llevó la mano al bolsillo. El oficial, pensando que iba a sacar una pistola, le disparó a la pierna. Joyce aseguró entre lamentos que su nombre era Fritz Hansen (según su documentación falsa alemana se llamaba *Wilhelm* Hansen), pero todavía portaba su pasaporte militar, donde aparecía como William Joyce. Fue llevado a Gran Bretaña, donde, con dudosa legalidad, fue juzgado por traición y ahorcado en la prisión de Wandsworth.[19]

A pesar de la inmensa red de arrastre lanzada y las numerosas fuerzas a disposición de los Aliados, los nazis de alto rango ejecutados fueron muy pocos. Muchos de los más relevantes, como Hitler y Goebbels, se dieron muerte antes de ser capturados. Otros lograron suicidarse en cautividad. Un número sorprendentemente alto de dirigentes nazis consiguió envenenarse entre rejas, lo que planteó la cuestión de si los Aliados no hacían la vista gorda ante aquellos hechos. En sus memorias, Franz von Papen afirma que en dos ocasiones se le ofrecieron medios para quitarse la vida, y que los autores de la propuesta fueron en ambos casos guardianes americanos.[20]

Himmler, el criminal de guerra más importante después de Adolf Hitler, nunca compareció ante un tribunal. Tras haber sido rechazado por Dönitz, dio instrucciones a los principales hombres de la SS de su entorno para que desaparecieran mientras él trataba de pasar inadvertido en Flensburg junto con su amante y los hijos de ambos. Los miembros más destacados de la SS

recibieron documentación falsa y cápsulas de cianuro. El propio Himmler tomó la identidad del sargento Heinrich Hitzinger, de la Policía Secreta Militar, un hombre al que había ordenado ejecutar por derrotismo. Se afeitó el bigote y, tras ponerse un parche sobre un ojo, se dispuso a unirse a los *Werwölfe* en Baviera. Por desgracia para Himmler, los Aliados habían puesto fuera de la ley a la Policía Secreta Militar y el 21 de mayo los británicos lo capturaron a medio camino ente Hamburgo y Bremen.

Los británicos no lo reconocieron. Finalmente, fue el propio Himmler quien reveló su identidad. Seguía pensando que tenía algo que ofrecer a los Aliados occidentales y pidió reunirse con Montgomery o con Churchill. En el cuartel general del II Ejército, en Barfeld, lo desnudaron para un cacheo. Un capitán apellidado Selvester descubrió que llevaba encima dos tubos de latón. No está del todo claro por qué no le examinaron la boca. Selvester alertó al jefe de los servicios de inteligencia de Montgomery, el coronel Michael Murphy, quien dio órdenes de demorar el inicio del interrogatorio formal hasta su llegada. Selvester pidió unos bocadillos de crema de queso para el prisionero y lo vigiló mientras comía. Un oficial del servicio de inteligencia no pudo reprimirse de provocar a Himmler con unas fotografías de cadáveres tomadas en Buchenwald. Himmler se encogió de hombros: «¿Soy responsable de los excesos cometidos por mis subordinados?».[21] Se trataba de una respuesta extraordinaria, pues, evidentemente, lo era.

Le llevaron una muda, pero Himmler se negó a vestir un uniforme británico y prefirió envolverse en una manta. Todavía insistía en que quería ver a Montgomery o a Churchill. El coronel Murphy llegó a las ocho y ordenó que lo introdujeran en su coche. Murphy lo trató con brusquedad y le llamó «hijo de puta». Fue conducido a una villa a las afueras de Lüneburg y un sargento mayor apellidado Austin le ordenó desnudarse de nuevo. Himmler respondió diciendo: «No sabe quién soy». Austin le replicó: «¡Oh!, claro que lo sé: usted es Himmler. *Ausziehen!* (¡Desnúdese!)». A continuación, Himmler fue examinado por el doctor C. J. L. Wells, quien vio la cápsula que llevaba en la boca. Sin embargo, Himmler fue demasiado rápido para ellos y consiguió retirarla con la lengua y romperla. Se hicieron intentos para salvarlo, pero el efecto del veneno fue

inmediato. Himmler murió poco después de las once de la noche del 23 de mayo. Fue enterrado dos días después en el brezal, en una tumba sin marcar.[22]

También Göring tardó tiempo en darse cuenta de que los Aliados no iban a tratarlo –ni a él ni a ningún otro– en función de las normas que habían estado vigentes para los prisioneros importantes en las guerras anteriores. El 7 de mayo de 1945, fuerzas estadounidenses a las órdenes del general de brigada Robert Stack lo buscaban en los alrededores de Mauterndorf[N3] (Austria), donde poseía una de sus muchas mansiones. Los Göring estaban casi convencidos de que iban a ser fusilados después de que Hermann hubiese intentado arrebatar el mando al Führer en el búnker. Los acompañaba una nutrida guardia de la SS. Los americanos y Göring se encontraron en el castillo de Fischhorn, cerca de Zell-am-See, que había sido requisado para su uso[N4] y donde esperaba negociar con Eisenhower. Cuando llegaron los estadounidenses, Göring estaba atascado en medio del tráfico en un coche lleno de maletas de piel de cerdo grabadas con su monograma.

Últimamente había vivido ajeno a la realidad. Había sobrestimado su autoridad ante Hitler y seguía creyendo que Eisenhower negociaría directamente con él. En un primer momento los americanos se mostraron en general corteses, y Göring posó al día siguiente para los fotógrafos en Kitzbühl. Algunos dijeron que había sido visto hablando con oficiales estadounidenses en la galería del Grand Hotel con una copa de champán en la mano.[23] Se le animó a chismorrear sobre otros dirigentes nazis en reuniones informales. Aquello formaba parte del proceso de ablandar al prisionero. Seguía enojado con Hitler por haber ordenado su detención y lo describió como un hombre estrecho de miras e ignorante. Ribbentrop –que nunca había sido su favorito– era un sinvergüenza, y Hess, un excéntrico. Göring no se vio cara a cara con el general Spaatz, comandante de la fuerza aérea estadounidense, hasta el día 10. Entonces, los americanos lo metieron en la cocina y lo despojaron de sus medallas e insignias, dejándole sólo las charreteras. Fue alojado en unas instalaciones carcelarias para nazis de alto rango, con un soldado negro de elevada estatura apostado ante su puerta.

Göring descubrió a Robert Kempner entre los oficiales estadounidenses. Kempner había estado en el Departamento 1A de la Policía, la policía política antecesora de la Gestapo. En enero de 1933 había sido despedido del trabajo por Rudolf Diels y, dada su condición de judío, consideró prudente marcharse. Göring debió de haberse dado cuenta de que Kempner sería un adversario poderoso. Los americanos le preguntaron por los campos de concentración. El hombre que había actuado nominalmente como anfitrión en la Conferencia de Wannsee negó cualquier conocimiento del asunto. Señaló que Hitler había perdido el juicio al final de su vida. Más tarde negó también haber firmado nunca una sentencia de muerte o haber enviado a alguien a un campo de concentración.[N5] Cuando se le mostraron fotografías de Dachau, echó las culpas a Himmler.[24]

El jefe de los ladrones pasó en esos momentos por la desagradable experiencia de ser él mismo víctima de latrocinio. Unos ingenieros del ejército estadounidense descubrieron en Berchtesgaden su colección de pintura: todas sus obras de Rembrandt, Rubens, Van Dyck, Boucher y Botticelli cambiaron de manos. Un Rembrandt adquirido en París en 1940 resultó ser falso. Soldados marroquíes del ejército francés se habían llevado parte de sus joyas; un soldado estadounidense le robó su bastón de mariscal de campo, que fue interceptado en la aduana y acabó en la colección de West Point; la espada de su boda de 1935 fue sustraída por el sargento de un pelotón, que la depositó en el sótano de un banco en Indiana. Más tarde, un sargento arrebató a su mujer Emmy mediante engaños un anillo de esmeraldas; el suboficial se había presentado para comunicarle que Göring estaba a punto de ser liberado.[25]

Los muros de la prisión

El 20 de mayo de 1945, Göring fue trasladado en avión a Mondorf-les-Bains, en Luxemburgo, para unirse a otros cincuenta y dos peces gordos nazis en el «Ashcan», el Centro del Cuartel General Supremo de los Aliados para Naturales del Eje. Ya no habría más guantes de seda: cuando

el avión tomó tierra, Göring fue tratado con escaso respeto. Le sorprendieron los monótonos movimientos de las mandíbulas de los soldados estadounidenses mientras mascaban chicle.[26] Se desnudó a los prisioneros a fin de cachearlos en busca de venenos y armas, y se les despojó de cualquier objeto de valor. El primero en llegar había sido Arthur Seyss-Inquart, sucesor de Kurt von Schuschnigg como canciller de Austria en el momento del *Anschluss*, y más tarde comisario del Reich para Holanda. Había sido responsable de enviar a Dachau a todos los dirigentes austriacos no nazis –incluido un número considerable de ministros del gobierno– y de iniciar la persecución de los judíos.[N6] En Holanda fue el responsable de la deportación de la mayoría de los judíos del país. El siguiente fue Hans Frank, a quien se veía muy desmejorado tras haberse cortado las muñecas. Había sido gobernador general de Polonia; en el ejercicio de su mandato había declarado que su misión consistía en liberar a «Polonia de piojos y judíos».[27] Göring se reunió con Frank, Bohle, Brandt, Daluege, Darré, Frick, Funk, Jodl, Keitel, Ley, Ribbentrop, Rosenberg y Streicher. Los americanos los llamaban los «grasientos». Tres días después se produjo una nueva entrega: el almirante Dönitz llegó junto con Speer. Pero este último no permaneció mucho tiempo. Fue trasladado en avión al cuartel general de Eisenhower en Versalles, y de allí al centro de interrogatorios dirigido por los británicos denominado «Dustbin» (Cubo de basura), en el castillo medieval de Burg Kransberg, en el Taunus. Allí recibió la visita de Hugh Trevor-Roper, que estaba inmerso en la investigación para su obra *Los últimos días de Hitler*. Al parecer se llevaron bien: en el verano de 1947, Trevor-Roper envió un ejemplar del libro a Speer para que lo comentara.[28]

Franz von Papen fue enviado a Mondorf en mayo de 1945, pero no se le consideró suficientemente importante para el Grand Hotel, donde se alojaba a los nazis más destacados, así que fue a parar a unas instalaciones contiguas de menor tamaño. Lo habían ido expulsando del nido cada vez más lejos, primero como embajador en Austria antes del *Anschluss*, y luego como embajador en Turquía. Seguía afirmando que le sorprendía que hubiesen llegado a detenerlo. Había estado alojado con cierta comodidad en

un *château* cerca de Spa, en Bélgica, donde tuvo como compañero de celda al almirante Horthy, el regente de Hungría.[N7] Horthy lo acompañó también a Mondorf.[29] El régimen al que se sometió a Papen y Horthy era espartano, y la salud del anciano regente comenzó a resentirse. En su autobiografía, Papen afirma que arrancó un galón del uniforme del coronel Andrus, el famoso carcelero estadounidense, por haber maltratado a un jefe de Estado. La prisión donde se hallaba Papen empezó a imponerse como el lugar de reclusión de los nazis de segunda fila. No tardaron en unírseles Schwerin von Krosigk y el barón Von Steengracht, del Ministerio alemán de Asuntos Exteriores. En aquel momento residían seis personas en una habitación. Papen intentó obligar a Andrus a definirse sobre la Convención de La Haya en relación con los prisioneros de guerra. Andrus se lo quitó de encima, pero inmediatamente después se les concedió la posibilidad de escribir cartas. El 15 de junio llevaron allí a Joachim von Ribbentrop. Había sido descubierto en una pensión de Hamburgo tras haber permanecido huido seis semanas, durante las cuales había redactado una carta para el gobierno británico. Fue detenido el día 14 tras un chivatazo. Un teniente británico lo encontró en la cama vestido con un pijama rosa y blanco.

Las antiguas rivalidades y odios persistían. Se mantenía un ridículo acatamiento de las formas de trato correctas. Incluso después de pronunciadas las sentencias, Speer se dirigía al antiguo vicepresidente del Partido tratándolo de *Herr:* «¿Cuánto le ha caído, *Herr* Hess?».[30] Göring no podía soportar a Ribbentrop, Speer o Dönitz. En el caso de éste, el sentimiento era, evidentemente, mutuo. Una vez que Göring se quejó de que le había tocado la peor suerte, porque tenía más que perder, Dönitz le comentó con acidez: «Sí, ¡y todo robado!». Göring fue interrogado por el comandante Hiram Gans y el teniente Herbert Dubois, quien le preguntó si no le avergonzaba la multa de mil millones de marcos impuesta a los judíos en 1938. Göring se excusó en tono contenido: «Debe tener usted en cuenta los tiempos que corrían». Göring no tardó en coger el tranquillo a los interrogatorios. Cuando llegó un equipo de rusos para preparar su demanda, les hizo estallar en carcajadas.[31]

Los juicios

Los Aliados estaban dando los toques finales al procedimiento para los juicios por crímenes de guerra que iban a celebrarse en Núremberg. El 8 de agosto se redactó la Ley de Londres, que fue firmada por el juez Jackson, del Tribunal Supremo de Estados Unidos, el futuro lord Canciller sir David Maxwell Fyfe por Gran Bretaña, el profesor Gros por Francia y el general Nikítchenko por la Unión Soviética. (Nikítchenko comenzó como fiscal y posteriormente actuó como juez draconiano.) Era muy difícil despedazar aquel texto surgido de cuatro potencias diferentes con cuatro concepciones distintas del Derecho. Una de las naciones acusadoras era tan totalitaria como lo había sido la Alemania nazi. Había pocas esperanzas para los acusados: la acusación gozaba de todas las ventajas; la defensa cargaba con todos los inconvenientes, y nadie iba a cuestionar la competencia del tribunal. El artículo 6 contenía la sustancia: el tribunal tenía derecho a dictar condenas contra personas, bien a título individual o bien como miembros de organizaciones, por crímenes contra la paz y conspiración para hacer la guerra, por crímenes de guerra y por crímenes contra la humanidad. Por supuesto, ninguno de aquellos crímenes lo eran cuando fueron cometidos, y ninguna de las potencias acusadoras era inmune a aquel tipo de cargos, en particular la Rusia soviética. Cuando los acusados presentaron esta alegación, la respuesta del presidente del tribunal, el juez Geoffrey Lawrence, fue tajante: «No estamos interesados en lo que hayan podido hacer los Aliados».[32] El artículo 9 dictaminaba que la obediencia debida no era una excusa; las pruebas de atrocidades cometidas por un miembro de una organización podrían tomarse como pruebas del carácter criminal de la misma. La mayoría de los acusados de Núremberg eran personas inteligentes y entre ellos había unos cuantos juristas. Como es natural, protestaron, pero se les recalcó de manera contundente que habría sido sumamente fácil llevarlos al paredón.

Aunque los Aliados tuvieron tiempo de sobra para preparar sus alegatos, se demostró que muchas de sus acusaciones carecían de fundamento; en

otros casos, se vieron obligados a dejar en libertad a algún criminal de relevancia por falta de pruebas. Papen fue acusado falsamente de haber sido miembro del Partido, a pesar de que los americanos estaban en posesión del archivo de los afiliados al Partido Nazi. Se le acusó de haber conspirado para emprender una guerra agresiva, un acto difícil de demostrar, pues no era una persona cercana al núcleo del régimen y estuvo a punto de perder la vida durante el *putsch* de Röhm de 1934, en la llamada Noche de los Cuchillos Largos. Su auténtico delito fue la necedad o el hecho de haber creído en la posibilidad de contener a Hitler. Pero en este punto no se hallaba ni mucho menos solo.

Papen y su amigo Horthy no habían comprendido todavía el nuevo mundo de la posguerra. Horthy escribió una carta a Churchill en la que abogaba por el mantenimiento de una «gran» Hungría con acceso al mar como bastión contra el bolchevismo. No hubo respuesta. En agosto, los residentes del anexo fueron trasladados a un ala del Grand Hotel. Horthy fue sacado de allí. Papen se encontró en ese momento en el grupo de los nazis importantes y reflexionó sobre lo diferentes que parecían, con sus uniformes raídos y sin cinturón y sus gastados zapatos sin cordones, en comparación con la última vez que los había visto pavoneándose en una concentración celebrada en Núremberg en 1937. Núremberg era también el lugar adonde ahora se dirigían. El grupo fue conducido al aeropuerto de Luxemburgo.

Göring fue alojado en una celda propiamente dicha en la prisión del tribunal, y no en el cuarto de una criada, como en Mondorf. Estaba bajo vigilancia todas las horas del día. Se le sometió a diversas humillaciones, como la baja formal del ejército alemán (organizada por los americanos), que tuvo el efecto de provocarle un pequeño ataque cardíaco. Los Aliados aumentaron la presión durante los interrogatorios, pero Göring contó con un abogado defensor, en la persona de Otto Stahmer, tomado de una corta lista de juristas que habían logrado mantenerse relativamente limpios durante el Tercer Reich. Habría que añadir que pocos de ellos eran del todo intachables: la lista contenía 206 nombres, de los que 136 habían sido Pg y 10 eran antiguos miembros de la SS. Uno de ellos, Rudolf Dix, había sido

presidente del colegio nazi de abogados; otro, Ernst Aschenbach, especialista en deportaciones y agregado de embajada en París.[33] Stahmer era un abogado experto en patentes. Papen eligió a un abogado de Breslau apellidado Kubuschock, mientras su propio hijo actuaba como ayudante del letrado. Speer tomó una decisión acertada al escoger a Hans Flächsner, un berlinés de baja estatura que le dio un consejo útil al decirle que no dramatizara en exceso su papel en el Tercer Reich e indicarle que los Aliados habían decidido ya que sólo era un criminal de menor relevancia, por lo que debía evitar darse aires de haber sido una figura prominente del régimen. Speer tenía probablemente razón al creer que su salvación se debió en buena medida a Flächsner. Las demostraciones de arrepentimiento o la experiencia de una conversión religiosa de poco sirvieron a los prisioneros. Tanto Frank como Seyss-Inquart se mostraron contritos. Y ambos fueron ahorcados.[34]

En una de sus marchas semanales a las duchas, Papen volvió a encontrarse por casualidad con Horthy y se sintió horrorizado. Estaba empezando a tener nociones sobre los cargos que pesaban contra él, como el de haber creado los terribles Tribunales Populares, instituidos tras la absolución del comunista búlgaro Dimítrov. No era una acusación con probabilidades de sostenerse. A los americanos les desconcertaba, como es comprensible, que Papen hubiera seguido al servicio de los nazis tras el *putsch* de Röhm, cuando sus redactores de discursos fueron asesinados por haberle escrito uno contrario a los nazis.[35] Otra persona que afirmaba no tener ni idea de por qué se hallaba allí era Dönitz. El sucesor de Hitler insistía en que no eran los generales quienes debían tomar la decisión de entablar una guerra, y, además, de haberse negado a cumplir sus órdenes, «habría sido castigado con la máxima severidad». También se le acusaba de utilizar a los internos en campos de concentración para trabajar en sus muelles.[36] La acusación era bastante farisaica, dado que en el momento del proceso los Aliados tenían a millones de prisioneros de guerra trabajando para ellos como esclavos.

John Dos Passos llegó a Núremberg el 19 de noviembre de 1945 para cubrir los procesos. El espacio del palacio de justicia estaba densamente

ocupado. Los espectadores y los periodistas disponían de buenas instalaciones e incluso de oficina propia y un bar elegante.[37] Los principales acusados se hallaban alojados en la planta baja y subían en ascensor. La sala de vistas se encontraba a sólo unos pasos de distancia siguiendo un pasillo.[38] Göring tuvo, por fin, un consuelo: en Núremberg recuperó su supremacía. Al ser el número uno de la lista, era el primero del banquillo, con un asiento delantero en el lugar situado más a la derecha, frente a los jueces. El odiado Bormann –juzgado *in absentia*– estaba más abajo, en el número diecinueve, y Speer, en el veintidós. Dönitz había sido colocado en un vulgar puesto catorce.

El vecino de banquillo de Göring era Rudolf Hess, trasladado de Inglaterra a Núremberg en avión el 8 de octubre. Hess había permanecido encarcelado en Gran Bretaña después de su misterioso vuelo de mayo de 1941. Ahora había sido llevado a su patria para la reunión de los clanes. La frugalidad de la vida carcelaria en Núremberg supuso para él un *shock* tras la comodidad relativa de su encierro en Gran Bretaña. Hess aparentaba haber perdido la memoria y fijaba una mirada pétrea en todo aquel que intentaba hacerle recordar detalles de su distinguido pasado. Más tarde declaró que había estado actuando todo el tiempo. «¿Verdad que fui bueno? Sorprendí realmente a todo el mundo, ¿no os parece?», preguntó a sus compañeros de detención. A pesar de hallarse oficialmente en posesión de sus facultades, Hess no prestó atención alguna al tribunal. No solía ponerse los auriculares y pasó todo el proceso leyendo libros y parloteando.[39]

Como Hess no podía ser acusado de las atrocidades más sustanciosas cometidas por el régimen (pues se habían perpetrado estando él cautivo en Gran Bretaña), se le aplicó el trato dado a Streicher y se le acusó de conspiración contra la paz y la humanidad, cargo tramado para los dirigentes nazis destinados desde hacía tiempo a ser detenidos o ejecutados y que, en principio, ya habían sido condenados antes de ocupar el banquillo. En comparación con algunos, no había cometido grandes crímenes: su implicación en la redacción de las leyes antisemitas de Núremberg y en la invasión de Polonia fue tangencial. Göring se reía de muchas de las acusaciones de los Aliados. Zanjó con rapidez un intento de encajarle la

responsabilidad por el incendio del Reichstag, y el interrogador Kempner no volvió a plantear el asunto. Es posible que comenzara a vacilar cuando se enteró de que los americanos habían detenido a su esposa Emmy en octubre y habían internado a su hija Edda en un orfanato (aunque más tarde se permitió a ésta unirse a su madre en la cárcel de Straubing). Emmy no era una figura política. Ella y Edda fueron liberadas finalmente cuando los americanos se dieron cuenta de que aquella especie de *Sippenhaft* (responsabilidad familiar colectiva) –método propiciado por los nazis– no facilitaría la justificación de su demanda ante los tribunales.

Göring, sin embargo, defendió su posición. Tenía una actitud vital positiva y, de momento, no se sentía tentado a seguir el ejemplo de otros: Ley consiguió estrangularse con el ribete de una toalla húmeda atada a la cisterna de un retrete, y el doctor Leonardo Conti, un asesino de masas, se quitó también la vida no sin antes dejar una nota donde decía haber mentido bajo juramento para encubrir su conocimiento de los experimentos médicos.[40] El mariscal de campo Werner von Blomberg falleció en marzo de 1946 de un ataque al corazón.[N8] En 1948, el general Johannes Blaskowitz se suicidó saltando del tercer piso del bloque de la cárcel.[N9]

Es posible que, en medio de aquella situación sombría, Göring se animara al conocer la noticia de que su coeficiente intelectual había sido clasificado en un tercer lugar entre los demás prisioneros nazis, superado únicamente por los de Schacht y Seyss-Inquart.[41] [N10] Pero el tiempo de los reconocimientos concluyó cuando, el 19 de octubre de 1945, se formularon los cargos contra Göring y el resto de acusados. El encargado de exponerlos fue nada menos que el comandante Airey Neave, un oficial del servicio británico de inteligencia que había conseguido escapar de Colditz y que más tarde fue miembro del gabinete en la sombra de Margaret Thatcher.[N11] La población civil alemana se interesó calladamente por aquellos juicios sentenciados de antemano. Göring impresionó, quizás, al tribunal, pero poco se filtró de los procesos a la opinión pública alemana. Las informaciones sobre los juicios fueron censuradas con rigor. Los programas de radio emitidos cada noche y conducidos por Gaston Oulman se limitaban a tratar los aspectos más sensacionales de los alegatos de la acusación.[42] En

Berlín, Ruth Friedrich pensaba que los cargos carecían de interés para los «buenos alemanes», pero los aprobó, pues infundían ánimos a los Aliados. «No tanto por nosotros, cuanto por el granjero de Oklahoma, que desea entender por qué su hijo perdió una pierna.»[43]

Papen había sabido finalmente de qué se le acusaba: conspiración para hacer la guerra. Dos Passos, que llegó el día anterior al inicio de los procesos, escuchó una alocución del coronel Andrus en la que lamentaba informar a la prensa de que Kaltenbrunner, el antiguo jefe del SD, estaba enfermo y no se hallaría presente el primer día. Parecía sentirse decepcionado por no haber logrado mantener a todos en buenas condiciones físicas para el estreno. Frick sufría parálisis en la muñeca izquierda a resultas de un intento de suicidio, pero Göring estaba más sano que nunca en los últimos veinte años, pues había perdido peso y se había desenganchado de su adicción a las drogas.[44] El proceso contra los principales criminales de guerra comenzó a las diez de la mañana del día 20 de noviembre. El presidente del tribunal, el juez británico Geoffrey Lawrence, estaba auxiliado por el estadounidense Francis Biddle y por su delegado John J. Parker. Por parte de Francia intervenía el profesor Henri Donnedieu de Vabres, que se pasó todo el juicio garabateando en silencio sin pronunciar palabra. Los alemanes sentían un especial desprecio por el general Nikítchenko, el único juez que no se dignó ponerse la toga y vistió siempre su uniforme militar: «Sabíamos cuál iba a ser su veredicto, con juicio o sin él».[45]

Dos Passos hizo una valoración de los presos que ocupaban el banquillo: Göring parecía un «globo desinflado», «un gordo que ha perdido mucho peso». Ribbentrop era un «cajero de banco pillado en falta»; Schacht, «una morsa enfadada». El antiguo jefe de la Luftwaffe seguía siendo «el maestro de ceremonias [...] Nerón debió de haber tenido un rostro como el suyo»; mientras que Hess «no prestaba atención a nada».[46]

Se leyeron los cargos en voz alta, y el fiscal jefe Robert H. Jackson pronunció un discurso en el que presentó la cifra de 5.700.000 judíos que habían perdido la vida a consecuencia de las órdenes impartidas por los nazis. La mayoría de los acusados afirmaron no saber nada de ello. Schacht

presentó el ingenioso argumento de que había ayudado a los judíos a emigrar al preparar una legislación para arrebatarles sus propiedades; Streicher aseguró ser sionista, y en cierto modo lo era.[47] Durante el receso se preguntó a Göring quién había dictado las órdenes. Göring respondió: «Himmler, supongo».[48] Los campos de concentración reaparecieron para asediarlos: se proyectaron películas de sus víctimas. Los psiquiatras Kelly y Gilbert tomaban notas mientras los acusados contemplaban escenas de civiles quemados en un establo. Hess se mostraba fascinado, mientras que algunos intentaban mirar hacia otro lado; Frank reprimía las lágrimas; Funk derramó algunas al ver los hornos de los crematorios. Cuando Hess masculló su incredulidad, Göring le dijo que se callara.[49]

Göring consentía pocas bromas. En Núremberg había una numerosa presencia de judíos; actuaban en calidad de juristas vinculados al ejército y de traductores e intérpretes. En una de las sesiones localizó a un grupo de judíos en la galería destinada al público y musitó: «¡Míralos, nadie puede decir que los hemos exterminado a todos!».[50] Se sintió escandalizado por el testimonio de Lahousen, el jefe de la Abwehr –el servicio de inteligencia militar alemán– en Austria, quien declaró el 30 de noviembre y dio detalles de los planes para matar a Hitler. Göring estalló: «Éste es uno de los que nos olvidamos de liquidar tras el 20 de julio de 1944».[51] Los dirigentes nazis no pudieron desembarazarse de las acusaciones contra ellos por la sencilla razón de que no se habían mostrado diligentes al destruir las pruebas; en las postrimerías del Reich de los Mil Años eran demasiados los documentos existentes por todas partes. El otro problema radicaba en los oficiales y miembros de la SS dispuestos a aportar datos en su contra. Declarar como testigo de la acusación era un medio de salvar, de momento, la propia vida. Algunos de los peores criminales se hallaban, incluso, fuera de la cárcel al haberse puesto a disposición de los tribunales.[52]

Las declaraciones aparentemente sinceras de los secretarios de Estado Bühler y Steengracht resultaron especialmente nocivas, así como las de Ohlendorf, Wisliceny, Höttl, Höss y Pohl, todos ellos miembros de la SS. Pero hubo un hombre que provocó la indignación de los principales acusados: Erich von dem Bach-Zelewski, posiblemente el más brutal de los

generales de la policía y, además, perfectamente consciente de los crímenes que cometía.[53] Es posible que se limitara a comprar una especie de libertad (falleció en Múnich, en un hospital para presos, en 1972). Hasta 1949 compareció como testigo de la acusación en no menos de veinte ocasiones y se ganó la condena de Göring, quien le insultó llamándole en voz alta: «Schweinehund! (¡Bastardo!)».

Aquel día inicial resultó también notable por el hecho de que Hess dio a conocer que deseaba asumir la responsabilidad de sus actos, que nunca había perdido la memoria y que había estado fingiendo todo el tiempo. Hess constituía un enigma, incluso para sus propios compañeros. Papen confesó que no sabía si estaba cuerdo o no. Pensaba que en el momento de su vuelo a Gran Bretaña se hallaba en posesión de sus facultades mentales. Durante el proceso leía novelas del escritor bávaro Ganghofer. Göring, apoyado por su antiguo enemigo Ribbentrop y por Rosenberg, siguió afirmando que el tribunal carecía de autoridad y que los británicos y los americanos eran igualmente culpables de infringir el derecho internacional. De vez en cuando se le veía conspirando con Hess. Al igual que otros presos, se mantenía alejado de Streicher. Despreciaba a Hans Frank, quien desde su encarcelamiento se había entusiasmado por la religión y era muy propenso a las lágrimas (había sido uno de los instigadores del trato brutal dado a los polacos). Göring afirmó sentirse escandalizado por lo que sabía ahora acerca de los campos de concentración y declaró que aquella historia era increíble. Pero también sabemos que intentó salvar a algunas personas de los campos, por lo que es bastante evidente que conocía que en ellos sucedían cosas horribles.[54]

Göring no pudo sostener con tanta facilidad no haber tenido conocimiento de las matanzas perpetradas durante la Noche de los Cuchillos Largos, en 1934. Los autores habían sido principalmente gente de su grupo. No obstante, desautorizó a Röhm calificándolo de «sucio cerdo homosexual», y se justificó diciendo que se trataba de elegir entre ellos o él. Cuando Speer y otros intentaron mostrarse contritos por su cometido en los asesinatos masivos o reivindicaron un papel dudoso en la oposición o –como Paulus– intentaron implicar a Hitler y su banda en la comisión de

crímenes monstruosos, Göring sacó a colación el honor. No le preocupaba si iba a vivir o morir, pero no estaba dispuesto a humillarse ante el tribunal. Instó a los generales a mostrar la misma resolución. Dijo que todos serían tratados como mártires al cabo de no mucho tiempo y que sus cuerpos acabarían en mausoleos, como el de Napoleón.

Cuando se mostró a los acusados una filmación soviética de las atrocidades alemanas, Göring bostezó y se burló. Señaló, con cierta justificación, que los rusos no tenían necesariamente una gran autoridad moral. Al final resultó que llevaba razón al mostrarse desdeñoso: la película soviética había mostrado imágenes de Katyn y los restos mortales de una gran parte del cuerpo de oficiales polacos, asesinados no por los alemanes sino por la NKVD. (La masacre era uno de los cargos presentados por los soviéticos.) No obstante, se sintió horrorizado por lo que había visto.[55]

Los acusados afrontaron el proceso de muy distintas maneras. Jodl se mostró tranquilo y marcial a la espera de su destino. Seyss-Inquart pensaba que saldría absuelto y relataba historias vienesas. Lo único que le preocupaba era saber que Hitler le había nombrado para sustituir a Ribbentrop. Frank admitió su culpa y pasó el tiempo meditando. Él, Papen, Seyss-Inquart y Kaltenbrunner asistían a misa con regularidad. Ribbentrop siguió escribiendo largas cartas exculpatorias; Rosenberg dibujaba bosquejos de los testigos a lápiz; Streicher gritaba y chillaba por la noche, y mantuvo hasta el final que el juicio era el triunfo del judaísmo mundial.[56] Entre los oficiales del ejército, Keitel siguió siendo el personaje pomposo que era y no se declaró culpable de las acusaciones, pero Dönitz y Raeder –que habían sido entregados por las autoridades soviéticas en un insólito gesto de cooperación– se comportaron con dignidad, lo mismo que Neurath.[57]

La acusación inició su alegato contra Hess el 7 de febrero de 1946. Göring testificó por fin el 13 de marzo y siguió en el banquillo hasta el 22. Había esperado cinco meses que llegara aquel momento. Tuvo una excelente actuación y se negó tanto a humillarse ante el tribunal como a desentenderse de su papel en el «movimiento». Citó con desenvoltura una frase de Churchill: «En la lucha por la vida y la muerte no existe, en

definitiva, la legalidad».[58] Aceptó la responsabilidad de todo cuanto pudo, desvirtuando así en gran parte la causa contra Papen, por ejemplo cuando sostuvo que el *Anschluss* había sido un montaje suyo.[59] Al ser preguntado por algunos aspectos de la movilización, Göring respondió que los americanos habían guardado silencio hasta entonces acerca de sus propios planes estratégicos. En ese momento, los americanos empezaron a tener serias dudas sobre el acierto de aquella especie de juicio público. Existía el riesgo de que Göring volviera a convertirse en un héroe. Hasta la propia prensa de Estados Unidos informó: «Göring gana el primer *round*».[60]

Entre los Aliados había cierta reticencia a presentar testigos de la defensa y tardaron cierto tiempo en localizar a Koller, jefe de Estado mayor de Göring, a pesar de que se hallaba cautivo en Gran Bretaña.[61] Los británicos tuvieron más éxito que los americanos en sus intentos de fastidiar a Göring, que comenzó a sudar cuando tuvo que enfrentarse a las preguntas de sir David Maxwell Fyfe. Los argumentos de los británicos se basaban en el fusilamiento de cincuenta aviadores tras lo que se conoció como la Gran Escapada; un crimen terrible que contravenía, además, la Convención de Ginebra, pero que ahora parece un asunto marginal comparado con otros perpetrados por los nazis. Los aviadores habían sido fusilados el día del cumpleaños de Emmy. Es muy posible que Göring no hubiera sabido nada de ello, pero eso no absolvía al jefe de la Luftwaffe de la responsabilidad última de aquel crimen.[62]

Uno de los nazis que cambió espectacularmente de chaqueta en Núremberg fue Frank, primera autoridad del Gobierno General de Polonia. La mayor parte de los actos más repulsivos de asesinatos y crueldades atroces se habían llevado a cabo bajo su dirección, aunque no fuera necesariamente cierto que los asesinos tuvieran que rendirle cuentas de alguna manera. Sin embargo, cuando se le preguntó si había participado en ellos respondió con un «Sí» claro. Dijo que el testimonio de Höss le había llevado a desear asumir la responsabilidad:

> Mi conciencia no me permite hacer que estas personas de menor rango sean los únicos responsables. Personalmente nunca he organizado un campo de concentración para judíos ni

> promovido la existencia de los mismos; pero si Adolf Hitler echó personalmente esta terrible responsabilidad sobre su pueblo, también es mía, pues hemos luchado durante años contra el judaísmo y nos hemos permitido las afirmaciones más aterradoras; mi propio diario da testimonio contra mí. [...] Transcurrirán mil años y aún no se habrá borrado esta culpa de Alemania.[63]

Las atrocidades de los campos de concentración irritaron incluso a los nazis más obstinados. Después de que Rudolf Höss, el comandante de Auschwitz, hubo prestado declaración, Göring se volvió a Raeder y Jodl y dijo:

> ¡Si no hubiese existido ese maldito Auschwitz! Himmler nos metió en ese desastre. De no haber sido por Auschwitz podríamos haber presentado una defensa adecuada. Pero dada la situación, no tenemos ninguna posibilidad. Siempre que se mencionen nuestros nombres, la gente pensará sólo en Auschwitz o Treblinka. Es como un reflejo.[64]

Algunos de los mayores crímenes de Göring ni siquiera fueron mencionados en la acusación. Los Aliados no aludieron en ningún momento a los bombardeos de Varsovia, Rotterdam, Londres o Coventry. Los soviéticos, que no habían tenido capacidad para bombardear Alemania con la misma ferocidad que los angloamericanos, habían deseado sacar a colación aquel asunto, pero fue vetado por Occidente. Por buenas razones, a juicio de Speer:

> Las ruinas en torno al palacio de justicia demuestran con demasiada evidencia la crueldad y eficiencia con que los Aliados occidentales extendieron por su parte la guerra a los no combatientes.[65]

Göring se dirigió por última vez al tribunal el 31 de agosto de 1946. Volvió a referirse al precepto *nulla poena sine lege* y declaró que los alemanes desconocían los crímenes y estaban «libres de reproche». Él expiaría su culpa con su propio martirio.[66] En un tono menos dramático recordó al tribunal sus esfuerzos para negociar una paz a espaldas de Hitler en 1939. Cada vez eran más los datos que se filtraban del tribunal. Los alemanes no fueron los únicos en escandalizarse. En Bendorf (Renania),

Elena Skriabina tildó de hipócrita todo el proceso y pensó que la imparcialidad del estrado estaba comprometida por los jueces de su propio país. El 1 de septiembre escribió:

> En fechas recientes, los juicios de Núremberg han suscitado un gran interés. Ahora han concluido. Los acusados han sufrido los castigos más duros, y con razón. Sin embargo, ¿quiénes eran los jueces? Cuando pienso que las medidas punitivas más feroces fueron exigidas por los representantes de la Unión Soviética, no puedo menos de sentirme abrumada por la injusticia de todo este asunto. En realidad, las autoridades soviéticas han destruido y están destruyendo ahora mismo a millones de su propia gente por nada. Ningún otro país del mundo tiene tantas cárceles y campos de concentración.[67]

El académico francés Robert d'Harcourt no tenía motivos para amar a los alemanes, pues dos de sus hijos habían pasado por Buchenwald. Pero aún fue más duro en su acusación de hipocresía: los alemanes

> no están indignados hoy contra los aviadores que destruyeron sus ciudades, sino contra los jueces. Con sus intentos de convertirlos por la fuerza, los Aliados han perdido la mayor parte de la autoridad moral que habían conseguido con la victoria. Asumir el papel de Salomón presupone una cualificación moral. Y esa autoridad moral es lo que los vencidos no reconocen ya en los vencedores.[68]

La recapitulación comenzó el 30 de septiembre. Los jueces repasaron toda la historia del Tercer Reich y transmitieron la impresión de que el juicio era enteramente político. El encargado de leer en alto las sentencias fue el presidente del tribunal, el británico Geoffrey Lawrence: su discurso duró día y medio. Los acusados durmieron mal aquella noche. Lawrence comenzó con Göring, que fue hallado culpable de los cuatro cargos y sentenciado a muerte el 1 de octubre. Con la excepción de Hess –condenado a cadena perpetua–, se dictaron sentencias similares para los que se sentaban en el primer banco, hasta que el juez llegó a Schacht. Göring se estremeció al oír que Schacht era absuelto, y seguidamente arrojó los auriculares indignado. Hess no los llevaba, y dijo más tarde a Speer que suponía que había sido condenado a muerte pero no se molestó en oírlo.[69] En la última fila hubo sentencias de cárcel para Dönitz y Raeder; a

continuación le llegó el turno a Papen, que también fue absuelto. En Berlín, veinticinco mil obreros dejaron de trabajar en protesta al oír la sentencia a Papen.[70] Los rusos seguían insistiendo en que era un nazi importante.

El defensor de Göring presentó una demanda de atenuación de la sentencia, mencionando una vez más sus esfuerzos para mantener la paz en 1939, una iniciativa que tuvo que ser conocida, al menos, por el gobierno británico. Los británicos no tenían ningún deseo de modificar la sentencia, y el gobierno dio instrucciones a sir Sholto Douglas en las que se indicaba que una cosa así no sería políticamente conveniente. Lo cierto es que el juez soviético, Nikítchenko, había solicitado que los tres hombres absueltos –Schacht, Papen y Hans Fritzsche, el viceministro de Propaganda– fueran condenados y solicitó la pena de muerte para Hess.[71] Schacht había sido puesto en libertad porque su cometido en la expropiación de los judíos era un asunto interno anterior a la guerra, aunque Streicher había sido depuesto del cargo de *Gauleiter* de Franconia en 1940, y dos años antes se le había prohibido hablar en público. Fritzsche creía que había sido juzgado porque Goebbels no estaba allí para cargar con las culpas.

Tras las sentencias, se separó a quienes estaban destinados al «corredor de la muerte»: Göring, Ribbentrop, Keitel, Jodl, Streicher, Sauckel, Frick, Rosenberg, Seyss-Inquart, Frank y Kaltenbrunner. Se desalojó el sótano del palacio de justicia y se dejó solos a los condenados. A los siete hombres que acabarían siendo trasladados a la prisión de Spandau, en el Sector Británico de Berlín –Hess, Walter Funk, ministro de Economía y director del Reichsbank, los grandes almirantes Dönitz y Raeder, Baldur von Schirach, líder de las Juventudes Hitlerianas, Constantin von Neurath, ex ministro de Asuntos Exteriores y «protector» de Bohemia y Moravia, y Speer–, se les proporcionaron celdas nuevas en un piso alto. Habían sido condenados a penas que iban de diez años de cárcel a cadena perpetua.

Göring evitó a los verdugos tomando cianuro de una cápsula que había conseguido ocultar a sus guardianes. Una de las razones que dio para su elección de aquel final en la nota que dejó en su celda era la decisión de los Aliados de filmar las ejecuciones de sus prisioneros. El equipamiento para los cadalsos llegó a Núremberg durante la noche del 13 de octubre. Al día

siguiente, los martillazos se podían oír desde el gimnasio, y el negrero Fritz Sauckel rompió a llorar. En ausencia de Göring, los demás nazis acudieron a su cita con la muerte a la hora señalada del día 16. Ribbentrop era ahora el primero. El verdugo efectuó una ejecución chapucera y la cuerda estranguló durante veinte minutos al que fuera ministro de Asuntos Exteriores. Los demás murieron como estaba planeado.[N12] Speer pudo oír cuando eran sacados de sus celdas: «Fragmentos de frases, roces de botas y ecos de pasos que se apagaban lentamente». Cuando se pronunció el nombre de Streicher, alguien gritó: «¡Bravo, Streicher!». Speer pensó que había sido Hess. De camino a la muerte, los demás gritaron palabras desafiantes. Las últimas palabras de Keitel fueron: «Alles für Deutschland. Deutschland über alles» (Todo para Alemania. Alemania por encima de todo). Ribbentrop, Jodl y Seyss-Inquart dijeron algo similar. Streicher entonó: «Heil Hitler! ¡Hoy es la fiesta de los Purim[N13] de 1946!».[72] Los cuerpos fueron fotografiados. El mismo 16 de octubre fueron llevados a una casa en el número 25 de la Heimannstrasse de Múnich-Solln, que los americanos habían utilizado como depósito de cadáveres. Unos equipos de los Aliados los examinaron allí antes de proceder a su incineración. Las cenizas fueron arrojadas al Conwentzbach, un reguero fangoso que corría sesenta y cinco metros más abajo de la casa. Los hombres incinerados fueron inscritos en el registro con nombres falsos: Hermann Göring fue Georg Munger; y el azote de los judíos, Julius Streicher, recibió el nombre de Abraham Goldberg.[73]

A la mañana siguiente, los siete que habían quedado con vida para cumplir sus condenas fueron llamados a limpiar las celdas. Speer observó los restos de las últimas comidas en las bandejas de la cantina. Había papeles y mantas tirados por los suelos. La celda de Jodl era la única donde todo estaba en perfecto orden de revista y las mantas pulcramente dobladas. En la pared de la de Seyss observó que el antiguo canciller de Austria había marcado con una cruz el 16 del calendario, día de su muerte. A la tarde, proporcionaron escobas y fregonas a Speer, Schirach y Hess y los mandaron al gimnasio donde se había colgado a los demás. El patíbulo había sido ya desmontado, pero Hess, al reconocer en el suelo una marca que le pareció

una mancha de sangre, se puso firmes y levantó el brazo haciendo el saludo nazi.[74]

N1. El bombardeo de la abadía benedictina de Montecassino ordenado por sir Bernard Freyberg mató a cuatrocientos civiles italianos que se habían refugiado en ella, y a ningún alemán.

N2. Información de Blair Worden, agosto de 2004; Worden es el albacea literario de lord Dacre. *The Last Days of Hitler* no estaba destinado a ser publicado, y Trevor-Roper se sorprendió cuando los servicios británicos de inteligencia dieron su consentimiento a la publicación. Todos los interrogatorios realizados por él guardaban relación con el informe y no tenían nada que ver con la recogida de pruebas para Núremberg u otros procesos.

N3. Göring había recibido el castillo medieval de Hermann von Epenstein, el médico judío amante de su madre y padrino suyo. Es sumamente probable que el nombre de pila de Hermann Göring fuera un homenaje al médico, recientemente ennoblecido. (Véase David Irving, *Göring: A Biography*, Londres, 1989, pp. 26-27.)

N4. El castillo era propiedad de Waldemar, hermano de Hermann Fegelein. Hermann, cuñado de Hitler, había sido ejecutado en el jardín de la Cancillería unos días antes. El castillo estaba abarrotado de hombres de la SS, una medida pensada para incomodar a Göring.

N5. En junio de 1940 Göring dijo a Hitler que había mandado a dos sacerdotes católicos a un campo de concentración por no haberse puesto en pie cuando entró en una posada de Renania. Göring dio órdenes de que hicieran todos los días el saludo nazi a una de sus viejas gorras. (Henrik Eberle y Matthias Uhl [eds.], *Das Buch Hitler*, Bergisch Gladbach, 2004, página 123.)

N6. Todos aquellos que habían intervenido en hacer cumplir la prohibición del NSDAP –políticos, jueces y guardianes del campo de concentración del Estado Corporativo en Wöllersdorf, en la Baja Austria– recibieron un trato especialmente duro. El verdugo que ejecutó a nazis que participaron en el asesinato del canciller Dollfuss en 1934 no sobrevivió a la primera noche en Dachau. (Véase Bruno Heilig, *Men Crucified*, Londres, 1941.)

N7. Horthy había sido aliado de Hitler, quien lo había depuesto, no obstante, después de que aquél iniciara negociaciones con los Aliados. Una de las razones de su enfrentamiento fue la negativa de Horthy a «deportar» a la numerosa población de judíos húngaros. Hitler ordenó su internamiento en 1944. No regresó a Hungría y falleció en Estoril (Portugal) en 1957.

N8. Blomberg no había salido en la foto desde enero de 1938, y ni siquiera había desempeñado un cometido en el *Anschluss*. Hitler logró marginarlo cuando se descubrió que se había casado con una antigua prostituta. Sin embargo, no se puede decir que tuviera la conciencia limpia, pues fue él quien instigó al ejército para que siguiera a Hitler como recompensa por el asesinato de Röhm y los demás que habrían querido que la SA se impusiera a la Wehrmacht tradicional. En la Noche de los Cuchillos Largos se había dado también muerte a oficiales del ejército, pero Blomberg celebró

encantado el éxito de la acción dándose un banquetazo con Göring en el restaurante Horcher de Berlín.

N9. El suicidio de Blaskowitz resulta extraño, pues había sido uno de los pocos generales que presentó una queja formal sobre las actividades de la SS, en este caso tras la invasión de Polonia. Corrieron rumores de que no se quitó la vida, sino que fue asesinado por hombres de la SS.

N10. Papen lo recordaba de manera distinta: el tercero detrás de Schacht y Speer era *él*. Streicher se situaba en último lugar, «un puesto que podía haber sido ocupado por casi cualquiera de los demás *Gauleiter*». (Franz von Papen, *Memoirs*, Londres, 1952, p. 547.) Speer, en cambio, recordó que el ganador en la competición de inteligencia había sido Seyss, y ocultó con modestia su propio lugar en los puestos de cabeza. (Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries,* Londres, 1976, p. 9.)

N11. Fue asesinado por el IRA en 1979.

N12. El *Berliner Zeitung* informaba de que Ribbentrop había tardado catorce minutos y cuarenta y cinco segundos en morir, y Jodl un poco más. (Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin*, Fráncfort del Meno, 1985, p. 148.)

N13. Fiesta de primavera que conmemora una conspiración para masacrar a los judíos.

17

Los peces chicos

Un fiscal no puede ser juez al mismo tiempo...

La justicia es por naturaleza una luz que hace también más fuertes las sombras. Cuando menos pasión se refleje en su origen, más claramente se mostrará el crimen en todo su espanto.

ERNST JÜNGER, *Der Friede*,
Viena, 1949, pp. 50-51

Los otros juicios de Núremberg

Los Aliados pusieron al mal tiempo buena cara, pero el Tribunal Militar Internacional no se consideró un éxito y quedó en suspenso. El fiscal estadounidense Robert Jackson se sintió «absolutamente desencantado» con los procesos. Le habían disgustado sobremanera los métodos de los soviéticos. Los Aliados habían hecho, en realidad, balance de las críticas expresadas contra los procesos. La presencia de un juez ruso en el estrado (que, además, era un general y no un jurista) había sido un bochorno. Se decidió que los Aliados procesaran a sus propios nazis en sus zonas respectivas. De ese modo, las diferencias ideológicas entre los Aliados resultarían menos obvias. Jackson había recomendado a Truman celebrar en Berlín algunos juicios internacionales más como los de Núremberg, una propuesta que, por supuesto, nunca se llevó a cabo.[1] Núremberg seguiría adelante, pero bajo jurisdicción exclusivamente estadounidense. Una vez ejecutadas las once primeras víctimas, las celdas se llenaron con nuevos internos destinados a comparecer ante el tribunal.

El 8 de septiembre de 1947, mientras se celebraban los juicios contra el grupo Krupp y algunos miembros de la SA, Clay intentó recortar el número de casos presentados ante el tribunal de Núremberg. Sus planes eran celebrar sólo seis más: el de los seis grandes bancos, el de la Oficina de Prensa y Propaganda, el del Ministerio de Asuntos Exteriores, el de los miembros de la dirección militar que habían violado los preceptos de la guerra internacional, el de los dirigentes militares responsables de los prisioneros de guerra, y el de los directores de las industrias Hermann-Göring. Como no consideraba factible realizarlos todos, pensó en tramitar algunos conjuntamente. Estaba dispuesto a dejar correr el caso de las industrias Hermann-Göring y también, posiblemente, el proceso contra la Oficina de Prensa y Propaganda.[2]

Una vez tomada la decisión definitiva, se ordenó comparecer a 185 hombres ante una docena de tribunales. El primer proceso fue el instruido contra los médicos, del que se dictaron siete condenas a muerte; el siguiente fue el del mariscal de campo Milch, que tuvo un juicio glorioso en solitario por dirigir el trabajo esclavo y fue sentenciado a quince años de cárcel. El tercer proceso juzgó a la judicatura nazi; el cuarto, a Oswald Pohl y a la jerarquía de los campos de concentración. Pohl fue ahorcado, pero las demás penas de muerte fueron conmutadas. Luego comparecieron los industriales del grupo Flick, seguidos por el proceso número seis: los principales administradores de IG Farben. Los siguientes en sentarse en el banquillo fueron los generales que habían combatido en el sureste. El mariscal de campo List fue condenado a muerte. El juicio número ocho fue el de la RUSHA (Rasse und Siedlungshauptamt; Oficina para asuntos de raza y asentamiento). No se dictaron sentencias de muerte, pero el jefe de la RUSHA, Richard Hildebrandt, fue entregado a los polacos. Ohlendorf y los demás dirigentes de los *Einsatzgruppen*, los escuadrones de la muerte, fueron el objetivo del proceso número nueve. Fueron ejecutados cinco hombres, uno de ellos por los belgas, y se conmutaron nueve sentencias de muerte. En el décimo se llevó a juicio a los veintitrés directores del grupo Krupp. Alfried Krupp fue condenado a doce años. El proceso número once juzgó a miembros del Ministerio alemán de Asuntos Exteriores y a otros

funcionarios: el denominado caso de la Wilhelmstrasse. Las sentencias fueron un completo desbarajuste: a Ernst von Weizsäcker le correspondió una condena de siete años de cárcel (reducida posteriormente a cinco), mientras que a un hombre como Edmund Veesenmayer, que llevó a la muerte a miles de personas en Auschwitz, le cayeron veinte años (reducidos a diez). El último proceso fue el de los generales que habían invadido Rusia. No se les aplicaron sentencias espectaculares y tampoco fueron entregados a los rusos.[3]

Speer y el resto de los siete se hallaban aún desempeñando tareas serviles en Núremberg. Cierto día, el arquitecto pudo aún dirigir una sonrisa a Alfried Krupp, y en otra ocasión vio al cirujano alsaciano Karl Brandt. Speer había intercedido en favor de Brandt cuando Hitler lo condenó a muerte por haber sacado a su mujer y su hijo de Berlín. Brandt hizo a Speer un gesto triste con la mano. Speer afirmó desconocer que Brandt había estado al cargo del programa de eutanasia e iniciado los experimentos con seres humanos en los campos de concentración.[4] Cuando llegaron los dirigentes de la SS, Speer observó: «Todos son candidatos al corredor de la muerte».[5]

Al igual que muchos otros presos, Speer fue convocado para prestar declaración en los juicios contra sus antiguos colegas. El mariscal de campo Milch había estado al cargo del armamento para la Luftwaffe y había sido aliado íntimo de Speer, a quien había solicitado mano de obra de la que formaban parte prisioneros internos en campos de concentración. La utilización de mano de obra esclava por parte de Speer había constituido una parte importante de los cargos presentados contra él. Speer se permitió una reflexión filosófica en los diarios secretos que estaba redactando en aquel tiempo:

> Es evidente que todos estos procesos son juicios de los vencedores sobre los vencidos. Sigo oyendo por diversos medios que, en contra de la ley, se obliga a trabajar también a prisioneros de guerra alemanes en bases de armamento y suministro. ¿Quién es aquí el juez?[6]

Los americanos insistían en juzgar a los industriales. El anciano paterfamilias Gustav von Bohlen und Halbach había legado su empresa a su hijo Alfried en noviembre de 1943 y se había retirado. Antes de hacerlo, había conseguido que Hitler promulgara la Lex Krupp, por la que se imponía la primogenitura, violando así las leyes de Weimar, todavía vigentes en la Alemania de Hitler.[7] Al decidirse finalmente que Gustav estaba demasiado enfermo para ser juzgado, los cargos principales se acumularon sobre Alfried, que había sido hecho prisionero cuando los americanos llegaron a Essen, el 10 de abril de 1945. Alfried sufrió el habitual paso por una serie de campos antes de ser conducido al palacio de justicia de Núremberg. Tras su detención, unos soldados estadounidenses se apoderaron de varios recuerdos de la Villa Hügel: máquinas de escribir, un retrato de Hitler y la maqueta de un cañón.[8] Cuando los británicos sustituyeron a los americanos en Essen comenzaron a detener a los demás directores: querían sentar cátedra con los Krupp y con Flick y la IG Farben, considerados la «cabellera de Sansón», el símbolo del poderío industrial alemán.[9] La idea de hacer a Alfried el responsable de los crímenes de su padre partió de los franceses. Los americanos se asustaron, y en el proceso principal se asignó a Gustav en el banquillo un lugar que nunca llegaría a ocupar, pues falleció en 1951.

El proceso contra los generales que habían dirigido la campaña en los Balcanes se consideró todo un hito. Al segundo escalón de mando, el de los generales que habían actuado obedeciendo órdenes de Hitler, se le responsabilizó por primera vez de las matanzas. Los abogados alemanes realizaron un valeroso esfuerzo para demostrar que la toma y fusilamiento de rehenes como represalia por actos cometidos por partisanos o guerrilleros era una práctica recogida en los códigos de justicia militar británico, americano y francés; señalaron la controversia que había suscitado un cargo similar en el juicio contra Kesselring que los británicos habían esgrimido en Venecia, y que provocó que el *Manchester Guardian* exclamara: «Esto no es justicia tal como nosotros la conocemos».[N1] Acusaron a los militares británicos de condenar a muerte a un hombre por su condición de mascarón de proa.[10] En el contrainterrogatorio, List alegó

haber librado una dura lucha contra fuerzas irregulares. Se trataba de una guerra balcánica y era necesario tomar medidas rigurosas contra unos partisanos que no obedecían a ninguna ley, que combatían al «estilo de los Balcanes, de forma traicionera y atroz...». Sin embargo, de nada le sirvió aquel ardid.[11] Tito había estado en el bando de los Aliados.

El Tribunal Supremo de Estados Unidos se había negado a conceder una excedencia a sus miembros para que sirvieran en Alemania; en consecuencia, los tres jueces del caso Krupp fueron un miembro del Tribunal de Apelaciones de Tennessee, otro del Tribunal Supremo de Connecticut, y otro del de Seattle. Su actuación fue razonable. Se desató una cierta oposición a utilizar jueces electos, en especial por parte de Clay. El recurrir a juristas no profesionales habría desembocado en nuevas críticas contra los procesos. Clay se opuso también a la idea de enviar a varios jueces negros a trabajar en Núremberg, no porque tuviera algo contra ellos por principio, sino porque Alemania no contaba con una población negra.[12]

Alfried Krupp von Bohlen und Halbach había sufrido ya dieciocho meses de arresto antes de que comenzara el juicio y mantenía en todo momento un silencio lleno de dignidad. Una silla vacía había representado a su padre senil en el proceso internacional. Ahora era su turno de ser juzgado *in loco parentis*. Se había contratado a treinta abogados alemanes para defender a los directores durante los once meses del proceso. Se llamó a más de doscientos testigos y se redactaron 13.454 páginas de actas.[13] Los directores fueron acusados de crímenes contra la humanidad, pillaje, apropiación, expoliación y explotación. También se les acusó de participar en atrocidades y ser cómplices de deportaciones, encarcelamientos y persecuciones raciales y religiosas. Otro cargo presentado contra ellos era el de haber planeado una guerra agresiva, a pesar de que sólo dos –Alfried y Ewald Loeser– formaban parte de los consejos de administración en aquel momento. En Núremberg se aceptaron pruebas que habrían resultado inadmisibles en un tribunal estadounidense, algunas de tan poco valor como las habladurías corrientes. Los directores respondieron por toda acción que

hubiera realizado cualquiera de sus empleados, cuya cifra ascendía a un cuarto de millón.

Las empresas Krupp estaban, por supuesto, metidas hasta el cuello en las actividades del Estado. Se aprovecharon de la expansión de Alemania en todas direcciones y se encargaron de gestionar las empresas confiscadas en Francia y Holanda. Utilizaron ejércitos de trabajadores esclavos que recibieron un trato de una crueldad nauseabunda. Las sentencias fueron, por tanto, severas: a Alfried le cayeron doce años de prisión, a cumplir en la cárcel de Landsberg. Los demás directores recibieron sentencias similares. A Alfried se le arrebataron, además, *todas* sus posesiones personales. Fue la única persona juzgada en Núremberg a quien se impuso un castigo de esas características. El presidente del tribunal pensó que la decisión era contraria a derecho y disintió.[14] El caso Krupp sacó a relucir muchas de las debilidades de la jurisdicción aliada: Alfried había requerido los servicios de un abogado estadounidense, pero le fue denegado. Entonces optó por la no defensa, pero tampoco le fue permitido. Los abogados alemanes pidieron una sala de reuniones, pero también se la negaron. Cuando abandonaron el tribunal en actitud de protesta, fueron devueltos a la sala por la fuerza y a seis de ellos los arrestaron por desacato.[15]

El proceso contra los magistrados comenzó en marzo de 1947. Algunos de los peores abogados nazis se habían librado gracias a una muerte prematura. Entre ellos se hallaba Roland Freisler, presidente del Tribunal del Pueblo, aplastado por una viga de madera durante una incursión aérea de los Aliados sobre Berlín en febrero de 1945. Hans Frank había sido ejecutado por los polacos. Un gran número de jueces se suicidó al presenciar el hundimiento del régimen, entre ellos el ministro de Justicia, Otto-Georg Thierack. En total se procesó a dieciséis personas, incluidos los tres secretarios de Estado, Franz Schlegelberger, Curt Rothenberger y Herbert Klemm. Los demás eran funcionarios del Tribunal del Pueblo. Los jueces examinaron 2.093 pruebas documentales e interrogaron a 138 testigos. Formularon su veredicto en diciembre de 1947. Fueron elogiados por su planteamiento imparcial y equilibrado: «Si acaso, la sentencia erró

por cautelosa».[16] Algunos magistrados alemanes resultaron exonerados. Se dictaron cuatro sentencias de muerte.

En el proceso de la Wilhelmstrasse comparecieron 21 funcionarios públicos. Se introdujo una ligera modificación en la Ley de Londres y en la Ley del Consejo de Control n.º 10 del 20 de diciembre de 1945 al reconocer finalmente el tribunal el principio de *nullum crimen sine lege*, aunque sólo fuera en el ámbito del derecho *internacional,* una jurisdicción bastante nebulosa.[17] Entre los nombres de los acusados se hallaban los de Ernst von Weizsäcker, Wilhelm Keppler, Ernst Bohle, Ernst Woermann, Karl Ritter, Otto von Erdmannsdorff, Edmund Veesenmayer, Hans Lammers, Wilhelm Stuckart, Walter Darré, Otto Meissner, Otto Dietrich, Gottlob Berger, Walther Schellenberg, Gustav Adolf Steengracht von Moyland, Schwerin von Krosigk, Paul Körner y Paul Pleiger. Era un batiburrillo de diplomáticos y funcionarios civiles nazis y no nazis entre los que había algunos que habían actuado contra los intereses del régimen, otros que se habían limitado a acatar la disciplina –como Schwerin von Krosigk– y asesinos como Veesenmayer, a quien se le había permitido seguir en libertad mientras aportaba pruebas contra sus antiguos colegas. Veesenmayer se había entregado libremente a los Aliados, pero siguió considerándolos sus enemigos: «Soy un criminal que debe ser exterminado». Pero a pesar de su papel en la deportación de judíos de Hungría, no lo ejecutaron. Fue liberado de la prisión de Landsberg en 1951.

En el proceso contra los diplomáticos, cuatro hombres de la antigua escuela (Weizsäcker, Woermann, Erdmannsdorff y Ritter) estaban flanqueados por otros tantos advenedizos nazis (Steengracht, Keppler, Bohle y Veesenmayer). Según sabía Margret Boveri, no siempre era posible verlos como totalmente negros o totalmente blancos. Weizsäcker se expuso en alguna que otra ocasión por unos pocos judíos; Steengracht, su sucesor, un nazi puro, consiguió (añadiendo un cero a la cifra de 400 húngaros judíos a quienes se había dado permiso para viajar a Suecia) salvar a otros 3.600.[18]

El alegato de la acusación llenaba 39.000 páginas, de las que solamente las pruebas aportadas por los británicos sumaban 28.000. El paquete estaba

formado por 3.400 documentos. El principal argumento contra los acusados se refería a los crímenes contra la humanidad, la deportación de los judíos y su asesinato y aniquilación en los campos de concentración.[19] En la actualidad se atribuye a Ernst von Weizsäcker haber sido uno de los primeros y más importantes opositores al régimen en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, pero en su calidad de secretario de Estado se había mostrado singularmente impotente para impedir o aliviar la tragedia de aquellos años. Su propio hijo Richard se muestra claro al respecto: «En función de documentos e informes verbales sabía más que suficiente para tomar decisiones personales».[20] El secretario de Estado consideró que su función era impedir, en la medida de sus posibilidades, que estallara la guerra, y una vez que había fracasado en este punto, limitar sus efectos impidiendo un conflicto armado con la Unión Soviética. Ahora sabemos mucho más de lo que se sabía entonces. Por ejemplo, que Weizsäcker participó en el envío de Adam von Trott primero a Gran Bretaña y más tarde a Estados Unidos para explicar la postura de la oposición alemana. El propio Ribbentrop había dicho que la única razón para que Weizsäcker no compareciera ante Roland Freisler y el Tribunal del Pueblo fue que el 20 de julio de 1944 se hallaba ya a salvo tras las líneas aliadas como embajador ante el Vaticano.

Una vez en el Vaticano, Weizsäcker tuvo libertad para proteger a los judíos de la purga enloquecida desatada después de que Italia se pasara a los Aliados. La priora del convento de monjas de Nuestra Señora de Sión dio testimonio de que había dirigido a 185 judíos hasta sus puertas y le había proporcionado una carta en virtud de la cual se prohibía a la SS registrar el edificio.[21] Se planteó la cuestión de si Weizsäcker era en realidad un traidor, pues había advertido al embajador británico Neville Henderson de que Alemania estaba a punto de firmar un pacto con Rusia en agosto de 1939. ¿Significaba eso que deseaba la derrota de su país y la muerte de sus soldados? Weizsäcker respondió de forma categórica: «Quería la paz sin Hitler, pero no una derrota que condujera a su derrocamiento».[22]

Los cargos, sin embargo, acusaban a Weizsäcker de apoyar los planes de guerra de Hitler y hacerlos posibles, acusación que su hijo califica de

«contraria a la verdad de manera absoluta y grotesca». Por otra parte, el alegato de la defensa no resultó fácil, pues los testigos eran estadistas extranjeros a quienes no siempre era fácil citar. Los británicos se esforzaron por sabotear su causa presionando a diplomáticos y antiguos ministros para que se mantuvieran al margen y no revelaran nada sobre el papel de Weizsäcker en las diversas conjuras de 1938 y 1939. Una excepción fue, no obstante, lord Halifax, que prestó un «útil y sincero testimonio» en favor del secretario de Estado.[23] Entre las acusaciones más dañinas que influyeron en el caso se hallaba la afirmación de que Weizsäcker se había permitido pronunciar la consigna nazi: «Deutschland, erwache!» (¡Despierta, Alemania!) en el funeral celebrado en París por Ernst vom Rath, el diplomático alemán asesinado en 1938 por el judío Herschel Grynspann. La muerte de Vom Rath fue utilizada como pretexto para lanzar la *Reichskristallnacht* el 9 de noviembre de aquel año. Testigos presenciales sostuvieron que no había hecho tal cosa. Lo que Weizsäcker dijo realmente cuando se envió el ataúd a Alemania fue: «Deutschland erwartet Dich!» (¡Alemania te espera!), y ésa era la verdad, ni más ni menos.[24]

Richard von Weizsäcker, su hijo, consiguió incorporarse al equipo de la defensa, a pesar de que aún no estaba colegiado. La máxima dificultad que tuvo con los magistrados aliados en Núremberg fue que todavía estaban infectados de «vansittartismo» y aún no conocían la verdadera naturaleza del Tercer Reich. Los americanos tenían, además, un problema particular con el lenguaje diplomático y con los dobles sentidos mediante los cuales hombres como Weizsäcker intentaban ocultar el significado auténtico a las autoridades del Partido, según muestran sus notas internas.[25]

El fiscal estadounidense fue el antiguo funcionario civil prusiano Robert Kempner, que en otra época había trabajado con Carl Schmitt, encerrado también en una prisión de Núremberg. Schmitt fue liberado en mayo de 1947 por decisión de Kempner. Otros fueron eximidos igualmente de cumplir castigos más severos tras haber llegado a un acuerdo con él.[26] Estos métodos no funcionaron con Weizsäcker, quien rechazó el toma y daca y se sumió en un mortificado silencio. El proceso duró ocho meses. El 13 de abril de 1949 Weizsäcker fue sentenciado a siete años de prisión, que serían

conmutados más tarde por cinco. Uno de los tres jueces discrepó en la votación y dijo que debía ser liberado. John McCloy pensaba lo mismo. En otoño del año siguiente, Cloy liberó al antiguo secretario de Estado como primera respuesta a los juicios de Núremberg.

Tres comandantes de los *Einsatzgruppen* consiguieron evitar la ejecución incluso después de haber sido condenados a muerte en Núremberg en 1947. Para ello aportaron pruebas en los juicios contra sus compañeros. Tras su intento fracasado de defender al mariscal de campo Von Manstein, Reginald Paget se preguntaba por escrito si Otto Ohlendorf había dicho la verdad a Himmler. ¿Cómo había logrado matar a tantos judíos con unos recursos tan limitados? A Ohlendorf se le atribuía el mérito (en un sentido nazi) de haber aniquilado a noventa mil judíos durante su jefatura de cuatro meses y medio sobre el *Einsatzgruppe D*. Los efectivos de esta unidad ascendían a unos quinientos hombres divididos en cinco compañías; doscientos de ellos realizaban labores administrativas. Cada compañía contaba únicamente con diez vehículos.

Otto Ohlendorf es un caso enigmático. Era un humanista nazi que, mientras asesinaba a un sinnúmero de judíos, reconstruía escuelas y hospitales para los alemanes del Volga. Ohlendorf describió sus métodos durante su proceso. Se requería a los judíos que se registraran antes de ser «reasentados». Era el pretexto para llevarlos a la muerte. Luego, se les transportaba hasta una zanja a unos diez kilómetros fuera de la localidad y eran fusilados en lugares donde sólo hubiera un número limitado de testigos de la matanza. Durante ese tiempo, los hombres del SD combatían también contra partisanos activos en su sector. Paget consideró increíble que compañías aisladas del SD pudieran reivindicar haber dado muerte a entre diez mil y doce mil judíos en dos o tres días. La cifra máxima de judíos que podían caber en un camión era de entre veinte y treinta, y cada viaje de diez kilómetros habría requerido cerca de un par de horas para las tareas de cargar, descargar, reunir, matar y regresar a la pequeña ciudad o pueblo y volver a llenar el camión. Se afirmaba que el SD había matado a diez mil judíos en Simferopol, pero según los cálculos de Paget la cifra no pudo haber pasado de trescientos.

Ohlendorf sostenía que había limpiado toda Crimea de su población judía: «Es evidente que se trataba de un hombre dispuesto a decir cualquier cosa que satisficiera a sus patronos. Los americanos encontraron en él el testigo perfecto».[27] Paget pensaba que estaba mintiendo para salvar el pellejo cuando decía a Himmler lo que éste quería oír. En ese caso, ¿por qué no intentó salvarse en Núremberg? En última instancia, aunque los asesinatos masivos no fueran un componente importante del currículo de Ohlendorf, y aunque –como propone Paget– la cifra de noventa mil muertos debiera recortarse en uno o dos ceros, eso no lo exonera del cargo de asesinato masivo, que él tampoco intentó negar. En realidad, se mostró estremecedoramente objetivo al hablar de las matanzas de niños. Y mostró asimismo un gran esmero en señalar que los Aliados tampoco habían sido especialmente escrupulosos en ese terreno.[28]

El último de los doce procesos de Núremberg se celebró en 1948. Aquel espectáculo se reservó para el Estado Mayor general y el OKW, el Alto Mando del Ejército. Uno de los encausados era el general Walther Warlimont, un simple funcionario de despacho responsable de operaciones y cuyo pecado fue una lealtad incuestionable al régimen. Se le acusó de crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad y fue condenado a cadena perpetua. Su acusación se sustentaba en dos órdenes que infringían las leyes de la guerra: la Orden de los Comandos y la Orden de los Comisarios. Warlimont fue castigado con dureza porque se le consideró uno de los planificadores, mientras que Gerd von Rundstedt («Mi Führer, cualquier cosa que ordene la cumpliré hasta mi último aliento»)[29] pudo instalarse en Alemania occidental después de una estancia de cuatro años en un campo para prisioneros de guerra. En 1951, la sentencia de Warlimont se redujo a dieciocho años. Fue liberado seis años después.

En otros lugares

Los británicos hicieron un primer intento de administrar justicia al abordar el caso de los culpables de Belsen, que fueron procesados en la cercana

localidad de Lüneburg. Josef Kramer, el comandante del campo, se sentó en el banquillo junto con 44 personas más el 17 de septiembre de 1945 en un gimnasio transformado del n.º 30 de la Lindenstrasse. Fue el primero de este tipo de procesos, un ensayo general con vestuario para los que vendrían a continuación y en los que se invocaría el derecho internacional y no el alemán. Los demandados fueron acusados de crímenes de guerra. Era difícil probar que hubieran hecho algo más que desatender cruelmente a las personas que tenían a su cargo, pues en Belsen no había cámaras de gas y a los presos se les había dado de comer, aunque no lo suficiente, ni mucho menos. Las acusaciones contra Kramer y el doctor Fritz Klein fueron fáciles de demostrar, pues ambos habían trabajado en Auschwitz como partes del engranaje de la maquinaria de la muerte. Es interesante recordar ahora que la acusación no recogía ninguna mención al genocidio nazi ni sobre su carácter específicamente antisemita.

En el banquillo, junto con Kramer, Klein e Irma Grese, la «Bestia Rubia», se sentaron varios Kapos polacos, antiguos prisioneros cuya situación privilegiada les permitió regodearse en actos de brutalidad. Se echó mano de varios abogados con uniforme militar para que defendieran a los hombres y mujeres de la SS, y lo hicieron con tanta diligencia como les fue posible, llegando a definir, incluso, a Kramer como chivo expiatorio. La fórmula legal *nulla poena sine lege* fue, por supuesto, ignorada, lo que indujo a establecer comparaciones con los propios nazis: los acusados no habían violado ninguna ley alemana en el desempeño de su labor en Belsen. Al leer ahora un informe del juicio, resulta llamativo el elevado número de inexactitudes que se permitieron y lo poco que sabían los británicos sobre el funcionamiento de los campos.

Por lo que respecta a Irma Grese, la prensa británica expuso un cúmulo indecente de informaciones lascivas sobre su destino. Era rubia y de buena presencia. Había participado también en las selecciones en Auschwitz, donde tenía fama de ejercer una brutalidad sin parangón entre las guardianas. El tribunal levantó la sesión el 16 de noviembre y entregó su veredicto al cabo de seis horas y ocho minutos: once personas, entre ellas Kramer, Klein e Irma Grese, fueron condenadas a muerte. Kramer apeló a

Montgomery, quien hizo oídos sordos. Klein se negó a apelar diciendo que su participación en la Solución Final «había sido tal que no estaba en condiciones de seguir viviendo». Los británicos enviaron en avión a Albert Pierrepoint para que llevara a cabo las ejecuciones. Los condenados murieron el 12 de diciembre.[30]

Los procesos por los campos de concentración prosiguieron durante veinte años. El juicio de Belsen fue un ejercicio de calentamiento para el de Núremberg. El personal del campo de Stutthof, cerca de Danzig, fue llevado igualmente ante un tribunal. Se ejecutó a 17 guardias de la SS, a 5 supervisores de bloque, y otros 58 recibieron condenas de hasta quince años de cárcel. Los británicos ajusticiaron en la horca al *Sturmbannführer* Max Pauly, segundo en el mando, pero una vez que los Aliados dejaron de ser responsables de la justicia retributiva, los tribunales de Alemania occidental se mostraron vergonzosamente indulgentes. Paul Werner Hoppe, el sucesor de Pauly, fue sentenciado a nueve años de cárcel. Un tribunal de Hamburgo sentenció a un guardia sádico a dos años, y Otto Knott, encargado de la cámara de gas, fue puesto en libertad por un tribunal de Tubinga.[31]

Una de las sentencias más controvertidas fue la que se dictó contra el mariscal de campo Erich von Manstein, que siempre había gozado de buena prensa, en particular en Gran Bretaña. Manstein, sin embargo, estaba a su manera tan cegado como Warlimont, y no se le podía definir como un general con «corazón». En una demostración de máxima ridiculez se había puesto firmes ante Hitler y había exclamado: «Führer, befehl! Wir folgen!» (¡Manda, Führer! ¡Te obedeceremos!). Hitler había pensado que se burlaba de él, y más tarde Manstein tuvo que oír un duro rapapolvo a puerta cerrada y salir del búnker de Hitler como un escolar que ha sido objeto de una reprimenda. La fuente de aquella historia fue Otto Günsche, un miembro de la SS que no debía de sentir ninguna simpatía por aquel general típicamente prusiano, pero la desabrida frialdad y la rigidez de Manstein están bien atestiguadas, y su réplica a una propuesta para que cooperara con la oposición militar («Los generales prusianos no se amotinan») fue tan elocuente como falsa.[32]

A continuación fueron los británicos quienes juzgaron a Manstein. Dictaron contra él una dura sentencia, pero fue liberado al cabo de sólo cuatro años, y al final de su vida fue asesor del gobierno de Adenauer para asuntos militares (un indicio de cuán seriamente los conservadores de Alemania occidental se tomaban a los tribunales instituidos para los crímenes de guerra). La razón probable de la dureza de su castigo fue el clamor procedente de la Unión Soviética. El encanto de Manstein ejerció un nulo efecto sobre los soviéticos, que le habrían dado muerte casi con certeza. En cambio, Reginald Paget consideraba a Manstein un perfecto y distinguido caballero, el «Héctor» de la Wehrmacht, y parece ser que cuanto más tiempo actuó como representante suyo, más llegó a apreciarlo. Paget formó equipo con Sam Silkin (que, siendo judío, hizo toda una declaración de principios al aceptar el caso) y dos abogados alemanes, los doctores Laternser y Leverkühn. El primero había defendido ya al mariscal de campo Von Leeb ante un tribunal estadounidense, y a Kesselring ante otro británico; el segundo había trabajado en la Abwehr de Canaris, y cuando éste y su equipo fueron detenidos por los nazis, había resultado igualmente sospechoso.

Paget supo una vez más que nada conseguiría citando casos de atrocidades similares cometidas por los ejércitos aliados: la actitud de los Aliados era irreprochable. Pero los británicos demostraron estar mucho más dispuestos a relacionarse con los miembros del equipo alemán de la defensa, a quienes los americanos habían tratado como proscritos.[33] Una vez iniciado el juicio, Paget observaría más detalles que contribuyeron al fracaso de la justicia. Uno de ellos fue el derecho a admitir la presencia de fotógrafos para que retrataran al acusado durante un buen rato al comienzo del juicio, lo que hizo que éste se asemejara a los actos de la justicia nazi; además, los periodistas ofrecieron reportajes que un tribunal inglés habría considerado sub júdice. Como no se trataba de un juicio «de verdad», no se les podía acusar de desacato. Luego, cabe citar el problema de la traducción simultánea. El acusado podía escuchar una traducción de la causa judicial a medida que se desarrollaba, pero a menudo los intérpretes no estaban a la altura de su cometido.[34]

Manstein no fue el único general de relevancia excluido del reparto de Núremberg. Según hemos visto, los británicos juzgaron al mariscal de campo Albert Kesselring en Venecia por atrocidades cometidas allí bajo su mando. Una de ellas había sido la masacre de 335 italianos en las Fosas Ardeatinas y de otras 1.087 personas asesinadas en represalias llevadas a cabo después de ataques de los partisanos. Kesselring organizó una defensa impresionante demostrando que el responsable de la seguridad era el SD, y no él. No obstante, fue condenado a muerte. El veredicto suscitó una enorme controversia, suficiente para que Churchill interviniera ante su sucesor. En consecuencia, la sentencia contra Kesselring fue conmutada por cadena perpetua. En 1952 fue liberado después de una lesión grave en la cabeza.[35]

En el caso del IMT (International Military Tribunal; Tribunal Militar Internacional) estadounidense, su ensayo fue el juicio incoado en Dachau en noviembre de 1945. En el banquillo se sentaban el comandante Martin Weiss, cuatro médicos de la SS y el profesor Klaus Schilling, de setenta y cuatro años, especialista en malaria, que había experimentado sus teorías en los prisioneros. En total había cuarenta acusados, y el tribunal dictó treinta y seis penas de muerte. El presidente del mismo, el general Lucien Truscott, conmutó más tarde cuatro de ellas, pero no la de Schilling.[36] Sepp Dietrich fue el general de la SS que más se distinguió en la guerra. Las tropas bajo su mando fueron responsables de un enorme número de atrocidades, en particular en la Unión Soviética. Al final de la guerra entregó su ejército a Patton en Krems y fue retenido en varios campos hasta acabar en Dachau con motivo de su proceso, que fue uno de los sesenta y siete celebrados en el que había sido el buque insignia de los campos de concentración y que dictaron sentencias capitales. El principal cargo presentado contra él fue la matanza de entre trescientos y seiscientos soldados estadounidenses y ciento once civiles belgas en Malmedy, ejecutada por orden de Jochen Peiper. El tribunal desestimó las alegaciones de que las confesiones de los hombres de la SS habían sido obtenidas bajo tortura. Peiper se condujo con dignidad en el banquillo y explicó algunos de los comportamientos de los interrogadores, que fingieron haber firmado ya confesiones de los demás

acusados y le dijeron que su sentencia de muerte estaba garantizada y que tendría la conciencia tranquila si salvaba a sus camaradas, etcétera. El tribunal no tuvo en cuenta la alegación de Peiper de que el derecho internacional permitía cierta libertad de acción en el trato a los prisioneros de guerra en el ardor del combate, si ello suponía poder garantizar la victoria.[37]

Los acusados en el juicio de Malmedy conocieron su suerte el 16 de julio de 1946. Cuarenta y tres hombres, incluido Peiper, fueron condenados a muerte por ahorcamiento; otros veintidós, entre ellos Sepp Dietrich, a cadena perpetua. Los prisioneros fueron trasladados seguidamente a la cárcel de Landsberg, el mismo lugar donde su antiguo líder, Adolf Hitler, había escrito *Mein Kampf*. La sentencia de Dietrich fue conmutada en 1951 por veinte años, y se le dejó en libertad cuatro años después. Muchos de los hombres llevados al corredor de la muerte sobrevivieron. Numerosos americanos que habían participado en el caso se sentían incómodos. La presencia de tantos judíos en el tribunal, los métodos utilizados para obtener las confesiones y el hecho de que muchos estadounidenses pudieran recordar que sus tropas habían realizado actos ilegales similares contribuyeron a suscitar dudas sobre la solidez de las sentencias condenatorias, que fueron revisadas un año después. Se conmutaron varias de las condenas a muerte. A mediados de 1948 aún había ciento cincuenta hombres en el corredor de la muerte de Dachau. Clay seguía abogando por ejecutarlos, pero la mayoría acabaron escapando del anzuelo. Pocos meses después había sobre su escritorio diez expedientes de los condenados de Dachau: seis mandatos de hábeas corpus, y cuatro a los que se había concedido autorización para presentar recurso. Se suponía que otros noventa y cinco serían ahorcados. El 4 de marzo de 1949, Clay mostró sus deseos de deshacerse de diez de los asesinos de Malmedy; doce más se hallaban todavía en proceso de apelación.

Clay no daba excesiva importancia a sus afirmaciones de que habían sido torturados. El 12 de marzo examinó la apelación del sargento comandante de tanques Bersin, del I Regimiento Acorazado de la SS:

> Se le obligó a pasar dos meses en el suelo de una prisión, donde recibió golpes y patadas de los guardias hasta el punto de perder varios dientes; lo llevaron a la clínica dental y a los interrogatorios con una capucha en la cabeza; y en un interrogatorio al que se le sometió el 20 de marzo de 1946 fue terriblemente maltratado por el señor Kirschbaum en presencia del señor Ellowitz.

Clay no tenía ninguna duda sobre la culpabilidad de Bersin. Los supuestos torturadores negaron las acusaciones levantadas contra ellos.[38] Pero al margen de lo que creyera Clay, los métodos empleados para obtener confesiones habían desacreditado el proceso.[39]

Para colmo, tenía que ratificar diecinueve sentencias de muerte del juicio de Buchenwald, entre ellas la de Ilse Koch –«La bruja de Buchenwald»–, que había logrado quedarse embarazada.[40] Era esposa de Karl Koch, el comandante del campo, y se hizo famosa no sólo por sus pantallas de lámparas sino también por su afición a recorrer el campo a caballo y azotar a los prisioneros. Su caso presentaba dificultades singulares. Había dejado Buchenwald en agosto de 1943 y nadie parecía saber qué había hecho a continuación. Clay conmutó su sentencia, pero aquella decisión desató una tormenta de protestas. No obstante, dio con el modo de eludir un doble procesamiento: podía transferirla a los tribunales alemanes, pues en Buchenwald había ciudadanos alemanes. La estratagema funcionó e Ilse fue condenada a cadena perpetua. Se suicidó en la cárcel en 1967.[41]

La condena a perpetuidad de Dietrich fue duramente criticada, pues no se pudo hallar vínculo alguno entre él y la orden asesina. Para su desgracia, Clay no estaba dispuesto a revisar la decisión. Por otra parte, en ese momento sólo quedaban doce condenados en el corredor de la muerte. Clay volvió a reducir esa cifra a la mitad. Los seis últimos fueron liberados en 1951, coincidiendo con la revisión de la cadena perpetua de Dietrich.[42]

Los alemanes acusados de atrocidades invocaron algunos argumentos ingeniosos en su defensa, pero como los tribunales habían conseguido imponer sus propias normas, sus posibilidades de éxito eran ínfimas. Así, por ejemplo, Fritz Knoechlein, un miembro de la SS acusado de haber asesinado a sangre fría a noventa y siete prisioneros de guerra británicos,

afirmó que antes de la matanza se había celebrado un *Standgericht* –un consejo de guerra–, algo permitido por el reglamento. Por otra parte, se dijo a la corte que no se podía instituir un tribunal de esas características una vez que los soldados habían depuesto sus armas, pues los prisioneros de guerra tienen derecho a ser protegidos por el ejército adversario.[43]

Kurt Meyer, comandante de un regimiento de la SS, fue juzgado por un tribunal canadiense por haber ordenado la muerte de cuarenta prisioneros de guerra de Canadá. En realidad, Meyer fue procesado por las atrocidades cometidas por su regimiento, pues no se pudieron aducir pruebas que demostraran que había dictado las órdenes fatales. A los comandantes aliados se les eximió graciosamente de este principio de la «cadena de mando». En general, Meyer impresionó al tribunal por su dignidad durante el juicio. Sin embargo, fue hallado culpable como responsable de la muerte de dieciocho soldados y condenado a morir ante un pelotón de fusilamiento. El general comandante de las fuerzas canadienses en Alemania conmutó más tarde aquella sentencia por otra de cadena perpetua; según se dice, no tenía la conciencia del todo limpia en cuanto a las acciones de sus propios hombres en el trato dado a prisioneros de guerra alemanes e italianos. Meyer fue encarcelado en New Brunswick antes de ser trasladado a la prisión británica de alta seguridad de Werl, cerca de Dortmund, donde tuvo como compañero de celda a Kesselring. Fue liberado en 1954.[44]

A partir de ese momento, los canadienses se desanimaron y permitieron a los británicos investigar las atrocidades cometidas contra sus hombres después del Día D, cuando ciertos rumores muy difundidos –según los cuales tropas de Canadá y Gran Bretaña no hacían prisioneros– tuvieron como consecuencia algunas escenas de brutalidad por parte de la SS.[N2] Una vez más, las órdenes de no dar cuartel provenían, al parecer, de Wilhelm Mohnke. Las matanzas en un puesto de primeros auxilios fueron perpetradas por un hombre de la SS llamado Wilhelm Schnabel. Su oficial superior, Bernhard Siebken, se opuso activamente a cumplir las órdenes y no se hallaba presente cuando se produjeron los fusilamientos. El juicio comenzó en Hamburgo el 28 de agosto de 1948. Cuando Siebken fue sentenciado a muerte, se presentó una demanda de atenuación, pero el

auditor de guerra suplente, lord Russell de Liverpool, dictaminó que el tribunal había pronunciado el veredicto correcto. Ambos hombres fueron colgados por Pierrepoint en Hameln el 20 de enero de 1949. Fue un caso clásico de *vae victis*, o de justicia del vencedor.[45]

Otro nazi encarcelado en Dachau fue al antiguo *Gauleiter* de Mecklemburgo. Tisa von der Schulenburg viajó a Dachau para ver a Friedrich Hildebrandt, implicado en el fusilamiento de dos aviadores estadounidenses. Se le dijo que no podía salvarlo, a pesar de que había protegido a Tisa y a su cuñada tras la Conspiración del 20 de julio de 1944. Tisa intentó entender por qué Hildebrandt, un hombre «inofensivo», habría ordenado el fusilamiento de los aviadores y recordó que se llevó a cabo en respuesta al bombardeo de un tren en el que habían muerto cien personas, principalmente mujeres y niños. Hildebrandt había decidido que los siguientes «bombarderos terroristas» que llegaran vivos a tierra sufrirían el castigo correspondiente.

Los alemanes comienzan a procesar nazis

Los primeros en ser liquidados fueron, en general, quienes habían cometido atrocidades contra ciudadanos aliados. De ahí que los rusos quisieran las cabezas de los generales responsables de la invasión de la Unión Soviética, los yugoslavos y los polacos las de quienes habían desempeñado esa función en sus países, y los checos las de aquellos que habían administrado el suyo. Los rusos dieron muerte a Friedrich Jecklen, jefe de la SS, en 1946; y los yugoslavos, al ministro Siegfried Lasche y al general Alexander Löhr; los polacos ejecutaron a Josef Bühler, Jürgen Stroop y Rudolf Höss; también fueron llevados ante tribunales polacos los nazis más destacados de Danzig: el *Gauleiter* Albert Forster fue arrestado por los británicos y entregado a las autoridades de Varsovia. Él y Richard Hildebrandt, jefe de la RUSHA, fueron ejecutados. Antes de ser liquidado, Greisser, presidente del Senado de Danzig y *Gauleiter* de Posen, fue paseado en una jaula de hierro por las calles de la ciudad, que había recuperado su nombre polaco de

Poznań.[46] Los checos dieron muerte a Karl-Hermann Frank, Hanns Ludin y Dieter Wisliceny.

Los oficiales que hubiesen ordenado dar muerte a prisioneros de guerra aliados podían esperar la pena capital. Muchos de los que habían ordenado matar a miles de sus propios ciudadanos escaparon sin sufrir ningún daño: Mengele, Heinrich *Gestapo* Müller, Alois *Jupo* Brunner y otros lograron huir de los Aliados, y hay quien asegura que estos mismos fueron cómplices de su desaparición. La furia de los Aliados se extinguió con rapidez. En los principales juicios de Núremberg las sentencias fueron cada vez más leves con el paso del tiempo, y hasta quienes eran sentenciados a muerte o a cadena perpetua vieron a menudo cómo sus penas se conmutaban o reducían. A medida que los procesos se acercaban al final de la década de 1940, los jueces dieron carpetazo a los procedimientos ante el temor de que los soviéticos estuviesen a punto de invadir Alemania occidental.

La hipocresía fue un ingrediente remarcable. Desde aquellas fechas han salido a la luz numerosas atrocidades cometidas por los Aliados, en particular la matanza de prisioneros de guerra en Biscari ordenada por el general Patton. El hundimiento de la flota francesa en Orán por los británicos, con la pérdida de unas mil quinientas vidas francesas, no constituyó ningún secreto; no fue sino un episodio más de la tradición naval británica que tuvo su origen en Copenhague en 1805. El último emperador alemán había temido que ocurriera lo mismo con su naciente flota. Es posible que se tratara de un «uso», pero difícilmente se puede decir de él que fuera más legal que los ataques aéreos alemanes contra Inglaterra.

Los británicos decidieron poner fin a los juicios en abril, y en septiembre delegaron aquellos temas en manos alemanas y remitieron a los miembros del Partido Nazi a la Spruchkammer, de acuerdo con la Ley para la Liberación aprobada en Estados Unidos el 5 de marzo de 1946. A partir de ese momento, los nazis fueron juzgados por alemanes, fundamentalmente por sus antiguos enemigos políticos del SPD o el KPD. Las principales peticiones de castigo llegaron de la Zona Estadounidense como respuesta a las presiones de la OMGUS (Office of Military Government, United States; Oficina del gobierno militar de Estados Unidos). Entre las

personas que fueron llevadas ante los tribunales se hallaba Winifred Wagner, reducida a la pobreza y obligada a pedalear hasta setenta kilómetros diarios para conseguir leña. Mientras buscaba combustible para el fuego, redactó un documento de sesenta y cuatro páginas sobre sus relaciones con Adolf Hitler, a las que añadió copias de documentos en los que se mostraba cómo había navegado contra corriente para ayudar a los oprimidos del Tercer Reich. También señalaba con total acierto que no había quebrantado la ley al afiliarse en su momento al NSDAP.[47]

En su declaración, Winifred afirmó que únicamente tenía un conocimiento muy vago de los campos de concentración, aunque otros documentos mostraban que había intervenido para sacar a alguna persona de Auschwitz. Es probable que hubiera estado mal aconsejada, pero para entonces ya había sido testigo de la brutalidad con la que habían actuado los tribunales contra algunos de sus camaradas, cuya única culpa, en la mayoría de casos, se limitaba a haber pertenecido al Partido. El trato dado al doctor Helmut Treuter, despojado de sus bienes y encarcelado a consecuencia, sobre todo, de una denuncia presentada por un rival, había sido especialmente mortificante. Treuter no pudo volver a practicar la medicina hasta noviembre del año 1949. Winifred se temió lo peor.[48]

La nuera de Wagner no tuvo ningún problema para entender los métodos empleados por sus interrogadores. Eran similares a los de la Gestapo e iban de las amenazas a la cháchara normal. Supo que la acusaban de haber hecho a Hitler «socialmente aceptable». Entretanto, su hija Friedelind –ciudadana estadounidense– proclamaba al mundo que Heinz Tietjen, el antiguo amante de Winifred, había sido utilizado para interrogar a espías británicos. Al final resultó que se refería a Hermann Göring (o Teddie, como se le conocía en la familia Wagner). En realidad, la causa contra Winifred se basaba sustancialmente en las informaciones sobre la historia familiar proporcionadas por el libro de su hija.[49]

El juicio contra Winifred Wagner se celebró en Bayreuth. El principio aplicado en él fue el de «sálvese quien pueda». Heinz Tietjen, que había dirigido el festival tras la muerte de Siegfried Wagner, evitó comprometerse y prefirió no hacerse notar ante la pronta celebración de su propio juicio de

desnazificación. Winifred fue una vez más escrupulosamente sincera respecto a su fe en Hitler, en la que había perseverado desde la temprana fecha de 1923. En el proceso salieron también a relucir el amor de Hitler por Wagner y el odio de éste a los judíos, aunque no se pudo decir que ni uno ni otro tuvieran peso alguno en la causa contra Winifred. La Spruchkammer se mostró desafortunadamente proclive a emitir un fallo condenatorio que pudo haber recordado a muchos alemanes la manera de proceder del infame Tribunal del Pueblo, al que había sustituido hasta cierto punto. Cuando uno de los testigos dijo que veía las cosas «desde una perspectiva distinta», el fiscal replicó: «Su diferente perspectiva carece aquí de interés para nosotros». Podría haberlo dicho el propio Roland Freisler.[50]

La acusación pidió que se clasificara a Winifred en el grado 1. Aunque había proporcionado ayuda a víctimas del régimen, no lo había hecho por un sentimiento de oposición. Se pidió una condena de seis años en un campo de trabajo y la confiscación de sus activos. En realidad, Winifred recibió una condena de grado 2: 350 días de servicio comunitario y la cesión del 60 % de sus bienes. Más tarde, tras un recurso, fue reclasificada como «culpable menor». La sentencia inicial resultó controvertida. Algunos alemanes clamaron contra la indulgencia del tribunal. Los extranjeros le enviaron paquetes de comida. Según admitió un amigo suyo judío, el principal delito de Winifred había sido sucumbir al error cada vez más extendido de que Hitler no había sido responsable de los crímenes cometidos en su nombre. Se trataba de un punto de vista que ella expondría más tarde a una persona de su misma opinión, el historiador David Irving. Al final de su vida, Hitler era para ella «USA»: «Unser selige Adolf» (Nuestro bendito Adolf).

Los Aliados occidentales comenzaron bien. En el verano de 1945, por ejemplo, despidieron al 90 % de los funcionarios judiciales de sus zonas, pero no tardaron en darse cuenta de que, al actuar de ese modo, estaban cargándose considerablemente de trabajo y tendrían serios problemas para reconstituir el sistema legal de Alemania. Muchos abogados alemanes consiguieron obtener testimonios de sus colegas en los que se atestiguaba su rechazo «interior» al sistema. Una vez aprobados, se les proveía de un

Persilschein, un «Certificado Persil», por el nombre del jabón en polvo. El *Persilschein* «lavaba más blanco» a los antiguos nazis. De manera similar, los funcionarios de prisiones, que habían sido responsables de decenas de miles de muertos y habían aplicado unas medidas de brutalidad sin parangón, fueron absueltos por el simple motivo de que el personal de los servicios de prisiones era poco numeroso. En el nuevo Estado de Baden-Württemberg la proporción de absoluciones llegó a ser de un asombroso 96 %.[51]

Una vez lavados, los miembros de la judicatura regresaron al estrado o a los ministerios. Alrededor del 80 % de los jueces nazis volvieron a trabajar en la República Federal, entre ellos 72 antiguos jueces y fiscales del tristemente famoso Tribunal del Pueblo. Algunos siguieron en activo hasta fechas tan tardías como la década de 1970. Los tribunales alemanes demostraron ser incapaces de sentenciar a ningún antiguo juez o fiscal nazi, excusándose en la aplicación del derecho existente en su momento.[52] En el Este, la situación fue diferente. Una vez superados los problemas iniciales y tras el acceso a la judicatura de un grupo numeroso de gente poco fiable, de los mil jueces de la RDA existentes en 1950, sólo uno había sido miembro del NSDAP. Para resolver la escasez de juristas bien formados se impartieron cursos acelerados a los jueces. Sin embargo, estos magistrados no iban a ser imparciales. El servicio de prisiones se purgó de manera similar, pero tampoco esto hizo que las cárceles de la RDA fueran preferibles a las de Occidente, administradas por antiguos nazis.[53]

Los americanos cancelaron el programa de desnazificación el 8 de mayo de 1948. Para entonces, los tribunales estadounidenses, británicos y franceses habían juzgado más de ocho mil casos y sentenciado a muerte a 806 personas, una décima parte de los acusados. Menos de la mitad obtuvieron la conmutación de sus sentencias, y 486 subieron al cadalso. Los estadounidenses juzgaron a 1.672 personas por crímenes de guerra. De los 255 que ejecutaron en Landsberg-am-Lech, 102 eran trabajadores especializados, 37 funcionarios civiles, con alguna que otra titulación universitaria, 23 profesores de universidad, 22 obreros, 11 soldados, y el resto profesionales, funcionarios nazis y escolares. El más anciano fue el

doctor Schilling, de setenta y cuatro años. (Veinte más murieron por causas naturales.) Todos los condenados a cadena perpetua fueron liberados, con una excepción: Hess.[54] Los tribunales alemanes volvieron a abrirse el verano de 1945 y también ellos juzgaron a antiguos nazis. Entre 1945 y 1950, los tribunales condenaron sólo a 5.228 por crímenes nazis. Las sentencias fueron reducidas; en otros casos se concedió rápidamente el perdón a los criminales. En los años de 1951 a 1955 sólo se dictaron 638 fallos condenatorios. Ahora sabemos con claridad que muchos de los peores culpables, los encargados de llevar en la práctica a miles de personas a la muerte, no obtuvieron ningún castigo.[55]

N1. La sentencia de Kesselring fue conmutada por la de cadena perpetua. Él y List fueron puestos en libertad en 1952.

N2. Aquellas acusaciones debían de tener visos de ser ciertas. Cuando el autor vivía en Francia, a comienzos de la década de 1980, conoció a dos personas –un hombre que tendría dieciocho años en el momento de los hechos y una mujer que era entonces una niña de seis– que habían sido testigos de las masacres perpetradas por soldados aliados. La niña había salido de casa y se encontró con unos paracaidistas británicos que acuchillaban a bayonetazos a unos prisioneros de guerra alemanes en su jardín. Un amigo británico del autor que había estudiado en Heidelberg antes de la guerra y fue oficial de inteligencia de su regimiento dijo a éste que no pudo interrogar a un solo prisionero tras la masacre de Oradour-sur-Glane, pues los soldados británicos los habían matado a todos.

Cuarta parte

El camino a la libertad

18

Iniciativas de pacificación en Potsdam

18 de julio de 1945

Ahora se decidirá si podemos seguir viviendo en Europa o si debemos intentar llevar una existencia de refugiados Dios sabe dónde. Ha pasado un año desde el intento [de asesinato] del 20 de julio. Un año lleno de sangre y desgracia que, tal vez, podría haberse evitado. Pero nuestro pueblo tuvo que beber el cáliz hasta las heces y, al final, todo fue para bien.

URSULA VON KARDORFF,
Berliner Aufzeichnungen, 1942-1945,
Múnich, 1994, p. 337

Las conferencias celebradas en tiempo de guerra habían analizado sosegadamente el destino de Alemania, pero en la de Potsdam los Aliados se dieron cuenta por fin de que el «tío José» les había ganado por la mano y tendría la última palabra. Los Aliados se reunieron del 17 de julio al 2 de agosto de 1945 en el Cecilienhof de Potsdam, el palacio del príncipe heredero, «el Pequeño Willi». Los Aliados occidentales pudieron ver por primera vez el trabajo que habían realizado. En una incursión de quince minutos lanzada el 14 de abril habían arrasado el centro de la *Residenz*, la capital residencial, de Federico el Grande.[1] Según Hanna Grisebach, el centro urbano había perdido «*todas* sus construcciones históricas, monumentales o de importancia artística».[2] Quedaba algún consuelo: «Habían sido silenciadas las voces a las que tuvimos que prestar oídos durante más de doce años».[3]

Hanna Grisebach era una judía convertida al protestantismo y casada con un colega de Karl Jaspers en Heidelberg. Su marido había sido obligado

a retirarse en 1937 por razones muy similares a las del filósofo. El matrimonio se mudó al llamado «von-Viertel», el barrio aristocrático, de Potsdam. La señora Grisebach halló acogida en el círculo de los nobles, realistas en su mayoría, como los Wedel, los Schulenburg, los Buddenbrook y una anciana princesa Trubetzkoy, residente en Potsdam, muchos de los cuales eran miembros de la «Iglesia confesional» y totalmente opuestos al régimen de Hitler. Al igual que Gertrud Jaspers, Hanna Grisebach vivió escondida los últimos días del Tercer Reich.[4]

El 24 de abril, Hanna vio al «primer ruso en nuestra casa». Su sirvienta polaca, Marja, pudo actuar como traductora y ahuyentar al ruso salvando así la vida de su joven hijo. Luego, vistió de chico a su hija adolescente y le cortó sus largas trenzas para impedir que fuera violada. Para entonces, los alemanes se habían retirado dejando a su estela un lamentable espectáculo de destrucción: «Vehículos abollados, coches destrozados, prendas de uniforme desechadas y todo tipo de armas aparecen diseminados por cualquier parte...».[5]

Los rusos mostraron más respeto que los angloamericanos por los monumentos culturales de la localidad. Durante la batalla de Potsdam, la salvaguarda de los palacios del parque de Sanssouci se encomendó a Yevgueni Ludshuveit, historiador de arte. Ludshuveit envió un mensaje por radio al Alto Mando alemán para pedirle que su artillería dejara de disparar contra el parque: «Estaba muy preocupado por los tesoros y quería preservarlos».[6] El puente de Glienecke, que conectaba Potsdam con el gran Berlín por el norte, fue otra víctima de los bombardeos. Todavía se podía cruzar al lado del Wannsee, pero sólo «trepando, con un riesgo espeluznante», por los pilones que habían ayudado anteriormente a sustentar el puente de suspensión. En su furia destructiva, los SS habían incendiado las excelentes embarcaciones amarradas en el Havel pertenecientes al Yacht Club Imperial.[7]

El cuidado que se prestó a los monumentos restantes no se extendió a las propiedades particulares de los ciudadanos de Potsdam. Se emprendió la caza habitual de relojes y bicicletas. Los Grisebach perdieron ocho relojes de pulsera, así como todas sus bicicletas. El hijo de Hanna logró comprar

otra a cambio de un reloj de oro, pero también se la robaron más tarde. Sobrevivir significaba echar mano de lo que se podía. Hanna Grisebach trajo a casa un pedazo de caballo y lo marinó en vinagre y especias. El plato arrancó gritos de placer. También recibió su parte de una vaca que había pisado una mina. El mayor descubrimiento fue, posiblemente, el del contenido de la bodega de una villa, arrojado por su dueño a las aguas del Hasengraben para impedir que se lo bebieran los rusos. La hija de Hanna y un amigo habían localizado el botín y se mostraron dispuestos a meterse en el agua hasta la cintura para sacar las preciosas botellas: «Caldos estupendos de procedencias famosas». Los Grisebach los bebieron con fruición, mientras el donante guardaba cama con un resfriado. El vino dejó la comida en mal lugar. Todo lo que no quisieron, como, por ejemplo, una botella de málaga, pudieron intercambiarlo con los rusos por pan y tocino.[8]

El 5 de mayo, Hanna oyó el rumor de que los americanos estaban llegando a Potsdam. En aquellos momentos abundaban este tipo de historias (sin relación alguna con la Conferencia de Potsdam, que se celebró en julio). La primera oleada de rusos se estaba marchando. Un tren de bagajes partió, dando lugar a una «escena pintoresca» que recordaba a *Los cosacos* de Tolstói o a algunos episodios similares de *Guerra y paz*. Los muchachos mataban el tiempo disparando contra los patos y montando los caballos que encontraban por allí, mientras los botes abandonados cabeceaban en el agua. Los americanos, sin embargo, no llegaron, y desde mediados de mayo la comida escaseó. Cesaron los suministros de carne y manteca, y los Grisebach vivieron de copos de patata y de cualquier fruta o verdura que hurtaban en los huertos abandonados. Además, pescaban en el Havel o en el lago y cogían a veces algún pez cuando los rusos lanzaban una granada al agua, su método habitual de echar el anzuelo.

Con el hambre que tenían, les encantó oír que los profesores se equipararon a los trabajadores manuales en la entrega de cupones de racionamiento: cumplían los requisitos para tener la Cartilla de 1.ª clase. En cierta ocasión se localizó un campo lleno de patatas a veinte kilómetros, en Buckow, y Hanna y otros más partieron hacia allí en bicicletas de repuesto que habían desenterrado. Para acceder a los tubérculos tuvieron que

esquivar los disparos de los rusos, pues los soldados pretendían utilizarlas para destilar aguardiente. No obstante, a pesar de no pocos reveses, Hanna pudo regresar con treinta y cinco kilos.[9]

Primeros contactos entre el Este y el Oeste

Uno de los pretextos para la celebración de la conferencia de los Aliados fue plasmar en la realidad las zonas decretadas en Yalta. Todos los Aliados habían acabado en lugares que no les correspondían: los franceses estaban en Stuttgart; los americanos en Turingia y habían avanzado hasta Halle, en Sajonia; los británicos habían ocupado la mitad occidental de Mecklemburgo, mientras que otras unidades estadounidenses habían cruzado las montañas del Harz hasta alcanzar Magdeburgo, a orillas del Elba. La denominada «bolsa de Magdeburgo» correspondía a los soviéticos. Las zonas aliadas siguieron siendo fluidas hasta poco antes de Potsdam, y la población especulaba mucho y en vano sobre quién los gobernaría. Incluso a comienzos de septiembre, los berlineses no tenían aún claro dónde estaba cada uno de los Aliados. Se decía que los rusos evacuarían Eisenach y Jena, y que la Zona Británica controlaba el aeropuerto de Erfurt (las tres ciudades se hallaban en la Zona Soviética). Los británicos iban a recibir Turingia, según se rumoreaba, y los rusos serían recompensados en el Asia oriental. A los Aliados occidentales se les obligó a retirarse a posiciones previamente acordadas por los políticos en Yalta, tras el Elba y el macizo del Harz. Los generales rezongaban. En su entusiasmo por recuperar el territorio que les correspondía legítimamente, los rusos intentaron quedarse también con la ciudad de Coburgo, en Franconia, probablemente porque pensaban que se hallaba en Turingia. Esto provocó un enfrentamiento con los estadounidenses.

El 11 de julio de 1945, Margret Boveri informó sobre una oleada reciente de detenciones relacionadas con la conferencia. Los municipios vecinos fueron vaciados de alemanes para dejar sitio a los delegados. Babelsberg ya había sido evacuada, y ahora le llegaba el turno a Wannsee.

Los intelectuales, tanto si eran Pg como si no, fueron los primeros objetivos. Con perdón de Hanna Grisebach, su pertenencia a la clase social de los académicos tenía ciertas desventajas.

La conferencia fue una oportunidad para supervisar el comportamiento de los Aliados en los campos de prisioneros. Había resentimiento por ambas partes. Los soviéticos seguían creyendo que habían cargado con el peso principal de los combates y soportado las mayores pérdidas. El Este no confiaba en el Oeste, y viceversa. Los rusos creían que los Aliados occidentales se limitaban a tomarse un respiro antes de atacar a la Unión Soviética y que durante la guerra no habían descartado ninguna opción, hasta el punto de mantener negociaciones secretas con los alemanes. Es sin duda cierto que los canales de comunicación habían estado abiertos, y las autoridades soviéticas habían sido informadas de este hecho por el oficial del servicio de inteligencia británico Kim Philby y otros. Los rusos dijeron que no se les permitía entrevistar a todos los prisioneros retenidos por Occidente. Pero sí se les autorizó a hablar con varios de ellos, y «los informes de los interrogatorios confirmaron la existencia de negociaciones entre bastidores entre los nazis, por un lado, y Estados Unidos y el servicio de inteligencia británico, por otro, sobre la posibilidad de acordar una paz por separado».[10] También los rusos habían mantenido conversaciones con los alemanes.[11]

Había partidarios de la guerra contra la Unión Soviética tanto en el bando británico como en el estadounidense, pero su alcance se mantuvo en secreto durante la Guerra Fría. El *Libro de Hitler*, preparado para Stalin a partir de interrogatorios con prisioneros de guerra alemanes de alto rango en 1948, abunda en acusaciones sobre la perfidia de los Aliados occidentales.[12] Algunos generales británicos, en especial Montgomery, deseaban seguir adelante contra los rusos. Esta idea había contado con el apoyo de Churchill, pero es posible que Donald Maclean, del Foreign Office, filtrara los planes a los rusos, un hecho que incrementó el sentimiento de desconfianza existente entre los Tres Grandes. En 1945, los rusos creían que los británicos estaban reteniendo un considerable ejército alemán para utilizarlo en la siguiente campaña, y que por esa razón no habían desarmado

a las fuerzas alemanas en su zona. En Potsdam, Zhúkov presentó una protesta formal en la que afirmaba que los británicos mantenían en situación de combate a los doscientos mil hombres del grupo del Ejército del Norte y que en Schleswig-Holstein[N1] no se había reconocido como prisioneros de guerra a un millón de hombres.[13] Los americanos estaban capturando a científicos y llevándoselos a Estados Unidos para utilizarlos –entre otros proyectos– en su programa de bombas atómicas.[14] En las memorias de Zhúkov no aparece el dato de que los propios rusos tampoco se mostraron reacios en absoluto a hacer lo mismo. Los rusos creían que los angloamericanos habían actuado deliberadamente al no bombardear objetivos en previsión de que más tarde les resultarían útiles. Uno de esos casos fue el de las oficinas centrales de la IG Farben en Fráncfort, que habían quedado prácticamente intactas, hasta el punto de que los americanos las transformaron en su cuartel general.[15]

Truman no tenía ningún deseo de continuar la guerra contra la Unión Soviética y accedió a retroceder hasta los límites acordados por los Tres Grandes en Yalta. En ese momento, Churchill expresó sus «profundos recelos» en un cablegrama enviado al presidente.[16] Aquellos fragmentos territoriales podrían haber servido, por ejemplo, para negociar sobre los ríos Óder y Neisse. El 5 de junio en Berlín se hicieron las primeras prácticas para Potsdam cuando Montgomery y William Strang, por parte de Gran Bretaña, Eisenhower, Clay y Robert Murphy, por la de Estados Unidos, y el comandante francés Lattre de Tassigny fueron invitados a instalar el gobierno de la ciudad en el cuartel general de Zhúkov en Karlshorst. Los generales angloamericanos recibieron entonces la Orden de la Victoria, mientras que Lattre de Tassigny se tuvo que conformar con la de Suvórov de Primera Clase.[17] Clay concedió a Zhúkov la Legión del Mérito.[18]

La concesión de una condecoración de menor relevancia a Lattre fue todo un emblema del rango de los cuatro aliados: Francia no fue invitada a Potsdam,[N2] lo que constituyó «un duro golpe para el orgullo francés».[19] Truman había dado garantías a los franceses de que se tomarían en cuenta sus deseos y se expondrían sus argumentos, aun cuando su comportamiento no les había granjeado el afecto de los americanos: habían ocupado

Stuttgart y el Valle de Aosta, en Italia, y se habían dejado llevar por la rivalidad colonial con los británicos en el Levante. Los franceses no habían olvidado nada... y tampoco habían aprendido nada. En 1919 se habían quedado con el 50 % de las reparaciones de guerra obtenidas de Alemania; ahora exigían maquinaria, carbón y mano de obra, así como la devolución de todo lo que los alemanes les habían arrebatado. Intentaban desesperadamente recuperar la cuenca del Ruhr, con sus recursos naturales y su industria pesada, pero Bevin, recién nombrado ministro de Asuntos Exteriores, y los británicos en general se negaron a ceder ni un solo centímetro ante el temor de que los rusos reclamaran también su parte.[20]

En la reunión de Berlín, Alemania dejó formalmente de existir como nación independiente. Los Aliados firmaron la Declaración de Derrota y la Asunción de la Soberanía. Las cuatro potencias acordaron también constituir el Consejo de Control Aliado que gobernaría Alemania, pero los rusos manifestaron con rotundidad que no permitirían a los Aliados occidentales que ocuparan sus sectores de la capital hasta que no cumplieran las disposiciones de Yalta: retirarse al otro lado del Elba y las montañas del Harz. Los políticos occidentales pretendían que el Consejo de Control tomara esta decisión, pero Eisenhower (que se sintió impresionado por Zhúkov) fue partidario de ceder ante los rusos, y Harry Hopkins, emisario de Truman, había discutido ya en Moscú este toma y daca.[21] Zhúkov creía que los Aliados occidentales estaban dispuestos a aceptar esa pérdida territorial porque aún ambicionaban que los rusos intervinieran militarmente en la guerra del Extremo Oriente.[22] El 11 de junio, Ursula von Kardorff se había hecho una idea clara de la futura Zona Soviética –Weimar, Leipzig, Dresde– y dudaba de las credenciales de Stalin como «benefactor de la humanidad». Las zonas fueron ratificadas el 26 de julio.[23]

Zhúkov celebró también una reunión con Hopkins el día siguiente, 12 de junio. Hopkins había volado desde Moscú, donde había pasado dos semanas y mantenido seis encuentros con Stalin para debatir, entre otras cuestiones, la Carta de la ONU y la posibilidad de incluir a unos pocos no comunistas en el gobierno de los polacos de Lublin. Por lo demás, su tarea había consistido en garantizar al dirigente ruso que Estados Unidos no tenía

ambiciones en Europa en materia de política exterior, dejándole así manos libres en Polonia y en Austria. Hopkins no había consultado a Churchill, a quien Truman mantenía a cierta distancia negándose a acelerar las conversaciones programadas. Sin embargo, algunos miembros del círculo de Truman adoptaron un punto de vista completamente distinto, abogando por un enfrentamiento con Rusia. Entre ellos se hallaban Harriman, Forrestal y Leahy.[24]

Stalin y Mólotov dieron su apoyo a cuatro o cinco polacos de Hopkins, que más tarde tuvieron que huir para salvar la vida. En el momento de marcharse, Hopkins sobrevoló Berlín. Al ver las ruinas, comentó: «Es un segundo Cartago».[25] Sentía simpatía por los rusos y lamentaba el fallecimiento repentino del anterior presidente. No tenía una relación estrecha con Truman: «Es una pena que no viva el presidente Roosevelt para ver estos días. Con él, las cosas eran más fáciles».[26] Hopkins dijo a Zhúkov que los americanos no estarían listos para el 15 de junio y que necesitarían aplazar un mes más, hasta el 15 de julio, la conferencia de los líderes. Zhúkov propuso Potsdam porque en Berlín no había ningún edificio apropiado en suficiente buen estado de conservación. El único lugar de Potsdam era el palacio del príncipe heredero, pero contaba con la ventaja de Babelsberg, una zona de villas indemne en gran parte, donde en la época de Weimar habían vivido gente del cine y políticos.[27]

Los temas del programa eran el futuro político y económico de Alemania, la desnazificación, la desmilitarización y la descentralización, la frontera oriental alemana y la situación legal de Königsberg y Prusia oriental. También Austria estaba en el orden del día, así como todas las demás antiguas potencias beligerantes. Zhúkov se llevó a Hopkins y a su ayudante Charles *Chip* Bohlen a dar una vuelta por la ciudad en ruinas y a continuación se ofreció un almuerzo, un bufé «ligero de comida y cargado de vodka».[28]

Hopkins había estado presente en Yalta y conocía la opinión de su antiguo jefe. Había sido enviado a negociar con De Gaulle, una obligación que le resultó claramente onerosa. El difunto presidente Roosevelt se había echado a reír cuando Chip Bohlen, su intérprete en la conferencia, dijo:

«Podemos admitir que De Gaulle es uno de los mayores hijos de puta que se haya sentado en un orinal».[29] Roosevelt insistió en que De Gaulle no debía tener un asiento en la mesa principal. Churchill tuvo que exponer la causa de los franceses y obtener para ellos una zona de ocupación en Alemania. Stalin sólo accedió mientras su parte quedara intacta. Resulta llamativa la escasa oposición que los Aliados occidentales plantearon al líder ruso, incluso en Yalta. Hopkins había aconsejado a Roosevelt que aceptara las enormes demandas de reparaciones planteadas por Stalin,[30] y no está claro si, cuando Estados Unidos y Gran Bretaña cedieron sobre la frontera occidental de Polonia, sabían con exactitud cuáles eran las consecuencias.

Churchill había intentado resolver la cuestión polaca antes de la llegada del Ejército Rojo, pero el poderío de Rusia había prevalecido y el dirigente británico cambió de idea. El 15 de diciembre de 1944, Churchill se había mostrado totalmente accesible respecto a la expulsión de los alemanes de los territorios orientales, aunque le preocupaban las cifras. Al parecer, pensaba que seis era el límite máximo, y ahora se enteraba de que su número podría ascender de ocho a nueve millones, algo totalmente imposible de llevar a cabo.[31] Churchill se aferró a su bolsa de Wismar como contraoferta y el 9 de junio de 1945 envió un cable a Truman para aconsejarle que hiciera lo mismo y mantuviera las posiciones americanas en Turingia y Sajonia. Quizá esperase entenderse mejor con Truman, dadas las tensas relaciones que había mantenido con Roosevelt durante los últimos días de vida del presidente. Churchill dijo a Truman que no pensase en retirarse hasta que la cuestión austriaca se hubiera resuelto adecuadamente. Sin embargo, el 14 de junio el presidente estadounidense envió un cable a Stalin y accedió a retirar sus tropas hasta el Elba. Churchill no tenía ya otra alternativa que acatar la decisión de su aliado e informó a Stalin de que los británicos se marcharían el día 15. Entonces Stalin intentó ganar tiempo y pidió a los Aliados que esperaran al 1 de julio para ocupar su lugar en Berlín. Antes había que proceder a la retirada de minas y realizar algunas tareas de menor importancia.[32]

A esas alturas deberían haber sabido cuáles eran sus objetivos. Stalin había mostrado ya sus cartas en Europa oriental. Checoslovaquia era un ejemplo pertinente. El gobierno en el exilio se había despedido del rey Jorge VI el 15 de febrero y había salido de Inglaterra el 12 de marzo. El 19, Beneš y Masaryk se hallaban en Moscú. El 6 de abril llegaron a Praga, donde fueron recibidos con pan y sal para celebrar su bienvenida. El 9 de abril se constituyó un gobierno provisional encabezado por Zdenek Fierlinger con representantes de los cuatro partidos más cuatro miembros sin partido. El principal objetivo era la cooperación con Moscú.

Los polacos se habían visto obligados a aceptar la Línea Curzon en el este, pero el 21 de julio de 1944 Stalin pudo aplacar al gobierno de Lublin mostrándole el señuelo de una compensación en forma de territorio alemán en el oeste. Churchill y Roosevelt no habían planteado en Yalta ninguna objeción a la línea Óder-Neisse, aunque hubo recelos sobre la conveniencia de otorgar a los polacos una cantidad tan grande de territorio alemán y se dejó en el aire la posibilidad de encontrarles tierras en el oeste y el norte. Los polacos sabían muy bien qué querían de la Conferencia de Potsdam. El régimen de Lublin había manifestado formalmente el 5 de febrero de 1945 sus aspiraciones sobre la frontera de los ríos Óder y Neisse. Según había proclamado Władisław Gomułka: «Debemos expulsar a todos los alemanes, pues nuestros países se han construido con criterios nacionales y no multinacionales».[33]

Se acordó revisar la cuestión en Potsdam. La razón de que los rusos se hubieran mantenido al margen observando el levantamiento de Varsovia desde la otra orilla del Vístula era que deseaban quitar de en medio a quienes no fueran partidarios de una Polonia comunista o favorable a Moscú. Los Aliados occidentales siguieron apoyando al régimen del exilio londinense. Los dieciséis emisarios del gobierno de Londres llegados a Moscú para indagar sobre la posible colaboración fueron detenidos. Entretanto, los hombres de Lublin marchaban afanosos tras el Ejército Rojo. En marzo de 1945 crearon cinco nuevos *voivodatos* polacos: Masuria, Pomerania, Alta Silesia, Baja Silesia y Danzig, y se referían ya a esas zonas con la expresión de «territorios recuperados». La decisión suscitó protestas

por parte de Washington: ¡había que mantener previamente conversaciones de paz![34]

Con sus medidas de desmantelamiento y saqueo cultural, los rusos no demostraron ningún deseo de cooperar con Occidente. El pensamiento de algunos generales soviéticos, como Bulganin, era similar al de Montgomery: habían ganado una batalla, pero no la guerra. Había que derrotar al fascismo, en especial en Estados Unidos. «¡América es ahora el principal enemigo! –proclamó Bulganin en vísperas del asalto a Berlín–. Hemos destruido los cimientos del fascismo; ahora debemos destruir los del capitalismo: América.» Esta idea fue expresada en términos culturales por el oficial ruso Vladímir Kurásov antes de la llegada de los Aliados occidentales a Berlín: «Llevaos todo del sector occidental de Berlín. ¿Entendéis? ¡Todo! Y lo que no podáis llevaros, destruidlo. No dejéis nada para los Aliados [occidentales]: ni una máquina, ni tan sólo una cama; ¡ni siquiera un orinal!».[35] Berlín y sus satélites industriales fueron despojados de todo cuanto tenían: el equipamiento de empresas como Osram y Siemens, de las centrales telefónicas, de los trenes de cercanías, etcétera, incluidas las máquinas de escribir, fue cargado y enviado a Rusia.

El líder ruso recelaba también de los intentos americanos y británicos de fomentar el capitalismo. El ministro estadounidense responsable de Alemania era John McCloy, banquero en la vida civil. Sentía cierta simpatía por los alemanes derrotados, pues su esposa había nacido en Alemania. A diferencia de la opinión de Morgenthau (firme defensor del desmantelamiento), McCloy estimuló la reconstrucción de Alemania. Morgenthau no había abandonado su famoso plan. En 1945 publicó *Germany is our Problem* [Alemania es nuestro problema]. Truman se había opuesto al plan incluso en su época de senador, por lo que se sintió feliz de escuchar a McCloy. Otro adversario de Morgenthau era el ministro de la Guerra Henry Stimson, que pensaba que el ministro de Hacienda «se mostraba tendencioso en su sentimiento semita de agravio». El día anterior a su marcha a Potsdam, Truman aceptó la dimisión de Morgenthau comentando: «Fue el fin de la conversación y el del Plan Morgenthau». Por lo demás, el plan seguía presente en la mente de muchos militares, y su

deseo de hacer de Alemania un erial se había agudizado tras lo que habían visto en los campos de concentración.[36]

En sus declaraciones registradas, los rusos se mostraron más comprensivos con los conquistados alemanes. Anastás Mikoyán, entonces vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, expresó esa opinión en una entrevista publicada en *Pravda* que llegó hasta el *Times:*

> Hemos aplastado los ejércitos de Hitler en un feroz combate y tomado Berlín, pero nuestro sentimiento moral y nuestras tradiciones no nos permiten ignorar el sufrimiento y las privaciones de la población civil alemana.

Aquella declaración tenía muy poco que ver con la realidad de la vida bajo el dominio soviético. Los alemanes se aferraron también a la reconfortante frase de Stalin: «Los Hitler vienen y van, pero el pueblo alemán permanece».[37]

También se estaba viendo con claridad lo poco que los angloamericanos podían fiarse de Stalin. Los rusos habían ocupado la isla danesa de Bornholm, que, según decían, se hallaba al este de la línea de su esfera de influencia. En Hungría, la tregua se firmó sin el concurso de los Aliados occidentales, y en los días de Potsdam aún no se les había permitido entrar en Viena. Una conversación entre Clay y Zhúkov el 7 de julio, sólo diez días antes del encuentro entre los Tres Grandes, dejó bien a las claras la enorme importancia que Stalin concedía a Potsdam. Zhúkov informó al general estadounidense de que Silesia había sido devuelta ya a los polacos; «el número de alemanes que habían salido de la zona era tan enorme que quedaba poca agricultura en la región». Los rusos no tenían siquiera acceso al carbón, dijo Zhúkov. Tenían que pagarlo, como todo lo demás. Los británicos y los americanos debían suministrar a los alemanes veinte mil toneladas de alimentos cada mes. La pérdida de Silesia era, por tanto, muy significativa. Estados Unidos había protestado ya por la entrega de Silesia a los polacos.[38]

En Cecilienhof –el palacio del príncipe heredero de Prusia y sede de la Conferencia de Potsdam– los rusos plantaron en el parterre de flores de la

entrada una gran estrella roja hecha de geranios, rosas rosadas y hortensias.[39] En el interior del edificio se trabajaba con frenesí en los preparativos para la llegada de los Tres Grandes.[40] Las distintas dependencias debían responder a un código de colores: azul para los americanos, blanco para los rusos y rosa para los británicos. La mesa de conferencias había sido manufacturada especialmente en la fábrica Lux de Moscú.[41] Los rusos y los americanos se observaban ya desde ambos lados del puente de Glienecke, como lo harían hasta el final de la Guerra Fría.

En la propia Potsdam, Hanna Grisebach y su familia constataron la llegada de los Tres Grandes por el aumento de las medidas de seguridad en torno al Neue Garten de Cecilienhof. Fueron lo bastante afortunados de hallarse en la orilla más alejada del Heiligensee. Hubo que evacuar todas las calles que conducían directamente al palacio. La GPU llevó a cabo una oleada de detenciones y se apostó un centinela en su jardín. Pero también ocasionó algunas ventajas: los rusos se apresuraron a abrir una nueva calle y se tendió un puente sobre el Havel hasta Babelsberg, donde residían los líderes. También se construyó un puente de pontones para permitir el acceso a Sacrow y al aeropuerto de Gatow. Soldados rusos entraban a caballo en las aguas de los lagos montando a pelo y desnudos, una imagen que le recordaba a Hanna la figura de los centauros; aunque no se sintió tan complacida cuando, a partir del 16 de julio, tuvo que permanecer bajo arresto domiciliario y vivir en un estado de rabia impotente mientras observaba como el guardia del Ejército Rojo se llevaba del árbol de su huerto veinte kilos de albaricoques verdes. Cualquier intento de salir era recibido con gritos de «Davái, davái! Zuhrick nah Haus!» (¡Vamos, vamos! ¡Vuelva a casa!). Cuando un avión sobrevoló su calle a poca altura, Hanna rogó porque fuera el que se llevaba de vuelta a los dirigentes británico y americano.[42]

Stalin llegó en tren el 16 de julio. No quiso ser recibido con medidas especiales ni con bandas de regimiento. Dijo a Zhúkov que fuera a reunirse con él y llevara lo que considerase necesario. Zhúkov se sentó a su lado en el coche, y ambos marcharon hasta una villa lujosa. Stalin se interesó por saber quién había vivido allí. Le dijeron que había pertenecido al general

Ludendorff.[43] Los británicos y los estadounidenses llegaron el mismo día. Truman y Churchill mantuvieron contactos frecuentes a lo largo de la conferencia. Churchill había pretendido que asistiera el rey Jorge VI y pasara revista a las fuerzas británicas en Berlín, pero la idea se desestimó en junio.[44] Los británicos habían celebrado elecciones generales el 5 de julio, pero como los soldados británicos se hallaban dispersos por todo el mundo, los resultados no se conocerían hasta pasadas tres semanas. Churchill informó a Truman de que, fueran cuales fuesen los resultados electorales, la conferencia no debía celebrarse con prisas.[45]

Truman llegó vía Ámsterdam. El presidente era sumamente inexperto fuera de las fronteras de su país y se fiaba de su secretario de Estado, James Byrnes. No tenía convicciones propias muy firmes. Había heredado de Roosevelt la idea de que Estados Unidos y la Unión Soviética podían coexistir pacíficamente. El diplomático y embajador estadounidense en Moscú George Kennan, en cambio, lo consideraba una ilusión.[46] Truman y Byrnes volaron en distintos aviones. El propio Byrnes pilotó el suyo entre Cassel y Magdeburgo. Truman observó ambas ciudades desde la ventanilla. No pudo ver ni un solo edificio indemne. Aterrizó en el aeropuerto «británico» de Gatow, oportunamente cerrado para la Conferencia de Potsdam. Los estadounidenses fueron en coche a su residencia de Babelsberg. Soldados británicos y estadounidenses flanqueaban la carretera hasta que llegaron a la Zona Soviética.

Los estadounidenses habían decidido ya que querían socavar el comunismo en Alemania. Para ello ambicionaban la creación de algunas instituciones centralizadas capaces de acabar con la influencia soviética. Fue uno de los ruidos de fondo que presagiaron la Guerra Fría. Ni Truman ni Byrnes pensaban que Alemania fuera todavía un peligro: había sido destruida, y si alguna vez volvía a amenazar la seguridad del mundo, podrían recurrir a la bomba atómica. Byrnes estaba también firmemente de acuerdo con los británicos en querer mantener libre de rusos la cuenca del Ruhr. Además, la cesión del Ruhr desbarataría la apurada economía alemana y haría la ocupación aún más cara para los angloamericanos.

Truman se alojó en una villa de tres plantas en el número 2 de la Kaiserstrasse, a orillas del Gribnitzsee, que ya había albergado al «jefe de la colonia de cineastas», «devuelto» a Rusia «no sé con qué propósito», escribía Truman a su madre y a su hermana. Sus palabras demostraban cierta ingenuidad respecto a Rusia y no auguraban nada bueno. La casa había sido pintada recientemente y recibió el irónico nombre de «la pequeña Casa Blanca», «aunque estaba pintada de amarillo».[47] Churchill tenía una vivienda de las mismas dimensiones a dos manzanas de allí, en el 23 de la Ringstrasse. Truman se acostó pronto a fin de prepararse para el día 17, que iba a ser probablemente una jornada dura. A la mañana siguiente se encontró con Churchill en persona por primera vez, pero no se sintió extraño.[48]

Churchill estaba acompañado por su hija Mary, sir Anthony Eden, sir Alexander Cadogan, viceministro de Asuntos Exteriores, y su ayudante naval, el comodoro C. R. Thompson. Truman le dijo que deseaba proponer un plan y le preguntó si tenía alguno. «No –le dijo Churchill–. No lo necesito.»[49] En realidad, tanto los británicos como los americanos habían decidido endurecer su posición sobre la línea Óder-Neisse hasta el punto de estar dispuestos a retractarse de lo que habían dado a entender en Yalta. Stalin había dejado claro allí que no se refería al Neisse oriental sino al occidental.[N3] Ahora, los diplomáticos que llegaron a Potsdam debían aparentar ignorancia, pero tenían órdenes de no permitir una ampliación de Polonia hasta el Neisse occidental. Los americanos querían impedir también el recorte de la mayor parte de Pomerania. Polonia recibiría la mitad meridional de Prusia oriental, Danzig, Alta Silesia y *parte* de Pomerania, pero esa parte se situaría *muy* al este de Stettin.[50]

Los americanos estaban dispuestos a atrincherarse en su postura, aunque los británicos eran más propensos a ceder, como ya lo habían sido en Yalta. El punto al que iban a aferrarse era el Neisse oriental. Los británicos pretendían que la frontera se trazara siguiendo ese río, con lo que una parte sustancial de la Baja Silesia, junto con tres millones de alemanes, quedaría en manos de Alemania. Las negociaciones dependerían de las reparaciones: los rusos no recibirían ni un centavo de las zonas occidentales de Alemania

si insistían en extender la frontera polaca hasta el Neisse occidental. Pero los Aliados occidentales no habían tenido en cuenta la terquedad de Stalin, que no estaba dispuesto a ceder en este punto, y su oposición se vino, sencillamente, abajo.[51]

Truman se permitió realizar una pequeña excursión a la capital. Vio los restos de la Cancillería del Reich, «donde Hitler había ejercido su gobierno de terror». Contempló el caos y se sintió agradecido de que su país se hubiera visto libre de una «destrucción tan inimaginable». «Eso es lo que ocurre [...] cuando uno rebasa sus propios límites», añadió sentencioso.[52] La noticia del paseo berlinés del estadista llegó a oídos de Ruth Friedrich:

> Están celebrando una reunión muy discreta en Potsdam; ningún ruido atraviesa ese cordón de un kilómetro de espesor. En consecuencia, resulta estimulante saber que los jefes de gobierno extranjeros han visitado el centro de la ciudad y el distrito del Tiergarten y han visto los edificios en ruinas de la Cancillería del Reich y el refugio antiaéreo de Hitler.[53]

De haber sabido con qué profundidad había comprendido Truman las dificultades que afligían al pueblo alemán, no se habría sentido tan impresionada. La segunda jornada de la conferencia, el dirigente estadounidense definió a los soviéticos como esa clase de personas que roban los relojes de su viejo abuelo y los estropean al robarlos.[54]

Stalin visitó a Truman en la Pequeña Casa Blanca poco después de su llegada a Potsdam. Acudió con Mólotov y con Pávlov, el intérprete, e insistió en que, como tributo a sus grandes victorias en el campo de batalla, se le llamara «generalísimo» y no mariscal.[55] Truman le invitó a que se quedara a comer. Stalin intentó rechazar el ofrecimiento pero acabó aceptando. El presidente estadounidense se felicitó y pensó que podría hacer algo bueno por el mundo como resultado de aquel pequeño triunfo doméstico.

La conferencia comenzó a las 17.10 del día 17. Stalin propuso que la presidiera Truman, y Churchill le secundó. El primer paso de Truman fue proponer una conferencia trimestral de primeros ministros como medio de evitar las trampas que se tendieron tras la Primera Guerra Mundial. La

propuesta había sido prevista ya en Yalta en el mes de febrero. El Consejo de Control de los Aliados iba a iniciar sus trabajos de inmediato. Truman presentó sus demandas: quería el desarme completo de Alemania y el control aliado de cualquier industria que pudiera utilizarse para producir armas. «Deberíamos hacer ver al pueblo alemán que ha sufrido una derrota militar completa y que no puede eludir la responsabilidad de lo que ha hecho caer sobre sí mismo.» El Partido Nazi tenía que ser destruido, y sus funcionarios despedidos de sus cargos. Había que reconstruir el país sobre principios democráticos antes de que participara pacíficamente en la vida internacional. Debían derogarse las leyes nazis y tenían que celebrarse juicios por crímenes de guerra. Por otro lado, había que sembrar las semillas de la reconstrucción: Alemania debía contemplarse como *una* unidad económica.[56]

A continuación le llegó el turno a Stalin. En lo referente a Alemania, quería su parte de la flota y de la marina mercante del país, además de reparaciones y fideicomisos que se le debían según la Carta de las Naciones Unidas. Presentó peticiones en relación con otros países y concluyó hablando de la frontera occidental de Polonia y de la liquidación del gobierno polaco en el exilio con sede en Londres. A Churchill no le agradó la idea de entregar a Stalin la flota alemana. Dijo al dictador que las «armas de guerra son cosas terribles y que los navíos capturados debían hundirse». El astuto georgiano tenía una respuesta para ello: «Dividámosla... Si el señor Churchill lo desea, puede hundir su parte».[57] Con aquello concluyó la primera jornada.

Aquel mes de julio se oyó tocar música en toda la ciudad de Potsdam, o al menos así parecía. Hanna Grisebach era violinista e interpretaba a Mozart junto con un médico de la localidad y una tal señora Von Kameke. Los rusos se presentaron en casa de ésta y les dedicaron fuertes aplausos, lo que llevó a Hanna Grisebach a aceptar uno de sus contratos más extraños: tocar para la NKVD. Hanna se sintió muy contenta de complacerles, pues eso significaba una comida caliente. Su marido, sin embargo, se quedó en casa profundamente preocupado y no se calmó hasta oír en la entrada de su domicilio la palabra de despedida: «Dosvidania».[58] El 18 de julio, Ursula

von Kardorff observó que los Tres Grandes se hallaban en Potsdam como las Nornas de *El ocaso de los dioses* de Wagner, que tejen la cuerda de oro del conocimiento del mundo que vincula el pasado, el presente y el futuro. En la ópera, la cuerda se rompe.[59]

El segundo día prosiguió el debate sobre la Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores antes de que los Tres Grandes abordaran el asunto de la definición de Alemania. Churchill se mostró vago. Dijo que Alemania era lo que había sido antes de la guerra. Stalin le replicó preguntándole si Austria y el territorio de los Sudetes formaban parte de ella. Para él, Alemania era «lo que ha acabado siendo después de la guerra. Austria no forma parte de Alemania». Truman propuso las fronteras de 1937, antes de que Alemania iniciara su expansión. Stalin aceptaría esa propuesta, «restando lo que perdió en 1945». Truman se sintió evidentemente perplejo: «Alemania lo perdió todo en 1945».[60]

Stalin estaba impaciente por sacar a colación la cuestión de Polonia. Era obvio que había hecho promesas a los polacos de Lublin. Los Aliados occidentales se contentaron con dejar aquel asunto para la propuesta conferencia de paz. Truman pensaba que no habían dado una definición adecuada de Alemania. La respuesta de Stalin fue evasiva. Alemania no tenía gobierno ni unos límites definibles ni guardas de fronteras ni tropas. El país estaba dividido en cuatro zonas de ocupación. Truman insistió en las fronteras de 1937 y Churchill estuvo de acuerdo.[61]

El día 19, Stalin volvió sobre la cuestión de la propiedad de la flota alemana. Dejó meridianamente claro que consideraba el material de guerra como simple botín, al estilo antiguo. De hecho, su opinión –y, sin duda, la del Ejército Rojo– fue en todo momento la tradicional: que el vencedor tenía derecho a vivir del vencido, llevarse sus bienes, comer su comida y tomar sus mujeres; y es el conquistador quien decide si preservará la vida de los conquistados. Stalin tenía sus propios agravios. Un día se trataba de Franco y la División Azul, que había luchado en territorio de la URSS; otro, de los italianos, que habían hecho lo mismo. Cuando se mencionó a los yugoslavos, que estaban incomodando a Occidente exigiendo una repatriación a gran escala de sus ciudadanos desde Austria, Stalin dijo que

ante la ausencia de los yugoslavos no iba a debatir el asunto. Eden le recordó que había discutido la cuestión en Yalta, y que allí los yugoslavos tampoco habían estado presentes.[62]

Truman aseguró al líder soviético que cumpliría el Acuerdo de Yalta al pie de la letra. Empezaba a sentirse aburrido, y quizás un poco preocupado al ver hasta dónde se había dejado llevar.[N4] Amenazó con marcharse. Stalin se echó a reír y replicó que también a él le gustaría irse a casa. Truman ofreció un banquete de Estado en la Pequeña Casa Blanca. El joven pianista Eugene List, sargento del ejército de Estados Unidos, interpretó el *Opus 42* de Chopin. Stalin, como correspondía a un hombre que se había presentado tardíamente como patrón de los polacos, era un entusiasta de Chopin. Se sintió impresionado y propuso un brindis por el pianista. A Stalin le gustó el vino y preguntó de dónde procedía. Era californiano. Truman interpretó también *Missouri Waltz* para sus invitados. Churchill fue el único que no vio el encanto de todo aquello: «Aquel género de música no le interesaba gran cosa».[63]

Al día siguiente, Truman pasó revista a las tropas estadounidenses en Berlín. En la sesión de tarde se suscitó la cuestión de Viena. Churchill se quejó de que no se había permitido a sus soldados tomar posesión de su sector. Stalin dijo que las zonas ya estaban fijadas y que ahora podía introducir su ejército en la ciudad. La resolución de la cuestión polaca se había dejado en manos de los ministros de Asuntos Exteriores, que informaron al día siguiente, 21 de julio. El líder de los polacos de Lublin, Bolesław Bierut, había dicho a Byrnes que los polacos seguirían hallándose en desventaja a pesar de la enorme cantidad de territorio alemán que iban a tragarse. Polonia continuaría siendo más pequeña de lo que había sido antes de la guerra, pues había perdido 180.000 km^2 anexionados por los rusos. Por otra parte, admitió en un tono enigmático que sería un Estado más homogéneo.[N5] Yalta había decidido que se encomendara a la conferencia de paz dar su forma a Polonia, pero los Aliados debían mostrar una actitud favorable hacia los polacos. Truman siguió insistiendo en las fronteras alemanas de 1937, pero estaba comenzando a darse cuenta de que Stalin le había presentado un hecho consumado. «Parecía [...] como si se estuviese

asignando una zona de Alemania a otro gobierno ocupante. Todo ello se estaba haciendo sin consultar...»[64]

Stalin reiteró la postura contemplada en Yalta: la frontera oriental debía seguir la Línea Curzon. Esto significaba que se aferraría a lo que había obtenido en su acuerdo con Ribbentrop en 1939. «En Yalta se había decidido que Polonia recibiera cesiones territoriales en el norte y el oeste.» Truman estuvo de acuerdo, «pero insistió en que no era correcto asignar a los polacos una zona de ocupación». Stalin dijo entonces dos mentiras monstruosas: «Lo que ha ocurrido [...] ha sido que la población alemana de esas comarcas ha seguido al ejército alemán hacia el oeste, mientras que los polacos se han quedado». Los alemanes no sólo permanecían allí, sino que, exceptuando algunas zonas de la Alta Silesia, no había en aquel territorio *ningún* polaco nativo.[N6] Stalin prosiguió diciendo que «no lograba ver qué daño se había causado estableciendo una administración polaca donde sólo quedaban polacos».[65] Luego añadió: «La cuestión de la frontera occidental no se ha resuelto, y la Unión Soviética no está obligada [por Yalta]». «¿No lo está?», preguntó Truman. «No», respondió Stalin. Según Truman, Churchill tenía mucho que decir, pero dedujo que no era el momento de hacerlo. Truman reiteró que ese asunto debía tratarse en la conferencia de paz.[66] Entretanto la tortura y la expulsión brutales de las poblaciones civiles de la región seguían aplicándose sin ceder un ápice. Aunque la conferencia de paz de París se hubiese celebrado en el verano de 1946, para entonces sólo quedaría una pequeña minoría de aquellas poblaciones.

Stalin mencionó Prusia oriental, para añadir que «sería muy difícil restablecer allí una administración alemana». En su opinión, «los ejércitos luchan en la guerra y lo único que les preocupa son sus esfuerzos por ganarla. Para que un ejército pueda vencer y avanzar debe tener una retaguardia tranquila. Luchará bien si la retaguardia está en calma, y mejor aún si es amistosa...». Aquellas frases fueron el prólogo a la revelación de que los alemanes de Prusia oriental habían hecho las maletas y se habían marchado (un acto muy considerado para con los rusos en su avance, pues se habían dado cuenta de que el Ejército Rojo deseaba saber que contaba con una retaguardia tranquila). «Aunque los alemanes no hubieran huido

[...] habría sido muy difícil establecer una administración alemana en esa zona, pues la mayoría de la población era polaca...» Truman y Churchill fueron engatusados con nuevas mentiras. Stalin «insistió en que no había otra salida».[67]

El asunto se reservó para la conferencia de paz. A Churchill le seguían preocupando los intereses británicos. No quería tener que pagar la factura de alimentar a los alemanes. Las regiones que los rusos habían cedido de facto a Polonia representaban una cuarta parte de la tierra cultivable de Alemania. Truman expresó la terrible debilidad o la incompetencia de los Aliados occidentales cuando dijo que «no pensaba que hubiese un desacuerdo insalvable sobre las fronteras polacas». Es probable que se tratara de un intento más de aplazar la decisión, aunque para entonces se habría hecho ya realidad la aseveración de Stalin de que no quedaban alemanes. Cuando el líder ruso reiteró que «no existía una población alemana [porque] todos habían huido hacia el oeste» y, por tanto, «aquella [zona] le corresponde a Polonia», Truman replicó que «nueve millones de alemanes me parecen muchísimos». Churchill inquirió: «¿Quién va a alimentarlos?». Era reacio a asumir ese cometido sin tener a su disposición los medios oportunos. Se estaba repitiendo la historia de sus preocupaciones sobre el aprovisionamiento del Sector Británico de Viena.[68] La aguja se había quedado fija en el gramófono de Stalin: la población había desaparecido antes de la llegada del Ejército Rojo; «hizo hincapié en que en el territorio que se iba a dar a Polonia no había quedado un solo alemán».[69] [N7]

Fue entonces cuando el almirante Leahy, ayudante del presidente, musitó su famoso comentario: «Por supuesto que no... Los bolcheviques los han matado a todos». En sus memorias, Truman adoptó una postura rigurosa:

> Yo sabía, desde luego, que Stalin estaba tergiversando los hechos. Los soviéticos se habían quedado con territorio polaco al este de la Línea Curzon e intentaban compensar a Polonia a expensas de las otras tres potencias ocupantes. Yo no iba a consentirlo, y tampoco Churchill. Mi opinión era que los rusos habían dado muerte a la población alemana o la habían expulsado a nuestras zonas.[70]

Churchill afirmó más tarde que, de haber vuelto a Potsdam, habría impedido a los soviéticos marcharse con una parte tan grande de Silesia, pero tal afirmación nunca llegó a comprobarse.[71] Fue una pena que en aquel momento se limitara a repetir que se trataba de un asunto para la conferencia de paz. No se enviaron controladores al este y tampoco se hicieron indagaciones entre las caravanas que llegaban de allí o entre los vagones que depositaban su cargamento de míseros refugiados en las zonas occidentales. No querían conocer la realidad.

Churchill estaba preocupado por la difícil situación de la economía británica. Las minas de carbón de Silesia habían sido concedidas a Polonia, de modo que los alemanes no disponían de aquel mineral. Occidente tendría que volver a pagar la factura. También le preocupaba la necesaria reconstrucción de Alemania destinada a evitar que se convirtiera en una carga para Occidente. Así pues, las reparaciones tenían que ocupar un lugar secundario.[72] En aquel momento, Stalin expuso su razonamiento más ingenioso hasta la fecha: «Cuanta menos industria tenga Alemania, mayor será el mercado para los productos estadounidenses y británicos». Churchill insistió: «No deseamos tener que vérnoslas con una masa de personas hambrientas». Stalin replicó: «No las habrá»; y añadió: «¿Hemos terminado?».[73] Aquella noche, Stalin ofreció su banquete. Para este tipo de acontecimientos no había escasez de provisiones. Al contrario, fue un auténtico festín, con vodka y caviar al principio, y melón y champán al final. Se pronunciaron por lo menos veinticinco brindis. Truman procuró comer poco y beber menos. Stalin no iba a ser superado por Eugene List y contó con la interpretación de dos grandes pianistas y violinistas. Truman tenía interés por saber qué bebía Stalin en su minúsculo vaso. Supuso que era vodka, pero el dirigente ruso utilizaba el mismo truco que su mariscal Kóniev. Stalin le confesó finalmente con una sonrisa que era vino francés; tras haber sufrido recientemente un ataque cardíaco no podía beber tanto.[74]

El día siguiente, 22 de julio, fue domingo. Truman estudió la Declaración de Yalta para comprobar las resoluciones adoptadas acerca de las fronteras occidentales de Polonia. Los Tres Grandes habían aceptado en aquel momento la Línea Curzon, pero habían dejado sin determinar la

frontera occidental. No esperaban que hubiese problemas sobre este punto. Truman concluyó que no había razones para que los polacos recibieran una zona. En realidad, no se oponía a ello, pero le desagradaba el procedimiento. Stalin pensaba que los Aliados occidentales debían escuchar a los polacos sobre esta cuestión. Para entonces, las tesis del líder soviético estaban triunfando con facilidad. Comentó que los dirigentes de Yalta (Churchill estaba aún en la conferencia en ese momento) no se habían referido al Neisse oriental sino al occidental. De hecho, según hemos visto, en Silesia había dos ríos con ese nombre, uno que desembocaba en el Óder por debajo de Breslau, y otro que se unía a él por debajo de Guben. Esto significaba que la línea de demarcación de la frontera occidental polaca correría a la izquierda de la ciudad de Stettin, más de cien kilómetros a la izquierda de Breslau, y abarcaría en su totalidad aquella parte de la Baja Silesia alemana que se extendía entre los dos ríos. Para despejar cualquier duda, Stalin se levantó y se lo mostró a los líderes occidentales en un mapa.[75]

Esta astuta confusión entre los dos ríos Neisse aumentó considerablemente el botín polaco. Además de resultar abundantemente recompensados con su mitad de Prusia oriental, Danzig y toda Transpomerania y una gran sección de Brandeburgo al este del Óder y la llamada «zona fronteriza», los polacos recibirían ahora ciudades tan auténticamente germanas como Brieg, Bunzlau, Frankenstein, Glatz, Glogau, Goldberg, Grünberg, Hirschberg, Landeshut, Liegnitz, Ohlau, Sagan, Waldenburg y Warmbrunn, donde residían alrededor de 2.800.000 alemanes.[76] En total se les concedería el 21% del territorio alemán de antes de 1937, mientras que los rusos se quedaban con 5.600 km² de Prusia oriental. En total, Alemania perdería una cuarta parte de su superficie y una extensa sección de sus tierras cultivables que la habían alimentado en el pasado. A cambio se esperaba que los polacos se abstuvieran de reclamar la Polonia que se extendía al este del Bug y aceptasen su lugar en el mundo de Stalin.

Truman y Churchill estaban cediendo en todos los puntos. Stalin habló luego de Königsberg como de territorio conquistado. Se trataba de un botín

–aunque la idea desentonara de las nobles declaraciones de Churchill y Roosevelt en Terranova en 1941–, pero Byrnes pensaba que Churchill comprendía el deseo de Stalin de apoderarse de una o dos colonias. La condición legal de la ciudad había sido discutida en Teherán. La Unión Soviética «debía disponer de un puerto libre de hielos a expensas de Alemania». Stalin añadió que los rusos habían sufrido tanto a manos de Alemania que deseaban con toda el alma tener algún retazo de territorio germánico a modo de pequeña satisfacción para decenas de millones de ciudadanos soviéticos. Además, Roosevelt y Churchill ya habían accedido. Churchill hizo un débil intento de echarse atrás. Dijo que sería difícil admitir que Prusia oriental no existía y que Königsberg no fuese a quedar bajo la autoridad del Consejo de Control de los Aliados. La condición legal de la región se reservó, una vez más, para la conferencia de paz, que nunca llegaría a celebrarse.[77]

La conferencia escuchó luego un informe del mariscal de campo Alexander sobre el Sector Británico de Viena. El área incluía a quinientas mil personas, pero los británicos no tenían medios para darles de comer, pues su zona se hallaba a cientos de kilómetros al sur y al oeste de la capital. Stalin prometió examinar el asunto con Renner. El 24 de julio accedió generosamente a alimentar de momento a las personas que estaban a cargo de los británicos.

El día 25 la conferencia volvió a tratar el espinoso tema de la frontera polaca. Churchill y Eden se habían reunido el día anterior con los delegados polacos encabezados por Bierut. Éste era un peón soviético que, sencillamente, mintió al líder británico y le respondió con evasivas, aunque, de todos modos, ofreció un cálculo bastante más generoso del número de alemanes que quedaban más allá del Óder. Creía que ascendía a millón y medio. En la siguiente sesión, Churchill propuso debatir la cuestión del traslado de poblaciones de Alemania, Checoslovaquia y Polonia: «Este territorio formaba parte de la Zona Soviética, y los polacos estaban expulsando a los alemanes. A su juicio, no debían hacerlo sin tener en cuenta la cuestión del suministro de alimentos, las reparaciones y otros asuntos no decididos todavía». En su respuesta, Stalin fue casi franco. Los

polacos, dijo, «se estaban vengando de los alemanes [...] por los daños que les habían infligido a lo largo de los siglos». Churchill formuló una vez más una reflexión práctica al decir que la forma adoptada por esa venganza consistía en arrojar a los alemanes a las zonas estadounidense y británica para que se les alimentara.[78]

Truman recordó a Stalin que los polacos eran también responsabilidad suya, que se hallaba a merced del Senado, y que los senadores no tendrían problemas en negarse a ratificar cualquier tratado propuesto. Stalin jugó entonces otra baza, a pesar de que no estaba en sus manos: la cuenca del Ruhr. El Ruhr se hallaba en la Zona Británica, y los británicos habían tenido dificultades para mantener fuera de ella a los franceses. Churchill anunció que se marchaba a Gran Bretaña. «¡Qué pena!», lamentó Stalin. «Espero volver», respondió el premier británico. Stalin comentó que, a juzgar por la cara de su rival, «no pensaba que el señor Attlee aspirase a asumir el cargo de Churchill», y, al parecer, añadió: «No tiene aspecto de hombre codicioso». Los británicos se marcharon dejando a Alexander Cadogan para defender el fuerte.[79]

El 26 de julio no hubo reunión al hallarse ausentes los británicos. Truman voló a Fráncfort del Meno para visitar a Eisenhower. De camino a Berckheim, el cuartel palaciego del general Bolling en Weinheim, atravesó pueblos no dañados y vio alemanes con aspecto saludable. Eisenhower tenía su sede en el edificio de la IG Farben en Fráncfort, que a Truman le recordó el Pentágono. La delegación británica no había regresado el 27 de julio, y Truman se relajó oyendo tocar el piano a Eugene List. Escribió a su madre y su hermana sobre «este país dejado de la mano de Dios». «¡Pensar que millones de rusos, polacos, ingleses y americanos fueron masacrados por la locura de un egotista demente llamado Hitler...! Espero que no vuelva a ocurrir.»[80] El día anterior se había encontrado con un teniente apellidado Hitler originario de la ciudad fuertemente germana de St. Louis (Misuri).

Churchill había esperado muy de veras volver a Potsdam, pero Attlee ganó las elecciones por mayoría aplastante y el día 26 fue nombrado primer ministro. El 27 designó inesperadamente al ex estibador Ernest Bevin para el cargo de ministro del Foreign Office. El propio Bevin pensaba que estaba

destinado a la cartera de Hacienda y que Hugh Dalton obtendría la de Asuntos Exteriores. Attlee incluso se lo había dicho a Dalton cuando lo vio aquella mañana. Pero en el Foreign Office no estaban contentos con Dalton, pues temían, posiblemente, que aquel economista, antiguo alumno de Eton, fuera «demasiado blando» con los rusos. Cadogan, subsecretario permanente (viceministro del Foreign Office), consideraba a Bevin «el peso pesado del gabinete». Otro factor determinante fue la antipatía del rey hacia Dalton; también él prefería a Bevin.[81]

Bevin no tenía problemas para verse a sí mismo en el papel de jefe de la diplomacia. Según dijo a su secretario particular Nicholas Henderson, lo sabía todo sobre los «extranjeros». Tenía muchísima experiencia con capitanes de barco. «Puedo manejarlos, ¡ya lo creo!» Lo cierto es que era un ferviente admirador de la vieja guardia del Foreign Office, y los del Foreign Office también le querían, pues no lo consideraban un obstáculo para configurar una política de gobierno. Bevin era firmemente contrario a los soviéticos y estaba harto de la blandura de Churchill con ellos. Pensaba que los conservadores habían ofrecido demasiadas «chucherías a los soviéticos». El 28 de julio, con un sobrepeso extremado y una gran dependencia del alcohol y el tabaco, Bevin llegó a Brize Norton para tomar su primer vuelo.[82]

Truman fue presentado a Ernest Bevin. Tanto él como Byrnes se sintieron horrorizados por su agresividad contra los soviéticos. Cuando llegó a su alojamiento, Bevin dijo al general Hastings Ismay «que no iba a permitir que se hiciera zozobrar a Gran Bretaña».[83] Es probable que su pasión por el Imperio británico no gozara de popularidad entre los americanos y los rusos. Sin embargo, Gran Bretaña tenía bastante menos poder que las otras dos potencias. Económicamente estaba por los suelos: seis años de guerra habían costado al país una cuarta parte de su riqueza anterior al conflicto; sus ingresos se habían reducido a la mitad; las exportaciones eran sólo un tercio de lo que habían sido, y su flota mercante había menguado en un 30 %. Había perdido el 40 % de sus mercados, sobre todo en Estados Unidos. Además de esos problemas, las colonias estaban plagadas de nacionalistas, que eran contemplados con simpatía por las otras

dos potencias que se sentaban a la mesa rusa de Potsdam.[84] A pesar del afecto limitado de los americanos, Gran Bretaña sólo podía encaminarse en una dirección. Los estadounidenses eran enemigos declarados del colonialismo y del bloque de la libra esterlina, que veían como una amenaza para la economía en un mundo abierto.[85]

Stalin, como es natural, conocía bien a Attlee. La llegada tardía de los británicos significó que la conferencia no comenzara hasta las 22.15 del día 28. Bevin veía al líder ruso por primera vez. Decidió que era como un «déspota renacentista»: su respuesta era siempre un sí o un no, «aunque sólo podías fiarte de él cuando decía no». Bevin protestó de inmediato por la línea Óder-Neisse.[86] De momento, sin embargo, la conferencia siguió debatiendo acerca del botín. Stalin accedió a no pedir reparaciones a Austria (pero insistía en recibir pagos de Italia). Ya encontraría otra manera de marcharse con el botín deseado... confiscando activos «alemanes». Truman empezaba a impacientarse con la cuestión de las reparaciones. Era muy consciente de que si las reparaciones llevaban a aquellos países a la bancarrota, necesitarían que Estados Unidos los sacara de apuros. La reunión no se interrumpió hasta la medianoche.[87]

El día 29 fue el segundo domingo de la conferencia. Truman asistió a un servicio religioso en Babelsberg. Stalin, convaleciente de un resfriado, se quedó en la cama, posponiendo así la conclusión. Truman creía que estaba fingiendo y que, sencillamente, se sentía decepcionado porque Attlee había sustituido a Churchill. Mólotov ocupó su asiento. Zhúkov observó que Attlee era bastante más reservado que Churchill pero que seguía su misma línea argumental.[88] Truman había revisado su hipótesis original acerca de Stalin: hasta entonces nunca se había encontrado con unos caracteres tan tozudos y esperaba no volver a encontrarlos.[89]

El secretario de Estado estadounidense James Byrnes leyó en voz alta una declaración en la que se ofrecía una definición de las fronteras occidentales de Polonia que prevalecería hasta que la conferencia de paz consiguiera zanjar el asunto. La zona sería administrada por los polacos hasta que la conferencia de paz «fijase la frontera occidental definitiva de Polonia».[90] Byrnes trazó una línea que comenzaba en Swinemünde, al oeste

de Stettin, y avanzaba bajando por el río Óder hasta el Neisse antes de continuar por el Neisse *oriental* hasta la frontera checa. Los polacos administrarían también Danzig y la mitad inferior de Prusia oriental, que no sería considerada parte de la Zona Soviética.[91]

Mólotov se opuso de inmediato: quería que la frontera se fijara en el Neisse de Görlitz u *occidental*. Truman pensó que estaba «pidiendo una concesión muy grande por nuestra parte». Esta expresión constituía un notable eufemismo. Truman se sentía considerablemente irritado por el hecho consumado presentado por rusos y polacos. Los rusos habían aconsejado a sus clientes de Polonia y Checoslovaquia que interrumpieran temporalmente las expulsiones, al menos hasta que los Aliados pudieran encontrar sitio para los expulsados en una Alemania cuyas fronteras se habían contraído. La desafortunada población alemana de Silesia esperaba en vano que se le hiciera justicia en Potsdam. Las autoridades polacas los habían declarado «al margen de la ley, sin propiedades y sin honor».[92] La decisión final fue un mero arreglo cosmético.[N8] Mólotov retomó la cuestión del Ruhr. Era el sector de Alemania occidental tan ansiado por los rusos y que éstos no habían conseguido ocupar. Ahora pedían dos mil millones de dólares o su equivalente: de cinco a seis millones de toneladas de maquinaria. Las reparaciones rusas habían sido fijadas ya en Yalta. Los rusos iban a recibir una cuarta parte del equipamiento industrial del Ruhr. Quedaban por resolver otros pequeños flecos de ese tenor. La cuestión de la flota se solventó dividiéndola en tres.[93]

Stalin seguía indispuesto. Truman escribió a su madre y a su hermana: no estaba convencido de la enfermedad de Stalin. Quizás el generalísimo echaba realmente de menos a Churchill, pues era seguro que Attlee iba a hacer tantas concesiones como él, si no más. Stalin no era del agrado del dirigente estadounidense. «Nunca he visto gente de cabeza tan dura como los rusos. Espero no tener que celebrar jamás otra conferencia con ellos.»[94]

Se acercaba el final. La undécima y última reunión se celebró el día 31. La cuenca del Ruhr fue británica, y Bevin fijó la porción correspondiente a los rusos entre el 10 y el 15 %. Esto significaba un 15 % en productos o un 10 % en reparaciones. Bevin se mantuvo firme respecto al Neisse oriental,

pero Byrnes estaba dispuesto a hacer concesiones y dar a los rusos el caramelo que tanto deseaban. Truman añadió desconsolado que se trataba de una medida meramente temporal. Bevin siguió insistiendo en las fronteras de 1937 y esperando algún tipo de trato antes de ceder. Los americanos le segaron la hierba bajo los pies. Bevin quería saber si los británicos podían ceder partes de su zona a otros países.[N9] Truman añadió en un tono sin duda resignado: «Todos hemos estado de acuerdo sobre la cuestión polaca». Stalin dijo: «Stettin se halla en territorio polaco». Bevin añadió: «Sí, deberíamos informar a los franceses». Y decidieron hacerlo. Los franceses llevaban deseándolo todo el tiempo.[95]

Los angloamericanos se habían postrado a los pies de los rusos mientras éstos les pasaban por encima. Truman pensó que el compromiso sobre Polonia era «lo mejor que hemos podido conseguir».[96] Esta cuestión plantea varios interrogantes: de haber situado Stalin la frontera en Berlín y en el Spree, ¿habrían accedido los Aliados? Berlín tenía un pasado eslavo, al igual que Magdeburgo, por cierto. ¿Por qué no fijar la frontera polaca en el Elba? Sin embargo, para los alemanes de la orilla derecha del Óder, Potsdam pronunció un veredicto ambiguo al dejar sin resolver la cuestión de la línea Óder-Neisse hasta 1974 e incluso más tarde. La decisión final se aplazaría hasta que se acordara un tratado de paz, cosa que nunca ocurrió. La línea Óder-Neisse se convirtió, por tanto, en una frontera temporal hasta que se fijara otra permanente en una conferencia posterior. Entretanto, los polacos reanudaron las expulsiones de las zonas que les habían asignado los soviéticos. Las ciudades de Breslau y Stettin se vieron gravemente afectadas por aquella decisión. La intención de los angloamericanos no había sido dejarlas en Polonia, ni permanente ni temporalmente. Sus planes eran dividir Breslau, dejando el núcleo de la ciudad en manos alemanas, mientras que los barrios suburbanos de la orilla derecha pasarían a manos de Polonia. En Yalta, Churchill había dicho: «Sería una pena atracar la oca polaca de comida alemana hasta matarla de indigestión».[97] Zhúkov sostenía que la línea Óder-Neisse había sido acordada en Yalta y que Churchill se estaba retractando.[98] Sin la oposición de Churchill, renqueante en el mejor

de los casos, Truman dio su conformidad a la línea Óder-Neisse que incluía el Neisse oriental y Breslau.[99]

En la siguiente reunión, Stalin se lanzó de nuevo en busca de botín. Quería que se trazase una línea del Báltico al Adriático y tener la oportunidad de adueñarse de cualquier propiedad alemana situada al este de aquella marca. Se debatió el asunto de los criminales de guerra: los rusos querían que se procesara a los Krupp, pues eran, quizá, quienes habían planteado al gobierno nazi las mayores demandas de mano de obra esclava y materias primas rusas. Los rusos se quejaron de que Rudolf Hess viviera cómodamente en Inglaterra. Bevin respondió que los británicos pasarían una factura a los Aliados por gastos de mantenimiento.[100] Attlee pensaba que los rusos tenían a Goebbels en su poder. Stalin se mostró evasivo. Pretendía que le diesen una lista de criminales de guerra que pudieran hallarse en la Unión Soviética, pero los americanos se opusieron a ello. Stalin pidió sólo tres nombres, a lo que Attlee respondió dando el de Hitler: «Stalin replicó que Hitler no se hallaba en su poder, aunque no tenía nada que objetar al hecho de nombrarlo».[101]

Stalin volvió sobre el asunto de la frontera polaca occidental en la última reunión, iniciada a las 22.40 del 1 de agosto. Mólotov había corregido la línea en el mapa. Stalin dijo que quería que se fijase inmediatamente al oeste de Swinemünde, pero que la situación precisa sería decidida por los polacos y los rusos. Bevin se opuso. «No –dijo–, los británicos no pueden desentenderse de este asunto... La línea debe ser reconocida por las Naciones Unidas.» Los delegados siguieron discutiendo sobre Swinemünde y sobre cuántos pueblos alemanes más al oeste de aquella ciudad costera pasarían a manos de Polonia. La sesión se interrumpió a las tres de la madrugada.[102]

La Conferencia de Potsdam sentó las directrices para el traslado de poblaciones. Se calculó que 3.500.000 alemanes serían sacados de la nueva Polonia y reasentados en las zonas británica y soviética de manera ordenada y humana, según se determinó solemnemente en el artículo 13. Se estableció un calendario en el cual se preveía que todos cruzaran la frontera antes de agosto de 1946.[103]

Los Tres Grandes acordaron crear varios «organismos centrales» que fueran ley en las cuatro zonas aliadas. Los franceses sospecharon que allí había gato encerrado: aquellos organismos centrales olían a «Reich». «De ese modo habrá un Estado alemán», se quejó De Gaulle; se trataba de algo «inadmisible».[104] Los franceses no fueron los únicos descontentos. Potsdam acabó entre recriminaciones. El camino hacia la Guerra Fría estaba expedito. A partir de ese momento, las decisiones se tomarían en las reuniones periódicas de los ministros de Asuntos Exteriores. Los rusos tenían otro asunto en el que concentrarse: los lanzamientos de las bombas atómicas de Estados Unidos sobre Japón. El 22 de agosto, Truman puso punto final al acuerdo de Préstamo y Arriendo mientras De Gaulle se hallaba de visita en Estados Unidos. Las relaciones francoamericanas estuvieron marcadas por la mutua incomprensión. Francia, que había firmado en diciembre un tratado con la Rusia soviética, estaba jugando la baza comunista. No tuvo dificultades para hacerlo, pues el Partido Comunista era el que tenía mayor representación en la Asamblea Nacional.[105]

Los Aliados occidentales constataron con horror que habían hecho muchas concesiones a los soviéticos. Habían manejado mal la conferencia. El poder soviético se hallaba en su cúspide, mientras que la fortuna de los británicos estaba en su punto más bajo. La muerte de Roosevelt en abril había significado que la única delegación que había mantenido el mismo reparto en Teherán, Yalta y Potsdam fuera la soviética, que sabía cómo apelar a acuerdos anteriores.[106] Aunque Truman había aceptado la dimisión de Morgenthau, las ideas de este político no pasaron a ser realmente letra muerta hasta Potsdam.[107] Uno de los críticos más influyentes de Potsdam fue el diplomático George Kennan, destinado en Moscú y que conocía bien a los dirigentes soviéticos. Había contemplado toda la conferencia con un «escepticismo y una desesperación sin paliativos».

> No puedo recordar ningún documento político cuya lectura me llenara de una sensación más deprimente que el comunicado en el que el presidente Truman estampó su firma tras la conclusión de estos debates confusos e irreales.

El control cuatripartito, pensaba Kennan, «carecía de realismo y era impracticable».[108]

A su juicio, el acuerdo constituía un error en todos sus puntos. Los crímenes de guerra debían solventarse mediante ejecuciones sumarias, y no era posible encontrar un terreno común con los soviéticos. «Es justo reconocer» que la concesión de Königsberg a la Unión Soviética había sido acordada por Churchill y Roosevelt, «pero la despreocupación y la frivolidad con que se tomaron esas decisiones... la aparente indiferencia por parte de los americanos», horrorizaron a Kennan, quien también mostró cómo los soviéticos habían cegado a Truman y Byrnes. Los rusos necesitaban un puerto libre de hielos y pensaban que lo merecían tras los sacrificios realizados por el pueblo soviético. Kennan observó que ya tenían tres –Ventspils, Libau (Liepaja) y Baltisky–, y que Königsberg se hallaba a cuarenta y nueve kilómetros del mar. El resultado fue un desastre «sin parangón» en la época moderna.

La población de Prusia oriental se vio sometida a la suerte más espantosa imaginable (y en muchos casos, inimaginable), pero además –según señaló Kennan– la consecuencia fue la dilapidación más terrible de los recursos de una rica provincia agraria. Habían desaparecido 1,4 millones de cabezas de ganado, 1,85 millones de cerdos, cuatro millones de toneladas de trigo, quince millones de toneladas de centeno y cuarenta millones de toneladas de patatas como promedio anual.[109]

Algunos alemanes, sin embargo, sintieron alivio al oír el resultado de la Conferencia de Potsdam. Para Ruth Friedrich fue «como si se les hubiese quitado un peso de encima: no va a haber, pues, una nueva guerra, y van a cooperar en la reconstrucción y el gobierno». La orden quedó consagrada en la Proclamación n.º 1 del Consejo de Control del día 5 de junio, en la que se informaba al pueblo alemán de que las cuatro potencias gobernarían Alemania conjuntamente.[110]

Para los habitantes de Potsdam, la vida volvió a lo que ahora denominaban normalidad. Hanna Grisebach volvía a ser libre para robar fruta y patatas del huerto del príncipe heredero. Fue pillada con las manos en la masa por un ruso: «Zapp-zarapp kartoscha!». La hija de Hanna

apaciguó al soldado con unas palabras en ruso aprendidas en un manual escolar. El ruso las dejó marchar: «Na Haus!».[111] Las sombras se alargaron y llegó el frío. En febrero tuvieron quince grados bajo cero y sus ventanas estaban sin cristales. Dormían con los abrigos y envueltos en pieles. A la falta de patatas se había sumado la escasez de carbón y leña. Al final fue Karl Jaspers quien les ayudó volviendo a llamar a August Grisebach a su cátedra de la universidad, que acababa de reabrirse. Su mujer y sus hijos tuvieron que quedarse en Potsdam hasta que, tras repetidas visitas a la OMGUS, la Oficina del gobierno militar de Estados Unidos, el cuartel general de los americanos en Berlín-Dahlem, obtuvieron los documentos necesarios.

N1. Véase p. 123.

N2. La secretaria –y amante– de Eisenhower, Kay Summersby, asegura que la entrega de las medallas a los Aliados occidentales en Fráncfort fue con motivo de la devolución de su visita por parte de Zhúkov.

N3. En alemán se denominan Lausitzer o Görlitzer, Neisse y Glatzer Neisse. El Glatzer Neisse desemboca en el Óder en Schurgast, en la Baja Silesia, la Skorogoszcz polaca. El nombre polaco del río es Kodzka.

N4. Esa parte del Acuerdo de Yalta tuvo como consecuencia la muerte de miles de rusos y yugoslavos.

N5. La población al este del Bug era mixta, y los polacos no pensaban permitir que ningún alemán permaneciera al este de la línea Óder-Neisse. De ese modo quedaba resuelto el problema de las minorías raciales.

N6. Todas las zonas donde había minorías importantes de polacos fueron concedidas a Polonia en Versalles.

N7. A comienzos de junio quedaban en Prusia oriental 800.000 alemanes, y el 65 % de los de Silesia aún seguían en esta región. De los alemanes de Pomerania había salido la mitad, pero de los de Brandeburgo sólo lo había hecho el 30 %. En la región de los Sudetes, sólo el 3 % se había marchado hasta entonces. (Gerhard Ziemer, *Deutsche Exodus: Vertreibung und Eingliederung von 15 Millionen Ostdeutsche*, Stuttgart, 1973, pp. 87-88.)

N8. El acuerdo entre Polonia y Alemania oriental no se logró hasta 1951, año en que se firmó un tratado en una villa de Fráncfort del Óder. El lugar fue más tarde la Casa de la Amistad Germano-Soviética, y se colocó una placa para indicar su ubicación. Era uno de los pocos restaurantes de

Fráncfort en la fecha en que el autor comió en aquella ciudad: el 17 de agosto de 1991, día del golpe de Moscú. Soldados soviéticos desconcertados daban vueltas en torno a la guarnición. Parecía apropiado tomar una *Soljankasuppe*, la única aportación culinaria realizada por los rusos durante los largos años de la ocupación.

N9. Los angloamericanos habían tomado la decisión de otorgar una parte de sus zonas a los franceses. Los soviéticos se mostraron indiferentes.

19

La gran helada

Siempre que pienso en el invierno de 1946 a 1947 en Alemania, recuerdo los destellos en las paredes y en el interior de las casas, unos destellos que debí de haber contemplado cientos de veces en los hogares alemanes y que se parecían al centelleo de un bloque de granito. Era el brillo chispeante de una capa de escarcha blanca del grosor de una oblea, un golpe de aliento helado; la humedad congelada de la atmósfera generada por las personas, el sudor, las toses y la respiración, unas personas cuya ropa estaba empapada a veces por la nieve y que se iba secando lentamente cuando llegaban a casa.

CARL ZUCKMAYER, *Deutschlandbericht für das Kriegsministerium der Vereinigten Staaten von Amerika*, Gotinga, 2004, p. 82

Concluida la Conferencia de Potsdam, el escenario para la Guerra Fría estaba ya montado, pero el conflicto tardó aún cierto tiempo en declararse. Una de las razones fue que Stalin no quería una guerra, ni caliente ni fría, y fueron los Aliados occidentales –primero Gran Bretaña y, luego, Estados Unidos– los que le empujaron a ella. Stalin no tenía ningún deseo de llegar hasta el mar del Norte, el Rin o el Atlántico. La guerra había dejado exhausta a la Unión Soviética. Aunque Stalin hubiera pensado en reanudar su marcha hacia el oeste, sabía que su país necesitaba antes una buena veintena de años para recuperarse. Cuando uno de sus generales le incitó a invadir Europa occidental, Stalin le respondió: «Pero ¿quién alimentará a toda su gente?».[1] De manera similar intentó refrenar las ambiciones más alocadas de Tito –aunque esto no se supo en su momento–, mientras parecía apoyar sus reclamaciones territoriales. El sistema de Stalin estaba ligado a la seguridad y a su sentimiento casi paranoico de que la Unión Soviética se

hallaba en peligro. Polonia fue el factor esencial: quería un parachoques que amortiguara bien y en profundidad. En Alemania vio algo más parecido a un aliado. Intentó evitar divisiones, aunque permitió ciertas medidas –como la reforma agraria– que no podían menos de resultar intolerables para Occidente. La Guerra Fría fue el resultado de lo que Vojtech Mastny ha denominado «sensación occidental de una amenaza soviética».[2] Stalin no se cerró a ninguna posibilidad.

En Potsdam hubo fricciones, pero los Aliados regresaron a casa con la creencia de estar vigilando juntos el planeta. Habían instituido la celebración de reuniones periódicas de sus ministros de Asuntos Exteriores (CFM, Conference of Foreign Ministers) para mantener el mundo bajo control. Aquel tiovivo había llevado a dichos ministros a Londres en septiembre de 1945. Fue su primera reunión desde Potsdam. Se produjo una refriega predecible sobre lo que iba a obtener cada cual de los recursos alemanes. Los franceses seguían reclamando a voz en cuello las cuencas del Rin y el Ruhr, además de «justicia», léase carbón, maquinaria, locomotoras, artículos de consumo y hombres. Se les adelantaron los soviéticos, que se habían concedido a sí mismos el 50 % de las reparaciones, además de sendos 20 % para Gran Bretaña y Estados Unidos. Los demás demandantes tendrían que apañarse con el 10 %. Bevin seguía mostrándose firme respecto a la cuenca del Ruhr. En general sentía simpatías por los franceses, pero en este caso se dio cuenta de que cualquier internacionalización de la zona equivaldría a abrir la puerta a los rusos.[3]

La actitud francesa sacó de quicio a Mólotov y derivó en una congelación de las relaciones entre ambos países. El 7 de octubre de 1945, *Pravda* publicó un artículo en el que se decía que los franceses tenían menos derecho a discutir sobre Europa oriental que los yugoslavos, los checos o los polacos. Moscú se quejaba de que los franceses no estaban dispuestos a deportar prisioneros de guerra a Rusia, lo que se refería, casi con certeza, a los ciudadanos rusos que se escondían bajo las faldas de Francia debido a que este país no había participado en Yalta. La respuesta rusa fue no devolver a los prisioneros de guerra franceses, en referencia a

los alsacianos reclutados por el ejército alemán después de 1940.[4] Tendrían que pasar otro invierno en el Gulag.

El invierno de 1945-1946 no fue anormalmente frío pero, al ser tantos los alemanes que no tenían un techo adecuado, la población sintió con crudeza la terrible falta de carbón y comida. El suelo estaba duro como una piedra y los lagos se habían congelado. La Kommandatura autorizó una *Holzaktion* en los bosques de Grunewald: se dio permiso a los berlineses para talar los venerables árboles de la antigua reserva de caza real. Aquel invierno se suicidaron 167 personas víctimas de la desesperación, y las autoridades británicas de Berlín decidieron evacuar a su zona a los niños de entre cuatro y catorce años. En total unos cincuenta mil niños y diez mil adultos acompañantes. A pesar de esta medida de precaución, se estima en sesenta mil la cifra de berlineses que murieron hasta marzo de 1946. El invierno siguiente mató a doce mil más, según diversas estimaciones, cuando las temperaturas rondaron los treinta grados bajo cero.[5]

Como hemos señalado en el capítulo anterior, las reuniones entre los Tres Grandes habían previsto una conferencia de paz similar a la celebrada en Versalles en 1919 para extender una última capa de barniz sobre el acuerdo de la posguerra. Hubo una infinidad de debates sobre este asunto y sobre a quiénes se iba a permitir sentarse a la mesa. Byrnes seguía cortejando a Stalin. En una cena de la CFM celebrada en Moscú en diciembre de 1945, se sentó a su lado y propuso un brindis: «Que ninguna paz separe a los que nosotros hemos unido». Según admitió él mismo, todo se hundió como el plomo. El breve acercamiento soviético-estadounidense atemorizó a Bevin, pero el 9 de febrero de 1946 Stalin inició el enfrentamiento de la Guerra Fría con su discurso en el que clamaba la victoria del pueblo soviético. La guerra, dijo, había sido consecuencia del capitalismo monopolista.[6] No obstante, es probablemente cierto que el líder soviético no tenía intención de asustar a los Aliados occidentales. Tanto él como Mólotov seguían vivamente interesados en la cooperación entre Oriente y Occidente. Y también Byrnes, hasta cierto punto, pero sus intentos de mantener la paz entre el Este y el Oeste fueron socavados por

Truman, quien declaró estar «cansado de mimar a los soviéticos». Iría hasta allí, pero ni un paso más.[7]

El 5 de marzo, Churchill pronunció en Fulton (Missouri) el discurso en el que supuestamente acuñó la expresión «telón de acero». En realidad, aquellas palabras habían sido utilizadas por primera vez por Joseph Goebbels.[8] El Foreign Office aplaudió ruidosamente las opiniones de Churchill, aunque en Estados Unidos, que se movía en esa dirección pero con lentitud, en un primer momento se recibieron con mucha cautela.[9] En algunos sectores se seguía pensando que la Rusia soviética y Estados Unidos podían repartirse el mundo. La idea, que había sido recibida favorablemente por Roosevelt, a menudo iba ligada a una profunda anglofobia por parte de algunos oficiales de alto rango del ejército estadounidense.[10] Ahora comenzaban a escucharse voces discordantes.

Los soviéticos no tenían ningún deseo de ser testigos de la ruptura de Alemania, en tanto que tenían puestos los ojos en la cuenca del Ruhr, con sus industrias, y en su 10 % de la producción alemana. Tras las elecciones celebradas en Berlín en mayo de 1946, todo aquello se vino abajo. Los rusos siguieron adelante con su idea de instaurar un gobierno «democrático» en su zona. La determinación política de los Aliados occidentales en Berlín había sido puesta a prueba por primera vez en marzo de aquel año, cuando los soviéticos pidieron la fusión del SPD y el KPD. En abril, los socialistas y los comunistas de la Zona de Ocupación Soviética de Berlín celebraron una conferencia en el teatro Admiralspalast en la que la demanda de creación del nuevo Partido Socialista Unificado de Alemania, o SED, fue unánime. En el oeste se celebraron elecciones mediante el sistema de voto secreto, que fueron prohibidas en el Sector Soviético. Esta prohibición fue cuestionada tanto en Prenzlauerberg como en Friedrichshain, pero aun así las tropas rusas desmontaron el centro electoral y se llevaron las urnas. En los sectores occidentales la votación fue un desastre para los planes rusos de instaurar un Estado unipartidista: 29.610 socialdemócratas votaron en contra, y sólo 2.937 estuvieron de acuerdo con la fusión. Habían sido «las primeras elecciones libres y secretas en suelo

alemán desde 1932».[11] Los planes de los rusos les habían estallado en la cara, en especial cuando se permitió la celebración de elecciones libres.

Los nuevos ideólogos

La cooperación entre el Este y el Oeste, básica para ganar la guerra, estaba perdiendo vigencia como moda intelectual. Un grupo diferente de personas ejercía influencia en los pasillos occidentales del poder. George F. Kennan había trabajado en la embajada de Moscú durante la contienda. Según él, la Unión Soviética constituía una amenaza para el modo de vida estadounidense.[12] Kennan creía que los americanos se engañaban si pensaban que podían cambiar la situación en las zonas sometidas ya a la hegemonía soviética; por otra parte, no veía ninguna razón para facilitar las cosas a los rusos. Alemania no funcionaría: una Alemania compartida era una «quimera». En el verano de 1945, Kennan escribió su famoso «telegrama largo»:

> No nos queda más remedio que dirigir nuestra parte de Alemania –la parte cuya responsabilidad hemos aceptado, nosotros y los británicos– hacia una forma de independencia tan próspera y tan segura que el Este no pueda amenazarla.

Mejor una Alemania desmembrada que el totalitarismo en el mar del Norte.[13] El memorial de Kennan tuvo eco en otros tres telegramas similares enviados por el diplomático británico Frank Roberts, aunque éste se expresó con mayor cautela.

Visto en retrospectiva, es posible que Kennan hubiera ido demasiado lejos. Es sumamente improbable que Stalin quisiese cruzar el Elba. No tenía mucho sentido luchar por una Europa comunista mientras estadounidenses y británicos mantenían fuerzas muy numerosas en el continente. Si ésos eran sus deseos, le convenía más esperar: la fruta podía caer del árbol sin necesidad de combatir. Además, Estados Unidos tenía la bomba atómica y poseería el monopolio nuclear hasta 1949.[14] Los soviéticos seguían ansiando reformar su zona. El diplomático soviético A. A. Sóbelev dijo a

Murphy que el gobierno central para toda Alemania proyectado en Potsdam necesitaría años de preparación, pues antes había que extirpar de la administración el espíritu prusiano.[15] Los cambios de actitud se produjeron en Occidente, donde los americanos temían un ataque contra la economía sin trabas, y los británicos una agresión contra sus intereses en Oriente Próximo y el Mediterráneo.[16] Kennan no se sintió decepcionado por los checos. En 1945, el país se hallaba ya bajo la égida de Moscú.

> El conocimiento personal del embajador checo en Moscú, Zdenek Fierlinger, me había hecho sentir que en él no teníamos al representante de una Checoslovaquia libre e independiente sino a una persona que era, para todos los efectos, un agente soviético.[17]

Opiniones como la de Kennan estaban siendo moneda corriente en Estados Unidos. El general George Patton fue un ejemplo de esa manera de pensar: con el tiempo llegó a preferir los nazis a los comunistas. En *Gruesome Harvest* [Cosecha horrenda], publicado en 1947, Ralph Keeling hizo una condena más analítica de los criterios que condujeron al descalabro angloamericano en Potsdam. Keeling dijo de ellos que era «uno de los programas de paz más brutales y aterradores que se haya impuesto nunca a una nación derrotada». Alemania, a tenor de Keeling, no era un peón en la batalla entre el Este y el Oeste, sino «el premio gordo». Era necesario atraerla al lado de Estados Unidos y mantenerla allí.[18] Ésa iba a ser la política estadounidense antes de que concluyera el año. Keeling se hizo eco de muchas de las opiniones de Victor Gollancz sobre el trato dado a los alemanes, pero fue una rara avis en su tiempo por su disposición a sacar a la luz las atrocidades cometidas por los Aliados durante la guerra, como el bombardeo de objetivos civiles y las tormentas de fuego en las que hombres, mujeres y niños fueron freídos a temperaturas de mil grados. La línea Óder-Neisse estaba en contradicción con la Carta Atlántica, y –según observaba Keeling– hasta el draconiano Plan Morgenthau había limitado sus demandas territoriales en favor de los polacos a la mitad meridional de Prusia oriental y la zona mixta germano-polaca de la Alta Silesia.[19]

En Gran Bretaña, las opiniones de Roberts prevalecieron en el Foreign Office, que pidió una ofensiva general contra la misión rusa de «comunismo dinámico y proselitista». Roberts temía «el comunismo en el Rin». En el Foreign Office de Bevin, la actitud británica era tan agresivamente antisoviética que, según algunos observadores, los británicos fueron los primeros en desencadenar la Guerra Fría.[20] Whitehall seguía acariciando fantasías de grandeza, y Bevin estaba sin duda a favor de la línea dura. Si bien pensaba en la necesidad de abandonar la idea de una Alemania unida, insistía en que la responsabilidad por la ruptura de las relaciones entre los Aliados de los años de la guerra debía achacarse lisa y llanamente a los soviéticos. Aunque los rusos parecían pacíficos en Europa, estaban ya introduciendo tropas en Irán, medida que induciría a Churchill a pronunciar su discurso sobre el telón de acero.[21] Los americanos fueron los últimos en abandonar su fe en una Alemania unida, pero Byrnes fue derrotado en París, sede tanto de la farsa de la conferencia de paz como del Quai d'Orsay, opuesto, como era bien sabido, a la unidad de Alemania. Byrnes no podía creer que una conferencia de paz tuviera valor alguno cuando tantos países habían sido absorbidos por el bloque soviético.[22]

A Bevin le preocupaba también el dinero, sobre todo porque Gran Bretaña no disponía de mucho. Las reputaciones tardan en morir, pero la posición subsidiaria de Gran Bretaña fue reconocida por Cadogan, el subsecretario permanente, quien se refirió a los líderes de la coalición llamándolos los «dos grandes y medio». En 1945, el economista Maynard Keynes hablaba de un «Dunkerque financiero», y cuando se declaró la crisis del combustible, en el duro y cruel invierno de 1946-1947, la desventaja económica de Gran Bretaña fue evidentemente obvia.[23] Sólo en 1945-1946, Alemania costó al contribuyente británico 74 millones de libras esterlinas, mientras los ciudadanos de Gran Bretaña tenían que soportar el racionamiento de los años de la guerra.

Aunque Truman había reconocido la línea Óder-Neisse el 9 de agosto de 1945, los americanos estuvieron dispuestos a echarse atrás casi de inmediato. De momento, sin embargo, el Consejo de Control definió Alemania como el territorio entre la Línea y las actuales fronteras

occidentales. Los franceses habían dejado también claro que, a pesar de no haber participado en Potsdam, aprobaban las cesiones realizadas en el Este. Fue Byrnes quien volvió a abrir la caja de los truenos planteando la cuestión de la revisión de fronteras y amenazando a Polonia con una conferencia de paz.[24]

Clay, el otro escéptico respecto a Rusia, se inspiró en Byrnes. El 9 de agosto escribió al secretario de Estado estadounidense:

> El peso de las esperanzas del mundo que usted carga sobre sus espaldas es tan grande frente a unas probabilidades de éxito casi inexistentes, que debería sentirse libre de cualquier otra preocupación. Si usted no puede vencer en la lucha por la paz, ningún otro podrá hacerlo.[25]

Las elecciones en Berlín eran inminentes. Clay pensaba que los americanos debían apoyar a los partidos democráticos del oeste (la CDU y el SPD representaban a una «sustancial mayoría de la población»). «Mis temores sobre los resultados electorales en Berlín no son infundados», escribía, pues no confiaba en ellas en absoluto. Berlín dependía de Rusia, que daba de comer a los suyos, y estaba sometido por tanto a la presión económica de los soviéticos.[26] De hecho, existía la sensación de que no se podía confiar en los alemanes de la Zona de Ocupación Soviética y de que los incentivos de los ocupantes los llevarían a volver sus miras hacia el comunismo. Los angloamericanos persistieron en sus puntos de vista a pesar de los abundantes datos que apuntaban en sentido contrario (como había sucedido en las elecciones austriacas). La sensación de que los alemanes del Este habían sido seducidos por los soviéticos reforzó su decisión de crear un Estado separado en el oeste del país. Ya en mayo de 1946, Bevin explicó al gabinete sus razones para preferir una Alemania dividida. Los rusos representaban un peligro tan importante como una Alemania resucitada, si no mayor. La idea era crear una Alemania «más dócil a nuestra influencia», mientras que una Alemania unida se sometería en mayor grado a la hegemonía soviética.[27]

Byrnes fue también el arquitecto de la Bizona; la idea de fusionar rápidamente las zonas occidentales sustituyó al proyecto de una «federación

laxa» propuesta por Bevin. En abril de 1946, las cuatro potencias se reunieron para analizar la situación en Alemania y se acusó a Rusia de incumplir los acuerdos tomados en Potsdam. El resultado fue una amalgama económica de las zonas británica y estadounidense. La conferencia afirmó que el enemigo había cambiado desde el inicio de la Guerra Fría: los alemanes se habían convertido en aliados dentro del nuevo orden. El gabinete británico se mostró en principio de acuerdo con la Bizona el 25 de julio de 1946. Alemania debería volver a ser autosuficiente en el año 1949.[28]

Byrnes formuló su declaración de intenciones en Stuttgart el 6 de septiembre de 1946. Había asistido a la impotente Conferencia de Paz de París y había viajado a Berlín antes de volar a la capital de Württemberg, donde se reunió con los presidentes de los territorios alemanes y habló ante un público reunido en el teatro de la Ópera. Los políticos alemanes le comentaron que un nuevo Hitler constituía una imposibilidad; de surgir un hombre así, tendría que ser comunista. Byrnes dijo que Estados Unidos había cometido un error al no interesarse por Europa tras la Primera Guerra Mundial.

> El pueblo estadounidense quiere ayudar al alemán a conquistar su regreso a una paz honorable entre las naciones del mundo libres y amantes de la paz. [...] Lo que deseamos es una paz duradera. Nos opondremos a las medidas de dureza y venganza que obstaculizan nuestros intentos de paz. Nos opondremos a las medidas blandas que invitan a quebrantar la paz. [...] No queremos que Alemania se convierta en satélite de ninguna potencia o grupo de potencias ni que viva bajo una dictadura, extranjera o nacional.

Hubo golpes bajos contra los polacos por apoderarse de territorios antes de que se les hubiera concedido permiso para hacerlo. Las fronteras de Polonia, advirtió, no eran definitivas: no había habido acuerdo. Byrnes puso también en su lugar a los franceses: Estados Unidos no podía negarles su derecho al Sarre, pero no apoyaría una invasión de la cuenca del Ruhr o de Renania. Las críticas a los franceses pronunciadas, precisamente, en Stuttgart debieron de haber resultado especialmente hirientes.[29]

Clay aprobó de corazón la actitud inflexible de Byrnes. También los británicos se mostraron entusiasmados. Churchill le felicitó enviándole un cablegrama. Tras algunas reticencias iniciales, Bevin pareció complacido, y en octubre hizo comentarios similares en la Cámara de los Comunes.[30] Attlee era totalmente partidario de retirarse de Alemania, pero Bevin, el Foreign Office y los jefes de sección se confabularon en su contra afirmando que eso equivaldría a un segundo Múnich. Deseaban el enfrentamiento, no la retirada. El discurso de Byrnes sentó bien, sobre todo, a los alemanes. El *Wiesbadener Kurier* lo calificó de, «por fin, un rayo de luz». A partir de ese momento volvió a ser aconsejable en Wiesbaden elogiar cualquier acto que hicieran los americanos.[31] Al marcharse Byrnes, Clay continuó con la línea dura. Washington apenas se entrometía en las actividades de los comandantes militares estadounidenses en Alemania.[32] Quienes no se sintieron tan encantados con las palabras de Byrnes fueron los polacos, que organizaron un acto de protesta ante la embajada estadounidense en Varsovia.[33]

John Dos Passos aprovechó la oportunidad de entrevistar a Clay en Berlín a finales de 1945. Clay ejercía su encanto sobre los periodistas «cuando les decía con una sonrisa: "No estamos intentando crear necesariamente una Alemania eficiente sino una Alemania democrática"». Pero ignoraba si tendría éxito. Tampoco podía decir si la Alemania que estaban creando sería un país unificado o escindido: «Esta decisión no parece poder tomarse al margen del Consejo [de Control]». Clay se refería a los franceses, que obstaculizaban cualquier iniciativa con tufo a unidad.[34]

Los franceses estaban dispuestos a utilizar sus triquiñuelas habituales y no pasaban la pelota a los angloamericanos. Desde el primer momento intentaron inutilizar el Consejo de Control y se opusieron a aplicar los Acuerdos de Potsdam en lo relativo a la creación de «instituciones centralizadas». El «Reich» no iba a restablecerse de ninguna manera. Pierre Koenig blandía su veto como un cuchillo. El 20 de octubre de 1945 echó por tierra la idea de una estructura sindical unificada. Los americanos se enfurecieron. Al principio, Eisenhower amenazó con abolir el Consejo de Control; luego, el asunto llegó a manos de Clay, permanentemente enfadado

con los franceses por su obstruccionismo. La intención de los franceses seguía siendo desmembrar Alemania, y contemplaban con aprobación lo ocurrido al otro lado de la línea Óder-Neisse. En palabras de Bidault, si se puede hacer con Breslau, ¿por qué no con Maguncia?[35]

El Tirol meridional

Un problema que se estaba enconando en otoño de 1946 era el de qué hacer con el Tirol meridional, de habla alemana. Hitler se había mostrado sorprendentemente pragmático con los alemanes étnicos. La consigna «Heim ins Reich» (Vuelta al Reich) proporcionó un pretexto para la anexión en la mayoría de los casos, mientras que en el Tirol meridional y la comarca del Gottschee significó: «Venid al Reich», y se permitió a Mussolini seguir italianizando ese antiguo territorio austriaco al norte del río Adigio, o Etsch.[N1]

En 1919, la región era germana en un 95 %; sin embargo, se negó la autodeterminación a sus habitantes. Los Aliados habían prometido el Brénnero a los italianos para atraerlos a su bando en 1915. Se habían formulado algunos vagos comentarios sobre autonomía, pero una vez que los fascistas italianos llegaron al poder, se aplicaron con entusiasmo a consolidar la región desalojando a los naturales y sustituyéndolos por campesinos pobres del sur. Mussolini estimuló la creación de nuevas industrias en Bolzano (Bozen) y Merano (Meran) y llevó a sicilianos para trabajar en ellas. El fanático Ettore Tolomei, del Trentino, tomó medidas para promover instituciones italianas y prohibir el idioma y la toponimia alemanes. Muchas personas cambiaron sus apellidos por otros más italianos a fin de conservar sus granjas. Los tiroleses meridionales habían vivido una amarga experiencia de persecución y sólo se había atenuado parcialmente en 1943, cuando los alemanes ocuparon el lugar de los italianos y concluyó la campaña de Mussolini. De no haber sido por el golpe de Estado ese mismo año del mariscal Badoglio contra Mussolini, es posible que la Unión Soviética hubiese accedido a entregar el territorio a Austria. Pero ahora

Italia se hallaba de nuevo en el bando ganador y no iba a ser penalizada en un acuerdo de paz en la posguerra. Anthony Eden, ministro de Asuntos Exteriores de Churchill, expresó sentimientos similares: las ganancias serían mayores si se ahorraba a Italia una nueva humillación.[36]

A partir de mayo de 1945, los habitantes del Tirol meridional esperaban, como es natural, que se les permitiera unirse a sus primos del norte y formar parte de una Austria independiente. Tal era el objetivo del SVP (Partido Popular del Tirol meridional, según sus siglas en alemán), fundado el 8 de mayo. Karl Gruber había reclamado activamente el Tirol meridional desde el instante mismo en que los Aliados llegaron a Austria. Pensaba que Austria había demostrado su condición de víctima, motivo por el cual ahora podía recoger la recompensa. En septiembre de 1945 se había producido una manifestación en las calles de Innsbruck, y Figl había expresado la opinión de que «la vuelta del Tirol meridional a Austria es el sueño de todo austriaco».[37]

Alcide de Gasperi, ministro italiano de Asuntos Exteriores, era de Trento y, sin embargo, estaba más dispuesto a aceptar la entrega de esta ciudad a los yugoslavos que la devolución del Tirol meridional a Austria, e intentó asustar a los angloamericanos evocando la visión de un Estado austriaco comunista hasta el paso del Brénnero. Aquella reflexión estaba calculada para que ejerciera su efecto sobre Truman. En general, los Aliados estaban escindidos: James Riddleberger, un estadounidense experto en Austria, tomaba partido por los austriacos, mientras que Samuel Reber, una autoridad en asuntos italianos, se oponía a él. En Gran Bretaña, lord Hood y Arnold Toynbee eran favorables a Austria, mientras que A. D. M. Ross y el historiador de la monarquía habsburguesa A. J. P. Taylor estaban en contra.[38]

Renner envió notas a los Aliados los días 6 y 16 de septiembre de 1945 para sondear sus opiniones sobre una hipotética devolución de la región a Austria.[39] En enero de 1946 el gobierno austriaco dirigió una nota al Consejo de los Aliados con la petición de que fuera remitida a los gobiernos miembros. La nota solicitaba la devolución de la provincia de Bolzano-Bozen, habida cuenta de que su producción agraria era vital para la

economía austriaca. La demanda contó con el apoyo de algunos círculos poco habituales. En la Cámara de los Lores, Robert Vansittart habló en favor de la cesión del Tirol meridional a Austria, y el ministro de Asuntos Exteriores, Bevin, le prestó oídos favorables.[40] Sin embargo, el Tirol meridional no era lo que había sido en 1919. Debido al traslado de italianos pobres del sur llevado a cabo por Mussolini y del estímulo prestado por Hitler al programa «Heim ins Reich» para llevar a Alemania a los germanohablantes, la minoría italiana ascendía casi al 40 % de la población y su presencia era especialmente notoria en las mayores ciudades.

Gruber había accedido al cargo de ministro de Asuntos Exteriores con el deseo de seguir adelante con una «política exterior dinámica» impulsada principalmente por la idea de recuperar el Tirol meridional.[41] Un total de 158.628 tiroleses del sur firmaron una petición que fue entregada a Figl en Innsbruck. El 1 de mayo de 1946, los Aliados denegaron una petición de plebiscito para el Tirol meridional. La cuestión fue aplazada hasta la celebración de una supuesta conferencia de paz en París.

El 5 de mayo, veinte mil tiroleses meridionales se congregaron en el patio del castillo de Sigmundskron con pancartas en las que se leía: «Wir bitten die Siegermächte: schenkt uns unsere Heimat!» (Pedimos a las potencias vencedoras: ¡entregadnos nuestra patria!). Gruber propuso entonces que el Tirol meridional fuera administrado por las Naciones Unidas. Cuando los italianos rechazaron las demandas de Austria, se organizó una huelga general en Innsbruck, Salzburgo y Viena. Gruber fue invitado a «exponer sus opiniones» en París en agosto. A finales de mes, sus demandas habían experimentado una modificación: los habitantes del Tirol meridional debían gozar de libertad política; la provincia de Bolzano tendría que tener autonomía económica; y se establecerían unas medidas aduaneras especiales entre Austria y el Tirol meridional.[42] Los italianos accedieron a aceptar un estatuto diferente para la región dentro de los límites de la provincia de Trentino-Alto Adigio. El Trentino había formado también parte del Imperio austrohúngaro, pero su población era casi por entero de habla italiana. En medio de todo ello, los Aliados tomaron la decisión de evacuar Italia en la CFM celebrada en París el 24 de junio de

1946. Sobre la cuestión del Tirol meridional, los ministros de Asuntos Exteriores se contentaron con pedir a Italia ciertas garantías para la población de habla alemana. Habían decidido finalmente mantener las fronteras de antes de la guerra allí donde fuese posible. Los franceses se mostraron más favorables, pues se veían obligados a poner fin al sueño de extender su zona austriaca hasta el Adigio. La decisión de mantener el statu quo supuso una amarga decepción para los austriacos. Renner anuló un banquete previsto en 1946 para conmemorar la victoria sobre Alemania.[43]

La injusticia de la postura sobre el Tirol meridional condujo finalmente a un encuentro entre el ministro austriaco de Asuntos Exteriores y su homólogo italiano, De Gasperi, en París el 5 de septiembre de 1946. Ambos se reunieron para plantearse la posibilidad de una «Magna Charta» para el Tirol meridional.[44] El acuerdo garantizaba los derechos de los germanohablantes. Se les autorizaría de nuevo a escolarizarse en alemán, y los alemanes podrían ocupar varios cargos en el gobierno local. Los topónimos volverían a escribirse en alemán. Los intercambios entre el norte y el sur del Tirol se fomentaron mediante el derecho automático a estudiar en la Universidad de Innsbruck concedido a los estudiantes que cumplieran los requisitos correspondientes. Sin embargo, en 1948 las esperanzas de autonomía se frustraron cuando la región del sur quedó vinculada a una nueva comarca del Trentino, donde los italianos tenían una mayoría de dos tercios.

La Conferencia de París fue una experiencia humillante para De Gasperi, pero en el horizonte surgieron buenas noticias respecto a Trieste. Los británicos habían conseguido mantener al margen a los yugoslavos, y, al año siguiente, el puerto, con su 80 % de población italiana, revirtió a Italia. La «cobeligerancia» con los Aliados había vuelto a salvar a Italia del peor castigo. Italia perdió sus colonias africanas y tuvo que ceder Fiume e Istria a Yugoslavia y el Dodecaneso a Grecia. Unos pocos pueblos alpinos fueron transferidos a Francia.[45]

Los rusos llegan al frío

Los esfuerzos rusos por mostrar a los alemanes que eran apacibles y encantadores no sirvieron de nada cuando se celebraron las primeras elecciones en Berlín desde hacía catorce años. Los comicios, realizados en octubre, dieron resultados muy diferentes a los de las elecciones locales que los rusos pudieron gestionar sin intromisiones externas. El SED obtuvo un precario 19,8 %, yendo así a la zaga de la derechista CDU, con un 22,2 %, y consiguiendo menos de la mitad de los votos del SPD, establecido en los sectores occidentales. Para el SPD fueron los mejores resultados desde 1925; los berlineses consideraron al SED como el «partido ruso».[46] Según algunos, la culpa se debió en parte al comportamiento del Ejército Rojo. No hay duda de que, en Austria, una mayoría de mujeres votantes se negó a dar su apoyo a partidos políticos que parecían tener el mismo origen que sus violadores. Los partidos burgueses de la Zona de Ocupación Soviética habían conseguido igualmente explotar las penalidades padecidas por las mujeres. El periodista ruso K. Gofman discutió el asunto en Moscú con el ideólogo búlgaro Georgui Dimítrov y condenó «este mal que supone un coste tan enorme para nuestro prestigio local en Alemania».[47]

La noticia de que la odiada coalición de los años de la guerra podía estar a punto de derrumbarse fue acogida con embeleso en el patio de la prisión de Núremberg. Cuando Churchill comenzó a criticar a la Unión Soviética, el propio Hess se olvidó de que había perdido la memoria y comentó a los demás cabecillas nazis que siempre había sabido que sería así, que el proceso concluiría y que ellos recuperarían sus resonantes títulos y dignidades. Göring se golpeó también los muslos con júbilo y exclamó: «¡La historia no se dejará engañar! ¡El Führer y yo lo profetizamos siempre! La coalición se romperá antes o después».[48]

Las primeras proclamas procedentes de la Zona Soviética para crear comités panalemanes en sintonía con el Acuerdo de Potsdam se oyeron ya en 1945. Las lanzó el partido de los demócratas liberales, el LDP, y proponían la creación de un «plenipotenciario general» que actuara de enlace entre los diferentes centros de poder o la formación de una «comisión de control de partidos». En 1946, los demócratas liberales pidieron la formación de un Consejo Alemán de Zonas, y al año siguiente

un comité constituido por todos los partidos alemanes. Aquel mismo año, la CDU de la Zona Soviética solicitó una «representación nacional».[49]

También los rusos estaban cambiando de opinión respecto a sus socios del tiempo de la guerra. Un periodista del *New York Times* que entrevistó a un general soviético en Dresde, le oyó decir que la destrucción era obra de los occidentales, «y ahora tenéis la tarea de resolverla».[50] Las relaciones entre los Aliados habían experimentado un nuevo enfriamiento desde el intento de los soviéticos de manipular las elecciones. Fue el comienzo de las restricciones impuestas a Berlín Oeste, que culminarían en el puente aéreo y en los esfuerzos fallidos de los rusos para invadir los sectores occidentales. Berlín sería «un Danzig sin corredor». Además, los contingentes de los Aliados occidentales eran patéticamente reducidos, en particular en Berlín, donde Estados Unidos apenas disponía de dos batallones para hacer frente al Ejército Rojo.[51] El día siguiente a la votación, la NKVD inició en el Sector Soviético la captura de más de cuatrocientos científicos y técnicos, que fueron enviados a la URSS. Tres días después, los británicos protestaron contra una violación de los derechos humanos. En un raro momento de sinceridad, el coronel Frank Howley admitió que también los americanos se habían llevado a algunos científicos alemanes. Si «decidían protestar», se hallaban «en una posición no muy fuerte».[52]

La gran helada

El invierno de 1946-1947 fue, posiblemente, el más frío de los que se tenía memoria. En Colonia, 64 de los 121 días de los meses de diciembre a marzo tuvieron temperaturas por debajo de cero grados a las ocho de la mañana. Cerca de Fráncfort, más al sur, el suelo estuvo cubierto hasta marzo por una gruesa capa de nieve.[53] La débil «estufa cilíndrica» era para la mayoría la única fuente de calor. La estufa podía calentar una parte de la habitación, pero era raro que sus efectos llegaran a las demás. Despedía un calor intenso, pero sólo durante un rato, pues las raciones de combustible se

consumían enseguida. En los hogares de la Zona Estadounidense se limitaban a seis briquetas, y a veces fallaba el suministro.

La estufa era la manera de localizar la existencia de vida entre las ruinas. Una chimenea improvisada indicaba la presencia de una habitación entre los escombros. El hedor era atroz y recordaba a Zuckmayer el de una mina de carbón en activo. Los habitantes de aquellas guaridas llenas de humo se sentían, no obstante, dichosos, ya que al menos tenían una especie de techo sobre sus cabezas. También eran afortunados si no se veían obligados a compartir un cuarto con otra familia. Los únicos lugares donde se podía encontrar aire limpio y olor a pino eran los distritos de Berlín relativamente libres de escombros, donde los Aliados habían requisado muchas de las casas, pero incluso allí la leña se rociaba con gasolina. No obstante, el combustible escaseaba, y vivir en una villa elegante no significaba gran cosa si no había manera de caldearla. Los privilegiados habitantes de Zehlendorf o Dahlem se helaban lo mismo que los demás.[54]

Aquel invierno se quemó todo. Es posible que los alemanes lamentaran haber arrojado con tanta celeridad a la estufa su literatura nazi. Corrió el rumor de que se iban a efectuar quemas públicas de libros nazis, pero la única verdad de aquella noticia era que las bibliotecas públicas de Berlín estaban deshaciéndose en septiembre de 1945 de un material que era ahora ideológicamente sospechoso, y las demás siguieron, por supuesto, su ejemplo. La práctica de utilizar objetos nazis como combustible había comenzado antes incluso de la muerte del Führer. La Autora Anónima de Berlín cocinaba con literatura nacionalsocialista el 27 de abril de 1945. Más tarde quemó el texto sagrado del Movimiento para calentarse. «Sospecho que [...] *Mein Kampf* de Adolf Hitler será algún día un artículo de coleccionismo.»[55] Christabel Bielenberg, refugiada en la Selva Negra, se preguntaba adónde había ido a parar el gran retrato del Führer que adornaba anteriormente las paredes del despacho del alcalde: «A la estufa», le dijeron.[56]

El 20 de noviembre de 1946, el viento gélido provocó la alarma entre los berlineses, que se subían los raídos cuellos de sus ropas contra el frío. El 6 de diciembre, Ruth Andreas Friedrich y sus amigas se preguntaban si

serían capaces de resistir. Diez días después, el termómetro bajó a menos veinte grados. Las cañerías se helaron. Las mujeres volvieron a buscar agua en las bombas públicas. El 21 de diciembre hubo que romper el hielo de los cubos para hacer el café matinal. En el Sector Estadounidense el suministro eléctrico se interrumpía entre ocho y diez horas diarias, y la situación era aún peor en el Británico. Como los baños estaban helados, los berlineses recogían sus excrementos y los arrojaban a la ruina más cercana. En Navidad, los precios se dispararon. La familia de Andreas Friedrich consiguió robar un árbol en Teltow; pero a mil cuatrocientos marcos del Reich, un ganso era más caro que un par de zapatos, y valía mucho más de lo que tenían para gastar. Una libra de chocolate costaba quinientos marcos del Reich y una pastilla de jabón, cuarenta. El sueldo máximo mensual ascendía en la región a mil marcos del Reich.

Uno de los que hubieron de sufrir aquel invierno fue el editor Peter Suhrkamp, gravemente enfermo a consecuencia de su internamiento en Ravensbrück. Su esposa hacía todo cuanto podía para tratarle la inflamación procurando que respirase aire puro, pero eso significaba exponerlo a un aire gélido. Suhrkamp arriesgaba literalmente la vida cada vez que se aventuraba a ir al lavabo. El frío fue tan intenso que no sólo congeló las cañerías sino que hizo que estallaran las del lavabo y dejó el cuarto de baño cubierto de excrementos congelados. Los Suhrkamp habían pasado una tubería de agua caliente a través del baño para aportar algo de calor, aunque fuese débil, lo que convirtió las aguas fecales en una masa semilíquida del color del helado de café. La única manera de eliminar del baño aquella masa apestosa consistió en fregarlo con agua hirviendo, pero debido a la falta de combustible y al terrible frío no fue posible conseguir agua tan caliente. Pasaron semanas hasta que un fontanero pudo realizar las reparaciones necesarias; entretanto, el baño siguió representando un grave riesgo para la salud.[58]

En el patio de la prisión de Núremberg, los siete supervivientes del primer juicio del Tribunal Militar Internacional sintieron el frío como todos los demás. Speer, que había estado dándole vueltas a la expresión utilizada por el mariscal de las fuerzas aéreas Harris cuando habló de los alemanes –

¿había empleado palabras como «extinción» y «aniquilación»?–, comenzó de pronto a tiritar. El 22 de diciembre se hallaba sentado en su celda envuelto en una manta y observando su propio aliento. Llevaba la muda de ropa interior alrededor de los pies. La víspera de Navidad, todos enterraron el hacha de guerra, o al menos declararon una tregua: Funk dio a Dönitz una salchicha, y Schirach le pasó a Speer un loncha de tocino, pues ninguno de los dos había recibido provisiones de casa. Neurath compartió también sus galletas navideñas con Speer, mientras que el capellán americano les entregó a todos puros, cigarrillos y chocolate.[59]

Aquellas navidades se filtró la noticia de la llegada de un segundo tren helado desde Polonia. Treinta y cinco de los refugiados habían muerto al haber sido despojados de su ropa en la frontera; ciento ochenta y dos tenían graves síntomas de congelación, y otros veinticinco sufrieron amputaciones. Entre las víctimas había treinta niños. Los berlineses rezongaban y sus estómagos rugían: en tiempos de Hitler había habido patatas. Comenzaba a ser evidente el riesgo político de hacerles pasar hambre.[60] Esta circunstancia debió de haber sido la que dio lugar a las reformas en la Zona de Ocupación Soviética. La cartilla de racionamiento n.º IV fue abolida y se interrumpió el desmantelamiento. Setenta y cuatro empresas de Berlín fueron devueltas al pueblo. El 7 de enero de 1947, el termómetro había vuelto a hundirse en Núremberg, llegando esta vez a veinticinco grados bajo cero. Speer supo que, en Berlín, la gente estaba quemando las últimas astillas de sus muebles. La ducha de los presos se había congelado.[61] El termómetro volvió a descender el 31 de enero. En Berlín hubo de nuevo cortes de electricidad de entre ocho y diez horas diarias. Los berlineses salieron con sus mochilas a rebuscar leña en el Grunewald.[62]

El invierno azotó toda Europa. Gran Bretaña tuvo que hacer economías en su compromiso de combatir el comunismo, por lo que Grecia pasó a formar parte de la esfera de influencia de Estados Unidos. Los soviéticos causaron nuevos engorros en la CFM celebrada en Londres el 16 de enero de 1947. El consejo de Stalin parece tan contradictorio que no es de extrañar que los Aliados occidentales no pudieran hacerse siquiera una idea de sus intenciones. Stalin instruyó a su delegación respecto a que si las

reparaciones impedían la renovación de Alemania, debían abandonar sus demandas,[63] pero los soviéticos respaldaron al dirigente yugoslavo Josef Vilan en su exigencia de 150 millones de dólares, 4.000 km² de Carintia (incluida Klagenfurt, la capital provincial, y una parte de la ciudad de Villach) y 130 km² de Estiria (aunque los yugoslavos dijeron a los rusos que se conformarían con 63 a orillas del Drau, junto con una importante central eléctrica). Estas zonas tenían poblaciones eslovenas muy numerosas. Los soviéticos añadieron que querían un estatuto especial para proteger a los croatas del Burgenland. Lord Pakenham desestimó la petición yugoslava añadiendo que no valía ni el papel en que había sido escrita.[64] El juego se acabó al año siguiente, cuando Stalin y Tito se pelearon en la Villa Bled.

Aquel invierno, los negocios llevaron a Ruth Friedrich a Hamburgo. Observó un aumento en la popularidad de los nazis. La gente había garabateado «88» en los muros. Según explicaban algunos, la H era la octava letra del alfabeto, y 88 significaba «HH», «Heil Hitler». La culpa era de los británicos: no habían tratado a los nazis con suficiente dureza.[65] Muchos ciudadanos expulsados de sus casas por los bombardeos habían sido alojados por aquéllos en barracones Nissen, donde se congelaban. Los policías hacían la vista gorda ante los robos de carbón. Creían que la protección de las reservas de carbón era tarea de los conquistadores. Ruth Friedrich se interesó vivamente por comparar los precios con los de Berlín. Medio paquete de jabón en polvo costaba cinco marcos, y un cuarto de libra de té, cien.[66] A la vuelta, perdió el enlace con el tren militar en Hanóver, donde tuvo que pasar veinticuatro horas hasta poder tomar el siguiente. Al principio encontró una especie de bufé en un búnker donde la gente olía a pescado y a cebolla. Tuvo que abonar un depósito de diez marcos por una taza para beber café. Más tarde recorrió el mercado negro donde el jabón americano cambiaba de manos a cincuenta marcos la pastilla. La mujer que se lo ofrecía tenía la mano tan sucia que Ruth estuvo a punto de decirle que lo usara ella misma. Se presentó en un albergue oficial donde la colocaron en el dormitorio femenino. Allí encontró a una mujer que había sido violada ocho veces cuando intentaba cruzar la Frontera Verde. Sangraba profusamente y olía mal.[67]

Otro olor que impregnó Berlín aquel invierno fue el de las lámparas de carburo, que apestaban a ajo. La suciedad y el aseo constituían un enorme problema. Como en el caso de las víctimas de Hitler que languidecían en los campos de concentración, aquel invierno fue fundamental conservar la dignidad humana. Zuckmayer habló de la necesidad de mantener limpias las uñas y lavarse los dientes. Los alemanes se desvivían por limpiarse los zapatos, aunque no había limpiabotas. A pesar de las temperaturas exteriores, algunos alemanes –en particular los refugiados del Este– estaban prácticamente desnudos y ocultaban sus vergüenzas bajo mantas hechas jirones. Se cubrían los pies con tablas atadas con tiras de tela.[68]

Viena no estaba más caliente. El general Béthouart recordaba las desdichadas figuras que pasaban dando traspiés por delante de su villa Hütterdorf al volver llevando ramas del bosque de Viena. Los vieneses hablaban de la «hora azul», el momento en que llegaba gas a las conducciones para permitir a los ciudadanos preparar la cena con una llama baja.[69] La comida escaseaba y el dinero carecía ya de valor. Como en Alemania, los cigarrillos americanos eran el bien más preciado. Josefine y Leopold Hawelka habían conseguido abrir de nuevo su café en la Dorotheergasse. Leopold salía a diario al bosque de Viena en busca de leña para mantener la estufa caliente y preparar el hervidor para el café. En cierta ocasión, Josefine se olvidó de que había ocultado unos cartones de tabaco en la estufa y los quemó. Una gran cantidad de dinero se hizo humo.[70]

La Bizona

El general Lucius Clay fue partidario desde el primer momento de la cooperación entre zonas. Los franceses se opusieron una vez más. El estadounidense había depositado sus esperanzas en la creación de las instituciones centrales decretadas en Potsdam, pero a los franceses les desagradaba la idea de resucitar el «Reich». «Si no es posible conseguir esas instituciones y/o nos vemos obligados a modificar las fronteras de la

Alemania ocupada, la actual concepción de Potsdam carecerá de sentido», escribía en la primavera de 1946. No había intercambio de productos entre las zonas. Clay consideró esencial tener una política financiera común y libertad para viajar de una a otra. Su enojo con los franceses era tan grande que el 16 de junio solicitó permiso para retirarse.[71]

El 11 de julio de 1946, Byrnes se ofreció en París a fusionar la Zona Estadounidense con cualquier otra que estuviese interesada en hacerlo. Los británicos aceptaron la oferta a finales de mes, y el 9 de agosto todos los problemas quedaron resueltos. Las zonas unidas tendrían un nivel de vida común, recursos conjuntos y una política de exportación también común, y fijarían las exportaciones necesarias para complementar los recursos locales.[72] La Bizona, anunciada en el discurso pronunciado en Harvard por el general George Marshall, que sentó las bases del famoso «plan» para dar alivio a una Europa empobrecida y desgarrada por la guerra, echó a andar con la creación de un Consejo Económico en Fráncfort en junio de 1947. Por primera vez en catorce años se izó la bandera nacional tricolor. Cuando los estadounidenses se dieron cuenta, protestaron y tuvo que ser arriada de nuevo. Durante la celebración del Consejo se aprobó la Ley Transicional que legalizaba la autoridad de la federación sobre los *Länder* provinciales. Fue un paso hacia la creación de un Estado soberano y federal.

El deshielo

El clima se suavizó en marzo de 1947 y trajo consigo nuevos peligros. Los hospitales se habían llenado de casos de huesos rotos de gente que había patinado en el hielo, y la gran helada dio paso entonces a un gran hedor.[73] Había sonado la hora de la Conferencia de Moscú, que llegó pisando los talones al anuncio de la Doctrina Truman, concebida para apartar a Europa del comunismo recurriendo al palo y la zanahoria. Marshall, que había sustituido a Byrnes como secretario de Estado, desarrolló en su discurso de concesión de premios pronunciado en junio en la Universidad de Harvard las medidas que iban a desembocar en el Plan que llevó su nombre. El

general Mark Clark consideró que la reunión de Moscú era el encuentro de planificación más importante entre los Aliados desde Potsdam. Se mencionó la idea de un tratado de paz para Austria, pero volvió a guardarse en el cajón. Hubo intentos de concluir también una paz con Alemania, pero los pasos dados en París y Nueva York el mes de diciembre habían sido vacilantes, y tampoco progresaron en Moscú.[74] Los debates de la Conferencia de Londres, poco antes de la de Moscú, se habían atascado ya debido a las demandas de los yugoslavos. Moscú fue toda una prueba para Clark, que ya se había hecho a la idea de retirarse. Durante la noche le despertaban llamadas de mujeres que le preguntaban si necesitaba cualquier cosa, por lo que tuvo que envolver el teléfono en una toalla y meterlo en un armario. Las habitaciones del hotel tenían micrófonos ocultos y, para mantener la intimidad, los delegados estadounidenses hablaban entre sí paseando en torno a los muros del Kremlin.[75]

La Doctrina Truman dejó a Stalin relativamente indiferente. El dirigente soviético seguía esperando llevar a efecto la unidad de Alemania. Los franceses votaron en contra, como era de prever. La actitud francesa cambió un poco en abril de aquel año, pues los comunistas galos dejaron el gobierno que habían rondado desde la liberación. Al parecer, lo que en realidad amenazaba la seguridad soviética era el Plan Marshall, pues amplió la oferta de ayuda a países de la Europa oriental estalinista. Mólotov recibió órdenes de interrumpir las conversaciones con Occidente en París el 30 de junio, cuando ya se hizo demasiado evidente que los planes angloamericanos iban dirigidos contra la Unión Soviética. Se ordenó a los satélites soviéticos ignorar los cantos de sirena de las ofertas de ayuda.[76] La respuesta soviética consistió en la Cominform, concebida para mantener el bloque del Este en el camino correcto.

Bevin era más temible que Marshall en su beligerancia hacia la Unión Soviética. Según una anécdota sobre la CFM de noviembre de 1947, cuando Bevin se encaró con el ministro ruso y le espetó: «¿Qué es lo que quiere usted?», Mólotov le respondió: «Una Alemania unificada». Mólotov llegó a la conclusión de que habría sido más fácil trabajar con el aristocrático Eden que con aquel hombre del pueblo. La política soviética cambió tras la

reunión de Londres: los rusos buscaron el enfrentamiento. Había comenzado la Guerra Fría.[77]

La paz cartaginesa tuvo su última manifestación pública en octubre de 1947, cuando británicos y estadounidenses anunciaron un plan impopular de desmantelamiento de todas las industrias creadas en origen para la obra bélica. Adenauer protestó indicando que la producción industrial se hallaba en una tercera parte de los niveles alcanzados antes de la guerra. Lord Pakenham tenía también sus dudas sobre la justicia de unas medidas que recordaban el desmantelamiento brutal llevado a cabo en el Este soviético, que había devastado la industria y dejado exangüe aquella zona.

Nacht und Nebel

En 1947, Austria estaba liberada, pero aún no era libre. En la «conferencia de paz» de París del otoño anterior que reguló la situación con los Estados «satélites» aliados del Reich de Hitler, no se tuvo en cuenta a Austria. El país era una «víctima» cuando convenía a los Aliados, pero la mayor parte del tiempo no gozó de esa consideración, y los rusos nunca creyeron realmente en la inocencia de Austria.[78] Para los austriacos, aquello resultaba muy frustrante, sobre todo porque un 71 % de ellos pensaban que no eran en absoluto culpables de la guerra, y sólo un 4 % estaban dispuestos a admitir que el nazismo había tenido algo que ver con ellos, a pesar de que al menos un 8 % habían sido miembros del Partido y alrededor de un millón habían servido en la Wehrmacht, la mitad en la feroz guerra librada en el Este, donde ningún contendiente actuó con guante de seda.

Austria había estado volcada a la tarea de la guerra. El Danubio había sido llamado a filas, se habían creado cuarenta y dos aeropuertos y aeródromos, y cincuenta mil austriacos habían trabajado en la construcción de aviones. Los rusos en particular estaban vivamente interesados en mostrar cuántas armas habían hallado ocultas en su zona... una prueba de que los austriacos no eran de fiar.[79] Éstos respondieron diciendo que treinta y cinco mil compatriotas suyos habían sido víctimas del

nacionalsocialismo, y que cerca de sesenta y cinco mil judíos habían perdido la vida (en general, los judíos se mencionaban cuando se consideraba conveniente). Hablaron de su resistencia y publicaron su *Rot-Weiss-Rot Buch* [El Libro rojo, blanco y rojo], en el que se documentaba plenamente la postura antinazi de Austria. Moscú arrojó sobre él un jarro de agua fría y lo calificó de «mascarada vienesa», en alusión a la farsa que sustenta el núcleo argumental de *El caballero de la rosa* de Strauss y Hoffmannsthal.[80]

La Guerra Fría aceleraba su ritmo y los soviéticos estaban preocupados por aferrarse a lo que tenían. Los intentos de controlar la policía fueron contrarrestados finalmente por los Aliados occidentales, pero Occidente se vio incapaz de detener las desapariciones practicadas con nocturnidad y alevosía, al estilo *Nacht und Nebel* de los nazis, de las que fueron víctimas unas cuatrocientas personas en tres años. El 18 de julio de 1947 se presentó un informe estadounidense sobre los secuestros soviéticos. El problema se agravó aquel invierno, cuando los rusos aumentaron la presión en Berlín. El 12 de abril de 1948, Martin Herz escribía:

> Apenas pasa una semana en Austria sin que desaparezca sin dejar rastro [...] alguien a quien se ha visto por última vez cuando era invitado por soviéticos uniformados a entrar en un vehículo a la espera.[81]

La oleada de secuestros comenzó con algunos súbditos de los Balcanes con quienes los rusos deseaban hablar. En mayo de 1947 se llevaron a una mujer dentro de una alfombra enrollada. En diciembre, el doctor Paul Katscher, que trabajaba en el Ministerio de Transportes, fue secuestrado cuando pasaba por delante de la estatua de Goethe, cerca del Hofburg. Al día siguiente tenía que testificar en Ginebra sobre el número de vagones de tren que habían desaparecido rumbo al Este. El comandante ruso Kurásov no permitió a Figl comentar la desaparición de Katscher, de quien se sospechaba su condición de agente británico. Se cree que Katscher murió en una prisión soviética. Sobre el doctor Rafael Spann y Gertaude Flögl, que también fueron secuestrados, se vertieron acusaciones similares. Otra mujer,

Ernestine Sunisch, fue detenida en el concurrido Kärtnerring a plena luz del día.

Cuando, el 11 de junio de 1948, los rusos secuestraron a Anton Marek, inspector jefe de la policía y antiguo interno en Dachau, el bloqueo de Berlín se hallaba en su apogeo. Marek había irritado a los soviéticos al purgar a la policía de sus títeres comunistas. Fue capturado frente al Ministerio del Interior. En Rusia se le condenó a los habituales veinticinco años, pero fue liberado al cabo de siete, tras la firma del Tratado del Estado Austriaco. El funcionario de la gendarmería Johann Kiridius corrió una suerte similar. Otra funcionaria secuestrada de la misma manera y liberada también en 1955 fue la señora Ottillinger, directora de planificación económica. La sacaron del coche de su ministro, Peter Krauland, en un momento en que no se encontraba en la Zona Soviética. Se piensa que, sólo en 1948, unos trescientos austriacos fueron víctimas de secuestros al estilo *Nacht und Nebel.*[82]

Una solución en el Este

La República Democrática Alemana (RDA) no era aún un resultado previsible. En un primer momento, quedaba todavía margen para maniobrar y Stalin esperó más que Occidente para crear su régimen marioneta. Los franceses permanecían en su rincón y clamaban por la región del Ruhr. Los angloamericanos habían dado los primeros pasos hacia la división de Alemania.[83] Las reuniones de Stalin con los moscovitas alemanes permiten ver con claridad que los rusos seguían haciendo concesiones. A finales de enero de 1947, una delegación de la Zona Soviética, integrada por Pieck, Grotewohl, Ulbricht, Max Fechner y el intérprete Fred Oelssner, había visitado Moscú para informar a Stalin y Mólotov. Stalin acariciaba la idea de permitir al SPD regresar a la Zona Soviética. No le impresionó la oposición de Grotewohl a aquella idea, que según él era un signo de debilidad.[84]

Stalin quería saber qué pensaba el SED sobre un referéndum acerca de la futura configuración de Alemania. ¿Iba a convertirse en un Estado unido o en un Estado federal? Grotewohl calculaba que una mayoría de un 60% era partidaria de un Estado unido. Stalin lo juzgaba insuficiente. Quería saber si no se podía ganar en el Oeste a más gente dispuesta a aceptar un Estado que mirara hacia el Este. Esta idea ocupó una posición central en el congreso panalemán del pueblo, celebrado a comienzos de 1948, y desembocó en la creación del NDPD (National-Demokratische Partei Deutschlands; Partido Democrático Nacional de Alemania) en la Zona Soviética. Stalin ansiaba aún una estructura para toda Alemania. El KPD fue rebautizado en las zonas occidentales como SED, pero Occidente se negó a aceptar el cambio.

La discordia entre los Aliados era ahora muy clara. En Berlín, los Aliados occidentales se sentían especialmente vulnerables y estaban rodeados de tropas soviéticas.[85] Los soviéticos planearon instituir jurisdicciones legales alemanas de carácter nacional, que se fueron a pique en la CFM celebrada en Moscú. Los días 6 y 7 de diciembre de 1947 se reunió en Berlín Este el Congreso del Pueblo para la Unidad y la Paz Justa. De los 2.215 delegados, 664 procedían de las zonas occidentales. Sus mandatos eran sospechosos, pues habían sido seleccionados por los partidos y no por votación popular. La idea era elegir una delegación que acudiese a Londres para presionar en la reunión de ministros de Asuntos Exteriores y solicitar la unidad nacional. Se eligió una delegación, pero no obtuvo permiso para entrar en el Reino Unido.[86]

Antes de disolverse, el Congreso había hecho público un manifiesto que demandaba una administración central alemana, la nacionalización de la industria en las zonas occidentales y la formación de un gobierno alemán unificado tras la firma de un tratado formal de paz. Se eligió también una comisión permanente para preparar un segundo congreso en marzo de 1948. Estas iniciativas no fueron rechazadas de plano por los partidos liberal y cristiano-demócrata de las zonas occidentales. La CDU disponía ya de una «comunidad de trabajo» con una hermana en el Este y ansiaba asimismo la creación de una representación nacional. Los propios líderes del SPD estaban dispuestos a cooperar en un principio. Por otro lado, no querían trabajar con

el SED mientras el SPD estuviera prohibido en la Zona Soviética. Por tanto, quien impedía que se progresara en este asunto era Grotewohl, junto con el Consejo de Control de los Aliados. Los franceses se dieron cuenta una vez más de la maniobra de la unidad y se mostraron especialmente graníticos en su negativa a permitir actividades políticas interzonales. Se alzó otra voz desfavorable, la de Jakob Kaiser, lo que indujo a las autoridades soviéticas a expulsarlo de su zona. El SED quedó como la única voz de apoyo al Congreso de 1948, lo que, de hecho, destruyó su credibilidad.

Así estaban las cosas cuando el Congreso se reunió los días 17 y 18 de marzo de 1948 en Berlín Este. Participaron un total de dos mil delegados, quinientos de ellos procedentes del Oeste. La presencia del SED fue, como es natural, mucho más numerosa, y el porcentaje de delegados de la CDU descendió de un cuarto a un quinto. El Congreso instituyó un Consejo Alemán del Pueblo compuesto por trescientos miembros de la Alemania oriental y cien de la occidental. El Consejo se dividió en comisiones y se empezó a debatir la forma de una Constitución para una República Democrática Alemana unida. Se reiteró también la llamada de Stalin a celebrar un plebiscito, que recibió de inmediato una respuesta desfavorable de americanos y franceses, quienes se negaron a reconocer la reunión de Berlín. Los británicos toleraron el Congreso pero, no obstante, calificaron la propuesta de «inútil, innecesaria y fuera de lugar». Como las potencias occidentales dieron la espalda a la petición de unidad, la solicitud quedó limitada casi por completo a la Zona Soviética.

Occidente había tomado ya su decisión. Una conferencia de seis potencias reunida en Londres entre febrero y marzo de 1948 apoyó el Plan Marshall: la economía estadounidense ayudaría a reconstruir Europa occidental. Alemania tenía que desempeñar una función en todo ello y no podía ser saqueada eternamente. Se vio claro entonces que Occidente tenía ya planes para crear en sus zonas un Estado alemán aparte.[87] Los rusos se enojaron, como es natural, al ver que Alemania era el eje de debates en los que ellos no participaban, y cuestionaron en su totalidad el Consejo de Control. Consideraron el Plan Marshall como la encarnación del imperialismo americano. En febrero de 1948, los partidos burgueses fueron

eliminados del gobierno checo, con lo que se dio una señal clara de que la Unión Soviética estaba consolidando su poder dentro de su bloque. Rusia comenzó a mostrar su autoridad en todo el Este: Rumanía, Polonia, Hungría y Bulgaria. La escisión de Alemania se hizo efectiva cuando, en la Segunda Conferencia de Londres, celebrada entre abril y junio de 1948, se planteó la creación de un Estado alemán aparte y se acordó la emisión de una nueva moneda el 18 de junio.

N1. Cfr. los versos del *Deutschlandlied:* «Von der Maas bis an die Memel, / von der Etsch bis an den Belt»; Alemania iba del Adigio (Etsch, en alemán) al Memel, en la frontera con Lituania.

20

El puente aéreo de Berlín y los comienzos de la recuperación económica

24 de junio de 1948

Ayer, en medio de un retumbante estruendo, cayó un telón de acero entre Helmstadt y Marienborn.

RUTH ANDREAS FRIEDRICH, *Schauplatz Berlin*,
Fráncfort del Meno, 1985, p. 236

A los tres años del final de la guerra, Alemania estaba realizando ejercicios de calentamiento para la recuperación económica. El año 1948 iba a ser el de la rehabilitación alemana, pero antes se imponía hacer frente a algunos problemas políticos. Los relatos tempranos de Heinrich Böll describen los comienzos de las actividades económicas tras la guerra. En el relato «Geschäft ist Geschäft» [El negocio es el negocio], un hombre ve a un conocido, un antiguo soldado como él. Acabada la guerra, ambos se habían sentido deprimidos:

> Llevábamos las gorras militares bajadas hasta las cejas, y cuando disponía de algo de dinero solía ir a verle y charlábamos. A veces, hablábamos del hambre; a veces, de la guerra; en otras ocasiones me daba una colilla, cuando yo estaba sin blanca. Y de vez en cuando le llevaba cupones de pan, pues por entonces me dedicaba a limpiar escombros para un panadero.

El personaje del relato aparece ahora en una flamante tienda de madera pintada de blanco, con un techo de plancha ondulada en un cruce de calles muy concurrido. Tenía autorización para vender cigarrillos y bolas de anís.

Parecía bien alimentado. El narrador ve como manda a paseo a una niña que no tiene los peniques suficientes para comprar una bola de anís.

Al narrador no le había ido tan bien. Recordaba los distintos cuchitriles que había ocupado desde el final de la guerra, sobre todo el sótano, que no era tan malo cuando lo calentaba con briquetas robadas. Luego, la prensa se enteró de su situación, lo fotografió y escribió un artículo sobre la tragedia del soldado que vivía en la miseria tras su regreso. Se vio obligado a mudarse. Tuvo algunos trabajos ocasionales cargando ladrillos, acarreándolos o limpiándolos. En otros momentos robaba: carbón, leña, una rebanada de pan. Durante la guerra habían robado constantemente: uno robaba y los otros se llevaban la recompensa. Ahora volvía a suceder lo mismo. Sólo él se había quedado esperando en la parada del tranvía mientras los demás habían subido ya al vehículo y viajaban hacia sus destinos.

Se detuvo a observar al hombre del puesto, que no dio señales de haberlo reconocido. Se fijó en otro hombre que recogía colillas. En su campo de prisioneros había visto a coroneles que hacían lo mismo, «pero éste no era coronel» sino uno de los desafortunados, como el narrador. Para algunos, volver de la guerra era como bajar del tranvía en la parada. La casa seguía allí, aunque un poco polvorienta; había mermelada en la alacena y patatas en el sótano. La vida regresaba a la normalidad; la antigua empresa los contrataba de nuevo. «Aún había seguro médico; uno recorría las etapas de la desnazificación, como quien va al barbero para que le afeiten una barba molesta.» En las vacaciones y las fiestas se podía conversar sobre las medallas y los actos de valor y llegar a la conclusión de que, «realmente, habíamos sido unos tipos estupendos que, en definitiva, hicimos justo lo que se nos pedía».

En otro relato, «Mein Onkel Fred»[Mi tío Fred], el héroe epónimo de Böll vuelve de la guerra sin otra cosa que una lata con unas colillas. Pide pan, un sitio para dormir y tabaco; luego se tumba en el sofá quejándose de que es demasiado pequeño para él y se queda allí dos meses casi sin moverse.

El narrador, de catorce años, es quien consigue el pan para la familia. Su padre ha muerto en la guerra, y su madre tiene una pequeña pensión. El trabajo del muchacho consiste en llevar al mercado negro bienes no deseados, cambiar una taza de cerámica de Dresde por un poco de crema de sémola, tres volúmenes de Gustav Freytag por dos onzas de café, o un cojín por un poco de pan. El nacionalismo alemán de Freytag debió de haber parecido muy prescindible después de la guerra. En otros momentos, robaba carbón. Su madre lloraba al pensar en ello, pero su llanto no lo detenía.

Entretanto, el tío Fred dormitaba en el sofá. Un día su hermana –la madre del chico– le propuso delicadamente que preguntase si en su antigua empresa, donde había trabajado de contable, había algún puesto libre. Mandaron al muchacho para que se informara y descubrió un montón de escombros de unos seis metros de altura. El tío sintió una euforia incontenible al enterarse de la noticia y pidió al muchacho que abriera un cajón que contenía sus escasas propiedades. En él se hallaba su cartilla de ahorros, con 1.200 marcos, y unos pocos objetos más de valor desdeñable junto con su diploma de la Cámara de Comercio. Le dijeron al muchacho que retirara el dinero en efectivo y vendiera lo demás. Logró deshacerse de todo menos del diploma, pues el nombre del tío Fred estaba escrito con tinta china. Aquello les proporcionó comida durante varias semanas, un alivio considerable, pues las escuelas habían vuelto a abrir sus puertas y el narrador se vio obligado a concluir sus estudios.

El tío Fred se levantó del sofá como un nuevo Lázaro, se afeitó y pidió una muda limpia. Tomó prestada la bicicleta del chico y marchó a la ciudad. Volvió oliendo intensamente a vino y provisto de doce baldes. Había decidido resucitar la venta de flores en la localidad. Se instaló junto a la parada del tranvía y al grito de: «¡Flores, flores frescas! ¡No hacen falta cupones!», comenzó su nueva vida. Al cabo de tres semanas tenía tres docenas de cubos y dos filiales, y un mes después ya pagaba impuestos. Al muchacho le fue imposible mantenerse a la altura del progreso de su tío: cada vez había más cubos y filiales, y no tardó en colonizar toda la localidad. El chico se retiró de su actividad en los negocios familiares y se centró en la escuela. Unos años más tarde, el tío era un hombre acaudalado

que circulaba en un coche rojo y nombró al chico su heredero, aunque antes, eso sí, debía pasar por una escuela de comercio.

En la primavera de 1947, Alfred Döblin realizó la primera de sus dos visitas a la capital alemana, donde se había hecho célebre por su obra *Berlin Alexanderplatz*, la novela más famosa de la República de Weimar y el relato de ficción más conocido sobre la vida berlinesa. Según cuenta él mismo, Döblin entró por la puerta trasera. Había aterrizado en Frohnau, en el Sector Francés, con el nombre de Renée Bédarida. Su toma de tierra fue suave, pero se hizo pocas ilusiones: «La realidad supera a la fantasía». Marchó al centro y llegó a la misma estación de Settin que les había recibido a él y a su familia cuando llegaron del puerto de Pomerania en 1888. Un restaurante elegante con candelabros y unos postigos pintados con colores brillantes captó de inmediato su atención. Fuera, las indicaciones estaban escritas en cirílico. Era un restaurante para rusos.[1]

Caminó hacia el oeste y llegó a un piso de una elegancia incongruente situado en la Kurfürstendamm, en el Sector Británico. En él vivía un editor (posiblemente Suhrkamp).

> Pregunté qué hacía allí la gente. Me dijeron que muchos vendían sus pertenencias, si todavía les quedaba alguna, y vivían de lo que sacaban. Así era como desaparecían una pieza tras otra. Muchos, muchísimos, se dedicaban al mercado negro.[2]

El tiempo terrible había pasado; hacía un día soleado y salieron a la cafetería Wien. No servían café, y la «taza» resultó ser simplemente agua mineral coloreada. Döblin buscó el cine donde habían estrenado la película *Berlin Alexanderplatz*, basada en su novela. Ya no existía. El café literario de moda de la época de Weimar, el Romanischen, estaba abierto... al cielo. Döblin cayó finalmente en la cuenta de la absoluta enormidad de la destrucción. Allí estaba la ciudad cuya crónica había descrito con tanta destreza en sus novelas, y casi toda ella había desaparecido: el Wintergarten con sus espectáculos de variedades, el Viktoria Café. Tampoco había edificios a ambos lados de la Puerta de Brandeburgo. Observó con asombro pasar a un soldado ruso por delante del Kranzler Eck cogido del brazo de su

amante. Un vendedor de papel se lo explicó: «Todo es posible, según están las cosas en Europa y en el mundo; ¿quién sabe si, dentro de diez o veinte años, un soldado ruso y su mujer no pasearán por los bulevares en ruinas de alguna ciudad occidental?».[3]

Döblin prosiguió su viaje de descubrimiento. En Schlossbrücke (llamado el «Puente de las Muñecas» por las estatuas de personajes prusianos ilustres) le vinieron a la memoria diversos emperadores. Allí apenas quedaba mucho más que el río. En la Alexanderplatz dirigió la mirada hacia los grandes almacenes Tietz: «Parece un hombre con el cuello roto de un golpe y a quien le han hundido el cráneo en la caja torácica». Döblin sentía amargura. Se había convertido al catolicismo, pero no lograba apiadarse de sus antiguos torturadores: «¿Qué estoy haciendo aquí...? Fueron ellos los que permitieron que los deshonraran... Me siento como un hombre traicionado».[4] En la Königstrasse observó a unas mujeres que empujaban carretillas por delante de las ruinas de otro establecimiento comercial de propietarios judíos; eran los grandes almacenes Wertheim; las carretillas iban cargadas de leña. Su meta era la Frankfurter Allee, donde había vivido y donde tenía su consulta, un barrio popular que le proporcionó modelos de personajes para sus libros.

> La visión era estremecedora. Una terrible violencia bélica debió de haber caído sobre aquellas casas hasta arrasarlas... De vez en cuando hacía acto de presencia una fachada. Allí debía de levantarse la casa... Ya no es lo que yo conocí ni el lugar donde viví.[5]

Döblin regresó al año siguiente para pronunciar una conferencia. Berlín lo incomodaba: «Aquí estuvo el principal escenario del horror. Aquí es donde al crimen le crecieron alas. La nación se permitió ensordecerse oyendo los cantos de la juventud y los aplausos de los circunstantes». Döblin se mostró duro con Berlín, una ciudad que no se había entusiasmado con Hitler más que otras muchas. «El juicio de la historia habla con voz terrible.» Pero el mensaje de Döblin es esperanzador: «A la gente le resulta más fácil cambiar que a las ciudades. El hombre se transforma allí donde una ciudad se desmorona».[6]

La reforma monetaria

La situación de la moneda había sido caótica desde el final de la guerra. Los soviéticos se habían limitado a imprimirla cuando la necesitaban, un recurso que había provocado una inflación galopante.[7] Nadie confiaba en el dinero en efectivo. Granjeros y tenderos se hallaban en una difícil posición. Los primeros evitaban el mercado. Los segundos controlaban unas tiendas vacías en las plantas bajas de edificios en ruinas. Así pues, los planificadores de la Alemania de la posguerra concibieron un sistema que insuflara confianza en la moneda y acabara con el mercado negro y la economía de los cigarrillos. Querían fomentar un mercado en el que tenderos y manufactureros estuvieran permanentemente escasos de capital circulante a fin de crear un incentivo poderoso que estimulase la rotación rápida y para que todo el efectivo obtenido se gastara de inmediato en nuevos productos. El plan fue un éxito instantáneo. Los alemanes se «emborracharon», a menudo literalmente, con las oportunidades que les ofreció, y el mercado negro desapareció de la noche a la mañana.[8]

Las primeras propuestas de reforma monetaria se presentaron en el otoño de 1946. El cambio del reichsmark (el «marco del Reich») se fijó a diez por dólar. Se crearon mercados de trueque para hundir los mercados negros ilegales donde la mayoría de los alemanes realizaba sus compras. En enero de 1947, Clay sostenía que el nuevo dinero que iba a sustituir el marco del Reich debería imprimirse en una institución central situada en Berlín, pero hubo dudas respecto a los rusos. De momento, la economía de los cigarrillos tenía sus propios medios de autorregulación. El precio del paquete de veinte cigarrillos era de ciento veinte marcos del Reich, y así se mantuvo durante seis meses, incluso en Berlín. Los cigarrillos franceses valían una tercera parte. Las compras de un mes ascendían sólo a cincuenta marcos. Un dólar valía seiscientos marcos, por lo que con seis marcos se compraba un cigarrillo. En Renania, Elena Skriabina pudo comprar un camión con una maleta llena de cigarrillos.[9] Al correr el rumor de que el antiguo dinero desaparecería al cabo de poco tiempo, la gente se dedicó a

comprar de un modo impulsivo para quitarse de encima una moneda potencialmente sin valor. En mayo de 1948, el precio de una libra de fresas había bajado a veinticinco marcos y las cerezas valían doce marcos. Los bares se llenaron de berlineses que se bebían sus reservas. La tienda de Elena Skriabina en Bendorf hizo su agosto.[10]

El problema era que el nuevo dinero no llegaba, y los precios volvieron a subir. El 16 de junio, una libra de café costaba 2.400 marcos. Dos días después, se dijo que la nueva moneda se iba a llamar «Deutsche Mark» (DM, «marco alemán»). El 25 de junio de 1948 se introdujo la reforma monetaria en las zonas occidentales. La antigua moneda se cambiaría a razón de un marco antiguo por diez nuevos, aunque durante un tiempo ambas divisas estuvieron a la par. La Zona de Ocupación Soviética había quedado excluida de la reforma monetaria porque los occidentales no se fiaban de que los rusos imprimieran las cantidades correctas.[11] En junio de 1948, Ludwig Erhard había tomado medidas para que se imprimieran quinientas toneladas de billetes en Estados Unidos e hizo que fueran enviados a Fráncfort por vía aérea. Se abolieron prácticamente todos los controles de racionamiento y precios. Clay le comentó que sus asesores juzgaban un terrible error aquel paso. Erhard respondió: «Herr General, no les haga caso. Mis asesores me dicen lo mismo».[12]

La respuesta soviética fue inmediata. Aquel mismo día, el comandante ruso Sokolovski exigió a la Zona de Ocupación Soviética la toma de «medidas inmediatas y necesarias para proteger los intereses de la población alemana y la economía de la Zona Soviética».[13] Los rusos actuaron aquella misma noche: interrumpieron la circulación de los trenes de pasajeros, y a comienzos de julio aislaron por completo la ciudad de Occidente.[N1]

Entretanto, las tiendas de las zonas occidentales se llenaron de artículos; los mercados negros desaparecieron; la gente dejó de acaparar, y la producción aumentó. También cambió el clima social. Hombres, mujeres y niños, sin excepción, recibieron sesenta DM en dos entregas y todo el mundo se fue de compras. Frank, el amigo de Ruth Friedrich, explicaba desde

Múnich que las tiendas estaban abarrotadas de comida y que nadie hablaba ya de calorías, pues todos tenían comida suficiente.[14]

Clay escribió a su mentor Byrnes para quejarse de los británicos y los franceses, que habían dado largas a la reforma monetaria, y pudo informar sobre sus beneficios inmediatos: «De la noche a la mañana aparecieron en los mostradores artículos acaparados, pues las tiendas tenían que vender para pagar a sus plantillas..., hasta la fruta y la verdura procedente de las granjas salieron de nuevo a la venta en los mercados». En tan sólo un mes la productividad aumentó un 10%.

En Hehlen, los Schulenburg sentían ahora el orgullo de contar con la suma de doscientos ochenta DM, pero Charlotte no sabía aún de dónde les llegaría la siguiente remesa de dinero. Oyó llamar a la puerta, y su fiel cocinera y criada Klara apareció vestida con un delantal blanco. Charlotte le ofreció cuarenta DM y Klara comentó: «Quería decir una cosa a la señora: no quiero más dinero». Cuando Charlotte le respondió que, de momento, era todo cuanto tenía para darle, la muchacha dijo: «Lo hago por su señoría». Quería decir que no tenía por qué agradecérselo.[15]

Crisis en Berlín

La segunda visita de Döblin señaló el momento del cambio en Berlín. Desde junio de 1947, la ciudad tenía un nuevo alcalde en la persona de Ernst Reuter, antiguo comunista e íntimo de Lenin, que se había pasado a los socialistas en la década de 1920 y había emigrado a Turquía con la llegada de los nazis. En noviembre de 1946 había regresado a Alemania, y a finales de mes tomó un tren británico de Hanóver a Berlín. El 5 de diciembre resultó elegido para ocupar la alcaldía; era un mal momento, justo antes del invierno asesino. El concejo trabajaba sólo media jornada y no había posibilidad de calentar los despachos.[16] Los rusos vetaron su elección como alcalde, pretextando que Turquía era un país fascista, y Louise Schröder tuvo que ocupar su lugar entretanto. Stalin buscaba un modo de impedir que los Aliados occidentales crearan su propia Alemania.

Era la actitud que Bob Murphy designaba con la expresión de «exasperar y cansar»: desgastar a Occidente.[17] Pasara lo que pasase, los rusos obligarían a los Aliados occidentales a marcharse. Mólotov parecía estar diciendo: «O ellos o nosotros». «Si perdiésemos en Alemania, habríamos perdido la guerra.»[18] Había que echar mano de todos los recursos sin llegar a la fuerza militar. Los rusos no cejaban en su empeño de sondear y presionar, de difundir rumores de que los Aliados occidentales estaban a punto de hacer las maletas. Irrumpieron en las oficinas del ferrocarril en la Zona Estadounidense, pero los americanos resistieron y los rusos se echaron atrás. Luego les presentaron solicitudes para que entregaran a todos los ciudadanos soviéticos ocultos en el Sector Estadounidense.[19]

El pretexto era la reforma monetaria, pero en realidad se trataba de otra cuestión. Los soviéticos atisbaron la oportunidad de hacer que los Aliados occidentales abandonaran Berlín –con lo que perderían su atractivo para los alemanes–, de obligarlos a desistir del programa londinense para crear un Estado aparte, o de forzarlos a regresar a la gran alianza plasmada en el mecanismo de la Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores.[20] En algunos círculos se temía que los rusos pudieran lograrlo.[21] Clay, por su parte, esperaba una confrontación:

> Dudo mucho de que esta medida ponga en peligro la maquinaria cuatripartita. De ser así, obligaremos a los rusos a dar un portazo, y aunque lo hagan, seguiremos en Berlín. Sin embargo, no podemos continuar con éxito mientras no establezcamos un mecanismo gubernamental para Alemania occidental. El resentimiento de los alemanes contra la administración colonial aumenta día a día, y los alemanes demócratas, que odian el comunismo y preferirían instaurar el tipo y la clase de gobierno que nosotros deseamos, no tardarán en perder sus posiciones de liderazgo ante su propia gente.

Clay comentó a William Draper, subsecretario del Ejército: «Dos años y medio sin gobierno es demasiado tiempo». El 5 de noviembre de 1947 dijo que se establecería un gobierno provisional no más tarde del 31 de enero de 1948.[22]

Los demás no estaban tan seguros. El general Robertson era partidario de contemporizar. Los franceses pensaron incluso en conceder a los rusos la

participación en la región del Ruhr que tanto codiciaban.[23] Clay tenía razón al pensar que los rusos no buscaban en realidad el enfrentamiento. Querían humillar a Occidente ofreciéndose a abastecer a todos los berlineses. De ese modo se ganarían su afecto. No había duda de que los berlineses se movían en función de su estómago, y éste estaba vacío. Los rusos iban a mantener abiertos los corredores aéreos y evitar enfrentamientos militares. No hicieron ningún preparativo para una situación de emergencia militar. Pero el farol lanzado por Occidente tampoco era tan convincente: los bombarderos que los americanos habían enviado a Gran Bretaña no estaban preparados para transportar bombas atómicas.[24]

A partir del 23 de febrero de 1948, la Conferencia de Londres se consagró a debatir precisamente esta cuestión. Los rusos habían abandonado el carrusel de la Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores a finales del año anterior y no fueron invitados a Londres. En su ausencia, y en el imponente escenario de la India House, los titulares de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, Bélgica, Francia, Holanda, Luxemburgo y Estados Unidos dieron forma al Estado de Alemania occidental. El 17 de marzo se firmó el Pacto de Bruselas como primer paso hacia la OTAN. Donald Maclean filtró el texto a los soviéticos el mismo día del golpe de Praga. La mayoría de los ministros occidentales estaban convencidos de que había llegado la hora de dividir Alemania en dos, pero los franceses guardaron de momento las distancias en el convencimiento de que los rusos lo impedirían. Sólo accedieron con reticencia a la idea de una Alemania occidental a causa de lo ocurrido en Praga y porque Sokolovski se retiró del Consejo de Control el día 20. Couve de Murville, el ministro francés de Asuntos Exteriores, comenzó a sentir pánico y llegó a la conclusión de que en tres años volvería a estallar una nueva guerra.[25]

El 1 de diciembre de 1947, Howley había sido nombrado comandante estadounidense en la Kommandatura. También él esperaba una confrontación y calificó a su homólogo británico, el general Herbert, de «tremendamente derrotista». Cuando en junio los rusos aislaron la ciudad, Herbert predijo la expulsión de los occidentales para el mes de octubre.[26] Es posible que fuera consciente de la debilidad de Occidente. En una

respuesta al senador Henry Cabot Lodge fechada el 5 de marzo de 1948, Clay precisó la cifra de las fuerzas estadounidenses en Berlín: menos de dos mil soldados. «Nuestro deseo es, obviamente, mantener una guarnición lo más reducida posible.» Los americanos contaban también con algunos auxiliares de la policía alemana, pues se suponía que la policía de Markgraf (dirigida por Paul Markgraf), respaldada por los rusos, no estaba concebida para actuar en la Zona Estadounidense.[27]

El 18 de marzo dio pie a una pequeña celebración en Berlín. Era el centenario de la Revolución de Marzo de 1848, que había otorgado un breve triunfo a la causa de las clases medias alemanas, hasta que se sumaron a la nobleza, más reaccionaria, y se unieron en pos de Bismarck y el Imperio. Una muchedumbre de treinta mil personas se congregó junto al Reichstag en ruinas. Hubo discursos, pronunciados por Franz Neumann del SPD, Jakob Kaiser de la CDU y Ernst Reuter, el alcalde electo. Reuter aludió a los sucesos de Praga. «¿Quién será el siguiente?», preguntó. Podría serlo Berlín. «Si el mundo lo sabe, no nos abandonará.»[28]

La situación empeoraba mes a mes. No había barreras entre los sectores, y quienes huían de los rusos podían desaparecer en el oeste de la ciudad con la esperanza de hallar una salida hacia Occidente. El 25 de marzo, el periodista Dieter Friede desapareció en un secuestro al estilo *Nacht und Nebel*. Las autoridades soviéticas justificaron más tarde su acción afirmando que era un espía. El siguiente paso fue el «minibloqueo»: comenzó el 31 de marzo y duró hasta el 2 de abril. Las medidas de la Zona de Ocupación Soviética fueron improvisadas.[29] Esta vez estuvieron provocadas por la negativa angloamericana a permitir a los rusos viajar en sus trenes militares:[30] uno de ellos cruzaba la Zona Soviética a diario. Había también trenes de mercancías semanales, treinta y dos «senderos» –o cruces– cada día para abastecer a las guarniciones y a los alemanes, y un vuelo diario para pasajeros. Fue un disparo de advertencia, una puesta a prueba. Tres días después, el 2 de abril, se disolvió la Kommandatura de los Aliados. Le siguieron otras desapariciones. Se informó de que unas doscientas mil personas habían sido llevadas a la fuerza a la URSS desde el final de la guerra. Los berlineses volvían a sentirse vulnerables. El SED,

apoyado por los rusos, lanzó una campaña de propaganda en los sectores occidentales.[31]

Los soviéticos habían enseñado sus cartas en la toma del poder por los comunistas en Praga en el mes de febrero y en la sospechosa muerte de Jan Masaryk al mes siguiente. Ahora demostraban a las claras lo que le esperaba a su bloque. Truman comprendió la necesidad de retener Berlín con fines propagandísticos; también era necesario contener el desplazamiento del comunismo hacia el Oeste. «Si no lográbamos mantener nuestra posición allí, el comunismo cobraría una gran fuerza entre los alemanes.»[32] El presidente, al igual que Clay, no creía capaces a los alemanes de tener ideas propias.

Praga hizo que los franceses volvieran a poner los pies en el suelo. Resultó oportuno que Robert Schuman ocupara la presidencia del Consejo e hiciera gala de la sensatez que Francia necesitaba en aquel momento. En marzo, Koenig se entrevistó con Clay y Robertson en Berlín para hablar de la Constitución alemana y de la fusión de los franceses con la Bizona para formar la Trizona. Koenig se mostró arrogante, como era de prever, ante la idea de instituir un «Reichstag». El 6 de abril, Couve de Murville voló a Alemania para ver a Clay. Le preocupaba la posibilidad de que Berlín cayera en manos de los rusos. También discutió la reforma monetaria. Cuando los rusos dieron el paso de aislar Berlín de Occidente, Bidault, ministro francés de Asuntos Exteriores, recalcó que no podían echarse atrás por el prestigio de los Aliados. Schuman, que había iniciado su carrera política en Alemania, insistió en que Berlín era un símbolo que no podía ser abandonado. Sin embargo, no se consideró oportuno que soldados franceses tuvieran que *morir* por Berlín, y la fuerza aérea francesa se mantuvo al margen de la operación con la excusa de ser demasiado débil... lo cual era, probablemente, cierto.[33]

El puente aéreo

El pretexto para el puente aéreo fue el «hurto de la leche» por los rusos. Se suponía que los rusos iban a suministrar alimentos a toda la población de Berlín, aunque los Aliados occidentales donaban la harina. Los rusos tenían siete mil vacas en granjas suburbanas destinadas a esa finalidad. A comienzos del verano de 1948 cortaron el suministro de leche. Los berlineses se vieron obligados a marchar al este en camiones para recogerla. El oficial médico estadounidense informó a Howley: «A menos que consigamos leche fresca, seis mil bebés de nuestro sector habrán muerto para el lunes». Tres años antes, los angloamericanos habían tenido menos escrúpulos respecto a la mortalidad infantil. Howley consideró que la falta de cooperación rusa constituía un intento de intimidar a los americanos y pidió doscientas toneladas de leche condensada y otras ciento cincuenta de leche en polvo, e informó ufano de que ni un solo bebé había muerto en su sector.[34]

Clay pensaba que podía mantener con vida a su guarnición, pero no a los alemanes. El intento soviético de impedir a los Aliados occidentales llegar a sus sectores de la ciudad provocó una discusión entre Clay y Robertson sobre cuál debía ser la respuesta legítima. Los británicos decidieron que no dispararían si no lo hacían los americanos. «Creo que [el paso dado por los rusos] es un farol –escribió Clay–, pero yo no deseo responder con otro, como quizás estén haciendo los británicos, a menos que lo pensemos en serio [sic].»[35] El secretario del ejército de Estados Unidos, el general Kenneth Royall, creía que el presidente debía enviar una nota a Stalin. No estaba seguro de la gravedad que había adquirido la situación. Clay respondió: «No creo que esto signifique la guerra, pero cualquier incapacidad para enfrentarnos a ello como es debido provocará grandes problemas». Añadió que preferiría acabar en Siberia antes que abandonar Berlín. Para empezar, los soviéticos estaban cuestionando en ese momento el derecho de los Aliados occidentales a permanecer en Berlín. Clay citó el acuerdo de la EAC, la Comisión Asesora Europea, según el cual la capital alemana sería administrada por las tres potencias. A ello se añadía el acuerdo verbal con Zhúkov del 5 de junio de 1945 y «tres años de

aplicación». El derecho a abastecer a la ciudad y a sus guarniciones occidentales se regía por acuerdos mayoritariamente tácitos o verbales.[36]

Clay no estaba dispuesto a soportar bizantinismos:

> El argumento legalista ha dejado de tener sentido [...] nuestra respuesta no será malinterpretada por cuarenta y dos millones de alemanes y, quizá, doscientos millones de europeos occidentales. Debemos decir lo que pensamos, como reza nuestra carta: «Podéis llegar hasta aquí, pero ni un paso más». No hay un terreno intermedio que no equivalga a contemporizar.[37]

Clay seguía pensando que la idea de los rusos de inspeccionar los trenes constituía el punto límite: la «integridad de nuestros trenes forma parte de nuestra soberanía». Era un «símbolo de nuestra posición en Alemania y en Europa». Si los angloamericanos ponían a prueba el «farol» de los rusos, las autoridades soviéticas no les dejarían cruzar a la Zona de Ocupación Soviética sin inspección previa. Los administradores de los ferrocarriles se negaron en pleno a prohibir el acceso a un americano, que, presa del pánico, dejó subir al tren a los rusos. La decisión que se tomó fue recurrir a la aviación.[38]

Al principio hubo algunos momentos difíciles. El 5 de abril, un avión de combate soviético Yak descendió por debajo de un Vickers Viking de la compañía británica BEA cuando se disponía a aterrizar en Gatow. Al elevarse, arrancó el ala de estribor del Viking. Ambos aviones colisionaron provocando la muerte de los quince pasajeros británicos y estadounidenses, así como la de la tripulación, además de la del piloto del Yak. Robertson pidió que los transportes estuvieran protegidos por cazas y fue a ver de inmediato a Sokolovski para exponerle su protesta. El comandante ruso afirmó categóricamente que el piloto no había recibido órdenes suyas de acercarse al avión británico. No tenía intención de ordenar a la fuerza aérea soviética que molestara a los aparatos que volaban por el corredor. Robertson se dio por satisfecho con la respuesta y suspendió las escoltas. Más tarde, los rusos demostraron una docilidad similar al recibir quejas por la posición de un globo de barrera. Nadie quería ser responsable de una guerra.[39]

Clay no estaba dispuesto a ceder. De momento había pocos fletes, o ninguno, pues requerían permiso de los rusos y él «no iba a solicitarlo». Los británicos tenían sus propios aviones, pero los franceses no disponían «de un transporte aéreo digno de ese nombre», a pesar de que, de momento, estaban encantados de mantener su pequeña fuerza en Berlín. Clay seguía mostrándose tenaz:

> Estamos convencidos de que nuestra permanencia en Berlín es esencial para nuestro prestigio en Alemania y Europa. Para bien o para mal, se ha convertido en un símbolo de las intenciones estadounidenses.[40]

La actividad se reanudó cuando los rusos abandonaron la Kommandatura el 17 de junio. Howley se sintió aliviado. Los rusos afirmaron que era muy urgente reparar las carreteras cerca de Magdeburgo así como los puentes que cruzaban el Elba, que, por tanto, debían cerrarse. El 22 de junio, el precio del café había subido a tres mil marcos del Reich, el pan estaba a doscientos y un cigarrillo Chesterfield costaba sesenta y cinco.[41] El día 24 se bloqueó la autopista entre Berlín y Helmstadt.[42] Sólo se permitía el paso de convoyes militares. Los rusos interrumpieron también el suministro de gas y electricidad a los sectores occidentales de la ciudad. Ruth Friedrich anotó en su diario que un «telón de acero» había caído abruptamente entre Helmstadt y Marienborn.[43] «¡Pobres de nosotros, ratones berlineses!» Habían gastado todo su dinero, y los rusos se estaban empleando a fondo para impedir que la nueva moneda pasara a su zona. «Al final, todos los berlineses habían dañado sus estómagos ante la perspectiva de la reforma monetaria.»[44] La nueva moneda se puso en circulación en las zonas occidentales a las siete de la mañana del 25 de junio. Aquel mismo día, los rusos interrumpieron el suministro de lignito a la ciudad. A partir del 7 de julio, el carbón hubo de ser transportado también por vía aérea. «No espero un conflicto armado –escribía Clay–; [el] peligro principal es que algún grupo comunista organizado por los rusos intente causar problemas.» Resulta sorprendente que a un propagandista como él le preocupara el comportamiento de los berlineses: «El máximo peligro

proviene, quizá, de la asombrosa resistencia de la población de Berlín, que está empujando a la administración soviética y al SED a tomar nuevas medidas extremas».[45]

«El 24 de junio de 1948 –escribió Howley en tono grandilocuente– es una de las fechas más infaustas de la historia de la civilización. Los rusos intentaron asesinar toda una ciudad para conseguir una ventaja política.»[46] En los sectores occidentales había 2.250.000 alemanes y sólo 6.500 soldados para protegerlos. Los rusos tenían 18.000 hombres en su sector y otros 300.000 estacionados en su zona.[47] Para acentuar la debilidad de las potencias occidentales, los rusos iniciaron unas maniobras militares. Bevin, que era quien dirigía el espectáculo en Londres (y no Attlee), metió cuchara invitando a los americanos a estacionar sus bombarderos B-29 en Gran Bretaña. Se esperaba que este gesto atrajera la atención de los rusos, a pesar de que no estaba previsto que transportasen armas nucleares. Gran Bretaña se estaba convirtiendo rápidamente en una nación cliente de Estados Unidos.[48]

El puente aéreo de Berlín comenzó a funcionar el 26 de junio. La idea fue de los británicos. El comodoro de las fuerzas aéreas Reginald Waite propuso un plan para abastecer tanto a los civiles como a las guarniciones. Él y Robertson lo presentaron a Clay, que hasta entonces había preferido la idea de un convoy.[49] El general John Cannon fue responsable del nombre: «Operation Vittles» (Operación Vituallas). Ruth Friedrich se dio cuenta del cambio: «Los cielos retumban como durante el *Blitz*. De momento, las autoridades estadounidenses han incrementado al máximo el tráfico aéreo a Berlín».[50] Aquella densidad iba a aumentar. Al principio, la excusa fue la necesidad de abastecer las guarniciones estadounidenses y de los demás Aliados; luego, Clay explicó con claridad que no se permitiría a los soviéticos matar de hambre a los berlineses de los sectores occidentales. Durante once meses, los C-47 estadounidenses («Albatros», llamados por los berlineses «Rosinenbomber», «bombarderos de pasas») y los C-54, así como aviones de carga británicos, introdujeron a diario, a las órdenes del comandante general estadounidense Tunner y del mariscal del aire británico Williams, un total de cuatro mil toneladas de comida. Hidroaviones

Sunderland británicos se posaban en el Havel llevando sal desde Hamburgo, un artículo de primera necesidad. En el momento culminante de la Operation Vittles, se entregaron trece mil toneladas de alimentos en tan sólo veinticuatro horas.

Los aviones británicos partían de Frassberg rumbo a Gatow, mientras que naves estadounidenses volaban de Wiesbaden a Tempelhof. Los americanos realizaron dos tercios de los vuelos, y los británicos el resto. Berlín occidental fue el premio obtenido para el nuevo Estado alemán del oeste respaldado por los Aliados.[51] Clay quiso saber si había que poner a salvo a las familias de los militares estadounidenses. Truman le aconsejó que no lo hiciera pretextando que causaría un mal «efecto psicológico». Clay accedió a tomar «disposiciones de emergencia para los suministros esenciales».[52] Truman entendió rápidamente el carácter político del bloqueo, totalmente en concordancia con su doctrina de «hasta aquí, pero ni un paso más». El presidente dijo a Clay que formalizara la ruptura del bloqueo. El aspecto humanitario era importante, pero también lo era el acceso a la antigua capital. El 26 de junio, Truman dio órdenes para que el puente aéreo se asentara sobre una base plenamente organizada. Había que utilizar todos los aviones disponibles.[53] Aquel mismo día los rusos introdujeron la Orden 111, por la que creaban su propia moneda. La forma que adoptó fue la de unos cupones pegados a los billetes ya existentes con cola elaborada a partir de las omnipresentes patatas. Los berlineses no tardaron en aplicarle el mote de *Tapetenmark*, o «marco de papel de empapelar». Los nuevos billetes estuvieron listos para el 26 de julio.

Se atribuye a las autoridades de la Zona de Ocupación Soviética la expresión «dejar sin recursos al sector occidental como quien estrangula una verruga».[54] El 26 de junio se informó de que los americanos podían abastecer la ciudad para otros treinta días. La noticia se transmitió por el furgón de la RIAS (Radio in American Sector). Ruth Friedrich comentó la «frustración de hallarse en el centro del escenario del mundo y no disponer, sin embargo, de más información acerca de ello que la recibida entre las doce de la noche y las dos de la madrugada». Para entonces, un avión sobrevolaba su cabeza cada ocho minutos.[55]

El 28 de junio, unos soldados estadounidenses detuvieron en su sector a Sokolovski –debido a un supuesto error– por exceso de velocidad. El general ruso se identificó, pero lo retuvieron durante una hora más. Sokolovski dijo a Robertson que el bloqueo se debía a la nueva moneda y que podía extraer sus propias conclusiones. El ruso no estaba convencido del juego que sus compatriotas estaban practicando en Berlín. Circularon todo tipo de rumores. Más tarde le dijeron a Clay que los rusos tenían la intención de colocar globos de barrera para impedir los aterrizajes.[56] Cuando se emitieron los primeros billetes propiamente dichos en el este, las autoridades de la Zona de Ocupación Soviética exacerbaron aún más las dificultades de los occidentales obligándoles a ir a puntos lejanos de su sector para cambiar los viejos cupones. El dólar valía ahora 28 marcos, y un vuelo a Occidente costaba 28 dólares. Nadie tenía 784 marcos. Todo el que podía reunir una suma tan principesca se había ido ya. La propia Ruth Friedrich, que había soportado lo peor de la situación, pensaba ahora que había llegado la hora de irse.

El puente aéreo de Clay fue un éxito propagandístico de dimensiones parecidas al objetivo que se habían propuesto los soviéticos con su bloqueo. La imagen totalmente desfavorable de las intenciones soviéticas nunca desapareció en Berlín occidental y en la Alemania del Oeste. La crisis aceleró asimismo la polarización de ambos bandos. Otto Grotewohl se dirigió al Comité Central del SED el 30 de junio para afirmar su notorio compromiso con una «orientación hacia el Este», aunque ello en nada cambiaba la política del Partido sobre la cuestión de la unidad.[57] Persistió la anarquía monetaria. El «marco del cupón» de Berlín oriental valía ahora diez marcos del Reich. También podía utilizarse en los sectores occidentales, pero no para todo. En torno a la estación del Zoo se desarrolló un mercado de divisas. Determinadas monedas se utilizaban para diferentes artículos: los relojes de pulsera se pagaban con dinero occidental; las cebollas, mitad y mitad; las uvas, con dinero occidental; el azúcar, con moneda del Este. Se podía comprar un periódico con dinero del Este, pero la imprenta había que pagarla con divisa occidental.[58]

Las autoridades occidentales impidieron que la nueva moneda llegara a Berlín, pero las autoridades de la Zona de Ocupación Soviética no suspendieron el bloqueo. «Problemas técnicos» habían requerido el cierre de las rutas terrestres y fluviales a Berlín. Según Lucius Clay, «las dificultades técnicas durarían hasta que las potencias occidentales enterraran sus planes de crear un gobierno alemán occidental».[59] El 2 de julio, los rusos cortaron el suministro de agua a los sectores occidentales alegando que debían reparar las esclusas. Howley señaló que se necesitaba agua para hacer pan, aunque una vez más no dejó claro cuánta se requería.[60]

El cobarde comportamiento de Wilhelm Furtwängler, que canceló su aparición con la Orquesta Filarmónica de Berlín el 7 de julio de 1948, supuso una decepción para los berlineses. El director tenía que ponerse al frente de la orquesta en Potsdam para interpretar con solistas de Estados Unidos. Es evidente que lo consideró demasiado arriesgado, a pesar de que los americanos habían accedido a hacerse cargo del transporte. Los berlineses tuvieron que contentarse con Leopold Ludwig.[61] Como consecuencia del puente aéreo no se pudo seguir utilizando la emisora de radio, ocupada por los rusos. Al final, las autoridades soviéticas cedieron su isla en el Sector Británico y montaron una nueva emisora propia en Adlershorst, dentro de su feudo. Al día siguiente, el bloqueo se cobró su primera víctima al accidentarse un Dakota americano. El segundo accidente aéreo se produjo dos semanas más tarde, el día 25, cuando un C-47 se estrelló contra una casa en Friedenau causando la muerte de la tripulación.[62]

El 14 de julio, los rusos abandonaron cualquier pretexto referente a las «dificultades técnicas».[63] Una semana después aterrizaba un avión cada tres minutos, pero la situación era extremadamente grave, y en noviembre y diciembre las operaciones se vieron obstaculizadas a menudo por la niebla, a pesar de que el tiempo mejoró milagrosamente cuando las condiciones alimentarias se encontraban en su peor momento. Algunos aparatos pudieron tomar tierra gracias al radar. La falta de espacio de aterrizaje significó la rápida habilitación del aeródromo francés de Tegel para la llegada de aviones. Diecisiete mil hombres trabajaron en la pista con la promesa de recibir a diario una comida caliente. Los berlineses tenían en el

mejor de los casos dos horas de electricidad al día, y a menudo debían esperar hasta medianoche para poder cocinar. El efímero acceso de luz eléctrica provocaba la misma euforia que un vaso de vino. Los más afortunados eran los residentes de edificios ocupados por los Aliados. Tenían electricidad para fuerza e iluminación.[64]

El 23 de julio, Clay informó a Truman en la Casa Blanca. No iba a haber un segundo Potsdam. Nadie iba a engatusar al presidente, que volvió a sacar a colación la idea de aprovisionar la ciudad mediante convoyes armados. Clay no se mostró tan entusiasta, pero no pensaba que los rusos estuvieran dispuestos a ir a la guerra.[65] En Estados Unidos se alzaron voces que pedían una ruptura con los rusos. «Esa gente no entendía que nuestra única posibilidad eran las negociaciones o la guerra –dijo Truman–. No había una tercera vía.»[66] La verdadera razón del bloqueo debió de haber resultado obvia para todo el mundo el 27 de julio, cuando la CFM celebrada en Londres estableció la creación de un Estado alemán occidental. Todo lo que se necesitaba ahora era una «ley básica» que sirviera de Constitución. La ley básica *(Grundgesetz)* sería ratificada por las asambleas locales, o *Landtage*. No habría votación en el Este, pues los ministros habían llegado a la conclusión de que la gente no era libre para expresar sus opiniones y votaría en contra. Clay concluyó una vez más que los alemanes necesitaban la responsabilidad del autogobierno. Alemania iba a tener su propia administración *antes* del tratado de paz. Esta pequeña bomba llevó a los Aliados occidentales a reconsiderar la evacuación de algunos berlineses que, de lo contrario, podrían ser secuestrados.[67]

Occidente había acabado harto de la policía de Markgraf, controlada por los soviéticos, y el 26 de julio organizó su propia fuerza a las órdenes de Johannes Stumm, antiguo delegado de Markgraf. Tres cuartas partes de la policía de Markgraf se pasaron de inmediato a Stumm. Cuando el 29 de julio el *Magistrat*, o gobierno municipal, intentó reunirse en la Rote Rathaus, el «Ayuntamiento Rojo», fueron recibidos por miembros del SED que entonaban: «¡Queremos una sola moneda!». Algunos concejales sufrieron intimidaciones y golpes; los policías occidentales fueron barridos por matones del SED. Una de las maltratadas fue Jeanette Wolff, una judía

que había sobrevivido a dos campos de concentración. En el aparcamiento del ayuntamiento la llamaron «Judensau» (cerda judía). «Sólo tengo una vida que perder, y pertenece a la libertad», exclamó. Los títeres de los comunistas asaltaron la sala consistorial. El futuro autor de la Constitución de Berlín, Otto Suhr, se negó a iniciar la sesión hasta que se hubieron marchado. Louise Schröder, que sustituía a Reuter, dijo a los comunistas que fueran razonables, se marcharan a casa y escucharan la sesión por radio. Los hombres del SED se retiraron. Había concluido «la toma de la Bastilla».[68]

Berlín quedó sellado por carretera, ferrocarril y rutas fluviales. Se elaboraron planes de emergencia para retirar los ejércitos aliados hasta el Rin. El 2 de agosto, Stalin dijo que levantaría el bloqueo si se permitía la libre circulación de los marcos orientales y occidentales en todo Berlín. El gobierno soviético «deseaba además con insistencia» que los Aliados «pospusieran las siguientes etapas planeadas para la integración de las zonas occidentales». Los rusos admitieron que Occidente estaba en Berlín «por consentimiento tácito», pero «no por derecho».[69] Al día siguiente, Clay dijo que estaba dispuesto a aceptar un compromiso sobre la cuestión de la moneda. Mólotov quería más: el 10 de agosto exigió el control de las exportaciones desde los sectores occidentales. Clay propuso a Washington que rechazara aquella demanda.[70] Entretanto, la policía de Markgraf se portaba con creciente dureza con las personas que buscaban moneda occidental. El día 12 detuvieron a 320 en la Potsdamer Platz. El 24, Stalin cambió de opinión y pidió una vez más la retirada de la moneda, pero Occidente se negó, pues había sido un éxito. Ese mismo día se produjo una colisión aérea entre dos C-47. Murieron las tripulaciones de ambos aviones.[71]

Los cuatro gobernadores militares se reunieron el 1 de septiembre. A Sokolovski le preocupaba que los transportes aéreos pudieran ser utilizados para inundar Berlín con nuevos marcos alemanes. Tres días después el comandante ruso confesó que las restricciones eran consecuencia de la Conferencia de Londres y tenían como objetivo la escisión de Alemania en un territorio oriental y otro occidental.[72] Los berlineses sobrevivían con

patatas y otros vegetales deshidratados y con carne enlatada. El índice de suicidios volvió a aumentar. Había en torno a siete diarios. Sokolovski anunció también que el día 6 la Unión Soviética iniciaría unas maniobras aéreas sobre Berlín. Se trataba, dijo, de una práctica normal en aquella época del año. Clay observó en su informe a Washington: «Resulta divertido, pues hasta ahora, en los cuatro veranos que llevamos en Berlín, nunca hemos oído hablar de este tipo de maniobras». Robertson expresó la esperanza de que las maniobras soviéticas no obstaculizaran el corredor aéreo. Sokolovski respondió: «Desde luego». Clay no estaba seguro de si quería decir: «Desde luego que sí», o: «Desde luego que no».[73]

El 6 de septiembre hubo un intento de golpe de Estado en el ayuntamiento. Clay recibió, naturalmente, un informe sobre aquel nuevo atropello:

> Entretanto sus tácticas [es decir, las de los soviéticos] se están endureciendo en Berlín. Ayer una chusma comunista impidió que se reuniera el consejo municipal y maltrató a tres periodistas estadounidenses que se hallaban presentes. Hoy había de nuevo a la espera una banda comunista bien organizada. El teniente de alcalde cometió la necedad de llevar a unos cuarenta policías de paisano de los sectores occidentales para mantener el orden. La policía uniformada del Sector Soviético se dispuso a detenerlos por orden del oficial al mando. Los policías de paisano corrieron hacia los despachos de los tres representantes de enlace occidentales, donde algunos permanecen todavía cercados. No obstante, la policía del Sector Soviético irrumpió en nuestra oficina y se llevó a unos veinte de esos pobres diablos para darles muerte o algo peor.
>
> El orgullo es un bien barato, gracias a Dios, pues, de lo contrario, nunca podría llevar la cabeza alta. Están abusando de nosotros como si fuéramos una nación de cuarta categoría. Mi primer impulso ha sido enviar a nuestra Policía Militar para restablecer el orden, pues unos alemanes están maltratando a unos americanos.

Clay pensaba que habría más «alborotos de inspiración ajena en los sectores occidentales». Robertson era optimista; Clay, no.[74]

La reunión fue la última celebrada en la Rote Rathaus. Como los delegados occidentales no lograron introducirse en el Sector Soviético, se reunieron en la Taberna Académica de la Steinplatz, en el Sector Británico. Los rusos respondieron secuestrando a algunos hombres de Stumm, y la

intimidación no se detuvo ahí: el propio Howley fue objeto de llamadas anónimas nocturnas.

En Washington, el general Draper expresó su preocupación. Clay pensaba que se producirían más «demostraciones espontáneas» goebbelsianas como aquéllas. «Pienso que la violencia multitudinaria es el preludio de una toma del poder por parte de un consejo municipal elegido por los soviéticos; luego, la violencia de las turbas se extenderá a los sectores occidentales.» Cuando, el 8 de septiembre, Clay protestó ante Kotikov, delegado de Sokolovski, el ruso le dijo que la «turba» eran obreros que marchaban legítimamente hacia el ayuntamiento. La policía occidental había intentado detenerlos. Kotikov acusó a los policías militares estadounidenses de estar borrachos y comportarse de manera desordenada.[75] En realidad, Sokolovski era inocente del escándalo, que había sido organizado por Tulpánov y Ulbricht sin consultar con nadie.[76]

Los occidentales respondieron con una manifestación masiva de apoyo a la democracia ante el Reichstag el 9 de septiembre.

> El jueves, cientos de miles de berlineses se manifestaron en la Plaza de la República en favor de la libertad democrática y contra los escandalosos sucesos ocurridos en el Ayuntamiento; [...] las mujeres dejaron la cocina, las peluqueras abandonaron a sus clientas en los secadores, y los vendedores de periódicos cerraron la tienda. Todos corrieron con la idea de que debían manifestarse; formamos parte de Occidente. Debemos demostrarlo.[77]

La respuesta había sido impresionante: trescientos mil alemanes organizaron una manifestación anticomunista. Los berlineses fueron convocados por su alcalde, Reuter, que les dijo delante del Reichstag en ruinas: «¡Mirad esta ciudad y admitid que no podéis abandonarla!». La ciudad asediada se convirtió en símbolo del renacimiento moral de Alemania y contribuyó en gran medida a su rehabilitación.[78] Se derribó la bandera roja, y cuando los rusos dispararon contra la multitud, Wolfgang Scheunemann, de quince años, cayó muerto y doscientas veintidós personas resultaron heridas. Las descargas cesaron, no obstante, cuando el delegado británico en el ayuntamiento marchó sosegadamente hacia los rusos y les obligó a retirarse blandiendo su vara de mando.[79] Los rusos se desquitaron

con cinco hombres a quienes detuvieron en el lugar de los hechos. El 9 de septiembre, aquellos desdichados fueron condenados a veinticinco años de trabajos forzados.[80]

Clay tardó en darse cuenta de la importancia de la manifestación ante el Reichstag. Anotó que se había planeado una contramanifestación comunista en el Sector Soviético. Parecía dudar de la sensatez de los británicos, que habían autorizado la concentración. «Estoy seguro de que el enorme número de asistentes fue una gran sorpresa incluso para los alemanes e indujo a sus dirigentes políticos a pronunciar discursos incendiarios.» Clay pensaba que estaban «jugando con dinamita». Veía el riesgo de que todo aquello les estallara en la cara: esa clase de manifestaciones «podían convertirse en concentraciones de masas contra las potencias ocupantes y en el tipo de gobierno de las turbas que Hitler manejó tan bien para acceder al poder». Clay concluía diciendo que la demostración había sentado «un precedente peligroso que podía crear hábito».[81]

Siguieron produciéndose percances. El 20 de septiembre, los británicos tuvieron un accidente aéreo con un Avro York en el que murieron cinco personas, y un mes después un C-54 se estrelló en Fráncfort. Pero la situación se había estabilizado. Los Aliados necesitaban hacer llegar a Berlín un mínimo de 4.500 toneladas diarias de alimento, aunque lo ideal eran 5.500. En realidad, había días en que se alcanzaban las 8.000. Ahora se trataba de saber quién sería el primero en echarse atrás. «El puente aéreo ha sido un éxito espléndido y puede mantenernos en Berlín todo el invierno. Mientras recurramos a medios diplomáticos para conseguir un arreglo, el puente aéreo aumenta nuestro prestigio.» Clay seguía abrigando graves reservas respecto a los franceses y, al parecer, tenía problemas con el gobierno laborista de Gran Bretaña: «Nuestras dificultades con los franceses continúan. Y la colaboración con los británicos tampoco está siendo un lecho de rosas».[82]

Mientras duró el bloqueo, ni Bevin ni Marshall se comunicaron con los soviéticos. El ministro de Asuntos Exteriores de la URSS no había acudido a la reunión de la Organización del Tratado de Bruselas celebrada en septiembre. Las potencias occidentales decidieron que se trasladara el caso

a las Naciones Unidas.[83] El viceministro soviético de Asuntos Exteriores, Andréi Vyshinski, negó en Nueva York la existencia de un bloqueo o de cualquier amenaza para la paz. Entretanto, los soviéticos estaban experimentando con la propaganda emitiendo por radio sus propios planes de paz desde Moscú. Ofrecían la creación de un gobierno para toda Alemania, un tratado de paz oficial, una Alemania unida al oeste de la línea Óder-Neisse, el control de la cuenca del Ruhr por las cuatro potencias, una mayor producción industrial y, sobre todo, unas raciones más abundantes.[84] Los americanos se guardaban, sin embargo, un nuevo as en la manga. Iban a ganarse a los niños: Harry King, director de las confiterías Huylers, había conseguido diez toneladas de caramelos y varios paracaídas, y el 26 de octubre Clay vio la oportunidad de realizar un excelente acto de propaganda. El «valor moral sería real si se pudieran transportar caramelos por vía aérea».[85] Ésta fue la señal para la Operation Little Vittles (Operación Pequeñas Vituallas), en la que los «bombarderos de los caramelos» del teniente Gail Halvorsen lanzaron en paracaídas sobre Berlín paquetes de dulces para los niños. Algunos cayeron, incluso, en el sector oriental.

El nuevo aeropuerto de Tegel se inauguró el 5 de noviembre con el aterrizaje de los militares de más alta graduación. El comandante francés, general Jean Ganeva, dio las gracias a los trabajadores por su «esfuerzo casi egipcio».[86] La ciudad padecía un brote de tuberculosis con 84.000 casos registrados. En noviembre, el *Magistrat* quedó dividido en dos: el sector soviético se reunía en la Rote Rathaus, y los sectores occidentales en el ayuntamiento de Schönefeld. La situación se formalizó el 1 de diciembre. Clay predijo que el resultado de las elecciones en Berlín, previstas para el 5 de diciembre, «sería casi con certeza una ciudad escindida». Era una oportunidad de abandonar la promesa de respetar el marco oriental de inspiración soviética. Esta vez, la predicción de Clay se hizo realidad.[87] A medida que Alemania se polarizaba, también lo hacía Berlín. En el Este se eligió a un alcalde que fuese la contrapartida de Reuter en el Oeste: Friedrich Ebert, «un hombre gordo y repulsivo», a juicio de Howley,[88] que iba a permanecer veinte años en el cargo.

El proceso de construir dos «Berlines» se aceleró con la creación de una «Universidad Libre» en los edificios de la antigua Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft (Sociedad Emperador Guillermo) en Dahlem, con las bendiciones del general Clay. El pretexto lo proporcionaron las autoridades de la Universidad Humboldt en Unter den Linden, respaldadas por los soviéticos, al expulsar a tres estudiantes: Otto Hess, Joachim Schwarz y Otto Stolz, a pesar de que ninguno de ellos había cometido ningún acto ilegal y Hess contaba con la ventaja añadida de tener sangre judía. Clay pretendía que la nueva universidad abriera sus puertas en otoño.[89] Los Aliados distribuyeron carbón aquel mes de diciembre. Cada hogar pudo recibir 18 kilos, y a los que tenían niños se les asignó cuatro veces más. En los bosques se talaron 120.000 m^3 de árboles para proporcionar combustible. Pero ni siquiera esta generosidad bastó para mantener a raya el frío durante las navidades, y unos dos mil berlineses murieron debido a las bajas temperaturas y al hambre padecidas aquel invierno, superado tan sólo por el de 1946-1947.

Con el tiempo, el general Ganeval consiguió gloria para los franceses. Las antenas de Radio Berlín, controlada por los soviéticos, representaban un peligro para las maniobras de aterrizaje y despegue en Tegel. Geneval decidió tomar la iniciativa. Pidió a la dirección de la radio que retirara los mástiles porque constituían un riesgo para los aviones. Como la dirección no hizo nada, Ganeval, en un alarde de sangre fría, los hizo saltar por los aires a las 10.45 del 16 de diciembre. El general ruso Kotikov, enfurecido, exigió saber cómo podía haber hecho una cosa así. El francés replicó: «Con dinamita y zapadores franceses».[90] Los rusos se vengaron quedándose con el pueblo aledaño de Stolpe, que hasta entonces había formado parte del Sector Francés.[91]

En Navidad, Moscú convocó a los dirigentes del SED; a la vuelta, Pieck anunció que el Este no estaba preparado para adoptar la democracia popular. No había planes inmediatos de crear un Estado alemán oriental. Stalin dejó claro que en Alemania no bastaba con luchar contra la orientación occidental: quería ver fuera de allí a los americanos.[92] En Berlín occidental tuvieron un motivo de disfrute con ocasión de la visita de Bob

Hope e Irving Berlin, de oportuno apellido. Las dos estrellas actuaron en el Titania Palast de Steglitz. Al acabar el año, hubo electricidad en abundancia entre las 23.00 y las 0.30 para que los berlineses dieran la bienvenida al Año Nuevo.[93]

En su diario Speer aludió por vez primera al puente aéreo en enero de 1949. Señaló la ruptura de la Alianza, que había tenido como consecuencia el bloqueo de las carreteras que conducían a Berlín: «Los aviones de transporte rugen día y noche sobre nuestro edificio». Iban rumbo al cercano aeropuerto británico de Gatow. Mientras trabajaban en el huerto, los Siete de Spandau se preguntaban qué significado podían tener para ellos aquellos sucesos. Llegaron a la conclusión de que serían entregados a los países que los habían capturado. Speer se sintió reconfortado con la idea de ser devuelto a los británicos.[94] Pero no fue así: el único efecto real de los acontecimientos sobre aquellos hombres fue que sus esposas no pudieron visitarlos ante la imposibilidad de llegar a Berlín.[95]

La lucha por Berlín había llegado a un nivel rastrero. Los rusos condenaron a los angloamericanos por el bárbaro bombardeo de Dresde. Clay volvió a ver la posibilidad de hacer propaganda: le parecía recordar que el bombardeo había sido llevado a cabo «por una petición específica del Ejército Rojo» y quería saber si existían en ese sentido comunicados escritos susceptibles de ser filtrados.[96] El 30 de marzo, Moscú llegó a la conclusión de que Sokolovski había fracasado y lo sustituyó por Vasili Chuikov. Los Aliados occidentales ya no tenían problemas para solucionar aquella situación crítica:[97] ya no les importaba que los rusos dejasen circular los trenes sin impedimentos.

George Kennan visitó Berlín el 12 de marzo de aquel año. Se alojó en la Harnack Haus de Dahlem, que en otros tiempos había formado parte de la Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft; los americanos se la habían apropiado para hacer de ella un club social reflejo de la Marlborough House del Sector Británico. La visión de la ciudad no tenía ninguna belleza. No sólo seguía en ruinas, sino que estaba muerta, «un espectro de lo que había sido». La Harnack Haus era uno de los pocos lugares todavía vivos.

> [Era] como un garito ostentoso de una adormilada ciudad de provincias que ha estado abierto hasta altas horas. Llegué un sábado por la noche [...]. Una banda alemana se dedicaba a machacar fielmente música de baile americana que sabía de memoria. Los rostros de los músicos estaban demacrados y extenuados. [...] –Kennan observó a un comandante que estudiaba la carta–: Fíjate en el menú. Atún. ¡Por Dios, atún! Es lo que damos de comer a nuestro perro. E incluso ha dejado de gustarle; se me queda mirando y me dice: «¡Qué asco, otra vez atún!».[98]

Kennan fue a ver al alcalde. Reuter le dijo que era la peor época del año.

> Los alimentos frescos se hallan en su nivel más bajo. Los berlineses están sufriendo la temporada de gripe. Pero mientras los americanos nos mostremos resueltos a quedarnos, se podrá mantener la moral.

Kennan supo que, a pesar de las apariencias, la situación de la vivienda en Berlín estaba lejos de ser la peor de Alemania. Berlín había perdido el 40 % de sus alojamientos, pero la población de la ciudad también había descendido en un 25 %. Cuando el puente aéreo alcanzó de forma constante las ocho mil toneladas diarias, los rusos tuvieron que ceder. Aquella noche se celebró una cena de estilo colonial. Los temas de conversación eran «el precio de las antigüedades, la incompetencia del servicio y la posibilidad de comprar cosméticos en el economato militar».[99]

Durante los once meses del puente aéreo, Berlín había vuelto a la situación existente durante la guerra. Había toque de queda nocturno, y la falta de gas y electricidad obligaba a sus habitantes a vivir a la luz de las velas y comer alimentos deshidratados suministrados por los Aliados occidentales. Por la noche, la ciudad estaba desierta y las calles carecían de alumbrado. No había trabajo. Los rusos decidieron renunciar a sus demandas de retirada del nuevo marco alemán, pero siguieron insistiendo en que Occidente cejara en sus intentos de crear un Estado alemán occidental. El bloqueo ruso fracasó. La operación soviética había sido una pérdida de tiempo y de prestigio. Un historiador reciente la ha calificado de «cosecha de errores garrafales».[100] El tráfico por carretera se reanudó durante la noche del 11 al 12 de mayo de 1949. «¡Hurra, aún estamos vivos!», gritaron agradecidos los berlineses, que se arrojaron en brazos de

Occidente como muestra de gratitud. Una de las calles principales de Berlín-Zehlendorf fue rebautizada en honor a Clay. Los angloamericanos podían felicitarse ahora porque estaban ganando la batalla propagandística para conquistar Berlín. Los ciudadanos de la antigua capital daban la espalda al comunismo. Hasta los alemanes más cortos de entendederas empezaron a comprender ahora que les iba mejor con los Aliados occidentales. Sin embargo, no todos apoyaron la acción angloamericana, y 120.000 berlineses se registraron para obtener raciones alimenticias en el Este. Howley los descalificó llamándolos «reincidentes sin vigor».

Los americanos lo festejaron también en Hollywood, donde se rodaron tres películas hasta diciembre de 1948. La más popular fue *Sitiados (The Big Lift)*, con Montgomery Clift. En las calles de Berlín, los chiquillos se entretenían con un nuevo juego: el Puente Aéreo.

Austria

El puente aéreo tuvo ecos en Austria,[101] donde se utilizaron métodos que recordaron una vez más el bloqueo de Berlín. En abril de 1946, el comandante soviético en funciones, L. V. Kurásov, exigió la retirada de la torre de radiocontrol de Tulln. La carretera principal que llevaba al aeropuerto se cerraba a menudo. Los rusos ponían dificultades a los británicos en Semmering y en el aeropuerto de Schwechat, que compartían con los franceses, e intentaban tomar el Mozart Express, que unía la Zona Estadounidense con el sector de Estados Unidos en Viena y funcionaba para uso exclusivo del personal norteamericano. En el invierno de 1946 se produjo un incidente cuando dos oficiales rusos subieron al tren y apuntaron con un arma al sargento especialista Shirley Dixon. Dixon respondió sacando su arma y matando de un disparo a uno de los hombres e hiriendo al otro. Los rusos montaron en cólera, como es natural, y exigieron a los americanos que les entregaran a Dixon para juzgarlo. Éstos se negaron; lo procesaron ellos mismos y lo absolvieron. Los rusos pidieron un nuevo juicio, pero para entonces Dixon estaba ya fuera de peligro. Entonces, los

rusos comenzaron a interrumpir el tráfico aéreo de Tulln, llegando incluso a disparar contra un avión. El general Mark Clark respondió armando los aparatos que aterrizaban en Tulln e informando a Kóniev, el comandante ruso saliente, de lo que había hecho. Según Clark no hubo ya más incidentes.[102]

Los Aliados occidentales elaboraron planes para una posible retirada de sus tropas hasta una línea situada a lo largo del río Enns[103] y consideraron la posibilidad de trasladar sus administraciones a Salzburgo. Al iniciarse la Guerra Fría, Béthouart era consciente de la inferioridad de sus fuerzas si llegaba el caso de tener que oponerse a los rusos. Desde el otoño de 1945 contaba únicamente con una débil división de montaña.[104] Las demás potencias occidentales se encontraban en una situación similar: sus divisiones eran batallones en el bando soviético. Washington y Londres contemplaban con escepticismo la necesidad de reforzar sus ejércitos en Austria. Londres se negaba a aceptar la idea de un ataque ruso, y Washington la consideraba una posibilidad remota.[105] La situación cambió cuando la Unión Soviética comenzó a derribar los regímenes instaurados en Budapest y Praga después de la guerra y a sacar pecho en Berlín. Béthouart fue convocado a una reunión en el hotel Matignon de París, a la que asistieron el general Revers, jefe del Estado Mayor, y Koenig, el homólogo de Béthouart en Berlín. El gobierno deseaba saber cómo podía autoprotegerse la Zona Francesa. El resultado fue la entrega de minas para hacer saltar por los aires las carreteras en caso de un avance ruso; se realizaron ejercicios de paracaidistas en las montañas, y se crearon depósitos de armas y provisiones para uso de la resistencia austriaca.

Los americanos estaban también dispuestos a enfrentarse a cualquier agresión soviética, pero los británicos, que defendían el puerto de Trieste, se mostraban mucho más reticentes. El 5 de agosto de 1948, el general Lattre de Tassigny organizó una conferencia de las potencias occidentales en Estrasburgo, donde se expresó por primera vez la posibilidad de rearmar a los alemanes.[106] Fue el primer paso para la integración de Alemania occidental en la OTAN.

Se cruzaron numerosas acusaciones. Como había hecho Zhúkov al norte del Inn, Kóniev culpó a los británicos de mantener a los alemanes en armas. El coronel general A. S. Zhéltov, comisario político, insistió medio en broma en la existencia de fábricas capaces de producir botones para uniformes militares. La Unión Soviética no podía sentirse satisfecha mientras no se eliminara la capacidad de Austria para manufacturar esos botones. Los Aliados occidentales se mostraban también remisos en la tarea de la desnazificación. Austria tendría que esperar hasta que le llegara la libertad.[107]

Los rusos aludieron a casos de violaciones y robos perpetrados por soldados estadounidenses en Viena en el mes de octubre. El periódico *Österreichische Zeitung*, apoyado por los soviéticos, informó durante varios días sobre palizas, hurtos, atracos y delitos sexuales sufridos por soldados negros de Estados Unidos a manos de sus camaradas blancos. El 16 de septiembre, unos americanos asaltaron supuestamente un club nocturno al grito de: «¡Negros fuera!». El embajador estadounidense John Erhardt no admitió ni negó tales historias. Los británicos tampoco eran bien vistos en el Este; se les acusaba de connivencia con los partisanos contrarios a Tito, que habían participado en acciones armadas y tiroteos en la frontera con Carintia.[108] Había cierto temor a que Viena pudiera ser víctima de un bloqueo a gran escala, pero los americanos se consolaban pensando que, en Alemania, la operación soviética no había constituido un éxito brillante. Alimentar a los vieneses era también responsabilidad del gobierno austriaco, aunque dentro de Viena no hubiera aeropuertos adecuados para que los utilizaran los Aliados occidentales. Las complicaciones eran muchas y fastidiosas, pero la situación nunca estuvo tan cerca del conflicto bélico como en Alemania, y la cooperación entre las cuatro potencias siguió adelante.[109]

El caos reinaba también en lo referente a la moneda, pues circulaban marcos alemanes del Reich, chelines de la ocupación y chelines austriacos nacionales. Ninguna de esas divisas tenía un verdadero poder adquisitivo; para comprar se necesitaban cigarrillos. El chelín había sido reintroducido en el año 1945, pero su valor se hundió, y en diciembre de 1947 fue

sustituido por un «chelín nuevo» con un valor de uno por tres de los antiguos. Entretanto, los Aliados seguían sangrando al infeliz Estado. En 1945, los ejércitos aliados de ocupación absorbían el 35 % del presupuesto austriaco. La cifra se redujo con dificultad a un 15 % en 1947. Aquel año, los americanos renunciaron a su parte, pero las demás potencias no se decidieron a pagar sus gastos hasta 1953.[110]

La República Federal

El 7 de abril de 1948, el general Robertson dijo a los miembros del *Landtag* de Renania del Norte-Westfalia que, de momento, tendrían que arreglárselas con la parte occidental de Alemania; «el resto llegará con el tiempo. Os ofrecemos nuestra buena voluntad y nuestra cooperación». El discurso tuvo el efecto de dar aliento a los alemanes.[111] Adenauer participó desde el principio en el movimiento europeo. En mayo de 1948 fue uno de los ochocientos delegados del Congreso para una Europa Unida celebrado en La Haya. Su asesor, Herbert Blankenhorn, debió de haber llevado consigo algunas de las ideas habituales en los encuentros del Círculo de Kreisau durante la guerra, cuando el planteamiento de eliminar fronteras se consideraba un medio para impedir futuras guerras. También había que reducir la soberanía «para asegurar una actividad política y económica común», según dijo el propio Adenauer.[112] Churchill pronunció un discurso en la conferencia y recibió personalmente a Adenauer, quien le había enviado un mensaje por mediación de Frank Pakenham en el que decía: «Éramos prisioneros de Hitler, y hoy no estaríamos vivos de no ser por el señor Churchill». Adenauer había vuelto a representar el papel de víctima.[113]

La Conferencia de los Aliados Occidentales celebrada en la capital británica publicó los Acuerdos de Londres el 7 de junio. En ellos se proponía la formación de una asamblea constituyente, la definición de un Estatuto de Ocupación para los ejércitos aliados y la creación de una administración para la región del Ruhr que asignara la producción de

carbón y acero. Era característico de Adenauer que no le preocupasen los sucesos de Berlín. El hombre del momento era Reuter. La principal inquietud de Adenauer era el organismo de gobierno del Ruhr, que interpretaba como una afrenta a la dignidad de Alemania. El Tratado de Versalles era, «por comparación, un lecho de rosas».[114] Dada la situación de Berlín, las protestas de Adenauer sonaban a «quejas por el funcionamiento del reloj de la parroquia», según ha escrito un biógrafo reciente.[115] Más importancia tuvieron las reuniones para decidir la forma de la futura Constitución. Se remitieron documentos a los primeros ministros de las tres zonas occidentales. El 8 de julio, los *Länder* convocaron una conferencia en Coblenza, seguida en Fráncfort por otra que se inició el 20 de julio. El 10 de agosto volvieron a reunirse en la Herreninsel del lago Chiemsee. Hubo poco acuerdo entre la CDE y la CSU bávara, y a Adenauer le desagradó el jefe del partido bávaro, Josef «Ochsensepp» Müller.

El 26 de julio, los primeros ministros regionales acordaron convocar en Bonn el 1 de septiembre una asamblea constituyente que se denominaría Consejo Parlamentario. Iba a ser una asamblea de autoridades de los partidos según la proporción de sus escaños en los tres *Landtage*. Adenauer no había pensado en Bonn. Él habría preferido Coblenza, situada en la Zona Francesa.[116] Bonn fue el lugar donde se hizo notar la presencia de uno de los arquitectos de la *Grundgesetz*, o ley fundamental: el doctor Carlo Schmid. Schmid era el experto en cuestiones constitucionales del SPD, y la tarea de su comisión consistió en aportar los cimientos legales para la Alemania de la posguerra. El SPD obtuvo una ajustada victoria sobre Adenauer, quien estaba inquieto por impedir que los socialistas constituyeran mayoría en el nuevo Bundesrat o Cámara Alta (la Cámara Baja iba a ser el Bundestag). Intentaba excluir a Berlín de aquel organismo, tanto por su animosidad contra la ciudad como porque su inclusión significaría el triunfo del SPD. El SPD consiguió, no obstante, imponer que el tamaño de la población de un *Land* decidiera el número de sus delegados en el Bundesrat.

Fue entonces cuando Blankenhorn entró en escena. Había sido colega y amigo de Adam von Trott en el Ministerio alemán de Asuntos Exteriores y

era muy consciente de los objetivos e ideologías de los miembros del Círculo de Kreisau. Era anglófilo y no se enfrentó a Adenauer hasta que éste se opuso al ingreso de los británicos en el Mercado Común. Blankenhorn era el indicado para hacer algo de lo que Adenauer era incapaz: seducir a los generales aliados y hablar con los periodistas. Adenauer era demasiado soberbio para resultarles atractivo.

Los franceses estaban consternados al ver como se progresaba hacia un gobierno alemán bajo la dirección de Adenauer. El trabajo avanzaba a tal ritmo que los primeros ministros de los *Länder* temían asumir la responsabilidad de la partición de Alemania en dos. No era el caso de Adenauer, para quien el futuro de Alemania se hallaba en Occidente, en la defensa de la cultura cristiano-romana. Sabía que sus mejores bazas las tenía en París. Los franceses, no obstante, querían que echase el freno y limitase su atención a la Ley Fundamental. Cuando Clay y Robertson promulgaron la Ley 75 de la Bizona, por la cual se confería a los alemanes la iniciativa para decidir el futuro de la comarca del Ruhr, los franceses lanzaron su último gruñido de furia plasmado en la queja formal que presentó Schuman.[117]

A pesar de ello, Adenauer siguió cortejándolos. Uno de los contactos que estableció en aquel momento fue con Schuman. Ambos se encontraron por primera vez en el mes de octubre de 1948 en Bassenheim, en el Palatinado, administrado por los franceses, en la residencia del gobernador Hettier de Boislambert. Adenauer no quería de ningún modo que los angloamericanos conocieran sus conversaciones y viajó a la reunión envuelto en una manta y con el sombrero de fieltro hundido hasta las cejas. El Ruhr seguía siendo un escollo. Schuman tenía que proceder con cautela. Y el Sarre fue causa de fricciones frecuentes entre los franceses y Adenauer incluso después de 1949.[118]

Aún estaba por decidir la capital parlamentaria. Berlín quedaba excluida, no sólo por el odio de Adenauer hacia Prusia, sino porque se hallaba más allá de las líneas rusas y estaba cada vez más expuesta a las intimidaciones de los soviéticos. La capital natural era Fráncfort, pues hasta 1806 había sido una ciudad imperial semiindependiente donde se

celebraban las coronaciones, así como el escenario del abortado Parlamento alemán de 1848. Los liberales alemanes creían que después de 1848 el país había emprendido un rumbo equivocado, la senda que condujo a las dos grandes guerras mundiales. La ciudad era también famosa por ser el lugar de nacimiento de Goethe. Fráncfort era la candidata del SPD. La CDU proponía Bonn, una pequeña ciudad asociada al arzobispado de Colonia y con una universidad prusiana fundada en 1815. Beethoven había nacido allí. Los británicos se decidieron por Bonn, ofreciéndose a darle autonomía y liberarla de su control. Fráncfort era demasiado importante desde el punto de vista administrativo como para que los americanos la abandonaran. Los alemanes podían ser, por fin, dueños y señores en su pequeña casa.

N1. Véase p. 785.

Conclusión

> Las medidas de represión aplicadas por los vencedores sólo aportan soluciones frágiles y engañosas. [...] En efecto, en cuanto haya un motivo para la venganza, habrá un riesgo renovado de guerra.
>
> Alemania nunca fue tan peligrosa como cuando estuvo aislada.
>
> ROBERT SCHUMAN, *Pour l'Europe* (2.ª ed.), París, 1964, pp. 107 y 110

> Eso significa que las antiguas fronteras deben desaparecer y ser sustituidas por nuevas alianzas, y que un imperio nuevo y mayor debe unir a las naciones. [...] Ésa es la única manera de acabar debidamente con la enemistad en provecho de todos.
>
> ERNST JÜNGER, *Der Friede*, Viena, 1949, p. 31

Los soviéticos habían fracasado. Y, además, por partida doble: ni habían conseguido echar a los Aliados occidentales de Berlín ni habían impedido la creación de un Estado alemán en el oeste. El escenario para la división de Alemania en dos campos estaba ya preparado, cada uno de ellos con su propio gobierno de diferente orientación ideológica. El 8 de abril de 1949, los Aliados decidieron en Washington transformar sus gobiernos militares en una Alta Comisión Aliada, y los franceses accedieron a unirse a la Bizona, que durante un breve lapso de tiempo pasó a denominarse Trizona. El día 23 de mayo de 1949 se firmó la Ley Fundamental, o *Grundgesetz*, en presencia de los tres gobernadores de las potencias aliadas occidentales. La República Federal estaba lista. Adenauer afirmó que la *Grundgesetz* constituía «una gran contribución a la reunificación del pueblo alemán».[1] Es evidente que no era cierto, y hoy día resulta interesante especular hasta

qué punto deseaba con fervor Adenauer ver reunida a la familia. Algunos sostienen que esperaba el momento en que el Este cayese en sus manos. Sin embargo, la Alemania al este del Elba todavía iba a la deriva y no regresaría a puerto hasta 1989, veintidós años después de la muerte de Adenauer.

Algunos podrían aducir que Adenauer –y, en realidad, Occidente– nada podía hacer para aliviar la penosa situación de los alemanes atrapados tras el telón de acero, pero esto es verdad sólo hasta cierto punto. Existía otra posibilidad: la solución que, tras 250 días de negociación, dio como resultado en 1955 el Tratado del Estado Austriaco. Los Aliados hicieron entonces las maletas y volvieron a casa. Aquella solución se le ofreció también a Alemania. El 10 de marzo de 1952, Stalin hizo a Adenauer la oferta de una Alemania armada y unificada. La única condición que intentaba imponer era que Alemania –como Austria después de 1955– no perteneciese a ninguna alianza militar. A Stalin le seguía preocupando la seguridad. Adenauer se guardó la nota en el bolsillo. Dijo que no contenía nada nuevo. Consideró más importante integrar en Occidente su Estado alemán del oeste que unirse con sus hermanos del otro lado del Elba.[2]

Podemos resumir todo lo demás. Las elecciones en Alemania occidental se fijaron para el 14 de agosto de 1949. Adenauer entró en campaña afirmando que los británicos subvencionaban a los socialistas, lo cual le hizo mostrarse más ácido que nunca, a pesar de que, en realidad, no creía ni una palabra de todo ello. El resultado fue un Parlamento sin mayoría en el que la CDU/CSU obtuvo el 31 % de los votos, y el SPD el 29,2. La coalición era inevitable. El 21 de agosto, Adenauer ofreció un café en nombre de la CDU en su casa de Rhöndorf. Theodor Heuss, el líder del FDP, el partido de los demócratas liberales, fue engatusado con el cargo honorífico de la presidencia. Adenauer relegó a la CSU y se apropió el puesto de canciller. El 15 de septiembre, su cargo fue sometido a votación entre los miembros del Bundestag. Adenauer obtuvo la cancillería por un voto: el suyo. Kurt Schumacher le puso el mote de canciller de «los Aliados».[3] La nueva Alemania podía empezar a funcionar. Con la adopción de la Ley Fundamental concluyó aquel mismo mes la ocupación militar de Alemania.

La elección de Adenauer dio pie a una iniciativa igual y simétrica en el Este. El 16 de septiembre llegó a Moscú una delegación del SED para recibir instrucciones del Politburó sobre cómo hacer frente a la formación de un «Estado imperialista germano-occidental» y planear la creación de la República Democrática Alemana. El equipo no había sufrido ningún cambio en sus filas: Pieck, Grotewohl, Ulbricht y Fred Oelssner en el bando alemán, y Malenkov, Mólotov, Mikoyán y Kaganóvich en el soviético. Estados Unidos fue presentado como una potencia colonialista. Había que desenmascarar al régimen alemán del oeste como el órgano de las potencias occidentales.[4]

La RDA fue creada el 7 de octubre, no sólo como respuesta a la RFA, sino también como resultado del abandono de Alemania oriental por parte de Occidente. A finales de 1949, el régimen soviético había hecho promesas que no había cumplido, entre ellas la de liberar a todos los prisioneros de guerra alemanes y clausurar los campos existentes en Alemania. Al principio había once, cifra que quedó reducida a sólo tres. En su momento culminante los campos habían alojado a 158.000 alemanes. Al concluir 1949 y en los primeros días de 1950 quedaban aún 16.000, y los campos no se cerraron definitivamente hasta después de la muerte de Stalin. Como algo muy especial, la delegación alemana había pedido unas cuantas traducciones de los discursos de Stalin. El incentivo consistía en librarse de la Zona de Ocupación Soviética, algo que los alemanes del Este consiguieron con el tiempo... aunque nadie puede negar que Moscú los ató muy corto.

La actitud de Adenauer al cortejar a los franceses no sólo le garantizó su apoyo definitivo sino que, además, produjo un beneficio duradero: sentó las bases del Mercado Común, o Unión Europea según su actual denominación. La idea tenía sus precursores. El emperador Guillermo II de Alemania hizo frecuentes alusiones al tema y proclamó su esperanza de que se hiciera realidad. Al parecer, había sido formulada por su canciller Caprivi.[5] Aristide Briand había propuesto una Federación Europea en 1929-1930

como medio para contrarrestar el poder de Estados Unidos después de 1918, pero su sugerencia quedó arrinconada por la depresión que siguió al hundimiento de Wall Street. Robert Schuman se interesó entonces por la propuesta en su condición de diputado por Lorena en la Asamblea francesa.[6] Durante la guerra, la idea de una unidad europea resurgió a ambos lados del Rin. En Alemania solía adoptarla la izquierda, en especial algunos intelectuales del Círculo de Kreisau. Adam von Trott, por ejemplo, se mostró muy interesado en revitalizar una Europa «carolingia», concepción que halló ecos en el Quai d'Orsay al acabar la guerra.[7]

En Francia, la unión de Europa era más popular entre la derecha, que solía contemplarla como un beneficio improbable cuyo valor se había incrementado con la derrota. Ernst Jünger, que debió de haber encontrado defensores de la idea a ambas orillas del Rin, consideraba una oportunidad perdida que franceses y alemanes no se unieran en pie de igualdad tras la caída de Francia. En una obra escrita en medio de la guerra vio la forja de un nuevo «imperio» como una tarea para la paz: «¿Puede un alsaciano vivir como alemán o como francés sin verse obligado a pasar de una condición a otra?». Jünger se sintió también influido por la idea carolingia: la construcción de un imperio tan fuerte como sus rivales.[8] Sus pensamientos no estaban muy alejados de los de Schuman.

De Gaulle recogió el guante en 1943, cuando habló de la «identidad común» de Europa. La primera labor consistía en suprimir las barreras aduaneras. El político radical francés René Mayer elaboró estos planes con más minuciosidad en el memorando que presentó el 30 de septiembre de 1943. Mayer apelaba a una «federación económica» centrada en Francia y que incluyera el Benelux y «Renania» (los territorios alemanes a orillas del Rin), y también, posiblemente, Italia y España.[9] Jean Monnet, director de la Comisión General de Planificación francesa, formuló una argumentación similar a la de Helmuth James von Moltke: «Si los Estados se recomponían sobre la base de la soberanía nacional [no habría] paz en Europa [...]. Para disfrutar [...] de prosperidad y progreso social [...] los Estados de Europa deben formar [...] una "entidad europea" que haga de ellos una unidad europea individual».[10] Según Schuman, una Europa fragmentada era un

anacronismo. Los recursos de los Estados particulares no bastaban, tal como descubrió Francia tras la guerra: necesitaban el carbón alemán. La solidaridad de las naciones debía ser mayor que su «raído nacionalismo».[11]

La idea europea encontró unos pocos adalides incluso en Gran Bretaña. Victor Gollancz advirtió de los peligros que suponía una Alemania aislada y desmembrada: «Cien veces sí a una Europa federal; en cambio, una Alemania atomizada en una Europa no federalizada no es más que peligro y locura».[12] En sus Conferencias Reith de 1949, sir Robert Birley, rector de Eton y el hombre elegido para configurar los planes educativos en la Zona Británica, contemplaba esperanzado una Unión Europea por las mismas razones: era necesario sacrificar la soberanía en aras de la seguridad colectiva.[13] Y Gran Bretaña estuvo presente en los primeros pasos dados hacia la unión. Fue una de las naciones firmantes de la Unión Europea occidental el 17 de marzo de 1948, así como del Pacto Atlántico un año más tarde, a pesar de haberse quedado en la cuneta cuando el Tratado de Roma creó el Mercado Común en marzo de 1957.

De Gaulle juzgó demasiado ambiciosa la idea de incluir todo el territorio alemán en los planes franceses y centró su atención en una «Renania» orientada hacia el oeste. Adenauer fue lo bastante astuto como para venderle una Alemania que era justamente eso.[14] De hecho, mostró un gran interés en jugar la baza carolingia basada en el legado común franco compartido por Francia y Alemania. La nueva Alemania, con sede en Bonn, defendería la cultura romano-cristiana. ¿De quién? ¡De los eslavos![15]

La experiencia de la sangría que vivió Alemania en la posguerra no fue un caso aislado. Tras la Segunda Guerra Mundial hubo encarcelamientos, juicios y represalias –rendición de cuentas– en todo el mundo. En 1956, Margret Boveri estimaba que después de la guerra se había detenido a nada menos que medio millón de franceses, con el resultado de 160.000 procesos. En Bélgica, la cifra de investigaciones se elevó a 600.000, y en Holanda a 130.000. Incluso en Estados Unidos se despidió a 570 funcionarios federales, y 2.748 dimitieron durante el mandato de Truman;

Eisenhower echó a otros 8.000. En Inglaterra se ahorcó a lord Haw Haw y a John Amery, y hasta 10.000 personas fueron objeto de «sospechas fundadas».[16]

Podemos plantearnos la pregunta de si los Aliados lograron sus objetivos. En el bando estadounidense, los más beligerantes tenían sus dudas. La Guerra Fría les demostró que no habían derrotado al enemigo (Alemania había dejado de serlo). El enemigo era la Unión Soviética. Para Patton o Mark Clark la tarea estuvo mal rematada.

> No ganamos la guerra –escribió Clark–. Nos detuvimos demasiado pronto. Teníamos excesivas ganas de volver a casa. Dimos la bienvenida a la paz, pero al cabo de más años de esfuerzos y gastos nos encontramos con que no la habíamos conquistado.[17]

Sin embargo, Estados Unidos había triunfado en otras partes. Logró relegar a la renqueante Gran Bretaña y asumir el liderazgo del mundo occidental. Los días del Raj y del resto del Imperio británico estaban contados. La India británica se acabó antes incluso de que se firmara la *Grundgesetz*. Gran Bretaña se vería inducida a abandonar sus pretensiones de poder e ir a la zaga de Estados Unidos.

Los rusos habían sido frenados en el Elba, pero tenían la seguridad anhelada por Stalin; su imperio no tropezó y cayó, al fin, hasta treinta y cinco años después de la muerte de Stalin. Los vencedores más sorprendentes en la paz fueron los franceses, que partieron de la última posición para acabar haciendo realidad todos sus objetivos de guerra. La paz tuvo un sabor agridulce para polacos y checos: tenían sus Estados nacionales sin los peligros que planteaban unas minorías raciales, pero también el comunismo y la Rusia Soviética, que aplastó sus aspiraciones nacionales.

¿Y qué obtuvieron los alemanes de la paz? Los Aliados les habían ayudado a «arrojar al niño con el agua del baño» llevados por el deseo –a menudo desacertado– de arrancar de cuajo las raíces del mal. Fomentaron la idea del pasado de Alemania como «otro país», idea consagrada en el lema de Habermas de que «la historia comienza en Auschwitz». Se quitaron de

encima a Adolf Hitler y sus compinches, que los habían conducido a la ruina y habían mancillado su buen nombre para siempre. Consiguieron la estabilidad gracias a una reforma monetaria que marcó el comienzo de una nueva era de prosperidad.

Los alemanes no querían conocer su historia mancillada. Hartos del pasado, encontraron placer con la destrucción de sus ciudades. Las escasas ciudades pequeñas y pueblos de Alemania y Austria que habían salido indemnes fueron derruidos en las décadas de 1950 y 1960: el pasado debía desaparecer para ser sustituido por una concepción anodina de la comodidad y la prosperidad. El mito de la «hora cero» penetró en los corazones de todos. El perspicaz Alfred Döblin se dio cuenta de esta tendencia ya en 1946. De momento, la actividad constructiva era escasa. El comercio prosperaba entre las ruinas. La gente aceptaba la situación de Alemania:

> No están deprimidos por la destrucción; la ven más bien como un fuerte incentivo para trabajar. Estoy convencido de que, si tuvieran los medios de los que carecen, se alegrarían mañana de que todas sus conurbaciones anticuadas y mal proyectadas hayan quedado arrasadas, lo que les brinda la oportunidad de construir ahora algo de primera categoría y plenamente actual.[18]

Alemania occidental no tardó en recomponerse; crecieron edificios como setas para sustituir a los destruidos en la guerra. Una inmensa fealdad sustituyó a las ruinas. Si se les permitiese, podrían acabar olvidando la sangre que habían derramado y se centrarían en el nacimiento de una nueva Alemania que habían regado con la suya.

Notas

Prefacio

1. A. J. Nicholls, *Weimar and the Rise of Hitler* (3.ª ed.), Londres, 1991, pp. 136-137.

2. Citado en Ernst Jünger, *Jahre der Okkupation*, Stuttgart, 1958, p. 130 [*Diario de guerra y de ocupación (1939-1948)*, Barcelona, Plaza y Janés, 1972].

Introducción

1. Gerhard Ziemer, *Deutscher Exodus: Vertreibung und Eingliederung von 15 Millionen Ostdeutsche*, Stuttgart, 1973, p. 94. Las cifras dadas por Ziemer se basan en las publicadas en 1958 por el Statischen Bundesamt de Wiesbaden.

2. Véase también Manfred Rauchensteiner, «Das Jahrzehnt der Besatzung als Epoche in der Österreichischer Geschichte», en Alfred Ableitinger, Siegfried Beer y Eduard G. Staudinger (eds.), *Österreich unter alliierter Besatzung – 1945-1955*, Viena, Colonia y Graz, 1998, pp. 18-19.

3. Alfred Döblin, *Schicksalsreise*, *Bericht und Bekenntnisse*, Fráncfort del Meno, 1949, pp. 420-422.

4. Heinrich Böll, *Kreuz ohne Liebe*, Colonia, 2003, páginas 285-286 [*Cruz sin amor*, Littera, 2004].

5. Robert Jan van Pelt y Deborah Dwork, *Auschwitz, 1270 to the Present*, New Haven y Londres, 1996, p. 10 [*Holocausto, una historia*, Madrid, Algaba, 2004].

6. Anónimo, *A Woman in Berlin*, con prólogo de C. W. Ceram y traducción al inglés de James Stern, Londres, 1965, p. 139 [*Una mujer en Berlín*, Barcelona, Anagrama, 2007].

7. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews* (3.ª ed.), Londres y New Haven, 2003, vol. III, p. 1138 [*La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, Akal, 2005].

8. David Blackbourn's, *The Conquest of Nature*, Londres, 2005, observa tendencias nazis antiguas en el deseo de controlar las vías fluviales de Alemania.

9. Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control in Germany and Austria 1945-1946*, Oxford, 1956, p. 28.

10. *Ibid*., p. 15.

11. Eugene Davidson, *The Death and Life of Germany – An Account of the American Occupation* (2.ª ed.), Columbia, Missouri, 1999, pp. 6-7. Davidson se refiere, quizás, a Adam von Trott, que llegó a Estados Unidos en septiembre de 1939 (véase Giles MacDonogh, *A Good German: Adam von Trott zu Solz* [ed. revisada], Londres, 1994, pp. 307-319). Fue Roosevelt quien dijo a J. Edgar Hoover que

ordenara vigilarlo estrechamente, ya que el presidente consideraba a Trott una amenaza para la seguridad nacional.

12. Curtis F. Morgan, Jr., *James F. Byrnes*, *Lucius Clay*, *and American Policy in Germany*, *1945-1947*, Lewiston, Queenston y Lampeter, 2002, pp. 2 y 5.

13. Henric Wuermeling, *Doppelspiel: Adam von Trott zu Solz im Widerstand gegen Hitler*, Múnich, 2004, pp. 142-144.

14. Eugene Davidson, *The Death and Life...*, *op. cit*., p. 5; Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control..., op. cit.*, p. 34.

15. Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control...*, *op. cit.*, pp. 30-31 y 36.

16. *Ibid*., p. 34; Paul W. Gulgowski, «The American Military Government of United States Occupied Zones of Post World War II Germany in Relation to Policies Expressed by its Civilian Governmental Authorities at Home, During the Course of 1944/1945 through 1949» (tesis doctoral, Universidad de Fráncfort), Fráncfort del Meno, 1983, p. 22.

17. Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control..., op. cit.*, p. 18.

18. Curtis F. Morgan, Jr., *James F. Byrnes*, *Lucius Clay..., op. cit.,* pp. 8-9.

19. *Ibid*., p. 7.

20. *Ibid*., p. 15.

21. Hermann Graml, *Die Alliierten und die Teilung Deutschlands. Konflikte und Entscheidungen 1941-1948*, Fráncfort del Meno, 1985, pp. 27 y 60.

22. Curtis F. Morgan, Jr., *James F. Byrnes*, *Lucius Clay..., op. cit.,* p. 41; Hermann Graml, *Teilung Deutschlands*, pp. 53 y 56.

23. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany – A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*, Cambridge, Mass. y Londres, 1995, p. 9; Curtis F. Morgan, Jr., *James F. Byrnes*, *Lucius Clay..., op. cit.,* pp. 52-53.

24. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* p. 76.

25. John W. Young, *France, the Cold War and the Western Alliance, 1944-1949: French Foreign Policy and Post-War Europe*, Leicester y Londres, 1990, p. 9.

26. Vojtech Mastny, *The Cold War and Soviet Insecurity*, Nueva York y Oxford, 1996, p. 17.

27. *Ibid*., p. 19.

28. Oliver Rathkolb, «Historische Fragmente und die "unendliche Geschichte" von den Sowjetische Absichte in Österreich», en Ableitinger *et al*., *Österreich unter alliierter Besatzung*, *op. cit*., páginas 139-142 y ss.

29. Jean-Pierre Rioux, «France 1945: L'Ambition allemande et ses moyens», en Klaus Manfrass y Jean-Pierre Rioux (eds.), *France-Allemagne 1944-1947*. Les Cahiers de l'Institut d'Histoire du Temps Présent, diciembre de 1989 – enero de 1990/Akten des deutsch-französisch Historikerkolloquiums, Baden Baden, 2-5 de diciembre de 1986, p. 37.

30. *Ibid*., p. 15.

31. *Ibid*., p. 25.

32. *Ibid*., p. 40.

33. *Ibid*., p. 26.

34. *Ibid*., p. 28.

35. James F. Byrnes, *Speaking Frankly*, Londres, 1947, p. 25.

36. Jean-Pierre Rioux, «France 1945», art. cit., pp. 40-41.

37. *Ibid*., p. 49.

38. *Ibid*., pp. 50-51.

39. Klaus-Dietmar Henke, «Der Weg nach Potsdam – Die Alliierten und die Vertreibung», en Wolfgang Benz (ed.), *Die Vertreibung der Deutschen aus dem Osten. Ursachen*, *Ereignisse*, *Folgen*, Fráncfort del Meno, 1985, pp. 51-52 y también páginas 55-56.

40. Andreas Lawaty, *Das Ende Preussens in polnischer Sicht. Zur Kontinuität negativer Wirkungen der preussischen Gechichte auf die deutsch-polnischen Beziehungen*, Berlín y Nueva York, 1986, páginas 56-57.

41. *Ibid*., p. 100.

42. James F. Byrnes, *Speaking Frankly*, *op. cit*., pp. 29-30.

43. Detlef Brandes, «Die Exilpolitik von Edvard Beneš 1939-1945», en Arnold Suppan y Elisabeth Vyslonzil (eds.), *Edvard Beneš und die tschechoslowakische Aussenpolitik 1918-1948* (2.ª ed.), Fráncfort del Meno, Berlín, Berna, Bruselas, Nueva York, Oxford y Viena, 2003, p. 159.

44. *Ibid*., p. 160.

45. *Ibid*., p. 161.

46. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4: Österreich unter alliierter Besatzung*, Viena, 2005, pp. 7-8.

47. Citado en general Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche*, París, 1966, p. 15.

48. Citado en *ibid*., p. 16.

49. *Ibid*., p. 10.

50. Otto de Habsburgo, *Ein Kampf um Österreich 1938-1945* (anotado por Gerhard Tötschinger), Viena y Múnich, 2001, páginas 26 y 69.

51. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4...*, *op. cit.,* p. 14.

52. *Ibid*., p. 12.

53. Charmian Brinson, «Ein "Sehr Ambitioniertes Projekt" – Die Anfänge des Austrian Centre», en Marietta Bearman *et al*., *Wien-London*, *hin und retour: Das Austrian Centre in London 1939 bis 1947*, Viena, 2004, p. 15.

54. Marietta Bearman, «Das kommende Österreich. Die Planung für ein Nachkriegs-Österreich», en Bearman *et al.*, *Wien-London...*, *op. cit*., p. 222.

55. *Ibid*., p. 207.

56. *Ibid*., p. 212.

57. *Ibid*., pp. 207-208.

58. Véase Helene Maimann, *Politik im Wartesaal*, Viena, Colonia y Graz, 1975; y F. C. West, *Zurück oder nicht zurück?*, Londres, 1942.

59. Charmian Brinson, «Ein "Sehr Ambitioniertes Projekt"...», art. cit., pp. 22-23.

60. Anthony Grenville, «Zeit der Prüfung, Zeit der Taten, Zeit des Triumphes und der Illusionen – Die politische Tätigkeit des Austrian Centre», en Bearman *et al*., *Wien-London...*, *op. cit*., p. 29.

61. Anthony Grenville, «Zeit der Prüfung...», art. cit., p. 47.

62. Eden a Ralph Murray, 10 de septiembre de 1942, puesto amablemente en mi conocimiento por Johannes Popper von Podhragy; véase también Peter Gosztony, *Endkampf an der Donau 1944/1945,* Viena, Múnich y Zúrich, 1969, p. 209.

63. FAM, documento sin título del 15 de marzo de 1943, puesto amablemente en mi conocimiento por Johannes Popper von Podhragy.

64. Anthony Grenville, «Zeit der Prüfung...», art. cit., p. 37.

65. *Ibid*., pp. 35, 37 y 38.

66. *Ibid*., p. 40.

67. *Ibid*., p. 41.

68. *Ibid*., p. 42.

69. *Ibid*., pp. 43-44 y 48.

70. *Ibid*., p. 49.

71. Charmian Brinson, «Die "Robinson Crusoes" von Paddington und die Briten. Die Beziehungen zwischen Austrian Centre, Free Austrian Movement und den britischen Gastgebern», en Bearman *et al*., *Wien-London...*, *op. cit*., pp. 180-181.

72. *Ibid*., p. 184.

73. Véase Christiane Maasburg, «Nikolas Maasburgs Rolle im Widerstand und bei der Wiederherstellung eines unabhängigen Österreichs» (Tesis para la obtención del título de *Magister* en Filosofía, Universidad de Viena, 1996); Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), *Das Buch Hitler*, Bergisch Gladbach, 2004, p. 335 y n.

74. Oliver Rathkolb, «Historische Fragmente...», art. cit., páginas 142-145 y 156-157.

75. Anthony Grenville, «Zeit der Prüfung...», art. cit., páginas 48 y 52.

Capítulo 1: La caída de Viena

1. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany*..., *op. cit.,* pp. 77-78 y 91.

2. *Ibid*., p. 73.

3. *Ibid*., p. 71; Klaus Dieter Mulley, «Aspekte Sowjetischer Besatzung in Nieder-Österreich», en Ableitinger *et al*. (eds.), *Österreich unter alliierter Besatzung*, *op. cit.,* p. 387.

4. Giles MacDonogh, *Prussia – The Perversion of an Idea*, Londres, 1994, p. 384; Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* p. 91.

5. Adolf Schärf, *Österreichs Wiederaufrichtung im Jahr 1945*, Viena, 1960, pp. 29 y 31.

6. *Ibid*., p. 7.

7. *Ibid*., p. 33.

8. Alois Brusatti (ed.), *Zeuge der Stunde Null*, *das Tagebuch Eugen Margaréthas 1945-1947*, revisado por Hildegard Hemetsberger-Koller, Viena, 1990, p. 24.

9. *Ibid*., pp. 28 y 39.

10. Klaus Dieter Mulley, «Aspekte Sowjetischer...», art. cit., página 376.

11. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4...*, *op. cit.,* pp. 22-23; Adolf Schärf, *Österreichs Wiederaufrichtung...*, *op. cit*., página 18.

12. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit*., p. 29.

13. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, Eva-Marie Csáky, Franz Matscher y Gerald Stourzh (eds.), Viena, Colonia y Weimar, 1990, página 136.

14. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.*, p. 33.

15. Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik am Beginn der zweiten Republik – vertrauliche Berichte der US Militäradministration aus Österreich 1945 in englischer Originalfassung*, Viena, Colonia y Graz, 1985, p. 158; Adolf Schärf, *Österreichs Wiederaufrichtung...*, *op. cit*., pp. 24-25.

16. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.*, p. 29.

17. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* pp. 137-138.

18. Giles MacDonogh, *The Wine and Food of Austria*, Londres, 1992, p. 19.

19. Adolf Schärf, *Österreichs Wiederaufrichtung...*, *op. cit*., página 25.

20. *Ibid*., pp. 19-20.

21. Carl Szokoll, *Die Rettung Wiens*, Viena, 2001, p. 291.

22. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* pp. 138-139.

23. *Ibid*., p. 140.

24. Adolf Schärf, *Österreichs Wiederaufrichtung...*, *op. cit*., página 23.

25. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.*, pp. 52 y 61.

26. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* página 162.

27. Willy von Thurn und Taxis, «Memoiren», manuscrito no publicado en posesión de la princesa Daria von Thurn und Taxis, Múnich, pp. 19-20 y 24.

28. Willy von Thurn und Taxis, «Memoiren», *op. cit.*, páginas 162-163.

29. Wolfgang Mueller, *Die sowjetische Besatzung in Österreich 1945-1955 und ihre politische Mission*, Viena, 2005, pp. 82-84; Christiane Maasburg, «Nikolaus Maasburg», art. cit., páginas 72-73, 75 y 77

30. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.*, pp. 141-142; Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.*, p. 32.

31. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.*, p. 31.

32. Adolf Schärf, *Österreichs Wiederaufrichtung...*, *op. cit*., página 25.

33. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* p. 144.

34. *Ibid*., p. 145.

35. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.*, p. 33; Adolf Schärf, *Österreichs Wiederaufrichtung...*, *op. cit*., p. 20.

36. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* pp. 147 y 172.

37. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.*, p. 35; Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* p. 148.

38. Adolf Schärf, *Österreichs Wiederaufrichtung...*, *op. cit*., página 25; Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* pp. 148-149 y 169.

39. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* pp. 150-152.

40. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.*, p. 32.

41. *Ibid*., pp. 35, 39 y 50.

42. Adolf Schärf, *Österreichs Wiederaufrichtung...*, *op. cit*., página 37.

43. *Ibid*., pp. 45-46.

44. *Ibid.*, p. 58.

45. Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik*..., *op. cit.*, pp. 154-158; Oliver Rathkolb, «Historische Fragmente», art. cit., página 147.

46. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* p. 165.

47. *Ibid.*, pp. 153-154.

48. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.*, p. 42.

49. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* pp. 158-160 y 171.

50. *Ibid.*, p. 164.

51. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.*, pp. 42-43 y 48.

52. *Ibid.*, pp. 44-45.

53. Adolf Schärf, *Österreichs Wiederaufrichtung*..., *op. cit.*, páginas 52 y 57.

54. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.*, p. 46.

55. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* pp. 165-166; Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.*, p. 42.

56. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* pp. 167 y 175.

57. *Ibid.*, p. 181.

58. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*..., *op. cit.,* p. 17.

59. Gordon Brook-Shepherd, *The Austrians – A Thousand-Year Odyssey*, Londres, 1996, pp. 377-378.

60. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*..., *op. cit.,* p. 20.

61. Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik*..., *op. cit.*, páginas 115-117.

62. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* pp. 182-183.

63. *Ibid.*, p. 184.

64. Anthony Grenville, «Zeit der Prüfung...», art. cit., p. 60.

65. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.*, p. 60.

66. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* pp. 191-192.

67. *Ibid.*, p. 201; Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*..., *op. cit.,* p. 27.

68. Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik*..., *op. cit.*, página 114.

69. *Ibid.*, pp. 201-202; Adolf Schärf, *Österreichs Wiederaufrichtung*..., *op. cit.*, pp. 27 y 89; Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*..., *op. cit.,* p. 21.

70. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* p. 205; Adolf Schärf, *Österreichs Wiederaufrichtung*..., *op. cit.*, p. 87.

71. Siegfried Beer, «Niederösterreich unter der Roten Armee», en Ernst Bezemek y Willibald Rossner (eds.), *Niederösterreich 1945 – Südmähren 1945*, Viena, 1996, p. 140.

72. General Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche, op. cit.,* página 19.

73. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* pp. 217-218.

74. *Ibid.*, p. 225.

75. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.*, pp. 67-68.

76. *Ibid.*, p. 233.

Capítulo 2. Tiempos violentos: un cuadro de la Europa central liberada en 1945

1. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen 1942-1945* (nueva edición no abreviada), Múnich, 1994, p. 346.

2. Hans von Lehndorff; *Ostpreussisches Tagebuch: Aufzeichnungen eines Arztes aus den Jahren 1945-1947*, Múnich, 1961, p. 11.

3. Josef Henke, «Exodus aus Ostpreussen und Schlesien: Vier Erlebnisberichte», en Wolfgang Benz (ed.), *Die Vertreibung*, *op. cit.,* p. 93.

4. Giles MacDonogh, *Prussia*, *op. cit.,* pp. 380-381; Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), *Das Buch Hitler, op. cit.*, páginas 312-313.

5. Josef Henke, «Exodus...», art. cit., p. 95.

6. Hans von Lehndorff; *Ostpreussisches Tagebuch..., op. cit.*, páginas 67-68.

7. *Ibid*., p. 68.

8. *Ibid*., pp. 71 y 75.

9. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany*..., *op. cit.,* página 73.

10. Hans von Lehndorff, *Ostpreussisches Tagebuch..., op. cit.*, página 70.

11. *Ibid*., pp. 71 y 77.

12. *Ibid*., pp. 68 y 72.

13. *Ibid*., pp. 79-80.

14. *Ibid*., p. 85.

15. Fritz Gause, *Die Geschichte der Stadt Königsberg in Preussen* (3 vols.), Colonia y Viena, 1965-1971, vol. III, p. 172.

16. Marianne Peyinghaus, *Stille Jahre in Gertlauken – Erinnerungen an Ostpreussen*, Berlín, 1985, p. 90; Giles MacDonogh, reseña de *The Amber Room*, de Catherine Scott-Clark y Adrian Levy, en *Literary Review*, junio de 2004.

17. Fritz Gause, *Die Geschichte der Stadt Königsberg..., op. cit.*, vol. III, p. 170 n.

18. *Ibid*., p. 171.

19. Josef Henke, «Exodus...», art. cit., pp. 97-99.

20. *Ibid*., pp. 100-101.

21. Fritz Gause, *Die Geschichte der Stadt Königsberg..., op. cit.,* vol. III, p. 171.

22. Christian von Krockow, *The Hour of the Women*, Londres y Boston, 1991, pp. 67 y 86.

23. Käthe von Normann, *Ein Tagebuch aus Pommern*, Múnich, 1987, p. 16.

24. *Ibid*., pp. 16-17.

25. *Ibid*., pp. 18-19.

26. Käthe von Normann, *Ein Tagebuch*..., *op. cit.*, pp. 21 y 252.

27. *Ibid*., p. 26.

28. Carl Tighe, *Gdansk – National Identity in the Polish-German Borderlands*, Londres y Concord, 1990, p. 194.

29. *Ibid*., p. 195; Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.,* vol. III, p. 1053.

30. *Ibid.,* p. 1052.

31. Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons: Legal Terror in Nazi Germany*, New Haven y Londres, 2004, pp. 324-325.

32. Brewster Chamberlain y Marcia Feldman (eds.), *The Liberation of the Concentration Camps 1945: Eyewitness Accounts of the Liberation*, Robert H. Abzug (intr.), Washington DC, 1987, p. 91.

33. Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons..., op. cit.,* páginas 327-328.

34. Carl Tighe, *Gdansk...*, *op. cit*., pp. 197-198.

35. Günter Grass, *Die Blechtrommel*, Darmstadt y Neuwied, 1988, p. 485 [*El tambor de hojalata*, Madrid, Alfaguara, 2009].

36. Giles MacDonogh, «Do Mention the War», *Financial Times Magazine*, 1 de noviembre de 2002.

37. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.,* vol. III, pp. 1049-1051.

38. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens 1945/46 in Dokumente – unter besonderer Berücksichtigung des Erzbischoftums Breslau*, Múnich, 1952-1953, pp. 50-51.

39. Edward N. Peterson, *Russian Commands and German Resistance: The Soviet Occupation*, *1945-1949*, Nueva York, 1999, página 224.

40. Norman Davies y Roger Moorhouse, *Microcosm: Portrait of a Central European City*, Londres, 2002, p. 408.

41. Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage in Schlesien: Tagebücher*, *Erinnerungen und Dokumente der Vertreibung*, Múnich y Viena, 1982, p. 12.

42. *Ibid*., p. 50.

43. *Ibid*., p. 51.

44. *Ibid*., pp. 53 y 55.

45. Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons..., op. cit.,* p. 332.

46. Michal Chilczuk en Brewster Chamberlain y Marcia Feldman (eds.), *The Liberation..., op. cit.,* pp. 27-28.

47. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.*, vol. III, p. 1055.

48. Margret Boveri, *Tage des Überlebens*, Fráncfort del Meno, 1996, p. 163.

49. *Ibid*., p. 167.

50. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin*, Fráncfort del Meno, 1985, p. 60.

51. Saul K. Padover, *Psychologist in Germany – The Story of an American Intelligence Officer*, Londres, 1946, p. 134.

52. *Ibid*., p. 218.

53. *Ibid*., pp. 280-281; Kurt Buchholz, «Die ersten Amis sagten freundlich "Hello"», *Wiesbadener Tagblatt*, 25 de abril de 2005, puesto amablemente en mi conocimiento por la señora Gertrud Loewe.

54. Missy Vassiltchikov, *Berlin Diaries*, Londres, 1985, páginas 290 y 294.

55. *Ibid*., p. 294.

56. Elena Skriabina, *The Allies on the Rhine 1945-1950*, Harrison Salisbury (pról.), Carbondale y Edwardsville, 1980, páginas 9-13.

57. *Ibid*., p. 17.

58. *Ibid*., pp. 17, 29-30, 39 y 41.

59. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht für das Kriegsministerium der Vereinigten Staaten von Amerika*, Gunther Nickel, Johanna Schrön y Hans Wagener (eds.), Gotinga, 2004, pp. 18 y 70.

60. *Ibid*., p. 69.

61. Ernst Wiechert, *Jahre und Zeiten – Erinnerungen*, Múnich y Viena, 1989, p. 408.

62. *Ibid*., p. 410.

63. Citado en Mary Fulbrook, *The Peoples State: East German Society from Hitler to Honecker*, New Haven y Londres, 2005, página 26.

64. Abraham J. Peck, «Befreit und erneut in Lagern: jüdische DPs», en Walter H. Pehle (ed.), *Der Judenpogrom 1938 – Von der Reichskristallnacht zum Völkermord*, Fráncfort del Meno, 1988, páginas 204-205.

65. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen..., op. cit.,* p. 316 n. 4, donde se ofrece el texto no corregido del diario.

66. *Ibid*., p. 317.

67. *Ibid*., pp. 329 y 331.

68. *Ibid*., p. 318.

69. *Ibid*., p. 322 y n. 2.

70. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen..., op. cit.*, páginas 319-320.

71. Robert H. Abzug, *Inside the Vicious Heart – Americans and the Liberation of Nazi Concentration Camps*, Nueva York y Oxford, 1985, p. 80.

72. Paul Berber, *Dachau 1933-1945 – The Official History*, Londres, 1975, p. 183.

73. *Ibid*., pp. 89-93; Michael Selzer, *Deliverance Day: The Last Hours at Dachau*, Londres, 1980, pp. 188-189. Este último es un libro insatisfactorio, pues oculta la identidad de los entrevistados y crea personajes por acumulación. Contiene también extensos fragmentos de diálogo.

74. *Ibid*., pp. 198, 201 y 204; Robert H. Abzug, *Inside the Vicious Heart..., op. cit.,* pp. 94-95.

75. Brewster Chamberlin y Marcia Feldman (eds.), *The Liberation... op. cit.,* p. 32.

76. Paul Berber, *Dachau..., op. cit.*, p. 199.

77. *Ibid*.

78. Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons..., op. cit.,* p. 330.

79. Brigitte Hamann, *Winifred Wagner – A Life at the Heart of Hitler's Bayreuth*, Londres, 2005, p. 405.

80. Walter Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz. Die letzen Tage des Dritten Reiches*, Gotinga, 1951, p. 86.

81. Lutz Schwerin von Krosigk, *Memoiren*, Stuttgart, 1977, páginas 242-244.

82. *Ibid*., p. 245.

83. Walter Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, *op. cit*., p. 95.

84. *Ibid*., p. 98.

85. Karl Dönitz, *Mein Wechselvolles Leben*, Zúrich, Berlín y Fráncfort, 1968, p. 210; Reimer Hanse, *Das Ende des Dritten Reiches. Die deutsche Kapitulation*, *1945*, Stuttgart, 1966, p. 194.

86. Douglas Botting, *In the Ruins of the Reich*, Londres, 2005, pp. 138-140.

87. Reimer Hanse, *Das Ende des Dritten Reiches*..., *op. cit*., páginas 196-198.

88. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* p. 153.

89. Charles Whiting, *Finale at Flensburg. The Race to the Baltic – The British Army's Last Campaign*, Londres, 1966, p. 152.

90. Reimer Hanse, *Das Ende des Dritten Reiches*..., *op. cit*., página 186.

91. Reimer Hanse, *Das Ende des Dritten Reiches*..., *op. cit*., página 192.

92. Marlis Steinert, *Capitulation 1945: The Story of the Dönitz Regime*, Londres, 1969, pp. 275 y 277.

93. Leonard Mosely, *Report From Germany*, Londres, 1945, página 103.

94. Charles Whiting, *Finale at Flensburg..., op. cit.,* p. 150.

95. *Ibid*., p. 153.

96. Lutz Schwerin von Krosigk, *Memoiren*, *op. cit.,* p. 251.

97. Walter Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz*..., *op. cit*., páginas 113-114.

98. Charles Whiting, *Finale at Flensburg..., op. cit.,* p. 160.

99. Lutz Schwerin von Krosigk, *Memoiren*, *op. cit.,* p. 252.

100. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* p. 152.

101. Charles Whiting, *Finale at Flensburg..., op. cit.,* p. 168.

102. Lutz Schwerin von Krosigk, *Memoiren*, *op. cit.,* p. 252.

103. Marlis Steinert, *Capitulation 1945, op. cit.,* p. 280.

104. Charles Whiting, *Finale at Flensburg..., op. cit.,* p. 168.

105. Lutz Schwerin von Krosigk, *Memoiren*, *op. cit.,* p. 253.

106. Marlis Steinert, *Capitulation 1945, op. cit.,* p. 281.

107. Walter Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz*..., *op. cit*., p. 123.

108. Douglas Botting, *In the Ruins of the Reich*, *op. cit.,* páginas 140-141.

109. Elisabeth Ruge (ed.), *Charlotte Gräfin von der Schulenburg zur Erinnerungen*, Hamburgo, 1992, pp. 70-90 y ss.

110. Ernst Jünger, *Jahre der Okkupation, op. cit.,* pp. 11 y 17.

111. *Ibid*., p. 19.

112. *Ibid*., p. 28.

113. *Ibid*., pp. 32-34.

114. *Ibid*., pp. 48-49.

115. Herzogin Viktoria Luise, *Ein Leben als Tochter des Kaisers*, Gotinga, 1965, pp. 320-324.

116. Friedrich Wilhelm von Preussen, *Das Haus Hohenzollern 1918-1945*, Múnich y Viena, 1985, p. 247.

117. Ben Shepherd, *After Daybreak – The Liberation of Belsen, 1945*, Londres, 2005, p. 8.

118. Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), *Das Buch Hitler, op. cit.*, p. 348.

119. Ben Shepherd, *After Daybreak...*, *op. cit.,* p. 42.

120. *Ibid*., p. 41.

121. Susanne Kirkbright: *Karl Jaspers – A Biography*, *Navigations in Truth*, New Haven y Londres, 2004, pp. 187-188.

122. *Ibid*., pp. 190 y 192.

123. Richard von Weizsäcker, *Vier Zeiten: Erinnerungen*, Berlín, 1997, pp. 95-96 [*Cuatro épocas: recuerdos de un siglo de historia alemana*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 1999].

124. Alfred Döblin, *Schicksalsreise..., op. cit.,* p. 410.

125. Ernst Jünger, *Jahre der Okkupation, op. cit.,* p. 202.

126. F. Roy Willis, *The French in Germany 1945-1949*, Stanford, 1962, pp. 16-17.

127. François-George Dreyfus, «Les Dernières Operations militaires françaises et l'avenir des relations Franco-Allemandes», Klaus Manfrass y Jean-Pierre Rioux (eds.), *France-Allemagne 1944-1947, op. cit*., p. 13.

128. Hans Rommel, *Vor zehn Jahren. 16/17 April 1945: Wie es zur Zerstörung von Freudenstadt gekommen ist*, Freudenstadt, 1955, p. 27.

129. *Ibid*., p. 26.

130. Hans Joachim Harder, «Militärische Operationen in der Endphase des Krieges: die deutsche Sicht», en Klaus Manfrass y Jean-Pierre Rioux (eds.), *France-Allemagne 1944-1947, op. cit.,* página 31.

131. R. F. Keeling, *Gruesome Harvest*, Chicago, 1947, p. 57.

132. *Ibid*., pp. 56-57.

133. Hans Joachim Harder, «Militärische Operationen...», art. cit., p. 32.

134. F. Roy Willis, *The French in Germany..., op. cit.,* p. 18.

135. Petra Weber, *Carlo Schmid*, *1896-1979. Eine Biographie*, Múnich, 1996, pp. 191-192.

136. Alfred Döblin, *Schicksalsreise..., op. cit.,* p. 397.

137. *Ibid*., pp. 397-399.

138. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.,* vol. III, p. 1050.

139. Robert H. Abzug, *Inside the Vicious Heart..., op. cit.,* página 105.

140. Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik*..., *op. cit*., página 39.

141. *Ibid*., pp. 24-25.

142. *Ibid*., pp. 41-43.

143. General Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche, op. cit.,* páginas 51-52.

144. La lista completa aparece reproducida en Josef Müller, *Bis zur letzten Konsequenz: Ein Leben für Frieden und Freiheit*, Múnich, 1975, pp. 364-367.

145. *Ibid*., p. 267; Kurt von Schuschnigg, *Austrian Requiem*, Nueva York, 1946, p. 286.

146. *Ibid*., p. 288.

147. *Ibid*., p. 270.

148. *Ibid*., p. 271.

149. Robert H. Abzug, *Inside the Vicious Heart..., op. cit.,* páginas 3-5.

150. Abraham J. Peck, «Befreit und erneut in Lagern: jüdische DPs», art. cit., p. 201.

151. Robert H. Abzug, *Inside the Vicious Heart..., op. cit.,* páginas 31-33.

152. *Ibid*., p. 203.

153. *Ibid*.

154. Lewis Weinstein le vio vomitar: *véase* Brewster Chamberlin y Marcia Feldman (eds.), *The Liberation... op. cit.,* página 46.

155. Robert H. Abzug, *Inside the Vicious Heart..., op. cit.,* páginas 26-30.

156. Saul K. Padover, *Psychologist in Germany..., op. cit.,* p. 284.

157. Volker Mauersberger, *Hitler in Weimar – Der Fall einer deutschen Kulturstadt*, Berlín, 1999, pp. 295-300; Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.,* vol. III, p. 1051; Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), *Das Buch Hitler, op. cit.*, p. 348; Paul Berber, *Dachau, op. cit.*, p. 182.

158. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.,* vol. III, p. 1055.

159. Robert H. Abzug, *Inside the Vicious Heart..., op. cit.,* páginas 49 y 52.

160. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* p. 178.

161. Citado en Volker Mauersberger, *Hitler in Weimar..., op. cit.*, página 296.

162. *Ibid*., p. 300.

163. Saul K. Padover, *Psychologist in Germany..., op. cit.,* páginas 293-296.

164. *Ibid*., pp. 293-294.

165. Edward N. Peterson, *Russian Commands*..., *op. cit.,* página 331.

166. Robert H. Abzug, *Inside the Vicious Heart..., op. cit.,* p. 72.

167. *Ibid*., pp. 74 y 78.

168. *Ibid*., p. 80; Marianne Günther: Peyinghaus, *Stille Jahre in Gertlauken*, p. 206.

169. *Ibid*., p. 217.

170. Tisa Hess Schulenburg, *The First Days and the Last*, Londres, 1948, p. 25.

171. *Ibid*., p. 26.

172. *Ibid*., p. 27.

173. Tisa von der Schulenburg, *Ich hab's gewagt – Bildhauerin und Ordensfrau – Ein unkonventionelles Leben*, Friburgo B., 1981, p. 177.

174. Robert H. Abzug, *Inside the Vicious Heart..., op. cit.,* páginas 62 y 68.

175. Tisa von der Schulenburg, *Ich hab's gewagt..., op. cit.,* página 181.

176. Jenny Williams, *More Lives than One: A Biography of Hans Fallada*, Londres, 1998, p. 245.

177. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen..., op. cit.,* páginas 360-362.

178. Joseph Goebbels, *Tagebücher 1945 – Die letzten Aufzeichnungen*, Hamburgo, 1977, p. 442 [*Diario de 1945*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008]; Saul K. Padover, *Psychologist in Germany..., op. cit.,* p. 200.

179. Siegfried Beer, «Niederösterreich unter der Roten Armee», art. cit., p. 136.

180. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay: Germany 1945-1949*, Bloomington y Londres, 1974, vol. I, p. 47.

181. Carl Zuckmayer, «Jugend in Niemandsland», en *Deutschlandbericht*..., *op. cit.,* pp. 228-234; Christian von Krockow, *The Hour of the Women, op. cit.,* p. 75.

182. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung der Sudetendeutschen*, Múnich, 1951, p. 152.

183. Fritz Löwenthal, *Der neue Geist von Potsdam*, Hamburgo, 1948, p. 118.

184. Ernst von Salomon, *The Answers,* a las 131 preguntas del «Fragebogen» del gobierno militar de los Aliados, prólogo de Goronwy Rees, Londres, 1954, p. 410.

185. James Stern, *The Hidden Damage*, Londres, 1990, página 318.

186. Werner Schwipps, *Die Königl. Hof-und Garnisonkirche zu Potsdam*, Berlín, 1991, pp. 100-101.

187. *Ibid*., p. 104; Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.,* vol. III, p. 1180.

Capítulo 3. Berlín

1. G. Zhúkov, *Reminiscences and Reflections of the Marshal of the Soviet Union* (2 vols.), Moscú, 1985, vol. II, p. 383.

2. *Ibid*., pp. 392 y 394.

3. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 20.

4. G. Zhúkov, *Reminiscences...*, *op. cit.*, vol. II, p. 396.

5. Citado en Alexandra Ritchie, *Faust's Metropolis – A History of Berlin*, Londres, 1998, p. 606.

6. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* páginas 106-108.

7. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., p. 86.

8. *Ibid*., p. 44.

9. Douglas Botting, *In the Ruins of the Reich*, *op. cit.,* página 87.

10. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 14.

11. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* p. 123.

12. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., p. 63.

13. Nicolas Nabokov, *Old Friends and New Music*, Londres, 1951, p. 211.

14. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* p. 246.

15. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., p. 42.

16. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 21.

17. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* p. 128.

18. *Ibid*., pp. 128-129.

19. Cyril Buffet, *Berlin*, París, 1993, p. 359.

20. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., p. 46.

21. *Ibid*., pp. 53-54

22. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* p. 120.

23. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., pp. 46-47.

24. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 22.

25. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 24.

26. Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), *Das Buch Hitler, op. cit.*, p. 411.

27. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., pp. 50, 123 y 134.

28. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* p. 129.

29. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 70.

30. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* p. 254.

31. *Ibid*.

32. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany*..., *op. cit.,* página 82.

33. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., p. 77.

34. *Ibid*., p. 145.

35. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 35.

36. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., pp. 60-61.

37. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* páginas 14 y 16.

38. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., pp. 144, 150 y 186.

39. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 22.

40. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., pp. 80, 83 y 150.

41. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* p. 245.

42. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany*..., *op. cit.,* p. 124.

43. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 94.

44. Alexandra Ritchie, *Faust's Metropolis, op. cit.,* p. 617.

45. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., p. 131.

46. Alexandra Ritchie, *Faust's Metropolis, op. cit.,* p. 616.

47. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen..., op. cit.,* página 358.

48. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 26.

49. Kay Summersby, *Eisenhower was my Boss*, Watford, 1949, página 230.

50. G. Zhúkov, *Reminiscences*..., *op. cit.*, vol. II, pp. 397-401.

51. Hedda Adlon, *Hotel Adlon – Das Berliner Hotel in dem die grosse Welt zu Gast war*, Múnich, 1997, p. 315; Peter Auer, *Adlon*, *Berlin*, Berlín, 1997, p. 217.

52. Wolfgang Leonhard, *Child of the Revolution*, introducción de Günter Minnerup, Londres, 1979, p. 287.

53. Wolfgang Leonhard, *Child of the Revolution*, *op. cit.* páginas 311-312.

54. *Ibid*., p. 299.

55. *Ibid*., p. 315.

56. *Ibid*.

57. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany*..., *op. cit.,* pp. 253 y 292.

58. Dietrich Staritz, *Geschichte der DDR*, edición ampliada, Fráncfort del Meno, 1996, p. 273; Cyril Buffet, *Berlin*, *op. cit.,* página 366.

59. Wolfgang Leonhard, *Child of the Revolution, op. cit.,* página 303.

60. *Ibid*., pp. 315-316; George Clare, *Berlin Days 1946-1947*, Londres, 1989, pp. 30-32.

61. Edward N. Peterson, *Russian Commands*..., *op. cit.,* páginas 44-45.

62. Golo Mann, *The History of Germany since 1789*, Harmondsworth, 1987, p. 817.

63. Wolfgang Leonhard, *Child of the Revolution, op. cit.,* página 306.

64. *Ibid*., p. 326.

65. *Ibid*., pp. 332 y 337.

66. Cyril Buffet, *Berlin*, *op. cit.,* p. 358.

67. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* p. 133.

68. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 36.

69. Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., pp. 74-76.

70. Alexandra Ritchie, *Faust's Metropolis, op. cit.,* páginas 609-610.

71. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., p. 135.

72. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 106.

73. Cyril Buffet, *Berlin*, *op. cit.,* pp. 363-364.

74. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., p. 47.

75. Ruth Gay, *Safe among the Germans: Liberated Jews after World War II*, New Haven y Londres, 2002, pp. 111-112 y 151.

76. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* páginas 12-13 y 15.

77. *Ibid*., pp. 27, 38 y 84.

78. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* pp. 144-145.

79. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., p. 168.

80. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 32.

81. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* p. 214.

82. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., pp. 84, 102 y 110.

83. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* pp. 207-208.

84. *Ibid*., pp. 262 y 286.

85. *Ibid*., pp. 209-210.

86. *Ibid*., p. 209.

87. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, p. 17.

88. Frank Howley, *Berlin Command*, Nueva York, 1950, pp. 29 y 34.

89. *Ibid*., p. 41.

90. *Ibid*., p. 46.

91. *Ibid*., p. 11.

92. Alexandra Ritchie, *Faust's Metropolis, op. cit.,* pp. 627 y 629; Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 74.

93. Cyril Buffet, *Berlin*, *op. cit.,* p. 358; Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 75.

94. G. Zhúkov, *Reminiscences...*, *op. cit.*, vol. II, p. 436; Frank Howley, *Berlin Command*, *op. cit*., p. 57.

95. Frank Howley, *Berlin Command*, *op. cit*., pp. 66-72.

96. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* páginas 234-235.

97. Frank Howley, *Berlin Command*, *op. cit*., pp. 22-23.

98. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* páginas 237-238, 263 y 267.

99. Frank Howley, *Berlin Command*, *op. cit*., pp. 79 y 87.

100. *Ibid*., pp. 238-239.

101. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 36.

102. *Ibid*., p. 82.

103. Cyril Buffet, *Berlin*, *op. cit.,* p. 362.

104. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* p. 165.

105. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 45.

106. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., p. 87.

107. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* páginas 269 y 272.

108. Frank Howley, *Berlin Command*, *op. cit*., p. 12.

109. *Ibid*., pp. 30 y 41.

110. *Ibid*., p. 39.

111. Klaus Lang, *«Lieber Herr Celibidache...» – Wilhelm Furtwängler und sein Statthalter – Ein philharmonischer Konflikt in der Berliner Nachkriegszeit*, Zúrich y Sankt Gallen, 1988, páginas 11-12.

112. *Ibid*., p. 13; Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 97.

113. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen..., op. cit.,* página 356.

114. *Ibid*., p. 359

115. *Ibid*., p. 362-363.

116. Renée Bédarida, «Une Française á Berlin en 1945», en Klaus Manfrass y Jean-Pierre Rioux (eds.), *France-Allemagne 1944-1947, op. cit.,* p. 149.

117. *Ibid*., p. 150.

118. Nicolas Nabokov, *Old Friends and New Music*, p. 211; Giles MacDonogh, *A Good German..., op. cit.,* p. 73.

119. Renée Bédarida, «Une Française à Berlin en 1945», art. cit., pp. 150-151.

120. Christian von Krockow, *The Hour of the Women, op. cit.,* p. 160.

121. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 114.

122. *Ibid*., pp. 139 y 141.

123. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., p. 59.

124. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* p. 16.

125. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries*, Londres, 1976, p. 66 [*Diario de Spandau*, Barcelona, Altaya, 2008].

Capítulo 4. Las expulsiones de Checoslovaquia, Hungría y Yugoslavia

1. Theodor Schieder (ed.), *Die Vertreibung der Deutscher Bevölkerung aus Ost-Mitteleuropa*, vol. IV/1: *Tschechoslowakei*, Berlín, 1957, p. 4.

2. Alfred M. de Zayas, *Nemesis at Potsdam: The Anglo-Americans and the Expulsion of the Germans – Background*, *Execution*, *Consequences*, con prólogo de Robert Murphy, Londres, 1979, p. 27.

3. Rudolf Jaworski, «Die Sudetendeutscher als Minderheit, in der Tschechoslowakei 1918-1938», en Wolfgang Benz (ed.), *Die Vertreibung*, *op. cit.,* p. 29; sobre el trato dado a los judíos de habla alemana después de la guerra, véase Melissa Müller y Reinhard Piechocki, *Alice Herz-Sommer: «Ein Garten Eden inmitten der Hölle»*, Múnich, 2006, pp. 308-309.

4. *Ibid*., p. 30.

5. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., pp. xi y n. 8 y xiv.

6. Theodor Schieder (ed.), *Die Vertreibung... Tschechoslowakei*, *op. cit.*, p. 6.

7. Willy von Thurn und Taxis, «Memoiren», *op. cit.,* página 33.

8. E. Franzel, *Die Vertreibung Sudetenland 1945/1946. Nach Dokumenten des Bundesministeriums für Vertriebene*, *Flüchtlinge und Kriegsgeschädigte*, *Bonn; Nach Dokumenten aus dem Bundesarchiv in Koblenz*, *Fragebogenberichten des Bundesarchivs*, *Erlebnis und Kreisberichten*, Bad Nauheim, 1967, pp. 108-109.

9. Klaus-Dietmar Henke, «Der Weg nach Potsdam», art. cit., p. 56; Zbyněk Zeman en colaboración con Antonin Klimek, *The Life of Edvard Beneš 1884-1948 – Czechoslovakia in Peace and War*, Oxford, 1997, pp. 225-226 y 237.

10. E. Franzel, *Die Vertreibung Sudetenland 1945/1946..., op. cit*., p. 20.

11. *Ibid*., p. 240.

12. *Ibid*., p. 242.

13. Klaus-Dietmar Henke, «Der Weg nach Potsdam», art. cit., página 65.

14. Karl Peter Schwarz, «Mit der Vertreibung vollendet», en Arnold Suppan y Elisabeth Vyslonzil (eds.), *Edvard Beneš, op. cit.,* página 180.

15. E. Franzel, *Die Vertreibung Sudetenland 1945/1946..., op. cit*., pp. 23-24 y 218.

16. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., pp. 527-556, con una edición completa de las leyes de «Kaschau» y los decretos de Beneš; Zeman y Klimek, *Beneš*, p. 245.

17. Karl Peter Schwarz, «Mit der Vertreibung vollendet», art. cit., p. 180.

18. E. Franzel, *Die Vertreibung Sudetenland 1945/1946..., op. cit*., pp. 33 y 104.

19. Alois Harasko, «Die Vertreibung der Sudetendeutschen. Sechs Erlebnisberichte», en Wolfgang Benz (ed.), *Die Vertreibung*, *op. cit.,* p. 107.

20. Zbyněk Zeman y Antonin Klimek, *The Life of Edvard Beneš, op. cit.,* p. 246.

21. Klaus-Dietmar Henke, «Der Weg nach Potsdam», art. cit., página 66.

22. *Ibid*.; E. Franzel, *Die Vertreibung Sudetenland 1945/1946..., op. cit*., p. 22.

23. Zbyněk Zeman y Antonin Klimek, *The Life of Edvard Beneš, op. cit.,* p. 248.

24. Alice Teichova, «Die Tschechen in der NS-Kriegswirt-schaft», en Arnold Suppan y Elisabeth Vyslonzil (eds.), *Edvard Beneš, op. cit.,* pp. 172-173; E. Franzel, *Die Vertreibung Sudetenland 1945/1946..., op. cit*., p. 19.

25. Theodor Schieder (ed.), *Die Vertreibung... Tschechoslowakei*, *op. cit.*, p. 17.

26. Theodor Schieder (ed.), *Die Vertreibung der Deutschen Bevölkerung aus der Tschechoslowakei*, vol. IV/2, Berlín, 1957, página 789.

27. Gerhard Ziemer, *Deutscher Exodus, op. cit.,* p. 73.

28. *Ibid*., p. 18.

29. E. Franzel, *Die Vertreibung Sudetenland 1945/1946..., op. cit*., pp. 55-56.

30. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., Kurt Schmidt, pp. 366, 375 y 402-403.

31. E. Franzel, *Die Vertreibung Sudetenland 1945/1946..., op. cit*., p. 22.

32. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., Dr. Hans Wagner, pp. 38 y 226-227.

33. Margarete Schell, *Ein Tagebuch aus Prag*, Beiheft II, Dokumente der Vertreibung der Deutschen aus Ost Mitteleuropa, Kassel, 1957, p. 9.

34. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., Ludwig Breyer, pp. 333-334; Margarete Schell, *Ein Tagebuch aus Prag, op. cit.,* p. 74.

35. Margarete Schell, *Ein Tagebuch aus Prag, op. cit.,* pp. 24 y 34.

36. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., p. 15, Franz Rösch, pp. 15-16 y 28; Willy von Thurn und Taxis, «Memoiren», *op. cit.,* p. 34.

37. G. Zhúkov, *Reminiscences...*, *op. cit.*, vol. II, p. 410.

38. Margarete Schell, *Ein Tagebuch aus Prag, op. cit.,* página 12, n. 1.

39. Margarete Schell, *Ein Tagebuch aus Prag, op. cit.,* p. 18.

40. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., p. 10.

41. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., Hildegard Hurtinger, p. 14, Hans Wagner, pp. 39 y 42; Theodor Schieder (ed.), *Die Vertreibung... Tschechoslowakei*, *op. cit.*, p. 63, n. 1; Willy von Thurn und Taxis, «Memoiren», *op. cit.,* p. 35.

42. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., Dr. Hans Wagner, p. 39; Sebastian Herr, p. 50, y Kurt Schmidt, p. 404.

43. Margarete Schell, *Ein Tagebuch aus Prag, op. cit.,* p. 20.

44. Theodor Schieder (ed.), *Die Vertreibung... Tschechoslowakei*, *op. cit.*, p. 62; Willy von Thurn und Taxis, «Memoiren», *op. cit.,* p. 33.

45. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., pp. 3-8, 21-23 y 25-26.

46. *Ibid*., pp. 20 y 29.

47. *Ibid*., pp. 9-10 y 13.

48. *Ibid*., pp. 26-38.

49. Citado en *ibid*., p. 42.

50. *Ibid*., pp. 20, 24-25 y 40.

51. Margarete Schell, *Ein Tagebuch aus Prag, op. cit.,* páginas 89-90.

52. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* pp. 255 y 258.

53. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., p. 45.

54. *Ibid*., pp. 16-17 y 41.

55. *Ibid*., Franz Mauder, pp. 338-339.

56. E. Franzel, *Die Vertreibung Sudetenland 1945/1946..., op. cit*., p. 97.

57. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., p. 64.

58. Douglas Botting, *In the Ruins of the Reich*, *op. cit.,* páginas 229-230.

59. Alois Harasko, «Die Vertreibung der Sudetendeutschen», art. cit., pp. 109-110.

60. *Ibid*.

61. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., pp. 63-78.

62. E. Franzel, *Die Vertreibung Sudetenland 1945/1946..., op. cit*., p. 117.

63. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., Else Köchel y Franz Kaupil, pp. 279-281.

64. *Ibid*., Erika Griessmann, pp. 313-315.

65. E. Franzel, *Die Vertreibung Sudetenland 1945/1946..., op. cit*., p. 21.

66. Ernst Jünger, *Jahre der Okkupation, op. cit.,* p. 193.

67. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., pp. 128-135; Edouard Fritsch, pp. 162, 350 y 353-354, y Karl Oberdörfer, p. 389.

68. *Ibid*., Dr. E. Siegel, p. 147, y Hans Strobl, p. 161.

69. *Ibid*., Otto Patek y Rudolf Berthold, pp. 290-291.

70. *Ibid*., Marie Weiss, p. 206.

71. *Ibid*., A. R., pp. 200-202, y Franz Wagner, p. 214.

72. *Ibid*., Gregor y Johann Partsch, pp. 250-255.

73. Alois Harasko, «Die Vertreibung der Sudetendeutschen», art. cit., pp. 110-111.

74. E. Franzel, *Die Vertreibung Sudetenland 1945/1946..., op. cit*., p. 72.

75. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., Alfred Latzel, Karl Schneider y Karl Froning, páginas 229-250.

76. *Ibid*., Anton Watzke, p. 184, y Adolf Aust, p. 203.

77. *Ibid*., Franz Limpächer, pp. 317-319, 429 y 432.

78. *Ibid*., Dr. Karl Grimm, pp. 85-101, y Eduard Kaltofen, p. 182. La enciclopedia *Der Neue Brockhaus* cifra la población de 1939 en 36.500 personas, de las que 16.000 eran alemanes.

79. *Ibid*., pp. 85-87.

80. La población anterior a la guerra está tomada de la *Brockhaus*; Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., el juez Dr. Franz Freyer, p. 105; Alois Harasko, «Die Vertreibung der Sudetendeutschen», art. cit., p. 116.

81. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., Dr. E. Siegel, p. 148.

82. *Ibid*., pp. 105-110 y ss.

83. *Ibid*., pp. 121-124.

84. Alois Harasko, «Die Vertreibung der Sudetendeutschen», art. cit., pp. 113-115. Los hombres de la SS se identificaban por el tatuaje de su grupo sanguíneo en la axila izquierda.

85. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., Eduard Grimm, pp. 217-218 y 328.

86. *Ibid*., pp. 124-125.

87. *Ibid*., pp. 48-50; F. Fiedler, p. 190.

88. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.,* vol. III, p. 1056.

89. E. Franzel, *Die Vertreibung Sudetenland 1945/1946..., op. cit*., pp. 222-223.

90. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., Marie Weiss, Josef Zillich y Emilie Dotzauer, pp. 206-207.

91. *Ibid*., Dr. E. Siegel, pp. 139-161 y ss., y Franz Richter, página 397.

92. *Ibid*., Dr. E. Siegel, p. 143.

93. Tom Lampert, *Ein einziges Leben: Geschichten aus der NS-Zeit*, Múnich, 2003, pp. 168-169. (Agradezco a mi amiga Ursula Heinzelmann de Berlín el envío de este libro.) Véase también Hans-Günther Adler, *Theresienstadt 1941-1945*, Tubinga, 1955.

94. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., p. 18, y Dr. E. Siegel, pp. 153, 160 y 216.

95. *Ibid*., pp. 80-82, que cita *Die Brücke*, 10 de junio de 1951.

96. *Ibid*., Dr. E. Siegel, p. 146, y Franz Richter, p. 397.

97. *Ibid*., Hans Freund, p. 17.

98. Margarete Schell, *Ein Tagebuch aus Prag, op. cit.,* páginas 270-275 y ss.

99. Wilhelm Turnwald (ed.), *Dokumente zur Austreibung...*, *op. cit*., Alfred Latzel, p. 235, Franz Richter, p. 399, y Max Griehsel, p. 470; Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons, op. cit.,* páginas 281-282.

100. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* p. 148.

101. *Ibid*., p. 149.

102. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, p. 619.

103. *Ibid*., vol. I, p. 312.

104. Zbyněk Zeman y Antonin Klimek, *The Life of Edvard Beneš, op. cit.,* p. 247.

105. Alois Harasko, «Die Vertreibung der Sudetendeutschen», art. cit., p. 107.

106. Theodor Schieder (ed.), *Dokumentation der Vertreibung der Deutschen aus Ost-Mitteleuropa: Das Schicksal der Deutschen in Ungarn*, Düsseldorf, 1956, pp. 41E-45E, 50E y 60E.

107. *Ibid*., pp. 62E y 65E.

108. R. F. Keeling, *Gruesome Harvest*, *op. cit.,* p. 14.

109. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, pp. 313-314.

110. Theodor Schieder (ed.), *Dokumentation der Vertreibung der Deutschen aus Ost-Mitteleuropa: Das Schicksal der Deutschen in Rumänien*, Berlín, 1957, pp. 6E, 41E y 63E.

111. Theodor Schieder (ed.), *Dokumentation der Vertreibung der Deutschen aus Ost-Mitteleuropa: Das Schicksal der Deutschen in Jugoslavien*, Düsseldorf, 1961, pp. 76E, 82-83E y 108-109.

112. Eva Schmidt-Hartmann, «Menschen oder Nationen? Die Vertreibung der Deutschen aus tschechischer Sicht», en Wolfgang Benz (ed.), *Die Vertreibung*, *op. cit.,* pp. 143-144.

113. E. Franzel, *Die Vertreibung Sudetenland 1945/1946..., op. cit*., p. 24.

114. Eva Schmidt-Hartmann, «Menschen oder Nationen?...», art. cit., pp. 148-149.

Capítulo 5. ¡Vuelta al Reich! Los territorios recuperados en el este prusiano

1. Wolfgang Benz, prólogo a *Die Vertreibung*, *op. cit.,* p. 7.

2. *Ibid*., p. 8.

3. Gerhard Ziemer, *Deutscher Exodus, op. cit.,* p. 63.

4. Ver Egbert Jahn, «On the Phenomenology of Mass Extermination in Europe: A Comparative perspective on the Holodomor», en Manfred Sapper y Volker Weichsel (eds.), *Sketches of Europe: Old Lands*, *New Worlds*, Berlín, 2005, edición especial de *Osteuropa*, pp. 183-220.

5. Hans von Lehndorff, *Ostpreussisches Tagebuch..., op. cit.*, páginas 86-87.

6. *Ibid*., pp. 88-89.

7. *Ibid*., pp. 92-93.

8. *Ibid*., p. 98.

9. *Ibid*., pp. 109-111.

10. *Ibid*., pp. 112, 115 y 117.

11. *Ibid*., p. 118.

12. *Ibid*., pp. 119-122 y 128.

13. *Ibid*., pp. 131 y 133-134.

14. Hans von Lehndorff, *Ostpreussisches Tagebuch..., op. cit.*, página 163.

15. *Ibid*., pp. 136-139.

16. *Ibid*., pp. 139-140.

17. *Ibid*., p. 145.

18. *Ibid*., pp. 152-153.

19. *Ibid*., pp. 156-157.

20. Fritz Gause, *Die Geschichte der Stadt Königsberg, op. cit.*, vol. III, p. 174; Giles MacDonogh, *Prussia*, *op. cit.,* p. 386; «Stalin ordinó: deportateli tutti, la Prussia dev'essere Sovietica», *Corriere della Sera*, 25 de mayo de 1993; «Zum Schluss Schokolade», *Der Spiegel*, 28 de junio de 1993.

21. Fritz Löwenthal, *Der neue Geist von Potsdam, op. cit.,* página 187.

22. Hans von Lehndorff; *Ostpreussisches Tagebuch..., op. cit.*, página 164.

23. *Ibid*., pp. 159-160.

24. *Ibid*., pp. 168-170 y 175.

25. Marion Gräfin Dönhoff, «Ein Brief aus Ostpreussen», en su libro *Weit ist der Weg nach Osten – Berichte und Betrachtungen aus fünf Jahrzehnten*, Múnich, 1988, p. 18.

26. *Ibid*., p. 19.

27. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 202.

28. Fritz Löwenthal, *Der neue Geist von Potsdam, op. cit.,* p. 187; Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* p. 74.

29. Hans von Lehndorff, *Ostpreussisches Tagebuch..., op. cit.*, páginas 183-185.

30. *Ibid*., p. 192.

31. *Ibid*., pp. 194-196.

32. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* pp. 152-154 y 156; Carl Tighe, *Gdansk*, *op. cit*., p. 205.

33. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* páginas 164-165.

34. Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage in Schlesien, op. cit.,* p. 39.

35. Michael Luke, *Hansel Pless – Prisoner of History*, Londres, 2001, pp. 215-216.

36. Klaus-Dietmar Henke, «Der Weg nach Potsdam», art. cit., páginas 66-67.

37. Käthe von Normann, *Ein Tagebuch aus Pommern, op. cit*., páginas 132-135.

38. Norman Davies y Roger Moorhouse, *Microcosm*, *op. cit.,* páginas 409-410.

39. *Ibid*., p. 411.

40. Carl Tighe, *Gdansk*, *op. cit*., pp. 206-207.

41. Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage in Schlesien, op. cit.,* página 12.

42. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* página 73.

43. Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage in Schlesien, op. cit.,* p. 23.

44. Käthe von Normann, *Ein Tagebuch aus Pommern, op. cit*., página 201.

45. Hans von Lehndorff, *Ostpreussisches Tagebuch..., op. cit.*, página 200.

46. *Ibid*., p. 34.

47. *Ibid*., p. 206.

48. *Ibid*., p. 202.

49. *Ibid*., pp. 45 y 124.

50. *Ibid*., pp. 202 y 204.

51. *Ibid*., p. 254.

52. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* páginas 138, 418; Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage in Schlesien, op. cit.,* p. 223.

53. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* página 75.

54. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* página 177.

55. Norman Davies y Roger Moorhouse, *Microcosm*, *op. cit.,* página 413.

56. *Ibid*., p. 414.

57. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* página 292.

58. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* página 148.

59. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* página 75.

60. Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage in Schlesien, op. cit.,* páginas 135 y 200.

61. Carl Tighe, *Gdansk*, *op. cit*., p. 215.

62. Giles MacDonogh, *Frederick the Great*, Londres, 1999, pp. 269 y 274; Klaus Ullmann, *Schlesien-Lexikon*, Mannheim, 1985, p. 118; Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage in Schlesien, op. cit.,* p. 293.

63. Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage in Schlesien, op. cit.,* página 47.

64. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* páginas 74 y 139.

65. Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage in Schlesien, op. cit.,* páginas 179-180.

66. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* página 358.

67. Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage in Schlesien, op. cit.,* página 38.

68. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* pp. 417-420; Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage...*, *op. cit.*, p. 136.

69. *Ibid*., 175.

70. *Ibid*., pp. 252 y 484.

71. *Ibid*., p. 180.

72. *Ibid*., p. 184.

73. *Ibid*., pp. 178-185.

74. *Ibid*., p. 184.

75. Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage in Schlesien, op. cit.,* página 46.

76. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* página 189.

77. *Ibid*., pp. 157 y 165.

78. Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage in Schlesien, op. cit.,* páginas 23-25.

79. *Ibid*., pp. 26-27.

80. *Ibid*., p. 67.

81. *Ibid*., p. 39.

82. *Ibid*., pp. 63 y 80.

83. *Ibid*., p. 68.

84. *Ibid*., pp. 68 y 78.

85. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* páginas 223-230.

86. *Ibid*., pp. 497 y 502.

87. Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage in Schlesien, op. cit.,* páginas 85-86.

88. *Ibid.,* pp. 80-81.

89. *Ibid*., pp. 89-92.

90. Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage in Schlesien, op. cit.,* p. 92.

91. *Ibid*., pp. 44-45 y 105; Robert Jan van Pelt y Deborah Dwork, *Auschwitz, 1270 to the Present, op. cit.,* p. 334.

92. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* páginas 148 y 150.

93. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, pp. 96-97.

94. Josef Foschepoth, «Potsdam und danach: Die Westmächte, Adenauer und die Vertriebenen», en Wolfgang Benz (ed.), *Die Vertreibung*, *op. cit.,* p. 82.

95. Hans von Lehndorff, *Ostpreussisches Tagebuch..., op. cit.*, página 243.

96. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* página 75.

97. *Ibid*., p. 359.

98. *Ibid*., pp. 131-132.

99. *Ibid*., pp. 132-133.

100. *Ibid*., pp. 404-405.

101. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* p. 149.

102. Gerhart Pohl, *Bin ich noch in meinem Haus? Die letzte Tage Gerhart Hauptmanns*, Berlín, 1953, pp. 24-25.

103. Grigori Weiss, «Auf der Suche nach der versunkenen Glocke. Johannes R. Becher bei Gerhart Hauptmann», en *Erinnerungen an Johannes R. Becher*, Fráncfort del Meno, 1974, página 217.

104. Gerhart Pohl, *Bin ich noch in meinem Haus?, op. cit*., páginas 44-45.

105. *Ibid*., p. 50.

106. Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage in Schlesien, op. cit.,* páginas 302-303.

107. Gerhart Pohl, *Bin ich noch in meinem Haus?, op. cit*., páginas 72-73.

108. *Ibid*., p. 54. Los *petits nègres* de Pohl guardan cierta semejanza que los hace sospechosos.

109. *Ibid*., p. 66.

110. *Ibid*., p. 69.

111. Grigori Weiss, «Auf der Suche...», art. cit., p. 227.

112. *Ibid*., p. 233.

113. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* pp. 420-421; Klaus Ullmann, *Schlesien-Lexikon, op. cit.,* p. 20; Herbert Hupka (ed.), *Letzte Tage in Schlesien, op. cit.,* páginas 313-314 y 316-317.

114. Hans von Lehndorff, *Ostpreussisches Tagebuch..., op. cit.*, página 302.

115. Christian von Krockow, *The Hour of the Women, op. cit.,* pp. 139-140; Giles MacDonogh, *The Last Kaiser: William the Impetuous*, Londres, 2000, p. 123.

116. Wolfgang Benz (ed.), *Die Vertreibung*, *op. cit.,* p. 8.

117. Hans von Lehndorff; *Ostpreussisches Tagebuch..., op. cit.*, página 236.

118. Christian von Krockow, *The Hour of the Women, op. cit.,* página 147.

119. *Ibid*., p. 152.

120. *Ibid*., p. 155.

121. Norman Davies y Roger Moorhouse, *Microcosm*, *op. cit.,* página 422.

122. R. F. Keeling, *Gruesome Harvest*, *op. cit.,* p. 15.

123. *Ibid*., p. 16.

124. Christian von Krockow, *The Hour of the Women, op. cit.,* página 173.

125. *Ibid*., p. 188.

126. Hans von Lehndorff; *Ostpreussisches Tagebuch..., op. cit.*, página 204.

127. Käthe von Normann, *Ein Tagebuch aus Pommern, op. cit*., página 268.

128. Josef Henke, «Exodus...», art. cit., p. 99.

129. Fritz Löwenthal, *Der neue Geist von Potsdam, op. cit.,* página 189.

130. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* página 87.

131. Christian von Krockow, *The Hour of the Women, op. cit.,* página 197.

132. Käthe von Normann, *Ein Tagebuch aus Pommern, op. cit*., página 270.

Prólogo a la segunda parte

1. Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control..., op. cit.*, p. 13.

2. Patricia Meehan, *A Strange Enemy People: Germans under the British 1945-1950*, Londres y Chester Springs, 2001, p. 13.

3. Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control..., op. cit.*, p. 105.

Capítulo 6: La vida en la Zona Soviética

1. Edward N. Peterson, *Russian Commands..., op. cit.,* p. 7.

2. *Ibid*.

3. *Ibid*., p. 13.

4. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* páginas 24-26.

5. *Ibid*., 16.

6. Gregory Klimov, *The Terror Machine – The Inside Story of Soviet Administered Germany*, introducción de Edward Crankshaw y Ernst Reuter, Londres, s.f., p. 103.

7. *Ibid*., pp. 26-27 y 30-31.

8. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 69; Edward N. Peterson, *Russian Commands..., op. cit.,* p. 14; Hans Borgelt, *Das war der Frühling in Berlin. Die goldene*

Hungerjahre. Eine Berlin Chronik, Múnich, 1983, p. 38.

9. Wolfgang Leonhard, *Child of the Revolution, op. cit.,* página 302.

10. Jenny Williams, *More Lives than One, op. cit.,* pp. 247-248.

11. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* p. 165.

12. Wolfgang Leonhard, *Child of the Revolution, op. cit.,* páginas 341-342.

13. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* pp. 217-219.

14. Citado en Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* pp. 142-143.

15. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 108.

16. Franz von Sayn-Wittgenstein, *Streifzüge durch die Landschaften meines Lebens*, edición privada, Múnich, 2000, páginas 161-164.

17. *Ibid*., p. 143.

18. *Ibid*., p. 163.

19. Harald von Koenigswald (ed.), *Besuche vor der Untergang – aus Tagebuchaufzeichnungen von Udo von Alvensleben*, Fráncfort del Meno, 1968, p. 147.

20. *Ibid*., p. 162.

21. Hans Borgelt, *Das war der Frühling in Berlin*, *op. cit*., página 45.

22. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., p. 116.

23. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* páginas 80-81.

24. Michael Cullen, *Der Reichstag – Die Geschichte eines Monuments*, Stuttgart, 1990, p. 399.

25. Nikolaus Bernau, «Der Ort des Souveräns», en Fördverein Berliner Stadtschloss, *Das Schloss? Eine Ausstellung über die Mitte Berlins*, Berlín, 1993, p. 75.

26. Se han dado pasos para reconstruir los tres edificios. La decisión de volver a levantar el Palacio de Berlín fue aprobada por el Parlamento alemán, pero de momento el proyecto se ha estancado por falta de fondos en una ciudad en bancarrota. En 2005 se resolvió que el exterior del palacio de la ciudad de Potsdam se construyera de nuevo para alojar el parlamento provincial, o *Landtag*. Hasta la fecha, los planos para la reconstrucción de la Iglesia de la Guarnición siguen en el tablero de dibujo.

27. Alan Balfour, *Berlin: The Politics of Order*, *1737-1989*, Nueva York, 1990, p. 187.

28. Cyril Buffet, *Berlin*, *op. cit.,* p. 363.

29. Fritz Löwenthal, *Der neue Geist von Potsdam, op. cit.,* páginas 10-11.

30. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* p. 16; Fritz Löwenthal, *Der neue Geist von Potsdam, op. cit.,* página 16.

31. Fritz Löwenthal, *Der neue Geist von Potsdam, op. cit.,* página 19.

32. *Ibid*., pp. 20-23.

33. *Ibid*., pp. 24-25.

34. *Ibid*., pp. 34, 41 y 44.

35. Gregory Klimov, *The Terror Machine..., op. cit.,* pp. 118-120; Edward N. Peterson, *Russian Commands..., op. cit.,* página 104.

36. Fritz Löwenthal, *Der neue Geist von Potsdam, op. cit.,* página 72.

37. *Ibid*., p. 97.

38. *Ibid*., pp. 113-118.

39. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* páginas 42 y 44.

40. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* página 85.

41. R. F. Keeling, *Gruesome Harvest*, *op. cit.,* p. 53.

42. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* página 105.

43. *Ibid*., pp. 92, 94-96 y 116.

44. Gregory Klimov, *The Terror Machine..., op. cit.,* p. 117.

45. *Ibid*., p. 221.

46. *Ibid*., pp. 208 y 219.

47. Michel Bar-Zohar, *The Hunt for German Scientists*, Londres, 1967, p. 9.

48. *Ibid*., pp. 151-153, 161 y 168.

49. Gregory Klimov, *The Terror Machine..., op. cit.,* páginas 222-225.

50. Jana Urbancová y Claus Josef Riedel, *Riedel od roku 1756*, catálogo de exposición, Jablonec (Gablonz), 19 de agosto – 27 de octubre de 1991, p. 14.

51. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* pp. 237-240 y 248-249; Edward N. Peterson, *Russian Commands..., op. cit.,* p. 123; Ernst Jünger, *Jahre der Okkupation, op. cit.,* p. 293.

52. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* páginas 355-357, 360-362 y 374.

53. Edward N. Peterson, *Russian Commands..., op. cit.,* p. 46.

54. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* p. 376; Edward N. Peterson, *Russian Commands..., op. cit.,* página 25.

55. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* página 378.

56. *Ibid*., pp. 381-382.

57. Fritz Löwenthal, *Der neue Geist von Potsdam, op. cit.,* páginas 201-202.

58. Alexander Behrens, *Johannes R. Becher...*, *eine politische Biographie*, Colonia, Weimar y Viena, 2003, p. 223.

59. Wolfgang Schivelbusch, *In a Cold Crater – Cultural and Intellectual Life in Berlin 1945-1948*, Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1998, p. ix.

60. Alexander Behrens, *Johannes R. Becher...*, *op. cit.,* p. 223.

61. *Ibid*., p. 225.

62. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., p. 62.

63. *Ibid*., p. 81.

64. Wolfgang Schivelbusch, *In a Cold Crater, op. cit.,* pp. 31 y 36-37.

65. Carl Zuckmayer, «Bericht über das Film und Theaterleben», en *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* pp. 156-204.

66. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., p. 64.

67. Alexander Behrens, *Johannes R. Becher...*, *op. cit.,* p. 229.

68. Wolfgang Schivelbusch, *In a Cold Crater, op. cit.,* páginas 40 y 45.

69. *Ibid*., pp. 231-233.

70. Klaus Lang, *«Lieber Herr Celibidache...», op. cit.,* p. 21.

71. *Ibid*., pp. 28-29.

72. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., p. 81; Klaus Lang, *«Lieber Herr Celibidache...», op. cit.,* p. 33.

73. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., pp. 105-107.

74. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* página 104.

75. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., pp. 182-184.

76. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* p. 44.

77. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* p. 159.

78. Klaus Lang, *«Lieber Herr Celibidache...», op. cit.,* p. 59.

79. *Ibid*., p. 71.

80. Wolfgang Schivelbusch, *In a Cold Crater, op. cit.,* p. 56.

81. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 92; Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen..., op. cit.,* p. 364.

82. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 105.

83. David Pike, *The Politics and Culture in Soviet-Occupied Germany, 1945-1949*, Stanford, 1992, pp. 189-192.

84. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., p. 128.

85. Jenny Williams, *More Lives than One, op. cit.,* p. 252.

86. *Ibid*., pp. 256-257.

87. Grigori Weiss, *Erinnerung an Johannes R. Becher*, *op. cit*., página 189.

88. Carsten Wurm, *Jeden Tag ein Buch – 50 Jahre Aufbau-Verlag 1945-1995*, Berlín, 1995, pp. 11-12.

89. *Ibid*., pp. 10 y 119.

90. Alexander Behrens, *Johannes R. Becher...*, *op. cit.,* p. 234.

91. Alexandra Ritchie, *Faust's Metropolis, op. cit.,* p. 624.

92. Alexander Behrens, *Johannes R. Becher...*, *op. cit.,* páginas 239-240.

93. Alexander Behrens, *Johannes R. Becher...*, *op. cit.,* páginas 241-242.

94. Ronald Taylor, *Berlin and its Culture*, New Haven y Londres, 1997, p. 228.

95. *Ibid*., pp. 244-266.

Capítulo 7: La vida en la Zona Estadounidense

1. John Dos Passos, *Tour of Duty*, Boston, 1946, pp. 248-250; Kay Summersby, *Eisenhower was my Boss*, *op. cit.,* p. 235.

2. Kay Summersby, *Past Forgetting – My Love Affair with Dwight D. Eisenhower*, Londres, 1977, p. 198.

3. Gregory Klimov, *The Terror Machine..., op. cit.,* p. 136.

4. James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* p. 350.

5. John Dos Passos, *Tour of Duty*, *op. cit.,* pp. 244 y 247.

6. Ladislas Farago, *The Last Days of Patton*, Nueva York, St Louis, San Francisco y Toronto, 1981, pp. 59-64; Carlo d'Este, *A Genius for War: A Life of George S. Patton*, Londres, 1995, p. 738.

7. Carlo d'Este, *A Genius for War... Patton, op. cit.,* p. 712.

8. Ladislas Farago, *The Last Days of Patton, op. cit.,* p. 68.

9. Carlo d'Este, *A Genius for War... Patton, op. cit.,* p. 766.

10. Trevor Royle, *Patton – Old Blood and Guts*, Londres, 2005, pp. 194-196.

11. Carlo d'Este, *A Genius for War... Patton, op. cit.,* p. 755.

12. Ladislas Farago, *The Last Days of Patton, op. cit.,* p. 156.

13. Carlo d'Este, *A Genius for War... Patton, op. cit.,* p. 755.

14. Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., p. 77.

15. Ladislas Farago, *The Last Days of Patton, op. cit.,* p. 1.

16. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, p. 7.

17. *Ibid*., p. 351.

18. *Ibid*., pp. 459 y 463.

19. Ernst von Salomon, *The Answers, op. cit.,* p. 422.

20. Saul K. Padover, *Psychologist in Germany, op. cit.,* páginas 314-316.

21. Ernst von Salomon, *The Answers, op. cit.,* p. 422; Petra Goedde, *GIs and Germans*, New Haven y Londres, 2003, página 67.

22. Martha Krauss, *Heimkehr in ein fremdes Land – Geschichte der Remigranten nach 1945*, Múnich, 2001, pp. 63-65.

23. James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* p. 71.

24. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* p. 7.

25. *Ibid*., p. 71.

26. *Ibid*., p. 80.

27. Hanns Mayer, *Im guten Ratskeller zu Bremen* (5.ª ed.), Bremen, 1985, pp. 110-111; información del doctor Carl-Ferdinand von Schubert, de Maximin-Grünhaus.

28. John Dos Passos, *Tour of Duty*, *op. cit.,* p. 263.

29. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, p. 41.

30. *Ibid*., p. 69.

31. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* pp. 92-93.

32. *Ibid*., pp. 102-103.

33. Petra Goedde, *GIs and Germans*, *op. cit*., pp. 4, 15 y 46.

34. *Ibid*., pp. 50-51 y 57.

35. *Ibid*., pp. 53-54; Ernst von Salomon, *The Answers, op. cit.,* páginas 408 y 415.

36. Ernst von Salomon, *The Answers, op. cit.,* pp. 320-321.

37. James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* pp. 216-217.

38. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* pp. 283-284.

39. Petra Goedde, *GIs and Germans*, *op. cit*., pp. 72-76.

40. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* p. 75.

41. *Ibid*., p. 115.

42. *Ibid*., pp. 95-96 y 248.

43. Petra Goedde, *GIs and Germans*, *op. cit*., pp. 59-60.

44. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* páginas 20-21.

45. Petra Goedde, *GIs and Germans*, *op. cit*., pp. 94-96 y 101.

46. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* p. 32. Véase también Saul K. Padover, *Experiment in Germany. The Story of an American Inteligence Officer*, Nueva York, 1946; también John Dos Passos, *Tour of Duty*, *op. cit*.

47. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* pp. 36-38.

48. *Ibid*., p. 42.

49. Edward N. Peterson, *Russian Commands..., op. cit.,* página 254.

50. Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* páginas 320-321.

51. James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* p. 198.

52. *Ibid*., pp. 324-325.

53. Ernst von Salomon, *The Answers, op. cit.,* pp. 416-417; Petra Goedde, *GIs and Germans*, *op. cit*., p. 84; Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* p. 106, n. 172.

54. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* p. 73.

55. Petra Goedde, *GIs and Germans*, *op. cit*., pp. 109 y 111; Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 163.

56. Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., p. 55.

57. Elena Skriabina, *The Allies on the Rhine, op. cit.,* páginas 86-87.

58. R. F. Keeling, *Gruesome Harvest*, *op. cit.,* p. 59.

59. Petra Goedde, *GIs and Germans*, *op. cit*., p. 102.

60. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 86.

61. Petra Goedde, *GIs and Germans*, *op. cit*., p. 102.

62. James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* p. 313.

63. Josef Müller, *Bis zur letzten Konsequenz, op. cit.,* páginas 304-306.

64. *Ibid*., p. 307.

65. *Ibid*., p. 311.

66. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, pp. 82 y 89-90.

67. Josef Müller, *Bis zur letzten Konsequenz, op. cit.,* p. 323.

68. Volker Hentschel, *Ludwig Erhard. Ein Politikerleben*, Múnich y Landsberg am Lech, 1996, pp. 440-442.

69. *Ibid*., p. 48.

70. *Ibid*., p. 51.

71. Frederic Spotts, *Bayreuth – A History of the Wagner Festival*, New Haven y Londres, 1994, p. 200.

72. Brigitte Hamann, *Winifred Wagner, op. cit.,* pp. 412-413.

73. Frederic Spotts, *Bayreuth – A History of the Wagner Festival, op. cit.,* p. 201.

74. Franz von Sayn-Wittgenstein, *Streifzüge..., op. cit.,* página 185.

75. *Ibid*., pp. 56 y 90.

76. Véase Carl Zuckmayer, «Bericht über das Film- und Theaterleben», art. cit.

77. Carl Zuckmayer, «Allgemeiner Bericht über die Filmsituation in Deutschland», en *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* páginas 185-204.

78. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* páginas 121-122.

79. *Ibid*., pp. 14 y 57.

80. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* pp. 84-85; véase también Helmuth James von Moltke, *Letters to Freya 1939-1945*, Beate Ruhm von Oppen (trad. y ed.), Londres, 1991, p. 393.

81. Reinhard Lettau (ed.), *Die Gruppe 47. Bericht, Kritik, Polemik*, Neuwied, 1967, pp. 22 y 35.

82. James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* pp. 280-281.

Capítulo 8: La vida en la Zona Británica

1. Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control..., op. cit.*, p. 99.

2. Victor Gollancz, *In Darkest Germany*, Londres, 1947, página 17.

3. *Ibid*., p. 29.

4. Lord Longford, *Avowed Intent*, Londres, 1994, pp. 103-105. El libro de Longford es especialmente insatisfactorio, sobre todo teniendo en cuenta que fue ministro durante la reforma monetaria y la crisis de Berlín y, sin embargo, no menciona ni una ni otra.

5. *Ibid*., p. 156.

6. Patricia Meehan, *A Strange Enemy People, op. cit.,* páginas 53-54.

7. Véase la biografía de Weeks en *DNB (Dictionary of National Biography)* 57. Es notable que se haya escrito tan poco sobre estos importantes administradores británicos de la posguerra.

8. Curtis F. Morgan, Jr., *James F. Byrnes*, *Lucius Clay..., op. cit.,* p. 82.

9. Véase su biografía en *DNB* 16. Douglas escribió volúmenes de autobiografías: *Years of Command*, Londres, 1966, cubre este período.

10. Peter Merseburger, *Der Schwierige Deutsche – Kurt Schumacher. Eine Biographie*, Stuttgart, 1995, pp. 197-198.

11. Su biografía se halla en el *DNB* 47.

12. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., p. 146.

13. Curtis F. Morgan, Jr., *James F. Byrnes*, *Lucius Clay..., op. cit.,* p. 63.

14. Patricia Meehan, *A Strange Enemy People, op. cit.,* páginas 53, 60, 62 y 67.

15. *Ibid*., pp. 140-142; Tom Bower, *Blind Eye to Murder*, Londres, 1981, p. 130.

16. Robert Birley, *The German Problem and the Responsibility of Britain*, The Burge Memorial Lecture, Londres, 1947, p. 5.

17. Robert Birley, *The German Problem and the Responsibility of Britain*, *op. cit.*, pp. 7-9.

18. Patricia Meehan, *A Strange Enemy People, op. cit.,* páginas 163-165.

19. *Ibid*., p. 171.

20. Martha Krauss, *Heimkehr in ein fremdes Land, op. cit*., páginas 74-75.

21. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., p. 162; véase también Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control..., op. cit.*

22. Patricia Meehan, *A Strange Enemy People, op. cit.,* pp. 173-175, «Secret Retreat Marks 60 Years of Diplomacy», en *BBC News Online*, 12 de enero de 2006. Véase Richard Mayne, *In Victory*, *Magnanimity*, *In Peace*, *Goodwill: A History of Wilton Park*, Londres, 2003.

23. Véase A. G. Dickens, *Lubeck Diary*, Londres, 1947.

24. *Ibid*., pp. 164 y 173.

25. Corine Defrance, *La Politique culturelle de la France sur la rive gauche du Rhin*, *1945-1955*, Estrasburgo, 1994, p. 52.

26. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., pp. 15 y 35; visitas del autor al Marlborough Club.

27. *Ibid*., pp. 37 y 40.

28. *Ibid*., p. 42.

29. Douglas Botting, *In the Ruins of the Reich*, *op. cit.,* páginas 293-295.

30. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* p. 79.

31. Giles MacDonogh, *The Last Kaiser*, *op. cit.,* pp. 173-174.

32. George Drower, *Heligoland – The True Story of the German Bight and the Island that Britain Betrayed*, Stroud, 2002, página 217.

33. *Ibid*., p. 219.

34. *Ibid*., pp. 226-227.

35. *Ibid*., p. 235.

36. «Der besessene Besitzer», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 16 de diciembre de 2005, puesto amablemente en mi conocimiento por Angela Bohrer.

37. Tisa von der Schulenburg, *Ich hab's gewagt..., op. cit.,* pp. 183-184; Elisabeth Ruge (ed.), *Charlotte Gräfin von der Schulenburg..., op. cit.,* p. 63.

38. Tisa von der Schulenburg, *Ich hab's gewagt..., op. cit.,* páginas 186-187.

39. Alan Bullock, *Ernest Bevin – Foreign Secretary 1945-1951*, Londres, 1983, p. 265.

40. George F. Kennan, *Memoirs 1925-1950*, Londres, 1968, página 437.

41. Victor Gollancz, *In Darkest Germany*, *op. cit.,* p. 75.

42. *Ibid*., p. 79. Victor Gollancz no reconoce al emperador Fritz.

43. Herzogin Viktoria Luise, *Ein Leben als Tochter des Kaisers, op. cit.,* p. 333. Véase Frieda Utley, *The High Cost of Vengeance*, Chicago, 1949.

44. Patricia Meehan, *A Strange Enemy People, op. cit.,* páginas 191-194.

45. *Ibid*., pp. 214-215, 221 y 236; véase también Ralf Richter, *Ivan Hirst* (2.ª ed.), Wolfsburg, 2004.

46. Patricia Meehan, *A Strange Enemy People, op. cit.,* página 98.

47. Elisabeth Ruge (ed.), *Charlotte Gräfin von der Schulenburg..., op. cit.,* pp. 68-69.

48. Entrevista con Karl-Heinz Bohrer, noviembre de 2004.

49. Charles Williams, *Adenauer – The Father of the New Germany*, Londres, 2000, p. 289.

50. *Ibid*., p. 295.

51. *Ibid*., p. 296.

52. Peter Merseburger, *Der Schwierige Deutsche – Kurt Schumacher..., op. cit.,* p. 202.

53. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* página 60.

54. Citado en Giles MacDonogh, *Prussia*, *op. cit.,* p. 6.

55. *Ibid*., p. 297.

56. *Ibid*., pp. 300-301.

57. *Ibid*., p. 302; confirmado en el relato de Heinrich Böll, *Als der Krieg zu Ende war* [Cuando acabó la guerra], 1962.

58. Charles Williams, *Adenauer, op. cit.,* p. 305.

59. Peter Merseburger, *Der Schwierige Deutsche – Kurt Schumacher..., op. cit.,* p. 200.

60. Gilbert Ziebura, *Die deutsch-französischen Beziehungen seit 1945: Mythen und Realitäten*, Pfullingen, 1970, p. 57.

61. *Ibid*., p. 59.

62. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* p. 387; Gilbert Ziebura, *Die deutsch-französische Beziehungen...*, *op. cit.,* p. 62.

63. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* páginas 325-326.

64. Peter Merseburger, *Der Schwierige Deutsche – Kurt Schumacher..., op. cit.,* p. 7.

65. *Ibid*., p. 212.

66. *Ibid*., pp. 299-300.

67. *Ibid*., p. 282.

68. Willi A. Boelcke, *Der Schwarzmarkt 1945-1948 – Vom überleben nach dem Kriege*, Braunschweig, 1986, p. 78.

69. Peter Merseburger, *Der Schwierige Deutsche – Kurt Schumacher..., op. cit.,* p. 238.

70. *Ibid*., p. 224.

71. *Ibid*., p. 318.

72. *Ibid*., p. 320; Victor Gollancz, *In Darkest Germany*, *op. cit.,* p. 49.

73. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., p. 188.

74. *Ibid*., p. 169.

75. *Ibid*., p. 130.

76. Herzogin Viktoria Luise, *Ein Leben als Tochter des Kaisers, op. cit.,* p. 330.

Capítulo 9: La vida en la Zona Francesa

1. Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., p. 82.

2. Corine Defrance, *La Politique culturelle de la France..., op. cit.,* p. 29.

3. James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* p. 161.

4. Frank Raberg, «Landesregierungen und französische Besatzungsmacht: Aus den Kabinettsprotokollen von Baden und Württemberg-Hohenzollern», en Kurt Hochstuhl (ed.), *Deutsche und Franzosen im zusammenwachsenden Europa*, *1945-2000*, Stuttgart, 2003, p. 14.

5. Alfred Döblin, *Schicksalsreise..., op. cit.,* p. 400; Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control..., op. cit.*, p. 106.

6. Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control...*, *op. cit.*, p. 23.

7. John W. Young, *France, the Cold War and the Western Alliance, op. cit.,* pp. 52 y 58.

8. Edgar Wolfram, «Die französische Politik im besetzten Deutschland: neue Forschungen, alte Klischees, vernachlässigte Fragen», en Kurt Hochstuhl (ed.), *Deutsche und Franzosen...*, *op. cit.*, p. 66.

9. Edgar Wolfram, «Die französiche...», art. cit., p. 60.

10. Petra Weber, *Carlo Schmid*, *op. cit.,* pp. 193-194 y 220.

11. *Ibid*., p. 286.

12. Willi A. Boelcke, «Industrie und Technologie in der franzö-sischen Besatzungszone», en Manfrass y Jean-Pierre Rioux (eds.), *France-Allemagne 1944-1947, op. cit.,* pp. 177-178.

13. *Ibid*., pp. 178-179.

14. *Ibid*., pp. 181-185.

15. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, p. 81.

16. Michel Bar-Zohar, *The Hunt for German Scientists, op. cit.,* pp. 133-135.

17. Elena Skriabina, *The Allies on the Rhine, op. cit.,* páginas 42, 55, 58 y 60.

18. Entrevista con Karl-Heinz Bohrer, noviembre de 2004.

19. Paul Falkenburger, «Souveuir d'un ancien curateur adjoint de l'Université de Freibourg», en Manfrass y Jean-Pierre Rioux (eds.), *France-Allemagne 1944-1947, op. cit.,* p. 285.

20. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 35.

21. John W. Young, *France, the Cold War and the Western Alliance, op. cit.,* p. 76.

22. *Ibid*., pp. 88-89.

23. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, pp. 88-89.

24. John W. Young, *France, the Cold War and the Western Alliance, op. cit.,* pp. 102-104.

25. *Ibid*., pp. 106-107.

26. *Ibid*., p. 117.

27. Raymond Poidevin, *Robert Schuman*, París, 1988, página 74.

28. *Ibid*., pp. 74-76.

29. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, p. 288.

30. John W. Young, *France, the Cold War and the Western Alliance, op. cit.,* p. 145.

31. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, pp. 1004 y 1056-1057.

32. Corine Defrance, *La Politique culturelle de la France..., op. cit.,* pp. 30-31.

33. Alfred Döblin, *Schicksalsreise..., op. cit.,* p. 404.

34. Alfred Döblin, *Schicksalsreise..., op. cit.,* pp. 429-430.

35. *Ibid*., pp. 431-432.

36. *Ibid*., p. 413.

Capítulo 10. Zonas y sectores de Austria

1. General Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche, op. cit.,* página 73.

2. John Dos Passos, *Tour of Duty*, *op. cit.,* p. 279.

3. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.,* p. 76.

4. *Ibid*., pp. 86-87 y 89.

5. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* p. 242.

6. Margarétha, *Tagebuch*, *op cit.,* pp. 68 y 71.

7. *Ibid*., p. 72.

8. *Ibid*., p. 90.

9. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* pp. 31-32.

10. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* p. 249.

11. *Ibid*., p. 283.

12. Información personal.

13. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* pp. 49-50.

14. Siegfried Beer, «Niederösterreich unter der Roten Armee», art. cit., p. 156.

15. E. Franzel, *Die Vertreibung Sudetenland 1945/1946, op. cit*., p. 117.

16. Josef Schöner, *Wiener Tagebuch*, *op. cit.,* pp. 290-291; Oliver Rathkolb, «Historische Fragmente», art. cit., p. 154; Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.,* p. 84.

17. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.,* pp. 89-90.

18. Michael Gehler, «"Kein Anschluss aber auch keine chinesische Mauer". Österreichs aussenpolitische Emanzipation und die deutsche Frage 1945-1955», en Ableitinger et al., (eds.), *Österreich unter alliierter Besatzung*, p. 206.

19. *Ibid*., p. 207.

20. Adolf Schärf, *Österreichs Wiederaufrichtung...*, *op. cit*., página 122.

21. Manfred Rauchensteiner, «Das Jahrzehnt der Besatzung als Epoche...», art. cit., p. 24; véase también del mismo autor, *Stalinplatz 4...*, *op. cit.,* p. 60.

22. *Ibid.*, p. 61; Michael Gehler, «"Kein Anschluss..."», art. cit., página 208.

23. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.* p. 113.

24. Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control...*, *op. cit.*, p. 277.

25. Artículos puestos amablemente en mi conocimiento por Johannes, hijo de Podhragy.

26. Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control...*, *op. cit.*, p. 292.

27. Karl Renner, *World Review*, mayo de 1938. Documento puesto en mi conocimiento por Johannes Popper von Podhragy.

28. Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik...*, *op. cit*., página 110.

29. *Ibid*., p. 40.

30. General Mark Clark, *Calculated Risk*, Londres, 1956, página 411.

31. *Ibid*., p. 412; General Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche, op. cit.,* pp. 25-26; John Dos Passos, *Tour of Duty*, *op. cit.,* p. 293.

32. Siegfried Beer, «Niederösterreich unter der Roten Armee», art. cit., p. 139.

33. Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik...*, *op. cit*., página 111.

34. Margarétha, *Tagebuch*, p. 106.

35. Reinhold Wagnleitner (ed.), *Understanding Austria: The Political Reports and Analyses of Martin F. Herz*, *Political Officer of the US Legation in Vienna 1945-1948*, Salzburgo, 1984, p. 94.

36. *Ibid*., p. 427.

37. Hermann Riepl, «Die Neubildung der Niederösterreichisches Landesregierung und der Wiederaufbau der Niederösterreichisches Landesverwaltung im Jahre 1945», en Ernst Bezemek y Willibald Rossner (eds.), *Niederösterreich 1945 – Südmähren 1945*, *op. cit.,* p. 88.

38. Alfred Ableitinger, «Grossbritannien unter der zweite Kontrollabkommen: Genese und Gehalt des britischen Regierungsentwurfes», en Ableitinger et al. (eds.), *Österreich unter alliierter Besatzung*, *op. cit.,* p. 98.

39. Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik...*, *op. cit*., páginas 122-123 y 143-144.

40. James F. Byrnes, *Speaking Frankly*, *op. cit*., p. 160.

41. Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik...*, *op. cit*., pp. 185-186; Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* página 58.

42. Siegfried Beer, «Die Besatzungsmacht Grossbritannien und Österreich 1945-1949», en Ableitinger *et al*. (eds.), *Österreich unter alliierter Besatzung*, *op. cit.,* p. 59.

43. Citado en *The Patriot*, 2 de agosto de 1945.

44. Oliver Rathkolb, «Historische Fragmente», art. cit., p. 151.

45. General Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche, op. cit.,* página 28.

46. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.,* p. 105.

47. *Ibid*., pp. 105, 107, 109 y 112.

48. *Ibid*., p. 117; el último calificativo lo aprendió el autor de su padrino vienés en una visita a Viena en 1969.

49. General Mark Clark, *Calculated Risk*, *op. cit.,* páginas 416-418.

50. *Ibid*., p. 434.

51. Reinhold Wagnleitner (ed.), *Understanding Austria..., op. cit.*, p. 22.

52. *Ibid*., p. 420.

53. *Ibid*., p. 76.

54. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 55.

55. Reinhold Wagnleitner (ed.), *Understanding Austria..., op. cit.*, pp. 23, 32-34 y 53.

56. *Ibid*., pp. 418-419.

57. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.,* pp. 125 y 128; General Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche, op. cit.,* p. 83.

58. General Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche, op. cit.,* página 86.

59. *Ibid*., pp. 75-76.

60. *Ibid*., p. 77.

61. General Mark Clark, *Calculated Risk*, *op. cit.,* p. 446.

62. *Ibid*., pp. 421-422.

63. Puesto en mi conocimiento por Sebastian Cody.

64. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.* p. 140.

65. Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik...*, *op. cit*., página 200; James F. Byrnes, *Speaking Frankly*, *op. cit*., p. 160.

66. Margarétha, *Tagebuch*, *op. cit.* p. 149.

67. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 75.

68. *Ibid*., p. 74; General Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche, op. cit.,* p. 96.

69. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 80.

70. John Dos Passos, *Tour of Duty*, *op. cit.,* pp. 281 y 292.

71. General Mark Clark, *Calculated Risk*, *op. cit.,* p. 431.

72. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 83.

73. *Ibid*., pp. 94-96.

74. Peter Leighton-Langer, *X Steht für unbekannt – Deutsche und Österreicher in den britischen Streitkräften im zweiten Weltkrieg*, Berlín, 1999, pp. 237-238.

75. Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control..., op. cit.*, p. 325.

76. John Dos Passos, *Tour of Duty*, *op. cit.,* pp. 282, 291 y 293.

77. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 47; Reinhold Wagnleitner (ed.), *Understanding Austria..., op. cit.*, páginas 130-131.

78. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* pp. 76-77.

79. *Ibid*., pp. 116-117.

80. Un ejemplo claro de lo que hablamos es el caso de la familia del abuelo del autor. Hasta 1938 fueron propietarios de una importante esquina entre la Kärntnerstrasse y la Weihburggasse, en el centro de Viena. En ella se hallaban los grandes almacenes Modehaus Zwieback, el restaurante Zu den drei Husaren y el palacio Pereira. Finalizada la guerra, la familia logró recuperar los grandes almacenes, que revendió en 1957. Por lo demás, no recibió compensación por la pérdida de su palacio, y el restaurante fue vendido más tarde por el restaurador favorito de Göring, Gustav Horcher, a Egon Födermayr. En los primeros años de la posguerra había sido la cantina de Renner. Véase Tina Walzer y Stephan Templ, *Unser Wien – Ariesierung auf Österreichisch*, Berlín, 2001, pp. 42-43, y los *Grundbücher* (Registro de la propiedad) para los números 2 y 4 de la Weihburggasse, y para los números 11 y 13-15 de la Kärntnerstrasse.

81. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 97; General Mark Clark, *Calculated Risk*, *op. cit.,* p. 424.

82. General Mark Clark, *Calculated Risk*, *op. cit.,* p. 424, nota 1.

83. Reinhold Wagnleitner (ed.), *Understanding Austria..., op. cit.*, pp. 134 y 154.

84. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 102.

85. General Mark Clark, *Calculated Risk*, *op. cit.,* p. 425.

86. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* p. 9.

87. *Idem.*, «Allgemeiner Bericht über die Filmsituation in Deutschland», art. cit.

88. Citado en Marietta Bearman y Charmian Brinson, «Keine einfache Sache», en Bearman et al., *Wien-London*, p. 238.

89. Charmian Brinson, «Ein Stück wahrer Kultur, ein Stück Wien, ein Stück Leben», en Bearman *et al.*, *Wien-London*, página 171.

90. Walter Binnebös, *Galoppsport in Wien*, Viena, 1980, páginas 147-148.

91. Oliver Rathkolb, «Historische Fragmente», art. cit., p. 148; Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 36.

92. Información recibida de Georg Stiegelmar, el difunto Helmut Osberger y Erich Salomon.

93. Adolf Schärf, *Österreichs Wiederaufrichtung...*, *op. cit*., p. 125; Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 48.

94. Reinhold Wagnleitner (ed.), *Understanding Austria..., op. cit.*, p. 134.

95. Siegfried Beer, «Niederösterreich unter der Roten Armee», art. cit., pp. 146, 148, 155-156 y 165-166.

96. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 38; Andrew Gibson-Watt, *An Undistinguished Life*, Lewes, 1990, p. 173.

97. Andrew Gibson-Watt, *An Undistinguished Life*, *op. cit*., página 183.

98. Siegfried Beer, «Die Besatzungsmacht Grossbritannien...», art. cit., pp. 52-53.

99. *Ibid*., p. 63.

100. Helmut Eberhart, «Wiederaufbau in Nachkriegszeit – Das Tagebuch von Anton Pirchegger», en Siegfried Beer (ed.), *Die «Britische Steiermark» 1945-1955*, Graz, 1995.

101. Stefan Karner, «“Ich bekam zehn Jahre Zwangsarbeit”: zu den Verschleppungen aus der Steiermark durch sowjetische Organe in Jahre 1945», y Othmar Pickl, «Das Kriegsende 1945 und die frühe Besatzungszeit im mittleren Mürztal», en Siegfried Beer (ed.), *Die «Britische Steiermark» 1945-1955, op. cit.,* pp. 249-250.

102. Siegfried Beer, «Die Besatzungsmacht Grossbritannien...», art. cit., p. 57.

103. Alfred Ableitinger, Siegfried Beer y Eduard G. Staudinger, *Besatzungszeit in der Steiermark*, Graz, Esztergom, París y Nueva York, 1994, p. 15.

104. *Ibid*., p. 17.

105. Siegfried Beer (ed.), *Die «Britische Steiermark» 1945-1955, op. cit.,* p. 25; Siegfried Beer, «Die Briten und der Wiederaufbau des Justizwesens in der Steiermark 1945-1950», en *ibid*., páginas 113-114.

106. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 40.

107. Andrew Gibson-Watt, *An Undistinguished Life*, *op. cit*., página 172.

108. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* páginas 24-26.

109. Donald Cameron Watt, «Austria as a Special Case in Cold War Europe – A Personal Note», en Ableitinger *et al*. (eds.), *Österreich unter alliierter Besatzung*, *op. cit.,* p. 282.

110. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 58.

111. Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control..., op. cit.*, pp. 314-315.

112. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 67.

113. Arthur Radley, «The British Military Government in Steiermark [sic] 1945-1946, Personal Reminiscences», en Siegfried Beer (ed.), *Die «Britische Steiermark» 1945-1955, op. cit.,* páginas 586-587.

114. John Corsellis y Marcus Ferrar, *Slovenia 1945: Memories of Death and Survival after World War II*, Londres y Nueva York, 2005, p. 8.

115. Andrew Gibson-Watt, *An Undistinguished Life*, *op. cit*., página 178.

116. John Corsellis y Marcus Ferrar, *Slovenia 1945..., op. cit.,* página 19.

117. *Ibid*., p. 43.

118. *Ibid*., p. 45.

119. Andrew Gibson-Watt, *An Undistinguished Life*, *op. cit*., página 179.

120. John Corsellis y Marcus Ferrar, *Slovenia 1945..., op. cit.,* página 47.

121. Andrew Gibson-Watt, *An Undistinguished Life*, *op. cit*., página 173.

122. Nikolái Tolstói, *Victims of Yalta*, Londres, 1977, páginas 220-221.

123. Nikolái Tolstói, *Victims..., op. cit.*, pp. 225-226 y 229; Willy von Thurn und Taxis, «Memoiren», *op. cit.,* pp. 28-29.

124. John Corsellis y Marcus Ferrar, *Slovenia 1945..., op. cit.,* página 49.

125. John Corsellis y Marcus Ferrar, *Slovenia 1945..., op. cit.,* p. 50; Andrew Gibson-Watt, *An Undistinguished Life*, *op. cit*., página 179.

126. John Corsellis y Marcus Ferrar, *Slovenia 1945*..., *op. cit*., páginas 52, 59 y 186.

127. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 44; Ralph W. Brown III, «A Cold War Army of Occupation», en Ableitinger *et al*. (eds.), *Österreich unter alliierter Besatzung*, *op. cit.,* pp. 349-350; Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik*..., *op. cit*., p. 246.

128. Citado en Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*..., *op. cit.,* p. 45.

129. Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik*..., *op. cit*., páginas 168-170.

130. *Ibid*., p. 303.

131. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*..., *op. cit.,* p. 46.

132. Reinhold Wagnleitner (ed.), *Understanding Austria..., op. cit.*, p. 7.

133. Ralph W. Brown III, «A Cold War Army of Occupation», art. cit., pp. 355-366.

134. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 55.

135. General Mark Clark, *Calculated Risk*, *op. cit.,* p. 414; sobre el uso del edificio por Hitler y el mobiliario francés véase Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), *Das Buch Hitler, op. cit.*, página 113.

136. General Mark Clark, *Calculated Risk*, *op. cit.,* p. 415.

137. *Ibid*., p. 415.

138. Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik*..., *op. cit*., página 243.

139. *Ibid*., p. 255.

140. General Mark Clark, *Calculated Risk*, *op. cit.,* páginas 420-421.

141. *Ibid*., p. 432.

142. Günter Bischof, «Der Nationale Sicherheitsrat und die amerikanische Österreichspolitik im frühen Kalten Krieg», en Ableitinger *et al*. (eds.), *Österreich unter alliierter Besatzung*, *op. cit.,* pp. 112 y 116.

143. Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik*..., *op. cit*., página 243.

144. *Ibid*., pp. 49-55.

145. *Ibid*., pp. 69-71.

146. General Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche, op. cit.,* página 42.

147. *Ibid*., p. 47.

148. *Ibid*., p. 54.

149. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4...*, *op. cit.,* páginas 41-42.

150. General Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche, op. cit.,* página 55.

151. Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik...*, *op. cit*., página 371.

152. General Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche, op. cit.,* página 59.

153. *Ibid*., p. 67.

154. *Ibid*., pp. 67-68; Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4...*, *op. cit.,* p. 64; Otto von Habsburg, *Ein Kampf um Österreich, op. cit.,* pp. 72 y 75; Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control...*, *op. cit.*, p. 334.

155. Otto von Habsburg, *Ein Kampf um Österreich, op. cit.,* página 78.

156. Denys G. C. Salt, «Reminiscences of Styria», en Siegfried Beer (ed.), *Die «Britische Steiermark» 1945-1955, op. cit.,* p. 592.

Capítulo 11. La vida en las cuatro zonas

1. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., pp. 17-18.

2. James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* p. 284.

3. *Ibid*., p. 286.

4. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* páginas 97-99.

5. Ver Heinrich Böll, *Wanderer*, *kommst du nach Spa...*, Múnich, 2004; entrevista con Karl-Heinz Bohrer, noviembre de 2004; Norbert Mühlen, *L'Incroyable Famille Krupp*, París, 1961, p. 197 [Los *Krupp*, Madrid, Cid, 1966].

6. Petra Goedde, *GIs and Germans*, *op. cit*., pp. 132-134; Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* p. 149.

7. Petra Goedde, *GIs and Germans*, *op. cit*., pp. 137, 144 y 161-163.

8. Citado en Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* página 272.

9. Elisabeth Ruge (ed.), *Charlotte Gräfin von der Schulenburg..., op. cit.,* p. 94.

10. Citado en Jenny Williams, *More Lives than One, op. cit.,* página xiii.

11. Hans Borgelt, *Das war der Frühling in Berlin*, *op. cit*., p. 69; Martha Krauss, *Heimkehr in ein fremdes Land, op. cit*., páginas 56-57 y 73.

12. Ernst Jünger, *Der Friede. Ein Wort an die Jugend Europas. Ein Wort an die Jugend der Welt*, Viena, 1949, pp. 83 y 87 [*La paz*, Barcelona, Tusquets, 1996].

13. *Idem.*, *Jahre der Okkupation, op. cit.,* p. 147.

14. *Idem.*, *Der Friede...*, *op. cit.*, p. 10.

15. *Ibid*., p. 21.

16. *Ibid*., p. 16.

17. *Ibid*., p. 76.

18. Karl O. Paetel, *Ernst Jünger. Die Wandlung eines Deutschen Dichters und Patrioten*, Nueva York, 1946, p. 10.

19. Ernst von Salomon, *The Answers, op. cit.,* p. 524.

20. *Ibid*., Goronwy Rees, prólogo, p. viii.

21. *Ibid*., pp. 545-546.

22. Michael Kennedy, *Richard Strauss*, Oxford, 1995, páginas 107-112.

23. Peter Leighton-Langer, *X Steht für unbekannt, op. cit.,* página 231.

24. Hans Habe, *Im Jahre Null. Ein Beitrag zur Geschichte der deutscher Presse*, Múnich, 1966, pp. 50, 53, 70 y 79; Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen..., op. cit.,* pp. 363 y 364, n. 1.

25. Carl Zuckmayer, «Bericht über das Film und Theaterleben», art. cit.

26. Georg Stefan Troller, *Das fidele Grab an der Donau – Mein Wien 1918-1938*, Düsseldorf y Zúrich, 2004, p. 96.

27. Hans Habe, *Im Jahre Null*, *op. cit.,* pp. 119-120.

28. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, p. 1066.

29. Tisa von der Schulenburg, *Ich hab's..., op. cit.,* p. 200.

30. *Ibid*., p. 206.

31. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., pp. 158-159.

32. James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* p. 167.

33. Véase Inge Scholl, *Die Weisse Rose*, Fráncfort del Meno, 1988 [en España se publicaron *Los panfletos de la Rosa Blanca*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2006].

34. James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* p. 175.

35. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen..., op. cit.,* página 337.

36. *Ibid*., p. 363; Elisabeth Ruge (ed.), *Charlotte Gräfin von der Schulenburg..., op. cit.,* p. 65.

37. Tisa von der Schulenburg, *Ich hab's..., op. cit.,* p. 185.

38. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* p. 57.

39. *Ibid*., p. 104.

40. *Ibid*., pp. 105-106.

41. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen..., op. cit.,* página 339.

42. Brewster Chamberlain y Marcia Feldman (eds.), *The Liberation... op. cit.,* pp. 71-72; Peter Leighton-Langer, *X Steht für unbekannt, op. cit.,* p. 228.

43. Peter Leighton-Langer, *X Steht für unbekannt, op. cit.,* página 229.

44. *Ibid*., p. 230.

45. Käthe von Normann, *Ein Tagebuch aus Pommern, op. cit*., páginas 207-208.

46. James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* pp. 343-344 y 350.

47. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., p. 152.

48. Rebecca West, *The Meaning of Treason* (2.ª ed.), Londres, 1982, p. 129.

49. Abraham J. Peck, «Befreit und erneut in Lagern: jüdische DPs», art. cit., p. 205.

50. *Ibid*., p. 206.

51. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.,* vol. III, p. 1228.

52. Ruth Gay, *Safe among the Germans: Liberated Jews after World War II*, New Haven y Londres, 2002, pp. x-xi, 70 y 72.

53. Abraham J. Peck, «Befreit und erneut in Lagern: jüdische DPs», art. cit., p. 206.

54. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, p. 1229; Abraham J. Peck, «Befreit und erneut in Lagern: jüdische DPs», art. cit., p. 1132.

55. *Ibid*., *op. cit.,* vol. III, p. 206.

56. *Ibid.,* vol. III, p. 1234.

57. *Ibid*., p. 1134.

58. *Ibid*., p. 65.

59. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* páginas 111-112.

60. Reinhold Wagnleitner (ed.), *Understanding Austria..., op. cit.*, p. 131.

61. *Ibid*., p. 257.

62. Ruth Gay, *Safe among the Germans..., op. cit.,* pp. 104-105.

63. *Ibid*., pp. 59-60, 63 y 103.

64. Abraham J. Peck, «Befreit und erneut in Lagern: jüdische DPs», art. cit., p. 207.

65. Ruth Gay, *Safe among the Germans..., op. cit.,* p. 56; Abraham J. Peck, «Befreit und erneut in Lagern: jüdische DPs», art. cit., p. 208.

66. Ben Shepherd, *After Daybreak, op. cit.,* p. 44.

67. *Ibid*., p. 71.

68. *Ibid*., p. 72.

69. *Ibid*., p. 92.

70. *Ibid*., p. 116.

71. *Ibid*., pp. 118 y 133.

72. *Ibid*., p. 134.

73. Abraham J. Peck, «Befreit und erneut in Lagern: jüdische DPs», art. cit., p. 206.

74. Ruth Gay, *Safe among the Germans..., op. cit.,* p. 68; Abraham J. Peck, «Befreit und erneut in Lagern: jüdische DPs», art. cit., p. 209.

75. Ruth Gay, *Safe among the Germans..., op. cit.,* pp. 81 y 83.

76. *Ibid*., pp. 86-87 y 96-97.

77. *Ibid*., p. 89.

Capítulo 12: La culpa

1. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen..., op. cit.,* página 330.

2. *Ibid*., pp. 332 y 334.

3. Käthe von Normann, *Ein Tagebuch aus Pommern, op. cit*., página 61.

4. James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* p. 307.

5. Ernst Jünger, *Jahre der Okkupation, op. cit.,* p. 130.

6. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* páginas 72 y 74.

7. Karl Jaspers, *Die Schuldfrage. Für Völkermord gibt es keine Verjährung*, Heidelberg, 1946, p. 13 [*El problema de la culpa: sobre la responsabilidad política de Alemania*, Barcelona, Paidós, 1998].

8. Karl Jaspers, *Die Schuld-frage...*, *op. cit.*, p. 19.

9. *Ibid*.

10. Citado en Susanne Kirkbright, *Karl Jaspers, op. cit.,* páginas 141 y 193.

11. *Ibid*., pp. 195 y 197; citado en Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* p. 245; Karl Jaspers, *Die Schuldfrage..., op. cit.,* pp. 28-29.

12. Norbert Trippen, *Joseph Cardinal Frings (1887-1978). Sein Wirken für das Erzbistum Köln und für die Kirche in Deutschland*, Paderborn, Múnich, Viena y Zúrich, 2003, p. 132.

13. *Ibid*., p. 142.

14. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* p. 76; conversación con Karl-Heinz Bohrer, 12 de enero de 2005.

15. Susanne Kirkbright, *Karl Jaspers, op. cit.,* p. 190.

16. James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* pp. 79-81.

17. Entrevista con Karl-Heinz Bohrer, noviembre de 2004.

18. Robert H. Abzug, *Inside the Vicious Heart, op. cit.,* página x.

19. *Ibid*.

20. *Ibid*., pp. 134-137.

21. *Ibid*., pp. 128-132; Ladislas Farago, *The Last Days of Patton, op. cit.,* p. 58.

22. Ben Shepherd, *After Daybreak, op. cit.,* pp. 74-77.

23. James F. Tent, *Mission on the Rhine: Reeducation and Denazification in American Occupied Germany*, Chicago y Londres, 1982, pp. 11 y 14.

24. Edward N. Peterson, *The American Occupation of Germany: Retreat to Victory*, Detroit, 1977, pp. 115 y 159; Frank M. Buscher, *The US. War Crimes Trial Program in Germany*, *1946-1955*, Nueva York, Westport y Londres, 1989, p. 19.

25. R. F. Keeling, *Gruesome Harvest*, *op. cit.,* p. 35.

26. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen..., op. cit.,* página 324.

27. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 82.

28. James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* p. 120.

29. Justus Fürstenau, *Entnazifizierung. Ein Kapitel deutscher Nachkriegspolitik*, Neuwied y Berlín, 1969, p. 25.

30. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen..., op. cit.,* página 339.

31. Ernst Jünger, *Jahre der Okkupation, op. cit.,* p. 153.

32. Patricia Meehan, *A Strange Enemy People, op. cit.,* página 116.

33. Martha Krauss, *Heimkehr in ein fremdes Land, op. cit*., página 51.

34. Emmy Goering, *My Life with Goering*, Londres, 1972, p. 142 [*Göring, mi marido*, Valladolid, Galland Books, 2009].

35. Margret Boveri, *Der Verrat im XX. Jahrhundert – für und gegen die Nation*, Hamburgo, 1956, p. 14.

36. John Dos Passos, *Tour of Duty*, *op. cit.,* pp. 253-254.

37. Giles MacDonogh, *A Good German..., op. cit.,* p. 71; véase también R. G. S. Weber, *The German Student Corps in the Third Reich*, Londres, 1986.

38. Victor Gollancz, *In Darkest Germany*, *op. cit.,* p. 103.

39. Giles MacDonogh, *Prussia*, *op. cit.,* pp. 192-193; Hansgeorg Model, *Der deutsche Generalstabsoffizier. Seine Auswahl und Ausbildung in Reichswehr*, *Wehrmacht und Bundeswehr*, Fráncfort del Meno, 1968, pp. 135-139.

40. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen..., op. cit.,* páginas 326 n. 1 y 333.

41. Franz zu Sayn-Wittgenstein, *Streifzüge..., op. cit.,* página 166.

42. Edward N. Peterson, *The American Occupation of Germany, op. cit.,* pp. 174 y 216; James F. Tent, *Mission on the Rhine, op. cit.,* p. 51.

43. James F. Tent, *Mission on the Rhine, op. cit.,* pp. 54-55.

44. John Dos Passos, *Tour of Duty*, *op. cit.,* p. 273.

45. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., pp. 26-28.

46. Patricia Meehan, *A Strange Enemy People, op. cit.,* p. 104.

47. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, pp. 328-329; Timothy R. Vogt, *Denazification in Soviet-Occupied Germany 1945-1948*, Cambridge, Mass. y Londres, 2000, pp. 7-8.

48. Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control..., op. cit.*, p. 174.

49. Tom Bower, *Blind Eye to Murder*, *op. cit.,* pp. 182-183 y 221; Wolfgang Krüger, *Entnazifiziert!: Zur Praxis der politischen Säuberung in Nordrhein-Westfalen*, Wuppertal, 1982, pp. 14-15.

50. Timothy R. Vogt, *Denazification in Soviet-Occupied Germany..., op. cit*, pp. 2-3 y 71.

51. Wolfgang Krüger, *Entnazifiziert!, op. cit.,* p. 11.

52. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., pp. 112-113.

53. Elisabeth Ruge (ed.), *Charlotte Gräfin von der Schulenburg..., op. cit.,* p. 91.

54. *Ibid*., pp. 91-92.

55. John Dos Passos, *Tour of Duty*, *op. cit.,* pp. 251-252.

56. *Ibid*., p. 309.

57. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* pp. 140-141; «Jugend in Niemandsland», art. cit.

58. Franz von Papen, *Memoirs*, Londres, 1952, pp. 577-578.

59. Lutz Schwerin von Krosigk, *Memoiren*, *op. cit.,* páginas 261-262.

60. Emmy Goering, *My Life with Goering, op. cit.,* p. 168.

61. Nike Wagner, *The Wagners – The Dramas of a Musical Dynasty*, Londres, 2000, p. 226.

62. Brigitte Hamann, *Winifred Wagner, op. cit.,* p. 403; Spotts, *Bayreuth*, p. 199.

63. Brigitte Hamann, *Winifred Wagner, op. cit.,* pp. 406 y 408.

64. *Ibid*., pp. 410-411.

65. Franz Endler, *Herbert von Karajan: My Autobiography*, Londres, 1989, p. 46.

66. Klaus Lang, *«Lieber Herr Celibidache...», op. cit.,* páginas 48-50.

67. *Ibid*., p. 58.

68. Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., pp. 127-128.

69. Edward N. Peterson, *Russian Commands..., op. cit.,* páginas 84-85.

70. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, pp. 46-47.

71. *Ibid*., p. 102.

72. *Ibid*., pp. 130 y 141.

73. *Ibid*., p. 433; vol. II, p. 624.

74. *Ibid*., pp. 224-225.

75. Edward N. Peterson, *The American Occupation of Germany, op. cit.,* p. 93.

76. Frank M. Buscher, *The US. War Crimes Trial Program in Germany, op. cit.,* pp. 49 y 60.

77. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., pp. 206-210.

78. Reinhold Wagnleitner (ed.), *Understanding Austria..., op. cit.*, pp. 98-100.

79. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* página 110.

80. Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik...*, *op. cit*., páginas 147-148.

81. *Ibid*., pp. 209 y 243.

82. *Ibid*., pp. 109 y 112.

83. *Ibid*., pp. 152, n. 1 y 153.

84. *Ibid*., p. 390.

85. General Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche, op. cit.,* página 120.

86. Richard Dove, prólogo a Bearman *et al.*, *Wien-London*, página 11.

87. Reinhold Wagnleitner (ed.), *Understanding Austria..., op. cit.*, pp. 115-117.

88. Blake Baker, «Zur Arbeit der Field Security Service im Steirischen Grenzland», en Siegfried Beer (ed.), *Die «Britische Steiermark» 1945-1955, op. cit.,* p. 608.

89. Siegfried Beer, «Die Briten...», art. cit., pp. 130-131.

90. *Ibid*., p. 122.

91. Siegfried Beer, «Die Besatzungsmacht Grossbritannien...», art. cit., pp. 65, n. y 67.

92. Siegfried Beer, «Die Briten...», art. cit., pp. 122-123.

93. *Ibid*., p. 125.

94. Wolfgang Muchitsch, «Das Volksgericht Graz», en Siegfried Beer (ed.), *Die «Britische Steiermark» 1945-1955, op. cit.,* página 43.

95. Siegfried Beer, «Die Briten...», art. cit., p. 153.

96. Lorenz Jäger, *Adorno – Eine politische Biographie*, Múnich, 2003, p. 223.

97. Victor Gollancz, *In Darkest Germany*, *op. cit.,* pp. 18-19.

98. Victor Gollancz, *Leaving them to their Fate: The Ethics of Starvation*, Londres, 1946, p. 4.

99. *Ibid*., pp. 5-6, 12 y 18.

100. Alan Bullock, *Ernest Bevin, op. cit.,* p. 265.

101. Victor Gollancz, *In Darkest Germany*, *op. cit.,* p. 24.

102. *Ibid*., p. 18.

103. *Ibid*., pp. 14-15 y 17.

104. Alfred Döblin, *Schicksalsreise..., op. cit.,* p. 415.

105. Victor Gollancz, *In Darkest Germany*, *op. cit.,* p. 11.

106. *Ibid*., p. 12.

107. *Ibid*., pp. 23-24

108. *Ibid*., pp. 38-39.

109. *Ibid*., pp. 53-57.

110. *Ibid*., p. 64.

111. *Ibid*., pp. 66-67.

112. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* p. 72.

113. Victor Gollancz, *In Darkest Germany*, *op. cit.,* p. 29.

114. *Ibid*., pp. 13-14.

115. Ernst Jünger, *Jahre der Okkupation, op. cit.,* p. 240.

116. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, pp. 151-152, 161, 166, 179 y 207.

117. *Ibid*., p. 212.

118. Victor Gollancz, *In Darkest Germany*, *op. cit.,* p. 74.

119. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, pp. 264-265.

120. Willi A. Boelcke, *Der Schwarzmarkt 1945-1948, op. cit.,* páginas 35-36.

121. *Ibid*., p. 164; Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., página 137.

122. Willi A. Boelcke, *Der Schwarzmarkt 1945-1948, op. cit.,* páginas 48-54, 59-60 y 64.

123. *Ibid*., pp. 60, 65-66 y 70; Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., p. 159.

124. Carl Zuckmayer, «Deutschland, Sommer 1948: Jüngstes Gericht oder Stunde Null?», en *Deutschlandbericht...*, *op. cit.*

125. Norbert Trippen, *Joseph Cardinal Frings (1887-1978), op. cit*., p. 251.

126. *Ibid*., pp. 174-175.

127. Patricia Meehan, *A Strange Enemy People, op. cit.,* página 240.

128. Paul Dahm, *Joseph Kardinal Frings*, *Erzbischof von Köln*, Múnich, 1957, pp. 4-5.

129. *Ibid*., pp. 21-22.

130. Citado en *ibid*., p. 22.

131. Petra Goedde, *GIs and Germans*, *op. cit*., pp. 43 y 45.

132. Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., pp. 21 y 54.

133. Patricia Meehan, *A Strange Enemy People, op. cit.,* páginas 41-42.

134. Arthur Radley, «The British Military Government in Steiermark...», art. cit., p. 583.

135. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, p. 29.

136. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen..., op. cit.,* p. 332; George Clare, *Berlin Days, op. cit*., pp. 34 y 55.

137. Petra Goedde, *GIs and Germans*, *op. cit*., pp. 44; Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* p. 286; George Clare, *Berlin Days, op. cit*., pp. 16, 55 y 60.

138. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., p. 54.

139. *Ibid*., pp. 17-18.

140. Willi A. Boelcke, *Der Schwarzmarkt 1945-1948, op. cit.,* p. 82; James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* p. 273.

141. James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* p. 286.

Capítulo 13. El mercado negro

1. Christian von Krockow, *The Hour of the Women, op. cit.,* pp. 167 y 169; Heinrich Böll, *Als der Krieg zu Ende war*, *op. cit.*

2. Franz zu Sayn-Wittgenstein, *Streifzüge..., op. cit.,* página 171.

3. Heinrich Böll, «Wanderer, kommst du nach Spa...», en sus *Erzählungen*, Múnich, 1997, pp. 14-15.

4. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 192.

5. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, pp. 335-336.

6. *Ibid*., pp. 211-213.

7. James Stern, *The Hidden Damage*, *op. cit.,* pp. 130-135.

8. *Ibid*., p. 68.

9. Petra Goedde, *GIs and Germans*, *op. cit*., p. 122.

10. Willi A. Boelcke, *Der Schwarzmarkt 1945-1948, op. cit.,* página 6.

11. Hans Habe, *In American Uniform*, citado en *Ibid*., página 123.

12. *Ibid*., p. 12.

13. Carl Zuckmayer, «Jugend in Niemandsland», art. cit.

14. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* p. 142.

15. *Ibid*., p. 152.

16. Willi A. Boelcke, *Der Schwarzmarkt 1945-1948, op. cit.,* páginas 76-78.

17. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 119.

18. Ernst Jünger, *Jahre der Okkupation, op. cit.,* pp. 235-236.

19. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* pp. 143-149.

20. *Ibid*., p. 155.

21. Cullen, *Reichstag*, pp. 399-401.

22. Willi A. Boelcke, *Der Schwarzmarkt 1945-1948, op. cit.,* páginas 92 y 94-95.

23. *Ibid*., p. 102.

24. *Ibid*., p. 170.

25. Leonard Mosely, *Report From Germany, op. cit.,* páginas 46-47, 55 y 80-81.

26. John Dos Passos, *Tour of Duty*, *op. cit.,* p. 260; Willi A. Boelcke, *Der Schwarzmarkt 1945-1948, op. cit.,* p. 164.

27. Willi A. Boelcke, *Der Schwarzmarkt 1945-1948, op. cit.,* páginas 206-207.

28. Elena Skriabina, *The Allies on the Rhine, op. cit.,* p. 81.

29. Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., pp. 84-85.

30. Gregory Klimov, *The Terror Machine, op. cit.,* p. 178.

31. *Ibid*., pp. 128, 134 y 160.

32. Patricia Meehan, *A Strange Enemy People, op. cit.,* páginas 116 y 130.

33. Gerhard Keiderling, «Der Al Capone vom Alexanderplatz», en www.luise-berlin.de

Capítulo 14. Dedos largos

1. Konstantin Akinscha y Grigori Koslow, *Beutekunst – Auf Schatzsuche in russischen Geheimdepots*, Múnich, 1995, páginas 61 y 68.

2. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, pp. 68, 84 y 268; R. F. Keeling, *Gruesome Harvest*, *op. cit.,* p. 40.

3. Konstantin Akinscha y Grigori Koslow, *Beutekunst..., op. cit.,* pp. 24 y 97-100.

4. *Ibid*., pp. 103-105.

5. *Ibid*., pp. 94-95 y 113-115.

6. *Ibid.,* pp. 112-113 y 116.

7. Véase también Giles MacDonogh, prólogo del traductor a Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), *The Hitler Book*, Londres, 2005.

8. Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), *Das Buch Hitler, op. cit.*, epílogo, pp. 462-478 y ss.

9. Konstantin Akinscha y Grigori Koslow, *Beutekunst..., op. cit.,* pp. 95 y 122-123.

10. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 33.

11. Konstantin Akinscha y Grigori Koslow, *Beutekunst..., op. cit.,* pp. 126-127.

12. *Ibid*., pp. 129-133; A. A. Löwenthal, «Der Hitler-Affe: Ein Zwischenfall in Schlesien», en *Gesammelte Schriften*, Tubinga 1965, vol. VI, pp. 636-643.

13. Giles MacDonogh, «Parlour Games», *Guardian*, 20 de diciembre de 2003. Damon de Laszlo, nieto del artista, mantiene que es dudoso que los oficiales del Ejército Rojo portaran espadas, y es posible que el daño sufrido por el cuadro se produjera por otros medios. Por lo demás, sabemos que los rusos llevaban todo tipo de armas como trofeos.

14. Konstantin Akinscha y Grigori Koslow, *Beutekunst..., op. cit.,* pp. 106-109, y las visitas del autor a Rheinsberg.

15. *Ibid*., pp. 145-148.

16. *Ibid*., p. 151. Akinscha y Koslow dan a Rudolf el nombre de Robert. Véase Sophie Lillie, *Was einmal war: Handbuch der enteigneten Kunstsammlungen Wiens*, Viena, 2003, pp. 439-442 y 463-465.

17. Konstantin Akinscha y Grigori Koslow, *Beutekunst..., op. cit.,* pp. 136, 138-139 y 172-176.

18. *Ibid*., pp. 160-161.

19. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit*., páginas 167-168.

20. Konstantin Akinscha y Grigori Koslow, *Beutekunst..., op. cit.,* p. 167; Giles MacDonogh, «Vichy's last stand: a prince's story», *Financial Times*, 5 de octubre de 1996 (entrevista con Friedrich Wilhelm, príncipe de Hohenzollern) y *Frederick the Great*, *op. cit*., p. 8; véase E. Grosetti y M. Matronola, *Il bombardimento di Monte Cassino*, *diario di Guerra*, Montecassino, 1997.

21. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, p. 232.

22. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* página 173.

23. Franz zu Sayn-Wittgenstein, *Streifzüge..., op. cit.,* páginas 156-157.

24. John Dos Passos, *Tour of Duty*, *op. cit.,* p. 273; R. F. Keeling, *Gruesome Harvest*, *op. cit.,* p. 40; Douglas Botting, *In the Ruins of the Reich*, *op. cit.,* p. 16.

25. Franz zu Sayn-Wittgenstein, *Streifzüge..., op. cit.,* páginas 187-188.

26. *Ibid*., pp. 182-184.

27. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* p. 107.

28. Patricia Meehan, *A Strange Enemy People, op. cit.,* páginas 119, 121 y 125.

29. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., pp. 28-29.

30. Patricia Meehan, *A Strange Enemy People, op. cit.,* páginas 210-211.

31. Michel Bar-Zohar, *The Hunt for German Scientists, op. cit.,* página 132.

32. Franz Kurowski, *Alliierte Jagd auf deutsche Wissenschaftler. Das Unternehmen Paperclip*, Múnich, 1982, p. 8.

33. Michel Bar-Zohar, *The Hunt for German Scientists, op. cit.,* p. 10.

34. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 149.

Capítulo 15. «¿Dónde están nuestros hombres?»

1. Arthur L. Smith, *«Die vermisste Million» – Zur Schicksal deutscher Kriegsgefangener nach dem Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 1992, p. 10.

2. Wolfgang Benz y Angelika Schardt (eds.), *Kriegsgefangenschaft: Berichte über das Leben in Gefangenlagern der Alliierten von Otto Engelbert*, *Kurt Glaser*, *Hans Johnitz und Heinz Pust*, Múnich, 1991, p. 7.

3. Arthur L. Smith, *«Die vermisste Million»..., op. cit*., p. 20; Kurt W. Böhme y Helmut Wolf, *Aufzeichnungen über die Kriegsgefangenschaft im Westen*, Múnich, 1973, p. xiii.

4. *Ibid*., p. xiv.

5. Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., p. 5; Arthur L. Smith, *«Die vermisste Million»..., op. cit*., pp. 18 y 21.

6. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* p. 41.

7. Wolfgang Benz y Angelika Schardt (eds.), *Kriegsgefangenschaft*..., *op. cit.,* p. 7.

8. Kurt. W. Böhme y Helmut Wolf, *Aufzeichnungen...*, *op cit.*, p. xiv.

9. Lorenz Jäger, *Adorno, op. cit.,* p. 224.

10. Arthur L. Smith, *«Die vermisste Million»..., op. cit*., páginas 57, 62 y 63, n. 29.

11. Wolfgang Benz y Angelika Schardt (eds.), *Kriegsgefangenschaft*..., *op. cit.,* p. 8.

12. Alfred M. de Zayas, *Nemesis at Potsdam, op. cit.,* página xxv.

13. *Ibid*., pp. 8-9.

14. *Ibid*., p. 10; Erich Maschke (ed.), *Zur Geschichte des Deutschen Kriegsgefangenen des Zweiten Weltkrieges*, vol. XV: *Die deutschen Kriegsgefangenen des Zweiten Weltkrieges – Eine Zusammenfassung*, Múnich, 1967, p. 35.

15. *Ibid*., p. 11.

16. Arthur L. Smith, *«Die vermisste Million»..., op. cit*., p. 9, nota 2.

17. James Bacque, *Other Losses – An Investigation into the Mass Death of German Prisoners of War after World War II*, Londres, 1991, p. 45.

18. Arthur L. Smith, *«Die vermisste Million»..., op. cit*., páginas 11 y 101.

19. Reinhold Wagnleitner (ed.), *Understanding Austria..., op. cit.*, pp. 252 y 267.

20. Wolfgang Benz y Angelika Schardt (eds.), *Kriegsgefangenschaft*..., *op. cit.,* pp. 7-8.

21. Arthur L. Smith, *«Die vermisste Million»..., op. cit*., p. 30.

22. Erich Maschke (ed.), *Die deutschen Kriegsgefangenen des Zweiten Weltkrieges – Eine Zusammenfassung, op. cit*., p. 225.

23. Kurt Glaser, «Kriegsgefangener auf drei Kontinenten», en *Ibid*., p. 202.

24. Kurt W. Böhme y Helmut Wolf, *Aufzeichnungen..., op. cit.,* página 142.

25. *Ibid*., pp. 143-144.

26. Arthur L. Smith, *«Die vermisste Million»..., op. cit*., p. 24.

27. Kurt W. Böhme y Helmut Wolf, *Aufzeichnungen..., op. cit.,* página 225.

28. Arthur L. Smith, *«Die vermisste Million»..., op. cit*., p. 25.

29. *Ibid*., p. 40, n. 13; Kurt W. Böhme y Helmut Wolf, *Aufzeichnungen..., op. cit.,* pp. 225-226.

30. Arthur L. Smith, *«Die vermisste Million»..., op. cit*., p. 37.

31. *Ibid*., pp. 43-46 y 86.

32. Arthur L. Smith, *«Die vermisste Million»..., op. cit*., p. 26.

33. Ladislas Farago, *The Last Days of Patton, op. cit.,* página 153, n.

34. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 47.

35. Ernst von Salomon, *The Answers, op. cit.,* p. 440.

36. *Ibid*., p. 442.

37. *Ibid*., p. 447.

38. *Ibid*., p. 453.

39. Hans Johnitz, «In amerikanischer und französischer Kriegsgefangenschaft», en Wolfgang Benz y Angelika Schardt (eds.), *Kriegsgefangenschaft*..., *op. cit.,* pp. 85-86.

40. Ernst von Salomon, *The Answers, op. cit.,* p. 498.

41. *Ibid*., pp. 505-506.

42. Lutz Schwerin von Krosigk, *Memoiren*, *op. cit.,* páginas 258-259.

43. Ernst von Salomon, *The Answers, op. cit.,* p. 536.

44. Lutz Schwerin von Krosigk, *Memoiren*, *op. cit.,* páginas 259 y 262.

45. Jan-Werner Müller, *A Dangerous Mind: Carl Schmitt in Post-War European Thought*, New Haven, 2003, p. 3.

46. Ernst von Salomon, *The Answers, op. cit.,* p. 541.

47. Franz von Papen, *Memoirs, op. cit.*, pp. 578-579.

48. Ernst von Salomon, *The Answers, op. cit.,* p. 542; Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* p. 25.

49. Ernst von Salomon, *The Answers, op. cit.,* pp. 543-544.

50. Webmaster Kriegsgefangener.de

51. Ian Sayer y Douglas Botting, *Hitler's Last General – The Case against Wilhelm Mohnke*, Londres, 1989, p. 265.

52. Friedrich Wilhelm von Preussen, *Das Haus Hohenzollern, op. cit.,* pp. 191-192; información del difunto príncipe Kraft zu Hohenlohe-Langenburg.

53. Herzogin Victoria Luisa, *Ein Leben als Tochter des Kaisers, op. cit.,* p. 318.

54. Franz zu Sayn-Wittgenstein, *Streifzüge..., op. cit.,* página 158.

55. Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, R. H. C. Steed (ed.), Londres, 1951, pp. 280-281; Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, p. 578.

56. Ian Sayer y Douglas Botting, *Hitler's Last General..., op. cit.,* p. 269.

57. Reginald T. Paget, *Manstein – His Campaigns and his Trial*, Londres, 1951, p. 109.

58. Ian Sayer y Douglas Botting, *Hitler's Last General..., op. cit.,* pp. 270-271 y 282.

59. Tom Bower, *Blind Eye to Murder*, *op. cit.,* p. 134.

60. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, pp. 1054-1055.

61. Andrew Gibson-Watt, *An Undistinguished...*, *op. cit*., p. 170.

62. Elisabeth Ruge (ed.), *Charlotte Gräfin von der Schulenburg..., op. cit.,* pp. 62-65.

63. *Ibid*., p. 70.

64. *Ibid*., p. 66.

65. *Ibid*., pp. 66-67.

66. Ben Shepherd, *After Daybreak, op. cit.,* p. 55.

67. Erich Maschke (ed.), *Die deutschen Kriegsgefangenen des Zweiten Weltkrieges – Eine Zusammenfassung, op. cit*., p. 210.

68. *Ibid*., p. 225.

69. David Irving, *Göring – A Biography*, Londres, 1989, p. 478 [*Göring*, Barcelona, Planeta, 1989].

70. WW2 Memories Project – Le Marchant POW Camp; Terence Prittie en: http://www.royalpioneercorps.co.uk /rpc/historygermanguns.htm

71. Peter Leighton-Langer, *X Steht für unbekannt, op. cit.,* páginas 239-242.

72. Brian Bond, «Brauchitsch», en Correlli Barnett (ed.), *Hitler's Generals*, Londres, 1990, p. 95.

73. Rowland Ryder, *Ravenstein – Portrait of a German General*, Nueva York, 1978, pp. 170-171.

74. *Ibid*., p. 171.

75. Samuel W. Mitcham, Jr., «Arnim», en Correlli Barnett (ed.), *Hitler's Generals*, *op. cit.,* p. 353.

76. Kurt W. Böhme y Helmut Wolf, *Aufzeichnungen..., op. cit.,* página xiii.

77. Ralph F. Keeling, *Gruesome Harvest*, *op. cit.,* p. 24.

78. Kurt Glaser, «Kriegsgefangener auf drei Kontinenten», art. cit., pp. 208-212, 215, 218 y 225.

79. Kurt W. Böhme y Helmut Wolf, *Aufzeichnungen..., op. cit.,* página 170.

80. *Ibid*., p. 174.

81. *Ibid*., pp. 174 y 178.

82. Kurt W. Böhme y Helmut Wolf, *Aufzeichnungen*..., *op. cit*., pp. 175 y 180-181.

83. Paul Dahm, *Joseph Kardinal Frings..., op. cit*., páginas 27-28 y 34.

84. Ian Sayer y Douglas Botting, *Hitler's Last General..., op. cit.,* pp. 90-91.

85. *Ibid*., p. 91.

86. *Ibid*., pp. 95, 190 y 265; *Document*, BBC Radio 4, 9 de enero de 2006, dedicó un programa a los torturadores británicos y mencionó a Scotland en este contexto.

87. Ian Sayer y Douglas Botting, *Hitler's Last General..., op. cit.,* p. 97.

88. Ralph F. Keeling, *Gruesome Harvest*, *op. cit.,* p. 24.

89. Patricia Meehan, *A Strange Enemy People, op. cit.,* páginas 27-28.

90. *Ibid*., p. 38.

91. *Ibid*., pp. 70, 73 y 76-77.

92. *Ibid*., p. 86.

93. *Ibid*., p. 68.

94. Ian Cobain, «The Interrogation Camp that Turned Prisoners into Living Skeletons», *The Guardian*, sábado 17 de diciembre de 2005. Agradezco a Nick Jacobs haber dirigido mi atención a este artículo; *Document*, BBC Radio 4, 9 de enero de 2006; véase también Patricia Meehan, *A Strange Enemy People, op. cit.,* pp. 82-86, quien vio los artículos mucho antes que la prensa o la BBC.

95. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, pp. 30-31.

96. Ernst von Salomon, *The Answers, op. cit.,* pp. 530-531; los sucesos están corroborados por una película conservada en los archivos estadounidenses y visionada por Jeremy Murray-Brown en julio de 1992 (documento de la web sin título).Véase también Nicholas Bethell, *The Last Secret*, Londres, 1974; Nikolái Tolstói, *Victims of Yalta, op. cit.*, y Douglas Botting, *In the Ruins of the Reich*, *op. cit.;* R. F. Keeling, *Gruesome Harvest*, *op. cit.*

97. Ernst von Salomon, *The Answers, op. cit.,* p. 534; Jeremy Murray-Brown, *op. cit*.

98. Hans Johnitz, «In amerikanischer und französischer Kriegsgefangenschaft», art. cit., p. 102.

99. Kurt W. Böhme y Helmut Wolf, *Aufzeichnungen..., op. cit.,* página 285 n.

100. Kurt W. Böhme y Helmut Wolf, *Aufzeichnungen..., op. cit.,* p. xiii; Arthur L. Smith, *«Die vermisste Million»..., op. cit*., p. 31.

101. Arthur L. Smith, *«Die vermisste Million»..., op. cit*., p. 32; Erich Maschke (ed.), *Die deutschen Kriegsgefangenen des Zweiten Weltkrieges – Eine Zusammenfassung, op. cit*., p. 197.

102. Erich Maschke (ed.), *Die deutschen Kriegsgefangenen des Zweiten Weltkrieges – Eine Zusammenfassung, op. cit*., página 226.

103. Ernst von Salomon, *The Answers, op. cit.,* p. 362.

104. Hans Johnitz, «In amerikanischer und französischer Kriegsgefangenschaft», art. cit., p. 102.

105. Kurt W. Böhme y Helmut Wolf, *Aufzeichnungen..., op. cit.,* página 427.

106. *Ibid*., p. 427, es un caso distinto.

107. *Ibid*., p. 391.

108. *Ibid*., pp. 102 y 114.

109. *Ibid*., pp. 275, 279 y 282.

110. *Ibid*., pp. 284 y 290.

111. *Ibid*., pp. 290-294; *The Progressive*, 14 de enero de 1946, citado en R. F. Keeling, *Gruesome Harvest*, *op. cit.,* p. 21.

112. Kurt W. Böhme y Helmut Wolf, *Aufzeichnungen..., op. cit.,* página 291.

113. *Ibid*., p. 217.

114. *Ibid*., pp. 223-224.

115. *Ibid*., pp. 219-222.

116. *Ibid*., pp. 251-255.

117. Erich Maschke (ed.), *Die deutschen Kriegsgefangenen des Zweiten Weltkrieges – Eine Zusammenfassung, op. cit*., página 226.

118. R. F. Keeling, *Gruesome Harvest*, *op. cit.,* p. 18.

119. Erich Maschke (ed.), *Die deutschen Kriegsgefangenen des Zweiten Weltkrieges – Eine Zusammenfassung, op. cit*., página 224.

120. *Ibid*., pp. 196-197.

121. Christian von Krockow, *The Hour of the Women, op. cit.,* página 202.

122. Herzogin Victoria Luisa, *Ein Leben als Tochter des Kaisers, op. cit.,* pp. 324-325.

123. Samuel W. Mitcham, Jr., «Kleist», en Correlli Barnett (ed.), *Hitler's Generals*, *op. cit.,* p. 259.

124. Samuel W. Mitcham, Jr., «Kleist», en Correlli Barnett (ed.), *Hitler's Generals*, *op. cit.,* p. 260.

125. Ian Sayer y Douglas Botting, *Hitler's Last General..., op. cit.,* p. 236.

126. *Ibid*., p. 317.

127. Heinz Pust, «Als Kriegsgefangener in der Sowjetunion. Erinerungen 1945-1953», en Wolfgang Benz y Angelika Schardt (eds.), *Kriegsgefangenschaft ..., op. cit.,* pp. 22 y 29.

128. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* páginas 180-181.

129. Heinz Pust, «Als Kriegsgefangener in der Sowjetunion...», art. cit., p. 32.

130. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, p. 331.

131. Heinz Pust, «Als Kriegsgefangener in der Sowjetunion...», art. cit., pp. 33-35.

132. *Ibid*., pp. 43-44.

133. *Ibid*., pp. 75-76.

134. *Ibid*., pp. 81-82.

135. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, pp. 789-790.

136. Erich Maschke (ed.), *Die deutschen Kriegsgefangenen des Zweiten Weltkrieges – Eine Zusammenfassung, op. cit*., p. 225.

137. *Ibid*., pp. 196-197.

138. *Ibid*.

139. *Ibid*., p. 225.

140. *Ibid*., p. 224.

141. Información de mi amigo Janez Fajfar, director general del hotel Villa Bled, quien me mostró la habitación y el escritorio de Tito. Los antiguos prisioneros de guerra regresaban a menudo para señalar a sus esposas e hijos sus retratos entre los personajes de la escena de la batalla.

142. Erich Maschke (ed.), *Die deutschen Kriegsgefangenen des Zweiten Weltkrieges – Eine Zusammenfassung, op. cit*., página 197.

143. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 88.

144. Wolfgang Borchert, *Das Gesamtwerk*, Hamburgo, 1970, página 102.

145. *Ibid*., p. 172.

Capítulo 16: Los juicios

1. Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., p. 100, n. 4; Tom Bower, *Blind Eye to Murder*, *op. cit.,* pp. 29-30.

2. Giles MacDonogh, *The Last Kaiser*, *op. cit.,* pp. 422-424; Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.,* vol. III, p. 1142.

3. Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., p. 105; Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.,* vol. III, p. 1142; algunos documentos publicados por el National Archive a finales de 2005 muestran que Churchill había sido firme partidario de la ejecución de los líderes

nazis. Quizás el hecho de que sólo se capturara al segundo escalafón del nazismo modificase sus ideas en favor de un juicio: *Sunday Times*, 1 de enero de 2006.

4. Reginald T. Paget, *Manstein..., op. cit.,* p. 139.

5. *Ibid*., 155; el texto es del alegato de la defensa presentado por Paget.

6. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.*, vol. III, p. 1145.

7. *Ibid*.

8. *Ibid*., p. 1099.

9. *Ibid*., pp. 1130-1131 y 1152.

10. Citado en R. T. Paget, *Manstein..., op. cit.,* pp. 67 y 154.

11. *Ibid*., p. 68.

12. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, p. 441.

13. Reginald T. Paget, *Manstein..., op. cit.,* pp. 86-87.

14. *Ibid*., pp. 69-70.

15. *Ibid*., p. 80.

16. Información de Ian Maxwell, quien comunicó al autor que, según le dijo su padre, se requirieron los servicios de Trevor-Roper para interrogar a los principales criminales de guerra.

17. Peter Leighton-Langer, *X Steht für unbekannt, op. cit.,* página 235.

18. *Ibid*.

19. Rebecca West, *The Meaning of Treason, op. cit.,* pp. 132-133.

20. Franz von Papen, *Memoirs, op. cit.*, p. 551.

21. Peter Padfield, *Himmler – Reichsführer SS*, Londres, 1990, p. 610 [*Himmler: el líder de la SS y la Gestapo*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006].

22. Peter Padfield, *Himmler – Reichsführer SS*, *op. cit.*, pp. 609-611; Anthony Read, *The Devil's Disciples – The Lives and Times of Hitler's Inner Circle*, Londres, 2003, pp. 914-915.

23. Willi Frischauer, *Goering*, Londres, 1950, p. 277.

24. David Irving, *Göring..., op. cit.,* pp. 465-470; Willi Frischauer, *Goering, op. cit.,* pp. 274-276.

25. David Irving, *Göring..., op. cit.,* pp. 470-471 y 478; Emmy Goering, *My Life with Goering, op. cit.,* p. 136.

26. Willi Frischauer, *Goering..., op. cit.,* p. 280.

27. Anthony Read, *The Devil's Disciples..., op. cit.,* p. 3.

28. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* p. 65.

29. Franz von Papen, *Memoirs, op. cit.,* p. 541.

30. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* p. 3.

31. David Irving, *Göring..., op. cit.,* pp. 477 y 480.

32. Franz von Papen, *Memoirs, op. cit.*, p. 563.

33. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.*, vol. III, p. 1157.

34. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* p. 37.

35. Franz von Papen, *Memoirs, op. cit.*, p. 546.

36. Karl Dönitz, *Mein Wechselvolles Leben*, Zúrich, Berlín y Fráncfort, 1968, pp. 212-214.

37. John Dos Passos, *Tour of Duty*, *op. cit.,* pp. 296-297.

38. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* p. 3.

39. Peter Padfield, *Hess – The Führer's Disciple*, Londres, 1995, páginas 303-304 y 312.

40. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.*, vol. III, p. 1156.

41. David Irving, *Göring..., op. cit.,* p. 484.

42. *Ibid*., p. 489; Franz von Papen, *Memoirs, op. cit.,* p. 574.

43. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 146.

44. John Dos Passos, *Tour of Duty*, *op. cit.,* pp. 298-299.

45. Franz von Papen, *Memoirs, op. cit.*, p. 559.

46. John Dos Passos, *Tour of Duty*, *op. cit.,* pp. 301 y 305.

47. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.,* vol. III, p. 1149.

48. David Irving, *Göring..., op. cit.,* p. 487.

49. Peter Padfield, *Hess..., op. cit.,* pp. 310-311; G. M. Gilbert, *Nuremberg Diary*, Nueva York, 1947, pp. 45-46.

50. Willi Frischauer, *Goering, op. cit.,* p. 291.

51. Willi Frischauer, *Goering, op. cit.,* p. 295; G. M. Gilbert, *Nuremberg Diary*, *op. cit.,* p. 50.

52. Ver Peter Maguire, *Law and War*, Nueva York, 2001. Agradezco a Sebastian Cody haber dirigido mi atención hacia esta obra.

53. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.,* vol. III, p. 1149; Tom Lampert, *Ein einziges Leben – Geschichten aus der NS-Zeit*, Múnich, 2003, pp. 204-229, describe a Von dem Bach como un hombre que padecía dolencias psicosomáticas debido a las exigencias que le planteaba Himmler.

54. Irving hizo esta afirmación en *The Reichsmarschall's Table*, BBC Radio 4, 15 de marzo de 2005, programa escrito y presentado por Giles MacDonogh y producido por Dennis Sewell.

55. David Irving, *Göring..., op. cit.,* pp. 492-493; Willi Frischauer, *Goering, op. cit.,* p. 292; Walter Görlitz, «The Desk Generals – Keitel, Jodl and Warlimont», en Correlli Barnett (ed.), *Hitler's Generals*, *op. cit.,* pp. 153-154.

56. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* p. 13.

57. Franz von Papen, *Memoirs, op. cit.,* pp. 551-553.

58. Willi Frischauer, *Goering, op. cit.,* p. 296.

59. Franz von Papen, *Memoirs, op. cit.*, p. 565.

60. David Irving, *Göring..., op. cit.,* p. 495; Willi Frischauer, *Goering, op. cit.,* p. 297.

61. Willi Frischauer, *Goering, op. cit.,* p. 295; Anthony Read, *The Devil's Disciples..., op. cit.,* p. 9.

62. Willi Frischauer, *Goering, op. cit.,* p. 297.

63. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.,* vol. III, p. 1136.

64. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* p. 52.

65. *Ibid*., p. 45.

66. *Ibid*., p. 499.

67. Elena Skriabina, *The Allies on the Rhine, op. cit.,* p. 77.

68. Helmuth Auerbach, «Que faire de l'Allemagne», en Klaus Manfrass y Jean-Pierre Rioux (eds.), *France-Allemagne 1944-1947, op. cit.,* p. 293.

69. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* p. 4.

70. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 147.

71. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.,* vol. III, p. 1151.

72. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.,* pp. 11 y 14.

73. Werner Maser, *Nürnberg*, *Tribunal der Sieger*, Múnich y Zúrich, 1979, p. 7; Anthony Read, *The Devil's Disciples..., op. cit.,* p. 923.

74. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* p. 11.

Capítulo 17. Los peces chicos

1. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, p. 247 y n. 3; Frank M. Buscher, *The US. War Crimes Trial Program in Germany, op. cit.,* p. 30.

2. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, p. 420.

3. Werner Maser, *Nürnberg...*, *op. cit.,* pp. 434-442.

4. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* página 26.

5. *Ibid*., p. 32.

6. *Ibid*., p. 35.

7. Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), *Das Buch Hitler, op. cit.*, p. 236.

8. Norbert Mühlen, *L'Incroyable Famille Krupp*, *op. cit.,* página 195.

9. *Ibid*., p. 200.

10. Hans Laternser, *Verteidigung deutscher Soldaten: Plädoyers von Alliierten Gerichten*, Bonn, 1950, pp. 111, 126, 146-147 y 153.

11. *Ibid*., p. 339.

12. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, pp. 262 y 310.

13. Norbert Mühlen, *L'Incroyable Famille Krupp*, *op. cit.,* página 213.

14. *Ibid*., p. 220.

15. *Ibid*., p. 214.

16. Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons, op. cit.,* p. 343.

17. Carl Haensel, *Das Gericht vertagt sich. Tagebuch eines Verteidigers bei den Nürnberger Prozessen*, Wiesbaden y Múnich, 1980, p. 17.

18. Margret Boveri, *Der Diplomat vor Gericht*, Berlín y Hanóver, 1948, p. 44.

19. Richard von Weizsäcker, *Vier Zeiten: Erinnerungen, op. cit.,* p. 119; Margret Boveri, *Der Diplomat vor Gericht*, *op. cit.,* p. 18.

20. Richard von Weizsäcker, *Vier Zeiten: Erinnerungen, op. cit.,* página 121.

21. Margret Boveri, *Der Diplomat vor Gericht, op. cit.,* páginas 17-18.

22. *Ibid*., p. 29.

23. Richard von Weizsäcker, *Vier Zeiten: Erinnerungen, op. cit.,* página 122.

24. Margret Boveri, *Der Diplomat vor Gericht, op. cit.,* p. 17.

25. Richard von Weizsäcker, *Vier Zeiten: Erinnerungen, op. cit.,* p. 122; Margret Boveri, *Der Diplomat vor Gericht, op. cit.,* página 18.

26. Richard von Weizsäcker, *Vier Zeiten: Erinnerungen, op. cit.,* páginas 125-126.

27. Reginald T. Paget, *Manstein..., op. cit.,* p. 171.

28. *Ibid*., pp. 169-172. Hay que decir que este tipo de argumento ha sido siempre muy del agrado de los revisionistas, y que en la página web de David Irving se cita y elogia a Paget por decir que la cifra de seis millones de judíos asesinados era incorrecta; Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, *op. cit.,* vol. III, p. 1158.

29. Earl F. Ziemke, «Rundstedt», en Correlli Barnett (ed.), *Hitler's Generals*, *op. cit.,* p. 201.

30. Véase Ben Shepherd, *After Daybreak, op. cit.,* páginas 166-175.

31. Carl Tighe, *Gdansk*..., *op. cit*., p. 201.

32. Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), *Das Buch Hitler, op. cit.*, pp. 238-239; Giles MacDonogh, *Prussia*, *op. cit.,* p. 376.

33. Reginald T. Paget, *Manstein..., op. cit.,* p. 77.

34. *Ibid*., pp. 78-79.

35. Shelford Bidwell, «Kesselring», en Correlli Barnett (ed.), *Hitler's Generals*, *op. cit.,* p. 288.

36. Paul Berber, *Dachau, op. cit.*, p. 200.

37. Ian Sayer y Douglas Botting, *Hitler's Last General..., op. cit.,* página 278.

38. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, pp. 1041-1043.

39. Frank M. Buscher, *The US War Crimes Trial Program in Germany, op. cit.,* p. 38.

40. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, pp. 880-881 y 889.

41. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers..., op. cit.,* p. 1007; Robert Wistrich, *Who's Who in Nazi Germany*, Londres, 1995, páginas 142-143.

42. Ian Sayer y Douglas Botting, *Hitler's Last General..., op. cit.,* p. 283; Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, p. 671.

43. Ian Sayer y Douglas Botting, *Hitler's Last General..., op. cit.,* pp. 91-92.

44. *Ibid*., p. 183 n.

45. *Ibid*., p. 226.

46. *Ibid*.

47. Brigitte Hamann, *Winifred Wagner, op. cit.,* pp. 420-421.

48. *Ibid*., pp. 423-425.

49. *Ibid*., pp. 428-429.

50. *Ibid*., p. 438.

51. *Ibid*., p. 352.

52. *Ibid*., p. 345.

53. *Ibid.*, pp. 356-358.

54. Justus Fürstenau, *Entnazifizierung, op. cit*., p. 231.

55. Werner Maser, *Nürnberg...*, *op. cit.,* p. 433; Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons, op. cit.,* p. 344.

Capítulo 18. Iniciativas de pacificación en Potsdam

1. Hanna Grisebach, citada en Inge Hoeftmann y Waltraud Noack (eds.), *Potsdam in alten und neuen Reisebeschreibungen*, Düsseldorf, 1992, p. 226.

2. Hanna Grisebach, *Potsdamer Tagebuch*, con un epílogo de Hilde Domin, Heidelberg, 1974, p. 23.

3. *Ibid*., p. 22.

4. *Ibid*., p. 48.

5. *Ibid*., pp. 29 y 32.

6. Inge Hoeftmann y Waltraud Noack (eds.), *Potsdam..., op. cit.,* p. 235.

7. Hanna Grisebach, *Potsdamer Tagebuch*, *op. cit*., p. 35.

8. *Ibid*., pp. 38-39.

9. *Ibid*., p. 44.

10. G. Zhúkov, *Reminiscences...*, *op. cit.*, vol. II, p. 438.

11. Véase Ingeborg Fleischhauer, *Die Chance des Sonderfriedens: Deutsch-sowjetische Geheimgespräche 1941-1945*, Berlín, 1986; Hugh Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler* (7.ª ed.), Londres, 1995, p. 29 [*Los últimos días de Hitler*, Barcelona, Alba, 2000]; Giles MacDonogh, prólogo del traductor a Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), *The Hitler Book*, *op. cit.,* p. xx.

12. Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), *Das Buch Hitler, op. cit*, en particular el epílogo del editor, pp. 495-496.

13. G. Zhúkov, *Reminiscences...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 429 y 453.

14. *Ibid*., p. 430.

15. *Ibid*., p. 435.

16. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, p. 17.

17. G. Zhúkov, *Reminiscences...*, *op. cit.*, vol. II, p. 433.

18. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, p. 19.

19. Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control..., op. cit.*, p. 39.

20. John W. Young, *France, the Cold War and the Western Alliance, op. cit.,* p. 61.

21. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, pp. 18 y 21; Alan Bullock, *Ernest Bevin, op. cit.,* p. 17.

22. G. Zhúkov, *Reminiscences...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 434 y 437.

23. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen..., op. cit.,* páginas 331 y 334.

24. Alan Bullock, *Ernest Bevin, op. cit.,* p. 17.

25. Henry H. Adams, *Harry Hopkins*, Nueva York, 1977, página 391.

26. Averell Harriman, prólogo a *Harry Hopkins*, *op. cit*., página 19.

27. G. Zhúkov, *Reminiscences...*, *op. cit.*, vol. II, p. 440.

28. Henry H. Adams, *Harry Hopkins*, *op. cit.,* p. 392.

29. *Ibid*., p. 382.

30. *Ibid*., p. 377.

31. Klaus-Dietmar Henke, «Der Weg nach Potsdam», art. cit., páginas 57-59.

32. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, pp. 22-24.

33. Klaus-Dietmar Henke, «Der Weg nach Potsdam», art. cit., pp. 52-53; Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* p. 146.

34. Klaus-Dietmar Henke, «Der Weg nach Potsdam», art. cit., página 54.

35. Konstantin Akinscha y Grigori Koslow, *Beutekunst, op. cit.,* páginas 99-100.

36. Petra Goedde, *GIs and Germans*, *op. cit*., pp. 11-12.

37. Citado en Margret Boveri, *Tage des Überlebens, op. cit.,* páginas 157 y 170.

38. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, pp. 50-51.

39. Alexandra Ritchie, *Faust's Metropolis, op. cit.,* p. 629, donde se mencionan los geranios; Harry S. Truman, *Memoirs*, 2 vols. [*Memorias*, Cerdanyola, Argos Vergara, 1957], vol. I: *1945*, *Years of Decisions*, Londres, 1955, p. 268, las demás plantas.

40. Zhúkov en Inge Hoeftmann y Waltraud Noack (eds.), *Potsdam..., op. cit.,* p. 240.

41. G. Zhúkov, *Reminiscences...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 441-443.

42. Hanna Grisebach, *Tagebuch*, *op. cit*., pp. 49-50.

43. G. Zhúkov, *Reminiscences...*, *op. cit.*, vol. II, p. 441.

44. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, p. 258.

45. *Ibid*., p. 262.

46. Curtis F. Morgan, Jr., *James F. Byrnes*, *Lucius Clay..., op. cit.,* p. 94.

47. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, pp. 265-266.

48. Truman en Inge Hoeftmann y Waltraud Noack (eds.), *Potsdam..., op. cit.,* p. 245.

49. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, p. 265.

50. Josef Foschepoth, «Potsdam und danach...», art. cit., páginas 71-72.

51. *Ibid*., pp. 72-74.

52. Truman en Inge Hoeftmann y Waltraud Noack (eds.), *Potsdam..., op. cit.,* p. 246; Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, p. 267.

53. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 85.

54. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, p. 279.

55. James F. Byrnes, *Speaking Frankly*, *op. cit*., p. 68.

56. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, p. 270.

57. *Ibid*., p. 275.

58. Hanna Grisebach, *Tagebuch*, *op. cit*., p. 47.

59. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen..., op. cit.,* p. 337; Amanda Holden, *The New Penguin Opera Guide*, Londres, 2001, p. 1037.

60. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, p. 278.

61. *Ibid*.

62. *Ibid*., pp. 281 y 285.

63. *Ibid*., p. 286; James F. Byrnes, *Speaking Frankly*, *op. cit*., pp. 68-69; Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., p. 64.

64. James F. Byrnes, *Speaking Frankly*, *op. cit*., pp. 79-80; Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, p. 293.

65. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, p. 293.

66. *Ibid*., p. 294.

67. *Ibid*.

68. *Ibid*., p. 295.

69. *Ibid*.

70. *Ibid*., p. 296.

71. Alan Bullock, *Ernest Bevin, op. cit.,* p. 24.

72. *Ibid*., p. 22.

73. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, p. 297.

74. *Ibid*., pp. 297-298.

75. *Ibid*., p. 300.

76. Alfred M. de Zayas, *Nemesis at Potsdam, op. cit.,* p. 50.

77. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, pp. 303 y 305; James F. Byrnes, *Speaking Frankly*, *op. cit*., p. 76.

78. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, pp. 315-316.

79. *Ibid*., p. 317; Alan Bullock, *Ernest Bevin, op. cit.,* página 25.

80. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, pp. 322-323.

81. Peter Weiler, *Ernest Bevin*, Manchester y Nueva York, 1993, pp. 144-145

82. *Ibid*., pp. 145-146.

83. Alan Bullock, *Ernest Bevin, op. cit.,* p. 25.

84. Peter Weiler, *Ernest Bevin, op. cit.,* pp. 147-148.

85. *Ibid*., pp. 148-149.

86. Alan Bullock, *Ernest Bevin, op. cit.,* p. 25.

87. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, p. 327.

88. G. Zhúkov, *Reminiscences...*, *op. cit.*, vol. II, p. 451.

89. Truman en Inge Hoeftmann y Waltraud Noack (eds.), *Potsdam..., op. cit.,* p. 251.

90. Hanna Grisebach, *Potsdamer Tagebuch*, *op. cit*., p. 70.

91. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, pp. 329-330.

92. Johannes Kaps (ed.), *Die Tragödie Schlesiens..., op. cit.,* página 69.

93. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, pp. 329-330.

94. *Ibid*., p. 331.

95. Alan Bullock, *Ernest Bevin, op. cit.,* p. 28; Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, p. 335.

96. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, p. 341.

97. Norman Davies y Roger Moorhouse, *Microcosm*, *op. cit.,* páginas 414-415.

98. G. Zhúkov, *Reminiscences...*, *op. cit.*, vol. II, p. 448.

99. *Ibid*., pp. 414-416.

100. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. I, p. 337.

101. *Ibid*., p. 338.

102. *Ibid*., pp. 339-340.

103. G. Zhúkov, *Reminiscences...*, *op. cit.*, vol. II, páginas 416-417.

104. John W. Young, *France, the Cold War and the Western Alliance, op. cit.,* p. 62.

105. *Ibid*., pp. 62 y 64.

106. Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., p. 60.

107. Curtis F. Morgan, Jr., *James F. Byrnes*, *Lucius Clay..., op. cit.,* p. 73.

108. George F. Kennan, *Memoirs 1925-1950, op. cit.,* páginas 258-259.

109. *Ibid*., pp. 263-266.

110. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* páginas 92 y 103.

111. Hanna Grisebach, *Potsdamer Tagebuch*, *op. cit*., p. 54.

Capítulo 19. La gran helada

1. Vojtech Mastny, *The Cold War and Soviet Insecurity, op. cit.,* p. 23.

2. *Ibid*., pp. 4 y 6.

3. John W. Young, *France, the Cold War and the Western Alliance, op. cit.,* pp. 70-71.

4. *Ibid*., p. 74.

5. Cyril Buffet, *Berlin*, *op. cit.,* p. 360; Alexandra Ritchie, *Faust's Metropolis, op. cit.,* p. 638.

6. Curtis F. Morgan, Jr., *James F. Byrnes*, *Lucius Clay..., op. cit.,* p. 207.

7. Peter Weiler, *Ernest Bevin, op. cit.,* pp. 153-154.

8. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4...*, *op. cit.,* p. 133.

9. Harry S. Truman, *Memoirs*, vol. II: *1946-1953*, *Years of Trial and Hope*, Londres 1955, p. 100.

10. George F. Kennan, *Memoirs 1925-1950, op. cit.,* p. 257.

11. George Clare, *Berlin Days, op. cit*., p. 193.

12. Peter Weiler, *Ernest Bevin, op. cit.,* p. 154.

13. George F. Kennan, *Memoirs 1925-1950, op. cit.,* p. 258.

14. Alan Bullock, *Ernest Bevin, op. cit.,* pp. 9 y 11.

15. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* página 48.

16. Peter Weiler, *Ernest Bevin, op. cit.,* p. 154.

17. George F. Kennan, *Memoirs 1925-1950, op. cit.,* páginas 253-254.

18. Ralph F. Keeling, *Gruesome Harvest*, *op. cit.,* pp. vii-viii.

19. *Ibid*., pp. 5 y 8.

20. Siegfried Beer, «Die Besatzungsmacht Grossbritannien und Österreich 1945-1949», en Ableitner et al., *Österreich unter alliierter Besatzung*, *op. cit,* p. 47.

21. James F. Byrnes, *Speaking Frankly*, *op. cit*., pp. 111-112 y 118.

22. Hermann Graml, *Die Alliierten und die..., op. cit*., páginas 165 y 182.

23. *Ibid*., pp. 48-50; David Dilks (ed.), *The Diaries of Sir Alexander Cadogan O.M.*, *1938-1945*, Londres, 1971, p. 778.

24. Josef Foschepoth, «Potsdam und danach...», art. cit., páginas 76 y 79.

25. Alan Bullock, *Ernest Bevin, op. cit.,* p. 268; Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, p. 255.

26. *Ibid*., p. 257.

27. Peter Weiler, *Ernest Bevin, op. cit.,* pp. 159-160.

28. Alan Bullock, *Ernest Bevin, op. cit.,* p. 309.

29. Curtis F. Morgan, Jr., *James F. Byrnes*, *Lucius Clay..., op. cit.,* p. 319; James F. Byrnes, *Speaking Frankly*, *op. cit*., páginas 190-191.

30. Curtis F. Morgan, Jr., *James F. Byrnes*, *Lucius Clay..., op. cit.,* p. 319.

31. *Ibid*., pp. 334-335 y 338; Peter Weiler, *Ernest Bevin, op. cit.,* pp. 160-162.

32. James F. Byrnes, *Speaking Frankly*, *op. cit*., p. 192; Paul W. Gulgowski, «The American Military Government...», art. cit., página 10.

33. Ralph F. Keeling, *Gruesome Harvest*, *op. cit.,* p. 10.

34. John Dos Passos, *Tour of Duty*, *op. cit.,* pp. 321-322.

35. Hermann Graml, *Die Alliierten und die..., op. cit*., páginas 105-107 y 109.

36. Oliver Rathkolb, «Historische Fragmente», art. cit., p. 146.

37. Alfons Gruber, *Geschichte Südtirols – Streifzüge durch das 20. Jahrhundert*, Bolzano, 2002, p. 103.

38. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 90.

39. Oliver Rathkolb (ed.), *Gesellschaft und Politik...*, *op. cit*., página 192.

40. *Ibid*., p. 406.

41. Adolf Schärf, *Österreichs Wiederaufrichtung...*, *op. cit*., página 121.

42. General Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche, op. cit.,* página 109.

43. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 90.

44. *Ibid*., p. 107.

45. Denis Mack Smith, *Modern Italy: A Political History*, New Haven y Londres, 1997, pp. 421-422.

46. Cyril Buffet, *Berlin*, *op. cit.,* pp. 366-367.

47. Norman M. Naimark, *The Russians in Germany...*, *op. cit.,* p. 90.

48. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* p. 62.

49. Dietrich Staritz, *Geschichte der DDR, op. cit.,* p. 18.

50. Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., p. 129.

51. Frank Howley, *Berlin Command*, *op. cit*., p. 10.

52. *Ibid*., p. 136.

53. Franz zu Sayn-Wittgenstein, *Streifzüge..., op. cit.,* página 174.

54. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* páginas 83-84.

55. Anónimo, *A Woman in Berlin, op. cit*., pp. 50 y 100.

56. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 105; Christabel Bielenberg, *The Past is Myself*, Londres, 1985, p. 285 [*El pasado soy yo*, Barcelona, Debate, 1989].

57. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* páginas 151-152.

58. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* p. 86.

59. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* páginas 29-31.

60. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* páginas 158-159 y 161.

61. Albert Speer, *Spandau*: *The Secret Diaries*, *op. cit*., página 34.

62. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 166.

63. Vojtech Mastny, *The Cold War and Soviet Insecurity, op. cit.,* p. 25. Sobre los planes a largo plazo de la Rusia soviética, véase Wolfgang Mueller, «Stalin and Austria: New Evidence on Soviet Policy in a Secondary Theatre of the Cold War, 1938-1953/1955», en *Cold War History*, vol. VI, n.º 1, febrero de 2006, páginas 63-84.

64. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 113.

65. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* páginas 170-171.

66. *Ibid*., pp. 172-173.

67. *Ibid*., pp. 174-176.

68. Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht...*, *op. cit.,* p. 87.

69. General Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche, op. cit.,* página 87.

70. Necrología, Josefine Hawelka, *The Times*, sábado 26 de marzo de 2005.

71. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, pp. 213, 226 y 230.

72. *Ibid*., p. 248.

73. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 182.

74. James F. Byrnes, *Speaking Frankly*, *op. cit*., p. 198.

75. General Mark Clark, *Calculated Risk*, *op. cit.,* páginas 439-442.

76. Vojtech Mastny, *The Cold War and Soviet Insecurity, op. cit.,* pp. 26-29.

77. *Ibid*., pp. 40-41.

78. Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control..., op. cit.*, p. 279.

79. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* pp. 111-112.

80. *Ibid*., p. 112.

81. *Ibid*., pp. 361-362.

82. Reinhold Wagnleitner (ed.), *Understanding Austria..., op. cit.*, pp. 401-403 y 606-607.

83. Véase Dietrich Staritz, *Geschichte der DDR, op. cit.,* página 15.

84. *Ibid*., p. 17.

85. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* páginas 186 y 198.

86. Dietrich Staritz, *Geschichte der DDR, op. cit.,* p. 18.

87. *Ibid*., p. 21.

Capítulo 20. El puente aéreo de Berlín y los comienzos de la recuperación económica

1. Alfred Döblin, *Schicksalsreise..., op. cit.,* pp. 434 y 439.

2. *Ibid*., p. 441.

3. *Ibid*., pp. 444-445.

4. *Ibid*., p. 447.

5. *Ibid*., p. 452.

6. *Ibid*., pp. 453-454.

7. Vojtech Mastny, *The Cold War and Soviet Insecurity, op. cit.,* p. 48.

8. Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., p. 224.

9. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, pp. 274, 276 y 302; Elena Skriabina, *The Allies on the Rhine, op. cit.,* pp. 82 y 95.

10. Elena Skriabina, *The Allies on the Rhine, op. cit.,* p. 114; Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 230.

11. Frank Howley, *Berlin Command*, *op. cit*., p. 186.

12. *Ibid*., p. 329.

13. Dietrich Staritz, *Geschichte der DDR, op. cit.,* p. 23.

14. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin*, *op. cit.*, página 249.

15. Elisabeth Ruge (ed.), *Charlotte Gräfin von der Schulenburg..., op. cit.,* p. 92.

16. Willy Brandt y Richard Lowenthal, *Ernst Reuter. Ein Leben für die Freiheit*, Múnich, 1957, pp. 358-360.

17. Vojtech Mastny, *The Cold War and Soviet Insecurity, op. cit.,* p. 41.

18. *Ibid*., p. 48.

19. Frank Howley, *Berlin Command*, *op. cit*., p. 177.

20. George F. Kennan, *Memoirs 1925-1950, op. cit.,* p. 420; Alan Bullock, *Ernest Bevin, op. cit.,* p. 574.

21. Alan Bullock, *Ernest Bevin, op. cit.,* p. 571.

22. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, pp. 478 y 483.

23. Vojtech Mastny, *The Cold War and Soviet Insecurity, op. cit.,* p. 50.

24. *Ibid*., p. 49.

25. Alan Bullock, *Ernest Bevin, op. cit.,* pp. 566 y 573; Hermann Graml, *Die Alliierten und die..., op. cit*., p. 199.

26. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. I, pp. 201 y 206.

27. *Ibid*., vol. II, pp. 567 y 612.

28. Citado en Ann y John Tusa, *The Berlin Blockade. Berlin in 1948. The Year the Cold War Threatened to Become Hot*, Londres, 1989, p. 138.

29. Vojtech Mastny, *The Cold War and Soviet Insecurity, op. cit.,* pp. 46-47.

30. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, pp. 597 y 599.

31. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* páginas 220-228.

32. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. II, p. 131.

33. John W. Young, *France, the Cold War and the Western Alliance, op. cit.,* pp. 198-199.

34. Frank Howley, *Berlin Command*, *op. cit*., pp. 3-4.

35. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, pp. 600-602.

36. *Ibid*., pp. 602-605.

37. *Ibid*., p. 605.

38. *Ibid*., pp. 605 y 607.

39. *Ibid*., pp. 618 y 621 n. 2; Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., p. 211.

40. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, pp. 649-650, 661 y 677.

41. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.*, página 238.

42. Volker Koop, *Tagebuch der Berliner Blockade. Von Schwarzmarkt und Rollkommandos*, *Bergbau und Bienenzucht*, Bonn, 1998, p. 11.

43. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 236.

44. *Ibid*., pp. 237-238.

45. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, p. 700.

46. Frank Howley, *Berlin Command*, *op. cit*., pp. 196-197 y 199-200.

47. Alan Bullock, *Ernest Bevin, op. cit.,* p. 573 y n. 1.

48. Peter Weiler, *Ernest Bevin, op. cit.,* p. 179.

49. Alan Bullock, *Ernest Bevin, op. cit.,* p. 576.

50. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* páginas 238-239.

51. Petra Goedde, *GIs and Germans*, *op. cit*., pp. 166-167.

52. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. II, p. 130.

53. *Ibid*.

54. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 248; Frank Howley, *Berlin Command*, *op. cit*., p. 239.

55. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 246.

56. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, pp. 709, 711 y 714.

57. Dietrich Staritz, *Geschichte der DDR, op. cit.,* p. 26.

58. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 248.

59. Dietrich Staritz, *Geschichte der DDR, op. cit.,* p. 23.

60. Frank Howley, *Berlin Command*, *op. cit*., p. 209.

61. Klaus Lang, *«Lieber Herr Celibidache...», op. cit.,* p. 110.

62. Volker Koop, *Tagebuch der Berliner Blockade..., op. cit.,* páginas 18 y 24.

63. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. II, p. 130.

64. Frank Howley, *Berlin Command*, *op. cit*., p. 202.

65. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. II, p. 132.

66. *Ibid*., p. 135.

67. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, p. 746.

68. Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., p. 217; Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* p. 242.

69. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. II, p. 132.

70. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, pp. 763-764.

71. Volker Koop, *Tagebuch der Berliner Blockade..., op. cit.,* página 41.

72. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, pp. 798 y 820.

73. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay*..., *op. cit.*, vol. II, p. 824.

74. *Ibid*., pp. 831-832.

75. *Ibid*., pp. 834 y 844.

76. Vojtech Mastny, *The Cold War and Soviet Insecurity, op. cit.,* p. 52.

77. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin, op. cit.,* página 260.

78. Cyril Buffet, *Berlin*, *op. cit.,* p. 369.

79. Petra Goedde, *GIs and Germans*, *op. cit*., pp. 185 y 187; Frank Howley, *Berlin Command*, *op. cit*., p. 218.

80. Volker Koop, *Tagebuch der Berliner Blockade..., op. cit.,* páginas 55-56.

81. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, pp. 856-857.

82. *Ibid*., pp. 858 y 860.

83. Harry S. Truman, *Memoirs*, *op. cit*., vol. II, p. 136.

84. Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., p. 209.

85. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, p. 908.

86. Volker Koop, *Tagebuch der Berliner Blockade..., op. cit.,* páginas 124-125.

87. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, p. 928.

88. Frank Howley, *Berlin Command*, *op. cit*., p. 226.

89. James F. Tent, *Mission on the Rhine, op. cit.,* p. 288.

90. Volker Koop, *Tagebuch der Berliner Blockade..., op. cit.,* p. 133, arroja un poco de agua fría sobre esta «leyenda».

91. Eugene Davidson, *Death and Life*, *op. cit*., p. 216; George Clare, *Berlin Days, op. cit*., p. 185; Ann y John Tusa, *The Berlin Blockade, op. cit.,* pp. 330 y 389-390.

92. Dietrich Staritz, *Geschichte der DDR, op. cit.,* p. 33.

93. Volker Koop, *Tagebuch der Berliner Blockade..., op. cit.,* página 139.

94. Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries, op. cit.,* p. 115.

95. *Ibid*., p. 122.

96. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, p. 1015.

97. *Ibid*., p. 1063.

98. George F. Kennan, *Memoirs 1925-1950, op. cit.,* p. 429.

99. George F. Kennan, *Memoirs 1925-950*, *op. cit*., pp. 431-432.

100. Vojtech Mastny, *The Cold War and Soviet Insecurity, op. cit.,* p. 62.

101. Ann y John Tusa, *The Berlin Blockade, op. cit.,* p. 395.

102. General Mark Clark, *Calculated Risk*, *op. cit.,* páginas 429-430.

103. Jean Edward Smith (ed.), *The Papers of Lucius D. Clay..., op. cit.,* vol. II, p. 625; Gordon Brook-Shepherd, *The Austrians, op. cit.,* p. 395.

104. General Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche, op. cit.,* página 153.

105. *Ibid*., p. 157.

106. *Ibid*., p. 162.

107. Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 130.

108. Reinhold Wagnleitner (ed.), *Understanding Austria..., op. cit.*, pp. 240-242 y 249-253.

109. *Ibid*., pp. 523-524; Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 152.

110. General Béthouart, *La Bataille pour l'Autriche, op. cit.,* p. 115; Manfred Rauchensteiner, *Stalinplatz 4*, *op. cit.,* p. 82.

111. Charles Williams, *Adenauer, op. cit.,* p. 328.

112. *Ibid*., p. 332.

113. *Ibid*., p. 331.

114. *Ibid*., p. 332.

115. *Ibid*., p. 333.

116. *Ibid*., p. 334.

117. John W. Young, *France, the Cold War and the Western Alliance, op. cit.,* pp. 204-207.

118. Raymond Poidevin, *Robert Schuman*, *op. cit.,* p. 77.

Conclusión

1. Charles Williams, *Adenauer, op. cit.,* p. 341.

2. Marion G. Dönhoff, *Weit ist der Weg nach Osten*, *op. cit*., pp. 305-306.

3. Dietrich Staritz, *Geschichte der DDR, op. cit.,* p. 34.

4. *Ibid*., pp. 34-35.

5. Giles MacDonogh, *The Last Kaiser*, *op. cit.,* p. 196; la idea de que el emperador estaba interesado en la unidad europea ha sido objeto de crueles burlas por parte de Volker Ulrich en *Die Zeit:* véase al respecto «Der Kaiser lacht!», 16 de marzo de 2000.

6. Raymond Poidevin, *Robert Schuman*, *op. cit.,* p. 84.

7. John W. Young, *France, the Cold War and the Western Alliance, op. cit.,* p. 41.

8. Ernst Jünger, *Der Friede*, *op. cit.*, pp. 56, 60 y 63.

9. John W. Young, *France, the Cold War and the Western Alliance, op. cit.,* pp. 9-10.

10. *Ibid*., pp. 10-11.

11. Raymond Poidevin, *Robert Schuman*, *op. cit.,* p. 84.

12. Victor Gollancz, *In Darkest Germany*, *op. cit.,* p. 16.

13. Robert Birley, *Britain in Europe: Reflections on the Development of a European Society*, Reith Lectures, Londres, 1949, páginas 1-2.

14. John W. Young, *France, the Cold War and the Western Alliance, op. cit.,* pp. 11 y 13.

15. *Ibid*., p. 229.

16. Margret Boveri, *Der Verrat im XX. Jahrhundert – für und gegen die Nation*, Hamburgo, 1956, p. 8; Philippe Burrin, *La France à l'heure allemande*, París, 1995, p. 467.

17. General Mark Clark, *Calculated Risk*, *op. cit.,* pp. 447-448.

18. Alfred Döblin, *Schicksalsreise..., op. cit.,* pp. 408 y 412.

Bibliografía complementaria

No se ha publicado ningún libro en lengua inglesa que cubra en su totalidad el período de la ocupación militar de Alemania y Austria por las cuatro potencias entre los años 1945 y 1949. *In the Ruins of the Reich*, de Douglas Botting, se demora en el primer período, pero omite Austria, mientras que *Four Power Control in Germany and Austria*, de Michael Balfour y John Mair (Oxford, 1956), una publicación antigua pero todavía útil, concluye con la creación de la Bizona en 1946. El primero es más sólido en el tratamiento del caos; el segundo es mejor cuando trata el tema de la administración. Hay, no obstante, algunas excelentes monografías que abarcan las zonas particulares de Alemania: Norman M. Naimark, *The Russians in Germany* (Cambridge, Mass. y Londres, 1995), Edward N. Peterson, *Russian Commands and German Resistance: The Soviet Occupation 1945-1949* (Nueva York, 1999), y Gregory Klimov, *Terror Machine* (Londres, s.f.), cubren el Este. Para la Zona Estadounidense disponemos del libro de Edward N. Peterson, *The American Occupation of Germany* (Detroit, 1977). En fechas más recientes, Petra Goedde ha contemplado la ocupación desde una perspectiva femenina en *GIs and Germans* (New Haven y Londres, 2003).

El gobierno militar Británico se describe detalladamente en el excelente libro de Patricia Meehan *A Strange Enemy People: Germans under the British 1945-1950* (Londres y Chester Springs, 2001). Se echa en falta un estudio de la Zona de Ocupación Francesa; la obra de John Young, *France, the Cold War and the Western Alliance* (Leicester y Londres, 1990), no lo es en realidad, pues incide más en la política extranjera que en las cuestiones de la administración. Tampoco hay ninguna obra en francés, una lengua en la que la bibliografía se limita en gran medida a los logros culturales de la ocupación francesa.

El material dedicado a Austria es también escaso. El principal recurso es el austrocéntrico *The Austrians – A Thousand Year Odyssey* (Londres, 1996), de Gordon Brook-Shepherd, que explica el trasfondo político del Tratado del Estado pero no dice gran cosa sobre los sucesos de abril de 1945. La mejor fuente en inglés es, probablemente, Reinhold Wagnleitner (ed.), *Understanding Austria* (Salzburgo, 1984), una recopilación de los informes presentados por Martin Herz, de la OSS estadounidense. El relato de Clark, *Calculated Risk* (Londres, 1956), fue escrito en el apogeo de la Guerra Fría, y se nota.

Sobre los sucesos de Checoslovaquia hay un déficit similar de documentación en inglés. El mejor libro sigue siendo el de Alfred M. de Zayas, *Nemesis at Potsdam* (Londres, 1979). El resto está en

alemán. Desde una perspectiva checa, cabe citar Zbynek Zeman y Antonin Limek, *The Life of Edvard Beneš 1884-1948* (Oxford, 1997).

De Zayas ofrece también material sobre los sucesos en el este prusiano. El increíblemente conmovedor *East Prussian Diary*, del conde Hans Lehndorf, fue publicado en inglés en 1963, y debería reeditarse. De lectura imprescindible es también la obra del conde Christian von Krockow, *The Hour of the Women* (Londres, 1991), que registra la suerte corrida por su hermana Libussa en Pomerania.

Dos libros relatan el destino de otras tantas ciudades particulares: Danzig es el tema elegido por Carl Tighe en su *Gdansk – National Identity in the Polish-German Borderlands* (Londres y Concord, 1990), mientras que el sino de Breslau está narrado en *Microcosm: Portrait of a Central European City*, de Norman Davies y Roger Moorhouse (Londres, 2002).

La obra anónima *A Woman in Berlin* (Londres, 1965 [*Una mujer en Berlín*, Barcelona, Anagrama, 2007]), es un gráfico relato de la llegada de los rusos a la ciudad. Existe también una edición abreviada de la obra de Ursula von Kardorff *Diary of a Nightmare* (Londres, 1965). La edición más reciente en alemán ha recuperado sin embargo el texto íntegro. *Child of the Revolution*, de Wolfgang Leonhard, con traducción al inglés de C. M. Woodhouse (Londres, 1979), es la versión clásica sobre la llegada de los comunistas alemanes que tenían su base en Moscú.

Hay unos pocos estudios estadounidenses serios sobre la desnazificación, como los de James F. Tent, *Mission on the Rhine* (Chicago y Londres, 1982), y Timothy R. Vogt, *Denazification in Soviet-Occupied Germany* (Cambridge, Massachusetts y Londres, 2000). La versión menos crispada sobre la desnazificación es la de George Clare, *Berlin Days* (Londres, 1989). La obra de Brigitte Hamann, *Winifred Wagner – At the Heart of Hitler's Bayreuth* (Londres, 2005), es un estudio sumamente recomendable sobre un caso individual.

Sobre el procesamiento y condena de los criminales de guerra nazis contamos con un relato emotivo de Tom Bower, *Blind Eye to Murder* (Londres, 1981). Sigue siendo convincente el alegato de Reginald T. Paget recogido en *Manstein – His campaigns and his Trial* (Londres, 1951). *Nuremberg Diary* (Nueva York, 1947), de G. M. Gilbert, es otro libro antiguo pero útil. Disponemos también de las memorias traducidas de dos nazis que cumplieron condenas de cárcel: Speer (1976) y Papen (1952), así como de la vida de Hess (1955) escrita por Peter Padfield, y las de Göring de David Irving (1989) y Willi Frischauer (1950). Frank M. Buscher ofrece un planteamiento académico en *US War Crimes Trial Program in Germany* (New Port, Westport y Londres, 1989). Sobre el trato dado a los prisioneros de guerra no hay nada publicado en inglés, y el principal especialista estadounidense –Arthur L. Smith– publica en alemán. Lo mejor que se ha escrito se puede encontrar en el intenso relato de Ernst von Salomon sobre su propio encarcelamiento: *The Answers* (Londres, 1954).

Robert H. Abzug aporta detalles sobre el espeluznante descubrimiento del funcionamiento interno de los campos en su libro *Inside the Vicious Heart* (Nueva York y Oxford, 1985); también los ofrecen Brewster Chamberlin y Marcia Feldman en *The Liberation of the Nazi Concentration Camps* (Washington DC, 1987), que incluye una introducción de Abzug. Ben Shepherd, en *After Daybreak* (Londres, 2005), trata específicamente de la liberación de Belsen. Ruth Gay, en *Safe among the Germans* (New Haven y Londres, 2002), habla de los judíos que sobrevivieron en este campo.

Las obras polémicas de Victor Gollancz, *Leaving them to their Fate: The Ethics of Starvation* (Londres, 1946), e *In Darkest Germany* (Londres, 1947), sobre el trato dado a los alemanes, siguen constituyendo una lectura saludable.

Marlis Steinert ofrece una versión erudita acerca del régimen de Flensburg en *Capitulation 1945: The Story of the Dönitz Government* (Londres, 1969). El relato de Frank Howley sobre el puente aéreo, *Berlin Command* (Nueva York, 1950), debería leerse con cautela. *Berlin Blockade* (Londres, 1989), de Ann y John Tusa, es un estudio general que conserva aún toda su frescura.

Sobre la cultura en la Zona Soviética, las mejores fuentes son David Pike, *Politics and Culture in Soviet-Occupied Germany* (Stanford, 1992), y Wolfgang Schivelbusch, *In a Cold Crater* (Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1998). Me ha sido también muy útil *More Lives than One: A Biography of Hans Fallada* (Londres, 1998), de Jenny Williams. La política cultural, más bien mortecina, de la Zona Británica se puede espigar con facilidad en la obra de George Clare. La mejor fuente para Estados Unidos es el informe de Carl Zuckmayer, *Deutschlandbericht für das Kriegministerium der Vereignigten Staaten von Amerika* (Gotinga, 2004).

El libro más destacado sobre la política soviética es el de Vojtech Mastny, *The Cold War and Soviet Insecurity* (Nueva York y Oxford, 1996); en fechas más recientes me ha resultado sumamente útil el de Geoffrey Roberts, *Stalin Wars: From World War to Cold War, 1939-1953* (New Haven y Londres, 2006). Se pueden extraer algunos datos de Georgi Zhúkov, *Reminiscences* (Moscú, 1985). Sobre el papel representado por otros combatientes de la Guerra Fría, véase Curtis F. Morgan Jr., *James F. Byrnes, Lucius Clay and American Policy in Germany 1945-1947* (Lewiston, Queenston y Lampeter, 2002), o la propia versión de Byrne en *Speaking Frankly* (Londres, 1947). Sobre el cometido de Clay en Alemania contamos con la obra de Jean Edward Smith, *The Papers of Lucius D. Clay* (Bloomington y Londres, 1974). Truman se cubre las espaldas con su obra en dos volúmenes *Year of Decisions* y *Years of Trial and Hope* (Londres, 1955), ambas sumamente útiles para Potsdam. Las *Memoirs* (Londres, 1968) de George Kennan ofrecen la opinión discrepante. Los años de Ernest Bevin como ministro inglés de Asuntos Exteriores están ampliamente cubiertos por Alan Bullock (Londres, 1983), y con menos detalle por Peter Weiler (Manchester y Nueva York, 1993). Charles Williams ofrece una versión útil y reciente del ascenso de Adenauer (Londres, 2000).

En las notas se encuentran referencias más detalladas a fuentes no publicadas en inglés.

Siglas y abreviaturas

ACC:	Allied Control Council; Consejo Aliado de Control.
AMG:	American Military Government; gobierno militar estadounidense.
BAFO:	British Air Forces of Occupation; Fuerzas Británicas de Ocupación.
BALU:	British Austrian Legal Unit; Grupo Legal Británico-Austriaco.
BDM:	Bund Deutscher Mädel; Liga de Muchachas Alemanas, el equivalente femenino de las Juventudes Hitlerianas.
BVP:	Bayrische Volkspartei; Partido Popular Bávaro.
CARE:	Cooperative of American Remittances to Europe; Cooperativa de Envíos Americanos a Europa.
CCG:	Control Commission of Germany; Comisión de Control británica en Alemania.
CDU:	Christlich Demokratische Union Deutschlands; Unión Demócrata Cristiana de Alemania.
CFM:	Conference of Foreign Ministers; Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores (cabe destacar las celebradas en Moscú, en diciembre de 1945, y en París, en junio de 1946).
ČNR:	Česka Národní Rada; Consejo Nacional Checo.
COGA:	Control Office for Germany and Austria; Oficina de Control para Alemania y Austria.
CRALOG:	Council of Relief Agencies Licensed to Operate in Germany; Consejo de organismos de ayuda autorizados para actuar en Alemania.
CSU:	Christlich-Sozial Union; Unión Socialcristiana alemana.
DAF:	Deutsche Arbeitsfront; Frente aleman del Trabajo: organización nacionalsocialista de trabajos forzados.
DEP:	Disarmed Enemy Persons; Personas enemigas desarmadas.
DMG:	Deputy Military Governor; subgobernadores militares aliados.
DNB:	Deutsche Nachrichten Büro; Oficina Alemana de Noticias (la agencia de prensa oficial del NSDAP).
EAC:	European Advisory Commission; Comisión Asesora Europea.
FAM:	Free Austrian Movement; en marzo de 1944 se convirtió en FAWM, o Free Austrian World Movement.
FDJ:	Freie Deutsche Jugend; Juventud Libre Alemana: organización creada en la Zona Soviética de Berlín a imagen y semejanza de las Juventudes Hitlerianas.
FOB:	*fresh-off-boat*, en alusión a soldados estadounidenses «recién desembarcados» en Europa.

FSS: Field Security Service; Servicio de Seguridad sobre el Terreno: unidad de las Fuerzas Aliadas para controlar los territorios ocupados.
GPU: Gosudarstvennoye Politichéskoye Upravlenie; Dirección Política del Estado: Órgano de la seguridad de la Unión Soviética, sucesora de la Cheka.
IARA: Inter-Allied Reparation Agency; Agencia Interaliada de Reparaciones, creada en 1946 por los Aliados para regular las reparaciones de guerra que debía satisfacer Alemania.
ICD: Information Control Division; Departamento de Control de la Información (en Berlín).
IMT: International Military Tribunal; Tribunal Militar Internacional: órgano instituido por los Aliados para juzgar crímenes de guerra.
JCS: Joint Chiefs of Staff; Junta de Jefes de Estado Mayor de Estados Unidos.
KPD: Kommunistische Partei Deutschlands; Partido Comunista de Alemania.
KPÖ: Kommunistische Partei Österreichs; Partido Comunista Austriaco.
KTOF: Koncentrační Tábor Okres Frývaldov; Zona del campo de concentración de Freiwaldau.
LPD: Liberal-Demokratische Partei; Partido Liberal Democrático.
MFAA: Monuments, Fine Arts and Archives; Monumentos, Bellas Artes y Archivos (dependiente del Departamento del Ejército de Estados Unidos).
MVD: Ministerstvo Vnútrennij Del (Ministerio del Interior soviético)
NDPD: National-Demokrátische Partei Deutschlands; Partido Democratico Nacional de Alemania.
NKVD: Naródniy Komissariat Vnútrennij Del (Comisariado del pueblo para asuntos internos)
OdF: Opfer des Faschismus; Víctimas del fascismo: expresión acuñada por los Aliados para designar a las víctimas del nacionalsocialismo.
OKW: Oberkommando der Wehrmacht; Alto Mando de las Fuerzas Armadas Alemanas.
OMGUS: Office of Military Government, United States; Oficina del gobierno militar de Estados Unidos.
OSS: Office of Strategic Services; Oficina de Servicios Estratégicos.
ÖVP: Österreichische Volkspartei; Partido Popular Austriaco.
Pg: abreviatura de Parteigenosse, «camarada del Partido Nazi», o miembro del Partido Nazi (NSDAP).
PWTE: Prisoner of War Temporary Enclosures; Recintos temporales para prisioneros de guerra: zonas de concentración para prisioneros de guerra alemanes bajo control estadounidense.
RAD: Reichsarbeitsdienst; Servicio de Trabajo del Reich.
RG: Revolučni Garda; Guardia Revolucionaria Checa.
RKK: Reichskulturkammer; asociación cultural nacionalsocialista.
RSHA: Reichssicherheitshauptamt; Oficina Central de Seguridad del Reich.
RuSHA: Rasse und Siedlungshauptamt; Oficina para asuntos de raza y asentamiento (bajo control del Tercer Reich).
SBZ: Sowjetische Besatzungszone; Zona de Ocupación Soviética en Berlín.
SdP: Sudetendeutsche Partei; Partido de los alemanes de los Sudetes.
SED: Sozialistische Einheitspartei Deutschlands; Partido Socialista Unificado de Alemania.
SEP: Surrendered Enemy Persons; Personas enemigas rendidas.
SHAEF: Supreme Headquarters Allied Expeditionary Force; Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada.

SNB: Sbor Národní Bezpečnosti; Policía especial checa.
SOE: Special Operations Executive; Dirección de Operaciones Especiales: organización creada por Churchill para afrontar el conflicto bélico por otras vías que la estrictamente militar.
SPD: Sozialdemokratische Partei Deutschlands; Partido Socialdemócrata de Alemania
SPÖ: Sozialdemokratische Partei Österreichs; Partido Socialista de Austria.
SVAG: Soviétskaya Voénnaia Administratsia v Guermanii; Administración Soviética de Guerra en Alemania.
SVP: Südtiroler Volkspartei; Partido Popular del Tirol meridional
UNRRA: United Nations Relief and Rehabilitation Administration; Administración de las Naciones Unidas para Ayuda y Rehabilitación.
USIA: Upravleinie Soviétskovo Imushchestva v Avstrii; Administración de la Propiedad Soviética en Austria.
VÖEST: Vereinigte Österreichische Eisen und Stahlwerke; Fundiciones austriacas reunidas del hierro y del acero.
VVN: Vereinigung der Verfolgten des Naziregimes; Unión de Perseguidos por el Régimen Nazi.
ZOF: Zone d’Occupation Française; Zona de Ocupación Francesa.

Índice de ilustraciones

1. Los habitantes de Prusia oriental cruzan el mar interior helado.
2. Silesios en marcha hacia el oeste.
3. Alemanes de los Sudetes transportados en vagones de ganado.
4. Retirada de desperdicios de los trenes.
5 y 6. Alemanes de los Sudetes expulsados a la espera de subir al tren con destino a Alemania.
7. Católicos alemanes de los Sudetes oyen una misa celebrada al aire libre.
8. Concentración de silesios en las calles de su localidad antes de ser expulsados.
9. El Óder en Fráncfort.
10. Ruinas de la sinagoga La Cigüeña Blanca de Wrocław (Breslau), en 1991.
11. Alemanes de los Sudetes concentrados en Bergreichenstein transportan sus pertenencias al campamento de reunión.
12-14. Funcionarios checos inspeccionan maletas de alemanes en busca de objetos de valor.
15. La Pequeña Fortaleza de Theresienstadt con prisioneros alemanes.
16. Ruinas de la Ópera del Estado y del Jockey Club de Viena.
17. La catedral de Viena (la «Steffl»).
18. El Graben, calle comercial de Viena.
19. (Recuadro) Señal de tráfico indicando la dirección hacia Viena.
20. Bando sobre el racionamiento de productos alimenticios para los berlineses; 13 de mayo de 1945.
21. Niños silesios reciben comida de los Aliados occidentales.
22. Niños silesios a la espera de una nueva vida en Alemania occidental.
23. Victor Gollancz con unos niños alemanes afectados de desnutrición grave.
24. Zapato de un niño alemán.
25. Sir Robert Birley.
26. Lord Pakenham, futuro conde de Longford, secretario de Estado británico para Alemania y Austria.
27. El mariscal Kóniev y el general sir Dick McCreery en la entrega de trofeos con motivo de unas carreras celebradas en el hipódromo vienés de Freudenau.
28. Avión accidentado del oficial de aviación británico W. K. Sewell.
29. El «escarabajo», el coche de la campaña hitleriana «Kraft durch Freude».

30. Un oficial estadounidense borracho duerme durante un striptease en el casino militar de Darmstadt, abril de 1948.

El autor y los editores desean agradecer a todos, personas y entidades, el permiso obtenido para reproducir las ilustraciones. Se han realizado todos los esfuerzos pertinentes para obtener las autorizaciones correspondientes. En caso de que no hayan sido concedidas, rogamos a los interesados que se pongan en contacto con el editor, que incluirá el crédito correspondiente en ulteriores reimpresiones y ediciones.



1. Enero de 1945. Los habitantes de Prusia oriental han recibido por fin permiso para huir, pero el Ejército Rojo les ha cortado el acceso al Reich en Elbing. En su desesperación, cientos de miles de personas se abren paso a través del mar interior helado, el Haff. Buques de guerra rusos abren fuego contra el hielo. (Herder Institut Marburg, Bildarchiv.)



2. Las «caravanas» comenzaron aquel invierno. Los silesios de la fotografía marchan hacia el oeste en cualquier tipo de transporte que pueden hallar. Obsérvese el elegante coche entre los carros y las carretas. (Herder Institut Marburg, Bildarchiv.)



3. Más de dieciséis millones de alemanes dejaron sus hogares, pocos voluntariamente. Estos habitantes de los Sudetes son transportados en vagones de ganado. No obstante, después de lo que muchos de ellos habían sufrido en los campos, aquella marcha les supuso un alivio. (Sudetendeutsches Archiv.)



4. Las condiciones reinantes en los trenes eran, en el mejor de los casos, primitivas. Había que hacerlo todo en los vagones. Si tenían suerte, los checos o los polacos les permitían sacar los desperdicios. (Sudetendeutsches Archiv.)



5 y 6. Unos míseros expulsados de la región de los Sudetes aguardan para subir al tren que los llevará a Alemania. (Sudetendeutsches Archiv.)

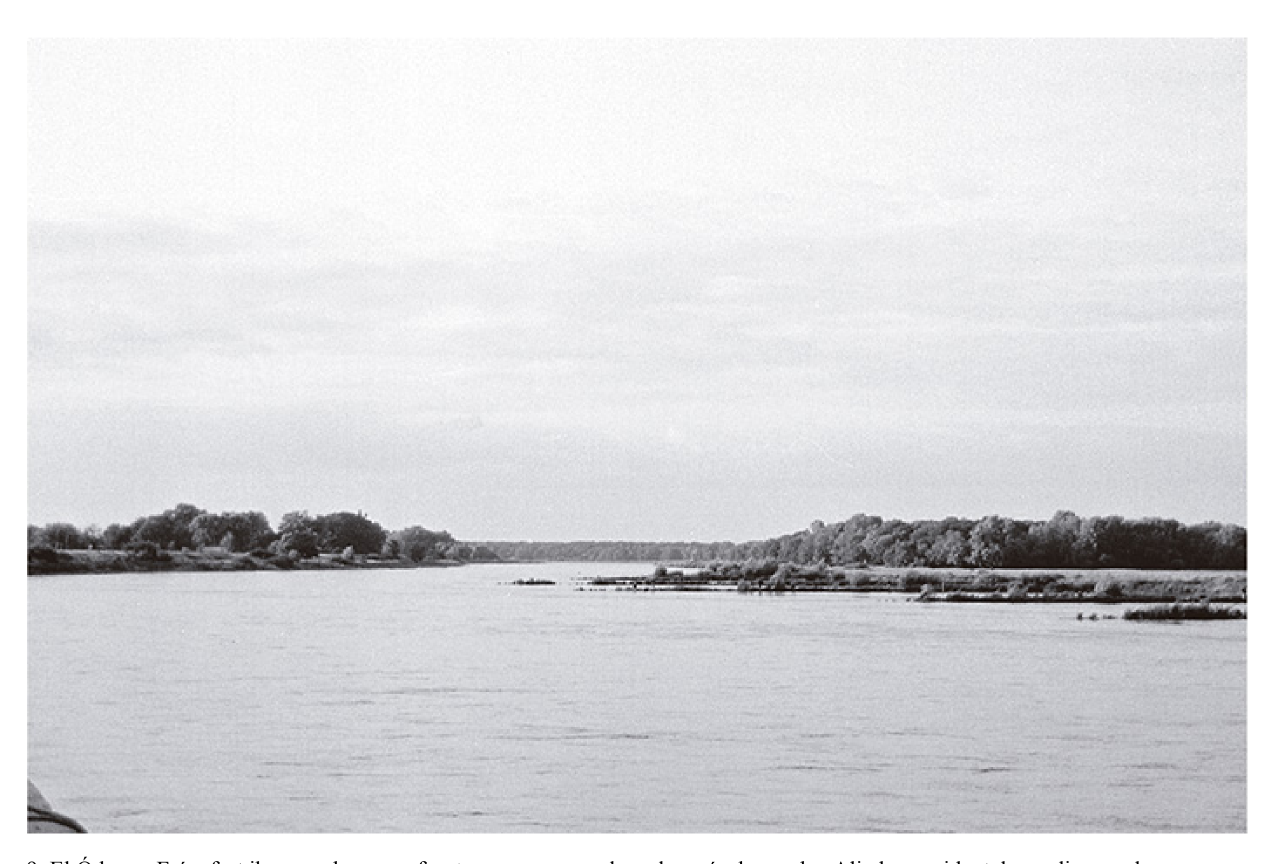




7. Católicos piadosos de los Sudetes oyen misa al aire libre de camino a una nueva vida. (Sudetendeutsches Archiv.)



8.Varios silesios se reúnen en las calles de su localidad antes de ser expulsados. No era más que el comienzo de su calvario: a menudo pasaban semanas en un campo de tránsito, donde solían ser víctimas del trato más abominable. Muchos perdieron la vida. (Herder Institut Marburg, Bildarchiv.)



9. El Óder en Fráncfort iba a ser la nueva frontera germano-polaca después de que los Aliados occidentales cediesen a las demandas de Stalin en Potsdam. (Colección del autor.)



10. La vida en las nuevas Polonia y Checoslovaquia resultaba poco tentadora para los judíos. Ruinas de la sinagoga de la Cigüeña Blanca en Wrocław (Breslau), en 1991. (Colección del autor.)



11. Habitantes de los Sudetes agrupados en Bergreichenstein (Kasperskó Hory) empujan sus pertenencias camino del campo de reunión. Llevan brazaletes blancos que los identifican como alemanes. (Oberhausmuseum, Passau.)




12 y 13 . Los alemanes estaban autorizados a llevarse sólo un mínimo básico. Aquí, en Bergreichenstein (Bohemia oriental), funcionarios checos inspeccionan maletas y ropa en busca de cualquier objeto de valor. (Oberhausmuseum, Passau.)



14. Obsérvese que el guardia lleva un casco alemán reciclado, mientras su camarada rebusca entre las pertenencias del alemán. (Oberhausmuseum, Passau.)



15. Una rara fotografía de la Pequeña Fortaleza («Kleine Festung») de Theresienstadt con prisioneros alemanes. Durante la guerra, la Pequeña Fortaleza había alojado a los hombres de la SS y en ocasiones se utilizaba para ejecutar a checos y judíos. Ahora habían cambiado las tornas. (Sudetendeutsches Archiv.)



16. Fotografía de las ruinas de Viena tomada por Josef Schöner. El Teatro de la Ópera del Estado, con el Jockey Club al fondo. El Club había recibido un impacto directo en las últimas semanas de la guerra. En las bodegas yacían cientos de cadáveres. (Joseph Schöner, *Wiener Tagebuch 1944/1945*, editado por Eva-Marie Csáky, Franz Matscher y Gerald Stourzh.)



17. La catedral, o «Steffl», desprovista de su empinada cubierta. Nadie sabía con precisión quién había iniciado el fuego, si los rusos, los alemanes o los propios vieneses. (Joseph Schöner, *Wiener Tagebuch 1944/1945*, editado por Eva-Marie Csáky, Franz Matscher y Gerald Stourzh.)



18 y 19. La calle comercial del Graben. La vida estaba volviendo a la normalidad. Obsérvese a la mujer vestida con el *Dirndl* tradicional: el traje austriaco demostraba que no se era alemán. (Joseph Schöner, *Wiener Tagebuch 1944/1945*, editado por Eva-Marie Csáky, Franz Matscher y Gerald Stourzh.) (Recuadro): Los austriacos habían sido liberados como primeras víctimas de Hitler, pero los Aliados no estaban plenamente convencidos de ello. (Sebastian Cody.)

AN DIE BEVÖLKERUNG DER STADT BERLIN

Um die regelmäßige Versorgung der Berliner Bevölkerung mit Lebensmitteln sicherzustellen, hat das Sowjetische Militärkommando durch den Kommandanten der Stadt Berlin der Stadtverwaltung ausreichende Mengen von Lebensmitteln zur Verfügung gestellt.

Gemäß Befehl des Militärkommandanten der Stadt Berlin, Generaloberst BERSARIN, sind ab 15. Mai 1945 folgende, feste Lebensmittelrationen pro Person und Tag festgesetzt worden:

Brot

1.) Schwerarbeiter und Arbeiter in gesundheitsschädlichen Betrieben	600 gr.
2.) Arbeiter, die nicht in schweren oder gesundheitsschädlichen Berufen tätig sind	500 gr.
3.) Angestellte	400 gr.
4.) Kinder, nichtberufstätige Familienangehörige und die übrige Bevölkerung	300 gr.

Nährmittel

1.) Schwerarbeiter und Arbeiter in gesundheitsschädlichen Betrieben	80 gr.
2.) Arbeiter, die nicht in schweren oder gesundheitsschädlichen Berufen tätig sind	60 gr.
3.) Angestellte	40 gr.
4.) Kinder, nichtberufstätige Familienangehörige und die übrige Bevölkerung	30 gr.

Fleisch

1.) Schwerarbeiter und Arbeiter in gesundheitsschädlichen Betrieben	100 gr.
2.) Arbeiter, die nicht in schweren oder gesundheitsschädlichen Berufen tätig sind	65 gr.
3.) Angestellte	40 gr.
4.) Kinder, nichtberufstätige Familienangehörige und die übrige Bevölkerung	20 gr.

Fett

1.) Schwerarbeiter und Arbeiter in gesundheitsschädlichen Betrieben	30 gr.
2.) Arbeiter, die nicht in schweren oder gesundheitsschädlichen Berufen tätig sind	15 gr.
3.) Angestellte	10 gr.
4.) Kinder	20 gr.
5.) Nichtberufstätige Familienangehörige und die übrige Bevölkerung	7 gr.

Zucker

1.) Schwerarbeiter und Arbeiter in gesundheitsschädlichen Betrieben und Kinder	25 gr.
2.) Arbeiter, die nicht in schweren oder gesundheitsschädlichen Berufen tätig sind, sowie Angestellte	20 gr.
3.) Nichtberufstätige Familienangehörige und die übrige Bevölkerung	15 gr.

Kartoffeln

Für jeden Einwohner	400 gr.

13. Mai 1945.

Bohnenkaffee, Kaffee-Ersatz und echter Tee

1.) Schwerarbeiter und Arbeiter in gesundheitsschädlichen Betrieben: 100 gr. Bohnenkaffee, 100 gr. Kaffee-Ersatz und 20 gr. echten Tee im Monat.

2.) Arbeiter, die nicht in schweren oder gesundheitsschädlichen Berufen tätig sind, sowie Angestellte: 60 gr. Bohnenkaffee, 100 gr. Kaffee-Ersatz und 20 gr. echten Tee im Monat.

3.) Kinder, nichtberufstätige Familienangehörige und die übrige Bevölkerung: 25 gr Bohnenkaffee, 100gr. Kaffee-Ersatz und 20 gr. echten Tee im Monat.

Salz

Für jeden Einwohner monatlich	400 gr.

*

Mengen und Form der Versorgung mit Milch, weißem Käse und anderen Milcherzeugnissen werden nachträglich bekanntgegeben.

*

Verdiente Gelehrte, Ingenieure, Ärzte, Kultur-und Kunstschaffende, sowie die leitenden Personen der Stadt-und Bezirksverwaltungen, der großen Industrie und Transportunternehmen erhalten die gleichen Lebensmittelrationen, die für Schwerarbeiter festgesetzt sind. Die Liste dieser Personen muß vom zuständigen Bürgermeister bestätigt werden.

Sonstige technische Angestellte in Betrieben und Unternehmen, Lehrer und Geistliche, erhalten die gleichen Lebensmittelrationen, die für Arbeiter festgesetzt sind.

*

Kranke in Krankenhäusern erhalten Verpflegung entsprechend den Sätzen, die für Arbeiter festgesetzt sind. Kranke, die besonderer Ernährung bedürfen, erhalten eine Sonderverpflegung entsprechend den Sätzen, die von der städtischen Abteilung für Gesundheitswesen festgesetzt sind.

*

Die Brotausgabe erfolgt täglich, wobei der Verbraucher das Recht hat, Brot für zwei Tage — und zwar für den Kalendertag und den nächsten Tag — zu erhalten.

Fleisch, Fett, Zucker, Nährmittel und Kartoffeln für den Monat Mai werden entsprechend den festgelegten Tagessätzen in zwei Zuteilungen ausgegeben:

erstmalig für die Zeit vom 15. Mai bis 21. Mai, d. h. für sieben Tage, und das zweite Mal für die Zeit vom 22. Mai bis 31. Mai, d. h. für zehn Tage.

Salz für die Zeit vom 20. bis 31. Mai wird in der Menge des festgelegten Monatsatzes ausgegeben.

Bohnenkaffee und echter Tee wird vom 25. bis 31. Mai ausgegeben, Kaffee-Ersatz vom 21. bis 31. Mai in der Menge des festgelegten Monatsatzes.

Die Ausgabe der Lebensmittelkarten mit den neu festgelegten Sätzen an die gesamte Berliner Bevölkerung erfolgt spätestens am 14. Mai ds. Js.

Bis zum 15. Mai erfolgt die Zuteilung der Lebensmittel, entsprechend den zeitweiligen Sätzen der früher an die Bevölkerung ausgegebenen Lebensmittelkarten, welche bis zum 14. Mai in Kraft bleiben.

20. Los Aliados tenían el deber de alimentar a los alemanes vencidos. Este bando del 13 de mayo de 1945 determina las raciones para Berlín. Se expidieron cuatro tipos de cartilla de racionamiento, según la utilidad del beneficiario para la sociedad. Los trabajadores recibían el doble que los niños. Posteriormente se crearon otras dos categorías, entre ellas la sexta, una cartilla de hambre. Huelga decir que, en realidad, lo que se podía conseguir de aquella munificencia era muy poco.



21. Niños silesios llegados a Berlín, a la Zona Británica, tras haber sufrido duras pruebas. Muchos no podían creerse el trato bondadoso que recibían de los Aliados occidentales. (Herder Institut Marburg, Bildarchiv.)



22. Estos niños silesios podían esperar con ilusión una nueva vida en Alemania occidental. (Herder Institut Marburg, Bildarchiv.)



23. Para otros, la desdicha no había concluido. Las raciones de los Aliados contribuyeron escasamente a poner fin a la desnutrición. En la fotografía, Victor Gollancz presenta una dura acusación contra el trato que los británicos daban a los alemanes. (Colección particular.)

24. Gollancz se interesó en especial por el estado del calzado de los niños alemanes. (Colección particular.)



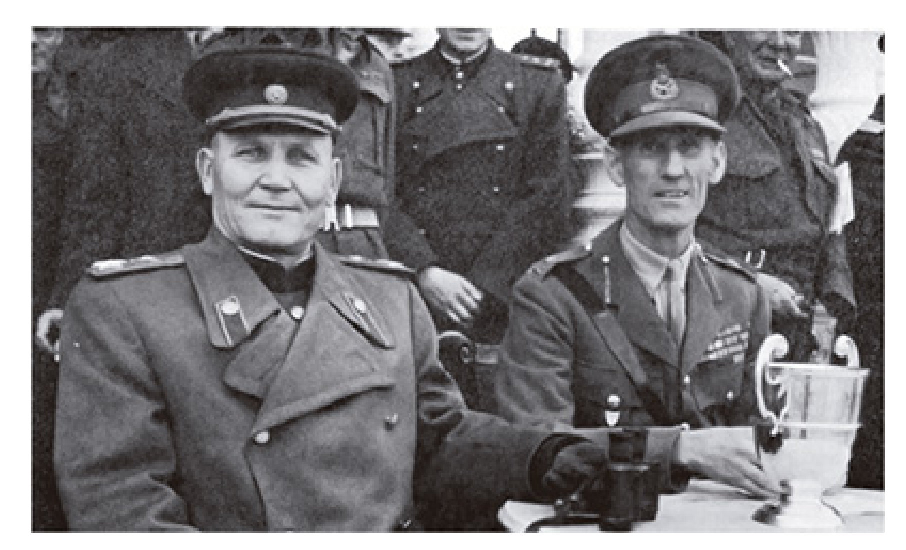


25. Uno de los elementos más constructivos de la ocupación: sir Robert Birley (aquí como rector de Eton) estaba convencido de que lo que necesitaban los alemanes no era desnazificación sino reeducación. (Provost and Fellows of Eaton College.)



26. Lord Pakenham, más tarde conde de Longford, secretario de Estado británico para Alemania y Austria, se encara con el problema. (Colección particular.)

27. Un insólito episodio de cooperación anglo-soviética: el mariscal Kóniev y el general sir Dick McCreery entregan los trofeos de las carreras celebradas en el hipódromo vienés de Freudenau. (Bob McCreery.)



28. El puente aéreo. El oficial de aviación británico W. K. Sewell sufre un accidente con su aparato. (Dennis Sewell.)





29. Los aliados dejan un legado provechoso. Los británicos relanzaron la producción del coche de la campaña «Kraft durch Freude». El «escarabajo» iba a ser el «vehículo de la ocupación». (Herder Institut Marburg, Bildarchiv. Wolkswagen AG.)



30. También era posible divertirse a lo grande a expensas de los conquistados: un oficial estadounidense borracho duerme durante un striptease en un casino militar de Darmstadt, en abril de 1948. (akg-images/Tony Vaccaro.)